VARIEDADES
DE LA
CIVILIZACION

AP63
V37
c.1

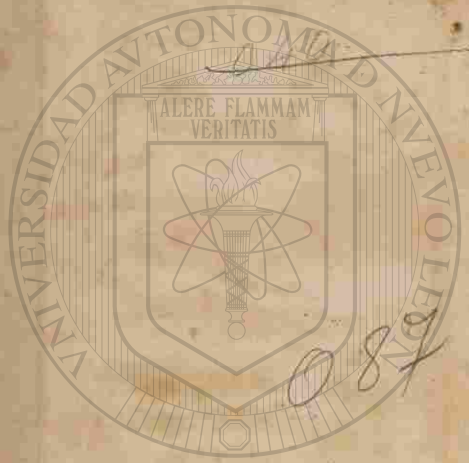
RAL D

067

José Angel Benavides.


1080043120

E467.1
H151



087



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VARIEDADES

DE LA

CIVILIZACION.

Revista Religiosa, Científica, Literaria y Amena.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

54563

MÉXICO.

Imprenta de Juan R. Navarro, calle de Chiquis ...

1854.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AP63
V37

VARIEDADES.

LA PALABRA FILOSOFIA.

Palabras hay que todos pronuncian, que pocos profundizan, que las mas entienden con aquella inteligencia superficial, vaga, fluctuante, que es lo que basta para que circulen sin cesar como una moneda conocida, de cuyo valor nadie duda, cuya ley á punto fijo nadie determina. Tal es la palabra *filosofía*; esa palabra que ha invadido todos los objetos que se ha derramado sobre todas las clases, que domina la literatura, que se extiende á la bellas artes, que predomina en las ciencias. Hubo un tiempo en que se consideró la filosofía como una ciencia esclusiva, del todo separadade las demas, limitada á ciertos objetos, formando lo que se llama un cuerpo de ciencia; pero ahora y desde el siglo pasado, la filosofía no es un ramo de los humanos conocimientos, no es su raiz, no es su fruto, es un jugo precioso que se desliza suavemente por todas partes, y así hay filosofía científica, filosofía literaria, filosofía artística, filosofía de mundo, filosofía de todo. Y pues bien ¿qué significa esta palabra, tomada en todo su vigor, en toda su estension, pero sin quitarle nada de su generalidad, para que sea aplicable á tantos y tan variados objetos, de tan diferente naturaleza, de tan distintas formas, de tanta diversidad de colores, de tanta gradacion de matices? Daremos una definicion facil, sencilla, pero que en su sencillez lo abrazara todo; procuraremos que aquí se verifique el célebre dicho inscrito sobre la tumba de Beherarve: *Sigillum veri simplex*: «la sencillez es el carácter de la verdad.» La filosofía consiste *en ver en cada objeto todo lo que en él hay, y aun mas de lo que hay*. Hagamos la prueba, tomemos esa palabra en la acepcion que se acaba de fijar, y hagámosla recorrer todos los objetos á que aplicarse suele, y si se les ajusta perfectamente, si ha ta un simple careo, digámoslo así, para que se conozcan y se unan, será señal evidente de que hemos dado en el blanco, de que hemos señalado el rasgo característico de la verdadera filosofía.

Y ante todo es menester advertir, cuan necesaria era la limitacion que de propósito hemos añadido, y *no mas de lo que hay*; porque así como hay entendimientos cortos y oscuros que nada aciertan á ver y distinguir, los hay tambien demasiado vivaces y puntiagudos que en todo cavilan, que todo lo aguzan, pareciéndoseles á las cabezas desvanecidas por algun accidente que pretenden ver centellas es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
CAPILLA ALFONSINA
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tando á oscuras, y estar mirando muchos y variados objetos, cuando en realidad no ven nada. ¡Oh! y cuánto abunda en el mundo esa menguada filosofía: de todo se habla, sobre todo se discurre, son fáciles las hilaciones, se sientan arbitrarios principios, y la pobre verdad sale tan mal parada, cual puede esperarse de haberse encomendado su investigacion al mas temible de sus adversarios: *el charlatanismo*.

Hasta el verdadero talento, mayormente el que raya en genio, corre no escaso peligro de caer en este vicio. Llevado de la impetuosidad, que suele acompañarle, orgulloso con el sentimiento de su fuerza, precipitado por la misma facilidad que tiene en concebir, toma en manos los objetos, juguetea con ellos como con cosa baladí, y mas de una vez los desflora y los estropea. Pero dadle un momento de reposo, haced que algo concentrado pueda fijar sobre el objeto su mirada de lince, y entónces el objeto á sus ojos se vuelve cristalino, penetra su corazon, descarnadle todas las sinuosidades, y señalando con mano certera el punto esencial dice: *ecce, ahí está*.

Pero hagamos una rápida reseña, de los principales ramos á que se aplica la palabra filosofía. ¿Qué es lo que se llama filosofía de la historia? es verdadero conocimiento de los hombres y de las cosas: es la ojeada penetrante sobre los acontecimientos en todo su enlace y trabazon, en todo el encadenamiento de efectos y causas: es la concepcion intuitiva de los hechos, parecida á la contemplacion de una escena en las tablas: es el sentimiento mismo de las pasiones que agitaban á los hombres en los varios tiempos y paises. Esto es la filosofía de la historia, porque así se ven los objetos tales como son y no de otra manera; porque no es una simple narracion de guerras, de batallas, de nacimientos y muertes de príncipes, es decir, es algo mas que una relacion descarnada que nada anima, nada pinta, á nada comunica vida y movimiento, haciendo que asistamos á las escenas históricas, no con el interes de apasionados espectadores, sino como curiosos frívolos que están examinando un museo de estrañezas y preciosidades.

¿Qué es filosofía en literatura? ¿es acaso ni el conocimiento, ni la aplicacion de las reglas? no: es la razon de las mismas reglas, es el análisis combinado del entendimiento y del corazon, es el estudio de todo el hombre en sus relaciones con la espresion. ¿Y por qué este conocimiento se denomina filosofía en literatura; y no se apellidan así las reglas? porque las reglas son nada sin la razon que las apoye, ó son vagas generalidades que no se llegan bastante de cerca á los objetos, para que por medio de ellas se pueda descubrir lo bueno ó lo malo.

Llamamos filósofo á un hombre que sabe dar á las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni exagera, que impone medio silencio á sus pasiones, y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasificalo todo cual conviene, y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista. Por la misma razon, cuando hay un hombre desprendido que se desentiende de vaciedades, que se eleva sobre las preocupaciones que ciegan al comun de los hombres, obedeciendo nosotros á aquellas secretas convicciones que mas ó ménos todos abrigamos, de que en el mundo hay mucha de hueca y de vano, como para dar á entender que aquel hombre no estima las cosas ni en mas ni en menos de lo que son, le llamamos *filosofado*.

Bastantes son estas breves esplicaciones para dar á conocer lo que se entiende por *filosofía*: bastan para dar á conocer que no hay filosofía donde no hay

mas que palabras, que no hay filosofía donde solo se encuentran pensamientos atrevidos ó imágenes brillantes: que solo hay filosofía donde hay verdad.

J. Balmes.

INDUSTRIA DOMESTICA.

METODO PARA BORRAR LO ESCRITO.

Las palabras recientemente escritas pueden borrarse completamente por medio del ácido oximuriático (concentrado y en solucion.) Deberá lavarse el papel repetidas veces con el ácido; pero será necesario lavarlo despues con agua de cal, á fin de neutralizar el residuo de ácido que pueda haber quedado en él, pues este le debilitaria considerablemente. Si el escrito no fuese reciente, la tinta habrá esperimentado un cambio tal, que no tendrá efecto el esperimento anterior: en este caso deberá lavarse con sulfuro de amoniaco, ántes de aplicar el ácido oximuriático. Puede darse este con un pincel suave.

HERMOSO BARNIZ NEGRO LIQUIDO PARA BOTAS Y ZAPATOS.

Tómense tres onzas de negro de marfil, dos onzas de azúcar morena, una onza de ácido sulfúrico, una de ácido muriático, una cucharada de aceite de almendras y de ácido de limon y un cuartillo de vinagre. Mézclese primero el negro de marfil y de aceite de almendras; despues el ácido de limon y el azúcar con un poco de vinagre, y añádanse despues los ácidos sulfúrico y muriático, mezclándolo todo bien.

El azúcar, el aceite y el vinagre neutralizan el daño que pudieran hacer los ácidos á la piel y aumentan el lustre del barniz.

METODO PARA OBTENER HIELO, EN CUALQUIER TIEMPO, PARA USOS CULINARIOS.

Llénese un cántaro comun de vidriado que contenga sobre dos azumbres, con agua muy caliente, dejando vacio el espacio de un cuartillo sobre poco mas ó ménos. En esta agua se echarán dos onzas de nitro refinado. Se tapará entónces perfectamente el cántaro y se sumergirá en un pozo profundo. Pasadas tres ó cuatro horas el agua estará perfectamente helada, pero es preciso romper el cántaro para estraer el hielo. Si durante su inmersion en el pozo, se le alza y baja alternativamente de modo que esté ya dentro, ya fuera del agua, la consiguiente evaporacion hará que se hiele mas rápidamente: el calor del agua auxilia tambien la subsiguiente congelacion, pues la esperiencia prueba que el agua caliente se hiela mas pronto en el invierno que la fria.

REMEDIO INFALIBLE CONTRA LAS CHINCHES.

Disuélvase media dracma de sublimado corrosivo en un cuarto de onza de espíritu de sal. Mézclese con dos cuartillos de espíritu de trementina. Agítese bien y tóquese con esta composicion por medio de un pincel todos los puntos en que se sospone existen las chinches: este remedio las ahuyentará mas efectivamente que ningun otro empleado hasta aquí.

REMEDIO PARA LAS FLUXIONES DE LOS OJOS.

Hay muchas personas que padecen inflamaciones de ojos acompañadas de una abundante secrecion húmeda, acre y enfadosa, que ocasiona picazon estraordinaria con mucha rubicundez en los párpados. Acaso soy uno, dice Mr. Hecart, de los que mas han padecido de esta incomodidad; y despues de haber ensayado diferentes remedios, que no me han producido ningun alivio, he compuesto el siguiente colirio que me ha sanado enteramente.

Se toma una dracma (*) de raiz de lirio de Florencia en polvos sutiles, y otro tanto de vitriolo blanco; se pone en dos cuartillos de agua, se menea bien todo hasta que el vitriolo esté disuelto; se deja la mezcla en infusion durante veinte y cuatro horas, y se filtra despues para el uso.

Este consiste en empapar un lienzo en esta agua, y lavarse con ella los ojos, poniéndose compresas empapadas en la misma agua durante la noche hasta tambien humedecerse con este líquido los ojos dos ó tres veces al dia, empapando en él un pañito que se pasa suavemente sobre los párpados, para no causar irritacion alguna.

* La octava parte de una onza, ó sean dos adarmes.

LITERATURA.

VEN AL DESIERTO.

Ven, mi vida, al tranquilo desierto:
Huye el ruido infernal de este mundo,
Donde el sol se destruza iracundo,
Ven un tiempo, risueña á vivir:
Que en las noches oirás mis querellas,
En las tardes mis cantos de amores,
Y al dormirse la brisa en las flores
Me verás tu ilusion bendecir.

En la quieta y risueña llanura
Tú serás el consuelo divino,
Que al sediento, infeliz peregrino
La tristeza y dolor calmará.
¡Para brisas, serás de los cielos
Lumbre clara en mi tarde intranquila,
En mi noche, cadena y pupila
Que mi angustia y dolor curará!

Solitario, habitando contigo
En la sombra, pobre cabaña,
Donde el sol entre nieblas se empaña,
En contentos y amor viviré.

Y en el dulce brillar de tus ojos,
Suspirando de gloria y ternura,
Embriagado en tu suave dulzura
Los destinos del mundo odiaré.

¿Qué te importa, mi bien, ese ruido
Que en tormentos aflije la mente!
¿Que te importa esa mísera gente
Que á tu lado se alloga infernal!
Son buitres, que miran tus ojos
Alumbrando en el crímen desechos,
Y que cuentan, ardiendo en sus pechos,
El venero insidioso y mortal.

Aparezca en perdida risa,
Yo conozco en vil mar sedumbre;
Y en eterna infeliz pesadumbre
Al desprecio los da el corazon.
Sus miserias comprende quien llora
Con nudo en que cierran al hombre,
Donde apenas le dejan un nombre,
Que se embarga que en su triste ilusion.

¡Huye lejos, mi amor, de los suelos,
Donde imperan el crímen y orgullo,
Inocente, nevado capullo,
Deja el llanto, resbalame á brotar:
El hará que tus ojos divinos
Se nos brillen sintiendo mi pena,
Que del alma en angustia, serena
Fuente limpia, principia á saltar.

Que del sol, yo no quiero los rayos,
Cuando miro tu lánguidos ojos,
Arrebol de sus hilanos enojos,
Azulada tu lumbre es mejor:
A la sona tranquila, avergüenza
Tu castísima y pura sonrisa,
Y el amor en tu frente desliza
El mas limido y santo pudor.

Ven, mi vida, al tranquilo desierto:
Huye el ruido infernal de este mundo,
Donde el sol se destruza iracundo:
Ven un tiempo, risueña á vivir:
Que en las noches oirás mis querellas,
En las tardes mis cantos de amores,
Y al dormirse la brisa en las flores
Me verás, tu ilusion bendecir.

VARIEDADES.

ETERIZACION.

Notable fué el año de 1847 por un descubrimiento estraordinario, cuyas inmensas consecuencias no es posible prever aun, pero cuyas incontestables ventajas probadas hoy dia con numerosos hechos pueden ser perfectamente apreciadas en la actualidad por todo el mundo.—Diversos procedimientos se habian ideado y ensayado ha largo tiempo para atenuar en lo posible el dolor, que acompaña á las operaciones quirúrgicas. Los químicos mismos habian llamado la atencion en estos últimos tiempos sobre los fenómenos producidos por la aspiracion de ciertos gases, que podian en algunas afecciones particulares, procurar un grande alivio á los pacientes: indicacion preciosa, mas cuya grande importancia se estaba aun muy lejos de suponer, cuando habiendo observado el año de 1846 un médico americano, el Dr. Jackson, despues de una multitud de esperiencias hechas consigo mismo, que la aspiracion del vapor del éter sulfúrico pura, producia cierto estado de insensibilidad, conoció el partido que se podria sacar de ella y encargó á un dentista, Mr. Morton, que le estragese los dientes, valiéndose de su aplicacion. Este ensayo fué coronado del éxito mas brillante; pues ni el paciente esperimentó ningun dolor, ni la operacion tuvo resultado favorable. Se renovó la esperiencia en los hospitales, y esta vez en operaciones quirúrgicas, ordinariamente muy dolorosas, pero siempre con el mismo éxito.

Traida á Europa esta nueva en el mes de Diciembre de 1846 causó una grande sensacion en el mundo médical. Se renovaron las esperiencias americanas: se observaron con el mayor cuidado los fenómenos producidos por la eterizacion; se estudiaron sus efectos sobre los diversos temperamentos, y en las diferentes temperaturas admosféricas; se perfeccionaron los aparatos, y se ha conseguido llegar en la actualidad á un grado de certeza infalible en el empleo de este procedimiento tan simple, y sin embargo tan maravilloso en sus resultados.

Los síntomas esternos producidos por la administracion del éter varian considerablemente; en cuanto á sus efectos interiores lo mas general es un sentimiento de calma y bienestar, al cual sucede un adormecimiento gradual, que parece se estiende por todo el cuerpo, y por cuyo medio se adormecen las facultades físicas y las sensaciones. En este estado de letargo la imaginacion se estravia en sueños estraordinarios y por lo regular agradables. El paciente está entonces completamente insensible, ó si tiene alguna vaga percepcion de la operacion que se le está haciendo, esta percepcion

no es acompañada de ninguna sensacion dolorosa. A algunos se les ha visto seguir con la vista todos los movimientos de la operacion y del escalpelo; á otros decir en el mismo momento en que se les cortaba la pierna «si duda, estais cortando,» mas estos mismos han dicho, despues de hecha la operacion, que se les estaba haciendo, que no habian sentido el menor dolor. La mayor parte despues de volver en si, no pueden creer que se les ha operado.

(Concluirá en el número inmediato.)

INDUSTRIA DOMESTICA.

Modo de preservar las telas de lana de la picadura de los insectos.

Despues de haber desleimado bien las lanas, se pasan por aceite de trementina, y luego se ponen en el tinte, en donde pierden el olor fuerte y penetrante que el aceite les comunica, y toman asi mejor los colores que las que no han recibido esta preparacion.

Este medio está esperimentado; pues habiendo espuesto durante un año entero telas de lana así prepa-radas, á la irrupcion de una multitud de polillas juntadas espresamente para esto, no solo perecieron todas sin lastimar las telas, sino que ningun otro insecto llegó á depositar allí su ovacion.

Metodo para hacer impermeable el calzado.

Las botas y los zapatos pueden hacerse impenetrables al agua por medio del procedimiento siguiente. Tómense tres onzas de esperma de ballena y derritanse á fuego lento en una vasija vidriada; échense seis dracmas de goma cástica cortados en pedazos, los cuales quedarán pronto disueltos por este medio. Añadanse luego ocho onzas de sebo purificado, dos onzas de manteca de puerco; y cuatro de barniz de ámbar. Mézclese, y podrá usarse inmediatamente. Las botas ó cualquiera otro objeto que haya de hacerse impermeable, deberá recibir dos ó tres manos de esta preparacion con un cepillo ó brocha, y resultará un hermoso pulimento.

Modo de pulimentar los instrumentos y adornos de cobre.

Se supone que se han de trabajar en instrumentos y adornos de cobre, que hayan pasado por las operaciones de los utensilios comunes y usados para desvastarlos, sea con limas, desde las mas groseras hasta las mas dulces, sea al torno, con el buesо, &c.

Se trata despues de dar pulimento al cobre. Desde luego se quitan todas las rayas que ha dejado la lima con un pedazo de piedra pomez, mojándola en agua á cada momento. Es menester que esta piedra pomez se escoja muy suave, y se igualará bien con una lima. Cuando despues de haber lavado la obra con agua, y haberla enjugado bien, no se aperciba ya ninguna raya de la lima, se frotará la pieza con la piedra mojada, empapándola á cada momento en agua. Se continuará esta operacion hasta que ya no parezca ninguna raya. En fin, se frotará la obra con un carbon hecho de madera blanca ó otra madera suave y tierna, mojándolo tambien en agua á menudo, hasta que no quede ningun vestigio de la piedra. Entónces la pieza quedará perfectamente alisada, y estará en estado de recibir el lustre, que se dará frotando la obra con un palo de madera muy tierna y bien labrado y alisado, en el cual se haya puesto una corta cantidad de tripoli en polvos finísimos y aceite; decimos en poca cantidad, porque

si se pone demasiado tripoli no se dará buen lustre. Luego que se haya acabado, se quita todo el tripoli que haya en la pieza, y casi todo lo que esté pegado al palo, y se continuará frotando la obra sin mas tripoli ni aceite.

Se advertirá muchas veces que se echa á perder una pieza al pulirla. Es menester pues tener la mayor atencion en que la piedra pomez, el carbon y el palo estén bien labrados y muy lisos, pasando estos útiles sobre la obra con delicadeza y destreza, para no echará perder ninguna de sus partes.

Si en la obra hay partes redondas, se pasará por ellas un pedazo de sombrero fino, con aceite y tripoli, el cual se pegará á un palo bien alisado. Se puede tambien pasar por los parages planos; pero es necesario que el palo sobre el cual se pegue el pedazo de sombrero, esté un poco convexo para no hachar á perder los bordes de la pieza.

Pulimentado así la obra, se desengrasará con albayalde muy seco y en polvo. Despues se quitará bien todo este blanco y la operacion quedará acabada.

Composicion de la tinta de que se valen los ingleses en lugar de la de la China.

Se toman seis onzas de cola de pescado, y se liquida, disolviéndola al fuego en doble cantidad de su peso de agua de rio. Se toma despues una onza de jugo de regaliz, que se hará igualmente disolver en doble cantidad de agua de su peso, y se desata en él una onza de negro de marfil, el mas hermoso que se encuentre; se añade esta mezcla á la cola, cuando esté caliente, y se mezclarán todos estos ingredientes con una espátula hasta que se hayan incorporado bien. Luego se hace evaporar toda el agua en baño de María, y lo que queda de esta composicion se echa en moldes de plomo de la forma que se quiera, bien engrasados. El negro de esta composicion es tan bueno como el de la tinta de China. La cola de pescado, como se sabe, mezclada con colores, se usa para pintar; y el jugo de regaliz hace uno y otro muy facil de disolverse en agua, cuando se frota contra el fondo de un vaso; lo cual no se conseguiria con la cola de pescado sola, pues es difícil de disolver con agua. El jugo de la regaliza, impide tambien que esta especie de tinta de China se raje y abra estando seca.

Medio de preservar las habitaciones de la humedad.

La casualidad ha hecho advertir várias veces que la leña seca absorve la humedad de las habitaciones; de manera que los papeles y el lienzo que se encontraban mojados en ellas en los tiempos húmedos, se han hallado secos de resultas de haber guardado en las mismas habitaciones abundancia de leña. Este medio puede pues, usarse en los edificios nuevos y habitaciones recien pintadas, teniendo cuidado de mudar la leña y ponerla al sol de cuando en cuando, pues esta facultad de absorver es relativa á la cantidad de la leña y á su sequedad.

De esta propiedad de la madera, principalmente de su parte espongiosa, puede colegirse la pérdida que ella puede ocasionar absorviendo las partes espirituosas de los vinos.

Este mismo esperimento parece propio para conocer el grado de salubridad ó insalubridad que pueden ocasionar las plantaciones en los paises calientes. Los cortes de montes han influido ventajosamente en la salud de los vecinos de muchos pueblos, á quienes disminuian la aspiracion de una humedad necesaria: otras veces por el contrario, muchos parajes pantanosos y enfermizos se han hecho sanos con las plantaciones.

EL IRIS.

—"Al que antes cumpla su anhelo,
logrando la dicha estrema
de dar á su sien diadema
hecha de luces del cielo."—

Así una turba ligera
de niños baja diciendo,
tocadas del iris viendo
las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
y crece su empeño loco,
en tanto que poco á poco
va el iris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
creian la sien orlada,
vieron su luz disipada,
como fantasma en el viento.

—"*¿Cómo es?*"—Desde el monte erguido
preguntan cuantos los miran;
y alzan los ojos, suspiran,
y les responden:—"*Ya es ido!*"

—"*¡Mentira!*"—Bajan diciendo
los que ven clara su lumbre;
y en tanto ganan la cumbre
mústios los otros subiendo.

Porque sus lindos reflejos
Son al tocarlos ficciones,
cual son de cerca ilusiones
las que venturas de lójos.

El iris siempre inconstante,
se va mostrando inseguro,
á los que bajan, obscuro,
y á los que suben, brillante.

—"*¿Cómo es?*"—En ronco alarido
gritan los antes burlados;
y los de ahora estasiados,
tristes responden:—"*¡Ya es ido!*"

"*¡Mentira!!*"—Dicen bajando,
los que poco antes mintieron;
y á los de abajo se unieron
prestos el monte esquivando.

Juntos, con pueril anhelo,
se ajitan con ansia ardiente,
corriendo de fuente en fuente
tras los matices del cielo.

Y todos dando á cual mas
gusto á su pecho anhelante,
unos gritan:—"*¡Adelante!*"—
Y los de adelante:—"*¡Atras!*"

Y así, sin órden ni guia,
aquí y allí discurrieron,
y ni allí ni aquí le vieron,
y en todas partes lucia.

Y al verle desvanecido,
con mas vergüenza que enojos,
vueltos al cielo los ojos,
esclaman todos:—"*¡Ya es ido!!*"

Así en eterno cuidado,
aquí y allí nuestro intento
corre fugaz por el viento
tras un placer nunca hallado.

Que el hombre en su desacuerdo,
llama, al verle en lontananza,
si es delante, una esperanza,
y si es detras, un recuerdo.

Y aun no marca en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando imprecando su estrella,
suspira y dice:—"*¡Ya es ido!*"

VARIEDADES.

ETERIZACION.

(CONCLUYE.)

El tiempo necesario, para producir el adormecimiento y la completa insensibilidad varia segun los individuos; sin embargo, esta diferencia consiste mas en el modo de administrar el éter, que en el grado de susceptibilidad de las enfermedades. Cuando la operacion es dirigida por un cirujano esperimentado, la duracion media de la aspiracion para producir la insensibilidad, es de dos á cuatro minutos. Sin embargo, es preciso notar, que no es solamente la cantidad del éter absorvida la que determina el adormecimiento ó sopor, sino la cantidad de éter absorvida *en un tiempo dado*. La duracion media del estado de letargo ó de insensibilidad es igual con poca diferencia al tiempo de aspiracion necesario para producirla: sin embargo á veces suele ser algo mas largo. El cambio es generalmente violento, y en la mayor parte de los casos las únicas huellas que deja es pesadez, mas ó ménos grande, en la cabeza y el olor y gusto de éter, que se conserva en las narices y en la boca.

La eterizacion, como la vacuna y el éter ha tenido sus adversarios; no es posible hacer bien á los hombres, sin tener que luchar con las preocupaciones, con la ignorancia y con la maledicencia. Se ha mestido grande ruido con algunos accidentes sobrevenidos á consecuencia de las operaciones en que se habia hecho uso del éter; pero facil es conocer que esos accidentes inherentes á la naturaleza misma de las cosas, son en un todo independientes de este nuevo procedimiento.

Ademas ¿antes de la introduccion del éter no sobrevenian jamas accidentes de esta clase á consecuencia de las operaciones quirúrjicas? Al contrario, está plenamente justificado que la eterizacion previniendo los efectos que produce el dolor sobre el sistema nervioso, no puede menos de disminuir considerablemente esos accidentes. Este procedimiento empero exije ciertas precauciones, y no debe de ser usado sino por personas inteligentes. No solamente es necesario que el éter sea muy puro, y el aparato lo mas perfecto posible, sino que se puede decir por regla general que no se debe usar nunca en las enfermedades de corazon y cuando hay amagos de apoplejia ó congestion cerebral; ademas tampoco se debe emplear con las personas de un temperamento nervioso, particularmente si son señoras, ni á aquellos cuyos pulmones están dafectados, á los amigos de licores y á los niños de corta edad.

Prescindiendo de la supresion completa de todo dolor, las ventajas de la eteri-

zacion consisten: 1.° en la confianza con que en adelante se someterá el enfermo á las operaciones sin temor al cirujano, y en que nunca retrocederá por temor á los dolores que ha de sufrir, como sucede en muchísimas veces; 2.° en la ausencia de la conmocion moral tan peligrosa, que acompaña ordinariamente á las operaciones quirúrjicas; 3.° en la supresion de la violenta reaccion que se sigue á esta afectacion; 4.° en la facilidad para el cirujano de operar con toda precision, calma y lentitud, que cuando está mortificado por los sufrimientos y agitacion del paciente, y por esa resistencia involuntaria tan perjudicial en algunas operaciones.

Los beneficios de la eterizacion no se limitan á las operaciones quirúrjicas. Hay probabilidades de poderlo aplicar á casi todos los ramos del arte de curar, y ha sido ya empleado con bastante buen suceso en los partos peligrosos; y se espera con bastante fundamento que podrá hacer un importante papel en el tratamiento de la locura.

La eterizacion, se puede decir sin ninguna exageracion, es una de las mas preciosas conquistas de la ciencia, uno de los mayores beneficios que ha recibido la humanidad.

La medicina veterinaria se ha apoderado de la eterizacion, y ha podido hacer sus operaciones con la mayor facilidad. M. Defays, profesor en Bruselas, ha ideado aplicarle á las abejas como medio de recojer la miel que han producido, sin destruirlas: el procedimiento consiste en adormecerlas, sometiéndolas á la aspiracion del éter sulfúrico en estado de vapor. Las nuevas y satisfactorias esperiencias hechas últimamente en Paris, dan las mas lisonjeras esperanzas de que se llegará á conseguir.

(Traducido del frances.)

CATEDRAL DE MEXICO

Este templo es el mas grande y hermoso que existe en la América. Su interior es magnífico: tiene la forma de una vasta cruz latina, superada en el centro por una gran cúpula, que reposa sobre cuatro pilares tan atrevidos como elegantes. Cinco naves dividen su longitud. En cuanto á la riqueza de los adornos de metales preciosos, este templo, lo mismo que la Catedral de Puebla, no tienen igual en el mundo.

CEMENTERIO DE PISA. El célebre campo-santo de la ciudad de Pisa, en el gran ducado de Toscana, es notable por su arquitectura, por sus bellas pinturas, por los monumentos antiguos que encierra, compuestos de fragmentos del arte egipcio, griego y romano, y sobre todo por la particularidad de que el terreno que contiene, está formado de tierra traida espresamente de Jerusalen, por manera que puede decirse con bastante propiedad que los cadáveres sepultados allí, están en la *tierra Santa*.

PROVERBIOS Y REFRANES.

El abad de lo que canta yanta. Con que se denota que cada uno debe vivir y sustentarse de su trabajo.

Dormirás sobre ello y lomarás acuerdo. Locucion proverbial, que advierte la reflexion con que se debe proceder en las cosas de importancia, para tomar una resolucion acertada.

Quien te cubre te descubre. Esplica que los mismos atavios y riquezas que tiene el que no los merece, son causa de que se averigüe su indignidad.

INDUSTRIA DOMESTICA.

MODO DE PULIR EL HIERRO Y EL ACERO.

Despues de haber acabado las obras de hierro y de acero con la lima dulce, ántes de templarlas, se pasa por ellas una piedra de afilar con aceite. Luego que por este medio se hayan hecho desaparecer todas las rayas de la lima, se frotará la pieza con un palo de nogal, y con rojo de Inglaterra ó esmeril finísimo hasta que la pieza quede muy lustrosa. Despues se limpiará muy bien con un lienzo, y la obra quedará con un pulimento tan hermoso como un espejo.

EL TABACO, REMEDIO CONTRA EL ARSENICO.

Una señorita inglesa, cometió hace poco tiempo, el error tan frecuente de comer equivocadamente una porcion de arsénico endulzado preparado para destruir los ratones. Síntomas penosos dieron luego la alarma, y fué descubierta su equivocacion. Una señora anciana que se hallaba presente, aconsejó que se procurase cuanto ántes hacerla vomitar, y como siempre habia manifestado la jóven una aversion decidida hácia el tabaco, bajo cualquiera forma que fuese, se creyó que este produciria desde luego el efecto deseado. Hízose uso cerca de ella de una pipa, pero sin producir nausea. Visto esto, masticó una porcion considerable de tabaco fuerte, tragando el jugo sin esperimentar ni aun repugnancia. Prepararon entónces una fuerte decoccion de la yerba en agua caliente, de la cual tragó como un medio cuartillo. Sin embargo, no produjo vahidos ni efecto alguno, bien como emético ó como catártico; pero con todo, las sensaciones penosas en el estómago cesaron y la paciente empezó á sentirse mejor. Cuando llegaron los médicos, recetaron un vomitivo de vitriolo, el cual produjo una operacion. Uno ó dos dias despues, sobrevino una deposicion de un color verde oscuro ó casi negro y la jóven quedó enteramente repuesta. Ocurrió otro caso semejante en el mismo pueblo, tomando una persona arsenico por equivocacion; y habiendo hecho uso tambien del tabaco, quedó perfectamente curada, siendo circunstancia digna de notarse que aunque en este caso, como en el anterior, repugnaba á la paciente el olor del tabaco, lo masticó entónces y tragó la saliva sin que produjese náuseas en el estómago. No tomó emético ni otro remedio que el tabaco, el cual bastó para efectuar la cura.

LITERATURA.

EL REO DE MUERTE.

I.

¡Para hacer bien por el alma
del que se va á ajusticiar!...

Reclinado sobre el suelo
con lenta amarga agonía,
pensando en el triste dia
que pronto amanecerá,
en silencio gime el reo,
y el fatal momento espera
en que el sol por vez postrera
en su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo,
y la cubierta capilla
lánguida vela amarilla,
tiñe en su luz funeral,
y junto al mísero reo
medio encubierto el semblante,
se oye al fraile agonizante
en son confuso rezar.

El rostro levanta el triste,
alza los ojos al cielo,
tal vez eleva en su duelo
la súplica de piedad
¿una lágrima! ¿es acaso
de temor ó de amargura?
¡ay! á aumentar su tristura
vino un recuerdo quizá!!!

Es un jóven y la vida
llena de sueños de oro
pasó ya cuando aun el lloro
de la niñez no enjugó:
el recuerdo es de la infancia
y su madre que lo llora
para morir así ahora,
con tanto amor le crió!!!

Y á par que sin esperanza
vé ya la muerte en acecho,
el corazon en su pecho
siente con fuerza latir,
á tiempo que mira al fraile
que en paz ya duerme á su lado
y que ya viejo y postrado
le habrá de sobrevivir.

¡Mas qué rumor á deshora
rompe el silencio! resuena
una alegre cantinela
y una guitarra á la par
y de gritos y botellas
que se chocan, el sonido,
y el amoroso estallido
de los besos y el danzar.
Y tambien pronto en son triste
lúgubre voz sonará:
Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!

Y la voz de los borrachos
y sus brindis, sus quimeras,
el cantar de las rameras,
y el desórden bacanal
en la lúgubre capilla
penetran, y carcajadas
cual de lejos arrojadas
de la mansion infernal.
Y tambien pronto en son triste
lúgubre voz sonará:
¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!

¡Maldicion! al eco infausto
el sentenciado maldijo
la madre que como á hijo
á sus pechos le crió;
y maldijo el mundo todo
maldijo su suerte impía,
maldijo el aciago dia
y la hora en que nació.

II.

Serena la luna
alumbra en el cielo,
domina en el suelo
profunda quietud;
ni voces se escuchan
ni ronco ladrido
ni tierno quejido
de amante laud.

Madrid yace envuelto en sueño,
todo el silencio convida
y el hombre duerme y no cuida
del hombre que va á espirar;
si tal vez piensa en mañana
ni una vez piensa siquiera
en el mísero que espera,
para morir despertar
Que sin pena ni cuidado
los hombres oyen gritar:
Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar.

¡Y el juez tambien en su lecho
duerme en paz!! y su dinero
el verdugo placentero
entre sueños cuenta ya!!
tan solo rompe el silencio
en la sangrienta plazuela
el hombre del mal que vela
un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
sueños de angustia, fiebre y desvarío
el alma envuelven del confuso reo
que inclina al pecho la abatida frente.

Y en sueños
confunde
la muerte;
la vida,
recuerda;
y olvida
suspira
respira
con árrido afan.

Y en un mundo de tinieblas
vaga y siente miedo y frio,
y en su horrible desvarío
palpa en su cuello el dogal;
y cuanto mas forcejea
cuanto mas lucha y porfia,
tanto mas en su agonía
aprieta el nudo fatal.
Y oye ruido, voces, gentes
y aquella voz que dirá:
¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!!

O ya libre se contempla,
y el aire libre respira,
y oye de amor que suspira
la muger que un tiempo amó,
bella y dulce cual solia,
tierna flor de primavera,
el amor de la pradera
que el abril galan mimó.

Y gozoso á verla vuela
y alcanzarla, mas en vano,
que al tender la ansiosa mano
su esperanza á realizar,
su ilusion le desvanece,
de repente sueño impío,
y halla un cuerpo mudo y frio
y un cadalso en su lugar.
Y oye á su lado en son triste
lúgubre voz resonar:
¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!!

Esponcera.

VARIEDADES.

EL ARTE

Y los artistas italianos.—Los padecimientos de Miguel-Angel.

Leon X.—El sepulcro del Dante.—Rafael y Miguel-Angel.—Su contienda.—El sepulcro de Julio II.—Clemente VIII.—Pablo III.—Anécdotas.

El advenimiento de Leon X señala una época de trabajos estériles, de amargos disgustos, de ocultas persecuciones en la vida de Miguel-Angel. Estaba escrito que el destino de este hombre se estrellaria de tiempo en tiempo, como un torrente contra la roca, para rechazar despues con mayor impetuosidad y orgullo. Durante nueve largos años, solo oimos hablar de Miguel-Angel en una ocasion que le hace el mayor honor á su alma de artista y á sus sentimientos de ciudadano.

La Academia de Florencia habia enviado diputados á Leon X, suplicándole que diese á su pátria las cenizas de Dante Alighieri, el augusto é infeliz desterrado que habia exhalado su último suspiro en Ravena, dos siglos antes.

En estos dias de inaccion forzosa, de sombría tristeza, Miguel-Angel leia los cantos del poeta florentino, trazando al márgen, con la pluma, todas las particularidades que le llamaban la atencion. Admirable obra maestra que seria de un precio inestimable hoy, si no hubiera perecido en la mar.

¡Quién mejor que Miguel-Anjel era mas digno de traducir é ilustrar á el Dante!

A la primera noticia del paso que iban á dar con el Pontífice, se conmovió el artista, que se asoció á esta obra de reparacion y de justicia con una ardiente y viva simpatía.

Al pié de la cópia original, que todavía existe en los archivos de Florencia, leemos estas nobles palabras:

"Yo, Miguel-Angel, escultor, dirijo la misma cópia á vuestra santidad, ofreciendo hacer al divino poeta un sepulcro digno de él."

Leon X, que tan grande y célebre fué y que dió su nombre á su siglo, rehusó aceptar sin embargo la oferta del escultor.

En esta misma época fué cuando estalló, poco mas ó menos, la contienda tristemente célebre entre Rafael y Miguel-Angel, los dos primeros genios del siglo; discusion penosa y sensible por todos conceptos, cuya memoria es menester perdonar á estos ilustres rivales, y cuya responsabilidad debe recaer enteramente sobre esos hombres envidiosos y de mediano talento que se deslizan, sin saber como, en la intimidad de los grandes ar-

tistas, para lisonjear sus pasiones y envenenar sus contiendas (*).

A todo esto, Leon X murió envenenado. Las artes y las letras perdieron en él un protector que, por su parte, no echó de menos Miguel-Angel. Durante el tiempo de todo su reinado, el papa florentino se mostró constantemente hostil á su compatriota. Adriano VI, flamenco de origen, sucedió á Leon; pero tanto peor no debia para nuestro artista. El nuevo papa tuvo la singular idea de hacer derribar el techo de la Sixtina, alegando el motivo que mas bien se parecia á un baño público que á la bóveda de una iglesia.

Tambien se llegó á tratar de llamar en justicia á Miguel-Angel, á causa del sepulcro de Julio II, por el cual habia recibido dctilo. adelantado, y que no se daba prisa por acabar. El escultor, enfurecido y rabioso, quiso partir para Roma; pero el cardenal de Médicis, que no tardó en ser Clemente VII, le exhortó á tener paciencia, y le hizo construir, esperando, la biblioteca y la sacristía de S. Lorenzo, las dos primeras obras de arquitectura ejecutadas por Miguel-Angel. En esta época tenia cuarenta años.

Sin embargo, el duque de Urbin, sobrino de Julio II, viendo que los pleitos iban demasiado despacio para él, recurrió á otro medio mas espedito para obligar á Miguel-Angel á que volviera á emprender el monumento de su tio. Hizo le amenazaran, como se hacia en aquel tiempo, con una puñalada entre dos costillas, si no se mostraba mas docil y complaciente. Bien deja verse que el buen duque entendia la cosa á las mil maravillas.

Clemente III, que subió al trono para desesperar á Benvenuto Cellini, llamó á Miguel-Angel al Vaticano, y le dió un consejo que hubiera hecho el mas grande honor á un jurisconsulto.

—Querido Buonarotti, le dijo el papa al oido, en lugar de defenderos, no teneis mas que atacar á los herederos de Julio II. Verdad es que habeis recibido dinero por anticipado; pero, al precio que se pagan hoy vuestras estatuas, el dinero que os dieron no es suficiente para cubrir el trabajo que habeis hecho; llamadles ante los tribunales, y de deudor vendreis á parar un acreedor.

—Mejor me parece acabar el monumento, repuso rotundamente el artista; y al momento partió para Florencia.

Al volver otra vez á Roma, le estaba esperando otro nuevo pleito á Miguel Angel; los procuradores del duque de Urbino, con esa tenacidad que ha caracterizado siempre y en todos los paises á los individuos de leyes, volvieron á la carga con el asunto del sepulcro de Julio II. Mas como tambien Clemente VII tenia su volubilidad, por otra parte, prometióse por fin que no saldrian con la suya. Por eso no cesaba de exhortar al artista para que se mantuviera firme.

Miguel-Angel, que tenia mas deseos de terminar el monumento que caer en las manos del duque Alejandro, se compuso con los procuradores; es decir, que pasó por cuanto ellos quisieron, y puso de nuevo manos al sepulcro de Julio II.

El diseño de este magnífico túmulo, que debia ser en su origen el mas grande monumento de esta especie que jamas se hubiera visto, habia sido reducido á un simple frontispicio de mármol, aplicado á las paredes de la iglesia de *San Pedro in Vincoli*.

(Concluirá.)

(*) El mas célebre episodio de esta contienda entre Rafael y Miguel-Angel es el que relata M. Quatremère de Quincy, y del cual ha sacado M. Horacio Vernet su magnífico cuadro del Luxemburgo: *Rafael en el Vaticano*. Miguel-Angel, encontrando á este último en medio de un gran número de discípulos, le dijo con ironía:

—Vais rodeado de un gran séquito como un general.—Y vos, repuso con orgullo Rafael, vais solo como el verdugo.

(Nota de la redaccion.)

INDUSTRIA DOMESTICA.

PARA QUITAR LAS MANCHAS DE LA GRASA EN LOS MUEBLES.

Se mezclan en seis onzas de espíritu de sal, y media onza de sal de limon petrificada (reducida á polvo.) Déjese caer un poco de esta mezcla sobre las manchas y restriéguese con un cepillo hasta que desaparezcan. Aclárese luego con agua fria.

ACEITE PARA LIMPIAR LOS MUEBLES.

Échese en un puchero vidriado cierta cantidad de raiz de la planta llamada bugiosa, ó lengua de buey, con aceite de linaza suficiente para cubrirla. Haciéndola hervir á fuego lento tomará un color encarnado fuerte. Despues de fria, queda dispuesta para uso inmediato.

MODO CURIOSO DE PLATEAR EL MARFIL.

Sumérjase un pedazo delgado de marfil en una solucion débil de nitrato de plata, permaneciendo en ella hasta que adquiera un color amarillo oscuro: estráigase entónces de la solucion, sustituyéndola en una de agua pura y espondiéndola á los rayos del sol, en tres horas de tiempo, el marfil habrá adquirido un color negro; pero este, restregándolo se trasforma pronto en un plateado brillante.

MODO DE BLANQUEAR ESTAMPAS Y LIBROS IMPRESOS.

Se toma una mesa ó tablas; se clavan en ellas clavos en ambos lados; se pasan por estos hilos de parte á parte, para impedir que el viento vuele las estampas; se cubre con papel, sin necesidad de que haya muchos pliegos, puesto que la mesa ó tablas esté del todo cubierta. Se coloca la estampa que ha de limpiarse, y se echa encima agua hirviendo. Conviene echarla por todas partes, y como hay puntos en que las estampas se retuercen, y que las partes mas elevadas se secan mas pronto, se toma una esponja fina, y se aprovecha el agua contenida en los pliegues de la estampa para mojar los puntos secos. Despues de haber echado tres ó cuatro veces agua hirviendo, se percibirá que el rojo ó amarillo de la estampa se fijará encima: mas por esto no hay que desconfiar, pues este color aumenta á proporcion que las estampas se blanquean. Cuando las estampas son blancas, se meten en un vaso cuadrado de cobre ó de madera, de una capacidad mayor que ellas. Se echa encima agua hirviendo, despues se cubre el vaso con un lienzo, para conservar el calor, y al cabo de cinco ó seis horas, este calor se desprende del agua. Antes de echar esta última agua, ha de colocarse sobre las estampas un pliego de papel fuerte, para que el agua hirviendo no las raegue. Despues de esto se estienden sobre cuerdas para enjugarlas, y cuando estén medio secas, se colocan entre pliegos de papel, ó entre cartones que se cargan con algun peso.

OTRO METODO.

Sumérjase la estampa en ácido muriático oxigenado, permaneciendo en él mas ó menos tiempo segun la fuerza del líquido: esta simple operacion bastará para blanquearla: si se desea volver su blancura al papel de un libro impreso, siendo necesario que todas las hojas sean sanas por el ácido, conviene tener cuidado de abrir el libro bien, haciendo que las tapas descansen sobre el borde de la vasija que contiene la solucion, de modo que el papel solamente sea sumergido en ella. Las hojas deberán ir separadas unas de otras, á fin de que sean igualmente mojadas por ambos lados.

LITERATURA.

EL DIA SIN SOL.

IIA DE DIOS.

Ni ser alguno penetrará el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente.
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente.
. . . . . .
En este bosque oculto y solitario,
En este aleñzar negro y escondido,
Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamas ojo atrevido.
. . . . . .
Tiene el Señor las armas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.
Y allí vive un espíritu terrible
Que al son de sueltas aguas se adormece
Y á los ojos de Dios solo visible
Al acento de Dios solo obedece.
. . . . . .
Espíritu sin fin ni nacimiento,
La eternidad existe en su memoria:
El solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia,
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria.
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria,
Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torvo que las vidas cuenta,
Vela de Dios el arsenal ardiente
Y los ultrajes del Señor sangienta.
. . . . . .
Y allí bulle en el fondo envenenado
La única de llorar lágrima hervida
Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.
En aquel arsenal inexpugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente,
Germinan en estraño formidable
Las mil desdichas de la humana gente.
. . . . . .
De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcázar funeral domina.
. . . . . .
Con él va la tormenta: el trueno ronco
Bajo sus alas cruje, desgreñada
De armas y quejas con estruendo ronco
La guerra detrás de él va despeñada:
Y pálidas á las orlas de su manto
Van tras él con la muerte descarnada
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambicion de crímenes preñada.

José Zorrilla.

EPITAFIOS.

Yace aquí un mal matrimonio,
Dos cuñadas, suegra y yerno....
No falta sino el demonio,
Para estar junto el infierno.

—

¡En sepulcro de escribano
Una estatua de la fé!...
No la pusieron en vano;
Que afirma lo que no vé.

—

¡Cuñados en paz y juntos!...
No hay duda que están difuntos.

—

Aquí un habiador se halla
Y por vez primera calla.

—

Sub hoc túmulo.....adelante;
Que este será algun pedante.

—

Echo una limosna, hermano;
Y que no suene el dinero,
No me venda este usurero.

—

Aquí yace un oidor sordo....
Un relator tartamudo....
Un vista con cataratas....
¡Pues anda bonito el mundo!

—

Aquí yace un alquimista,
Acusado de tacaño;
Y daba gratis al año
Pésames, pascuas y dias.

J. Martinez de la Rosa.

VARIEDADES.

EL ARTE

Y los artistas italianos.—Los padecimientos de Miguel-Angel.

Leon X.—El sepulcro del Dante.—Rafael y Miguel-Angel.—Su contienda.—El sepulcro de Julio II.—Clemente VIII.—Pablo III.—Anécdotas.

(CONCLUYE.)

Julio II habia elegido él mismo esta iglesia para colocar en ella su sepulcro. Por espacio de treinta y dos años habia sido cardenal de *San Pedro in Vincoli*, y despues de elegido papa, trasmitió esta dignidad al mas amado de sus sobrinos.

Por una de esas fatalidades inherentes, por decirlo así, á las obras como á la vida de los artistas, todas las influencias divinas y humanas vinieron á oponerse á la conclusion de este monumento.

De todo este abortado proyecto, la sola estátua verdaderamente digna de Miguel-Angel que nos queda, es el *Moises*. Y aun esta estátua, por mas admirable y terrible que sea, arrancada de su primer lugar, mal colocada bajo el punto de vista natural, y aislada del conjunto de que debia formar parte, no produce hoy la mitad del efecto que debiera producir, elevada á veinte piés de altura, sentada eternamente en el borde del inmenso túmulo, entre el cielo y la tierra, en medio de una comitiva de profetas y sibilas, en el sitio que habia señalado el escultor.

Entrad, sin embargo, en la iglesia de San Pedro-in-Vincoli, solo, al anochecer; contemplad al incierto resplandor del crepúsculo esa aparicion sobrehumana, y experimentareis, sobrecogido, uno de esos hiperbólicos espantos que produce en una imaginacion fogosa la lectura del Apocalipsis.

El semi-dios está sentado en su magestad olímpica. Uno de sus brazos se halla apoyado sobre las tablas de la ley, el otro está vuelto hácia adelante con la arrogante indiferencia de un hombre que no necesita mas que de una arruga en las cejas, para hacerse obedecer por la muchedumbre. Una barba espesa y ocular se derrama por todo su vasto pecho como un torrente que desborda. El carácter agreste y primitivo de este gran pastor de los pueblos, se ve sellado en cada

uno de los músculos de su cuerpo y en cada pliegue de su vestido. El doble rayo que ha dejado la visión de Jehovah, como una señal indeleble, en la frente del profeta, se parece en extremo al doble cuerno acerado que viene atravesando la cabeza de un macho cabrío. Este emblema de energía salvaje, de fuerza animal, añade un no sé que de extraño y terrible á la fisonomía del coloso.

Mientras Miguel-Angel estaba trabajando en su Moisés, Clemente VII, siguiendo el ejemplo de Julio II, no le dejaba parar un instante.

Un dia, vinieron á anunciar á Miguel-Angel que no recibiria su visita ordinaria: Clemente VII acababa de espirar. El artista respiró apenas mientras duró el cónclave.

El nuevo papa, Pablo III, no tuvo cosa mas urgente que presentarse en el taller de Buonarotti, acompañado pomposamente por diez cardenales.

El santo padre le dijo en un tono del todo decidido: Maestro Buonarotti, cuento con todo vuestro tiempo desde hoy en adelante.

—Ingnese escusarme vuestra Santidad respuso Miguel-Angel; pues acabo de firmar un compromiso con el duque de Urbino, que me obliga á concluir el túmulo de Julio II.

—¡Cómo! esclamó Pablo III, treinta años hace que estoy deseando una cosa, y ahora que soy Papa ¿no podria conseguirla?

—Pero, Santo Padre, ¿y mi compromiso, mi firma dada!

—Vamos, vamos! yo tomo la cosa por mi cuenta, dijo el papa. No harás sino tres estátuas de tu mano, los otros escultores se encargarán del resto, y yo responde del consentimiento de Urbino. Ahora pues, maestro, á la Sixtina; hay pues allí un gran vacío que nos espera.

¿Qué podia responder Miguel-Angel á una voluntad tan positiva y terminante? Acabó como mejor pudo las dos estátuas de la vida activa y de la vida contemplativa, la Raquel y la Lia simbólicas del Dante, y no queriendo sacar partido del nuevo compromiso á que se le sometia, depositó mil quinientos ducados á cuenta de los cuatro mil que habia recibido, para pagar con su propio beneficio los trabajos confiados á los demas artistas.

Habiéndose concluido así este penoso negocio, que tantos disgustos y fastidios le habia ocasionado, Miguel-Angel pudo en fin, ocuparse esclusivamente de la ejecucion de su *juicio final*, en el cual empleó lo menos ocho ó nueve años.

Este inmenso y único cuadro, en donde la fisonomía humana es representada en todas las posturas posibles, en donde todos los sentimientos, todas las pasiones, todos los reflejos del pensamiento, todos los rasgos del alma son representados con una profusion inimitable, no ha tenido jamas quien lo iguale en el dominio del arte.

Esta vez el ingenio de Miguel-Angel llegaba hasta el infinito. El objeto de esta vasta composicion, la manera con que ha sido concebida y ejecutada, la admirable variedad y sabia disposicion de sus grupos, el atrevimiento inimaginable y la firmeza del conjunto, el contraste de la luz y de las sombras, las dificultades, y me atreveré á decir, casi las imposibilidades vencidas como jugando y con un éxito que raya en prodigio, la unidad, el todo, y la perfeccion de los detalles, hacen del *juicio final* la obra mas completa; el cuadro mas grande que existe. Este es ancho, grandioso como efecto, y sin embargo cada parte de esta prodigiosa pintura gana infinitamente en ser vista y estudiada de cerca, y no sabemos que exista un cuadro el mas pequeño del mundo, que haya sido trabajado con mas paciencia y acabado con tal amor.

Esta obra inmensa fué descubierta ó mostrada al público el dia de Navidad 1541. Ocho años habia costado de hacer. Miguel-Angel tenia entonces sesenta y siete años.

Varias anecdotas, relativas á este gran cuadro, han llegado hasta nosotros.

Cuéntase que el papa, escandalizado de la desnudez de ciertas figuras, hizo decir á Miguel-Angel que las cubriera (Daniel de Volterre fué encargado de vestirlas mas tarde.)

Miguel-Angel respondió al emisario del papa, con su mal humor ordinario:

—Direis al papa que se ocupe un poco menos de corregir mis pinturas, lo cual le será muy fácil, y que se ocupe un poco mas de reformar á los hombres, lo cual es muy difícil.

Tambien se dice que Biagio, maestro de ceremonias de Pablo III, habiendo acompañado al papa á una visita que su Santidad quiso hacer á una pintura de Miguel-Angel que no estaba acabada, se puso á decir el tambien su opinion sobre el cuadro del *juicio final*.

—Santo Padre, dijo el buen Mosen Biagio, si yo debiera decir mi opinion, ese cuadro me parece mas digno de figurar en una taberna que en la capilla de un papa.

Desgraciadamente para el maestro de ceremonias, Miguel-Angel se encontraba detras de él, y no perdió una palabra del cumplimiento de Mosen Biagio. Apenas hubo salido el papa, cuando el artista irritado, queriendo hacer un ejemplar que disgustase para siempre á los críticos, colocó perfecta y debidamente en su infierno al Mosen Biagio, bajo el disfraz poco honroso de Midas con sus orejas y todo. Tal era siempre el proceder de Dante, que cuando queria vengarse de algunos de sus enemigos, le condenaba motu propio y de su propia autoridad.

Fácil es adivinar las quejas y lamentaciones del pobre maestro de ceremonias, cuando se vió condenado de un modo semejante. Se arrojó á los piés del papa, declarándole que no se levantaria hasta que su Santidad le sacara del infierno, que era lo que mas prisa corria; y en cuanto al castigo que merecia el pintor por este atrevido sacrilegio, Mosen Biagio se remitia á la alta imparcialidad del Santo Padre.

—Mosen Biagio, repuso Pablo III, con toda la seriedad que pudo conservar, ya sabeis que he recibido de Dios un poder absoluto en el cielo y en la tierra, pero nada puedo hacer en el infierno; por consiguiente quedais en él.

Ya hemos hablado de la antipatía de Miguel-Angel y de su desprecio por la pintura al olio. Sabemos que Biro para Alfonso, duque de Ferrara, un cuadro que representaba los amores de Leda. Cuando se trató de fortificar Florencia, Miguel-Angel fué enviado allí para estudiar el plano de las fortificaciones de la ciudad.

Alfonso le recibió con las mas grandes pruebas de deferencia y estimacion, le enseñó los trabajos, y se entretuvo con él largo tiempo acerca de los fuertes, fosos y táctica militar; pero cuando llegó el momento de quererse marchar el artista, esclamó riendo el duque:

—Sois mi prisionero y cometeria una gran falta, si os dejara partir sin obtener vuestra promesa formal de volver luego con objeto de hacer alguna cosa para mí; estátua ó cuadro ipoco se me dá! con tal que sea de la mano de Miguel-Angel. A este solo precio obtendreis vuestra libertad.

Miguel-Angel prometió; pero cuando un ayudante de campo del duque Alfonso vino á reclamar su promesa de parte de su amo, le hizo con tanta terpeza, que el artista, indignado, le echó fuera de su taller bruscamente y sin darle nada.

El enviado del duque, mejor soldado en apariencia que conocedor de cuadros, habia dicho, al ver el cuadro: ¿Cómo, no es mas que eso?

Sin duda habia añadido á su capote, el digno soldado que aquello no valia la pena de haberla incomodado.

—¿Cuál es vuestra profesion? preguntó con severidad Miguel-Angel.

—Soy comerciante, respondió el cortesano queriendo mostrarse espiritual; esto era dirigir una pulla á los florentinos, célebres en todo tiempo por su comercio.

—¡Pues bien! mal negocio habeis hecho aquí para vuestro patron; idos por donde y como habeis venido.

Luego despues, volviéndose hácia uno de sus criados de taller, llamado Antonio Nini, le dijo con voz suave:

—Querido Antonio, no eres rico, y tienes dos hermanas por casar; ven aquí, toma esa Leda, y véndela por cuenta tuya.

Este cuadro fué comprado por Francisco 1.°, y no se ha vuelto á hablar ya mas de él.

ALEJANDRO DUMAS.

LITERATURA.

LA HIJA DE GUALCO.

(Fragmento.)

I.

¿A dónde vas, hija de Gualco? Ayer cuando caia la tranquila tarde, tú recostabas tus blanquísimos brazos sobre los verdes enramadas de tu puerta, tus hijos te rodeaban, y en tu frente imprimian su purísimo beso de inocencia. Tu vista seguia el sol que trasponia las cumbres de esmeralda. ¿Qué tenias, hija de Gualco? Tus ojos estaban llenos de lágrimas, y tus cabellos en desórden, ondeaban á merced del viento sobre tu cuello, blanco como el alabastro. Mil suspiros salian de lo hondo del corazon.—Hija de Gualco ¿qué tenias?

II.

La noche habia caido de los cielos. Las montañas estaban oscuras; tus hijos se adormecian en los piés, y los vientos llevaban las negras nubes á donde nacen las tempestades. El trueno se oia allá á lo lejos como si se desquiciaran las columnas, que sostienen la bóveda del cielo. Tronchadas las ceibas rodaban por el monte, y tú, hija de Gualco, no movias los nublados ojos del confin del horizonte. Hija de Gualco, ¿qué esperabas?

III.

En medio de la oscuridad desciende por la montaña un guerrero colosal. Su maza de combate brilla como la lumbre de la centella, y su cuerpo luce como la negra roca combatida por la blanca espuma de las olas. Su cabeza descubierta se levanta tranquila en medio del huracan, y mas firme que la montaña conmueven sus pisadas los cedros seculares. Hija de Gualco, el cielo te guarde, gritó atronando las selvas. Los ecos repitieron sus palabras, y con sordo murmullo, se perdieron entre las hojas de los árboles.

A pocos momentos el guerrero la estrechaba contra su corazon. Besaba su frente con ternura, y el tímido de los valientes, el hijo de los bosques inundaba en lágrimas su modesta frente.—¿Qué tienes, hija de Gualco? la decia, con las puntas sobre su rizada cabellera.

IV.

La hija de Gualco se habia arrodillado á sus piés; su rostro estaba pálido, y sus ojos tiernos como la luz amarilla de la tarde, se alzaban al cielo. El rayo desprendido de las nuves ilumina la montaña, que estaba cubierta de escuadrones que ruedan por ella, como las rocas que el huracan arranca. Hatuci suspende su poderosa cabeza y ve los guerreros. Sus ojos centellan de furor, y sus miembros se contraen como si blandiera su ferrea clava en la matanza.

V.

Allí están mis guerreros, hija de Gualco, mañana al despuntar el dia se verterá la sangre de Athalai, el fuego destruirá sus hogares, y yo blandiré mis armas contra el asesino de mi padre. Cuando el rojo sol sacuda sus cabellos de oro, haré rodar por la llanura mis ejércitos, y como los rios caudalosos se hunden en el mar, así precipitaré mis valientes sobre sus débiles cloras. Hija de Gualco, mi mano arrojará á tus piés los crancos ensangrentados de mis enemigos.

VI.

La hija de Gualco estaba silenciosa, sus mejillas estaban pálidas y marchitas, como el lirio á quien el sol del desierto ha abrasado durante el dia. Un suspiro ahogado salió de lo interior de su pecho: tomó las manos del guerrero, y las bañó con su llanto. "Pobres hijos mios.» Mañana tal vez. . . .

La hogaron los sollozos. El tímido de los valientes palidece. Sus rodillas flaquean y cae arrodillado al piè de la hija de la montaña. Levanta sus hijos del suelo, y los cubre de besos, sus inocentes brazos rodearon el cuello de su padre, y entonces colocó sobre sus hombros el collar de los Incas.

VII.

Hija de Gualco, le dice, mañana, cuando el sol trasponga la montaña, mi furor habrá destruido los ejercitos enemigos: entre el ruido del combate, mis ojos buscaran al poderoso Athulai, y cuando le descubra, mis brazos lo estrecharán con furor. Hija de Gualco, yo lo arrebataré de entre sus valientes, como arrebata el aquilon las copas de las ceibas, y lo arrojaré por los montes, como él arrojó la cabeza de mi padre. Sus hijos me cercarán, pero cada golpe mio será de muerte y de esterminio.

Si cuero en la pelea, guarda mis hijos, hija de Gualco, enseñales á bendecir mi nombre, y cuando brille la luz melancólica, llevalos á la tumba de nuestros padres. Allí repiteles mi nombre y que juren venganza al asesino: diles que yo te amé con delirio, mas que á la luz del sol, mas que á ellos mismos.

VIII.

Hatuci se acerca á la apacible puerta de su rústica cabaña, descuelga el terrible carcax de sus padres, y por tres veces blande la acerada flecha: su voz atruena las montañas, y á esta señal responden los gritos de los guerreros.

Se precipita de su cabaña, y como el Dios de la guerra, vuela hacer estremecer las ceibas y los pinos. Plumas de mil colores entornan su espaciosa frente. La montaña ha quedado en silencio sepulcral. Los guerreros se dirigen al campo enemigo.

VARIEDADES.

LA CONFESION

DE UN BUSCADOR DE ORO.

Relato de un buscador de oro.—Partida. —Ilusiones.—San Francisco.—Poblacion. —Garitos.—Patatas á cinco reales.— ¡Peaton! El buscador de oro.— Los bandidos, los tigres, las yaneces, las serpientes de cascabel.—Conclusion instructiva.

Hace ocho dias estábamos comiendo en casa de un banquero de *la Chaussée-d'Antin*, donde habia un capitan de navio que acaba de llegar de una espedicion á Californias. Grande fué nuestra sorpresa cuando vimos á este hombre triste, viejo antes de la edad, nada lleno de oro, y con varias cicatrices. Rogámosle nos hiciera una rotacion de sus aventuras, y hé aquí lo que nos dijo de mas interesante. Este testimonio imparcial, inocente, de un buscador de oro, os hará conocer mejor á Californias que todos los reclamos de el *Rey de San Francisco*.

—El año pasado, dice nuestro capitan, tenia yo una pequeña fortuna de tres mil pesos, y no pensaba sino en casarme y descansar. Me hallaba entre diez herederos muy amables que me ofrecian igual dote con sus manos, cuando un amigo ambicioso me persuadió hiciera un viaje á Californias para doblar diez veces mi capital en algunos meses. Me dejé seducir, me puse á equipar un bergantin, y partí.

Al aproximarme á dicho punto, en Valparaiso, en Taiti, en las islas Sanwich, me contaron algunos hechos que disminuyeron mi entusiasmo, y me inspiraron terribles dudas.

Pero al ver á San Francisco, todas mis esperanzas se reanimaron otra vez.

Figuraos la entrada estrecha de un puerto que se parece al de Brest, luego una inmensa rada que contendria todos los navios del mundo, un islote, elevado en la embocadura, parece esperar inmóvil á una ciudadela con sus baterias de cañones. Este puerto será un dia uno de los mas grandes y fuertes posiciones marítimas.

San Francisco (ó Yerva buena) se estiende al otro lado del fuerte Español. Pobre poblacion ayer, y contiene ya hoy 60.000 almas, rodeada de mas palos mayores y animada de mas ruido que Veracruz y Burdeos: cuatrocientes navios de comercio atravesé yo, abandonados todos por sus equipajes y guardados por la bandera de una fragata

americana. Pero aquí no se roban las flotas; no se cogen mas que el oro. Los navíos de tres puentes no serian buenos sino para llevar gente y llevarse barras de oro.

San Francisco es una abreviatura del globo. Franceses, españoles, alemanes, americanos, chinos, insulares de toda latitud, están realizando allí una nueva torre de Babel. La superioridad la tienen los mahaqueses, y los aventureros de Botany-Bay y de los archipiélagos de la Oceanía, rateros, ladrones de camino real, piratas y asesinos fugitivos, presidiarios vomitados por todos los presidios del mundo, quebradores de alta y baja escala, en una palabra, toda la espuma de los dos mundos. Ignoro cuál será el destino de California; pero va principiando del mismo modo que el imperio romano. Allí he visto al antiguo ministro del rey Kamekamaka, que las sociedades bíblicas protestantes habian proclamado el mas grande legislador contemporáneo, y que es hoy el mas formidable ladron de las costas del Sacramento: sus aventuras y las de sus compañeros darian materia para cien tomos de romances y novelas á nuestros dramaturgos de París. Los *Mosqueteros* y *Monte-Cristos* no son nada, absolutamente nada en comparacion de aquellos, y que me disimule Mr. Alejandro Dumas.

Esta poblacion estraña se está agitando como un hormiguero en la improvisada ciudad. Es un va y ven de todos los tipos, costumbres y vehículos imaginables, desde el wagon hasta el carretoncillo. Es una mescolanza pintoresca de casas de piedra y de madera, bien almeadas, sin embargo, todas blanqueadas ó pintadas, y dominadas por iglesias de todos cultos, un teatro, una bolsa y los garitos.

¡Garitos sobre todo! pues la vida no es mas que un juego en San Francisco. Los salones faltan á los jugadores. Apénas se ven levantadas cuatro paredes, presentase un banquero, las alquila á todo precio, y se instala en medio con un tapiz verde. De aquí viene el exhorbitante precio de los alquileres que varian de 3.000 á 6.000 pesos por año. Y aun conozco algunos que han ascendido á cerca de un millon. Bajo muchos conceptos, la vida material es tambien por el mismo estilo. He pagado las patatas á 4 reales la pieza, y los huevos á 12 ps. la docena. La habilidad de los indios yankeses, yanceas ó yankinos mantienen á este precio tan alto toda clase de víveres. Estos yankeses son charlatanes por escelencia, y engañan á los mas diestros americanos, que se vengan de ellos con el proverbio: *playa yankee trie*. (Jugar una pasada de yankees.)

Es estraordinario el furor de esos juegos californienses. Acuden allí de las minas con la cintura llena de pepitas de oro, poniéndose de codos sobre el tapiz con un ruido espantoso. Cambian las barras de oro por onzas de á 17 pesos, y pobre del banquero si se arma alguna jarana por una rueda de castillejo. La jarana se termina casi siempre á golpazos; y muchas veces tambien la pistola hace justicia al mas atrevido. Entónces, por toda represion, el *menager* (presidente del juego) grita fuertemente: ¡No hacer tanto ruido, silencio por allá! Cuando el escándalo se prolonga, el presidente martilla tambien á su turno una pistola, y tomando otra vez la palabra, dícelos: Ir á matarse á fuera ó le rompo los cascos, al que chiste, ó le hago un agujero en su persona (*ill make a hole in you.*) Por supuesto, al salir del garito, los pistoletazos principian otra vez, máxime cuando la mayor parte de los cinturones no conservan ya sino el color del oro que ha sido absorvido por la banca. Por mi parte, solo he jugado una vez al castillejo, á causa de haberme divertido el banquero con el oseden el dinero que dejé caer en el tapiz. «El señor es estrangero, me dijo él sonriéndose; aquí jugamos onzas de oro, y no se admite plata.» Cuando los banqueros no han ganado mas que dos mil pesos en una sesion, dicen, como Titus, que han perdido el dia. Fácil es comprender que todos los vicios van á la par con el juego. Las mugeres hacen falta sin embargo, en San Francisco, y el comercio mas fructuoso es llevar cargamentos fe-

meninos. Eso es lo que llaman allí *el comercio de las blancas*.

El único vicio que se castiga en San Francisco es el robo. Todos están tan interesados en conservar lo que tienen, que cada uno se hace gendarme para defender el bien de los demas. El ratero que tocara las mercancías tendidas en las calles sin quien las guarde, seria atravesado de cien balas que saldrian de todas las ventanas y tiendas de campaña vecinas.

Y digo tiendas de campaña, porque las dos terceras partes de la ciudad están formadas por un campamento, cuyos pabellones barracas se estienden en la costa hasta perderse de vista.

Para daros una idea de la administracion californiana, os citaré la espresion de un alcalde, que la contiene casi toda.

(*Continuará.*)

INDUSTRIA DOMESTICA.

MODO DE LIMPIAR TODA CLASE DE METALES.

Mézclese medio cuartillo de aceite de pie de vaca y una cuarta parte de cuartillo de espíritu de trementina. Por otra parte redúzcase á polvo un pedazo de piedra de calderero ó ladrillo fino. Mójese luego un pedazo de franela ó paño en el líquido y tomando con él un poco del polvo, restríjese bien el metal. Enjúguese con un paño suave; lúzcase con un pedazo de badana flexible bien seca, habiendo uso para ello del polvo de ladrillo fino. Para el acero, si estuviese muy tomado, se usará al principio un poco de piedra pomez con el líquido, empleando un trozo de paño distinto.

PASTA DE CAOBA.

Acontece muchas veces que los muebles de maderas finas á consecuencia de golpes recibidos ú otras causas presentan á la vista algunas imperfecciones que los afean: estas pueden disimularse usando de una pasta que se prepara del modo siguiente. Ráspense cuatro onzas de cera en una vasija, y mézclese con ella la cantidad de aceite de trementina que baste para humedecerla bien. Redúzcase á polvo un cuarto de onza de resina, y añádase tierra roja hasta darle el color que mas se aproxime al de la caoba. Cuando la composicion esté bien mezclada y hecha pasta podrá cubrirse con ella cualquier defecto en la madera.

METODO PARA RESTAURAR COLGADURAS, ALFOMBRAS, TELAS, &c.

Golpéese bien hasta desalojar todo el polvo que contengan, y acepillense despues con un cepillo fuerte. Hecho esto se hará una legía de agua y jabon, la cual se aplicará restregando tambien con un cepillo; aclárese con agua limpia. Prepárese luego agua de alumbre disolviendo en ella un poco de esta piedra y aplíquese del mismo modo que las anteriores, quedarán renovados los colores de la alfombra despues de enjuto el lavado. Algunos de ellos tal vez aparecerán aun descolidos. Para devolver á estos su brillantez, es indispensable usar de un pincel y de colores apropiados. Pueden retocarse con colores á la aguada mezclados con agua de goma fuerte, y á cierta distancia aparecerán como nuevas.

METODO PARA LIMPIAR MEDIAS DE SEDA DE COLOR.

Póngase un poco de jabon blanco en agua hirviendo, y bátase hasta que quede disuelto formando una fuerte espuma ó jabonadura. Cuando se haya enfriado algun tanto hasta conservar solo un grado moderado de calor se colocarán en ella las medias. Si son de textura fuerte podrán restregarse como en el modo or-

dinario de lavar. Aclárense prontamente en agua caliente: échese luego aceite de vitriolo en otra agua el que baste para darle un sabor ácido y sumérjanse luego en ella las medias si fuesen de color amarillo, brillante carmesí, color de pato ó escarlata: mas para las de color de naranja, café con leche, parda y sus modificaciones no se usará el ácido. Para el color de escarlata brillante se empleará una solucion de estaño. Exprímanse luego el agua suavemente y colocando las medias en un paño fuerte tuérzanse. Colgadas luego en un cuarto caliente se dejarán secar y por último se plancharán.

Para los colores de rosa mas ó ménos subidos se emplearán en lugar de aceite de vitriolo ó solucion de estaño el jugo de limon, tártaro blanco ó vinagre.

Para los azules morados y sus variedades se añadirá una pequeña cantidad de potasa refinada americana, pues esta restaurará los colores. Lávense las medias como otro artículo cualquiera, pero en lugar de retorcerlas comprímanse suavemente y enjúguense cuanto sea posible entre los paños. Despues de secas, se les dará por el revés una mano de agua de goma muy para á la que se añadirá un poco de agua de potasa. Estírese luego por medio de alfileres sobre un almohadon ó otra superficie cualquiera hasta que queden enjutas.

LITERATURA.

LOS HOMBRES IGUALES.
CUENTO ORIENTAL.

EL SOLDADO DE Á CABALLO Y DE INFANTERÍA.

Un dia dijo el Bajá al Sultán:—Todos los hombres son iguales segun el profeta. ¿Por qué tienes tú pues, un trono, cuando yo no tengo mas que un divan; un imperio, cuando yo solo poseo una provincia?

—Puede ser que tengas razon, repuso el sultán; mañana tendrás mi trono y mi imperio, si puedes conseguir, en efecto, que todos los hombres sean iguales.

El Bajá se salió encantado, é hizo proclamar en seguida la igualdad de todos los hijos de Mahoma. Pero en su puerta encontró ya al Visir, que le dijo: ¿Por qué tienes tú, pues, una provincia, miéntras que yo no tengo mas que una ciudad, un turbante de piedras preciosas, cuando el mio no es sino de oro?

—Mañana, repuso el Bajá, tendrás mi provincia y mis diamantes.

Y el Visir estaba gozoso, cuando un capitan le dijo:

—¿Por qué tienes tú un ejército, cuando yo solo mando un batallon? ¿por qué vas cubierto de oro, miéntras que yo no llevo mas que seda?

—Mañana tendrás mi ejército y mi turbante de oro.

Pero un teniente dijo á su capitan: En nombre de la igualdad debo dárseme tu compañía y tus insignias.

El soldado de á caballo al teniente:—Yo quiero tu rango y tu sueldo.

Y el infante al de á caballo:—Dame tu caballo y tu sable, y coge mi fusil, que es demasiado pesado.

Y todos respondian como siempre:—Mañana lo tendrás; pues cada uno se habia igualado con su superior.

Pero como todos tenian un superior encima, y nadie queria quedarse de subalterno, quisieron acender sin cesar, siempre en nombre de la igualdad.

De tal manera que estalló una horrible guerra civil, en la cual se mataron como chinos desde un estremo del imperio al otro; los vencedores se disputaban entre ellos los despojos de los vencidos, y la desigualdad apareció siempre de nuevo sin cesar.

Un pobre esclavo que jamas salió de su posicion, sin envidiar lo de los otros, habló así á los sultanes destronados, á los bajás despojados, á los visires sin mando, á los comandantes sin batallon, á los ginetes desmontados y á los infantes sin armas.

—Cada uno de vosotros se creia mas feliz que yo, y ahora soy mas dichoso que todos vosotros: ¿Queréis saber por qué? Porque hay un profeta mucho mas grande que vuestro profeta que ha dicho en su libro lo siguiente:—El cedro protege la cabeza del hisopo, y el hisopo nutre á la raiz del cedro. Los dos tienen, pues, igual necesidad el uno del otro, y ahí está la verdadera igualdad. Siempre habrá pobres entre vosotros, porque la dicha del hombre no está en el mundo. Bienaventurados los que lloran aquí bajo, ellos serán consolados allá arriba. Desgraciados de aquellos que toman en lugar de dar á los demas; pues mas fácil le es á un camello el pasar por el ojo de una aguja, que á un mal rico el entrar en el reino de los cielos. Y este profeta es mi Dios, añadió el esclavo haciendo la señal de la cruz.

(Mundo Pintoresco.)

VARIEDADES.

LA CONFESION DE UN BUSCADOR DE ORO.

(CONCLUYE.)

Los atentados se multiplicaban en su distrito, en el cual tenian los bandidos su cuartel general. A cada denuncia, respondia el alcalde: Ahorcarlo. A esto se reducian los debates del proceso, la defensa y la sentencia. Los interesados ejecutaban en seguida la sentencia y se volvian á sus quehaceres. En algunos puntos hay algunos jurados, pero que no hacen ningun honor á la ley. Estos son, por ejemplo, doce borrachos que condenan á otro y que acaban de embriagarse con el pié del patíbulo.

Tambien se pide limosna en San Francisco, como en la novela de Gil-Blas, con la pistola en la mano. Allí encontré á un parisiense, á quien un ladron apuntaba muy á menudo pidiéndole de beber. Se quejó por último al magistrado, que por toda respuesta le prestó su pistola. "Puesto que os dejais insultar, dijo él, eso me prueba que no teneis ninguna arma." Al dia siguiente se volvió á embarcar nuestro francés para Francia.

Cerca de 2,000 personas desembarcan por dia en California. Cada navío americano se anuncia allí con aclamaciones de triunfo. Sin embargo, se ha exagerado lo que han dicho sobre la carestía de víveres esenciales. La carne fresca 2 reales y medio la libra. El bizcocho, la galleta, y como salazon que abunden á no poder mas, están tan baratos como en Europa. Ultimamente habia tanto vino de Burdeos, falso ó verdadero, que no podian deshacerse de él sino perdiendo la mitad. Los vendedores padecieron el último desmantelarse de sus ricos, haciendo creer á los minadores que cualquier otro líquido les daria la fiebre. Lo que es carísimo en San Francisco es la mano de obra. Un ingeniero gana 100 pesos por mes; un cocinero 200; un obrero mas todavía. De allí es que los millonarios hacen allí sus casas, su cocina y su cama, y los grandes señores dan lustre á sus botas.

—¿Y el oro, vas Vdes. á preguntarme, cómo y en qué cantidad se encuentra?

Aquí es donde mi confesion va á ser instructiva. No hay duda que la Califor-

nia es una tierra de oro. A veces solo basta cojer un puñado, y lavándola en el riachuelo vecino, le quedan á uno en las manos varias pepitas. Respecto de esto todavia no han dicho bastante, todavia es mas de lo que han podido decir. Pero lo que no se ha dicho, son las penas y peligros que hay que vencer. Si tan solamente hubieran ido al Sacramento algunos miles de emigrados, todos se hubiesen enriquecido en un instante y sin casi nada de trabajo. Pero la competencia desenfrenada ha producido allí sus efectos los mas atroces.

Yo partí con treinta hombres vigorosos y determinados; pero una vez en San Francisco, nos fué necesario comprar los instrumentos á peso de oro; procurarnos una habitacion cualquiera, y luego lanzarnos en el campo entre los ladrones y malhechores, en medio de salvajes y bestias feroces, luchar á la vez contra los obstáculos de la naturaleza y los vicios de la civilizacion, escavar la tierra bajo un sol ardiente, entre las rivalidades de un bandido, los dientes de un tigre y las balas de un indio, llevar pesados cestos al curso de la agua, á varias leguas del *placer* con un calor atroz, volver cansados y muertos de fatiga, desanimados, minados por la fiebre, sin mas distraccion que juegos groseros y vergonzosos, sin vida interior, y sin consuelo de corazon ni de espíritu, ver robar el mas rico botin por el mas robusto, mas atrevido ó insolente, miéntras que el hombre de bien y débil recoje apenas el fruto de su sudor y de sus sacrificios: los millones solo se alcanzan en California á fuerza de puños, de cuchillo ó de tiros de fusil.

Mis compañeros conocieron esto en seguida, y en lugar de continuar á mis órdenes, asociados conmigo, me dejaron solo para ir á trabajar por su cuenta; quedándome con mis utensilios, mis máquinas, mis instrumentos y mis libros casi dobles. Entónces me ví obligado á pasar del estado de gefe al de obrero, de vestirme con mi pantalon de tela y mi chaleco de flanela colorada ó azul, y de lanzarme en los *placeres* disputados por doscientos mil brazos.

He echado de ver que los franceses son los mas numerosos, despues de los americanos, y que son los mejores obreros aunque no sean los mas vigorosos. Pero que comerciantes tan novicios en comparacion de los aventureros venidos de Inglaterra y del Nuevo Mundo!

¡Jamas la Francia ha sido jugada tan completamente como en San Francisco, por John Bull y los ciudadanos de la Union! Estos solo salen bien, tratando los negocios en grande. Los franceses con su inconsecuencia y falta de asociacion, no operan en aquellos parages sino dia por dia, tiera por tiera, y en pequeño. Pero no se harán ricos buscando el oro, sino arrojando allí sus productos indígenas, y sobre todo sus vinos y aguardientes, á los cuales abre la California un gran mercado.

Esta reflexion la hice yo mismo demasiado tarde, por desgracia mia. Si yo hubiera llevado á San Francisco un cargamento de licores, y utensilios, me hubiera traido muchas centenas de miles de pesos. En lugar de eso llevé 2,000 pesos para encontrar un millon de oro, y me he vuelto un poco menos rico que cuando me marché, con una salud alterada y cinco ó seis cicatrices de mas.

De manera que las herederas cuyas manos rehusaba ántes de partir á mi triste espedicion, me desechan ellas ahora á su turno, y con justa razon, la una por demasiado viejo, la otra por feo, aquella por pobre, y esta por enfermo. Todo esto es lo que he sacado de mi viaje á California.

Habiendo preguntado al capitan en qué circunstancias habia sido herido,

—Esta relacion formaria una *odisea*, me repuso él; mis cicatrices os representan una bala yankina, dos puñaladas malayas, una mordedura de tigre y dos picaduras de cascabeles.

¿Qué es eso de cascabeles?

—Un pequeño inconveniente de la busca de oro, cuyo descubrimiento hice del siguiente modo.

Un indio me habia indicado, como encerrando un tesoro, una enorme roca, de la cual salia un hilo de agua. Puse manos á la obra con mis tres hombres; rompimos la peña á golpe de martillo; poco á poco el hilo de agua se iba haciendo mas grueso, durante seis horas; y al último golpe, el tal hilo de agua se cambió en un torrente que nos arrojó por tierra dejándonos aturdidos. Esto duró por espacio de tres horas.—Entónces nos dijo el indio que le esperáramos allí y que iba á subir arriba para esplorar el terreno. Se puso á cojer algunas plantas aromáticas, formó una garba, y poniéndosela en las espaldas principió á trepar por una muralla de rocas. Al cabo de algunos minutos vimos salir un humo espeso de aquella altura; un olor acre y fuerte nos agarrotaba la garganta: con sorpresa vimos caer á nuestros piés como un fajo de cables grisáceos, de tal manera que quedamos casi completamente cubiertos ó sepultados. Pero al instante me levanté yo con mas sorpresa que espanto, y entónces fué cuando ciertos chillidos mezclados de un oscuro sonido de campanilla me hicieron apercibir una veintena de cascabeles ó serpientes de cascabel.

Esta era una mala pasada del indio (un yankee trik) para matarnos sin ruido; yo salí con dos mordeduras, cuya cauterizacion me ha desfigurado para todos los dias de mi vida. En cuanto al indio todavia está corriendo, y no sin haber muerto de un golpe de *riffle* á uno de mis compañeros, que quiso vengarse tirándole un pistoletazo.

Me olvidaba de deciros que tambien he ganado en San Francisco un mal de entrañas incurable, por haber bebido un poco de agua en una fuente envenenada por otros indios *ejus dem farina*.

Este es el mas neto y el último de mis beneficios.

En resumidas cuentas, diré yo lo que el comandante *Pouzin*: "Mucho oro hay en California; pero se necesita mucho dinero y todavia mayores penas para poderselo uno procurar."

Hemos creido deber consignar aquí esta confesion de un buscador de oro; y creemos que no inspirará ella á nuestros lectores, como tampoco á nosotros, la idea de ir á esponer sus cuerpos y sus almas en aquel lejano garito de la concupiscencia humana.—C. de C.

LITERATURA.

EL GENIO.

Lozana, vigorosa y atrevida
Alza el vuelo la reina del desierto,
Y á sus plantas el orbe descubierto,
Contempla con desden.
La peña de los siglos respetada,
De cien rios tortuosos la corriente,
Y la mar que amenaza al continente
Con fragoso vaiven.
¡Qué dichoso! á quien dieran los destinos
De alto cielo en la hondura de su arcano
El destello sublime y soberano
De genio creador!
En su mente rebulle un pensamiento,
Y lo ve, lo contempla y se estasia,
Y cual fragua le da su fantasía
Su luz y su calor.

¡Vedle allá! con los ojos arrobados
Cual traza la carrera del planeta,
O sigue los caminos del cometa
Allá en la inmensidad.
Y mirando las leyes que á su giro
Del Eterno la mano señalara,
Cuando el fiat á los mares pregonara
En alta magestad.
Sentado sobre escombros y ruinas
De un gran pueblo vertiste que medita,
Y cual mago que sombras resucita
El secreto alcanzó
De su grande pujanza y su caida:
Mira en torno cien pueblos que florecen,
Y otros pueblos que nacen y que crecen,
Y en fin ve provenir.
Tal vez habla y los hombres se sonrien,
Y en su mente revuelve mas profundo
Un pensar que le ofrece un nuevo mundo.
Solo demanda un sí.
¡Admirable! ¿dó marcha, quién le guia?
En su frente fulgura la esperanza,
A los mares intrépidos se lanza
Y dice: ¡vedle allí!
A su vista desnúdan las naciones
Y parecen las bravas olas dias,
Por el curso cual montes levantadas
Y luego ya no estan.
O montañas de arena movediza
Que levanta y disipa en un instante,
Con mugido bravío y resonante
El terrible huracan.
Si mirando así ves la turba ciega,
Y entre tantas locuras que divisa
En alguna se fija su sonrisa,
Golpe mortal le hirió:
Que el tiempo con su mano roedora
De Cervantes el bello desenfado,
Y el saber con gracejo sazonado
Nunca jamas borró.
¡Mezquino! tú que pides quien le guia,
Que demandas de fuera su enseñanza,
¿No conoces el brio y la pujanza
Del sublime pensar?
¿No sientes en sus giros atrevidos
Que la senda trillada ya desdeña,
Cual águila que pasa en la alta peña
Cuando empieza á volar?
Una mano secreta le conduce
Y le lleva á que cumpla un gran destino,
Que en sus sienes con sello peregrino
Grabara el Hacedor;
Quepo en vano le diera aquellos rayos
Que ciñen como aureola su frente,
Mostrando la grandeza de su mente
Con cada leve fulgor.
Mas tal vez ¡ay dolor! que palidece
Su fulgor y amenaza mal agüero,
Como suele en la noche algun lucero
Siniestro relumbrar:
Su tamaño, su luz y rara forma
Arrebata la vista, mas la mente
Que el estrago horrísono ya presiente
No cesa de temblar.
¡Vedle allí! reclinada sobre el pecho
La cabeza, los ojos inflamados,
Torva frente, los lábios abrasados,
Medita en soledad. . . .
Y murmura palabras de misterio,
Tal vez lanza al papel un pensamiento,
Preludio cual la ráfaga del viento
Que engendra tempestad.

Jaime Balmes.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

La libertad personal es un ramo de flores.

El hombre á quien no le bastan cien pesos de renta, es perniciosa para la sociedad.

El resultado de la intolerancia son los martires; el de la moderacion los neófitos.

Si las nuevas generaciones tuvieran la esperiencia de las pasadas, la humanidad seria feliz.

Para saber poco, es preciso estudiar mucho.

VARIEDADES.

TECNOLOGIA DE LA MUSICA.

Las artes como las ciencias tienen su tecnologia ó voces particulares con que espresar las ideas que les son propias. Pero en la música, para que todo sea escepcional, no solo se encuentran técnicas para el arte, y en tan gran cantidad que forman un diccionario, sino que ha formado el público una coleccion aparte, para hablar de los artistas, y con el fin de aumentar la algaravía á un punto que nadie se entienda, cada empresario, además, se ha formado un lenguage especial. Técnicamente se dice que las voces humanas corresponden á una *cuerda* que se distinguen por su *estension y volúmen*, que su sonido es *agrio, dulce, vibrante, espresado etc.*, y que ejecutan *notas, cadencias, forces, portamentos, grupos, trinos, ligados etc. etc.* Así tambien para significar el público filarmónico, que hubo *ó* tuvo la voz clara en una noche, dice Fulano, *estuvo en voz*: no advirtiendo, segun parece, que se confunde así el verbo *haber ó tener* con el de *estar*, como pudiera hacerlo un gabacho, de cuya tierra vino, segun parece, el modisismo. *Hizo fiasco*, se dice medio en español y medio en italiano, cuando un cantante desagrada *ó dió chasco; hizo furor*, si entusiasma; y en fin, las palabras *bravo, callar, debutar y debuto, messadi voce, dilettanti* y forman hoy el repertorio de un elegante, que quiere figurar como aficionado al arte de los gorgoritos; para condicion la del hombre! dar importancia á las cosas como á las palabras, en razon inversa de su comprension. Por esto dijo muy bien Moratin: "Muchos adquieren opinion de doctos no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demas.

Del propio modo los empresarios aumentan cada dia nuevas voces, ya para ceder á las exigencias de los cantantes, ya para dar lustre é importancia á su compañía. Por de contado que ya no se ve en los programas ó anuncios las palabras *segundo ni tercero*, porque ninguno se cura con tan modesta calificacion; *tutti tiosmo primi, es* la condicion *sine qua*, y si alguna vez se halla un *secondo*, de seguro que el cantante es una reconocida pieza. ¡Oh! son muchos los adelantos del siglo. Se creerá que la falta de números ordinales que espresan el lugar que debe ocupar cada uno en las compañías, producirá en ellas la mas completa anarquía, pero nada de eso: la falta de números, si en algo influye, es en alucinar á los que se llevan de palabras, que por cierto no son pocos. ¿Y qué hay de estraño en ello! Nos dijo aquel otro, *que todo es farsa en este mundo?* Pues ¿cómo no ha de haber en grande en las cosas de teatro, donde toda es tropel y apariencia! Pero no; la falta de calificativos ostensibles no influye, porque en medio de esa barahunda de *primas y primos*, ellos se dan maña para entenderse á su modo. Porque, suponiendo que en una compañía de ópera se quisiera hacer figurar á ocho *primas donnas*, para lo cual preciso seria echar mano de algunas coristas, no faltarian títulos de primera clase con que decorarlas á todas: v. g.

1.ª Sra. Tali. *Prima donna assoluta.*
2.ª Sta. Cuali. *Altra perfetta ricenda.*
3.ª Sra. Massi. *Prima donna assoluta.*
4.ª Sra. Menossi. *Altra prima assoluta.*
5.ª Sta. Todasi. *Prima donna.*
6.ª Sra. Soni. *Altra prima donna.*
7.ª Sra. Igualesi. *Comprimaria.*
8.ª Sta. Tontosi. *Altra comprimaria.*

LITERATURA.

PARA UN ALBUM.

Fue un tiempo, señora (aun era yo niño)
En que era mi vida risueña, un pensil.
En que eran mis sueños mas blancos que (armiño,
Mas lindos que el cielo del plácido Abril.

Do quiera que atentos vagaban mis ojos,
Hallaban, felices, un blando placer:
Jamas los enfados, jamas los enojos
Mis sueños de niño pudieron romper.

En lecho mullido de cándidas rosas,
Pasaba mis dias en dulce embriaguez:
Aun no amenazaban entonces furiosas
Las negras pasiones mi quieta niñez.

Mas vino del tiempo la mano inclemente;
Yo niño y dormido, llegar no la vi:
Los dedos helados me puso en la frente
Y al frijido tacto los ojos abrí.

Sentí de repente funestos temores;
Revuelta, desecha, mi cuna encontré.
Marchitas las rosas, ajadas las flores,
Y yermas llanuras hallaba mi pié.

Hablé, mas no tuvo ni un eco mi acento;
En hondos desiertos mi voz espiró,
Canté, mas mi canto perdióse en el viento
Y solo un gemido mi voz contestó.

Sin eco los montes, sin voz ni armonía,
Deshecha mi cuna, marchita mi flor,
Sin fuente sonora, perdido, sin guía,
Busqué entre los hombres un mundo (mejor.

Y el mundo engañome. Oh! cómo á mis (ojos
Brilló la hechicera liviana muger!
Yo triste, á sus plantas cayendo de (hinojos.
Rendíle, cautivo mi vida y mi ser.

Busqué el blando halago en aquellas (sonrisas,
Que en lábios de rosas vagaba sutil,
Y nunca mas dulces me fueron las brisas
Que un tiempo aromaban mi edad in- (fantil.

Hablé con el alma de amor el lenguaje
Voraz un incendio mi pecho abrasó;
Mi vida, mi todo, rendí en vasallaje
Al Ser prepotente que mi alma humilló.

Mas pronto las gratas ficciones hu- (yeron;
El Dios que adoraba marchóse veloz;
El ídolo, el ara, deshechos cayeron,
Y el templo quedóse sin culto y sin Dios.

Los ojos llorosos, el alma turbada,
Consuelo á mi pena busqué en la amistad,
Lanzéme á su seno. Mi mente encantada
Pensaba en sus brazos hallar la verdad.

¡Error!... de sus lábios salió la impostura:
Brillando sus ojos con blando interes,
Su voz resonando simpática y pura
En lo hondo albergaba mentira y doblez.

"Pues bien, á la gloria!" grité entusias- (mado
Y al nombre de gloria vibró el corazon:
Pulsé yo mi lira, sentíme inspirado,
Y súbito el viento llevó mi cancion.

Mas ¡ay! que en lugar de los himnos (triunfantes
Que yo en mi delirio pensaba entonar,
Del harpa se oyeron salir espirantes
Los ayes dolientes de eterno pesar.

Y apenas de la amplia corona de (gloria
Un ramo tan solo tocaba mi sien,
Que ya me pesaba la insulsa victoria,
Y el ramo, hostigado, rompí con desden.

Así yo arrastraba mi triste agonía,
El alma desierta, los ojos sin luz,
Cual yerto cadáver que en tumba sombría
Su fúnebre losa soporta y su cruz.

Mas vos indecisa llegásteis, Señora,
La frente encendida de casto rubor,
E incierta, turbada, á mi harpa sonora
Pedísteis un canto de angustia ó de (amor.

Entónces las selvas oyeron mi acento,
En hondos desiertos mi voz no espiró;
Mis cantos vibraron en alas del viento,
Y el eco de nuevo mi voz contestó.

Y aquestas endechas que cuentan mi (historia,
Con sones dolientes, al punto entoné;
Si quedan grabadas en vuestra memoria
La palma del triunfo, Señora, obtendré.

La bella esperanza de gloria tan nueva
Me exalta, me llena de noble ambicion;
Mi angustia pasada, mi enfado, se lleva,
Y deja en el alma su dulce ilusion.

¡Oh! gracias, Señora, me habeis inspi- (rado.
¡Mi gloria presente con qué os pagaré?
Mis cantos y mi harpa no mas me han (quedado;
Y mi harpa y mis cantos en pago os daré.

Y puesto que os debo la dulce quimera
Que vuelve á mis ojos la luz que perdí,
Oh! quieran los cielos que sea duradera,
Oh! nunca su mágia se aparte de mí.

José Antonio Mantin.
(América Poética.)

ERUPCION DEL VESUVIO.

El volcán de Nápoles, adormecido despues de tanto tiempo, acaba de despertar impensadamente, y con un sublime furor. ¡Qué desesperacion para los millares de ingleses que han ido en vano diez y seis años seguidas, á pedirle aun

dequeña erupcion con el fin de anotarla en sus tablillas! Todos han partido de Lóndres, al saber la primera noticia del espectáculo; pero no llegarán sino para contemplar los estragos del apagado cráter. Uno de nuestros compatriotas, M. Alfonso Balleydier, mas afortunado que los ingleses, nos describe del modo siguiente la esplosion que él está siguiendo de hora en hora, de hito en hito, por decirlo así:

¡Escribo á V. al espirador del Vesuvio, que está presentando en este momento el mas admirable y terrible espectáculo que pueda presentarse á la imaginacion humana! Su recia voz, cien veces mas imponente que los mas fuertes redobles del trueno, resuena sin cesar desde las cuatro, é imprime á la ciudad de Nápoles una incesante conmocion. ¡Jamas dicen los ancianos, ha hecho oir esta voz tan fulgurantes estampidos! El cielo y la mar se hallan en fuego, y el uno y el otro parece que arrojan torbellinos de llamas. Torrentes de humo divididos en compactas zonas se lanzan en inmensos arroyos del centro del cráter, estendiéndose á una distancia de cientos de metros mas allá de los bordes del volcán. Se ve muy distintamente la lava en completa ebullicion, dirigiendo lentamente sus largas argollas de fuego hácia la parte de Ottoyano, y abrasando todo lo que encuentra en su paso.

Las once y media.

Personas que vuelven del Vesuvio y que han visto de cerca el terrible fenómeno, cuentan que hay ya un gran número de víctimas. Varias posesiones han desaparecido en esta tormenta de fuego. No se oyen por todas partes sino lamentos, imprecaciones, plegarias al cielo y gritos de desesperacion. Familias enteras, sorprendidas por la lava, que marcha como una muralla de fuego, no saben donde podrán descansar mañana sus cabezas.

En este mismo momento acaban de traer á un desgraciado oficial americano, herido mortalmente al pié mismo del cráter. Un convoy de visitadores ha marchado á las seis por un tren especial del camino de hierro, el cual se compone en gran parte de mugeres.

La carretera que conduce á Pompeya, se halla cuajada de carruajes de toda especie. Innumerables son los curiosos que van á visitar este formidable fenómeno; desde lo alto de las azoteas de las casas napolitanas se apercibe un sin número de hachas de viento que trepan serpenteando los flancos de la montaña.

Media noche.

Uno de mis antiguos amigos del colegio de Dole y un oficial suizo, al servicio del rey de las Dos-Sicilias, acaba de proponerme en este momento conducirme en su coche á la escena del fenómeno. Acéptolo, y á mi regreso os daré mas amplios detalles.

En la iglesia de San-Felicio, mientras que el cura estaba bendiciendo al pueblo que habia acudido en tropel, la lava, que parecia respetar á la capilla, repentinamente ha venido á estrellarse contra los muros con un horrible estruendo, y el cura ha debido echar á escape con el Santísimo Sacramento en la mano. El buen párroco prometia diez pesos fuertes al que tuviere el valor de salvar las campanas; pero el espanto era tal, que ni uno se atrevió, y las campanas desaparecieron algunos minutos despues.

Desde la erupcion del Vesuvio que describió Plinio el jóven, cuarenta y siete horas han tenido ya lugar, y ésta es la quinta que se ha visto desde el principio del siglo XIX. ¡Los ingleses que no han llegado á tiempo para observarlo, esperan que no será la última!....

VARIEDADES.

LOS MISTERIOS DE LA INQUISICION.

Con verdadera indignacion hemos leido el Prospecto que de esta obra se ha repartido dias pasados con el Siglo XIX. y sobre la cual no omitimos inmediatamente nuestra opinion, por la abundancia de materiales. Al hacerlo hoy y *dar el grito de alarma* á los que por no conocer la obra se hayan podido dejar alucinar por su deslumbrador Prospecto creemos cumplir con uno de nuestros mas sagrados deberes, y desde luego protestamos á nuestros suscritores, que solo la justicia y la imparcialidad dirigirá nuestra humilde pluma.

Lejos, muy léjos están de nuestro ánimo intereses bastardos, y mucho ménos una venganza ruin y miserable, que no puede tener cabida en nuestros pechos. Si nosotros llamamos seriamente la atencion de las autoridades eclesiásticas sobre esta infame publicacion; si nosotros la escitamos con todas nuestras fuerzas, para que se prohiba inmediatamente; si nosotros nos creemos en el duro trance ciertamente sensible, de quitar la máscara con que se quiere encubrir la maliciosa reunada ó la codicia sin límites de ciertos impresores; si nosotros decimos, clamamos y clamaremos sin cesar, para que ninguno ni de ninguna manera contribuya á la propagacion de una obra la mas infame quizá que se ha publicado hace muchos años; si nosotros, decimos, suplicamos á todos los amantes de la religion de sus mayores y de la felicidad de su pais, que no permitan que llegue á las inexpertas manos de los jóvenes; si nosotros hacemos esto, es por no desoir el grito de nuestra conciencia, es porque los Misterios en cuestion son una obra anti-católica, anti-religiosa y anti-social. Por esto y solo por esto, deseariamos que todos los hombres religiosos arrojaran al fuego su solapado Prospecto, para que no despierte la curiosidad de los incau-

tos, si desgraciadamente se llega por fin á reimprimir en México, en esta religiosa poblacion, que conserva aún intacto el sagrado depósito de la religion de los españoles, y notable por su no desmentido amor á la Iglesia, á pesar de las calamitosas circunstancias que atravesamos.

Los Misterios de la Inquisicion, diga lo que quiera el Siglo XIX, es una de las obras mas inmorales que han visto la luz pública en nuestros tiempos: es una obra llena de calumnias y de falsedades: es una obra en que se hace aparecer como un malvado, como el hombre mas voluptuoso al virtuoso S. Pedro Arbues, que veneramos en nuestros altares: es una obra en que se pintan escenas las mas asquerosas é indecentes, escenas angustiosas que destrozan el corazon del cristiano: en que se prodiga á la religion la sátira y el escarnio, en que se presenta á los Pontífices cubiertos con la máscara de la hipocresía, como inhumanos y desnaturalizados verdugos que se complacian en el infortunio de la humanidad, en que se pretende descreditar á la Iglesia haciéndola objeto de animadversion y de odio: en que hay varones sábios y santos, á quienes en los supone raptores de jóvenes, confesores que seducen á las cándidas niñas que acuden contritas á confesar sus faltas, sacerdotes avariciosos que comercian con la Religion y la piedad, manchados con torpes y horrendos crímenes, y perpetrando en sus tenebrosos conciliábulos atrocidades que se niega á creer el hombre mas disoluto y prostituido.

No queremos ser mas estensos porque lo dicho creemos basta para dar una idea de esta obra, tan cacasa de mérito literario, por otra parte, que si no temiéramos ser demasiado molestos, la analizaríamos rápidamente, para probar que sobre ser anti-religiosa, es cansada, fastidiosa y nauseabunda; que sobre ser anti-católica es un tejido de necedades; que sobre ser anti-social es un monstruoso ardimbre de falsedades é inexactitudes, llena de anacronismos, sin interes, sin plan, sin argumento, que es un libro que difícilmente sostiene la lectura una sola vez, que se cae de las manos con solo ojear las cortas páginas que le siguen de introduccion y cualquiera de sus capítulos.

Solo dos palabras queremos añadir aún. Dice el Prospecto, con el mayor candor, que los *Misterios de la Inquisicion* pueden penetrar sin ningun peligro en el hogar doméstico, "que en ellos no se encuentra cosa alguna que se oponga á la sana moral, ni cosa alguna que no puedan leer las personas mas timoratas." Al que tan descaradamente se atreve así á faltar á la verdad, la mejor contestacion que lo podríamos dar, si no temiéramos ofender el decoro público, seria copiar algunos de los mil pasages en que abunda la obra, y en los que se describen en lenguaje soez y tabernario escenas las mas cínicas y repugnantes, y que ningun católico podrá leer sin que su pecho se sienta indignado contra los que con las armas de la calumnia y de la mentira se proponen desprestigiar al soberano Pontífice y al santo tribunal de la Inquisicion, á quien tanto debe la civilizacion, y finalmente en España por una reina, emblema de las glorias españolas, y á quien nacionales y estrangeros rinden respeto y admiracion. Ademas, España ha debido á la Inquisicion la estincion de los judíos y moriscos, el afianzamiento de su vasta monarquía, la unidad de sus creencias en el célebre reinado de Felipe II, de ese gran rey tan injustamente calumniado por los escritores, que ignoran la historia de su turbulento siglo; y que él solo y solo él pudo contener el vértigo revolucionario que amenazaba destruir la religion católica en Europa, oponiendo

vigorosa valla al protestantismo, que cual torrente devastador se estendia con paso de gigante en Francia, Inglaterra y Alemania, siendo así que mientras todos estos paises eran anegados en rios de sangre por las turbulencias religiosas, España vivia feliz con solo la vigilancia de la Inquisicion y de su buen rey, el gran Felipe II.

Sensible á nuestras súplicas, el Sr. D. T. S. G., autor del específico por cuyo medio dejamos en el número anterior se nos ha asegurado haberse hecho curas casi milagrosas, ha tenido la bondad de remitirnos el comunicado que insertamos á continuacion con el mayor placer, manifestándole nuestra sincera gratitud y reconocimiento. Tambien debemos tributar un voto de gracias y muy espresivas al R. P. Fr. Gonzalez de Burgos, ex-provincial del convento de Santo Domingo que ha tenido á bien remitirnos el método curativo empleado en Arzcapotzalco con el mayor satisfactorio, y que varios periódicos de la capital habian pedido al Sr. cura de este pueblo para insertarlo en sus columnas, por creerlo de un interes inapreciable para el público, y uno de los mas mejores resultados han producido. Dicen así el comunicado y el método del Sr. cura de Arzcapotzalco.

SEÑOR EDITOR DE LA CIVILIZACION.—Casa de V., Junio 10 de 1850.—Muy señor mio de mi aprecio: Cumpliendo con los buenos deseos de V. así como deseo yo de contribuir en lo que pueda al bien de la humanidad, acompaño á V. el uso de preparar y administrar el *Elixir anti-colérico*, del cual habla V. en el número 25 de su apreciable periódico; igualmente remito á Vd el modo de preparar una fricsa estimulante, la cual ha producido muy buenos resultados.

Deseoso, como he dicho antes, de contribuir al bien de mis semejantes, debo advertir á V., para que lo publique en su apreciable periódico, que en estos últimos dias he visto muchas curaciones muy admirables en los cuarteles números 14 y 16, hechas solamente con la raiz conocida con el nombre del *Indio*, y el Sr. Lic. D. Leandro Estrada, oficial mayor de la secretaría del Ayuntamiento, puede confirmar esta verdad, pues este señor ha visitado personalmente á las personas de que hablo. Seria conveniente así mismo, que advirtiese V. al público que se están cometiendo muchos abusos en la venta de la dicha raiz, pues yo he examinado varias porciones de la que se está vendiendo por las calles, y con sentimiento he visto no ser la verdadera raiz del *Indio* sino la del *árbol del Perú*.

Queda de V., señor editor, atento S. S. Q. B. S. M.—*T. S. G.*

ELIXIR ANTI-COLERICO.

MODO DE PREPARARLO.

Disuélvase una cuarta parte de onza de alcanfor en un cuartillo y medio de coñac ó aguardiente refino de España: cuando ya esté disuelto, agréguese media onza de esencia de Mentha Piperita y media de Láudano líquido de Sidenham, agítese bien la botella para que se incorporen las sustancias: déjese reposar durante algunas horas, y despues pásese á otra botella, cuidando que no pasen los asientos.

PRIMER ESTIMULANTE.—En uno y medio cuartillo de aguardiente refino, se ponen en infusion durante cuatro ó seis dias, cuatro onzas de mostaza en polvo y una cabeza de ajos bien machacados, cuidando de revolverla varias veces cada dia: déjese reposar y pásese el líquido á otra botella, en la cual se le añade media onza de alcanfor y una de espíritu de Trementina fina.

USOS.—Cuando sea atacada alguna persona del Cholera, se le dará á tomar la cantidad que cabe en una cucharita de café del Elixir, disuelto en una poca de agua azucarada ó en un pocillo de cocimiento de manzanilla. Si á los quince minutos el mal no cede, se repite otra toma del mismo modo anterior, y así continuará hasta que el mal ceda.

APLICACION DE LA RAIZ DEL INDIO.—Hiérvase en dos tazas de agua un pedazo de esta raiz, del tamaño de una pulgada, bien machacada, cubriendo el trasto en que se haga el cocimiento lo mejor que se

pueda; cuando haya consumido la tercera parte, adminístrese al enfermo en medios pocillos cada cuarto de hora, hasta que el mal haya desaparecido.

FRICCIONES.—Si el enfermo tuviere los piés fríos ó le ataquen los calambres, se le aplicará la friega ya dicha, tantas cuantas veces sea necesario para conseguir ambas cosas.

METODO curativo observado en Atempa-xilco en la presente epidemia del Cholera, y en cuya virtud, de centenares que han caido atacados, solo han muerto cinco ó seis, y aun estos por excesos que han cometido, segun el testimonio del R. P. Subirdes, que á la vez ha hecho en dicha poblacion los oficios de párroco, médico y boticario.

Luego que ataca el *Cholera*, se toma una cucharada de aguardiente catalan y otra ídem de jarabe de corteza de cidra, agregándose cuatro gotas de Láudano de Sydenham, y mezclándolo todo bien. De esta preparacion se le da al paciente una cucharada: si el mal no cede al cuarto de hora, se le da la otra cucharada.

Si el mal no ha cedido á la media hora (de la invasion) hágase un cocimiento de té y manzanilla (ó zempazuchil); á una taza caldera de este cocimiento se le mezcla un poco del jarabe dicho, una cucharada de magnesia y ocho gotas de Láudano. Esta preparacion se divide en tres tomas, que se van administrando al paciente de cuarto en cuarto de hora.

Si aun continúa pasado un cuarto de hora despues de la última toma que se acaba de decir, entónces se toma un pozuelo cacaso y tibio del mismo cocimiento de té y manzanilla (ó zempazuchil); esta cantidad se vacía en una taza caldera limpia, y allí se le agrega una cucharada de zumo de limon, cinco gotas de Láudano, y lo que levanta una peseta de sal de agenjos: revuélvase bien, y désele luego al paciente una parte; y dentro de poco rato la otra parte de dicha preparacion.

Si despues de esto, suspendido el desenfreno del mal, resulta ese pujo ó ardor en el vientre ó estómago, se usará del cocimiento blanco del modo siguiente: en medio cuartillo de agua caliente se disuelve un poco de polvos de madre-perla y una de goma arábiga, endúlcese con el jarabe dicho, agréguese un poco de zumo de limon y ocho gotas de Láudano; mezcleselo y hágasele tomar al paciente en medios pocillos.

Si atacan calambres, se hará al paciente, primero, una friega en seco, para escitar la piel, y en seguida se le darán repetidas friegas con la siguiente composicion: ómese un poco de aceite aromático, agréguesele un poco de tintura de mostaza ó de cantáridas, y un poco de álcali, y mézclese para las dichas friegas.

Esta friega se puede acompañar tambien con sinapismos en lagartillos, muslos, pantorrillas y plantas de los piés. A veces podrá ponerse un sinapismo, *como estomáticos*, en el estómago: esto sirve de auxiliar á las medicinas interiores, en el caso de que haya resistencia en el mal.

Si se notan dolores en los costados, brazo, riñones y tambien en el vientre, se usará del linimento volátil con Láudano.

Por alimento, mientras dure el mal, solo atole toman con tres ó cuatro gotas de limon á una taza caldera, tomándolo tibio y quebrantado.

PRESERVATIVO CONTRA EL COLERA.

Prudente el frio y la humedad evita:
Sé parco en la bebida y los manjares;
De tí aleja cuidados y pesares,
Y huye de la linda Mariquita.

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 1.º

¿Qué es la civilizacion? ¿Hállase todavía fijado con la debida exactitud el sentido de esa palabra, tan invocada por los gobiernos, orgullo de tantos pueblos, objeto de tanto exámen, fecundo tema de tan fastidiosas declamaciones? Decir que no casi tendria vicios de paradoja, y sin embargo nada hay mas cierto. Observad la palabra en su uso mas comun, tal como se la emplea en las conversaciones cultas, y solo encontrareis un sentido indeterminado, vago, fluctuante, que se modifica de mil maneras á merced de las opiniones, de los sentimientos, de los intereses, de los caprichos y de todo linage de circunstancias: abrid los publicistas, y la acepcion de la palabra es tan diferente como lo son las escuelas á que pertenecen: para estos la civilizacion es el órden, para aquellos la libertad: para unos ocupa el primer lugar el esplendor de las ciencias y el brillo de las bellas artes; para otros la prosperidad de la agricultura, el desarrollo de la industria, la estension y actividad del comercio: quien se deja deslumbrar por la lujosa ostentacion del poderío de los gobiernos; quien se entusiasma á la vista de pueblos valientes y emprendedores, ufanos de sus conquistas y radiantes de gloria.

Sin embargo, y á pesar de tamaña divergencia, descúbrese en el fondo una idea capital, que si bien cada uno la entiende y aplica á su modo, como que es abstracta y vaga, no deja empero de ser dominante siempre, y de acompañar la palabra en todas sus acepciones: esta idea es la *perfeccion de la sociedad*. Por manera, que en esta parte no hay discordancia alguna, y todas la dificultad queda cifrada en definir en que consiste esa perfeccion de la sociedad: cuestion grave, profunda, difícil en estremo, y que léjos de haber sido agotada por el célebre publicista que se propuso describir la civilizacion, echando el resto á todos los recursos del talento y de la elocuencia, ha adquirido todavía mas grandor, se presenta mas oscura y complicada; porque hombres superiores como Guizot, cuando ventilan una cuestion y no la resuelven, la estienden y enmarañan.

"*El desenvolvimiento de la actividad social y el de la vida particular*," hé aquí, segun Guizot, las dos condiciones esenciales de la civilizacion, los dos caractéres con que se manifiesta; pero ¿en qué consiste ese desenvolvimiento? ¿Le hay de varias clases? y en tal caso ¿son todos igualmente buenos? ¿dónde está el bien? ¿dónde el mal? ¿dónde lo mejor? ¿dónde lo peor? Hé aquí las cuestiones que se ofrecen desde luego al oir la palabra desenvolvimiento; hé aquí los puntos que debiera dilucidar Guizot, y que sin embargo deja intactos. La sociedad entra-

na verdades, éstas pueden ser objeto de la observacion y del estudio, y de consiguiente no es problemática la existencia de las ciencias sociales; pero si los estudios sobre la sociedad han de dar por fruto la ciencia, es necesario fijar el sentido de las palabras, sin este preliminar no se dará jamas un paso adelante.

¿Qué significan las palabras de *sociedad, movimiento, desarrollo del espíritu humano*, aceptadas ya como signo infalible de civilizacion? Examinadlas á fondo, se descubre que son moneda falsa, que contiene bastante metal precioso, pero que está muy distante de llegar á buena ley. Antes de apelar á conclusiones, echemos mano del concluyente testimonio de los hechos. Desarrollo del espíritu humano habia en Grecia en los tiempos que precedieron al imperio de Alejandro, el espíritu se habia levantado á gran de altura, y la sociedad estaba llena de un movimiento que parecia indicar sobreabundancia de salud y de vida. Sin embargo, aquellos pueblos no marchaban á la civilizacion, porque en la realidad avanzaba de un modo espantoso la gangrena, la disolucion social. ¿Creeis que exageramos? Pues dejad que pasen pocos años, y esa Grecia tan bella, tan brillante, tan activa, tan bulliciosa, la veréis postrada con el mayor desaliento, ora bajo la desdeñosa proteccion de Filipo, luego bajo la coyunda de Alejandro y de sus sucesores, hasta que aplastada bajo la mano poderosa de Roma, es reducida á polvo, y desaparece. Desarrollo individual y social habia en Roma cuando contaba en su seno hombres como Ciceron y Cesar; y sin embargo, aquella sociedad no marchaba á la civilizacion sino á la muerte. Lució para ella el bello siglo de Augusto, claridad fugaz á la víspera de noche tenebrosa, fatídica sonrisa en los lábios de un moribundo; pero con todo su desarrollo y movimiento, caminaba á pasos agigantados al amargo destino que le estaba reservado en un cercano porvenir: iba á postrarse á las plantas de los Calígulas y Nerones, iba á perder hasta el recuerdo de sus glorias, iba á olvidar el sentimiento de su dignidad, iba á ser presa de la ignorancia y de la corrupcion, iba á ser la befa y el escarnio de los bárbaros del Norte.

Bastantes son de seguro los ejemplos que acabamos de citar, para que se vea cuán vago, cuán ambiguo es el sentido de ciertas palabras, que se emplean tan á menudo en semejantes materias, deduciéndose además cuán engañosas son algunas señales que se suelen tomar como indicio infalible de adelanto social, de verdadera civilizacion. Y sin embargo, esas palabras circulan como claras y determinadas, y esas señales se reconocen como incapaces de inducir á error, y para encaminar á los pueblos el camino de la civilizacion, solo se les dice *marchen*, sin decirles *cómo; marchad*, sin decirles *á dónde*. Y los pueblos se mueven y marchan; pero adelantando muy poco, ménos de lo que parece creible, porque su movimiento es convulsivo y su marcha circular. Fijad la vista sobre ellos, y ora atendais á las formas políticas, ora á la organizacion social, los hallareis dudosos, vacilantes, deshaciendo hoy lo que hicieron ayer, restaurando mañana lo que destruyeron hoy.

(Continuará.)

COLUMNAS MONUMENTALES.

ITALIA.—*Columna Trajana*, en Roma. Erigida por el senado y el pueblo romano en memoria de los triunfos ganados por Trajano á los Dacios. Es de órden dórico, y compuesta de treinta y cuatro pedazos de mármol blanco; está toda cubierta de bajos relieves; su altura, hasta el remate de la estatua de San Pedro

que ha reemplazado á la de Trajano, es de 157 piés.

Columna Antonina, en Roma. Erigida en honor de Marco Aurelio Antonino, por sus victorias ganadas en Alemania á los Marcomanos. Es casi semejante á la columna Trajana. Su altura hasta el remate de la estatua de San Pablo, que hoy la corona, es de 176 piés.

FRANCIA.—*Columna de Cussy* (Costa de Oro). Se cree que fué erigida en memoria de una victoria ganada en el reinado de Diocleciano ó de Maximiano. El pedestal octágono está adornado con ocho figuras de bajo relieve. La copa tiene en su nacimiento rosetones y encima hojas de laurel dispuestas como escamas de pescado. La altura total de la columna es de 20 piés.

Columna del gran ejército, en Paris. Imitacion de la columna Antonina. Está revestida de bronce, procedente de los cañones quitados á los enemigos. Comenzada en 1806, y acabada en 1810. Arquitecto Gondouin y Lepère.

Columna del Chatelet, en Paris. Esta columna, mezcla singular de estilo egipcio y griego, fué erigida en tiempo del imperio en medio de la plaza del antiguo Chatelet. Adorna una fuente, y vése en letras de oro el nombre de muchas victorias.

Columna de Napoleon, en Boloña (Paso de Calés). Fundada en 1804 y concluida en 1841. Es de órden dórico compuesto; tiene de altura 179 piés; está construida de mármoles procedentes de las canteras vecinas de Marquessas, y llamadas desde entónces *mármol Napoleon*. En la cumbre está la estatua de bronce del emperador, por Bussio. Arquitecto, Labarre.

Columna de Julio, en Paris. Destinada á eternizar el recuerdo de la revolucion de 1830. Es de bronce y no pertenece, propiamente hablando á ningun órden; su capitel, muy elegante, es de pura invencion. En su caña están grabados los nombres de las víctimas de las tres jornadas. En el remate hay un genio de la libertad, de bronce dorado; altura total, 170 piés. Arquitectos, Alvoino y Due.

ISLAS BRITÁNICAS.—*El monumento*, en Lóndres. Esta columna, de órden dórico, estriada y hueca, tiene 240 piés de altura. Fue construida por el célebre arquitecto Cristóbal Wren, en memoria del terrible incendio de 1666.

Columna de Nelson, en Dublin. Es estriada y tiene de altura 143 piés; sostiene la estatua del Almirante.

Columna de Wellington, en Dublin. Altura 251 piés.

TIROL.—*Columna de Inspruck*. Erigida en memoria de la guerra de 1703. La caña está adornada con estatuitas de ángeles, y en el remate hay una virgen coronada de estrellas.

RUSIA.—*Columna Alejandrina*, en S. Petersburgo. En memoria del emperador Alejandro. La caña es de un solo pedazo de granito de 100 y medio piés. La altura total del monumento es de 201 piés. En el remate hay un ángel sosteniendo una cruz. Arquitecto, Montferrand, frances.

EL ALMA DESTERRADA

(LEYENDA.)

La tierra es un destierro: la patria en los cielos.

Eran los primeros dias de la fé cristiana. De la sangre de los mártires brotaban de todas partes confesores y vírgenes. Se embriagaba el amor en los sufrimientos de la cruz, y fecundizaba con sus sudores y sus lágrimas la aridez de los desiertos. El cuerpo se entregaba á los tormentos para pagar el rescate de la esclavitud sensual: el alma se absorvia en la fé para

adquirir la fuerza de la abnegacion y del sacrificio.

Muchas veces en la sed de amor, en la necesidad inmensa de caridad, estos gloriosos atletas de estas luchas invisibles, esos veteranos del martirio que salvaban á Roma á pesar de César, querian, deseaban llevar toda la cruz del Señor; los unos iban á dar su sangre al mundo despues de haber sacrificado su alma, los otros arrebataban la obra de sus dias bajo la morada de Dios por la persecucion voluntaria y el martirio interior. ¡Oh! ¡en esta inefable renovacion de la tierra no debian abrirse y abajarse los cielos? ¡Qué virtudes en esta sangre! ¡qué perfumes en estas lágrimas! Lágrimas santas, delicias de los ángeles! Todo se habia cambiado: un nuevo pais para la vida un nuevo hombre, nuevos cielos! Y ¿podemos admirarnos de que tantas gracias como habian caido sobre la tierra fuesen un precio anticipado de sacrificios tan heróicos, de tantos milagros humanos? Sí: esos inmensos favores eran arras dadas á una fé ardiente, á tan puro é intensísimo amor.

Y con todo, Dios acababa de quitar á una santa muger, viuda y madre de mártires, la única hija que le quedaba! su hija! ¡María! ¡la mas bella y la mas interesante entre las rosas de Saaron! Ha muerto en aquellos mismos instantes en que sus amigas iban á entretejer su corona de espinas. El velo nupcial se ha trocado en un sudario; los lirios de la muerte cubren su frente pálida. Miradla; sus ojos parecen dormidos bajo la sombra de sus castos párpados.

Al rededor de su lecho nupcial resuenan los últimos cánticos, himno de adios y de esperanza; fúnebre y melodioso concierto del alma al llegar ella al término de su viaje.

A la hora de los funerales, los cánticos de la fé se interrumpen para dar el último curso á la aflicion del hombre. Las lágrimas y los suspiros se aumentan, al momento en que todo va á desaparecer de lo que habia sido María. Mas ¡qué son los dolores cuando pueden exhalarse!

Una muger hay sola del lecho, sin llorar, sin gemir, sin arrancarse los cabellos como las que la cercan; pero mas pálida que la jóven muerta, inmóvil como ella, los ojos clavados en ese rostro sin color, y despues de dos dias que esta muger no ha desaparecido de allí, esta muger no ha mudado ni de actitud ni de mirada..... es su madre.

Al nombre de María pronunciado por última vez se levanta, escampa los ojos á su alrededor, entra por fin en la conciencia de su dolor intensísimo. Cuanto mas se le presenta la cruel realidad, ménos puede creerla: cuanto mas sus ojos se abren, mas duda su corazon. En la inmensidad de su sufrimiento, piensa que Dios no ha querido quitarle su inestimable prenda: su única hija.

¡Mi hija! ¡hija mia! ¿dónde está mi hija! ¡él me la volverá! y en el delirio santo de su fé exaltada, deja de repente la desventurada madre aquel lugar, y con una voz sobrenatural dice que aguarden su vuelta.

Pobre Sarah! no habrá tenido el valor de sobrevivir á sus hijas y á su padre sino para ver caer de sus trémulas manos el frágil, el único apoyo de su vejez. ¡De qué le sirven tantas lágrimas derramadas al pié de la cruz, si el cielo le quita su mérito rompiendo todos los resortes de su alma! ¿De qué le sirve este tesoro de virtudes y de paciencia adquirido con tanto trabajo, si una inevitable desesperacion lo disipa en un solo dia!

Habia entrado la noche, pasaban silenciosas las horas en el mundo desierto, y Sarah todavia no habia vuelto. El sol empieza á iluminar la cima de las montañas de Judea, y Sarah no ha comparecido. ¡Qué se habrá hecho de esta desolada muger! (*Concluirá.*)

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 1.° —(CONTINUA.)

En Francia, despues de los arrebatos democráticos de la asamblea constituyente y de los horrores de la convencion, tomaron las ideas políticas un rumbo opuesto, y solo se suspiraba por un poder fuerte, la monarquía. Pasa el imperio, llega la Restauracion, y desde luego vuelve á despertarse el espíritu democrático que se agita inquieto hasta que logra deshacerse de los príncipes de la primera rama, y reformar la carta. Sube al trono Luis Felipe, y en el corazon de la *monarquía republicana* germinan por do quiera ideas conservadoras, y lejos de crecer en ascendiente las teorías democráticas menguan rápidamente. No resuenan á la orilla del Rhin las armas de la *Santa Alianza* amenazando la revolucion de Julio, pero la revolucion devora en secreto un temor mas humillante, un pesar mas profundo; el genio de la democracia francesa débil en lo interior, va perdiendo en lo esterior su influencia y ropagandista: diriase que se ha eclipsado su estrella cuando vemos que en el campo de la ciencia quien lo dijera á Mably y á Mirabeau! que en el mismo campo de la ciencia la retan con orgullo los adálides de la escuela de Berlin. ¿De dónde tanta variedad! ¿De dónde tanta incertidumbre?

Desparramad la vista por otros paises y hallaréis por do quiera fenómenos semejantes. En Alemania el espíritu democrático lucha de continuo con el realismo prusiano y las miras conservadoras de Metternich; y en Inglaterra, en ese pais que por su civilizacion anomala, y su movimiento escéntrico, debiera al parecer resentirse ménos de la oscilacion política de Europa, observase la misma variedad, la misma incertidumbre. Con lo que se llama el espíritu del siglo, y con el aliento de la revolucion de Julio, la preponderancia definitiva de los Whigs no debia parecer cosa dudosa, y sin embargo, vemos que en 1841 levantan todavía los Tories su erguida frente, desafian á sus adversarios en las urnas electorales, y consiguen un señalado triunfo; y los observadores tomaran acta de la presente lucha electoral para inferir que la influencia y la fuerza de los partidos están aproximadamente en equilibrio.

No tratamos ahora de calificar las tendencias políticas de la Francia, no simpatizamos con las ideas de los estudiantes de Alemania, ni con la centralizacion despótica de los perseguidores del catolicismo en Prusia, ni con la aristocracia inglesa, sostenedora del cadaco protestantismo y opresora de Irlanda, pero consignamos los hechos para demostrar que en política la Europa no adelanta sino que fluctúa, que su situacion es precaria, que los partidos son insuficientes, que las es-

cuelas son estériles, que el porvenir es incierto, que hay hondos vacíos que llenar, inmensos problemas que resolver. ¿Qué importa el orgullo de esta ó de aquella escuela, proclamando que ella ha dado en el blanco, que ella ha encontrado la solucion? ¿Qué importa que los pueblos inermes le den oidos, y le coronen el gobierno, y la coloquen en el trono como los tebanos á Edipo, despues de haber descifrado el enigma del Esfinge? ¡Desgraciados! ellos no saben que en pos viene el incesto de Jocasta, y la cólera de los Dioses, y la mortandad de Tebas.

Y ¿qué es lo que solicitamos en la parte social? Con tanta ciencia, tanta investigacion, tantos proyectos, tanto ruido, ¿qué mejoras se palpan? Los dos grandes gérmenes de toda organizacion social, la educacion y la instruccion, ¿en qué estado se hallan? ¿qué fecundidad muestran? ¿qué frutos producen? ¡Ah! Vosotros ilusos que al solo nombre de Francia y de Inglaterra, os inclinais respetuosamente creyendo haber oido nombres sinónimos de civilizacion y de sabiduría sobrehumana, ¿pensais acaso que la educacion y la instruccion están en aquellos paises organizadas de manera que ofrezcan un resultado muy halagüeño? Echad, pues, la vista en esos estados comparativos de la instruccion y del crimen; y la sangre se os helará en las venas, y os asaltarán dudas terribles sobre el porvenir de la civilizacion, sobre la suerte de la humanidad. Que, ¿dudais? dia vendrá, cuando lo consienta el órden de nuestros trabajos, en que os convenzcremos con guarismos, y entónces caerá de vuestros ojos la venda, las ilusiones halagüeñas desaparecerán en presencia de una realidad espantosa, y os convencereis de lo que marcha la inmanidad de lo que sobelanta la civilizacion, con el empeño de llenar con palabras vanas, con teorías brillantes, con disposiciones del gobierno, lo que el catolicismo llena con dogmas augustos, con moral pura, con instituciones sublimes.

En este punto, sin duda, no faltará quien nos cite los sistemas de Alemania, y en particular de Prusia á este propósito solo diremos dos palabras. Un observador profundo, M. Bonald, hablando de la constitucion política de Prusia, dijo: «Cuando la constitucion de un Estado es un enigma, su porvenir es un problema.» Pues bien, y suponiendo que no ignorais la abstruccion misteriosa en que divaga la ciencia alemana, os diremos que cuando la *ciencia en un pais es un enigma, la educacion y la instruccion han de ser un caos.* Esta sola reflexion basta á desvanecer las ilusiones producidas por un órden ficticio y una regularidad aparente. Pero ¿á qué tanta impaciencia para aplaudir sistemas que no han pasado todavía por el crisol del tiempo? ¿Tan fácilmente olvidamos que un dia viene á disipar las ilusiones de otro dia, y que el porvenir prohado de crueles realidades desmiente á cada paso nuestros menguados pronósticos, burlando las mas fundadas esperanzas? *(Continuará.)*

EL ALMA DESTERRADA

LEYENDA

La tierra es un destierro: la patria es los cielos.

(Conclusion.)

¡Mirad! esclama un niño, mirad allá á Sarah como atraviesa la colina. Un viejo va con ella; es el santo de la gruta de Juana, poderosa en obras de misericordia.

Pero ¡ay! ¿Que podemos esperar si ya no existe? dijo llorando la jóven Anastasia! ¿Quién sabe? El santo en su juventud ha conocido á Juan, el discípulo querido; las virtudes del pecho del Señor pasaron al del solitario.

Este se acerca, todos están agitados de un religioso temblor, y caen de rodillas á sus piés. El anciano recoge toda su fuerza interior en una ardiente plegaria, se levanta despues, y dirigiéndose á María guiado por Sarah, y poniendo sobre la frente de la pálida jóven sus manos mutiladas por los verdugos: María, dice, *¡recántate.*

¡Oh milagro! ¡Milagro! A esta voz poderosa María se levanta, y al asentar sus piés á tierra, las flores que la cubren se derraman á su alrededor. La muerte refleja sin embargo sobre sus rasgos alterados, sus frios y enervados miembros parece que se mueven perezosamente por una voluntad superior, que les domina y les fuerza á obedecer. Estremécense sus ojos; están fijos y tiernos, mas empiezan á brillar poco á poco como una estrella del cielo; la vida va encendiéndose y el alma resplandece de nuevo.

¡Ah! muero de alegría, esclamó Sarah. Pobre madre, ¡cuán léjos estaba de pensar que ese exceso de afliccion fuese para ella el colmo de la alegría y de la gloria! ¡Cuán léjos estaba de creer que su placer habia de causar su dolor, así como su dolor le causó tanto placer! Sus fuerzas le han abandonado en esta suprema confianza en Dios; mas Dios no lo quiere, va á manifestarle que le habia amado mas en el rigor de su voluntad, del que habia amado ella á su hija en las sentidas reclamaciones de su maternal ternura.

¡He dormido mucho tiempo! ¿Qué ha sucedido durante mi sueño? ¿Por qué estas flores y estos perfumes? decia María á su madre y á su compañera que la observaban con una admiracion mezclada de un santo terror. «Yo no habia cesado de vivir; y estendiendo sus manos sobre su madre y Anastasia, he soñado la muerte, dijo:

¡Qué pasaba, María en tu interior! la dijo Anastasia.

Yo no sé, respondió la jóven resucitada. No sufro ahora como en aquel momento en que me pareció que dejaba mi alma su frágil cubierta; mas no siento esta abundancia de felicidad de que me sentí repentinamente inundada. Era dichosa de un modo que no podemos serlo aquí. ¡Oh! ¡que mi sueño era muy bello! ¡Mis ojos están deslumbrados, yo no sé de qué esplendor! Todo ahora me parece sombrío y triste! La luz es pálida. El sol está eclipsado, sus rayos ni despiden luz ni tienen calor. ¿Por qué la naturaleza es tan oscura y desolada? El aire de la tierra hiela mi corazon. Madre mia, aliéntame." Su madre toma entónces á María en sus brazos; Anastasia se repliega junta á ella para comunicarla calor. Las delicias de este sueño, ¿quién me las devolverá? ¡Ah! yo desfallezco, me siento morir! ¡Que no puedo dormirme de nuevo para soñar otra vez!

¡Qué, María! esclamó la madre ¿tú deseas la muerte estando á mi lado?

¡La muerte! ¡este sueño era la muerte! ¡Oh! madre mia, que la muerte es muy bella.

La virtud de los suspiros maternales ha podido arrancar de la tumba estos inanimados restos; mas no ha sido bastante para conquistar el alma del cielo. Estas lágrimas, este duelo, este amor, el mas interesante de todos los amores de la tierra, no ha podido excitar en la jóven resucitada el deseo de vivir. La triste madre acude entónces á otro dolor, á otro amor, para encender en su hija el sentimiento de la vida. ¡Ah! ¡cuán caro debe costar este nuevo esfuerzo á su corazon!

Ruben, el jóven y gallardo esposo que se le está destinado, debe volver presto de su largo viaje. María, él te ama... tú te unirás á él, será una esposa di-

chosa, una dichosa madre, tú no sabes lo que son las delicias de una madre al contemplar á su primer hijo recien nacido en sus brazos; tú le abrazarás entónces, María, y conocerás que la tierra contiene una felicidad á la que tendrian envidia los mismos cielos si no descendiese de ellos.—No, madre mia, todavia resuenan en mis oidos los cánticos de los ángeles y la inefable armonía de sus dulcísimos cánticos.

María ya no puede amar con este amor humano, con este amor que se alimenta del egoismo, este amor suspicaz, celoso, que quiere ser remunerado y que por mas puro que sea, se eleva muy poco sobre el sentimiento de creerse olvidado y desconocido. Ella ama mas, ama de otro modo, ama con este amor inmenso, infinito, salido del tiempo y de las sombras que pasan, libre del peso del cuerpo y de la prision de los sentidos, y que no nos es dado comprender; María todo lo concentra en este amor, lo ama todo en este amor, no ama mas que el mismo amor.

Mas no en vano ha comunicado Dios otra vez á esta jóven el soplo de la vida; no en vano ha hecho descender de los cielos esta alma cautiva de la felicidad eterna. María habrá bajado á la tierra para narrar á Sarah las realidades de la muerte, para dejarla un hijo que alegre las últimas horas de su viaje. "Madre mia, he aquí vuestro hijo." "Rubeu, he aquí tu madre."

¡Y vos me llorais! añadió ella dirigiéndose á su madre, ¡ah! ¿por qué me llorais? Vos que me amais, amadme en el cielo en donde voy á velar sobre vos. Madre querida, permite que disfrute otra vez de la felicidad que me aguarda. Yo no podria gozar todas las delicias del cielo, si tu corazon estuviese desconsolado en la tierra, si tu voz trémula me llamase siempre. La voz de mi madre turba hasta la paz de los cielos. Madre mia, bendiceme, y consiente que vuele á mi eterna morada.

"Oh María, tú no has sido madre." Y quedó Sarah inmóvil, sin aliento y sin palabra.

Mas juntando sus fuerzas, como la Virgen al pié de la cruz, dijo estendiendo las manos sobre la cabeza de su hija: "Que el Todopoderoso te bendiga y te vuelva las delicias inefables de que te habian privado mis deseos insensatos; que no esté reservado para mí sino el dolor." Despues, murmurando las siguientes palabras como que no tenia fuerza para articularlas, prosiguió: "Parte, alma de mi única hija, parte pronto á habitar las moradas celestiales."

Sublime mártir del amor renunciando á sí mismo. El amor maternal se acerca al amor infinito.

El siguiente dia acaba la ceremonia santa. María estaba en éxtasis, los ojos levantados, las manos juntas, inmóvil y murmurando un cántico inarticulado. A las últimas palabras del ministro del Señor, dijo con voz desfalleciente: "Rubeu, madre mia, yo muero amándoos. ¡Adios! ¡Adios! ¡Adios!...."

¡Qué consoladoras impresiones nacen de esta gran leyenda! ¡Qué altas lecciones en el puro y antiguo bosquejo de este interesante drama! La indiferencia por la vida, el desprecio, por decir mejor, el deseo de la muerte, la certidumbre del porvenir, las vagas, pero bellas, y sentimientos tan sublimes se despiertan en mi corazon. ¡Oh! ¡cuán grande es la enseñanza de estas páginas llenas de una dulce é inefable melancolía. Que el amor no se estravie ni el llanto de la perdida del objeto amado. La intemperancia de nuestros sentimientos es una falta de resignacion en la voluntad de Dios, es una desconfianza en sus promesas, una inconsecuencia de estas continuas quejas que lanzamos contra la vida. Que la razon se alimente de la fe, y entonces recibiremos con alegría la muerte y sufriremos con paciencia la vida. La esperanza de la muerte, se ha manifestado, es el consuelo de nuestros dias. No deberia decirse la otra vida, porque no es mas que una. Este pensamiento adquiere una mayor fuerza despues de la lectura del *alma desterrada*.

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 1.º —(CONTINUA.)

Un mayor grado de bienestar en las clases mas numerosas, ó mejor diriamos, una menor suma de miseria y padecimientos, es otro de los puntos en que desearíamos que se nos mostrase el adelanto que hace en la actualidad nuestra civilizacion. ¡Cosa notable! cabalmente en los dos pueblos que se dice que marchan á la cabeza de ella, la Francia y la Inglaterra, es donde cunde de un modo horroroso la miseria entre las clases proletarias. Hecho es este no bastante advertido, pero que tambien haremos sentir un dia con el argumento de los guarismos; entretanto lo consignamos aquí para preguntar ¿qué significa la civilizacion cuando el mayor número sufre de un modo espantoso? ¿Qué doctrinas, qué instituciones son estas que habeis sustituido á las doctrinas é instituciones católicas, y que dan un resultado tan triste, tan doloroso, tan alarmante?

Lo hemos dicho y lo repetiremos: el *movimiento es consolador y la marcha circular*; y no porque no haya en la civilizacion europea un precioso caudal de grandeza y de belleza, no porque no haya elementos de vida, no porque falte impulso para avanzar con paso firme y en direccion certera; pero sí porque el funesto dejo de tantas y tan profundas revoluciones no se cura con teorías y orgullo, pero sí porque faltan principios regularizadores del movimiento, pero sí porque falta fijar el punto á donde la sociedad debe encaminarse, porque falte un norte que la dirija en el borrascoso viaje. Decia al hombre aprende, y no le enseñais; goza, y nada le ofreceis; sientete, y le estimulais; respeta la justicia, y le dais por norma su interes privado; sean benéfico, y le dejais perezca de hambre; respeta nuestros títulos, y vosotros no habeis respetado los de los otros; no te entregues á la disolucion y al libertinage, y habeis roto todos los frenos; no seas turbulento, y habeis quebrantado todos los diques; respeta los poderes existentes, y le hablais así desde un trono levantado sobre las ruinas de los poderes que vosotros habeis destruido; y cuando os pide educacion, enseñanza, amparo, pan, le arrojais un pedazo de papel, donde habeis escrito con pomposos caracteres: *ilustracion, libertad*.

No escribimos estas líneas complaciéndonos en destruir esperanzas, ni en derramar la amargura en los corazones; no hablamos contra la civilizacion europea, sino que la admiramos; mas añadiremos todavía, estamos en la profunda conviccion de que las civilizaciones griega y romana nada son comparadas con la nuestra. Solo nos lamentamos de que se la estravie queriendo dirigirla, de que se la detenga queriendo impulsarla; solo nos lamentamos de que hombres que

por sus talentos y posicion pueden ejercer grande influencia sobre ella, se olviden tan lastimosamente de cuáles son sus elementos vitales, cuál es el orígen de su grandeza y esplendor, cuál la mas firme garantía de su inmenso porvenir. No somos escépticos con respecto á los destinos de la humanidad: la Providencia no ha lanzado al linage humano sobre la tierra para marchar al acaso á tientas, sin camino y sin norte; hay en el corazon de la sociedad un anhelo de mejora y de perfeccion, como lo hay en el de todo individuo; pero aberraciones lamentables la apartan del buen sendero y si acaso, lanta un paso en su carrera es solo despues de largos sufrimientos, de inmensos rodeos. ¡Miserables decepciones! y los hombres que quizás han contribuido mas á embarazarla y descaminarla, esclamau altivo rozados: nosotros somos los promovedores de la civilizacion, los guias del linage humano; esa civilizacion tan grande, tan viva y floreciente, miradla bien, es nuestra obra." Si, verdad es, la civilizacion europea es grande, es rica, es floreciente, es admirable, pero no por vosotros, sino á pesar de vosotros; verdaderos niños que habeis manoseado y forzejado la máquina, que con vuestras imprudencias la habeis destemplado, y que os aplaudis de vuestra habilidad y fuerzas cuando al tocar ciertos resortes haceis que funcione con mas celeridad y mas ruido.

Permitido debia sernos al tratar de la civilizacion, indicar brevemente la debilidad de esas escuelas sin convicciones, sin fé, impotentes como la duda, infecundas como planta secada en su raiz; y que sin embargo, se empeñan presuntuosas en dirigir la sociedad, ora apelando á revoluciones estrepitosas, ora invocando principios conservadores, ora poniéndose de por medio como conciliadores oficiosos, y aconsejando transaciones insubsistentes porque nosotros tenemos esas escuelas en una grande escala, comprendemos en ella á todas las que no cuidan de establecer sus doctrinas sobre bases sólidas, á todas las que libran la suerte de la sociedad sobre el movedizo cimiento de la razon humana. Poco nos importa que sea la exageracion democrática de Lamennais, ó las pretensiones aristocráticas del protestantismo inglés, el realismo de los protestantes prusianos, ó la escéptica templanza de Guizot.

(Continuará.)

ARMONIAS

que ha establecido Dios en las aguas que rodean nuestro globo.

Aguas de la atmósfera.—Aguas pluviales.—Circulacion de las aguas por el interior y por la superficie de la tierra.—Nebulosidad de las aguas. Congelacion de las aguas.—Aguas de manantiales.—Su utilidad.

Cuando estais contemplando la nube que pasa, la lluvia que cae, el lago que despliega su azulado manto como un espejo, la fuente que abre su seno inagotable, el arroyo que murmullando surpea, ó el rio que mueve sus ondas magestuosas; no veis seguramente en todos estos ordinarios fenómenos sino movimientos comunes ó fortuitos de un líquido insípido y trivial. Pero si lo meditamos con alguna mayor detencion, ¡cuán hermosas y admirables leyes no descubre en el modo de difundirse y repartirse las aguas sobre la superficie de la tierra, cuyas partes animan y vivifican!

En union con el calor, concurre el agua á la formacion, conservacion y reparacion de casi todas las sustancias que componen la naturaleza. Ella disuelve, purifica, reune los principios que constituyen los minerales, y por su medio se obra la cristalizacion (1); sirve de vehículo ó de base á los fluidos que circulan en las plantas y en los animales, y ya sabeis á cuánta multitud de usos la destinamos. Sin este elemento todo seria imposible

(1) *Cristalizacion*: así se llama la tendencia con que la naturaleza da sus formas constante y sólida á todos los cuerpos que la componen, sean de las órden que fueren, siguiendo el tipo primitivo señalado por el supremo Autor. Llamanse así porque se observó que las moleculas de un mineral disuelto en un fluido formaban por sí mismas un cuerpo transparente y cristalino siempre y cuando tuviesen el espacio, el tiempo y la quietud necesarias, no

sobre la tierra, y el hombre mismo no existiria. Atended, pues. La atmósfera por su poder evaporador sacará de la vasta superficie del océano una prodigiosa cantidad de agua para derramarla despues y repartirla sobre la tierra. Esta maravillosa operacion será continua, porque la necesidad de aguas es necesaria; será ademas invisible y silenciosa, y ved ahí la razon. El agua del mar está íntimamente combinada con la sal: la atmósfera evaporará el agua sin llevarse un solo átomo de sal, porque siendo ésta necesaria para conservar puras las aguas en el océano, las haria impropias al sostén de la vida en los animales y en los vegetales terrestres. Trasportada así el agua en estado de vapor á las regiones atmosféricas, forma en ellas, mezclada con el aire y penetrándose de luz, ese velo transparente estendido sobre nuestras cabezas y á lo largo de los cielos como un vasto pabellon de azur, en donde se condensará en nubes á una altura determinada, y esta condensacion determinará su caida sobre la superficie de la tierra. Pero ¿caerá en masa ó en columna? No, sino que se dilatará en rocio suave ó en tranquila lluvia, y caerá dividida en infinidad de gotas, como si pasase por un cribo ó por un cedazo.

Cuando las aguas pluviales han llegado ya al suelo, una parte de ellas es absorvida por las necesidades de la vida vegetal y animal; otra parte se infiltra al través de las diversas capas permeables, y va á reunirse á receptáculos subterráneos, que perpetuamente alimentados, vienen á brotar perpetuamente en numerosos manantiales por la superficie de la tierra. Por otra disposicion no ménos admirable, esta superficie se halla por todas partes entrecortada de montañas y de colinas que forman en sus honduras, recipientes ó valles en cuyo fondo se reunen las aguas, que simples arroyos al principio y en seguida torrentes considerables, rios magestuosos, despues de un curso mas ó ménos dilatado, cuando ya derramaron en su tránsito la fertilidad y la abundancia, vuelven á entrar en el seno de su océano natal para elevarse otra vez á la atmósfera, y recorrer de nuevo el mismo círculo de maravillosos fenómenos.

(Continuará.)

POESIA

A pesar de que la importancia y gravedad de la mayor parte de las materias que nos ocupan, permite poco emplear nuestras páginas en la armonía de la versificacion y en los encantos de la poética; con todo, damos lugar á la siguiente produccion, porque la celebridad que en este género se ha granjeado la autora y cierta deferencia muy debida á su sexo y á sus circunstancias, nos lo imponen como un deber, mayormente habiéndolas escrito espresamente para la *Civilizacion*. No nos loca á nosotros hacer su elogio; la misma mano que trazó las deliciosas líneas de la *Descripticion*, el mismo espíritu que entonó en sublimes endechas un himno al *Criador*, el corazon mismo que suspiró los dulces y amorosos acentos del *Espíritu de la caridad*, es la mano, el espíritu, el corazon que ahora vuelven á seguir su tono en una inspiracion entre fantástica y moral. Y si en nuestra Revista se han leido con gusto las variadas producciones poéticas que hemos publicado, no podrá ménos de agradar la que sigue de la célebre Doña Josefa Massanes. En la escogida coleccion de sus poesías se perciben tonos tan distintos, cuerdas tan variadas y tan diestramente pulsadas, que solo pueden salir de una alma susceptible de todo género de armonías. El corazon de un poeta es una lira, tanto mas bella, tanto mas armónica cuanto mayor número de cuerdas puede

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON

vibrar. Parece que una alma consagrada á la ternura puede muy bien carecer de alas para volar á las regiones del cielo, y que de un pecho agitado por sentimientos blandos y generosos no son de esperar acentos graves y proféticos, y ménos aún las gracias de la máscara ó las travesuras del gracejo. Sin embargo, la académica honoraria de Barcelona cambia de tono á su placer: y esta facultad á pocos concedida, esta flexibilidad de genio que se dobla sin esfuerzo á las mas variadas impresiones, es un mérito que reconocemos en la modesta poetisa, en la agradable compositora, cuyo lenguaje se presta con tanta naturalidad al temple de las ideas, como su estilo á las situaciones del corazon.

A UNA NUBE.

Sal de la mar, ó grupo de albas nubes
Que cual lejano congelado monte,
Por el vasto confin del horizonte,
Asomas lento y magestuoso subes.
Sal de la mar, y elévate calmoso,
Como el ave del vate sobre el lago
Condensado vapor, ó leve y vago
Atraviesa el espacio presuroso.
¿Quién traza, nube, en tí figuras tales
Como las que variables representas
Cuando te disminuyes, ó acrecientas
O dilatas tus formas desiguales?
¿Quién descorre los pliegues de tus senos,
Qué fuerza los estiende y los recoge,
Pabellon de los cielos? ¿quién encoge
Y sujeta tus ondas? dime al ménos.
Parodia de la tierra, en ese espejo
Muda á los hombres de los hombres cuentas
Mil escenas, y mil, y te presentas
Como fantasmagórico reflejo;
Y de region ignota y apartada
Los paisages trasladas velozmente,
Y cual pasan en sueños por la mente
Los pintas en la bóveda azulada.
Ya nos mientes legiones belicosas
Que en fantástica lucha van pugnando,
(Tal el arpa de Odin fuera evocando
Las sombras de sus bardos misteriosas).
Ya el ancho cráter de un volcan imitas,
Y ardiente cual sus lavas glutinosas,
Un torrente de ráfagas radiosas,
En colages violáceos depositas.
Tan pronto mientes horrorosas fieras
Y animales tal vez desconocidos,
Como enanos deformes, convertidos
Poco despues en monstruos ó quimeras.
O levantas ciudades prodigiosas
Cuyas torres y alcázares colados,
De plata y nacar afiligranados,
Cual construccion de magas poderosas,
Instantáneos desparecen,
Quedando en su derredor,
Silfides que se aparecen,
Y entre velos de vapor
Los esbeltos talles mecen.
Y tras ellas vestiglos infernales,
Nos muestras, y Titanes sin despues
Que alzan al éter testas colosales,
Y en el mar hunden sus enormes pies.
Y así discurren ligeras
Visiones sobre vision,
Diáfanas, pasageras,
Y puras cual la ilusion
De nuestras dichas primeras.
Elévate al cenit, nube argentada,
Con misteriosa pompa y magestad,
Y desciende despues tornasolada,
Siempre hablando á la triste humanidad.
Dila que cuando fulgente
Te tiñes de mirlo y grana,
La llama del centro ardiente
De ignoto volcan, se afana
Por reflejarse en tu frente.
Dila que de las raudas cataratas,
Imita las espumas tu blancura,
Y móvil de neveras nos retratas,
El alud derrumbado á la ventura.
Y que si desconsonal
Fantasmas crees ahora,
Y armas de agudo puñal
La diestra amenazadora
De esa vision sin igual;
De un pueblo en rebelion eres traslado
Que hollando toda ley y sujecion,
Cual desapareces tú, pierde olvidado
Sus riquezas, poder ó ilustracion.
Por eso se alza otra sombra
En contra esa sombra vana
Que la compele, la escombra,
O la convierte en peana
A do remontada asombra
. . . . . .
Elévate al cenit, nube argentada,
Con misteriosa pompa y magestad,
Y desciende despues tornasolada,
Siempre hablando á la triste humanidad.
Y prosigue en trasladar
Cuanto de la tierra alcances,
Telégrafo singular,
Y mientras que lento avances,
Vario no ceses de hablar.
Así liviano, sin cesar apila
Y repliega y despliega tus vapores,
Y los sucesos que hora ves, compila
Descritos en tus copos voladores;
Que sententa ante tí estoy, como está el mio
La óptica al mirar que le fascina,
Y en tus figuras de flotante armiño,
Lo que dices tal vez, mi fé adivina.

MARIA JOSEFA MASSANES.

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 1.º—(CONTINUA.)

Pues bien, se nos dirá, ¿á qué escuela perteneceis? ¿qué principios profesais en vuestro concepto qué es la civilizacion? ¿La conoceis en un círculo mezquino y apocado, en un horizonte tenebroso, en el sepulcral silencio, en la parálisis de la unidad? No, mil veces no; queremos actividad, queremos desarrollo de las facultades del hombre, queremos movimiento, pero no vago, no convulsivo, no tumultuoso; gustamos una civilizacion variada, rica, pródiga de hermosura como la naturaleza; pero en que haya unidad y concierto, que sin embargar el movimiento, sin impedir el desarrollo, produzca el bien, la belleza y la armonía.

Para determinar en qué consista la perfeccion de la sociedad, para conocer cuando los pueblos se civilizan ó no, cuando avanzan ó cuando retroceden, es necesario que tengamos á la vista un tipo, ideal si se quiere, pero que nos sirvá de punto de comparacion en el exámen, de piedra de toque para fijar los quilates de toda civilizacion. Sin este tipo las ideas divagan, y al recorrer la historia de la humanidad, al examinar esa inmensa sombría inmensa de acontecimientos, esa variedad infinita de hechos de distintos órdenes, de diferentes caracteres, de diversas tendencias, no es fácil encontrar una pauta para apreciarlos y calificarlos en sus relaciones con la civilizacion. Y no es que pretendamos amoldar los hechos al tipo, trastornando la naturaleza de las cosas, y transformando en realidades las creaciones de nuestra fantasía, sino únicamente tenerlo presente para graduar en su vista el mérito de los hechos. Este tipo nosotros le concebimos teniendo presentes los monumentos de la historia y las lecciones de la esperiencia, la naturaleza del hombre y de la sociedad, y sobre todo, las eternas leyes de órden y de moral impuestas al mundo por su Criador, y las santas máximas de amor y de fraternidad enseñadas al humano linage por el augusto fundador del cristianismo. Procuraremos formular nuestro pensamiento con la mayor claridad y concision, hele aquí: *entónces habrá el máximum de la civilizacion cuando coexistan y se combinen en el mas alto grado, la mayor inteligencia posible en el mayor número posible, la mayor moralidad posible en el mayor número posible, el mayor bienestar posible en el mayor número posible.*

Hé aquí los elementos que han de entrar por necesidad en la verdadera civilizacion: hé aquí la norma para apreciar debidamente cuando los pueblos avanzan ó retroceden: hé aquí una luz para

esplicar algunos fenómenos de la historia, y para augurar con algunas probabilidades de acierto el porvenir de las naciones. Porque es menester no perderlo de vista, esos elementos existen á veces solos, á veces combinados á veces predomina uno, y veces otro, y la combinacion se hace de tan diversos modos, con tan varias las gradaciones y matices que otras su resultado, sucede con tanta frecuencia que el uno gana á espensas de los otros, que es el mas bello campo que presentarse puede á la observacion y á la filosofía seguir en la historia de la mas saludable ecsactitud esas combinaciones, con sus causas profundas, sus relaciones delicadas, y sus efectos inmensos.

Hemos presentado nuestro pensamiento, y en otro artículo procuraremos desenvolverle y esplicarle, á la luz de la filosofía y con los documentos de la historia: no nos lisonjeamos de encontrar en la realidad nada que se aproxime á nuestro bello ideal, porque en esta tierra de infortunio la realidad es tan triste como el pensamiento brillante y halagüeño, y el hombre parece un proscrito condenado á embriagarse con hieles degradas, y á despertar en medio de la pesadumbre y la amargura.

(Continuará.)

ARMONIAS

que la estadística halla en las aguas que recorren nuestro globo.

Aguas de la atmósfera.—Aguas pluviales.—Fuentes, ó de las aguas subterráneas.—Ríos, ó de las aguas superficiales de la tierra.—Congelacion de las aguas.—Aguas del mar.—Su estabilidad.

(CONCLUSION.)

El ordenado mecanismo que hace concurrir los materiales sólidos del globo á efectuar la circulacion de las aguas en el interior, y sobre todo, en la superficie habitable de nuestro planeta, presentan pruebas tan evidentes de una sabiduría providencial y de designios soberanamente benéficos, que creemos un deber la breve esposicion de la estructura de este inmenso y maravilloso juguete hidráulico.

Las capas que componen la masa terrestre, ofrecen en el modo con que están dispuestas dos circunstancias para determinar la formacion de las cascadas ó depósitos subterráneos de agua, que despues se derraman esteriormente con la mayor regularidad bajo la forma de manantiales perpetuos. Consiste la primera en la posicion alternada de lechos porosos de arena y barro, con las capas arcillosas que ellagua no puede penetrar. La lluvia que va cayendo sobre estos lechos arenosos, desciende al rayo de los intersticios, y va á reunirse en la parte inferior sobre un lecho de arcilla ó de otra sustancia impermeable, formando una masa de agua á la que se puede llegar facilmente por medio de pozos ó escavaciones, ó bien que brota en diversos puntos de la superficie por medio de chorros continuos situados sobre los límites inferiores de cada una de estas capas permeables.

La segunda circunstancia que contribuye á la acumulacion de las aguas en los receptáculos subterráneos, y á su derramamiento por la superficie de la tierra, consiste en las varias dislocaciones que han sufrido las capas, y que han producido estas fracturas á que los geólogos dan el nombre de quiebras ó hendiduras, que atraviesando las capas, como grietas, descienden á una mayor ó menor profundidad, están regularmente llenas de arcilla, y forman como un muro ó dique impenetrable á la accion del agua. Estas aguas, pues, conducidas por la infiltracion al través de los poros de las capas permeables ó llevadas á regiones distantes y de mayor altura por medio de canales subterráneos, practicados en estas mismas capas, descienden por un efecto de la presion hidrostática hasta estas hendiduras que la interceptan en su curso, y las vuelven á llevar á la superficie bajo la forma de manantiales permanentes, por un procedimiento análogo al que determina la ascension del agua en los pozos artesianos.

Esta bellísima maravillosa de manantiales y de ríos, y este sistema tan admirablemente coordinado de colinas y de vallados para asegurar el juego no interrumpido de aquellos, esta alimentacion á la vez intermitente por la lluvia de los cielos, y continúa por los inagotables receptáculos que se distribuyen en la superficie por medio de millares de fuentes cuyo curso no se detiene jamás, son, dice un profundo observador, otras tantas ordenadas disposiciones que deben admirarnos ya por su misma naturaleza, ya por su alta importancia en la economía del globo. Hay en este asombroso conjunto tantas pruebas de la existencia de un plan general, de una armonía recíprocas entre medios y fines, de una beneficencia y poder infinitos, que sería preciso ser mas que insensato para no reconocer en ellos la prueba palpable de los atributos mas sublimes del Criador.

Y si nos llena de asombro la sencillez, la belleza, la inmensa utilidad de este mecanismo de nuestro globo que conserva y reune las aguas pluviales para repartirlas despues por defuera, en cauces, en barrancos, en ríos sobre la superficie de los continentes, no será ménos digna de admiracion para nosotros la distribucion misma de este fluido de primera necesidad en todos estos canales vivificantes que la trasportan en todas direcciones á la superficie de la tierra, en exacta proporcion con las necesidades y las exigencias de los dos grandes reinos de la naturaleza orgánica y viviente.

Desde el átomo de vapor que se levanta en la atmósfera hasta el océano que estiende sus vastas zonas sobre los flancos del globo, todo es una incesante y maravillosa circulacion que derrama donde quiere el movimiento y la vida. La molécula de vapor engendra la nube, la nube deja escapar la gota de lluvia, esta forma la fuente, la fuente forma el arroyo, este se lanza en el torrente, el torrente en el rio, el rio en la mar, y esta en el océano, que es el inmenurable receptáculo de las aguas y el centro comun de esta perpetua circulacion.

Oportuno es ahora el recordar otra ley maravillosa, que junto con las que acabamos de designar, concurre á la formacion de estos millares inenicalculables de corrientes de agua que surcan la superficie del globo en todas direcciones para ejercer en ella su accion benéfica, y refrigerar la naturaleza. Queremos hablar de la tendencia de las moléculas líquidas á disponerse, á estenderse sobre una superficie normal hácia las fuerzas que la reclaman, es decir, hácia las direcciones á que los llama su misma gravedad, tomando aquella posicion de equilibrio que se llama en nivel. Si la superficie del líquido es inmóvil y perfectamente sinvelada, refleja con la mas escrupulosa fidelidad los rayos luminosos que le envian los objetos del rededor. Semejante junto al charco cristalino de las fuentes, ó sobre las orillas de un lago el jóven mentañés contempla con un placer mezclado de sorpresa los bosques, los peñascos, y todo el cuadro risueño de un paisage como sepultados en el fondo del líquido cristal, misteriosas creaciones que se representan vallados, florestas, peñascos encantados que mira como la mansion de las hadas y de los espíritus.

Admirad de paso, con respecto á esta ley de la tendencia de los fluidos á nivelar su superficie, este vasto sistema de montañas, de colinas y de vallados, que determina el perpetuo é insensible escurrimiento de las aguas por una pendiente tan artificiosamente trazada desde lo interior de los continentes hasta las riberas del mar. Ved de cuántas armonías se origen una disposicion tan bella, y cuán incalculable número de goces produce para el hombre y para los animales. Seguid estas sinuosidades, estos giros, esas revueltas sin número de los torrentes y de los ríos, por lo largo de los vallados, entre dos orillas tapizadas de césped y de flores, bajo la sombra de regalados bosquecillos, animados por el canto de los pájaros, el murmullo de las aguas, el mugir de los rebaños que triscan en medio de fértiles herbazales, por la seccion fluvial, que el hombre ha convertido en un medio poderoso de socialidad y de industria (1). Sobre los vecinos collados se despliegan los grandes bosques, ó florecen las mas bellas producciones del cultivo, los vergeles de frutas, los viñedos, los campos cubiertos de trigo; un poco mas allá se divisan los casas de recreo, hermosos grupos de aldeas como rebaños lejanos, al borde de las aguas, ó sobre la pendiente de verdes colinas, fábricas, molinos medio ocultos bajo el sombrío follage de enhiestos álamos ó de argentados sauces; por todas partes, en fin, la fertilidad y la abundancia, la belleza y la frescura de los sitios, el brillo y la variedad de las perspectivas.

(Continuará.)

LITERATURA RELIGIOSA.

EL SANT GALSAMO.

I.

El amor á las ruinas y monumentos que han existido en otro tiempo es un sentimiento innato en el hombre, sentimiento que no ha podido destruir la civilizacion.

(1) Pascual decia ya en su tiempo que los ríos son caminos que andan.

Cuán grato placer no se siente cuando deslizamos nuestra planta por un pavimento sobre el cual han pasado muchas generaciones; y que diferente sensacion nos afecta al recordar que aquel mismo lugar ha visto sucederse mil existencias!... El hombre destinado al sepulcro parece resignarse con su suerte cuando siente caer bajo sus pies las cenizas, el polvo de las que fueron lo que él es, sintiendo en sí el decreto universal pronunciado contra toda criatura. ¿Acaso se considera en aquel entonces exceptuado de esa ley comun?

Bien es verdad, que cuando sirva para nosotros la hora postrera, no es menester que nos asentemos sobre elocuentes ruinas, viejos testigos de las miserias humanas,—no podemos dar un solo paso que no tropecemos con un sepulcro, y si descendemos la escalera de un escaparate descubrimos sobre la verde alfombra un trozo de hueso... pero ¿qué digo? —el mismo globo que habitamos es una vasta tumba, y la estátua el sublime cadáver que el Criador encerró en sí.

Pero tal es nuestro carácter, que sin dejar de tener siempre á la vista objetos estraños que despiertan en nosotros el saludable recuerdo de nuestro fin inminente, vivimos como si jamas debieramos morir.

A doce leguas de Marsella, en un sitio espantoso y salvage, cubierto de elevadas montañas y terminado por un bosque que se estiende á sus pies, se eleva el monasterio de los padres de la Trapa, y no lejos de allí la capilla labrada en la misma roca que fue el calvario de la Magdalena;—dos puertas contra la tempestad en donde vienen á estrellarse como una débil oleada los lejanos estruendos de un mundo revuelto.

El corazon enmudece y el alma se llena de profundas reflexiones al arrodillarse sobre las gradas del altar de la gruta, ó cuando recostados en los pozos del claustro en donde cuatro veces espiraron predestinados, encontramos su salvamento en su naufragio. Magdalena ha legado su llanto á esta soledad—el agua que se destila gota á gota por las paredes de la roca, son las lágrimas de la santa, dice el pueblo. Si os viais de esta inocente simplicidad, hombres empedernidos, falsos sofistas, que creyendonos embozados con el manto de la filosofía, no veis que os abrigais con el del escepticismo y del orgullo. La sociedad ha vivido cuarenta siglos en esas creencias que llamais pueriles, y no ha podido vivir cuarenta años en vuestras doctrinas de hombres formados.

Imaginacion!..... don sublime bajado del cielo, tú que al través de los siglos nos descubres los inmensos horizontes del porvenir; tú que balanceándote en el espacio con tus ancho alas nos cantas la armonía de los mundos y los misterios de la creacion: tú que nos abres las puertas de las mansiones eternas y nos convidas á asistir á los esplendidos conciertos de los serafines: por tí mi pensamiento se remonta desde esta gruta á los primeros tiempos del cristianismo, á aquellos tiempos de viva fé que vieron una religion de esperanza y de perdon robustecerse en medio de los sangrientos espectáculos y carnicerías humanas de la corte de los emperadores.—Espectáculos sublimes, agonías dolorosas que comenzaron en Cristo que bebió el acíbar de la humanidad siendo elevado en un palo, horrendo del infame instrumento de los ladrones, el glorioso símbolo de amor sobre la tierra y de su grandeza en los cielos. Tras Cristo vienen los mártires, tras Dios hecho hombre por el dolor, el hombre vino á incorporarse en Dios por los mismos tormentos. Cruz, vastas hogueras, hediondas calabozas, leones y tigres del anfiteatro, furores de Trajano y Dominicianos en lugar de aniquilar la fé, fatuidad!... no habeis servido mas que para colocar entre el cielo y la tierra la misteriosa escala que soñó Jacob en los pozos del desierto. Entonces el cielo bajó y la tierra subió para confundirse y jamas desatar los lazos de un celeste himeneo. Dejando, empero, adelantados estos primitivos tiempos en el techo de lo pasado, dejando á Cristo, la Magdalena, y atendiendo solamente á la época presente, se ven popular aca y acullá algunos ecsolitas piadosos, algun Antonia, algun Gerónimo que tuvieron á enterrar en las escabrosidades el genio y el arrebatamiento. Su existencia se ha pasado en el olvido, y sus cenizas silenciosas parecen hacer heredado el reposo de sus dias. Los viageros que se han acercado á estas soledades con el ruido mundanal, han proseguido su camino con la estupidez con que les es familiar; y á la sombra de un árbol han gozado de un sueño apacible.

[Continuará.]

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 2.º

Inteligencia, sensibilidad, bienestar, combinadas y generalizadas, dijimos que formaban el bello ideal de la civilizacion; por manera que á este objeto debe siempre encaminarse la sociedad, y con esta regla debe juzgarse de su adelanto ó retroceso. Tan sencilla es esta idea, que pareceria estraño no encontrarla fijada ya por todas partes, si la esperiencia no enseñase que el entendimiento humano suele buscar por mil rodeos lo que fácilmente podria encontrar por línea recta. Como quiera, no se podrá negar á nuestro pensamiento la sencillez y en tal caso, podemos recordar aquel célebre dicho que en tres palabras encierra filosofía tan profunda; *signum veri simplex*, la sencillez es el carácter de la verdad. Sin embargo, no queremos dejarle sin aclarar y desenvolver á la luz de la filosofía y de la historia; no pretendemos presentarle tan solo en una region elevada y abstracta, obligando á los lectores á mirarle de léjos y como en prespectiva: el ser examinados de cerca solo daña á los pensamientos falsos, no á los verdaderos: el error, por brillante que sea, es una ilusion que se desvanece á medida que el entendimiento se le aproxima; pero la verdad, como es la realidad misma, si es mirada de léjos se la ve oscura y de pequeño tamaño; pero en acercándonos á ella, sus dimensiones crecen y sus colores se avivan.

Sin inteligencia no hay civilizacion: sin que brille en la frente del hombre ese destello divino, sin que ciña sus sienes esa bella aureola, esa esplendente diadema que le distingue como á rey de la creacion, no es concebible la perfeccion de la sociedad; falta el manantial del bien, falta el título mas hermoso, el mas noble blason, el orgullo del humano linage. Tan deslumbrador es su brillo, tan fascinadora su influencia, que allí donde le vemos, allí aclamamos la civilizacion; sin pensar en lo que le rodea, sin pararnos en que sea pasagero, en que sea tal vez una antorcha que reoplandece en la cima de un edificio en ruina. El grandor de los imperios, su magnificencia y poderío, sus colosales conquistas, su robustez, su duracion al través de largos siglos, no bastan para otorgarles el bello título de civilizados, si en ellos no se ha desarrollado la inteligencia, si no se halla embellecida su historia con tan precioso cumulo. O si no, ¿cómo es que al lado de los inmensos imperios del Asia no es mas que un punto? ¡Sabeis por qué? porque en Grecia y mayormente en la Atica, vemos el desarrollo de la inteligencia, y en Asia el de la fuerza: vemos en Grecia una centella que fulgura, se agita y pasa; en Asia un coloso sombrío, firme si pero inmóvil, silencio-

so como una estátua; y tal es el generoso instinto de la humanidad, que en nada estima la duracion, en nada el grandor, cuando faltas de inteligencia carecen de movimiento, de vida, de luz.

La Roma conquistadora del mundo, la pátria de los heroes, la ciudad de las costumbres austeras, era sin duda algo preferible á la Roma de Augusto, que embriagada de placeres empezaba á dormir el voluptuoso sueño precursor de su muerte; sin embargo, en la Roma antigua no vemos la civilizacion, en la de Augusto sí; y es que en aquella hay mayor grado de robustez y de fuerza, en esta de inteligencia; sus brazos se cuervan, pero su frente se anima; el corazon se corrompe pero el entendimiento se ilustra: viene la muerte, es verdad, pero es medio de un brillante festin donde perora la elocuencia, donde cantan los poetas, donde ostenta el arte sus maravillas, donde resplandece la inteligencia con vivísima luz, con hermosísimos colores.

Pero cuanto mayor es el interes inspirado por el desarrollo de la inteligencia, cuanto mas deslumbrante y fascinador es su brillo, tanto mayor cuidado es menester para no cifrar la civilizacion en ella sola; porque es un error grave, gravísimo, el pensar que la sociedad se perfecciona siempre que la inteligencia se desenvuelve. Y cuenta que de ningun modo tratamos de abogar por la ignorancia: cuenta que no la juzgamos ni saludable á la moral, ni conducente al bienestar; y la estraña paradoja sostenida por Rousseau en la academia de Dijon en contra de las ciencias con respecto á la moral, nos parece muy digna de ser la primera del misantropo, que en su delirio buscaba la virtud y la dicha en medio de las hordas salvages. ¿Por qué habia de ser contrario á la moralidad el desarrollo de la inteligencia? La claridad del entendimiento ¿no ha de contribuir á que se vea la virtud mas hermosa y el vicio mas negro? Una sensibilidad mas fina, cual suele acompañar á un espíritu cultivado ¿ha de ser contraria á la virtud, que se halla en tanta armonía con los sentimientos mas delicados del corazon? Los hombres mas grandes ¿fueron acaso grandes criminales? La santidad infinita ¿no es la misma inteligencia infinita? Penetrad en el caos de esos siglos en que por un conjunto de causas aciagas y de trastornos espantosos, la ignorancia habia tendido sobre Europa su negro velo: y á cada paso tropezaréis con el asqueroso vicio revolcándose á sus anchuras en medio de las tinieblas: á cada paso sorprenderéis al crímen devorando sus víctimas en la oscuridad de las sombras. Pero renace el saber, y las costumbres se suavizan y se mejoran, todo cambia, todo se regulariza y se perfecciona; el escándalo y el crímen huyen pavorosos al asomo de la antorcha que esparce por do quiera sus claros resplandores, como al rayar la aurora azorado, el criminal busca su guarida, y disipándose la voluptuosa embriaguez de placeres culpables, corre presurosa la debilidad á ocultar su falta y su ignominia.

Si el desenvolvimiento de la inteligencia es saludable á la moralidad, no lo es ménos al bienestar; bastando para convencerse de esto una consideracion bien sencilla, el bienestar en la sociedad resulta de la abundancia de medios para satisfacer las necesidades, y estos medios no se obtienen sin la inteligencia. La naturaleza es rica y abundante, pero ha de ser esplotada, pues que el hombre puede morirse de hambre entre montones de oro. Comparad paises con paises, tiempos con tiempos, y la verdad resalta tan clara que se hace inútil insistir en probarla.

[*Continuará.*]

ARMONIAS

que ha establecido Dios en las aguas que rodean nuestro globo.

Aguas de la atmósfera.—Aguas pluviales.—Circulacion de las aguas por el interior y por la superficie de la tierra.—Nacimiento de las aguas.—Manantiales.—Congelacion de las aguas.—Aguas de sazonar.—Su utilidad.

(CONTINUA.)

Y en esta propiedad que tienen los fluidos de buscar siempre su nivel, se funda el arte de distribuir el agua en las grandes ciudades. Conócese el agua por medio de un sistema de canales ó caños hasta un receptáculo que por su elevacion domina todos los lugares por donde ha de distribuirse. Hecho este trabajo, la gravedad hace todo lo demas, y el agua va á llenar por sí misma todos los receptáculos inferiores en posicion al primero, descendiendo hasta los lugares mas profundos, vuelve á subir á otras alturas, hasta llegar al centro de las principales divisiones de la ciudad, desde donde los caños conductores se ramifican en una infinidad de otros que van recorriendo todas las calles, y estos se subdividen asimismo para llevar á cada casa una subsistencia tan necesaria á la vida (1).

"El que ha recorrido las arenosas llanuras del Asia y del Africa, dice un ilustre viagero, allí en donde un pequeño chorro de agua para es mil veces mas estimado que todas las minas de oro de la tierra; el que durante una larga navegacion ha visto distribuir el agua fresca con mas precauciones y economía que los productos mas preciosos del alambique y las mas ricas esencias destiladas; el que, náufrago infeliz, ha recogido en sus vestidos desplegados la lluvia bienhechora de los cielos, y ha apretado contra sus abrasados labios estos húmedos vestidos; solo este puede apreciar la dicha de que gozan sin conocerlo aquellos, que á todas horas del dia ó de la noche pueden procurarse tan precioso líquido sin mas fatiga que la de dar una vuelta á la llave de una fuente. Jamas olvidaré en toda mi vida el profundo sentimiento de dolor y de amargo recuerdo que me hizo esperimentar, despues de muchos meses de una navegacion arriegada, la vista de una corriente de agua viva, precipitándose en el mar desde la cima de un peñasco situado sobre una costa deliciosa de frescura y de verdor; pareciéme al primer momento que la mas preciosa de las esencias se escapaba perdiéndose miserablemente del vaso abandonado y sin cerrar por indolencia y descuido de sus poseedores."

Los límites á que debemos reducirnos, no nos permiten hablar de las muchísimas propiedades del agua, cuya mayor parte nacen de sus mas bellas y armónicas combinaciones, tales como su refraccion, su reflexion, sus matices, sus nieves sus granizos, sus hielos etc., maravillosos y diferentes resultados de la presencia ó de la ausencia del sol.

Sabido es que el agua carece de gusto, y que la mejor es la mas insípida, y por esto puede servir de vehículo á todos los sabores. Si tuviese sabor propio, le comunicaria á todas las sustancias que nos sirven de alimento, y se deja ver la molesta y fastidiosa uniformidad que de esto resultaria. (*Continuará.*)

---

(1) Un sistema correspondiente de cloacas y de canales de desagüe construidos segun todas las leyes de la ciencia, conducen estas aguas a grande laboratorio del oceano para purificarse despues que han servido á todos los usos domésticos. Este doble sistema se halla ya en tan perfecto estado y completo en el dia, que una hora despues de la lluvia, las aguas del cielo, despues de haber lavado y purificado las calles de la ciudad, despues de haber en cierto modo barrido todos los conductos subterráneos, pueden ser trasmitidas de nuevo en el rio á donde van á parar con tanta rapidez. La frecuencia de este maravilloso fenómeno y casi instantáneo de perfecta purificacion es la que ha convertido muchas grandes ciudades de Europa en una morada tan sana como agradable. Véase los "Elementos de filosofía natural por Neil Arnot." Congregamos este hecho como uno de los adelantes materiales de la civilizacion moderna, adelantos que nos complacemos en proponer como modelos del verdadero progreso material, del cual somos tambien partidarios, cuando vamos á la par con los elementos morales, sin los que no existe la civilizacion sino á medias, pues ha primera no puede por sí sola preservarle de la corrupcion y de recaer tarde ó temprano en la bestialidad y en la barbarie. Tristes las historias de todas las épocas mas ilustradas y florecientes.—N. del T.

LITERATURA RELIGIOSA.

EL SANTO BALSAMO.

I.—(CONTINUA.)

Hombres del siglo, guerreros y poetas vosotros que habeis dejado ver en la tierra, pisadas de fama ó vibraciones de bronce como para prolongar vuestra existencia, mostradnos agradecidos al acabar vuestros dias, vosotros que descendeis dos veces al sepulcro, primero vuestro cuerpo y algunos siglos despues vuestro nombre, venid á contemplar la morada solitaria en donde pasaban sus dias esos hombres formados del mismo barro que vosotros, decidme si el murmurar dulce y apacible de estos arroyuelos no es mas agradable que el ruido sordo y estrepitoso de vuestros torrentes impetuosos; —Los primeros escondidos por entre el césped y aromáticos arbustos pasaron desconocidos por el valle de la vida, y no mostraron el curso que seguirian mas que por la frescura de sus aguas y el perfume que de ellas se exhalaba; cuando los vuestros, estériles adornos de la naturaleza, despues de haber pasado sus espumosas ondas por entre rocas y llanuras, despues que vuestra vista se ha espantado de sus cataratas, y vuestro oido de sus bramidos, turbias de cieno sus aguas las veis perderse inútiles en el oceano de la eternidad.

II.

EL CONVENIO.

El Santo Bálsamo, morada salvage como lo son todas las de la Tebaida, tiene su monasterio de construccion moderna; pero... los monges se han dispersado y las paredes abandonadas no repiten ya los cantos solemnes de esos hombres escogidos de Dios. El viagero que cansado errante por estas soledades, y el artista admirador de la naturaleza no encuentra ya aquella hospitalidad simple y frugal que los trapenses les reservaban; —un anciano habita solo una cabaña que ha construido al pie de la pared de la casa del Señor. El prestigio religioso, al que se acogia la peregrinacion, ha desaparecido; el prestigio del recuerdo solo ha quedado.

Pero este prestigio era muy poderoso todavia para que dejara de arrastrarme á esos valles. Mi alma se remojó como en la piscina del templo, purificándose de las aberraciones de la sociedad. En esta soledad, sin inspirarme aversion el mundo, reconcentré todas mis ilusiones, todas mis recientes creencias, y me lancé de nuevo entre la muchedumbre con mas fuerza y resignacion; del mismo modo que cuando el huracán trastorna los aires, la delicada paloma luchando en vano contra los impetuosos torbellinos, fatigada de sus esfuerzos, se refugia en el bosque poniéndose al abrigo de una encina ó maleza, esperando que el viento cese;—cesse la calma, entonces estendiendo sus blancas alas se lanza en los aires y prosigue su vuelo hácia su nido á donde la conduce su instinto.

Para sostenerse de las persecuciones los primeros cristianos, se refugiaron para celebrar sus misterios en los mas sombrios y apartados lugares, á donde ninguna morada profana fuera dado alcanzar. Admirados de la magestad de estos sitios, de la paz y quietud de sus aposentos, fueron muchos los que abandonaron el mundo para adorar á su Dios en sus primitivas creaciones;—el trabajo, el ayuno, las oraciones llenaban su existencia. Despues, como aumentase cada dia su número, eligieron superiores y formaron estatutos para atacar y reprimir el progreso de la corrupcion que nace en toda sociedad en general, por el contacto de las pasiones que se arraigan en ella, corrupcion cuyo orígen no ha tenido bastante poder para atacar el cristianismo en presencia de torturas y hogueras, fuego sublime que purificaba la religion naciente.

Mas un dia Jópiter Stater descendió del Capitolio; la fortaleza de Rómulo en donde estaban atrincherados como en su último templo los dioses del paganismo, capituló con el verdadero Dios. No fué una espada lo que se puso en la balanza como en tiempo de Breno; una cruz fué lo que se puso, y despues esta cruz triunfante dominó las siete colinas de la metrópoli del mundo, de la reina de las naciones, y las naciones todas se prosternaron para adorarla. Entonces los desiertos no sirvieron mas de refugio contra las persecuciones, pero el de asilo para aquellos que no encontraban do reclinar su cabeza. Siempre que el hombre experimentara un vacio en la sociedad, iba á sentarse á la orilla de este camino: ambicion, amor, pobreza de espíritu, ilusiones vagas, imposibles deseos iban á sepultarse en los conventos.

(Continuará.)

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 2.° —(CONTINUA.)

Previas estas soledades, vamos á proseguir nuestra tarea, examinando en este artículo algunas de las relaciones de la inteligencia con la civilizacion; sin cuyo trabajo no seria dable comprender lo que nos proponemos decir en los siguientes números.

Para proceder con toda claridad, y no confundir cosas muy distintas dando lugar á equivocaciones de gran monta, es necesario considerar el desarrollo de la inteligencia en dos esferas una superior, en cuyo espacio se mueven los entendimientos elevados, donde se labran las grandes reputaciones, y en que se elaboran aquellos monumentos, que transmitidos á la posteridad inmortalizan la época; otra inferior, pero que comprende un mayor número, que se pone mas en contacto con las pasiones é intereses, que se aproxima mas á los pormenores, y que ejerce sobre las relaciones sociales y sobre la vida del individuo, una influencia mas inmediata, mas directa, mas eficaz. Esta inteligencia que podriamos llamar de segundo órden, no siempre anda acorde con la primera, no siempre le está subordinada, como á primera vista parece que deberia suceder; á veces marchan divergentes, tal vez en direcciones enteramente opuestas. Como juzgamos muy importante esta reflexion, la apoyaremos con hechos.

En el siglo de Luis XIV, las altas inteligencias eran religiosas: habia diferencias de opiniones, de talentos, de genios, de miras, pero todo no hacia mas que crear diferentes centros de movimiento en el gran sistema, sin que esto obstase á que se conservara el centro comun donde se hallaba el regulador de todos los movimientos *la Religion*; pero debajo de ese movimiento se descubre otro en sentido muy diferente; nada ménos que hácia la *incredulidad*. Por mas que pueda parecer estraño, juzgamos que es muy cierto, mediando dos razones incontestables que concurren á demostrarlo. La una que podriamos llamar *á priori*, se funda en la brecha que debió de abrir en las creencias religiosas el protestantismo, brecha que no pudo repararse ni con la espulsion; y en la disposicion de los espíritus en Alemania, en Inglaterra, y sobre todo en Holanda, paises que estaban en incesante comunicacion con la Francia, y cuyas relaciones no era bastante á romper toda la severidad de la revocacion del *Edicto de Nantes*. Otra razon que podremos llamar á

posteriores, que luego de muerto Luis XIV levantó erguida su cabeza la incredulidad: es decir, que no suponiendo que en el siglo de aquel rey germinaron en abundancia las ideas irreligiosas, no será posible comprender las épocas de la Regencia y de Luis XV.

La misma Francia nos presenta en la actualidad otra prueba del diferente camino que lleva la inteligencia superior y la inferior. En la region de las altas inteligencias cunden ahora las ideas religiosas, ó al ménos sociales y conservadoras; y mucho dudamos que lo mismo se verifique en las regiones ménos elevadas: posible fuera que esto no se realizase todavía en mucho tiempo, y que las nuevas aristocracias levantadas sobre las ruinas de las antiguas, y que como es natural trabajan por conservar su puesto, tuviesen que sufrir, andando el tiempo, algunas arremetidas semejantes á la famosa escena del Tinglete, y al ataque de la Bastilla. En las doctrinas y en los hechos hay cierta lógica terrible, que los pueblos comprenden á las mil maravillas.

Pero á pesar de esta divergencia, menester es confesar que la situacion de un pais donde esto se verifique es violenta, y que por tanto deberá ser poco duradera; porque los dos órdenes de inteligencia se tocan en mil puntos, se rozan á cada paso, sus límites mas deslindados se confunden á menudo, y esto tarde ó temprano produce uno de dos efectos; ó bien resultan en la sociedad conflictos y revoluciones. Para hacer palpable esta verdad, no será menester que salgamos de España.

Es indudable que á principios del presente siglo, habian cundido entre muchos de nuestros mas claros talentos las doctrinas de la escuela del siglo XVIII. Atendidas las circunstancias en que se encontraba la nacion, esas doctrinas no podian penetrar en su seno, debian sobrenadar como sobrenadaron; pero esto no ha impedido que no se hayan derramado por ellas torrentes de sangre; y que todavía despues de 30 años de turbulencias y desastres, no se halle nuestra desgraciada patria en situacion tan angustiosa, no tenga un porvenir tan lóbrego y encapotado, que no es posible fijar la vista en él sin retroceder de espanto.

Hemos presentado estas reflexiones con respecto al desarrollo de la inteligencia, para desvanecer una ilusion que suele ser muy comun, y consiste en que para apreciar el estado de la inteligencia en un pais, se toma por barómetro la parte mas esclarecida y brillante; aquella que extiende su fama hasta los paises estrangeros; es decir, lo mas selecto en ciencias y literatura. Añádase á esto la creencia no ménos comun, de que la literatura es un espejo donde refleja la sociedad, y he aquí que en viéndose una literatura llena de calor y de vida, fácil es ser llevado á imaginar que la sociedad se halla tambien robusta, floreciente y lozana. Consecuencia plausible, y á primera vista legítima; pero que sin embargo está desmentida por la historia. Hay en la vida de las sociedades ciertas épocas críticas, en que suele aparecer la inteligencia en todo su esplendor; y cosa notable, resplandece á veces con insólita y vivísima luz cuando la sociedad en cuyo seno vive y de cuya atmósfera se alimenta, está tocando al borde del sepulcro. Resultado de combinaciones anteriores que le han sido favorables y de circunstancias pasageras que la secundan, no espresa la verdadera situacion del pais, es postiza, es un adorno mentido, es un magnífico cortinage que oculta el lecho de un moribundo. Entonces la inteligencia superior es infecunda, no ejerce influencia sobre la sociedad, es un mueble de lujo que al primer golpe se quebranta, y cuyos trozos se arraman conservándose tan solo como preciosas antigualla. Así con sus raptos sublimes el genio de Platon asiste á la agonía de la Grecia; así canta Virgilio la eternidad de un pueblo que va á perecer; así el brillante coro que rodea el solio de Luis XVI, augura darndera gloria al trono de un gran rey, cuyo segundo sucesor habia de morir en un cadalso.

[*Continuará.*]

AMENIDAD

que ha establecido Dios en las aguas que cubren nuestro globo.

Aguas de la atmósfera.—Aguas planetarias.—Circulacion de las aguas por el interior y por la superficie de la tierra.—Nivelacion de las aguas.—Congelacion de las aguas.—Aguas de transporte.—Su utilidad.

(CONTINUA.)

Toda sustancia se contrae al resfriarse: esta es una ley general que sufre una sola escepcion: esta escepcion es el agua, y esta escepcion es de la mayor importancia en la economía de la naturaleza. El agua en vez de contraerse se dilata congelándose, y por esta dilatacion adquiere una tal fuerza espansiva que rompe los vasos cerrados, y hasta las peñas que contienen este fluido en sus hendiduras. De esta dilatacion resulta para el agua una disminucion de gravedad específica que la hace flotar. Y por este notable efecto los peces dejan de quedar aprisionados en sus guaridas durante el invierno. Como el hielo que les cubre á manera de un techo suspendido en la superficie es un mal conductor de calórico, protege el líquido inferior contra la accion del aire frio, conservando su fluidez hasta el retorno de una temperatura mas templada. Así es como por el solo hecho de la cristalizacion del agua ha provisto la Providencia al bienestar de los animales que habitan aquel elemento con la misma seguridad que al bienestar de los animales terrestres cuya forrada capa se condensa con el frio, y se despoja con el retorno de la estacion de las flores. Si el hielo hubiese sido mas pesado que el agua, á medida que se iria formando bajaria á ocupar las profundidades, y hubiera llegado la superficie su proteccion. Los lagos profundos se convirtieran durante el invierno en masas sólidas que el sol no disolviera como no disuelve los hielos de las altas montañas, y de este modo regiones enteras tan deliciosas y tan fértiles hoy dia, quedaran para siempre soledades incultas é inhabitables.

El agua es el gran disolvente de la naturaleza; ella mina y va socavando los mismos peñascos, reduciéndolos á átomos que despues ordena y acumula en todas partes, en lo interior y en la superficie del suelo. Hemos ya hecho notar cuantas importantes funciones desempeñaba en la formacion y acrecentamiento de los cuerpos organizados: pero ¿quereis conocer toda la estension de la parte que tiene en nuestro planeta este agente universal? Penetrad en las entrañas del globo, y ved esas inmensas zonas minerales que se van elevando gradualmente y cuyo conjunto no tiene menos, por término medio, que dos leguas de espesor. Ved el prodigioso monumento que atestigua el trabajo y el poder del agua, de esta grande Isis, de esta grande madre de las cosas (1) como la llamaban los antiguos, que ora vapor, ora líquido, ora flor y ocsped, ora nieve ó hielo, ya corriendo, ya volando, ya subiendo, ya bajando, todo lo lame, todo lo toca, va donde quiere, y no falta en parte alguna.» (Dañelo).

[*Continuará.*]

(1) *Omnium rerum vicem.*—Georg. IV. 363. Segun el filósofo Thales, uno de los siete sabios de la Grecia, el agua es el principio de todas las cosas, y por esto se halla derramada con tanta abundancia. Los antiguos, para espresar este gran poder del agua en la naturaleza, tenian festividades consagradas á las flores, las cuales se celebraban á orillas de los rios y de los arroyos. Así los romanos formaban sendas empuerdas en las orillas del Tiber, y los espartanos en las del Eurotas. Una gran parte de la festiva mitología se compone de divinidades acuáticas, y así como cada gruta tenia su nifeano, cada rio tenia su dios, y cada fuente su fauno ó su náyade.

LITERATURA RELIGIOSA.

EL SANTO BALSAMO.

(CONCLUYE.)

II.

EL CONVENTO.

Tebaida de la Provenza!... ante vuestra blanca capilla, ante vuestra gruta y vuestros santos mi alma cargada de piadosos recuerdos de lo pasado, ha querido cantar lo que ha visto de celestial. Antes de dejaros, permitidme que por última vez tienda la vista sobre vuestros sitios salvages, vuestras elevadas rocas cubiertas de musgo y vuestros bosques sombríos. La avecilla que habita vuestros valles anima su soledad con sus gorgeos dulces y armoniosos; pero cuando el invierno le obliga á abandonaros para dirigir su vuelo á mas templados climas, entonces ensaya cantos mas dulces aún para deciros su adios; y á semejanza suya, obligándome la necesidad á restituirme al mundo, os digo el mio.

En pié sobre vuestro santo pilon, atónito perdido de su masa granítica, asistiré al espléndido despertamiento de la naturaleza; y si este espectáculo me arranca un reconocimiento y emocion respetuosa, la creacion lo llevará á su Criador con el himno que ella misma canta.

III.

LA SALIDA DEL SOL.

Y mientras que mi alma estaba pendiente de mis labios, un colorado carmin iba asomando é insensiblemente esparciéndose en el Oriente. Algunas nubes que recorrian el horizonte, sombras pocos antes, se tornaban color de rosa, semejantes á los cortesanos vestidos de púrpura, asistiendo á la radiante salida de su monarca. Bien pronto atravesaron la celeste bóveda dilatados rayos de luz convirtiendo en un vasto incendio la mitad de los cielos, y conquistando el dia miéntras que la noche sentada aún ó durmiendo en su trono de vapores les disputaba el imperio del firmamento. El sol salió.

Despues de haber saludado con un grito de admiracion el rudo sublime de sus primeros fuegos, dirigí mi vista á la tierra y ved lo que vi.

A mis piés un monte poblado de robles, álamos blancos, tejos sombríos y magestuosos: —mas lejos una dilatada campiña en donde se destacaban seis aldeas coronadas todas por una guirnalda de colinas: —Tolon: —una cordillera de montañas que la vista recorria de valle en valle sin encontrar un vacío en donde poder descansar: —aun mas léjos, hácia el Oeste, Marsella envuelta en densa niebla, punto incierto que se perdia en el espacio: —por último el mar, el mar... esta otra llanura que la reja de la civilizacion en vano ha recorrido sin haber dejado siquiera la mas leve señal de surco: el mar... la única fraccion de este mundo que el hombre no ha podido someter á su despotismo, cuyas ondas saltan libres sin ser turbadas miéntras la tierra entera está encadenada.

Saciado de este espectáculo desvié mi vista.

Entonces admiré un fresco y umbrío valle en donde el Huveon oculta sus aguas bajo la sombra de sus álamos: —al á San Zacarías enmedio de sus jardines y estensas llanuras que deben su fecundidad á los manantiales de San Pancio: —al tambien en este hermoso panorama una multitud de quintas y casas de campo sembradas sin órden en un radio de quince leguas: —y léjos, muy léjos, se proyectaban ceñidos de nieve los Alpes levantando sus blancas cabezas, y á cuya falda se estendia un inmenso y magnífico horizonte.

Yo no sabia lo que pasaba en mi, hasta tal punto me abrigo este espectáculo, sin que una voz, un resuello, ni un ruido el mas leve animase tan variado cuadro.

Y como mis ojos sorprendiesen los rayos del sol que aun no se habia levantado por cl resto de la sierra; como la roca de cuatro mil y quinientos pies que me hacia admirar mas y mas dilatados horizontes, mi espíritu vió estenderse otros, y sorprendió un rayo del sol intelectual.

La naturaleza entera mudo hasta entonces, se animó para mi.—era un confuso murmullo, un estremecimiento de lira, una pulsacion argentina. Despues percibíase mas claro el acento, el murmullo se volvió clamor, la lira cantó y la argentina pulsacion hendió los aires con melodiosa armonía. Yo escuche un concierto, cuyas voces subian hasta la bóveda de los mundos, y arrastrado por tan universal grandeza repetia con la creacion: *hosana: Gloria á Dios que creó todas estas maravillas.*

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 2.º—(CONTINUA.)

Para comprender completamente el influjo de la inteligencia sobre la civilizacion, conviene ademas observar que será muy poca su eficacia si no procura hermanarse con algunos intereses que sean poderosos en la sociedad, ó no estuviere trabada con ideas é instituciones de grande influencia y ascendiente sobre el ánimo de los pueblos. La inteligencia dirige pero no ejecuta, es la cabeza que necesita el brazo. Algunas épocas notables de la historia servirán de aclaracion y apoyo á esta verdad.

En los siglos medios, cuando todo el saber quedó concentrado en la clase eclesiástica, y particularmente en la regular, cuando solo los clérigos sabian leer y escribir, y los monges con asiduo trabajo é infatigable perseverancia transmitian á las generaciones venideras los sucesos que iban ocurriendo, y los restos del antiguo saber, formando los anillos de esa cadena que une á la inteligencia moderna con la antigua, tenia la clase eclesiástica el mayor ascendiente sobre el ánimo de los pueblos; llegando á pasar á sus manos la direccion en todos los negocios.

Pero ¿por qué la inteligencia del clero era tan fecunda y poderosa? ¿lo era por sí sola? es bien cierto que no; y á poco que se reflexione se echará de ver que lo debia en gran parte á su íntimo enlace con las ideas religiosas, á la sazon tan prepotentes, que lo debia á su trabazon con instituciones que miradas por los pueblos como descendidas del cielo, eran objeto de una veneracion y acatamiento sin límites. Todavía mas; aquella inteligencia se hermanaba admirablemente con todos los intereses de la sociedad, era un gérmen fecundo de establecimientos de beneficencia, de progreso en la legislacion, de mejoras administrativas, de organizacion social en todos los ramos, y los pueblos que aunque ignorantes, no carecian de aquel saludable instinto que jamas abandona á la humanidad, advertian fácilmente que en la inteligencia del clero tenian un inagotable manantial de bienes, y por esto se prestaban dóciles al movimiento y direccion que se les comunicaba. Por estas causas pudo la inteligencia en aquellos tiempos ser tan poderosa, y ejercer en la sociedad una saludable dictadura. Fué poderosa porque era fecunda, y fué fecunda porque siendo su alma la religion llevaba en su seno el espíritu de vida.

Otra época notable nos ofrecerá un

contraste bien singular, será como el reverso de la medalla. ¡Por qué la filosofía del siglo XVIII, la inteligencia estraviada, pudo ejercer tanto influjo sobre la Francia en tiempo de la Regencia y del reinado de Luis XV, y preparar la catástrofe del infortunado Luis XVI! Porque conoció sagazmente su posicion, porque vió un gobierno débil y corrompido y una sociedad indignada, y dijo para sí: "ataquemos al gobierno é involucremos con él á todas las instituciones antiguas; hagamos empero á la sociedad, y constituyéndonos órgano de todas las pasiones, eco de todas las quejas, defensores de todos los intereses no satisfechos, reuniremos en torno nuestro una falange poderosa, que nos servirá por ahora de escudo para defendernos, y luego de ariete para derribar todo lo existente." Así pensó y así obró la inteligencia estraviada, así encontró primero apoyo firmísimo, y en seguida un brazo irresistible: así consumó la revolucion.

El solo recuerdo de la Revolucion de Francia, de ese acontecimiento colosal en sí y en sus efectos, nos lleva naturalmente á considerar lo que es la inteligencia separada de la moralidad, lo que la civilizacion puede prometeros del pensamiento del hombre, cuando no está regulado por los eternos principios de la moral, cuando quiere á toda costa realizar sus concepciones, sin atender á lo que demandan las inmutables verdades sobre que descansa la suerte del individuo, de la familia y de la sociedad. La inteligencia sin moralidad es el ángel caido que lleva herida su frente con el rayo de Eterno, y que enmedio de su desesperacion, blasfema contra su Criador, lleva en su mano la tea de la discordia, hace temblar la tierra bajo sus plantas, y tras torna y abrasa el universo. Ved si no á ese hombre que con torva frente y la mirada encendida, deja caer sobre el papel sus pensamientos terribles, á ese misántropo que medroso de su propia sombra se figura ver á la sociedad que conjurada le persigue, que insulta á la civilizacion ponderando las ventajas de la vida salvage; que con su infausto talento hace problemáticas las mas altas verdades; que ora defiende el duelo y el suicidio; ora los condena; que ora pinta con negros colores el adulterio, ora procura protegerle cubriéndole con un velo; que mina el órden social en sus hondos cimientos; que lanza sus tiros vibrantes contra todas las instituciones existentes; que no se asusta con la espantosa configracion que va á provocar, cuando su corazon la presiente y su mente la divisa; este hombre cuyo libro es el código de la revolucion mas formidable que vieron los siglos, este es el emblema de la inteligencia sin moralidad: es Juan Jacobo Rousseau.

¡Ay de la sociedad donde se verifica tan sacrílego divorcio! vivirá en la inquietud, se agitará enmedio de las revoluciones, y si no conserva en su seno algun gérmen regenerador, su destino será la muerte. ¡Qué hubiera sido de la Francia con el tan decantado saber de sus grandes filósofos, si el genio de Napoleon no la hubiera salvado preservándola de la disolucion y estirpando la anarquía? Por cierto que no faltaba la inteligencia en la asamblea constituyente, en aquella asamblea que contaba un Sieyes y un Mirabeau; pero ¿qué hizo aquella asamblea? derribar, nada mas. Echó por tierra el prestigio del trono, niveló todas las clases, dió rienda suelta á las pasiones, exasperó los ánimos, estravió las ideas, entronizó la soberanía del pue-

blo, preparando de esta manera la ruina de la monarquía, el triunfo del Jacobinismo, la guerra civil, la estrangera, el reinado del terror, y todo esto para llegar ¿á donde? á postrarse á los pies de un hombre que diese á la Francia órden, códigos y administracion, miéntras que la Francia le daba su sangre y sus tesoros para levantarle un trono y ceñir sus sienes con una diadema de gloria. Ya que tanto se pondera la fecundidad de la filosofía, su influencia en la civilizacion, en el adelanto de la sociedad; digasenos ¿qué ha hecho la revolucion de Francia, esa hija predilecta de la filosofía, de la inteligencia abandonada á sí misma, sin moral, sin religion, sin ningun enlace con las tradiciones antiguas, en el completo aislamiento á que ella se habia condenado, mejor diremos, á que se habia entregado como á un hermoso sueño, como el bello ideal de la humanidad, como el apogeo de su poder, como el mas alto punto de su esplendor y de su gloria? ¡Qué ha hecho, qué es lo que ha creado, qué obras son las que ha sustituido á tantas como derribó! Hay en Francia la monarquía, pero no por la revolucion, sino á pesar de la revolucion, socavada por la revolucion, amenazada por la revolucion: hay en Francia administracion, pero no debida á un hombre; hay en Francia la religion, pero es la que ha podido salvarse en medio de las ruinas del edificio social; hay movimiento industrial y mercantil, pero haylo en Inglaterra y no data de su revolucion, haylo en Prusia bajo el absolutismo, haylo en Rusia bajo el poder ilimitado del autócrata. ¿Qué es lo que queda á la revolucion? una cosa, una sola cosa, el haber derribado; obra por cierto grande, magnífica, propia de las tempestades, arrasando bosques y campiñas, y sumiendo en el llanto y en la miseria á los pueblos.

Esto sabe hacer la inteligencia sin moralidad, á tanto alcanza su fuerza: disuelve, disipa, destruye, pero no le pidais nada mas; su mision concluye aquí, y se retira luego del teatro de sus hazañas, cediendo el terreno, ó á hombres estraordinarios á quienes envia de vez en cuando la Providencia para la realizacion de grandes destinos, ó á la accion lenta y regeneradora de los antiguos principios, que ocultos en el seno de la sociedad vuelven á germinar y á florecer, luego que se retira del campo la hoz destructora. Así ha sucedido siempre, y así sucederá: tal es el carácter del espíritu del hombre, tal es el ejemplo de la historia: tal es la ley de la humanidad. La inteligencia del hombre solo es fecunda cuando está subordinada á la inteligencia infinita, cuando obedece á su impulso, cuando es su instrumento; y esto solo se verifica cuando la inteligencia no se aparte de los principios eternos de la moral; cuando es vivificada por el espíritu de la religion; cuando no tiene el necio orgullo de renovar la guerra de los gigantes escalando el cielo; cuando no tiene la insensatez de atribuirse la fuerza omnipotente de aquel que dijo: hágase la luz, y la luz fué hecha.

(Continuará.)

ARMONÍAS

que ha establecido Dios en las aguas que rodean nuestro globo.

Aguas de la atmósfera.—Aguas pluviales.—Circulacion de las aguas por el interior y por la superficie de la tierra.—Nivelacion de las aguas.—Constitucion de las aguas.—Aguas de rocío.—Su utilidad.

(CONTINUA.)

Mas ¡qué solemne y profundo murmullo viene á herir nuestros oidos!... Son los lejanos movimientos de la mar tan

admirable en sus entumecimientos (1): es la grande voz del Océano cuya amenazadora inmensidad levanta y balancea la mano del Criador. ¡Qué sublime espectáculo el de esta llanura móvil cuya estension en vano quisieran medir nuestras miradas! A su aspecto atónita el alma, confundida y estática, contempla con una emocion indefinible este eterno monumento de la Omnipotencia divina. A presencia de este imponente cuadro, engrandécense las ideas, los sentimientos se elevan, exáltase y se inflama el corazon; y parece que el espíritu humano, transportado de un religioso entusiasmo, queda sin límites, como los vastos mares que admira.

"En los manantiales del Océano, debajo grutas profundas que resuenan de continuo con el eco atronador de las ondas, habita el ángel severo que preside á los movimientos del abismo. Para instruirle de sus deberes la sabiduría increada le hizo recorrer con ella las cavernosas profundidades, y pasearse debajo del mar en el nacimiento de los tiempos. El fué quien por órden de Dios abrió el diluvio las cataratas del cielo, y él es quien en los postreros dias del mundo debe por segunda vez derramar los grandes aguaceros sobre la cima de las montañas. Colocado en la cuna de todos los rios, dirige su curso, hincha ó amaina sus ondas, por la noche repele los polos, y tiene amarradas con cadenas las nieblas, las nubes y las tempestades: conoce los mas ocultos escollos, los estrechos mas desiertos, las tierras mas lejanas, y las descubre sucesivamente al genio del hombre. Penetra de una mirada las tristes regiones del Norte y los brillantes climas de los trópicos; dos veces al dia levanta los diques del Océano, y restableciendo con la mano el equilibrio del globo, en cada equinoccio vuelve á poner la tierra bajo los rayos oblícuos del sol (2).

"Para mejor admirar el poder de nuestro árbitro supremo, dice este ángel de los mares al divino mensagero que descendió hasta su morada, sería necesario haber visto como yo poner los cimientos de este imperio: yo estuve presente cuando dividió en dos partes las aguas del abismo: yo le ví sujetar las ondas á los movimientos de los astros, y enlazar el destino del Océano con el de la luna y del sol: cubrió á Leviathan con una coraza de hierro y le envió á zambullirse en sus hondos abismos; plantó bosques debajo las ondas, los pobló de peces y de pájaros, hizo nacer algas risueñas del seno de un furioso elemento; arregló el curso de los vientos, dictó leyes á las tempestades, y puesto sobre la orilla dijo á la mar: No pasarás de aquí, y aquí estrellarás la altivez de tus ondas..."

(*Continuará.*)

---

(1) *Mirabiles elationes maris.* Ps. XCII, v. 4. Aunque en español tenemos tambien la palabra elevaciones, por no hallarse muy en uso hemos querido sustituirla con otra de sinónima, aprovechando de los recursos que nos ofrece la riqueza inagotable de nuestra lengua.

(2) Chateaubriand en los Mártires lib. XV.—El ilustre escritor en este pasage de su poema no es mas que el intérprete de la tradicion y de la creencia cristiana. "Yo escuché el ángel de las aguas que decia: Justo sois vos, Señor, que sois y que habeis sido, sois santo en vuestros juicios." (XVI 5.) (*Apocal.*)

"Cuando veo en los profetas, en el Apocalipsis y en el mismo Evangelio, dice Bossuet, el ángel de los persas, el ángel de los griegos, el ángel de los judíos, el ángel de los niños, que toma su defensa delante de Dios contra aquellos que los escandalizan, el ángel de las aguas, el ángel del fuego, y así de los demas... reconozco en estas palabras una especie de mediacion de los santos ángeles. Advierto tambien el fundamento que puede haber dado ocasion á los paganos á distribuir sus divinidades en los elementos y en los reinos para presidir á ellos; pues todo error está fundado en alguna verdad de que se ha abusado. Mas hay una infinita distancia entre reconocer como los paganos, en Dios cuya accion no pueda estenderse á todo, ó que tenga necesidad de ser ayudado por seres subalternos, y un Dios que, haciéndolo todo y publicándolo todo, hasta á sus criaturas, asociándolas, cuando le place, á su accion."

Este grande prelado de quien se ha dicho que parecia haber asistido á los consejos del Altísimo, no escribia estas palabras con otro objeto que el de combatir la grosera imaginacion de aquellos que creen siempre quitar á Dios todo lo que dan á sus santos y á sus ángeles en el cumplimiento de sus obras. (Bossuet sobre el *Apocalipsis* núm. XXVII)

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 3.º

Decia Newton que sin máximas de sana moral no es mas el saber que un nombre especioso y vano; nosotros llevaremos el pensamiento del célebre naturalista mucho mas allá, afirmando que no solo es inútil sino tambien nocivo y que cuando el divorcio de la inteligencia y de la moralidad se reduce á sistema, cuando es no solo en el órden de las acciones sino tambien en la region de las ideas, cuando no es inmoral precisamente el sabio, sino su sabiduría, entonces ha sonado para la sociedad la hora fatal de sus calamidades; entonces se dislocan sus polos, se rompe su eje, falta todo principio de regularidad y de órden, se hunde en el caos. En el mundo moral hay sus leyes como en el físico; la inteligencia con su inquietud característica, su agitacion incesante, su actividad inagotable, su variedad infinita, representa el impulso en todas direcciones, el movimiento indefinido, sin regla, sin objeto; pero la moralidad es la ley de gravitacion universal, que todo lo arregla, lo templa, lo armoniza, constituyendo diferentes centros particulares, que á su vez reconocen otro centro universal que es Dios.

Nada en el mundo carece de ley, y la inteligencia no puede estar sin ella: esta verdad no quiso reconocerla la filosofía del siglo pasado, tampoco la reconoce bastante la filosofía del siglo presente; y por esta causa ni una ni otra conocen á fondo lo que es una religion, por esta causa no comprenden la profunda sabiduría entrañada en el principio de autoridad, base fundamental del Catolicismo; por esta causa desconocen ambas al hombre y á la sociedad, impulsan sin direccion fija, sin tino, proclamando un desarrollo sin regla, un movimiento al caso, una libertad mil veces esplicada, nunca entendida.

El Catolicismo, tan profundo en sus miras como prudente en su conducta, penetrado de la insuficiencia de la razon humana, y de cuán peligroso es dejarla abandonada á sus propias fuerzas, no se contenta con afianzarla con el ánsora de la autoridad, sino que tomando en brazos al hombre desde su mas tierna infancia, procura imbuir su entendimiento de ideas religiosas, de manera que todos los demas conocimientos que se le comuniquen, le encuentren ya preparado: así consigue que siendo la religion el primer licor que se ha derramado en el vaso tierno, conserva éste por mucho tiempo la primitiva fragancia. Este sistema tan

cuerdo, tan sabio, tan altamente social, se le ha designado con los nombres de *monástico*, *clerical*, y otros por este tenor, y se ha formado el empeño de denigrarle con mil apodos para preparar su descrédito y ruina; pero dia vendrá, y quizás no está léjos, en que la parte de Europa que le ha olvidado vuelva á reclamarle á grandes gritos como el único remedio de sus males. El divorcio que entre la inteligencia y la razon se habia procurado introducir en la esfera científica, se ha hecho descender á los sistemas de enseñanza, y para no esponer el resultado á contingencias, se ha procedido de manera que el hombre fuese ya *filósofo* desde niño. Mientras la sociedad se prepara en medio del mas profundo malestar para recoger á manos llenas los amargos frutos de semejantes sistemas, vamos á presentar á los ojos de los lectores un cuadro tristísimo pero muy interesante, y por lo sucedido hasta ahora podrán conjeturarse las catástrofes encerradas en el porvenir.

Como la Francia ha sido el pais clásico de la filosofía irreligiosa; como en Francia es donde se habia proclamado en alta voz el divorcio de la inteligencia y de la religion, donde han debido dejar muy hondo surco los sistemas irreligiosos, tomaremos aquel pais por punto de comparacion, y con datos irrecusables demostraremos que cuando la religion no preside al desarrollo de la inteligencia, este desarrollo es nocivo, es funesto, es peor que la ignorancia. Protestamos de nuevo que no es nuestro ánimo condenar la instruccion, que tenemos una conviccion profunda de que siendo bien dirigido, puede generalizarse sin ningun peligro para la sociedad, sin ningun detrimento de la moralidad ni del bienestar, antes con beneficio de ambos; y si presentamos noticias y cálculos que parecen á primera vista condenar la instruccion, hacémoslo tan solo con la mira de disipar las preocupaciones mas tenaces, que son las que se apellidan á sí propias despreocupacion y filosofía: hacémoslo con la mira de llamar la atencion pública sobre unos hechos que tanto interesan al porvenir de la humanidad.

(*Continuará.*)

ARMONIAS

que ha establecido Dios en las aguas que rodean nuestro globo.

Aguas de la atmósfera.—Aguas pluviales.—Su evaporacion de las aguas por el interior y por la superficie de la tierra.—Nivelacion de las aguas.—Composicion de las aguas.—Aguas de invierno.—Su utilidad.

(CONTINUA.)

¿Quién podrá revelaraos todos los maravillosos secretos de este mundo oceánico; el número, la belleza, la diversidad infinita de forma y de instinto de los animales que pueblan sus abismos; aquellas tribus tan curiosas de zoófitos y de moluscos; aquellas legiones de peces de todas dimensiones, de todas formas, decoradas con los mas ricos y mas variados matices, y á quienes se dieron por dominio los mares! ¡Cuán pasmosa muchedumbre de seres vivientes se agita en aquel imperio de las aguas, desde el infusorio, especie de la que diez millones de individuos no llegan al volúmen de un grano de arena, hasta el cuerpo colosal semejante á una colina movible en medio de las ondas! Pero el inmensurable ámbito del océano no es solo la mansion de animales sin número; las llanuras, los vallados, las montañas submarinas producen tambien una vegetacion que les es propia, y que se desarrolla segun leyes distintas de las que presiden al acrecentamiento de los vegetales que embellecen la superficie de los continentes. Tales son estos *fucus* de los mares australes: algunos de ellos no tienen menos de siete ó ochocientos metros de longitud, y otros forman en la superficie de las aguas lechos flotantes tan espesos y de estension tan considerable, que engañan el ojo del inesperto marino, el cual á lo léjos toma por islas fértiles y de abundante pasto. El navío que los atraviesa parece pasearse en medio de una verde llanura, y su marcha es algunas veces de tal modo entorpecida por aquellas tapices de verdor que comprime las ondas, que es preciso abrirse paso con un instrumento cortante (1). Tales son tambien las *fucáceas*, nombradas así por los bellos colores que presentan: espuestas á la accion del aire y de la luz, al estender su plano y delgado follage dividido en hojuelas subulneras, chatas ó irregulares, ofrecen unos matices tan brillantes y vivos como los que admiramos en las flores de nuestros jardines (2). En fin, los *zosteros* componen otro grupo de plantas que adornan las playas del Océano, formando en ellas con sus hojas parecidas á cintas coloradas, vastos prados marinos sub-marinos de la mas esquisita hermosura, que las aguas en sus mareas dejan alguna vez en descubierto; al paso que estas plantas proporcionan á un gran número de animales marinos alimento abundante y un asilo que los pone á cubierto de la persecucion de sus enemigos.

[*Continuará.*]

(1) Estos bellos prados marinos, conocidos ya de los antiguos que los llamaban *nuevos herbosos* segun Aristóteles, se componen principalmente de *fucus* flotante. Los compañeros de Cristóbal Colon, cuando fueron al descubrimiento del Nuevo Mundo, quedaron sorprendidos al aspecto de estos *fucus* que cubrian á lo léjos aquella parte del océano en la que ellos navegaban. Esta planta es tan elegante por sus hojas en forma de lanza, dentadas y pestañeadas por una multitud de glóbulos acuíferos que la sostienen en la superficie de las aguas. La disposicion de estas pequeñas ampollas que le dan la forma de una uva, hace que los marineros la llamen *racimo del mar* y *racimo de los trópicos*. Esta planta sirve de asilo y de alimento á una multitud de animales.

(2) Con estas plantas algunas salanganas especie de golondrinas, construyen sus nidos comestibles tan buscados en la China y en las islas asiáticas.

HISTORIA NATURAL.

LA PERDIZ.

Quand la perdrix
Voit ses petits
En danger, et n'ayant qu'une plume nouvelle
Qui ne peut voler encor par les airs le trompe,
Elle fait la blessée, et va traînant de l'aile.
Attirant le chasseur et le chien sur ses pas.
Détournez le danger, sauvez ainsi sa famille:
Et puis quand le chasseur croit que son chien la pille
Elle lui dit adieu, prend sa volée, et rit
De l'homme, qui, confus, des yeux en vain la suit.

Exacto hasta en sus mas tenues pormenores es el cuadro que retrata la fábulita que encabeza nuestro artículo. Son innumerables los inocentes ardides que emplea la perdiz para salvar su familia: cazadores, labradores y naturalistas han observado en mil ocasiones su valeroso instinto paternal. A veces, despues de estraviar los perros atrayéndolos léjos del nido y remontando el vuelo, vuelve á pasar el tiro de ala por delante de la nariz de su enemigo, si por acaso este ó el cazador se aproxima á sus hijuelos ocultos bajo la yerba, logrando por medio de un vuelo incierto y trabajoso llamar hácia sí la atencion de sus enemigos y hacerles perder su pista.

Siguiendo un surco un naturalista, cuenta vió salir de entre sus pies una perdiz que aleteaba con trabajo, al parecer herida. Corrió tras ella fijo en su persecucion, al mismo tiempo que otro camarada suyo descubrió detras una porcion de polluelos aun desnudos de pluma que huian atropellándose unos á otros, y que se precipitaron en un hoyo ó madriguera abandonada. La pobre madre aceptaba el sacrificarse presentándose á la vista, con tal de conseguir la salvacion de sus hijuelos.

Un labrador de la provincia de Sevilla en España al remover un barbecho, hizo saltar de su nido una perdiz tan cerca de sí, que pensó habria aplastado sus huevos; sin embargo, ninguno sufrió detrimento, aunque algunos parecian ya próximos á abrir. Apenas se apartó del sitio volvió la perdiz, no obstante que otro nuevo surco de la renovacion de la labor, amenazaba enterrar infaliblemente el nido. El labrador despues de descansar un corto rato volvió á su faena, y al llegar al sitio donde habia tropezado con

la perdiz, vió que nido y huevos completamente habian desaparecido. Pensó que su prevision la habria hecho trasladar sus reales, y para cerciorarse permaneció en observacion y acabó por descubrirla oculta entre las zarzas de su vallado á cien pasos de su primer asilo, abrigando con sus alas veintiun huevos que en el espacio de un cuarto de hora habia trasladado sin duda ayudada del macho. De esta ligera nidada se lograron diez y nueve perdigones.

En otra ocasion otro labrador descubrió un nido de perdiz, y en él la hembra cobijando sus huevos. Se acercó á él y pasó muchas veces la mano por cima del nido, que se dejó acariciar sin moverse ni dar muestra de temor; mas cuando trató de llegar á los huevos, sacudió sendos picotazos á sus dedos, desplegando una energía en defensa de su familia de que no hacia uso para sí misma.

Algunas veces la perdiz en esta situacion, se posee de tal modo respecto de su maternal tarea, que hasta se ha dejado coger con el nido en un sombrero, y ha continuado en domesticidad su mision de madre, lo que demuestra que no seria muy difícil enriquecer nuestros corrales con estas aves cuya carne es tan delicada y sana, y cuyo plumage y forma es tan esbelta y graciosa.

Los animales propenden á la domesticidad en proporcion á las relaciones que pueden establecer sus costumbres y cualidades con las nuestras, adhiriéndose tanto mas, cuanto mejor logremos proveer á sus necesidades. El desarrollo de sus afecciones da ocasion á manifestar inteligencia y á hacerlos susceptibles de educacion. Reflejo de nuestra razon, les somete su instinto á reconocer el imperio de nuestra voluntad. Las perdices desde fin de invierno se unen por pares para no separarse ya: las familias se aumentan á medida que crecen los polluelos, siendo hacia el otoño cuando se ven mas numerosas bandadas de este género de aves. Los diversos ensayos practicados con objeto de domesticarlas, han ofrecido particularmente excelentes resultados, y por lo tanto debian continuarse en grande escala y con perseverancia. A mediados del siglo VII Turneford vió en Grasse, en casa de un provenzal, bandos de perdices domesticadas; el cardenal Chatillon mantenia en sus granjas de Lisieux, ganados que salian al campo todas las mañanas y regresaban por la noche. En la isla de Chio, mas comunes segun se cuenta que en nuestras comarcas, las gallinas se reunen por la mañana á un silbido del pastor, al que siguen á las llanuras y de donde las recoge valiéndose de la misma señal.

En Alemania se practica un sistema de domesticacion incompleto; hacen que las gallinas cobijen á veintenas huevos de perdiz, puestos en los campos y cogidos á grandes distancias de los caseríos, porque si los polluelos al hacerse grandes oyesen el reclamo de su verdadera madre, la reconocerian y volarian á su lado; para evitarlo, por si acaso, les arrancan las dos guias de las alas, y despuntan las estremidades de las demas. Sin embargo, todo esto es imperfecto; el medio mas á propósito de conservar y domesticar estos pájaros seria estudiar atenta y constantemente sus instintos, costumbres é inclinaciones. Seria necesario disponer sus nidos sobre la superficie del suelo á imitacion de como los construyen en medio de los materrales; que el agua que hubiesen de beber pura y cristalina corriese entre arenas y guijarros; encontrasen á su antojo la comida que aman, los chaparros y espesuras de prisma en que gustan abrigarse; en fin, seria preciso, á fin de conquistarse las generaciones sucesivas de una nueva especie, sorprender los tiernos secretos de la naturaleza, y reunir á la inteligencia, observacion y la perseverancia de voluntad que pertenece solo á nuestra raza, la constancia misma de afecto que las madres de los animales maestran á sus hijuelos.

Los perdigones, como todas las gallináceas, corren al salir del huevo muchas veces hasta con el cascaron adherido, y buscan su alimento en las larvas, hormigas, insectos, gusanos, bayas, cebada verde, y hasta en las candelas y hojas verdes de avellanos y abedules. La madre les guia, les llama y los reune bajo sus alas acompañada del macho. Este por su parte alivia los cuidados de la hembra, y se asocia á sus ardides para proteger la familia, que defiende con valor no obstante su natural tímido, hasta contra las aves de rapiña.

(Continuará.)

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 3.º —(CONTINUA.)

Si tuviéramos que habérnoslas con hombres de la escuela de Voltaire, cuyo pensamiento dominante fuese el abrir de ridículo la religion, y perseguirla sin cesar hasta en las últimas trincheras, perderia fuerza nuestro argumento; porque entonces se podria decirnos: "Defendeis "la necesidad de la religion como ele"mento indispensable para el saludable "desarrollo de la inteligencia, y para "apoyar vuestro acerto echais mano de "los funestos resultados que acarrea una "enseñanza basada sobre el odio á la re"ligion. Este raciocinio no es lógico "porque todavia no se ha ensayado un "sistema que sin tener por base princi"pal la religion como vosotros preten"deis, no estribe tampoco sobre el odio á "la religion: si el ensayo de este sistema "produjere malos resultados, entonces, "y solo entonces, habreis llegado á la "consecuencia que os proponiais dedu"cir." Afortunadamente para nuestro objeto, no puede dirigirsenos esta reconvencion, porque solo nos proponemos examinar los resultados del sistema de instruccion popular, planteado en 1833 por M. Guizot, y es bien sabido que Guizot, sean cuales fueren sus ideas y tendencias religiosas, está muy léjos de simpatizar con Voltaire.

Guizot, llevado de su celo por la propagacion de las luces, pensó sin duda hacer un inmenso beneficio á la Francia, inundándola de escuelas, creyendo que serian abundante semillero de civilizacion. La estadística va echando por tierra las previsiones del filósofo; y á buen seguro que á estas horas no deja de mirar con ojos azorados el fruto que va produciendo su obra, y que empieza á desconfiar de las bellas ilusiones á que se entregaba, cuando dirigia á los maestros aquellas instrucciones, dignas, como todo lo que sale de su pluma, de ocupar un lugar distinguido entre los monumentos literarios. Pero si son bellas las páginas de la literatura y de la filosofía, la realidad es algo de mas positivo y respetable; y á ella es menester apelar para la resolucion de los grandes problemas en que está librada la suerte de la humanidad.

Y se deja entender que el sistema de instruccion de M. Guizot estará muy léjos de ser lo que se llama *monástico* ni *clerical*; y es sabido ademas que este sistema de profusion instructiva ha contri-

buido mucho á la estension y aumento de la instruccion. Ahora bien, hé aquí la cuestion en sus términos mas precisos: ¿Este mayor desarrollo de la inteligencia ha contribuido al bien de la sociedad? La cuestion quedará resuelta si manifestamos que ha contribuido al aumento del vicio y del crimen; y esto es lo que de sí arrojan los estados siguientes.

Nos serviremos de los datos oficiales sobre estadística criminal, publicados en Francia en 1837 y 1838, cotejando el año de 1831 con el de 1838.

Años.	*Acusados.*		
1831	6,932	Aumento de	1062
1838	8,014	acusados.	

Es decir que en estos cuatro años en que ha cundido mas la instruccion, se ha aumentado el número de acusados cosa de una sesta parte. Nótese que en los diez que precedieron á la época de que nos ocupamos, el número de los acusados se mantenia poco mas ó ménos el mismo: de lo que se infiere que en esta diferencia no ha podido influir considerablemente, ni el aumento de la poblacion, ni el desarrollo de la industria, ni las calamidades públicas, ni otras causas pasageras; pues que en los diez años anteriores anduvo tambien en aumento la poblacion, y progresó la industria de un modo notable. Ademas, tomando una base tan espaciosa como es un decenio, es claro que debieron de acontecer en este tiempo todos los accidentes que pudieran influir en aumentar el número de los acusados. Esta coincidencia del aumento de la instruccion con el de los acusados, cuando no se adivina otra causa que haya podido producir tan triste resultado, es ya de sí un indicio bastante grave de que el sistema de enseñanza no está libre de responsabilidad; pero todavía pueden presentarse otros datos que dejen la cosa fuera de duda. Para esto no hay mas que considerar el número de acusados en diferentes clases segun el grado respectivo de instruccion; y entonces se manifiesta tan claro el origen del mal, que es menester cerrar los ojos para no verle.

(Continuará.)

ARMONIAS

que ha establecido Dios en las aguas que rodean nuestro globo.

Aguas de la atmósfera.—Aguas pluviales.—Circulacion de las aguas por el interior y por la superficie de la tierra.—Vivificacion de las aguas.—Congelacion de las aguas.—Aguas de cristales.—Su utilidad.

(CONTINUA.)

Debajo del Océano todo es magestad, grandeza, poder, belleza sublime; todo anuncia la gloria y la magnificencia de la naturaleza: todo proclama el soberano poder y la omni-presencia de su autor. ¿Quién pudiera pintar la variedad de escenas que presenta esta inmensidad de mares sobre tantas riberas diferentes á la ruidante luz de la zona tórrida ó en las sombras de los polos, al raudo soplo del aquilon ó durante el silencio de los vientos! De una parte las ondas abandonadas á todas las agitaciones de las mareas y de las corrientes; de otra, mares sin límites inmóviles en una calma profunda, desplegando magestuosamente sus llanuras azuladas debajo un cielo tambien azul que colora sus ondas con los reflejos purpurados del ocaso y de la aurora. Aquí los rayos ardientes del sol reflejados bajo todos matices por las aguas inflamadas de los mares del ecuador, haciendo contrastar á veces los colores mas vivos con la negrura de los peñascos que se levantan sobre sus bordes: mas allá nieblas espesas reposan silenciosamente sobre montañas de hielos flotantes, en medio de las largas noches de las regiones polares: tan pronto la mar tranquila reflejando en el espejo cristalino de sus ondas el ejército brillante de estrellas en noches mas dulces y bajo un cielo mas sereno: tan pronto agrupadas las nubes por el soplo impetuoso de los austros, precedidas por negras tinieblas, precipitadas por la tempestad, rasgadas por el rayo que confunde sus mugidos con los bramidos de las olas encrespadas por los vientos: otras veces aparece el fenómeno magnífico de la fosforescencia, cuyos fulgores hacen resplandecer de lejos el océano, semejante entónces á un vasto flenzo de plata electrizado entre las sombras, ó una faja de luz móvil y ondulante que va á perderse en las estremidades del horizonte. . . .

¿Qué no tuviéramos para decir si emprendiésemos hablar de todas las maravillas que presenta este grande receptáculo de las aguas, de sus diarias oscilaciones bajo la accion del sol y de nuestro satélite, de sus mareas (1), de sus corrientes, de su calidad salobre, de los torbellinos, de los tifones ó remolinos, y de tantas otras singularidades que ostentan en todas partes la sabiduría del poder de aquel que escavó la hondura de los mares, y en cuya mano el vasto y profundo océano no pesa mas que el pequeño glóbulo de rocío que la aurora suspende de la punta de las yerbas que tapizan los valladas.

El océano es el grande camino del comercio de las naciones, y el lazo que une entre sí las diversas partes del globo separadas por las ondas. La navegacion es en efecto el móvil mas poderoso del progreso del trabajo, de la industria, de la riqueza y de la civilizacion; y sin ella ningun género de comunicacion pudiera establecerse entre regiones muy distantes, que se hallarian asimismo privadas de la mayor parte de las comodidades de la vida, y de una multitud de productos preciosos propios de paises lejanos (1).

(Continuará.)

(1) Esto fenómeno de las mareas, conocido tambien con el nombre de flujo y reflujo que llamó de asombro á Alejandro cuando al pasar por las orillas del Indo vió subir á este rio hácia su origen, y pasmó á César cuando se preparaba para invadir la Inglaterra, la dudo mucho que pueda á los modernos para esplicar las causas que le producen. Bernardino de S. Pierre atribuye este fenómeno á los inmensos hielos de que están cubiertos los polos, y cuyo derretimiento periódico aumenta ó disminuye sucesivamente la masa de las aguas del mar: opinion mas admisible ó menos ridícula que la de uno de los mayores tenatos de Alemania, el célebre Keplero que decia que, siendo la tierra un animal viviente, el flujo y reflujo son efectos de su respiracion. Pero Descartes, observando el primero, que la elevacion y el descenso de las aguas variaban segun los movimientos de la luna, aseguró que este satélite, pasando por encima de nosotros, ejercia cierta presion sobre las olas del mar, obligándolas á derramarse rápidamente. Esta agradable conexion entre las mareas y los movimientos de la luna ilustró á los sabios; y Newton, que parecia nacido para adivinar las leyes del universo, nos enseñó por fin que la luna, en vez de gravitar sobre las olas del mar, las levantaba por espacio de seis horas ejerciendo sobre ellas una atraccion muy fuerte, y no las permitia volver á caer hasta acabado parte de su curso. Los cálculos de los matemáticos han confirmado posteriormente esta ingeniosa esplicacion que Newton no se atrevió á proponer sino como una hipótesis, aunque grande filósofo, que conociendo la nada del humano saber decia de sí mismo poco tiempo antes de morir: «No sé lo que pensará de mí el mundo pero cuando á mí mismo me contemplo, me parece que soy como un niño que sin atreverse á tender su vista por el mar inmenso, se entretiene en la playa recogiendo lindas piedrecillas y elegantes conchas; no de otro modo el grande océano de la verdad se presenta á mis ojos, sin que pueda yo medir sus profundidades.» Tal es la confesion del mayor genio del universo; y el sistema de Newton ha

quedado hasta ahora como el mas probable.—*N. del T.*

(1) Juzguese de esto por un ejemplo. Un buque regular de 500 toneladas atraviesa el Atlántico para trasportar el café de las Antillas. La carga de este buque puede llegar á un millon de libras; por manera que serian necesarios no menos que 1500 caballos para conducir este cargamento sobre un espacio de mas de dos mil leguas. El trasporte, pues, por medio de la navegacion tiene ventajas inapreciables, por cuanto economiza los gastos que serian infinitamente gravosos al comercio, perjudiciales al consumo que limitarian, y fatales á la produccion cuyos progresos detendrian

HISTORIA NATURAL.

LA PERDIZ.

(CONCLUYE.)

La perdiz roja pertenece á una de las especies mas bellas. La superficie superior de su cuerpo es de color pardo rojizo: el pecho azul ceniza: el blan-

ca de la garganta resalta del fondo oscuro que la circunscribe y se desvanece hácia el ojo, cuyo brillo aumenta con el contraste: el pico y las patas son encarnados y el jaspeado regular y transversal en forma de ondas y de iris negro, blancos y castaño, que adornan los costados, hacen que no se les confunda con ningun otro pájaro.

En 1834 introdujeron estas aves, muy comunes en nuestro pais, en los parques de Inglaterra, donde la llaman *perdiz de Guerneseg*, porque las cogieron en esta isla. Despues se han propagado mucho porque los pavos que han salvado las tapias han ido á aclimatarse por toda la parte meridional de la Gran Bretaña. La perdiz roja aumenta mas grande que la gris, anida del mismo modo en los bosques y tallares y fabrica su nido sin arte con yerba y hojas. Ambas ponen el mismo número de huevos, de quince á veinte, solo que en vez de ser verdosos como los huevos de la *perdiz cinerea* ó de la *perdiz rubra*, son de color blanco mate salpicado de rojo. Frecuenta los pasos montuosos y prefiere las comarcas meridionales á las regiones frias; no es difícil su domesticacion, pero estando menos acostumbrada á sociedad que la gris, cuesta mas trabajo su educacion. Sus polluelos exigen cuidados mas minuciosos y multiplicados; la primera muda á la edad de tres meses, época de crisis para todas las variedades, es sobre todo peligrosa hasta para los perdigones grises *formando en rojizo entonces*, es decir, cuando se pronuncia una mancha rojiza entre el ojo y el oido en la parte desnuda inmediata á la sien, es menester sustentarlos con alimentos fuertes; corazon de vaco picado con hojas de lechuga, huevos duros y migas de pan mojada en vino.

Wilson el ornithologista ha escrito interesantes pormenores acerca de las perdices ó colines de América, *perdix virginianus*; comienza á anidar como las europeas á fines de invierno; la hembra guia tambien los polluelos al salir del huevo que rompe al cabo de un mes, y los reclama piando del mismo modo que un pollo. "Como todas las gallináceas, dice, la codorniz y la perdiz producen al volar un gran ruido ocasionado por la concavidad y el movimiento rápido de sus alas cortas comparativamente al peso del cuerpo. La continuidad de su vuelo horizontal las hace objeto seguro para la escopeta del cazador."

"Wilson cuenta que son empollados con buen éxito sus huevos por gallinas, solo que es menester echarlos á aquellas que sean tranquilas y pacíficas, porque siendo los perdigones de natural mas inquieto que los pollos, suelen perderse si no tienen á su lado una vigilante y cuidadosa criadora: perseverando así en su domesticidad, se consigue familiarizarlos. Dos perdices criadas de este modo por una gallina y abandonadas por la madre adoptiva cuando fueron grandes, se asociaron á las vacas de la casa, las acompañaban constantemente al campo y regresaban con ellas por la tarde, hasta el dia siguiente que las seguian de nuevo á los prados. Así pasaron el invierno en el establo, desapareciendo al comenzar la primavera.

"Las perdices han empollado algunas veces huevos de gallina introducidos en sus nidos, sacando y cuidando estos pollos adoptivos del mismo modo que su progenitura, á pesar de verlos mas crecidos. Los pollitos entienden las mismas notas de atencion y llamada de los perdigones, y muestran las mismas alarmas, la misma timidez y astucias: se ocultan como ellos agachándose entre las matas; así que no seria tampoco difícil por este medio crear otra raza salvage y enriquecer nuestros bosques con nuevos pájaros de caza."

¡Y de qué compañia tan agradable, de que sociedad tan variada ha rodeado Dios al hombre! Nunca está solo; un sin número de seres de todas especies le cercan: compañeros de su destierro terrestre; actores candidos que no alarman su supremacía, le representan sin cesar algun episodio de la historia de sus necesidades, de sus gustos, de sus pasiones y de su industria alternativamente provocan ó secundan sus voluntades; siempre subordinados, nunca aduladores, constantemente útiles, imparten auxilio y reclaman proteccion. Indóciles á la domesticidad, parientes al yugo, ó mansos auxiliares, escitan nuestra admiracion por la belleza de formas, armonía de tintas y gracia de movimientos. Ó bien se grangean nuestra benevolencia y simpatía con una adhesion sin límite tanto mas atractiva cuanto que el afecto que desarrolla el instinto llega casi hasta la inteligencia.

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 3.º—(CONTINUA.)

AÑOS.	ACUSADOS.
Acusados que sabian leer y escribir bien. . . . . 1831 / 1838	608 / 2.587
Acusados que habian recibido una instruccion superior. . . . . 1834 / 1838	203 / 276

Pero lo que hay de notable en este punto, es la mayor probabilidad que tiene el hombre instruido de cometer sus delitos impunemente; por manera que estando mal montada la instruccion, acarrea el doble daño de formar al criminal, y luego encubrirle y protegerle. Es bien claro que cuanto mayor sea la instruccion del acusado, mas medios sabrá escogitar y emplear para sustraerse á la accion de la ley; pero este resultado, previsto ya por la razon, viene en seguida confirmado por la estadística. Obsérvese la progresion en que va creciendo el número de los absueltos, en proporcion con sus diferentes grados de instruccion, tomando por punto de comparacion un mismo número de acusados.

Grados de instruccion de los acusados.	*Acusados.*	*Absueltos.*
Que no sabian leer y escribir.	100	33
Que sabian leer y escribir imperfectamente	100	37
Que sabian leer y escribir bien. . . .	100	42
Que tenian una instruccion superior.	100	60

Con la mira de que nuestros lectores se formen una idea de la progresion ascendental del crimen, y se convenzan de cuán fundado es el sobresalto que inspira á todos los hombres observadores la cerrada marcha de la civilizacion, presentarémos todavía nuevos datos que abarcando una escala mas estensa, nada ménos que de trece años, presentarán mas ancho campo á la observacion, y servirán de base mas segura á los cálculos é hilaciones. El siguiente estado espresa los criminales condenados en Francia desde 1825 hasta 1838, ambos inclusive, pasándose por alto el de 1835, que falta en el documento que tenemos á la vista, publicado en Paris, sacado de una obra titulada *Education practique*.

Años.	*Condenados.*	*Años.*	*Condenados.*
1825. . .	4.037	1832. . .	4.418.
1826. . .	4.348	1833. . .	4.105.
1827. . .	4.236	1834. . .	4.765.
1828. . .	4.550	1835. . .	4.623.
1829. . .	4.475	1837. . .	5.117.
1830. . .	4.190	1838. . .	5.164.
1831. . .	4.098		

Llamamos la atencion del lector sobre una particularidad notabilísima que se observa en el estado precedente. Desde 1825 hasta 1833, va fluctuando el número de los condenados, subiendo y bajando, de manera que se conoce que no hay ninguna causa particular que produzca ni aumento ni diminucion. Años hay en que se eleva de repente, como en 1828, pero volviendo luego á deprimirse, calmándose de esta manera la alarma que se hubiera podido ocasionar al observador. Pero desde el año 1833, el aumento es constante, pasando en cinco años desde 4.105 hasta 5.164. Resultado espantoso que hiela la sangre en las venas; y cabalmente desde 1831 data el aumento en la instruccion! Aproximad estos datos, ved cómo del cotejo brota una luz sombría que os hace divisar pavorosos abismos.

Todavía mas. La estadística de la policía correccional viene tambien en comprobacion de lo mismo que estamos manifestando. Empecemos desde el año 1826 inclusive, y véamos lo que sucedió hasta 1838, tambien inclusive. Distribuyendo estos trece años en dos quinquenios y un trienio, resulta que el número de asuntos y de personas de que tuvo que ocuparse la policía correccional, anduvo siempre en aumento. Hé aquí los guarismos:

	Asuntos.	*Personas.*
De 1826 á 1830. . . .	49.357	62.880
De 1831 á 1835. . . .	60.245	77.947
De 1836 á 1838. . . .	47.020	61.204

Buscando el término medio para cada año, resulta:

	Asuntos.	*Personas.*
De 1826 á 1830. . . .	9.871	12.576
De 1831 á 1835. . . .	12.049	15.589
De 1836 á 1838. . . .	15.673	20.401

Este estado presenta tambien una particularidad notable, y es, que en solo el trienio de 1836 á 1838 hay mucho mas aumento que en el anterior quinquenio; cabalmente el trienio es la época en que mas se habia difundido la instruccion....

Para no fatigar á los lectores con mas guarismos que nos seria muy fácil acumular, presentaremos traducido lo que dice sobre este punto el autor de la obra citada mas arriba, cuyo título es: *Education pratique*. Hélo aquí:

"En resúmen las investigaciones que acabamos de hacer nos han conducido á establecer:

"1.° Que á medida que la instruccion se ha propagado de año en año, el número de los crímenes y de los delitos ha crecido en proporcion análoga.

"2.° Que en estos delitos ó crímenes la clase de los acusados que saben leer y escribir, entra por un quinto mas que la clase de los acusados enteramente rudos; y que la clase de los acusados que han recibido una alta instruccion, entra por dos tercios mas, guardando la proporcion correspondiente á la respectiva poblacion de estas clases.

(*Continuará.*)

ARMONÍAS

que ha establecido Dios en las aguas que rodean nuestro globo.

Aguas de la atmósfera.—Aguas pluviales.—Precipitacion de las aguas por el calor y por la enfriacion de la tierra.—Nivelacion de las aguas.—Congelacion de las aguas.—Aguas de varenas.—Su utilidad.

(CONCLUYE.)

La inmensidad de los mares no ofrece hoy dia punto alguno inaccesible á los navegantes. "El mundo de nuestros dias

en nada se parece al mundo de Colon. Sobre mares ignorados en donde veíase alzarse una mano oscura, la mano de Satan que cogiendo los buques durante la noche, los sepultaba en el fondo del abismo; en aquellas regiones antárticas, mansion de la noche, del pavor y de las fábulas; en las aguas furiosas del Cabo de Hornos y del Cabo de las Tempestades, donde los pilotos retrocedian pálidos de espanto; en este doble océano que lucha con sus dobles orillas; en todos estos lugares tan temidos en otro tiempo, atraviesan sin temor barcos de transporte para el servicio ordinario de correos y viageros. De una ciudad floreciente en América contéstase á comer á una ciudad floreciente de Europa, y se llega á la hora señalada. En vez de aquellas embarcaciones groseras, sin proporcion, húmedas, infectas, donde se vivia de viandas saladas ó bien os devoraba el escorbuto; elegantes navíos ofrecen á los pasageros cámaras tapizadas de anacardo, ornadas de sedas, de espejos, de flores, de bibliotecas, de instrumentos de música, y provistas de todas las delicadezas de una mesa espléndida. Un viage que exigirá muchos años de investigaciones, bajo las mas diversas latitudes, no costará la vida á un solo marinero. Las tempestades ya se hace burla de ellas. Las distancias han desaparecido. Una embarcacion cualquiera se hace á la vela para el polo austral; si la pesca no sale bien, vuelve al polo boreal: para coger un pescado atraviesa dos veces los trópicos, recorre dos veces el diámetro de la tierra, y toca en algunos meses los dos estremos del universo. A las puertas de las tabernas de Londres vese fijado el anuncio de la partida del paquebot de la tierra de Diemen con todas las comodidades posibles para los que pasan á las Antípodas, y esto al lado del anuncio del paquebot de Douvres á Calais. Se tienen itinerarios de faltriquera, guías, manuales para el uso de las personas que se proponen hacer un viage de recreo al rededor del mundo; este viage dura alguna vez nueve ó diez meses. Pártese en invierno saliendo de la ópera: tócase á las islas Canarias, al Rio Janeiro, á las Filipinas, á la China, á las Indias, al Cabo de Buena Esperanza, y al tiempo de abrirse la caza ya se halla de vuelta el viagero. Los barcos de vapor no conocen vientos contrarios sobre el océano, ni cursos opuestos en los rios; sobre caminos de hierro deslízanse rápidamente pesados carromatos de comercio; y si se les antojase á la Francia, Alemania y Rusia establecer una línea telegráfica hasta la muralla de la China, podríamos escribir á alguno de nuestros amigos chinos y recibir la respuesta en el espacio de nueve ó diez horas." (*Chateaubriand.*)

Léjos estamos de haber apurado todas las bellas consideraciones que presenta al espíritu observador la materia, cuyos puntos culminantes acaban de pasar por nuestra vista (1). Cuanto mas se pro-

(1) *No queremos, con todo, dejar de indicar de paso los principios constitutivos del agua, aunque la hemos llamado hasta ahora elemento, siguiendo el lenguage comun, y porque lo es realmente con relacion á otros compuestos. Lavoisier, despues de diferentes ensayos, tomó un tubo de porcelana, en el cual introdujo limaduras de hierro, le expuso al fuego é hizo pasar á él cierta cantidad de agua reducida á vapor; esta se descompuso en sus dos gases: el oxígeno, mas atraido por el hierro que por el hidrógeno se combinó con las limaduras, y quedando solo el hidrógeno, pasó á una redoma de cristal. Y*

fundizan las diversas partes de este grande y magnífico aparato circulatorio de las aguas sobre nuestro globo, mas pruebas se descubren de una elevada inteligencia y de admirables designios providenciales. Preguntad empero á la filosofía materialista, y pedidle la razon de este armonioso conjunto de leyes que regulan los movimientos y esta distribucion de los fluidos en nuestro planeta. Nada tiene ella que responderos sobre todos estos hechos: hállase en la absoluta impotencia de señalar ningun principio racional. Mas ya me engañé: desde el fondo de sus tinieblas os arroja esta palabra estúpida: el acaso, mientras que de todas partes, así en el menor de los fenómenos como en el mas elevado, brillan en copiosos rayos órden, inteligencia, arte y sabiduría en toda su infinidad. —I. F. Johan, miembro de la sociedad geológica de Francia.—*J. R. y C.*

el aumento del peso del hierro junto con el peso del gas hidrógeno formam precisamente el peso del agua empleada en el experimento. Teniendo ya en sus manos Lavoisier los elementos del agua, é inspirado por su genio, trató de formar nuevamente el fluido que acababa de descomponer. Todo la Europa le contemplaba; y él, juntando en un globo de cristal dos partes de gas hidrógeno y una de oxígeno, los inflamó con la chispa eléctrica. Siguióse una combustion rápida, y resultó convertido en agua para el peso exacto de los dos gases que habia inflamado. Y supuesto que si se inflamase repentinamente una gran cantidad de estos dos gases, habria esplosion terrible y el globo de cristal estallaria como una bomba, ¿quién podrá formar idea del espantoso ruido del dia de la creacion, cuando el Eterno, juntando el oxígeno y el hidrógeno del inmenso espacio, formó al golpe de un solo trueno todas las aguas del mundo, de la tierra y del firmamento?—(N. del T.)

BREVE NOTICIA
DEL MARTIRIO Y MILAGROS
DE SANTA
FILOMENA VIRGEN Y MR.

El nombre de Santa Filomena, ahora tan célebre en la Iglesia de Dios, hubiera permanecido sepultado hasta el fin de los tiempos en la oscuridad en que por cinco siglos estuvo, si el Señor por especial providencia no se hubiera dignado glorificarle con millares de prodigios. Dueño absoluto como es de todas las cosas, suscita cuándo y cómo le parece á vivadores ó santos ya glorificados, para que por medios portentosos propaguen su gloria, reanimen la fé y restablezcan la moral. La historia eclesiástica lo acredita á cada paso, y nosotros lo observamos ahora en Santa Filomena, escogida por el Señor para confundir la incredulidad de nuestros dias.

Pocos documentos se han encontrado hasta ahora que nos cercioren de la vida y martirio de esta prodigiosa santa; pero sin embargo, lo que de ella nos consta no puede ponerse en duda prudentemente. Todo lo que pertenece á esta Virgen es milagroso, y de ella hay millares de testigos de todas las naciones, clases, sexos y edades: ¿pues por qué hemos de dudar de la relacion de su martirio? Dude el que quiera, que ciertamente no merecerá la proteccion y favores de la santa; pero las personas piadosas oirán con gusto especial las noticias que de sí misma se dignó ella comunicar á algunos devotos suyos.

(*Continuará.*)

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 3.º—(CONTINUA.)

Acusados

"En estos términos: cuando en la clase enteramente ruda, 25.000 individuos dan. 5

"En la clase que sabe leer y escribir, 25.000 individuos dan mas de. 6

"En la clase que ha recibido una instruccion superior, 25.000 individuos dan mas de. 15

"3.º Que el grado de perversidad en el crimen, y las probabilidades de escapar de la persecucion de la justicia y de la vindicta de las leyes, están en proporcion directa con el grado de instruccion.

"4.º Que en los departamentos donde la instruccion está mas difundida, abundan mas los crímenes; es decir, que la moralidad está en razon inversa de la instruccion.

"5.º Que las reincidencias son mas frecuentes entre los acusados que han recibido instruccion, que entre los que no saben leer ni escribir.

"A medida que la instruccion se propaga, hemos reconocido que el número de delitos contra las personas y las propiedades, de atentados contra las costumbres, de uniones ilegítimas, de espósitos, de alienaciones mentales, de suicidios, aumenta en proporcion, no solo con la estension, sino tambien con el mayor grado de instruccion. . . . . .

"¿Deberemos inferir de aquí que la instruccion sea un azote y que ella produzca el aumento de los crímenes y miserias morales que acabamos de señalar, y que por consiguiente sea necesario comprimirla? No ignoramos que esta opinion no carece de partidarios, y que no faltan hombres que quieren que se ponga en práctica. Nosotros, sin embargo, no podemos convenir en ella; y afortunadamente podemos apoyarnos en la autoridad y opinion de M. Laurentie, que ha sido el primero que la ha rechazado en nombre de las opiniones y de intereses religiosos, y que ha refutado con tanta energía como razon, á un economista de la escuela utilitaria, que no veia otro remedio al mal, que *cerrar las escuelas, y poner en lugar del maestro al gendarme.*"

Hemos presentado estos datos para llamar vivamente la atencion pública sobre el inminente riesgo que corre la sociedad

en no sirviendo de principal base á la enseñanza de religion. No se crea que alabyamos ágotado las pruebas y que nuestra opinion sea aislada, y que nuestros clamores sean hijos de un temor exagerado; fácil nos seria enlazarnos en la autoridad de hombres distinguidos, y que muy pueden pasar plaza de perspicaces; tales como M. Guerry, M. Dupin, M. Moreau Christophe, el baron de Morogues, M. Quetelet y otros, todos acordes en la funesta relacion que se encuentra entre la instruccion y el crimen; y si hubiéramos querido citar nuevos y los trabajos del ilustre español D. Ramon de la Sagra, bastaranos abrir sus *Lecciones de Economía social*, para encontrar abundancia de guarismos que atienen en confirmacion del hecho innumitable que estamos indicando. (*Continuará.*)

BREVE NOTICIA
DEL MARTIRIO Y MILAGROS
DE SANTA
FILOMENA VIRGEN Y MA...

(CONTINUA.)

Trece son hasta el año de 1828 los sugetos que han merecido de Santa Filomena recibir algunas luces acerca de su vida y martirio: sugetos de conocida virtud, que no se conocian entre sí, concordes en la sustancia de los hechos, cuyas deposiciones se conservan en el archivo de la iglesia de Mugnano del Cardinale, pueblo poco distante de Nápoles, siendo uno de ellos una religiosa de un convento de Nápoles, dama de extraordinaria y acendrada virtud, y devotísima de Santa Filomena. A devocion le concilió los favores de la santa, de quien era visitada frecuentemente, y por cuya direccion se guiaba en su gobierno propio y en el de las demas religiosas, por ser superiora. Y aunque por su mucha humildad y desconfianza de sí mismo tenia no fuese todo ello mera ilusion ó engaño del enemigo (temor ordinario de almas buenas) sus directores espirituales aquietaron su espíritu y le mandaron que pidiese á la santa alguna noticia acerca de su vida, y especialmente de sus martirios: obedeció la religiosa, y le pidió esta gracia repetidas veces con gran deseo de que se aumentase su devocion y culto; cuando al fin oyó una voz que salia de una imágen de la santa, la cual entre otras cosas le dijo lo siguiente: "Yo, amada hermana, soy hija de un rey de la Grecia (nacion de alguna isla) y mi madre era tambien de sangre real; pero no tenian sucesion, por la cual hacian continuos sacrificios, y dirigian súplicas á sus falsos ídolos. Vivia con nosotros un médico romano llamado Publio, ahora santo en el cielo, aunque no mártir, el cual compadeciéndose de la congoja y afliccion de mis padres, y movido del Espíritu Santo, se animó á hablarles de nuestra fé, y les prometió el deseado fruto si recibian el santo bautismo: la gracia iluminó entonces sus entendimientos, ablandó sus corazones, se hicieron cristianos, y poco despues mi madre, sumamente alegre, concibió, y yo nací el dia 10 de Enero, y fuí llamada Lumena, por hallarse ya concebida y nacida en la luz de la fe, que cuando fui bautizada me llamaron *Filumena hija de la luz*, que recibí en mi alma con la gracia del santo bautismo, y por esto, cuando en Mogmano se escribió mi historia, interpretaron así por celestial inspiracion la lápida de mi sepulcro, infundiendo el cielo este pensamiento en la mente del escritor, sin entenderlo él, como lo sabian los que abrieron la inscripcion en mi sepulcro de Roma.

"Grande era el afecto y terura con que me amaban mis parientes, especialmente mi padre, el cual ni una hora podia estar sin mí, y por este motivo me llevó á Roma siendo de trece años, y tambien á mi madre con ocasion de la guerra que injustamente le habia declarado el orgulloso Diocleciano. Fuí á audiencia al tirano, y cuando la obtuve, me llevó á entrambas á palacio. Defendió ardientemente delante de él sus derechos, y mostró la injusticia de la guerra, y mientras estaba hablando se mostraba el emperador con extraordinaria atencion é interes. Al fin interrumpió el discurso de mi padre diciéndole: *No les afanes esos todos nuestros ancestros se han acabado; convidnos, y entrad con todas las fuerzas del imperio en nuestro dejfensa, si conveniia es una sola condicion, y es de*

su á nuestra hija Filumena por esposa. "Aceptaron la propuesta mis padres, nos restituyeron, y empezaron á persuadirme ambiciosa una fortuna tan grande como la de ser emperatriz de Roma. Yo desechó la oferta sin titubear, diciendo que desde la edad de once años estaba consagrada á Jesucristo nuestro Dios con voto de virginidad perpétua. Mi padre intentaba disuadirme, diciendo que siendo niña é hija menor no habia podido disponer de mí, y con gran cólera y autoridad me instaba á que aceptase las bodas, pero mi divino esposo me dió fortaleza para negarme resolutamente. "Muy indecoso se halló mi padre con mi absoluta negativa, lo cual el emperador llegó á ser un pretesto de nueva fé y escusa engañosa, y para asegurarse dijo: "Trae á mi presencia á la princesa Filumena, *y yo veré si puedo reducirla.* Volvió á casa, comenzaron de nuevo las persecuciones, y despues de caricias y amenazas, viendo mi repugnancia, se arrodilló con mi madre llorando, y los dos me decian *hija, ten piedad de tus padres, ten piedad de la patria y del reino.* A lo cual respondí: *sea cierto á Dios y mi virginidad, su reino y mi patria es el cielo.* Al fin, en medio de estas ansias me llevan delante del emperador, quien al principio me trató con singulares muestras de distincion, afecto y cortesía. Inclinándome con primorosa mas viruelo que nada amenazas pasé á las amenazas, que tambien fueron inútiles. Entonces llevado de *furor*, atizado por el demonio, mandó encerrar en un hondo y escuro calabozo, debajo de las salas de la armería del palacio real, donde en prisiones y manos fui cargada de grillos y cadenas, resuelto el tirano con todo su poder á obligarme á que consintiese en la boda que deseaba apasionadamente, y esto por instigaciones del enemigo infernal dueño de su fondo y faltos de razon. Cada veinticuatro horas venia á probar mi constancia, mandaba que me quitasen los hierros y me diesen un poco de pan y agua, y despues volvia á dejarme encerrojada. Algunas veces á mi vista hacia movimientos halagueños; pero me guardaba mi celestial esposo, y yo por mi parte no cesaba de encomendarme á él y á su Purísima Madre. Ya habian pasado treinta y siete dias cuando se me apareció la celestial reina rodeada de luz con su hijo santísimo en los brazos, y me habló de este modo: "Hija, otros tres dias de cárcel has de sufrir, y así á los cuarenta dias de haber entrado saldrás de este penoso lugar." Con estas palabras quedé muy animada y llena de alegría, pero añadí: "Luego que salgas te espera una batalla terrible de atroces tormentos que has de padecer por mi precioso Hijo." Esto me hizo temblar; pero la reina del cielo me animó diciendo: "Hija, sobre todas querida, porque tienes mi nombre y el de mi Hijo, pues te llamas Lumena, y mi Hijo luz celestial, así, y yo aurora, estrella, luna llena y tambien sol, yo te ayudaré ahora se humilla la debilidad de tu naturaleza; pero entonces resalta la fortaleza de la gracia que te asistirá, y saldrás al Arcángel su Gabriel, que significa fortaleza" que fué en la tierra mi ángel especial, á quien envió en tu socorro." Tan amorosas palabras me reanimaron de manera á esperarlo la Señora, y quedé en la cárcel bañada de esquisita fragancia.

(*Continuará.*)

VIAGES EN ITALIA.
PISA.

Pisa, asentada cinco leguas de Liorna, es uno de los pueblos mas notables que existen en Italia. Los vapores hacen descansar en Liorna, ciudad que describiremos en otro número; ciudad sin monumentos, mucho menos desde la cual todo el que llega empreende el escrutador viage de Pisa, hay tanto mas facil, cuanto que un ferro-carril conduce desde aquel puerto á esta ciudad en menos de una hora. Este rapidísimo viage es sumamente delicioso, arrebatados por el vapor se recorre ese camino tan hermoso que desde Liorna conduce directamente á Pisa, y atravesa inmensas llanuras donde el viagero comienza á comprender lo que es ese paraiso de la tierra que se llama la Toscana. Allí no hay un accidente del camino, no hay un encuentro, no hay un árbol que no sea una revelacion. Allí todo es una novedad, la forma de los ca-

ranges, la figura de los grandes bueyes con largos cuernos, el tipo y el trage de los labradores y de los *contadinos* que pasan, la forma y color de las carretas que llevan una porcion de hombres estraños, con hermosos ojos, frente morena y largos cabellos que cubren con sus cónicos sombreros, pintorescos viageros tales como los ha pintado Leopoldo Robert. De distancia en distancia se ven capillas, torres aisladas, casas rústicas, cuya puerta está decorada con un escudo que corona el sombrero de un cardenal ó de un prelado.

En el horizonte se ven grandes bosques de encinas, grupos inmensos de pinos, cuyas líneas están trazadas por la naturaleza como jamas podria hacerlo el lápiz y el compas del mejor artista. En medio de este vasto llano tan rico, tan verde, plantado de tan hermosos árboles, se ve aparecer una cosa blanca que viene lentamente á atravesar las praderas como una vision, y es la vela triangular de una barca, porque toda esta campiña está cruzada de canales en donde ligeros botes navegan incesantemente.

No es fácil describir el encanto de esta invasion del mundo marítimo en el mundo terrestre; vense á la vez venir de estas barcas venir de los diversos puntos del horizonte y atravesar en todas direcciones la campiña; parecen sus mástiles árboles nómades en medio de los inmobles bosques; sus banderolas agitadas por la misma brisa hacen estremecer los sitios y sauces de la ribera; los cantos de los labradores es un cuadro único en su género; es una cosa que no tiene nombre; es una flota pastoral; es una navegacion campestre.

El camino en donde se goza este hermoso espectáculo tiene sus orillas plantadas de frescos olmos, y las parras están suspendidas de uno en otro como hermosos festones y guirnaldas. Vense tambien pastores que llevan por vestido la misma piel de las ovejas; se puede decir que es una égloga viviente.

En menos de una hora se llega á Pisa. En esta ciudad se entra con recogimiento como en la estancia de un enfermo aletargado ó como en la casa de Dios.

Pisa está habitada por una de las cosas mas santas de la tierra, la soledad. Lo que desde luego admira el viagero es el silencio de la tumba: los que tengan pesares, los que sufran en su corazon, los que tengan el alma enferma y necesiten reposo ó recogimiento, le hallarán de seguro en esta ciudad, en otro tiempo tan agitada y populosa hoy tan sola y tan abatida.

Pisa no fué siempre muda, al contrario, fué la ciudad de la alegria y del estruendo, é hizo gran ruido en el mundo. Orgullosa república, sostuvo terribles luchas con las mas poderosas ciudades de la edad media italiana, con Génova, con Venecia, con Florencia; fué el apoyo de los gibelinos, y el partido de los papas la temió largo tiempo. Peleó contra los sarracenos y les arrebató la Cerdeña, la Córcega y las islas Baleares. Entonces era la reina de los mares: entonces asustaba el Bósforo y el Oriente; entonces enviaba numerosas escuadras en socorro de Jerusalen.

Génova, su terrible rival, dió un golpe mortal á su poder; creyóse entonces que habria caido de toda su altura, empero despues se levantó mas fuerte y mas altiva que nunca, permaneciendo lo que habia sido siempre, una poderosa república. Resistió los ataques constantes de los florentinos, hasta que al fin en el siglo XVI la hicieron sucumbir. Entonces el golpe fué terrible, profunda la caida; Pisa no se ha levantado mas de ella; desde entonces, como un cadáver abandonado en el campo de batalla, la antigua ciudad muerta ha quedado sin voz; Pisa es una muger tendida en el féretro, conservando toda su belleza en la inmóvil actitud de la muerte; es la antigua ciudad de la edad media, muerta sí, empero que parece solo dormida.

El Arno atraviesa esta ciudad. Una larga série de muelles á un lado y á otro dejan ver magníficos monumentos públicos y privados, en donde se ve el carácter de las diversas épocas. Allí se ve desde el virginal gótico de los primeros tiempos hasta el género adulterado del siglo XIX, siglo que se llama greco-romano, y que se encuentra escrito en la fachada de esta doble fila de monumentos. Vimos el palacio Lanfranconi, cuya bella y solemne arquitectura se atribuye al genio sublime de Miguel Angel; vimos no léjos el palacio Lanfredponi, de cuya puerta pende un fragmento de cadena rota, y sobre una piedra de mármol se leen estas palabras. (*Continuará.*)

LA CIVILIZACION.

ARTICULO 3º—(CONTINUA.)

Ya que hemos nombrado á este distinguido economista, séanos permitido insertar aquí las notables palabras con que espresó su opinion sobre esta importante materia. "De lo dicho pudiera tambien deducirse, que "la instruccion primaria era un mal mas que "un bien, y que la cultura del entendimiento, léjos de debilitar la inclinacion al crimen, tendia al contrario, á aumentarla y "fortificarla. Pero afortunadamente no es "tal la consecuencia que debe deducirse. Lo "que sí resulta demostrado, de todo lo espuesto, es que la sola instruccion sin estar "unida á la educacion moral y religiosa, no "ofrece contra la inmoralidad el remedio que "la querida suponérsele; que la instruccion "superior, no estando unida á un grado correspondiente de educacion moral y religiosa, no procura á los individuos los bienes "intelectuales que tiende á promover, y que "llega á ser nocivo á las clases inferiores que "solo toman de ella medios de perjudicar, al "paso que la misma escitacion mental producida por tales estudios, los saca de su "esfera social y perturba el órden físico y "moral de los pueblos. La instruccion primaria es necesaria á todas las clases para "su existencia y su adelante; pero la educacion es la única capaz de mejorar su moralidad y de dirijirlos por la senda de la virtud. La instruccion superior es convenien-"te á las sociedades, pero debe ser privativa "de los individuos que pueden ser útiles con "ella, y solo en el número correspondiente á "las necesidades de las naciones. El mal de "la instruccion, dice M. Moreau Christophe, "procede del mudo como se proporciona, y "no de ella misma. El modo actual vicia la "semilla en su gérmen, y hace producir al "suelo frutos inútiles y peligrosos. En nues-"tras escuelas, toda la enseñanza se sacrifica "al agrado del cuerpo, de la memoria y del "talento; nada se reserva para las virtudes "del corazon. Puede salirse sábio de tales "institutos, pero seguramente no se sale vir-"tuoso. Y ¿qué vale la ciencia sin la moral?" Continúa el Sr. de la Sagra copiando otro trozo de M. Moreau Christophe, y ponderando la necesidad de la educacion moral y religiosa, y despues añade: "*Lo que sí es cierto, constante y demostrado por la teoría y "la esperiencia, es que el vicio y el crímen "siempre están unidos ó la irreligion, y "que en infinitos casos, la irreligion conduce á la miseria y siempre á la desgracia. La irreligion, señores, que supone "la falta de la fé, de la esperanza y de la "caridad, virtudes sublimes cuanto necesarias para la ventura del hombre y la paz "de las sociedades, destruye todas las remi-*

"llas del bien y derrama todos los gérmenes "del mal.»

Ya lo ven nuestros lectores, no son ya solos los jesuitas, los frailes y los clerigos, los que invocan la religion como base necesaria de toda educacion y enseñanza, si no se quiere sumir en un abismo al individuo y á la sociedad; no son ya hombres de apellidos que pueden ser tachados de adictos á los sistemas que se apellidan de opresion y oscurantismo; son hombres conocidos por sus opiniones liberales, distinguidos por su ilustracion, llenos de esperiencia adquirida en largos viages, y cuyas palabras solo pueden ser la espresion de convicciones profundas, hijas de la evidencia de los hechos.

Así lo quiere la Providencia que triunfase la verdad: ha permitido que el hombre ensayase la obra insensata de sustraer á la inteligencia del influjo de la religion; y la inteligencia se ha prostituido formando monstruosa alianza con el vicio y el crimen. Vergonzoso es para el decirlo: la instruccion fomenta la verdad.... Para honor del espíritu humano, seria de desear que ese hecho lamentable pudiera sepultarse en el olvido; pero los intereses de la civilizacion, la existencia misma de la sociedad, exigen que se le publique en alta voz para eterna confusion de los doctrinas irreligiosas, exigen que se grave por todas partes en caracteres indelebles la importante verdad de que allí donde hay instruccion sin religion, allí hay desarrollo de inteligencia sin moralidad, allí hay un semillero de vicios y de crímenes, y allí hay, por consiguiente, un enemigo capital de la verdadera civilizacion. *(Continuará.)*

BREVE NOTICIA

DEL MARTIRIO Y MILAGROS

DE SANTA

FILOMENA VIRGEN Y MR.

(CONTINUA.)

"Finalmente, desesperado Diocleciano de "poder straerme redoblò los tormentos, ó "para atenorirarme, ó para hacerme perder "la virginidad y fidelidad á mi divino Espo-"so. A este fin me hizo atar á una colum-"na en presencia de muchos de sus cortesa-"nos y de otros militares de su palacio, y "despues ordenó que me azotasen diciendo: "Ya que rehusa obstinadamente dar la ma-"no á un emperador como yo, prefiriendo á "un malhechor á quien los suyos condena-"ron á muerte, merece ser tratada como el "lo fué. Mi cuerpo se cubrió de sangre y "de llagas; pero me mantuve constante, y "juzgando el tirano que me podian quedar "pocas horas de vida, me condenó á que es-"tirase en la prision, á donde de nuevo fui "arrastrada. Estaba en gran desolacion es-"perando la muerte para descansar en mi "esposo cuando se presentan dos ángeles, lle-"nos de luz que me ungieron con un precioso "licor, y me dejaron mas sana que antes del "tormento. A la mañana siguiente, sabiendo "esto el emperador, se llenó de espanto, me "mandó llevar á su presencia, y viéndome "mas hermosa y sana, intentaba persuadirme "que habia sido favor de Júpiter, que absolu-"tamente queria que fuese emperatriz ro-"mana, y empezó á hacerme caricias insti-"gado por el demonio con llamas ardientes "de impuro amor; pero yo, animada del es-"piritu del Señor, procuré desengañarle ha-"ciéndole ver las artérias de Satanás. No "supo que responder, y enfurecido como un "leon mandó que al momento con una ánco-"ra atada al cuello fuese arrojada al Tiber, "y pereciese así para siempre mi cadáver y "hasta mi nombre; pero Jesus, para osten-"tar su omnipotencia y confundir al tirano "y sus ídolos, envió de nuevo á los dos her-"mosísimos ángeles, los cuales al caer yo de "espaldas rompieron la cuerda, el ancora ca-"yó al fondo del agua, donde aun esta cu-"bierta de arena, y á mi me sacaron en sus "alas, sin haber tocado al agua. El pueblo, "que estaba presente, viéndome en la orilla "libre y sin que me hubiese mojado ni una "gota de agua, empezó á conmoverse, y mu-"chos se convirtieron á la fé. Desesperábase el tirano, y gritando lo atribuia todo á "magia mia; y mas obstinado que Faraon "me hizo arrastrar por medio de Roma, y "despues mandó asaetearme. Cuando ya es-"tuve traspasada de agudos dardos, desan-"grada y moribunda, para mayor tormento "mandó que de nuevo me llevasen arrastran-"do á la cárcel para que allí acabase sin ne-"gun alivio; pero el Omnipotente me envió "un dulce sueño y cuando desperté me vi "mas sana y bella que antes. Sabido esto "por el emperador, mas enfurecido y cruel "mandó que otra vez me desnudasen, y que "hasta morir me asaeteasen con flechas mas "agudas; pero por disposicion del Altísimo, "aunque tendian el arco los flecheros, las "flechas no se movian, y el tirano gritaba "contra mi como si fuese una maga. Orde-"nó que se encendiesen las flechas, creyen-"do que de este modo burlaria mis artes má-"gicas, y así se hizo: pero mi esposo me li-"bró tambien de este tormento haciendo vol-"ver las saetas encendidas contra los mis-"mos que las disparaban, de los cuales cua-

"tro fueron seis, y á la vista del milagro se con-"virtieron otros muchos, y todo el pueblo se "iba declarando en favor de la fé. Temien-"do esto Diocleciano me hizo degollar al mo-"mento, y mi alma voló al cielo triunfante y "gloriosa, recibiendo de mano de mi Divino "esposo las coronas de virgen y mártir que "tanto me habian costado, y cuyas palmas "me han granjeado en su presencia una glo-"ria muy especial. Este dia tan afortunado "para mi fué viérnes 10 de Agosto á las dos "y media de la tarde con corta diferencia. "Por este dispuso el Altísimo que sucediese "en este dia mi traslacion á Mugnano con "tantas señales de su celestial asistencia pa-"ra hacerme mas célebre y gloriosa.»

Esto es lo que ha estimado oportuno escoger de otras muchas noticias el digno custodio del sagrado cuerpo de Santa Filomena, autor de la relacion de sus milagros. El lector hará el juicio que le parezca; pero obsérvese que ademas de no haber aquí cosa que se oponga á la sana crítica, y de haber dado este testimonio personas de virtud conocida, el martirio de nuestra Santa estaba ya bastantemente comprobado por la lápida sepulcral muy bien conservada, y por el vaso de la sangre hallado juntamente con el cuerpo. De la lápida han hablado los anticuarios antes que Santa Filomena fuese conocida por taumaturga, y en ella se ve no solo su nombre sino tambien el áncora, las flechas, el azote, la palma y la azucena, símbolos de la causa de su muerte. *(Continuará.)*

VIAGES EN ITALIA.

PISA.

(CONTINUA.)

A la Giornata, eterno enigma que el viejo palacio propone al viagero; nos dijeron que habiendo sido hecho esclavo en otro tiempo el dueño de este palacio habia predicho el dia en que recobraria su libertad, y que efectivamente apareció el dia indicado, haciendo en seguida poner sobre la puerta esta cadena y esta inscripcion.

Sobre la orilla izquierda del Arno se admira una pequeña y deliciosa capilla llamada de *La Espina*, que debió su nombre á una espina de la sangrienta diadema con que el cruel Herodes coronó al Hombre Dios; reliquia santa traida á Pisa el tiempo de las cruzadas.

Esta capilla sumamente pequeña es sin embargo la primera maravilla del arte gótico alzada en Italia. Dícese tambien que la cúpula de la catedral de Pisa fué el primer monumento que Italia vió suspender en los aires. Lo cierto es que en Pisa fué donde el arte católico vió su aurora y donde produjo sus mas bellas obras maestras.

El año de 1848 visitamos nosotros la capilla de La Espina; no se hallaba en ella esta preciosa reliquia, y sí en el convento de Capuchinos ó sea el Hospital, donde con la mayor amabilidad nos la enseñaron y permitieron adorarla los religiosos, habiendo encontrado á un español á quien conocimos en el convento de San Antonio del Prado de Madrid, antes de la espulsion de los frailes.

Las obras maestras, los grandes monumentos alzados al catolicismo en esta ciudad, se encuentran en una inmensa plaza que los reune formando un admirable grupo de edificios que la vista del hombre puede abarcar con una sola mirada.

Sobre una inmensa plaza cubierta de verde césped, que todos los dias huellan con sus pies caralsanas de peregrinos del arte y de la religion, cesped que sin embargo permanece siempre intacto y parecido á una de esas sábanas inexplorables de los campos de América, al través de la crecida yerba de esta gran pradera, esmaltada por la rica primavera italiana, nos encontramos cara á cara con las primeras obras del genio y de la fé.

Esta pradera es uno de los lugares mas sagrados, mas ilustres, y seguramente el mas precioso de cuantos ilumina el sol. A esa pradera llegaron en tiempos antiguos hombres que poseian el poder de los angeles, porque tenian fé: esos hombres eran Guillermo de Inspruck, Bonano el de Pisa, Diotisalvi, Tomás, Nicolás, y Juan y Nino de Pisa, Baccio Bandinello de Siena, Buschetto, Reinaldo, Pedro Taca, Pedro Francavilla, Horacio Moca, grandes arquitectos grandes escultores: estos hombres eran tambien Buffal Maco, Giotto, el pastor divino de las orillas del Arno, Orgagna, Simon Memi Laurato de Siena, Benozo Gozzoli el Rafael del siglo XIV, Sodoma Cavalucci de Roma, Tempesti de Pisa: hombres iluminados por la inspiracion, poseidos de esa creencia que, segun el Evangelio, es capaz de trasportar de un punto á otro as montañas. Los unos labraron el

mármol, el mármol de las canteras mas ricas del mundo; el mármol de Paros, de Carrara, de Egipto, de todas las islas del mar italiano, la Córcega, la Cerdeña, Elba, Sicilia. Supieron darle todas las formas que habian soñado en su genio o su capricho: lo lanzaron á lo alto como cohetes; lo enroscaron y lo calaron como magníficas y delicadas bordaduras, hicieron con él bóvedas, y le dieron hasta formas vivientes.

Los otros tomaron sus pinceles, y sobre las paredes preparadas por sus hermanos los arquitectos trasladaron las celestes visiones que habian agitado su espíritu; trasformaron todas las grandes verdades, todos los grandes símbolos, todas las escenas dulces y terribles, formidables ó consoladoras que ofrecen al mundo los dos testamentos de Dios, el antiguo y el moderno, y cuando todos esos hombres desaparecieron de esta pradera sin nombre, cuatro monumentos quedaron, que la lámpara siempre santa para siempre ilustra: maravillas cuya fama debia durante los siglos venideros atraer á los viageros de todos los puntos del mundo hácia aquella pradera que en un principio no habia sido mas que un campo de césped donde los pastores del Arno apacentaban sus ganados. Estos cuatro monumentos, *la torre torcida ó el campanario, el bautisterio, la Catedral y el campo santo*, resumen simbólicamente toda la vida de un cristiano.

El campanario que mece sus campanas sobre las nubes, llama el niño que acababa de nacer; el bautisterio le da el primer sacramento que lo incorpora en el número de los cristianos; la catedral le revela, ya cristiano y ya hecho hombre, todas las pompas santas de los misterios del catolicismo, y el campo santo le guarda una huesa bajo las losas de mármol de sus galerías, ó entre la florida tierra de su vasto recinto.

El campanario ha sido llamado la *torre torcida* por su notable inclinacion, ignorando se si fue construido así, ó si ha sido efecto de alguno de los movimientos que ha sufrido la tierra. Tiene siete pisos, que son otras tantas arcadas de columnas. La mayor parte de los que han escrito sobre esta torre, han creido que ha sido una construccion á propósito en que el arquitecto ha presentado esta obra maestra de su ingenio, fundándose en que las columnas colocadas por el lado donde se advierte la inclinacion de la torre son desde el cuarto piso al séptimo mas delgadas, y consiguientemente mas ligeras que las colaminas del otro lado. Esto parece revelar el enigma que demuestra la intencion evidente del arquitecto; pero el motivo de la inclinacion de este notable monumento es siempre un secreto.

Para los que no buscan la solucion de este problema interesante de arquitectura, la inclinacion de la torre causa una mala impresion. La primera idea que surge á la vista de este estraordinario monumento es pensar, tanto á la vista como al pensamiento, y la admiracion que despues se siente por la profundidad de los cálculos exigidos para llevar á cabo esta estraordinaria empresa, no compensa el primer desagradable movimiento que esperimenta el ánimo. Nosotros hemos subido á esta torre, y hemos recordado cuantas veces subiera á ella el sublime hijo de Pisa, el mártir de la ciencia, Galileo, que jóven aun, desde la cumbre de esta torre consultaba el espectáculo de la cúpula estrellada de los cielos, meditando en aquel lugar sobre los diversos misterios de la ciencia, sobre la gravedad de los cuerpos y sobre la medida de los tiempos.

La torre torcida se levanta detras de la Catedral.

Delante de la fachada de la iglesia, Diotisalvi colocó el bautisterio. Este monumento contiene grandes riquezas del arte, entre otras el famoso púlpito construido por Nicolás de Pisa, obra que hace honor á los antiguos pisanos, quienes se impusieron grandes contribuciones para concluirla. En la construccion del bautisterio se han tenido presentes todas las reglas de la acústica, de manera que un solo uno que cante en él por la combinacion del eco parece un numeroso coro de cantores. El custodio de este edificio nos hizo presente esta observacion, y nosotros mismos hicimos la esperiencia.

La Catedral llamada el Duomo, es del siglo XI. Es un trofeo, es un monumento alzado á la victoria. Cuando el consul de los pisanos, Orlandi, tomó á Pisa con las galeras victoriosas, despues de haber triunfado en Palermo de los sarracenos, quiso consagrar á la Madre del Redentor del mundo una memoria de su victoria, y alzó esta Catedral Juan de Bolonia. Franca villa, Pedro Tacs, esculpieron las puertas de bronce del templo; puertas tan bellas, tan milagrosas, que decia Miguel Angel eran dignas de abrir y cerrar el paraiso. En esta Catedral hay diversos cuadros de un gran mérito, que en tiempo de la invasion de los franceses por Bonaparte fueron llevados al Museo de Paris, y que despues han vuelto á su antiguo lugar por el tratado de Viena de 1814. En medio de la nave principal de la iglesia y suspendidos de su alta bóveda, se ven los primeros instrumentos de que se sirvió Galileo para sus observaciones astronómicas.

(Continuará.)

LA CIVILIZACION.

ARTICULO CUARTO Y ULTIMO.

El mayor bienestar posible para el mayor número posible, dijimos que era otro de los objetos á que debia encaminarse la sociedad si se queria que la civilizacion fuese sólida y verdadera. Desgraciadamente esta es la condicion que mas ha faltado á todas las civilizaciones; triste efecto, dimanado en parte de la injusticia de los hombres, pero que tiene su principal orígen en la misma naturaleza de las cosas. Examinad las civilizaciones antiguas, y vereis que se verifica en ellas de un modo horroroso, aquello de *humanum paucis vivit genus*. Prescindiendo de la esclavitud y de la diferencia de estas, que ya por sí solas condenaban á una gran parte de la humanidad á las mayores miserias y padecimientos, y concretándonos tan solo á la clasificacion de pobres y ricos, vemos que las ventajas de la sociedad eran para pocos, y que de aquí dimanaba la eterna lucha entre los que trabajaban y los que gozaban. ¿Qué es lo que principalmente embaraza á Solon, cuando se propone dar leyes á los atenienses? Los ricos; que quieren conservar sus riquezas, y exigir de los pobres lo que estos les deben; y los pobres que no pueden pagar, y que ademas pretenden un repartimiento de tierras. Bajo una ú otra forma, ésta es la cuestion eterna de la república de Atenas. En Roma notamos una lucha semejante, dimanada de la misma causa. Entre los patricios y plebeyos, no se trata principalmente de honores y de mando, lo que se disputa es el pan que sobra á los ricos y escasea á los pobres. Y cuenta, que aun no hablamos de los tiempos en que abrigaba Roma á los Lúculos y Cresos, cuyas desmedidas riquezas han pasado á proverbio; de aquellos tiempos en que los pretores y generales robaban con el mayor descaro en las provincias sujetas á su mando, seguros de que anonadando de todos los corazones, y concentrando en manos de pocos toda la riqueza, acrecentaba lastimosamente el número de los pobres, hasta el estremo de que en una ciudad de un millon doscientas mil almas, cual se calculaba Roma en los últimos tiempos de la República, era tan grande el número de los esclavos y de los proletarios, que apenas se contaban dos mil personas que poseyesen algo. No queremos que se diga que hemos escogido adrede el tiempo mas corrompido, cuando se encumbraba la ambicion en brazos de la codicia.

Limitarémonos, pues, á los tiempos mas felices de la República, en que la austera

pobreza, sacar pauperias de Horacio, formaba hombres tan esclarecidos como Camilo Licinio fué el primer cónsul salido de la clase plebeya; y cabalmente en la misma ley que la eleva al primer puesto de la República, vemos involucrado el interes social: pues que es el mismo Licinio, quien siendo tribuno de la plebe, habia hecho establecer la famosa ley Licinia, sobre la limitacion del derecho de adquirir, poniendo coto á la escesiva acumulacion, y sobre el alivio de los pobres oprimidos por las usuras de los ricos. Los Gracos, que tanto dieron que entender á la nobleza romana, echaban mano tambien de la palanca mas poderosa para remover la plebe; la ejeccion de la ley Licinia era su tema favorito; el repartimiento de tierras entre las clases menesterosas, era el estimulante cebo con que atraian á la multitud, y que les labraba aquella popularidad, á que no encontraron otro remedio los patricios, que la muerte de los dos tribunos.

(Continuará.)

BREVE NOTICIA

DEL MARTIRIO Y MILAGROS

DE SANTA

FILOMENA VIRGEN Y MR.

(CONCLUYE.)

No consta ciertamente el año de la invencion de las reliquias de la Santa Virgen, estraidas de las Catacumbas; solo se que en el de 1805 D. Francisco de Lucia, sacerdote ejemplar de Mugnano, deseoso de tener en su pueblo un cuerpo de mártir de nombre conocido, fué á Roma con este fin, y despues de muchas oposiciones pudo alcanzar el de nuestra Santa, que en esqueleto guardaba con otras muchas reliquias Monseñor Panzetti. Luego que tuvo en su poder tan gran tesoro, envió precio anuncio al instante por los prodigios que empezó á obrar en el mismo viage, le condujo á Nápoles, en donde se formó un cuerpo de cartron, y dentro de él se colocaron los huesos sagrados, que por su pequeñez y delicadeza manifestaban haber sido de una jóven de pocos años. Este cuerpo artificial, aunque no hecho con toda la perfeccion que deseaba Don Francisco su custodio, comenzó á ser objeto de admiracion general, pues no solamente en su traslacion á Mugnano se hizo pesadísimo, cuando iba pasando por lugares donde algunos santos habian padecido martirio, especialmente el patrono de Nápoles, San Genaro, sino que á poco tiempo, estando la urna sellada y cerrada con llave, que habia quedado en Nápoles, cambió de facciones tomándolas muy agraciadas, mudó el color en otro perfectamente natural, el cabello apareció mejor acomodado, dió nueva posicion á las manos, y lo que es mas, se incorporó en la urna, quedando así sentado para que el pueblo le viese mas cómodamente. No fueron estos los únicos prodigios: tres urnas nuevas se construyeron en diferentes tiempos, y aunque se procuraban alargar por ver que el sagrado cuerpo no cabia bien, ninguna era suficiente por ir creciendo la Santa visiblemente. Tambien fueron varias las veces que se vistió de nuevo aumentando la riqueza de las galas, dando á entender la Santa que deseaba mas adorno, pues al principio rompia diariamente las vestiduras, tirando los pedazos rotos al fondo de la urna, y hasta abrió y cerró muchas veces los ojos y la boca en actitud de querer hablar. Iguales mudanzas se notaron en una porcion de su sangre contenida en el vaso que se encontró juntamente con sus reliquias, la cual aparecia de diferentes colores, ya á manera de diamantes ó topacios y esmeraldas, y ya de tierra, segun las personas que se acercaban á venerarla. Tan grandes portentos iban acompañados de otros muchos en beneficio de los que recurrian á implorar su proteccion, y así se contaban centenares de enfermos curados, y otras necesidades remediadas. Sin embargo, no se estendia á mucha distancia la fama de la Santa, hasta que el año de 1823, con motivo de un sudor prodigioso que manó, á manera de unguento olorosísimo, de una estátua que se habia consagrado en Mugnano para llevarla en las procesiones, empezaron á sacarse estampas y á difundirse relaciones de los milagros por todas partes; y desde entonces resonó en Italia el nombre de Santa Filomena, se esparció por los demas reinos de Europa, y pasó á la Africa y Asia por medio de los misioneros. Ni fué infructuosa la noticia, pues los milagros se multiplicaron de tal manera, que seria imposible enumerarlos contando por testigos pueblos enteros; que no dude la desmentido á pesar de haberse hecho muchas ediciones cada vez mas voluminosas, habiendo milagros entre otros de primero y segundo órden, para castigo de los incrédulos, y para aliento y consuelo de sus devotos, á sola la invocacion de su nombre, con el aceite de sus lámparas y con el contacto de sus imágenes, las cuales han resucitado muertos, socorrido á mugeres en partos peligrosos, restituido la salud á enfermos desahuciados, y librado de incendios, naufragios y otros casos desastrados. De dichas imágenes han salido músicas armoniosas, palabras de consuelo, y golpes ya suaves, ya fuertes, en señal de haber sido oidas las peticiones. Todo esto se lee en las relaciones de que hablamos, y ellas se remiten á documentos auténticos conservados en el archivo de Mugnano, cuyas relaciones se han impreso con autoridad de las potestades eclesiasticas y civiles á la faz de todo el mundo, citando pueblos y ciudades muy populosas, y personas que actualmente viven, sin que se hayan desmentido hechos tan notorios: siendo entre otros prodigiosa tambien la multiplicacion de los ejemplares de las mismas relaciones, pues el autor de ellas, que es el mismo custodio del sagrado cuerpo, sacerdote de vida y costumbres apostólicas, está testigo ocular de haber sucedido no solo en Mugnano sino en otras partes; y un compilador infiere injustamente que en este milagro se ve confirmada la verdad de las mismas relaciones, supuesto que Dios no puede jamas autorizar la mentira.

Tal es lo que se ha creido oportuno estractar de los libros impresos para escitar la devocion de los fieles á tan escelsa Virgen, escogida por Dios para reanimar la fe y la piedad en estos tiempos. Lo demas la gloriosa santa lo suplirá, inspirando en el ánimo de los lectores aquellos dulces afectos que se sienten al oir su nombre y ver sus imágenes; protestando nosotros que este simple y diminuto estracto de su martirio y milagros, no pretendemos que se dé mas crédito que el que presta á semejantes cosas la humana fé, sometiéndolo todo á la censura de la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana.

VIAGES EN ITALIA.

PISA.

(CONCLUYE.)

De todos los edificios que vamos recorriendo, el mas interesante es el campo santo. De todas las colecciones de sepulcros, este campo santo es el mas célebre del mundo, es el cementerio por escelencia. Su aspecto esterior es severo; sus paredes no anuncian por fuera las maravillas de su recinto. La sencilla desnudez de su esterior contrasta estraordinariamente con la fama de este edificio, y al penetrar por sus puertas parece que comienza para uno una alta revelacion. Apenas entramos, reconocimos que la sencillez de las paredes esteriores era un símbolo. Los religiosos artistas del siglo XIII que edificaron el campo santo, quisieron dar al peregrino, al viagero, al observador, una prueba de que la muerte es una inmensa revelacion que oculta detrás de un velo todos los misterios y todos los tesoros del otro mundo. Por eso dejaron las paredes tan sin ornato, tan pobres por defuera; por eso reservaron para el interior toda la riqueza de una imaginacion santa. Cuatro galerías de mármol recibieron todas las riquezas que en un momento de inspiracion pudo reunir la imaginacion del escultor. Todas las bellezas de la pintura están compendiadas en sus paredes. Allí vemos reproducida otra escena que nos habia causado grande sensacion en otro lugar, en el magnífico palacio que la piedad cristiana ha levantado para morada de los pontífices, gefes del catolicismo: escena que siempre, representese bajo la forma que se quiera, no puede menos de aterrar á los mortales: *el juicio final*. Pero el juicio final de Pisa es muy distinto del de la capilla Sixtina del Vaticano: en este, Miguel Angel formó un cuadro mitad religioso, mitad fantástico; mas que una página terrible de la historia futura del mundo, formó un libelo, colocando á sus émulos y á sus enemigos entre los réprobos; en Pisa, Orgagna representó sin ira y con verdad lo mas terrible escena que hayan de presenciar los siglos.

Aquellas galerías protegen ademas pinturas de que tanto los autores han hablado. Allí se ve *la Creacion, el Diluvio, Cristo en la cruz*, obras de Buffamaco, el primero de esos viejos artistas que heredaron las tradiciones bizantinas, al lado de las terribles páginas de Orgagna; allí están las principales escenas de la vida de San Ranierо, patron de Pisa, reproducidas por el pincel de Memi; *los infortunios de Job*, por el divino Guiotto, ese pintor que comenzó como su patriota Virgilio, por guardar los rebaños y que reveló las riquezas de su genio creador;

revelacion que asombró al mundo y que hizo que Roma lo llamase á su seno.

No solamente son pinturas las que adornan las cuatro galerías del Cementerio pisano; son tambien obras de escultura pertenecientes á todos los siglos y á todas las religiones y procedentes de todos los países; vestigios del arte egipcio, monumentos griegos, bustos romanos, antigüedades etruscas, sarcófagos revestidos de mitológicas emblemas.

En el campo santo reina verdaderamente la igualdad de la muerte; pero la muerte ha recogido en este recinto todo lo que queda de su poder; las antiguas naciones, sus antiguos vasallos, han traido cada una su homenage á tan poderosa soberana. Casi todas las glorias de este mundo han depositado allí un poco de su polvo; el campo santo de Pisa es el archivo universal de la nada.

La vista se sorprende y se recrea al recorrer estas galerías; pero el patio que rodean está cubierto de un verde césped que mas arrebata mas y conmueve el corazon; aquella tierra no es tierra de Pisa, fué traida de Jerusalen en cincuenta galeras de la antigua república; santo polvo donde los muertos de los antiguos tiempos tenian esperanza de dormir con mejor sueño; tierra á la que se suponia la propiedad secreta de consumir todo despojo humano en el espacio de algunas horas.

Este gran recinto cuyos cuatro ángulos están marcados por verdes cipreses, este campo que la primavera adorna espontáneamente con silvestres flores de vivos matices, y en cuyo centro hay una columna de mármol que un rosal entrelaza con sus guirnaldas, es el que contiene los cuerpos del antiguo pueblo: un privilegio esclusivo abria las tumbas de las galerías solo á los muertos ilustres; en ellas solo se enterraban los que fueron grandes por sus conquistas, por su fortuna, por su genio, ó por su alto orígen que les daba el derecho de ir á reunirse en la tumba de sus abuelos cubierta de blasones. El patio descubierto pertenecia á las gentes de la multitud, á los que vivieron desconocidos, á los que tal vez hicieron bellas acciones, á los que poseyeron altas virtudes y tuvieron grandes pensamientos, pero á quienes la gloria caprichosa rehusó el favor de una mirada: si no descansan sus cuerpos sobre una losa de mármol cubierta con los emblemas del orgullo, duermen al menos cubiertos con un velo de césped que todos los años reproduce sus mustios; y el peregrino y el viagero que visitan este lugar, si no se entretienen en leer un epitafio grabado sobre piedra admiran aquella tierra traida tan costosamente de Palestina, y que tal vez oyó al Salvador del mundo.

En el dia á nadie se sepulta en este cementerio monumental sino por una gracia especial y una alta recompensa de grandes servicios.

El cementerio de Pisa es el cementerio mas célebre del mundo.

Allí yace la sombra de un gran pueblo; allí existen aquellos hombres heróicos, que en los pasados tiempos combatieron por la gloria y por la libertad: aquellos intrepidos rivales de los mas temibles pueblos, los reyes de la mar, los piadosos guerreros que fueron á servir en Palestina la causa del Santo Sepulcro, durante largos siglos dieron toda su sangre por su patria, y todo su oro para alzar estas obras del genio. Justo era que la patria reconocida les edificase este fúnebre palacio, el mas bello y magnífico de los panteones; justo era que el genio reconocido le adornase en su honor con sus mas sublimes creaciones. Despues de la vida y animacion de los combates, despues de los peligros de los mares y de la tierra, despues del gran ruido que hicieron en el mundo, era preciso para el descanso de su sueño eterno el silencio de ese claustro mortuorio.

Al salir del campo santo no causa estrañeza el silencio que se nota en Pisa; comprendese entonces que una ciudad inmediata á un monumento de este género debe permanecer siempre muda; parece que la ciudad calla por no turbar con ningun profano ruido el silencio del santuario de los muertos.

Difícilmente se hallará jamas en menos espacio de terreno reunidos cuatro monumentos mas sorprendentes, y que llamen mas la atencion del viagero, que la *torre inclinada, el bautisterio, la Catedral y el campo santo* de Pisa.—C. DE FABRAQUER.

LA CIVILIZACION.

ARTICULO CUARTO Y ULTIMO.

Conclusion.

Fácil es calcular lo que sucederia en otros paises, cuando en las dos repúblicas donde mas vivo el espíritu de libertad, y donde llegaron á ejercer mas influencia las clases inferiores, era, sin embargo, tan triste su situacion, y las mas de las disensiones políticas reconocian por orígen principal la falta de medios de subsistencia. Un hecho confirma la verdad que estamos indicando, y es la tendencia de los pueblos antiguos al sistema de las colonias. Los Egipcios, los Fenicios, los Rodios, todos los Griegos de las costas de Asia, los Cartagineses, los Romanos, todos ofrecen el mismo fenómeno. ¿Y cuál es la causa? Es muy sencilla: todos sobreabundaban de poblacion, y se veian precisados á buscar un desagüe en otras tierras para deshacerse de una parte de ella. Así es que el sistema de estos establecimientos en paises lejanos, que tanto prevaleció entre los Fenicios los Rodios, los Cartagineses y otros pueblos, no debe precisamente considerarse como un sistema de fuerzas que les asegurasen la estension y prosperidad del comercio, sino como un remedio á los males que afligian á las clases mas numerosas, las que no teniendo de qué alimentarse, ponian en peligro la tranquilidad pública.

Ahora que se ofrece la oportunidad, nos parece oportunísima una observacion sobre el estudio de la historia. Creemos que por lo comun se da sobrada importancia á los hechos que se presentan en la superficie de la sociedad, y se prescinde de los que se verifican en su fondo. Los trastornos de los gobiernos, las guerras, el engrandecimiento y decadencia de los imperios, se esplican demasiado por causas políticas, ó por la influencia de ciertos hombres; si se echara mas hondo el corazon de la sociedad, se encontrarian otras causas mas profundas, y sobre todo, mas naturales y sencillas. El primer estudio preparatorio que á nuestro juicio deberia hacerse en la historia, es la investigacion de los datos que pusieran de manifiesto el vivir de los pueblos, entendiendo por esto el formar una estadística tan exacta y minuciosa como fuera posible, no tan solo de su estado intelectual y moral, de las relaciones de familia, de su religion, de sus leyes, usos y costumbres, sino tambien, y muy particularmente, de cuáles y cuántos eran los medios de subsistencia.

Enhorabuena que se describan los cámbios de los gobiernos y de dinastías, las vicisitudes de las guerras, los planes y proyectos de los hombres célebres que han ejercido influencia en la sociedad; pero estémos seguros que nada de esto basta para comprender á fondo la historia de un pueblo y el verdadero carácter de su civilizacion. Es necesario saber en qué estado se hallaban su agricultura, industria y comercio, cuáles eran sus alimentos ordinarios, cuáles sus vestidos, cuál su habitacion, y la infinidad de detalles indispensables para pintarnos fielmente cómo pasaba su vida aquel pueblo que nos proponemos estudiar. Como esto pudiera parecer estraño á algunos lectores, lo haremos sensible con un ejemplo.

Figurémonos que de aquí á dos mil años estudian los hombres la historia de la Gran Bretaña, como ahora nosotros estudiamos la de Roma; que leen las guerras sostenidas por aquel imperio en toda la redondez del globo, que contemplan asombrados la estension de sus posesiones en todos los puntos de la tierra, que con algunas noticias sobre su historia antigua, sobre su revoluciones modernas, sobre algunos de sus políticos mas distinguidos, se atreven á esplicar las causas de su engrandecimiento y decadencia, las miras de sus hombres de Estado, las causas de la lucha entre sus varias clases, la razon de sus simpatías por esta ó aquella forma de gobierno, por este ó aquel sistema, por estos ó aquellos hombres en los paises estrangeros, los motivos de sus guerras: en una palabra, todos los resortes de su política interior y esterior: figurémonos que los historiadores acometen tamaña empresa, faltos de datos estadísticos que les revelen la verdadera situacion de la Gran Bretaña; ¿no os parece que deberian de oirse esplicaciones peregrinas? Señalaríanse, á no dudarlo, razones plausibles, verosímiles á mas no poder; citaríanse hechos militares y políticos, que al parecer confirmarian las observaciones histórico-filosóficas: pero si entónces se les presentara un anticuario, mostrándoles estados fijos sobre sus máquinas de vapor, sobre sus caminos de hierro, sobre su asombrosa produccion de manufacturas, sobre su sistema de propiedad territorial, sobre el modo de vivir de sus diferentes provincias y ciudades; si entónces les señalase con el dedo las relaciones de su industria y comercio con Portugal, España, Francia, Alemania; mas breve, con todos los pueblos de la tierra; entónces, cuando verian mas claro que la luz del dia las verdaderas causas de los fenómenos que ellos esplicaban por otras muy diferentes, ¿no se quedarian avergonzados de su pretendida filosofía? ¡Oh! y cuánto, y cuánto de semejante nos sucederia á nosotros, si levantándose del sepulcro los hombres de la antigüedad, pudiesen sorprendernos con la presentacion de una minuciosa estadística! ¡Cuánto, y cuanto desengaño no nos prepara la posteridad, si fijándose los historiadores un poco ménos sobre los ruidosos cambios políticos, sobre las campañas, sobre el número de los soldados que tomaron parte en los combates, y de los muertos y heridos que quedaron en el campo de batalla, y otras mil cosas mas fáciles de narrar que de probar, se dedican con mas ahínco á desenterrar libros y monumentos antiguos, y á aprovechar los ya descubiertos, reuniendo en cuerpos regulares todas las noticias que andan dispersas acá y allá, sobre el verdadero estado intelectual, moral y material de los pueblos! Tenemos la firme conviccion de que haciéndolo así, se aclararia y simplificaria en gran manera el laberinto de sucesos que nos ofrece la historia, y nos atreveríamos á pronosticar, que tambien en los tiempos antiguos, con mas ó ménos semejanza á los modernos, muchas de las cuestiones de lo que se llama *alta política*, se resolverian en sencillas cuestiones de interes material, y que las mas de las grandes agitaciones políticas, se habrian remediado fácilmente, con algun aumento en los medios de subsistencia. Pero volvamos á nuestro propósito.

Con el establecimiento del cristianismo, se mejoró inmensamente la suerte de la humanidad; pues abolida la esclavitud con su lenta y benéfica influencia, é inoculado en las leyes y en las costumbres su principio de amor y fraternidad universal, las clases mas numerosas han cambiado enteramente de situacion; y ya que no haya sido posible hacerlas félices, al ménos se ha conseguido asegurarles una suerte incomparablemente ménos desgraciada. Sin embargo, el cristianismo, tan vasto y profundo en sus miras, como sábio y prudente en su conducta, nunca ha prometido á la generalidad de los hombres, cámbios radicales en su suerte material; esta clase de beneficios los ha dispensado lentamente, sin ruido, sin que lo advirtiesen siquiera los mismos que los recibian.

El cristianismo conoció una verdad, que han venido despues á confirmar los principios de la economía política, y es, la imposibilidad de que en una sociedad muy numerosa, todos los individuos tengan los medios necesarios para vivir cómodamente. La multiplicacion de los hombres está en desproporcion con el aumento de produccion de los medios de subsistencia; estos medios no llegan al nivel necesario, y por esto queda siempre una cierta masa que, ó padece privaciones, ó muere de hambre: masa que entre los antiguos quedaba abandonada á su suerte, sucediéndole todavía lo propio en los tiempos modernos, allí donde no ha prevalecido el cristianismo. El pensamiento de la religion cristiana en esta materia, puede traducirse del modo siguiente: "el mal es incurable, y lo que conviene no es empeñarse en estirparle, sino en disminuirle y aliviarle." No ha engañado á los pueblos con las ilusiones de un bienestar universal; siempre ha predicado la fraternidad universal, el respeto á la propiedad, y ha procurado precaver las colisiones violentas.

Desde los primeros tiempos de su establecimiento sobre la tierra, empezó el cristianismo la grande obra de la regeneracion social, mirando como uno de sus objetos mas predilectos, el mejorar la suerte de las clases mas numerosas. Los muchos y variados establecimientos de beneficencia que se fundaron por todas partes, donde quiera que alcanzó su influjo, la abolicion de la esclavitud, la dulcificacion de las relaciones de los grandes con los pequeños, de los ricos con los pobres; hé aquí sus obras.

Como la irrupcion de los bárbaros del Norte hizo pedazos el imperio romano, echando por el suelo casi todas sus instituciones, y mudando enteramente la faz del mundo, no es fácil decir á punto fijo cuál hubiera sido el cámbio que en la suerte de las clases mas numerosas habria introducido el cristianismo, si sus influencias no hubieran tenido que luchar con aquel inaudito sacudimiento, y hubiesen podido desenvolverse pacíficamente en el seno de la civilizacion romana. Como quiera, inútil seria ahora aventurarse á conjeturas mas ó ménos verosímiles, sobre lo que en tal caso hubiera sucedido; y dejando lo que hubiera podido acontecer, mejor será entrar en algunas consideraciones sobre lo que realmente aconteció.

No es difícil atinar cuál debió de ser la suerte de la clase mas numerosa en los calamitosos gritos que siguieron inmediatamente á la irrupcion de los bárbaros: durante aquella época de fluctuacion espantosa, en que se encontraban con violento choque, no ejércitos, sino naciones enteras, disputándose el terreno como las fieras la presa, déjase desde luego entender, que el elemento que mas prevalecia era la fuerza; y bajo el imperio de la fuerza, el débil es la víctima. Así es que los pobres, aunque cobijados bajo el manto de la Iglesia, aunque protegidos bajo su égida poderosa, gemian en una situacion lamentable; porque la iglesia no tenia pan para todos; y en medio de tanto trastorno, no siempre podia acudir por todas partes á la defensa de todos.

De enmedio de aquel caos brotó el primer embrion de organizacion social bajo una forma monstruosa y repugnante á la verdad, pero que al fin debió de ser un muy natural y necesario efecto de la situacion social de los pueblos. Dado que la vemos presentarse y establecerse casi simultáneamente, sin ningun esfuerzo, en todos los paises de Europa. Ya se entiende que hablamos del *feudalismo*, y basta este solo nombre para recordar la pobreza y el malestar de las clases mas numerosas. Trasmitidos por herencia los feudos, y concentrados por consiguiente en pocas familias todos los honores, todas las riquezas, todos los goces, todo el poder, la clase mas numerosa no solo debia estar en la pobreza, sino que es-

taba condenada á permanecer en ella, como cercada por un muro de bronce, como aprisionada con una cadena de hierro.

Es digno de notarse que el cristianismo, minando sordamente y por medios legítimos el sistema feudal, preservó á la Europa de una calamidad, que inevitablemente iba á caer sobre ella. El feudalismo, por su misma esencia, tendia á establecer el sistema de las castas; pero en un país donde domina una religion que declara á todos los hombres iguales delante de Dios, hermanos en Jesucristo, salidos de un mismo origen, y creados para un mismo fin, no podia arraigarse ese sistema; y así es, que lejos de que ese gérmen que mas ó menos encubierto estaba en el seno del feudalismo, fuese desarrollándose con el tiempo, soduvo cada dia á ménos, se fué amortiguando, hasta que pasando insensiblemente el feudalismo á convertirse en nobleza, se eleyó mas y mas del carácter de casta, y se constituyó en clase; clase que, socavada al fin con la corriente de los tiempos; y la accion disolvente de las ideas, enervada por el descanso y el lujo, y debilitada por la política de los reyes, habia de saltar en polvo y astillas al primer hachazo que le descargase la revolucion.

Arruinado el feudalismo y desestancadas algun tanto las riquezas, pudieron derramarse por la sociedad, fecundando las demas clases; y entonces empezó á levantarse la clase media, que aunque salida de la misma masa proletaria, ejerció por sus riquezas y por su ilustracion, poderosa influencia en el destino de la sociedad. Con este cambio, y siendo muy numerosa la clase media, parecia resuelto en gran parte el gran problema social de proporcionar el mayor bienestar posible al mayor número posible; sin embargo, las mismas causas que contribuyeron al encumbramiento y poderío de la clase media, produjeron la multiplicacion de la que venia tras de ella; y la dificultad se presentó mas complicada, y los peligros mas alarmantes. La industria y el comercio robustecieron y ensalzaron la clase media; pero estas mismas causas acarrearon una asombrosa multiplicacion de la proletaria: insensiblemente se fueron separando las dos clases, y al presente han llegado las cosas á tal estremo, que en los paises donde ambas abundan mucho, como sucede en los industriales, consideran los mas pobres á los mas ricos, sean de la clase que fueren, como una verdadera nobleza.

Ha contribuido mas y mas á este fenómeno, el haber sobrevenido hondas revoluciones, donde las clases medias han figurado como agresoras, y en que se han pulverizado todo linage de privilegios; pues desde entónces la riqueza ha venido á ser el único blason, y quien le ha tenido ha sido reputado por noble. Una parte del pueblo no conoce sino pobres y ricos, y mira con igual envidia el palacio de un descendiente de los antiguos magnates, la espléndida casa del opulento banquero, ó la magnífica habitacion del *desinteresado* filósofo, encumbrado en uno de los primeros puestos del gobierno, velando por los intereses de la humanidad, y por los *intereses* de su fortuna.

Esta separacion entre las dos clases, va haciéndose cada dia mas profunda merced al aumento del pauperismo, que amenaza tragarse las sociedades modernas. Aquí llamamos la atencion de todos los hombres pensadores, y de cuyo corazon no se hayan borrado todos los sentimientos de la humanidad, sobre un lamentable error en que se incurre cuando se trata de evaluar la civilizacion de los pueblos, señalando los quilates de perfeccion á que ha llegado la sociedad. Confúndese de un modo monstruoso el brillo y poderío de un gobierno, con la riqueza y bienestar de la nacion; se llama dicha, adelanto de una sociedad, lo que en el fondo no es mas que la riqueza de un número muy reducido.

Concentrémonos á un ejemplo. ¿Quién no ha oido un millon de veces señalar

la Gran Bretaña como la nacion mas ilustrada, mas libre, mas rica, mas dichosa, mas civilizada del orbe? ¿Quién no la ha visto propuesta una y mil veces como el bello ideal, como el modelo inimitable de que no deberian apartar nunca sus ojos las demas naciones? Y sin embargo, en la Gran Bretaña es donde se verifica del modo mas escandaloso, el prevalecimiento del menor número contra el mayor, donde hay la acumulacion mayor de riquezas en pocas familias, donde hay las fortunas mas monstruosas agrícolas, industriales y mercantiles; en la Gran Bretaña es donde se verifica, en toda la estension de la palabra, que muchos trabajan para pocos, que el lujo insulta á la miseria; en la Gran Bretaña es donde se encuentra el mayor número de pobres. Y nosotros preguntarémos ahora: ¿qué significa la civilizacion, cuando el mayor número carece de pan? ¿Dónde está la perfeccion de una sociedad, cuya mayor parte es víctima de la desnudez y del hambre? A tantos desgraciados como perecen consumidos de miseria en las guardillas y subterráneos, ¿qué les importa la influencia del gabinete de San-James, ni la prepotencia de su marina, ni la estension de sus colonias? A los infelices jornaleros, á las mugeres, á los niños que, amontonados en los establecimientos fabriles, *vegetan* en la estupidez y en la miseria, dando maquinalmente el movimiento al manubrio de otra maquina, ¿qué les importa, ni la perfeccion de las manufacturas, ni de las máquinas, ni la magnificencia de las fábricas, ni la opulencia y el lujo de sus dueños? Afortunadamente no pensamos que la civilizacion inglesa sea el tipo de la civilizacion moderna: que si así fuera, diriamos que esa civilizacion, con su saber, con su industria, con su prensa, con su libertad, y con su todo, es una solemne impostura.

En España no ha cundido todavía el pauperismo, porque ni se encuentra la desmedida acumulacion de riqueza territorial en manos de pocos propietarios, ni en las poblaciones manufactureras se ha podido desarrollar la miseria que aflige á las de otros paises; y creemos que miéntras es tiempo, seria muy importante que todos los hombres ilustrados y amantes de la humanidad, examinen á fondo cuáles son los medios que podrian adoptarse, para que, sin cortar el vuelo á la industria, se evitase el arraigo en nuestro suelo, de un mal que en Inglaterra y en Francia, no solo lastima los sentimientos de la humanidad, sino que pone tambien en peligro la tranquilidad pública.

Las clases que por su riqueza han adquirido por la nueva organizacion social mucha influencia y poderío, no deben perder de vista la importante verdad, de que su sólida elevacion les impone el deber de ser civilizadoras; es decir, de procurar para el mayor número *la instruccion, la moralidad y el bienestar*. Toda clase que no cumple con su instituto, perece; este es el órden natural de las cosas; así lo tiene establecido la Providencia. El mayor error en que deben incurrir las nuevas clases, que han venido á formar como una nueva aristocrácia, es el creer que nada vale la antigua civilizacion de España, que es menester derribar hasta sus últimos restos, olvidar todas sus inspiraciones, abjurar todos sus principios, y amoldarnos enteramente á la Francia é Inglaterra. No olviden que la economía política inglesa, que considera al hombre como un mero capital, haciendo abstraccion de las relaciones morales, es no solo un enemigo de la humanidad, sino tambien de la misma industria: es un elemento de revoluciones políticas, es un gérmen de hondos trastornos sociales. Enmedio de los escombros de nuestras arruinadas instituciones, encontrarán todavía muchas preciosidades, reorganizadas con buena voluntad y constancia, podrán producir ópimos frutos, mayormente siendo cobijadas por las creencias religiosas, que afortunadamente se conservan en nuestra patria.

Las clases están todas íntimamente enlazadas; intereses que en la aparien-

cia son esclusivos y contradictorios, son en realidad intereses comunes. Las antiguas clases han caido: ellas, que tenian ciertamente mas fuertes puntapiés y mas sólida organizacion que no tienen las nuevas; ¿qué será, pues, de estas? Síntomas se presentan que hacen columbrar revoluciones, presentir catástrofes. Se empezó disputando sobre la legitimidad de antiguos y respetables títulos, y las propiedades que sobre ellos estribaron, bambolearon, y al fin vinieron al suelo. Mirad la revolucion francesa, mirad las otras mas antiguas y mas modernas. Lutero publicó su libro del *libre arbitrio*, minando la propiedad de ciertos bienes, y en seguida vinieron los anabaptistas, declarando guerra á muerte á todos los ricos. San Simon, Owen, y otros reformadores, predican la abolicion de toda propiedad; y estas doctrinas no carecen de séquito. Un nuevo carácter presentan los reformadores modernos, y es, el dar á sus sistemas un tinte religioso, muy propio para deslumbrar y para engendrar el fanatismo. Se ha querido hacer de la religion cristiana un sistema filosófico, y este nuevo cristianismo forjado por el hombre, empieza á ser la reseña de los prosélitos de la nueva escuela. Las doctrinas en que se ataca el derecho de propiedad, en que se ofrece á la multitud un estimulante cebo que le da esperanzas de mejorar de suerte, entrando en la participacion de los bienes de los propietarios, no se limitan ya á fundadores de nuevas sectas, sino que empiezan á reclamar un puesto en las páginas de la filosofía.

No siendo este el lugar de entrar en pormenores sobre esta materia, nos limitaremos á advertir á las clases ricas, que andan muy erradas si piensan que el medio de evitarse compromisos y apuros puede ser la *fuerza*. Esta no se halla en el número menor, sino en el mayor. Los medios morales son los únicos que pueden tener eficacia duradera; y así todas las clases acomodadas tienen un interés en que se planteen sistemas de educacion, así para los niños como para los adultos, en que se conserve al pueblo la moralidad que tenga, y se le comunique la que le falta. Instrúyase pueblo; pero instrúyasele bien, que la verdadera luz no daña jamas al hombre. En otro artículo hicimos observar cómo entendiamos esta instruccion, es decir, acompañada de moralidad, basada sobre la religion católica; y con irrefragables datos demostramos las funestas consecuencias que eran inevitables, si se daba á la enseñanza un rumbo diferente.

En Inglaterra y en Francia es muy temible el pauperismo; pero es menester advertir que si se introdujera en España, lo seria por necesidad mucho mas. En Inglaterra hay una organizacion social, que aunque monstruosa, es, sin embargo, muy antigua; está, además, enlazada con su constitucion y su legislacion, y es, por tanto muy fuerte como elemento de gobierno. En Francia hay los desengaños de medio siglo de revolucion; hay un respetable conjunto de intereses nuevos, que puestos ya en juego de muchos años á esta parte, é ingertados con mas ó menos naturalidad en el sistema político, no dejan de formar una base para asentarse un gobierno; y ademas, hay, sobre todo, los hábitos de gobierno, restablecidos y robustecidos por Napoleon, y continuados en los gobiernos que le han sucedido. En España no es así; tenemos escelentes elementos sociales; pero éstos carecen de la direccion necesaria para influir cual conviene en el órden público, y de consiguiente, para cimentar un gobierno. Así, vemos con frecuencia que nuestros gobiernos, en vez de dirigir á la sociedad, la han contrariado y han luchado con ella. Todas las opiniones, todos los sistemas, están representados en los diferentes partidos que dividen á esta infortunada nacion, pero todos adolecen de este mismo defecto: la debilidad para organizar y sostener un gobierno. Que no lo olviden todos los hombres pensadores; que no dejen de contribuir á la reorganizacion social fundada en nuestras creencias religiosas; que no pierdan de vista las clases ricas, que su deber las obliga á procurar por todos los medios la moralidad de las clases inferiores, y el grangearse su buena voluntad por medio del desprendimiento y de la beneficencia; que no se hagan ilusiones sobre lo remoto del peligro; á veces una débil ráfaga de viento empieza rizando ligeramente la superficie del mar, y á poco rato se ha convertido en tremendo huracán, que estrella contra las rocas las navos, cual quebradizos vasos de cristal.—*Jaime Balmes.*

LA FLOR Y EL CORAZON.

LA FLOR.

¡Qué hermosa es la mañana en que nace la flor en el vergel! ¿Por qué el dia ha de seguir su curso arrastrando tras de sí las bellezas de la mañana? Viene el medio dia con su sol abrasador, viene la tarde con sus recios huracanes.

La mañana con sus auras deliciosas, con su rocío de perlas, llena á la flor de perfumes; el sol del medio dia la quema con sus ardores; los vientos de la tarde la quebrantan.

Esta es tu suerte, hermosa flor: ahora te veo abrir el capullo, verter el aroma de tu cáliz y dilatar tus hojas de purísimos colores: ahora es tu vida. Horas de la tarde: deteneos un momento vuestra carrera, dejando alargar la existencia de ese ser de la mañana.

¡Ay! es en vano: esparce tu seno, flor, y llena las auras de perfumes; gusta de ahusar de tus encantos, que en breve te marchitarás cayendo deshojada á confundirte en la arena que te rodea.

¿Qué queda ya de su existencia? ¿Dónde están aquellas galas de colores, aquellos tesoros de fragancia y de frescura? ¡ay! esta mañana se alzaba hermosa, llena de sus poéticos encantos.... ¡pobre flor! ahora yace tronchada á distancia de su seco tallo, despues de haberla arrancado sus hojas los vientos tempestuosos de la tarde.

EL CORAZON.

¡Bella es la infancia en que el corazon comienza su existencia! ¿Por qué ha de avanzar la vida en su camino, llenando consigo las ilusiones de la infancia? Llega la juventud con sus pasiones, llega la vejez con sus piés en el sepulcro.

La infancia con sus sueños encantados, con sus ilusiones de oro, llena al corazon de esperanzas; la juventud con sus pasiones la abrasa, la vejez apaga su existencia.

Esta es tu historia, corazon: ahora siento moverte dentro del pecho, latir con fuerza y ensanchar tus deseos de brillantes esperanzas: ahora vives. Dias que vendrán, no llegueis tan pronto, permitiendo á la infancia cubrir un instante mas con sus encantos al corazon.

Inútil ruego: abre tu centro, corazon, presta esperanzas al pensamiento, y goza de los placeres que presumes; que pronto cesará tu entusiasmo, rodando imbécil por el estéril campo de los recuerdos.

¿Qué resta de su entusiasmo? ¿Dónde se fueron sus ilusiones, sus sueños de ventura y de placeres? ay! un tiempo en su inocencia forjaba mundos de gloria y de esperanzas... ¡pobre corazon! ahora muere léjos de su cuna, buscando placeres que no halla, porque arrebató uno á uno sus ensueños el furioso vendabal de las pasiones.

PRIMITIVO ANDRES CARDEÑO.

LO QUE TAPA UNA MESA.

Cuando me he encontrado en uno de aquellos banquetes donde la etiqueta no usurpa los derechos del buen humor, donde saben sostener la conversacion los hombres de ingenio, y animar y embelesar á la concurrencia las mugeres agraciadas y amables; donde la señora de la casa, en fin, ha tenido el acierto de colocar á sus convidados de modo que á ninguno le falte con quien entretenerse en conversacion gustosa, con-

fieso que me ha ocurrido mil veces el deseo de averiguar lo que tapaba el tablero de la mesa, debajo de la cual cruzaban acaso comunicaciones muy importantes.

Miéntras un caballero medianamente prolijo se ataca en una narracion, cuyo fin que nunca llega desean los oyentes con anhelo, reparo yo en una jóven chiquita, con peinado á la valenciana, la cual está escuchando sin pestañear, agitada, enternecida, y retratando una suave languidez en su semblante. Imposible es que la historia que están refiriendo ocupe tan poderosamente la atencion de aquella linda miniatura.

Discurrese acerca de una calamidad reciente, y otra niña atolondrada suelta á todo trapo la risa. La niña de quien hablamos, es persona de un corazon compasivo: luego la tentacion de reir que le ha dado ha tenido su orígen debajo de la mesa.

¿Por qué se le habrá escapado á esotra dama un chillido, contra su voluntad á lo que parece?

—¿Qué tienes, chica? le pregunta su marido desde la otra punta de la mesa.

—No es nada, responde la jóven esposa, dirigiendo una mirada al comensal que está á su derecha; una punzada de dolor de muelas que me ha dado de pronto. Ya se va pasando.

Llegan los postres, chispea el champaña, sube y hierve la espuma, vacianse las copas, acalóranse las cabezas, se encandilan los ojos, y todos los convidados charlan á un tiempo. Esta es la ocasion en que cada prójimo puede, sin temor de ser escuchado, departir libremente con su pareja, y este es por consecuencia el momento crítico en que el tablero de la mesa debe encubrir un cuadro sobremanera interesante.

Como yo soy curioso, y deseo ademas instruirme, dejo caer mi caja de tabaco, me bajo para recogerla, y tiendo de paso la vista por aquella region submeridiana. Desde luego advierto que no todos los piés ocupan su lugar: el de la valencianita se halla debajo de la bota de un oficial de guardia, y la rodilla de un autor recien dado á la estampa, tropieza con la de la buena moza consabida que baja ruborosa los ojos cada vez que se la dirige la palabra. Carga suavemente sobre la mano de un simple artista la de una marquesa ya en edad de discrecion, miéntras que cierto adinerado comerciante, haciendo que se entretiene con la servilleta, echa un papelito en la falda de su vecina, la cual no permitirá que se escurra al suelo.

Pero ¡calla! ¡qué es lo que veo acullá abajo! ¡Dos pezuñas descomunales, una debajo de otra! Allí hay alguna equivocacion sin remedio. Examinemos la posicion de los personages respectivos: de los dos piés uno pertenece á un catalan de enorme corpulencia, y otro á un rizado andaluz, gran devoto, aunque viejo, de las hijas de Eva.

Entre los dos se sienta una niña de diez y seis años, muy linda y muy lozana, pero muy simplona y muy lerda. La pobre muchacha que se ha visto acosada desde que la colocaron allí, por las miradas, galanterías y suspiros de sus colaterales, no se ha atrevido á levantar los ojos, ni á separar los piés, ni á sacarlos de debajo de la silla, pero cada uno de sus obsequiantes ha estendido por su lado una pierna, y el pié del fornido catalan ha ido á plantarse sobre el del antiguo cazador de gangas. Ambos á dos están locos de contento, creyéndose en el goce de un favor distinguido; y cuanto mas aprieta el paisano de Serrallonga, mas se estasia el hijo del Betis, y mas menudea uno y otro los suspiros y las guiñaditas.

Bastante he tardado ya para buscar una caja de tabaco. Voy á levantarme con el sentimiento de perder algun nuevo episodio del cuadro que miraba; pero de improviso el cuadro desaparece. Al estrépito de un fiero cascorron que alzándome me he sacudido en la coronilla contra el aro de la mesa, todos los piés han recobrado su posicion natural y debida, y ya nada hay debajo del tablero que merezca observarse.

J. E. Hartzenbusch.

LA RELIGION

CONSIDERADA COMO LA BASE DE LA CIVILIZACION.

§ I.

Dijimos en el prospecto de nuestra revista, que la religion será considerada en ella como el primer elemento civilizador, y al consagrar hoy algunos artículos al exámen de este importante cuestion, no hacemos mas que consignar en nuestras páginas esta verdad social. En efecto, por mas que la religion sea considerada en habilillas de hombres ineptos, ya por plumas de escritores adocenados como un resorte ya gastado y añejo que casi está de sobra en la nueva organizacion social que se sueña establecer, ella es sin embargo la primera piedra de todo el edificio, como hemos tenido lugar de manifestarlo en los números de nuestra pasada *Revista*, y tendremos aún ocasion de demostrarlo en el discurso de nuestros trabajos. A cada momento, á cada paso, así en los individuos como en las masas, así en público como privadamente, se nos ofrece ocasion para tocar esta verdad evidente, necesaria, indefectible, porque en el órden moral la idea de Dios es inseparable de la idea del hombre y de la de sociedad. Si separamos á Dios del individuo, quedará este ser moral sin orígen, sin guia, sin objeto; será el mas imperfecto, el mas monstruoso de los séres, arrojado al mundo como un destello inútil de racionalidad, esclavo miserable de la materia y de sus bajas propensiones, ignorante de su principio y de su destino, y devorando al acaso con algunos momentos de placer, las amarguras, el fastidio y la triste necesidad de sumergirse muy pronto en la noche horrorosa del sepulcro. Mas repugnante, mas aterradora es todavía la idea de sociedad si la separamos de la de Dios, único autor de ella. Entonces, sin encontrar la sancion de aquellos deberes que contienen á una multitud de hombres hacinados para no devorarse unos á otros, no podemos buscar el orígen de la ley sino en el mas audaz y en el mas fuerte, y vagando por entre un laberinto confuso de teorías incompletas é inaplicables, tan faltas de base como de principio, la sociedad no será mas que un informe simulacro colocado sobre un terreno resbaladizo y pronto á desplomarse al primer soplo de la ardiente ambicion, ó al primer golpe de la feroz demagogia.

No hacemos mas que indicar estas ideas, que necesitan mas estenso desarrollo, para manifestar la razon que hemos tenido en cimentar sobre la verdad religiosa todo el edificio de la civilizacion. Y si ella es esencialmente necesaria para la formacion de la sociedad, no lo es menos su influencia eficaz y sensible en todos los resultados de aquella, que son otros tantos beneficios que nos proporciona el estado social. Ambas calidades de religioso y de social no son invencion humana, son inseparables de la naturaleza del hombre; la primera marca las relaciones interiores y esteriores de la criatura racional con el Criador; la segunda señala las relaciones indispensables de las criaturas entre sí, que las une íntimamente porque así lo dispuso el Criador, y la civilizacion no es mas que la espresion, el resultado de la perfeccion de estas relaciones hasta el punto de que es susceptible le la

fragilidad y la inconstancia humana.

Todos los adelantos, pues, que en el órden moral tienden á perfeccionar unas y otras relaciones entran, en primer lugar en el círculo de la civilizacion, y ellas serán el objeto primario de todas nuestras tareas. Los adelantos que en el órden material y sensible tienden tambien á la perfectibilidad del espíritu humano, entran asimismo en el nuevo círculo de la civilizacion, pero no tan directamente, y ocupan el segundo lugar; por cuanto el órden moral es mas noble, mas importante que el órden físico; no desdeñaremos, pues, esta clase de adelantos, cuando su importancia marque una época ó una revolucion ventajosa en la marcha del espíritu humano; pero en todo caso no debemos considerar sino como accesorio todo lo que no sea Dios, el hombre y la sociedad.

§ II.

Hemos dicho que la influencia de la religion se nos presenta eficaz y sensible en los resultados ó sea en los beneficios de la sociedad. En vano una filosofía de orgullo ha pretendido substituir nuevos lazos para hermanar los hombres entre sí, buscando en la sola razon de la conveniencia ó del órden un móvil tan poderoso como la caridad para obrar los prodigios de la beneficencia y los sacrificios del desprendimiento. Se ha querido negar á Dios el orgien de nuestros deberes de hacer bien, cuando de él únicamente tenemos la idea del bien, y él es nuestro bienhechor soberano. No puede pues ponerse al hombre motivo mas poderoso para ser benéfico que el mandato espreso de Dios para que lo sea, y para que esplote en gloria de él y en favor de sus semejantes este dulce é insofocable sentimiento de que se reconoce revestido. La religion es pues esencialmente benéfica, y la que mas sólida y estensamente establece la primera virtud de toda civilizacion, que es la beneficencia.

Esta virtud la vemos indefinidamente desarrollada en los beneficios inmensos que el cristianismo ha hecho y está haciendo todavía á la humanidad. Su fundador divino pasó por el mundo *haciendo bien*, y fundando la mas amplia beneficencia sobre el precepto del *amor*, formó de toda la humanidad una sola familia de hermanos, uniendo así maravillosamente el amor de Dios con el amor del hombre. Este precepto, precindiendo aun de las miras sobrenaturales que tuvo Jesucristo en instituirle para hacernos partícipes de su gloria y de su inmortalidad, constituye el primer sentimiento social sobre bases indestructibles, y sofoca con la fuerza del deber y de la gratitud todas las pasiones de ódio esencialmente contrarias á la conservacion y al objeto de toda sociedad.

(Continuará.)

SÍ Ó NO.

Cap. I.

UNA CASA DE CAMPO.

A alguna distancia de Munich se elevaba una casita de campo como la que suele forjar la imaginacion de un jóven de diez y ocho años, cuando sueña en una felicidad completa y no interrumpida al lado de una esposa adorada. No faltaba en ella ni la calle de álamos blancos, ni las celosías de color verde á que tan aficionados eran Goethe y J. J. Rousseau, ni las bandadas de palomas en las praderas inmediatas, en el tejado y al frente de la puerta. A esta puerta llamó un hombre de edad de unos treinta años, á tiempo que aproximándose el sol hacia su ocaso, reflejaban sin deslumbradores rayos en las vidrieras de los balcones, que parecian chapas enormes de diamantes y zafiros. Apenas resonó en el edificio el ruido producido por la aldaba que servia de llamador, salió á abrir una muger de mediana edad, rubia, y que aun cuando había pasado ya de la primera juventud, conservaba todavía una belleza pura, regular y encantadora, la cual se apresuró á introducir en las habitaciones al recien llegado.

¡Pícaruelo! . . . le dijo, ¿qué ha sido

de vos en estos seis meses? . . . ¿Cómo es que amándoos mi marido con tanta ternura y participando yo tambien de ese mismo afecto, dejais transcurrir tanto tiempo sin atravesar la corta distancia que separa á Munich de nuestra casa de campo? . . . Mas os encuentro pálido. . . . ¿habeis estado enfermo? . . . . os aflije algun pesar? . . En este caso ese era un motivo mas para venir á ver á vuestros amigos, ocupar un sitio en su hogar, sentarse á su mesa, descansar bajo su techo, y estrechar sus manos entre las vuestras. Sentaos, Félix, y mil gracias por vuestra visita: aunque un poco tardía, la recibimos con la mayor complacencia.

Tomó asiento Félix, se enjugó el sudor que corria por su frente, aunque la tarde era una de las mas frescas de otoño, la cual probaba que aun que el se apercibiese la agitacion de su espíritu había comunicado un impulso rápido á su marcha. Despues dirigió sus miradas en derredor suyo, hasta que por último las fijó en la dueña de la casa, que se hallaba ocupada en preparar con sus pequeñas y blancas manos una magnífica y apetitosa empanada, cuya dorada corteza matizada con algunas manchas de un color mas oscuro se asemejaba al mas hermoso mármol de Manhesin. Suspiró, se sonrió, y recobrando poco á poco la serenidad su ceñuda y melancólica frente, quedó apacible y brilló en ella un rayo de fé y de esperanza. La vista de aquella noble y encantadora criatura, su tranquilo y angelical semblante, y la gracia de sus menores movimientos, hacian una profunda impresion en su corazon y le llenaban de felicidad y de veneracion.

¡Es tan linda! . . . ¡y será ademas tan buena! . . . esclamó, y al volverse hácia Félix la graciosa cocinera para preguntarle qué significaban aquellas palabras, se oyó á la puerta el ladrido de un perro, y una voz sonora y alegre que decia:

—Abre, María, abre, que no vengo solo.

Corrió María á abrir, y entró su esposo con un estrangero que se apoyaba en su brazo, y que al parecer estaba herido. Y como se ponia pálida y se asustaba.

—No tengas cuidado, amada María, añadió dando al mismo tiempo un beso á su esposa en su frente blanca y pura: no tengas cuidado, la herida de este caballero no es de gravedad: se ha lastimado una pierna al trepar por un peñasco.

—Y al caer por un precipicio en el cual hubiera perecido, si no hubiéseis espuesto vuestra vida para sacarme de él, dijo el desconocido, que podria tener unos cincuenta años, y á quien los disgustos y fatigas habian envejecido mas bien que la edad; porque el dueño de la casa, aunque no era jóven, poseia una lozanía de que no se encontraba ningun resíjio en el estrangero. María miró á Jorge con los ojos humedecidos por las lágrimas que la hacia verter su admiracion, y se puso á curar la herida de su nuevo huesped, que en efecto era mucho mas dolorosa que grave.

—Necesitarás cinco ó seis dias de completo reposo, dijo cuando concluyó aquella operacion con la destreza de un hábil cirujano, y permaneceréis aquí todo este tiempo, pues así lo exijo con mi autoridad de médico. Despues veremos cuantos dias os dignais conceder á vuestros amigos, porque espero merecerémos obtener de vos este título.

—Ya le tenia, contestó: sí, ya le habeis adquirido . . . ¡y sin embargo, la amistad es una cosa en que no creo mas que en la felicidad! . . .

—¡Ah! no digais esas cosas en un sitio en donde reinan la felicidad y la amistad, repuso ella poniéndose el dedo en los labios. Como médico os prohibo tambien los pensamientos tristes y amargos. Sentémonos á la mesa, pues van á servirnos la cena. Vamos, Jorge, vamos, Félix, vamos, caballero...

—Coronel Darnheim, replicó el estrangero.

María le saludó, ofreció su brazo al

herido y le condujo hácia la mesa, en donde le preparó un asiento cómodo, colocando una banqueta debajo de la pierna, y asegurándose bien de que de aquella manera no sufriria dolor alguno.

Sirviose la cena, en la que todos comieron con apetito, y levantada la mesa, se sentaron junto á una chimenea, en la que ardia buena leña de pino, que alegraba la vista y daba un calor suave; y luego María presentó pipas á Félix, su marido y el coronel. La conversacion en un principio indiferente, tomó en breve un carácter de confianza é intimidad, que hizo decir á Felix:

—Voy á pediros un consejo, amigos mios; la esperiencia del coronel no me será inútil, y espero que no me faltará en las circunstancias en que me encuentro. Al lado de la casa de mi madre vive una jóven rubia como vuestra esposa, Jorge, y como ella hermosa, amable y laboriosa: mi madre desearia que me casase con ella, y mi corazon se inclina á ello. . . . Mas por otra parte mi anciano tio Burstadt me repite á cada momento que es una locura contraer matrimonio con una jóven sin bienes de fortuna. ¡Qué debo, pues, hacer? . . . ¡qué consejo me dais en esta dura alternativa? . . .

María, que tenia entre sus manos las de Jorge, iba á responder, cuando el coronel tomó la palabra y dijo:

—Yo soy soltero, y permaneceré así toda mi vida: lo que me ha decidido á tomar esta resolucion es una aventura acaecida á uno de mis amigos, la cual os voy á referir, escuchad:

En el otoño de 1782, el cirujano Luis Thevenet, de Calais, recibió una carta sin firma, en la que se le invitaba á que al dia siguiente se trasladase á una quinta, situada á corta distancia del camino de Paris, llevando consigo todos los instrumentos necesarios para hacer una amputacion. Thevenet estaba reputado en aquella época como el hombre mas sobresaliente en su arte, y con mucha frecuencia recurrian á su habilidad y esperiencia, hasta de la misma Inglaterra. Habia estado largo tiempo en el ejército y habia adquirido en cierto modo unas maneras bruscas; mas sin embargo, merced á su natural bondad, no podia menos de apreciársele. Thevenet se quedó sorprendido al encontrarse con aquel anónimo: el tiempo, el sitio, la hora, todo se hallaba marcado en él; nada se habia olvidado, pero faltaba la firma. Sin duda, dijo para sí, alguno quiere divertirse conmigo haciéndome pasear; y no fué.

Pasados tres dias, recibió una nueva invitacion mas apremiante, y en ella le prevenian que al dia siguiente á las nueve pasaria á la puerta de su casa un carruage para conducirle. Efectivamente, á la hora prefijada llegó un elegante birlocho. Thevenet subió en él, y cuando ya estaba fuera de las puertas de la ciudad:

—¿A dónde me llevais? preguntó al cochero.

—*Things unknown to me: I am not concerned for*, que quiere decir: *No sé nada, no puedo decíroslo*

El carruage se detuvo á la puerta de una casa de campo aislada.

¿En dónde me encuentro!... ¿á quién pertenece esta casa...! ¿quién la habita!... ¿quién se halla enfermo aquí?... preguntó Thevenet al cochero antes de echar pié á tierra. Pero recibió la misma contestacion, y antes de que el cirujano pudiese adelantar mas, salió á recibirle hasta el umbral de la puerta un jóven de veinte y ocho años poco mas ó menos, el cual le condujo á un salon. En el acento se conocia que era inglés; Thevenet comenzó la conversacion:

—¿Sois vos quien me ha llamado? le dijo.

—Agradezco mucho vuestra complacencia, le respondió el inglés. ¿No quereis descansar?... Tomad alguna cosa antes de emprender la operacion; aquí teneis café, chocolate y vino.

—Veamos primero al enfermo, caballero. Necesito examinar el mal para convencerme si no hay otro remedio que la amputacion.

—No es tan urgente, caballero Thevenet; tomad asiento. Tengo confianza en vos; escuchadme. Este bolsillo contiene cien guineas, vuestro es; y si teneis acierto no se limitará á esto mi reconocimiento; pero si os negais á ello... mirad estas dos pistolas... que me lleve el demonio si no las disparo contra vos...

—Vuestras pistolas, caballero, no me asustan; pero ¿qué me quereis... Contestadme, os ruego, sin preámbulos ¿á qué he venido aquí?

—Vais á cortarme la pierna derecha.

—Con toda mi alma, caballero, y la cabeza si gustais. Pero si no me engaño, vuestra pierna se halla perfectamente sana; me habeis precedido por la escalera mas listo que un volatinero. ¿Qué es lo que constituye el mal de vuestra pierna?

—Nada, sino que deseo desembarazarme de ella.

—¡Estais loco!...

—No os inquiete eso, caballero Thevenet.

—¿Pues qué pecado ha cometido esa pierna?

—Ninguno... ¿pero estais dispuesto á contrariarme?

—No os conozco, caballero; dadme pruebas de que os hallais en vuestro sano juicio; testigos...

—Quereis cortarme la pierna, caballero Thevenet?

—Si me dais razones sólidas para mutilaros, si señor, al momento.

—No puedo deciros la verdad... tal vez algun dia... pero apuesto, caballero, apuesto á que entonces convendreis en que tenia los mas nobles motivos para privarme de esta pierna.

—Yo no apuesto, ni no me decís vuestro nombre, vuestra familia y vuestra ocupacion.

—Todo eso lo sabreis mas tarde: por ahora no puede ser; pero reputadme como hombre de honor.

—Un hombre de honor no amenaza á su médico con una pistola; tengo deberes que cumplir con vos, aunque me seais desconocido, y no os mutilaré sin necesidad. ¿Deseais ser el asesino de un padre de familia que no os ha hecho ningun daño? tomad: disparad.

—Bien, caballero Thevenet, repuso el inglés tomando una pistola; yo no os haré fuego; pero sin embargo, os obligaré á que me amputeis la pierna. Lo que no hariais por complaceme, ni por interés, ni por temor de una bala, lo vais á hacer por compasion.

—Cómo!...

—Voy á romperme la pierna de un tiro, á vuestra misma vista. El inglés se sentó, tomó la pistola, y aplicó la boca del cañon á su rodilla. Thevenet iba á detenerle, pero aquel le dijo:

—No os acerqueis, ó disparo. Escuchad una palabra: ¿quereis aumentar y prolongar inútilmente mis padecimientos!...

—Sois un loco, caballero, pero cúmplase vuestra voluntad: voy á cortaros esa condenada pierna.

Bien pronto quedó todo dispuesto para la operacion: en el momento de principiarla, el inglés encendió una pipa, y hubiera podido jurarse que no sabia lo que pasaba: no dijo una palabra; la pierna estaba ya sobre el pavimento, y seguia fumando. Thevenet concluyó la amputacion como excelente maestro, y el enfermo se encontró muy alivio al cabo de poco tiempo. Cada dia apreciaba mas á su médico, y con lágrimas en los ojos le daba gracias por haberle desembarazado de su pierna. Cuando se halló en disposicion, emprendió el camino de Inglaterra.

—Cerca de cinco meses despues de su partida, Mr. Thevenet recibió la carta siguiente:

"Os incluyo, como prueba de mi reconocimiento, una letra de doscientas guineas, contra Mr. Panchand, banquero de Paris. Me habeis hecho el mas dichoso de los mortales, privándome de un miembro que era un obstáculo para mi felicidad sobre la tierra. Ahora ya puedo daros á conocer las causas de mi estravagante pretension, ó de mi locura, como vos la llamabais. No hace mucho tiempo sostenia que no habia

motivo racional que alegar para una humillacion como la mia: entonces os propuse una apuesta: si hubiéseis aceptado, habriais perdido. A mi regreso por segunda vez de la India Oriental, conocí á Emilia Harley, la mas amable de las mugeres. Su fortuna y su familia corrian admirablemente á mis pasos; á mi bastaba su hermosura, y su dulzura celestial. Me mezclé entre la multitud de sus adoradores, y ¡ay! mi querido Thevenet, fuí bien pronto demasiado afortunado para ser el mas desgraciado de mis rivales: me amaba, no lo dudaba, y precisamente por este amor, me rechazaba. En vano le supliqué, en vano tambien sus parientes y amigos intercedian por mí: permanecia siempre inflexible.

"Por largo tiempo me fué imposible descubrir la causa de aquella aversion á formar su enlace conmigo, á pesar de que me amaba con delirio. Por fin una de sus hermanas me descubrió aquel misterio. Miss Harley era un prodigio de hermosura, pero tenia un defecto natural. . . . no tenia mas que una pierna, y temia que algun dia llegase á despreciarla. Adopto desde luego mi partido, quise asemejarme á ella y gracias á vos, caballero Thevenet, lo he conseguido. Volví á Londres con una pierna de madera, y mi primer cuidado fué ir á visitar á Miss Harley. Ya la habian advertido, y yo mismo la escribí al dejar la Inglaterra, que me habia roto la pierna á consecuencia de una caida del caballo, y que tal vez tendrian que cortármela. Emilia se puso muy triste cuando me vió por primera vez, y durante algun tiempo estuvo inconsolable; pero en la actualidad es mi esposa.

"Al siguiente dia de nuestra boda, la confié el secreto del sacrificio que su posesion me habia costado, y por ello me ama con la mayor ternura. ¡Oh intrépido y generoso Thevenet, que no tuviese todavía diez piernas que perder! . . . me las haria cortar para ofrecérselas á Emilia. Mientras viva, me acordaré de vos. Venid á Londres; venid á acompañarnos y á conocer á mi muger, y entonces me direis si estaba loco.

"Cárlos Temple."

Thevenet divulgó entre sus amigos la anécdota y la carta que habia recibido, se reia de ella á carcajadas, y cada vez que la referia esclamaba, ¡qué loco!... Contestó de este modo á la carta del inglés.

"Os doy gracias, caballero, por vuestro regalo: debo llamarle así, porque no puedo considerarlo como pago de mi trabajo. Mil felicidades con vuestra amable inglesa!... Mas me parece que es en verdad demasiado cambiar una pierna por una muger, aunque sea la mas hermosa: con todo, no es mucho, si por fin de cuentas no se sale engañado en el cambio. Adan pagó con una de sus costillas la posesion de su muger.

"Sin embargo, aun á riesgo de desagradaros, mi observacion subsiste: tal vez tendreis razon en el dia: pero mañana... aguardaremos... cuidado, caballero, temo mucho que dentro de dos años no os arrepintais de haber separado vuestra pierna de la rodilla: entonces conoceriis que unidos se encontraban perfectamente. Al cabo de tres años convendreis en que la pérdida del pie hubiera sido suficiente: un año mas tarde estareis plenamente convencido de que era bastante sacrificar el dedo grueso, y un poco mas adelante, ¿quién sabe si os parecerá demasiado el dedo pequeño!.... Dios quiera que concluido el sesto no esteis de acuerdo conmigo en que hubiera valido mas que me hubiese contentado con cortaros solo las uñas!.... Que por lo que digo aquí, no se ofenda vuestra graciosa esposa: las mugeres pueden conservar intactas su hermosura y su virtud, como los hombres sus opiniones. Me acuerdo que en mi juventud rogaba con frecuencia á Dios por la vida de mi amada; pero no le habria sacrificado una pierna; y si lo hubiese hecho, todavía diria: "Thevenet, estabas loco." Tengo el honor de ser vuestro servidor.

"Thevenet."

En 1793, Thevenet, que acababa de ver prender á un joven cirujano contra quien se habian concebido sospechas de ser aristócrata, se refugió en Lóndres para poner su cabeza á cubierto de la cuchilla niveladora de la guillotina. Fuese por curiosidad, ó por cualquier otro motivo, preguntó un dia por sir Cárlos Temple, y le enseñaron su habitacion. Se hizo anunciar, y le introdujeron en ella. En un sillon colocado junto á la chimenea, estaba sentado el gentleman, con una botella que contenia un licor espumoso, y veinte periódicos á su lado.

—Celebro mucho veros, caballero Thevenet, esclamó el inglés, que era el mismo sir Cárlos Temple. Disimuladme el que permanezca sentado, porque esta maldita pierna me impide.... Probablemente venis á ver si tenia razon....

—Vengo fugitivo á buscar un asilo en Inglaterra.

—Bien, os alojareis en mi casa, porque en verdad sois un hombre de un juicio escelente y exacto, y me consolareis. Mirad, si no fuese por esta maldita pierna, tal vez en el dia seria almirante. Estaba leyendo los periódicos, y me lleva el demonio por no poder tomar parte en los negocios. Venid y consoladme.

—Vuestra esposa sabrá consolaros mucho mejor que yo.

—No, no: como su pierna de madera la impide bailar, se ha aficionado al juego. No la necesito, aunque por lo demas es una muger escelente y quiza la mejor del mundo.

—¿Con que yo tenia razon!....

—Sí, á fe mia, querido Thevenet, pero dejemos eso. Confieso aquí para entre nosotros que he hecho una necedad. Si pudiese recobrar mi pierna, no me cortaria ni aun las uñas por mistriss Temple. Estaba loco; pero conservad este secreto y no le descubrais á nadie.

—Ya no me casaré con mi hermosa vecina dijo Félix suspirando, despues que el coronel concluyó su historia: el cual volvió á tomar su pipa, la encendió, y comenzó á fumar.

Entonces Jorge dejó su pipa sobre la mesa, y se espresó así:

—Antes de adoptar una resolucion tan grave, mi querido Félix, es necesario examinar el pro y el contra. La historia del coronel es seguramente terrible y fatal; pero permitidme que os refiera otra, que quizá os hará aceptar con gusto las proposiciones de nuestra madre. Oid.

—Ya es demasiado tarde para dar principio á esa historia, dijo María; es preciso que nuestro huesped descanse, y Félix tiene que volverse á la ciudad. Si tu narracion es interesante para él, puede venir mañana á escucharla.

Todos quedaron convencidos con las razones de la bondadosa y bella María. Félix regresó á Munich. Jorge condujo al coronel á la habitacion que se le habia preparado, y los esposos se retiraron á la suya. (S. C.)

FILOSOFOS Y REFORMADORES.

FILOSOFOS.

Montaigne.—Miguel, señor de Montaigne, célebre moralista, nació en 1533 en el castillo de este nombre, en Perigord, de una familia originaria de Inglaterra. Su padre le dió por preceptor á un aleman que no hablaba mas que latin, de manera que á los seis años el niño sabia el idioma de Tacito; el griego lo aprendió jugando. Su padre dispuso á los que le rodeaban que despertasen al niño todas las mañanas al sonido de una música dulce, á fin de que no adquiriese un carácter áspero. A los seis años pasó al colegio Guiena en Burdeos, y estudió bajo la direccion de los maestros mas ilustres de la época, y á los trece años salió despues de haber terminado todos sus estudios. Enemigo de la guerra, rehusó seguir la carrera militar prefiriendo estudiar la legislacion indigesta de sus contemporáneos; en su consecuencia obtuvo en 1554 el empleo de consejero en el par-

lamento de Burdeos, y supo hacerse estimar de todos sus cofrades, así como del célebre canciller de L'Hopital. Otro de sus cofrades, La Boetié, debia unir su nombre al de Montaigne por una cadena indestructible; se querian antes de haberse conocido. Amaba tambien á su esposa, aun cuando su corazon habia tomado poca parte en este enlace, y por último conservó siempre hácia su padre el mas tierno respeto y el mejor recuerdo. Las agitaciones políticas le confinaron á su posesion, donde prometió no ocuparse de nada; pero era necesario un alimento á su espíritu, verdadero *caballo de batalla*, como el le llamaba, y á los veinte y tres años comenzó sus *Ensayos*, aquel *libro de buena fé*, cuya primera edicion apareció en 1580. En seguida recorrió la Francia, la Inglaterra, la Suiza, la Alemania, la Italia, como observador y filósofo. Afligido por el mal de piedra y por dolores de entrañas, contaminado por los sufrimientos, rechazaba los socorros de la medicina en la cual no tenia ninguna fé. Afectado por una angina mortal, y sintiendo llegar su última hora, mandó decir la misa en su mismo aposento, y en el instante de la elevacion, habiéndose incorporado como pudo sobre su lecho, con las manos cruzadas, espiró en este acto de piedad en 1592 á la edad de sesenta años, respondiendo así de antemano á Naigeon y á todos aquellos que debian acusarle un dia de no creer en Dios ni en la inmortalidad del alma.

PASCAL.—Blas Pascal nació el 19 de Junio de 1623: reveló desde su infancia una inteligencia superior, y si ha de creerse á lo que dicen de él los libros, á la edad de doce años habia hecho un pequeño tratado sobre la teoría del sonido, y poco despues le hallan en su aposento ocupado en trazar figuras geométricas, y dándose cuenta á su manera de la relacion de estas figuras entre sí.

A los diez y seis años hizo Pascal un *Tratado de las secciones cónicas*, y entónces los sábios comienzan á admirarse sériamente. No estamos en el caso de hacer ver la historia de los descubrimientos de Pascal, ni de apreciar el método filosófico que pareció conducirle, á estos descubrimientos pues, otros se han encargado antes de este trabajo; y observemos únicamente que lo que se nota en sus trabajos es un espíritu de precision y de exactitud que tal vez le hubiera impedido abrazar las ciencias en toda su generalidad. Pero bien pronto se presenta otro hombre en la escena de la vida, porque educado en los principios de una religion austera se unió á los gefes del partido jansenista y abrazó con ardor su causa.

Pascal habia tenido desde su infancia una salud muy débil; pasó la mayor parte de su vida entre padecimientos, y en 1647 fué atacado de una especie de parálisis que le privó casi enteramente del uso de sus piernas: en 1654, estuvo muy espuesto á perecer cerca del puente de Neuilly, por haberse desbocado los caballos de su carruaje, y desde aquel instante se dice que siempre creia ver á su lado el borde de un precipicio. Desde entonces pasó su vida en el retiro, entregado á los ejercicios de una piedad exaltada. Murió en 1662, á los treinta y nueve años de su edad. Basquet ha dado una edicion completa de las obras de Pascal.

(*Continuará.*)

MOSAICO.—La humildad es una virtud que poseen pocas personas y que la practican menos; pero todo el mundo la encarece y recomienda á los demas; el amo la exige en su criado, el hombre rico en el pobre, &c.

Yo creo puede seguirse esta regla respecto de las bromas; la broma es aceptable en tanto que al que se dirige, contesta suficientemente acorde para estar satisfecho de sí mismo; pero desde el momento en que ocasiona la mas leve turbacion se hace pesada.

VARIEDADES.

LA RELIGION
CONSIDERADA COMO BASE
DE LA CIVILIZACION.
ARTICULO I.

(CONCLUYE.)

La Religion es tolerante, es sufrida como la caridad que es su primera virtud. No porque sufra que bajo su nombre germine y se propague el error, pues entónces es indiferencia ó hipocresía, sino porque prescribiendo la indulgencia de los defectos y miserias humanas, predicando el olvido de las ofensas y recomendando altamente la mansedumbre y la humildad de que dió el mas brillante ejemplo su fundador divino, enlaza y estrecha los vínculos de fraternidad universal así en el seno de las familias como de la sociedad, y produce con asombro aquellas virtudes pacíficas y apacibles, ya domésticas, ya sociales, que son el último y mas precioso resultado de todas las leyes de sociabilidad y el triunfo de todos los esfuerzos de la filosofía mas sublime. El olvido de sus máximas saludables trae consigo el desprecio de las leyes mas sagradas de la naturaleza, hinchando al hombre de orgullo ó de fastidio, y despues de haberle puesto en pugna con todo cuanto se opone al imperio violento de sus apetitos y caprichos, le reduce á un estado feroz de aislamiento y misantropía, le pone en guerra con sus semejantes y consigo mismo, y presentándole como el último asilo una muerte desesperada, hace de él á un tiempo su verdugo y su víctima.

El progreso pues de las doctrinas religiosas y sociales es lo que constituye las bases de la civilizacion. Todos esos vaivenes y trastornos que parecen amenazar la existencia social, tan difíciles de analizar para el ojo superficial por el laberinto de sus complicaciones, no son otra cosa para el atento observador que la falta de accion, la decadencia, el menosprecio de los agentes civilizadores que son las ideas morales, ora consideradas en el individuo, ora en las grandes masas. Dése todo el interés que se quiera al rápido movimiento que multiplica asombrosamente la produccion material, y que improvisa esas monstruosas fortunas, al paso que se proclama de otra parte su imaginaria igualdad, como un dogma humanitario: presentese como el último punto de prosperidad social ese refinamiento asombroso de goces y de placeres que lleva tras sí el fastidio y la corrupcion de unas clases, mientras deja otras yaciendo hambrientas en el polvo de la miseria y de la humillacion: siempre será una verdad que la civilizacion cuyo conjunto forma los puros é inocentes goces de la sociedad, descansa sobre otras bases que no es el siglo mas feliz el que mas ruido mete con sus asombrosos adelantos materiales; y que esta misma especie de civilizacion que se achaca como último término apetecible de felicidad social, tiene tambien sus límites, mas allá de los cuales ella misma se destruye; y por un fenómeno que parece raro en el órden moral, como algunas metamorfósis que observamos en el órden físico, esa civilizacion adulterada,

sin equilibrio, se da la muerte á sí misma; y cuando con sus brillantes y audaces alas parecia tocar al cielo, aborta en sus últimas convulsiones el monstruo feroz de la barbarie, verificándose aquella sentencia de profundo significado: *corruptio optimi pessima.*

¿Y cuándo se verifica esta corrupcion que nace del fondo de la civilizacion misma? Cabalmente cuando esta civilizacion se humaniza demasiado: cuando pierde el principio incorruptible de la Religion; cuando convertida ya en enorme cadáver despues de haber llegado á su mas alto punto de robustez y de energía, se descompone en todos sus elementos secundarios por faltarle el principio animador que le daba la vida y le preservaba de la corrupcion. Entonces, obedeciendo á la ley de caducidad que preside á todas las cosas humanas, en medio de su lozanía y en el hervor mismo de su aparente vitalidad, se siente acometida de improviso de un gérmen de muerte que va corroyendo sus entrañas, adulterarse las pasiones mismas que deberian conservarla; y olvidada enteramente de su Regulador supremo, la sociedad, agobiada con el peso insoportable de las exigencias desmedidas de sus miembros, agitada por la lucha intestina de ambiciones y de venganzas, siente la falta de equilibrio de los principios que la constituian, y que prestigian su disolucion. La nacion quizá mas civilizada del mundo presentó este fenómeno á últimos del siglo pasado.

Pero cuando la marcha de la civilizacion reconoce por primer móvil el impulso moral y regulador que dirige todas las pasiones sociales é individuales al principal objeto de su conservacion y estabilidad; esto es, cuando las creencias religiosas ó ilustradas constituyen el fondo de los sentimientos y forman la generalidad de las costumbres, entonces los progresos mas rápidos de la civilizacion no infunden ningun recelo: entonces cuanto mas se sublima el exceso de la inteligencia, cuanto mas se engrandece el círculo de la produccion, cuanto mas se estiende y se apura el poder embelesador del genio y de las artes, tanto mas se robustece y se fortifica la sociedad, tanto mas se civiliza y adelanta hácia el término posible de perfeccion. Hasta el aparato mismo del poder que consterna y aterra cuando está dirigido por una masa corrompida que no reconoce mas derecho que la fuerza, es una garantía de proteccion y de seguridad para el imperio de la justicia, y entonces si que no hay término definitivo para esta accion verdaderamente progresiva y civilizadora. Tal es el cuadro que ha presentado nuestra nacion en algunos de sus brillantes períodos, y al lo presentan en el dia algunas potencias católicas del Norte de la Europa.

§ III.

¿A quién es deudora la actual Europa de la civilizacion de que se gloria? Abramos los anales de los últimos siglos: veamos cuál hubiera sido la suerte del mundo si en la inundacion de la barbarie que volcó el imperio romano la Religion no hubiese servido de arca para conservar los restos de la civilizacion; si los sabios aterrorizados no hubiesen corrido á sus asilos, salvando del furor de los invasores los monumentos preciosos de las ciencias y de las artes. Este beneficio inmenso que debe á la Religion la humanidad, es hoy dia reconocido por todo hombre pensador; y aunque la parte mas necia ó la parte mas ingrata de la generacion actual afecte desconocerlo; las ciencias mismas por el órgano de las mas sublimes inteligencias rinden este tributo de justicia al cristianismo, el cual completó por su parte sobrehumanamente la regeneracion del mundo moral que de un modo divino habia empezado Jesucristo. La dulce y sublime creencia cristiana ablandó la dureza de aquellos conquistadores, que como á enjambres de brutos derramó el septentrion sobre el mediodía, siendo su huella devastadora, suavizó sus agrestes costumbres, les impuso así por la austeridad de su moral como por la magestad de su culto; los transformó, por decirlo así, haciendo un mismo pueblo de vencedores y vencidos que se ha perpetuado hasta nosotros, guardando y engrandeciendo los elementos civilizadores que pudo salvar de aquel gran naufragio. No es posible decir ni concebir lo que hubiera sido el mundo, si tras la corrupcion que desplomó el imperio de los últimos Césares mezclada con la violencia salvage de la inundacion de los bárbaros, no hubiese la Religion, huyendo á la soledad, recogido bajo sus alas el sentimiento de amor y de caridad que algunos siglos antes habia traido sobre la tierra, por el cual debian irse humanizando poco á poco aquellas generaciones derramadas como oleadas por la superficie de la Europa. ¿Quién habia de pensar que pocos siglos despues una filosofía atea ó una razon engreida de sí misma debia atribuirse esclusivamente las conquistas pacíficas del cristianismo y la regeneracion de la humanidad? Por esto la ciencia actual, queriendo vindicar la verdad y reparar en lo posible el grande escándalo de esta usurpacion filosófica, vuelve á abrir los anales de los siglos para que el presente sea un poco ménos ingrato que su predecesor á los inmensos beneficios que debe á la accion civilizadora de una Religion, que diez y ocho siglos hace se afana sin interrupcion en civilizar al mundo al través de todos los obstáculos, y que aun en el dia está dando el asombroso espectáculo de derramar con mano benéfica y con una generosidad inagotable los beneficios de la civilizacion hasta los últimos confines de la tierra. Nosotros nos proponemos registrar, descubrir á la faz del mundo estos mismos anales, esos testimonios irrecusables del poder civilizador del cristianismo, y unir nuestra débil voz al gran concierto de los sábios modernos, que le acatan como el único é inmortal principio vivificador de las sociedades humanas.

(Continuará.)

REGLAS

DE EDUCACION Y DECORO

PARA LAS SEÑORITAS.

PARTE MORAL EN LAS JÓVENES.

Cuantas habilidades adquiera una jóven bien educada, las cuales le proporcionen no solo su propia utilidad y honesto pasatiempo, sino tambien el el desempeñar dignamente en algun dia los deberes de esposa y de madre, serán desde luego un edificio sobre arena, no estando cimentadas sobre la moral. El objeto primordial de esta obra escluye de este lugar una instruccion difusa en el particular; pero exige al mismo tiempo que no se omitan ciertos consejos oportunos al bello sexo.

Si las leyes de la decencia y decoro son de absoluta y general necesidad en los hombres, mucho mas obligatorias se manifiestan en las mugeres, cuya debilidad se resiste á la menor accion que choque con la delicadeza.

Este rigor, léjos de merecer el título de tiranía, es una distincion verdaderamente honrosa, para las supone capaces de una perfeccion superior á la de los hombres, y destinadas á ella por la naturaleza. *La virtud es mucho mas grata en un cuerpo hermoso*, segun lo cantó un célebre poeta; y ¿cuán embelesador no será el conjunto de las gracias esteriores unidas á las del alma! ¿Qué hombre resistirá á estas dos fuerzas coligadas?

No deben olvidarse las jóvenes que su mérito principal es el del alma, y que serán inútiles cuantos desvelos se tomen para sacar partido de sus gracias y habilidades, si descuidan el cultivo de aquella. Aun los hombres mas entusiastas admiradores de la hermosura la llegan á mirar con indiferencia cuando los años ó las dolencias la hacen declinar; pero conservan por necesidad un respetuoso aprecio hácia

toda muger que ha sabido ennoblecer la parte principal de sí misma con una conducta discreta y una instruccion proporcionada al lugar que ocupa en la sociedad, porque la virtud y el saber jamás envejecen. Bajo estos principios completaremos este tratado con algunos avisos sobre ciertos puntos.

ADORNOS Y CUALIDADES ESTERIORES.

En la mayor parte de las mugeres tiene un ascendiente imperioso todo lo esterior y superficial, tanto respecto á los hombres como á su propio sexo; y si se habla de una persona á quien no conocen, preguntan, lo primero, por su figura y bienes, estendiéndose rara vez el interrogatorio á otros puntos, á no ser para inquirir si su talento y carácter serian conciliables con las inclinaciones de la que pregunta, en caso de llegar á ser su esposa. De aquí se sigue que los designios de las mugeres con respecto á los hombres produzcan necesariamente los de éstos respecto á aquellas, pues si no exigiesen mas que el aprecio verdadero, no se atreverian los hombres á otra cosa que á merecer el suyo; su virtud seria el ídolo á que rindiesen homenage, y podieran congratularse las mugeres de ser las reformadoras de las costumbres sociales.

Debe, pues, una señorita asentar desde luego como principio para su gobierno, que los adornos del capricho y de la moda son partes subalternas del verdadero mérito, y las cualidades esteriores no mas que el marco del lienzo hermoso del alma, que es la permanente en las vicisitudes de la edad y la fortuna.

AMBICION MUGERIL.

Es ciertamente ridícula la ambicion de infinitas mugeres por obtener un reinado de tan corta duracion como el del lucimiento; haciéndose mútuamente la guerra por llevarse la atencion en la sociedad, á cuya pasion suele comunmente acompañar la preferencia que suelen dar en los hombres á los sentimientos exagerados y sujetos á mudanza sobre los justos y racionales que los discretos no consagran sino al verdadero mérito.

No pretendais, pues, sobresalir en ocasion alguna á espensas del juicio y la cordura en vuestras palabras y acciones.

Es ambicion ridícula la de querer hacer la jovial, porque semejante cualidad es toda natural, y se violenta y da á conocer cuando es hija del arte. La seriedad, si es genial, agrada todavía infinitamente mas que la jovialidad artificiosa.

Igualmente ridículo es en una muger el reirse ella sola entre personas que tienen motivo para estar serias, y mucho mas el reirse la primera de lo que ella dice, porque impide á los demas que se rian y celebren lo que ha acabado de decir, caso que lo merezca: ó les da ocasion de que se rian de ella, si ha dicho una vaciedad.

La ambicion de hacerse amable no mas que de paso, es el colmo de la necedad. No basta agradar por lo esterior, sino que contribuyan al buen porte y sanas ideas, y os grangeen elogios, mas bien relativos á vuestro mérito que á vuestra hermosura. La ligereza y el coquetismo agradan en el primer momento, y se desprecian en el inmediato.

Procurad no desvaneceros si os alabaren de hermosas, aun cuando esto sea cierto; procurad ocuparos en corregir los defectos propios que vuestra modestia os señale, mas bien que en engreiros de las prendas que os asistan. Corrigiéndoos de aquellas, adquirireis mas de éstas, y si os infatuais de vuestras ventajas, jamas lograreis conocer los defectos que las inutilizan.

LORD BYRON.

ARTÍCULO 1.°

§ I.

Mil veces se ha repetido, y es una verdad, que los grandes hombres, los hombres de genio, las inteligencias eminentes han dado, en cierto modo, la ley al mundo, imprimiendo en su siglo el sello de su propio carácter, y arrastrando tras sí, á manera de grandes centros de atraccion, las ideas y los sentimientos de la multitud.

Este ascendiente poderoso de los grandes talentos sobre el mundo moral, varía de naturaleza segun los países, las épocas y las circunstancias. Hubo siglos en que la filosofía dominaba los espíritus como la pasion favorita, y lisonjeaba, por decirlo así, todo el orgullo de la sabiduría humana. Entónces aparecieron grandes filósofos, investigadores profundos de la naturaleza física y moral; y aunque la política y la poesía ocupan tambien su lugar en el ancho círculo que abrazaba la universalidad de los conocimientos; con todo, la parte inteligente de su siglo amaba el estudio y la meditacion, y para hacer prosélitos, era preciso presentarse con el aparato filosófico. Tales nos parecerán Bacon, Descartes, Newton, Leibnitz. Toda la ilustracion de los siglos XVIII y XIX no han producido hombres comparables con aquellos grandes ingenios. Mas dió el tiempo algunos pasos, y una cierta agitacion febril, que llevaba de algo mas léjos su origen, conmovió los pueblos progresivamente, fermentó en su seno el gérmen de la independencia individual, y nació la duda acerca de la legitimidad de todos los poderes humanos, y hasta del de la Divinidad. Bambolearon los cimientos mas profundos sobre los cuales estribaban la religion y la sociedad; se disputó el dominio del hombre sobre el hombre, y de este choque, de esta agitacion, de este caos, nacieron dos grandes influencias en el órden moral, dos influencias igualmente activas y trastornadoras, de índole muy diversa de la filosofía, cuya profunda calma no convenia con el carácter turbulento de la época, y estas dos grandes influencias, estas dos constelaciones que pudiera decirse presiden todavía en el mundo moral, son la política y la literatura.

No hay que dudarlo: la política ha sojuzgado la moral, de la que ántes formaba una sola parte, y la literatura en sus diversas fases ha abarcado en su seno la filosofía que ántes la habia dominado. La imaginacion ha señoreado al entendimiento y ha puesto la ley al corazon. Es tan estenso, tan absoluto este predominio, hablando en general, que las mismas ciencias sociales, la moral, la política, se han convertido en su mayor parte en bellos ensueños, caprichos brillantes, cuadros fantásticos. Como se ha querido cerrar los ojos sobre la esperiencia de los siglos, la política va divagando por una region de quimeras, y arrastra tras sí la mayor parte de las ciencias morales y sociales. La literatura, pues, que en gran parte se alimenta de lo bello ideal, debia ejercer naturalmente una influencia no ménos poderosa sobre el espíritu de la época; sobre unos hombres que, ocultando un fondo de pirronismo, se abandonan sin freno á todas las sugestiones de su imaginacion, y lo someten todo á la satisfaccion de sus necesidades del momento. Todas las ciencias del espíritu van flotando por esta region etérea dirigidas por la pasion que en el momento domina; las impresiones fuertes deciden muchas veces de los sistemas y de los principios de los hombres: las creaciones sorprendentes de la fantasía equivalen para muchos á las demostraciones del raciocinio y á los datos de la historia. Y en tal estado de fermentacion, ¡qué ascendiente

tan incalculable no ejercerá un genio intrépido, brillante, arrebatado por el frenesí de pasiones ardientes, que se lanza con una especie de furor en el rauco torbellino de las impresiones mas fuertes, de las imágenes mas aterradoras, de las situaciones mas sombrías y desesperadas!

Tal es la influencia que ha ejercido en Inglaterra y ha pasado al continente europeo el genio frenético y sublime de lord Byron. Esta influencia ha gravitado considerablemente sobre los sentimientos, ideas y opiniones. Y aunque pudiera decirse que la influencia inglesa sobre nuestra actual literatura, está representada por dos nombres casi igualmente famosos, aunque bajo aspectos distintos, á saber lord Byron y sir Walter Scott; con todo, la del genio de lord Byron presenta un carácter mas trascendental en los principios y en las materas, mas irresistible para las almas férvidas y volcanizadas por la pasion; su influjo es mucho mas notable bajo el punto de vista moral y social, objeto primario de nuestras investigaciones, y segun el cual, siguiendo nuestro propósito, debemos considerar principalmente á los escritores, ya filósofos, ya literatos.

El espíritu entusiasta de la Francia acogió desde luego con avidez las osadas y rápidas inspiraciones del poeta británico. Traducciones innumerables las connaturalizaron desde luego en su idioma: Lóndres y París aguardaban con igual impaciencia las obras de Byron, y cuando aparecian, eran devoradas al mismo tiempo en las dos capitales. Estas obras, dice un escritor francés, habian acercado tanto las dos orillas separadas por el mar, que para ellas dejaba de existir el estrecho. Y este hombre, cuya accion real y poderosa sobre las ideas de la Francia es inegable, ejerciéndola sobre los escritores de aquel país, no dejó de ejercerla muy notablemente sobre nosotros.

Estudiar, pues, á lord Byron, no es estudiar precisamente al poeta, al literato, al autor de nuevas, caprichosas y célebres creaciones; no: su estudio interesa como el de uno de los hombres mas influyentes en nuestro siglo bajo aquel sentido que si bien poético en las formas, encierra elementos y doctrinas que interesan la moralidad del individuo, y por refraccion indispensable, el órden moral de la sociedad.

Para conocer á lord Byron, preciso es trasportarse enmedio de los acontecimientos que contribuyeron á formar su corazon y su inteligencia; porque hay momento desde el cual empiezan á madurar los sentimientos y las ideas del alma: las tempestades que braman á, en al rededor cuando aquellas se hallan aún en su gérmen, el rocío que derrama en ella en su frescura, las particularidades del terreno en que se desarrolla, el calor y la ternura de los rayos del sol que la ilumina, son otras tantas circunstancias que contribuyen á modificar las impresiones que recibe, y lo que pudiéramos llamar la organizacion intelectual de esta cosa que piensa, sin, empero, dominar el don supremo de la razon de que se halla dotado su espíritu independiente en esta parte de la materia, y que Dios comunicó al hombre para que fuese el árbitro de sus sensaciones, en vez de ser esclava de ellas la voluntad. En las circunstancias, pues, que rodearon la cuna de lord Byron, encontraremos una parte de las causas que ejercieron sobre su talento y sobre su conducta una accion tan considerable.

Lord Byron era vástago de una raza ilustre, que pasó de Normandía á Inglaterra con Guillermo en tiempo de la conquista.

En la reparticion que se hizo de las tierras de los vencidos, cuarenta posesiones formaron el magnífico lote que cupo á los ascendientes del poeta, entre las cuales se incluian Rochdale, y Horestan, en el condado de Lancaster, y Wymondhan en el condado de Norfolk. Ademas, aquellos habian sido

siempre llamados para ocupar los destinos mas importantes del Estado. Esta raza de Byron era ya muy particularmente romántica, y en los anales primitivos de esta familia se encuentran recuerdos tales, que pudieran muy bien ponerse en paralelo con las invenciones mas maravillosas y mas dramáticas de la imaginacion del poeta, el cual añadió la nombradía de su reputacion literaria al antiguo lustre de su prosapia. Y para seguir mas naturalmente el curso de esta genealogía, digamos antes una palabra de los padres de lord Byron.

Su padre era el tipo de una especie que se pierde entre nosotros, merced á la destruccion de estas grandes existencias de holganza que se van devorando á sí mismas, ó por una espantosa disposicion, ó por el curso desalmado de los siglos. Apenas queda ya en pie entre nosotros algunas de estas fortunas colosales que los siglos habian arraigado, y que, eclipsando ya casi del todo el primer rayo de gloria que presidió en su nacimiento, solo servia despues para alimentar uno de aquellos héroes prodigiosos de disolucion, una de aquellas corrupciones desenfrenadas que los poetas y romanceros nos han procurado delinear en los retratos de Lovelace, en la Clara Harlowe, del héroe de las *Amistades peligrosas*, y sobre todo, en ese *Don Juan*, á quien lord Byron pagó, por decirlo así, una deuda de piedad filial, consagrándole un poema. El capitan Byron, pues, se hallaba en activo servicio, se habia desposado, ó mas bien, habia robado tres mugeres célebres en el mundo aristocrático por su belleza ó por el juicio que habia presidido á su conducta, hasta el momento en que dieron con este peligroso seductor. La aventura mas escandalosa de todas fué su relaciones con la jóven marquesa Amelia de Carmathen.

Esta graciosa muger habia llevado en el seno de una felicidad tranquila una ceguedad irresistible antes de haber conocido al capitan Byron. Ava despues de su caida, su marido procuró disimular toda la estension de sus faltas, llamándola otra vez á sus deberes, que mas parecia haber olvidado que desconocido. Mas el fatal ascendiente del vicio fué en ella mas poderoso que la piedad tierna é indulgente de su esposo; la marquesa rechazó la mano que se le tendia; entónces su marido la abandonó á toda la fatalidad de su destino. Un divorcio, seguido inmediatamente de un enlace entre ella y su seductor, le permitió que obedeciese á su indecoroso inclinacion. Su culpa misma se hizo su verdugo, y al cabo de dos años murió de dolor y de remordimientos, víctima de las brutalidades del hombre por quien lo habia sacrificado todo.

Insistimos sobre este carácter del padre de lord Byron, porque ha venido á ser uno de los tipos de las creaciones del poeta, y le vemos todavía dominar en nuestra literatura. Estas grandezas ficticias que se rodean de crímenes y de sangre, y quieren aun embargo presentarse como modelos de un heroismo feroz, van siempre acompañadas de aquel orgullo indomable, de aquel inflexible egoismo con que Horacio describe en tres palabras el carácter del héroe de la Iliada: *jura negat sibi nata*. Estos héroes que se quieren adornar con un atractivo funesto, prescinden siempre de todas las leyes morales y sociales, huellan con desacato hasta los vínculos mas dulces de la naturaleza. Como los fantasmas del Morven, vibran entre sombras una espada homicida, sacrifican á la pasion de su egoismo todas las pasiones bellas, y exaltando la imaginacion de fuego de las mugeres, les inspiran un vago y melancólico deseo de dejar hollar su destino por estos misterios desconocidos.

El influjo que ejercen estos caractéres abominables en el seno de la sociedad, empieza por inquietar los corazones inocentes, turbando el reposo feliz de que gustaran en el hogar tranquilo

de las familias. Empiézase á sospechar que existe una felicidad independiente de todas las consideraciones domésticas y sociales; los jóvenes se lanzan al acaso en este abismo como en un campo abierto á sus esperanzas indefinidas, y el seductor aprovecha la fatal impresion y el desasosiego que ha derramado en el fondo del corazon de una virgen el sombrío deseo de hartarse de una felicidad inconcebible, aunque sea entre torrentes de lágrimas y tropezando con la losa de un sepulcro.

El padre de lord Byron mataba con sus vicios á las mugeres que, por la fatalidad de su destino ó por su propia flaqueza, se veian sometidas, arrastradas por su ascendiente. Muy poco tiempo despues de la dolorosa agonía de la marquesa de Carmarthen, enlazó con miss Gordon de Aberdeen, noble y opulenta heredera que descendia por la línea recta de la cuarta hija de Jacobo I, rey de Escocia. No tardaron en ser vendidos sus estados, y la suma de veinte mil libras esterlinas que de ellos resultaron, se empleó, junto con el precio de la venta de ricas pesquerías, sobre el Dee, acciones de banco, sin hablar de un cuantioso capital en numerario, en pagar las deudas de este prodigioso disipador, que despues de haber devorado tres fortunas, murió de miseria ántes de haber cumplido cuarenta años. El niño Byron no tenia aún tres años cumplidos cuando su madre fué abandonada por este indigno marido, que despues de haberla completamente arruinado, se refugió á Francia, y vivió algun tiempo en París con la intimidad del viejo mariscal de Byron, que en razon de la identidad de nombre, y de su comun origen normando, le recogió como pariente. Nuevas disipaciones, nuevas deudas, nuevos acreedores le desterraron á Valenciennes, y allí fué donde el desamparo y la miseria se sentaron junto al lecho de su abandonada agonía: ¡triste y justo desenlace de una existencia egoista!

Es visto, pues, que lord Byron no pudo conocer á su padre sino por las lágrimas que habia hecho derramar á su madre, y aquí es donde va á delinearse un carácter que influyó poderosamente sobre el jóven poeta. La primera palabra que oyó fué una amarga queja. Su madre, sumida en una situacion muy cercana á la indigencia por las ruinosas locuras del capitan Byron, no poseia en su espíritu aquella grandeza que sabe elevarse sobre la adversidad por la manera con que sufre su peso. Obligada á refugiarse en las montañas de la Escocia, y arrastrar allí una vida privada de los goces de la prosperidad de que habia disfrutado en sus primeros años, no conocia el arte de reemplazar el esplendor de la opulencia con la dignidad de su comportamiento. Rebelábase contra su destino, en vez de medirle con una firme ojeada, y volvia á la fortuna injurias por injurias. Aquella boca que enseña por lo regular á los niños á bendecir, fué la que puso la primera maldicion en los labios del poeta. Su cuna fué mecida al ruido de una eterna queja contra los hombres y contra las cosas; y la primera mas poderosa de las maestras, su madre, que debiera haberle enseñado la resignacion, le enseñó la misantropía. La viuda del capitan Byron dejábase arrebatar diariamente por un furor colérico, pereciendo en la situacion en que se hallaba, y en aquella de que habia caido, y en estos accesos vomitaba en su lenguaje desesperado las mas injuriosas palabras, y sus manos, atormentadas por una agitacion febril, hacian pedazos todo cuanto podian alcanzar. Tal vez se reconocerá mas adelante en esta vida del capitan Byron, apareciéndose á su hijo á través de las impaciencias y de las arrebatos de su madre, algunos rasgos del modo con que el poeta consideró despues la sociedad.

(Continuará.)

VARIEDADES.

LA RELIGION
CONSIDERADA COMO BASE
DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ I.

Si del testimonio perenne que nos ofrece la historia pasamos á la necesidad de reconocer al cristianismo por único y poderoso regulador de las grandes fuerzas que dan movimiento á la máquina social, el poder, las masas y los talentos, echaremos de ver que á él solo es dado dirigirlas con acierto y armonía para que conserven su equilibrio, fuera del cual no hay mas que trastorno y ruina.

Los dos grandes enemigos de la sociedad son la opresion y la anarquía, es decir, el despotismo de los que gobiernan y el despotismo de la multitud. Todos los imperios que se han consumido ó desplomado, reconocen una ó otra de estas dos causas destructoras de la marcha de la civilizacion, que es la verdadera vida de la sociedad. Buscad, pues, en el órden de las ideas humanas un motor bastante fuerte para contener los abusos de los poderes públicos, ora descansen en la autoridad de un hombre solo, ora obren mas ó menos repartidos entre clases ó masas subalternas. Buscad en los principios de interés individual ó de conveniencia pública un sentimiento que detenga en sus justos límites esa especie de omnipotencia humana, que haga frente á las demasías de un hombre que sabe reune en sus solas manos el supremo poder, y que á nadie ha de dar cuenta de sus acciones. El que conoce á fondo el corazon del hombre, no halla otro contrapeso á ese poder formidable que la necesidad, la conveniencia ó las circunstancias depositan á veces en una sola mano, sino la conviccion profunda de que existe un Arbitro supremo, un poder sobre todo poder que tiene ya medidos todos los destinos del hombre y que juzga á las mismas justicias, á cuya presencia todo el poder humano no es mas que un soplo, y que retribuirá á cada uno segun sus obras. Dígase lo que se quiera, supónganse virtudes ficticias por las cuales el egoismo y la natural tendencia de la dominacion contenga los abusos del poder; todas serán débiles y vacilantes garantías para el hombre que se ve reducido á sufrir sobre sí el poder de otro hombre, y desde la sencilla sociedad doméstica, hasta los grandes poderes que hacen girar bajo de sí millones de voluntades sometidas, nada habrá que contenga al superior ni que garantice al inferior acerca el abuso de la autoridad. Pallado bajo mil formas diferentes, cubierto con mil disfraces el egoismo nunca saciado, dará mil pretestos á su necesidad de dominar, de oprimir ó de engañar; y en este sentido únicamente, es como puede admitirse aquella máxima fatal destructora de toda sociedad y de toda ci-

vilizacion, de que el hombre es siempre el opresor del hombre, y que todo gobierno es una injusticia. Quitad el resorte supremo de la religion, borrad esta sancion augusta de todo poder, y entregareis á la humanidad entera bajo la espada del mas fuerte ó del mas astuto. Mas cuando la religion dirige las miras y los pasos de la autoridad humana, cuando por sus principios eternos regula el poder del padre y del monarca, del legislador y del magistrado, cuando sus dulces y generosos sentimientos moderan en el que manda la accion indispensable de las pasiones que tienden siempre á agravar la dominacion, entonces y solo entonces se hace suave y ligero el yugo del hombre sobre el hombre; esa necesidad social sin la cual no puede existir la mas corta asociacion humana, y de cuyo orden y templanza depende el primer beneficio de la civilizacion.

De la falta absoluta ó del olvido de este principio dimana la perfidia y el amago que vemos dominar en el dia en la alta política que dirige los negocios del mundo, y á la cual deja la Providencia la regulacion de sus destinos. La sagacidad, el engaño, la mala fé parece que se halla convertido en una ciencia sublime cuando se trata de conciliar intereses en la elevada region de la diplomacia. Para ciertos hombres parece que no existe moral pública, y que la conservacion de los grandes intereses de los pueblos justifica todos los medios. Tal vez se nos ofrecerá ocasion de desenvolver prácticamente estas ideas que no hacemos sino indicar, porque al paso que emitiremos nuestras doctrinas, no podremos dejar de fijar nuestras miradas en la historia contemporánea, que es la mejor y mas viva comprobacion de las verdades que nos ha dejado consignadas la historia de los siglos anteriores.

(Continuará.)

REGLAS

DE EDUCACION Y DECORO

PARA LAS SEÑORITAS.

(CONTINUA.)

DIVERSIONES.

La sociedad se mantiene y estimula por medio de los recreos y diversiones; mas para que nos interesen y no nos perjudiquen, se han de mirar sin un apego que degenere en pasion, y con aquella indiferencia que se merecen á toda persona sensata, sabiendo privarnos de ellas sin sentimiento. Para convencernos de su futilidad, no hay sino figurarnos cuál seria nuestra impaciencia si nos viésemos obligados por una semana entera á asistir de la mañana á la noche á un baile continuado, á un concierto, una ópera, comedia ó cualquier otro recreo. Solo la hipótesis es insufrible: fuera de que el arte de gozar, es el de privarse para mantener en su fuerza la ilusion de lo que divierte.

HERMOSURA.

Tened presente que si la hermosura es una ventaja, tambien es un peligro. Es un don del cielo que debeis respetar en vosotras mismas, y que se ha de mirar bajo dos aspectos muy diferentes, á saber: como materia de vuestra gloria si sabeis apreciarla, y como ocasion de vuestra pérdida si abusais de ella. Hay pocas mugeres entradas ya en años que no deban sentir haber sido hermosas.

ALABANZAS.

Pensad que las mas veces solo se os alaba por interés, y que los elogios y cumplimientos que se os prodigan, no tanto tienen por objeto agradaros, como sorprenderos. No os está bien ser juguete de vosotras mismas, dejándoos persuadir de lo que os lisonjea, y agradeciendo alabanzas que tal vez no mereceis. ¡Cuántas veces no se verifica en los elogios lo del zorro, que alababa al cuervo su voz para que dejase caer el queso!

CELOS.

No solamente arguye perversidad de índole, sino tambien de muy poco talento, el hablar mal de las personas de quienes se teme que puedan oscurecernos; pues los celos, que son los que en semejantes ocasiones nos inspiran, no producen otro efecto mas que realzar las cualidades de la persona tildada, y disminuir las de la misma que tilda.

ADEMANES.

Las cualidades propias é individuales se malogran infelizmente con la afectacion de las que no se tienen. Guardaos, jóvenes, de ostentar un esterior engreido y desdeñoso; y aun cuando os domine la idea de que solo con dejaros ver agradais, no omitais cuanto contribuya á mereceros una estimacion justa y debida. Si se echa de ver que nada poneis de vuestra parte para congraciaros, y que mirais como un tributo de justicia el que se os admire á primera vista, estad seguras de que por grande que sea vuestro mérito, se dejará desde el mismo momento de apreciaros: porque toda pretension orgullosa hiere el amor propio de cada uno, y viste se venga con el desprecio de la humillacion que ha querido imponérsele.

MODAS.

Si queremos vivir en la sociedad, es necesario seguir sus usos; pero no seais de las primeras en seguir las modas, por no esponeros á tener que dejarlas cuando no consiguen generalizarse. Sin salir de los modelos de cada una, el juicio, la modestia y el buen gusto deben dirigir vuestro atavío. Cuidad mas que de estar adornadas, de presentaros decentemente vestidas, evitando sobre todo que el vano deseo de componeros como aquellas á quienes en nada os parecéis, os haga perder el aire que la naturaleza os ha dado en particular, por conformaros con el suyo. Esto os espondrá inevitablemente á parecer ridículas por el mismo medio con que otras se hacen agradables.

MODALES.

Igual inconveniente presenta que la servil imitacion de los trages, la de los modales y maneras de otras. Es poco glorioso dar márgen á que se piense que no es una capaz de agradar por sí misma, si no lo toma prestados ademas de que la menor cosa, siendo original, vale infinitamente mas que la copia. Solo es permitido evitar aquello que puede adquirirse con la imitacion, como son las virtudes, tomando para esto por modelo lo mas perfecto. No se ha de gastar demasiado tiempo y esmero en componerse, pues se conoce al instante el escesivo cuidado que se ha puesto, y se burlan todos de semejante puerilidad, así como de los discursos sobradamente pulidos y movimientos copiados. La naturaleza puede amalgamarse con el arte, pero nunca con el artificio.

PENSAMIENTOS.

El trato frecuente con las señoras, inspira urbanidad, elegancia de modales, tono y dulzura.

Es propio de todas las señoras en general, la bondad, las gracias, el tacto y la indulgencia: así es que á todas ellas debemos respetarlas y obsequiarlas á la vez.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD BYRON.

ARTÍCULO 1.º

§. I.

[CONTINUA.]

Es muy de creer que estas primeras impresiones contribuyeron á inspirarle exageracion en el pensamiento y amargura en el corazon: llevar debia impresa en su talento la impaciencia maternal, y debia querer romper todos los obstáculos, todas las barreras, todas las trabas, á la manera que su madre hacia trozos de las porcelanas que su mano podia alcanzar.

Si nos remontamos ahora un poco mas sobre el primer grado de su genealogía, vamos á encontrar nuevas figuras no menos pintorescas, y otras influencias no menos poderosas. Lord Byron tenia por abuelo un célebre comodoro á quien los marineros habian dado el apodo de Jaime Mal-Tiempo (Fould-Weather-Jack), porque se le habia observado que nunca se habia dado á la vela sin sufrir una tempestad. El destino de estos Byron, tanto en la mar como en la tierra, era de ser combatidos por todos los vientos contrarios, no haciendo mas que mudar de tormentas cuando mudaban de elemento. Hubiérase dicho que llevaban marcado en su frente un sello providencial: todos los miembros de esta familia, y que la fortuna reconocia esta señal donde quiera se encontrasen. En un viaje al rededor del mundo, el abuelo de lord Byron transformó en historia el romance de Daniel Foe sobre Robinson Crusoe; la realidad de sus aventuras y peligros tocó el término hasta donde habia llegado la imaginacion del autor novelista.

¿Y qué será si hablamos de su tio Guillermo el Malo (William the Wicked), personage sombrío y misterioso, cuya fisonomía se mira reflejada en algunos poemas de su sobrino? Contemplad á ese lord disoluto, matador, y tal vez asesino, colgando de su lado la espada con que habia atravesado el corazon de un pariente en un duelo nocturno, saliendo de una taberna de Palmall. Nadie fué testigo de este duelo, tenido á la luz pálida de una vela moribunda. El herido balbuceó antes de morir algunas palabras acusadoras; formóse en Westminster-Hall una sumaria llena de interés y de emociones ante los pares, que despues de varias sesiones en medio de la espectacion del público, admitido á precio de oro en la sala, declararon por unanimidad al acusado, reo de asesinato premeditado; acusacion de que solo pudo escapar invocando el privilegio del juramento que á su título correspondia.

Si seguimos esta vida cubierta con una mancha de sangre, veremos que se desliza triste y taciturna en Newstead-Abbey, morada tan sombría como el destino que allí debia terminar. El lord homicida siéntese herido en sus mas dulces afecciones; el cielo ha cortado la vida de su hijo único; la cuchilla invisible de la muerte cayó sobre la raza de aquel que habia pecado por la cuchilla; envejece solitario sin esperanza de posteridad. Apodérase entonces de él una rábia fria y silenciosa. Rebélase contra el decreto de Dios, y no pudiendo desheredar la línea lateral á la cual van á pasar sus bienes y sus títulos, quiere á lo menos dejarle una fortuna arruinada, así como le legará un título manchado por un crimen. Dejará, pues, que caigan de vejez los edificios, estraerá de la tierra la última sustancia, la disipará, hará cortar las altas arboledas, restos magestuosos del parque de Sherwood; por fin, enagenará secretamente porciones considerables de una vasta y preciosa posesion que se halla calificada de primera clase en el *Doomsday book*, antiguo registro general de Inglaterra, formado por órden de Guillermo el conquistador.

Cuando el viejo lord hubo urdido todos los hilos de esta venganza póstuma, que ha de esplotar despues de él, y hubo tendido para un porvenir que él no verá el pérfido lazo donde ha de caer y morir la corta prosperidad de un niño, entonces de tierna edad, se abandona á unos placeres estraños como él mismo, y á goces de una estravagante profusion. Todos estos Byrones amaban la mar; y este elemento, que es para todo inglés la segunda pátria, ella para ellos la primera. Parece que aquellos caractéres caprichosos y mudables necesitaban vivir sobre las olas, tan mudables y caprichosas como ellos. Habia entonces en Newstead-Abbey un lago magnífico, que en los versos de lord Byron despliega á menudo sus inmensas cascadas y sus dormidas ondas: sobre este lago gustaba su tio de hacer simulacros de batallas navales por medio de pequeños navíos, dirigidos por castillos en miniatura que habia hecho construir sobre la orilla. Dia llegó en que estos juguetes cesaron de divertir al taciturno señor; y le ocurrió una idea singular, estravagante: la de ver un verdadero navío, un navío de guerra desplegando sus alas de ave de rapiña sobre aquellas dormidas aguas.

Esta idea debia complacer el genio de esta raza aventurera, por la precisa razon de la aparente imposibilidad de ejecutarla. Lord Guillermo hizo, pues, comprar un grande navío en las costas del Océano, y dió órden que fuese trasportado hasta el lago sobre enormes estribos construidos á todo gasto para satisfacer el loco capricho del señor del castillo. Grande fué la sorpresa en aquel pais al ver aquel enorme buque completamente montado, navegando en tierra firme por entre las florestas desmanteladas de la antigua selva de Sherwood. Entonces vino á la memoria de aquellos habitantes un viejo pronóstico de una adivina del canton (Mother Shipton) que habia dicho: "Cuando un navío cargado de merluza atravesará el bosque de Sherwood, Newstead saldrá del poder de sus señores." En el dialecto de Nottingham-Shire, la palabra *ling* puede traducirse igualmente por merluza ó por arbusto: los paisanos, que detestaban á Guillermo-el-Malo, y que deseaban favorecer el cumplimiento de la profecía, al pasar el navío cortaban arbustos y los arrojaban en su fondo á medida que la inmensa máquina iba avanzando por el bosque fatal. Por manera que el dudoso oráculo quedaba ya cumplido cuando aquel navío, mensagero de ruina, bajó á las aguas inmóviles de Newstead-Abbey.

¿Quién no reconocerá en el colorido de esta leyenda aquel terror sombrío de donde Shakespeare tomó el célebre oráculo de las hechiceras! Y este navío que camina en tierra firme, ¿no se parece maravillosamente á aquel bosque que caminó para sitiar al usurpador Macbeth en su último refugio! En Inglaterra es donde mas abunda este género de leyendas, porque en Inglaterra mas que en ninguna otra parte habia encontrado su verdadera espresion esta union indisoluble entre la tierra y las razas, antigua utopia del sistema feudal.

El *Doomsday book*, aquel registro escrito con la punta de la espada de Guillermo el conquistador, es, propiamente hablando, el libro de los desposorios de la raza normanda con las tierras de Inglaterra; y quedó tan fuerte el lazo de este himeneo, que parecia imposible se verificase su divorcio sin ser anunciado antes por misteriosas señales y apariciones. De aquí nació aquella especie de mitología feudal, aquella caterva fantástica y nebulosa de sombras gimiendo, damas blancas, espectros sin hundos que llenan las leyendas inglesas y de que sacó tantos recursos el genio romántico de Walter-Scott. Cuando la raza de los antiguos señores desaparecia ó era des-

pujada de su tierra, ésta lloraba como en una especie de viudez. La leyenda popular que había anunciado que Newstead-Abbey saldria de las manos de la familia de los Byrones, era de esta clase, y tuvo su cumplimiento por la muerte de lord Guillermo-el-Malo, que en 1798 bajó al sombrío subterráneo en donde descansaban sus antepasados, sin dejar heredero directo: por manera que su sucesion se halló transferida en la cabeza del jóven Byron, refugiado á la sazon con su madre en las montañas de Escocia.

En esta série de caracteres que se han ido desplegando á nuestros ojos, hemos visto sucederse, por decirlo así, las diversas fases del genio futuro del poeta, pareciendo tan fácil trazar la filiacion intelectual y moral, como la filiacion natural y física. Se hallará en la variedad de sus relaciones y en el ardor frenético de sus fastos algo de semejante á las pasiones desordenadas de su padre y á sus vagos amoríos: en otra parte se verá despuntar la irresistible pesadumbre del carácter de su madre, y aquel torrente de imprecaciones á las que tan á menudo daba rienda ancha la desolada viuda en sus noches de soledad y en sus abandonados dias. Su espíritu hallará un placer en el cambio incesante de situaciones, y gustará de vagar errante de mar en mar y de orilla en orilla, como el célebre comodoro abuelo suyo, que seguro de hallar una tempestad cada vez que se hacia á la vela, no podia permanecer en el puerto, y desafiaba todas las fatigas, menos la del reposo. En su génio tendrá algo de sombrío, de retirado y taciturno como la vida de su tio Guillermo-el-Malo. Su carácter y su talento parece que se componen de las calidades y de los defectos de todos los hombres de su prosapia; caminando el último y el mas misántropo de todos, llevará en su frente el sello de la desgracia escrito en la frente de sus abuelos, y los partos de su imaginacion serán fogosos y estraños como su destino.

Así que, en vez de ver en sus pocas el reflejo de una sola vida, se mirará en ella el reflejo de todos los anales domésticos de la casa de Byron, que desplegándose á los ojos de la poderosa inteligencia de su vástago, han dejado en sus poemas una sombra de fuego. Esta raza esencialmente romántica, si por esta palabra se entiende todo cuanto sale de los límites ordinarios, habia formado muy de antemano el genio del que heredaba tanto su nombre como sus destinos, en una atmósfera poética compuesta de recuerdos de familia. Mas de una vez descubrirás el espectro amenazador de lord Guillermo-el-Malo, alzando la sombría frente y con el dedo sobre los lábios como queriendo retener un secreto de sangre, y aparecerse medio envuelto en una niebla opaca como él mismo en las composiciones de su sobrino. Habia en la casa de Byron cierta analogía con la raza de Atreo y de Thiestes, que tantas tragedias habia inspirado á los génios sublimes de la antigüedad; su grandeza era una mezcla de misterios y de crímenes, de modo que Byron nació de una raza poética antes de ser poeta.

§. II.

Hemos investigado ya los antecedentes de lord Byron en los anales domésticos de su familia, y hemos visto delinearse sobre las avenidas de su cuna los destinos de sus antecedentes, semejantes á aquellas grandes encinas cuyas sombras gigantescas descienden hasta las llanuras que las rodean. Pero hay mas que decir todavía sobre las influencias que contribuyeron á modificar su inteligencia, y á estampar su sello en aquella alma poética.

El niño que nacia tras esta larga línea de raros personages, con la fisonomía caprichosa y la frente taciturna, ese niño nacia igualmente con una imperfeccion que fué el desespero de toda su vida. La burla que hace Horacio de ciertas obras en el principio de su *Arte poético* (1) era tristemente aplicable á lord Byron. El cielo le habia dotado de una de aquellas figuras bellas y melancólicas que parecen la obra perfecta del genio; mas en la parte inferior de su cuerpo se le notaba aquella deformidad que fué comun á lord Byron, sir Walter-Scott y M. de Talleyrand.

Para conocer toda la influencia que este vicio de conformacion tuvo sobre el carácter de lord Byron, es preciso considerar el esquisito sentimiento de lo bello que ha puesto Dios en el alma del poeta. El verdadero poeta es artista por el corazon; en sí mismo lleva el instinto de la belleza de las líneas y de la armonía de las proporciones, y en esta parte existen secretas simpatías que el vulgo no puede ni aun sospechar. Lo que para sir Walter Scott no fué mas que un accidente y una incomodidad para M. de Talleyrand, fué una desgracia para lord Byron, porque éste, sobre todo y ante todo, era poeta. Esta desgracia la soportó con una febril impaciencia durante su infancia, y despues de ella, la edad no le dió mas filosofía. Si no temiéramos que se nos calificase de adelantada en demasía nuestra reflexion, diriamos que habia una rara semejanza entre la conformacion de la persona de lord Byron y la naturaleza de su genio. Este genio tiene una parte superior admirable, pero tiene tambien una parte inferior defectuosa y mala. El autor se ha dibujado en pié en sus poemas, y donde quiera se descubre el pié cojo.....

Mas de una vez se le habia echado en cara durante los primeros años de su vida esta desgracia de la naturaleza, y la humillacion que habia sentido quedó cruelmente marcada en su memoria. ¿No se habia ya afligido su madre, en su alumbramiento, como la de Glocester en Shakespeare? ¡Y no fué necesario para consolarla de haber puesto al mundo una criatura desgraciada, que una adivina pronunciase al recien nacido un porvenir brillante, fundándose en que, durante ciertas épocas periódicas, el señorío de Newstead-Abbey habia pertenecido siempre á señores mutilados ó estropeados? Los jóvenes compañeros de sus juegos, no le habian recordado mil veces con dicterios injuriosos este defecto de nacimiento que él hubiera querido ocultar á las miradas de todos? En fin, á pesar del favorable augurio de la adivina, su mismo madre en sus arrebatos y accesos de cólera no le habia dirigido epítetos de agravio, que haciendo alusion á su desgracia, le herian mas profundamente el corazon un cuento salian de una boca de la que no hubiera debido esperar sino consuelos? Estas duras y ofensivas palabras de *crooked foot* y de *lame brat*, salidas de la boca maternal, habian dejado en el alma del poeta un resentimiento de dolor que se deja sentir hasta en sus composiciones.

En la pieza titulada: *Deformed transformed*, puede verse un melancólico recuerdo de estas escenas domésticas, y en la triste respuesta de Arnoldo á las maldiciones de Bertha que le echa en cara su deformidad: *Madre, de esta manera nací*, el poeta mismo se oculta detras del personage, y se nos presenta medio envuelto en su humillacion dolorosa. Lord Byron no disimulaba en sus conversaciones íntimas el profundo desespero que le causaba este vicio de conformacion; y para no ser tachados de exageracion en las consecuencias que de ello hemos deducido, nos es indispensable citar sus propias palabras: dijole un dia un amigo que sus facultades intelectuales le elevaban sobre el resto de los hombres: lord Byron con una sonrisa amarga la señaló su cabeza, diciendo: "Si esto no me hace superior al resto de los hombres, esto (y le señalaba su pierna) me pone muy inferior á ellos."

(1) *Desinit in piscem mulier formosa superne.*

Seguid ahora este último vástago de una raza melancólica, con una irritacion nativa que trae en su alma acibarada; seguidle en la soledad que busca en odio y en despecho de las humillaciones que sufre por parte de los hombres, y alimentando sus primeras meditaciones en la escarpada cima de las montañas de Escocia á donde le habian desterrado los infortunios de su madre. Los hombres no entran para nada en esta educacion fiera y salvage; los libros y la naturaleza son los únicos preceptistas de lord Byron hasta su entrada en el colegio de Harrow, pues pasamos por alto los oscuros pedagogos cuyas lecciones siguió irregularmente con los otros niños de su edad. Byron es un lector prodigioso y un paseador infatigable. Sus pasos devoran el espacio con el mismo afan con que sus ojos devoran los libros. Esta alma ávida de alimento se abre á la vez á las impresiones de la naturaleza por sus osadas escursiones, y á las impresiones de la sociedad por sus lecturas.

En esto se reconocerá el orígen de uno de los caractéres mas notables del genio de lord Byron; queremos decir, de aquella frescura de imaginacion que parece balancearse entre los bosques verdosos y estenderse por los bellos lagos de la Escocia, al lado de aquella triste esperiencia de la corrupcion social que difunde sobre los versos del autor inglés el colorido escéptico de las poesías de Voltaire. Nunca mas se borrarán de su memoria las magestuosas escenas de la naturaleza de que fué testigo en su infancia, y las nebulosas bellezas del clima de Escocia, los grandes alaridos de los bosques que braman al doblegarse bajo las alas de la tempestad, el murmullo de las aguas que se despeñan y los sordos rugidos del trueno se descubrirán siempre en el fondo de su genio, aun cuando la superficie de su inteligencia parezca coronarse de flores. El alma de lord Byron era un espejo, pero un espejo en donde las imágenes una vez trazadas no se borraban jamas. Cierto arranque de Ossian caracterizaba las primeras emociones de su vida: este tinte primitivo sobrevivió á todas las impresiones de los años que siguieron, dejando un no sé qué de pintoresco como la naturaleza de Escocia en aquel ánimo escarpado, digámoslo así, y en aquel corazon que tenia perspectivas abiertas en todos los puntos del horizonte.

En esta soledad salvage, en los sitios mas sombríos de la Escocia se deslizó la primera infancia del poeta. Allí se le pegó ese culto fanático á la naturaleza desnuda, que así en él como en Rousseau se parecen bastante al ódio de la humanidad. Bryon poseia todas las afecciones que son los atributos de la misantropía: prodigaba en caricias desordenadas á los animales la simpatía que rehusaba á los hombres; inmortal ha quedado su amor á su perro Beatswain, por el epitafio que le consagró.

Dando á su inclinacion á los animales un color dramático y singular, como á todas sus acciones, se complacia en domesticar la bravura de las bestias salvages, y muchas veces se le vió rodeado de estos monstruosos amigos, cuyo diente ó garra llenaba de espanto al visitador no acostumbrado á estas amistades salvages. Para imitar esta singular fantasía de lord Byron, el célebre actor Kean, que tenia tambien sus pretensiones de originalidad, transformaba su salon en casas de fieras, y á nadie recibia sino por medio de un leon que tenia domesticado. Mas no hemos dicho bien al calificar de singularidad este antojo de lord Byron. Habia en estas arriesgadas y difíciles educaciones, dos circunstancias muy seductoras para un alma como la suya: las fuertes emociones de una empresa aventurada, y el orgullo de una grande dificultad vencida.

(*Continuará.*)

VARIEDADES.

LA RELIGION

CONSIDERADA COMO BASE

DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

J. H.

(CONTINUA.)

Pasemos á considerar por un momento la necesidad de la influencia religiosa en las grandes masas. Esta ha sido reconocida hasta por aquellos hombres que no considerando en la religion sino una feliz invencion de los legisladores y de los gobiernos la creen necesaria é indispensable para contener á la clase ínfima y numerosa, en la que pueden penetrar apenas los demas principios civilizadores. Lejos de nosotros semejante impostura; lejos de nosotros el reservar para la parte mas sencilla y desgraciada de la humanidad un freno que desdeñan con orgullo la prosperidad y la filosofía. No, harto conocimos ya á su tiempo la máxima tan perfida como absurda, *la religion para el pueblo*: nosotros sin anular al pueblo, le miramos con toda la dignidad con que la religion considera á los hombres, sea cual fuere el grado que ocupen en la escala social. Y aun diremos mas, considerando la influencia religiosa en el individuo, la juzgamos tanto mas necesaria cuanto mas este puede abusar de su poder ó de su inteligencia; decir lo contrario es condenar á la abyeccion y al oprobio la mayor parte de la humanidad; y vano seria el freno saludable de la religion, si de él quedasen esclavos aquellos hombres dotados de mas medios para elevarse entre los demas, y dominar sobre ellos. No: la religion es para los reyes y para los pueblos, para los grandes y para los pequeños; para el hombre que nada en el poder y para el desvalido que mendiga su socorro en nombre de la caridad. Este es el único medio para que la sociedad humana llegue por el amor, y no por el crimen, al alto punto de union y de fraternidad á que la conduce el Evangelio: este es el mas elevado punto posible de civilizacion al que se afanan en vano para hacerlo llegar los sistemas fundados en teorías puramente humanas.

Pero considerada sobre las masas la influencia reguladora de la religion, aparece evidente á primera vista que sin ella los hombres reunidos, llenos de intereses opuestos, de exigencias, de necesidades y de caprichos, estarian en lucha continua unos con otros sin un lazo de deber que los ampare por una parte y los contenga por otra. Y este lazo no puede buscarse en las reglas de una esmerada cultura ni en las abstracciones de la filosofía: esta idea ha de derivar de mas alto, ha de dominar sobre la multitud con fuerza, ha de crecer desde la infancia y arraigarse en el corazon, ha de reconocer la mano de una providencia reguladora sobre los destinos del hombre, haciéndole dulces los sufrimientos y for-

zándole á estender sus tristes miradas mas allá del sepulcro. Quitad de los desgraciados la conviccion de la existencia de una voluntad suprema á la que nadie puede resistir; dejadle en la horrorosa duda de su destino; abandonad su alma agobiada á las tenebrosas sospechas de la fatalidad; ah! ¿qué será de los hombres? ¡En nombre de quién consolaréis á una multitud necesitada ó hambrienta? ¿Con qué poder detendreis el empuje terrible de una muchedumbre entusiasta, frenética, cuya idea dominadora es la de vengar en la parte mas feliz ó menos desgraciada de la sociedad el ultraje que le ha hecho la fortuna, ó el órden marcado por la Providencia en la economía de la humanidad? ¿Qué hay, que puede haber de tan terrible y amenazador como una masa embrutecida, sin religion, sin pudor, sin sentimientos sociales, ciega, sin casi el instinto de la razon, que se arroja con la rapidez del rayo sobre todo cuanto cree obstáculo á su avidez inmensa, á su sed insaciable del gozar ó de vengarse? Quitad, pues, de en medio del pueblo, sofocad, desarraigad el espíritu religioso de entre aquella muchedumbre cuyas pasiones arrebatadas no pueden modificarse ni aun por aquellos sentimientos de cultura y de sociabilidad que conservan en otras clases la apariencia de las virtudes sociales, y ¿qué tendreis! El único derecho del número y de la fuerza; la ley del salvage, el arrojo, el abandono del hombre embrutecido hasta su última degradacion. ¿No nos sobran por desgracia motivos para creer que ninguno de entre nosotros podrá en duda esta verdad, por mas que afecte desconocerla?

(Continuará.)

LORD BYRON.

ARTÍCULO 1.°

§. II.

[CONTINUA.]

El niño que trepaba por los peligrosos senderos de las montañas de Escocia, quiso, al verse hombre hecho, domar las bestias feroces. Esto era muy natural, pues siempre se deja ver una especie de lógica en los mas grandes caprichos del espíritu humano.

Otra prueba de esta lógica hallarémos en las lecturas de lord Byron. A la edad en que los hombres no han leido sino libros, él habia leido bibliotecas, y en el catálogo de las obras que la prodigiosa actividad de esta inteligencia famélica habia devorado, antes que el poeta hubiese cumplido los quince años, vemos llegar los romances al número de cuatro mil. Así que, aquella imaginacion voraz pasaba en leer romances el tiempo que no empleaba en hacerlos; y los dramas de la vida humana, venian á añadir sus puntos de vista á los dramas de la naturaleza que se desplegaban á los ojos del poeta, durante sus aventureras escursiones sobre el Loch-Nagar, rey de los picos escarpados de la vieja Caledonia.

Byron, gracias al estado de fortuna de su madre, no teniendo punto de salida abierto para su genio en el mundo positivo, habia concentrado toda su actividad en la region del mundo ideal, cuando sobrevino un acontecimiento que cambió su posicion en la sociedad: tal fué la muerte de su tio Guillermo, aquel personage que vimos designado en las crónicas escocesas bajo el nombre de *Guillermo el Malo*. Sin esta muerte, es muy probable que el genio de lord Byron no hubiera tomado aquel aire epicúreo y libertino que se descubre en algunas de sus poesías, porque

su existencia no se habia aún bañado en los placeres del mundo. Su talento hubiera quedado mas tétrico y sombrío, y habria guardado mas analogía con el de Rousseau. Pero aquella muerte produjo una revolucion en su existencia, haciéndole pasar de una posicion oscura y precaria á una situacion brillante. Una sola noche separó estas dos estremidades de la fortuna: por la víspera, objeto de compasion, por la mañana objeto de envidia. El mismo poeta esplicó esta trancision rápida en sus versos. "Ayer, dice, la fortuna me condenaba al látigo por culpa de otro; y hoy ved aquí que hace de mí un gran señor, porque otro ha cesado de serlo." La vida de su padre habia causado su ruina; la muerte de su tio produjo su grandeza.

El centro de los dominios que acababan de tocar en suerte á aquella infancia, junto con un asiento en la soberbia asamblea de los pares de los tres reinos unidos, que eleva su inmenso orgullo al nivel del orgullo del senado romano, el centro de estos dominios, repito, y el punto principal de las posesiones de Byron, era el mas á propósito para continuar sobre el alma del poeta aquella especie de influencia que habia ejercido sobre ella desde un principio al aspecto romántico de los sitios Ossiánicos de la Escocia, y aquellas montañas altísimas sobre las cuales una naturaleza misteriosa parecia haber estendido un eterno y nebuloso velo. Y no se admire que demos tanta importancia á esta influencia material de la naturaleza física sobre el espíritu de lord Byron. Hay dos clases de inteligencias: unas mas elevadas y recogidas en sí mismas, dominan los objetos esteriores: otras mas abiertas á las impresiones, se dejan dominar por su ascendiente. Lord Byron, así como la mayor parte de los poetas, se acercan á este segundo tipo. Su espíritu se matizaba con los colores de los parages en que vivia, y nada mas fácil que ver comprobada en sus viages esta ley de su inteligencia.

La fortuna conduciendo á Byron en los muros de Newstead-Abbey, daba una vida al lugar donde todo habia sido hasta entonces sombrío y romántico en la mas romántica de las habitaciones. Newstead-Abbey no formaba parte de las numerosas posesiones concedidas á la familia de Byron despues de la conquista de los normandos. La posesion de esta propiedad remontaba al reinado de Enrique VIII, y á la espoliacion del clero católico, como lo indica ya el nombre mismo del edificio. Sabido es que el rey Enrique VIII, aquel monarca que por la violencia revolucionaria de su naturaleza ofrece algunos rasgos de semejanza con la convencion francesa, habia repartido á su nobleza las propiedades eclesiásticas por precio de su apostasía, y que el cambio de religion en la Gran-Bretaña fué mas bien un negocio de intereses que un negocio de creencia. En la distribucion de este real pillage, Newstead-Abbey habia caido en suerte á los Byron.

(Continuará.)

REGLAS

DE EDUCACION Y DECORO

PARA LAS SEÑORITAS.

[CONTINUA.]

COQUETERIA.

Solo con presentar un bosquejo de lo que es una coqueta, se convence uno de lo poco conforme de semejante carácter con la probidad, la firmeza y aun con su propio interes, si aspira á merecer un lugar honroso en la sociedad. La coqueta está dispuesta á dar acogida á todos los obsequios: prefiere agradar á las personas de brillo, antes que á las de verdadero mérito, y se consuela del menosprecio de algunos con la esperanza de alucinar á otros. La coqueta oculta á veces su pasion, no por modestia, sino por hacerse va-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ler mas, y se apresura por sentarse al lado de los que quiere que pasen por sus amantes, teniendo que ellos no se sienten junto á ella: en todas las concurrencias es su cabeza un arpadillo: habla, no tanto para que la entiendan los que están en su compañía, cuanto para que la escuchen los demas, y no repara en ostentar aires libres y poco conformes con la modestia de su sexo. La coqueta se conoce sin rozarla en todos los tonos de una conversacion, sorbreponiéndose á cuanto puede pensarse de su conducta y sentimientos; á trueque de ser objeto de las conversaciones: sufre sarcásticamente en los que la han abandonado los libertados, irónicas ó indirectas de su facilidad: procuran darse por todas partes en pos de sí á sus esclavos. Para escitar mas la pasion de cada uno, la coqueta escita sus celos y altera la tranquilidad de cada cual con sus modales libres y sus miradas apasionadas, como si quisiese inspirar amor á otros: deja entrever estudiosamente las cartas y regalos que ha recibido, los gastos y tentaciones que por ella se han hecho, y manifiesta, en fin, la jactancia de los amantes mas indiscretos, y la resolucion de las mugeres que nada tienen que perder. ¡Habrá hombre que se arrostre á unir su suerte con semejante muger! ¡Habrá muger que se proponga ganar con la imitacion de este modelo á ningun hombre!

OSTENTACION DE SABER.

El templo de las ciencias no está cerrado al bello sexo; pero sí es muy agudo de él el pretender levantar cátedra sin una muy conocida vocacion. La muger debe poseer conocimientos generales para poder interesarse en todo lo que sea materia de conversacion; pero lo delicado de su rostro no parece hecho para marchitarse entre el tiempo con las desvelos de un profundo estudio: jamas sabe si logra hacer la felicidad de un hombre! y aun la misma Madama Suel, tan célebre por sus conocimientos, hubo de sufrir del sagaz Napoleon, al querer atraerse su atencion con sus discursos, aquellas picantes palabras: *Madama ¡cuantos hijos tendrá!* Es pues ridículo que una muger ostente á cada paso su erudicion y quiera singularizarse por este medio: pierde con las mugeres y gana poco con los hombres, que tienen por esclusivamente suyo el patrimonio de las ciencias; pero lo es no solo permitido sino debido, el procurarse conocimientos análogos á su condicion con el amor á la lectura, que cultive su entendimiento, mejore su corazon y la aparte de otros entretenimientos dispendiosos, ó del fastidio que es fuente de infinitos males.

DEBERES RELIGIOSOS.

Los deberes de religion, aun considerados como puramente sociales, son de mayor trascendencia para la felicidad individual de la muger que para la del hombre. Un hombre que bajo el pretesto de despreocupacion se permite invectivas contra la religion, es ya mirado en el sin cosa mi charlatan haciendole mucho favor, pues la religion bien entendida es el mayor de los vínculos sociales: pero una muger que se ensangloria de sentimientos irreligiosos pasará por un monstruo que ahuyentará de sí á todos los hombres. El mas libertino, el mas prendado de sus frenas cualidades temblará de pensar que las pasiones de aquella jóven no tienen otro freno que el frágil decoro humano, y no contará con la fidelidad de quien ha roto el pacto con la Divinidad. La ternura, la piedad, los sentimientos religiosos son la herencia peculiar del sexo hermoso; el realce mayor de sus gracias, á que no puede resistirse el corazon mas depravado. *Muger, llora y creerán*, dijo un poeta dramático ilustre: sentencia que puede ser aun mucho mas verdadera diciendo: *cree, muger, y prenderán.*

(Continuará.)



REVISTA BIBLIOGRAFICA.

LAS VIOLETAS.—POESIAS DE LA SEÑORITA DOÑA DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

Pocas veces hemos cogido la pluma con el placer que ahora lo hacemos, para trazar algunas líneas sobre los poéticos ensayos de la señorita de Cabrera, que colocada ya en el catálogo de las poetisas españolas mas aventajadas sabe ahora su nombre del reducido círculo de los literatos para estenderse en el ancho del público.

Bajo el nombre de las modestas flores que sirven de título á las concepciones de esta nueva poética, ha publicado un libro que debiera llamarse *Ramillete*, y de bellísimas flores, porque lo son en verdad las lindísimas poesías que contiene, frias emanaciones de un alma entusiasta, tierna, amante, sensible, de un alma de muger, verdadera inspiracion del genio.

Es tan esquisita la inteligencia de la muger, tan susceptible su corazon de fuertes emociones, tan amante de lo bello y de lo grande, que no puede sentir sin vehemencia ni espresar sin sublimidad. Así vemos en las poesías de la señorita de Cabrera rasgos de sublime ternura, de verdadera poesía.

Como si su alma no perteneciera á este mundo, la oimos esclamar:

"¿Qué es para mí la tierra!....¡Oh! ¡nada, nada!!)

Por eso eleve la mirada al cielo,
Que el corazon y el alma en él tan solo
Hallan consuelo."

Dice mas adelante:

"Desgraciada la muger,
Dotada de un alma ardiente,
Que á este mundo solamente
Ha venido á padecer."

¡Infeliz! en efecto, si mirando nuestra sociedad por la óptica de sus poéticas ilusiones, ve disiparse estas como las hojas agostadas, desvanecerse al sentir el hálito de una sociedad material, como la nieve á impulso de los rayos del sol.

Con religiosa y profunda fé en sus creencias, con amante ternura para con sus queridos padres y hermanos,

y apasionada en sus recuerdos de amistad, siempre son poéticos sus pensamientos. La patria ha inspirado tambien su númen; y en sus poesías *á las heróicas víctimas del 2 de Mayo*, á *Zaragoza* y otras, ha demostrado el varonil aliento de su alma. Traduciremos, aunque no sean mas que las dos primeras octavas de la primera composicion que citamos.

"Sobrecogida de respeto mudo
Doblo ante vuestra tumba mi rodilla:
Vosotros fuisteis de la patria escudo;
Vosotros sois la gloria de Castilla:
Y al pensar que la España solo pudo
Producir de valor tal maravilla,
Tengo de llanto mis pupilas llenas,
Y arde la sangre en mis hinchadas venas.)

—

"Y lloro, sí; mas de entusiasmo ardiente)
Late tambien mi corazon fogoso:
Y lloro, sí, mas siento por mi suerte
Pasar aquel recuerdo, que glorioso
Dejásteis á la España, y que en su frente)
Brilla como un diamante esplendoroso:
Y mientras vuestra muerte y triunfos canto,)
Riego la tierra con mi acerbo llanto."

—

Gustosos copiaríamos muchos de sus versos á tener mas espacio.

Felicitámosla, pues, por tan venturosos ensayos, y deseamos ver nuevos *pensamientos* en pos de las *Violetas*, estas aromáticas mensageras de la estacion florida.

REVISTA DE PARIS.

¿Cree vd. tan fácil, amigo mio, procurarle noticias exactas de cuanto en esta Babilonia sucede? ¿Se le figura á vd. acaso que con leer *les faits divers*, que es como si dijéramos la "Crónica de la Capital," pueden escribirse artículos adornados con las condiciones que vd. me exige? ¡Ay, amigo! Tarea difícil es esta, en que mis pocados, si no mi amistad hácia vd. me han comprometido. Pero olvidemos ahora esta dificultad: desaparezca toda preocupacion ante el deseo de complacer á un amigo á quien tanto aprecio; y arrostrando de una vez por todo, venga la pluma y consagremos por un instante nuestros recuerdos á la culta capital del mundo civilizado.

¡París! ciudad cabeza de la inteligencia. ¡París! pueblo sin igual en el mundo, centro de todo lo bueno, como de todo lo malo: ¡París! en donde lo magestuoso y sublime se cuden con lo mezquino y ridículo: París, donde los palacios mas suntuosos y los monumentos de mas nombradía sirven de apoyo á casuchas que solo podrian figurar en una miserable aldea: París, con sus jardines inconmensurables, con sus paseos sin fin, con sus calles anchurosas, con sus innumerables puentes, con sus arcos de triunfo, con sus colosales columnas monumentales, con su rio surcado por centenares de embarcaciones de todas clases, con sus teatros, sus iglesias y millares de habitantes, que así destronan un rey como un niño destruye un castillo de naipes: París, en fin, se levantó un dia de muy mal humor, y no sabiendo en qué ocuparse, tuvo la ocurrencia peregrina de cambiar la forma de gobierno de la Francia.

Pensarlo y hacerlo, todo fué uno: á las veinticuatro horas, la monarquía de Luis Felipe desapareció, y el gorro frigio de la república sustituyó á la corona de los Clodoveos.

Lo original del caso está en que los parisienses quedaron tan admirados de su obra, como pudiera acontecer á un paleto, que arrojando piedras al azar, se apercibiese de repente de que habia construido una pirámide perfecta y con arreglo á todos los principios de la ciencia arquitectónica.

Vió, pues, París su obra y le pareció buena: la consecuencia natural fué celebrar su creacion é instituir fiestas anuales, que perpetuasen en las generaciones venideras la memoria de tan inesperado suceso. El 4 de Mayo es el dia señalado para festejar á la república.

Figúrese vd., amigo mio, una de las plazas mas hermosas del mundo, con tres monumentos admirables en tres de sus costados, con los campos Elíseos en el otro, y allá, muy lejos, al fin de una alameda de media legua de longitud, el enorme arco de triunfo de *"la Estrella."* Figúrese vd. esta plaza adornada de estátuas, verdaderas obras maestras de escultura, con dorados candelabros de gas, con jardines bajo el nivel de su suelo y con dos fuentes colosales que vierten abundante agua por las bocas de tritones, nereydas y caracoles de bronce, en caprichosos juegos..... Esta es la *plaza de la Concordia*, antiguamente *plaza de la Revolucion*.

En el centro de esta plaza modelo se eleva el obelisco de *Luxor*, verdadero anacronismo de grande, que así contrasta á la plaza en cuestion, como el cuadra á la plaza en cuestion, como el casaco y manoplas del Cid á un pelisco y manoplas del Cid á un pelisco y manoplas del Cid á un petimetre de nuestros dias vestido de frac. Ocupa el espacio en que hicieron la gracia de degollar á Luis XVI, y en donde Chateaubriand, en un arrebato de frenesí, propuso construir una fuente monumental, asegurando *"que nunca en su cañería vertería tanta agua como lágrimas vertió la Francia á la noticia de la muerte de tan buen rey:"* y advierto á vd. que el agua es muy abundante en París. Pero cayó Chateaubriand, murió Luis XVIII, fué destronado Cárlos X y la fuente no se construyó. En su lugar, como llevo dicho, se alza el obelisco. El antiguo realista, moderno republicano, el sombrío Victor Hugo, dijo de este obelisco de inmensa altura, que *"era el dedo de Dios señalando á la posteridad el sitio donde se cometió un gran crímen."* Lo cual prueba dos cosas desconocidas hasta el dia: primera, que si la mano ha de guardar proporcion con los dedos, la mano de Dios debe ser bastante regular; y segunda, que Victor Hugo ha visto mas que nadie, es decir: á Dios en persona. Esta circunstancia me representa como mas incomprensible todavía, la alianza del autor de Nuestra Señora de París, que ha visto á Dios y sabe cómo son sus dedos, con Proudhom, que niega su existencia sacrílegamente. Pero dejemos á estos señores que se arreglen como puedan, y sigamos nuestra tarea.

La fiesta del aniversario de la proclamacion de la república se ha celebrado por tercera vez en la *plaza de la Concordia*.

Si es cierto, como algunos pretenden, que los gitanos son originarios de Egipto, nada mas gitano que la fiesta en cuestion.

El pobre obelisco, embadurnado de colores en nada comparables al que naturalmente tiene, desaparecia bajo un sinnúmero de geroglíficos y figuras mas ó ménos estrañas: su altura perdia mucho de su mérito, merced á la anchura desproporcionada de su base de carton pintado, en cuyos cuatro ángulos descansaban gravemente reposadas, cuatro *esfinges* que parecian afanadas de hallarse entre sombrillas, sombreros de todos colores y figuras, fraques, levitas y blusas, en lugar de las vestiduras flotantes de los *coftos* y de los sacerdotes de *Isis*. El obelisco participaba de esta estrañeza y su semblante mustio revelaba una profunda melancolía, muy en armonía con lo estrafalario de los rostros de las *esfinges*.

Algunos malignos creian ver en el obelisco la imágen de la república en decadencia, y en las *esfinges* sus primeros sostenedores.

Todo el resto de la plaza estaba cubierto de estátuas de yeso, frágiles como su materia, y que sin embargo, representaban la *justicia*, *la abundan-*

cia, las artes, la industria, el comercio, &c. Mucho me dió que pensar la circunstancia de representar estas cosas con figuras alegóricas de tan detestables materias compuestas.

A esto es preciso añadir arcos de triunfo mas ó menos góticos, innumerables banderas y estandartes, arañas, candelabros y faroles sin fin, y una interminable serie de inscripciones egipcias que tenian el indisputable mérito de ser incomprensibles.

Mucho sentí no tener á mi lado algun habitante del barrio de la Viña de Cádiz, para que pudiera esplicarme el sentido de las inscripciones.

Pasóse el dia, codeado, estrujado, pisoteado y marcado; y llegó, como siempre, tras el dia la noche.

La iluminacion fué magnífica, nada mas sorprendente que aquella inmensa galería de luces, galería de cerca de una legua de estension, que venia á morir en la plaza de la Concordia, iluminada espléndidamente con reflejos de carmin y azul, resplandores mágicos de los fuegos de Bengala. Los palacios encantados de las *Mil y una noches* podrian solo compararse al aspecto que presentaba la plaza de la Concordia y sus avenidas.

Los fuegos artificiales chasquearon á todo el mundo. Nada mas mezquino y comun. Ya observé al principiar este artículo, que en Paris se codeaba lo ridículo con lo sublime.

(Continuará.)

LOS GRAJOS.

Un dia con satisfecho
Cantaba un grajo,
Aunque todos reian
Por no escucharlo.
Tambien graves perorata
Mil diputados,
A quienes los escuelas
Solo dos bancos;
Porque los grajos,
Cansan en los salones
Como en los campos.

P. J. Bacca.

MOSAICO.

Las gentes de mas talento son las que mas se estravían, cuando se escitan sus pasiones, porque entonces toda su imaginacion se aplica á encontrar argumentos en favor de su locura.

Toma consejo de uno que sepa mas que tú, y de otro que sepa menos, y toma despues tu juicio.

El tiempo que falta á la pereza, le sobra la diligencia.

El abuso que se hace de la palabra necesaria es causa de ruina, lo mismo para las familias que para los gobiernos. Los niños y los locos desean todas las cosas: todo les es necesario porque no saben distinguir. Prueba de poco discernimiento es, crearse una lista demasiada larga de cosas necesarias.

EXPLOSION DE POLVORA.—Tal vez será la mayor la de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores. En la Bahía de Bañares, India inglesa, se ha incendiado un convoy de 30 vapores, que conducian la enorme cantidad de 150,000 libras de polvora, 18,000 arrobas. Incalculables han sido las pérdidas que esta terrible catástrofe ha causado. Nada ha quedado en una legua.

INTERPRETACION DE UN PROVERBIO.—Decian delante de uno que tenia muchas deudas, que era cierto el refran que dice: "Quien paga sus trampas llena sus arcas."

No lo creais, necios, dijo el sugeto de las deudas, ese es un rumor que hacen circular los acreedores.

VARIEDADES.

LA RELIGION
CONSIDERADA COMO BASE
DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ II.

No hay duda que la indigencia ó la desgracia es el triste patrimonio de la mayor parte de la humanidad. Hubo un tiempo, y durante largos siglos, esta clase infeliz y abyecta era esclava de la clase poderosa y afortunada, y la humanidad se hallaba dividida en dos grandes mitades, de las cuales la una parecia estar destinada para dominar á la otra. Por mas que la naturaleza condolida gimiese por esta monstruosa desigualdad, que condenaba al oprobio, al trabajo y á la servidumbre la mayor parte de nuestra especie; sin embargo, este hecho estaba consignado en todas las legislaciones de la tierra; su orígen se pierde en la cuna del mundo, y de él vemos todavia vestigios en nuestras colonias, y entre algunos pueblos salvages ó á medio civilizar. Mas desde que el divino legislador de los hombres, descendido á la tierra, dió la verdadera libertad al mundo, haciendo de todos ellos una gran familia de hermanos, cambiaron, por decirlo así, los destinos de la humanidad, y recobrando en cierto modo el hombre su dignidad primitiva, la sociedad se sentó sobre nuevas bases, y borróse ya de la frente del hombre degradado la marca del oprobio y de la esclavitud. La sociedad, pues, reposó desde entónces sobre la ley mútua del amor, á la cual el cristianismo dió el nombre de caridad; ley universal, ley fecunda en virtudes y en heroismo, que obligando á la clase feliz de la sociedad á socorrer á la desgraciada, constituye aquel equilibrio admirable que derrama donde quiera los prodigios de la beneficencia y del amor.

A este fin la religion, fecundizando ese espíritu bienhechor, y anhelando enjugar todas las lágrimas de la humanidad afligida y abandonada, no solo procuró inspirar á los grandes y poderosos de la tierra los sentimientos benéficos que constituyen una parte de su esencia, sino que abrió por sí misma y en nombre del amor inmenso de Jesucristo numerosos asilos á la indigencia, á la orfandad, al desamparo, á las dolencias y á la inocencia desvalida. Millares de millares de sus hijos se alistaron en estas banderas de la caridad; y animados por el ejemplo del que pasó por la tierra haciendo bien, y murió por amar á los hombres, se ofrecieron como víctimas voluntarias, haciendo el sacrificio de sus placeres y de su vida en las aras de la infatigable beneficencia. En estos receptáculos inmensos de las miserias humanas, despedia la humanidad un grito de dolor, pero se cambiaba reconociendo con asombro la mano bienhechora que derramaba sobre ella todos los bálsamos y todos los consuelos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo esto era necesario para que las modernas sociedades, constituidas sobre la libertad que da á todos sus miembros la adopcion divina, reposasen sobre un continuo y generoso comercio de beneficios y de caridad. Preciso era, que puestos los hombres á un mismo nivel por la accion regeneradora del cristianismo, quedasen iguales en cierto modo en el reconocimiento de su orígen y de sus altos destinos; y que las ideas sublimes y consolantes de la religion les inspirasen los sentimientos mas puros de cumplir cada cual con los deberes que le imponia su situacion social. El código santo de Jesucristo, consignando los derechos del hombre, le impone tambien sus deberes; y en uso de los primeros, y en cumplimiento de los segundos, estriba toda la felicidad social, que refluye admirablemente en cada individuo, y que templa los actos del poder desde la elevacion del trono hasta la tranquila morada del hogar doméstico.

Los sentimientos del deber cristiano, al paso que dirigen la autoridad, ennoblecen la obediencia. La conviccion de un deber justo, y el temor de infringir aquella ley suprema y universal, de donde dimanan todas las leyes sociales, es lo único que contener puede á las grandes masas populares, á quienes por la particular posicion de sus individuos interesa ménos la conservacion del equilibrio social. Mas cuando una vez sacrílega, rompiendo los lazos de todas las leyes de Dios y del hombre, dice á una multitud embriagada de ambiciones: *atended que sois ciento contra uno*, entónces se hollan con impudente descaro las leyes morales que constituyen la existencia de la sociedad; y la inviolable propiedad de cada individuo sobre su vida é intereses queda á merced de una fuerza brutal, que domina sobre todas las leyes y sobre todos los principios, tanto inmutables como establecidos.

(Continuará.)

LORD BYRON.

ARTÍCULO 1.°

§. II.

(CONTINUA.)

Era este un resto caprichoso, retoño gigantesco de aquellos tiempos tormentosos de la edad media, en que cada casa era una fortaleza y en que el peligro se presentaba sin cesar al pensamiento por las precauciones mismas que se tomaban para prevenirle. El edificio era un medio entre monástico y caballeresco. En aquella época era indispensable fortificar las casas de oracion como todas las demas mansiones de los hombres; y para esprosar la verdadera fisonomía de este monumento cuya parte interior era del todo religiosa y la parte esterior toda militar, pudiera decirse que Newstead-Abbey se parecia á un sacerdote puesto de rodillas dentro de un guerrero. Y como si todo lo que tiene relacion con los Byron debiese traer una marca sombría y siniestra, el orígen de la fundacion de la abadía que Enrique VIII les habia concedido, estaba ligado á una muerte. Era otra de las muchas expiaciones por medio de las cuales procuraba Enrique II manifestar su arrepentimiento despues del asesinato de Tomas Becket; porque en aquel tiempo de impresiones enérgicas y de poderosas pasiones, la penitencia se sobrevivia á sí misma, elevándose, por decirlo así, en la eminencia atrevida de columnatas de piedra; con las cuales parecia aspirar al cielo.

La abadía estaba situada en un pais tan romántico como ella misma. Ocupaba el centro de aquel bosque de Sherwood, cuyas florestas habian visto pasar aquel navío de fatal agüero, siniestro prenuncio de la próxima es-

tincion de la familia de lord Guillermo-el-Malo. En tiempos mas remotos, y en época en que sus bosques de corte eran mas frondosos, en que sus vastos y profundos retiros ofrecian un abrigo impenetrable, habia servido de asilo al célebre Robin Hood, que ocupa tan largamente las baladas de Inglaterra. Robin Hood, aquel famoso bandido fué la triste y última protestacion de la independencia sajona, pues los pueblos acaban del mismo modo que empiezan, y al fin de la historia de Roma encontramos una caverna, como al fin de la dominacion de los sajones en Inglaterra. No habia un peñasco, ni un torrente, ni un arroyo, ni una vieja encina del bosque de Sherwood que no tuviese su leyenda.

Aquellas florestas eran semejantes á la llanura de la antigua Troade; y la epopeya salvage que tenia á Robin Hood por su Aquiles, se iba desplegando en medio de aquel áspero y duro paisage en armonía con las escenas de violencia y de sangre de que habia sido teatro. Hasta se dice que los actuales feudatarios de la abadía, llevan nombres que los niños repiten, cantando las baladas consagradas á recordar la historia del célebre *Outlaw* y de sus aventureros camaradas. Por manera que Byron respiró desde un principio en medio de la atmósfera de aquellas vivas y pintorescas impresiones. Representaos á Homero encontrando sobre las ruinas de Troya los descendientes de Hector, de Aquiles, de Diomedes, de Deifobo, de Idomeneo y de todos aquellos nombres tan ilustres como armoniosos. Algo de muy parecido debió suceder con las emociones de lord Byron, el cual se habituó muy de antemano á ser el Homero de aquella poesía aventurera, y de aquella ilíada de una existencia errante.

En aquel edificio tan triste y tan sombrío de Newstead-Abbey, lord Byron habia escogido para habitarla la parte mas umbrosa, y á la que estaban unidas las tradiciones mas formidables. Su cama de dormir estaba arrimada á las ruinas de la capilla, y se creia en toda la comarca que en aquel misterioso recinto siempre se habian visto apariciones y espectros. Tal vez habia dado motivo á esta opinion y á las numerosas leyendas que se referian á esta porcion de la vieja abadía, la singular disposicion de su arquitectura interior. Todos los ruidos que resonaban en las diferentes partes del vasto edificio, venian á parar en este punto, ó reuniéndose á lo largo de las escaleras espirales, ó prolongándose por los inmensos corredores que conducen el eco hasta este salon, en el cual se transforman en vagos rumores ó en extraños murmullos. Lord Byron, pues, que por defecto habia encontrado en las praderas y bosques de Sherwood el romántico recuerdo de Robin-Hood y de sus compañeros, hallábase en lo interior de la abadía lleno de estas vagas y misteriosas emociones, que impulsaban su agitado espíritu hácia lo sobrenatural y lo maravilloso.

MIS RAREZAS.

(Composicion inédita del Sr. D. Tadeo Santos.)

Tengo rarezas tan raras
que hasta á mí mismo me asombran,
y por pura diversion
voy á escribirlas ahora.

Y si hubiese un hombre raro,
mas raro que mi persona,
vive Dios que le buscara,
para reirme á su costa.

Pues yo tengo el privilegio
de una rareza asombrosa,
y es *privilegio exclusivo*...
que tan solo á mí me toca.

Duermo de noche y de dia...
sin distincion de la hora,
pues la noche me da sueño,
y el sol tambien me amodorra.

De modo que sin ser cómico,
pues no tengo sales cómicas,
La vida es sueño muy bien
represento á todas horas.
Y á fé dormir no quisiera,
que aunque el cuerpo así repose,
vivir durmiendo asegura
que es de la muerte parodia.
Me gustan los buenos platos,
y las comidas costosas,
y prefiero los pichones
al ajiaco y á las sopas.
Es rareza cual ninguna!
—en el mundo no ví otra—
pues quiero buenos *bocados*
para regalar mi *boca*.
Aunque en las dos tengo carne,
si me dijeren, que escoja
buena moza ó buena mesa. . .
estoy por la *buena moza*.
Entre el trabajo y el ocio,
no quiero la gente ociosa,
mas deseo que trabajen,
y tenderme á la bartola.
Me encanta ver á los hombres
que buscando tener novias,
hacen, cual si fuesen pavos,
á las mugeres la rosca.
Quisiera que un sordo-mudo
luciese su arte oratoria,
y ver luego á un jorobado
brincar en la cuerda floja.
Y á un manco batirse al sable,
á un cojo bailar la *polka*,
á un ciego leer en público,
á un sordo cantar en óperas.
Y admirar á las mugeres
escribiendo en verso y prosa,
y componer sus maridos
los adornos y las gorras.
Y ellas sean abogadas
y defiendan *causas propias*,
y que ellos en la cocina
hagan preparar la sopa.
Y ellas se peguen sablazos,
mandando la maniobra,
contra muchos enemigos
cuando su país asolan.
Y ellos en tanto le pidan
—rezando á Dios por sus prójimas—
vuelva pronto el regimiento
de sus caras Amazonas.
Quisiera ver dos mugeres
batiéndose á la pistola,
y sus maridos en tanto
zurciendo en casa la ropa.
Y ellas mientan las primeras
al decir que nos adornan,
y les demos calabazas
como ellas las dan de sobra.
. . . . . .
. . . . . .
Me gusta nadar en tierra,
porque el cuerpo no se moja,
y caminar por las aguas,
sosteniéndome las olas.
Pasára gustoso el mar
—aunque en él muchos se ahogan—
para ir en vapor á Regla,
ó para cruzar las zonas.
Pero en nada soy mas raro
—segun mis amigos notan—
que en tratar al *bello sexo*,
que componen *las hermosas*.
Con respecto á las mugeres,
me gustan flacas y gordas,
altas, bajas, regulares. . . .
en no siendo feas, todas!
Si una tiene gran nariz,
mejor: con ella habrá sombra,
y si es chata, me hago el cargo
que yo le daré unas pocas.
Si tiene los pies muy grandes,
anda sobre bases sólidas,
y si fuese el pié pequeño,
ménos sudará la bolsa.
Porque una muger sea bizca,
ó tenga tuerta la boca,
no la dejo, pues *á falta*
de pan, buenas son las tortas.
Y si me caso y se empeña
en hacerme una corona,
diré llorando mi suerte:
he hecho un pan como unas hostias.
Yo no encuentro diferencia,
ya del pueblo ó ya señoras;
ricas ó pobres las quiero. . .
como sean buenas mozas.
Y no es estraño que busque
á las mugeres hermosas;
pues de una muger nací,
debo quererlas á todas.

Por ser raro entre los raros,
me gustan hasta las locas,
pues me darán alegría
con sus bullas y sus bromas.
Y que estas quieran amar
por contrata, no me importa,
que en hablando para mí,
yo dejo *rodar la bola*.
Me avengo con ellas siempre;
si una muger fuese tonta,
me vuelvo *tonto* con ella. . .
y celoso si es celosa.
Si ellas rien, tambien rio;
tambien lloro si ellas lloran,
que *al son que me tocan bailo*,
sea con guitarra ó viola.
Si quieren baile el bolero,
bailo el bolero y la *polka*;
si jota piden, la bailo. . .
aunque no entiendo una *jota*.
Si acaso por el contrario
me ofrecen muchachas sosas,
incontinenti las tomo,
pues *sal* tengo yo de sobra.
Y el trisagio y letanías,
he de rezar, si me toca
una de aquellas mugeres
que se llaman santurronas.
Si una muger es soltera,
nadie su conquista estorba,
y si tuviera marido. . . .
hay editor que responda.
Las viudas me gustan mucho,
que es una fruta sabrosa,
arrancada ya del árbol
que á comerla nos provoca.
Mucho me gustan de quince, . .
así el médico me exhorta
á buscarlas, que es bocado
para ir despues á la gloria.
Si han cumplido ya los treinta,
no las desecho por otras,
que están en la edad del juicio,
y debieran ser juiciosas.
¡Tienen cuarenta! ¡qué gusto!
como fueran buenas mozas,
las admito, que me placen
el jamon y las jamonas.
Tengo buenas tragaderas,
y no me pesa hasta ahora,
que en materias de mugeres
encuentro malas muy pocas.
Y como todas me gustan,
aunque el corazon las odia,
rapito aquello: "Conmigo. . .
abrazadas se vean todas."
Tengo en cambio la desgracia
de que no sean filósofas,
y esclamen como yo de ellas:
"todo vale alguna cosa."
Dicen que corro parejas
con el Coloso de Rodas;
y una caña de pescar
que parezco, añaden otras.
Y esta me pone defectos,
y otra luego los apoya,
y no hay una que me quiera,
y todas de mí se mofan;
Mas concluyo de esta vez,
pues siento me llamen *moreo*,
que las moscas son pesadas
y lo pesado incomoda.
¡Cómo me está incomodando
siempre el asonante *oa*. . . !
pero quiero aprovecharle;
—es una rareza tonta.—
Diciendo, junteis las manos,
y aplaudais todos. . . y todas,
pues si alguna no aplaudiere,
será fea y rencorosa.

REVISTA DE PARIS.

(CONTINUA.)

Sic transit gloria mundi, dije filosóficamente para mis adentros al finalizar la fiesta, y al observar que de los esplendores de la víspera solo habian quedado manchas asquerosas de aceite y sebo.

Las estatuas alegóricas yacian por el suelo hechas pedazos, y no dejó de sorprenderme ver á la *justicia* sin cabeza, y deshecho el brazo en que sostenia la balanza. *El comercio* no tenia piernas, y á *las artes* les faltaban los ojos.

No hay en el mundo pueblo de mas imaginacion que el pueblo parisiense, y eran de oir los dicharachos de las gentes de blusa al mirar aquel destrozo.

Los unos decian: *"así se verán en breve los reac,"* al paso que otros observaban, que *"los democ soc todo lo destruian sin crear nada."*

Para que V. comprenda este nuevo vocabulario, le diré, que así como la Academia española duerme con un sueño solo comparable al de los siete durmientes, sin dar señales de vida, así la Academia francesa reposa en sus poltronas sin que las nuevas voces, emanacion ingeniosa de las revoluciones políticas y científicas, la saquen de su letargo para venir en ayuda del idioma, que carece de palabras para espresar cosas nuevas. El pueblo se ha encargado de este trabajo; pero lo ha verificado simplificando estraordinariamente las palabras: así es que ya á nadie se llama *reaccionario*, sino *reac*; ni *democrático socialista*, sino *democ. soc*, de modo que al paso que llevan, no será estraño el que un estrangero oiga decir á los cocheros simones: *¿Quiere V. ir á la plaza de la Vic. ó á la calle de Tiet* en lugar de á la *plaza de las Victorias* ó á la calle de *Tiquetonc*.

Y ya que de cocheros hablamos, debo hacerle observar, que las dos profesiones mas opuestas al sistema republicano, son los conductores de carruages y las hembras que los latinos llamaban *meretrices*, los de la edad media *barraganas*, y Alfonso Esquiros apellida hoy *vierges folles*, es decir *vírgenes locas*. El castellano posee una palabra que les cuadra perfectamente, y que escuso escribir.

(Continuará.)

MOSAICO.

ULTIMOS MOMENTOS DE JEFFERSON.

—Tomás Jefferson, célebre publicista, y de los mas grandes y virtuosos ciudadanos, de que se envanece la América inglesa, decia muchas veces, que uno de sus deseos mas vehementes era morir el 4 de Julio, aniversario del dia memorable (4 de Julio de 1776) en que se habia proclamado al mundo el advenimiento de una gran nacion, aludiendo á la famosa *declaracion de la independencia de los Estados-Unidos*. Este voto se le cumplió: el 4 de Julio de 1816, aquel hombre venerable, que hasta entónces luchó valerosamente con la muerte, pareció aceptarla con alegria, y como un beneficio largo tiempo esperado. Espiró aquel dia mismo á los 81 años de edad. Pocas horas ántes escribia á un jóven amigo suyo:

"Esta carta será para vos, como si llegase de la mansion de los muertos. Antes de que podais meditar acerca de los consejos que contiene, habrá descendido á la sepultura el que la escribe. Vuestro escelente padre deseaba que os dirigiese algunas líneas, que pudieran ejercer una saludable influencia sobre los acontecimientos de vuestra vida, y ademas yo tambien tenia interes en ello. Con la disposicion favorable que poseeis, me parece que bastarán pocas palabras. Adorad á Dios, amad y honrad á vuestro padre y madre; amad á vuestro prójimo como á vos mismo, y á vuestro país mas que á vos propio. Sed justo, prudente y leal, y no murmureis contra la Providencia. Si seguis estos preceptos, como yo os lo recomiendo, la carrera humana en que entrais ahora, no será mas que el preludio de una felicidad inefable, y de una vida eterna. Y si es permitido á los muertos ocuparse aun de las cosas de este mundo, vivid persuadido de que las acciones todas de vuestra vida estarán desde arriba bajo mi protectora custodia. Adios"

RECETAS CURIOSAS.

JARABE DE GOMA ARABIGA.—Para preparar este jarabe, se lava y se machuca la goma; en seguida se disuelve en frio con un peso de agua igual al suyo: la solucion se pasa por un lienzo fino, añadiendo el jarabe de azúcar hervido. la hebullicion se continuará cinco minutos mas, haciendo una mezcla perfecta.

MODO DE AZOGAR CRISTALES PARA ESPEJOS.—Sobre el cristal del tamaño que quiera azogarse, se echa un poco de sal amoniaco en polvo, y con medio limon se frota bien para limpiarlo de lo que debe quedar sobre su superficie; se echan unas gotas de vinagre, y con un paño de bayeta se limpia con el mayor esmero. Se tiene preparada una hoja de estaño del mismo tamaño que el vidrio. Se pondrá azogue en una bayoia, y recogiéndola de suerte que quede en medio, y á fuerza de esprimirla, se dejarán caer algunas gotas encima de la hoja, de estaño, con cuyas gotas se frotará ésta muy bien: se cubrirá despues de azogue toda la hoja de estaño, y sobre ella se colocará el cristal, cargándole un peso igual en todas sus puntas. Se deja por espacio de cuarenta horas, al cabo de las cuales, se halla el vidrio azogado.

MODO DE QUITAR MANCHAS DE ACEITE EN EL PAPEL.—Se echa encima de lo manchado polvos de cal viva, se pone otro papel encima, y despues una tabla. Se deja sobre ésta un peso como de ocho ó diez libras, y pasadas diez ó doce horas, desaparece completamente la mancha.

PARA QUITAR MANCHAS EN PAÑOS Y SEDAS DE COLOR.—Se hace una mezcla con media libra de miel cruda, una llema de huevo fresco, y como una nuez de sal amoniaco pulverizado. Esta mezcla se estiende sobre las manchas, y se deja por algun tiempo. Despues se lava con agua clara, y las manchas desaparecen. Las manchas de seda ó lana se quitan usando el mismo método con una disolucion hecha en agua clara, de hiel de vaca, sal de sosa, y javon flujo.

MODO DE HACER ESCELENTE RON DEL AGUARDIENTE.—Se tomará una onza de azúcar, y se pondrá en un cazo á la lumbre hasta que quede color de café. cuando esté en este estado, se verterá sobre un plato que esté untado con aceite de almendras dulces, y se dejará enfriar, quedando como un caramelo; en seguida se machacará en un almirez hasta que quede molido como sal. Se tendrá prevenido en una botella un cuartillo de aguardiente del mas fuerte que pueda hallarse, y se le echarán los polvos de azúcar, se tapará bien la botella, y se meneará perfectamente para que se disuelva. Esta composicion al cabo de media hora, queda convertida en un ron esquisito.

ESTADOS DE LA EMBRIAGUEZ.—Al principio circula la sangre con mas animacion, la vivacidad se aumenta y se colorea el semblante: el bebedor se exalta, se trastorna su cabeza y se desconcierta; llora, rie ó se enfurece, apelmazándose como un puerco cuando es completa la embriaguez.

Los ladrillos de la torre de Babel se calculan en 28500 millones.

El cuerpo humano se compone de 244 huesos.

El sepulcro de Mahoma le sostienen 400 columnas é iluminan 300 lámparas.

TESTAMENTO LACONICO.—El que insertamos á continuacion es de un celibato que murió en 1792: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: No dejo bienes de ninguna clase: dejo muchas deudas: el resto se lo dejo á los pobres."

PENSAMIENTOS SUELTOS.—El dolor es hijo del placer, lo mismo que los remordimientos son hijos del crímen.

El sueño es la imágen de la felicidad.

El hombre nace para vivir y morir: morir es nada, pero vivir!.....

La ley mejor y mas sábia es la que dicta la sana razon.

La primera obligacion de todo buen ciudadano es respetar las leyes.

El desprecio que inspira la mentira es un homenage tributado á la verdad.

El que se acuesta de noche y no puede recordar haber hecho algun bien, ha perdido un dia.

UNA PREGUNTA Y UNA RESPUESTA.—Una señora aun jóven y muy bella, al mirarse un dia con placer al espejo, dijo á su hija: ¿Qué darias tú, hija mia, por tener mi cara?—Señora, respondió la jóven, lo que dariais vos por tener tambien mi edad.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA MEZQUITA.

Hace cinco años que la ciudad de Argel contaba sesenta mezquitas, diez grandes y cincuenta pequeñas. La mas notable de todas ha sido consagrada por los franceses al culto católico. Las columnas que sostienen este grande edificio son de hermoso mármol blanco, estando cada una de ellas adornada de notables esculturas, de pasages del Coran escritos en caracteres dorados sobre fondos de diferentes colores, que adornan los cuatro costados de la parte principal y el nicho que contiene la caja de iman. A esta caja se ha sustituido un altar, y las humildes sillas y bancos de los católicos han reemplazado las esteras y los ricos tapices de los musulmanes.

Antes de la conquista de Argel estaba prohibido á los cristianos, bajo pena de muerte, penetrar en una mezquita sin haber obtenido un *firman* especial.

En el año de 1802 estalló una sedicion en Constantinopla, con motivo de una visita que el enviado de Suecia y el de Nápoles, acompañados de muchas personas, hicieron en la mezquita con un permiso especial del sultan. Los estudiantes de Suleymania gritaron: "¡sacrilegio!" atacaron á los visitadores y los golpearon. En un momento la ciudad se puso en fermentacion: las mugeres turcas gritaban que asesinaran á aquellos perros cristianos, y á la policía le costó el mayor trabajo del mundo de separar á dichas dignidades del furor del populacho. Algunos dias despues mandó ahorcar á cuatro de los principales amotinados en presencia de los drogmanes y de los embajadores, miéntras que otros treinta eran apaleados y desterrados despues.

[*Concluirá.*]

VARIEDADES.

LA RELIGION
CONSIDERADA COMO BASE
DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ II.

Tan cierto es que la religion, despues de haber emancipado del dominio del hombre aquella parte de su especie que le estaba sometida, y para la cual el nacer en la esclavitud parecia ser su único delito, es tambien el único freno posible para contener á esta misma parte en los límites que le prescribe esta sociedad regeneradora. De otro modo, es preciso considerar á la sociedad actual en aquella crísis mútua y desastrosa en que se hubiera hallado el mundo, si antes de haber brillado la libertad evangélica, se hubiesen emancipado de repente y sin prevision los muchos millones de hombres que yacian dormidos en la esclavitud. El cristianismo fué generoso, no pudo sufrir la opresion del hombre: mas respetó las leyes establecidas, y procuró tan solo apresurar el momento de libertad general, produciendo en menos de tres siglos mas número de emancipaciones que en cuarenta no habia verificado la civilizacion antigua. Verdad es que se le ha culpado de imprevision política y de escesivamente profuso en su caridad, arrojando en medio de la sociedad millones de individuos que la fatigaban ó la obstruian. Mas el cristianismo contaba en su caritativa profusion con la caridad de los poderosos, con la resignacion de los infelices, y con los innumerables asilos de beneficencia que abria á los desamparados. Contaba con el influjo irresistible y siempre moderador de su moral sublime y consoladora, con la cual el hombre queda satisfecho con la suerte que la Providencia le depara, y sufre resignado la sentencia de ganar el pan con el sudor de su rostro, que fulminó Dios á la humanidad. No contaba con tantas ambiciones desencadenadas, con el árido egoismo que cierra las manos del rico á las súplicas del pobre, con la helada indiferencia de nuevos reformadores de la sociedad, que sentasen su existencia sobre otras bases. No creia el espíritu ferviente y bienhechor de la religion, que se procurase desterrar de las clases mas desgraciadas sus celestiales consuelos, que se cerrasen ó se demoliesen sus asilos, y que en vez de civilizar las masas con los principios y sentimientos que inspira ella á todos los hombres, se procurase con el tiempo sumirlas en la mas estúpida ignorancia de sus verdaderos intereses, y dejarlas así embrutecidas; para que amenazasen de con-

tinue á la sociedad, y se arrojasen á la menor señal á desgarrar las entrañas de esta madre misma que les nutria en su seno.

Con esta sencilla reflexion se echará de ver la perfidia y la impostura con que se procuran desterrar de las grandes masas los principios religiosos. No pudiendo bastar la sociedad para satisfacer todas las ambiciones individuales, siente en sí misma el peso insoportable de una falta de equilibrio que al último ha de acabar con su existencia. De este estado violento y amenazador nacen los delirios de nivelacion de fortunas, y otros sueños nacidos en el frenesí de una desmoralizacion impía: y de este estado tambien nacen aquellos crímenes espantosos que hacen estremecer á la humanidad. Este es el mal que aqueja todavía á las sociedades modernas, cuyo sordo ruido de impiedad venia á inquietar mas de un siglo hace, el oido atento de Bossuet. Este sistema destructor de las sociedades humanas sugiere á ciertos hombres la idea de una loca independencia de las leyes de la sociedad, constituyendo al individuo en una omnipotencia absoluta sobre sí mismo y sobre sus acciones, cual si hubiese nacido casualmente en medio de un desierto y sin lazo alguno que le uniere á la sociedad. ¿Que han de producir semejantes ideas, imbuidas con el acento procaz de la pasion sobre espíritus ya corrompidos ó ignorantes, que perdieron la sencillez y el pudor casi desde la cuna, cuyas primeras impresiones fueron la blasfemia y la maldicion, y cuyos primeros sentimientos son el ódio contra todo lo que se opone á su voluntad, aunque sean los autores mismos de su existencia?

En vano es que se pretenda civilizar al pueblo sin el auxilio de los principios eternos de toda moral y de toda creencia. En vano se pretende moralizar á las masas con los únicos recursos de la filosofía ó de la política. La religion es el único freno capaz para contener al hombre en todas sus posiciones y en todos sus períodos. Mas de una vez se nos ofrecerá ocasion de manifestar el vicio radical de toda educacion que se funde en principios diversos de los que naturalmente inspira el cristianismo. Ahora no hemos hecho mas que manifestar de paso la necesidad de la influencia religiosa, para que las grandes masas, así como los grandes poderes públicos, entren en el verdadero círculo de civilizacion. Del desprecio de este principio nace el eterno desasosiego en que vemos se agitan las sociedades por la herida profunda que han recibido en su seno, y que tarde ó temprano habria de producir su disolucion, si la Providencia, inagotable en recursos inesperados, no velase en la conservacion de las sociedades humanas, que forman la armonía del modo moral.

REVISTA DE PARIS.

(CONTINUA.)

De teatros, amigo mio, poco ó nada tengo que decirle: dos ó tres comedias políticas, y un drama tambien político, es cuanta novedad se ha presentado.

Sufragio I, rey del país de los ciegos, es un *vaudeville* escrito con muchísima gracia, y en el cual está personificado el año de 1848, *los árboles de la libertad, el sufragio universal, la luz, la democrácia roja* y otras muchas cosas mas. En este *vaudeville* se oye cantar *sotto voce* á un hermoso *álamo* la cancion *Vive Enrique V*, á un *lloron* deplorar horrendo la triste suerte de la Francia, y á la *luz* invocar al *genio* de la Francia para que la liberte de los republicanos.

Otro *vaudeville* tiene por título *La pajarera*. En él habian los *pavos*, los *cacaerios*, y en particular los *ganzos*. Calcule V. lo que será.

A éstos sigue el drama horripilante, titulado: *La miseria*. El tal dramita, político tambien, es lo mas chusco que se puede ver. Por lo pronto, en el prólogo muere de hambre una madre rodeada de seis á ocho hijos cubiertos de andrajos, y poco despues su padre se suicida delante de sus hijos, lo cual no deja de ser muy moral. La muger del *contrabajo* de la orquesta, que se encontraba por desgracia en el teatro, el dia de la primera representacion del drama, malparió en uno de los palcos bajos, y fué imposible conseguir que el timbalero llevase el compas medido durante ocho dias que duró la representacion del drama. Eran de ver, amigo mio, los esfuerzos sobrehumanos de los que tocaban el fígle, clarinetes y trombones, para poder tocar afinados: los trombones berreaban, los fígles lanzaban suspiros espantosos, y un confuso chirrido era cuanto podia obtenerse de los clarinetes. Agregue V. á esto que en cada acto iba en aumento la mortandad, la música discordante mas y mas, las mugeres y chiquillos mas llorones, y tendrá V. una idea de lo divertido de la funcion. Era un verdadero *panacamanura*.

El reverso de la medalla se encuentra en el teatro de *Montansier*. Nada mas *verde* ni mas *colorado* que en lo que en el tal teatro se representa. Puedo asegurar á V. que una madre de familia decente no debe de llevar á sus hijas á *Montansier* si desea conservar su inocencia: pero en cambio los espectadores se rien cuanto pueden desear. El escándalo ha llegado á tal punto en las producciones dramáticas, que el gobierno se ocupa seriamente en poner coto á tantas demasías.

Lo que verdaderamente es digno de verse, es el panorama de la batalla de *Eylau* en los campos Elíseos, y el panorama *mónstruo* de las vistas del *Misisipi*, en el teatro del *Vaudeville*.

Nada mas grandioso que estos espectáculos.

Del primero diré á V. que la ilusion es tan completa, que cree V. oir las detonaciones de la artillería, los gemidos de los moribundos, y hasta las voces de mando de los generales.

Nada se ha olvidado en este admirable lienzo. Hasta los accidentes insignificantes de la batalla mas sangrienta de las edades modernas, están pintados con una verdad y una profusion de detalles tal, que no se sabe que admirar mas, si la perfeccion del trabajo artístico, ó la inagotable paciencia del pintor.

Tres años hace que está espuesto al público este panorama, y no hay dia en que los parisienses no vayan en masa á admirarlo. Este hecho tan solo le dirá á V. una idea de su mérito.

El segundo panorama es un lienzo de *legua y media de longitud*, y cuya anchura ocupa de arriba abajo todo el escenario.

En él está fielmente representado todo el curso de uno de los rios mas grandes del mundo.

Desde su lúnula puede V. divisar las inmensas *sábanas* de América, que naciendo á orillas del Misisipi, van á perderse de vista en el horizonte lejano, confundiendo sus tintas verdes con las azules del firmamento.

Todos los fatales accidentes que, con demasiada frecuencia por desgracia, ocurren en las aguas del rio, están retratados con una fidelidad inimitable. Incendios de vapores, huracanes, avenidas y naufragios.

De desear seria que los árboles, animales y personas que animan de vez en cuando el paisaje colosal, estuviesen tan bien pintados como el celaje, las aguas, las montañas, los buques y las poblaciones que en el mismo figuran.

El desarrollo de tan inmenso pano-

rama dura *dos horas*. Empieza en las cascadas de San Antonio, y concluye en el golfo de México. Es decir: mil quinientas leguas de paisage continuo, siguiendo el curso del rio.

Jhon Smith ha inmortalizado su nombre.

Los salones han estado poco animados este invierno. En la primavera, tal cual concierto vergonzante es lo único que ha distraido á los aburridos habitantes de los arrabales de San Germain y San Honorato. Estos últimos dias, dos compatriotas nuestros han representado su papel en los conciertos. El uno, como tocador de *bandurria*, ha llamado la atencion, tanto por lo raro del instrumento, como por la maravillosa destreza con que lo maneja. Este artista, ciego á consecuencia de las fatigas de la guerra civil de las Provincias Vascongadas, ha conseguido trasformar la *bandurria*, instrumento ingrato que nosotros conocemos, en otra cosa que participa del sonido dulce del piano y del plañidero y sentimental de la flauta. El Sr. Echevarria puede gloriarse de ser el único en el mundo como buen tocador de *bandurria*. Los que frecuentan los baños de San Sebastian, Biarritz y Arechavaleta, podrán disfrutar este verano del placer de oirlo.

La otra artista es una negra, María Martinez: es demasiado conocida en todo el mundo para que yo pueda hacer su elogio.

El *teatro Italiano* se cercó. El de la *ópera Cómica* sigue moribundo su marcha penosa: el *Gran teatro de la ópera* solo se vivifica de vez en cuando, al poderoso impulso de la *Alboni*. Si esta eminente artista abandona el escenario de la *grande ópera*, su existencia será muy problemática; la desercion en masa del público, dará á conocer que solo quedan algunas medianías.

Pero Paris tiene aún muchos recursos. Las ninfas de la *Chaumiere*, *Ranelag*, *Mabille*, *Enghuin*, *Antieres*, están ya en escena.

Aérea *Frisette*, encantadora *Rigolette*, rubia *Palmira*, morena *Corail*, vosotras todas, bailarinas mas ó menos *cancanezcas* de los bosques umbrios de *Asnieres* y *Chateau rouge*... yo os saludo. ¡Ah! Y con qué gracia, con qué voluptuoso abandono meceis vuestros cuerpos flexibles y vuestros infatigables piés, al compas del cornetin de piston de *Denaulat*, ó del poderoso arco del violin de *Pilodo*!!!

Cuando os miro embebecido arquear los brazos, apoyar vuestra cabeza sobre el hombro de vuestra pareja, y ensañar en saltos furiosos vuestras ligas color de café, no me es dado comprender como el prefecto de policia ha podido concebir la idea de ser representado por los municipales para evitar el que os entregueis á esos arrebatos entusiastas, producidos por una polka alegre y juguetona ó un rigodon *Bonsio géneris*.

Todos los prefectos en general, y el de Paris en particular, son personas de poco gusto. A no ser así, dudo mucho que tratasen de oponer el ceño adusto administrativo al vivaracho, alegre y provocativo de las reinas de los bailes campestres. A bien que los empleados subalternos nunca son tan severos como los gefes. Por eso algunas veces, á vista y paciencia del municipal que dormita sobre un banco, vuestras posturas son mas *chiquès*, vuestras miradas mas ardientes, vuestros saltos mas elevados que lo que las medidas gubernamentales previenen, y vuestras ropas se alzan á mayor altura de lo que un honrado municipal dispierto pudiera tolerar. ¡Es tan ligera la tela con que se visten las mugeres en el verano!!! Por eso tambien, concluido el *rigodon*, la *scotich*, el *vals* ó la *polka*, os eclipsais con vuestros *cavallieros servantes* en las sombrias alamedas, de cuyos oscuros centros salen á veces risas sofocadas, suspiros significativos, y otros mil ruidos inocentes. El municipal que se despierta entonces por casualidad, gira sus ojos de lince, su atuza el bigote, se cala el morrion, frunce el ceño, requiere su espada, y... se vuelve á dormir.

Pero suena la orquesta, y los bosques tan animados antes, quedan de nuevo desiertos.

Un observador malicioso no deja de sonreirse al reparar en que el vestido de la *Frisette* que entró en el bosque blanco, puro y sin mancha como la inocencia, tenga al salir tal cual mancha color *verde montaña*.

¡Son tan suaves los cojines con que nos brinda á descansar la naturaleza!!!

De mi sé decir que no encuentro colchon mas blando que las yerbas de un prado, ni almohadas mas suaves y perfumadas que las que me ofrece el musgo amontonado de las praderas.

Si estos inocentes episodios no vinieran á variar el monótono aspecto de un baile campestre, las *Rigolette* y demas ninfas coserian puntos de medias ó lavarian sus camisas; ocupaciones indignas de manos que empuñan el cetro en los bailes, como reinas *natas* y de incontestable derecho.

Y sin ellas ¿qué seria de los bailes campestres?

Y sin bailes campestres, ¿cómo soportar la existencia veraniega en Paris?

Poco me queda ya, amigo mio, que noticiar á V.; pero este poco merece mencionarse.

¿Sabe V. quién es un señor llamado Cab?

¡Y otro que es conocido con el nombre de Mac Adam?

Apostaria ciento contra uno que son nombres que lee V. por primera vez.

Pues sepa V. que el tal Cab está llamado á hacer una *revolucion reac*, al paso que Mac Adam es el predestinado para evitar las *democ soc*.

Este es un enigma que me apresuro á descifrarle.

Largo tiempo hacia que la aristocracia inglesa meditaba profundamente acerca de los adelantos de la clase media y del pueblo. Veia con profundo dolor que estas clases se le iban acercando paulatinamente, y que el resultado final de estos adelantos seria verse al mismo nivel que ellos. Meditaba, pues, como lleva dicho,—y lo hacia con aquella tenacidad propia de los hijos de la *pérfida Albion*,—procurando hallar un medio por el cual pudiera conseguir agrandar la distancia de clases, que cada dia iba estrechándose. La mirada profunda y escrutadora de los *Milords*, recorrió todas las clases de la sociedad inglesa, para indagar la verdadera causa de este fenómeno, atacarlo en su origen y poderlo destruir hiriéndolo en el corazon.

¡Cuál seria su asombro al observar que el agente principal de este movimiento de *aproximacion*, por decirlo así, era la misma aristocracia! Observarlo, proponer el remedio y adoptarlo, todo fué uno.

Supongo que V. sabrá, y si no lo sabe yo se lo diré, que el resultado de las meditaciones *británicas*, suele ser, ó un desastre de fatales consecuencias, ó el mas estrambótico desatino de cuantos pudieran ocurrir á una imaginacion enferma.

Si ocurre lo primero, viértese sangre, cúbrese de luto la sociedad, gástanse millones, y puede darse por muy satisfecha la humanidad, si al cabo de sacrificios sin cuento logra al fin volver al estado en que antes de la ocurrencia *británica* se encontraba.

Si sucede lo segundo, el primer movimiento es el de la sorpresa general, á la cual sigue una carcajada de risa universal.

Afortunadamente ha sucedido esto último.

Los frailes de Inglaterra (vulgo los lores), descubrieron que el mal, á cu-

yo remedio querian acudir, provenia de sus criados, y que éstos estaban autorizados á cometerlo por el uso y aun por el mandato de sus amos.

En efecto, la aristocracia no habia reparado hasta ahora que sus cocheros ocupan el puesto de honor en sus carrozas, que cuando sus hijas y mugeres iban al templo, los criados las precedian con sus cojines y biblias mas ó menos ortodoxas.

Aquí está el origen del mal, esclamaron: remediémoslo.

Por fortuna tropezaron con un fabricante de coches llamado Cab, el cual, oidas las quejas de la aristocracia inglesa, inventó un vehículo que satisfaciese todas las exigencias del orgullo aristocrático inglés.

Figúrese V., amigo mio, dos ruedas grandes y pesadas, del tamaño de las dos ruedas traseras de nuestras galeras tradicionales. Figúrese uno de nuestros antiguos confesonarios con las dos medias puertas que se abren por delante. Coloque V. este confesonario, no perpendicularmente, sino con una inclinacion de 25° sobre el robusto eje de las ruedas colosales. Establezca V. un *sillico* de hierro en la parte posterior y superior del confesonario, y culoque V. allí al cochero. Haga V. poner dos hierros con anillos en la parte superior delantera del cajon del coche. Pase V. las larguísimas riendas del caballo por los anillos para que vengan á manos del cochero: y tendrá V. una idea del vehículo mas estraño que haya marchado sobre las ruedas.

Este vehículo se llama *Cab*. Lleva el título de su inventor.

Escuso decir á V. que este carruage ha merecido la aprobacion universal del *sport* inglés. En efecto, en estos coches el criado ocupa el puesto que le corresponde, y el noble lord no tiene por delante obstáculos á su vista, ni se halla ofendida su dignidad, obligado, como estaba antes, á contar los botones de los faldones de la casaca de su cochero. La revolucion *reac* se consumó.

Séase que en Paris los *reac* están de mala data, séase que el parisiense está siempre dispuesto á mirar con prevencion cuanto viene del otro lado del canal de la Mancha; séase, en fin, por lo ridículo de la invencion, ello es que ha silbado *soberanamente* el invento, y que ha prestado amplia materia al célebre caricaturista Cham, para llenar las páginas del *Punch en Paris* de las caricaturas mas ingeniosas. El Cab está juzgado: vivirá y morirá en Inglaterra.

Ahora le toca su vez á Mac Adam.

"*Sin empedrado no hay barricadas: sin barricadas no hay revoluciones.*"

Este es un axioma tan conocido en Paris, como aquel otro tan famoso en el barrio de Breda: *Sans argent point d' amour*.

Y he aquí que el tal Mac Adam inventa un nuevo medio de empedrar las calles, con simple cascajo y arena.

Y he aquí que la municipalidad de Paris, que conoce á fondo á su administrador, *macadamisa los boulevarts*.

Tiene V. hoy en el dia la mitad de los *boulevarts macadamisados*, y la otra mitad aguarda su vez.

Cierto es que en esta sapientísima medida se van á evitar las barricadas; pero tambien es cierto que las calles *macadamisadas* serán en invierno pantanos intransitables, al paso que en verano habrá un polvo tan infernal, que andaremos dándonos de escorrones cuantos nos paseamos por aquel punto. Las nubes de polvo cegarán á los transeuntes.

Pero amigo mio, contesta la municipalidad, yo hago *macadamisar* los *boulevarts* por dos razones.

Primera, para evitar alborotos.

Segunda, para castigar á los tenderos de Paris, que se han atrevido á dar una leccion al gobierno en las últimas elecciones.

¡¡Pobres tenderos!! Desde el *macadamisage* venden un cincuenta por ciento ménos que antes.

Dios les libre en México de tres misters:

Mister Cab.
Mister Mac Adam.
Y mistet Bulwer.

De modas nada hay que decir. Los sombreros que usan las señoras es lo mas feo que puede imaginarse. Yo creo que algun otro Cab ha sido su inventor.

Solo me resta hacer á las mexicanas una observacion.

Mientras ellas empiezan á adoptar con entusiasmo el *desgraciado* sombrero frances, las francesas suspiran por dia en que la mantilla española hará á su vez una invasion en Francia.

Este invierno se llevaban adornos de cabeza muy parecidos á nuestra graciosa mantilla.

Adios, amigo mio: saludo á V. prometiéndole otras revistas, si esta tiene la suerte de merecer la aprobacion de los lectores de La Civilizacion.

Paris 16 de Junio de 1850.

José M. de Goizueta.

Sr. D.



D. Alberto Lista.

Traia á bordo la corbeta Rosa en el viage que hizo con rumbo á Cádiz, zarpando del puerto de la Habana el 3 de Mayo de 1814, individuos encanecidos en los cálculos del tanto por ciento, y poseedores de pingüe tesoro: infelices mortales que al apartar sus ojos de la reina de las Antillas, la dabau el nombre de madrastra, porque ansiosos de trepar allí á la cumbre de la fortuna, solo habian logrado rodar una vez y otra por su áspera pendiente; algun

peninsular orgulloso de haber visitado los amenos cafetales de San Antonio, la Gaira de Melena y la Artemisa; tal criollo contento de abandonar accidentalmente sus penates con ánimo de recibirse de licenciado en leyes y de dar un paseo por Europa. Dos pasageros se distinguian entre todos por el singular contraste de sus caractéres. Sesentou el uno, jovial, decidor y simpático, solia animar todas las conversaciones; católico viejo, hacia una profunda reverencia si mencionaba al Pontífice de Roma, español rancio, se jactaba de no haber usado nunca prendas de vestido, adornos ni muebles de fabricacion extrangera. Aun le quedaban al otro años juveniles: de figura elegante y pulidas maneras trataba con afectuosa urbanidad á sus compañeros de viage; tenia apellido frances, era oriundo y vice cónsul de Francia en la capital de Cuba. Ambos sustentaban cierto dia y a la altura de las Azores, un vivo debate sobre la educacion de la infancia: decia el castellano viejo, sin escrupulo de contradecirse, como habia educado á sus dos hijos en Berlin y en la América del Norte, porque nadie es profeta en su patria y al hombre le está bien correr mundo. Respondia su contendiente que él no se proponia criar una prole de profetas y sí de ciudadanos: que á un niño no le aprovechaba vivir en pais extrangero, sino para adquirir la costumbre de considerarle como tierra propia, y que lo de correr mundo podria servir á la educacion de complemento, no así de principio. Replicaba el primero, tal vez arrepentido en aquella ocasion de su impopular franqueza, que no conocia notables institutos de enseñanza, á escepcion de las escuelas militares, en ninguno de los dominios españoles. Despues de citar el segundo á los Esculapios hizo mil encomios de un colegio, establecido en Cádiz bajo la advocacion de San Felipe, y de su director ilustre, maestro desde la edad de trece años; próximo á cumplir entonces sesenta y seis, dotado de superior talento, de alta reputacion, de solícito celo; padre de sus discípulos, amigo de los mas sobresalientes; bondadoso hasta para el castigo, propicio á la recompensa; vivo reflejo de muchas glorias, nacidas á la sombra de sus laureles, y por su perseverante asiduidad cultivadas hasta conseguir ópimos frutos. Luego que hubo pronunciado el nombre de D. ALBERTTO LISTA, nadie se mostró sorprendido ni tuvo por escesivas tales alabanzas; aquel nombre era familiar para todos, como timbre de la nacion española y legítima celebridad en el orbe literario.

(Continuará.)

MOSAICO.

CIRCULACION DE CARTAS EN INGLATERRA.—En el año último se han distribuido 337 millones y medio de cartas no habiendo pasado en el año 1839 de 76 millones; tan desproporcionado aumento se debe á las rebajas de su porte y al franqueo obligatorio.

Se dice que el cocodrilo tiene tantos dientes como dias el año.

El salto de una pulga, equivale á 200 veces el tamaño de su cuerpo.

Un centenario ha vivido 1200 meses; 36,525 dias, 877,600 horas, 52,590,000 minutos, y 3,155,760,000 segundos.

ADVERTENCIA.—Por la abundancia de materiales, hemos suspendido la continuacion de la novela SI Ó NO, y la conclusion del artículo LORD BIRON; pero sin falta continuarán en el número siguiente, igualmente daremos cabida en él á varias poesías que han tenido la bondad de remitirnos para su publicacion.

VARIEDADES.

LA RELIGION
CONSIDERADA COMO BASE
DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ III.

(CONTINUA.)

Restanos, pues, examinar la accion civilizadora de la religion con respecto á las inteligencias elevadas. Sobre este punto se nos acumulan tantas reflexiones, que solo indicarlas podremos, dejando su completo desarrollo para otras ocasiones mas oportunas.

No hay duda que el grande poder del hombre es el de la inteligencia. Marca sublime de su superioridad sobre todos los séres que le rodean, sujetos con ella, á beneficio suyo, todos los vivientes y todas las fuerzas de la naturaleza que el Criador fió á su dominio. Pero derramando este don precioso, y el que mas le acerca á la Divinidad sobre todos los séres de su especie, de los cuales forma una parte esencial y distintiva, no fué concedido á todos con la misma medida, así como la naturaleza no repartió á todos con igual mano las calidades sensibles de la fuerza y de la hermosura. El poder de la inteligencia, ora por falta de intensidad, ora por falta de desarrollo, quedó circunscrito en algunos pocos espíritus que han podido hacer de él la dicha ó la desgracia del género humano.

Dos campos igualmente bellos y espaciosos, se presentan al pensamiento del hombre, el universo físico y el universo moral, uno y otro fijan sus miradas investigadoras, uno y otro forman el maravilloso complemento de la creacion. Mas en el órden físico de los goces del hombre son limitados, y como son limitados tambien los medios que tiene para penetrar sus arcanos, satisfechas ya sus primeras necesidades, la Providencia dejó la naturaleza á la discusion del hombre; y en esta parte el error no puede producir resultados de funesta trascendencia, pues lo que mas puede suceder, es que el hombre se vea burlado en su curiosidad, ó cuartado en sus placeres. Mas en el órden moral debia la Providencia encender una luz inextinguible y segura que sirviese de faro á la razon en el oscuro y proceloso pielago de la vida. Esta luz es la religion, único punto luminoso que lo señala á lo lejos un puerto en medio de ese mar sin orillas; y las altas inteligencias, para ser útiles á la humanidad, no deben ser otra cosa que el fiel reverbero de esta luz, para conducir á los que no tienen la dicha de verla tan distintamente. Y

qué otra mision pudiera confiar la Providencia á los espíritus elevados, á quienes tan generosamente descubrió mayor parte de sus arcanos, y cuyo pensamiento ennobleció con mayor capacidad ó perspicacia? Decir lo contrario, es oponerse á las miras de la Divinidad: es ser rebelde.

Sucede con las gerarquías de la inteligencia humana lo propio que en las angélicas, en el momento en que fueron criadas. De las mas elevadas, unas se encumaran de sí mismas, y ciegas en su insolente orgullo, se endiosan y esclaman: no hay mas Dios que mi voluntad, no rendiré la cerviz. Otras, empero, humildes y reconocidas, penetran con su mirada de águila la distancia infinita que les separa del Criador, de quien han recibido la belleza de su sabiduría, y llenas de un santo entusiasmo, esclaman: ¡Quién como Dios! Y Dios se les comunica, y las levanta despues junto al trono de su gloria; y las precitas, las que engreidas afectan desconocer á Dios, ceen ya desde luego en el abismo de las tinieblas, para hundirse despues en el abismo eterno del dolor.

El hombre debe naturalmente á Dios el sacrificio del don mas precioso que ha recibido. No hay duda que el mejor tesoro que le concedió la Divinidad es la razon; y cuanto mas sublime es esta razon, con mayor motivo ha de consagrarla á aquel de quien la recibió. Este es el deber de todo talento, considerado como una obligacion individual, como la relacion de la criatura al Criador; mas si se considera en las relaciones que tiene el hombre con sus semejantes, esto es, en cuanto á su deber social, esta obligacion nos parecerá aun mas lata, y de mayor responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

Vemos en el órden del universo visible girar unos astros al rededor de otros, los satelites en torno de sus planetas, y estos al rededor del sol, centro para nosotros del gran sistema de esta armonía universal. Lo propio sucede en la tierra con las inteligencias. Cada una de las superiores se forma una cierta órbita en cuyo torno van girando las de un órden inferior, siendo Dios el grande centro de todas las inteligencias creadas y posibles que no son sino sus mas ó menos vivos reflejos. Así, pues, toda inteligencia que no refleja sobre sí misma este divino sol, y no gira en torno suyo, no solo turba la armonía moral que ha de presidir en los espíritus, sino que arrastra en su aberracion desastrosa una multitud de satélites, que son otros tantos descarrios del órden general, y de cuyo desórden es responsable.

(Continuará.)

D. ALBERTO LISTA.

(CONTINUA.)

Vencido en la contienda el que por espacio de doce lustros se había mostrado español siempre, ménos en la manera de educar á sus hijos, si le hubiera quedado otro, lo educara sin duda en el colegio de San Felipe, á donde traia los suyos el vice consul de Francia. Por necesidad habia de ser lisonjero para nosotros el término de este altercado, contándonos entre el número de los discípulos del venerabilísimo anciano, hoy director del colegio de San Diego de Sevilla. Allí vió la luz del mundo el 15 de Octubre de 1775, debiendo el pan de su niñez á los escasos productos de la industria de la seda, próspera en un tiempo. Dulces memorias guarda D. Alberto Lista y Aragon de aquellos venturosos dias, en que sentado al telar, trabajaba para sostener á sus padres; alumno de la universidad, cursaba filosofía y teología, y afecto por instinto á las musas, trasladaba al papel sus primeras inspiraciones; así conciliaba sus deberes con sus gustos: como el estudio era su recreo, no tenia horas de ócio, y en fuerza de vigilias se acreditaba á la vez de matemático y poeta. Ya en 1788 servia en calidad de sustituto la cátedra de matemáticas, so tenido por la sociedad económica de Sevilla, y en 1796 como propietario la del colegio de San Telmo. Pertenecia entonces á una academia particular de humanidades, compuesta de jóvenes amantes de la amena literatura á quienes servian de modelo Garcilaso, Herrera y Rioja, juntamente con Melendez, Moratin y Jovellanos, restauradores del buen gusto. Obtenia Reinoso el premio en un certámen propuesto por la academia de buenas letras de Sevilla, y Lista el accesit, cantando la *Inocencia perdida*; á los veintiocho años se ordenaba éste de sacerdote: habia ya agua de extrangeros rios, mientras entonaban sus compatriotas himnos de triunfo, despues de las jornadas de San Marcial y Tolosa, fin de una heróica lucha.

Vuelto á España en 1817, ganaba por oposicion la cátedra de matemáticas del consulado de Bilbao: residia allí hasta 1820, y fundado en Madrid por entonces el colegio de San Mateo, vino á ser su regente, encargándose de tres asignaturas. Citar los jóvenes que allí adquirieron el tesoro de la enseñanza, equivaldria á escribir un largo catálogo de nombres ilustres en todas las carreras del Estado. Dos años despues ocupaba á la prensa de todos los paises la publicacion de las composiciones poéticas de D Alberto Lista; y en verdad que era digno de tan señalada honra, concedida á pocos, pues á la sazon casi habia en Europa ménos poetas que monarcas.

En la segunda edicion de estas poesías, hecha en 1837, la que tenemos á la vista para juzgar á su autor como poeta. Si nadie le niega este título, hay quien se lo escatime ó se lo conceda con amplitud escasa, y solo por no ir contra la corriente. Emana esta opinion, á que se adhieren los ménos, *de esa imposibilidad en que se creen los hombres de conceder dos aptitudes á un mismo talento;* argumento vago hasta lo sumo, máxima superficialísima, vulgar creencia que impugna un escritor frances de los mas reputados y famosos. Segun esa lógica extraña, un gran poeta es por lo general escelente prosista, y un buen prosista es casi siempre mal poeta; y cuando no halla uno que escribe con igual soltura en prosa y verso; todo el apuro consiste en determinar si la naturaleza le hizo prosista antes, y luego poeta, ó primero poeta y despues prosista, para clasificarle en una de las dos categorías con arreglo al número y éxito de sus obras. Enunciada tan peregrina idea, es ocioso manifestar, como todo el que no reconoce á Lista por distinguido poeta, le censura por crítico hasta las nubes. En concepto de algunos, solo hay estro el fuge la hirviente lava de los volcanes, y arranca el ábrego de raiz el tronco de secular encina, y zumba en honda selva el estruendo de la batalla: necesitan quizá de emociones violentas: nada les dice el blando murmullo del arroyo, mientras gozan con el formidable ruido de la catarata, y al paso que el mar tempestuoso embelesa sus sentidos y arroba su pensamiento, el mar tranquilo les parece espectaculo indigno de fijar sus miradas: oyen sonar como una voz sin eco músicas de patéticos tonos, y perciben deliciosas melodías en el toque á calacuerda de militar charanga: seco el manantial del llanto, niega tributo á sus ojos, y su corazon rebosa de cólera al menor contratiempo de la vida: el infortunio no les entristece, les desespera: no conciben el amor como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un sentimiento dulce y afectoso, es para ellos una pasion frenética, vehemente y devoradora; el sosiego de la paz les mortifica, y la agitacion del tumulto les contenta. Lista no ha herido nunca las cuerdas de su lira vibrando compases acordes con armas de tan acerado temple. En sus cantos, ricos de suavidad sublime, de dulce melancolía, de delicada ternura, ha reunido la severidad y fluidez de Rioja, con el mágico artificio de Calderon de la Barca. Se complace en escribir con galanura la temprana luz de la cándida aurora, colorando los horizontes de sonrosada grana; la salida del luciente sol, rompiendo las ondas del alterado mar, y guiando el ardiente carro, que enciende los orbes con luz pura; el verde prado, opulento de variados matices, que ofrece crecido pasto al ganado entre lirios y rosas; el sonoro raudal que libre resbala entre guijas y esmalta de aljófares las flores de su ribera apacible; el brillar de la primavera sobre las alas del tierno Favonio, cuando risueño deshoja su florida guirnalda y va sembrando sus dones por las fértiles vegas.

Noble émulo del maestro Fr. Luis de Leon, llora Lista *la muerte de Jesus* con acentos que se sienten, no se analizan; esa poesía, llena de uncion religiosa, de elevados conceptos, de solemne sencillez, es el suspiro de un corazon doliente, exhalado entre lágrimas de gratitud y de tristeza, de arrepentimiento y de esperanza; es la voz de la humanidad entera, redimida por el amor inmenso del Dios de las virtudes; es la inspiracion anecida y fervorosa del poeta cristiano. Esa poesía, en fin, durará como las generaciones hasta el último límite de los siglos.

Nada mas halagueño que el sabor bíblico derramado por Lista en el *canto del Esposo*, feliz imitacion del Cantar de los cantares; allí pinta el Líbano volcando arenas de oro y alfombrando sus laderas de verdura; y las viñas de Engaddi, donde empiezan á retoñar pámpanos y racimos; y las vertientes del Hermon, no ya cubiertas de nieve, sino húmedas con el blando rocío de las auroras de Mayo; y las florestas de Jericó matizadas de purpúreas rosas. Bello es tambien el *Canto de la Esposa á la resurreccion del Salvador del mundo*; y notable ademas por la circunstancia de haber intentado el fanatismo monacal, persuadir á Fernando VII que toda la composicion era alusiva á políticos sucesos, y con especialidad la siguiente estrofa:

Si, yo te ví pendiente
del duro leño, y eclutado el cielo
cubrió de negro velo
su faz resplandeciente:
los rios se turbaron
y los eternos montes vacilaron.

Señalándose por su ignorancia absoluta, ó por su malignidad ponzoñosa muchos de los que rodeaban el trono español en 1825, suponian que el *duro leño, el esposo y la esposa* envolvian la idea de *la horca, Riego y la pátria*; y que todo el canto era una especie de profecía, anunciando el restablecimiento del sistema, destruido dos años antes por el duque de Angulema y cien mil franceses: es cuanto puede sugerir la intolerante suspicacia de un partido.

Si de las poesías religiosas, pasamos á las líricas profanas, sin detenernos en la *victoria de Bailen*, nos embeleza y admira *El himno del desgraciado*. Solo un poeta de primer órden puede glosar con tanta variedad una idea sencilla, como la de pedir el auxilio del sueño para apaciguar los males de la vida, esparciendo profusamente galas de melancólico encanto y de arrobadora tristura.

(Continuará.)

SIÓNO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

Al dia siguiente, á la hora de cenar, llegó Félix: el coronel sufria menos, y por consiguiente estaba ménos misántropo: en cuanto á María y Jorge, manifestaban en sus semblantes la serenidad habitual de su corazon.

Concluida la cena, y encendidas las pipas, cada uno ocupó su asiento: María y el coronel á los dos lados de la chimenea. Jorge en el canapé debajo de dos cuadros, uno de Mieris, y otro de Boucher; y Félix delante del fuego. Jorge comenzó su narracion en estos términos:

Todavia se cuentan en W.... un gran número de cosas originales y chistosas de cierto caballero. No me atrevo á pronunciar su nombre; mas como debemos darle alguno, le llamaremos Mr. Marbel. Decia, pues, que aun en el dia de hoy se refieren cosas asombrosas de Mr. Marbel. Deseo contaros una que muy pocos saben, y que tal vez os interesará.

Mr. Marbel era un hombre recto, de buen juicio, sin presuncion ni orgullo; íntegro y leal, y de consiguiente gozaba la reputacion de un ser extraordinario. En general se le miraba como un loco, de que no puede esperarse gran cosa. El, lejos de alterarse ni incomodarse con tan vulgares habilillas, decia: tienen razon, "yo vivo á mi modo: tanto peor si les choca. Ellos viven como mejor les parece, siguen la corriente del rio, ¡buen viaje!.. Visten á la moda, comen y beben á la moda, y encuentran esquisito el gusto de las ostras. Dan á sus hijos la educacion de moda... juzgan, alaban y critican con arreglo á la moda, y jamas por conviccion ó segun lo que les dicta su conciencia: yo no los vitupero; pues que me dejen obrar."

Mr. Marbel era muy rico, aunque en sus principios habia poseido muy poco. Habia sido escribiente de una casa de comercio muy fuerte de Hamburgo, y sucesivamente desempeñó en ella los primeros empleos. Dos veces lo enviaron á las Indias, y al fin consiguió la idea de hacer algunos negocios por su cuenta: primero fué tímido y de poca resolucion; mas luego cobró ánimo, y concluyó con emprender especulaciones en grande. Para tener una persona que administrase fielmente sus bienes durante sus viages, se casó con una jóven huerfana, prudente y discreta, que á no ser por él, hubiera quedado espuesta á permanecer soltera toda su vida. La encontró llorando al pié de un vallado, un dia que acababa de atravesar por una poblacion pequeña.

—Por qué lloras! la preguntó

—Porque acaba de morir mi madre, y me han despedido.

—Ven conmigo, hija mia.

La hizo subir en su carruage, se sentó á su lado, y cuando llegó á la ciudad mas inmediata, la colocó en una silla de posta indicándola su domicilio. Durante seis meses la jóven sirvió de criada á Mr. Marbel, y al cabo de este tiempo se casó con ella.

—Estais loco, le decian sus amigos: con vuestras riquezas hubiérais podido enlazaros con una opulenta heredera: pero encontrar una muger en un vallado y casarse con ella.....

Todo esto está muy bien, contestaba Marbel; pero en punto á doncellas, prefiero la mejor, y sobre todo, la mas virtuosa.

Cuando hubo reunido una fortuna mas que regular, pensó en dejar los negocios, colocó sus fondos en donde los creyó mas seguros, y no quiso ya hacer nada.

—¡Estais loco, le decian sus amigos; pensar en retiraros á descansar á la edad de cincuenta años! . . Ahora que ya teneis esperiencia, es cuando os debeis dedicar á los negocios.

—Bueno, bueno, respondia Marbel; quiero comer el pan que he ganado; ahora, que todavia tengo dientes para masearlo.

Aunque, como ya he dicho, era muy rico, vivia en una casita pequeña, sus muebles y vestidos eran en estremo sencillos: no tenia ni caballos ni carruages, y su mesa no estaba franca: cualquier trabajador de la comarca hacia mas gasto que él. Sin embargo, cuando le daba la humorada, era hombre que arrojaba el dinero: casaba á los jóvenes y los establecia: ponia sustitutos para el servicio militar á los hijos de los artesanos, y pagaba abogados que defendiesen los intereses y derechos de personas que le eran enteramente estrañas. De suerte, que mezclándose en los negocios agenos, gastaba mucho. Mas si por casualidad iban á pedirle dinero prestado algunas personas, que no perteneciesen á la clase de labradores pobres, se lo negaba, diciéndoles bruscamente: no lo tengo.

—Estais loco, le decian sus amigos, no sabeis hacer uso de vuestras riquezas. Construid una magnífica casa, adquirid nombradia, brillad. Las principales familias de la ciudad, y los señores mas encopetados os visitarán con frecuencia. ¡Querreis honores y titulos? . . . pues no teneis mas que hablar. ¿De qué os sirve vuestro oro? Llegará el dia en que morireis, y no os podreis llevar ese precioso metal.

—Hablais á las mil maravillas, les contestaba Marbel; predicais admirablemente, pero no me convenceis. Ademas, no soy tan rico como pensais: necesito economizar, y no maravedi, por insignificante que parezca, quiza puede hacerme falta.

—No es posible; teneis por lo menos treinta mil escudos de renta anual.

—Seguramente; pero necesito dos mil escudos para el gasto de mi casa: el sobrante pertenece á los que no tienen con que vivir. Dios me ha hecho el administrador y el padre de todos los pobres convecinos mios.

Marbel perdió en el mismo año á su esposa y sus dos hijos, y volvió á quedarse solo. Todos procuraban distraerle y consolarle. "Bien, bien, les decia, no estoy triste mi alma se encuentra mucho mas tranquila que otras veces: ahora pertenezco á otro mundo; mi esposa y mis hijos me acompañan á todas partes, los veo, los hablo, y vivo con ellos. Os suplico que me dejeis y no procureis consolarme.

A pesar de todo esto, la pérdida de su muger é hijos hacia que le pareciese el mundo un poco desierto, y la vida enojosa. ¡Siempre solo! . . Llegó á querer distraerse, y emprendió algunos viages. ¡Alivio pasagero! . . Muchas veces se sentaba á su pupitre con los ojos llenos de lágrimas, y sus criados, que lo amaban como á un padre, fijaban enternecidos sus miradas en él.

—Teneis razon, hijos mios, compadeceos; pero no trateis de consolarme: el dolor es una necesidad para mi. El tiempo dulcifica los pesares del alma; pero nada puede cicatrizar las heridas causadas por la destruccion de un antiguo afecto.

Cuando buscaba alguna distraccion, se dedicaba á obras de beneficencia. Muchas veces le encontraban en las alturas que rodean á W. . . . y en la choza del pobre mendigo.

Un dia se paseaba por el jardin botánico, y un concurso numeroso circulaba por entre los frondosos árboles, como en los domingos del estio. Marbel se complacia en mirar á aquella multitud animada y alegre; amenazaba una tempestad, el viento soplaba con violencia, y los árboles agitaban sus ramas con un confuso murmullo. Los niños buscaban un asilo, los puestos ambulantes desaparecian; callaba la música en los bosquecillos, y las parejas del baile se iban retirando precipitadamente.

(Continuará.)

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA MEZQUITA.

(CONCLUYE)

Desde 1830, el rigorismo musulman ha decaido mucho en Argel, y los berberiscos sufren sin quejarse, que el cristianismo visite sus templos, despues de haber reemplazado su calzado con babuchos orientales.

El musulman no está obligado á frecuentar la mezquita mas que una vez á la semana, el viernes, dia mas particularmente consagrado á las prácticas religiosas. Este dia se enarbolan pabellones verdes sobre estos edificios. Sin embargo, los *muezzis* puestos sobre los minaretes, llaman muchas veces al dia al pueblo á rezar. "Dios es grande, esclama tres veces el muezzim, yo atestiguo que Mahoma es su profeta. Venid á rezar, *el rezo es bueno para todos.* Dios es grande, y Mahoma es su único profeta." A esta señal, todo musulman debe ponerse de rodillas y hacer su rezo; hasta cuando es sorprendido en la calle. Al momento los imanes suben al pulpito, y el pueblo acude á las mezquitas. En la puerta de cada una de ellas hay un estanque que alimenta una fuente, y que sirve para las abluciones de las manos, de los pies y de los oidos. Antes de entrar los musulmanes, se quitan sus babuchos y se agrupan en el templo, colocándose en líneas paralelas, y dando frente al púlpito. El iman lee los versos del Coran, que repiten algunos concurrentes, y al llegar á determinados pasages, todo el mundo se inclina y besa la tierra. La ceremonia dura cerca de media hora; los asistentes hablan entre sí con toda libertad antes y despues del rezo. Por todas partes los imanes arengan á su auditorio; la política, lo mismo que la religion, es tambien objeto de sus sermones, y muchas veces se ha empleado este medio para sublevar á los argelinos contra los franceses.

En la secta de Omar los muezzims, llaman al pueblo á las mezquitas cinco veces al dia; al amanecer, á las doce, á las cuatro de la tarde, al ponerse el sol, y una hora despues. Los discípulos de Alí no se reunen mas que tres veces: á la salida del sol, á las cuatro de la tarde y á las nueve de la noche.

Indicaremos de paso que los moros son mas estrictos observadores de las prácticas religiosas que los árabes, y sin embargo, los árabes son los que han convertido á los moros al islamismo.

EL CAMPO SANTO.

Tú que vienes esta tarde
Al campo-santo á llorar,
Vas á ver la triste casa
Que al morir heredarás.
Hediondez, inmundo polvo,
Cráneos partidos no mas,
Que con rastreros gusanos
A un solo encontrarás.
Todo el que nace, perece,
Escrito en el cielo está;
y algun dia has de venir
A esta horrible soledad.
En medio de aquesta plaza
Ven conmigo: allí verás
Lo que encierran esos huesos
Que ya contemplando estás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mira, ¿ves aquel sepulcro
Cuántas luces tiene ya?
Pues mira, son las riquezas
Que este tributo le dan.
A un rico que en este mundo
De ellas supo gozar,
Ahora una triste mortaja
Es lo que en cámbio le dan.
Gira sólo tus dos ojos
A tus plantas, y verás
Cuántos pobres aquí yacen
Que en eterno olvido están.
Mas si en el mundo vivieron
Exentos de vanidad,
Quizás ahora en el cielo
Cuántos bienes gozarán.
Mira aquella sepultura;
Vámonos á contemplar
Aquellos tristes despojos
Que dejó la vanidad.
Pues mira, son de una dama
De hermosura sin igual;
Linda cara, hermoso cuerpo,
Los ojos como un cristal.
Mira aquellos piés ligeros
Que ya acabaron de andar,
De comer y hablar la boca
Y sus manos de tocar.
Ya que has contemplado un poco
Lo que te he hecho repasar,
Sal de aquí, que en el camino
Te diré otras cosas mas.
Mira cuánta muchedumbre
De personas aquí van;
Pues mira, tú y yo con ellos
Vendremos así á parar.
Pues, ¿para qué son las galas
Si hemos así de quedar
Tan feos, que de horror nadie
Se nos llegará á mirar!
¡Para qué son los deleites
Y comidas, si allí saldrán
Gusanos que no apetecen
Mas que cuerpos por manjar?
Pues si en un eterno olvido
Para siempre has de quedar,
Mira lo que eres y has sido
Y en lo que habrás de parar.

JUANA RUIZULA.

MOSAICO.

AJEDREZ.—Hay varias opiniones acerca del inventor de este juego, llamado en lengua persa *sach*, que significa rey, nombre de la primera y principal pieza. Unos creen que fué inventado en las Indias orientales á principios del siglo V por un musulman llamado Sisa, que de allí pasó á la Persia, y despues vino á Europa. Otros suponen que Palanades, príncipe de la isla de Cubeu, hoy Negroponto, inventó el ajedrez durante el sitio de Troya; y por último, algunos atribuyen su invencion á un filósofo caldeo que vivia muchos años antes de nuestra edad.

CHOCOLATE.—Cuando en 1520 los españoles hicieron la conquista de México, encontraron el uso del *chocolate* establecido en el pais de tiempo inmemorial. Fueron tan celosos de este descubrimiento, que durante largos años le usaron, sin dársele á conocer á las demas naciones. El primer chocolate que se mandó á España, estaba hecho en Chiapas. Poco á poco se ha ido perfeccionando en España su elaboracion, y hoy dia el chocolate español se cree el mejor del mundo.

MODO DE HACER CON FACILIDAD UN AGUJERO EN EL HIERRO, AUNQUE SEA MUY GRUESO.—Para esto se hace enrojecer el hierro por la parte que se le quiera agujerear, hasta que presente un fuego muy vivo: en seguida se le toca en el punto que se desea hacer, el agujero con una barrita de azufre y se formará el agujero en el instanter Este agujero será mayor ó menor segun el grueso de la barra de azufre, y si se quisiera sacar su círculo grande, se pasea la barra por toda la circunferencia que ha de formar el agujreo.

VARIEDADES.

LA RELIGION
CONSIDERADA COMO BASE
DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ III.

(CONCLUYE.)

Todos los grandes talentos tienen sus prosélitos. En ellos fija la vista la multitud; á ellos sigue con entusiasmo y aun con ceguera, pues, por mas que se diga, la mayor parte de los hombres, tanto en las escuelas como en los campos, se dejan arrastrar de la autoridad, que es la imitacion del espíritu, aun los que mas declaman contra ella. Pocos hombres son los que obran por conviccion propia, y mas pocos todavía los que no se dejan llevar por la influencia de otros cuyos principios ó doctrinas halagan mas sus propias proposiciones. En esta parte, podemos decir, sin temor de engañarnos, que los incrédulos, protestando siempre contra la autoridad, se dejan arrastrar, mas por ella que los hombres de fe; porque el hombre para no creer no ha de examinar nada sino las torcidas tendencias de su depravada naturaleza: bástale la palabra pronunciada ó escrita de otro hombre que le haya dicho: no creas y serás feliz. Mas el hombre de fé, sin renunciar á su razon, escucha, es verdad, la autoridad de otros hombres que tambien han creido; mas como esta creencia lleva consigo la privacion del desahogo de sus apetitos, se ve obligado á entrar en el exámen, para no hacer inútil este sacrificio, que debiera parecerle duro, si razones muy poderosas y meditadas no le obligaran á él.

La autoridad, pues, de un talento que constituyéndose maestro de los demas, los aparta del centro único y natural á donde deben todos fijar sus miradas y dirigir su pensamiento y su voluntad, y el solo que puede satisfacer uno y otra completamente, es en el órden moral lo que seria en el órden físico un astro de primera magnitud, que por un imposible pudiese escaparse de la mano regnladora de Dios, y vagando perdido el través de los espacios, cayese al fin en el abismo de nada. Aun es mas monstruosa una inteligencia que huye de Dios y de sus leyes, porque una voluntad libre que se rebela contra Dios, tiene mas de desastroso que el desórden material de todo el universo.

No hay duda que los hombres de poder y de riqueza ejercen tambien su influencia sobre millares de voluntades; pero esta influencia es momentánea, y desaparece con la persona que arrastraba tras sí mas bien la interesa-

da adulacion que las espontáneas convicciones. Pero la atraccion, el predominio del talento, tiene un círculo incomparablemente mayor; no se circunscribe á los cortos instantes de la vida del hombre: su pensamiento pasa á las generaciones futuras, dejando tras sí una especie de inmortalidad. Y así cuando vemos una de esas antorchas de la inteligencia humana como un cometa errante y siniestro despedir un pálido fulgor, conduciendo pueblos azorados por una senda llena de escollos; cuando contemplamos á uno de esos talentos superiores que se place en descarriar la razon humana, derramando la semilla del error, que no produce sino el sinsabor fruto del crímen; cuando recordamos la existencia de un hombre de genio que hizo consistir su triste gloria en impugnar los primeros dogmas de la religion y de la sociedad, que arrancó con mano cruel la esperanza de la virtud de los humanos corazones, que pretendió rectificar la sociedad sobre falsos cimientos, para que un dia se desplomara, que á merced de la irrision ó del sofisma, halagando la disolucion ó la maligidad, sorprendiendo los ánimos inesperlos de una juventud incauta y arrebatada, vició con sus doctrinas disolventes los primeros arranques de la sensibilidad, y arrojó veneno aun sobre las inclinaciones mas puras; en una palabra, cuando vemos ó nos acordamos de un sofista, de un impío, de un corruptor de las costumbres, de un caudillo de secta, de un alma eminente en sus facultades; pero que como el espíritu del mal arrastró consigo millares de víctimas al abismo del error ó del crímen, ¡ah! entonces lloramos con lágrimas de sangre la suerte de la desventurada humanidad, que á mas de las miserias que la agobian sobre la tierra, se ve expuesta á ser el juguete y la víctima de los funestos abusos de la inteligencia. Algun dia nos ocuparemos ya en señalar las causas que podian conducir á este abuso tan fecundo en estragos y desastres: no dejaremos á su tiempo de insistir en este exámen, pues es de la mayor importancia para la suerte de la sociedad. Las altas inteligencias, como los árboles en cimas elevadas, están mas expuestas al viento del órgullo, que las derriba al primer soplo. Dios suele castigar en ellas la hinchazon humana y el esceso del amor propio. La profunda humildad, que es el cimiento de las virtudes mas elevadas, no siempre se anida en el corazon de los sábios. Las almas grandes en amor ó en caridad, no estan tan á riesgo de bambolear como las almas grandes en inteligencia. Y así como la mano del Señor, en muestra de su poder sobre todas las fuerzas humanas, descarga á veces golpes contra los poderosos, y derriba cabezas ilustres, bien permite á intervalos que estas sublimes inteligencias, cuando se engrien demasiado, caigan de repente en el abismo del error, ó en la miserable apostasía.

D. ALBERTO LISTA.

(CONTINUA.)

Cuando alaba á Melendez Valdes, bosqueja elegante y donoso el triste estado de la poesía española despues del siglo de oro de la literatura: cuando se dirige á su amigo D. Fernando de Ribas, sustenta que el nombre de los vates

vivirá mientras goce el triste humano de este sueño fugaz que llaman vida.

Considera que la noble inspiracion del canto es el sagrado aliento con que animó Dios al hombre cuando le crió en su hechura y semejanza, y en pocos versos escribe una arte poética, de este modo:

Mas en valde, mi amigo, el pecho ardiente
si el estudio tenaz no dá alimento
á su divina luz, que inútil llega
grande antorcha al fanal amortecido
que sin pábulo yace. Las sentencias
que sublime dictó filosofía
á Cicoron y á Sócrates: los cuadros
en que de Roma el triunfo y el oprobio
pintaron Livio y Tácito; las glorias
de tu nacion que al Ganges y al ocaso
aterró vencedora con sus armas;
y en fin, cuanto los hombres llaman grande,
cuanto herir puede y elevar á un tiempo
en alas del saber la fantasía,
meditarás atento y cuidadoso.
De aquel sublime son llena tu oido
que en siglo mas feliz el Tajo y Betis
de los iberos cisnes escucharon:
mas cauto evita los perversos monstruos
que el amor de la necia sutileza
y la hinchazon ridícula produjo.
Habrás adelantado si los versos
del tierno Garcilaso se deslizan
á tu pecho halagueños, cual las ondas
de pura y mansa fuente entre las flores;
si te hechiza severa cuanto dulce
la lira de Rioja: si de Herrera
el desusado canto te arrebata. . . .
imitarás la suavidad sublime
y candorosa de Leon; mas huye
tal vez su tosco desafío; teme
como sierpe las gracias seductoras
del atrevido Góngora; y de Lope
no te deslumbre, no, la fácil musa
que dá entre mil guijarros un diamante.

Y si imitar quisieres los poetas
que ilustran nuestra edad, atento estudia
la correccion de Moratin, la frase
y el tono de Batilo, y de Cienfuegos
la entereza y vigor; mas no el estilo
á las reglas del habla mal sujeto.

Nunca vimos revestida de mágia
mas seductura la austeridad del preceptista; ni oimos dictar con tal hechizo máximas de buen gusto en el armonioso idioma de Cervantes. He ahí contenido en breve espacio todo un sistema; único norte de los que forman la academia particular de Sevilla, producto legítimo del estudio de nuestros mejores bardos de las edades antigua y moderna; doctrina fecunda en bienes y sábiamente inculcada por Lista á sus numerosos alumnos; fuera de ese círculo no hay mas que un tejido de metáforas indescifrables, un estravío mental pernicioso, una estravagancia contínua, lo que pudiéramos llamar, en fin, el *churriguerismo de la poesía*.

Magníficas son sus concepciones como poeta filosófico: ora califique de *inútil el temor de lo venidero*; ora sostenga que los *sentimientos de la humanidad no son incompatibles con la profesion de la milicia*; ya pregone que *la felicidad consiste en la moderacion de los deseos*; ya se incline á que *deben abandonarse los cuidados*. Su obra maestra en este género nos parece *La vida humana*: allí describe una fuente de imperceptible murmullo mezclada despues con otras en la florecientе llanura: convertida en plácido arroyo, busca por los declives el vergel ameno, ó mas audaz se precipita á través del espeso ramaje por la cascada, y olvidando el susto, es ya alegría del campo: luego montaraz torrente, aumentado su caudal con las lluvias corre veloz por valles pedregosos, y acomete el robledal de la ribera y el monte que ataja su paso: llega á la catarata, se arroja impetuoso á los abismos, y yace su furor aprisionado entre espumas de nevada plata, hasta que se eleva del hondo paramo sobre el musgoso risco, y baja airado á la campiña, llevando por delante chozas y rediles: junta sus aguas á rio caudaloso, domina el estendido llano, no le amedrenta el sediento estío ni el sol que le amenaza con su fulminante fuego: recibe con desdeñoso orgullo los tributos que le rinden el arroyo de la selva y el torrente de la montaña: pierde su nombre la ribera, y entra gimiendo con sonoro ruido por el fatal cauce: halla en su camino otro raudal soberbio y de opuesto curso: alzan las aguas vallas undosas, disputan en acérrima lucha de quien irá regida toda la corriente, y vence y esclaviza á su contrario; ingrato al bosque que le engalanó con sus sombras; pérfido

al muro que antes besaba humilde, bate el torreon elevado, vuelca troncos é inunda praderas: ya lánguido y débil quiebra su curso en tortuosos giros: sangran sus márgenes limosos pequeñuelas fuentes; y el caudal que combatia altos bastiones y opulentas ciudades, se trasforma en inerte y estendida masa; aunque indignado, ve cómo lo sujetan marmóreos puentes, cómo quebranta el espalon mezizo sus ondas, oprimidas por mil bageles cargados de crímenes y de riquezas, y siente la amargura del mar vecino, donde al fin desemboca y se sepulta. Por esta graduacion bien entendida y meditada, y bajo imágenes tan vivas, poéticas y propias del asunto, representa el nacimiento del hombre, su infancia, su juventud, sus vicios, su ancianidad, su muerte.

Era el amor para nuestros poetas de los siglos décimosesto y decimoséptimo un culto y no un deleite: es su imitador Lista, y por eso en sus poesías amatorias, idilios y romances, canta el delirio raciochado de la pasion, mas bien que el derretimiento de los italianos ó la galantería de los franceses. Su lira modula con vibracion mas espresiva y conceptuosa el dolor de la ausencia, el temor de la mudanza, el martirio de los celos, y la crueldad del desengaño, que el júbilo de la entrevista, el premio de la declaracion amorosa, el encanto de la esperanza y la delicia de la ventura.

Escogidos son muchos de los sonetos de Lista; ninguno de sus epigramas nos parece maligno, punzante, ni aun siquiera sentencioso: véase en apoyo de lo que manifestamos, el que titula *La tarde:* dice de este modo:

Ya el rayo declina ya Febo el último otero
con luenbre plácida desde el ocaso duro.
Cédeo dejando alegre la apacible floresta,
árbitro del mayor ya la pradera sio.
Al fin, del sacro al árbol sacro á Minerva,
y á ti, del rosgren verde corona, Ilio.
Las duras ondas, se hurmosa copa estratan
yuevo encanto da retratada al rio.
Mas cefiro, el amargon, los tiernos verde pradera
y para Imfa, que entre la grama huye:
todo lo vence Filis que aunque al son de mi avena
á mis redilez su manadilla guia.

Ni estos versos de construccion latina forman un epígrama; ni segun la aceptacion mas admitida de esta voz, son epigramáticas las bellísimas seguidillas, que dan fin al segundo tomo: ni puede brillar en ese género un hombre como Lista, todo amabilidad, todo ternura, sin átomo de hiel en su alma, dotado de un corazon que hieren las injurias sin dejar huella de encono, y en cuyo semblante se retrata la melancolía del que padece y calla sus penas, y murmura frases consoladoras en vez de estériles lamentos al oido de los muchos que codician su afectuoso y espansivo trato.

Debemos á su laboriosidad la traduccion de la *Historia universal* del conde Segur, añadida y continuada hasta la época presente, un tratado elemental de matemáticas, el completo de la *Historia de España*, un compendio de la *Historia antigua:* se ocupa en terminar otro de la Historia moderna, sin que amengüen su claro juicio y razon despejada sus ya cumplidos setenta años. Es miembro de la Academia Española, y desde la muerte de Marmol figura al frente de la Academia de buenas letras de Sevilla.

(Continuará.)

SIÓNO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VISTERA.

(CONTINUA.)

Mr. Marbel, inmóvil en medio de aquel bullicio y del ruido de la tempestad, permanecia tranquilo: aquel golpe de vista le divertia. Bien pronto quedaron completamente desiertas las espaciosas calles de árboles, el viento formaba remolinos, y hacia subir hasta el cielo nubes de polvo. En

aquel momento la jóven princesa Emilia, atravesaba uno de los caminos laterales; á su lado marchaban dos chambelanes, y la seguian dos oficiales, que no cuidaban mas que de preservar del viento las plumas de sus sombreros. De repente arrécia el huracan, silva el aire con extraordinaria violencia, desprendese el velo de la princesa, y vuela. Estiende los brazos atemorizada para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y ondea allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recogédmelo, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el dia de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetia la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrian por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacia en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí; no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el alcanzarle. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenia menos de veinte piés de altura. Hizo ademan de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximándose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personages de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba su furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso. El niño se agarraba fuertemente á la cima del árbol, que se doblaba, bajaba y volvia á subir, haciendo recorrer al pobre niño en los numerosos círculos que describia. Marbel temblaba, los palaciegos se reian solapadamente, y la princesa daba saltos de gozo al ver su velo en las manos del jóven.

—Cuidado, no le desgarre, dijo con nueva angustia.

El niño desprendió el velo, bajó con presteza y le entregó sin menoscabo alguno.

—¡Alabado sea Dios! dijo la princesa: mandó continuar la marcha con celeridad para librarse de la tempestad, y la siguió toda su servidumbre.

El niño corria detras y alargaba las manos pidiéndoles una limosna. Un chambelan le arrojó al suelo algunas monedas. El niño las recogió y abrió la mano para examinarlas. Marbel jamas habia tenido tanta curiosidad como en aquel instante: habíale agradado el aspecto franco y el valor del jovencillo, y andaba registrando su bolsillo para recompensar su atrevimiento.

—¿Cuánto te han dado? le preguntó.

—Cinco kreutzers, caballero.

—Cinco kreutzers! repitió Marbel exclamando un suspiro: ¡pobre niño! .. y despues tomando un puñado de monedas, le llenó de ellas las manos: asombrado el muchacho al ver tanta riqueza, dirigia alternativamente sus rasgados ojos á las monedas y á su bienhechor.

—¿Todo? le preguntó.

—Sí, todo, ¿y qué vas a hacer con ello?

—En verdad que no lo sé: compraré

un vestido nuevo, y ahora voy á vivir como un gran señor.

—¿En dónde está tu padre?

—Hace ya dos años que no lo tengo. Mi padre era soldado, y murió en la guerra: mi madre tambien ha fallecido, y nadie hace caso de mí en la aldea.

—Dame tu dinero, hijo mio.

—¿Todo?

—Todo.

Y el pobre niño triste y cabizbajo, desenvolvió pieza por pieza su tesoro, y dos gruesas lágrimas empañaron sus negros ojos.

—Dame tus cinco krentzers.

—Esos me pertenecen.

—Ya no tendrás necesidad de dinero. Te llevaré á mi casa y serás mi hijo si eres prudente. ¿Quieres?

—Seguramente que sí.

—¿Tienes todavía mas dinero?

El niño no poseia mas que una moneda llena de moho y un pedazo de pan: Marbel lo recogió todo y lo llevó consigo.

El jóven Conrado Eck fué vestido de paño burdo con la mayor sencillez. Como hasta entonces no habia habitado mas que en los establos, y pasado las noches á campo raso, se puso muy contento cuando recibió de Marbel un saco de paja por cama, y por alimento los manjares mas comunes. Estaba muy gozoso y satisfecho: era ágil, servicial, infatigable, en estremo apacible, daba muestras de grande inteligencia; pero ignoraba cuanto salia fuera del círculo de la esperiencia y de los hábitos de un mendigo. Al cabo de seis meses aquel osillo estuvo tan bien adiestrado, que ya se pudo presentar delante de las personas bien educadas, y confiarle algunos encargos. Unicamente le costó algun trabajo acostumbrarse á la limpieza y á hacer las cosas con órden. Su buen corazon le hacia apreciable á todos los de la casa, y Mr. Marbel le llamaba su hijo. Conrado asistia á las escuelas públicas, y era bastante aplicado: en un principio le fastidiaba el estudio; pero luego se aficionó á él. La alegria que sus adelantos causaban á su bienhechor, era su mas dulce recompensa, y su frialdad su mayor castigo.

Me abstendré de referir todos los pormenores de la educacion del pobre mendigo: lo que ya he contado, basta para dar una idea del carácter de Mr. Marbel. Un año despues de haber entrado en su casa, Conrado se sentó con él á la mesa. Hubiera podido comer á sus anchas cuantos manjares se servian en ella; pero Conrado no era glotón. Mr. Marbel se complacia sobremanera al ver que prefería el cocido y las patatas á todo lo demas. Aunque no le hubiera prohibido acostarse en un lecho mas blando, no le pesaba á Mr. Marbel el verle decidido y aun apegado á su saco de paja. Todas las semanas recibia Conrado medio escudo, del cual no gastaba nada, ya porque aguardase á ello mejor ocasion, ó ya porque lo conservase para el tiempo en que no tuviese á su lado á Mr. Marbel.

—Procura tener pocas necesidades y gastar poco: acumula para tus semejantes, le repetia sin cesar su bienhechor.

Cuando Conrado cumplió diez y seis años, Marbel, para celebrar el natalicio del huérfano, le dió cuatrocientos escudos.

—Ahora, hijo mio, le dijo, vamos á separar nuestros intereses. Ya tienes algun dinero, es preciso que sirva para mantenerte, vestirte, pagar á tus maestros, y proporcionarte lo que te haga falta. Permanecerás aquí, pero todos los meses me pagarás cuatro escudos por la habitacion, la cama y los muebles: ¿te acomoda este convenio?

Conrado quedó al pronto un poco sorprendido; pero gozoso al verse con tanto dinero, aceptó. Todos los meses disminuia su gasto: Marbel no le perdia de vista, le aconsejaba y le escuchaba. Conrado vivia, segun Marbel habia pensado, tan mezquinamente como un avaro; pero era tan pródigo como un príncipe cuando se trataba de ser útil. Al fin del año le quedaban ciento veinte escudos, los cuales empleó ventajosamente. Por segunda vez recibió otros cuatrocientos escudos.

(Continuará.)

PIO IX

Con gozosa satisfaccion damos lugar en nuestras breves columnas al siguiente comunicado que se ha servido dirigirnos el digno párroco de Jerez, honor del clero mexicano y fiel intérprete de la fe y sincera piedad de todos los fieles. Nosotros que en dias mas serenos celebramos la clemencia de Pio IX cuando habló el lenguaje de la reconciliacion y del olvido; nosotros que poco despues admiramos las grandes y magníficas reformas, que revelaban la elevacion de sus miras; nosotros que le hemos visto lanzado á tierras estrañas por la mano brutal de los ingratos, nosotros no podemos ménos de saber con placer que cuando se oia el rumor de la gran tempestad que avanzaba poderosa hasta arrancar de cuajo el trono de los papas á despecho de los siglos que le rodean, el virtuoso cura de Jerez mezclaba tambien sus lágrimas con las del gran Pontífice, que descollara cual figura colosal en la historia de los papas, que el noble cura de Jerez, en union del clero de su parroquia, ofrecia á Su Santidad los cortos bienes que forman toda su fortuna, y sobre todo, unos corazones puros y piadosos. La tierna contestacion de Pio IX es una nueva prueba de su bondad y de su solícito cuidado por la ventura de los fieles, y nosotros no dudamos que será leida con gusto por nuestros suscritores. Dice así el comunicado:

"Jerez, Octubre 15 de 1850.—Sr. D. C. de las Cagigas.—México.—Muy Sr. mio.—En Junio del año próximo pasado, viendo que nuestro Smo. Padre el Sr. Pio IX, se encontraba en muy difíciles y angustiadas circunstancias para la Iglesia Católica, Apostólica Romana, expatriado y cuasi perseguido, no podia ménos una alma religiosa y reverente á la Cátedra de S. Pedro, que manifestar de algun modo, no ya su adhesion á la cabeza visible de la Iglesia, sino su interés cordial por la respetable persona que lo representa, adornada de virtudes eminentes y previlegiadísimos talentos. Por tal motivo cumplí un deber, dirigiéndome á Su Santidad en union del clero de mi parroquia, manifestándole que sus padecimientos y persecuciones nos hacian sentir de tal manera, que le ofrecimos sinceramente nuestros bien pobres intereses y nuestras propias vidas.

En 14 del corriente hemos recibido con el mayor placer para nuestras almas sensibles, su venerada contestacion, y por la que, luego se vienen á la vista las grandes virtudes del gefe supremo de la Santa Iglesia, y el amor paternal que profesa á mi muy amada patria, pues en medio de tantos cuidados y pesadumbres, y cuando mas le arrebataban la atencion negocios de mucha mas entidad, se dignó firmar de su augusto puño la referida y bien estimable contestacion que dá á los insignificantísimos y humildes ofrecimientos del párroco y eclesiásticos de Jerez, quienes apenas pudieran llamar la atencion del recinto que los contiene. Su tenor literal es el que sigue:

"Dilecti Filii Parocho aliisque Presbyteris civitatis Jerez Diocesos Guadalaxarensis in República Mexicana."

—*Pius PP. IX.*"

"Dilecti Filii salutem, et apostolicam Benedictionem. Quamvis adeo ingrata locorum intervalla vos dividant, nem passis presto esse voluistis litteris XII Kalendes Julii superioris anni

datis, quibus filialis vestræ fidei pietatis ac devotionis erga Nos, et apostolicam hanc sedem exhibetis testimonium. Ac revera multam animo capimus exultationem, cum vos ita spiritu fidei vigere cognoscimus, ut angores Nostri sint vobiscum communes; Dilecti Filii, præsentesque Nostri ærumnas, et passiones veluti propias adjuvemini. Pro quo amantissimo officio multas vobis, Dilecti Filii, persolvimus gratias, minime dubitantes, quin Deo Omnipotenti infirmitatem Nostram commendare majorem in modum velitis, quo Nos iidem cœlesti virtute ad sanctissimæ Religionis causam magis animis tuendam, promovendamque luctuosis hisce temporibus ubique gloriam divini sui nominis, atque universi christiani gregis utilitatem. Hæc pro sollicitudine, quæ urget Nos pietatem vestram, ac zelum etiam atque etiam exitare cognitum, ut ad erudiendos civitatis illius fideles curas omnes constanti studio impendatis quo viam ipsi scientes mandatorum Domini, atque hæc sedulo custodientes æternam et maximam una vobiscum beatæ immortalitatis præmium assequantur. Ac tantæ hujus boni auspicem et paternæ Nostræ in vos caritatis testem apostolicam benedictionem, vobis ipsis, Dilecti Filii et concivibus vestris universis intimo paterni cordis affectu amanter impertimur.—Datum Neapoli in suburbano Portici die 10 martii an. 1850.—Pontificatus Nostri anno quarto.—*Pius P. IX.*"

Y como deseo que todos mis conciudadanos conozcan mas las eminentes virtudes que adornan al grande, insigne é inmortal Pio IX, y tambien para manifestar al mundo mi profundo agradecimiento por tamaña dignacion, suplico á V. tenga la bondad de insertarlo en su ilustrado y bien acreditado periódico, por cuyo favor le estará siempre muy obligada la gratitud de su afectísimo seguro y atento capellan Q. B. SS. MM.—*Juan José de Orellana.*"

MOSAICO.

Esposicion universal.—Se ha comenzado á construir el edificio en que se ha de celebrar en Lóndres. Segun el proyecto aprobado, ocupará 1.000.000 de piés cuadrados.

Valor de los borgoñitos en esta época.—La cantatriz Jenny-Lind ha sido ajustada por un año para el Nuevo Mundo en la friolera de 8.000.000 de rs. limpios de polvo y paja, esto es, viage y manutencion pagados. Pedir mas, fuera gollería.

Invento.—Se ha concedido en Inglaterra privilegio esclusivo para el uso de un aparato con el que se calienta en cinco ó seis minutos el agua de un baño por medio de la aplicacion de gas á unas planchas de metal debajo del baño. Tanto la máquina como su aplicacion son sencillas, con la ventaja de ser el gasto insignificante donde no hay que producir el gas por ser de el el alumbrado.

Carruage nada barato.—El destinado á la coronacion de los emperadores de Austria, es de un precio incalculable. Solo las puertecillas, debidas al pincel de Rubens, costaron 60.000 florines, y 180.000 los dorados.

Contrabando de nuevo género.—Se ha descubierto en Valencia un medio de introducir aguardiente sin derechos, que bien merece patente de invencion y de talento. Reducense á una comunicacion entre una casa inmediata á la muralla y un parador, cerca tambien de la misma, en la parte esterior por un tubo dentro del que corria el líquido de suyo por mas alto el conducto en donde le recibia.

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

Si se estudia con cuidado y se observa con detenimiento la sociedad, se echará de ver, que á dos pueden reducirse las causas, que, ya la comunican un movimiento suave, ya la imprimen una poderosa energía, que la impulsan á una direccion mas bien que hácia otra, y que constituyen en cierto modo su fisonomía particular: las doctrinas y los intereses.

He aquí los motivos influyentes, las causas mas eficaces de los hechos que se consuman en las sociedades humanas: en ellos encuentran su orígen, su natural y verdadero principio esa multitud de fenómenos, ya políticos, ya sociales, que van sucesivamente presentándose; de la propia suerte que en la cabeza y en el corazon del hombre, se halla en el motivo de su conducta y la causa de sus acciones.

Una diferencia, sin embargo, hay entre los intereses y las doctrinas, en cuanto puede considerárselas como el orígen y la causa, ya del rumbo acertado, y de la direccion torcida y aviesa que toman las sociedades, para que al menos por un momento no hagamos alto en ella. Los intereses por lo comun, son de suyo mas perecederos, y aun cuando se agiten con fuerza, no se extienden á igual terreno, ni alcanzan la misma duracion que las doctrinas; sobre todo, cuando son hijas de la persuasion y del convencimiento, y tienen fe en las mismas los que están encargados de sostenerlas y prepararlas. Los intereses casi siempre, ó están cerrados dentro de los lindes de una clase, ó no se mueve del terreno de un estado; allí nacen, allí viven, allí se transforman, allí sufren todas las vicisitudes y los cámbios que traen consigo los tiempos y las revoluciones; allí últimamente mueren. En las doctrinas, empero hay, si cabe decirlo así, una mayor vida, una fuerza mas poderosa, mas movimiento, mas ímpetu, una mas alta y grande ambicion. Los autores y sectarios de una doctrina no se contentan en que los principios que la constituyen, prevalezcan en tal ó cual país; en que su escuela tenga poder ó influencia en esta ó en aquella nacion, sino que pugnan y asiduamente se esfuerzan para que sus principios dominen en todos los países y alcancen á todos los tiempos. Véanse si no las sectas en religion, las escuelas en filosofía, los partidos en política; y en cuanto se estudie su índole y naturaleza, se conocerá bien presto, que su instinto y tendencia no es de encerrarse en un pequeño lugar, no es de replegarse en el seno de un Estado, no de dominar un reducido

número de hombres, sino de extenderse, de dilatarse, de acrecentar su poder, de ensanchar siempre mas la esfera de su accion.

Desprendese de ahí, que por mas ilegítimos que sean los intereses, ora de un hombre, ora de una clase, ora de un partido, ora de un pueblo, y por mas que estén en contradiccion con lo que exige el órden social y la conveniencia pública prescribe, nunca son de mucho tan nocivos, de mucho tan terribles, como una doctrina preñada de errores, mayormente si teniendo prestigio y consiguiendo crédito, logra atraer á su favor abundante número de defensores y prosélitos.

No es difícil combatir las doctrinas siempre que anden solas; no es difícil acabar con los intereses de una porcion de hombres cuando solos tambien están; la alianza empero de las doctrinas y de los intereses es robusta, grandemente poderosa, aunque sean falsas aquellas, é injustos éstos; necesitándose la accion del tiempo, mucho trabajo, y no pocos esfuerzos para anquilarla y destruirla. Siempre que los principios de una escuela, ó las máximas de una secta no son mas que los delirios de los filósofos, y solo hierven en la cabeza de algunos hombres, si y no el mazo que destruye; es la pomayormente no han tentado la codicia de los pequeños, y la ambicion de los grandes, ú otras pasiones acaso mas funestas y menos nobles, no corre el mundo grave riesgo, habiendo ademas de la esperanza próxima de volver al hombre su juicio, y á la sociedad su aplomo, si por desgracia lo hubiese perdido. Mas si una doctrina, ora social, ora religiosa, ora política, no solo ha comunicado al entendimiento ideas falsas, no solo ha engendrado en el corazon pasiones malignas, sino que de la gloria. Habla de la novela, de ademas ha creado derechos injustos, y ha constituido intereses ilegítimos; si cundiendo y penetrando por do quiera, ha cambiado sus inclinaciones en el hombre, sus relaciones en la familia, en el gobierno su forma, en la sociedad su estructura, en la legislacion su espíritu; árdua cosa es neutralizar los efectos del error, cuyo jugo venenoso filtra por todas partes, y llega á todos los ramos. El árbol tiene entonces raices muy hondas, muy extensas, siendo menester la segur de los tiempos, el poder de los desengaños, y el brazo de la Providencia para cortarle y arrancarle de raiz.

(Continuará.)

D. ALBERTO LISTA.

(CONCLUYE.)

En considerar á Lista como primer crítico español del dia, existe uniformidad de pareceres: siempre que analiza, compara y juzga, aparece tan conciso en palabras, como fecundo en pensamientos: su argumentacion es lógica, natural y sencilla: su estilo fluido, limpio y correcto: se distingue por su severidad como por su templanza: su crítica es el buril que perfecciona, adadera que corta algunas ramas para que el árbol brote con mas lozanía, y no el hacha que horadando su tronco, funestas y menos nobles, no corre el seca sus raices. Su excelente juicio hasta Moratin el hijo, debe ser estudiado con detenimiento por cuantos jóvenes escriban para la escena: Lista les señala los escollos de que conviene apartarse; y las bellezas de que han de ser imitadores, si aspiran á caminar por tan enmarañada senda al templo

monstruoso urdimbre de falsedades é inexactitudes referentes á los tiempos de Felipe II y Felipe III de España. Bajo el aspecto literario examina la oratoria del púlpito, de la tribuna y del foro, y apunta reglas de retórica apreciabilísimas sobre las figuras de palabras, de espresion, de raciocinio, de pasion, de estilo. Sostiene de una manera indestructible la importancia del estudio filosófico de las humanidades: traza con hábil precision y esmerada brevedad el estado actual de la literatura europea. Ese precioso libro publicado recientemente en Sevilla con el modesto título de *Ensayos críticos*, es sin duda una obra modelo, que á todos ofrece abundante y provechosa enseñanza. Ignoramos la causa que ha movido á sus editores á suprimir los análisis escritos en el *Tiempo* de Cádiz, sobre las poesías de los señores Amador de los Rios, Valdelomar, Bueno, Tenorio y Zapata.

Séanos lícito mencionar dos observaciones que nos sugiere la lectura de los artículos consagrados por D. Alberto Lista á la *poesía pastoral* y á las *obras históricas*, pues vamos á someterlas á su vasta instruccion y superior talento, con la docilidad del que consulta para ilustrarse, y no con la presuncion del que arguye y aspira á quedar victorioso.

No ha comenzado la poesía bucólica en nacion alguna, sino en la época de mayor opulencia. Ya pasado el tiempo de la vida patriarcal, y en lo mas floreciente de la monarquía hebrea, entonaba Salomon el *Cantar de los Cantares*: no se halla entre los griegos poesía de esta clase, hasta la edad mas esplendorosa de Siracusa. Virgilio componia sus églogas en la corte de Augusto. En Italia centro de la civilizacion de Europa cuando Tasso y Guarini la encontraron con *Aminta* y el *Pastor Fido*. Hasta el reinado voluptuoso de Cárlos II no se conoció la poesía pastoral en Inglaterra, ni en Francia tuvo el tono de decencia conveniente hasta el siglo de Luis XIV. Regida España por los reyes católicos, imponia y dictaba su voluntad á dos mundos, y entonces sonaban los melodiosos acentos de Garcilaso, príncipe de la poesía castellana. Si reconoce el Sr. Lista que la poesía bucólica es inseparable compañera y hermana legítima del engrandecimiento de las naciones, ¿cómo estraña que ahora produzca en nuestro país fastidio en vez de embelesos? Si ya nadie cree en esas alegres tribus de zagalas y pastores, cuyas tranquilas y pintorescas chozas brindan mas ventura que la suntuosidad de régio palacio, ¿es posible interesar con la descripcion de sus placenteras y sencillas costumbres? ¿Carecé la poesía de recursos mas adecuados al espíritu de la época, para refrescar nuestra imaginacion acalorada por el movimiento tumultuoso de la sociedad, y trasladarnos á las escenas apacibles de la naturaleza? ¿No cabe pintar el sosiego y felicidad de la vida campestre, sin poblar el florido soto y la enramada umbría de séres tan abstractos é ideales, que ya ni el influjo de fascinacion momentánea ejercen en la mas arrebatada fantasía? Meditando en la diversidad de los tiempos, procederia con lógica el que despues de saborear las églogas de Virgilio, Garcilaso y Gesner, apartara sus ojos del poeta contemporáneo, cuyos atributos fueran terso pellico, flexible cayado, y rústica zampoña.

Interés, verosimilitud y unidad, son las reglas literarias á que está sometida la narracion de una historia cualquiera; y si no la cumple, desagrada á su lectura. Convencidos nosotros de la esactitud de tales principios, nos acusamos de tener aversion instintiva á los discursos y razonamientos que prestan algunos historiadores á sus personages. Admiramos á Tácito, Tito Livio y Salustio, que emplearan este método en sus inmortales escritos: Mariana es un historiador eminente, imitando á los historiadores de Roma, y Solis, perfecto hablista sin separar-

se de esa misma senda. Mas si un autor nos retrata con pincel maestro el carácter, vicios y virtudes de dos generales enemigos, si nos instruye del espíritu de sus respectivas naciones, de sus intereses políticos y mercantiles, de sus negociaciones diplomáticas, y del origen y curso de la querella que les conduce al campo de batalla; lo que nos interesa es la exacta descripcion del terreno ocupado por los ejércitos beligerantes, de sus operaciones estratégicas, y de los diferentes azares que alteran ó aseguran el plan de ataque, y dan por resultado la victoria al mas hábil, ó se la arrancan al ménos venturoso. Atribuir en tal caso elocuentes arengas á los dos caudillos, solo sirve de estorbo y de embarazo, como los discursos prolijos en las discusiones, y las ropas talares en la carrera, segun el célebre dicho de Bacon de Verulamio. Por consentir á un historiador el artificio de lucir sus prendas oratorias, no se debe correr el peligro de suministrar á las medianías fácil coyuntura de transformar la história en novela. Rechaza la historia lo superfluo, y en nuestra humilde opinion, debia de renunciar á escribir en ese género de literatura todo el que no se sintiese con fuerzas para dar interés á la narracion, valiéndose de un estilo puro, natural, elegante y sencillo para esponer y esplicar diestramente los sucesos, aun cuando se considerase capaz de revestir con el brillo de la verdad sus propias invenciones.

Nunca nos aventuraríamos á poner en tela de juicio lo que establece el Sr. Lista al hablar de la *poesía pastoral* y de las *obras históricas*, si no tuviéramos grabados en la memoria dos cas de sus sábios consejos: primero, siempre que vayais á escribir sobre un asunto cualquiera, apuntad todo lo que os ocurra, y estractad despues sin omitir nada importante, pues el mérito de un autor consiste en decir mucho en pocas palabras: Segundo, son los escritores de los tiempos antiguos brillantes antorchas que nos alumbran por el camino en que la humanidad avanza siempre, y no infalibles faros, hácia los cuales debemos enderezar nuestro rumbo.

Firme adalid del buen gusto, sostenia el Sr. Lista una gloriosa campaña por los años de 35 y 38 en el Ateneo y en la prensa, manteniéndose cual diamantina roca, en medio del furioso oleage del romanticismo que invadia toda especie de literatura.

"El actual drama francés, llamado vulgarmente romántico, decia, pinta al hombre fisiológico como el de Atenas, sin someterse á reglas: falsea la moral universal, civil y política del género humano, supone que el hombre no puede lidiar contra sus pasiones, y no le deja mas opcion que satisfacer sus deseos á cualquier costa, ó suicidarse. Es, pues, contrario á la civilizacion actual, y no cumple con sus exigencias."

Lejos de enarbolar el estandarte de la intolerancia, reasumia su doctrina de este modo:

"Para nosotros es clásico todo lo que está bien escrito, y se puede proponer como modelo de estilo y de lenguaje, en las clases ó aulas de humanidades. Así con tanto placer leemos el *Británico* de Racine como *El Indo D. Diego* de Moreto. Y no hay que hablar de reglas, de unidades, de formas. ¿Quereis someteros á ellas? No escribais la *Petimetra* de Moratin el padre, sino el *Sí de las niñas*, de su hijo. ¿Quereis libertaros de esa sujecion? No mancheis el papel ni las costumbres públicas con *Antony*, sino componed algo semejante á *Duelos de amor y lealtad*, de Calderon de la Barca."

Casi solo en la lid no desesperaba del triunfo en lo mas recio de la refriega, y

"Pasará la moda, decia, y entonces será muy fácil conocer que el romanticismo actual, anti-monárquico, anti-religioso y anti-moral, no puede ser la literatura propia de los pueblos ilustrados por la luz del cristianismo, inteligentes, civilizados, y que están acostumbrados á colocar sus intereses y libertades bajo la salvaguardia de los tronos."

Cumplido se halla el pronóstico del escritor ilustre. Hoy forma el trabajo su codiciado reposo á orillas del Bétis, que tan hondos suspiros ha arrancado á su lira: disfruta la decente medianía, límite de su ambicion mundana; le acaricia la amistad cariñosa, frecuente objeto de sus inspiraciones; le bendicen numerosas familias que le deben la educacion de sus hijos; y ve satisfecho cuál cunde y se propaga su sana doctrina literaria entre la juventud estudiosa que le ama como á su segundo padre, y de que es sábio maestro.

SUEÑO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VISPERA.

(CONTINUA.)

Así fué pasando el tiempo Conrado hasta cumplir veinte años. Marbel resolvió entonces enviarle á la universidad, y le aumentó la pension.

—"Hijo mio, acostumbra á tu cuerpo á vivir con poco, pero no le rehuses lo necesario. No puede haber buen artista sin buenos instrumentos: el artista es un juicio sano: perfeccionar el tuyo. La vida, aunque corta, es una escuela: forma tu entendimiento y tus sentimientos. ¿Para qué puede servirnos su cultivo? Haremos la esperiencia en la eternidad, en donde nuestro padre nos llama á una obra mas elevada. Te señalo para los tres años de universidad una fuerte suma: empléala toda, frecuenta el mundo, y estudia hasta á los malvados, porque es útil conocerlos. ¡Eres débil! pues esa es tu suerte: sucumbirás: ¡eres fuerte! resistirás. Pasados esos tres años, piensa en ganarte tu subsistencia, porque yo nada tengo que darte.

"Soy rico porque á esto llaman riqueza, continuó Mr. Marbel; pero tiene poco atractivo para mí, porque nada puedo hacer con ella: tal vez viviré ménos que mis criados; ¿pues para qué me sirve el dinero? Lo que me produce una satisfaccion, es el haber adquirido cuanto poseo con mis solas fuerzas, y una probidad sin tacha. Mi fortuna no me ha costado ni sangre, ni lágrimas, sino únicamente sudor: he aquí el mayor regocijo del sábio. Solo hay una necesidad en la prosperidad y en la adversa fortuna, la virtud: todo lo demas, ambicion, amor, deseo de riquezas y de mando, envidia, ódio, fanatismo, todo es locura. Aprende bien esto, Conrado: monstrarse fuerte en todas ocasiones, grandes é insignificantes, he aquí la verdadera sabiduría. No desprecies las cosas por mezquinas que te parezcan: Dios no ha hecho nada despreciable: el grano de arena y el gusano, tienen tambien su grandeza.

"Te he dado una buena educacion: eras una planta silvestre, pero vigorosa. Ya tienes veinte años, y esta la edad en que la persona incapaz lucha con el ángel; procura que el ángel quede vencedor. El hombre requiere ser dirigido primero como una planta, despues como un bruto, y en seguida como un ángel. Hay muchos que no son mas que brutos bien adiestrados.

El mismo bruto no merece ser despreciado. ¿La azucena con su blancura deslumbradora, no florece entre el polvo de la naturaleza? Una nada decidió de la suerte de toda mi vida, *aprendí á coser*, y este fué el origen de mi fortuna.

"Tal vez no me creerás: pero sin embargo, nada es mas cierto. Tenia veinte años, y solo sabia leer, escribir y contar. Era hijo de un pobre peon de albañil, y por falta de dinero no sabia qué hacer de mí, porque como he visto despues, el dinero lo es todo.

"Tenia por camarada á un jóven

llamado Albert: éramos aturdidos é incorregibles, nuestros vestidos, que rara vez se reponian, estaban sucios y rotos, por lo que continuamente recibia malos tratamientos en mi casa; pero pasado el dolor, volvia á mis mañas acostumbradas.

"Un dia estábamos sentados en un banco de un jardin que habiamos encontrado abierto, y conversábamos acerca de lo que queriamos ser: yo pensaba llegar á teniente general, y Albert á generalísimo.

—"Jamas sereis nada, nos dijo un anciano con peluca blanca, bien vestido, que se hallaba detras del banco, y habia escuchado nuestra conversacion.

—¿Por qué no? preguntó Albert, un poco recobrado de su sorpresa.

—"Sois hijos de unas buenas gentes, lo conozco en vuestro traje; pero habeis nacido para ser siempre mendigos: ¿si no ser así, como consentiriais el llevar los codos rotos?

"Entonces nos agarró á los dos por los brazos, y nos metió los dedos por los agujeros que teníamos. Yo quedé avergonzado, y lo mismo le sucedió á Albert.

—"Si no sabeis coser, continuó el caballero, ¿por qué no aprendeis á manejar la aguja y servirros de la aguja? En un principio, dos puntadas hubieran reparado vuestro vestido: ahora ya es demasiado tarde, y por eso os veis como unos mendigos. ¿Quereis ser teniente general, y generalísimo, andrajosos rapazuelos? Coged primero los agujeros de vuestros codos, y despues pensareis en grandezas.

"Abochornados en el fondo de nuestro corazon, nos alejamos sin proferir una palabra. Yo volví tan bien el codo á mi manga, que quedó por la parte de adentro sin que nadie pudiese conocerlo. Aprendí á coser con mi madre, como si estuviese jugando, pues no quise decirla por qué deseaba saber manejar la aguja. Desde entonces, si se me desgarraba alguna parte del vestido, al punto acudia al remedio, y fuí haciéndome mas cuidadoso. Bien pronto me fué repugnante la suciedad, aunque mi traje no estuviese roto; me gustaba la limpieza, estaba satisfecho, y decia entre mí: "el anciano caballero de la peluca blanca tenia sobrada razon: con dos puntadas se repara un vestido: con un puñado de cal se blanquea una pared: con un vaso de agua se apaga un incendio que comienza: un poco de cobre produce escudos, y una pepita se convierte en un frondoso árbol: ¿y en qué consiste esto?. . . Dios lo sabe.

"Albert no tomó las cosas tan sériamente, é hizo muy mal: A ambos nos dirigieron á casa de un longista, que necesitaba un jóven que supiese escribir y contar con perfeccion. Nos mandó hacer un corto ensayo, y me dió la preferencia. Llevaba yo un vestido viejo, pero sin agujeros ni manchas. Albert manifestaba su incuria y desaliño, aunque tenia puesto su traje de los dias festivos. El amo de la casa me dijo: solo el que es económico, puede llegar á ser comerciante: palabras que me hicieron recordar al anciano caballero. Bien pronto observé que tenia muchos agujeros que tapar en cuanto á mis conocimientos é inclinaciones. Dos puntadas lo reparan todo en un momento sin gran trabajo; pero es preciso no dejar ensanchar el agujero: de otro modo, el vestido necesitará un sastre, la salud un médico, y los agujeros de la moral el castigo de un magistrado. No hay nada insignificante ni indiferente para el bien ni para el mal: el que cree lo contrario, ni conoce la vida ni á sí mismo. mi principal tenia tambien el codo roto: era poco razonable, colérico, déspota y caprichoso. Esto me incomodaba con suma frecuencia: quise hacerle frente y se irritó sobremanera. Pensé que me hallaba amenazado de tener por segunda vez los codos rotos, si era tan colérico y tenia tan poca paciencia como el amo, y desde aquel mismo momento principié á darle la razon, y dejarle obrar como gustase: de este modo pude conservar la paz.

"En cuanto estuve ya un poco instruido, mudé de amo. Habituado á

vivir modestamente y á contentarme con cualquier cosa, no me faltaban colocacio es. Evitando cuidadosamente el tener agujeros en los codos, y aparentando no ver los de los demas, todos estaban en paz conmigo y yo la tenia con todo el mundo. Así es que continuamente me hallaba rodeado de amigos, me dispensaban una grande confianza, no me faltaban auxilios ni negocios, y en fin, Dios me habia echado su bendicion. En obrar y pensar bien, consiste toda la moral, como el meollo de la nuez contiene el gérmen de un árbol enorme.

"De esta manera fué formándose mi fortuna, y dije para mí: "Apenas me es necesaria la vigésima parte de este dinero; voy pues á acceder á todos en lujo y magnificencia. ¡Qué locura!. . . ¡Qué!. . . ¿consentiré acaso verme con los codos rotos en los últimos dias de mi vida?. . . No: ayuda á tus semejantes: esto es lo que debes hacer. El mayor bien que produce la riqueza, despues de la independencia, es un vasto círculo de actividad.

"Ahora, Conrado, vas á marchar á la universidad: aprende á ser justo: acuérdate alguna vez del anciano caballero de la peluca blanca: guárdate bien del primer agujero en el codo: no hagas como mi compañero Albert, que concluyó por sentar plaza de soldado, y pereció en América."

Conrado fué á Gottinga, y estudió allí jurisprudencia con mucha aplicacion y aprovechamiento, sin sustraerse, sin embargo, á la sociedad ni á las diversiones. Economizaba su dinero porque habia concebido un gran proyecto, el de viajar por Europa. Monsieur Marbel le aprobaba, y aun le escitaba á ponerle en ejecucion; pero no queria darle un sólo real. Conrado se esforzaba en llevar á cabo lo que le parecia agradaba á su bienhechor; mas era necesario dinero para el viage, y Conrado no tardó en decidirse. En cuanto obtuvo el grado de doctor en ambos derechos, se puso á servir en casa de un carpintero, y allí cepilló, aserró, cortó y pulimentó la madera. Sus conocimientos en el dibujo y en química, su gusto y su habilidad le sirvieron y ayudaron maravillosamente para aprender su nuevo oficio. En nueve meses hizo portentosos adelantos, y bien pronto se colocó al nivel de su maestro. Mediante veinte luises abrevió el tiempo de su aprendizage, y pasó á la clase de oficial.

(Continuará.)

TABLA

DE LAS PROBABILIDADES DE LA VIDA,

ó del número de años y meses que cada individuo de una edad determinada puede aun vivir, segun Mr. Duillard, director que fué de la oficina de cálculos de la tesorería nacional de Francia.

Edad.	Esperanza de vida. años.	meses.	Edad.	Esperanza de vida. años.	meses.
0	38	0	35	25	9
1	30	4	40	22	11
5	43	6	45	20	1
10	40	5	50	17	6
15	37	6	55	14	11
20	34	3	60	11	3
25	30	0	65	8	0
30	27	4	70	5	9

A estos cálculos se han arreglado los vitalicios en algunos paises.

El hombre en el curso ordinario de la vida, pasa por siete diversos estados ó edades, á saber:

Infancia ó niñez.	La edad del niño desde que nace hasta los 7 años.
Puericia.	La edad que media desde los 7 años hasta los 14
Adolescencia ó pubertad.	Desde los 14 hasta los 25 años.
Juventud.	Desde los 25 años hasta los 40.
Edad viril.	Desde los 40 hasta los 60 años.
Senectud ó vejez.	Edad que empieza á los 60 años y dura hasta el fin de la vida; sin embargo, á la ancianidad ó edad muy avanzada, se llama tambien
Decrépitud ó suma vejez.	Que prudentemente se puede decir que empieza á los 80 años; pero á esta son los mános los que llegan.

Estas siete edades ó estados de la vida, pueden reducirse á cinco, que es como comunmente se distinguen, á saber: *infancia, adolescencia, juventud, edad viril y senectud:* otros las reducen á cuatro.

MOSAICO.

La existencia de Dios.—El rey de Prusia, Federico II, era apóstol del ateismo, y se alababa de ello un dia delante del sábio Aman Ruculard, cuyo silencio era muy significativo.

—¿Cómo es eso, le dijo el monarca, eres adicto aún á esas anticuallas?

—Señor, lo soy, porque necesito tener la conviccion de que existe un ser superior á los reyes.

Inscripcion persa.—Se ha descubierto un sepulcro en un sitio remoto de la Persia, en cuya losa se lee la inscripcion siguiente: "El que no tiene dinero no tiene crédito; el que no tiene una muger sumisa y dócil, no tiene reposo: el que no tiene hijos, no tiene fuerza: el que no tiene parientes, no tiene apoyo: pero el que no tiene nada de esto, vive exento de cuidados."

Vidrio.—Esta preciosa materia es uno de los mas bellos presentes que la química ha hecho á los hombres; y parece que se tuvo la primera idea de ella unos 1,000 años antes de la era cristiana. Plinio refiere un hecho, que si es cierto, hace ver que su descubrimiento se debe á la casualidad, madre de tantas invenciones útiles. Dice que algunos mercaderes que llevaban nitro, y atravesaban la Fenicia, habiéndose parado á la orilla del rio Belus para hacer cocer sus viandas, pusieron en lugar de piedras algunos pedazos de nitro para sostener su caldera: la violencia del fuego inflamó aquella materia, que derretida y mezclada con la arena, formó un licor claro y trasparente, que despues se condensó, y dió la primer idea de la composicion del *vidrio*. En tiempo del emperador Tiberio parece que un artífice encontró el modo de hacer el *vidrio* maleable; es decir, de poderlo trabajar al martillo, y creyendo aquel príncipe que si se divulgaba el secreto, perderian el valor los metales, hizo degollar al autor. Posteriormente, en tiempo del cardenal Richelieu, se dice que hubo un particular que encontró el mismo secreto: pero la pérdida de su libertad, fué la recompensa de su invencion. De lo dicho se infiere que el *vidrio* es de la mayor antigüedad; pero la perfeccion de esta preciosa materia, se debe á los modernos.

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

[CONTINUA.]

Hemos hecho esta indicacion recordando la diferencia que va de los intereses á las doctrinas, para que se conozca que si es fuerza combatir aquellos cuando son injustos en sí y perniciosos en sus efectos, todavía deben combatirse mas las doctrinas que los alimentan y sostienen, y los principios que los justifican y sancionan.

Y no se crea que las sociedades humanas floten faltas absolutamente de direccion y de guia, y obren sin una doctrina que mas ó ménos las sirva de antorcha y de luz, ya verdadera, ya solo deslumbrante; porque algo hay que influye en sus leyes, en sus costumbres, en sus gobiernos; algo que constituye y caracteriza su moral y su religion; y esto es sin duda una doctrina. Serán creencias populares, serán tradiciones antiguas, será el respeto á los hechos, será la veneracion á la autoridad ó la deferencia al mayor saber, será la razon elevada á un grado mas ó ménos independiente, abandonada á sí misma, extraviada acaso y perdida; mas al fin será una doctrina. He aquí la grande importancia de las doctrinas, su grave y trascendental influencia.

Ellas, sin embargo, no es siempre igual, no es en todos tiempos y en todos lugares la misma, porque no todas las doctrinas tienen el propio origen, llevan el mismo carácter y producen idénticas resultas.

Pero antes de otra cosa, y para quitar embarazos de por medio, conviene advertir, que una doctrina es mas que una idea: es una porcion de ideas reunidas, digamoslo así, en torno de otra principal, que alzándose sobre las demas, las domina con su poder, las ilumina con su luz, y las imprime su sello. El amor á la humanidad, he aquí el principal símbolo del cristianismo en lo que atañe al órden moral y en lo que concierne á las relaciones entre el hombre y el hombre. El deismo en el órden religioso, el sensualismo en el órden moral, la igualdad en el social, la libertad en el político, un sentimiento exagerado de humanidad en las leyes criminales, la mera utilidad en las civiles; he aquí compendiada la filosofía del siglo pasado, echándose de ver que sobre las otras ideas y los demas principios que á su alrededor se agrupan, dominan las ideas y los principios indicados. Así que, aun cuando un hombre enuncie una doctrina, peregrina acaso y enteramente nueva, no por eso podrá decirse, ni el fundador de una escuela, ni el gefe de una secta, ni el apóstol de una doctri-

na: para que lleve estos títulos, para rifican aquí en la tierra su ensayo, no que se le apellide con tales nombres, sin grave daño de los pueblos ó de los preciso es que anuncie y sostente una gobiernos, que las saludan con alboro-
zo y las reciben con entusiasmo.

de aquellas ideas fundamentales de la ciencia, generales en su aplicacion, trascendentales en sus efectos, abundantes no pocas veces en males, ó que abrigan en su seno un gérmen fecundo de bienes.

Emitida de paso esa observacion, pues ella basta á nuestro intento, y tomando de nuevo el hilo de este pequeño discurso fuerza es saber, que entre las doctrinas, prescindiendo de su bondad intrínseca, y de sus cualidades ya útiles, ya perniciosas, considerándolas solo por su realizacion, y en cuanto al acogimiento que de parte de los pueblos reciben, hay una distancia y diferencia sumamente notable.

Doctrinas hay que en algunas de las fases que presentan, son hermosas muchas veces, y sobremanera agradables; pero que solo brillan en estas altas regiones, en esas sublimes esferas á las que vuela el pensamiento del hombre, sin que jamas las sea dado descender al país de la realidad. Así la república de Platon, aparte sus negras lagunas, y sus aberraciones tristes para la humanidad y la moral, efecto sin duda del estado y de las circunstancias en que aquel génio inspirado se encontraba: así la utopía de Tomás Moris, la paz universal del abate de San Pierre, y el Sansimonianismo en nuestros dias, pueden contarse y ciertamente pertenecen á ese linage de doctrinas. Arrobos son ellos de espíritus delirantes y entusiastas, sueños tranquilos, bellas ilusiones que sirven de encanto y de descanso á la vez para el alma fatigada, abrumada, oprimida de continuo por las duras realidades de esta vida, pero que no pasan de meras ilusiones.

Otras doctrinas hay utópicas tambien en su fondo, falsas en su orígen, y que despiden ademas un negro y falso resplandor; pero que deslumbrando el entendimiento, seduciendo el corazon y extraviando á la multitud, ve-

A esta clase de doctrinas pertenecen las que predicó Lutero en el siglo XVI, las que hicieron tan famoso en el pasado siglo el nombre del ciudadano de Ginebra, y las publicadas por el abate de Mably, relativas especialmente las primeras al órden religioso, y concernientes las segundas al órden político y social. Gravísimos fueron los estragos, inmensos los males que tales doctrinas causaron: dislocaron á la sociedad con su impulso, la abrasaron con su roce.

Si examinais las doctrinas, no atendida su índole y carácter, no con respecto á su realizacion, sino relativamente á la que en su interior revelan, y en su fondo expresan, descubrireis que las hay absolutamente individuales, traduccion sencilla de las ideas y de los sentimientos de ciertos filósofos, perdidos aislados, solitarios en cierto modo, y cuya inteligencia apenas está en contacto con la sociedad, en medio de la que viven y escriben; mientras que hay otras doctrinas, que son el eco de la opinion general, el grito que las pasiones lanzan, la espresion viva, enérgica, ardiente de la situacion de los ánimos y del estado de la sociedad.

(*Continuará.*)

NIÑO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

Una noche Mr. Marbel acababa de volver de paseo y estaba tomando el fresco en el balcon. En aquel instante pasó por delante de él un obrero forastero con su talega á la espalda, le saludó, y quitándose el sombrero, se

quedó parado sin pronunciar una palabra. Mr. Marbel le arrojó una moneda de plata, el obrero le dió las gracias, colocó la moneda en el bolsillo del pantalon, y pidió permiso para hablar á Mr. Marbel, que al momento se le concedió.

El artesano le dió muchas espresiones de parte de Conrado. Marbel estaba enagenado de gozo porque hacia ya nueve meses que no tenia noticia alguna de su hijo adoptivo, á quien amaba mas de lo que él mismo sacia. Mientras que con el mayor júbilo examinaba las facciones del obrero:

—¡Qué. . . dijo retrocediendo sorprendido, ¿no eres tú Conrado? ¿Quiéras burlarte conmigo? ¿Es ese el trage de un doctor?

Conrado le contestó riéndose:

—El doctor viene guardado en mi talega: ahora no soy mas que un oficial de carpintero que va de camino, que procura ganarse el pan y vivir con poco. He aquí mis títulos de doctor y de maestro: me dirijo á los paises estrangeros, y solo he venido á W. . . para ver otra vez á mi escelente padre, manifestarle mi reconocimiento, y pedirle su bendicion.

Estas palabras conmovieron profundamente á Mr. Marbel, derramaba copioso llanto y no podia hablar.

—Sí, dijo arrojándose á los brazos de Conrado y estrechándole contra su corazon: sí, tu eres mi hijo, y quiero ser tu padre.

Mr. Marbel le detuvo algunas semanas á su lado, y despues de bendecirle le dejó continuar su marcha.

—¿Tienes dinero? le preguntó en el acto de partir.

—Todavía tengo veinticinco escudos, respondió Conrado: es cuanto he podido ahorrar.

—Esa suma es suficiente para un obrero, y con el escudo que yo te he dado, añadió sonriéndose, ya estás rico. El Señor sea contigo: escríbeme cada tres meses lo que te ocurra y lo que veas. Guárdate de llevar los codos rotos, y todo irá bien.

Rico con los veintiseis escudos, Conrado comenzó á dar la vuelta á Europa. Recorrió primero la Alemania y despues atravesó los Alpes: deseaba ver las ruinas de un mundo destruido: despues de visitar á Roma y Nápoles, se embarcó para Francia: trabajó en Lyon y Paris para perfeccionarse en su oficio, marchó desde allí á Lóndres, en donde permaneció cerca de un año, en seguida se detuvo en algunas ciudades de Holanda; pasó á Dinamarca, vió á Estocolmo y Petersburgo, y luego regresó á su pátria.

Cuando llegaba á una poblacion en donde habia algo notable que ver, buscaba trabajo en casa de algun carpintero; porque el cansancio y la necesidad de ganar dinero para continuar su viage, le obligaban á detenerse. Los domingos, el artesano se trasformaba en sabio: en todas sus correrías le acompañaban siempre uno ó dos autores clásicos. En cuanto ganaba algun dinero, proseguia su camino. Sus maestros le hubieran querido detener mas tiempo, porque un obrero instruido no se encuentra tan fácilmente, y todos estaban maravillados de sus conocimientos. Muchas hijas de carpintero hubieran deseado que permaneciese á su lado aquel asombroso estrangero, y aun hacerle su dueño, porque Conrado era buen mozo: sus negros ojos tenian mucho fuego y espresion, sus modales anunciaban un jóven de buena familia, su conversacion, no solo con sus inferiores, sino tambien con los que poseian conocimientos iguales con los suyos, era atractiva é instructiva: todos le tenian por un hombre notable.

Al finalizar los cuatro años de su viage, volvió á W. . . . Ya hacia tres años que no habia recibido ni una sola línea de Mr. Marbel, aunque habia escrito con regularidad á su bienhechor cada tres meses: era para él un problema, si vivia ó no aquel varon escelente.

Conrado estaba pálido como la misma muerte cuando llegó á la casa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

en que habia habitado. Recibiéronle caras estrañas, y le participaron que hacia ya mucho tiempo que Mr. Marbel habia vendido su casa y marchado de W..... Triste y pensativo comenzó á andar por las calles. Si se me hubiese profesado algun cariño, me habria escrito por lo ménos esta novedad, decia: ahora está quizá muy lejos y nadie me dará razon de su paradero.

Con la talega á la espalda se fué á la posada de los carpinteros con ánimo de pasar en ella la noche, y al dia siguiente fué á casa del banquero Schmid para adquirir noticias de su bienhechor. El antiguo banquero ya le conocia y le recibió con los brazos abiertos.

—¡Alabado sea Dios!... por fin vuelvo á veros, señor doctor. Nuestro amigo, como ya sabeis, ha marchado á la India; me ha dejado para vos doscientos luises de oro, que queria emplear para vuestro establecimiento en el punto que gusteis elegir.

—¡Está en la India! repitió Conrado, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡No lo sabeis!... Ha tenido en esta ciudad muchos disgustos. El príncipe ha querido conferirle la nobleza, y con la independencia de su carácter, que ya conoceis, le envió á pasear; le devolvió los títulos, diciéndole que cada hombre tenia su nobleza particular, y que ninguno podia recibirla de manos de otro. Esto dió márgen á falsas interpretaciones, enredos, y por último, á una especie de persecucion. Acusaron al buen Marbel de jacobino, porque habia aceptado una letra de cámbio girada por un revolucionario, contra quien existian sospechas de que trataba de formarse partido entre el pueblo, y unido esto á lo demas, acibaró la vida de este hombre benéfico. Ya sabeis cuán confiado y bueno era con todo el mundo; hiciéronle perder sumas considerables; el pesar quebrantó su salud, y para colmo de desgracia, le salieron muy mal varias especulaciones que emprendió. Un dia vino y me dijo que tenia todavía en la India un capital considerable, y que iria á manejarle por sí mismo. Mis objeciones fueron inútiles; vendió y dió todo cuanto poseia aquí; me entregó en depósito una suma para vos, y luego partió; esto hará cosa de año y medio.

Conrado estaba anonadado; si hubiese sabido á qué punto de la India se habia dirigido, le hubiera ido á buscar inmediatamente. Mr. Schmid probablemente se habria opuesto á ello, y le ofreció alojamiento en su casa hasta que adoptase el género de vida que le pareciese mas conveniente. Conrado se inclinaba á abrir un taller de carpintería; pero M. Schmid le disuadió de semejante idea, y le aconsejó se dedicase al ejercicio de la abogacía, en el cual podia ser mas útil á la sociedad.

(Continuará.)

LORD BYRON.

ARTÍCULO 2.º

(CONTINUA.)

Estábamos trazando en el anterior artículo el cuadro lúgubre y original del castillo ó antigua abadía en donde el genio sombríamente caprichoso de lord Byron ejercitaba su ardiente fantasía como en un foco de inspiraciones románticas, y de aterradoras tradiciones. Vimos ya la influencia que habian ejercido sobre el genio y producciones del poeta los raros y nebulosos caractéres de los ascendientes de su familia. Acabemos, pues, de trazar ese cuadro oscuro, que obrando sobre un corazon sin freno, y arrebatado como una leve arista por el soplo abrasador de las pasiones, influyó notablemente en sus inspiraciones, y dió una especie de colorido de muerte á lo que es llamado por algunos lo sublime de la literatura moderna.

Entre las numerosas leyendas que

rodeaban la vieja abadía como una atmósfera viviente, hay una que no debemos omitir, porque se mira reflejada en los versos del poeta. Segun esta leyenda, todas las tardes, á media noche, un monge negro debia aparecerse para tomar de nuevo posesion de la abadía en nombre de la comunidad despojada, y atravesando los larguísimos corredores, privar que prescribiese la expoliacion de Enrique VIII y la usurpacion de los Byrones. ¡Raro imperio del derecho, que se refugia en las tradiciones y en las leyendas cuando se le destierra de las leyes, y que, espulsado del mundo real, halla un asilo en el mundo de las quimeras! Cada noche conducia este espectro, protesta misteriosa de un derecho impotente y violado contra un despojo victorioso y dominante, al modo que lleva los remordimientos al alma del despojador! Esta tradicion poética habia causado una vivísima impresion en el espíritu del poseedor de Newstead-Abbey; de ello nos convence el siguiente pasage de su *D. Juan*, en donde la refiere en estos términos:

"Guardaos ¡ay! guardaos
"Del hermano nocturno! todavia
"Conserva su poder! Nunca ha cesado
"De ser de la abadía
"El heredero clerical, cualquiera
"Que pueda ser su poseedor del siglo.
"De dia, es el señor Amundeville,
"Mas durante la noche lo es el monge.
"Aunque llenéis la copa hasta los bordes,
"Y con el vino déis la copa misma,
"No hallareis un vasallo
"que ose poner en duda
"Los derechos de la negra sombra muda.

Por desgracia no son estos versos el solo monumento que prueba todo el imperio que habia ejercido sobre la imaginacion de lord Byron su morada en la gótica abadía. Esta inteligencia, esta alma de poeta tenia una insaciable necesidad de emociones vivas, y éstas se satisfacian á todo precio. En esta original existencia se nota algo de parecido a la vida del jugador: y aquella tendencia de Byron á personificar en sus actos las impresiones de su infancia para renovar en ellas sentimientos perdidos, es harto notable para haber podido escapar á la meditacion de los espíritus observadores. Este hombre singular habia establecido orgías, permítasenos la espresion, en las cuales todos los convidados iban vestidos en trage monástico, y rodeaban á lord Byron, que habia tomado el título de abad, y llevaba sus insignias. Este disoluto remedo de las formas sacerdotales, era un placer para aquella imaginacion corrompida que buscaba donde quiera contrastes capaces de conmoverle fuertemente. Su impiedad (porque era á la vez supersticioso é impío), no tenia el carácter de dogma ni participaba del hielo sistemático de la escuela del siglo XVIII, que raciocinaba los mas negros ultrajes contra la Divinidad, y ordenaba en silogismos sus blasfemias segun la fórmula escolástica. Era una impiedad dramática y apasionada que no llegaba hasta la incredulidad, y se paraba en la duda; pero que puesta sobre esta última frontera de la creencia, desafiaba los rayos del cielo, sin hallarse del todo persuadido que los rayos del cielo fuesen impotentes. Byron tenia á menudo en su persona algun ingerto del Satan de Milton; y, como lo ha dicho ya otro desterrado del Edem, era un ángel caido que se acordaba de los cielos alguna vez para llorar su pérdida con un acento de tristeza inefable, pero mas comunmente para ultrajarles con todo el furor frenético del orgullo. Aquella vida tenia dias enteros de irreligion y cuartos de hora de creencia; no desleñaba género de emocion, y lo de que huia con mas horror era la monotonía.

En los banquetes de Newstead-Abbey, Byron habia reunido dos impresiones distintas; la voluptuosidad feroz del blasfemo satánico, y la refinada molicie de la licencia romana, que se placia en mezclar ideas de muerte

con las delicias del festin y con los goces fugitivos del amor. Os pareciera ver un Neron coronado de rosas y sonriendo en medio de sus bacanales y de la sangre humeante de sus víctimas. A la fin de las orgías de que era teatro la abadía, bebíase á la salud de los finados en un cráneo ricamente montado en oro sobre un entutado ropage. Para estos banquetes habia instituido Byron una órden del cráneo, de la cual era él gran maestre. Corrian por el mundo acerca este cráneo anécdotas, que lord Byron se guardaba bien de desmentir, pues tenia en todo el gusto de lo raro y de lo extraordinario, y aunque no perdonaba á la crítica, tenia bastante complacencia en ser calumniado.

Para calificarle se le pudiera aplicar el dictado de fanfarron de crímenes. Esta palabra esplicaria maravillosamente la mayor parte de su conducta, que, sin esta calificacion, quedaria inesplicable. Su existencia era como un drama que representaba delante de los demas y delante de sí mismo, y que procuraba con afan hacer tan sorprendente y tan fecundo en raras peripecias como le era posible. Tal vez sentia en el fondo de su alma frenética una cierta envidia á la mayor parte de sus antepasados á quienes no faltaron aventuras siniestras, desde Byron *Barba larga* que recibió Newstead-Abbey de Enrique VIII hasta Guillermo-el-Malo. Por esto acogia con satisfaccion y anhelo todo rumor que aun denigrando su vida diese un tinte mas sombrío á su fisonomía á los ojos de sus contemporáneos. Lo hemos dicho ya todo; él habia hecho de su vida un drama; no la vivió pues, sino que jugó con ella.

(Continuará.)

REMITIDO.

A UNA FLOR.

Pobre flor, ¿á qué sirvieron
Tanto amor, tanto cuidado?
CORRILLA

¡Que tienes, mi sobre flor,
que así doblegas la frente!
¿por qué se aja crudamente
tu verdor?

¿Es, acaso, que al mirar
mi fatídico tormento,
te dá tambien sentimiento
y pesar?

Dímelo, flor, y verás
cómo te beso y bendigo,
y en mí un cariño amigo
tú tendrás.

Dime, flor, ¿al verme aquí
melancólico, abatido,
el mal tu ser ha sentido
que hay en mí?

No te marchites, por Dios,
que tus penas, flor querida,
van á quitarnos la vida
á los dos.

Anímate y brotarán
las gotas del llanto mio,
que cual plácido rocío
le serán;

Y tornará tu matiz
á mostrar su viva grana,
y entonces podrás lozana
ser feliz.

Mas qué digo! mis lágrimas de fuego
aumentáran tu tétrica dolencia;
y en vez de alivio, tan terrible riego
concluyera al instante tu existencia.

Tú no lloras por mí: quizá en el mundo
haya solo un mortal, uno solmente,
que sienta como debe este profundo
pesar que ruga en juventud mi frente.

Tú te entristeces ay! porque arrancada
estás del arbolillo en que naciste.
La cabeza del tronco separada,
mientras tiene color tan solo existe!

Con noble y gentil donaire
puesta en tu tallo brillabas,
y alegre te columpiabas
al blando impulso del aire.

Y el hombre tan bella al verte,
ambicionó tu hermosura,
sin ver que con mano dura
te daba, inicuo, la muerte.

Maldice tu suerte impia,
y al ente que quiso injusto
por un pasagero gusto
trocar en noche tu dia.

La belleza te ha perdido,
que despertando la envidia,
aguzó de su perfidia
el diente que te ha mordido:

Y esa mano, que airevida
en troncharte se gozó,
al hacerlo no miró
que á muchos tronchó la vida.

Sin ella dejó al pensil
robándole tus olores,
y está, si le falta olores,
sin vida el aire sutil.

Morirse quiere el vistoso
sumsum de plumage rico,
que colgado de su pico
liba las flores goloso.

Para labrar su panal
busca la abeja tu miel,
y al no verte en el vergel
la mata el dolor fatal.

Dime, flor: ¿quién fué el osado
que te quitó del jardin,
y apresurando tu fin
te puso en tan triste estado?

Acaso fué algun poeta
que viendo tu grande estima,
quiso en armónica rima
desahogar su mente inquieta?

No: ningun bardo seria,
porque en tu tallo tembloso,
mas inspirado y gustoso,
mas tierno te cantaria. . .

Tal vez un enamorado
quiso, llevada en presente,
contigo adornar la frente
de su dueño idolatrado:

Y si esto, mi flor, ha sido,
perdónalo, dél te apiada,
y no lances enojada
tu postrimero gemido:

Perdónale, que el que adora
febricitante delira,
y hasta en su daño conspira
por complacer su señora.

Perdónalo, flor marchita;
yo tambien, amante loco,
aun juzgo presente poco
la rosa mas esquisita.

Y el ángel de mis amores
si una sola me pidiera,
Ah! mil á sus piés pusiera. . .
Dejára el mundo sin flores!

¡Por qué tu copa se abate!
Infeliz! ya te comprendo.
La muerte que estás sufriendo
la causa un rico magnate.

—"Sí, cantor; magnate fué
de mucha opulencia y rango:
sacarme pensó del fango
y en sus manos me enlodó.

"Prendóse de mi hermosura
y orgulloso llegó á mí,
diciendo al cortarme: "aquí
no debe estar flor tan pura.

"Venga conmigo á lucir
de su donaire el tesoro,
que entre la pompa y el oro
es mas bello el existir.

"Llevóme á una sociedad
donde cien aduladores
elogiaron mis colores
y mi lozana beldad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas luego, cantor, ya ves,
mi gala se marchitó,
y el magnate me lanzó
ingratamente á sus piés.

"Y aquellos que me elogiaron
cuando en sus manos me vi,
luego despues sobre mí
indiferentes pasaron.

"Eso mi muerte aprovecha,
viendo en medio de mi lloro,
que si elogiaron, fué al oro,
no á mí ni al que me llevaba.

"No me preguntes mas nada,
cantor, que muriendo estoy;
canta tú, que yo me voy
de la tumba á la morada."

¡Pobre flor! maldigo al necio
que falto de reflexion,
causara tu perdicion
por darte pruebas de aprecio.

Compadezco tu dolor,
y oye al morir, infelice,
mi débil voz que te dice:
"Descansa en paz."—Pobre flor!

JUAN MIGUEL DE LOSADA.

MOSAICO.

Existen en Paris 80 imprentas, en que trabajan asiduamente 2.500 cajistas, 800 impresores y 150 prensas mecánicas.

Publícanse en la actualidad 40 periódicos políticos, 180 semanales y 28 mensuales.

Desde el 1.° de Junio de 1840 al 1.° de Agosto de 49, han salido de las prensas francesas 87.000 obras (entre folletos, tomos, &c.) 3.000 reimpresos de obras antiguas (clásicos, latinos y franceses), y mas de 4.000 voluménes traducidos de los idiomas modernos.

De éstos, una tercera parte son ingleses, españoles y alemanes.

Tambien se han publicado entre ellos 200 obras sobre las ciencias ocultas, como la cabala, &c., y 75 sobre genealogía y heráldica.

Las ciencias sociales (comunismo, fourierismo y socialismo de todas las escuelas) han producido mas de 20.000.

Cuentos y novelas 6.000. Libros de impresiones de viage, 800.

DIAMANTE MONSTRUO.—Hemos oido hablar del descubrimiento de un diamante en las minas del Brasil, que pesa 306 quilates, ó poco mas de dos onzas. A ser cierto este descubrimiento, el Brasil puede vanagloriarse de poseer el mayor de los diamantes actualmente conocidos, como se verá por la tabla siguiente, que comprende los mas célebres por su tamaño y valor.

El del Radja de Matum, en Borneo, tiene	300	quilates.
El del emperador del Mogol.	279	id.
El del emperador de Rusia.	193	id.
El del emperador de Austria.	139	id.
El del rey de Francia llamado el *Rejente*. .	136	id.
El del rey de Portugal.	120	id.

Segun la tabla que precede, el diamante en cuestion tiene 6 quilates de peso mas que el que posee el Radja de Matum, el cual ha sido hasta ahora el mas grande de que se tenia noticia.

El diamante del emperador del Mogol ha sido avaluado en 11.723.000 pesetas; el del emperador de Rusia fué comprado en pesos 2.160.000, y pesos 96.000 de pension vitalicia; el del emperador de Austria se avalúa en pesos 2.600.000, y el conocido con el nombre de Rejente, que pertenece al duque de Orleans, en 4.560.000.

VARIEDADES.

INFLUENCIA
DE LAS DOCTRINAS
SOBRE LA SOCIEDAD.

(CONTINUACION.)

Esa diferencia explica á su vez la causa por que entre las varias doctrinas, todas falsas en sí, funestas en sus efectos y alarmantes en sus tendencias, las hay que alcanzan popularidad, que ejercen influencia, que cautivan, enajenan, arrastran los ánimos, que se derraman por los Estados, que obtienen una duracion mas ó ménos larga, que se transforman en costumbres, en leyes, en gobiernos, y que aunque se apaguen, aunque mueran, dejan siempre en pos de sí un surco mas ó ménos luminoso, una huella mas ó ménos profunda, acaso un reguero de sangre; mientras que hay otras doctrinas, que no obtienen ningun resultado, que ejercen apenas una ligera influencia, que casi no hieren los ánimos, y que corrieran el peligro de quedar olvidadas ó desconocidas, si no fuese por la fama de sus autores y el nombre que sus talentos les dan.

Porque no fué solo, no, la fuerza del genio, ni la fiereza de su alma lo que grangeó al autor del Emilio la alta reputacion y el irresistible ascendiente que obtuvo en el siglo pasado. A otras causas ciertamente mas que á la novedad de las ideas, al encanto del estilo y á la robustez de sus sofismas, se debe la boga inmensa del escritor mencionado. La Francia era entonces un pueblo aristocrático en su superficie, democrático en el fondo, gran parte era católica en su exterior, deista en el corazon; la Francia del último siglo era una sociedad jóven, ardiente, que se agitaba y hervia dentro de sus fortunas políticas y sociales, no ménos antiguas que gastadas. Los escritores y publicistas de entonces halagaron esta sociedad, merecieron sus pasiones, siguieron el curso de sus estravíos. La filosofía deista se dirigió á los reyes, y los reyes le abrieron sus palacios: la filosofía sensualista se dirigió á los nobles, y los nobles le abrieron sus salones: la filosofía democrática se dirigió al pueblo, y el pueblo le abrió sus tiendas. He aquí la admiracion hácia los filósofos: he aquí la causa del prestigio de sus nombres, y del ascendiente extraordinario de sus doctrinas. Colocad, si os place, á Rousseau, á Voltaire en la Francia monárquica y religiosa del siglo XVII, en medio de las pompas de Luis XIV, al lado de Bossuet y de Pascal: colocadlos en el siglo XIX, en que la democracia declina, y las ideas religiosas cobraron su ascendiente y saludable poder: colocadlos aquí en España, donde el espíritu grave y carácter severo de sus habitantes re-

siste al espíritu de novedad, de irreligion y de superficialismo, que de medio siglo á esta parte se empeñan algunos en introducir entre nosotros, y notareis que la pirámide se achica porque le falta la base, que la estátua no se sostiene, porque ha caido el pedestal: notareis que el árbol se seca, muere, porque le falta la nutricion y el jugo. ¿Por qué las doctrinas de San-Simon no tienen ahora la popularidad, ni ejercen el influjo que habian ejercido las de J. J. Rousseau? ¿Sabeis por qué? Porque el libro de Rousseau era el reverbero ardiente de su siglo; el libro de San-Simon es la imágen de sí mismo.

De ahí es, que cuando una doctrina ó una escuela es el órgano de las necesidades, el grito de las pasiones, el reflejo de las creencias y de los extravíos de una época, satisfechas las necesidades, calmadas las pasiones, entrada en carril la opinion desviada, y despues que se ha verificado la reaccion de la que son representantes los filósofos, y á la que á su vez contribuyen, se amengua su importancia, se olvidan sus nombres, y se eclipsa su resplandor. Esto va realizándose con los nombres mas afamados, con las reputaciones mas altas del último siglo. Sucede con ellos lo que á un viagero; á proporcion que se aparta de un punto, se le disminuyen y aun se le pierden de vista los mas colosales objetos. Este siglo ya no ve los filósofos y publicistas del anterior en su inmenso grandor, y en sus extraordinarias dimensiones; el siglo que viene apenas los divisará.

Cuando examinais una doctrina, ha dicho uno de los escritores mas profundos que honran una época muy reciente, andad con tiento, no sea que estimeis su bondad por el ruido que mete, por la sensacion que tenga, por el influjo que ejerza, y lo que es mas aun, por su duracion. En efecto, prescindiendo de los deslumbrantes resplandores que despide una escuela, prescindiendo asimismo de la extension y rapidez de sus conquistas, no porque su influjo dure, debemos ya sacar de ello un irresistible argumento en favor de su bondad; que tambien se trasmiten los errores de una á otra generacion, así como las verdades, si bien que el brilo de aquellos se desvanece al cabo, mientras que la luz de estas últimas crece y se dilata de dia en dia mas. Mil y mil causas contribuyen á la duracion y sostenimiento de una doctrina, ora moral, ora religiosa, ya sea social, ya política, haciendo que al mismo tiempo adquiera cierta estabilidad y fijeza. Los hábitos por una parte, la proteccion de los magnates por otra, el favor y apoyo del gobierno, la legislacion en que queda embebida, y cuyo espíritu despues forma, hasta el carácter de la multitud dispuesto casi siempre á recibir y mantener cuanto da pávulo á su interés, y ofrece cebo á sus pasiones, todo concurre á que el error fuertemente se trabe con las instituciones, se mezcle con las costumbres, se estacione y parezca perpetuarse en las sociedades. Y aquí no podemos ménos de recordar lo que mas arriba hemos indicado, á saber: que una doctrina adquiere un alto grado de robustez y consistencia, si arrimándose á las instituciones sociales y políticas, logra entrelazarse y unirse con los intereses de éstas ó aquellas clases del Estado, resultando de esto una masa fuerte, compacta, dura, muy difícil de disolver y destruir. La esclavitud en los tiempos antiguos era un hecho social, y además una doctrina apadrinada y sostenida por los filósofos mas ilustres, tales como Aristótcles y Platon, quienes á pesar de su genio sublime, y de sus elevadísimos y despejados talentos, dudaron si los siervos eran susceptibles de las virtudes que se daba ejercer á las personas libres. Pues á pesar de ser esta una doctrina falsa, y una institucion ostensiblemente repugnante á todas las ideas de justicia, y á todos los sentimientos de humanidad, ¿cuánto tiempo no hubo de transcurrir antes que

desapareciese esta negra y humillante institucion, que deshonró tantos códigos, y cuyos restos se hallan aún sobre la faz de la tierra! ¡Qué esfuerzos, qué predicaciones, qué tentativas de toda clase no precedieron al glorioso y universal triunfo que el dogma de la igualdad alcanzó sobre el dogma del servilismo y esclavitud! ¡Y si el cristianismo celoso, y lleno de un vivo ardor por el bien de todos los hombres, siempre constante en sus miras, siempre perseverante en sus medios, no hubiese encaminado sus tareas y usídnos conatos al logro de este humanitario fin, ¿no veriamos acaso levantado aún sobre la tierra ese padron de ignominia, ese monumento de oprobio para la mitad del genero humano? Sirva, pues, este ejemplo para la demostracion de nuestro aserto, siéndonos fácil hallar en la historia del protestantismo otros igualmente poderosos y convincentes argumentos, y que no presentaremos ahora, supuesto que no lo consienten los límites de este artículo.

(Continuará.)

LORD BYRON.

ARTÍCULO 2.°

(CONCLUYE.)

Tal era el hombre que en cierto modo inauguró la inmoralidad poética que debia dominar en la literatura de su siglo. Educado en una atmósfera de dolor y de abatimiento, bebiendo con su primera leche el desespero y la imprecacion, arrojado de improviso en medio de un mundo incrédulo y voluptuoso, con un alma de fuego sedienta de gozar, y agobiada de pasiones turbulentas, debia ser el tipo natural de aquella fantasía enérgica y tenebrosa que solo puede hallar un momento de placer en el hórrido estallido de pasiones volcanizadas, al modo que la luz sangrienta del relámpago hiende por un instante las amasadas sombras de una noche borrascosa. Sus siniestras inspiraciones debian rasgar el velo que ocultaba en su alma sin esperanza el despecho del orgullo y de una felicidad que siempre huye. Estos genios hallan una alegría feroz en las escenas de estrago ó de sangre: se complacen en los grandes peligros y en los horribles desastres. Dirias que como el buitre vuelan siempre sobre campos desolados para devorar los cadáveres: y huyendo siempre de las escenas bellas y tranquilas que constituyen la dicha apacible del alma, presentan la felicidad como un fantasma horrible en medio de los esfuerzos y de los apuros estremos en que se agita la impotencia del hombre para alcanzarla. El amor mismo, el amor que en almas tiernas y dulces se mece suavemente entre perfumes, se transforma en una especie de monstruo que ruge como las demas pasiones indómitas en la region sombría del furor y de las venganzas.

En medio de ese caos en que todo es vago y fluctuante, en que chocan desquiciados todos los elementos de la razon y de la naturaleza, el alma que busca una verdad, no halla un solo punto de apoyo en que asilarse. Una imaginacion juvenil se ceba en aquel abismo confuso como se siente una especie de placer al contemplar un precipicio sin fondo: pero el corazon no encuentra un asilo donde fijarse en medio de tantos horrores. Todo es duda é incertidumbre: lo pasado, lo presente y lo futuro son tres abismos en que se ve absorvido sin remedio: el mundo y el cielo, la cuna y el sepulcro, la vida y la muerte son enigmas impenetrables; tal vez no son sino un sueño que impresiona por algunos momentos una existencia que tiene la desdicha de sentir, y tras este sueño tan fatigoso y estéril, aparece como una sombra aterradora el horrible espectro de la nada.

Es incalculable la influencia que

ejercen estas creaciones fantásticas sobre el pensamiento y sobre el corazon. A manera de sueños contínuos que producen siempre en el alma deseos vivos y rehacientes, esperanzas sin término, anhelos sin objeto conocido, la sustraen casi enteramente del mundo real, y la tienen elevada en la region de peligrosos devaneos. ¡Qué efecto producirán entonces en un espíritu exagerado, y que va volando de quimera en quimera, las severas lecciones de moral, y aquella ley imperiosa que sujeta nuestro pensamiento á ideas fijas é inmutables de verdad, y nuestra libertad de obrar á deberes y actos determinados? ¿Qué accion podrá ejercer sobre un alma que llega á considerarse sola y aislada en el universo, independiente de todo lo que la rodea, que aprende con estos héroes de sangre á sacrificarlo todo al egoismo de su orgullo, para la cual todo lo que respetan los demas hombres, son nombres vanos inventados por la ignorancia, por la credulidad ó por el miedo! ¡Qué ley divina ni humana será capaz para contener este brazo que, ó por fastidio á la vida, ó por una cobardía vil, blandea un cuchillo suicida! ¡Ah! muy poco conocen la fuerza espansiva del corazon los que abandonan á tan electrizantes lecturas la ardiente y volcánica imaginacion de un jóven. ¡Consentirá una madre en que su hija se halle á solas con un seductor! ¡Y no es un seductor peligroso ese papel manchado de ideas corruptoras, cuyas líneas devoran sus ávidos ojos, y de cuyas imágenes impuras se empapa á su sabor el corazon! ¡Preguntareis despues de dónde nace ese tedio que va emponzoñando insensiblemente la natural jovialidad de sus años inocentes y bulliciosos, ese humor atrabiliario que turba sin causa conocida el apacible sosiego de su corazon y marchita el candor de su tez como un soplo abrasador que seca las tiernas hojas de una fresca rosa! ¡os lamentareis de ese oculto mal que fermenta por grados en una alma profundamente angustiada, cuando no debia sentir mas que los goces puros de la inocencia y los arrullos del amor maternal? ¡De dónde ha salido ese áspid envenenado que ha herido de muerte su corazon! ¡Quién le ha robado la alegría, la docilidad, el sosiego, y la dispone para sorprender tal vez con una fuga nocturna el estúpido descuido de los que debian velarla? ¡Estaba quizás oculto el áspid en aquellas hojas escritas como entre sus pliegues! Tarde llorareis despues el desengaño, pero sin remedio. No, no es la férula tiránica de un austero pedagogo la que ha de arrancar tales páginas de mano del incauto doncel ó de la virgen inocente: la mano amorosa de un padre, la tierna solicitud maternal es la que ha de alejar de ellas ó los hijos que ama, y poner en sus manos libros mas bellos y mas seguros, libros que hagan amables, que llenen de atractivos y de gracias la inocencia y la virtud, libros que presenten al crímen como un monstruo encadenado, ó como una fiera enjaulada que no puede dañar, y que solo se descubre por el horror que inspira. Si así hubiesen procedido los que, dotados del don divino de la inspiracion, parecian destinados para mejorar á los hombres, y robar las simpatías de su voluntad con la fuerza portentosa de su génio, tal vez la sociedad no hubiera tenido que llorar tantas víctimas, y las familias tantos desastres. Libre sea el vuelo de la imaginacion; nosotros somos los primeros idólatras, por decirlo así, de la independencia del génio; pero acuérdese el vate que no recibió del cielo el don funesto de seducir, de perder, de hacer odiosos y mas tristes de lo que son los miserables dias del hombre. Acuérdese que la humanidad ha de pedirle cuenta de sus víctimas, de la sangre que habrá hecho derramar, y si no se la pidiere, porque tal vez haya clavado el puñal con un velo en el rostro, se la pedirá el autor mismo de la humanidad, que no en vano ni para hacer el mal imprimió en el corazon del hombre el sentimiento de la justicia.

¡Bellos impostores! asesinos de la inocencia y de la virtud coronados de rosas! Por esto el severo Platon os desterraba de su república, respetando la lira de vuestra mano, como se respeta la espada ensangrentada de un temible conquistador! ¡Hijos del génio! Si la filosofía humana lanzó ya contra todos vosotros ese anatema de proscripcion, ¡ah! no os arrojaré yo indistintamente de la sociedad como aquel severo moralista, porque mi corazon es vuestro, y mi pecho ha latido siempre de entusiasmo al oir vuestros cantos. No tengo derecho alguno á daros preceptos sino á admiraros: le tengo empero, como otro cualquiera, para mostraros con el dedo la senda de la verdadera gloria. Hay para la poesía dos géneros de celebridad: la una es aquella gloria bella, inmarcesible, rafaga descendida del cielo, que se coloca sobre la frente del cantor cristiano como una aureola de inmortalidad, armonía que mezcla sus acentos y suspiros con los conciertos de los ángeles, himno incesante á la Divinidad, á la virtud, á la felicidad. La otra es sombría como el fondo de un abismo, y luce pálida y horrible como la llama de un incendio ó como el eterno fuego de los tormentos. Deja donde quiera rastros de sangre y vestigios de exceracion. ¡Hombres de la inspiracion! la tierra os ofrece sus encantos, la inocencia sus gracias, el amor sus misterios, la creacion sus espacios y su inmensidad, el cielo sus armonías, el dolor sus suspiros, y la eternidad sus esperanzas; Dios por fin su omnipotencia, su bondad y su misericordia. Ved si es vasto y hasta indefinido el ámbito por do puede volar vuestro génio. Pero hay de vosotros si hicierais derramar una lágrima de desdicha! ¡ay de vosotros si coronais al vicio con el lauro de la virtud, ó dais á la corrupcion los atavíos de la inocencia! ¡Entonces sereis como los espíritus del mal que engañan al hombre para perderle por el dominio que ejercen sobre su pensamiento; que le presentan veneno en una copa de oro. Direis que en esta seductora perversidad sabeis derramar unas gotas de deleite; mas yo os responderé con el génio ilustre que en medio de un siglo incrédulo cantó el primero las armonías embelesantes de la religion: "Si la poesía no se dirige á Dios, poco importa que deleite suavemente á los hombres."

JERUSALEN.

Hay lugares en la tierra cuya celebridad y significacion es inmensa, por haberse cumplido dentro de su recinto alguna de las grandes fases de la humanidad; el drama inaugura la escena, y despues de la desaparicion de los personages que en él figuran y escitan nuestra admiracion, la mente todavía los busca, corre en pos de su huella, de su ligera sombra, visita los sitios que los albergaron, los describe, los consagra, y de pensamiento en pensamiento los trasmite á las sucesivas generaciones, mostrando lo que resta despues de transcurridos algunos siglos, como muestra el montecillo sobre el que se alzaba la soberbia ciudad de Troya, las ruinas de algun templo de Atenas y la tumba del Salvador en Jerusalén. Mas si solo á la historia y á la poesía es dado ilustrar una ciudad, la religion sola puede santificarla. Si algunos viageros entusiastas de la gloria de las artes, se lanzan á la impetuosidad de los mares para visitar y medir el solitario inmenso templo de Tesco, para examinar las magníficas y gigantescas ruinas de Palmira, ó para contemplar el palacio de Priamo y la tumba de Aquiles en las colinas de Pergamo á la rojiza luz que despiden las hogueras de los pastores del Ida, tambien son innumerables las caravanas de peregrinos que todas las prima-

veras cruzan con fervor santo los mares de la Siria, ó atraviesan los desiertos de la Asia menor, para venir á arrodillarse un instante y á confundir su frente en el polvo de los sagrados lugares, y conservar un grano de tierra ó una china de las rocas que la religiosa fe considera altares de la humana regeneracion. El nombre de Jerusalen, que pronuncian con respeto, no suena en sus pidos como un hombre vulgar, como un hombre cualquiera; produce el eco de él en su espíritu cierta fascinacion que al proferirlo les hace inclinar la cabeza impulsados por el gran misterio que encierra, y porque les renueva impresiones y recuerdos profundamente grabados en sus pechos. Demasiado comprenden que Jerusalén es la patria comun de sus almas, y aun para aquellos que no profesan fe alguna, si no la quemada incienso, por lo menos la respetan, porque esa madres les hablaron de ella, porque todavía zumba en sus oidos el sonoro nombre de Sion, elevado en himnos de su culto natal, bajo las grandiosas bóvedas de las catedrales, mezclado al estrepitoso vuelo de las campanas, é inconfundidos vapores de los perfumes, y porque heridas de esta suerte sus imaginaciones cuando niños, se alza el nombre de aquella ciudad en su mente cual una pálida fantasma que prohibe penetrar en su venerado recinto las máximas de la yerta filosofía.

La mas severa crítica lucha en vano por desprenderse del prestigio é influencia de las primeras sensaciones de la juventud: involuntariamente el pensamiento y la gloria nos recuerda aquella ciudad, porque la gloria no es mas que un nombre que se repite incesantemente y se oye en boca de todos. Estos sentimientos me guiaron á mi á aquel sitio. Sentia la necesidad de ver con mis propios ojos lo que tantas veces me habia pintado ya mi imaginacion, me sucedia lo que á los niños, que desean surgir por la montaña para llegar con la mano al firmamento, que les parece desde su base toca la cúspide de las rocas: para el niño como para el viagero, la ilusion se desvanece al acercarse el término de su deseo, como se desvanecen todas las que constituyen el curso de la vida de las edades eternas.

La gran ciudad de Jerusalén, esa vision de paz y de concordia, la fundó y dió su nombre Melchisedech, rey y pontífice. Edificada sobre la pendiente occidental de un plano que corona las montañas de Judea, nada posee que indique fuese la capital de una nacion, refugio de un pueblo débil y fortaleza contra sus perseguidores. Ningun rio baña sus murallas, no le ofrecen valle alguno la riqueza de su cultivo, ni tienen ninguna mar vecina que la convide con los recursos de su comercio; conduce á su seno al viagero por estrechos senderos abiertos en las rocas por el costado de las montañas casi inaccesibles; el terreno que la rodea es quebrado, y su suelo ingrato; el cielo es abrasador, el invierno riguroso y apenas brota de entre las rocas algun escaso manantial de agua dulce. A pesar de todo esto, David no creyó haber conquistado una pátria á su pueblo hasta despues de arrebatar la suya á los jebuseneses: en ella colocó la silla de aquel reducido imperio cuyos fastos misteriosos han sido despues los fastos del mundo. Salomon hizo en ella construir el templo que contenia la magestuosa unidad de Jehová. Conquistada y reconquistada en diferentes ocasiones por los reyes de Persia, del Egipto y por los emperadores romanos, presenció muchas veces la desdicha de su pueblo arrastrado á la cautividad; asistió á la demolicion de su templo y vió á su pueblo regresar á sus ruinas, siempre fiel á la libertad de su culto y á esperar resignado en las promesas de Jehová.

Despues de la época de Cristo, atacó Tito la ciudad, precisamente en dias próximos á la Pascua, cuya circunstancia hacia que se hallase encerrado dentro de sus muros casi todo

el pueblo de Judea, y al cabo de cuatro meses de sitio venció y fué inmolada la inmensa poblacion por aquel emperador, el mas humano de los hombres: cumpliéndose de esta manera la profética amenaza de Cristo al marchar al suplicio: "No quedará piedra sobre piedra de la gran ciudad de Salomon." Profanó Adriano todos los lugares santos que buscaban los primeros cristianos para venerar sus ruinas. Los dioses del paganismo levantaron sus estátuas en Belem y sobre el Calvario; mas estos dioses de los vencedores, no eran otra cosa que imágenes muertas: del humilde pesebre y de la tumba de un crucificado, nació la nueva religion que con la invencible fuerza del Verbo divino y de una moral reparadora, desarrollaba inmensamente sus cimientos, y no tardó en arrojar de los templos de Roma sus fantasmas de divinidad, sustituyéndola con símbolos mas puros. Cuando Constantino abrazó el cristianismo, desapareció la ciudad hebráica ante una ciudad enteramente reducida al cristianismo; á cada escena del drama de la redencion se erigió un monumento ó un altar: Jerusalén constituia solo el vestíbulo del santo sepulcro.

La ciudad esperimentó muchas veces la cólera de los merodeadores del mundo. No satisfecho Adrian con profanar la villa, celebró diferentes ferias, vendiendo en almoneda pública y cambiando por caballos los individuos del pueblo á fin de dispersarlos. Por amarga ironía de los vencedores, ó por una amarga irrision de la suerte, estos mercados de hombres se verificaban en el valle de Mambres, lugar venerando de los hebreos, porque fué donde Abraham situó sus tiendas, y donde recibió á los ángeles. Llamaban á estas ferias las de Terebinto, tomando este nombre del de un árbol secular que aun se conservaba en tiempo de San Gerónimo, y cuya antigüedad hacia remontar la tradicion á los primeros dias del mundo. El emperador mandó hacer y repartir una medalla para eternizar su baldon en memoria de lo que aquella turba bárbara y menospreciadora de la humanidad calificaba de gloria.

Un fenómeno histórico, inaudito en los fastos del mundo, impulsó á los reyes de occidente hácia esta estéril roca de la Palestina con solo el objeto de conquistar un sepulcro. Entonces el cristianismo ostentó el mas grande esfuerzo material; conquistó á Jerusalén, pero no pudo conservarla. Los reyes que sucedieron á Godofredo de Bouillon, tan solo poseyeron sus ruinas por espacio de ochenta años. Saladino, rey de Siria y de Egipto, los espulsó en 1187, y desde esta época triunfó el islamismo en el seno de la cuna de la cristiandad; mas penetrado de la santidad de la moral evangélica, no profana el sepulcro del que considera como el gran profeta y enviado de Dios; los cristianos continúan visitando los santos lugares, que yacen bajo la proteccion y tolerancia de los musulmanes; los peregrinos no esperimentan vejacion ni obstáculo alguno. Hasta hace poco los poseedores del santo sepulcro hacian contribuir con un ligero tributo á los oradores; pero desde que Ibraim Bajá es señor de Judea, ha suprimido este impuesto. El conquistador de Egipto ha considerado duro é injusto el exigir retribucion alguna al infeliz peregrino de Occidente que atraviesa mar y tierra por besar la roca sagrada, emblema de su fe; no ha querido imponer traba alguna á la oracion y sacrificio religioso, dando así una prueba á las naciones civilizadas de tolerancia é ilustracion.

(Concluirá.)

FABULA.

BIENES PROMETIDOS.

El mundo al empezar, si bien me fundo,
Júpiter trajo el mundo
para dar por igual á los mortales,
en un arca los bienes,

y en otra arca los males.
Cogió el arca primera,
(que por mi mal, la de los males era)
y el censo atroz de los odiosos males
distribuyendo con piadoso intento
ciento á cada cuatro á unos, y á otros cuatro
cientos á cada uno, entre todos iguales.
Abrió el arca segunda,
y tanto criminal (que Dios confunda),
acudió á ver los bienes que brillantes
lucían cual riquísimos diamantes,
que al fin los tres oriones
entraron de robar en tentaciones.
Por detras un avaro sin decoro
sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
y un alcalde (un truhan) dando pisadas,
diez bienes se apropió (diez alcaldadas);
aquí un lascivo su placer corona
con una virgen que aspiró á matrona;
allí un poeta (un cándido, presumo)
tan solo robó un bien (la gloria), inmo-
y un ruin maguste de nobleza rancia,
veinte bienes sustrajo sin conciencia,
reducidos, en última sustancia,
á diez y nueve coces y un ruscencia.
Tantas eran, por fin, las sustracciones
de ambiciosos, de avaros, y ladrones,
que Júpiter atándose la capa,
(lo que prueba la fe de los humanos)
andaba con los pies y con las manos
por aquí y por allí tapando tapa.
Al ver tanta ruindad en los mortales,
por último el buen Dios perdió la calma,
y llevándose el arca en vuelo y alma
dijo, al cerrar las puertas celestiales:
—Ya porque esta arca sirva de escarmiento
los bienes que el mortal anhela tanto,
de no encaar un bien, ni aun para un santo,
hasta que no haya infiernos en la tierra."—
Dijo así el Dios, y el diablo, que lo oia,
(pues siempre anda el hombre en compañía)
gritó á la gente, que se vió burlada,
lanzando una insolente carcajada:
—¡Nobil mortal, tu digno descendiente,
(lo cual nunca en tus actos se desmiente),
el Dios que escuchas, de mentiras lleno,
sus bienes te promete en siendo bueno:
si hasta entonces no aguardas otros bienes,
acuéstate á dormir, que tiempo tienes"—

RAMON DE CAMPOAMOR.

MOSAICO.

MAXIMAS.—Hay libros que es menester probar solamente: otros que se deben devorar; y otros tambien, aunque en menor número, que es preciso mascar y digerir. La lectura de la historia hace á un hombre mas prudente; la poesía lo hace ser mas despejado; las matemáticas mas penetrante; la filosofía natural mas profundo; la moral mas serio y reflexivo; la retórica y la dialéctica, mas contencioso y mas fuerte en las discusiones. En una palabra, los estudios se convierten en costumbres.

AGUA PARA LA BOCA.—A cuatro libras de espíritu de tr. 32 grados, se añadirá media onza de incienso, otro tanto de benjuí, de goma arábiga, de clavillo y de nuez moscada; con mas, una onza de almendra dulce, y una ochava de ámbar y de ámbar; se pulverizarán estas sustancias, y despues de cuatro dias de infusion, se añadirá una libra de agua de rosa, destilando el todo en seguida, para conseguir el espíritu.

Esta agua tiene la ventaja de impedir el mal olor de la boca, de limpiar los dientes, y de refrescar y fortificar las encias.

SENTENCIAS.—Para lograrte, persevera en la virtud; que es gran deleite el que recibe la contemplacion del corazon limpio.

Si quieres vivir larga vida, vive alegremente.

No fies de quietud y sosiegos, que el mar se turba en un punto, y muchos estuvieron de muy alto; y en el propio lugar que jugaron y vivieron, perecieron y se ahogaron.

LA LLAVE.—Si quieres comprenderte á ti mismo, mira lo que hacen los demas hombres; si quieres comprender á los demas, lee en tu propio corazon.

VARIEDADES.

INFLUENCIA
DE LAS DOCTRINAS
SOBRE LA SOCIEDAD.

(CONCLUYE.)

Pues si no es posible conocer la verdad, la utilidad, el mérito ó demérito, digámoslo así, de una doctrina, ni por la boga y ascendiente que obtenga, ni por su extension, ni por su larga vida, ¿cómo podremos conocerla? ¿por qué medios nos será posible calificarla, estimarla debidamente, apreciarla en su justo valor? ¿cómo? por los resultados.

Cuando una doctrina contribuye á la dignidad, á la virtud, á la pura y dulce tranquilidad del individuo; llena de regocijo su alma y calma las tempestades de su corazon; cuando su accion no afloja, no quebranta, no anuquila los lazos de familia, sino que los conserva, los estrecha, los anuda, haciendo que tenga el propio tiempo su apacible suavidad; cuando ablanda y regulariza las costumbres, hace santas las leyes en sí, santas en su observancia; cuando constituye los gobiernos templados, no menos que justicieros y protectores de los pueblos; cuando resuelve en cuanto lo permiten la debilidad y las pasiones humanas el árduo problema que concilia la libertad del individuo con el respeto á la autoridad y el mantenimiento del órden público; estad seguros que la doctrina que tales beneficios derrama sobre el mundo, es una doctrina pura, verdadera, vivificante, la doctrina del hombre y de la sociedad.

Si empero su accion es detestera, si corrompe la moral, degrada el individuo, destruye la familia, desquicia el Estado, abre á un lado la anarquía y levanta en el otro el despotismo; si lejos de impulsar á la sociedad por la carrera de la civilizacion, la precipita por la pendiente de la barbarie; bien podeis decir que la doctrina que tales efectos produce, es errónea, funesta, contraria á la sociedad y opuesta al hombre.

Y debe advertirse además, que aunque á veces un pueblo bajo la influencia de una doctrina viciosa prospere, se engrandezca, se muestre lleno de robustez y de vida, con todo, mas ó menos tarde se gasta, se consume, muere. Ahí está el mahometismo, grande por sus conquistas, brillante por sus glorias, desvanecido en sus triunfos; parecia omnipotente en aquellos tan memorables dias, en que despues de haber penetrado en el Africa, dueño de muchas regiones del Asia, pasábase ostentando su fiereza en las playas del Mediodía de la Europa. Vedle ahora; lleva la ignominia en su frente, y la muerte en su corazon; humillado como un esclavo, enervado, desfallecido, se revuelve en la arena,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en medio de terribles y prolongadas angustias. Y no por otra causa cayó el gigante, sino por el vicio de su naturaleza, por el vicio de su constitucion, efecto á su vez del vicio de las doctrinas. Los elementos del mahometismo son la corrupcion por una parte, y el despotismo por otra; y una sociedad semejante tiene la gangrena en las entrañas: su fin es inevitable.

Ved al otro lado al cristianismo, esa sociedad su rival algun dia, su señora en cierto modo ahora; vedla siempre jóven sin embargo de sus años; y como á pesar de los contratiempos sufridos y de las desgracias que la abruman, llena de bríos y colmada de esperanzas, sigue infatigable, tranquila, serena, la carrera de sus altos y sublimes destinos.

Así, pues, no en los intereses estrictamente llamados tales, que aunque aparezcan extensos, sólidos y fuertemente arraigados, son sin embargo variables siempre, livianos muchas veces: no en el hervor del entusiasmo, fugaz de suyo y pasagero, no en el desarrollo y energía de las pasiones populares: no en la trabazon y enlace de una constitucion política: no en el falso resplandor de la gloria: no en la prepotencia ó ascendiente que un pueblo tenga sobre otro pueblo, un Estado sobre otro Estado, se funda su duracion y bienandanza, sino en las doctrinas, y nada mas que en las doctrinas. Ellas son el rico depósito, el gérmen mas fecundo de la civilizacion: en ellas está librado el porvenir de la humanidad. Segun cuales sean, la humanidad padece ó su condicion mejora; la civilizacion adelanta ó espantada retrocede.

Esa materia grave y trascendental se roza con otras materias graves tambien é importantes. Hay aquí puntos de vista variados, dilatados, hermosísimos. Como quiera, forzados hoy á hacer alto, pensamos recorrerlos otro dia.

JERUSALEN.

(CONCLUYE.)

Innumerables son las descripciones del sepulcro de Cristo que por todas partes circulan. Se compone de una pequeña cúpula cerrada dentro de otra mayor, y en la que se muestra un fragmento de roca, cubierta de láminas de marmol blanco que ofrece á la veneracion del viagero el verdadero lugar del sepulcro. El que con fervor religioso contempla aquel símbolo de adoracion y de misterio, se confunde en hímnos de reconocimiento, y el que solo comprende el cristianismo, midiendo el inmenso poder ó influencia de una idea que ha regenerado el mundo, que ha existido diez y ocho siglos, y que aun parece contener en su seno un gérmen fecundo y la vida moral de mas de una nacion y de mas de un siglo, le respeta y le admira con asombro. Esta tumba, de cualquiera suerte que se la considere, es la que determina y señala el límite de dos mundos intelectuales, y no puede menos de escitar intensamente nuestra curiosidad y anhelo por descubrir el objeto cuya posesion se han disputado encarnizadamente numerosos ejércitos, y por ver lo que venera el creyente y el filósofo respeta.

El aspecto de Jerusalén es engañador como el de casi todas las villas y ciudades del Oriente. Se presenta á la vista en lo mas elevado de un gran plano inclinado y cubierto de olivos; rodeado de espesas murallas construidas con las piedras que sostenian las cúpulas del templo de Salomon, se halla flanqueada de almenadas torres que se alzan de cien en cien pasos con sus piscinas y sus ogivas y abovedadas puertas; sus vistosos y variados minaretes que se confunden en lo azulado del cielo, y presentan sobre los terrados de las casas los pabellones en que

pasan las horas de recreo de la vida, los niños y mugeres. Parece la esplendorosa aparicion de la estátua de Jehová; la luz del sol reverberada en lo despejado de su atmósfera la inunda de claridad; al divisarla se cree aun á aquella ciudad habitada por la multitud de su pueblo; pero al penetrar en su seno, presenta solo la imágen de una tristísima tumba; las puertas están abiertas y abandonadas, los caminos desiertos, las calles vacías, ni el mas leve ruido turba lo silencioso de esta mansion; en ella el judío vejeta, y lleno de harapos se arrastra humildemente entre el musulman que le desprecia y el cristiano que le insulta. Impulsado, á su pesar, por lo antiguo de su fe hácia aquel suelo ingrato para él, presenta la última y difamada raza de este pueblo el ejemplo de patriotismo mas sublime que puede ofrecer la humanidad. Errante sobre la tierra tiene fija siempre su mirada en Sion; regresa para exhalar dentro de sus muros el último suspiro, y sucumbe contento con la idea de que cubrirá sus huesos la tierra de Abraham. A cada paso se encuentran ancianos respetables agobiados por el peso de los años y de las enfermedades, y que marchan en mulas y asnos y guiados de sus hijos; y cuando se les pregunta: ¿á dónde vais y de dónde venis? contestan: de Venecia, de Varsovia ó de Turin, y vamos á Jerusalén para que nuestras cenizas reposen al lado de las de nuestros padres.

Lo interior de Jerusalén es triste y sombrío. Chateaubriand lo describe admirablemente y con toda la melancolía y solemnidad de su genio, solo él ha encontrado, despues de los profetas, palabras para espresar suficientemente la desolacion de estos lugares. Su poblacion indígena y compuesta de judíos, árabes, turcos y egipcios, es pobre é inactiva; todo contribuye en esta ciudad á representar la imágen de la muerte. Solo se ven por las solitarias calles y los bazares infectos, procesiones de peregrinos que sin cesar llegan y marchan otra vez; pero éstos caminan absortos, con la cabeza inclinada al pecho, los ojos bajos, sin ruido alguno, sin hablar, y enteramente entregado su espíritu á la preocupacion que les causa, y al recogimiento que les inspira el hollar con su pecadora planta aquel suelo de milagros. En esta ciudad, en la gran ciudad del mundo, es donde menos rumor se percibe. Parece un vastísimo templo en el que solo resuena el eco de las oraciones y suspiros. Muchas veces paseando al ponerse el sol por la línea que describe el recinto de las murallas, me solia preguntar á mí mismo, si lo que se agitaba en el corazon de aquel pueblo eran sus moradores, porque solo se percibia el confuso y sordo murmullo producido por el rezo de los oficios de las oraciones que se elevaba en los aires por cima de las góticas bóvedas de las iglesias y conventos de religiosos griegos, mezclado al vibrante tañido de las campanas de los templos y monasterios, y á los cánticos latinos de los sacerdotes. El paisage que rodea la ciudad es tan grave y melancólico como los pensamientos que inspiran los monumentos y el estudio de ella misma. Desde la cúspide de la ciudad de Sion, donde se halla la tumba del rey y poeta David, desciende la mirada sin obstáculo alguno sobre el escabroso y árido valle de Josafat, un poco á la derecha; y en el fondo de esta torrentera, se divisan algunos raquíticos arbustos menos abrasados y amarillentos que el resto de la vegetacion, porque refrescan sus tallos con el sobrante de las aguas de la fuente de Siloé que baña su pie; á su inmediacion se eleva una negruzca muralla de rocas, cuyas concavidades, que en otro tiempo daban asilo á los restos de los que sucumbian en la ciudad, albergan hoy á las familias mas miserables de la raza arabe. Siguiendo el declive de este valle y penetrando la vista por el espacio que guardan entre sí los elevados y cónicos picos de las montañas de San Sabás y Jericó, se descu-

bre en el último término de un horizonte de ocho leguas, la mar, que pacífica y sosegada, presenta en su estension la imágen de una superficie cubierta de un metal oscuro recientemente derretido: su límite le determinan las cordilleras de la Arabia por donde Moisés no cruzó. Todo lo que constituye aquel paisage es tristísimo, silencioso: nada tiene de ameno y variado; nada tiene que distraiga al viagero de sus meditaciones; solo perciben sus oidos el rumor que producen en la arena sus pasos: tampoco atraviesa por el azulado cielo la mas leve sombra, ni la mas ligera nube empaña su claridad.

Las colosales aves de rapiña de la Judea con sus descarnados picos y poderosas y aceradas garras, se suspenden en los aires girando en torno de las cabezas de los que recorren aquellas estensiones, y solo de cuando en cuando hacen percibir la sombra de sus alas: á veces se divisa á lo lejos alguna figura pálida, que el viento ha cubierto de arena, y que parece como petrificada en la roca que la sostiene, y á algun *schakals*, cuya asquerosa figura eriza los cabellos y que se desliza fugitivo por entre aquellas asperezas, interrumpiendo el silencio con lamentosos ahullidos. A veces tambien, aunque son las ménos, se encuentra sentada sobre un débil borriquillo á alguna pobre muger arrullando á sus hijos entre sus descarnados brazos, á algun pastor árabe guardando cabras al pié de las pedregosas colinas, ó á algun beduino de Jericó, que aparece ndo á la vista como una vision en lo mas alto de las elevadas colinas, asemeja con su lanza en la mano al génio de la destruccion.

Tal es, pues, sucintamente la descripcion de la ciudad, cuyo nombre pronuncian todas las generaciones, celebra la historia, cantan las poesías sagradas, y figura en el rezo de todas las oraciones y en todos los idiomas del mundo; estas son las colinas de donde estrain los cruzados la arena con que cargaban sus navíos para estenderla en el suelo de las catedrales que construian en su patria. No es la importancia de los acontecimientos históricos, la fecundidad de su suelo, ni la hermosura de la naturaleza, lo que inclina la mirada del género humano hácia este punto del globo, sino la celebridad y notable circunstancia de que en aquellas colinas fué donde primero brilló la estrella en medio de las tinieblas del mundo antiguo; que en aquel suelo fué donde Cristo imprimió la huella de sus pasos, que en aquellos muros fué donde generoso ofreció su sangre á Dios, en beneficio de la humanidad, y donde esclamó: "Dichoso yo mil veces, que he conquistado y redimido al mundo." Este fué el lugar de la gran victoria de la unidad de Dios sobre el politeismo, de la fraternidad sobre la esclavitud, de la caridad sobre el egoismo; fué, en fin, el sitio que presenció el celestial legado que hizo á las generaciones. De aquí nace la fama eterna de Jerusalen. Uno de sus mas pobres y oscuros hijos, cuyo nombre hasta era ignorado, aquel que á sí mismo se consideraba como el mas insignificante y humilde de los hombres, á aquel que exhaló el último suspiro sufriendo con gozosa resignacion los dolores del mas cruel é infame de los suplicios, á aquel que sucumbió clavado en una cruz, á aquel es al que debe su nombre, su gloria y su inmortalidad.

EL SABER

NO OCUPA LUGAR.

Varios jovencitos, primogénitos los mas de algunas distinguidas familias de la corte, sostenian una animada conversacion al final de un banquete que en casa de uno de ellos habian celebrado en el último mes del año de 1830. La mayor parte de aquellos jóvenes acostumbraba criticarlo todo por sistema, y mucho mas lo que ellos se habian convenido en llamar rancias preocupaciones. Entre las muchas cosas que su incansable charla fué pasando en revista, le llegó su vez á la opinion de algunos, ó mas bien consejo, de aprender un oficio mecánico aun las personas que por su nacimiento y riquezas, mas distantes parece que se hallan de necesitarlo para subsistir. Todos convinieron en burlarse de tan ridícula idea; pero con gran sorpresa vieron que uno de ellos, el condecito de Soto-verde, que era precisamente el mas aristocrático de la reunion, era de un dictámen enteramente contrario.

—Precisamente es esa una idea, les dijo, que leí hace tiempo en el Emilio de Rousseau, y que mereció mi aprobacion entre otras cosas dignas de crítica que tiene dicha obra.

—¡De veras! preguntó irónicamente uno de los jóvenes; ¡conque es decir que tú has tenido paciencia para aprender un oficio!. . .

—¿Pues qué inconveniente hay en eso?

—¿Y no te pareceria mal, segun eso, que nosotros anduviésemos ahora con la azuela y el martillo?

—No; interrumpió otro, mejor seria con el tirapié y el mandil del zapatero.

—O con el delantal de cocina, amasando estas lindas cosas, esclamó otro, señalando con la punta del tenedor algunos restos de pastelería que aun quedaban sobre la mesa.

A este tenor sufrió Soto-verde una descarga cerrada de irónicas palabras, mientras aguardaba imperturbable que le llegase su turno de hablar.

—Decid cuanto os dé la gana, contestó algo picado. Vuestras familias son ricas, es verdad, vuestros patrimonios pingües, vuestras ejecutorias y pergaminos están muy en regla; nada, en fin, os falta de cuanto eleva á un hombre sobre los demas; es natural que os creais dispensados de trabajar como ellos y para ellos. Pero cuidado con ella, que *hasta el fin nadie es dichoso*: todo lo que constituye vuestra grandeza se halla fuera de vosotros, y la fortuna, que ha hecho rodar á otros todavía mas empinados en su rueda, puede dar al traste con vuestros privilegios de casta, con vuestra riqueza hereditaria, con vuestro crédito en la corte, y en una palabra, con todas las condiciones esteriores de vuestra elevacion. Dichoso entonces el que pudiera reemplazarlas con uno de esos modestos oficios de que ahora os avergonzais, porque *bueno es el saber por si la fortuna falta*.

Estas palabras, sin embargo de que las tenian por ridículas é intempestivas, no dejaron de producir cierto efecto, por lo mismo que era un conde el que las proferia; mas á breve rato empezaron á burlarse altamente de lo que aquel les habia promosticado, y cada cual se puso á relatar del modo mas burlesco que le fué posible, lo que haria de sus brazos si el destino le obligara á valerse de ellos. Oficios inauditos se inventaron allí, algunos de los cuales hubiesen asombrado al mismo Petronio, hasta que se acordaron de preguntar á Soto-verde qué oficio era el que él habia aprendido.

—¿Qué lote, le decian, te has reservado en ese comun desastre? ¿Cuál es la riqueza interior que salvarás del naufragio á manera de aquel filósofo griego?

Quedó suspenso el conde por un breve rato, y todos esperaban que iba á decir alguna ridiculez. Su respuesta, sin embargo, fué bien sencilla.

—Yo no sé, les dijo, mas que un poco de geometría.

Esta respuesta puso fin al coloquio, pues tal fué la risa que escitó, que el conde juzgó lo mas prudente el no volver á proferir una palabra.

Bastante tiempo despues de estos sucesos, y en la época de la emigracion carlista, dos jóvenes viageros entraban una mañana por la mezquina aldea de Palau, poco distante de la falda de los Pirineos por la parte de Francia. Hacia un tiempo detestable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

de modo que el uniforme de los dos viageros apenas se distinguia bajo una capa de lodo y de polvo que oscurecia hasta la borla de plata de su boina, indicio de que tenian algun grado en el ejército á que habian dejado de pertenecer. No iban confinados á un depósito como otros emigrados; antes por el contrario, dueños de fijar su residencia donde mejor les pareciese, se presentaban provistos de sus papeles en regla y aun de su boleta de alojamiento. Sabédores, sin embargo, de que residia en el pueblo un español, bastante bien acomodado y que proveia abundantemente á sus necesidades con su ejercicio de agrimensor, desearon ir á casa de este compatriota.

Los complacientes aldeanos les llevaron á una casa estensa, pero de sencilla apariencia, que les dijeron ser la habitacion de aquel digno funcionario. Apenas entraron, lo primero que les chocó extraordinariamente fué el ver que entre los muebles toscos y groseros, habia algunos que no podian menos de escitar recuerdos de otra época y de otra posicion mejor. Efectivamente, sobre una mugrienta mesa de pino se descubria una magnífica caja nacesser con embutidos de concha y de nacar; en un rincon se veia una espada de rica empuñadura al lado de una vieja escopeta de caza, y por las paredes, entre las caricaturas francesas groseramente iluminadas, estaban colgados algunos cuadritos divinamente pintados en cobre. Pronto se esplicó el enigma de todo esto, al reconocer en el propietario de la casa á un compañero antiguo, noble como ellos, y con el que habian pasado muy buenos ratos en dias mas felices. Nuestros lectores habrán tal vez adivinado que era Soto-verde el que tenia el placer de recibir en su casa á sus antiguos y aristocráticos amigos.

El recibimiento fué digno de ellos: encendióse una buena hoguera en la chimenea, y se sacrificaron en el altar de la amistad algunas gallinas y pollos que aun podrian vivir mas de cuatro dias. Aunque la bodega del agrimensor no estaba muy provista, todavia supo encontrar por allí un par de botellas de lo rancio de España, las que atendidas las circunstancias, fueron ámplia y completamente festejadas. A las cuatro ó cinco horas de haber llegado á aquella bendita casa, ya estaban los dos emigrados repuestos de sus fatigas y contando circunstanciadamente á su huésped los peligrosos azares de sus últimas campañas. Las miserias, los padecimientos, las decepciones de toda clase, nada se quedó en el tintero, y en esa narracion, y especialmente hácia el fin de ella, dejaban traslucir no solo la amargura de su situacion, sino su inquietud para el porvenir, comparándole con el de otros compañeros que sabian hallar recursos hasta en los apuros de la emigracion.

Soto-verde sin establecer comparaciones, ni dirigirles siquiera una reconvencion, puesto que se hallaban bajo su hospitalario techo, se limitó únicamente á referirles su historia, que era bien sencilla por cierto.

—Yo no sé, les dijo, si os acordareis de cierto banquete hace algunos años, en el que tuve yo la humorada de ponerme á profetizar. Creo que se consideró como un desatino todo lo que yo dije; pero esto no me ha impedido el arreglar mi conducta en un todo á las ideas que emití en aquella ocasion. Una vez sola (y me pesa de ello) he cedido á una ilusoria vergüenza, y fué el dia que me llegué á persuadir de que mi rango merecia el sacrificio de mi patria. Sea lo que quiera, apenas me convencí de que las puertas de España estaban cerradas para mí, cuando recobrando mi sangre fria, traté de averiguar si se podia sacar partido de mí para otra cosa mas útil que el andar haciendo el D. Quijote, pronto á romper una lanza por causas perdidas, y con gran satisfaccion mia hallé que mis ideas acerca de educacion me habian provisto de facultades algo mas esenciales. No me

fué difícil el ponerlas en activo servicio, pues para esto solo se necesitaba renunciar á las ilusiones de una vana esperanza, y á las pretensiones de un necio orgullo. Así lo hice, aceptando una situacion, humilde sin duda alguna, pero cuya importancia me acaba de dar á conocer vuestra visita. En cuanto á lo que á vosotros tanto os afecta, en cuanto á los deberes que el nacimiento impone á las posiciones incompatibles con tal ó cual preocupacion de casta, os confieso francamente que nada de esto me quita el sueño, y á propósito de ello os voy á leer algunas frases que á ratos perdidos escribo al márgen de mi cuaderno agrimensor.—Era por cierto muy notable el tal cuaderno, en el cual, entre planos de todas clases, se hallaban algunas sentencias de filosofía práctica, por el estilo de las siguientes:

"Desconfiemos de todo lo que tiene una grandeza factícia: desconfiemos de los zancos sociales que nos elevan sobre los demas hombres, nuestros iguales.

"Los títulos de nobleza, la proteccion de un ministro, la herencia de un hombre célebre, la preferencia de una muger, la amistad de un poderoso, la fortuna que parece encontramos al nacer bajo la almohada de nuestra cuna, son cosas tan instables y perecederas, que debemos estar preparados para el momento en que nos falten.

"La menor facultad personal inherente al individuo, es mucho mas segura, mas cómoda y mas apetecible que las mas inauditas prodigalidades de la fortuna ó de la casualidad. En otros términos, ó como dice el proverbio:

EL SABER NO OCUPA LUGAR.

SIÓNO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

Una semana despues, Mr. Schmid entró en lo habitacion de Conrado con el semblante risueño y un diario de avisos en la mano.

—Amigo mio, le dijo, es preciso que me sigais á casa de Mr. Wallenroth, que necesita un juez para un pueblo cuyo señorío le pertenece. Vos sois el hombre que le convenis: es amigo mio; esta plaza, segun el anuncio del diario, está dotada en seiscientos francos, casa, luz, leña, y tal vez cuantiosos emolumentos. ¿Qué mas quereis? Os acomoda esta colocacion?

Conrado se encogió de hombros.

—¿No? . . . seguidme, señor doctor, prosiguió Mr. Schmid, permitidme que sea para con vos el que reemplace á Mr. Marbel. Esa es una plaza que os conviene.

Conrado subió con él á un carruage, y se dirigieron á la casa de Mr. de Wallenroth. Era este un caballero de alguna edad, de carácter franco, y sumamente amable.

—No tengo el honor de conoceros, dijo á Conrado; pero basta que os presente mi amigo Schmid para que os dé la plaza que ningun otro obtendrá. Con todo, quisiera antes instruiros de ciertas particularidades: voy á marchar á Paris, y los asuntos de la corte me detendrán probablemente algunos años. Os confio mis bienes y la administracion de justicia en mi señorío de Alleck. No solo desempeñareis el destino de juez, sino que tambien ocupareis mi lugar. Queda á vuestro cargo el gobierno de mis tierras; y lo que mas me interesa es que convirtais en hombres á los habitantes de Alleck, que son pobres, groseros é ignorantes. Solo hace un año que soy su señor, y en

tan corto tiempo, no lo han tenido para disgustarme: velareis para conservar intactos mis derechos, y todos los años enviareis mis rentas y vuestras cuentas á Mr. Schmid, que tendrá cuidado de remitírmelas.

Conrado procuró escusarse, alegando su ignorancia en materias de economía rural; pero su modestia no le sirvió de nada: ambos ancianos insistieron con la mas afable bondad. Conrado entonces hizo la observacion de que le parecia corto el sueldo, atendida la responsabilidad que se le imponia. Mr. de Wallenroth, firme en sus ideas, ensalzó su capacidad, le rogó que aceptase, y concluyó por aumentar en un duplo los seis mil escudos. Conrado estaba aturdido, pero al mismo tiempo contento.

—¡A quién soy deudor de esta ilimitada confianza? decia.

Mr. de Wallenroth, señalando con el dedo á Mr. Schmid:

—El corazon de ese hombre escelente, dijo, y el mio, no forman mas que uno.

El convenio se hizo en regla, y se formalizó la escritura correspondiente: Mr. de Wallenroth incluyó en ella una cláusula á la cual daba mucha importancia.

—Todos estarán sujetos á vuestras órdenes, dijo, escepto una persona á quien amo mucho, á pesar de que apenas me conoce; debia á su difunto marido muchos favores y consideraciones. Esa persona es la viuda de un honrado párroco, y su nombre es Walter. No posee bienes algunos, ni cuenta mas que con una pension vitalicia que le he señalado, y con la habitacion y el alimento que le he concedido en mi casa de Alleck. Habitareis bajo un mismo techo; es la muger mas amable de este mundo, y espero que vivireis en buena armonía con ella.

Conrado no tuvo que oponer objecion alguna á semejante cláusula, y si lo hemos de decir todo, estaba muy satisfecho de encontrar en Alleck una muger que pudiese dedicarse al manejo de las minuciosidades domésticas que solo ellas conocen.

Aquella misma semana, Mr. de Wallenroth y Conrado se trasladaron á Alleck, y se hizo la instalacion con todas las formalidades de costumbre. Mr. de Wallenroth solo se detuvo un dia, y dejó al nuevo juez con madama Walter.

La casa señorial, que así la llamaban, estaba cómodamente situada en el centro de un jardin, sobre una colina que dominaba el pueblo. Las cuadras, los atrojes y un espacioso patio, formaban un cuadro perfecto: en todas partes se veia el mayor órden, y en la casa señorial la mas esmerada limpieza. Habianse reservado para el señor juez verias piezas, aunque sencillas, distribuidas con sumo gusto, y bastante buenas. No faltaba nada en ellas; y no se habia olvidado una pequeña biblioteca y hasta un piano. En ninguna parte se veia un átomo de polvo, y el pavimento brillaba á fuerza de estar limpio. La señora Walter habia arreglado del modo mas agradable la casa, el jardin y la despensa.

La señora Walter era una muger seria, pero de mucha viveza; tendria cerca de cuarenta años, y manifestaba haber recibido buena educacion. La palidez de su rostro y su mirada un poco triste, indicaba que poseia la desconsoladora esperiencia de la vida. En su presencia nadie se encontraba embarazado: desde los primeros dias, Conrado la trató como si hiciese ya muchos años que la conocia, le enseñó la casa y sus alrededores: le enteró de las obligaciones de los diferentes criados, y no tardó mucho en iniciarle en lo perteneciente á su jurisdiccion.

Puede muy bien vivirse con esta muger, decia entre sí Conrado pasados algunos dias, y procuraba adivinar por qué razon daba Mr. de Wallenroth tanta importancia á aquella cláusula, que al principio habia temido un poco.

(*Continuará.*)

VARIEDADES.

INFLUENCIA
DE LAS DOCTRINAS
SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

En los números anteriores pasamos la vista sobre las diversas especies de doctrinas consideradas en sus relaciones é influjo con la sociedad. Materia es esta inagotable, extensísima, inmensa, y no pocos dias pasariamos, y muchos artículos tendriamos que escribir si intentásemos recorrerla y presentarla en toda su latitud y grandor. Así que, como echaron de ver nuestros lectores, únicamente nos paramos en los mas altos y notables puntos, y que ofreciendo de sí mas variedad y riqueza, tuviesen un interés y una importancia grave á todas luces y trascendental.

La historia del entendimiento humano, la crónica de la filosofía y de las doctrinas es sin duda dilatadísima, variada de suyo y grande. ¿Y cómo descubrir, cómo contar la multitud de escuelas y doctrinas que han pasado por estas altas esferas, por esas encumbradas regiones de la ciencia, brillantes y luminosísimas las unas, negras y oscuras las otras, olvidadas y aun desapercibidas las mas! ¿Cómo mostrar con exactitud y señalar con precision los errores, las aberraciones, los delirios á que se han entregado los hombres en los diversos tiempos y en los distintos estados? ¿Cómo calcular sus resultas! ¿cómo graduar su influencias! ¿cómo alcanzar sus consecuencias! ¿cómo señalar, cómo pesar y medir el bien que han producido, y el mal que han causado en la civilizacion de los pueblos? No, esto no lo consiente la debilidad de nuestras fuerzas, ni lo permite este artículo: y aun cuando tal cosa intentásemos, y nos sintiésemos con la robustez para ello necesaria, nos falta rian un sinnúmero de datos para completar la obra, é imposible nos fuera enriquecer el cuadro con todas sus imágenes, y presentarlo en todo su grandor y extension.

Sin embargo, no queremos dejar la comenzada tarea, ni torcer nuestro camino, sin hacer algunas observaciones, cuyo interés es en verdad incontestable, y que por otra parte están enlazadas con las ideas emitidas, y con las observaciones que consignamos en los artículos anteriores.

Lo primero que ante todo ocurre es la diferencia que va de las doctrinas religiosas, sociales y morales, á las naturales, físicas y exactas; diferencia que no se percibe sino en confuso, cuando se miran los objetos por la superficie; pero que en cuanto se penetra en su interior, se ve con toda claridad; ya en lo que mira á su índole y naturaleza, ya en lo que con-

cierne y atañe á la influencia que ejerce el error ó la verdad de las doctrinas mismas: sus consecuencias y resultas.

Inútil es decir, puesto que el alma así lo siente, y todas las generaciones de la tierra en alta voz lo han proclamado, que á mas de ese mundo físico en medio del que el hombre nace, vive, crece, se desarrolla, y últimamente muere ejerciendo las funciones y cumpliendo los destinos que por la naturaleza le están designados, hay otro mundo moral, grande también y visto como aquel, misterioso, sublime, y aun si cabe mas incomprensible para el entendimiento que aquel; que tiene sus leyes como aquel, sus tempestades como aquel, y en el que reina también la armonía y el concierto, turbado con frecuencia por el desconcierto y el desórden.

El error no puede manchar la belleza, no puede romper y destruir la armonía del mundo físico, así como puede alterar y destruir, y de hecho no pocas veces altera y destruye el órden y la paz del mundo social y moral. Porque por mas estrañas que sean las ideas, por mas que sean raros y chocantes los sistemas que el entendimiento conciba en el estudio de la naturaleza y para la explicacion de sus fenómenos; los fenómenos se realizan del mismo modo, en el mismo teatro; y la naturaleza sigue tranquila, magestuosa su curso, sin que la afecten los sueños del hombre, ni interrumpan su magnífica carrera la insensatez y los delirios de la humana razon.

No así acontece en el órden social y moral. Sembrad en el entendimiento ideas falsas, que bien presto se convertirán en deseos malignos; ó encended en el corazon pasiones funestas, que al instante las vereis elevadas en doctrinas erróneas; ya que entre la cabeza y el corazon hay una relacion continua y estrecha, mayor sin duda de lo que á primera vista parece; y notareis que el entendimiento pierde la luz, el alma el sosiego, la sociedad el equilibrio; notareis que todo se anubla y tiembla: que se quebranta la armonía, que se desvanece y cesa aquel órden y apacible concierto, que es la primera necesidad del hombre y la ley general del mundo. ¡Ah! los torbellinos de Descartes no conmovieron y trastornaron la naturaleza, así como conmovieron y trastornaron los Estados las doctrinas democráticas de Rousseau.

Bien se conoce de ahí, con qué detenimiento y pulso debe procederse en la exposicion de los sistemas morales y sociales, y en la creacion de nuevas teorías; aparte las creencias religiosas, campo sagrado, inmenso, cuyos límites son un abismo, al acercarse á las cuales debe ir con gran tiento la razon, no sea que se resbale y precipite.

Esta materia que jamas carece de interés, tiene una importancia mayor hoy en que el génio del siglo y el espíritu de la filosofía que va declinando, y que algun dia desaparecerá en el eclipse ha confundido en cierto modo las ciencias físicas con las ciencias morales, dando á aquellas una importancia tal, y atribuyéndolas un dominio tan extenso, que ha redundado en desdoro y menoscabo de estas últimas. Así que, en obsequio de la verdad, y para hacer justicia y tributar el verdadero homenage á uno de los mas altos y sublimes estudios del hombre, siquiera por un momento haremos alto en este lugar.

No data de una época muy remota la aficion decidida al estudio de las ciencias naturales y exactas. Como quiera, ora sea por los descubrimientos que ha hecho el espíritu de observacion y de exámen; ora sea por la aplicacion que de ellos han recibido la maquinaria y la industria, aplicacion á su vez exigida por las nuevas necesidades y por el distinto rumbo que en esta parte como en otras la sociedad ha tomado; ora sea por la escasa importancia que dió una política, que aun es el norte de no pocos gobiernos, y el alma de algunas sociedades á las virtudes de un estado, fijando solo la vista y volviendo toda su atencion al grandor material y á su fuerza pecuniaria; ya sea por otras causas que todos concurren al propio punto y juntas conspiran al mismo fin; lo cierto es, que las ciencias físicas, naturales y exactas, olvidadas como estaban antes, miradas con frio interés, y con una indiferencia, injusta á la vez y perjudicial, hija de prevenciones que se desvanecieron ya, han adquirido desde el último siglo una alta prepotencia, y un dominio, que si se nos permite la frase, llamaremos hasta tiránico, como que tiende á tener bajo su jurisdiccion las ciencias morales, comunicándolas su mismo espíritu y vistiéndolas con sus propias formas. El mismo análisis, el mismo método, la misma lógica, el mismo lenguaje de las frías y descarnadas ciencias, de la anatomía y del cálculo, quiso atribuirse á los altos y nobles estudios del alma y de la sociedad; como si ciencias tan sublimes pudiesen medirse con la misma cuerda con que se miden aquellas, y como si el sentimiento, llama purísima, que al paso que enardece el corazon, ilumina el entendimiento, debiera apagarse aquí, porque no necesita su luz, ni ha menester su calor, el que solo está acostumbrado á manejar el escalpelo y el compás.

(Continuará.)

FANTASIA.

UNA ILUSION.

Triste resonaba y acompasado, el agudo y clamoroso címbalo que á los fieles convocaba á la oracion: solo el tardío eco de sus vibrantes tañidos, interrumpia la profunda calma, el absoluto silencio con que imponente el espacio, parecia querer intimidar á los débiles mortales. El refulgente astro del dia, ocultaba presuroso sus deslumbradores destellos, cual si huyera por no autorizar con su magestuosa presencia la insondable iniquidad de los hijos de la tierra: parecia ansioso buscar un mundo en que sus vivificadores y purpurinos rayos no se quebraran cual débil juguete en infantiles manos, y donde no manchara su bruñido disco con el impuro álito de los séres humanos. La tenebrosa oscuridad de la noche, tendiendo su funeral y tupido velo, iba reemplazando con bailadoras sombras y fatídicas visiones los puntos que antes luminosos abandonaba el astro matutino, al plegar su luciente cabellera.

Algunos débiles resplandores, tibias lumbreras de la noche, se mostraban en lo mas alto del firmamento, concediendo consuelo pasagero á la vista, que con ávida mirada buscaba un punto en que fijarse ansiosa. Sereno y en calma estaba todo, todo varia! Solo en el opuesto horizonte y al lejano nivel donde le termina la redondez de la mirada, se veian agruparse ligeras nieblas que con perezosa lentitud se condensaban, empañando así la imperceptible claridad que avara permitia la azulada esfera.

Triste yo presenciaba este espectáculo, y lo miraba, como un hombre que enferma tiene su razon: lo miraba, sí; mas era con la indiferencia que inspira á todo lo creado, el que se siente herido con el mas agudo rayo del fatalismo y la desventura, lo miraba con la misma embriaguez que contempla el reo condenado al último suplicio, el implacable y sanguinario instrumento que ha de segar su garganta: con la misma estoica impasibilidad, que los mártires del cristianismo, al esperimentar los agudísimos dolores y maceraciones á que los obligaban á sucumbir.

Nada era bastante á arrancarme al letárgico decaimiento en que me ador-

mecia; solo en mi estancia y postrado en un hondo sillon, permanecia mi cabeza reclinada cual si fuera para mis hombros un enorme é insoportable peso, y lo era en verdad, porque padecia! la muerte misma no me hubiera distraido de las amargas y dolorosas impresiones que debilitaban mi espíritu; la muerte no, porque con ansia deseaba alejarme de este hemisferio de llanto y de aflicion.

Intensamente herido en mi mas caro afecto, dolorosamente punzada mi alma por el mas cruento dardo, nada podia fijarme de todo lo que en el mundanal torbellino se agita y confunde. La noche, única compañera y amiga fiel del desgraciado, me convidaba generosa á depositar en su secreta confidencia el pesar que mi llanto ahogaba y enlutaba mi corazon.

Tanto era; y cual si los elementos nacieran de mi volcanizado pecho, ó pretendieran con él armonizarse, así desencadenando instantáneamente su terrible y comprimido furor, tributaban homenage á mi insensible estado.

Con estruendo sordo y pavoroso, comenzaba á rugir el estremecedor bramido del huracan que precede á la siniestra aparicion de la tempestad; entrecortados y pardos celages avanzaban por la infinita estension, ocultando con los pliegues de su vaporosa vestidura las apagadas constelaciones celestes; gruesas y precipitadas gotas de agua produciendo al caer en el suelo un susurrante y campanudo sonido, se desprendian de la nube misma que rasgándose con fosfórica rapidez, se mostraba inflamada, cual el cráter de un volcan al vomitar la ardiente lava que elabora en sus entrañas, y lejano y amenazador retumbaba con horrido zumbido la detonacion que acompaña á las pálidas llamaradas de las emanaciones eléctricas.

Este otro espectáculo acordaba mas con mi situacion, y adormecido y presa del mas funesto letargo, de la mas reprimida angustia, permanecia asombrado, sin sensaciones y cual si gimiera bajo el peso de la divina maldicion.

El mas implacable de los hados me arrancó de un golpe todas mis ilusiones, eclipsó la rutilante *estrella*, faro de mi ambicion, que me unia á la vida cual un eslabon con otro que forma la cadena; mas aun: fatal signo! me restaba el postrero golpe, aun tenia reservado para mí en su fondo la copa de la amargura una gota que apurar, aun tenia que sufrir la horrible prueba de verme frente á frente entre la realidad desnuda, ante una realidad que mis sentidos rehusaban penetrar.

Dormia: mis fatigados miembros descansaban al arrullo de la tormenta, con la misma calma y tranquilo sueño en que reposan las almas vírgenes que solo descubren risueñas imágenes y dorado y venturoso porvenir; semejante efecto ocasionan las mas divergentes sensaciones; mas de *pronto*, cual si sediénta ni nefanda suerte no se cansara de verme padecer, cual si ardiendo en ira envidiara la escasa tregua concedida á mi mortal quebranto; cual si aun se holgara en contemplar mi sufrimiento, burlándose con sonrisa sarcástica, aun me deparó una pesadilla celestial que con mas dureza me lanzó en la sima que á mis piés se abria.

Soñaba, sí. . . pero soñé que arrebatado por impalpables y voladores mensageros, y que trasportado en alas invisibles, hendia el viento, y salvando con mágica rapidez las ilimitadas distancias, soñé que penetraba en una fantástica mansion, do una dulce y divinal antorcha presta sus matizados resplandores para descubrir y leer en el surco mas recóndito del corazon, do se estiende la mirada sin obstáculo que impida su peregrina penetracion, y donde suaves y dulcísimas armonías embriagan el alma con melodiosas cadencias, difundiendo por todo el ser humano el mas sublime de los consuelos.

Allí, ante aquel encantador y sólico espectáculo, ante aquella continuada primavera que ostentaba envanecida

y ocultas hasta entonces para mí sus encubiertas galas, ante aquel venturoso clima que sus moradores desconocen, por no sufrir jamas las heladas brisas del invierno, ni los sofocantes ardores del estío, ante aquella eternal felicidad en que sonrien y de incomprensible espresion aun para las mas ardientes imaginaciones, sentia desvanecerse mi cabeza sin poder esplicar lo que mis ojos absortos contemplaban.

Cruzó rápidamente una idea por mi mente y busqué anhelo so tocar la realidad que mi agitado espíritu retrataba, corria tras el emblemático ser que agitó mi corazon, tras mi *estrella*, tras la *estrella* que cual la que guió á los santos reyes del Oriente á la adoracion del tierno y divinal infante, debia guiarme y ser mi norte en la escabrosa senda de la vida, y en las sinuosidades del mundo. Busquéla y la hallé, vino á mi encuentra cual una exhalacion desprendida de la celeste cumbre, y á su aparicion sentí desfallecer, flaquear mis debilitadas rodillas, y hubiera caido cual piedra lanzada por desoladora nube, si no me sostuviera una fuerza singular, como la que suspende un objeto solicitado por varias masas de uniforme gravedad.

La hallé; mas qué hermosa! Risueña y sonrosada cual tierna flor del abril, cual fresco y lozano tallo que arrancado por el vendabal arroja sus tiernos retoños para brotar con mas fuerza, en mas frondoso jardin, la hallé apasionada cual siempre, encantadora cual nunca, y únicamente pude esclamar:

—Angel mio, quiero morir!

—No, morir no! ven á mis brazos, tu hora postrera aun no ha sonado, mas piensa en ella y nunca lejana te parezca.

—No importa; así mas pronto se ahogará mi pena.

—¡Insensato! no profanes con mundanales deseos la gloriosa estancia que te sustenta; no alimentes tan criminal y loco intento; piensa que estás en presencia de la Divinidad y que ultrajas y escitas con tan temerarios pensamientos su omnipotente poder.

Vive, vive aún, que aun te restará alguna sagrada mision que cumplir en la tierra, pues que el Señor no te ha llamado á su seno; vive, y no atentes contra el hilo de tus dias, que solo es dado cortar al que generoso te los otorgó.

(Continuará.)

QUIEN DA PRONTO, DA DOS VECES.

Hallándose en Sicilia Tito, hijo del emperador Vespasiano, se le presentaron los diputados de la ciudad de Tarsis con una solicitud que interesaba altamente al bienestar de sus conciudadanos. Tito, despues de haberse enterado de la solicitud, les contestó que la tendria presente cuando estuviese en Roma y que les prometia interceder con su padre todo lo posible para que dicha solicitud tuviese su efecto. Esta respuesta parecia favorable y satisfactoria; pero Apolonio de Tiane, que era uno de los diputados, no quedó satisfecho, y con toda la libertad de un verdadero filósofo, replicó al emperador.

—Señor, si en este momento os trajesen algunos reos que hubiesen conspirado contra vuestra persona y contra el imperio ¿qué es lo que tendrian que esperar de vos?

—Que los sentenciase á muerte en el acto, contestó el príncipe.

—¿Y qué, continuó el filósofo, no es una cosa verdaderamente abominable, vengarse en el momento y dejar los favores para mas adelante? ¿decidir por vos mismo de la imposicion del castigo y esperar órdenes de otro para dispensar los beneficios?

Tito no pudo menos de convenir en la exactitud de la observacion, y sin

cuidarse del tono reprensivo del filósofo, al instante concedió á los ciudadanos de Tarsis todo lo que solicitaban, conociendo que muchas veces, mas que lo que se concede, importa la prontitud en dispensar el beneficio.

SIGNO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VISPERA.

(CONTINUA.)

"Es verdad que es muy posible vivir con esta muger, pensó al cabo de algunas semanas que fueron suficientes para connaturalizarle con Alleck. Profesaba un verdadero respeto á la señora Walter, y cuando concluidos sus quehaceres por la mañana y por la noche se sentaba con ella á la mesa, lo tenia por una felicidad, pues no la veia hasta entonces. Solia comer tambien con ellos el administrador, buen sugeto, pero algo aficionado á cumplimientos. Todos hablaban bastante: el administrador de economia, Conrado de sus viages, y la señora Walter los encantaba á ambos con su dulzura y talento. Conrado se encontraba tan complacido con su situacion, que escribió al banquero Schmid una carta dándole las mas espresivas gracias. "No apuro, le decia, una suerte mas agradable: soy feliz desde que me habeis colocado en posicion de poder hacer mucho bien, lo que sucederá en cuanto me encuentre enterado á fondo de mis funciones. Los hombres son aquí tan agrestes como el terreno: ¡cuanto me felicitaré de civilizarlos un poco! . . . Espero conducirme á satisfaccion de Mr. de Wallenroth."

Pero las flores se marchitan pronto, y la alegria no permaneció mucho tiempo en el corazon de Conrado. La señora Walter le habia dicho que tenia una hija, cuya llegada aguardaba de un momento á otro: aquella jóven vivia con una parienta suya en la ciudad inmediata.

Una tarde que volvia de un bosque á donde habia acompañado á los agrimensores, se encontró en el camino un carruage en que iban dos señoritas que al parecer venian de la casa señorial, y regresaban á la ciudad. Al entrar en el comedor, encontró al lado de la señora Walter y del administrador una jóven como de diez y seis años de edad, morenita, delgada, con la mirada llena de gracia. . . Conrado se inclinó respetuosamente, como si estuviese delante de una divinidad. La hermosa forastera le devolvió el saludo un poco ruborizada.

—Os presento á mi hija Pepita, le dijo la señora Walter. Si nos acostumbramos á la fealdad ¿por qué no nos hemos de habituar á la hermosura? Habian trascurrido muchas semanas, y Conrado no se acostumbraba todavía á ver á Pepita. No era la misma dos dias seguidos: parecia que cada vez se renovaba. Conrado tenia la mas amistosa confianza con todas las personas de la casa; pero no le era posible conducirse del mismo modo con aquella jóven. A pesar de su método de vida, eran tan estraños el uno para el otro, como la noche en que se vieron por la vez primera. Conrado gustaba de conversar con ella, porque conocia que tenia talento ó ingenuidad, y que no era gazmoña ni presumida; pero cuando hablaba con ella le parecia que se colocaba entre los dos un abismo. Pepita recibia á todo el mundo con amabilidad; pero siempre era á Conrado á quien se le ocurria menos que decir, y al parecer se apercibia tan poco de aquella diferencia, que con frecuencia le manifestaba deseos de tener mas intimidad con él.

"La vida es aquí muy fastidiosa, pensaba Conrado: quisiera que Alleck estuviese en el Kamtschatka, y jamas hubiera venido á él." Sin embargo, no llevaba las cosas al estremo de desear que Pepita fuese estraña á Alleck, y por ningun precio hubiera querido que le dejase. Y tanto mas temia el fastidio, cuanto que nunca le habia esperimentado. Ya habian sido medidas todas las tierras, y puso en práctica todos los procedimientos de economia rural: despues estableció una escuela é instaló en ella al maestro. Bien hubiera querido mudar al cura, con quien en un principio habia contado mucho para mejorar las costumbres y la moral de los habitantes; pero aquel santo varon desempeñaba sus funciones con muy poca cordura: cuidaba tan poco del alma de sus feligreses, como de los diezmos y de los huevos. Cuando Conrado le habló de mejorar la educacion de la juventud, y de hacer que fuese desapareciendo la rusticidad é ignorancia de los aldeanos, aprobó su proyecto riéndose, y chanceándose sobre las ventajas de semejante empresa. Al domingo siguiente declamó contra los sectarios, los anabaptistas, arcos, arrianos, socinianos, y demas que trataban destruir la religion con sus supuestas reformas.

Los habitantes de Alleck se hallaban de acuerdo con su párroco: su religion consistia mas bien en el temor al demonio que en el amor de Dios. En materia de economia doméstica y rural, seguian la rutina de sus padres, que segun decian, sabian tanto ó mas que ellos: por manera que todos eran igualmente pobres. Se alimentaban con patatas, bebian agua de pozo, habitaban en casas infectas, mezcladas con las vacas que estaban muriéndose de flacas, y con sus hijos cubiertos de harapos. Eran poco complacientes con los estrangeros, y procuraban engañarlos: hipócritas con su párroco, y bajos y aduladores con los individuos de la casa señorial; entre sí, rencorosos, envidiosos, calumniadores, altaneros y mentirosos: tales eran sus costumbres.

Conrado conoció bien pronto el tono que debia usar con semejante clase de gentes: mandó reducir á prision á una docena de ellos por faltas que habian cometido, y desde aquel instante le miraron como un hombre superior.

En cuanto fué adquiriéndose confianza, no tuvo dificultad en llevar á cabo sus proyectos. Primero trató hacer entender á sus subordinados que debian observar órden y buena conducta, porque parecian unos mendigos, con los vestidos llenos de agujeros: entonces se acordó de la educacion que recibiera de su venerable padre adoptivo, y de la anécdota del anciano caballero de la peluca blanca.

A escepcion de la costurera del lugar, no habia en él una muger que supiese manejar regularmente la aguja. Lo que no sabian las madres, mal podrian aprenderlo las hijas. Cuando se rompian por primera vez sus vestidos nuevos, dejaba que el agujero se fuese haciendo mayor, y al tratar de remediar el daño, ya no era posible; asi era, que sus capotes y chaquetas estaban viejos antes de tiempo: ademas la suciedad era un vicio general que producia toda especie de enfermedades. Entre los harapos se encuentran con mas frecuencia las inclinaciones bajas y los vicios groseros: ¡á cuantas acciones viles suele dar ocasion un agujero en el codo! . . . El llevar los codos rotos conduce á muchos vicios que no son suficientes á desarraigar las declamaciones de un cura de aldea. Como en las clases elevadas las virtudes de las señoras dulcifican las costumbres de los hombres, del mismo modo era necesario empezar allí la reforma por las mugeres.

Así por lo menos lo pensaba Conrado. Su primer idea fué establecer una escuela de trabajo, en la cual se fuesen formando las jóvenes; pero temiendo la costurera que se le concluyesen sus medios de subsistencia, se negó á popularizar su oficio. La costurera, pues, á pesar de los elogios que su marido prodigaba á la idea del señor juez, alegó que le faltaba tiem-

po para dedicarse á la educacion de las niñas. El domingo siguiente, los vecinos del pueblo oyeron un vehemente sermon contra los ateos, anabaptistas, arrianos y otras gentes *ejusdem furfuris*, que querian introducir una escuela de trabajo en la poblacion.

En aquel momento Zopyro se levantó y fué con aire triste y fatigado á apoyar el hocico en las rodillas de su ama.

—Amigo, ya te comprendo; dijo pasando la mano por el lomo del hermoso animal: vienes á prevenirme que ha llegado ya la hora de retirarnos. Buenas noches, señores, hasta mañana.

Los amigos se dieron la mano, y se separaron.

CAP. III.

EL AGUJERO EN EL CODO.

Al otro dia, Jorge volvió á comenzar su relacion en estos términos:

Conrado se consolaba de los disgustos de su corazon entre el reducido círculo de personas que se sentaban con él á la mesa. Pepita le escuchaba siempre con grande atencion, aprobaba vivamente cuanto decia, y le rogaba que le eligiese para maestra de su nueva escuela.

—No es bastante saber manejar la aguja, decia la señora Walter: nuestras aldeanas no saben ni cultivar su huerto, ni cuidar de su cocina: vamos á despedir á nuestros cocineros, y recibiremos en su lugar á las hijas de nuestros convecinos: yo seré su maestra en materias de horticultura y de cocina. En cuanto á lo demas, hay un medio muy fácil: una recompensa ligera, un sombrero de paja y un delantal nuevo, escitarán maravillosamente el celo, que conservarán el gusto del adorno y un poco de vanidad, porque sin la vanidad de las mugeres no espereis nada de los hombres: el amor de la hermosura es el orígen de cuanto bueno hacen. La belleza los suaviza: interesemos á su corazon halagándole por su parte mas débil, hagamos bonitas á nuestras aldeanas, y los aldeanos se trasformarán fácilmente.

Así se espresaba sobre este asunto la señora Walter con su amabilidad acostumbrada. Conrado dirigia de soslayo tímidas miradas á Pepita: esta las habia notado, y hubiera podido leer en su semblante cuán cierto era lo que decia su madre; pero parecia que no habia comprendido nada de aquella escelente plática: desenredaba una madeja de hilo haciendo caricias al grave administrador. Conrado jamas habia tenido semejante dicha: Pepita sinaba al parecer al administrador, en el paseo se apoderaba de su brazo, y Conrado por lo comun ofrecia el suyo á la mamá.

Las escuelas de horticultura, costura y cocina, quedaron bien pronto organizadas. Las maestras eran infatigables, y las jóvenes de la aldea, en cuanto oyeron hablar de cintas encarnadas, sombreros de paja y delantales nuevos, quisieron llegar á ser maestras en economía doméstica. En vano se enfurecia el párroco con los arrianos; las jóvenes cosian, los niños se instruian, y todo iba perfectísimamente.

Solo Conrado no estaba bien: mientras todos los habitantes trabajaban en reparar los agujeros de los codos, él tenia uno enorme, y no sabia cómo taparlo. Desde entonces se alejó cuanto le fué posible de Pepita, y rara vez se aprovechó de los ratos de sociedad: los libros volvieron á recobrar para él su perdido atractivo: multiplicaba sus proyectos para mejorar las posesiones de su principal, y para sostener los derechos de Mr. de Wallenroth, siguió por sí mismo un litigio que le obligaba á ausentarse con frecuencia de Alleck. En fin, hizo cuanto estaba de su parte para restablecer el equilibrio; pero no consiguió su objeto mas que á medias.

(Continuará.)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

(CONTINUA.)

Cuando tal cosa decimos, no es nuestro ánimo, ni oponernos al progreso, ni negar las ventajas, ni rechazar la aplicacion de las ciencias naturales y exactas al comercio, las admiramos en sí, celebramos los inventos y grandes descubrimientos que se han hecho; y si algo deseamos, si algo pedimos, es la gratitud para sus autores y la inmortalidad para sus nombres; y que esos inventos, esos adelantos contribuyan al mayor brillo de las artes, á la cultura de los pueblos, al encanto, á la belleza, y si se quiere, hasta al refinamiento de la moderna civilizacion. Porque al pasar al través del siglo XIX, jamas le daremos una mirada desdeñosa y de desprecio; y si fijarémos nuestra vista, y si elevarémos nuestra contemplacion á las grandes y monumentales obras que por do quiera se levantan, y que atestan su grandor, su poder, la animacion y la vida que es el carácter distintivo de esta época: porque tambien nos entusiasman, nos arrebatan esos caminos de hierro, esos telégrafos, esos barcos de vapor, esa maquinaria, esa rapidez en el comercio, esa celeridad en todas las comunicaciones, ese génio de actividad, de invencion y de trabajo que por todas partes corre, á todo se lanza, á todo se precipita; porque aunque dejarémos caer palabras frias y amargas sobre este siglo, por su espíritu disipado, y por su carácter ligero, que ha sustituido á la dignidad, á la magestad, y á la gravedad de los tiempos antiguos; aunque censuremos su indiferencia, ya que ha cesado el desprecio por las ciencias sublimes de la religion y del alma; tambien haremos justicia en lo que la merezca, tambien le rendiremos un homenage por lo que tiene de alto, de noble y sorprendente; tambien celebrarémos sus maravillas, increibles en otros tiempos; tambien entonarémos, si menester es, en obsequio suyo, un cántico de admiracion y de alabanza.

Hasta ahora hemos hecho un breve y rapidísimo exámen de las doctrinas, ora consideradas en sus diversas especies, y en la diferencia que entre sí las separa, ora atendida su relacion é influjo con la sociedad, de lo que especialmente nos ocupamos en los números anteriores. Y bien, preciso es saber su influencia actual, su influencia é imperio en los tiempos modernos, el ascendiente que tienen las doctri-

nas sobre esa civilizacion tan rica, tan variada, y sobre todo, tan deslumbrante y bulliciosa. Para ello, y á fin de que el cuadro sea completo, y el punto de vista tal como debe ser, despues de fijada la consideracion sobre las doctrinas en sí, necesario es fijarla tambien: primero, sobre el estado actual de la sociedad; segundo, sobre la situacion de los espíritus. Elevando el pensamiento á tal altura, es como alcanzaremos á ver y distinguir las relaciones verdaderas entre las doctrinas y los estados, y el grado de influjo que ejercen aquellas sobre la marcha de los pueblos y el espíritu de los hombres.

Las sociedades modernas vistas mayormente en aquella parte, que es en cierto modo el foco de luz, el centro de la civilizacion, y el punto de donde parte el movimiento general; como en Europa la Francia, y en la América los Estados-Unidos, presentan tres grandes caractéres, tres fases, que es preciso conocer y débilmente apreciar. Estos caractéres, en lo que concierne y atañe al objeto de que nos ocupamos, son: primero, la extension de conocimientos é ideas sobre la superficie social; segundo, el dominio de la inteligencia; tercero, la falta de autoridad.

El primer carácter que presentan los tiempos modernos en la extension, la grande é incommensurable extension de ideas, el derramamiento, digámoslo así, de conocimientos sobre la sociedad; fenómeno peregrino, espectáculo verdaderamente nuevo; ya que en ninguno de los tiempos pasados, ni en los Estados antiguos, ni en las repúblicas griegas, ni en la romana, ni en el imperio, ni en la edad media, ni en la Restauracion, ni en el mismo siglo XVIII, se descubre, se ve esa inmensidad de gentes que piensan, y que leen aun mas que piensan sobre todas las materias, especialmente sociales y políticas. Hechas algunas excepciones, la lectura liviana, si se quiere, rápida, con frecuencia inútil, si es que no perjudicial muchas veces, ya por el modo con que se hace, ya por la incomprensibilidad y eleccion de los objetos, es el alimento de todos los espíritus, es una necesidad, es el placer, el lujo de los tiempos modernos. No leen, y forman su juicio sobre los altos y sublimes estudios aquellos hombres, que consumen sus vigilias en el cultivo de las ciencias, y gastan su vida en la meditacion y el estudio, saliendo no pocas veces de dentro de su gabinete con la modesta duda y la tímida desconfianza; sino que leen tambien y dan su fallo las clases altas, las clases medias, hasta la clase proletaria, hasta las mugeres de cuyo seno salen no pocas escritoras, hasta aquellos mancebos, cuyos espíritus no estan nutridos, ni con el pasto de las ideas ni con el saludable jugo de la esperiencia.

No es difícil adivinar la causa de este hecho universal, y que tanto distingue las sociedades pasadas de la presente, ya en cuanto á la fisonomía que muestran, ya relativamente á los acontecimientos que se verifican. Helas aquí en nuestro entender. La imprenta, el periodismo, la democracia, la civilizacion, y aun mas que la civilizacion la cultura, que dorando é iluminando en otros tiempos los puntos mas altos de los Estados, descendió lentamente de las clases altas á las medias, se derrama ahora sobre las clases bajas, se extiende y va cubriendo gran parte de las llanuras sociales.

En cuanto al periodismo, el hecho no puede ser ni mas latente ni mas ostensible: así que, por lo que cumple á nuestro propósito, bástanos consignarlo aquí, puesto que le tenemos reservado algunas de las páginas de nuestro periódico, en las que, al paso que señalaremos su carácter, procuraremos descubrir las rápidas y continuas impresiones que causa, y los efectos que sobre la sociedad y los espíritus su accion constante produce.

Inútil es probar que las tendencias democráticas de la Europa, que se dejaron ver enérgicas y poderosas, especialmente en la Gran-Bretaña desde el advenimiento de los Stuards al trono de aquel reino, y que acabaron con la expulsion de esa dinastía, y que se pronunciaron en Francia al mismo instante que Luis XIV descendió á la tumba, y que tomando de dia en dia creces, y siendo siempre mas récias é impetuosas, acabaron tambien con la rama primogénita de los Borbones; continúan aun vivas en nuestros tiempos, puesto que sus resultas son no menos generales que evidentes, y fácil es encontrar por do quiera señales de sus triunfos y de su poder.

Pues bien: cuando el espíritu democrático se inocula en las entrañas de la sociedad, cuando la democracia procura conquistar ó ha conquistado el mando, influye en los destinos de los Estados, y goza de los beneficios de otras clases, la vereis comunmente que lee, la vereis que busca los principios que justifican sus pretensiones, y la enseñanza de los medios que pueden hacerlas realizables. Así los plebeyos buscaban y leian en Roma la ciencia del derecho; ciencia que en cierto modo era el instrumento del poder, y que daba mucha consideracion é influjo: así los republicanos de Milton y de Cromwel leian la Biblia, así los proletarios de Francia leen el Abate La-Mennais, así las clases bajas de la América del Norte leen los dogmas de igualdad y las utopías de reforma general que les enseñan y presentan los delirantes socialistas de aquel país. Así vereis como en las poblaciones fabriles la clase jornalera lee tambien y comenta á su modo, siquiera en los periódicos, en medio de sus faenas y numerosas reuniones, los derechos de asociacion y los principios de los gobiernos, celebrando á estos, censurando á aquellos, y fallando sobre materias incomprensibles no pocas veces á los hombres de mediano talento é instruccion regular.

Pasemos á exponer el otro carácter que presentan las sociedades modernas, al menos aquellas que derraman la luz y dan el impulso. Este, como hemos dicho, es el dominio de la inteligencia, hecho que señala una época hasta cierto punto nueva, y de la que no es fácil hallar un tipo que seguir y un modelo que imitar, ni en las naciones antiguas, ni en ningunas otras sociedades.

El poder y la inteligencia casi siempre han andado juntos, enlazados por las mismas vias, y aunque ha habido épocas en que, quebrantándose el bello concierto y la dichosa armonía, que su union crea, la inteligencia y el poder se han dividido y hasta han luchado entre sí, épocas en que por esto mismo, por esta separacion sacrílega, han sido funestas, tristísimas, espantosas como el desórden, duras como la opresion, crueles como la tiranía; con todo, por el curso de los acontecimientos, por la influencia de los tiempos, por la fuerza de los desengaños, y sobre todo, por efecto de aquella ley providencial, que hace que aun despues de los mas recios vaivenes y generales trastornos; aun despues de aquellos momentos en que se eclipsa el órden en los Estados y se anega la esperanza en los corazones; se asientan al cabo las cosas en su lugar, recobren las instituciones su nivel, y las sociedades su aplomo; la inteligencia y el poder se han acercado despues de su separacion, se han unido cuando estaban divididos; acabando con hacer paces, y darse, digámoslo así, un ósculo de conciliacion y amistad, ó porque el poder ha llamado así á su lado á la inteligencia.

Los hechos en la historia de los pueblos salen aquí al paso, convincentes todos y poderosos. Sin embargo, únicamente escogeremos dos, que son en verdad dos grandes cuadros, y uno de ellos un espectáculo alto, grandioso, sublime, en medio de tantos espectáculos como nos ofrece el mundo, en medio de su riqueza y variedad.

(Continuará.)

FANTASIA.

UNA ILUSION.

(CONCLUYE.)

Vive, vive aun, que aun tú restará alguna sagrada mision que cumplir en la tierra, pues que el Señor no te ha llamado á su seno; vive y no atentes contra el hilo de tus dias, que solo es dado cortar al que generoso te los otorgó.

—¿Y de qué mision puede estar encargada mi triste é inútil existencia?

Mira, arroja una mirada á ese mundo que ahora gira bajo tus plantas. ¡Quieres morir! ¿preguntas cuál es tu mision? Pues bien, mira: ¿crees que no te alcancen dolores que mitigar, penas que adormecer, lágrimas que enjugar, suspiros y ayes á que procurar consuelo? Inútil apellidas tu existencia, porque conoces y envidias la de otro mundo mejor! ¡Ah! vive, vive porque te lo ordeno yo en nombre del Señor, y siempre á mis mandamientos sumiso fuiste.

—Mira, contempla; ¿no ves aquel anciano que encorvado bajo el rudo peso de la decrepitud, sin mas sosten que su débil báculo, aterido de frio, cubierto apenas su mortal esqueleto de asquerosos harapos, se arrastra penosamente por el suelo en la mas cruel de las agonías? ¡Pues bien! aquel es una víctima de la ingratitud de los hombres; es un miserable despojo de la mas sublime de las grandezas; es el símbolo de las inconsecuencias mundanales. Fué un aplaudido héroe en su juventud; la veleidosa fortuna le abrumó con la profusion de sus dones, y ahora, contémplale bien, es un héroe de sufrimiento y resignacion, es un mártir, y tú aun puedes ser su apoyo hasta que la yerta losa cubra para siempre su escasa sombra: aun tienes un deber que cumplir, un dolor que mitigar.

Mira: ¿no ves aquella tierna virgen que se deshace en lágrimas de amargura porque le falta hasta el agua que generosa brota del manantial, para humedecer compasiva los desecados lábios de su moribunda madre, que la tiende su pálida y descarnada mano implorándola con apagado y sepulcral acento? La ves á punto de sucumbir á la mas pérfida seduccion, á la seduccion que con vil tráfico comercia con las calamidades y miserias de la vida, por llevar al helado lecho de la autora de sus dias, la ruborosa que aun puede prolongar un momento su existencia; pues bien, esa virgen que quizá dentro de breves instantes solo te inspirará desprecio y repugnancia, hasta en el mas ardiente acceso de tus pasiones, aun puede ser amante apasionada, esposa feliz y madre tierna que cuidadosa se desvele por sus hijos. ¡Ah! Sé su protector; aun puedes salvarla de la resbaliza pendiente del insondable torrente que ante sus ojos se presenta; aun puedes salvarla del baldon, y el ultraje con que va precipitada á manchar su blanca y pura investidura, aun te resta un deber que cumplir, una pena que adormecer!

¡Ah! descorre el velo que cubre y empaña tu deslumbrada vista; mira aquel huérfano niño que llorando de puerta en puerta mendiga un asilo donde abrigar su inocencia; mira cuál se lamenta porque el orgullo del poderoso le rechaza con depresiva sonrisa, porque le niega aun el pan aciberado de la odiosa servidumbre, porque insulta la desgracia en su mas candorosa é inocente espresion. Pues ese niño, desvalido y sin consuelo, sin que adormezca su seno el calor del regazo maternal, sin tener quien espresé sus sencillas voluntades, ni á quien comunicar amoroso sus primeras impresiones, ese niño que pudiera llegar un dia en que su nombre repitiera la posteridad agradecida, por su valor, por su virtud, ó porque atrevido adivinara los arcanos que encierran las entrañas de la tierra, ese niño abandonado y sin amparo, crecerá sin direccion cual silvestre arbusto que nace en lo mas retirado de la selva, cual ignorado arroyuelo que gira sus cristalinas aguas á merced de su capricho, sin cauce que las contenga, y cuando desarrolladas sus naturales inclinaciones; sin el freno de la educacion, se desborden y adquieran formas, entonces, en lugar de un hombre á quien la sociedad eleve himnos de reconocimiento, deplorará quizá afligida sus inauditos crímenes, los referirá aterrada; y en vez de monumentos construidos para recordar su gloria, erigirá públicamente cadalsos para castigar sus vicios. Aun preguntarás cuál es tu mision. . . aun te quedan lágrimas que enjugar, ayes y suspiros á que procurar consuelo! Rehusarás aún dar crédito á los lábios de tu *estrella!*

—No, nunca, nunca dudé de tu sinceridad; viviré, viviré, sí, tanto cuanto haya un desgraciado que reclame mi auxilio, y hasta que llegue venturoso el dia en que nuestras almas se reunan para toda una eternidad.

—De esa suerte te harás acreedor á impetrar la clemencia divina; mas atiende: aquí tienen su asiento las virtudes, la paz, la calma y la felicidad; allí bajo solo impera la vileza y la ruindad mas execrable, allí moran los vicios, la guerra, la ambicion y todas las miserias concentradas. Desciende de nuevo al mundo, mi desvelo te acompañará incesante, yo te cubriré con mi poderosa égida; mas guarda el confundirte con aquel cuyo desvelo cifra en encender cruda guerra entre sus hermanos, con el ambicioso que sediento de honores y riquezas, aspira sin considerar los medios que emplea, á la posesion del ideal que le trazan sus designios; no te confundas, mira con aquel que jurando una eterna amistad, solo espera un momento favorable en que hundirte su puñal en el seno, con que prodigando su lisonjero lábio alabanzas sin fin, te vende sin piedad al primer advenedizo que le ofrece un puñado de oro.

¡Ves cómo se dibujan los imperceptibles contornos del tiempo, implacable anciano, que cual fantasma sutil, corre y surge contando las edades con su arenosa medida! ¿cuál gozoso señala las víctimas que á su paso le place arrebatar, y cómo al misántropo habitante de los sepulcros, hacina con su fiera parca el fatal y destructor resultado del veloz espedicionario? Pues bien, aprende, aprende que el mundo todo es deplorable, todo perecedero; aprende que el tiempo todo lo destruye, la muerte lo termina todo; y temerario aún, ¿atentarás á los cortos y frágiles dias de tu vida? aun. . .

—No, ya nada; á tu lado renace mi valor, tu celestial acento me electriza, quiero vivir, sí; quiero vivir, y á los infaustos hados desafío, que si contra mi daño conjuran sus maléficos génios, tú desde el cielo me alentarás, me inspirarás fuerza para resistirlos y perseverancia para vencerlos.

—¡Desciende mísero mortal! no profanes con tu presencia las divinales mansiones; esclamó una voz tan terrible como el eco de la trompeta que ha de llamar al último juicio.

—¿Lo oyes? descender al mundo te ordena el Señor.

—No, tan pronto no; aun un momento.

—¡No! ¡Adios! Su gran misericordia tu protege; tu feliz *estrella* vela por tí.

—¡Ah! en vana busca sin que antes te estreche una vez entre mis brazos, sin que por la última escuche tu dulce acento, sin que mis lábios impriman en tu candorosa frente el sello de mi amoroso respeto de mi delirante frenesí.

—¡Huia! demente corrí por alcanzar su leve sombra, y cuando creia estrecharla contra mi seno, cuando iban á tocar mis lábios su alabastrina mejilla, el horrísono estampido del true-

no sacudió fuertemente la ventana de mi aposento, y abriéndose hirió mi cabeza bañada de copioso sudor.

Desperté, corrí aún tras la fantástica imágen que veian mis ojos, caí al suelo, lancé un grito, y al abrirlos nuevamente ante la luz de los que acudieron en mi socorro, conocí con amargura que soñaba, que todo fué una ilusion, una ilusion mas... una ilusion perdida.

SIGNO.

CAP. III.

EL AGUJERO EN EL CODO.

(CONTINUA.)

Parecia que Pepita apenas estrañaba su ausencia; permanecia como siempre con el aliento y fria. Su madre y ella hablaban de un viage á una poblacion muy distante en cuanto llegase la primavera, y Pepita pensaba en él con visible júbilo. Conrado aparentaba aprobarlo. Un dia recibió una carta la señora Walter; por la noche se arregló el equipage, y se fijó la marcha para la mañana siguiente.

—¡Tan facil os es, querida Pepita, dejar á nuestro pacífico Alleck?... le dijo Conrado.

—Alleck se encuentra para mí en todas partes, le contestó sonriéndose.

—Lo creo así: sin duda os parece que no merece la pena de pensar en nosotros.

—Eso no la decis seguramente con seriedad. Me cuesta mucho sentimiento abandonar mis flores y mi escuela; ¡pero qué son cuatro semanas! He prometido traer alguna cosita de gusto á la mas aplicada de mis discípulas.

—¿Y qué me dareis á mí! añadió tomando la mano de la jóven, y estrechándola entre las suyas al tiempo mismo que fijaba en ella sus miradas.

Ella le respondió riéndose:

—¡A vos, Mr. Eck? si cuidais mis flores, tendreis una regadera nueva.

Dichas estas palabras, se fué dando saltos, y Conrado quedó confundido. Despidióse de la señora Walter, y luego salió al campo para no presenciar la marcha de Pepita.

En su camino solo veia á la naturaleza y á la risueña primavera, como á través de una niebla: todo era para él inanimado é insignificante: el árbol no presentaba á su conturbada vista mas que un pedazo de madera verde: el ruiseñor no era mas que un pájaro silbador, y el lago rodeado de bosques y colinas por la parte del Mediodía, mas que un gran depósito de agua: le parecia que el mundo no tenia frescura ni novedad, cual si fuese un vestido viejo: la poesía misma no era capaz de exaltar su imaginacion tanto como hubiera deseado encontraba á los cantores de la naturaleza un poco fastidiosos, y á los del amor locos.

"Ah!... repetia á menudo, la causa de todo esto se halla en ti mismo,... ¡Conrado!. . . . ¡Conrado!. . . . . Tú tienes en el codo el mayor agujero de este mundo. . . ." Conocia su mal perfectamente.

Aquellas cuatro semanas le parecieron cuatro años; mas por fin volvieron Pepita y su madre. Conrado se habia propuesto mirarla con una indiferencia igual á la suya, y aquella resolucion habia difundido una especie de calma en su corazon. ¡Pero aquella linda jóven estaba mas encantadora que nunca, y manifestaba tanto goce por haber regresado á Alleck!... Dirigió á Conrado una mirada en la que descubria toda su alma, le alargó furtivamente la mano, lizo lo mismo con el administrador, que salia de la casa para ayudarla á bajar del carruage, se arrojó á su cuello, lo abrazó y comenzó á llorar.

Conrado observó todo aquello rápidamente, y quedó absorto: deslizóse

hasta su corazon una cosa ardiente, abrasadora como un veneno.

Una mañana, cuando toda la familia estaba tomando el desayuno, entró en la habitacion un correo estraordinario que enviaba con una carta el banquero Schmid. Conrado se puso pálido al leerla, sus amigos le miraban silenciosos, porque ignoraban lo que le hacia mudar de color. Despidió al correo, se subió á su cuarto, se encerró en él, y no se presentó en la mesa al medio dia. La señora Walter le llevó la comida, como él habia pedido, para no interrumpir su trabajo. Entró pausadamente, y aunque no hizo pregunta alguna, se notaba en sus facciones un poco de inquietud.

Conrado comprendió aquel lenguaje, y tomó la mano de la escelente y bondadosa señora.

—Marcho mañana al rayar el dia, le dijo; viene á Alleck un nuevo juez. Os doy mil gracias por vuestra amistad... no puedo deciros mas ahora.

—¡Qué!. . . ¿nos dejais, esclamó la señora Walter, acaso para siempre!...

—Probablemente.

—¡Gran Dios!. . . ¿Por qué! . . . Mr. de Wallenroth puede...

—No me pregunteis mas en el dia...

La señora Walter se retiró taciturna y llorosa: Conrado prosiguió su trabajo. Habia tomado su resolucion: conocia en la ciudad á un jóven jurisconsulto de mucho talento, y le eligió por su sucesor, prévia la aprobacion de Mr. Wallenroth. Deja por escrito instrucciones detalladas sobre los asuntos pendientes al nuevo juez y al administrador, y al ponerse el sol empaquetó los objetos que le parecieron indispensables porque se proponia hacer un viage á la India.

Mr Schmid le enviaba una carta que Mr. Marbel le habia escrito desde Benarés: en ella le decia que habia sido despojado de sus bienes, á los que tenia derechos indisputables: que su posicion era la mas apurada: que no podia ni pagar un abogado para seguir el litigio, ni vivir en semejante situacion: que ya hubiera regresado á Europa; pero que le faltaba dinero para el viage; y que aun cuando se hallaba con deseos de trabajar, era ya demasiado viejo y estaba muy débil y poco familiarizado con la lengua inglesa. Rogaba, pues, á Mr. Schmid, que se informase del paradero de Conrado Eck, á quien habia educado; que le hiciese saber su triste suerte, y le dijese que su única esperanza se cifraba en él. Mr. Schmid le escribió, pues, preguntándole si iria á reunirse con Mr. Marbel, seguir su litigio, y prolongar los dias de un anciano con su trabajo corporal ó intelectual; y que en caso de que se decidiese á partir, estaba autorizado por Mr. Marbel para suministrarle el dinero necesario para el viage, á buena cuenta de los doscientos luises que le habia entregado para su establecimiento.

"Es posible (así concluia la carta) que Conrado no venga: tal vez no podreis descubrir en dónde se encuentra, ó quizá ya no exista. Entonces os suplico que os compadezcais de mí, recordeis nuestra antigua amistad, y me enviels algun dinero; con poco tengo suficiente para el corto número de años que me restan de vida."

A esta triste carta, añadió Mr. Schmid algunas líneas que decian en sustancia:

"No os inquieteis, mi querido juez, por la suerte del buen Marbel, pues haré cualquier cosa en su obsequio, aun cuando no sea mas que por nuestra antigua amistad. No digo que dejeis á Alleck para correr á las Indias en busca de ese anciano (quién sabe si le hallareis con vida!) á sostener un litigio infructuoso, y á proporcionarle con vuestro trabajo de carpintero los medios de que carece. No concibo cómo ese buen hombre se ha atrevido estas desgracias. Ahora debe tener sesenta y uno ó sesenta y dos años: las pesadumbres y los negocios frustrados le habrán verosímilmente envejecido. Lo que sobre todo os impide el acceder á sus deseos, es el tratado

que habeis celebrado con Mr. de Wallenroth, que en este momento se encuentra en Ratisbona, en donde probablemente permanecerá hasta el dia 29 del corriente. Con él debe arreglarse este negocio, porque solo él tiene el derecho de dispensaros de vuestros deberes: un hombre de honor como vos, jamas falta á su palabra. Hasta tanto, os será fácil enviar á Mr. Marbel algun dinero, y estoy pronto á remitíroslo en una letra de cambio girada á Benares. Si tal es vuestro ánimo, os suplico me indiqueis la suma que le destinais, porque no hay que perder un momento. Al mismo tiempo podria decir á Marbel que ignoro vuestro paradero, y esta escusa seria suficiente. . . ."

¡Mr. Schmid! esclamó Conrado con lábio temblaroso y los ojos llenos de lágrimas; ¡Mr. Schmid! sois un malvado á la moda, y un hombre vil, bajo un aspecto engañoso, como lo son la mayor parte de las gentes virtuosas de nuestros dias. Soy el hijo de Marbel, soy su deudor, puesto que él me ha hecho hombre. Es, Conrado, marcha á la India, vé á socorrer á tu padre.

Conrado puso al administrador al corriente de los negocios mas indispensables, para que no sufriesen retraso con su precipitada partida.

—Voy á Ratisbona, le dijo, para despedirme de Mr. de Wallenroth, y rogarle se sirva nombrar otro juez.

Cuando Conrado entró en la habitacion comun, la señora Walter derramaba copioso llanto, y Pepita se hallaba sentada en uno de los ángulos, triste y silenciosa.

—¿Os hallais decidido irrevocablemente! preguntó la señora Walter.

—Seguramente, me es preciso partir, y quizá para siempre. Marcho á la India.

—¡A la India!. . . esclamó la señora Walter.

Y al momento Pepita se puso pálida como la muerte, se le cayó la calceta, y sus manos quedaron yertas sobre sus rodillas.

Conrado, demasiado dominado por la idea de la desgracia de su padre, no fijó la atencion en la jóven, no la vió semejante á una azucena doblada, apoyada sobre un canapé, sin fuerza, sin voz, sin lágrimas, fijando en él sus ojos lánguidos y moribundos. Conrado repasaba en su memoria sus relaciones con Mr. Marbel, las desgracias de su bienhechor, el pernicioso consejo de Mr. Schmid, y su resolucion de cumplir con su deber hasta el último estremo.

—¡No es verdad! decia para sí: sería un monstruo si permaneciese en Alleck, aun cuando estuviese aquí el mismo cielo, y la muerte allá abajo.... en el fondo de los mares. . .

—Eso es arriesgarse sobremanera, decia el administrador.

—No, contestó la señora Walter sollozando, está bien hecho. . . pero tal vez apresurais demasiado la ejecucion de vuestro proyecto. Si lo retardáseis, aunque no fuese mas que un dia, el mejor consejero suele ser la noche...

Y fijó sus miradas en Pepita, cuya palidez iba cada vez en aumento. Esta reunió las pocas fuerzas que le quedaban, y esclamó con penetrante acento:

—Mamá, mamá, no afijais mas su corazon; es preciso que partas es preciso: no puede quedarse. . .

Conrado se encerró en su cuarto, se tendió sobre la cama, y la fiebre lo tuvo desvelado toda la noche. Al rayar el dia, se detuvo á la puerta de la casa el carruage que debia conducirle, y los habitantes de la aldea corrieron en tropel y le rodearon para ver y bendecir todavía otra vez á su bienhechor. En el transcurso de un año Conrado se habia hecho amar de todos: era un amigo para cada uno; habia hecho en secreto mas bien del que se creia. Entonces referian por primera vez, con lágrimas en los ojos, cuantos remedios habia proporcionado aquí á los enfermos, y allá vestidos á los que estaban desnudos, pan á los hambrientos, y servido de fiador á los deudores apremiados al pago. (*Continuará.*)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

(CONTINUA.)

Sabido es lo que aconteció con la inundacion de los bárbaros, al comenzar los primeros tiempos de la edad media. Ese fuerte y espantoso huracan, ese soplo helado y terrible, venido de las regiones del Norte, apagó todas las luces de la sociedad civil, que en la debilidad del imperio, y en la agonía y languidez de la civilizacion romana, iban ya lentamente estinguiéndose. Los hombres huyen, digámoslo así, azorados de tan horrible catastrofe, corren de una parte á otra, para no sepultarse en aquel terremoto entrepues: las instituciones, las artes, todo el rico caudal que los Estados contenian, queda abandonado al torrente devastador de los conquistadores. Solo una sociedad llena de ardor y de celo, que en medio de sus contratiempos y desgracias, naciente pero robusta, jóven pero gallarda y dotada de prevision, recoge con presteza y se lleva con afan el fuego sagrado, procurando conservar dentro los claustros, y en lo interior de los monasterios salvados del primer ímpetu, la llama del entendimiento humano, débil y moribunda en medio del siglo. No busqueis la inteligencia en los Estados y naciones, no busqueis los restos dorados de la caduca pero brillante civilizacion romana: por do quiera hallareis señales de destruccion y de barbarie; por do quiera vereis la huella sangrienta que ha dejado al pasar el hijo nervudo del Septentrion. El orgullo feroz y la brutal ignorancia triunfantes, sentados en el poder, en medio de un desórden profundo y de un desquiciamiento inmenso: he aquí lo que nos ofrece la negra época que plumas tan brillantes han descrito, y que nosotros no hemos hecho mas que indicar.

Pues dejad que trascurran algunos tiempos, y vereis á esos hombres que con el ascendiente de su poder moral habian logrado ablandar algun tanto la fiereza de los conquistadores feroces, y que se habian ilustrado las ciencias y conocimientos en sus sentos asilos, siquiera para conservarlos y trasmitirlos despues como un precioso depósito á la posteridad, dejad que trascurran algunos tiempos, y vereis á esos hombres en los concilios, los vereis en los parlamentos, los vereis junto á los tronos, los vereis en medio de la nobleza, los vereis en el seno del pueblo, los vereis influyendo en la sociedad,

los vereis dirigiendo el mundo. Ellos ademas de su virtud, eran mas inteligentes y sábios, que las demas clases del Estado, rehundidas en las tinieblas y agitadas en el caos. Por esto necesariamente mandaron, y la accion de su poder fué igualmente legítima que eficaz, no menos general que laudable; ya que es una ley de la humanidad confirmada por la historia, que la creencia se someta á la cultura, la barbarie á la civilizacion, y que la ignorancia acabe por rendir parias y prestar homenage á la inteligencia y al saber.

Una clase existia sepultada en las profundidades y abismos de la anarquía feudal. Grande por su número, escasa por su importancia, oscura por su origen, baja por su nacimiento, humilde por su profesion, agotada por la nobleza, levantada por mano de los reyes, sostenida por el clero, colocada insensiblemente en un campo mas vasto y elevado en una posicion mas alta; que por medio de los conocimientos que adquiere y de la fortuna que penosamente hace, empieza á respirar de la opresion que la ahoga, se siente con bríos, y va cobrando siempre mas fuerzas, y que despues de mucho tiempo y al través de mil revoluciones sociales, llega el siglo XVIII con una pujanza, con un grandor, con un orgullo, que inspira celos y recelos á las mismas clases de las que algun dia fuera esclava, y que pretende ser señora: que habla con altivez á los monarcas, y mira con desprecio á los nobles: que amenaza primero y acaba por destruir las mismas instituciones á cuyo lado se arrimara, cuando era débil y sin defensa, para que le sirviesen de proteccion y de escudo. Esta clase es la clase media.

Un concurso de circunstancias que seria difícil explicar y larga de desenvolver, han llevado á esta clase como por via de aluvion una gran suma de luces, y un precioso caudal de conocimientos humanos. En su totalidad representa la inteligencia, ya que la inteligencia vive y especialmente se alimenta en su seno, ya que de dentro ella salen los hombres mas ilustrados y esclarecidos. Dirigid la vista sobre la tierra, desparramad vuestras miradas sobre una gran parte de la Europa; ¿qué clase especialmente influye sobre los pueblos? La clase media, los hombres nacidos en la clase media.

Si en Inglaterra hay todavía una nobleza llena de recuerdos altivos y de pretensiones exageradas, robusta de sí y grandemente poderosa para detener el movimiento y cortar el ímpetu que se dirige á la abolicion de sus fueros y de sus antiguos privilegios, es que la nobleza de la Gran-Bretaña, aunque feudal en su origen, no lo es especialmente en sus caracteres; es que se ha asociado mas ó menos al espíritu y civilizacion de los tiempos modernos; aquella alta aristocracia es rica é inteligente, y posee por lo tanto los títulos mas hábiles del poder, y tiene los medios que dan ascendiente en la sociedad y aseguran el dominio de las naciones.

Queda, pues, sentado como un hecho inconcuso, que en donde han morado la inteligencia y el saber, allí han gravitado y allí se han acercado, allí han ido á parar mas ó menos tarde el influjo y el mando; como que hay entre esos poderes el poder sobre las naciones y el poder de la inteligencia, una accion oculta, pero viva, pero eficaz, pero constante, como que tienden á unirse por una especie de atraccion, incomprensible acaso y misteriosa, mas que en realidad existe, y cuya fuerza, admirable luego y asombrosa en sus resultas, se dejan ver, tal en el corazon de las pequeñas familias, como en el seno de los grandes Estados.

Fácil es conocer lo que mas ó menos debe suceder en esta España, humillada de antemano, y que despues de tantas oscilaciones y vaivenes como ha sufrido para llegar á poner de acuerdo los espíritus, la conciliacion de sus intereses, la armonía de todos los derechos, el natural sosten y equilibrio de todos los poderes, se va ahora cansando,

como para devorar un nuevo infortunio y la última de sus humillaciones, á presenciar el grande escándalo que le ofrece el actual ¡impío divorcio entre la inteligencia y el poder. Sí: la inteligencia ha sido lanzada de todos los puestos, de los escaños del mando, del parlamento, de la magistratura, se la ha despojado de sus nobles atributos, se la ha impedido el ejercicio de sus augustas funciones; mas ella no ha renunciado á sus derechos, ni puede renunciar aunque tal cosa intentase: la inteligencia murmura, protesta en su destierro, se exhala en justas quejas, brama por medio de la prensa, se insurreccions, digámoslo así, y no hay que dudarlo, el porvenir es suyo, irremisiblemente suyo. Hoy grita desde el fondo, y dia ha de venir en que volará á la cumbre del Estado. Estos son los destinos que acá en el mundo le ha señalado la Providencia; así lo hallamos escrito en el gran libro de la historia y de la humanidad.

Mas dejemos tan tristes y lúgubres consideraciones, y apartando la vista de esta tierra de desolacion y de infortunios, elevémosla otra vez á la contemplacion y exámen de la sociedad en general; ya que nuestra España, que parece estar fuera de la ley comun, como escluida ahora de la civilizacion universal, y que merced á algunos acontecimientos funestos, lejos de adelantar, velozmente retrocede, ha de participar tambien de su benéfico espíritu, avanzando por la carrera de la perfeccion.

La inteligencia en otros tiempos influia, pero no siempre mandaba; que bien se conoce la diferencia que hay entre el influjo y el mando, entre lo que es efecto del ascendiente que se obtiene sobre los espíritus, y lo que se realiza por el ejercicio del poder. La inteligencia estaba junto á los tronos, se acercaba á las instituciones, ya para sostenerlas, ya para ser protegida y amparada por ellas. Hoy empero, la inteligencia se levanta sobre las instituciones mismas, las forceja, las da movimiento, las comunica impulso, y cuando le place las detiene. Ya no se contenta con ser una modesta consejera; ya no se limita en dirigir amonestaciones y avisos á los reyes, en hablarles en voz mas ó menos alta, pero siempre respetuosa y humilde; sino que posesa de fiereza y orgullo, les impera, les exige, les amenaza, anuncia sus derechos, proclama en alta voz su soberanía, y tiene en cierto modo un sólio propio, independiente, encima de los sólios de los príncipes y de los monarcas. El trono de Luis XIV era un trono circuido de sábios, y junto al que, al paso que el arte desplegaba todas sus riquezas y sus pompas, despedia la inteligencia los mas vivos y gloriosos resplandores. El trono de Luis Felipe era un trono circuido de sábios tambien, y al rededor del cual se agrupaba asimismo toda la inteligencia de la Francia, tanto para sostenerle en los recios vaivenes de las tormentas revolucionarias, como para que su existencia fuese grandemente útil al estado, y contribuyera en los paises estrangeros su brillo y alto prestigio al respeto ó la importancia del nombre francés. Sin embargo, ¡qué diferencia, qué pasmosa diferencia entre el siglo XVII y el siglo XIX; entre el trono de los Borbones y el trono de Orleans! *El Estado soy yo*, habia dicho Luis XIV, en el desvanecimiento y arrogancia que le inspiraban su dignidad y poder. *El rey es un esclavo coronado*, ha dicho con un triste pero profundo convencimiento su amigo y entusiasta Enrique Fonfred.

De lo que se echa de ver, que la inteligencia no manda únicamente en su propia morada, que no solo se la adora en sus templos y en sus tabernáculos, como en los liceos, academias y establecimientos de enseñanza, alcanzando su benéfico influjo á todas las clases del Estado; sino que manda tambien con orgullo, con energía en los palacios de los príncipes, en los cuerpos políticos, en todas las asambleas; en una palabra, en la sociedad.

Y cuenta que el hecho que indicamos y cuyos efectos es imposible desconocer, no nace meramente de las formas políticas, si bien que confesamos que contribuyen mucho á la realizacion de tal fenómeno. Las causas de este hecho se hallan en el seno de los Estados: en el corazon de la sociedad es donde germinan, y por esto el hecho es social, enteramente social, mostrándose sus resultas verdaderas, y sus tendencias mas ó menos encubiertas en gran parte de la Europa.

El exámen que hacemos de los principales caractéres que presentan las sociedades modernas, es necesario ciertamente para conocer y adivinar el grado de influencia que sobre ellas ejercen las doctrinas. Este artículo se ensancha, y es preciso señalarle límites.

(*Continuará.*)

NIÑO.

CAP. III.

EL AGUJERO EN EL CODO.

(CONTINUA.)

Cada padre de familia creia que él y los suyos eran á quienes Conrado mas habia querido y favorecido; á todos les habia guardado el secreto, y solo el sentimiento comun que producia su marcha, les habia devuelto el uso de la palabra.

Cuando Conrado entró en el comedor para sentarse por la vez postrera á la mesa, encontró á la señora Walter y al administrador deshechos en amargo llanto. Sirvieron el desayuno, y Conrado procuró distraer su pesar. Pronto ya para partir, fué el primero que se levantó, estrechó silenciosamente contra su corazon á sus dos amigos, les recomendó se acordasen de él, y salió. No tuvo ánimo para preguntar por Pepita; pero al separarse de la señora Walter volvió á tomarla la mano, y la dijo con voz cortada por los sollozos:

—¡Suplicad á Pepita me conserve en su memoria!. . . .

Salió de la casa y se dirigió al carruage; el administrador y la señora Walter seguian sus pasos. Toda la poblacion, oprimida por el dolor, lloraba, suspiraba y levantaba las manos hácia su amigo. Conrado, ya enteramente turbado, y deseando combatir su emocion, subió de un salto al carruage, é iba á mandar partir, cuando vió á Pepita pálida, con los ojos hinchados de llorar, y con la espresion del mas indecible dolor; despues se cubrió el rostro con las manos, y volvió á entrar en la casa precipitadamente. . . .

—¡Ya es media noche!. . . . esclamó el coronel, que por casualidad habia sacado su reloj: creia que apenas serian las diez.

¡Las diez!. . . . eso seria demasiado tarde para que se acostase un enfermo, dijo María con tono de autoridad doctoral. Buenas noches, y hasta mañana.

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE A ENCONTRAR UN AMIGO.

Sin duda os acordais, dijo Jorge el dia siguiente á los amigos reunidos, de la tristeza de Conrado al emprender su marcha. Habia caido en el fondo del carruage, que el postillon guiaba lentamente por en medio de la multitud. Insensible, y apoyado en uno de los rincones, cruzaba los brazos sobre su pecho, como para conservar en él el amor y el pesar, en tanto que el coche, no encontrando ya obstáculos, se alejaba con rapidez de Alleck.

Por la tarde llegó á W. . . y al punto corrió á casa de Mr. Schmid. Este se manifestó contento y sorprendido al verle.

—Os traigo yo mismo la respuesta á vuestra carta.

—¿Y qué habeis decidido?

—Marchar á la India. Debo demasiado á mi padre: seria maldecido si le dejase abandonado á la miseria, viejo y achacoso. ¡Qué desesperacion seria la de este virtuoso anciano, si viese que tendia en vano las manos hácia mí!. . . .

—Está muy bien, mi querido Eck: pero no debe hacerse nada sin reflexion: un viage á la India no es un paseo. ¿Quién os responde de que llegareis allá?. . . . ¿Encontrareis buque?. . . . ¿no podeis morir en el camino. . . . y vuestra nave estrellarse ó irse á pique!. . . .

—Es posible: pero cumpliré con mi deber; ademas, tomaré precauciones.

—Muy bien; pero si el lan[illegible] y honrado Marbel, que ya es muy viejo, ha muerto antes que llegueis á Benarés, ¿de qué os serviria este viage al rededor del mundo? ¿De qué os serviria el abandonar vuestra carrera y sacrificar vuestro porvenir?

—No perderé mi carrera: la que yo sigo se llama deber. . . . ¿retrocederia como un cobarde!. . . . No: viviré: soy jóven. Dejadme partir, os lo ruego. Dadme una letra de cambio por todo mi dinero contante, y si de buena voluntad quereis añadir alguna cosa para Mr. Marbel, me haréis un señalado servicio: yo me constituyo personalmente responsable de la suma, y os la devolveré con los intereses que exijais, aunque para ello tenga que trabajar como un presidario. . . .

—Está bien, está bien; pero hablemos con un poco de sangre fria. A Marbel le es seguramente indiferente el volveros á ver ó recibir bastante dinero para proseguir su pleito y regresar á Europa: dinero, y está contento: vos le seriais completamente inútil. Ahora, decidme, ¿cuánto pensais que debo añadir á lo que le destinais? en el dia es mas fácil hacer que las letras de cambio lleguen á Inglaterra, que los hombres; seguid mi consejo.

—No, caballero Schmid, no puedo. Seré mas útil á mi padre que mi dinero y el vuestro. Se encuentra viejo y débil, y necesita el apoyo de un hijo que le ame, que le defienda y le sostenga. En semejante posicion, un amigo es mas precioso que las barras de oro, y una palabra de consuelo es mas eficaz que todos los servicios de las gentes mercenarias. No hablemos ya mas de este asunto: mañana parto para Ratisbona, entrego mis cuentas á Mr. de Wallenroth, hago dimision y le doy las gracias: es un hombre activo, y no opondrá obstáculos á mi marcha. ¿Querreis manifestaros amigo mio y de Mr. Marbel? Dadme, os suplico, una recomendacion firmada de vuestra mano: ya he experimentado cuán eficaces son para Mr. de Wallenroth.

Mr. Schmid le miró largo tiempo en silencio. Conrado, bien decidido ya, se encontraba de pié delante de él, y se conocia que la que acababa de decir era la espresion de su corazon. El mismo banquero pareció por algunos instantes conmovido con la energía de tanto amor y reconocimiento. . . pero en seguida trató por nuevos medios de disuadirle de su empresa.

—¡Es inútil!. . . gritó Conrado. Si hubiera debido adoptar otro partido, no me hubieran faltado razones para ello. Amo á una jóven encantadora (ya conoceis á la señorita Josefa Walter); en el momento mismo de nuestra separacion he sabido que no le era indiferente: sin embargo, mi deber es preferible á mi felicidad. Así, señor Schmid, mi letra de cambio, mi letra de cambio! . . . deseo partir cuanto antes para Benarés.

Mr. Schmid no pudo contener las lágrimas al ver espresarse á Conrado de aquel modo.

—¡Venid á mi corazon! . . . Envidio á Marbel semejante hijo, semejante amigo. ¡Cuantos padres son menos afortunados que él! . . . Tendreis la letra de cambio que deseais, y no encontrareis ningun impedimento por parte de Wallenroth. Yo mismo quiero acompañaros á Ratisbona.

Conrado se quedó un poco sorprendido de la repentina mudanza de Mr. Schmid. Hay, decia entre sí mismo, hay pues en cada hombre, sea cual fuere el género de vida, aunque se haya endurecido en los trabajos del banco como una piedra, ó secándose como una momia, hay una chispa divina que no se apaga jamas, y que sin duda proviene del mismo soplo que nos anima. La naturaleza primitiva concluye por despertarse en nosotros con toda su energía: el *debe y haber* mercantil no la puede ahogar, los sistemas teológicos no la pueden falsear, la diplomacia y el arte de los campamentos aniquilarla: se halla allí. . . indestructible. Ahora bien, nuestra naturaleza primitiva es la divinidad. . . . ¡Cuan hermoso es el ser hombre! . . .

Conrado ya no volvió á acordarse ni de la carta del banquero, ni de los consejos que le habia dado de viva voz: le perdonó todas aquellas miserias que son otras tantas traiciones desfiguradas contra la naturaleza humana, pero que suceden en la vida comun; y le abrazó segunda vez, porque el principio noble, que llamamos romancesco en nuestro lenguaje usual, existia todavía en él, como tambien la grandeza de alma que admiramos tanto en los hombres de los tiempos antiguos, y que de la vida real ha pasado á la poesía.

A pesar de la impaciencia de Conrado, Mr. Schmid retrasó la marcha cerca de ocho dias.

—No habia pensado de modo alguno en acompañaros, decia el banquero; y sin embargo, ahora es preciso: mis negocios son muy numerosos para que pueda confiarlos toda una semana á manos estrañas; pero mucho menos puedo separarme de vos. Mr. de Wallenroth ha recibido una carta mia: sabe que vamos á marchar, y nos aguarda.

—Pero, decia Conrado suspirando, cada dia aumentan los peligros del Occeano, y el malestar de un anciano desgraciado.

Por fin llegó el dia de la partida; tomaron caballos de posta y subieron al coche. El viejo Mr. Schmid, amigo de sus comodidades, no quiso viajar de noche, y Conrado perdia el reposo y la paciencia. Mientras Mr. Schmid roncaba, escribia un diario destinado probablemente á Pepita, á quien queria enviarlo antes de abandonar las playas de Europa y hacerse á la vela para Benarés.

Llegaron á Ratisbona, y Mr. de Wallenroth no estuvo visible el primer dia. Conrado no esperaba nada bueno, porque no dudaba que el señor de Alleck recibia siempre al banquero. Todo aquello podia muy bien ser un plan concertado entre ambos: es cierto que Mr. Schmid volvió por la noche con semblante sereno; pero hasta esa misma tranquilidad le era sospechosa á Conrado.

Por fin, el segundo dia Mr. de Wallenroth envió á los dos amigos un recado convidándolos á comer. Conrado insistió en que fuesen pronto, porque en caso de que su principal le pusiese algun obstáculo, estaba resuelto á desaparecer aquella misma noche sin importunarle mas.

Mr. de Wallenroth le recibió muy bien. Despues de los cumplimientos acostumbrados, Conrado esplicó con una vivacidad febril la causa de su llegada y la necesidad de su dimision: presentó sus cuentas y dió algunos pormenores acerca de lo que pasaba en Alleck.

—Habeis, le dijo Mr. de Wallenroth, cumplido cuanto me prometisteis, y aun encendido mis deseos, menos la última cláusula concerniente á la señora Walter: esa muger escelente es muy desgraciada. . . y vos sois. . .

Conrado se puso encendido como un nacra.

—¡Yo! . . .

—Antes de ayer he recibido una carta suya: en ella me manifiesta el cariño que os profesan en la poblacion, y lo sensible que para todos ha sido vuestra pérdida: me habla ademas de una jóven y amable hija suya, llamada Pepita, que se va consumiendo como el aceite de una lámpara. . . .

(Continuará.)

ARIOSTO.

Ludovico Ariosto abrió sus ojos al mundo por primera vez en Módena, el dia 8 de Setiembre de 1474; su padre era un noble caballero de la corte de Ferrara que sirvió en su juventud de mayordomo al duque Hercules I, y que desempeñó distintas embajadas en las cortes de Roma y Francia. Ludovico fué el primero de diez hermanos que tuvo, y desde su niñez empezó á mostrar hasta en los mas pueriles juegos de la infancia, su pasion por la poesía y sus brillantes disposiciones; componia tragedias que representaba con sus hermanos, y entre otras hizo la de *Piramo y Tisbe*. Distinguióse estraordinariamente en un colegio de Ferrara donde estudió, y apenas adolescente, pronunció para la apertura del curso una elegante alocucion que hizo concebir las mas bellas esperanzas. Su padre le obligó á que emprendiera el estudio de las leyes, y le aconteció lo que á todos los hombres y poetas de génio; miraba con aversion la aridez de los libros que tratan de legislacion, y se dedicaba sin gusto, sin afician y sin capacidad á una carrera que tanto se oponia á su natural inclinacion. Por fin, despues de cinco años consiguió el paternal permiso para entregarse á su favorita pasion, á la poesía. Tenia entonces veinte años, y se dió á conocer por sus bellas composiciones líricas italianas y latinas, del Cardenal Hipólito de Este, hijo del duque Hércules; aficionóse al trato de Ariosto, y como reconoció en él otros talentos especiales á mas del de poeta, le colocó á su lado en calidad de gentil-hombre suyo y le encomendó diferentes comisiones delicadas; tambien Alfonso hermano de Hipólito, y que le habia sucedido en el ducado, continuó dispensándole su proteccion.

En este tiempo fué, y en la corte de Ferrara, cuando Ariosto, rodeado de placeres y de distracciones, terminó al cabo de diez años su obra inmortal, el *Orlando furioso*. Comenzó la impresion en 1515, y la publicó en 1516; la compuso en cuarenta cantos muy distintos de los que han llegado á nuestra vista; pero era tan superior respecto de lo que hasta entonces se habia publicado en este género, que elevó su reputacion poética al mas alto grado, eclipsando la de todos sus rivales. Se vió Hipólito en la necesidad de marchar á Hungría, donde le llamaban negocios de la mayor importancia; quiso que Ariosto le acompañara, y habiéndose escusado éste con lo débil de su salud, insistiendo en permanecer en la corte, le retiró su gracia el cardenal, considerando como ofensiva su resolucion.

Permaneció Ariosto en Ferrara; pero en una situacion bastante lamentable en cuanto á fortuna, y aunque el duque Alfonso le admitió á su servicio y era generoso y desprendido, nunca le recompensó como merecia.

En 1522 le nombró gefe de una parte montuosa y salvage de sus Estados, infestada de salteadores y malhechores, reliquia de las facciones que minan agitado al pais; y Ariosto consiguió en poco tiempo reconciliar los espíritus y atraer los ánimos á la sumision mas completa. Aquí fué donde le ocurrió una aventura con un gefe de bandidos llamado Pacchione, que prueba mejor que todo cuan grande

era la estimacion que le profesaban y el afecto que supo grangearse.

Viajando el poeta con otros seis ó siete subalternos suyos que como él iban á caballo, llegaron á un paso peligroso, y habiendo apercibido apostados á la sombra de unos árboles á una partida de hombres armados que les parecieron sospechosos, trataron de desviarse de ellos lo mas aprisa que les fué posible. Cuando se iban alejando, el gefe de la partida detuvo al último que se quedó de los que acompañaban al poeta, y le preguntó quien era su amo. Tan pronto como dijo que Ariosto, corrió Pucchione á saludarle respetuosamente pidiéndole perdon de no haberle hecho honores á su paso, y añadiendo que tenia la mayor satisfaccion en ofrecerle sus servicios y tributarle el mas vivo homenage de admiracion.

No estaba satisfecho Ariosto con la primera publicacion de su Orlando, no obstante el crédito que obtuvo en Italia y las repetidas ediciones que de él se hicieron, y se empeñaba sin cesar en corregirlo; hizo distintos viages para recoger el consejo y la opinion de los hombres mas esclarecidos de su época, y aprovechándose de sus noticias y de sus críticas, lo publicó de nuevo en 1532, aumentándolo considerablemente, en cuarenta y seis cantos, y tal, en fin, como se encuentra hoy. Al improbo trabajo que le exigió esta última edicion de su poema, se atribuyó la enfermedad que al cabo de ocho meses de padecimientos le ocasionó la muerte á los cincuenta y nueve años de edad, el 6 de Junio de 1533. su cuerpo fué sepultado sin pompa ni aparato en la antigua iglesia de San Benito, como espresamente dejó ordenado. Durante cuarenta años permanecieron encerradas sus cenizas bajo una humilde losa, donde no se veia otro símbolo de su gloria que los versos latinos ó italianos de los poetas que visitaban su tumba. En 1573 un noble ferrarés discípulo de Ariosto, hizo erigir á sus espensas en la nueva iglesia de los monges Benedictinos, un sepulcro de mármol, al que trasportó con sus propias manos los restos del gran poeta el dia mismo en que se cumplia el aniversario de su muerte. Cuarenta años despues, un nieto suyo hizo construir á su memoria un monumento mas suntuoso que el primero, y en que no se sabe qué admirar antes, si la hermosura de los mármoles, la belleza de las estátuas y de las alegorías, ó el buen gusto y elegancia de la arquitectura; las cenizas fueron nuevamente trasportadas á este.

Ariosto era de elevada talla y proporcionadas formas, sus facciones eran regulares, gustaba mucho de pasear á pié, y las distracciones del ánimo que padecia, le condujeron muchas veces mas lejos de lo que proyectaba ó tenia de costumbre. Así fué que en una apacible mañana del estío salió de Carpi para hacer un poco de ejercicio, y llegó á Ferrara sin advertirlo el mismo, y en traage de bata y chinelas. Su conversacion era amena y su carácter franco, sin que por eso faltara nunca á la mas esquisita urbanidad; pues sus maneras y modales eran distinguidos. Sus biógrafos han convenido todos en que se hallaba dotado de las mas bellas cualidades sociales, no tenia orgullo ni ambicion; leia pocos libros, pero eran escogidos; trabajaba poco tiempo seguido, desconfiaba mucho del mérito y valor de sus producciones, corregia sus versos y los estaba corrigiendo siempre sin cesar. El cultivo de las flores era, por decirlo así, su manía; cuidaba sus jardines como sus versos, no dejando nunca de sembrar, plantar y trasplantar; apreciaba muchas veces como preciosas las yerbas mas comunes, y las miraba colorarse con una alegría casi infantil; mas aun tenia otro gusto mas pronunciado, que era el de variar la disposicion de los aposentos de su casa, ó hizo grabar sobre el dintel de la portada este distico latino:

Parva, sed apta mihi, sed nulli obnoxia, sed non Sordida, parta meo sed tamen ere domus. (S. C.)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO III.

(CONTINUA.)

Mr. Bonald ha dicho: *la primera autoridad es la de la razon, y la última razon es la de la autoridad.* Frase igualmente profunda que verdadera, que espresa el enlace que hay entre la autoridad y la razon, y la necesidad que de ambas tienen, así el hombre como la sociedad.

Pues otro de los caracteres que señalan este siglo, causa á la vez de la anarquía en las ideas, del escepticismo en los espíritus, de la flaqueza en las instituciones, del desconcierto en los estados, y que produce el desasosiego, el malestar y esa enfermedad gravísima que trabaja las sociedades modernas, es la falta de autoridad.

Y entiéndase que no hablamos de la autoridad en cuanto consiste en el poder material, azorada por lo comun y dispierta, que sujeta y no convence, encadena el cuerpo, mas no reina en el espíritu, que se hace temer, pero no respetar, y sí de aquella otra autoridad que es el poder moral por escelencia, suave, fácil de ejercer, que se duerme confiado en brazos mismos de los subordinados, ese poder, símbolo del órden, representante de todas las ideas grandes, lleno de magestad y de vida, y ante el que, valiéndonos del pensamiento de un escritor ilustre, se inclina la cabeza sin que el corazon se abata.

Examínese el estado, la familia, el individuo, obsérvese lo que pasa en el órden intelectual, en el moral, en el social, en el religioso, en el político; en todos esos círculos, en todas esas regiones en que la autoridad es llamada para ejercer sus derechos y usa de su poder; y siempre echareis de ver su falta, y siempre descubrireis un grande esceso de independencia individual.

Ora se considere aquella autoridad creada por el saber y la esperiencia, que anda por lo comun cubierta de canas, grave de suyo y respetuosa, ora se considere la que nace de una alta posicion social, ó la que se presenta con las insignias mismas del poder, ya se atienda á la que se levanta en el seno de las familias, espresion de todas las ideas sencillas, la mas antigua de todas; siempre se descubrirá que la autoridad, cualquiera que sea su índole y origen, quebrantada por el ímpetu del siglo, humillada por el orgullo de la independencia individual, escarnecida no pocas veces por la multitud,

está débil, enervada, habiendo perdido, merced á mil poderosas causas, el prestigio y saludable ascendiente que en otros tiempos obtuviera.

Porque, preciso es decirlo, la autoridad obrando cual cumple á sus destinos, y sin ahogar con su peso la razon, es el sosten, la guia del individuo, es la trabazon, oculta, si se quiere, pero la mas fuerte que tienen las sociedades humanas. Sin autoridad, las pasiones carecen de dique, la libertad de contrapeso, la ignorancia de luz, los deseos de fijeza, la debilidad de apoyo, la sociedad de nucleo y el mundo de órden. Porque, para que las naciones adelanten, para que la familia exista, para que el individuo no se pierda, desconcertándose su entendimiento y cangrenándose su corazon, no basta, no, la fuerza material: no basta, no, el azote del castigo: no basta, no, que luzcan y se agiten en este horizonte tenebroso las centellas de la razon humana, sino que es menester la autoridad, ó para hablar con mas exactitud y compendiar el pensamiento en una sola frase, es necesaria la combinacion y armonía de esos tres elementos, *la fuerza, la autoridad y la razon.*

La razon, la autoridad y la fuerza: hé aquí las tres robustas columnas del edificio social. Arrancad una de estas columnas, derribad, conmoved una de estas bases, y notareis que el edificio tiembla, se bambolea, y advertireis que la sociedad se desploma, se pulveriza á vuestras plantas. Verdades son estas que la historia nos enseña con sus lecciones, que la esperiencia nos muestra con sus escarmientos terribles.

Y tan cierto es que la *autoridad, la razon y la fuerza,* son necesarias en toda sociedad, no menos como un medio de progreso, que como una condicion de su existencia; que no cabe encontrar ningun estado en que en cantidad mayor ó menor, materializando la idea, no entren estos tres elementos.

Recorred todos los paises, entrad en el seno de cualquier familia, penetrad en lo interior de un estado, y por mas incomprensible que su situacion sea, y por peregrino y variado que se os presente el carácter de sus individuos, dóciles y sumisos los unos, altivos y rebeldes los otros, bárbaros ó civilizados, sea la sociedad jóven y briosa, ó decrépita y moribunda, limitada ó extensa, pacífica ó agitada, virtuosa ó corrompida, política ó doméstica, siempre notareis que habla en voz mas ó menos alta *la razon,* que se levanta mas ó menos *la fuerza,* que obtiene mayor ó menor ascendiente *la autoridad.* Será esta una criatura de la ley, creada acaso por la esperiencia; procederá de los años ó de la posesion, mas al fin será una autoridad verdadera, é influirá en los ánimos y obrará en la sociedad de un modo distinto de *la fuerza,* de una manera diversa de *la razon,* como que la *razon* obra sobre el entendimiento, y la *fuerza* sobre el cuerpo, y la *autoridad* va en derechura á la cabeza y al corazon.

A veces vereis que solo la *fuerza* se alza, domina y comprime la sociedad. Epocas son esas de tiranía, que tiranía hay cuando la *fuerza* va delante, y á lo lejos y detrás la siguen, temblando y sin aliento la *autoridad* y la *razon.*

A veces vereis que la *autoridad* existe en las alturas del poder; pero sola, abandonada, sin que tenga á un lado la *razon* que amoneste y la *fuerza* que contenga. Epocas son estas tumultuarias y de desorden, pues hay desorden y anarquía, siempre que la *autoridad* carece del patrocinio de la *razon* y del apoyo de la *fuerza.*

A veces vereis que la *autoridad* y la *fuerza* siguen por un mismo camino, juntas, unidas, desdeñandose de ir con la *razon,* á la que desprecian, y que dejan muy atrás. Epocas son estas de inmovilidad ó retroceso, pues hay inmovilidad ó retroceso siempre que la *razon* está privada de enseñar su perfeccionamiento al hombre, y los medios de mejorar á la sociedad.

Cada una de estas épocas está representada en la historia: en el feudalismo encontramos la primera: en la Francia del último siglo, y en los sucesos que prepararon la catástrofe del infortunado Luis XVI descubrimos la segunda, y quizás para hallar la tercera, no seria preciso remontarse muy alto en la crónica de nuestro país.

Lo que se echa de menos en los tiempos actuales y en las sociedades mas influyentes, no es la razon, no, al contrario, por do quiera se la encuentra, por do quiera manda: Empero la razon por sí sola no es bastante: mas aún, es peligrosa. La razon ilumina, sí; pero tambien quema: dirige, sí; pero tambien estravía: impulsa, sí; pero tambien precipita; es el órgano de la verdad; pero tambien es el eco de la mentira, es una máquina que edifica; pero tambien es un ariete que derriba.

¿Qué practican, pues, qué se ven forzados á practicar los gobiernos para contener el ímpetu destructor y anárquico de la razon individual, para poner coto á sus pretensiones exageradas, para suplir la autoridad? ¿Qué hacen? Aumentan la fuerza material, redoblan la vigilancia. Así es, que se presenta como un fenómeno notable, que en Francia cabalmente en la época de su mayor ilustracion, y despues de las conquistas que han hecho allí la civilizacion y la libertad, exista en pié un ejército numerosísimo é imponente, y que no podais dar un paso sin que os encontreis con un soldado ó con un agente de policía. Y ¿por qué esos pasaportes, esos registros, esas trabas que detienen al hombre, y embarazan su curso en los tiempos mayormente en que mas alto se proclama su libertad? ¿Por qué ese cúmulo de fuerza, y esa multitud de precauciones que todas revelan el temor y la suspicacia? Porque falta la autoridad, y ésta de un modo ú otro debe suplirse. Cuando las sociedades carecen de fuerza moral, preciso es que acudan á la fuerza material. ¿Y por qué en Alemania é Inglaterra, á pesar del grado de libertad que se disfruta en la última, y del desarrollo de la razon que hay en la primera, existe un órden mas firme, y la sociedad no tiembla de contínuo, espuesta al rócio huracán de las facciones? ¡Sabeis por qué? porque la revolucion que pasó por estos paises no combatió, no persiguió tan encarnizadamente la autoridad, no la aniquiló en todos sus órdenes, como la combatió y aniquiló en Francia: la revolucion; allí no fué tan general, tan corrosiva, tan abrasadora. En Alemania é Inglaterra, á pesar del orgullo y altiva independencia de la razon, existe y se conserva la autoridad, cubierta con el prestigio de los años y rodeada del grandor. Autoridad en el trono, autoridad en la aristocrácia, autoridad en la familia, autoridad en todos los círculos, en todas las relaciones del Estado. En Inglaterra y en Alemania hay dos sociedades; una antigua, veneranda; y otra jóven, ardiente é impetuosa: pero que se muestra á veces dócil á los consejos de aquella, y que aun en su impaciencia, no falta al respeto que le inspiran su esperiencia y sus años: es una madre grave al lado de su hijo, cuyo ardor templa, y cuyos ímpetus reprime. ¿Dónde hallar en Francia esta sociedad madre, esta sociedad antigua? ¡Ah! No la busqueis, murió en la revolucion.

[*Concluirá.*]

ARIOSTO.

(CONCLUYE.)

"Reducida mansion; pero cómoda é independiente y construida solo á mis espensas." Este último periodo no es indiferente, y prueba lo contrario de lo que han asegurado algunos escritores hablando de Ariosto, pues decian, debia esta casa á las liberalidades del rey Alfonso.

Preguntando un dia á Ariosto cómo habia hecho construir una casa tan sencilla cuando su imaginacion le habia sugerido en su orlando la descripcion de tantos magníficos palacios, contestó: "Porque es mas fácil encontrar palabras que piedras." No obstante, un crítico ha dicho, respecto de Ariosto, que no era fácil en la composicion de sus poesías; que sin cesar las enmendaba y que sus manuscritos conservados en Ferrara estaban casi ininteligibles á fuerza de correcciones. Dice ademas que ningun poeta moderno lo ha igualado en el género fantástico, genero en el que la imaginacion encuentra mas recursos de alimentarse que en el de la apopeya esclusivamente heróica. Ninguno ha sabido con tanta maestría como él, hermanar lo sério y grarioso con lo terrible, lo sublime con lo familiar; ninguno ha presentado en sus escenas tan grande número de personages, de caractéres y de acciones diversas que todos conspiran á un mismo fin; ninguno mas poeta en su estilo, mas ameno en sus cuadros, mas fecundo en sus descripciones y mas exacto en la pintura de los caractéres y de las costumbres. Para compararle y preferir á otro poeta épico italiano pue rivalize ó olvide con Ariosto el primer puesto, es necesario comenzar por establecer la superioridad del género que su antagonista el Tasso escogió. Raras son las producciones que en un mismo género y comparadas entre sí, no aventaja Ariosto á su rival.

Ariosto reunia á la fecundidad de ingenio y fertilidad de invencion la mas exacta precision en los detalles de sus personages, y descubre en sus obras conocimientos profundos en la geografía. Tales son, pues, como pintamos en este pálido bosquejo, las eminentes cualidades que adornaban la privilegiada organizacion del autor del Orlando el furioso, obra que han admirado y admirarán las generaciones que se han sucedido y se sucedan, y tales son, pues, las causas porque ha escitado el entusiasmo de todos los pueblos y lo que ha impulsado á los hombres de diferentes naciones á emprender una fiel traduccion de esta bellísima obra maestra.

A RICARDA.

Ven á la sombra que en la márgen fria
nos da el sauz frondoso;
reclinate en mi pecho, amada mia,
encanto delicioso.

Ven á la sombra, porque el sol ardiente
refleja sus destellos
sobre tu blanca y amorosa frente
y tus rubios cabéllos.

Y cual la flor que en el pensil se mece,
de tu faz la blancura,
con los rayos del sol desaparece,
y tórnase en oscura.

Ven, y entónces sonará mi lira
mas grata y armoniosa
que el canto de la tórtola que espira
entre la selva umbrosa.

Mas grave que el bramido del torrente
que inunda el ancho prado;
mas suave que el murmurio de la fuente
en el bosque callado.

Tan solo cantaré de tus amores
la angélica pureza,
ó cantaré tambien de mis dolores
la sin igual crudeza.

Ven á la orilla del sonoro rio,
hadísima Ricarda,
¡oh nunca el austro te marchite impío,
fragante flor, gallarda!

Amaina el vuelo, celestial paloma,
en medio de este prado;
respira de las flores el aroma
al aire dilatado.

Ven á gozar del bosque la frescura,
á respirar la perfumada brisa,
á escuchar el torrente que murmura,
á gozar mis amores indecisa.

Ven á escuchar el canto sonoroso
de la turba de pájaros canora,
ora que el sol alumbra luminoso
y al universo con su luz colora.

Ven, sí, Ricarda, sobre el pecho mio
reclina descuidada tu cabeza,
y acabe entónces mi dolor impío,
y acabe entónces mi tenaz tristeza.

Respiraré tu perfumado aliento,
libare de tus lábios la ambrosía,
y contigo, mi bien, siempre contento
viviré sin mortal melancolía.

Tú serás el arcángel de consuelo
que me guie en mi triste desamparo,
como al tender la noche su negro velo
al navegante el doloroso faro.

Y tú serás la fuente ingratable
en donde beba mi perpétua dicha:
solo mirando tu semblante afable
me juzgaré contento y sin desdicha.

Y contigo, mi bien, en lazo estrecho,
á mi existencia tu existencia unida,
gozaré sin pesares, satisfecho,
cuanto pueda gozarse en esta vida.

Huatusco.—Rafael Gonzalez Paez.

Sueños y presentimientos.—Los diarios de Boston refieren varios casos de sueños realizados, que á ser ciertos, no dejarán de preocupar las imaginaciones supersticiosas que creen en visiones del otro mundo, en presentimientos y otras mil zarandajas, opuestas al sentido comun. Parece que no hace mucho que una señorita llamada Wise, soñó que su hermano habia sido horriblemente estropeado, de cuyas resultas habia muerto. El sueño le preocupó de tal manera, que le fue imposible dormir en toda la noche. Pocos dias despues recibió un parte telegráfico en que sus amigos le anunciaban que su hermano habia sido víctima de un accidente desgraciado en un tren de ferrocarril cerca de Chatham, Estado de New-York. La hora en que ocurrió el accidente parece haber sido la misma de la noche en que despertó la señorita Wise, á consecuencia del fatal ensueño.

Otro de los casos, tambien de fecha reciente, lo refieren aquellos diarios de este modo: Un tal Mr. Colton, socio de la casa de Colton y Fuller, comerciantes de telas, soñó dos veces en una misma noche, que su almacen habia sido abierto, y una parte considerable de sus mercancías robada por una cuadrilla de ladrones. Colton despertó á su sócio que dormia en la misma pieza, y le refirió la extraña repeticion del mismo sueño; pero recibiendo por toda contestacion algunas espresiones de burla del soñoliento Fuller, volvió á acostarse. A la mañana siguiente recibieron los sócios la noticia de que su almacen habia sido efectivamente robado durante la noanterior de mas de 1.500 ps. en efectos.

Sin ir á Boston, hay personas que parecen tener mucha fe en sueños y presentimientos. Entre los casos que han dado márgen á esta creencia, hallamos el siguiente: Mr. W. S. Deverna, empresario del teatro de Chatgam, en esta ciudad, soñó una vez que su vida estaba en peligro, por hallarse amenazada de una caida, á la cual no podria sobrevivir. Este sueño le preocupó tanto que despertó á su esposa, y se lo refirió. Pocos dias despues se realizó su ensueño, pues pereció víctima de una caida.

Casamiento mudo.—La semana anterior se unieron con los lazos del matrimonio dos alumnos internos de la casa de sordo mudos. Ambos estaban privados absolutamente del habla y del oido, y los padrinos de su boda pertenecian á la misma especie de seres desgraciados. La ceremonia se verificó en la casa de sordo mudos, y

á presencia de un ministro de la iglesia protestante, quien les esplicó las obligaciones que ámbos contraian desde entónces, por medio de señas y gesticulaciones. Concluida la ceremonia, el presidente del instituto dirigió á los novios una alocusion muda, que ellos entendieron, al parecer, á las mil maravillas. Esta es una prueba mas de que el amor entra muchas veces por los ojos, y que la elocuencia de los lábios no es la única eficaz. Los individuos á que nos referimos se han enamorado por señas, y sin que la lengua tomase la menor parte en el asunto.

Ya voló.—La España de Madrid dice lo siguiente: "No va de broma. El dia 14 del corriente se verificó en la Puerta del Sol de esta córte el primer ensayo del Eolo del señor Montemayor en medio de un inmenso gentío. Desgraciadamente al henchirse el globo se hizo en este un rasgon que impidió al aereonauta subirse por los aires. Esto, no obstante, se vió al señor Montemayor pasar por encima de Carcasona, entre Perpiñan y Tolosa de Francia.

Algunos habitantes de Madrid quedarán acaso sorprendidos al oir la primera noticia, y les cogerá acaso de nuevo la segunda; pero tenemos á la vista documentos que comprueban una y otra.

"Hé aquí, si no, lo que traducido al pié de la letra dice en uno de sus últimos números el *Courrier de la Gironde*, periódico que se publica en Burdeos.

"Nuestro corresponsal de Madrid nos escribe con fecha 14 de Octubre, la carta siguiente:

"Ayer estaba todo pronto para la ascension del aereonauta J. Montemayor, del cual he hablado á vdes. muchas veces. El buque globo el *Eolo*, estaba completamente aparejado y dispuesto, y no esperaba mas que la aurora del dia 15 para elevarse magestuosamente por los aires. La maravillosa promesa de este viage que hace tres meses, es objeto en ésta de todas las conversaciones, iba á cumplirse, cuando una circunstancia imprevista ha venido á retardar su imaginacion por algunos dias.

Hoy ha sido henchido el *Eolo* en la Puerta del Sol, en medio de un gentío numeroso, empleándose en esta operacion nada menos que cuatro horas y media, porque el inmenso globo mide 2.000.000 de libras de gas hidrógeno. Esta primera prueba se hizo en presencia de una comision del ayuntamiento, la cual estaba encargada de extender una memoria sobre la construccion del globo, su solidez y fuerza ascensional probable.

Tengo el sentimiento de anunciar á vdes. que á causa de un pequeño rasgon que tenia el globo, decidió la comision que el buque aéreo no podia emprender un largo viage por la atmósfera sin una revision completa, aplazándose de órden superior por algunas semanas, debiendo advertir á nuestros lectores, que la causa de este mal éxito no debe imputarse al señor Montemayor.

El aereonauta se puso el mismo dia de la decision de la comision á reparar su globo. Parece que la tela del globo, poco flexible por el barniz de que se halla impregnada, se habia roto por diferentes partes, y era de temer que estas ligeras roturas degenerasen en los aires en grandes agujeros. La comision ha sido mas prudente que el aereonauta que queria intentar el viage, y la comision ha tenido razon."

A esta carta de Madrid, inserta en el periódico bordolés, añade el *Journal de Toulouse* las siguientes líneas:

"Un periódico de esta ciudad dice que el globo que debe ir de Madrid á Lóndres, habia sido visto atravesando los aires por encima de Carcasona. Esta noticia nos parece por lo menos prematura á juzgar por lo que dice al *Correo de la Gironda* su corresponsal de Madrid acerca de este famoso viage, en carta del 14."

Los anteriores párrafos llenarán de asombro al mismo Montemayor. Ahorrémonos comentarios."

SIGLO.

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE Á ENCONTRAR UN AMIGO.

(CONTINUA.)

—¿Os escribe eso?....

—Ciertamente: la madre y la hija piensan con bastante nobleza para respetar vuestra resolucion de ir á Benarés; pero esa madre teme por los dias de su hija, que ahora se halla en grave peligro....

Conrado se puso pálido.

Mr. de Wallenroth salió un momento y volvió con una carta. Conrado la leyó, y no le quedó duda de que era de la señora Walter. Referia á Wallenroth la marcha precipitada del juez, añadiendo que habia observado ya hacia algun tiempo, no sin inquietud, que habia producido una fuerte impresion en el ánimo de Pepita: que iba desmejorándose: que los médicos se encogian de hombros, y la mandaban se distragese y viajase; pero que ella no queria salir de Alleck, y que además, estaba muy débil para soportar las fatigas de un viage. Toda la carta respiraba el dolor de una madre afligida.

Conrado se sentó en una silla, se cubrió el rostro con el pañuelo, y no pudo contener sus sollozos. Mr. de Wallenroth se aproximó á él, y Conrado cobró ánimo.

—Leo en vuestra alma, le dijo Wallenroth, y esas lágrimas justifican lo que he hecho. Conozco á Pepita: me es muy querida: es un ángel....¡la amais?....

—Sí, contestó Conrado.

—Pues bien, tranquilizaos: la salud de Pepita y la felicidad de su madre son para mí tan preciosas, que en cuanto recibia esa carta contesté por medio de un correo: "El caballero Eck no marcha á la India: las circunstancias han variado: regresará á Allek... Mi carta se halla ya sin duda en manos de la señora Walter. Decidme, ¿he hecho bien?

—Habeis hecho bien, dijo Conrado.

—¿Y no marchareis á la India?....

—Os digo que habeis hecho bien: siempre es bueno engujar una lágrima, aunque sea con el velo de la ilusion. Os doy gracias, señor de Wallenroth; escribiré desde aquí á Allek para mantener su esperanza: el tiempo es mas poderoso que el hombre: Pepita se salvará con esa estratagema inocente, y no por eso suspenderé yo mi viage á la India.

—Pues qué, señor Eck, ¿quereis hacerme mentir?

Conrado se encogió de hombros.

—¿Querriais, caballero, que fuese ingrato para el que me ha hecho lo que soy!....

—No: esclamó Mr. de Wallenroth: comprendo que la situacion en que os hallais de optar entre un padre ó un bienhechor que ha hecho las veces de tal, y vuestra querida es muy desgarradora.

—Los derechos de un padre son mas antiguos y mas sagrados que los de una amante; si fuese capaz de cometer una vileza, seria indigno del amor de Pepita, y me aborreceria....

—Examinemos el asunto bajo otro punto de vista, contesto Mr. de Wallenroth; es decir, que querais volar al auxilio de un anciano, á quien una gruesa suma puede sacar de ahogos mas pronto y eficazmente que vos, y dejar sumida en la desolacion á una jóven á la que todo el oro del mundo no puede indemnizar de vuestra pérdi-

da: quereis ir á la India para cuidar de la corta existencia de un anciano, y tal vez para recoger el último suspiro de un hombre ya estenuado, y dejar aquí, en su primera flor, una vida privada de toda esperanza.

—Sigo la máxima, respondió Conrado, de no inquietarme nunca por lo que llaman *circunstancias* y *necesidad*, cuando habia el deber. La vida de Pepita y la de su padre dependen de la voluntad del cielo; pero en mi mano está el hacer una buena accion, y haré lo que ordena el deber: lo demas queda al arbitrio del que todo lo rige y lo gobierna. ¿Tengo acaso seguridad de prolongar la vida de Pepita por medio de una infamia?

—No me habeis dejado concluir, caballero Eck, repuso Mr. de Wallenronth. He escrito que las circunstancias habian variado, y así es efectivamente. Apuesto que no vais á la India.

—¡Pues qué? ¿Ha muerto Mr. Marbel? ¿Quereis engañarme? respondió Conrado asustado, ¿ó habeis recibido por el último correo la noticia de que mi bienhechor regresa á Europa?. . . . Os ruego que no prolonguis mi tormento: ¡Padezco tanto!. . . .

—Nada de eso, prosiguió Mr. de Wallenroth sonriéndose. Vais á quedar asombrado: sois propietario de Alleck. No es mio: solo me ha pertenecido muy poco tiempo. Mr. Marbel me lo ha comprado, y lo ha destinado para vos; pero ántes queria saber hasta qué punto os habian aprovechado vuestros viages. Mr. Schmid ha sido el ejecutor de la voluntad de Mardel: habeis sufrido la prueba, y ahora todo está ya concluido: sois lo que Marbel deseaba que fuéseis. Hoy mismo os entregaré la escritura de donacion. Habeis ganado legítimamente á Alleck: os pertenece en propiedad.

Conrado estaba petrificado y no sabia qué pensar. Por último esclamó con voz temblorosa, y levantando hácia el cielo sus ojos humedecidos por el llanto.

—¡Generoso Marbel!. . . . ¡Siempre piensas en los demas, y jamas en tí!... ¡Conque ya no te encuentras en la indigencia!. . , Puesto que es así, (porque creo, señor de Wallenroth que no os burlais de mi en este momento solemne), os suplico, como igualmente á Mr. Schmid, que celebreis conmigo un convenio ventajoso. La propiedad de Alleck produce cerca de sesenta mil florines: dentro de pocos años valdrá ciento veinte mil: ¿quereis darme su importe en letras de cámbio sobre Lóndres?

—Antes de entrar en negociaciones, dijo Mr. de Wallenroth con marcada agitacion, necesitais tener en vuestras manos la escritura de donacion. En seguida fué á buscarla. .

El banquero, en cuanto volvió á entrar en la habitacion Mr. de Wallenroth con la escritura, abrazó á Conrado, le estrechó contra su corazon, y salió llorando.

Mr de Wallenroth no estaba mas tranquilo; entregó el documento á Conrado, y siguió apresuradamente á Mr. Schmid, para ocultar las lágrimas que no podia contener.

Conrado no comprendió la conducta de sus dos amigos. ¿Qué les sucede? decia entre sí, siguiéndole con la vista: tienen el semblante turbado. Mi resolucion de ir á la India merece indudablemente su aprobacion, ¿pues por qué se oponen á ella? ¿Qué les importa que marche ó que me quede, que gane ó que pierda? Porque para hombres, cuya alma se ha embotado con el comercio de la vida, todo se reduce en definitiva á ganar ó perder, haber ó deber.

Se sentó junto á uno de los balcones y desarrolló la escritura. Cuando llegó al nombre de Marbel, escrito por mano de su bienhechor, besó el sitio donde se habia apoyado aquella mano querida. . . . despues leyó. Era una cesion de propiedad con sus derechos y franquicias en favor de Conrado Eck.

(*Continuará.*)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO III.

(CONCLUYE.)

He aquí los tres carnetéres, las tres grandes fases que presentan las sociedades actuales, vistas mayormente desde sus puntos mas culminantes. La extension de ideas, el dominio de la inteligencia, y la falta de autoridad. Si intentásemos examinarlas por otros lados, si quisiésemos mirarlas bajo otros puntos de vista, descubriríamos á buen seguro otros y variados elementos, que constituyen lo que se llama el espíritu del siglo, distintos rasgos que juntos forman la fisonomía que las sociedades actuales presentan. Mas basta esta rápida ojeada por lo que á nuestro propósito cumple, y para el encadenamiento de las ideas que aquí consignamos.

Hemos contemplado la sociedad; contemplemos ahora el individuo; como que las doctrinas influyen así sobre éste como sobre aquella, tanto en la generalidad de los hombres, como sobre los individuos en particular.

¡El espíritu humano!. . . . ¿Cuál es su situacion? Hélo aquí, el escepticismo y el desengaño.

Antes del siglo XVIII, y especialmente antes que tronara en Witemberg la voz de Lutero, creia en la autoridad. Vino el protestantismo y el siglo XVIII; la razon se reveló contra la autoridad, y entonces el espíritu humano creyó en la razon. Los desengaños fueron crueles, los escarmientos duros, la prueba terrible; mas el espíritu humano creyó, tuvo fe, y su fe fue saliente, y sus creencias fueron vivas. De ahí el martirologio de la revolucion francesa: de ahí la convencion, monstruo horrendo á un tiempo y sublime: de ahí esos rasgos heróicos que nos arrebatan en medio de tanta sangre y tantos crímenes: de ahí madama Roland, y esos girondinos que marchan á la guillotina cantando con la frente serena y el corazon tranquilo, aforrando á la razon que los ensalza, y saludando á la libertad que los devora.

Entró por fin en su cauce aquel torrente inmenso, desbordado, furioso. Pasó el siglo XVIII, y pasó tambien la imaginacion y delirio de todo un gran pueblo. Mas desde entonces ¿qué ensayos no se han hecho, qué tentativas no se han practicado en todos los paises?

Ora se han derribado las instituciones antiguas, ora se han modificado las existententes, ora se han planteado

otras enteramente nuevas. Unas veces se ha dicho: "conservemos en cuanto dable sea lo nacional, sigamos la enseñanza de nuestros padres, poniéndola empero en armonía con el espíritu del siglo." "Afuera lo nacional, afuera lo antiguo" se ha gritado otras veces, venga acá una civilizacion nueva y oropelada, la civilizacion deslumbrante de esos pueblos, los mas adelantados del mundo." Ya se derribó la aristocrácia, ya se ha querido mantenerla, ya se ha deseado levantarla sobre nuevas bases, y comunicarla distinto espíritu. En unos tiempos se ha dado un grande ímpetu a la democrácia, basta, se ha exclamado en otras, echémosla un freno en su arrebatada carrera, encerrémosla dentro de estrechísimos límites." Se han rasgado por la mañana las constituciones que se habian escrito en la víspera. Se ha compuesto y descompuesto mil veces la máquina de los gobiernos; pocos resortes y sencillos, se ha dicho en unas épocas, porque así el juego será mas fácil y el movimiento mas espedito." Que sean muchos y complicados, se ha encargado en otras, que haya contrapeso de poderes, porque de esta suerte la libertad se salva, y el despotismo es imposible. Se han refundido los códigos cambiándose y tornándose á cambiar el espíritu de las mas importantes leyes: la administracion ha sufrido las mas estrañas y encontradas vicisitudes; y al ver que unos tras otros han caido los mas hermosos sistemas; al ver que todavía los hombres públicos trabajan, se afanan, sudan, para que tenga su obra un poco de aplomo; al observar que despues de cincuenta años de una carrera rapidísima todavía no sabemos dónde estamos, y nos preguntamos unos á otros por la suerte de los pueblos y el porvenir de la humanidad; al recordar sobre todo que esas imágenes que tan bellas aparecieron en el rico y magnífico panorama de la filosofía del último siglo, pasaron despues por el mundo real vestidas de negro y salpicadas de sangre; el espíritu se abate, se entristece, se apaga la fe de los que creian, y la incertidumbre y la duda se apoderan de la razon.

Así que, el espíritu humano se halla en un estado confuso como el del desórden, cruel como el del desengaño, amargo como el de la duda, triste y abatido como el del escepticismo. Se desasosiega sin embargo, porque no cree y tiene necesidad de creer; ya que las creencias son la luz del entendimiento, y la esperanza del corazon; y el entendimiento ha menester la luz, y el entendimiento la esperanza. ¡Ah! El espíritu humano es una ave herida; revolotea, se agita, se fatiga, sin encontrar un punto donde posarse y sostenerse.

Y bien, ¿qué influencia tienen las doctrinas en la sociedad como la hemos descrito, y sobre los espíritus tales como los hemos presentado? Una respuesta daremos: las doctrinas deben de ejercer hoy una grande influencia, porque no tanto reina la fuerza como el pensamiento; no se levantan los brazos, sino las cabezas. En la edad media, en la época de la restauracion, cuando dominaban los señores y reinaban los reyes, aquellos y estos con toda la plenitud de su poder, no acontecia así. Ahora empero tienen las doctrinas un poderoso y universal ascendiente, porque falta la autoridad en las sociedades, la que no pocas veces quebrantaba el ímpetu de las ideas, obligándolas á que se presentasen con tiento y mesura, y haciéndoles pasar antes (permítasenos la frase) por ciertos canales, lo que debilitaba mucho su nervio: la lectura es universal, la inteligencia domina de lleno, hechos todos que comunican á las doctrinas un irresistible poder.

Esta verdad que se manifiesta con la sencilla observacion del carácter que tienen hoy dia las sociedades, se comprueba aun mas por los consejos que dan y los esfuerzos que practican los hombres eminentes de la época. No se valen precisamente de la fuerza para lograr la seguridad de los Estados y el mantenimiento del órden; aconsejan á ella, como el postrer remedio, mas lo que principalmente encargan es la buena direccion de los espíritus, lo que procuran es la propagacion de las ideas sanas, lo que predican en alta voz es la influencia de las doctrinas.

Pero ¿qué clase de doctrinas ejercen hoy influencia? Al llegar aquí, el alma se levanta, y una oleada de placer, y un rayo de esperanza entran en nuestro corazon. Sí: el dominio de las doctrinas malas va cesando al paso que se dilata y agranda el de las doctrinas buenas. Ni la fisiofía deista, ni la filosofía sensualista, ni la filosofía democrática hacen muchos prosélitos y alcanzan gran popularidad. Voltaire, Rousseau, Helvetius, esos tres cometas, presagio fatídico de la gran calamidad que habia de caer sobre la tierra, terminan su carrera, palidecen y se hunden en el ocaso. Los momentos actuales son los momentos que suceden á una gran catástrofe, momentos solemnes, momentos de desengaño y de dolor, en que replegada el alma dentro de sí misma escucha la verdad, y oye los avisos de la razon. Reviven los sentimientos religiosos, puros tambien y entusiastas; nótase un instinto siempre mayor hácia el órden, nobles ejemplos reemplazan á los escándalos cometidos, se remuneran las bellas acciones, se busca la verdad, se admira la virtud, y algunos la practican. Las ideas se rectifican, las costumbres se mejoran, si bien que el primer movimiento es mas lento, y el último mas tardío, como que aquel es mas fácil, y éste mas difícil; el cristianismo, por último, que en tiempos no muy distantes parecia esconderse para evitar la mofa de los unos y la persecucion de los otros, hoy se presenta otra vez, y derrama de nuevo su luz y despliega de nuevo sus pompas; y estad seguros de que si el filósofo de Ferney se levantase de la tumba y apareciese repentinamente en Francia, estad seguros que no recibiria, no, ni los favores de los príncipes, ni el homenage de los nobles, ni el triunfo de la multitud.

He aquí la situacion de los espíritus, he aquí el estado de la sociedad, he aquí la influencia que ejercen las doctrinas, he aquí el ascendiente de las buenas que va siendo mayor que el de las malas. No lo dudeis, hombres de la enseñanza y del poder, el terreno está preparado, arrojad la semilla útil, y creedlo; ella fructificará. Este es el consuelo en nuestros infortunios, esta es la esperanza de nuestra vida, estos son los tesoros del porvenir.

IR POR LANA

Y VOLVER TRASQUILADO.

Nos hallamos en un valle agreste situado en la parte mas pintoresca de Andalucía. Un riachuelo se desliza entre los sauces y hace andar las sonoras piedras del molino: una vasada está esparcida por la pradera: los grillos y las codornices cantan en los sembrados, y el blando susurro del agua se confunde con el del viento que mueve las hojas de los árboles. Algunos caseríos edificados al pié de la colina, como nidos de pájaros al pié de un matorral, revelan su existencia por medio de la columna de humo que exhalan de sus chimeneas, y mas á lo lejos la aguzada pirámide del campanario se destaca admirablemente sobre el fondo azul del cielo.

Tres hombres estaban almorzando sentados al rededor de una mesa en la sala baja de un cortijo de buena apariencia. Las ventanas que daban á la campiña estaban llenas de macetas de flores que perfumaban la estancia: las cortinas estaban blancas como la nieve, las tablas del piso lustrosas de puro fregadas, y todo allí presentaba un as-

perto notable de frescura y limpieza.

Los tres convidados comian con buen apetito, en especial uno de ellos que por su traje traia toda la traza de un viagero. Jóven todavía, los padecimientos y la fatiga habian marchitado su rostro, que contrastaba aun mas en aquel momento, con el de sus comensales, robustos y mofletudos como los honrados campesinos. Miráhanle ellos de vez en cuando con amistosa sonrisa, y parece que se complacian en excitar mas y mas su apetito.

—¿Quieres, hermano, este alon de pavo?

—Si, en acabando la pechuga.

—¿Y esta perdiz te la comerás?

—Aunque sea con su compañera.

—¿Te gustan las truchas escabechadas?

—Seria hacerles muy grande injuria si dijese lo contrario: vengan hácia acá.

Y á este tenor, aves, pescados, legumbres, todo lo despachaba sin dejar por un momento sus dientes ociosos, hasta que al cabo de una hora recostándose en su taburete, esclamó:

—Os confieso que no he almorzado tan bien como hoy en toda mi vida.

—¿Será posible? ¿Tu que has frecuentado las mejores fondas de Madrid y aun de Paris?

—¡Oh! si: mas de cuatro veces almorcé en Madrid en casa de *Ganieya* y en Paris en el *Rocher de Cancale*, dejándome los quince y los veinte duros con la mayor frescura.

—¡Caspita! Asi no es estraño que no hayas medrado gran cosa en tus especulaciones.

—No ha sido por eso, hermanos queridos, sino porque Dios me ha castigado por desdeñar las humildes ocupaciones del campo y vuestra grata compañia, por aspirar á lo que solo pudo existir en mis doradas ilusiones. Me he quedado sin un cuarto, y no os traigo mas capital que la esperiencia.

—No merece la pena, porque á nosotros no nos falta.

—¡Qué quereis! No se tienen por dos veces veinte años en la vida ¡Oh! ¡si uno pudiera volver á lo pasado! A mí se me puso en la cabeza que habia de hacer fortuna, y así que hicimos partijas la herencia de nuestro padre y redoje, como sabeis, cuanto me tocó á buenas monedas de oro, partí para Madrid, donde apenas hube llegado me encontraron en un café un caballero que bebia ponche.

—¿Vois á ese caballero? me dijeron.

—Si.

—¿Y qué pensais de él?

—Por ahora no pienso mas que en un señor bastante grueso y lleva gaban de color de castaña.

—¡Oh! ese es un grande hombre.

—¿Puede ser!

—Permitid que os presentemos á él. De esta presentacion resultó un periódico.

—¿Cómo? ¿Tan pronto te engolfaste en la literatura?

—¡Si sabeis que esa era mi comidilla! ¡Yo que me perecia por figurar en algun rinconcillo de un periódico, no pude resistir á la tentacion de publicar uno por mí y ante mí. Nuestro periódico fué fundado en el *Café Nuevo* una noche de verano, y dos dias despues apareció en Madrid LA TORMENTA. Necesitábamos un título fogoso, incandescente, terrible: queriamos que penetrase la antorcha radiante de nuestras convicciones en las tinieblas de la indiferencia é iluminar con la luz de nuestros principios los insondables abismos en que la sociedad corre á precipitarse. *La Tormenta* fué á un mismo tiempo socialista, humanitaria, progresiva y renovadora, minó los antiguos abusos y dió por el pié á el árbol secular de los privilegios. Diez hombres de estado redactaban la parte política, y dos docenas de literatos nos brindaban con sus composiciones para la literaria. Nuestro periódico fué el que inventó esas novelas en folletines, que empezando en primero de año, no acaban el dia de San Silvestre. Desgraciadamente no pudimos completar ni siquiera el primer tomo.

—¿Segun eso, se desbarató *La Tormenta*?

—Pasó como un meteoro, no sin dejar un ardiente recuerdo de su polémica: algunas paradojas mas en la prensa y bastantes doblones de menos en mi faltriquera.

—¿Y el señor grueso del gaban, preguntó otro de los hermanos?

—Estuvo á pique de salir diputado, que era lo que él deseaba; mas viendo que no podia lograrlo, comprometió el periódico con un fulminante artículo que le pudiera servir de méritos en otra ocasion, y se marchó á tomar los aires á Bruselas. Yo tuve tambien necesidad de tomar las de Villadiego, y acordándome del proverbio de que *nadie es profeta en su pátria*, determiné marchar á Paris, y desde la Carrera de San Gerónimo me trasladé al Boulevard de los italianos.

—Donde sin duda algunas serias bien recibido.

—¡Oh! perfectamente. A las veinticuatro horas de haber llegado, ya tenia un amigo íntimo. . . . ó por mejor decir, un asociado. ¿No veis que tenia la cartera repleta de billetes de banco? Pero toda aquella cantidad me pareció mezquina y quise por lo menos triplicarla. Desde la literatura en que no habia hecho negocio, pasé á las especulaciones. En esta carrera no se adelanta sino á fuerza de audacia, y mi amigo, que era hombre emprendedor y amante de la novedad, hizo que interesase gran parte mis fondos en una empresa del empedrado. Cabalmente entonces esta clase de empresas traia alborotado á todo Paris, y no habia sugeto que no llevase su proyecto de empedrado en el bolsillo. Y no se trataba solo de piedras, como el nombre parece que lo indica, sino que habia empedrados de diversas clases de madera, de modo que en lugar de empedrar las calles, propiamente hablando, las desempedraban. Nosotros nos decidimos por el empedrado de hierro hueco, y al principio nuestra empresa iba grandemente, prometiéndonos el ciento por ciento de dividendos; pero desgraciadamente se inventó de allí á poco el empedrado con betun, lo que determinó en nuestras acciones una baja tan considerable, que la empresa se fué á pique.

—¿Y perdiste todo el dinero?

—Casi todo, con lo que se gastó en anuncios y prospectos. Despues de este lance se nos antojó especular en las ostras, y el acopio que hicimos privó de ellas á Paris durante ocho dias: todo calculado por nosotros para que subiesen de precio. Cuando ya llegó á su colmo la impaciencia de los aficionados y de los dueños de las fondas y pastelerias, nos decidimos á abrir nuestros almacenes, contando con una ganancia tan enorme como segura; pero todos nuestros vivalbos habian muerto. Tuve que contentarme con un dividendo de cien mil conchas. Anduve algun tiempo paseándome por Paris; pero esta es ciudad donde es malo pasearse sin dinero en el bolsillo. No teniendo otro recurso, tomé el partido de volver á la casa paterna donde vosotros, mis queridos hermanos, habeis vivido lejos de las borrascas y de las pasiones. Me habeis recibido como al hijo pródigo, habeis festejado mi llegada con un opíparo almuerzo, y me habeis hecho conocer que mientras yo iba á espigar un poco de tardía esperiencia, vosotros haciais ámplia cosecha de felicidad. Aquí me teneis para que dispongais de mí como mejor os parezca: yo á todo me avengo, bien persuadido de que no soy mas que una personificacion del proverbio: IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE Á ENCONTRAR UN AMIGO.

(CONCLUYE.)

La firma le sorprendió tanto, que sospechó que el documento era falso. Estaba fechado en Ratisbona, y solo hacia dos dias. ¿Cómo se hallaba allí la firma de Marbel, en caso de que fuese la suya?

Conrado se levantabe para ir á buscar á sus dos amigos, cuando Mr. Wallenroth con el rostro radiante de alegria:

—Y bien, mi querido Eck, le dijo, ¿me engañaba? Ahora ya no querreis emprender el viage de la India: os quedareis, ¿no es así?

—Nada menos: ese documento es falso...

—No, en verdad: es auténtico: os lo juro por mi honor.

—¿Pues si está con la fecha de antes de ayer!

—Seguramente.

—¿Quién ha puesto la firma de mi padre!

—¿Quién? ¿quién! Mr. Marbel: ¿no conoceis su rubrica!

—Sí que la conozco; ¡pero cuándo ha firmado!

—¡Dios mio! ¿No lo veis?. . . Antes de ayer.

—¡Antes de ayer!. . . . ¡Me tenein acaso por loco! ¿Cómo ha podido firmar aquí, hallándose en Besarés, á no ser que haya regresado!. . . . Hablad, hablad, pues. . .

—No ha vuelto.

—¡Qué burla!

—No; no hay semejante engaño: jamas ha ido á la India, grito una voz desde la habitacion inmediata.

Se abrió la puerta, y entró el anciano Marbel apoyado en el brazo de Schmid, y tendió los brazos á Conrado.

—¡Oh hijo mio!. . . dijo abrazando al jóven que estaba inmóvil como una estátua, no sabiendo qué pensar de lo que veia. Marbel lloraba.

—No, amigo mio, hijo mio, no he casado en la India. Ven; estréchame contra tu noble corazon. Tú eres la alegria de mi vida. . . ¡Alabado sea el Señor!. . . eres lo que debias ser. . . .

El júbilo del anciano Marbel no era menor que el de Conrado, que permaneció largo tiempo sin poder proferir una palabra para manifestar su asombro. Tanto le habian dicho, y hablado el mismo, que pasadas algunas horas aun no concebia nada de lo que aquello significaba.

—Ven acá, hijo mio, le dijo Marbel; voy á referirtelo todo por su órden; siéntate á mi lado. Es cierto que he sufrido toda especie de disgustos en W. . No sé por qué se le antojó al príncipe conferirme un título de nobleza. Respeto esta cualidad: es necesaria una escala social, aunque la lana sirve mas que el nombre para distinguir á la oveja de la cabra. En buen hora que el funcionario público, que cifra su felicidad en la sociedad del príncipe, y que desea valerse de aquella influencia para estender el círculo de sus beneficios, deje ennoblecerse; hace muy bien en mi concepto: es una herencia útil y provechosa para sus hijos. Pero un hombre que ni tiene hijos ni influencia, que no solicita ningun empleo, que se halla contento, que tiene lo que no pueden dar los príncipes:

un corazon puro, y que hace cuanto bien le es posible: para semejante hombre un pergamino no sirve mas que de incomodidad y de sujecion. He acostumbrado con mucha frecuencia á tomar con seriedad cosas insignificantes: heri, pues, la susceptibilidad del príncipe con mi negativa, ó mas bien la de sus cortesanos, y me acordaré de ello largo tiempo. Procuraron armarme asechanzas, me irrité, y mudé de domicilio. Entonces fué cuando te encargué me participases con regularidad cuanto te ocurriese, aun cuando no recibieras carta mia: me cuesta tanto trabajo escribir. . .

Me retiré á una casa de campo, y allí vivia tranquilo; pero Dios vino á visitarme y á hacerme conocer que el cielo no está en este mundo terrenal: fuí atacado de una calentura pútrida, como la llaman los médicos. Viéndome en peligro de muerte, me preguntaron si tenia hecho testamento. Tenian razon: el que no se halla preparado para morir y comparecer á cualquier hora ante el Divino Juez, tiene verdaderamente el codo roto. ¿Me comprendes, Conrado?

¡Pero yo no tengo hijos!. . . en cambio no me faltan parientes lejanos que esperan con impaciencia mi muerte, y que ignoran el buen uso que debe hacerse del dinero: me engaño, porque entienden maravillosamente las reglas de su interés: son ambiciosos, vanos, tienen buena mesa, y reputan como una necedad el privarse de un poco superfluo para darlo á los que nada tienen. Estas gentes, decia yo para mi, son bastante ricas. He educado ó hecho educar un gran número de niños; mas ¿sé yo por ventura si son lo que deben ser, y si tienen agujeros en los codos?. . . Para concluir pronto, llego á cada uno de ellos una suma igual, que les sirva para el porvenir: tanto peor para ellos si no la invierten bien.

En cuanto casi enfermo y me vi asistido por personas mercenarias, sentí á profunda necesidad de ser amado por mi, por mí solo: pensé en tí, y deseé volverte á ver. Quise sujetarte á pruebas y ver si tenias tambien el codo roto. Habia comprado la propiedad de Alleck, verdadera mansion de la miseria. No hay prueba mejor, pensé, para saber si tiene buen corazon y juicio recto: mi amigo Wallenroth fué bastante complaciente para prestarme su nombre. Mr. Schmid hizo anunciar en un diario la plaza de juez, y te lo llevó él mismo: lo demas ya lo sabes.

Mr. de Wallenroth incluyó una cláusula en favor de una pobre viuda de un sugeto á quien conocí mucho. Habia sido mi amigo en la infancia: su esposa era un ángel bajo la forma humana, y si no hubiera amado á mi amigo Walter la habria propuesto nuestro enlace. Cuando estaba soltera, la amaba en silencio: lo ignoró, y apenas me conocia. Pero como ya te he dicho, amaba á Walter. Me alejé y procuré combatir una pasion, que sin mentir, me habia hecho en el codo un agujero casi irreparable. Solo de cuando en cuando recibia por Mr. Wallenroth noticias del objeto de mi cariño, y al fallecimiento del buen Walter, sin dejar bienes algunos, socorrí á la viuda por conducto de Mr. Wallenroth, y la colocamos en Alleck.—Esa muger es un ángel, dije á Wallenroth.—Si es un ángel, me contestó, su hija Pepita es un serafin.—Si es así, pensé, y Conrado es un jóven escelente, mi proyecto no puede frustrarse. La señora Walter permanecia con su serafin en Alleck, y se trasladamos allí.

Siempre que iban á W. . , para rendir cuentas á Mr. Schmid, me dirigia yo de incógnito á Alleck, y mi corazon gozaba al oir hablar de tí. En un año ejecutaste muchas cosas: entonces resolví adoptarte por hijo y dejarte todos mis bienes, porque yo decia entre mi: Conrado es un escelente jóven, sigue mis huellas, pero ¡me amará como á un padre! Para salir de esta duda representamos la farsa que pasó á tu corazon en la angustia que por poco le hace romperse. No ten-

gas pesadumbre, me has hecho volver á encontrar en el término de mis dias el paraiso que habia perdido. Escucha ahora el desenlace de la comedia. Me iré contigo á Alleck, viviremos juntos, y ya no nos separaremos. . . . si. . . . nos separaremos. . . . pero lo mas tarde posible. . . . Marbel se enjugó una lágrima. Vamos, no pensemos en eso, haremos un cielo de Alleck. . . . pero un cielo sin nubes, ¿eh!. . . . Quiero con mis encanecidos cabellos hacer conocer á la señora Walter todo el amor que le he tenido. . . . Tú, Conrado, ¿no tendrás nada que decir á tu Pepita, á tu sensible!. . . .

Pasado algun tiempo se efectuó el matrimonio; y al salir de la iglesia subieron al carruage.

—Hijo mio, dijo Marbel á Conrado, no permanezcamos aquí ni un cuarto de hora mas. Pasado mañana partiremos para Alleck, en donde lo arreglaremos todo para el porvenir. Tú vas á ponerte en camino para Leipsick, en donde recogerás el dinero puesto en casa del banquero R. . . . he aquí tus instrucciones. Dentro de quince dias á mas tardar estarás de vuelta en Alleck, y para evitar el aburrimiento, Pepita será tu compañera de viage.

Así se hizo en efecto: al cabo de quince dias Conrado estaba ya de regreso en Alleck con su jóven esposa. Mr. Marbel, la señora Walter, y toda la poblacion salieron á recibirlos, prorumpiendo en gritos de alegria.

—Esta historia es indudablemente muy interesante, dijo el coronel enjugándose las lágrimas que caian de sus párpados; pero despues de la novela viene la historia ¿fueron felices?

—Felices, como los santos en el cielo, esclamó Maria.

—¡Ah! ¡ah! dijo el coronel: ahora estoy convencido de lo que ya sospechaba: Conrado sois vos, mi querido Jorge, y bajo el nombre de Pepita nos habeis retratado á Maria. He aquí que ya concluye todo mejor que en mi pierna de madera. Veamos, querido Felix, ¿qué es lo que pensais hacer! ¿por qué partido os decidis? ¿por el de si, ó por el de no!

—Por el de la afirmativa, coronel; me casaré con Luisa Blum.

—Luisa Blum, repitió el coronel sorprendido, una jóven rubia que tiene veinte años, y cuya madre es viuda de un valiente capitan que murió durante la campaña de Francia!

—¿Cómo sabeis todos esos pormenores?

—Porque Luisa Brum es mi sobrina, hija de mi hermana, á quien venia á ver despues de un largo viage á América. Habituado á andar, preferí caminar á pié las seis leguas que me faltaban todavia hasta Munich. Ha sido un paseo que me ha salido muy mal al principio, pero cuya terminacion me parece ahora de las mas felices, pues que mi mansion aquí ha reconciliado con muchos buenos sentimientos y dulces creencias á mi corazon despedazado por las decepciones mas crueles, y puesto que ya soy partidario del matrimonio, no por mí, que ya estoy viejo, sino por el de mi sobrina. He ganado bonrosamente mi posicion, aunque poco y entajosa; si la quereis, el soldado veterano la partirá con vosotros; lo que en cambio os pide, Félix, es un sitio en vuestro hogar, un sitio como el que ha encontrado aquí.

—Ademas, tendreis toda la ternura de un hijo, contestó Felix.

Abrazáronse, y al dia siguiente por la mañana, la madre de Luisa creyó morir de gozo, al volver á ver á un hermano, á quien creia muerto en la India. Luisa no esperimentó emociones menos vivas, cuando su tio la presentó á Félix y la dijo:

—He aquí á tu esposo; ¿le quieres, si ó no!. . . .

Ruborizada y confusa, Luisa no respondió ni sí, ni no; pero dió la mano á su tio, y alargó la otra á Félix.

VARIEDADES.

LA MUGER.

SENCIBILIDAD, INTELIGENCIA, CARACTER E INCLINACIONES DE LA MUGER.

MUGERES DE DISTINTOS PAISES.

La muger, lo mismo que el hombre, tiene cuarenta y dos pares de nervios, desde los ojos hasta la estremidad de los miembros, y estos cuarenta y dos nervios duplicados, por todas partes distribuidos y confundidos, le dan lugar á mil emociones. Parece que su cuerpo es un tejido de nervios, y por lo tanto es muy sensible: sus sentidos son delicados; los olores ejercen sobre ella un grande imperio; los suaves perfumes la embriagan, y los olores fétidos la martirizan. Las mugeres en general tienen el gusto muy delicado, un ruido grande las asusta, son indiferentes ó aparecen distraidas á la simple palabra; mas un canto melodioso las conmueve, un grito penetrante escita su conmiseracion, y un querido las aflige. Una voz dulce tiene encantos para ellas; la dicha de ver y de observar los parece preferible al placer de tocar ó de oir ser exige menos atencion y poco discernimiento; la vista es el sentido de la pereza, aun cuando nos espone á no pocos errores. Preguntese á una muger de talento, jóven todavia y bonita, cual es el sentido á que da la preferencia, y responderá indudablemente que la vista, y que á este sentido sacrificaria gustosamente los demas. Sin los ojos, ¿cómo estableceria la armonía en sus facciones, cómo asemejar su rostro á otros rostros, cómo se adornaria, cómo juzgaria sobre la afeccion que inspira, y cómo corresponderia á ella? La vista es el sentido del amor y de la coqueteria.

El recto sentido tiene tambien menos precio para ellas que para nosotros; demuestra menos exigencia y menos curiosidad. Es cierto que las mugeres tienen mas tendencia á agradar que á pasear; son mas felices contemplando nuestros combates que nuestros triunfos, y como el cielo, su digna patria, han hecho de la esperanza una virtud. En lo general sienten con demasiada viveza para que puedan razonar ó reflexionar mucho tiempo, y tienen una gran dosis de sagacidad para que puedan fundar sistemas. Su perfecta esperiencia respecto á las cosas de la vida, las persuade fácilmente de la vanidad de sus teorias, y un secreto instinto las advierte que las generalidades en todas las cosas no son mas que soberbias mentiras, y esto las ha disgustado constantemente de los estudios profundos, manifestándose indiferentes á todos los descubrimientos, cualquiera que sea su objeto. Jamas han comprendido bien mas que los efectos individuales, y el estudio de las causas y las abstracciones las desconciertan ó las fastidian. La muger comprende mejor un hecho que un principio. En todas partes donde reinan mugeres, se verá constantemente un marido dócil, un amante déspota ó un

primer ministro poderoso. Si la dulzura natural de las mugeres atempera el poder supremo, como dice Montesquieu, en cambio la necesidad de tener un dueño, somete este poder á todas las vicisitudes de una eleccion caprichosa, y con el objeto de conjurar esta instabilidad, se estableció la ley conocida con el nombre de Sálica.

No diremos que la muger tiene menos talento que el hombre; pero es preciso confesar que tiene un talento distinto, porque la muger en esto como en todo lo demas tal vez proceda lo que decimos de la estrechez de su cabeza, de su frente y de su debilidad, de los cuidados que toma por sus adornos y por sus atractivos, ó por la coquetería; tal vez pesando también de las vicisitudes de su salud, del tiempo que consagra á alimentarnos, luego á educarnos y despues á instruirnos, acaso este pesandilla de nuestra superioridad, demasiado dada á la pereza ó muy orgullosa de nuestros hombranges; pero es lo cierto que su inteligencia en muchas circunstancias tiene menos poder que la nuestra. ¿Quién duda que tienen menos memoria? Sabemos que hay actrices que pronuncian grandes trozos y que los dicen sin titubear, y aun cuando no tenemos en cuenta el socorro del apuntador, observemos los estudios que exige cada representacion. Sabemos que hay mugeres que poseen muchos idiomas; pero observemos la facilidad con que los olvidan. Sin embargo, es mas fácil hallar una muger que hable medianamente muchos idiomas, que encontrar correctamente un idioma propio. La Avellaneda, la Coronado y otras notabilidades femeninas en el género literario de nuestra patria, son escepciones un tanto raras como gloriosas.

Exaltadas y entusiastas, generosas hasta el heroismo, ó vindicativas hasta la crueldad, su imaginacion las hace versátiles y escesivas en todas las cosas. Tan pronto atentas á los combates de la arena, con una sola mirada escitan el ardor de los combatientes, ó prendadas de los encantos del reposo, estinguen en nosotros el gusto por la gloria, y nos ciegan al estremo de hacernos proclamar meritoria una cobardía que les agrada.

Ferreus ille fuit, te cum posset habere,
Malverit prædas, stultus, et ursus agni.

Tan pronto embriagadas de libertad en las revoluciones ó los tumultos, impulsan á los locos á la sedicion y á la carnificeria; y por último, otras veces compasivas y generosas, con sus dulces manos vuelan las heridas y consuelan al desgraciado. Se las ha visto un dia acompañar triunfante la cabeza de la princesa de Lamballe en otra ocasion ofrecian flores humedecidas con lágrimas á un rey indignamente condenado, á pesar la multitud llenaba de improperios. Hoy valerosas en la desgracia, como Maria Lavallette, agradecidas como Francisca de Rimini, ó fieles como Artemisa; mañana pérfidas como Judita; bárbaras en un dia calumniosas, y sublimes en un dia de terror ó de epidemia.

Esta versatilidad de humor, que las ha hecho culpables en mas de una ocasion, las ha hecho tambien á menudo muy desgraciadas. Las mas hábiles estan tan persuadidas de ello, que no se muestran gustosamente mas que á ciertas horas y en ciertos dias. Las mugeres griegas no hacen invisibles los sábados de cada semana.

Pero á todas horas estas las mugeres dotadas de capacidad; jamas les abandona el talento y la viveza, pues todo la sirve para medio de esto y de aquello, un suspiro, una sonrisa, hasta el silencio. ¡Es preciso conocerlas! Todo en ella es un telégrafo, un mensajero; una flor, una cinta &c.

A este tacto tan delicado vamos que se une un perfecto disimulo, y mucha de aquella clarividencia, mucho de aquella diestra prudencia, que los espíritus perezosos llaman fálsamente hipocresía; son males verdaderos que se callan ó dolores fingidos que se ocultan; algunas veces una sonrisa que oculta las lágrimas, otras veces la alegría disimulando el despecho, en casos dados son confidencias para enmascarar un secreto ó para adormecer un arrebato de celos; muchas veces se rehusan para hacer desear, se huye para ser perseguida, se confia en la esperanza de una indiscrecion, se pone un velo para que se descorra, y en muchas ocasiones hasta se hace una ruina ofensora con la esperanza de poderla cortar.

Pero lo que nos agrada especialmente en la muger, es el pudor cándido, la castidad. No la castidad de Susana, que no ha estado bastante espuesta para ser muy meritoria, no el pudor que se contenta con ruborizarse, ni el que se calla, ni el que grita, ni el que le turba ó se ofende de todo. "Grita! señorita, gritad fuerte, decia el viejo Fontenelle á una jóven que huia sus inocentes caricias, gritad, que eso nos honrará á los dos." El pudor que amamos no es el de Clarisa que disputa palmo á palmo la llave de la puerta por donde se escapa, sino el de la jóven que leyendo sola á Buffon, salta cincuenta páginas del libro, aunque curiosa por leerlas la de Virginia, que prefiere la muerte á la vergüenza de ponerse desnuda en la presencia de un hombre. La inocencia y la ingenuidad, esa es el mas irresistible atractivo de las mugeres.

Se reconviene á las mugeres respecto á su ignorancia, y se acusa de ello al hombre mismo. Y sin embargo, ¿es á él á quien se consulta en cuanto á la educacion que se le da? ¿Somos nosotros los que economizamos las horrorosas horas de su juventud en los prolongados ejercicios del harpa ó del piano, estudios la mayor parte del tiempo tan estériles? ¿Somos nosotros los que la hacemos aconsejado que horrezca sin ningun fruto, sin utilidad para el porvenir, en lugar de hacerla aprender solidamente su propia lengua, la historia, y solidamente tambien un arte cualquiera, pero uno solo? La historia, las lenguas vivas, la geografía, la Biblia y los moralistas, y acaso tambien un poco de física, son los estudios que le serian útiles; que nunca sean demasiado sólidas en cosas inútiles.

Las mugeres no acaban de comprender la perjudicial que les es un escesivo amor propio. La mayor parte de las mugeres odian á todos aquellos que las estiman sin emocion, y desearian imponer el castigo que Bussy sufrió en cierta época, que estuvo veinte años preso por haber dicho y cantado que la boca de la señorita de La Vallicre era grande.

Si las mugeres tienen poco poder entre nosotros, ellas mismas tienen la culpa.

Mientras mas poderosa es la influencia de las mugeres, mas culpables son juzgándolas; siempre que ellas manden á la ilustracion serán obedecidas.

AUSENCIAS

CAUSAN OLVIDO.

Un pequeño, pero escogido número de personas de ambos sexos, se reunia no hace mucho tiempo en cierta casa de esta capital, con el objeto de divertirse y pasar alegremente algunas horas de las largas noches de invierno. En esta reunion, compuesta casi esclusivamente de jóvenes solteros, reinaba aquella franqueza y aquella alegria que hacen tan apetecible esta clase de diversiones domésticas. Los amos de casa se esmeraban por su parte en proporcionar cuantas atenciones debiendas estaban á su alcance, á las personas que concurrian á la reunion.

Una de ellas era el jóven Francisco, destinado á formar notable contraste con los de su edad. Eran estos bulliciosos, agasajadores y locuaces en escesivo; Francisco, por el contrario, aunque dotado de viveza interior, la ocultaba esteriormente con una circunspeccion calculada segun las circunstancias. Habla poco, reduce sus largas respuesta á pocas palabras, y á veces, hasta su silencio quiere que sea

inteligible. Por otra parte, la etiqueta y zalameros modales tan en boga entre algunos, á él le son insoportables, y si obligado de la situacion cede alguna vez á ellos, se le conoce es haciéndose violencia. Este ligero bosquejo del carácter de Francisco, manifiesta bien á las claras que no era el mas á propósito para hacerse lugar con el bello sexo, ni poseia los medios que para ello generalmente se emplean. Aunque su persona y fisonomía nada tienen de desagradable, aunque tomaba parte en los bailes y en los conciertos, y aunque habia jóvenes lindas y predilecciones mas ó menos marcadas entre los concurrentes, Francisco permanecia tranquilo. A las mugeres les chocaba su reserva, el que no procurase atraerse alguna confianza y que no esperimentase alguna simpatía. Tal estado de cosas no fue muy duradero.

Llegó la temporada del carnaval, época en que las diversiones, aumentándose de dia en dia, ponen en movimiento á los mas tibios y ofrecen pábulo abundante á los jóvenes ansiosos del bullicio. Era preciso entonces ensanchar la esfera de la tertulia, y para regularizar mas la diversion, indispensable que cada caballero diese el brazo de preferencia á una dama, á la que acompañase, obsequiase y protegiese en las expediciones nocturnas á bailes de máscara y otras partidas de placer que la compañía proyectaba. Nuestro jóven se habia propuesto elegir á la dama que hubiese visto menos favorecida; pero no tuvo tiempo de ejecutar su pensamiento, pues fue elegido antes que los demas.

El dueño de la casa era un sugeto que por su edad y la clase de sus ocupaciones, gustaba mas de ver divertirse á los otros, que de tomar una parte activa en la diversion; pero su esposa, que á sus virtudes domésticas reunia los talentos que embellecen una sociedad, y que despues de algunos años de matrimonio no habia perdido la lozanía de su juventud, no era justo que se privase de la diversion, y ni su esposo, ni sus amigos querian carecieso la compañía de su principal ornamento. Aquella muger supo penetrar los sentimientos de Francisco, los halló sin duda conformes á los suyos y le eligió por su caballero, quedando él agradecido, y orgulloso hasta cierto punto por verse preferido á los demas. Desde entonces tuvo con aquella muger una simpatía inesplicable, hija sin duda de la compasion, y cual si un secreto presentimiento le anunciase que debia ser desgraciada. La nueva intimidad en que se hallaban le obligó á fijar mas en ella su atencion y á descubrir tan seductores como ignorados atractivos. Hasta entonces habia visto en ella una muger sencilla, agradable, de modales distinguidos y nada mas; pero ya en aquel momento descubrió que su cabello castaño estaba graciosamente dispuesto sobre su cabeza, que sus dulces ojos brillaban cubiertos de largas pestañas, y que un baño de profunda melancolía velaba su hermoso semblante. Su boca parecia algo grande, pero la sonrisa la hacia encantadora. Ademas era imposible no animarse con sus miradas cariñosas y con las inflexiones enérgicas y puras de su voz. Todas estas seductoras cualidades en que Francisco hasta entonces no habia parado la atencion, no tardaron en producir en él una sensacion inesperada. Ya hallaba un secreto placer en acompañarla, ya le enagenaba el momento en que la sentia palpitar con el agitado compás del baile, ya por último solo hallaba placer en estar á su lado, y en este caso, sus miradas, sus palabras, sus menores acciones se referian al deseo de no disgustarla.

Al principio no se le daba cuidado de esta simpatía, persuadido de que no habia de tener otros resultados; pero al notar que ella era su único pensamiento, y que de ella se ocupaba directa ó indirectamente desde la mañana hasta la noche, trató de analizar qué clase de impresion era la que en él habia producido aquella muger. Entonces se alarmó, pues aunque al parecer lo que él sentia era un movimiento de ternura y agradecimiento, su delicadeza le representaba que la menor demostracion improvisada por su parte, en él seria un crímen y en ella una ocasion de faltar á sus deberes. Se temia mucho á sí mismo y conoció era tiempo de sofocar aquella aficion, antes que tuviese funestos resultados.

Consiguiente á este plan, se propuso disimular todo lo posible y aun evitar el trato de aquella muger; pero cuando estaba á su lado se turbaba al encontrar sus miradas furtivas; su mano temblaba al asir otra mano tímida, y no podia disimular la continua emocion que esperimentaba. ¿Habia ella conocido lo que pasaba en el interior del jóven? Por poco que una muger haya sondeado el corazon humano, conoce las sensaciones que sabe producir, las que por otra parte son difíciles de disimular. Ya cuando estaban juntos habia instantes de silencio en que no podian sostener la conversacion tan animada como otras veces, en que la fisonomía del jóven tomaba una espresion melancólica, y en que su amable compañera le contemplaba luchando con una turbacion interior y agitado por un pensamiento que deseaba acallar. Entonces, ni se atrevia á distraerle, ni se indignaba tampoco contra él: al contrario, gustaba de hallarse á su lado, pues conocia su delicadeza y que era incapaz de faltarle al respeto en lo mas mínimo, lo que no podia menos de aumentar en ella el interes reunido á la compasion.

Así pasaron algunos dias en los cuales Francisco solo buscaba la soledad; pero todos cuantos medios imaginaba para desahogar su pecho le convencieron de su ineficacia y del incremento de su pasion. Si buscaba alivio en la música, sus dedos involuntariamente hacian resonar el aire favorito de su querida, y repetir aquellos compases llenos de recuerdos. En fin, su imágen le seguia á todas partes, en el estudio, en el templo, y era la fantasma de sus noches de desvelo. No confiando entonces en sí mismo, si una ocasion favorable llegaba á presentarse, formó decididamente la intencion de separarse de aquella muger, y una circunstancia acelere esta separacion mas pronto de lo que habia creido.

Un dia en que mas preocupado que nunca se habia escabullido del salon de baile y del bullicio, fué á sentarse en un sofá en sitio retirado, y allí, creyendo que su ausencia no seria notada, se entregó á sus melancólicas reflexiones. Habia dejado caer la cabeza sobre sus manos; mas al levantarla de improviso, vió al objeto de sus desvelos á cierta distancia delante de sí. Entonces una palidez mortal cubrió su rostro, y persuadido de que sus espresiones y ademan le habian descubierto, quiso huir; pero ella asiéndole de una mano le hizo sentar á su lado en el mismo sofá, y le dirigió estas palabras:

—¡Os sentis malo! Estais descolorido, para lo que acostumbran vuestras mejillas.

Tranquilizóla él, esforzándose á ejercer un grande imperio sobre sí mismo, y manifestando que no sentia novedad alguna á pesar de que el tono de su voz le hacia palpitar hasta el fondo de sus entrañas. Ella prosiguió:

—Tened cuidado de vos mismo, y no os dejeis devorar por secretas penas. Cualesquiera que sean vuestros males, confiadlos á vuestra buena amiga . . tal vez ella halle medio de remediarlos.

Estas cariñosas palabras produjeron un efecto estraordinario en el apasionado jóven. El sin duda las dio otro sentido del que realmente contenian, y sin ser dueño de contener su emocion, atrae hácia sí aquella muger adorada, estampa en su mano un beso ardiente, y ya va á revelar el volcan que arde en su pecho, cuando de improviso se delinea como asaltado de ideas funestas, é como si un porvenir horroroso se presentase á su imaginacion.

De repente, y como si tuviese una inspiracion feliz, suelta la mano de aquella mujer adorable.—"Adios, la dice, perdonad!" y desaparece prontamente de su vista.

Ella, enteramente pasiva, no acabó de comprender esa escena hasta el otro dia en que recibió la carta siguiente:

"Ya anoche dije ayer entre nosotros, y la resolucion que he tomado, me precipito á hacer una declaracion que creí permanecería siempre ignorada; pero que tengo motivos para creer que ya no os sorprenderá. Yo os debo mucho, mi querida señora, yo no he podido permanecer insensible á vuestro lado. ¿Yo me he atrevido á amaros. Perdonadme la disculpa de mi pasion halladla en vuestro irresistible atractivo; y compadeceos mas bien. Los momentos que he pasado en vuestra compañía, esos instantes de felicidad, tan puros y tan deliciosos para mí, os fuerzan que los aleje de mi memoria. Ya no es posible vivir con seguridad á vuestro lado. Yo no agravio á vuestra virtud; pero sucumbo por mi mismo, y solo un remedio hallo.—¡La muerte! ¡Adios, ya no existo, por olvido, ni de una pasion devoradora que me hará víctima; pero que no ha de ser mas fuerte que mi voluntad y mi razon; pero no tan cruel olvido, que me impida mereceros un inocente y compasivo recuerdo."

BOSQUEJO

La poesía tuvo gran parte en la educacion de esta ilustre nacion, se puede decir que ella fué su Mentor al través de los siglos, y en medio de sus vicisitudes, confirmando mas el sábio dicho, "que los pueblos poéticos son los mas nobles, y los mas nobles se vuelven poéticos."

Los bardos antiguamente con sus canciones alentaban al combate y cantaban la muerte del valiente. Despues los trovadores con sus romances referian los orígenes, y las caballerescas empresas de sus antepasados. Garcí y Chaucer cantaron los amores, las usanzas, y los deberes del buen caballero.

Spenser bajo el velo de las alegorías, enseñó la fidelidad en amor, el valor y la gentileza en la guerra. Shakespeare esponia la historia nacional y las de las pasiones sobre la escena. Milton cantaba acerca de los regiones del caos, del infierno, del cielo y del paraiso terrenal. Thompson describia despues las bellezas y la variedad del mundo visible en las cuatro estaciones. Wordsworth en nuestros dias, errante por llanos y montes resentia las impresiones religiosas que absorvia en medio del espectáculo de la naturaleza. Akenside, Campbell y Rogers indicaron los placeres de la imaginacion, de la esperanza y de la memoria. Moore entonaba himnos á la libertad, y cantaba los amores de los ángeles. Byron describia las costumbres de las naciones modernas, los esplendidos delitos y la atormentada conciencia del hombre fuerte y feo. Walter Scott pintaba los delitos y las virtudes de las guerras de la edad de hierro.

Esta poesía no fué muda sino en el furor de las guerreros civiles, casi estupefacta de horror; y aunque fué siempre protegida por el rey ó por los magnates; sin embargo, no profano su ministerio sino bajo la vicioza tiranía de Cárlos II con viles postraciones y lenguaje obsceno.

Pero bien pronto se vindicó de la ignominia que las habia descarriado espiando un instante de debilidad con un siglo de himnos perennes á la libertad y á la virtud, tanto, que ennobleciendo y exaltando los ánimos á la par que la religion, la poesía en esta region fué mas fiel que la misma religion á la celeste mision de dulcificar los males á incitar á la magnanimidad y magnanimidad. Por esto es que cualquier pueblo que necesite alentar fuerza y grandeza de ánimo, puede beber en esta manantial que ciertamente se sentirá latir el corazon mas fuerte, por la patria y la libertad.

Esta heróica nacion tiene muy bien conocidos los beneficios que recibió de la poesía. En ver de despreciarla á semejanza de otros pueblos, ella la honra, y por todas partes la festeja como á una divinidad tutelar. El rey la corona, los grandes le abren sus salones, el pueblo la aclama. Ella es intérprete entre el hombre, y el cielo en las iglesias; ella está en las bocas de los oradores en el Parlamento, que sin mancha de fausto ó de pedantería adornan con versos sus discursos; ella aumenta el encanto en los teatros sin gemir bajo el yugo de la música; ella está en todos los banquetes; ella es invocada en las elecciones, en el laborioso comercio ella es compañera del artesano, y se encuentra en todas partes. Esta poesía nacida entre un pueblo amante en todas las edades de la caceria, de la caballgata, del remar y de la pesca, en fin, de todos los ejercicios gimnásticos, y acostumbrado á vivir en el campo la mayor parte del año entre costumbres elegantes, pero sencillas. Por consiguiente, un pueblo que este habituado á estas usanzas, siente mas que nosotros las bellezas de la naturaleza, se aficiona á describir, y hace tambien sobrepujar el paisage sobre el hombre en sus cuadros poéticos. De aquí Denham, Thompson, Cowper, Beattie, Burns, Goldsmith, y una infinidad de otros menores poetas, que no se cansan jamas de pintar la inagotable variedad de la naturaleza. Esta es la parte en que los ingleses aventajan á los antiguos y á los modernos. Esta pasion resplandece tambien en la pintura, en cuyo ramo, el solo en que sobresalgan es el paisage. Sus poetas distinguen el mérito de inocentes adventir tantas sensaciones suaves, que se nos escaparian sin su guia. ¿Quién hubiera descubierto las bellezas de una mañana de invierno, tan bien descrita por Cowper, sin familiarizarse con la vida campestre? ¿Quien sin esta práctica y este amor hubiera podido describir la aldea deshabitada de Goldsmith!... No hay casi un ángulo en la Gran Bretaña que no este ilustrado con versos, mientras muy pocos de nuestros grandes poetas han cantado las bellezas de nuestras campiñas.

Nacion mercantil y guerrera, acostumbrada á los viages, á las guerras, á los accidentes de la mar, á los debates públicos y á los tumultos políticos, está predispuesta á lo gigantesco, á lo estravagante, á lo vario y á lo nuevo.

Viviente bajo un cielo inconstante y nebuloso, está mas inclinada á la gravedad, á la meditacion y á la soledad. Pone en la vida doméstica y en el hogar el simbolo de los placeres. Estar solo no es una pena para un inglés que posee el gran secreto de saber vivir consigo mismo. La melancolía es para el poeta de esta nacion una musa: todos la invocan, todos la honran con el epiteto de divina. Por esto sentenció muy bien madama Staël que "la libertad y la virtud, estos dos grandes productos de la razon, necesitan de la meditacion que naturalmente guia á objetos graves." De allí Young, Harrey, Gray, Macpherson, y aquel tinte oscuro que reina en todas las composiciones inglesas. Parece que la poesía retrueza el cielo bajo el cual vive; en el Mediodía es saludada y risueña, y en el Norte triste y prolcolza.

Su poesía didáctica no se refiere al cultivo de las campiñas, de las viñas, de los olivares, de los naranjos, ni á la pesca del coral ó de las perlas, sino acerca de los deberes del ciudadano y sobre los destinos del hombre. . . . .

Esta nacion siempre anstosa por el progreso de la civilizacion acerca de los gobiernos libres, si no puede corregir la desigualdad inevitable y necesaria de los bienes entre las clases de la sociedad, procura por lo menos allivierlo con la instruccion, y difundir cuanto le es dable los placeres del espíritu. El leer y escribir se ha hecho comun entre este pueblo. Los artesanos tienen en todas las provincias un instituto, tienen para ellos bibliotecas. De aquí creció una literatura adecuada á la inteligencia de las diversas clases de

la sociedad. Cada edad, cada clase y cada sexo, tienen autores para su capacidad, tienen sus propios poetas. Entrando en la casa de un arrendador, ó en el camarote de un capitan de marina, se encuentra una pequeña librería adecuada á sus tareas y á sus costumbres. Igualmente esta nacion se ha servido de la poesía como los antiguos lo hicieron de la música para aliviar los principios de las personas estudiosas. Así se encuentra acerca de ella tantos romances, tantas poesías en lengua escocesa, tantas poesías sagradas cuantas son las sectas religiosas, tantos poetas inferiores como Parnell, Moore Sitletau, Mrs. Barbaud, Hermans... y tambien de los poetas de los mas ínfimos del pueblo como Taylor, renombrado el aguador por su oficio, el zapatero autor del poema "El Arrendador," y de muchísimos otros que el estrangero se asombra sin admirar, ni tampoco sabe entender la necesidad de tantos poetas medianos.

Para muchos pueblos la poesía es un objeto privilegiado de lujo, es un nectar reservado solamente para las personas opulentas. En Inglaterra al contrario; es semejante al Tajo, que despues de haber regado los reales jardines de Aranjuez, distribuye aquí y allá tambien arroyos á las habitaciones rústicas.

Verdad es que este néctar del pueblo es un licor amerado, es una poesía para algunos demasiado humilde y ligera, sin aquel éter, ni aquella sublimidad que constituye la verdadera esencia. Pero ella no por eso deja de apasionar los entendimientos sencillos tanto como la poesía sublime. No todas las personas del bello sexo sienten como madama Dacier el mismo interés por la Iliada. El magestuoso y sublime Milton no es accesible para todos los jóvenes. ¿Como los artesanos podrán conmoverse con el destino de Ifigenia ó con las quejas de Fedra?..... Aquel cuyos utensilios son de oro, ó de plata para los ricos, son hechos de cobre ó de hierro para las clases inferiores, esta nacion tiene una poesía de un metal mas bajo para la juventud, y las clases inferiores.

Descendiente de la austera y belicosa poesía céltica y escandinava, crecida bajo un clima rígido que apaga las pasiones, y entre costumbres acreras, que son el Palas de los gobiernos libres, la poesía inglesa ofrece metamórfosis de amar, aunque diversas de aquellas á que estamos acostumbrados en la nuestra. La poesía inglesa con pocas escepciones es una casta matrona, es una Minerva toda cercada de la clámide. Sus heroinas son una infeliz y fiel esposa cual Desdémona, una inseparable y piadosa hija como Cordilia, una Eva angelical y pura de Milton, una Susinia esposa ejemplar de Thompson, la inmaculada una de Spenser, y en prosa una prudente y afectuosa Camela, una seducida y arrepentida Clarisa, y los modestos amantes de Walter Scott. La lengua ejercita un sumo dominio sobre la poesía. La versificacion inglesa no es tan sonora, ni tan armoniosa, ni tan flexible, y ni tan rica de tonos como la nuestra. Pero la lengua inglesa está tan distante de la poesía, al mismo tiempo que la nuestra de la prosa, y es tal vez otro tanto mas atrevida en las metáforas, sino que es mucho menos abundante de rimas que la nuestra. Por consiguiente no se presta tan fácilmente como la nuestra á todos los metros. La tercerilla, la octava, el soneto, mientras pasan casi desapercibidos bajo la pluma del castellano, hacen fruncir la frente al poeta inglés; el verso suelto ó la rima simplemente rimada, es el metro mas usado en los poemas largos con pocas escepciones. Pero la lengua inglesa á estas desventajas pueden contraponer algunos compensos.

Sus fuertes consonantes le participan velocidad, sus monosílabos le dan admirable fuerza, y el uso de unir las palabras mas frecuentes en la poesía inglesa que en la nuestra, le comunican una mayor acumulacion de pensamientos.

VARIEDADES.

LÁSTIMA

CONTRA JUANA DE ARCO.

DONCELLA DE ORLEANS. (1)

Próxima á su ruina la Francia durante el reinado de Cárlos VII, supo á dos mugeres la gloria de salvarla. Fué una, Juana de Arco, por sobrenombre la Doncella de Orleans, á causa de haber hecho levantar á los ingleses el sitio de Orleans, y haber reconocido su virginidad sus enemigos. Fueron sus hechos prodigiosos, su valor sobrenatural. La historia la ha hecho justicia. Su juicio, y la muerte afrentosa que sufrió inocente, bien merecen reseñarse.

Juana de Arco nació en Dom-Remy el año 1412, de padres labradores, y de modesta fortuna. Fué virtuosa su juventud. Familiarizada con las faenas del campo, en que ayudaba á los suyos, grande fué su robustez. No carecia de belleza, y su semblante tenia una mezcla de gracia y de fiereza natural. Su aire noble, su tez viva, y su frente magestuosa y dulce, prevenian en su favor. En vano la pretendió un amante.

Invadida la Francia por los ingleses, estériles fueron los valerosos esfuerzos de Cárlos y de sus ilustres guerreros.

Fuertemente impresionada la imaginacion ardiente de Juana, y exaltada la piedad á vista de los males de su patria, concibió la heróica resolucion de atajarlos, creyéndose destinada por el cielo á libertarla. Presentóse al gobernador, y le dijo: "Bien sabeis el triste estado de la Francia: Dios ha oido sus lamentos, y se prepara á acallarlos: por lo mismo que es tan desesperada nuestra situacion, mayor será el milagro, y mas digno de la Divina Providencia que quiere servirse de mí para arrojar de nuestro suelo á los ingleses: los mas viles instrumentos son, por lo general, los que escoge para la ejecucion de sus designios."

Asombrado el gobernador de un lenguaje tan estraño en una rústica aldeana y del tono firme y lleno de dignidad con que á los 17 años pronunció estas palabras, cuando con ella en materia, y que da prenuncio de su inteligencia. No creyendo, sin embargo, en su inspiracion, la despidió cortesmente. Sin éxito su propósito, acudió Juana á un caballero de opinion, que en su larga esperiencia descubrió al través de las visiones de que le dió conocimiento, el temple de su alma, que le pareció conveniente aprovechar tratándose del servicio de Dios y del rey. Conferenció al efec-

(1) *El interés que tiene para la historia esta mujer célebre, nos ha movido á estractar su vida y su causa.*

to con el gobernador, á cuya presencia condujo á Juana. "Tal vez me tengais, dijo á este, por una loquilla imprudente; pues bien, sabed que nuestras tropas han sido deshechas en una salida que han hecho de Orleans, y sabed, ya que dudais de que Dios me instruye de estos sucesos, y de que me anuncia otros, que seremos vengados por faustos acontecimientos. Dios hará cumplir su voluntad sin necesidad de vos; mas si vos os resistis á presentarme al rey, yo me presentaré, y él os castigará." Con tanta energía le habló, que intimidado, le ofreció presentarla á la corte. Gloria fué, como se supo despues, la derrota de los franceses por el duque de Bethfort. Su causa estaba en Orleans. Allí se habian reconcentrado ambos ejércitos, decididos á vencer ó morir allí. El combate era continuo, y continuos los rasgos de valor por cada parte, y el sacrificio de víctimas ilustres. Empeorada visiblemente la situacion de los sitiados con la pérdida de que Juana se manifestó enterada, instruyóse al rey de la prediccion de esta jóven, y mandó la llevasen á su presencia. Llena de alegría, viendo abierto el camino que la conducia á la gloria que su genio la ponia delante, púsose en camino, vestida de amazona, y acompañada del gobernador.

No pudo llegar en mejor ocasion. La inclinacion que se tenia á lo maravilloso, y la confianza que inspira en la desgracia cualquier recurso cuando todos faltan, hizo que la corte mirase á Juana como enviada del cielo.

La fe en la Providencia que la religion inspira, favoreció sus planes, adoptados luego sin contradiccion. Se deseaba demasiado el bien para no creerle, y no era posible dejar de abrazarle cuando no se presentaba medio de salvacion.

Cuéntase que, vestido esprofeso el rey humildemente, y confundido entre muchos señores mejor vestidos, se dirigió á él, y saludándole respetuosa, le dijo: "Buen rey, es á vos á quien deseo hablar," y serena, y digna, le aseguró que Dios la enviaba para arrojar de Orleans á los ingleses, y conducir á S. M. á Reims para ser consagrado, pidiéndole armas y soldados con que llevar á cabo esta empresa.

Su juventud y juicio, su gracia y su modestia, y la seguridad con que se esplicó acerca del éxito de su propuesta, interesaron á Cárlos, quien la sometió, sin embargo, al exámen de su confesor, de los doctores, y de algunos miembros del parlamento. A pesar de las tretas de que se valieran, desconcertóles la candorosa sencillez de Juana, y opinaron que podria ser muy bien el instrumento de que se valiese Dios para salvar la Francia. Y para alejar toda sospecha de impureza, fué sometida al reconocimiento de matronas, cuya prueba le costó tantas lágrimas y confusion, como la dió honra, adquiriendo el renombre de *La Doncella*, que le conserva la historia. Decidido el rey por el dicho de una religiosa de Avilon en olor de santidad, la confió las cortas fuerzas que aun pudo reunir, y á cuyo frente se puso, armada de casco con penacho blanco y coraza, y montada en un caballo del mismo color, que manejaba con destreza por no serla estraño este ejercicio. Aun entre los guerreros mas viejos subyugó é impuso la fuerza de su mirada mezclada con la dulzura natural. Fué la primer diligencia de la Doncella ahuyentar de su pequeño ejército las mugeres de mala vida que le seguian.

Llegada á Orleans, desplegó su religioso estandarte, y envió un heraldo á los ingleses requiriéndoles en estos términos: "Rey de Inglaterra, rendios al rey del cielo, y entregadme las llaves de todas las ciudades que habeis usurpado. Enviada de Dios para recobrar todo lo que habeis invadido, os aconsejo os retireis antes que la Doncella os obligue. Y vosotros, lugar-tenientes del duque de Bethford, titulado regente de Francia por el rey de Inglaterra, si no amais á los ingleses que acaudillais, esperimentareis mi valor animado por la ira del cielo, y os serán caras las hazañas de los franceses superiores á todas las conocidas. Escrito el mártes de la gran semana del año 1428.

Juana de Arco."

Despreciaron los ingleses este requerimiento, y aprisionaron al heraldo.

El conde de Dunois, que mandaba en Orleans, salió á recibirla y á protegerla en su entrada. Alborozado el pueblo, tapizó las calles, y mil y mil luminarias hicieron desaparecer la oscuridad que comenzaba. No habia descansado de su viage, cuando á favor de una falsa alarma fué á Blois y entró en Orleans un convoy sin perder un hombre. Al amanecer del segundo dia, atacó el fuerte de Saint-Loup, y se apoderó de él, matando 600 enemigos. Aterrados, abandonaron la primer línea por hacerse mas fuertes en la segunda, y la Doncella fué á ellos con resolucion. Desalentados los generales que la acompañaban por la porfiada resistencia de los ingleses, y entrada ya la noche, iban á retirarse despues de catorce horas de pelear sin tregua, cuando la Doncella les suplica se detengan un poco mas, y levantando al cielo las manos como otro Moisés, vuelve despues de una ferviente plegaria al asalto del fuerte de San Agustin, con tal corage, que le toma, y un gran número de prisioneros, rescatando á su heraldo.

La misma suerte corrió el fuerte de Tourneilles, debilitado por varios ataques.

Sin confianza ya los ingleses en la defensiva, presentaron todas sus tropas en batalla, y la Doncella, no menos prudente que brava, no quiso aceptar el combate, segura de que levantarian el sitio. Así sucedió, con la particularidad de que el sol inmediato, el 8 de Mayo de 1429, se vió libre la ciudad.

(Continuará.)

DISCURSO PRONUNCIADO

POR DON

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

MIEMBRO RESIDENTE DEL INSTITUTO HISTÓRICO DE FRANCIA, EN LA DECIMA SESION DEL OCTAVO CONGRESO, SOBRE LA CUESTION SIGUIENTE:

¿Cuál es la influencia del espíritu del siglo actual en la literatura?

SEÑORES:

Me encuentro siempre con la misma dificultad para espresarme en un idioma que no me es familiar. Desde la última vez que tuve el honor de dirigiros la palabra, no ha trascurrido un espacio bastante grande para que haya podido hacer muchos progresos; pero tambien ha sido demasiado corto para que vosotros hayais olvidado la indulgencia que me dispensásteis.

Si, como tantas veces se ha repetido, la literatura es solo *la espresion de la sociedad*, ¿cómo puede dejar de sentir la influencia *del espíritu del siglo*? ¡Influyendo tan poderosamente en las instituciones, en las leyes, en las costumbres, revolviendo, por decirlo así, la sociedad hasta su fondo, se habia de tener en la superficie? *El espíritu del siglo* puede compararse á la atmósfera, que ejerce una influencia muy grande en muchos fenómenos de la naturaleza, al paso que en parte alguna se siente su peso.

Pero, se dirá, hay siglos que no tienen carácter pronunciado, cierto: como hay tambien personas que carecen de fisonomía. Pero cuando un siglo se parece demasiado al que le siguió, esto prueba únicamente que las naciones permanecen alguna vez estacionarias, hasta que un suceso estraordina-

rio ha cambiado su situacion, dándolas un nuevo impulso. Este se hace sentir entonces por do quiera. Así sucedió en tiempo de las *Cruzadas*, así sucedió mas adelante, cuando la época del *renacimiento*.

Véase la literatura en los siglos XV y XVI: es eminentemente *clásica*. Acaban de desenterrarse los monumentos antiguos: se han encontrado las obras maestras de Grecia y de Roma; hay admiracion, hay éxtasis. . . . Nosotros, menos entusiastas, paramos sin embargo nuestra atencion, con una especie de respeto religioso, en una pobre lámpara, ó en un pequeño vaso de barro cocido, que se acaba de descubrir en Pompeya. . . ¡Han pasado por tantos siglos!

¿Cuál no debió ser, pues, la admiracion que causaron tantos tesoros del arte, tantos libros preciosos, encontrados á la vez y como por milagro! Se les dedicó una especie de culto; hubo el mas vivo interés en reproducirlos, en imitarlos. La literatura, pues, debió ser enteramente *clásica*; y la Italia, que era la primera en seguir las huellas de los antiguos, debia llevar la bandera.

España, Francia, las demas naciones de Europa, se aproximan mas ó menos en aquella época, al gusto de Italia: adviértese este en la poesía, en la prosa, en los géneros mas distintos. . . Si se escribe la *historia*, se procura imitar á Tito Livio en su elegante adorno, ó la sencillez varonil de Salustio, ó la profundidad un poco áspera de Tácito; pero siempre se imita. . . . Solo las *crónicas* y los *anales*, que no podian fundirse como la *historia* en los moldes de los antiguos, conservan el tipo original de cada país. ¡Por esto son tan verdaderas, tan sencillas!

Si escribian en *Poema épico*, tomaban por modelo á Homero, ó á Virgilio. Si querian cantar los campos, no iban á recorrerlos para copiar sus bellezas segun la naturaleza, preferian encerrarse en el gabinete, para convertirse allí en débil eco de las *Egicgas* ó de las *Geórgicas*.

En el *teatro* sobre todo, produjo desagradables consecuencias la imitacion de los antiguos, llevada al exceso; el drama por *ser* demasiado *clásico* jamas podia llegar á ser *popular*; era una especie de *anacronismo*.

Véanse los esfuerzos de los italianos para salir bien en aquella carrera; casi ninguno de ellos tuvo buen éxito. Sus obras dramáticas, mas celebradas entonces, han quedado en las bibliotecas, y no sobre la escena; es decir, que no habian nacido vividoras. Para que el drama marchase, preciso era quitarle sus trabas; debia corresponder con las pasiones, los sentimientos, las costumbres del público, puesto que no se dirigia ni á los griegos ni á los romanos, sino á los franceses, á los italianos, á los españoles.

Si no estoy engañado, Lope de Vega fué el que mayor influencia tuvo en la creacion del teatro moderno; y fué precisamente porque vistió la comedia con el trage del *país*. El teatro de Lope lleva ya el *sello de su siglo*.

Hácia la misma época apareció en Inglaterra otro genio, que siguió la misma marcha, aunque por diferentes caminos, y ambos consiguieron su objeto. El uno creó el teatro de España, y el otro el de Inglaterra, porque cada cual de ellos supo ser el poeta de su tiempo y de su nacion. Lope de Vega tuvo la ventaja de formar escuela y de tener un gran número de ilustres sucesores, Shakspeare quedó sin heredero y sin rival. Apareció solo, aislado, mas grande todavía, como un monumento magnífico en medio de un desierto.

Las circunstancias en que se encontró España con respecto á la Europa, en una época de grandeza y poder que harto pronto le costaron, contribuyeron sin duda á que el teatro español, tuviera mucha influencia sobre el de las otras naciones, aun las mas adelantadas. A él debeis, señores (Voltaire es quien lo ha dicho), *la primera tragedia buena y la primera comedia de costumbres*. No he temido apelar á este testimonio tan lisonjero para mi patria: no puede ofenderse á una nacion que posee á Corneille y Moliere.

Debe pararse tambien la atencion en que la comedia del teatro español, á que hace alusion Voltaire, era enteramente *castellana*: el héroe, el asunto, el sesgo. Nada se podia tomar prestado de los antiguos, cuando se trataba de los amores y hazañas del *Cid*. En la comedia de Alarcon, *la verdad sospechosa*, que dió á Corneille el asunto de algunas hermosas escenas del *Menteur*, nada hay, como en el *Cid*, que recuerde el teatro de los antiguos: hasta el mismo vicio, que por decirlo así, se oculta á la vergüenza ante un público burlon y maligno, parece ser un vicio moderno. ¡Tal vez los *embusteros* eran en número mas reducido cuando se erigian altares á la *verdad*! Despues de la Italia y de la España, llegó su vez á la Francia: y no puede quejarse, su imperio fué largo y hermoso.

En el siglo XVII el cetro pertenecia de derecho á la Francia: era el *siglo filosófico*, y la *literatura* lo fué tambien.

La filosofía domina por todas partes: penetra en los gobiernos, en los códigos, en los palacios de los monarcas, lo mismo que en el retiro de los sabios y de los literatos: reina cual absoluta soberana.

Se ha hecho un cargo á Luis XIV de haber dicho con orgullo: *el Estado soy yo*. Creo, al contrario, que era demasiado modesto limitándose á la Francia; nosotros hemos llevado mas allá el elogio, la lisonja. si se quiere, hácia aquel monarca: llamemos á su siglo *el siglo de Luis XIV*. Parece que al que lo siguió inmediatamente podria llamársele *el siglo de Voltaire*; lo que prueba con elocuencia mismo de su grandeza, cuan grande y poderosa era la influencia de la filosofía.

Si en medio de su triunfo se muestra un poco exigente, hasta caprichoso, la culpa no es suya; era jóven y hermosa, y se la hacia demasiado la corte. Extiende por do quiera su imperio, no sufre que nadie le divida con ella, no tolera contradiccion, quiere que hasta los hechos obedezcan á su voluntad: los estiende, los recoge, los hace entrar, de buena ó mala gana, en su lecho de Procusto. Con riesgo de falsificar la *historia*, solo la ve, por decirlo así, al través de un vidrio de color.

La *novela* misma es invadida por el espíritu filosófico: no le bastaban los cien volúmenes de la *Enciclopedia*. Levanta la voz con un tono un poco magistral, hasta en los tocadores de las mugeres hermosas, y en las cabañas de las pastoras. Ni la *Egloga*, ni el *Idilio* consiguen librarse del todo del contagio universal.

Menos sun el *teatro*. El teatro, llamado con tanta frecuencia *la escuela de las costumbres*, ¿cómo habia de librarse de la férula de los que se creian destinados á ser los *reformadores* y los dueños del género humano! En mi concepto, esa invasion de la filosofía en la escena, fué la que causó un gran perjuicio al teatro; las musas se afligieron por ello. ¡Por qué no dejaries al menos aquel asilo: en Grecia tenian su templo, y ellos dejaban á los filósofos el pórtico y el Liceo!

Puede observarse entre el número de las estravagancias del siglo XVIII, digno bajo tantos aspectos de estudio y de interés, que al paso que se demolia todo para rehedificar de nuevo la sociedad; al paso que nada se respetaba, principiando por las creencias, se tenia una veneracion supersticiosa á los preceptos de Aristóteles ó de Horacio; en aquella época, solo el *código de Boileau* podia llamarse *sagrado*.

Pero bien se disfrace el espíritu filosófico con la máscara de *Mahomet* ó de *Bruto*, bien se presente en la escena lloroso y lánguido, en los dramas de Diderot y de sus discípulos; bien aparezca vivo y bullicioso bajo el trage de *Figaro*, con la guitarra en la ma-

no, para ocultar mejor sus dardos acerados, siempre hay la misma tendencia á apoderarse tambien del teatro. Quiere colocar allí un nuevo arieto contra la sociedad antigua, que cruge ya y se desploma.

Una revolucion nos separa de aquellos tiempos. Tal vez es debido á este suceso, de una estension inmensa, el que el siglo actual, bajo muchos aspectos, se parezca poco al que le ha precedido inmediatamente.

El siglo XVIII temia, si me es lícito espresarme así, todos los caractéres de la adolescencia: era inesperto, confiado, amigo de aventuras; gustaba de las teorías, de los sistemas, y se dejaba mecer por ilusiones y esperanzas. Nuestro siglo muestra mas bien las cualidades de la edad madura: es frio, calculador, hace poco caso de las teorías, y no tiene gran pasion por los sistemas. Ha perdido tanto la ilusion de todo, que se ha apresurado á tomar el nombre de *positivo*, para que no se le llame egoista.

El siglo XVIII profesaba principios fijos, se espresaba por medio de aforismos, pronunciaba oráculos. El siglo actual se ha hecho mas modesto, á fuerza de equivocaciones: examina, duda y procede por ensayos. No tiene completa fe, ni en la verdad, ni en el error.

El siglo XVIII hacia ostentacion de impiedad, y miraba con desdeñosa sonrisa la religion de nuestros padres, como una preocupacion antigua. Nuestro siglo profundiza mas la ciencia, y se hace cada dia mas religioso. Proviene esto tambien del cansancio, la duda le atormenta, y ama sobre todo el bienestar. (*Continuará.*)

JENNY LIND.

CARGA ANGLO-AMERICANA.

Impresor, trazad una línea gorda de separacion, y levantad una montaña de tinta inglesa entre el artículo anterior y la cantora Jenny Lind; pues las cien trompetas de la fama, multiplicadas por los ecos del Océano, nos obligan á hablar de este *Ruiseñor* sueco, celebrado por todos los *patos* americanos. No es culpa nuestra el que en la vida anden mezclados los dramas y comedias, ni los augustos dolores y las cargas. Carga es la palabra: la aceptamos. ¡Carga en seis tiempos! Leed antes este curioso capítulo de nuestras costumbres en general, y de las costumbres yanquesas en particular, traduccion libre y templada de varios centenares de columnas de gacetas gigantescas de la Union.

Primer tiempo: El ruiseñor sueco, descubierto en Alemania por M. Meyerbeer y alquilado á tanto por dia por M. Barnum, especulador de entusiasmo lírico, en una palabra, Jenny Lind desembarca en Nueva-York. Se abruman sobre el muelle por verla: se desloman en las calles, y se ahogan en las puertas de su palacio. Fórmase la lista de los inutilizados, pidiendo por ellos al congreso pensiones nacionales. Por la noche, gran serenata bajo las ventanas del *Ruiseñor*; y se imprimen los nombres de los músicos y los de los espectadores para hacerlos conocer al universo entero.

Segundo tiempo: Todos los paquebotes y caminos de hierro de los Estados-Unidos no son suficientes para los convoyes de recreo que traen á los oyentes de los cuatro puntos del horizonte. Las diputaciones de magistrados y de señoritas, los ramilletes, las joyas y los pasteles de hígado se suceden en casa del *Ruiseñor*. Sale en coche. Su cochero no puede abrir camino entre el gentío. Desatan los caballos y arrastran el coche. Cuatro señadores llevan los cordones de la carroza. A la vuelta se disponen los pormenores del primer concierto. La sala contiene ocho mil asientos. Se ofrecerá cada billete por seis pesos —¡Por tres pesos! esclama el *Ruiseñor*; quiero que me oiga todo el mundo.—Poco me importa, se dice M. Barnum á sí mismo; venderé los billetes en pública subasta al que ofrezca mas. Llegan enviados de todos los Estados de la Union. Todos ofrecen cinco mil pesos y una sala hecha de intento para obtener la gracia de un concierto. ¡Pero qué significa ese movimiento y esas piezas de artillería arrastradas por seis caballos! Son veinte pianos de cola que los artífices americanos regalan al *Ruiseñor*. Inmortalizará cada uno de estos instrumentos con una sola y simple nota, y entonces los artífices no cederán en nada, ni á Pleyel, ni á Erard.... Jenny Lind da las gracias, ensaya y devuelve los pianos. Entusiasmo de los fabricantes, que lo habian previsto, y que así venderán sus cajas á peso de oro bajo el nombre de *pianos del Ruiseñor*. El dia termina por una gran comida, cuyos brindis publicarán los periódicos en treinta columnas (tipo pequeño) y por el recibimiento de los quince veintes de New-York, á quien Jenny promete cantar en su obsequio. Los ciegos, que no son sordos, empiezan á gritar como si lo fuesen. Por la noche baile de máscara, donde se aguarda en vano al *Ruiseñor*, pero en donde las grandes señoras parecen vestidas de vivanderas de la *Fille du Régiment*.

Tercer tiempo: La procesion de las autoridades civiles, militares y religiosas: sí, religiosas. El obispo protestante Hugues va á *pagar su tributo al Ruiseñor* (textualmente). El presidente de las bellas artes conduce á Jenny á la esposicion de los cuadros. El *Ruiseñor* canta un himno á cada corteza americana; Rafael, Ticiano y Lesueur no son nada en comparacion de MM. Church y Landscape.—¿Los conoceis?—¡No!—¡Ni yo tampoco! Hacen una colacion en medio de veinte brindis. Entregan á la cántica el libreto del salon encuadernado en zapa. —¡Estoy encantada! esclama ella.—¡Y yo tambien! dice el presidente.—Bravos frenéticos.

Cuarto tiempo: Publicacion en los periódicos de los nombres de todos los nuevos yanques que se han inscrito en casa de *Ruiseñor* con sus señas y la lista de las mercancías que venden al precio mas módico. El *reclamo* no pierde nunca sus derechos. Concurso entre 753 romanzas envidas á la cantatriz por los compositores del pais. Una junta *ad hoc* corona con doscientos pesos la cancion número 433: *Welcome to America* (Salud á América). El *Ruiseñor* la cantará en el primer concierto. La fortuna del autor ya está hecha. Puede dejar de tener talento, pero aprovechar este privilegio.

Quinto tiempo: Venta de los billetes en almoneda. Algunos de ellos suben hasta doscientos veinticinco pesos siendo estos de los peores asientos..... pero los mas próximos al *Ruiseñor!*... La oirán muy mal, pero casi la tocarán y podrán tirarle un ramo á cada nota. Uno de ellos compró un sombrero que, habiéndose hecho célebre así, piensa ganar mil dolares con los sombreros que venderá durante el *mes*.

Sexto tiempo: Concierto.—Bravos, palateos, estremos, truenos de aplausos, versos, diamantes, flores, &c. &c., recaudacion, 20,000 pesos.

Post scriptum. Los americanos de los Estados-Unidos tienen la justa reputacion de no comprender la música. Son los primeros comerciantes y los últimos *dilettanti* del mundo despues de los ingleses. Si los ilustres compositores de los trozos cantados por Jenny Lind tuviesen la idea de querer figurar en New-York al lado de ella, no recibirian ni tan solo un apiauso quizá, y sí patatas cocidas. Ahora bien; ¿quién es esta Jenny Lind? He aquí su biografía exacta.

Nació en Stockholm el 6 de Octubre de 1820. Su padre, que tenia un colegio de señoritas, la colocó en el Conservatorio bajo la direccion del profesor Borg. Principió en 1840 con

mediano éxito en su ciudad natal. En 1813 M. Mayerbeer la hizo entrar en la Opera de Paris. Madame Stoltz la alejó de ella diestramente. Desde este golpe que no merecia, Jenny Lind detesta la Francia y se venga de ella en todas las partes del mundo. Ha recibido tan mal á M. Duponchel en Lóndres, que este ha estado á punto de declarar la guerra á la Suecia. Cuando la cantatriz viene á Paris, dice á todos:—¡Aquí me teneis! Miradme bien; entridiadme, pero ¡jamas me oireis!

Sus compatriotas, abrazando como propia su causa, la llevaron hasta las nubes á fines de 1843. Fué desde entonces de triunfo en triunfo en Berlin, en Viena y en Lóndres. Cuando salió de esta ciudad, hicieron salvas de artillería.

Jenny Lind no es bonita en la acepcion rigurosa de la palabra. Su cara es agradable y su talle muy comun; pero tiene un encanto particular en el suave mirar de sus ojos y en la rubia opulencia de su cabellera. En fin, todo es original en ella: su fisonomía, su metal de voz, su talento y su carácter. Posee un soprano encantador, un método escelente y un charlatanismo irresistible. Lo que no sabe cantar para el oido, lo sabe cantar para la imaginacion. Se agita uno, entusiasmado sin saber cómo, ni por qué. Su accion es sóbria, elegante y gracioso. Sus papeles de *bravura* son la *Sonnámbula* y *la Hija del Regimiento*.

En cuanto á sus medios *artificiales*, los varia segun el pais. En Suecia se la cree prometida á un pastor dinamarqués, á quien ha de traer algunos millones en dote; en Berlin, al heredero de un gran banquero escocés, y en Viena á un pequeño príncipe que le aguarda en su pueblo. En Lóndres va á dejar el teatro despues de cada representacion, é irse á encerrar en una chocilla ó en un claustro. Estos estudiados rumores estimulan á los curiosos, empeñan la corte y la ciudad, y hacen subir las recaudaciones á sumas fabulosas. Añadid que el *Ruiseñor* llora cuando le aplauden, lleva su mano al corazon y dirige al público besos propios de niños. Añadid todavía que, sin abandonar la línea del deber, ha penetrado en las cortes de Europa y ganado la amistad de los mas altos personages. En fin, añadid que entiende sus intereses como el mas rico hacendista de la Bolsa. No se ha embarcado para los Estados-Unidos, sino despues de recibir 750.000 francos de antemano sobre el producto de ciento cincuenta conciertos que debe dar en diez y ocho meses, sin perjuicio de un ciento por ciento de los beneficios, de un paquebote á sus órdenes, de un palacio y de un carruage de príncipe, de diez y siete criados, de una mesa diaria de veinticinco cubiertos, y de ciento ochenta y siete mil pesos para su acompañador Benedicto y para su parcionero Belleti. ¿Creeis quizá arruinado á M. Barnum con semejante ajuste? ¡Desengañaos! Su contrata es tan buena, que veinte especuladores se hallan dispuestos á subarrendar el *Ruiseñor* á ciento por ciento de beneficio.

Terminemos arrojando tambien nosotros nuestro ramillete á Jenny Lind. Ha dado en New-York á los pobres diez mil pesos ganados en su primer concierto. Y en todas partes donde el oro anda rodando á sus piés, dota ricamente los hospicios, las escuelas y los albergues de niños. ¡Bravo! y mil veces bravo!... Pero ¿por qué anunciar tales favores por medio de los administradores y los papeles públicos? ¿Estos reclamos no hacen ver que el orgullo entra por mucho ó tanto que la *caridad*? Si estas limosnas fueran tan secretas como el socorro de la viuda, en vez de gritar: ¡Bravo! gritaríamos: ¡Bravísimo!

(El Mundo pintoresco.)

VARIEDADES.

CAUSA

CONTRA JUANA DE ARCO,

DONCELLA DE ORLEANS.

(CONTINUA.)

Mas de siete mil hombres costó á los sitiadores la Doncella. Tantas y tan sangrientas fueron las jornadas en que salió victoriosa. Todos los dias iba á despertar á los ingleses, quebrantados al fin de esta fatiga incesante.

Ella misma se encargó de noticiar al rey tan fausto acaecimiento. "Gentil delfin, le dijo arrodillada abrazándole las piernas, ventú á consagrarce á Reims-Orleans; es libre."

La corte se entregó al mayor júbilo, y para conservar Orleans la memoria de las hazañas de la Doncella, erigió en el puente un monumento con un crucifijo, teniendo á sus piés y arrodillados, al rey y á Juana, armados completamente.

Reanimados los partidarios del rey, volvieron á la guerra por no perder la ocasion que se presentaba de hacer fortuna. Uno solo, el condestable de Richemont, se unió al rey con doce mil infantes y mil doscientos caballos que reunió. En esta ocasion prestó la Doncella un servicio importante. Dudábase de las intenciones del condestable, y se la encargó los sondease antes de atacarle. Resultado de unas esplicaciones, fué contar la Doncella con tan considerable refuerzo.

Encerra los los ingleses en Gergeaux, pidió al rey le permitiese atacarles. Concedido, y las tropas del duque de Alenzon, ganó la fortaleza por asalto, yendo á la fortaleza de los flanqueadores con espada en mano y su estandarte, y á pesar de haber sido echada á tierra con una piedra enorme.

Beaugency y Meun fueron tambien tomadas á viva fuerza. De la situacion á que tantos reveses habian reducido al ejército invasor, puede formarse idea por una carta que escribió el duque de Bedford, su gefe, al rey, su sobrino, y fué interceptada. "Vuestras tropas, decia, han sufrido terribles golpes en Orleans y otros puntos, golpes de que ha sido causa la confianza que ha inspirado al enemigo una muger infernal, discípula de Satán, á quien llaman la Doncella, la cual se ha valido para conquistarla de encantamientos y sortilegios. La retirada de Orleans ha desanimado al ejército. El contrario se me acerca numeroso."

Así era. El 28 de Junio de 1429 perdieron en Patay cerca de cinco mil hombres los ingleses, á pesar de su valor. Prodigios hizo en aquel dia

la Doncella, siempre en el punto de mayor peligro; y animando siempre á los soldados, les inspiró, escitando solícita á todas partes, un arrojo sobrehumano. Habia ganado su corazon y su entusiasmo.

El ejército estaba ya bajo la mas severa disciplina, gracias á la Doncella, adorada del pueblo por su interes en el alivio de sus males, y su familiaridad con los humildes.

En la creencia de que, consagrado el rey, se rendirian de suyo los demas puntos que ocupaba el enemigo, mucho trabajo costó á la Doncella detenerse al rey tres dias, que creyó ser suficientes para tomarles antes. Al cabo de ellos, su valor de todos los dias hizo al rey dueño de Troyes, Chalons y otras plazas, consagrándose así con el prestigio de la victoria y de la posesion del reino.

Acuñóse entonces una medalla en honor de la Doncella, con su efigie en un lado, y en el otro una mano con una espada y esta leyenda: *Consilio confirmata Dei.*

Acércase la desgracia de la Doncella. A la aproximacion del ejército real, se despliega el de los ingleses, y toma el rey consejo de los generales: todos menos ella opinan por seguir a París, y ya el rey á ponerle cerco. Herida, y hecha retirar del asalto, fué tanta la pérdida que los sitiadores esperimentaron en sus vigorosos ataques, y tan tenaz y bien organizada la resistencia, que se vieron obligados á levantar el sitio, escasos por otra parte los subsistencias.

Reforzados con los del duque de Borgoña se disponian los ingleses á reconquistar algunas plazas. Entonces dijo la Doncella, que habiendo hecho levantar el sitio de Orleans y consagrarse al rey, habia cumplido su mision y deberia volver á apacentar sus ganados. Pero necesitando todavia sus servicios la buena causa no titubeó, amante tambien de la gloria, en continuarlos. Si entonces se hubiera retirado, no habria sido trágico su fin, ni afearia la historia de Inglaterra el cobarde asesinato de esta muger heróica y exaltada. Verdad es que entonces no habria ofrecido la de Juana de Arco el doble interés de sus desventuras, ni realzado estas tanto á los ojos de la posteridad su figura interesante.

Encargada de la persecucion de Franquent, famoso capitan borgoñés, que hacia una guerra de vandalismo, le desafió personalmente por economizar la sangre de los valientes que mandaba. No aceptó Franquet, y á poco cayó prisionero, costándole la vida, á cuya pérdida estaba de antemano sentenciado.

Sitiada Compiegne por los del duque de Borgoña, encerróse dentro la Doncella el 25 de Mayo de 1430. Para desbaratar las obras del enemigo, hizo despues de otras, coronadas del mejor éxito, una salida, y por favorecer la retirada de los suyos, quedóse como siempre, á retaguardia. Entradas apenas sus tropas, álzase el puente levadizo, y queda en poder de los ingleses.

Muchos y muy respetables historiadores creen que esta fatalidad fué obra de la traicion de tantos envidiosos de sus glorias. Abandonada despues á su propia suerte, no es infundada esta opinion. Se hace increible que una persona tenida entre todos por divina, tan distinguida por sus hazañas, que habia salvado á Orleans, que habia libertado á la Francia, cuando ni esperanza quedaba de su remedio, fuese pérfidamente vendida al estrangero por sus compatriotas mismos.

El rey y todos los buenos franceses recibieron esta dolorosa nueva con el mas profundo sentimiento, y comprendieron la gravedad de esta pérdida, que celebraron locamente los ingleses, rebajándose en la importancia que la daban, y atribuyendo á magia y sortilegios lo que era efecto del valor y prendas militares de su ilustre prisionera. Trasladada á Ruan, fué objeto en su tránsito de los mas crueles, de los mas

injustos, de los mas afrentosos tratamientos.

La duquesa de Bethford en su bajo deseo de hacer pasar á la Doncella por una muger licenciosa, la hizo reconocer por matronas, cuyo informe no correspondió á su propósito, costando á su pudor de la Doncella, abundantes y amargas lágrimas esta segunda prueba vergonzosa. Parecia imposible que una muger jóven hubiese conservado su pureza por tanto tiempo en el desórden de los campamentos, en los peligros de la guerra. A prueba de la corrupcion de su siglo, la Doncella no dió jamas en su corazon entrada al vicio.

Burlados en su designio de hacerla pasar por una muger desarreglada, y mortificado su orgullo, apelaron los ingleses á la heregía y á la mágia, atribuyéndola estas cualidades para que fuese considerada como emisaria de Satanás, como depositaria de su poder, no como su heróica vencedora.

Aquí comienza el proceso. Fueron nombrados para juzgarla, ó mejor dicho, para matarla, el obispo de Beauvais, un inquisidor, y otro eclesiástico. Para su acusacion se echó mano del mayor malvado de su tiempo.

Nula era esta causa. Prisionera de guerra, era su crímen su intrepidez constante, su talento, sus atractivos, sus hazañas, sus victorias sobre los ingleses.

Comenzó el proceso por una órden del rey de Inglaterra concebida en estos términos:

"Enrique, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Inglaterra, á todos los que las presentes vieren, salud. Es notorio que una muger conocida por la Doncella Juana, despues de haber trocado por el vestido de su sexo el del nuestro, ha hecho ejecutar muchas muertes, diciéndose enviada de Dios, seduciendo á su pais, y abusando de su credulidad, y manifestándose en todas partes, sabedora de los secretos divinos, practicando muchas idolatrias, y cometiendo crímenes contra la fe católica. Pero en tanto que ella se entregaba á estos desórdenes, nuestros soldados la han cogido prisionera, y habiéndonos rogado nuestra querida universidad de Paris ordenásemos que se la formase causa por el tribunal eclesiástico, atendido el interes de la religion.

"Por este motivo, por la reverencia y el honor del nombre de Dios, mandamos que dicha Juana sea entregada al reverendo padre en Dios el obispo de Beauvais para que la juzgue. Tambien mandamos á todos nuestros oficiales franceses é ingleses que no pongan impedimento alguno al obispo citado, prestándole al contrario los auxilios necesarios. Es nuestro propósito corregir de sus estravíos á Juana, si no estuviese convicta de los crímenes que se la imputan. Dado en Ruan el año 1431."

Respetada la castidad en esta ordenanza-acusacion, hasta sus mas furiosos enemigos se vieron obligados á respetar su virtud.

El promotor Estivet la acusó de hechicera, adivina, profetisa falsa, de invocar y conjurar los espíritus malignos, de sediciosa, escandalosa, de turbar el reposo comun, de haber olvidado la decencia y el decoro de su sexo, vistiendo de hombre y de hereje, consintiendo ser reverenciada, adorada, y besadas sus manos y ropas. A estos se redujeron los crímenes de que fué acusada, y que abultó con las frases que le sugirió su odio inglés, y la distincion de su comunion católica.

Alma de tan monstruoso proceso fué una informacion de testigos buscados *ad hoc*, y que no podian olvidar, al ser llamados, la declaracion de que se les habia instruido, porque aborreciendo á la Doncella de corazon, no les faltarian palabras para perjudicarla. Era menester que fuese Juana hechicera y maga, que tuviese pacto con el demonio; un valor tantas veces funesto á los orgullosos ingleses, no podia ser sino un valor infernal. No podian tragar que una muchacha les hubiese derrota-

do tantas veces, que les hubiese quitado la Francia, y solo su muerte, solo una venganza indigna de una nacion grande, y contraria al derecho de gentes, podia aplacar su irritacion.

Ilustrada la declaracion de los testigos, escusado es recordarlas, arregladas todas á la instruccion que les dió el promotor fiscal. Pero si por repugnante debemos apartar la vista de ese cuadro, llevémosla al que nos ofrece el interrogatorio que sufrió la Doncella, y de que haremos un estracto.

Vino á decir la Doncella que muchas veces habia oido una voz del cielo acompañada de una gran claridad, animándola á hacer levantar el sitio de Orleans, y obedeciendo y sintiéndose con valor para esta empresa, dió cuenta de este suceso al gobernador de su provincia, de quien fué al fin conducida y protegida en su presentacion al rey, y quien la hizo vestir de hombre; que jamas habia visto hechiceras; que la voz que habia llegado á sus oidos era de Santa Margarita, San Miguel y Santa Catalina, á quienes habia hablado; que se habia vestido de hombre por mandato espreso de Dios, y que lo mismo habria hecho sin la voluntad del cielo, porque el decoro y buen parecer tambien se lo prescribian en medio del ejército, en lo mas rócio de los combates.

Preguntada si habia usado de algun escudo de armas, contestó negativamente, y que habiendo rehusado el que la ofreciera el rey, se le dió á sus hermanos. Se la hizo cargo de haber exigido esta distincion por satisfacer su vanidad.

Tambien se la hizo de haberse tirado desde la torre de Beurevoir, estando prisionera, con el fin de suicidarse, confesó el hecho, pero no la intencion que se la atribuia, sino la de salvarse.

Dijo asimismo que habia sido objeto de cariño, mas no de la adoracion de los franceses; que si la habian besado las manos y aun sus ropas, habia sido contra su voluntad, sin poder resistir al entusiasmo que causaba; que habia prometido al rey la primer vez que le saludó hacer levantar el cerco de Orleans, consagrarle y vengarle de sus enemigos; y recordando que habia realizado sus propósitos, se creia, si no superior á los demas, protegida por la Providencia.

Reconvenida de haber impedido se hiciese la paz, respondió que tal era la voluntad de Dios, y que la paz no se haria mientras los ingleses pisasen el suelo francés, habiéndola estos rechazado cuando ella se la propuso.

Se la hizo tambien cargo de haber hecho morir á Franquet, y contestó que era un ladron condenado con anterioridad á su muerte.

(Continuará.)

DISCURSO PRONUNCIADO

POR DON

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

MIEMBRO RESIDENTE DEL INSTITUTO HISTÓRICO DE FRANCIA, EN LA DECIMA SESION DEL OCTAVO CONGRESO, SOBRE LA CUESTION SIGUIENTE:

(CONCLUYE.)

En asuntos políticos se advierte la misma diferencia: el siglo anterior tenia enteramente el *fanatismo de secta;* queria sujetar al gobierno de las naciones á fórmulas matemáticas, tan rigurosas como inmutables. Para nada tenia en cuenta las tradiciones antiguas, las leyes, las costumbres: todo debia estar compuesto, arreglado segun las reglas de una perfecta simetría. Era el sistema de Le Notre, llevado desde los jardines al gobierno de los pueblos.

En *filosofía*, el siglo último no se muestra menos sistemático, ni menos exclusivo; dejóse arrastrar por el mismo espíritu que le estravió en *religion* y en *política*. A fuerza de someterlo todo á las reducidas dimensiones de su compás, llegó casi á hacer del hombre una *máquina*, una estátua, que siente y se mueve por casualidad.

En nuestro tiempo, el espíritu filosófico se muestra tanto mas desembarazado y mas libre, en cuanto no se arrastra por la tierra temeroso de mirar al cielo. La *metafísica*, haciéndose mas *espiritualista*, ha prestado un auxilio muy poderoso á la *moral*; y ambas pueden abrazarse en adelante sin desconfianza, al lado de la religion.

Volviendo, señores, á nuestro asunto, vemos hasta qué punto el *espíritu del siglo hace sentir su influencia sobre la literatura*. Ningun sistema exclusivo, ninguna teoría exagerada; en la sociedad de las letras, lo mismo que en la sociedad política, se teme á los *absolutistas* y á los *niveladores*. Cuantos esfuerzos se han hecho para destruir las antiguas reputaciones, han quedado sin efecto, y los grandes hombres de otro siglo permanecen aún sobre su pedestal. En el dia no se adoran ídolos; pero tampoco se hacen pedazos para impedir la idolatría.

Durante el siglo último, la obediencia á los preceptos del arte se habia llevado hasta la supersticion; se ha verificado despues una reaccion en sentido contrario, y todo se ha querido trastornar. ¡Siempre el mismo espectáculo: tras el *despotismo*, la *anarquía*! ¿No tendremos jamas *libertad*?

Algo es ya ver el espíritu, independiente y sábio al mismo tiempo, que se aplica á ciertos estudios, por ejemplo al de la historia. En el siglo XVI, la historia *merecia* mas bien *literatura*; en el XVIII, hacia ostentacion de *sistemas*; en nuestros tiempos, busca sobre todo los *hechos*.

El mismo espíritu que ha inducido á la generacion actual á rehacer los estudios históricos, se ha hecho sentir tambien en la *novela*; y al lado de las *ficciones*, se han deseado encontrar *hechos verdaderos*. Si no es un género nuevo, puede decirse por lo menos que ha tomado en nuestros dias una nueva forma. La *novela* se ha hecho menos locuaz y mas *dramática*; hace obrar á sus personages, en vez de hacerles disertar, presenta á nuestra vista cuadros verdaderos; se aproxima á la *crónica*, de la cual toma preciosos detalles; y en manos de los grandes maestros, llega á ser algunas veces *mas verdadera que la historia*.

El lagrimoso de la antigua novela nos encontraria ahora un poco enfriados; y las lecciones de elevada filosofía que en otro tiempo se daban en ellas, corrian gran peligro de provocar nuestro sueño. Este siglo no es contemplativo ni pensador; gusta del movimiento, de la accion: busca algo de *positivo*, aun en la novela que le ha de entretener.

Por una causa casi parecida, cayeron en el olvido algunos géneros de literatura muy apreciados en otro tiempo; y fuera preciso mucho talento para devolverles su antiguo brillo. Nosotros, hijos y herederos de una revolucion; nosotros que hemos visto, con nuestros propios ojos, tantos Estados trastornados, tantos reyes destronados ó proscritos; nosotros que hemos visto á Napoleon en Santa Elena, ¿podemos acaso tomar un interes muy vivo por las ficticias desgracias de Coridon ó de Tirsi? La *Egloga* y el *Idilio*, que son el encanto de los tiempos tranquilos, correspondian maravillosamente á la corte de Leon X ó de Luis XIV. Cuando se festidiaban en Versalles, ¿por qué no pasar en los campos?

Los pastores y pastoras, con el sombrero lleno de cintas en la cabeza, y el cayado en la mano, eran solo genios de la corte, tanto en las *Eglogas* como en los *bailes*.

Como el siglo actual no gusta del

afeite y del colorete, tampoco puede complacerse en aquel género falso y contrahecho; ademas, no es ya bastante sencillo ó inocente, para encontrar un verdadero encanto en las bellezas de la naturaleza. El *género pastoral* no es ya para él de ningun modo.

Se ha pretendido que la *fábula* habia tenido su origen en el Oriente, y que el deseo de dar lecciones á los poderosos, sin atraerse demasiado su cólera, le habia creado. Si este hecho es cierto, como parece verosímil, esplica tambien por qué la *fábula* está casi abandonada en nuestros dias. ¿Hay acaso algun hombre bastante poderoso cuya cólera pueda tenerse? Aquel inocente artificio ha llegado á ser del todo inútil, á lo menos con respecto á los reyes; tal vez será preciso emplearle para decir la verdad á los pueblos.

El *cantar un poco infantil* que ocultaba la *poca malicia de la fábula* y que formaba su encanto, en nuestros dias estaria fuera de lugar. En otro tiempo se podia *ser fabulista y buen hombre;* ahora es preciso llevar en la mano el pincel de *Juvenal*, para mostrarnos á los *animales pintados por ellos mismos*.

No me atreveré á decir si es posible ó nó componer un *Poema épico*, capaz de dispertar bastante interés para llegar á ser enteramente popular; pero no vacilo en afirmar, que una obra maestra semejante, en los tiempos que corren, se ha hecho mucho mas difícil. ¿Hay en la historia ó en la fábula algun hecho tan grande, tan maravilloso como los que nosotros mismos hemos visto? Los hechos, lo mismo que la luna, se engrandecen con las nubes que les rodean, y es preciso mirarlos desde una gran distancia. Aproximando nosotros los tiempos pasados, recorriendo la historia con una antorcha en la mano, causamos perjuicio al *efecto poético:* gana en ello la *razon*, pero la imaginacion pierde.

Es propio de nuestro siglo examinar los hechos, para conocer sus menores detalles. Nos apoderamos de un hecho, le colocamos desnudo sobre el mármol, y hacemos de él una especie de *autopsia*. ¡Buen medio, por cierto, para tener ilusion!

El poeta épico exige de nosotros, para seducirnos, para encantarnos, un poco de fé crédula, por no decir ciega; y nosotros abrimos tantos ojos, y queremos tocarlo todo con nuestras manos.

No nos gusta que se haga uso de la *máquina mitológica;* es demasiado vieja, aun para el teatro de la ópera. No nos gusta tampoco que se haga intervenir en un asunto profano la religion cristiana llena de tan elevada poesía (¡se ha demostrado tan bien en nuestros dias!) pero que, cual tímida virgen, teme mezclarse en las fiestas del pueblo, y reserva sus cantos para el altar.

El tiempo de los *encantamientos* y de las *brujas* pasó tambien; investigamos las causas mas pequeñas para esplicar los hechos; nos complacemos en descubrir los resortes y los hilos que dan movimiento á los hombres en esta gran comedia del mundo. ¡Preciso es confesarlo; es un siglo estrahamente *Epico*, aquel en que se representan en la escena los *Títeres* y el *Vaso de agua!*

Los siglos mas adelantados en civilizacion, son tal vez los menos á propósito para la *epopeya;* vémosla siempre nacer en todos los pueblos, en los tiempos mas remotos. Los poemas de Homero, segun se pretende, no eran mas que el eco de otros cantos mas antiguos. En España, la poesía mas antigua que ha llegado hasta nosotros, es precisamente el poema del *Cid*, que al parecer pertenece al siglo XII. Vosotros teneis tambien vuestro antiguo *poema de Alejandro*, y otros tal vez mas viejos todavía. Por estravagante que parezca, pudiera decirse que la poesía en su infancia se entretiene en jugar con la trompa épica.

En nuestros dias, al contrario, todo parece que conspira contra la apopeya;

y la civilizacion, las luces y la direccion de los espíritus; la política misma, le ha causado tal vez un gran perjuicio. El interes que los pueblos manifiestan por la discusion de sus negocios y por las luchas de la tribuna, hace que asistan con mayor indiferencia á los combates de los antiguos héroes.

No es posible detenerse por mucho tiempo delante de un hecho, por grande que sea; la atencion se distrae con otros que pasan rápidamente á nuestra vista, como en una linterna mágica, y cuyo ruido nos trasmiten mil voces diferentes. ¿Quien sabe si el *periodismo* habrá muerto á la *epopeya?*

El teatro dichosamente no ha sido herido por el mismo golpe; pero no ha evitado del todo el peligro. Véanse los esfuerzos que se hacen por lo quiera *para ponerle en armonía con el espíritu del siglo.* La empresa se creyó fácil en un principio; pero la ilusion duró poco. Se principió por tratar al público como se trata á las gentes desganadas; creyóse que bastaba darle cosas nuevas, y se cayó en la estravagancia. Queriendo evitar un escollo, fueron á estrellarse en el escollo opuesto.

El antiguo drama, se ha dicho, estaba envuelto á poca diferencia como una momia egipcia, para que cupiera en poco espacio y pudiera encerrarse en las *tres unidades;* preciso es poco quitarle las trabas, libertándole del yugo de las reglas. ¡Dejémosle su freno, y sin vida, y correra mas aliivo y mas fuerte!

El resultado no correspondió sin embargo á las esperanzas. El público, sediento de emociones, fué seducido, en el primer momento por el brillo del talento, y por el atractivo de la novedad; pero pronto volvió de su sorpresa, y ha sucedido, como sucede casi siempre, que *la razon ha tenido al fin razon.*

Los espíritus mas apasionados por el nuevo sistema, han conocido la necesidad de moderar su carrera; pues muchas veces no se alcanza el objeto porque se va mas allá de él.

Aquellos que en el campo enemigo, habian en un principio pretendido permanecer inmóviles, denunciando como una especie de *heregía* la menor innovacion, se han visto precisados tambien á ceder algo de su terreno. Están siempre apegados al viejo símbolo; pero ya no tienen igual fé en las antiguas doctrinas. No son ya *Puritanos*, ni *Jansenistas* literarios, sino *Molinistas* muy dulces y tratables, que creen que hay tambien *acercamientos* con el Parnaso. Véase cómo ha aflojado poco á poco la lucha que amenazaba no ha mucho presentar al mundo el aspecto de un combate á muerte, como el de Roma y Cartago, en que el partido vencido debia desaparecer enteramente; vease cómo acabará tal vez, como todas las guerras civiles, por una *transaccion.*

En cuanto á mí, no creo que público de nuestros dias se complazca sobre manera con el drama griego, tan simple, tan cándido, tan bello en su misma desnudez, como la Venus de Médicis; pero tan poco *creo* que sea preciso presentarnos en la escena cuadros como el del *Juicio Final* de Miguel Angel, con aquella multitud de figuras, de tormentos y de demonios por añadidura. No se conseguirá con la exageracion de sistemas y con destrozo, sino tal vez con un espíritu de observacion prudente y reflexivo, adaptar el teatro á las necesidades de la generacion actual, *poniendole de acuerdo con el espíritu del siglo.*

Los progresos hechos en nuestros dias en la ciencia histórica, hacen la tarea del poeta menos fácil: el público se ha vuelto mas severo y exigente. Difícilmente se disimularia, aunque fuese á Lope ó á Calderon, el presentar á españoles con la túnica griega ó la toga romana; y costaria trabajo escuchar aun en versos magníficos, á *Orosman* ó *Pirro* hablando de sus amores un poco á la francesa.

No son solo los poetas, sino los pin-

toros, los adornistas, y hasta los constructores de trages, los que están obligados á escudriñar en los archivos y hacer estudios profundos, para no chocar al público en el mas pequeño pormenor, en el trage del último de los comparsas. Cuenta el difunto lord Holland, en la *vida de Lope de Vega*, haber visto en su juventud, representarse á Cárlos en el teatro de Londres con un peluconcillo á lo Luis XIV. En España, en tiempo de nuestros padres, el *maestro de Alejandro* se presentaba como un viejo pedagogo, vestido de negro, con la espada ceñida y el sombrero de tres picos. No sé lo que sucedia en Francia en aquella misma época, aunque no ignoro que entre vosotros se ha dado mayor importancia á esta *parte erudita* del arte, principiando por vuestros escultores y pintores. Pero el hecho es, que en todas partes se ha verificado una verdadera revolucion, y que esta revolucion se ven figurar al lado de los literatos á actores ilustres, como Lekain, Kemble, Maiquez, Talma.

La aficion á los viages, y la mas frecuente comunicacion entre los diferentes pueblos, han hecho tambien mas necesario el estudio de lo que se ha convenido en llamar el *color local*. En otros siglos apenas se sabia lo que pasaba al otro lado de las fronteras: ahora, preguntamos todas las mañanas lo que sucede en la China y en el Afghanistan.

La grande actividad que caracteriza á nuestro siglo, influye poderosamente sobre el teatro. Se exige mayor animacion, mas movimiento en el drama; que se detenga lo menos posible, y que se apresure á llegar al objeto.

El público, en su impaciencia, sufre con despecho los relatos minuciosos, las confidencias inútiles, los diálogos largos, por bellos que sean; toma demasiado á la letra, con respecto al teatro, el viejo adagio inglés: *el tiempo es oro*; y no quiere perderle. ¡Cómo habiamos de sufrir á los actores conversando inmóviles sobre la escena: nosotros que recorremos el mundo en el *vapor*?

Cada siglo tiene sus gustos, y es preciso tenerlos en cuenta, si se quieren obtener buenos resultados en la escena. En el teatro, mas que en otra parte alguna, es donde se ejerce el imperio de la *Democracia*, en el cual se refleja, como en un espejo movible, las pasiones, las ideas, el *espíritu de la época*.

Nuestro siglo, hijo de una revolucion que ha trastornado el mundo, es grave y serio. Adviértese hasta en sus entretenimientos, y es menos fácil hacerle reir que llorar. Vénse aparecer por cada *comedia* cien dramas.

Toda la literatura manifiesta el mismo carácter: en los géneros mas frívolos, en los accesos de alegría, se descubre algo de triste y sombrío en el fondo del pensamiento. Se ve á un siglo condenado á un engendro doloroso, entre los recuerdos de un pasado que dejó profundas huellas, y la incertidumbre de un porvenir que nos trae con espanto. Hace precisamente lo que las gentes que sienten un malestar, sin hallar reposo en ninguna parte; anda, anda, anda siempre, sin que sepa él mismo dónde podrá detenerse.

Señores, he concluido mi tarea, ó mas bien acabo de indicar los términos de ella. Conozco cuánto mas y mejor podia decirse acerca del estenso asunto cuya importancia ha manifestado nuestro digno presidente: pero para abarcar el conjunto, hubieran sido necesarios mas tiempo, mas solaz, y sobre todo, mas conocimientos de los que yo poseo.

He debido limitarme á imitar á aquellos viageros, que cogen de paso algunos frutos, sin siquiera pararse en el camino. Vosotros, señores, dueños del campo, debeis entrar en él de lleno, y podreis recoger una hermosa cosecha.

VARIEDADES.

CAUSA

CONTRA JUANA DE ARCO,

DONCELLA DE ORLEANS.

(CONCLUYE.)

Igualmente se la hizo de haber seducido á las gentes abrogándose el culto divino, y poniendo su imágen en los templos. Nególo con indignacion, añadiendo que no habia ido tan lejos el falso celo del pueblo, á quien ella no habia podido moderar.

Preguntada si tenia confianza en su estandarte, dijo que la tenia ilimitada y ciega, en el que representaba la imágen del mismo.

Preguntada si se sujetaba al juicio de la iglesia militante, contestó afirmativamente, pues que si declarase ilusiones sus visiones, apelaria del juicio suyo al de Dios.

Se la acusó de haber violado los preceptos de Dios mudando á hombres, y repuso que sus victorias probaban que Dios la habia autorizado sirviéndose de ella, vil instrumento como era, para la ejecucion de sus designios.

En cuanto á la mágia, ni sabia si las hadas eran ó no espíritus malignos, y apenas habia oido hablar de ellas.

En vano se la tendieron arteros lazos; su buen sentido la impidió caer en ellos. Hizo una relacion candorosa de su vida arreglada, atribuyéndola á Dios haber salido ilesa de tantos peligros. Objetándola que Dios no se comunica con mortales que han teñido su mano en sangre humana, espuso que el Dios de los ejércitos escoge á quien es su voluntad para su desagravio.

Reprochada de vanagloriarse de saber á quiénes amaba Dios, y á quiénes aborrecia, respondió que jamas lo habia hecho, y que si creia que Dios protegia al duque de Orleans, era porque habia tenido varias visiones que la habian inspirado esta creencia, sin poder formar juicio de lo que Dios pensase de los demas.

Preguntada si amaba Dios á los ingleses, dijo que nada sabia del cariño ó aborrecimiento que les tuviese, ni del estado de su alma; pero que sí podia asegurar que serian vencidos por los franceses, y arrojados de Francia, á escepcion de los muertos en el campo.

Preguntada si habia pecado alguna vez obrando como decia obraba por inspiracion del cielo, respondió que estaba muy lejos de abrigar semejante presuncion á pesar de haber procurado no ofender á Dios: que los santos que se la aparecian la escitaban á confesarse: que á menudo ignoraba si era digna de amor ó de ódio; pero que so-

dos sus deseos, todos sus pensamientos se habian cifrado en agradar á Dios, y en servirle de todo corazon.

Se le preguntó si no creia que teniendo revelaciones no podia estar en pecado mortal, y contestó reprimiéndose á Dios, y creyéndose que si hubiese perdido su gracia cesarian de visitarla los santos.

Preguntada por qué confesaba con frecuencia teniendo pura la conciencia, dijo que la conciencia mas pura tenia necesidad de limpiarse muchas veces.

Así, lejos de dar asidero alguno á sus jueces, cerrábales la boca.

Se amontonaron cargos sobre cargos, preguntas sobre preguntas, se la reprochó haber mandado al rey, á los príncipes, á los generales, que se hacia servir por hombres dando así á sospechar de su honra, y se la acusó de avaricia, y de haber proferido blasfemias y juramentos propios de soldados. Que el rey, visto el feliz éxito de sus empresas y lo acertado de sus juicios, la hacia el honor de pedirla consejo; que los príncipes y los barones se hacian un placer de obedecerla, y se sometian gustosos á sus órdenes los generales; que no era ella sino Dios quien á todos dominaba, quien á todos unia y hacia obrar de concierto para echar de Francia á los ingleses; que ningun hombre la habia prestado sino servicios esteriores; que siempre habia dormido, ó con otra muger, ó vestida y armada cuando no habia tenido esta ocasion, para evitar la sospecha y murmuracion á que pudiera entregarse la malicia que jamas habia adquirido nada por medios ilícitos, que el dinero que recibia era para el prest de los soldados, y que no tenia otras riquezas que los beneficios de su rey; estas fueron sus respuestas, negando por último haber blasfemado y jurado en vano el nombre de Dios.

Todavía se la preguntó si los santos que se la habian aparecido tenian cuerpo material, y se refirió prudente á Dios.

¡Dignas preguntas de tan despiadados enemigos tratándose de una jóven sin otra instruccion que la natural! ¡Digno espectáculo el de unos doctores hábiles poniendo en tortura su malicia y su talento para sorprender á una doncella, que sin otro auxilio que su despejo, se desembarazaba de vanas cuestiones, oponiendo su inocencia á los ardides y subterfugios! Porque llevó á la consagracion del rey su estandarte, se la preguntó por qué le habia preferido á los demas, y les satisfizo, diciendo: que porque le era querido el rey habiendo ella vencido bajo él: porque se habia resistido á responder y jurar sobre cuestiones delicadas, la dijeron que menospreciaba la iglesia en su obispo á quien debia responder. En vano espuso que lo que se exigia de ella era un secreto de Estado, y que antes sufriria la muerte que descubrirle, y que podrian dirigirse al rey, quien le satisfaria su curiosidad, si no veia en ello inconveniente.

Interrogada acerca de su fé á la Iglesia y al Papa, dijo que reconocia á Su Santidad como el vicario de Dios en la tierra, y á la Iglesia para juzgarle en materias de fe y de conciencia: que si erraba lo corrigiesen.

Bien se ve que la verdad y su inocencia hablaban por ella, que el proceso fué una maquinacion tan grosera como infame, que envileció y degradó á una nacion violando el derecho de gentes, y los fueros de la guerra. Todas sus palabras no respiraban otra cosa que el deseo de la vida eterna, deseo que preocupaba siempre su imaginacion, deseo manifiesto en la candorosa sencillez con que dijo que los santos que se la habian aparecido, la habian prometido que iria al paraiso con tal que conservase su cuerpo exento de mancha y se mantuviese virgen.

Seria interminable reseñar los puntos sobre que fué interrogada. Nada se escapó á la maligna curiosidad de sus jueces. Parecia complacerse en sofocarla, y en hallarla culpable. Irritados porque recusó su juicio sometiéndose al del Papa, que no era como

ellos su mortal enemigo, se apresuraron á condenarla.

Insistiendo el promotor en sus conclusiones de ser la Doncella supersticiosa, escandalosa, hechicera, adivina, invocadora de los espíritus malos, herética, impía, cismática, culpable de haber ocultado su sexo, y de haber engañado al pueblo protestando visiones y apariciones, y sin otra defensa la procesada que sus contestaciones verbales al interrogatorio en 24 de Mayo de 1431, declaró aquel inicuo tribunal, conforme con el promotor, que todo lo que habia hecho Juana de Arco en servicio del rey de Francia, habia sido ejecutado por ministerio del diablo, cuyo órgano habia sido, y la entregó al brazo seglar. Todos los esfuerzos de sus jueces tendieron á persuadir que los distinguidos hechos de la Doncella eran obra del demonio, á fin de poder reparar la vergüenza y la confusion de los ingleses, y de empañar las glorias de esta heroina. Por entonces se limitaron á sentenciarla á prision perpetua, y á que abjurase de sus errores dando á la sentencia un aparato de autoridad que la faltaba en medio de concurrir dos obispos mas, el capitulo de la iglesia catedral de Ruan, diez y seis doctores, doce teólogos, y once abogados. Para mas afligir á la Doncella, fué espuesta en un cadalso y amonestada y predicada. Allí, sin embargo, exortada á someterse al juicio de la Iglesia, dijo que se sometia al juicio de Dios y de su representante en la tierra; y como irritase esta manifestacion, añadió que ella creia todo lo que la Iglesia. Debilitado por fin su espíritu, cedió á tantas amonestaciones y amenazas, haciendo la abjuracion que se la impuso. Ni relajó con esto el rigor de la condena y de los malos tratamientos que sufria, solo se la alzó la excomunion, y vestida de muger fué desde allí á un calabozo cargada de grillos y cadenas.

No satisfechos los ingleses con esta primera parte del drama, deseándole sangriento en su rencor insano, y jurada la muerte á cualquier precio, idearon un ardid para tomar un pretesto. Introdujeron en su calabozo un vestido de hombre esperando se le pusiese, y hacer entonces de este acto de desobediencia un crímen digno de la pena capital. Sucedió como lo habian previsto y deseado. Arrepentida de su forzada abjuracion, trocó de vestido, interrogada sobre la causa de este esceso, dijo que se lo habian ordenado los santos y que preferia obedecer á Dios. No temia la muerte, y persuadida de que todo debia sacrificar á la verdad, y de que eran la verdad las ilusiones de su exaltada fantasía, mostró un carácter inflexible. Declarada herética y relapsa, fué de nuevo entregada al brazo seglar, y condenada á ser quemada viva por sentencia de 30 de Mayo del mismo año, debiendo llevar á la hoguera una coraza con las palabras herege, relapsa, apóstata é idólatra. Y como si no fuera bastante á su venganza, todavía se la puso delante un cuadro, representando la muerte cruel que iba á sufrir, cuadro lleno de atroces injurias. En medio de todo fué respetada su pureza, y camino al cadalso con la reputacion de conservarla.

Destinada por sus implacables enemigos á tan horrible muerte en la primavera de sus dias, no decayó su espíritu. Su fe ardiente la hacia mirar con desprecio todo lo que era de este mundo ante la gloria eterna que se la ofrecia. Su marcha era firme; los arqueros que la escoltaban parecian decirse á sí mismos: conducimos á una vírgen al martirio; su semblante, fiel retrato de su alma en el que leia el público con avidez los sentimientos que la animaban, era el objeto mas bello de aquel espectáculo imponente, era su triunfo, la ignominia de sus enemigos.

Su fisonomía, espresion de un valor prudente, de la modestia de su sexo, y de un yo no sé qué nada comun, junto con las gracias de una jóven amable, contrastaba demasiado con el fo-

roz semblante de sus opresores agitados por pasiones desordenadas. ¿Quién es esa jóven de veinte años que marcha tan serena á la muerte! Es una jóven inocente que ignora el nombre del vicio, es una amazona que ha salvado el trono y la independencia de la patria, terror que ha sido de los ingleses. Es Juana de Arco, vencedora de estos, que resulda por sus émulos ha cedido á la fuerza, y cuyos enemigos, vengándose de ella, quieren igualar los ultrajes y afrentas que la hacen sufrir á la confusion que les ha hecho esperimentar, á la vergüenza de ser á ella inferiores: ¿cuál no sería el temple de esta jóven, tan superior en la adversidad á sus enemigos, sin desmentir su heroismo hasta la muerte!

Subió sin turbarse las gradas del tablado erigido en la plaza del Mercado viejo de Ruan, y atada al mismo, se puso fuego á la leña. Dios sea bendito, fueron las últimas palabras que pudo pronunciar de la ferrorosa plegaria que dirigió al Eterno. Reducida á cenizas, y mezclada con las de los haces, fueron arrojadas al rio.

En el curso de su causa fué á Paris una bretona y sostuvo públicamente que era enviada de Dios la Doncella. Por mas que se hizo, no cambió de opinion, y espuesta, y amonestada en público como la Doncella, fué abrasada como esta el 3 de Setiembre en 1430. ¡Qué honor para la Doncella haber contado un mártir de su causa! Un fraile dominico amenazo en sus sermones con la justicia de Dios á los asesinos de la Doncella, y hubiera corrido igual suerte á no haberse retractado. Una larga y dura prision á pan y agua fué el castigo de su opinion.

El sitio en que murió la Doncella está ocupado por una hermosa fuente monumental que perpetúa su memoria, y la deshonra de los ingleses, así como el monumento de Orleans, lugar de sus primeros triunfos.

Como lo había predicho la Doncella, viése al fin libre la Francia de sus enemigos.

Dos cancilleres de la universidad de Paris defendieron en sus obras la buena memoria de la Doncella, y á peticion de su madre y hermanos, y con la cooperacion del rey, dió el papa comision á un cardenal, un arzobispo y dos obispos para que revisasen el proceso. Nombrada otra para una informacion de su vida y costumbres, que resultaron ejemplares, descubrieronse entonces los vicios de la causa, las iniquidades empleadas para que apareciese lo que se propusieron sus enemigos. Un considerable número de testigos respetables miraban como divinos sus actos, porque habian visto confirmadas sus predicciones, por sus juicios acertados, por su fuerza de conviccion. Por fin, despues de haber oido á 112 personas, fué anulado el proceso y declarada Juana de Arco inocente de todos los crímenes que se la habian imputado, restablecida la buena memoria, y calificado de nulo, injusto, calumnioso, y obra de la violencia el juicio pronunciado contra ella. Fué ademas hecha pedazos la causa, y mandado que la sentencia que restablecia el buen nombre de la Doncella fuese leida en la plaza de San Andres en Ruan, y se la hiciese una procesion general, predicándose despues un sermon en su loor.

Otra procesion y otro sermon se dispuso y se llevó á efecto en la plaza del Mercado viejo. Poco despues se la erigió una fuente con su estátua. Esta sentencia de justificacion fué dada veinticinco años despues de su difamacion, en Julio del año 1456. Contra siete testigos, todos sirvientes de los jueces, que depusieron contra la Doncella, declararon mas de ciento, entre los que se contaban príncipes, duques, barones, cardenales, abades. Las actas espresan que fueron oidas treinta y dos testigos de Hom-Remy, treinta y seis de Orleans, veintisiete de Ruan, y diez y nueve de Paris. Los primeros rechazaron la sospecha de magia, los demas adujeron pruebas de sus buenos sentimientos religiosos, y todos de su pudor.

Cárlos VII, sin duda avergonzado de no haber salvado á toda costa á la Doncella que sentó en sus sienes la corona, la ennobleció y á toda su familia y descendencia, y la concedió el uso de un escudo de armas con flores de lis, el apellido de Lis, y la propiedad de una isla en el Loira, de doscientos arpents, que pertenecia al real patrimonio.

Entre los innumerables escritores de varios paises que han encomiado los hechos de la Doncella y refutado las calumnias de que fué víctima, se cuentan Pio V, San Antonio de Florencia, un arzobispo, dos obispos, el P. Mariana y otros tres jesuitas, un cardenal y otros eclesiásticos, que la juzgan santa y mártir, modelo de buenas costumbres.

Comparada á Débora y á Judith, historiadores propios y estraños, convienen en que reunimo el abatido valor de los franceses, volviéndoles su libertad y su gloria.

Muchas personas que habian prestado algun servicio á la Doncella, ó que habian merecido su estimacion, obtuvieron gracias. Su pueblo y otros fueron exentos del servicio militar y de contribuciones.

La Larena pretendió que la Doncella era oriunda de allí, y la poesía se consagró á celebrarla. Chapelain la dedicó un poema de doce cantos, y la pluma de uno de los primeros poetas líricos de la Francia, Malesherbes, se ocupó en ensalzar sus proezas.

Tal fué la vida y muerte de la Doncella de Orleans. No hay un francés á quien no sea querida su memoria, debiéndola la patria. Decia un inglés á un francés: "¡Qué vergüenza para la Francia deber su salvacion á una muchacha!—¡Qué deshonra, le respondió el francés, para la Inglaterra haber sido vencida y acobardada por una muchacha!"

GUILLERMO TELL.

. . . . . Viagemos no por la Helvecia de los montes y las neveras, sino por la Suiza de las praderas y de los lagos; no por el pais fabuloso, sino por el pais histórico; subamos esa pequeña montaña que está delante de nosotros, y pasando por un cementerio cubierto de rosales, lleguemos por la izquierda de la iglesia á una capilla fundada en el mismo sitio que ocupaba la casa en que nació Guillermo Tell. Por conocida que sea la historia del héroe popular, cuyo nombre acabamos de pronunciar, y por mas que estemos familiarizados con esa historia viéndonos en el lugar que nos hallamos, y debiendo recorrer los lugares que tenemos á la vista, no podemos menos de seguir en su desarrollo, la asociacion que formó la mas duradera república, no solamente de la época moderna, sino tambien de los antiguos tiempos.

Alberto de Austria, descendiente de la casa de Absburg, ciñó la corona imperial en 1298, y poseia en medio de las comarcas de la antigua Helvecia á título de mayorazgo de los condes de Absburg, un gran número de pueblos, tierras y castillos, que hoy dia forman parte de los cantones de Zurich, Lucerna, Yona, Argovia, &c. Los condes de Saboya, Neufchatel, y Rappersehwyld, poseian lo restante del pais.

Difícil y enojosa tarea seria contar la historia de aquella nobleza rica, desenfrenada y revoltosa, siempre en guerra ó entre placeres, derramando la sangre y el oro de sus vasallos, y coronando las crestas de las montañas con torres y fortalezas, desde donde se lanzaban á la llanura para recoger sus depredaciones y llevarlas

á sus castillos. Los que tal hacian, no eran solo los hombres del siglo, pues los poderosos obispos de Bale, de Constanza, de Coira y de Lausana y los opulentos abades de Saint-Gallen y de Ensielden, seguian el ejemplo de los grandes barones. En medio de aquella tierra cubierta de esclavos y de tiranos, no habia mas que tres comarcas en que se respiraba el aire de la libertad; Uri, Schwitz y Unterwald cuyos habitantes se reunieran en 1291 dándose palabra y fe de defenderse mútuamente familias y bienes con las armas ó con los consejos, segun el caso lo exigiera.

Alarmado Alberto con esta demostracion hostil, quiso obligarles á renunciar á la proteccion del emperador, que era su único soberano, y someterlos á la mas inmediata y directa que era la de los condes de Absburg, con el objeto de que alguno de sus hijos que no le sucediese en el trono imperial, conservase al menos la soberanía de aquel país, que incorporado en el imperio, dejaba de pertenecer á la noble casa de los duques de Austria. Pero los montañeses de Uri, Schwitz y Unterval, tenian á la vista la tiranía con que eran gobernadas las tierras vecinas para no dejarse engañar, y suplicaron no se les privase de la proteccion del emperador reinante, esto es, que no se les segregase del imperio. Alberto les respondió que deseaba tenerlos como á hijos propios, ofreció feudos á los principales ciudadanos, y quiso instituir diez caballeros en cada distrito; pero aquellos altivos helvecios replicaron que no querian nuevas gracias, sino conservar sus primitivos fueros y libertades. Alberto quiso entonces sujetarlos por medios de rigor, y envió dos bailios alemanes conocidos por su carácter brutal y despótico. El uno se llamaba Herman Guessler de Brunneig, y el otro el caballero Beringuer de Landemberg. Establecieronse en el país confederado, á lo que nunca se atrevieron sus antecesores; Landemberg se alojó en el castillo real de Sarnen y Guessler, no encontrando en el país morada bastante cómoda, mandó edificar una fortaleza, á la que dió el odioso nombre de *Uriioch ó Yugo de Uri*. Desde luego comenzó á poner en ejecucion el plan de Alberto, que de este modo pensaba obligar á los confederados á apartarse del imperio y someterse á la casa de Austria. Doblaronse los impuestos, castigaronse con crecidas multas las faltas mas leves, y los desgraciados ciudadanos fueron tratados con el mayor desprecio y altanería.

Un dia Herman Guessler seguido de un solo escudero recorria á caballo el cantón de Schwitz; y se detuvo delante de una casa que acababa de construir Werner Staufacher.

—¡No es vergonzoso, dijo al escudero, que esos miserables siervos edifiquen para sí tan hermosas viviendas, cuando deberian contentarse con una choza!

—Dejad que la casa esté acabada del todo, monseñor, contestó el escudero, y entonces mandando esculpir sobre la puerta las nobles armas de la casa de Absburg, veremos si su dueño se atreve á reclamarla.

—Tienes razon, dijo Guessler, y espoleando su caballo, siguió su camino.

La muger de Werner que estaba en el umbral de la puerta oyó la conversacion y mandó á los trabajadores que cesasen en la obra, y volviesen á sus casas. Obedecieron los jornaleros, y cuando Werner llegó miró con estrañeza el abandono de la obra, y preguntó á su muger, por qué se habian ido los albañiles y con órden de quién.

—Con órden mia, respondió ella.

—¿Y eso por qué?

—Porque los siervos y vasallos deben contentarse con una choza, Werner suspiró tristemente y entró en su casa; y como era hora de comer sentóse á la mesa. Su muger le presentó pan y agua y se sentó á su lado.

—¿Qué es esto, muger? ¿no hay ya

casa en la montaña, pesca en el lago, ni vino en la bodega?

—Cada cual debe vivir segun su clase; los esclavos y siervos no deben mantenerse mas que de pan y agua.

Werner frunció las cejas, comió un pedazo de pan y bebió agua, descolgó de la pared una antigua espada, y echándosela al hombro, salióse sin pronunciar palabra alguna y llegó hasta Brunnen. Allí pasó el lago en una barca de pescadores y dos horas antes de amanecer, llamaba en Attenghausen á la puerta de la casa de su suegro Walter Furst. Bajóle á abrir este mismo, y aunque estrañó que su yerno le visitase á tales horas, no le preguntó el motivo y mandó á un criado: pusiese sobre la mesa un cuarto de ganso y una botella de vino.

—Gracias, padre, dijo Werner; tengo hecho voto de. . . . .

—¿De qué?. . . .

—De no alimentarme mas que de pan y agua, hasta un dia bien lejano quizá.

—¿Qué dia será ese?

—El de nuestra libertad.

—Buenas palabras son las que has dicho; pero tendrás valor para pronunciarlas ante otros, así como al anciano á quien llamas padre?

—Las repetiré delante de Dios que está en el cielo, y delante del emperador, que es su representante en la tierra

—¡Bien, hijo mio! Hace mucho tiempo que esperaba de tí tal respuesta en semejante ocasion, y en verdad que ya empezaba á desconfiar.

Volvieron á llamar de nuevo á la puerta. Walter y su yerno fueron á abrir; y se presentó á sus ojos un jóven armado con una especie de maza: un rayo de luna iluminó sus facciones pálidas y desencajadas, y al reconocerle ambos, pronunciaron el nombre de Mechtal.

—A qué vienes? preguntó Walter; Furst, asombrado de su palidez, ¿qué quieres!

—¡Asilo y venganza! respondió Mechtal con voz sombría.

—Tendrás lo que pides, si la venganza puedo dártela como el asilo, contestó Walter; y preguntó de nuevo:

—¿Qué ha sucedido?

—Estaba yo en el campo viendo pacer á mis dos mejores bueyes, cuando acertó á pasar un escudero de Landemberg, que deteniéndose se acercó y dijo:

—Esos bueyes son demasiado buenos para un vasallo, y conviene que cambien de dueño.

—Estos bueyes son mios, contesté: y como los necesito, no quiero venderlos.

—¿Y quien te habla de venta villano?

—Si me tomais esta yunta, ¿cómo podré trabajar mis tierras?

—Los villanos como tú ya pueden arrastrar por sí mismos la carreta, si quieren comer pan, de que son indignos.

—¡Vamos, seguid vuestro camino, y os perdono!

—¿Y dónde tienes arco ó ballesta, para hablar de esta manera!

Cercano á mí estaba un arbolillo y lo tompí. No necesito arco ni ballesta, dije: ya veis qué armas uso, y le enseñaba el palo que acababa de hacerme.

—Si te acercas á mí un paso, te saco las tripas como á un gamo, me dijo.

Dí un salto sobre él, con el palo levantado y le dije:

—Si llegais á poner las manos sobre mis bueyes, os tiendo tan largo como sois.

Tocó sin embargo el yugo, y en el mismo tiempo dejé caer el palo y dí con el insolente en el suelo, habiéndole roto un brazo como si fuera un mimbre.

—Hiciste bien y con justicia, esclamaron los dos oyentes.

—Ya lo sé, y por esto no me arrepiento, continuó Mechtal; pero tambien he debido escaparme. Abandoné mis bueyes, me escondí durante el dia en el bosque de Roestock, y llegada la noche pensé en vos, Walter, que sois bueno y hospitalario.

an—En hora buena, Mechtal, dijo el ciano alargándole la mano.

—Esto no basta, dijo el jóven; convendria enviar un hombre inteligente á Sarnen, para que se informase de lo que ha pasado desde ayer, y qué medidas de venganza ha tomado Landemberg contra mi. Oyéronse pasos, llegaron ya por el ranchería, y un instante despues llamaron de nuevo á la puerta y una voz se dejo oir que decia:

—Abrid, que soy Ruder.

—Mechtal abrió la puerta para abrazar al criado de su padre; pero le vió tan pálido y abatido, que retrocedió lleno de espanto.

—¿Qué ha sucedido, Ruder! Preguntó Mechtal con voz trémula.

—¡Desgraciado de vós, mi querido amo! ¡Desventurado el pais que mira con indiferencia tantos crímenes! ¡Infeliz tambien yo portador de infausas nuevas!

—¿No le ha sucedido nada á mi padre, no es verdad? ¿habrá respetado sus canas? La vejez es sagrada.

—¿Qué, acaso respetan ellos alguna cosa? ¡Hay algo santo para ellos!

—Ruder!. . . esclamó Mechtal juntando las manos.

—Le han cogido y preguntado por vuestro paradero, y como el pobre viejo no lo sabia. . . . ¡le han sacado los ojos!

Mechtal lanzó un terrible grito, y Walter y Werner se miraron mutuamente, sus cabellos estaban erizados, y el sudor corria por su frente.

—Mientes, esclamó Mechtal, cogiendo á Ruder por el cuello de su sayo, mientes, porque no es posible que los hombres cometan tales crímenes. ¡Oh! si, dime que mientes.

—Ojalá, respondió Ruder.

—¿Has dicho que le han sacado los ojos? y esto solamente porque yo me he escapado como un cobarde; han sacado los ojos al padre, porque no podia entregarles al hijo: han metido una punta de hierro en las órbitas de los ojos de un anciano. . . ¡Esto en medio del dia, delante deDios! Y y nuestras montañas no se han desmoronado sobre sus cabezas. . . . ¡Ya no les bastan nuestras lágrimas! ¡quieren nuestra sangre!. . . . ¡Oh Dios mio, tened piedad de nosotros!

Mechtal cayó como un árbol desarraigado, y revolcándose por el suelo mordia la tierra. Werner se le acercó:

—No llores como un niño, ni te arrastres como un reptil; levántate como un hombre y vengaremos á tu padre.

El jóven se levantó sábitamente como movido por un resorte.

—Werner, has dicho que le vengaremos.

—Si, respondió Walter.

—¡Oh! gritó Mechtal con una sonrisa espantosa.

Oyóse entonces á alguna distancia, el estribillo de una alegre cancion, y los primeros albores del dia dejaron ver á un nuevo personage, en un recodo del camino.

—Entraos aquí, dijo Ruder á Mechtal.

—No es necesario, dijo Walter, que el que se acerca es un amigo.

—Que pudiera sernos muy útil, añadió Werner.

Mechtal se dejó caer en un banco, casi sin sentido.

En tanto se aproximaba el viagero, que era un hombre de unos cuarenta años poco mas ó menos, vestido con una ropilla parda, que no le pasaba de las rodillas, traje medio secular, medio monástico; pero sus cabellos largos, barba y bigote segun el uso de los hombres acomodados, indicaban que si en algo pertenecia al claustro, era muy accidentalmente. Su aspecto se asemejaba mas al de un soldado, que al de un monge, y se le hubiera tomado por lo primero, si en vez de espada no hubiese llevado colgado del cinto un tintero, pluma, papel y pergaminos, en una especie de aljaba en vez de flechas. Completaban su vestido greguescos azules muy ceñidos, y polainas de cuero, llevando tambien el largo palo de camino, que rara vez olvidan los montañeses. *(Continuará.)*

VARIEDADES.

GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

Desde que habia distinguido el grupo que se formó delante de la puerta, habia dejado de cantar, y acercábase con aquella franqueza que da la seguridad de encontrar personas conocidas. En efecto, á algunos pasos de distancia ya le habló Furst.

—Buenos dias, Guillermo: ¿A dónde vas tan de mañana?

—Dios os guarde, Walter. Voy á cobrar unos censos del convento de monjas de Zurich, del cual soy colonador como sabeis.

—¿Puedes quedarte un cuarto de hora con nosotros?

—¿Para qué?

—Para oir lo que quiere decirte ese jóven.

Guillermo se volvió hácia Mechtal, y viéndole llorar, le alargó la mano diciéndole:

—Dios enjugue vuestras lágrimas, hermano.

—Dios vengue la sangre derramada, contestó Mechtal, . . y contó lo que le habia pasado.

Guillermo escuchó con mucha atencion y profunda tristeza.

—¿Y qué habeis resuelto? preguntó cuando el jóven hubo acabado.

—Vengarnos y libertar el pais, respondieron los tres á la vez.

—Dios se ha reservado la venganza de los crímenes; y la libertad de los pueblos, observó Guillermo.

—Entonces ¿á los hombres qué nos resta?

—Las oraciones que mueven á Dios.

—Guillermo, de poco te sirve ser tan valiente arquero si respondes como un monge, cuando se te habla como á un ciudadano.

—Dios ha hecho los montes para los gamos y gamuzas, y á las gamuzas y gamos para el hombre; por esto son ligeros aquellos, y es diestro el cazador Walter; os habeis engañado llamándome valiente arquero; yo no soy mas que un pobre cazador.

—Adios, Guillermo, vete en paz.

—Quedad con Dios, hermanos.

Guillermo se alejó, y los otros tres le siguieron con la vista hasta que hubo desaparecido.

—No hay que contar con él, dijo Werner, y es lástima, porque hubiera sido buen aliado.

—Dios nos reserva la gloria á nosotros solos de dar la libertad á nuestro pais.

—¡Bendito sea el Señor!

—¿Y cuándo empezamos? preguntó Mechtal. Mis ojos derraman lágrimas, y sangre los de mi padre.

—Los tres somos de diferentes distritos: tú, Werner, de Schwitz, tú Mechtal, de Unterwalden, y yo de Uri. Busquemos entre nuestros amigos á diez hombres, con quienes podamos contar, y reunámonos en el Grutli. . . Dios todo lo puede, y cuando se viaja por el camino de la justicia, treinta hombres valen lo que un ejército.

—¿Cuándo nos reuniremos, pues? preguntó Mechtal.

—La noche del domingo al lúnes, respondió Furst.

—No haremos falta; y los tres amigos se separaron.

II.

Entre los diez hombres del canton de Unterwalden que debian acompañar á Mechtal en la noche del 17 de Noviembre, habia un jóven de Wolfranschiess, llamado Conrado de Baumgarten, casado poco hacia, con la mas bella de las hijas de Atzellen, al que no habia entrar en la conjuracion nada mas que el deseo de libertar á su patria, pues él era dichoso. De ahí es, que cuando se separó de su muger no quiso decirla donde iba, pues temiendo que tenia algun negocio que arreglar, en la aldea de Brunen, le dijo en la noche del 16, que debia irse el dia siguiente, la jóven palideció.

—¿Qué tienes, Rosa! la preguntó Conrado. Es imposible que una cosa tan sencilla te cause esa impresion.

—Conrado, respondió ella, ¿no podias diferir ese viage!

—Me es imposible.

—No puedes llevarme en tu compañía!

—De ningun modo.

—Entonces, vete.

Conrado la miró de hito en hito, y la preguntó de nuevo:

—Qué, ¿tienes celos amada mia! Pero no, esto no puede ser; alguna cosa te ha sucedido que tú me ocultas.

—Acaso es infundado el miedo que tengo, respondió Rosa.

—¿Y qué puedes temer en tu casa, entre nuestros amigos y parientes?

—¿Conoces al señor de esta comarca, Conrado!

—Sí, respondió éste arrugando la frente.

—¿Por qué lo dices!

—Porque me vió en Alzellen antes de ser tu esposa.

—¡Y te ama! esclamó Conrado apretando los puños y mirándola fijamente.

—Así me lo ha dicho.

—¡Hace mucho tiempo!

—Sí, ya lo habia yo olvidado; pero ayer le encontré en el camino de S.anz y volvió á decírmelo.

—¡Bien! bien, murmuró Conrado. ¡Insolentes señores!. . . No era bastante mi amor á la patria, queriais tambien que me inflamase el odio contra vosotros. En buen hora: acumulad crímenes sobre vuestras cabezas, pues ya se acerca el dia de la venganza.

—¿A quién amenazas de esa manera! dijo Rosa: ¿olvidas que es nuestro amo?

—Sí, amo y señor de sus vasallos, siervos y lacayos; pero yo, Rosa, soy libre, ciudadano de Hanz, señor de mi casa y de mis bienes, y si no tengo derecho para administrar justicia como él, tengo al menos el hacérmela yo mismo.

—¿Entonces no te irás?. . .

—He dado mi palabra y la cumpliré.

—Me permitirás al menos que te acompañe!

—Ya te he dicho que no puedo.

—Dios mio! murmuró Rosa.

—Oye: quizá nos atormentamos sin motivo. Nadie sabe que yo tengo que marchar, y mañana al medio dia estaré de vuelta, y nadie vendrá á incomodarte.

—Dios lo quiera.

Conrado abrazó á su esposa y salió.

La cita, como dijimos, era en Grutli, y todos los citados acudieron. Allí en una pequeña llanura que hace una estrecha pradera, circundada de lojas, al pié de los peñascos de Seelisberg,

la tierra ofreció al cielo uno de los mas sublimes espectáculos en la noche del 17 de Noviembre de 1307. Tres hombres permitian por su honor y por su vida, la libertad de un pueblo entero. Walter Furst, Werner Stauffacher y Mechtal alargaron los brazos, y ante Dios, para quien son iguales los pueblos y los reyes, juraron *vivir y morir por sus hermanos, hacerlo y soportarlo todo en comun, no sufrir ni permitir mas injusticias, respetar los derechos y propiedades de los condes de Absburg, no hacer daño alguno á los bailios imperiales, y poner fin á su tiranía; y pidieron al Señor que si aquel juramento le era acepto, lo hiciese patente con un milagro.* En el mismo instante saltaron tres fuentes de agua viva á los piés de los tres gefes, los conjurados gritaron *gloria Dios en las alturas*, y alzando las manos juraron recobrar la libertad con sus esfuerzos. Fijóse la ejecucion de aquel proyecto para el 1.° de Enero de 1308, y separáronse tomando cada cual el camino de su casa.

Aunque Conrado caminó aprisa, era ya medio dia cuando avistó el lugar de Wolfranchies, y cerca de él la casa donde Rosa debia esperarle. Todo parecia tranquilo; sus temores se amortiguaron, su corazon latió con menos fuerza, y se detuvo para respirar. En aquel instante pareció oir su nombre llevado por una ráfaga de viento: estremecióse y continuó su camino. Pasado un corto rato volvió á oir la misma voz que le llamaba y tembló, porque en el lastimero sonido creyó reconocer la voz de su esposa. Precipitóse, pues, hácia el pueblo, y á pocos pasos encontró una muger desmelenada que pronunció su nombre, y no pudiendo andar mas, cayó en medio del camino. Conrado no dió mas que un salto para acercarse á ella, pues habia reconocido á Rosa.

—¿Qué tienes, amada mia?

—¡Huyamos, huyamos! murmuró la infeliz procurando levantarse.

—¿Y por qué hemos de huir?

—Porque él ha venido, Conrado, ha venido cuando tú no estabas.

—¡Ha venido!

—Sí, y abusado de tu ausencia y de verme sola. . . .

—Habla, habla luego. . .

—Me ha mandado que le preparase un baño.

—¡Insolente! ¿y tú le obedeciste?

—¿Qué habia de hacer, Conrado. . . entonces me habló de su amor. . . ha puesto en mi sus manos; pero yo he huido llamándote en mi socorro corriendo como una loca. . .

—¿Y en dónde está ahora ese malvado?

—En casa. . . en el baño.

—¡Insensato! esclamó Conrado echando á correr hácia Wolfranchiess.

—¿Qué vas á hacer, desventurado?

—Espérame, que ya vuelvo!

Rosa cayó de rodillas tendiendo los brazos hácia el camino que Conrado habia seguido, y así permaneció durante media hora, muda é inmóvil como la estátua de la oracion, hasta que levantándose de improviso dió un grito. Era que Conrado volvia pálido y con una hacha ensangrentada en la mano.

—Huyamos, Rosa, dijo él á su vez; porque no estaremos salvos sino allende del lago. Huyamos sin seguir caminos ni senda; huyamos si no quieres verme morir de miedo, no por mi vida, sino por la tuya.

Al pronunciar estas palabras se llevaba su esposa hácia el campo. Rosa no era una de esas flores delicadas y endebles como las que suelen producir nuestras ciudades; era una noble montañesa, fuerte y animosa en los peligros, avezada al sol y á la fatiga. Poco tiempo pasó y los dos esposos llegaron al pié de la montaña; Conrado quiso descansar, pero Rosa le enseñó la sangre que enrojecia el hierro de su hacha, y le dijo:

—¿De quién es esa sangre?

—¿De quién quieres que sea?. . . esclamo Conrado.

—Huyamos, pues, esclamó Rosa, y

continuó el viage, internáronse en lo más fragoso del bosque, trepando la montaña por sendas conocidas únicamente por los cazadores. Conrado quiso detenerse alguna vez, pero su esposa le animó siempre, asegurándole no estaba fatigada. Finalmente, poco antes de anochecer llegaron á la cima de uno de los picachos de Roestok, desde donde oyeron los balidos de los ganados que volvian á sus apriscos en Scidora y Banen, y descubrieron delante de estos dos lugarcillos, echados en el fondo del valle, el lago de Waldstetten tranquilo y puro como un espejo.

Rosa intentó pasar mas adelante; pero sus fuerzas no estaban de acuerdo con su voluntad, y á los primeros pasos cayó al suelo. Conrado la rogó que descansase algunas horas, le dispuso una mullida cama de hojas y musgo, en la cual durmió mientras él velaba.

El triste fugitivo sintió espirar uno tras otro todos los clamores del valle, y vió apagarse una á una todas las luces que semejaban estrellas caidas del cielo. Despues, á los discordantes rumores de los hombres, sucedieron los armoniosos sonidos de la naturaleza, y á las efímeras luces encendidas por manos mortales, aquel espléndido polvo de estrellas que levantan los pasos de Dios. Las montañas, así como los mares, tienen tambien voces inmensas que se elevan en medio de la noche de la superficie de los lagos, del seno de los bosques, ó de lo profundo de las neveras. En sus intervalos óyese el ruido continuo de las cascadas ó el borrascoso estrépito de los aludes, y todos estos ruidos hablan al montañés una lengua sublime que le es familiar, y á la cual contesta con gritos de espanto ó cantos de agradecimiento, porque aquellos ruidos presagian la calma ó la tempestad. Conrado con el instinto de los lebreles aspiraba las brisas húmedas, que soplaban de cuando en cuando de la parte de Occidente, y murmuraba en voz baja:

—Sí, sí, os reconozco, mensageros de la borrasca, y no os despreciaré, y se inclinó diciendo á su esposa:

—Querida mia, no tengas miedo, soy yo que te despierto. Rosa abrió los ojos y tendió los brazos á su esposo, preguntándole:

—¿En dónde estamos?

—Es preciso partir; el cielo anuncia la tempestad, y apenas nos queda tiempo para llegar á la gruta de Rikenbach, en donde estaremos seguros; cuando haya cesado el huracán nos iremos á Banen, desde donde cualquier barquero nos llevará á Brusmeu ó á Sisigen. No tengas cuidado y vámonos que ya ruge el huracán.

En efecto, óyese un trueno lejano que recorrió en su estampido las sinuosidades del valle, y terminó en los desnudos flancos del Arenberg.

—Tienes razon, dijo Rosa, no perdamos tiempo; huyamos, Conrado, huyamos.

Dicho esto, diéronse la mano, y echaron á andar tan ligeros como lo escabroso del terreno les permitia, hácia la gruta Rikenbach.

(*Continuará.*)

COMIDA
IMPROVISADA.

—Bien venido, Oliver; te aguardaba. Vuelves muy contento; yo estaba rabiando; ¿te han dado acaso la paga del mes?

—¡El mes! ¡Cáspita! me parece que estamos á 5, y hasta que llegue el 30 ha de pasar medio siglo.

—Pues entonces, ¿qué es lo que te pone de tan buen humor?

—¡Oh! ¡soy muy feliz! Vamos á tener un convidado á comer!

—¿Un convidado!

—Sí, un convidado.

—Pues es el caso, amigo mio, que yo tambien tengo otro; pero escelente, eso sí; hará honor á nuestra mesa!

—Vive Dios que el mio puede honrar la de un príncipe. Pero Gustavo, será preciso que me digas. . . .

—Sí, es muy justo. Ya conoces á la hija del portero que vivia junto á nuestro colegio.

—Rosita, ¿aquella muchacha esbelta y vivaracha?. . . .

—La misma; pero ahora ha cambiado enteramente, ha progresado, y ya ves que su pulmito, con el trage de las elegantes, puede dar lustre á nuestra bohardilla.

—Seguramente: ¡qué gusto! Pues vamos á tener una diversion en regla; porque yo voy á traer un ángel á comer con nosotros, nada menos que una costurera.

—¡Cáspita!

—Casualmente su tia, con quien vive, ha ido á pasar este dia á un lugarcillo, y la he decidido á que venga á comer con nosotros, ya que así se lo permite la ausencia de su guardiana.

—Muy bien, está arreglado el negocio á las mil maravillas. . . nos vamos á divertir muchísimo. . . debemos darlas una comida espléndida, dispuesta con todo esmero

—Veo que nos entendemos, me he escapado de la oficina, y es necesario que apresuradamente lo dispongas todo.

—Te estaba esperando para eso con tal impaciencia, que si no hubieras llegado te habria mandado llamar por medio de Benito: es necesario que apresuradamente prepares lo necesario.

—¿De cuándo acá necesitas de mí? ¿No tienes papando natas á tu criado? Que vaya, pues, á la fonda, y dé las órdenes oportunas.

—Ya la he enviado, y. . .

—¿Y qué?

—Puedes oir de su propia boca lo que le han contestado. ¡Eh! . . Benito. . . mostrenco!. . . Ese mentecato está sordo como una tápia. . . . Benitoóóó!. . .

—Señor, . . . me habia rendido el sueño: aquí no tiene uno que hacer mas que estar encerrado entre cuatro paredes . . . y. . . sin caballo ni birlocho, ni ropa que limpiar, ni chimenea que encender. . .

—Silencio, holgazan. . . . á ver si despiertas, y puedes decir al señor de Oliver la respuesta del fondista.

—Ah. . . sí. . . si señor. . . ¿dice usted del fondista?. . . me parece que me... ha hablado usted de... del fondista. . . .

—A ver si acabas, torpe: ¿qué te ha contestado?

—Que en dándole los treinta duros que importa la comida que ha servido el pasado mes á los señoritos, está conforme en enviar de nuevo cuanto se le pida; pero que de lo contrario no piensa darles ni siquiera un plato de rábanos.

—¡Cómo! . . . ¿es posible!

—Ya lo ves, Oliver; pero yo creo que no hay porque apurarnos; tú debes conservar el dinero de los caballos.

—Ciertamente. . . así debia ser. . . . yo he vendido los caballos de tu tio el coronel. . . . y debia tener el dinero.... pero. . . .

—¿Pero qué?

—El juego me ha llevado la otra noche en un santiamen todo su importe.

—¡Vive Dios! Pues estamos medrados. . . ¿y no conservas nada absolutamente de tu última mensualidad?

—Mi bolsa está siempre escuálida... te pido mil perdones. . . yo no debiera. . . .

—Vamos, no hagas el lloron, Oliver. . . . veamos cómo salimos ahora del apuro; porque esto es lo que mas nos interesa.

—Puede que tu criado tenga algun ahorrillo.

—Es verdad! Benito. . . ¡oyes!. . . . ¿te has vuelto á dormir?

—Señor. . . aquí estoy.

—A ver si tienes algun dinero.

—Ah! si señor. . . ¿lo quiere usted?

—Sí: á ver cuánto es.

—De modo que ya estamos fuera del apuro. . . A ver, dinos á cuánto asciende tu caudal.

—A unos dos reales, señoritos.

—Lévete el diablo con tus dos reales.

—Está visto que este mozallon no sirve para nada.

—¡Linda comida haremos con tus dos reales! A lo menos si tuvieras ingenio para sacarnos del atolladero!

—¡Quién. . . . este mostrenco!. . . . Vive Dios que si fuemos nuestro alimento en él, ayunaremos hasta el fin del mundo.

Paseábase Oliver por el cuarto, pateando y maldiciendo de su suerte en el juego. Gustavo se rompia los cascos por hallar una salida, y Benito inmóvil, de pié, con los brazos estendidos y la boca abierta, esperaba las órdenes de sus señoritos.

El lector habrá comprendido por el diálogo anterior una parte del carácter de nuestros jóvenes calaveras; porque jóvenes calaveras son los personages que hemos introducido en nuestro cuadro. Oliver es un mozo de diez y ocho años y de una figura no vulgar. Habiendo perdido temprano á sus padres, se halló muy pronto dueño de sus acciones, y el juego, su pasion favorita, le arrebató su patrimonio. Está empleado en una administracion, á la que va regularmente al fin del mes, por hallarse próximo el dia de la paga; pero en el momento que se apodera de su cuarta parte del sueldo, puesto que tiene embargadas las otras tres para satisfacer á sus acreedores, se aleja todo lo posible de la oficina, y deja pasar semanas enteras sin volver á ella: verdad es que sus gefes le echan frecuentes repasatas; pero la misma desfachatez con que las oye sin enmendarse, y la buena inteligencia con que desempeña sus negociados en un dia de humor para el trabajo, cautivan la indulgencia de aquellos, y en el fondo les hace gracia la conducta picaresca del subalterno.

Gustavo es de la misma edad que Oliver; pero su figura mas gallarda y elegante, y su fisonomía tiene una espresion mas viva. No es sin embargo tan calavera como su compañero, ni el juego le lleva sus napoleones; pero en cámbio es un iebrel incansable de todas las mugeres. Penetra en las casas como amigo, como huésped ó como amante, dejando de hacer rara vez alguna de las suyas. Gustavo gasta menos mas que su amigo en sus diversiones y conquistas; pero el lector estará conforme co n nuestros su pensar que tiene mas gusto en la materia, porque se puede sacar mas jugo de una comilona ó de un obsequio á una muger de forma, que del juego de monte. Nuestro picarillo es huérfano tambien; pero está bajo el dominio de su tio D. Jesus de Sopelano, coronel de la guerra de la independencia, hombre colérico, estropeado por las campañas y por la gota, que suele postrarle á menudo.

A la verdad, las calaveradas de su sobrino le traen en continuo movimiento, porque es muy difícil que Gustavo permanezca dos dias en casa, y el simple ejercicio de buscarle en el campo de sus fechurias es suficiente por sí solo para rendir al hombre de mejor constitucion, y á poner de un humor endemoniado al mismo Job.

La escena que vamos á trasladar, pasa un mes despues de haberse escurrido el sobrino de las garras del tio, empeñado en casarle contra su voluntad, trayéndose de Alcalá con su criado Benito un par de hermosos caballos, cuyo importe supo tambien disipar el empleado de la administracion. No era el criado á propósito para tal amo, pues no se aviene un torpe mozallon á ejecutar las cosas mas sencillas de un calavera elegante, vivaracho y amigo de las muchachas; pero Gustavo se veia precisado á conservarlo para que no pudiese el coronel saber de su boca el punto donde se encontraba.

Aun daba Oliver fuertes patadas de desesperacion y de cólera, cuando la

frente de Gustavo se despejó de pronto y esclamó:

—Ocurrencia feliz, amigo mio. . . . comeremos hoy, vive Dios!. . . .

—¿De veras! confieso que eres mozo de provecho.

—Comeremos, sí. . . . no sé á la verdad como haremos para pagar; mas lo principal es comer.

—Pero esplícate.

—Hace unos seis meses que, durante la ausencia de mi tio, me habia quedado solo en Madrid. Algunas veces iba yo á comer á una fonda, cuya dueña es una morenita de sesenta navidades, que tiene seis piés de circunferencia, un brazo de hércules, y una figura rara. Esta venerable móvia me miraba con cierta sonrisa que me arrancaba algunas carcajadas; porque retirando los dos pedazos de pergamino que tapan sus estensas mandíbulas, me enseñaba un colmillo de á vara á cada lado, que hacen allí seguramente un efecto magnífico. Satisfecha sin duda de mi complacencia, me sermoneaba de continuo para que no le pagase sino muchas comidas juntas, de temporada en temporada; mas yo, que entonces tenia el dinero de sobra, no me aprovecho de sus ofrecimientos. Esta es la ocasion: me presento vestido de viage, le digo que acabo de llegar á Madrid; que de pronto tengo que obsequiar en mi casa á varios amigos, y que fiado en su buen gusto para la eleccion de los manjares y el órden del servicio, me he apresurado á suplicarle que me prepare una gran comida.

—¡Magnífico!

—Estoy seguro de que lisonjeada así, nos va á dar una comida regia.

—Es una ocurrencia milagrosa, que voy á parodiar para obtener un soberbio ramillete de dulce. Yo tuve cierta amistad con la sobrina de un confitero, al cual he ayudado algunas veces á hacer jalea para lariarme de dulces: el hombre me está agradecido, y... ya verás. . . ya verás.

—Pues señor, está el banquete preparado á las mil maravillas. . . . pero vamos pronto á escargarlo todo. . . . Van á tener nuestras niñas una escelente comida! . . . Pardiez, me espongo por ellas, pues saliendo de dia es muy fácil ser atrapado por mi tio.

—Tambien seria casualidad rara que le encontrases precisamente hoy.

—Ello es necesario salir del paso; conque me abandono á mi suerte.

Ambos jóvenes estaban ya en la escalera, cuando les dijo Benito:

—Me parece que todavia falta algo.

—¿Qué ha de faltar mentecato!

—No tienen ustedes ni una gota de vino.

—¡Ah!. . . tiene razon este perillan.

—Y es precisamente lo esencial.

—¿Y qué hacemos, Gustavo?

—¿No conoces tú á la hija ó sobrina de algun vinatero!

—¡Uf. . .¡quita allá!. . .yo elijo siempre mis conquistas en una esfera mas elevada.

—¡Pardiez! en este momento nos sacaria del apuro un amorcillo con una tabernera, porque una comida sin vino. . .

—No es cosa alegre.

—¿Qué haremos?

—¡Ah!. . . ¡qué idea!. . . El horchatero de enfrente nos fiará cerveza.

—Linda bebida para escitar el buen humor.

—Todo lo hace la aprension: diremos á nuestras consabidas que es vino de *Lacrima Cristi*.

—Eres muy inocente, si crees que las has de engañar con eso.

—Tambien podemos subir aguardiente con el dinero de Benito.

—Vete al diablo.

—Ah!!!

—¿Qué es eso!

—Idea sublime. . . idea superlativa. Tendremos vino de Bordeaux y Champagne.

—¡De veras!

—De veras.

—Veamos pues.

—¿Quieres dejar á Benito á mi disposicion?

—Te doy poderes amplios; haz de él lo que puedas.

Sale Gustavo corriendo, se dirige á la casa de la fondista de sesenta abriles, y Oliver vuelve á subir de nuevo la escalera con Benito.

El mozallon mira estupefacto al amigo de su amo, que se pone una corbata, arrugándola y magullándola ex-profeso; viste un casacon larguísimo de talle y de faldones, y un chalequillo muy corto; péinase liso y llanamente, da al mozarron á la punta de su nariz, toma un pequeño látigo, cúbrese con un sombrero piramidal, casi puntiagudo, y se ejercita al espejo en darse trazas de un insolente.

—Cáspita!. . ¿Va usted acaso á hacer papel en alguna comedia? dijo Benito, cuya sorpresa iba en aumento.

—Casi tienes razon. . . eso es. . . á hacer un papel de comedia. Estoy perfectamente: vamos. . . . ahora á ti.

—¿Cómo! quiere usted que yo tambien represente! ¿Va usted á disfrazarme!

—Chiton, y obedece: tengo plenos poderes sobre ti, ya lo sabes. Ponte aquellos pantalones que me servian cuando era rico, para montar á caballo. . .

—Son muy estrechos, y creo que no podré entrar en ellos.

—Sí tal. . . . son elásticos. Muy bien, están perfectamente. Ponte ahora este chaleco encarnado. . . ahora la casaca de mahon que me sirve para las mañanas, y cúbrete la cabeza con este sombrero.

—Señor, por Dios. . . . me ahogo dentro de tal vestimenta.

—Mejor: esu es mejor porque necesito que vayas muy fachado; de este modo tendrás mas trazas de hijo de las orillas del Támesis.

—De suerte que quiere usted pasarme por tamiz. . .

—¡Diantres! . . á ver si callas y me escuchas. . . sobre todo que no se te olvide nada de lo que te voy á decir.

—Está bien.

—Soy un milord, y eres mi lacayo.

—¿Y qué es milord!

—Un inglés. . . un hombre muy rico que viene á Madrid á visitar los monumentos públicos, los teatros y las casas de juego. Es fácil conocerlos en las calles por su aire estafalario, en los teatros por su atónito semblante, y por sus guineas en el juego.

—¡Ah! sí. . . sí. . . ya me acuerdo... el otro dia he visto á dos de ellos en la calle, llorando de gozo por ver reñir á dos gallos, y cuando se hallaban estos á punto de despedazarse las crestas, hacian aquellos mil contorsiones estrañas, diciendo que se les figuraba estar en Londres.

—Pues bien, es necesario que te des maña para imitar á uno de esos bobalicones: vamos á casa de un rico vinatero, y cuando te hablen, óyelo bien, no respondas mas que *Yes*.

—¿*Yes*!

—Sí: sea cualquiera la pregunta que te hagan ó la conversacion que te dirijan, tú no salgas de *Yes*.

—Lo entiendo perfectamente: eso es muy fácil de retener en la memoria.

—Todavia es preciso que atiendas. Cuando yo te lo mande, te quedarás en casa del vinatero, hasta que tu amo ó yo vayamos á buscarte: si vuelves á casa sin nuestra licencia, te administraremos veinticinco palos. ¿Comprendes?

—¡Oh! lo entiendo muy bien. . .

—Si das las señas de nuestra casa, recibirás cincuenta palos; ¿me entiendes!

—Cada vez mejor, señorito.

—Vamos, pues, estamos conformes.

Oliver sale de casa. Benito sigue sus pasos sin poder moverse apenas con los pantalones de montar; encasquétase el gorro hasta las cejas, y camina inquieto, reflexivo y absorto, procurando estudiar la leccion que acababa de recibir. El pobre mozo no veia nada bueno á través de todas las advertencias de Oliver, y este tenia suma cuenta en no soltar la carjada que le escitaba el aire contrito del muchacho. (*S. C.*)

VARIEDADES.

GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

Pero el huracán habia empezado con los primeros albores del dia, y se acercaba bramando: de tiempo en tiempo surcaban el cielo multitud de relámpagos, las nubes que bajaban sobre las frentes de los fugitivos, les robaban la vista del valle. De repente en uno de aquellos intervalos de silencio en que la naturaleza parece reunir todas sus fuerzas, para la lucha en que va á entrar, oyéronse á lo lejos los ladridos de un perro de caza.

—Es Napft, esclamó Conrado deteniéndose:

—Habrá roto su cadena y aprovechado su libertad para cazar en el monte, respondió Rosa.

Conrado le hizo señal de que callase, y escuchó con aquella atencion propia de un cazador y de un montañez, que se acostumbran á adivinarlo todo por los mas leves indicios. Los ladridos se oyeron mas cercanos, y Conrado se estremeció.

—Sí, tienes razon, Rosa, Napft está cazando, pero no sabe qué caza busca.

—¿Qué nos importa!

—Lo que importa la vida á los que huyen. Nos persiguen, y el infierno ha sugerido á esos demonios la mas inesperada idea: no sabiendo cómo encontrarme, han soltado á Napft, y fiándose á su instinto.

—¿Pero por qué dices esto!

—Escucha y observa cuál lentamente se acercan los ladridos; lo tienen atado para no perder la pista, pues de otro modo Napft ya estaria con nosotros.

Napft ladró de nuevo, pero no se conocia que se aproximase mas; al contrario, parecia que su voz estaba mas lejana que la primera vez que se habia oido.

—Pierde la pista, dijo Rosa con alegria.

—No, no, respondió Conrado. Napft es demasiado bueno para engañarse: esto es que el viento sopla contrario: oyc, oye. El violento estampido de un trueno, interrumpió los ladridos que se oyeron mas cerca. Conrado tomó á Rosa de la mano y llevósela, y aquella recogió todas sus fuerzas, y se adelantó hácia el camino que su marido la señalaba; caminaron un cuarto de hora, y de repente se hallaron á orilla de una de aquellas aberturas tan comunes en las montañas. Aquella, la habia hecho un terremoto, en tiempos que los visabuelos habian olvidado ya, y dividia el terreno con una barranca de veinte pasos de anchura, y larga de una legua. Era una

de aquellas arrugas que anuncian la vejez de la tierra. Llegados allí, Conrado dió un grito terrible, al ver que el frágil puentecillo que pasaba de uno á otro lado se había roto al impulso de una roca que había caído rodando desde la cima del Roestock. Rosa penetró cuánta desesperacion se encerraba en aquel grito de su marido, y creyéndose perdida, se arrodilló.

—No, no, todavía no es tiempo de rezar, esclamó Conrado con los ojos radiantes de alegría. Animo, Rosa, que Dios no nos abandonará. Diciendo esto se dirigió hácia un pinabete, á quien las borrascas habian despojado de sus ramas, y que vegetaba solitario á la orilla del precipicio: sacó su hacha y empezó á descargarla con toda su fuerza en el tronco del árbol, que atacado por un enemigo mas fuerte que las tempestades, gemia desde la raiz hasta la punta: verdad es que jamas hubo leñador que descargase tan fuertes golpes. Rosa animaba á su marido, al mismo tiempo que escuchaba los ladridos de Napft, que se iba acercando mas y mas.

—Animo, amado mio, decia, animo que el pinabete balancea ya y se tuerce. ¡Oh! ¡cuán fuerte eres, Conrado mio! ya cae, ya cae. Sí, sí, ¡Dios mio! gracias á ti, ya estamos salvos.

En efecto, el pinabete cortado por el tronco, cedió al impulso que le dió Conrado, y cayó de través sobre la barranca, formando un puente intransitable para cualquiera que no fuese montañés, pero muy suficiente para el pié de un cazador.

—No temas, Conrado, esclamó Rosa, adelantándose antes que él; no tengas miedo y sígueme.

Pero Conrado en lugar de seguirla, no atreviéndose á mirar tan arriesgado paso, echóse al suelo, y con su pecho sujetaba el árbol, para que no vacilase bajo las plantas de su esposa. Napft entre tanto seguia ladrando y ya no distaba ni un cuarto de hora Conrado luego que hubo cesado el movimiento que los pasos de Rosa daban al árbol, echó la vista al otro lado y la vió que con los brazos abiertos lo incitaba á pasar.

Conrado lo verificó como si anduviese por un puente de piedra, y llegado á la otra parte, volvióse, y de un puntapié echó el árbol en el principio, y lanzó uno de aquellos gritos de gozo que arrojan el leon ó el águila despues de una victoria: pasó un brazo en derredor de la cintura de Rosa, y entraron en una de aquellas sendas frecuentadas solo por las fieras. Sus perseguidores guiados por Napft, llegaron al cabo de cuatro minutos á orillas del precipicio.

Entre tanto la tempestad redoblaba su horror, los relámpagos brillaban sin interrupcion, los truenos no cesaban de retumbar, el agua corria á torrentes, y los gritos de los cazadores mezclados con los ladridos del perro, se perdian en un caos. Al cabo de un cuarto de hora detúvose Rosa: la pobre jóven ya no podia andar mas, los brazos la caian, doblábansele las rodillas y decia á su esposo:

—Huye solo, Conrado, yo te lo pido.

Conrado miró en derredor suyo para conocer á qué distancia estaba del lago: pero el tiempo estaba oscurísimo, y bajo el velo de la borrasca los objetos habian tomado un tinte tan uniforme, que le fué imposible el calcularlo; alzó la vista al cielo y no vió mas que relámpagos y rayos: el sol habia desaparecido, como un rey arrojado de su trono en una revuelta del pueblo.

Conrado dejó caer los brazos y lanzó un suspiro, como un gladiador medio vencido.

Al mismo tiempo bajó de la cumbre del Roestock un estraño y prolongado murmullo, la montaña tembló tres veces, y atravesó el espacio una niebla calida como el vapor que se levanta del agua que hierve.

—Es una bomba marina, esclamó Conrado, es una bomba. . . y cogiendo á su esposa entre los brazos, se escondió con ella bajo la bóveda que formaba un inmenso peñasco.

Apenas estuvieron en aquel abrigo, cuando se sacudieron las ramas mas altas de los abetos, movimiento que siguieron las ramas inferiores; un silbido que superó al ruido del huracán llenó el espacio; la selva se inclinó como un campo de espigas; oyéronse espantosos ruidos, y saltaron á pedazos los árboles mas robustos: desarraigábanse unos, levantábanse otros, como si la mano de un demonio les cogiese por la cabellera, y huian ante el soplo de la bomba; saltando y rodando como una turba insensata de enormes fantasmas. Encima de ellos, un monton de ramas y de matorrales seguian el mismo impulso, y debajo brincaban millares de peñascos desprendidos de la montaña atorbellinándose como un polvo gigantesco. Los fugitivos seguian con atónita vista la marcha de aquel fenómeno, que adelantándose en línea recta y derribando cuantos obstáculos encontraba, se dirigió hácia Bauen, pasó sobre una casa que arrancó del suelo llevándosela consigo, separó la niebla en dos paredes que parecian sólidas, halló al paso una barca que anegó, y fué á morir contra las rocas de Aremberg, dejando el espacio, que habia quedado vacío y desnudo como el cauce de un rio que queda en seco.

—Vamos, la bomba nos ha abierto una carretera, esclamó Conrado, llevándose á Rosa hácia la barranca. No tenemos mas que seguir esta herida de la tierra, que ella misma nos conducirá al lago.

—Puede ser que el huracan nos haya libertado de nuestros enemigos, observó Rosa mientras recogia todas sus fuerzas para seguir á su esposo.

—Así seria si yo no hubiese echado el puente, porque en tal caso se habrian hallado en la misma línea nuestra, y es probable que sus cadáveres hubieran pasado por encima de nosotros; pero ahora no, porque se han visto obligados á hacer un rodeo para pasar el precipicio. La bomba les habrá dado tiempo para alcanzarnos ¿ves? ahí tienes la prueba, ¿oyes?

En efecto, Napft volvia á ladrar. Conrado conociendo que Rosa desfallecia, la tomó en sus brazos, y con aquella carga caminaba mas ligero aun que sin ella. A las pocas palabras que habian cambiado ambos esposos se siguió un profundo silencio de diez minutos, en los cuales Conrado caminó tanto, que ya veia el lago á unos quinientos pasos, á través de la lluvia y de la niebla, y Rosa tenia fijos sus ojos en el estraño valle que acababan de pasar. De repente Conrado la sintió estremecerse, y oyéronse al mismo tiempo gritos de alegría dados por los soldados que los perseguian. Napft brincaba junto á su amo, pues al reconocerle, habia tirado con tanta fuerza de la cadena que le sujetaba, que la rompió.

—Sí, sí, dijo Conrado, eres un perro fiel, pero tu fidelidad nos pierde mas que una traicion. El desesperado fugitivo se dirigió en línea recta hácia el lago, mientras que á trescientos pasos de distancia le seguian ocho ó diez arqueros del señor de Wolfranchiess; pero al llegar á la orilla, presentóse un nuevo obstáculo: el lago estaba enfurecido como un mar tempestuoso, y á pesar de los ruegos de Conrado, ningun barquero queria arriesgar la vida por la suya.

Conrado corria como un insensato, llevando siempre á su esposa, que estaba medio desmayada, y en altos gritos pedia proteccion y socorro, pues los arqueros se acercaban mas y mas.

De repente salió un hombre de una roca al camino, y preguntó ¿quién pide socorro!

—Yo, respondió Conrado, para mí y para esta muger que traigo en brazos. ¡Una lancha, por Dios, una lancha!

—Venid, dijo el desconocido, saltando á un batel que estaba amarrado á una pequeña argolla.

—¡Oh! ¡sois mi salvador! . . .

—El salvador es aquel que derramó en la cruz su sangre por todos los hombres; Dios me trajo á vuestro encuentro; dadle gracias y dirigidle vuestras preces, porque no nos desampare en este conflicto.

—¡Pero á lo menos sabed á quien salvais!

—Estais en peligro: no quiero saber mas, venid.

Embarcóse Conrado y colocó á su esposa del mejor modo que pudo, mientras que el desconocido desplegó una pequeña vela, y sentándose junto al timon, desató la cadena que sujetaba la lancha á la orilla. Apenas la había soltado, y ya saltaba de ola en ola, obedeciendo al soplo del viento como un caballo que siente la espuela y la voz de su jinete. Aun no estaban los fugitivos á cien varas de la orilla cuando llegaron los arqueros.

—Señores guapos, viniéseis tarde, dijo el desconocido; ya estamos fuera de vuestro alcance! pero esto no basta, dijo volviéndose á Conrado. Echaos, jóven; no veis que llevan mano á los arcos? Una flecha corre mas que una barca, aunque esta se la lleve el demonio de las borrascas. ¡De bruces, de bruces en seguida! Conrado obedeció, y al mismo tiempo se oyó un prolongado silbido sobre sus cabezas. En el mástil del batel se clavó una flecha; las demas se perdieron en el lago. El barquero miró con calmosa curiosidad la flecha cuyo hierro se había metido por entero en el mástil.

—No puede negarse, murmuró, que en nuestros bosques se hacen buenos arcos de fresno, de tejo y de arce: si la mano que los prepara y el ojo que dirige la flecha fuese mas diestra, el diablo que les sirviese de blanco: pero tampoco es fácil tocar á una gamuza que corre, al pájaro que vuela, ó á la lancha que brinca como esta. Bajaos, jóven, que viene otra descarga. En efecto, clavóse una flecha en la proa, y otras dos agujereando la vela se quedaron cogidas por las plumas. El piloto las miró desdeñosamente. Ahora, dijo dirigiéndose á sus protegidos, ya podeis sentaros sobre este banco con tanta seguridad, como si estuviéseis en vuestra casa, porque cuando quieran hacer la tercera descarga, ya estaremos fuera de tiro; solamente con una ballesta se podria hacer llegar hasta aquí. . . .

(*Continuará.*)

COMIDA IMPROVISADA.

(CONTINUA.)

Llegan á una casa de carruages de alquiler, sube Oliver con Benito á uno de ellos, y en mal inglés y peor español, manda al cochero que le conduzca á uno de los mejores almacenes de vino. Para el coche delante de un almacen de gran lujo: baja el oficinista, y entra en él, columpiándose, y llevando su vientre hácia delante: síguele el criado marchando con las piernas muy separadas y los ojos fijos en el suelo. El atolondrado pronuncia algunas palabras inglesas, y como los comerciantes de todas categorías gustan mucho de entenderse con los estrangeros, rodean muy solícitos al pretendido milord, que dice.

—Yo. . . querer de vino . . . . una cesta grande. . . . grande. . . para regalar á dos milores amigos, *if you please.*

—Vino ¡eh! Le tenemos de todas clases, milord, de todos los paises. . . añejos. . . . nuevos. . . . de todas edades.

—Yo querer . . . del mas rancio... querer de lo mícor *if you please*. . . no pararme yo en el precio.

—Ireis contento de la casa milord... ¿y cuántas botellas?

—Ser tres nosotros *Y will*, botellas nuevo: Bordeaux tres; Beaune tres: y Champagne tres . . una cesta.

—Muy bien, milord. . . . ¿espumoso de Champagne?

—*Yes. Y will;* que el tapon saltar á la altura de la cara.

—Y aun al techo saltará.

—*¿Is it Good?*

—Descuidad, milord, descuidad, que no se perderá ni una sola gota.

Colocan apresuradamente las nueve botellas en una cesta, la cual es trasladada al coche de alquiler. El comerciante de vinos presenta su cuenta al supuesto estrangero, este mira la suma, y echa mano al bolsillo, y volviéndose como admirado, le dice:

—Yo haber dejado la posada en mi bolsa, venir un criado á cobrar á la casa, *if you please.*

—Si milord, es cosa muy fácil seguramente. Francisco. . . ve con este milord inglés y te dará 240 reales. Espero, milord, que sereis parroquiano desde hoy.

—*Y will*, comprar aquí muchas veces. *Good morning. Benit-son*, sigueme.

Yes, contesta el criado simplemente. *Benit-son* sigue á milord sin alzar la vista, suben al coche con el mozo del almacenista, el cual no se atreve á tomar asiento delante del milord, y cuando había rodado el carruage un enorme trecho, cáscase milord en la frente una monstruosa palmada, como aquel que se ha olvidado de alguna cosa, asoma la cabeza por la portezuela, y hace parar el coche.

—Muchacho, Francisco, se olvidava lo mecor no tener vino de España, y necesitar seis botellas; es debido ir con usted *Benit-son* y traérmelas, calle del Carmen Hôtel de Paris: *Benit-son*, ir con el mozo del taberno.

—*Yes*

Francisco no hace resistencia alguna en dejar el vino en el coche, puesto que se lleva á Benito en prendas: baja del carruage, y se dirige al establecimiento seguido del lacayo de milord. Oliver se hace conducir á una calle inmediata á la en que viven nuestros calaveras, apéase, toma un mozo de esquina, carga este con la cesta; dice al cochero que vuelve al instante, puesto que necesita el carruage para todo el dia, cruza una esquina y despues otra, y arriba á su casa con toda felicidad, presentando el vino á Gustavo.

Pagó Oliver al mozo, advirtiéndole que le suministraria doscientos palos si decia al cochero la casa donde había dejado la cesta con las botellas: contó despues á su amigo el suceso, con todas sus circunstancias, y Gustavo, que no pareció quedar muy conforme, le dijo:

—¿Sabes que no es lo mas honroso lo que acabas de hacer?

—Vaya un escrúpulo de monja.

—Disfrazarse para comprar un vino que no debe pagarse, y alquilar un coche para dar un petardo semejante. . .

—¡Y bien!

—¡Dejar en prenda á mi criado!. . .

—Eso te prueba que debemos rescatarle y pagar el vino, por consecuencia. Un mozallon de veinte años, robusto como él, bien puede servir de empeño por doce duros.

—Pero si nos descubre. . . .

—¡Imposible!. . . he sabido infundirle mas miedo que el almacenista de vinos pueda inspirarle. ¡Pardiez! es cosa que no merece la pena: aleja vanos escrúpulos, y te prometo desempeñar á Benito á fin de mes.

—En ese caso, mucho tiempo ha de quedar en prenda ese majadero.

—Pero tú no me dices lo que has hecho, y me parece que es ya tiempo.

—¡Ah! tendremos una asombrosa comida. . . caza, pesca, asados, fritos: nada, nada faltará en ella.

—Pues yo creo que tampoco es muy honroso tomar una comida opípara, que no se piensa pagar: no sé cuál de los dos ha procedido con mas caballerosidad: al menos yo he dejado prenda en el almacen de vinos; y en cuanto al cochero, pienso. . . .

—¡Diablo! tú chocheas con precision: á mí me lo fian todo voluntariamente, y esto es distinto: ademas se ha ofrecido darnos de comer, á pagar á fin de mes.

—¡Vive Dios!... amigo mio, francamente, vales un Perú!... ¡Es un gran hallazgo! ¡Ahí es nada!... otros once fondistas de tan buena voluntad, y hemos aquí servidos un año gastronómicamente á cuerpo de rey.

—Vaya, no disparates, y pongamos la mesa.

—Sí, sí, que nuestras muchachas van á venir de un momento á otro.

—¿Qué pensarán ellas cuando vean que no tenemos un criado siquiera que nos sirva!

—Pensarán que los hemos despachado á todos para poder hablar con entera libertad.

—Todo lo ves del lado mas bello; lo que yo temo es que ese mostrenco de Benito haga una tontería que nos cueste cara.

—Chiton... llaman...

—Mira por el agujero de la llave,... ¿es la comida?...

—No, no, es mi linda niña.

Introduce Oliver á su adorado tormento, que es una muchacha muy remilgada que se apresura ó censurarse á sí propia por su atrevimiento de venir á comer con unos mocitos solteros; pero estos la tranquilizan, prometiéndola ser discretos bajo su palabra de honor, y anunciándola que no será ella la única que las haga la honra de acompañarlos á la mesa. Llega un ratillo despues la hija del consabido portero, que pone cierto hociquito al descubrir otra ciudadana que puede usurparle acaso sus bien adquiridos derechos; pero vuelve á despejarse su frente cuando nota que está allí haciendo su papel. La muchacha es lo que se llama una muger bonita, vivaracha y franca; viene adornada con un vestido elegantísimo: nadie hubiera colegido por el trage la categoría porteril de la mozuela. Pero á la verdad en Madrid no hay cosa mas falsa que el esterior. Está uno sentado por ejemplo, en el teatro, entre dos sugetos cuya compostura es igual. ¿Serán iguales con corta diferencia sus bienes de fortuna? De ningun modo: uno de ellos es oficial primero del ministerio de hacienda, y el otro ayuda de cámara que sacude el polvo á los trages de los vingeros en una casa de huéspedes. La mercadera de lienzos lleva chales de cachemira: la confitera plumas y encajes: la oficiala de modista sombreros: el peluquero frac de paño de lo mas superior. Pero el caso es que no se puede comprar un órgano vocal como un trage de lujo: y á fe mia que es lástima, porque de este modo no oiriamos salir de debajo de un sombrero de terciopelo la voz enronquecida por los licores, ni escucharíamos las sandeces de las fregonas, que atrincheradas en su vestido de seda quieren parecernos marquesas, dando gato por liebre al tonto que toma por realidad tan ridícula parodia. Pero llegan los mozos de la fonda, encorbados bajo el peso de los guisos á la marinesca, chuletas y fricandós; y como el olor de las viandas nos hace cambiar la hoja, no queremos devanarnos los sesos con filosofías que no han de aprovecharse.

Los jóvenes y aun las muchachas se apresuran á tomar los platos, que colocan sobre la mesa; márchanse los fámulos, quédanse las dos parejas dueñas del campo, y se entregan con todo desahogo á su apetito y á su alegría.

Bien quisiéramos acompañarles, y trasmitir con detenimiento al lector todas las locuras y todos los dichos picantes; pero no es justo que abandonemos completamente al pobre *Benitson*, puesto que Oliver le ha dejado desamparado.

Francisco daba enormes zancadas hácia el almacen de vinos, su compañero le seguia, guardándose de desplegar los lábios; pero cantando muy bien por lo bajo cierta maldicion á Oliver, á la cesta con sus botellas, y á los pantalones de montar, que ni siquiera le permitian imaginar escaparse.

Trata el mozo del almacen de vinos de entablar conversacion: pero Benito le contesta á todo "*Yés*" y cesa por fin una plática que él sostiene únicamente. Llegan al almacen, jadeando Francisco, y Benito echando el bofe.

—¿No está contento milord con el vino? preguntó el almacenista al descubrir al lacayo del inglés.

—*Yés*, respondió este friamente.

—No es eso, respondió Francisco, milord no ha probado el vino; mas en el camino se acordó de que le faltaban seis botellas de vino del pais, y volvemos por ellas.

—Vino de España ¡eh! corriente ¿pero de qué clase?

—Milord no ha dicho otra cosa.

—¿Sabe usted, *Benit-son*, cuál es el que quiere su amo?

—*Yés*.

—¿Es el de Jerez?

—*Yés*.

—¿O de Málaga, ó de Cariñena?

—*Yés*.

—Veo que es el de Málaga... seguramente que lo he acertado. Oye, Francisco, toma las botellas, y cobra por todo trescientos sesenta reales. ¿Vive lejos milord?

—*Yés*.

—En el Hotel de Paris, dice Francisco, cargando con las botellas; vaya usted delante, señor *Benit-son*, que yo seguiré á usted.

—Pero *Benit-son*, que sopena de mas de cincuenta palos no podia dar las señas de la casa de los calaveras, no respondió ni una sílaba, y permaneció arrimado como un guarda-canton á la esquina de la puerta.

—¿Si habrá olvidado este lacayo el camino de la posada? dijo el dueño del almacen con impaciencia.... ¿Hácia qué parte está el Hotel de Paris?

—*Yés*.

—Llévete el diablo con tu *Yés*: este diantre de lacayo no entiende el español..... ¿cómo nos componemos ahora para saber dónde vive su amo?... Oiga usted, ¿se halla en la calle del Cármen el Hotel de Paris?

—*Yés*.

—Gracias á Dios que hemos dado con la dificultad: fortuna hemos tenido. Vamos, Francisco, vete con *Benit-son*. Francisco vuelve á comenzar la marcha, y se ve obligado á empujar á Benito que se muestra bastante reacio en emprender la nueva caminata. Llegan al Hotel de Paris: hace Francisco varias señas á su compañero para saber si reconoce la casa; pero es un delirio pensar en sacarle de su *Yés*. Entra el mozo, pregunta por el cuarto de milord: el portero contesta que hay en la casa media docena de catos señorones, y que no distingue por las señas al que busca: empuja entonces Francisco al lacayo inglés, y dice al portero que pregunta por el amo de aquel criado: Benito es examinado con detenimiento, y el portero no recuerda haberle visto jamas. Francisco habla de su vino, á ver si por este medio puede conseguir alguna ventaja; pero el portero le dice que en la casa se regalan perfectamente los milores sin necesidad de salir á buscar vino para sus borracheras; vuelve el mozo á interpelar al lacayo, y este le tapa la boca con su eterno *Yés*; da el portero una gran carcajada, y les vuelve la espalda.

Francisco lleno de cólera, sale á la calle, haciendo marchar adelante al fingido lacayo; pero sin perderle de vista. Llegan de nuevo al almacen, y el dueño grita y se desespera, empezando á barruntar alguna cosa de la burla que se le está haciendo. Por otra parte, hay ladrones en Inglaterra como en otro punto cualquiera del globo, y repite azorado algunas preguntas al imperturbable *Benit-son*. Por fortuna hace memoria de que vive un inglés enfrente de su establecimiento, y manda á Francisco que vaya á suplicarle que baje un momento á su almacen. Viene en efecto; pero á Benito le es igual que se le hable en inglés que en español, porque *Yés* y so-

lo *Vea* contesta á todo. Acaba el dueño del almacen de convencerse de la que se le está jugando, y su cólera necesita una víctima: coge el *falso Benit-son* para trasladarlo á la gefatura; pero al tiempo de salir llega un coronel al patio de la casa: á su vista recupera Benito el uso de la palabra, grita, llora, forcejea, y va á arrojarse á los piés del militar.

El coronel, que iba á visitar á un antiguo camarada, se apercibe de los clamores de Benito: pregúntale dónde se encuentra su sobrino, reclámale el duelo el importe de las botellas, contándole todo el suceso; paga el coronel, da una propina á Francisco para que no divulgue el lance, y sale del patio llevándose á Benito, que será mas frágil por esta vez, y venderá el secreto de nuestros calaveras.

Entretanto estos señoritos, en medio de la algazara y de las locuras que Baco nos inspira cuando se halla presente el amor, se entregaban á la alegría mas descompasada, de la cual participaban sus queridas, de todas veras. Cantaban, reian y se decian sin aprension todo lo que los vapores del vino y su bella posicion inspiraba á su pensamiento: eran amables sin empeñarse en ello: tenian talento sin presuncion, y malicia sin perversidad. Se divertian mucho; pero no se traspasaban los límites del decoro.

Hallábanse en los postres. Los tapones de Champaña habian herido el techo, segun la promesa del dueño del almacen de vinos, y el licor espirituoso acababa de encender completamente los ya encarnecidos ánimos, cuando de repente unos estrepitosos golpes dados en la puerta, interrumpieron á Gustavo en medio de una cancion báquica que estaba improvisando.

Los jóvenes se miran atónitos sin saber que hacer, las muchachas les contemplan sorprendidas, y tratan de adivinar el motivo de una inquietud tan estraña: llaman de nuevo: los calaveras se alteran cada vez mas, y Rosita les dice enfurruñada:

—¡Vamos!.. ¿no abren ustedes? ¿no están oyendo que va á echar la puerta abajo? ¿Quizá será alguna visita.... y estaremos nosotras. . . .

—¡Ah! . . . ciertamente. . . tiene usted razon, amiga mia, alguna señora vendrá á ver á estos caballeros. . . y temen que nos encuentren aquí... Por mi parte voy á abrir, porque quiero conocer á esa hermosura á quien se tiene tanto miedo.

Rosita, que cuando oye alguna cosa que escita su curiosidad, no reflexiona ni se para en barras hasta dar con el ítem, va mas ligera que un ave á abrir la puerta, á tiempo que se deja oir en el tramo de la escalera un juramento pronunciado con una conviccion y un nervio á toda prueba. En vez de abrir, vuélvese pálida y acongojada hácia los jóvenes, y les dice temblorosa:

—¡Ay, Dios mio!.... es ese coronel regañon!. . .

—¿Quién?. . . ¡Mi tio!

—El mismo!. .. ¡Ay, Dios mio! . . . he reconocido su voz perfectamente, porque no se me puede olvidar nunca, aunque no le he hablado mas que una sola vez!. . .

—Está visto. . . me habrá atisbado esta mañana, y me habrá seguido los pasos. . . ¿Qué haremos, Oliver?

—¡Voto al demonio!. . . que se rompa la cabeza contra la puerta. . . que llame cuanto le dé la gana.

—¡Conque es tan malo su tio de usted! dijo la costurerilla.

—No. . . no es muy malo; pero tiene unos prontos temibles: ahora está enojado conmigo, porque no quiero casarme con una mogigata que me tenia destinada para esposa. . . ¡Cáspita!. . . con qué furia llama!. . .

—Mil bombas! ¡abrireis! grita el coronel desde la escalera: ved lo que se hace, porque si no, echaré la puerta abajo.

—¡Ah!. . . lo hará lo mismo que lo dice, esclamó Rosita, buscando por el cuarto con suma ligereza un escondite. (*Continuará.*)

VARIEDADES.

GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

Toma, toma, mirad si decia yo bien! En efecto la tercera descarga cayó en el surco que dejaba la lancha. Los fugitivos estaban ya á salvo de la cólera de los hombres, y ya no tenian que temer mas que la de Dios; pero el desconocido parecia tan fuerte contra la una, como bien dispuesto para la otra, pues al cabo de media hora ya se habian desembarcado en la orilla opuesta, y Napti, de quien se habia olvidado, les siguió nadando. Antes de separarse del desconocido pensó Conrado de cuanta utilidad podia ser aquel hombre en la conjuracion de que el formaba parte, y empezó á hablarle de lo que habia pasado en el Grutli; pero á la primera palabra el barquero le interrumpió:

—Habeis pedido socorro, y yo os le he dado, como hubiera querido que me lo hubiesen dado á mí en vuestro lugar; ahora no pidais nada mas, porque no lo hare.

—Pero á lo menos, dijo Rosa, decidnos vuestro nombre, para que podamos llevarlo en el corazon al lado de los de nuestros padres, porque os debemos la vida como á ellos.

—Si, si, decidnos vuestro nombre, y no os escuseis, porque no podeis alegar escusa alguna.

—No seguramente, respondió sencillamente el forastero, al tiempo de amarrar su barca á la orilla del lago. Yo soy cobrador del convento de Zurich, y me llamo Guillermo Tell. Dicho esto saludó á los dos esposos, y tomó el camino de Fluelen.

El dia siguiente al en que pasaron los referidos sucesos, pidió permiso para hablar á Herman Guesaler un enviado del caballero Beringuer de Landemberg, y obtenido entró y contole la aventura de Mechtal y no pasó por lo alto la venganza de Landemberg.

Apenas habia acabado, cuando fué introducido un arquero del señor Wolfranchiess, que refirió la muerte de su amo y de qué manera se habia escapado el asesino, gracias al socorro de un paisano de Burglen, pueblo de la jurisdiccion de Guessler. Este prometió que se haria justicia contra él, y apenas acababa de empeñar su palabra, cuando entró un soldado de la guarnicion de Schwanau.

Este contó que el gobernador del castillo, habia atentado contra el honor de una doncella de Art, y que habiéndole sorprendido en la casa dos hermanos de la muchacha, habíanle muerto y refugiádose despues en la

montaña, donde se les había buscado inútilmente.

Levantóse entonces Guessler, y juró que si el jóven Mechtal que había roto el brazo al escudero de Landemberg, ó Conrado de Baumgarten que había muerto al señor de Wolfranchies en el baño, ó los dos mancebos que habían asesinado al gobernador del castillo de Schwanau caían en sus manos, serían castigados con la pena de muerte.

Obtenida esta respuesta, iban á retirarse los mensageros; pero Guessler les pidió que antes le acompañasen hasta la plaza pública.

Así que estuvieron en ella, mandó plantar un mastil en el suelo y puso en la punta su sombrero orlado con la corona ducal de Austria. En seguida mandó pregonar á son de trompeta que cualquier noble ó villano que pasase por delante de aquella insignia del poder de los condes de Absburgo, debiese descubrirse en señal de homenage; y hecho esto, despidióse de los mensageros, encargándoles que contasen á los que les habían enviado lo que él acababa de hacer, para que le imitasen en sus respectivos distritos.

Tres días despues fueron á decirle que acababan de prender á un hombre porque no había querido descubrirse ante la corona ducal. Guessler montó á caballo en seguida y se dirigió á Aldorf escoltado de sus guardias. El culpable estaba atado al mismo mastil que sostenía el sombrero del gobernador; y por su jubon de paño verde de Basilea, como tambien por la pluma de águila que llevaba en su gorra, dejábase entender que era un cazador de montaña. Llegando delante de él, mandó Guessler que le desatasen, y libre ya, sabiendo el cazador que no lo estaba aun del todo, dejó caer los brazos, y fijó los ojos en el gobernador con una indiferencia tan lejana del miedo, como de la arrogancia.

—¿Es cierto, preguntó Guessler, que te has negado á saludar el sombrero?

—Sí, monseñor.

—¿Y eso por qué?

—Porque mis padres no me enseñaron á descubrirme mas que delante de Dios, de los ancianos y del emperador.

—Pero esta corona representa el imperio.

—Os engañais, monseñor, esa corona es la de los condes de Absburg y de los duques de Austria. Ponedla, en las plazas de Lucerna, de Figurgo, de Zoug, de Bienna y del pais de Glaris, y no hay duda que sus habitantes prestarán el homenage que exigís, pero nosotros que recibimos del emperador Rodolfo el privilegio de nombrarnos jueces, de gobernarnos con nuestras leyes, y de no depender mas que del imperio, debemos respeto á todas las coronas, pero homenage solamente á la del emperador.

—Pero al subir el trono el emperador Alberto, no ha ratificado esos privilegios concedidos por su padre.

—Pues ha hecho muy mal, monseñor, y eso es la razon porque Uri, Schwitz y Unterwald han hecho alianza entre sí, empeñándose con juramento á defenderse mútuamente personas, familias y bienes, con el consejo y con las armas.

—¿Y crees que lo cumplirán? dijo Guessler sonriéndose.

—Sí que lo creo, respondió tranquilamente el cazador.

—¿Y querrán morir antes que quebrantar su juramento?

—Desde el primero hasta el último.

—Ya lo veremos.

—Mirad, monseñor, que vaya con cuidado el emperador Alberto, porque no tiene mucha fortuna en espediciones de esta especie. Que se acuerde del sitio de Berna, cuando perdió la bandera imperial, y de Zurich, donde no se atrevió á entrar á pesar de tener las puertas abiertas, no obstante, estas dos ciudades no combatian por su libertad, sino por los límites de su territorio. Ya sé que se vengó en Glaris; pero Glaris era débil y fué sorprendida sin defensa mientras que nosotros estamos prevenidos y armados.

—¿Y cómo sabes tú las leyes y la historia, siendo un simple cazador como lo dice tu traje?

—Sé mis leyes, porque son la primera cosa que nuestros padres nos enseñan á respetar y defender; y sé tambien la historia, porque entiendo un poco en letras, habiendo sido educado en el convento de Nuestra Señora de las Ermitas; por eso tengo el empleo de cobrador del convento de Zurich; en cuanto á la caza, no es mi ocupacion de oficio, sino de diversion como lo es para todo hombre libre.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Guillermo, mi apellido Teil.

—Oh, respondió Guessler con alegría, ¿no eres tú el que socorrió á Conrado de Baumgarten y á su esposa, el dia del huracán?

—Yo dí paso en mi barca á un jóven y á su muger, porque los perseguian; pero no les pregunté su nombre.

—¿No eres tú el que citan como el mejor cazador de toda la Helvecia?

—A ciento cincuenta pasos quitaría una manzana de la cabeza de su propio hijo sin hacerle daño alguno, dijo una voz que salió de entre la gente que se había reunido.

—¡Dios perdone esas palabras al que las haya dicho! esclamó Guillermo, pero á buen seguro que no han salido de la boca de su padre.

—¿Tienes hijos? le preguntó Guessler.

—Cuatro, tres niños y una niña: Dios ha bendecido mi casa.

—¿Y á cuál prefieres de los cuatro?

—A todos los amo igualmente.

—Pero bien, debe haber uno por quien sea mayor tu ternura.

—Quizá por el mas niño, porque es el mas débil y tiene mas necesidad de mí, pues apenas cuenta siete años.

—¿Cómo se llama?

—Walter.

Guessler se volvió á uno de los guardias que le habian seguido á caballo.

—Corre á Burglen, le dijo, y trae al niño Walter.

—¿Para qué, monseñor? preguntó Teil?

Guessler hizo una seña, y el guardia partió á galope.

—¡Oh! vos no tendreis mas que buenas intenciones, monseñor, ¿pero qué quereis hacer de mi hijo?

—Ya lo verás, dijo Guessler, volviéndose á hablar con los guardias y escuderos que le acompañaban. Guillermo se quedó en pié en el mismo sitio en que estaba, con el sudor en la frente, los ojos fijos y los puños cerrados.

Al cabo de diez minutos, volvió el guardia con el niño sentado en el arzon delantero de la silla, y al llegar cerca de Guessler lo puso en tierra.

—Aquí está el pequeño Walter dijo el guardia.

—Muy bien, respondió el bailío.

—¡Hijo mio! esclamó Guillermo, y el niño se arrojó en sus brazos.

—¿Por qué me has enviado á buscar, padre? dijo el niño palmoteando de alegría.

—¿Y tu madre por qué te ha dejado venir?

—No estaba en casa: solo estábamos mis hermanos y yo. ¡Ya se han quedado bien celosos! Han dicho que tu me amas á mí mas que á ellos.

Guillermo lanzó un suspiro y estrechó al niño contra su corazon.

Guessler contemplaba aquella escena con los ojos brillantes de gozo y ferocidad; y cuando se hubieron acariciado bien padre é hijo, dijo en alta voz:

—Atad ese niño á aquel árbol; y señaló una encina que había en el estremo opuesto de la plaza.

—¿Para qué? grito Guillermo estrechando á su hijo.

—Para probarte que entre mis arqueros hay alguno, que sin tener tu

reputacion sabe tambien dirigir una flecha.

Guillermo abrió la boca como si no comprendiese, aunque la palidez de su cara, y las gotas de sudor que le corrian por la frente, indicaron que lo habia entendido perfectamente.

Guessler hizo una seña, y los soldados se acercaron.

—Quieres que mi hijo sirva de blanco, para probar la destreza de tus soldados. ¡Oh! no lo pruebes, gobernador. Dios no lo permitirá.

—Luego lo veremos, respondió Guessler, y repitió la órden.

Los ojos de Guillermo se inflamaron como los de un leon; miró si podia escaparse, pero estaba rodeado por todas partes.

—¡Verdugos! ¡Verdugos! ¡Verdugos! gritó Guillermo rechinando los dientes.

—Vamos, acabemos, dijo Guessler.

Los soldados se le arrojaron encima y le arrancaron el niño: Guillermo se echó de rodillas á los pies de Guessler y juntando las manos, decia:

—Monseñor, yo soy el que os he ofendido, castigadme á mí, monseñor, castigadme, matadme á mí si quereis; pero devolved ese niño á su madre.

—Yo no quiero que le maten, gritaba el niño debatiéndose en brazos de los arqueros.

—Monseñor, mi muger y mis hijos saldrán de Helvecia, y os dejarán, casa, tierras y ganados, se irán á mendigar de pueblo en pueblo y de casa en casa; pero por el amor de Dios, dejad libre á mi hijo.

—Un medio tienes para salvarlo, Guillermo, dijo Guessler.

—¿Cuál es? preguntó el angustiado padre ¿Cuál es? decidlo, decidlo luego, y si lo que me pedís está al alcance humano, yo lo haré.

—No te pediré cosa alguna que tú no seas capaz de hacer, segun es fama. Hace poco que ha dicho alguno, que tu destreza en el tiro es tal, que á ciento cincuenta pasos de distancia, quitarias una manzana de la cabeza de tu hijo, sin causarle lesion alguna.

—Maldita debe ser la voz que tal dijo. Yo creí que nadie la habia oido mas que Dios y yo.

—Pues bien: Guillermo, continuó Guessler, si quieres darme esa prueba de habilidad, yo te perdono por no haberte descubierto ante el sombrero en contravencion de mis órdenes.

—Esto es imposible, caballero, es imposible, esto seria tentar á Dios.

—Entonces voy á buscar algun arquero que tenga menos miedo que tú. Atad al niño.

—Esperad, monseñor, pues aunque sea una cosa bien terrible, bien cruel, bien infame, lo reflexionaré.

—Cinco minutos te quedan.

—A lo menos, entretanto, volvedme á mi hijo.

—Soltad á ese muchacho.

Soltáronle, y fuese corriendo hácia su padre.

—¿Conque nos han perdonado, no es verdad, padre? y la pobre criatura se enjugaba los ojos con sus manos, riendo y llorando al mismo tiempo.

—¿Cómo perdonado! ¿Sabes tú lo que quieren ahora? ¡Oh! Dios mio! ¡Cómo es posible que ese hombre haya concebido tal pensamiento! Ahora quieren. . . . quieren hijo, mio, que á ciento cincuenta pasos te quite una manzana de la cabeza con una flecha.

—¿Y por qué no lo haces? preguntó el niño sencillamente.

—¿Por qué? ¿y si no acierto? y si la flecha te toca?

¡Oh! ya sabes tú que no hay que temer, respondió el niño sonriéndose.

—Guillermo, gritó Guessler.

—Aguardaos, monseñor, esperad un poco, que aun no han pasado los cinco minutos.

—Te engañas, porque el tiempo ha pasado ya. Vamos, decidete.

El niño animó á su padre con una seña.

—Bueno, pues, esclamó Guillermo á media voz. . . . ¡Oh, no, nunca, nunca!

—Volved á coger el niño, dijo Guessler á los soldados.

—Ya quiere mi padre, ya quiere; y escapándose de los brazos de su padre, dirigióse corriendo al árbol.

Guillermo se quedó anonadado, con los brazos caidos y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Dádle un arco y flechas, dijo Guessler.

—Yo no soy arquero, respondió Guillermo saliendo de su entorpecimiento; yo no soy arquero sino ballestero.

—Es verdad, es verdad, gritó la gente.

Guessler se volvió entonces á los soldados que habian detenido á Guillermo, como para preguntar lesalguna cosa.

—Sí, sí, dijeron ellos, traia ballesta y flechas.

—¿Y en dónde están?

—Se las hemos quitado al prenderlo.

Volvérselas, pues.—Y así se hizo.

—Ahora, traed una manzana, añadió Guessler. Y habiéndole presentado un cesto lleno escogió una.

—¡Oh! esa no, gritó Guillermo, esa no, á la distancia de ciento cincuenta pasos apenas podria verla. No teneis piedad si la escogeis tan pequeña.

Dejóla Guessler, y tomó otra un poca mas gruesa.

—Vamos, Guillermo, no quiero que te quejes, díjole el bailio, ¿qué te parece de ésta?

Guillermo la tomó, miróla suspirando, y la devolvió.

—Vamos, estamos convenidos; ahora midamos la distancia.

—¡Un momento! ¡un momento! gritó Guillermo, la distancia debe ser leal monseñor, y los pasos de dos piés y medio nada mas, esta es la medida en los tiros y desafios; ¿no es verdad, señores arqueros?

—Sea como tu quieres, y se contaron ciento cincuenta pasos de dos piés y medio.

Guillermo, siguiendo al medidor, midió él mismo tres veces la distancia, y viendo que se habia hecho lealmente, volvióse al sitio donde tenia la ballesta.

—Nada mas que una flecha, gritó Guessler.

—Dejádmela escoger al menos, porque no es cosa de poca importancia la eleccion de la flecha, ¿no es verdad, señores arqueros, que las hay que tuercen el camino, ya porque el hierro es muy pesado, ya porque la varilla tiene algun nudo, ya porque han sido mal emplumadas?

—Es cierto, dijeron los arqueros.

—Bueno, pues escógela repuso Guessler: pero no tomes mas que una.

—¡Sí, sí, murmuró Guillermo, ocultándose otra en el seno, nada mas que una! . .

Guillermo examinó las flechas con el mas prolijo cuidado, tomólas y las dejó una tras otras, probólas en la ballesta para ver si entraban bien en el encage, púso las enequilibrio sobre un dedo para ver si el hierro pesaba sobrado ó bastante, y cuando hubo hallado una que reunia todas las cualidades necesarias, aun siguió buscando, solo con el objeto de ganar tiempo.

—¿Y bien, que hacemos! dijo Guessler con impaciencia.

—Dejadme el tiempo de rogar á Dios, dijo Guillermo.

(Continuará.)

COMIDA IMPROVISADA.

(CONCLUYE.)

Frótase la frente Gustavo para buscar una idea que le saque del aprieto: la costurera demuestra un miedo cerval al oir la voz de aquel coronel que tiene visos de ser un Hércules muy

colonia y Oliver apura muchos vasos de champagne para refrescar las ideas.

—Par diez, no hay mas que este medio, dice Gustavo, despojándose alternativamente del frac, chaleco y corbata. . . .

—¡Dios mio! . . . ¿qué va usted á hacer? gritan las muchachas tapándose los ojos.

—Voy á meterme en la cama.

—Que horror, ¿vá usted á meterse en la cama delante de nosotras!. . .

—Es un caso urgente, señoritas, y no deben ustedes reparar en una cosa tan insignificante. Por otra parte, me acostaré con los pantalones puestos.

—¡Mas cuál es tu proyecto? . . dice Oliver.

—Estoy enfermo de mucho peligro, y tú me sirves de enfermero. . .

—¡Buena idea! lo comprendo perfectamente. . . pero. . . ¿y estas señoras?

—Es necesario ocultarlas: no hay remedio.

—¿Y en dónde!. . . ¡ah! . . . ya me ocurre! . . . pueden cabar perfectamente en este cuartito que sirve para tener la ropa.

—Yo iré con mucho gusto, dice Rosita.

—¡Dios mio!

Escóndense, pues, las dos mugerzuelas. Oliver despeja la sala del festin lo mejor que puede, de los residuos de la francachela, y mientras que se encasqueta Gustavo hasta los ojos un gorro de dormir, y se arropa con la manta casi completamente, se reviste aquel de una facha sentimental y compungida, y va á abrir la puerta.

—¡Cien escuadrones!. . . doscientas mil cartucheras, voy á echar la puerta abajo.

—Voy á abrir, voy á abrir, señor de Sopelano.

—¿Conque se resuelve usted por fin?. . . hace usted bien. . . cien cañones, tenerle á uno aquí tanto tiempo...

—Señor D. Jesus, dice Oliver abriendo la puerta, era usted muy dueño de marcharse.

¡Ah! ¿esperaba usted que yo me marchara? mil bombas. . . eso es lo que usted queria. . . pero habiéndome dado á conocer, me parece que. . .

—Por esto mismo no habria, caballero.

—¡Ah! ¿se atrevia usted?

—Si, señor . . para. . . .

¿Para qué?

—Para guardar cierto miramiento con la paternal ternura de usted.

—¡Mi ternura!. . já. . já. . cien escuadrones, á mí no se me comulga con ruedas de molino. . . al diablo con esa palabreria! . . . dónde está mi sobrino!. .

—Silencio, señor de Sopelano! . .

—¿Que diantre quiere usted decirme?

—Chiton! por favor!

—Mil fusiles! . . vamos á mi sobrino . . pronto. .

—Va usted á verlo inmediatamente, coronel; pero no meta usted esa bulla infernal, y venga de puntillas detrás de mí.

—¡Ah! se burla usted, ¿cien escuadrones!

—Oh! no tengo ganas de reir: ese infeliz Gustavo. . . allí se halla, coronel. . pero ¿en qué estado gracias á Dios!. .

Acércase el coronel con precaucion á la cama de su sobrino, el cual durante el diálogo anterior, se habia frotado la cara con higos secos poniéndola amarilla y terrorosa. Examinólo con asombro el coronel, y Oliver vuelve el rostro á otro lado, porque le da fuertes ganas de reir el contrito y desfigurado semblante de su amigo.

—¿Qué es, pues, lo que tiene! dice por último el coronel Sopelano, examinando á Gustavo con aire incrédulo.

—¡Ah! coronel. . . ¡una fiebre cerebral!. .

—¿Pero desde cuando la padece?

—Desde ayer.

—¡Ah! desde ayer. . . y sin duda para curar la calentura ha ido usted esta mañana disfrazado de inglés á petardear al dueño de un almacen de vinos.

—El medio ha sido bastante fuerte;

pero hallándose tan malo Gustavo. . .

—¡Mil lanzas!. . . no se cura la calentura con Champagne!

—Seguramente; pero ese vino lo he tomado para fortalecer mis fuerzas á fin de poder velar á su sobrino de usted sin destallecerme.

—¿Y para adquirirlo deja usted en prenda á su criado?

—No teniamos otra hipoteca.

—Esponer á este pobre mozo á ser encarcelado, ¡voto á cien caballos!. . .

—Coronel, Patroclo se hizo matar por Aquiles; Polux está muerto la mitad del año por su hermano Castor; Orfeo bajó á los infiernos en busca de su muger; Telémaco hizo la misma caminata para encontrar á su padre: San Vicente Paul se hizo enviar á galeras por unas gentes que no merecian la pena; y Benito puede dormir en la cárcel por su amo.

—Aquí no se trata de Orfeo ni de Castor, ni de toda esa gente; se trata de mi sobrino, que, gracias á usted, no hace mas que disparates.

—Creo que usted me lisongea.

—¿Ha perdido el habla?

—Es que se halla en un sopor momentáneo, efecto del acceso que acaba de tener.

—¿Y qué demonios tiene en la cara?

—Los bultos que ha levantado la calentura.

—¿Ha llamado usted al médico?

—Todavia no.

—Como . . ¿estando su amigo malo de peligro! . .

—Es que no tenemos dinero para comprar los medicamentos que recete el doctor.

—¿Que conducta! . . sin dinero para vivir. . .

—Coronel, ese es percance que esperimentan hombres honradísimos.

—Mas usted que tiene un empleo... Pero tráiganos usted un médico al instante.

—Un médico. . . ¿para qué?

—¡Cien escuadrones!. . . ¿es singular la pregunta! Quiero saber que enfermedad es ésta. . . en todo caso no le dejará aquí seguramente. ¡Mil bombas! ¡Qué desórden! ¿vestidos por el suelo! ¿platos debajo de la mesa!. . .

—Es que tengo un gato, coronel.

—¡Varios tapones!. . ¡Ah! . . ¡ah! . . ¿ha puesto usted tambien para su gato debajo de la mesa aquella bolsa de muger?

—¡Cáspita!. . Gracias á Dios que la encuentro al fin: es la bolsa de la mozuela que me hace la cama: esta mañana la anduve buscando mas de dos horas por el cuarto sin poderla hallarla, y la pobrecilla Pasquita creia haberla perdido en la calle.

—¡Hola! ¿conque la muger que le hace á usted la cama gasta bolsa de tanto lujo?

—¿Qué tiene eso de particular? todas las mugeres las llevan así.... es cosa que se ha hecho muy comun.

—Está bien; pero no pierda usted tiempo; tráigame usted un médico..... yo le aguardo al lado de mi sobrino.

—No tiene usted por qué incomodarse: está durmiendo el enfermo, y puede usted venir conmigo.... así encontraremos al médico con mas prontitud.

—Haga usted lo que le digo. ¡Mil caballos! . . Aquí me quedo . . . voy á probarle que soy hombre testarudo.

El coronel se enfadaba de veras, y no habia medio de hacerle cambiar de resolucion.

—Pardiez, dijo para sí Oliver; Gustavo y las dos mocitas saldrán del atolladero como Dios les dé á entender: yo he hecho cuanto podia hacerse, y me pongo en salvo.

No quedó Gustavo á sus anchas. Durante el diálogo de su tio con Oliver, habia estado á pique de soltar muchas veces la carcajada; pero se contuvo esperando que este saliese. Cuando vió marchar á Oliver, y sentado á su tio en medio del aposento, perdió el ánimo y estuvo tentado á echar al aire sábanas y mantas; pero se estuvo quieto por un resto de esperanza. La situacion se prolongaba demasiado, y temiendo que las mozue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las hiciesen algun ruido, se decidió á elegir un término medio para distraer la atencion del coronel. Dá un tremendo suspiro y al oirlo Sopelano esclama.

—¡Ah! ¡ah! ¿con que has despertado ya?. . .

—¿Cómo?. . . ¿se halla usted aquí, mi querido tio!

—Sí. . . me parece que no me esperabas. . . y á la verdad no hubiera venido si Benito no me hubiese dado las señas.

¡Ah!. . con que. . . Benito. . . le ha dicho á usted. . .

—Despues de haberle dado veinte palos en premio de su silencio. . . y de ofrecerle otros veinte. . .

—¡Pobre Benito! . . . desde que me sirve, el salario de los palos es el único que ha recibido.

—Creo que ya no deliras, Gustavo.

—Me siento mejor. . . y mañana tendré el placer de ir á casa de usted. . . si me ayudan las fuerzas.

—No, sobrino: ahora vendrás conmigo, sea á pié ó en coche. . . no quiero ser el juguete de tu fiebre. . . ¡Pero qué ruido es ese!

—Nada. . . no es nada: el doguillo de Oliver.

—¡Mil cariucheras! ¡un gato! ¡un doguillo! ¡Entonces vuestra casa es el arca de Noé!

—Oliver quiere mucho á los animales.

—¡Pero mil bombas! el doguillo no habla, y yo oigo cuchichear detras de esa puerta. ¡Cien cañones!

Acércase el coronel al cuartito, y Gustavo se incorpora para impedirle el paso, sin tener en cuenta que al destaparse enteramente mostraria los pantalones; vélos el coronel, y ya no duda de que ha sido juguete de una nueva calaverada; quiere enterarse de todas las circunstancias que le acompañan; corre al cuartito, y á pesar de las súplicas del sobrino, se abalanza á abrirle; pero está echado el cerrojo por dentro y no hay medio de penetrar en él.

—Hola, hola, gritó el coronel. . parece que la moza que hace la cama á Oliver busca ahí dentro su bolsa!

Já. . . já. . . ¡Pero voto á Santiago! me quedaré aquí aunque sea hasta mañana, y conoceré á esa Frasquita. . . ¡Mil bombas!. . . no saldrá sin que yo la eche la vista encima.

Tal amenaza estremece á las prisioneras: estaba la costurera determinada á salir; pero Rosita que temblaba al coronel, contuvo á su compañera haciéndola un retrato horrendo de aquel hombron que en otro tiempo le habia dado un puntapié por haberla encontrado hablando con su sobrino. Por otra parte la costurera tenia vergüenza de ser hallada en el escondrijo; así es que la una y la otra permanecian sin dar muestras de querer salir. Con todo, su situacion era horrorosa y no debia ni podia prolongarse: se hallaban sumamente incómodas, y Gustavo que lo adivinaba, se sacrificó por ellas generosamente.

Levántase, y poniéndose en un momento el frac, chaleco y corbata, dice á su tio que está dispuesto á seguirle.

—¡Cien fusiles!. . . ¡mil casacas!. . . tunante!. . . pronto has sanado de tu fiebre!

—Ya vé usted, querido tio que arrostro su cólera; pero le suplico encarecidamente que respete el pudor de las virtuosas é interesantes señoritas, á la verdad bien inocentes, que no deben estar muy divertidas en ese cuartito: ruego á usted con encarecimiento por ellas y me atrevo á esperar que nos iremos sin verlas.

—Par diez, debiera suministrar un par de tandas de bayonetas á esas *señoritas virtuosas* que se esconden en la casa de los calaveras; pero dejémoslas salir, y vámonos: si bien te aseguro que será esta la última comida que improvisas á espensas de mi bolsillo, para tan modestas é inocentes mariposas.

VARIEDADES.

GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

—¿Eso tambien?

—Ya que no he podido hallar piedad en los hombres, á lo menos pediré misericordia á Dios. Esto no se niega ni aun á los que suben al cadalso.

—Ea, pues, reza.

Arrodillóse Guillermo, y pareció absorto en su oracion, en tanto estaban el niño al árbol quisiéronle vendar los ojos, pero él la rehusó.

—¿Como! dijo Guillermo, interrumpiendo su plegaria, ¿no le vendais los ojos?

—Dice que quiere veros, gritaron los ursueros.

—Yo no quiero, exclamó Guillermo, yo no quiero, no tiro, porque puede hacer algun movimiento al ver llegar la flecha, y yo mataria á mi hijo. Walter, déjate vendar los ojos, mira, te lo pido de rodillas.

—Que me los vendeu, respondió el niño.

—Gracias, repuso Guillermo, enjugándose la frente, gracias, eres un buen muchacho.

—Animo, gritó Walter, ánimo, padre.

—Sí, sí, respondió éste, doblando una rodilla y armando la ballesta. Monseñor, dijo volviéndose á Gessler, aun es tiempo, evitadme un crimen y á vos un remordimiento. Decid que todo esto lo habeis hecho para castigarme, para probarme, y que ahora que veis cuánto he sufrido, me perdonais. ¿No es así, monseñor? En nombre del cielo, en nombre de la Virgen ¡gracia! ¡perdon!

—Vamos, pronto, dijo el gobernador y no me canses mas. ¿No eres buen cazador? pues danos una muestra de tu destreza.

—Dios mio! tened piedad de mi, murmuró Guillermo levantando los ojos al cielo

Entonces cogiendo la ballesta colocó la flecha, apoyó la culata sobre el hombro, levantó lentamente el estremo delantero del arma, y cuando llegó á la altura regular, aquel mismo hombre que poco antes temblaba como la hoja en el árbol agitada por el viento, se quedó inmovil, cual una estátua de marmol. No se oia un soplo, las respiraciones se habian suspendido, y todos los ojos estaban fijos. Salió el tiro y resonó un grito general de alegria; la manzana estaba clavada á la encina, y el niño sin lesion alguna. Guillermo quiso levantarse, pero vacilo, dejó caer la ballesta y dió consigo en tierra.

Cuando Guillermo volvió en sí, hallábase en brazos de su hijo. Cuando le hubo besado mil veces, volvióse al

bailío cuyos ojos brillaban de cólera.

—¡He hecho lo que queriais! preguntó Guillermo.

—Sí, respondió Guessler, eres un valiente arquero, y te perdono como te prometí, tu falta de respeto á mis órdenes.

—Y yo, monseñor, os perdono mis angustias de padre.

—Pero tenemos otra cuenta que arreglar entre los dos.

Tú socorriste á Conrado de Baumgarten, que es homicida y asesino, y debes ser castigado como cómplice suyo.

Guillermo miró en su derredor como si hubiese perdido el juicio.

—Arqueros, llevad ese hombre á la cárcel, pues para castigar el asesinato y la traicion, se necesita un proceso en forma.

—¡Oh! bien debe haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo, y se dejó conducir al calabozo.

El niño Walter fué devuelto á su madre.

IV.

La noticia de lo que acababa de suceder, se divulgó en seguida, por todos los pueblos de las cercanías, y causó grande efervescencia. Guillermo era querido de todos, porque la dulzura de su carácter, sus virtudes domésticas y su desinteresado proceder en los agenos infortunios, le habian grangeando la estimacion y aprecio de pobres y ricos. Su estraordinaria destreza le valia una sencilla admiracion, por la cual se le miraba como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos, obligados á alimentarse con el fruto de su habilidad y á defenderse con la propia fuerza, estas dos cualidades son las que mas distinguen al hombre y las que le elevan al rango de semidios. Hércules, Teseo, Castor y Polux, no tuvieron otra escalera para llegar al cielo.

A la media noche dieron cuenta á Guessler, de que estaba próxima á estallar una rebelion. Guessler pensó que el mejor medio de frustrarla, era sacar del distrito de Uri á Guillermo, y conducirlo á una ciudadela de los duques de Austria, situada al pié del monte Righi, entre Kussnach y Weggis, y creyendo que el viage seria mas seguro embarcándose que no por tierra, mandó preparar una barca, y una hora antes de amanecer, mandó conducir á ella al prisionero. Este, el gobernador, seis guardias y tres marineros formaban toda la tripulacion.

Cuando Guessler llegó á Hueten, lugar del embarque, encontró ya cumplidas sus órdenes. Guillermo atado de piés y manos, estaba echado en el fondo del barco; junto á él, y como prueba de conviccion, estaba el arma terrible que como instrumento de su sin igual destreza, despertara tantos temores en el corazon del bailío. Los arqueros sentados en los últimos bancos le custodiaban; dos marineros cerca del pequeño mástil estaban prontos á izar, y el que hacia de piloto, esperaba en la orilla que llegase el gobernador.

—¿Tendremos buen viento? preguntó Guessler.

—Por ahora se presenta favorable.

—¿Y el cielo?

—Nos promete un dia magnífico.

—Partamos, pues, sin perder tiempo.

—En seguida.

—Guessler tomó asiento en la popa del barco, los marineros desplegaron la vela, y el barco empezó á deslizarse por el espejo del lago, gracioso y ligero cual un cisne.

El gobernador abismábase en reflexiones, los soldados respetaban su silenciosa meditacion, y los marineros, obedeciendo con repugnancia, ejecutaban tristemente las maniobras que les dictaba el piloto. De repente cruzó el espacio una luz meteórica, que destacándose del cielo pareció precipitarse en el lago. Los dos marineros se miraron uno á otro, y el piloto que llevaba el timon se santiguó devotamente.

—¿Qué es eso, patron? preguntó Guessler.

—Nada, por ahora nada; pero hay quien cree que una estrella que cae del cielo, es un aviso que nos dá el alma de una persona que nos fué querida.

—¿Y ese aviso es de buen agüero?

—¡Jum! El cielo comunmente, no suele darnos presagios felices, porque la felicidad es siempre bien acogida.

—¿Conque esa estrella es un signo funesto?

—Hay antiguos navegantes que creen que cuando acontece tal cosa al tiempo de embarcarse, vale mas quedarse en tierra.

—Sí, pero cuando es muy urgente continuar la ruta. . . .

—En tal caso no hay mas que hacer, sino confiar en la paz de la conciencia, y poner la vida en manos de Dios.

A estas palabras sucedió un profundo silencio, y la barca siguió volando por el lago como si tuviese las alas de una ave acuática. Al cabo de poco tiempo, mostróse evidente el cambio de la atmósfera: á medida que se acercaba la mañana palidecian las estrellas, no en medio de una luz mas clara como suelen de costumbre, sino como si una mano invisible hubiera tirado por cima de ellas un velo de vapores entre la tierra y el cielo. Poco antes de la aurora, calmó el viento, el lago tomó un color ceniciento, y el agua sin que la agitase la menor brisa, se removió como si fuese á hervir.

—Arriad la vela, gritó el piloto.

Los dos marineros se pusieron á maniobrar, pero antes de cumplir la órden del piloto, se adelantaron algunas pequeñas olas coronadas de espuma, que llegando rápidamente de Brunnen, parecian salir al encuentro de la barca.

—¡El viento! ¡el viento! gritó el piloto, arriad en banda.

Pero fuese por la torpeza de los marineros, ó bien que algun nudo mal hecho impidiese la ejecucion de la maniobra, el viento estaba sobre la embarcacion, antes de estar arriadas las velas. Sorprendida la navecilla, tembló como un caballo que siente rugir á un leon, luego así tambien como un caballo, pareció escabritarse, hasta que volviéndose por sí misma, como si quisiera esquivar las fuerzas de tan terrible enemigo, presentó el flanco á su contrario. La vela que poco antes estaba incierta, se hinchó como si quisiese abrirse, y poco faltó para que la barca zozobrase. En tan crítico momento el piloto cortó con su cuchillo el cordage que sustentaba la vela, que floto un momento como un pabellon izado en la punta de un mástil; y rompiendo por último todo estorbo, echóse á volar como un pájaro sobre las ráfagas del viento, y la barca se levantó tranquilamente recobrando su equilibrio. Entonces empezó á rayar el dia.

—¡Camarada! dijo Guessler, el presagio no mentia, y en verdad que se ha cumplido pronto.

—Sí, sí, la boca de Dios no miente como la de los hombres. . . .

—¿Creeis que no habrá mas que esa borrasquilla, ó pensais que este golpe de viento es solamente el precursor de una tempestad mas terrible?

—A veces sucede que los espíritus del aire y de las aguas, aprovechan la ausencia del sol para dar estas fiestas sin el permiso del Señor, y en tales casos al rayar el dia, callan y se apaciguan los vientos y se van á donde huyen las tinieblas. Pero por lo comun, es la voz de Dios la que hace soplar á las tempestades, y es preciso que se cumpla su voluntad por entero.

—Mas tú no debes olvidar que tu vida corre tanto riesgo como la mia.

—Sí, monseñor, ya sé que todos somos iguales ante la muerte, pero Dios es Omnipotente y salva ó castiga á los que quiere salvar ó castigar. El fué el que dijo al apóstol que anduviese por las olas, y el apóstol caminó como por la tierra: ese mismo prisionero que llevais tan agarrotado

está mas seguro de su salvacion si está en gracia del Señor, que cualquiera hombre libre maldito por el cielo. Rema un poco Frantz, rema un poco, para que podamos presentar la proa al viento; porque segun veo aun no estamos libres. ¡Ya vuelve, ya vuelve!

En efecto, levantábanse olas mas grandes y espumosas que las primeras, y aunque la barca huia el cuerpo al viento que venia detras de ellas, hízola saltar sin embargo, lo mismo que aquellas piedrecillas que los muchachos hacen correr por la superficie del agua.

—Si el viento nos es contrario para ir á Brunnen, lo tendremos favorable para volvernos á Altorf, dijo Guessler comprendiendo ya el riesgo que corria.

—Sí, sí, ya lo he pensado, respondió el piloto; y por eso he mirado tantas veces por ese lado. Mirad el tiempo, monseñor; esas nubes que vienen del San Gotardo, y siguen el curso de Reuss, traen un viento contrario al que levanta esas olas, y antes de pocos minutos chocarán uno contra otro.

—¿Y entonces?

—Entonces será preciso que Dios piense en nosotros, ó que nosotros pensemos en Dios.

Poco tardó en cumplirse la profecía del piloto, y los dos vientos se encontraron; lució un relámpago, y el estampido del trueno dió la señal del combate. Tampoco tardó el lago en tomar parte en la revuelta de los elementos; sus olas impelidas y repelidas por vientos contrarios se hincharon como si las hiciese hervir un volcán submarino, y llevaban la barquilla como si no pesase mas que un copo de espuma de los que ellas hacian.

—Estamos perdidos, gritó el piloto: los que no están ocupados en la maniobra, que se encomienden á Dios. Diciendo esto, rompióse en el barquichuelo una ola furiosa que le cubrió y dejó un palmo de agua en él.

—Agua fuera, señores arqueros, gritó el piloto, pronto, pronto, que otra ola nos hará ir á fondo. Aunque la muerte es segura, bueno es que luchemos contra ella.

—¡Ah! ¿no veis ningun medio para salvarnos? ¿no te queda ya esperanza? dijo Guessler.

—La esperanza nunca falta, monseñor, porque la misericordia divina vale mas que todo el poder del hombre.

—¿Como tomaste sobre tí semejante responsabilidad, no sabes mejor tu oficio, gran pícaro?

—En cuanto á mi oficio, monseñor, hace cuarenta años que lo ejerzo, y acaso no hay en toda Helvecia mas que un piloto mejor que yo.

—Entonces ¿por qué diablos no está aquí para ocupar tu lugar? . . .

—Aquí está, monseñor, dijo el piloto.

Guessler le miró con la mayor estrañeza.

—Mandad que desaten á ese prisionero, pues si un hombre puede salvarnos la vida en este trance, sin duda alguna es él.

Guessler hizo un gesto de consentimiento, y una ligera sonrisa de triunfo pasó por los labios de Guillermo.

—¿Has oido? le dijo el viejo marinero, en tanto que con un cuchillo le cortaba las ataduras.

Guillermo manifestó que sí, alargó los brazos como quien recobra la libertad, y fué á sentarse junto al timon donde estaba el piloto, que dispuesto á obedecer, se reunió á los otros dos marineros.

—¿Tienes otra vela, Rudenz? preguntó Tell.

—Sí, ¿pero de que nos puede servir ahora?

—Si la tienes, sácala para izarla en seguida.

—Rudenz le miró con la mayor estrañeza.

—Vosotros al remo, continuó Guillermo volviéndose á los marineros, y cuando yo os lo diga, remad. Al mismo tiempo empujó el timon, y sorprendida la barca por aquella maniobra, vaciló un momento, y luego como un caballo que reconoce la maestría de su ginete, dió una rápida vuelta. Remad, gritó Guillermo á los marineros; y encorbándose éstos sobre los remos, hicieron seguir al barco la direccion tomada, á pesar de las olas.

—¡Bien! ¡bien! murmuró el viejo Rudenz, ya ha reconocido á su amo, y le obedece.

—Es decir, que ya estamos salvos, esclamó Guessler.

—¡Jum! ¡jum! respondió Rudenz fijando los ojos en los de Tell, todavía no, pero á lo menos estamos en buen camino, porque ya adivino lo que Guillermo quiere hacer. Esto es, ¡Guillermo! tienes razon. Entre las dos montañas de la orilla derecha debe haber una corriente de aire, que si llegamos á cogerla nos pondrá á la otra parte en diez minutos. Has acertado; porque seria la primera vez que hubiese una tempestad así en el lago, sin que tomase su parte el viento de Oeste; ahí lo tienes, ya silba como si fuese el rey del lago.

Guillermo se volvió en efecto hácia el punto que el viejo señalaba, en donde un valle separaba dos montes, saliendo por la calzada una corriente de aire que soplaba con violencia y formaba una especie de camino por el lago. Entró en aquella senda líquida el barco, y volviendo la popa al viento, paráronse los remos, y los marineros se dispusieron á izar. Desplegada que estuvo la vela, la barca comenzó á virar con rapidez hácia la base del Axemberg.

Al cabo de dos minutos, así como habia anunciado Rudenz y antes que Guessler y los soldados hubiesen vuelto de su atónita admiracion, ya tocaban la orilla del lago. Entonces Tell mandó arriar la vela, y como si se bajase para amarrar alguna cuerda, puso la mano izquierda en la ballesta, volvió con la derecha el timon, la barca viró en seguida, y Guillermo saltó en seguida como un gamo sobre una roca que salia á flor de agua, mientras que cediendo la barca al impulso que le habia dado su salto, se volvia hácia atras. Con otro salto llegó Guillermo á tierra, y antes que Guessler ó sus arqueros hubiesen podido dar un grito, ya habia desaparecido en el bosque.

Pasada la sorpresa que habia causado la huida de Guillermo, el bailio mandó desembarcar y fue cosa fácil de hacer, pues con la ayuda de los remos llegaron pronto á la orilla, saltó á tierra un marinero, y amarrando una cadena, se verificó el desembarco sin desgracia alguna, á pesar de las olas aún embravecidas. En seguida fué enviado un soldado á Altorf con órden de mandar caballos y gente á Brunnen, en donde Guessler pensaba detenerse.

Así que estuvo en el pueblo el gobernador, mandó pregonar á son de trompeta, que se darian cincuenta marcos de plata al que entregase á Guillermo, quedando libre de impuestos él y sus hijos hasta la tercera generacion, recompensa que prometió tambien por Conrado de Baumgarten.

(*Continuará.*)

VIAGES Y AVENTURAS
DE LUIS FELIPE.

La vida política de Luis Felipe no pertenece á la civilizacion; pero su vida de aventuras y de viages, presenta episodios que pueden entrar en nuestro cuadro episódico y literario. Sus viages particularmente presentan la ocasion de revelar una de las leyendas mas curiosas y menos conocidas de este siglo: la de la sábia finlandesa, la *Hija del Troll*.

Luis Felipe nació en Paris el 6 de Octubre de 1773; era hijo del duque de Orleans, á quien la primera república dió el nombre de *Igualdad*, sin

duda para cortarle mejor la cabeza. El niño tuvo por padrinos á Luis XVI y María Antonieta. Su primer preceptor fué el poeta Bonnar, por recomendacion de Buffon; pero cedió bien pronto el puesto á Mad. de Genlis, omnipotente entonces en la casa de Orleans. Aquella muger hábil tenia un defecto inmenso: carecia de sensibilidad y energía. No podia, pues, hacer una crítica mas sangrienta de su discípulo, que diciendo que le formaba á su semejanza. Bien sabido es el papel que Felipe Igualdad representó en la revolucion. Pagó con su muerte la de Luis XVI votada por él. ¡Plegue á Dios que esta expiacion haya dejado satisfecha su justicia! . . Su hijo primogénito, duque de Chartes, participó al principio de las ilusiones paternales. Siguió el club de los jacobinos, y prestó el juramento cívico en San Roque. Lo mejor que hizo entonces fué salvar en Vendome á un hombre que se ahogaba. Por esta accion recibió una corona de que envió algunas hojas á madame Genlis. Nombrado por Dumouriez mariscal de campo, con su hermano Montpensier por ayudante, combatió por la Francia contra la Europa en Quievrain, Jemmapes, Valmy, Maestricht y Nerwinda. Al cantar estos hechos de armas en todos los tonos, se ha olvidado que concluyeron por la fuga del jóven mariscal al campamento austriaco en compañía de Dumouriez Aquí es donde comienza para Luis Felipe, duque de Orleans por muerte de su padre, una vida realmente maravillosa, de valor, de sufrimiento y de habilidad. Los novelistas no inventarian un prólogo mas dramático para las grandezas que aguardaban al príncipe en su edad madura. Solo, proscripto, sin dinero, sin apoyo y sin recursos, comenzó á correr el mundo. Para poder subsistir se hizo profesor en un colegio en Ruichman, y allí se distinguió por esa facilidad de elocucion que no le abandonó jamas. Espulsado por el esplendor de su nombre de un refugio todavía demasiado elevado, anduvo errante, de destierro en destierro, por la Suiza, Alemania, Dinamarca, la Noruega y la Finlandia. En este último pais le esperaba la asombrosa y profética aventura que vamos á referir.

LA HIJA DE TROLL.

Era á fines de Marzo de 1795. Los últimos dias del invierno concluian con un rigor inusitado. El cielo estaba nublado y borrascoso, el frio era muy intenso, y un viento glacial soplaba con furia por entre los abetos despojados de sus hojas: todo en la naturaleza se presentaba lúgubre y amenazador, y hombres y animales huian azorados hácia sus moradas subterráneas.

De repente, viéronse aparecer en la llanura de Karessuando, tres trineos que parecian dirigirse á la ventura, porque la nieve habia cubierto enteramente los caminos y borrado hasta los vestigios de toda habitacion humana. Los caballos se caian rendidos de cansancio, y sus conductores procuraban en vano reanimarlos con sus enronquecidas voces y el chasquido de los látigos.

—Maldito pais, monseñor, estamos perdidos. . . . refunfuñaba uno de los personages que iban en el segundo trineo.

—Calla, Francisco, le contestó el que habia llamado monseñor, infórmate mas bien de si hay alguna habitacion por estas inmediaciones en que podamos refugiarnos.

El cochero interpelado se caló el gorro hasta las orejas inclinándole un poco hácia la izquierda, se limpió la nariz con la manga segun costumbre, tomó su caballo del bocado, y despues de todos estos preparativos, contestó con el tono de una perfecta tranquilidad:

—No, no hay en estas inmediaciones ninguna habitacion en donde poder refugiarse.

Esta triste noticia difundió la consternacion entre los viageros. ¡Nos hallamos perdidos! ¡estamos perdidos! esclamaron todos con el acento de la desesperacion.

Mas he aquí que aparece á lo lejos un espectro cuyos ojos brillan como dos ascuas, y cuya velluda mano hace señas á los estrangeros para que se dirijan hácia aquel lado. Sin duda era uno de aquellos enanos tan famosos en las *sagas* del Norte que atraian á sus cavernas á los viageros estraviados para sacrificarlos á las sombrías potestades.

—¡Francisco! . . dijo el mas jóven arrojándose de su trineo: ya ves que allá bajo nos hacen señas con la mano, es preciso ir.

—¡Por Dios, monseñor, no deis un paso mas! este es el fin del mundo: esa seña que nos llama, es la seña del diablo, la seña del infierno.

El jóven se detuvo: el sitio efectivamente era de un aspecto lúgubre y hacia vacilar para pasar mas adelante. Sin embargo, cobró brio y dió aún algunos pasos. El espectro se puso derecho delante de él, y despues, hundiéndose de repente en la nieve, dejó ver á los viageros una habitacion subterránea. Aquello no era enteramente nuevo para ellos: ya habian encontrado en Torneå y Munionisska aquellas profundas cuevas, cuya puerta era tan baja, que para entrar habia que ponerse á gatas. Pero la que entonces se presentaba á su vista, se asemejaba mas bien á la madriguera de un oso, que á un refugio humano. ¿Qué partido tomar? . . Y si fuese una caverna de bandidos que me han atraido á ella para asesinarme.

Así pensaba el jóven viagero, y ya se preparaba á llamar á los demas compañeros, cuando desde el fondo de la cueva, una voz de muger dulce y pura pronunció de repente estas palabras:

—Ciudadano, Luis Felipe de Orleans, entrad sin temor.

Mr. Francisco Esteban Colin Guillemot, ayuda de cámara de S. A. R. el duque de Orleans, se arrodilló en la nieve, y abrazando las piernas de su amo:—¡Ah! monseñor, tedavía no me habeis reprendido bastante, dijo, para no creer ni en Dios ni en el diablo: ahora lo veo, es preciso venir á este mundo de los espíritus para conocer bien lo que son. No es el demonio el que acaba de pronunciar vuestro nombre. . .

El príncipe se inclinaba hácia la caverna, como para escuchar la voz que habia resonado en sus oidos.

La misma voz volvió á repetir:

—Monseñor, duque Luis Felipe de Orleans, entrad sin temor.

Esta segunda invitacion hizo dar un salto á los dos viageros.

—Pues bien, entremos, dijo el príncipe; es necesario que yo sepa qué boca es esa que habla con tanta pureza nuestra lengua, en este pais desconocido: es necesario que vea á esa muger que parece tan familiarizada con los títulos de mi casa.

Y el duque de Orleans, seguido de Francisco, se deslizó por la subterránea caverna, la cual no tenia mas que cinco piés de alto y cerca de doce cuadrados. El pavimento le formaba una enorme piedra de granito, uno de sus estremos servia de hogar, y en él ardia un tronco de pino. Revocado el humo por el viento que soplaba de la parte esterior, formaba como una nube tempestuosa, y llenaba la cueva de un vapor mezclado de llamas y de chispas. Algunas veces parecia un respiradero del infierno: dos camas, un banco, una silla y una mesa, componian todo el mueblage, que estaba muy limpio.

El duque no tenia mas anhelo que buscar con la vista al ser misterioso cuya voz y palabras le habian causado tanta impresion; pero no descubrió por entonces mas que al espectro que con la mano le habia indicado el camino. Era un anciano de unos setenta á ochenta años, de mezquina apariencia, corta estatura, pero cuya ins-

pirada mirada, revelaba uno de los grandes trolls del Norte. Francisco le tomó por el diablo. A sus piés juguetcaban con fraternal concordia un gato y un oso.

Por única respuesta á las preguntas del duque, el anciano meneó la cabeza, pronunció algunas palabras que nadie comprendió, y saltó de la caverna.

—Tuiska, mi padre, no es mas que un pobre habitante de Karessuando: ruega humildamente á S. A. R. monseñor duque de Orleans, que tome posesion de esta cueva, dijo entonces la dulce voz que tan graciosamente habia invitado á los estrangeros á buscar allí un asilo.

El duque se volvió con presteza hácia el lado de donde salia la voz, y se quedó sumamente sorprendido al descubrir con la claridad de la llama en una especie de alcoba, una jóven blanca y para, como jamas se le habia presentado en los suntuosos salones de las Tullerias, ó en las frescas alamedas de Versalles. Vestia un trage de lana de Finlandia con listas azules y encarnadas: sus cabellos castaños caian sobre sus hombros formando sedosos rizos, sus azules ojos eran muy brillantes, y en toda su persona habia un encanto de juventud indefinible.

El príncipe la saludó con el mismo respeto que lo hubiera hecho á una princesa de la sangre.

—Monseñor, prosiguió ella siempre en francés: os aguardábamos ya hacia mucho tiempo. Ayer noche á las ocho y tres cuartos mi padre me dijo: voy á buscar á ese ilustre estrangero, porque el timon de su trineo se ha roto, sus caballos están muertos de cansancio, y la tempestad que amenaza pudiera serle fatal. Mi padre es un sábio que me dicta lo que su Haltia le inspira.

—Vuestro padre es en efecto un hombre bien estraordinario; pero lo que todavia me parece mas, es que sea vuestro padre.

—Toini no es la hija de Tuiska.

—Mi presentimiento me lo decia. Tan hermosa flor no podia haber nacido en este horrible desierto.

—Príncipe, no insulteis al desierto; las montañas solitarias y los silenciosos bosques tienen tambien sus encantos. ¿Sabeis que durante tres meses del año, podemos leer por la noche sin luz artificial? . . . Entonces no se oculta el sol en el seno de la tierra; la toca ligeramente como si la diera un ósculo amoroso, y se eleva radiante sobre el horizonte. No cambiaríamos las auroras boreales de nuestros inviernos por vuestras pesadas nieblas de Diciembre. Conozco tambien vuestra Francia, monseñor, porque lo fué mia en otro tiempo.

—Jóven extraordinaria, decidme, ¿quién sois? . . .

—¿Y qué puede interesaros eso?

—Os lo suplico.

—Mi padre es el judío errante; ya ha pasado dos mil años, pero yo no he cumplido todavia tres siglos.

El duque miraba con atencion á la jóven.

—¿Está en su juicio? . . . decia para sí mismo.

Pero acercándose á él Guillemot, le dijo: escuchad, príncipe mio; creo que obraríamos cuerdamente retirándonos cuanto antes de esta diabólica guarida.

—Te chanceas . . . he ahí á nuestro patron que trae á nuestros compañeros.

En efecto, el anciano Tuiska entró en la caverna seguido del conde de Montjoie y de los otros dos viageros que acompañaban al duque de Orleans.

Buenas tardes, querido conde, dijo el príncipe; me parece que no esperabais encontrarme cerca de una buena lumbre, conversando con una hechicera, con una hada, que habla el frances mejor que nosotros.

Mientras que el conde Montjoie refería sus aventuras, Toini sirvió la cena, que consistia en un pedazo de reno ahumado, un pescado seco, y leche cocida. *(Continuará.)*

VARIEDADES.

GUILLERMO TELL.

(CONCLUYE.)

Al medio dia llegaron los caballos, y Gessler sediento de venganza partió en seguida hácia Art, donde queria tambien tomar fuertes medidas contra los asesinos del gobernador de Schwanau. A las tres salia ya de este pueblo, y siguiendo las orillas del lago de Zug, llegó á Immensa, que atravesó sin detenerse ni un instante para seguir el camino de Kussnach. Estos sucesos que acabamos de referir ocurrieron un dia frio y nebuloso del mes de Noviembre (el 18), y ya llegaba á su fin, cuando Gessler asomo de llegar por la noche á la fortaleza, espoleaba su caballo, que aceleraba mas y mas su paso por el sinuoso camino de Kussnach. Por un momento detuvo un poco la marcha, llamó á su escudero que le seguia dentro, pero un poco mas adelante que los soldados, y asi anduvieron un buen trecho sin decir nada, hasta que volviendose Gessler hácia él le miró como si hubiese querido leer en el fondo de su alma, y le dijo:

—Niklaus, me eres bien afecto y fiel!

El escudero se estremeció.

—¡Respóndeme! continuó Gessler, ¿qué es esto!

—Perdonad, monseñor; pero esperaba tan poco esa pregunta. . . .

—Que, no sabes que respuesta dar; mo es verdad! Bueno, pues, toma tiempo y reflexiona, porque quiero una respuesta bien meditada.

—No; es la haré esperar, monseñor; salvos mis deberes con Dios y el emperador, estoy pronto á cumplir lo que gustéis mandarme.

—¿Estás pronto?

—Si, monseñor.

—Esta noche irás á Altorf, tomarás cuatro hombres, con los cuales debes ir á Burglen, y hasta llegar allí no les dirás lo que han de hacer.

—¿Y qué es lo que han de hacer, monseñor?

—Prender á la muger de Guillermo y á sus cuatro hijos, y asi que estén en mi poder, enviarlos á la fortaleza de Kussnac, en donde estaré yo ya. Una vez puestos allí. . .

—Ya entiendo, monseñor.

—Fuerza será que Tell se presente por sí mismo, porque cada semana de retardo costará la vida á uno de sus hijos, y la última la de su muger.

Aun no habia acabado Gessler de pronunciar la última palabra, cuando arrojando un alarido, soltando las bridas, y alargando los brazos, se cayó del caballo: el escudero echó pié á tierra para socorrerle; pero en vano, pues tenia el corazon pasado con una flecha.

Era la que Guillermo se había ocultado en el seno, en la plaza pública de Altorf, cuando hubo de tirar á la manzana puesta sobre la cabeza de su hijo.

En la noche del domingo al lunes de la siguiente semana, juntáronse en el Grutli los conjurados, porque la muerte de Guessler requería una reunion estraordinaria. Algunos de ellos opinaron que debia adelantarse el dia de la libertad, entre los cuales se contaban Mechtal y Conrado de Baumgarten. Sin embargo, Walter Furts, y Werner Stauffacher se opusieron, diciendo que el caballero de Landemberg estaria sin duda prevenido, y precipitando la empresa se haria mucho mas azarosa, mientras que permaneciendo el pais tranquilo á pesar de la muerte de Guessler, se atribuiria la desventura de este á alguna venganza particular, y nadie se ocuparia mas que en buscar el homicida.

—Pero entretanto ¿qué será de Guillermo? esclamó Conrado, ¿qué hará su familia? Guillermo me salvó la vida, y jamas se dirá que yo lo abandono. . . .

—Guillermo y su familia no corren riesgo alguno, dijo uno de los conjurados.

—En tal caso no tengo nada que decir, . . . respondió Conrado.

Ahora continuemos nuestro plan.

Si los ancianos me permiten hablar, dijo adelantándose un jóven del alto Unterwalden llamado Zagheli, propondré una cosa. . . .

—¿Qué cosa es? preguntaron los ancianos.

—Que yo me encargo de sorprender y tomar el castillo de Rossberh.

—¿Y cuantos hombres necesitais?

—Cuarenta.

—Olvidas que ese castillo es uno de los mas fortificados de la comarca.

—Tengo medios para tomarlo.

—¿Cuáles son?

—No puedo decirlos.

—¿Estás seguro de hallar los cuarenta hombres que necesitas?

—Si lo estoy.

—Entonces bien, admitimos tus ofrecimientos. Dicho esto Zagheli, volvió á confundirse con sus compañeros.

—Si se tiene confianza en mí, dijo entonces Stauffacher, yo me encargo del castillo de Schwanau.

—Y yo, añadió Walter Furst, tomaré la fortaleza de Uri.

Estas dos últimas proposiciones fueron acogidas con unánime satisfaccion, y todos los conjurados prometieron que durante las cinco semanas que debian pasar todavía, reclutarian soldados entre sus amigos mas decididos, y antes de separarse adoptaron las banderas, bajo las cuales debian combatir. Uri escogió para la suya, una cabeza de toro con anillo roto, en memoria del yugo que iban á romper; Schwitz una cruz, en memoria de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, y Unterwalden dos llaves en honra y gloria de San Pedro, que era muy venerado en Sarnen.

Así como lo habian previsto los viejos conjurados, la muerte de Guessler fué considerada como fruto de una venganza particular.

Viendo la inutilidad de las pesquisas, fué calmando el furor de los enemigos de Guillermo, y todo quedó en tranquilidad en los tres cantones hasta el dia en que debia estallar la revolucion.

El 31 de Diciembre, el gobernador del castillo de Rossberg recorrió por sí mismo segun tenia de costumbre las guardias, colocó los centinelas, dió el santo y seña, y mandó tocar á la queda. A poco pareció que el castillo se dormia tambien como la gente que en él habia, desaparecieron las luces de una en una, fué disminuyendo todo ruido, y únicamente los centinelas colocados en los adarves de las torres, interrumpian aquel silencio con el ruido de sus pasos y con los gritos de alerta repetidos de cuarto en cuarto de hora.

Sin embargo, á pesar de aquel aparente silencio, abrióse con precaucion una ventanita que daba á los fosos del castillo, y asomó la tímida cabeza de una jóven de diez y ocho años, que procuraba divisar alguna cosa en los fosos, y no viendo sin duda lo que buscaba, salió de sus lábios el nombre de Zagheli. Pero fué pronunciado tan despacio, que cualquiera lo hubiese podido equivocar con un suspiro de la brisa, ó con un murmullo de algun arroyuelo. Sin embargo, no faltó quien lo oyera, y una voz mas fuerte y atrevida, respondió con otro nombre, que fué el de Anneli.

La jóven se mantuvo inmóvil con la mano sobre el pecho como para ahogar los latidos, y la nueva voz repitió *Anneli* otra vez.

—Sí, sí, murmuró ella inclinándose hácia el lugar desde donde parecia hablarle el espíritu de la noche, sí, amor mio. . . pero perdóname. . . tengo tanto miedo. . . .

—¿Y de qué lo puedes tener? Todo duerme en el castillo, escepto los centinelas que están en lo alto de las torres. . . yo no puedo verte y aperas te oigo; ¿cómo quieres, pues, que ellos nos oigan y nos vean?

La jóven no respondió pero dejó caer alguna cosa. Era una cuerda, á cuyo cabo ató Zagheli una escala, que Anneli afianzó en un barron de la ventana. Un instante despues entraba el jóven en el cuarto, y como Anneli quisiese retirar la escalera de cuerda, la dijo su amante:

—Espera, amada mia, espera un poco, porque todavía necesito esa escalera; sobre todo, no te espantes de lo que vas á ver, porque tu mas ligera espresion, tu menor grito, seria mi muerte.

—¡Pero qué sucede! . . . en nombre del cielo . . . ¡Ah! ¡estamos perdidos!. . . mira. . . y le enseñaba á un hombre que subia por la ventana.

—No, no, Anneli, no estamos perdidos; los que suben son amigos mios.

—¡Pero tú me deshonras! esclamó la jóven, ocultando su cabeza entre las manos.

—Al contrario, Anneli, esos serán los testigos del juramento que voy á hacerte, de que seré tu esposo así que la patria esté libre.

La atónita doncella se echó en brazos de su amante, mientras subieron uno tras otro veinte jóvenes; en seguida Zagheli retiró la escalera, cerró la ventana y distribuyó á su gente por el interior del castillo. La guarnicion estaba durmiendo, no opuso resistencia alguna; los conjurados encerraron á los alemanes en la misma cárcel del castillo, vistiéronse sus mismos trages, y siguió flotando la bandera de Alberto, en las almenas de la fortaleza, que el dia siguiente abrió las puertas á la hora de costumbre.

A medio dia, el centinela de la torre mas alta, vió llegar á escape algunos caballos. Entonces se pusieron á la puerta dos conjurados, y los otros se alinearon en el patio; á poco rato pasó el caballero de Landemberg por el puente levadizo, que volvió á levantarse en seguida: y aquel quedó preso lo mismo que la guarnicion.

El plan de Zagheli habia salido completamente bien. Hemos visto que de los cuarenta hombres que pidió, veinte escalaron el castillo, y los otros veinte tomaron el camino de Sarnen.

En el instante que el señor de Landenberg salia del castillo real de Sarnen para ir á misa, presentáronse aquellos veinte hombres ofreciéndole régalos de costumbre, corderos, cabras y gallinas. El gobernador les hizo entrar en el castillo, y prosiguió su camino; pero así que aquellos estuvieron dentro, sacaron chuzos que llevaban escondidos, calaronlos en las puntas de sus palos, y se apoderaron del castillo. Entonces uno de ellos subióse á la plataforma, é hizo oir por tres veces el prolongado sonido de la trompeta montañesa. Esta era la se-

ñal convenida, y empezaron á oirse por las calles los gritos y el estrépito de la sublevacion. Acudióse en seguida á la iglesia para apoderarse del caballero de Landemberg; pero prevenido á tiempo, túvolo para montar á caballo y escaparse hácia la fortaleza de Rossberg. Esto era lo que habia previsto Zagheli.

En lo restante del dia, se tuvieron con el bailio imperial las mayores consideraciones, y se le guardó el mas alto respeto. Por la noche quiso subir á la plataforma del castillo para tomar el aire, y Zagheli le acompañó. Descubrianse desde allí todo el pais, que el dia anterior estaba sometido á su jurisdiccion, y apartando la vista de la bandera en que las llaves de Unterwaldhabian reemplazado al águila de Austria, fijóla hácia Sarnen, y quedóse inmóvil y pensativo.

Pensativo é inmóvil estaba tambien Zagheli, en otro ángulo del parapeto, fijos los ojos en otra parte; pero de aquellos dos hombres, el uno esperaba socorro en la tiranía, y el otro refuerzo para la libertad.

Momentos despues, brilló una llamarada en la cumbre del Aremberg, y Zagheli lanzó un grito de alegría.

—¿Qué significa esa llama? preguntó el preso.

—Es una señal.

—¿De qué?

—De que Walter, Furta y Guillermo Tell, han tomado el castillo de Urijoch.

Los gritos de alegría que resonaron en seguida por toda la fortaleza, confirmaron lo que Zagheli acababa de decir.

—¿Es decir que los Alpes se han convertido en volcanes? esclamó el bailio viendo que Righi se inflamaba tambien.

—Sí, sí, respondió Zagheli saltando de gozo, tambien el Righi enarbola la bandera de libertad.

—¡Cómo! ¿qué es esa otra señal?

—Sí, Werner Stauffacher y Mechtal se han apoderado del castillo de Schwanau. Volveos ahora hácia esa otra parte, señor de Landemberg.

Este lanzó un grito de sorpresa viendo que el Pilatos se coronaba á su vez con una diadema de fuego.

—Esto, continuó Zagheli, anuncia á los de Uri y de Schwitz, que sus hermanos de Unterwalden no les van en zaga, y que han tomado ya el castillo de Rossberg, y hecho prisionero á su dueño.

De nuevo volvieron á resonar por la fortaleza mayores aclamaciones de alegría.

—¿Y qué pensais hacer de mí? preguntó el bailio dejando caer la cabeza sobre el pecho.

—Pensamos haceros jurar que jamas volveréis á entrar en las jurisdicciones de Schwitz, de Uri y de Unterwalden, que nunca hareis armas contra los conferados, que de ningun modo escitareis al emperador á que nos haga la guerra, y cuando hayas jurado todo esto, sereis libre de ir á donde os plazca. . . . . .

. . . . . .

La fortuna socorrió á los confederados. El 1.° de Enero de 1308, empezó para la Helvecia la nueva era de su libertad, y el 15 del mismo mes, aun antes de que llegase á oidos del emperador la noticia de la insurreccion, supo ya la derrota de su ejército en Hurringen. En consecuencia, marchó él mismo á la cabeza de un poderoso ejército á sujetar á los rebeldes; mas el 1.° de Marzo fué traidoramente asesinado á orillas del Reuss por su sobrino Juan de Suevia, á quien habia rehusado entregar la herencia de sus padres. Alberto mal herido quedó abandonado revolcándose en su sangre, y una pobre muger que á la sazon pasaba por allí, fué á socorrerle, y el gefe del imperio murió entre los brazos de una mendiga que le enjugaba la sangre con harapos.

El duque Leopoldo de Austria, hijo de Alberto, marchó contra Schwitz con gruesas fuerzas, llevando consigo

cargas de cuerdas para ahorcar á los rebeldes.

Estos se reunieron en número de 1300, y el 15 de Noviembre en la vertiente de la montaña del Sattel lo derrotaron completamente. La flor de la nobleza imperial cayó á los golpes de unos pobres pastores y miserables villanos, y sirvió para abonar aquella noble tierra de libertad.

La batalla tomó el espresivo nombre Morgenstern porque empezó á la luz de la estrella de la mañana.

Así se hicieron célebres los naturales de Schwitz, y desde entonces llamáronse suizos los confederados por la palabra "Sdhwicer," que significa natural de Schwitz. Esta villa, Uri y Unterwalden fueron el centro á cuyo derredor se agruparon poco á poco los demas cantones, que por el tratado de 1815, llegaron á veintidos.

En cuanto á Guillermo Tell, que aunque involuntariamente tomó una parte tan activa en aquella revolucion, despues de hallarle otra vez en el campo de batalla de Lampen, en donde combatió como simple ballestero con 700 hombres de los pequeños cantones, de nuevo se le pierde de vista, para no hallarlo ya hasta la hora de su muerte, que acaeció en la primavera de 1345. Al derretirse las nieves del invierno, creció mucho el Schachen, y se llevó una pequeña casa. Entre otras cosas vió Guillermo flotar una cuna, y oyó los gritos de un niño: arrojóse al agua, en seguida alcanzó la cuna y llevóla á la orilla; pero cuando el iba á salir perdió el sentido al choque de un madero y hundióse. Hay hombres elegidos, cuya muerte corona su vida.

VIAGES Y AVENTURAS
DE LUIS FELIPE.
(CONTINUA.)

—Hermosa Toini, dijo el duque al fin de la comida, segun vuestra propia historia, no hay nada en el mundo que pueda interesar tanto como ver á vuestro padre en éxtasis. Cuando se encuentre en este estado, sin duda debe leer en lo pasado y en el porvenir, y sobre ambos puntos tengo que pedirle datos y aclaraciones.

—Voy á participarle vuestros deseos, dijo Toini, pero no os prometo que os satisfaga.

—¿Podria decidir esto á vuestro padre? dijo el conde de Montjoie sacando un bolsillo.

—Guardad vuestro oro, señor conde; mi padre para nada lo necesita.

Entablóse un largo coloquio entre el padre y la hija; el anciano Tuiska parecia que resistia tenazmente á sus instancias, pero por fin Toini le convenció.

Entonces, el trell avanzó magestuosamente hácia el centro de la habitacion, y con ademan solemne hizo seña á los estrangeros para que se sentasen en el banco á lo largo de la pared.

Monseñor, dijo Toini, mi padre exige desde luego que os despojeis de cuanto hierro y acero lleveis.

—¡Muerte de mi vida!. . . ¡quitarnos nuestras armas? esclamó Guillemont asustado.

—Necio cobarde, replicó el duque, ¿qué tenemos que temer de esta jóven y de este anciano raquítico?. . . Vamos, ejecutadlo, y vos tambien, señor conde.

El anciano tomó los objetos de los viageros, y los guardó debajo del pavimento: despues comenzó sus invocaciones; pero de repente pareció inquietarse.

—¿Señor conde, llevais todavía acero? le preguntó Toini.

El conde, un poco confuso, sacó del pecho un puñal que llevaba siempre oculto.

—Ese caballero tampoco ha entregado todo su acero.

—¡Yo! dijo Guillemont.

—Sí, respondió secamente Toini.

Efectivamente, habia conservado un saca-tapon.

Cuando el troll hizo desaparecer de este modo todos los obstáculos, se lanzó á carrera abierta por las vias de la inspiracion, y la jóven traducia fielmente las palabras sublimes que salian de su alma.

—Mi espíritu me trasporta, gritaba; mi deseo se eleva en mi pensamiento, quiero comenzar *rimas*, quiero cantar.

—Hombre sabio, dijo entonces el duque de Orleans: tengo una madre, y esta madre se llama la Francia: está enferma; pérfidos médicos conspiran contra su vida. Decidme, ¿cual será su destino? . . .

Y el anciano Tuiska, cuyas palabras habian respirado hasta entonces calma y melancolía, se exaltó de repente. Su influencia llegó á ser punzante é impetuosa, su gesto convulsivo, y sus ojos despedian un brillo salvage. Todo su ser se trasformó, y era evidente que se habia apoderado de él el espíritu del *lietaja*. Así es que los franceses, que en un principio le habian escuchado con una sonrisa de incredulidad, no podian menos de concebir ya cierto temor religioso. Por su parte, la hermosa Toini, que se hallaba en relaciones mas inmediatas con el troll, iba adquiriendo gradualmente su mismo entusiasmo: estaba arrebolosa, descompuesto el cabello, y se hubiera creido que era una de aquellas sibilas, cuyos frenéticos trasportes refieren los sagas del Mediodía.

—Tu madre está enferma, repuso el hechicero. ¡Cuan grande es tu audacia, ó enfermedad, pues te has atrevido á atacarla!

"Oh Ukk, tú que te apoyas en el eje del mundo, tú que habitas sobre las nubes, que produces el trueno y lanzas el rayo, trae aquí tu espada de fuego, para herir al cruel que me atormenta, para arrojar lejos de mí y para siempre á mi enemigo."

"¡Oh bosque! ven con tus soberbios animales, ven con todo tu pueblo. Perkele, ven con toda tu casa. Lago, ven con los hijos de tu raza. Que cien guerreros se levanten con sus espadas, que mil héroes corran á defender al débil, al desgraciado!

"Pero si esto no es todavía bastante, ¿qué otro poder invocaré? Hay en el mundo hombres, hijos de los antiguos siglos, hombres eternos! . . . Salid de la tierra, ¡oh madre de la tierra! . . . Salid del campo, Señor eterno, levantaos todos los que llevais espadas, todos los que montais fogosos corceles, venid á destruir el mal que me oprime y me aniquila, venid á triunfar de mis dolores!"

A medida que Tuiska iba aumentando sus ferrorosas invocaciones, su voz era mas impetuosa, y sus gestos mas frecuentes y violentos: golpeaba el suelo con los piés, y daba palmadas con las manos; erizábanse los cabellos en su cabeza, y arrojaba espuma por la boca.

—Diviso á lo lejos, continuó con una voz profunda pero interrumpida, diviso una tierra cubierta de verdor y radiante de hermosura (la Francia). Espesos bosques, montañas elevadas, llanuras con ricos frutos. ¡Qué ciudades tan magníficas se elevan por todas partes! ¡Pero ay! los rios que las bañan están enrojecidos con la sangre, y los manantiales tambien brotan sangre (el terror).—Un humo negro y espeso envuelve las deliciosas quintas y los palacios.—Los hombres van armados con hachas y cuchillos . . . . ¡Cuál es ese grupo siniestro que va avanzando! . . .—Los ejércitos pelean, y el caballo de la muerte galopa de fila en fila (la guerra europea).—¡Horror! ¡horror!—Pero diviso un jóven con su frente resplandeciente como las estrellas—Se lanza al combate, derriba y pone á los piés de su caballo á la multitud envidiosa de su gloria. —Y hele ahí sobre un trono (Napoleon).—¡Eso es hermoso, es divino!... —La multitud todavía refunfuña. Las piedras de la diadema se rompen, y

la serpiente que allí estaba oculta, va á morder en el corazon al héroe que la lleva.—El fuego devora la tierra. —El Norte se desquicia (la invasion). —Buitres espantosos persiguen al águila vencedora hasta su palacio de nubes, y cae desde él con mil heridas, como se estingue un globo de fuego en medio de una tempestad.—Y la tierra vuelve á recobrar su verdor, y las hojas se despojan de su capa de sangre, para tomar su antiguo adorno; pero se encuentran llenas de las plumas del águila que ha caido (la restauracion).—¡Plumas maravillosas! . . hombres nuevos se apoderan de ellas, y escriben una historia, una historia eterna.—Y sin embargo, la mar embravecida no ha aplacado todavía sus borrascas.—Cae un trono, y un anciano se ve precisado á emprender la fuga (la revolucion de Julio).—Un jóven príncipe, que veo allí, enfrente de mí, se adelanta en las alas del destino, como el genio de la paz del mundo.—El es el que volverá á poner en manos de los héroes las plumas de la grande águila, para que puedan continuar la interrumpida historia. Mas he aquí que *la tormenta vuelve á comenzar* (la revolucion de Febrero). *las nubes derraman sangre.—El cielo levanta sus inocentes brazos desde lo alto del trono, y el cielo se halla oscurecido por las negras alas de una inmensa multitud de cuervos.* (1) *¡Que quiere decir esa señal! Pero las sombras envuelven mi pensamiento, mi espíritu me abandona! adios, estrangeros, adios.*

Y el anciano calló, y cayó anonadado al suelo, del cual no se levantó hasta que trascurrieron algunas horas de un sueño convulsivo.

Tres semanas despues de la escena que acabamos de describir, encontramos todavía á los ilustres viageros en Karessuando.

—No me estraña, decia Guillemont para sí, que monseñor se halle aquí contento. ¿Qué mala estrella ha conducido á nuestro camino á esa asombrosa sirena? . . . Yo mismo estoy enteramente hechizado.

Sin embargo, los viageros encontraron en las inmediaciones una habitacion mas cómoda que la caverna del troll; pero Guillemont tenia razon; el duque visitaba con mucha frecuencia aquella cueva, y le veian tambien pasear á menudo con Toini por las montañas.

Una hermosa tarde de Abril andaban los dos por las orillas del Muonio, y el descendiente de esa raza real, que reinó hace seis siglos en el pueblo mas caballeresco de la tierra, conversaba familiarmente con una pobre jóven de Finlandia, y la decia:

—Vos sois francesa, Toini, y ademas parisiense. Hace largo tiempo que lo he adivinado, por vuestro lenguaje y vuestra pronunciacion tan pura. Mas decidme, ¿en qué consiste que vuestros labios pronuncian con frecuencia el nombre de Antonieta?

—Era mi nombre. Me le habian dado como á la reina, porque. . . .

—¿Por qué? . . . ¡Oh! proseguid, os lo suplico; estoy impaciente por saber quién sois.

—Porque la reina era mi madrina. . .

—¡Dios mio! . . . ¿á quién encuentro yo aquí, con ese tosco traje, y en estos sitios tan agrestes? . . ¡Destino, cuan crueles son tus juegos! . . .

—Menos crueles aún que los hombres, monseñor. Mi madre era camarista de la reina María Antonieta: era hermosa. Vos debeis de haber visto esa tez de una blancura admirable, y esa espresion indefinible de nobleza, que solo se encuentra en las antiguas familias de Normandía. Un príncipe de la sangre concibió una ciega pasion por mi madre, que tuvo la debilidad de amarle á su vez y debió ocultar conmigo su desgracia, acu-

(1) *La saga cuya traduccion damos aquí, fué recogida en* 1844 *y* 1845. *Así es, que el pasage que subrayamos, no ha podido incluirse en ella despues del suceso.*

diendo á la fuga. Veinte billetes nos persiguieron de asilo en asilo, con esta palabra fatal: "*Venganza.*"

(*Continuará.*)

UN DESAFIO.

El lance que vamos á referir ocurrió pocos años antes de la muerte del último monarca. Varios oficiales de uno de los regimientos de infantería de la guardia real, se hallaban una tarde de primavera á la puesta del cuartel del Hospicio esperando la hora de la lista, y formando corro hablaban de cosas indiferentes. Recayó la conversacion sobre la fidelidad de las mugeres, y á este propósito se dijeron unos cuantos disparates propios de jóvenes y de militares. "Desengáñense vdes., señores, dijo un capitan tan veterano en campañas de amor como de armas, no debe fiarse de ninguna; yo al menos no me atreveria á responder de la mia santa.—Pues yo sí, replicó vivamente un alférez jóven; hay en el mundo una muger de quien yo respondo. ¿De tu querida? dijeron todos á la vez.—No, de mi hermana.—Eso se comprende perfectamente, añadió otro alférez jóven tambien y amigo íntimo del primero: de tu hermana puede responderse porque es muy fea"

Esta broma produjo un desafío entre los dos amigos, sin que bastara á cortarlo la intervencion de los demas compañeros; en el acto se nombraron los padrinos de entre los mismos del corro y se convino en la hora de las cinco de la mañana del dia siguiente, fuera de la puerta que hoy se llama de Bilbao, y entonces se llamaba de los Pozos. A la hora antedicha todos estaban puntualmente en el lugar de la cita; los padrinos intentaron de nuevo un arreglo amistoso fundados en lo trivial del motivo; pero no hubo medio de reducir á razon á los dos antagonistas. "Queremos batirnos, y batirnos á muerte," dijeron los dos á la vez quitándose las casacas y desenvainando las espadas. Al propio tiempo un pobre diablo derrotado y mal vestido se aproximó á los padrinos y con voz lamentosa: "Señores oficiales, dijo, soy un pobre artesano cargado de familia; y si quisieran vdes. . ."

—Dejenos vd. en paz, buen hombre, replicaron los testigos; está vd. viendo que se van á romper la crisma, y cree que estamos de humor de dar limosna.—No es limosna lo que pido, replicó el menestral, sino que yo soy un pobre carpintero con ocho hijos y mi muger enferma; y como he oido que esos señores se van á matar uno á otro, me ha ocurrido suplicar á vdes. que sea á mí á quien encarguen el asalto. . . ."

Al oir estas palabras los dos que iban á batirse, y que ya estaban en guardia, soltaron una carcajada, se miraron uno á otro, y simultáneamente tiraron los sables y se abrazaron la mano. "Bravo, gritaron los padrinos, eso es mucho mejor que jugar la vida por una frusleria." Una hora mas tarde los cuatro oficiales daban pruebas nada equívocas de querer vivir en la fonda de Perona, que tenia en aquella época el privilegio esclusivo de intervenir en todos los acontecimientos solemnes, inclusos los desafíos.

Uno de los padrinos, que nos refirió el lance, hace ya bastante tiempo, nos dijo que la peticion del carpintero habia sido una estratagema de ellos con objeto de evitar que se verificase el duelo, y que la idea no era tampoco nueva, pues la habian tomado de otro lance parecido que ocurrió en el ejército de Napoleon. Lo que ignoramos es si los antagonistas llegaron á saber la verdad, y agradecieron como debian el celo de sus testigos.

VARIEDADES.

VIAGES Y AVENTURAS DE LUIS FELIPE.

(CONCLUYE.)

Cuando llegamos al Havre "Antonieta, me dijo mi madre, es necesario abandonar la Francia, porque en vano buscaremos en ella el reposo. Vámonos al puerto y entremos en el primer buque en que quieran recibirnos. Nos admitió á bordo un honrado piloto, sin informarse de nuestro nombre, ni del objeto de nuestro viage, y algunas semanas despues llegamos á una ribera de que jamas habiamos oido hablar, estábamos en Finlandia, en Ulcaborg.

—¡Y los billetes, los billetes! esclamó el duque de Orleans.

—¿Los billetes!. . . ¡gran Dios! ¡para que hablar de ellos! Mi madre muy amada, hace cuatro años que duerme en eterno sueño en el cementerio de Ulcaborg. A mí, pobre y desvalida jóven, me ha recogido el bondadoso Tuiska, me ha consolado, y en estos desiertos cubiertos de nieve, me sirve de padre.

Tomad este medallon, príncipe mio, prosiguió Toini; es la única herencia que he recibido de mi madre; es mi mayor tesoro: encierra un pedazo de la verdadera cruz. Mientras lo llevéis sobre vuestro corazon no temereis ni al agua, ni al fuego, ni al aire, ni á las balas, ni al puñal de los asesinos.

—Gracias, hija mia, este medallon querido no me abandonará un solo instante de mi vida. Pero dejadme tambien ver las cartas.

—¿Por qué os poneis pálido, príncipe mio? Ved ahí los billetes. . . . los llevo siempre conmigo. En ellos hay envuelto un rizo de los cabellos de mi madre, de mi pobre madre! . . .

El duque de Orleans tomó las cartas y las abrió con avidez.

—¡Oh infierno! esclamó, *¡es la letra de mi padre!*. . . .

Al regresar de incógnito de Filandia á Noruega, el príncipe proscrito se creyó vendido y perdido. En las cercanias de Cristiania, un cochero comenzó á gritar: *el carruage del duque de Orleans.* El príncipe, bastante dueño de sí mismo, observó que felizmente aquel hombre no le miraba, y le preguntó como simple curiosidad por qué decia aquello.

—Cuando yo estaba en París, le contestó el cochero, sin conocerle, nunca salia del teatro de la Opera sin oir gritar: *el coche del duque de Orleans.* Me he acordado de esa voz, y la he repetido sin objeto alguno. El príncipe respiró y prosiguió su camino.

Reconocido y amenazado en Stocolmo, Luis Felipe pasó de la Germania á América (1796). Sus hermanos Montpensier y Beaujolais se unieron á él para rescatar la cabeza de su madre presa desde 1793, y los tres recorrieron juntos el Nuevo-Mundo. Washington los recibió con bondad en su posesion de Monivernon. En las regiones salvages, el duque de Orleans salvó la vida á un anciano, sangrándole con oportunidad, lo que hizo que los yankeeses le mirasen como á un dios: la divinidad viajaba á pié, albergándose en las posadas mas modestas, pagando su hospedaje en las poblaciones ó su flete en las embarcaciones, con lecciones de dibujo, de ortografía y de lenguas, acostándose por lo comun sobre paja con los piés hácia la lumbre.

En Baisdstown, un posadero, prevaliéndose de la hora, rehusó abrir la puerta á los tres príncipes, por su esterior humilde (Luis Felipe estaba entonces bastante malo) y los dejó, para acudir á un espectáculo á que no queria faltar aun cuando llegase á *su casa un rey*, segun dijo. Cuando llegó á ser rey, treinta y cuatro años despues, Luis Felipe envió un hermoso relox á Baisdstown, recordando aquella aventura al obispo Flaget.

Habitó en los wigwams de los indios senegunes, y allí perdió á su perro Franz; volvió á buscarlo por medio de mil peligros, vió la catarata de Niágara, siguió sus orillas con el equipage á la espalda, equipage menos pesado que la dignidad real, (como despues ha confesado): pasó catorce noches en los bosques, atormentado por los insectos, espuesto á ser devorado por los osos y las serpientes, cando hasta los huesos, y comiendo un poco de tocino salado, y pan de maiz (1). En Filadelfia le sorprendió la fiebre amarilla. Sin un escudo para continuar su viage, se dirigió al Oeste de la Union con algun dinero que le envió su madre: dió una gran caida en Carlisle y se sangró él mismo en un figon: los habitantes le suplicaron que ejerciese allí la medicina, se embarcó para la Habana en 1798 y volvió á Europa, cuando Bonaparte ponia coto á la revolucion.

Luis Felipe, conservó toda su vida en su memoria de un modo prodigioso hasta las menores circunstancias de sus lejanas correrías. Preguntóle últimamente un ingles en qué época habia salido de Hamburgo. "El 24 de Setiembre de 1796, le respondió sin vacilar, á bordo del *Americano*, capitan Ewingt. La travesia duró veinte y siete dias."

Bien conocido en su regreso á Francia, su conducta en tiempo de la restauracion, su elevacion al trono por una sublevacion, su caida por una causa igual, y su muerto en el destierro, semejante al rey á quien habia reemplazado. Estas grandes lecciones de la Providencia pertenecen á la política, y bajo este concepto deben ser estrañas para nosotros.

(1) *Carta del duque de Montpensier á la princesa Adelaida.*

EL HOMBRE

EN SU CREACION.

En aquel memorable instante en que sentí por primera vez mi singular existencia, llenándome de alegria y de turbacion, yo no sabia lo que era, en donde estaba, ni de donde venia. Abrí los ojos; ¡qué sensacion tan prodigiosa! La luz, la bóveda celestial, el verdor de la tierra, lo cristalino de las aguas, todo me llamaba la atencion, todo me animaba dándome un sentimiento inesplicable de placeres; y al principio creí que todos estos objetos no estaban fuera de mí, sino que formaban parte de mi mismo.

Ibame afirmando en este pensamiento, cuando volviendo la vista al astro de la luz su resplandor me deslumbró, y causándome un ligero dolor me hizo cerrar los ojos. En este momento de obscuridad creí que habia perdido todo mi ser.

Afligido y pasmado de tan estraña mutacion, me ocupaba en pensar en ella, cuando de improviso llegaron á mi oido diferentes sonidos. El canto de las aves, y el apacible ruido de los aires formaban un concierto cuya dulce impresion penetró hasta el fondo de mi alma. Estúvele escuchando largo tiempo, y bien pronto me persuadí á que esta armonía era yo mismo.

Absorto en esta nueva especie de existencia, apenas me acordaba ya de la luz, aquella otra parte de mi ser que era la primera que habia conocido: pero acaso volví á abrir los ojos: ¡cuánta fué mi alegría al hallarme otra vez poseedor de tantos objetos brillantes! mi placer sobrepujó al que habia sentido la vez primera, y sucedió por algun tiempo al dulce efecto de los sonidos

Fijé la vista en mil objetos diferentes, y bien pronto conocí que podia perderlos y recobrarlos, y que tenia la facultad de destruir y de reproducir á mi arbitrio esta bella parte de mí mismo, que aunque me pareció de un grandor inmenso por la cantidad de los accidentes de la luz y por la variedad de los colores, creí que toda contenia en una porcion de mi ser.

Me empezaba á ver sin agitacion, y sin turbacion, cuando un ave á oir cuyo [illegible] sentí, me conmovió dujo pe[illegible] fumes que me causaron una pasion, comunicándome un íntimo ex[illegible] de amor á mí mismo. sentimient[illegible]

Agitado d[illegible] todas estas sensaciones, y estrechado [illegible] por los placeres de tan bella y grandios[illegible] a existencia, me levanté con prontitud, [illegible] en cuya accion me sentí trasportado p[illegible] or una fuerza desconocida.

Dí un paso, y la n[illegible]vedad de mi situacion me dejó inmóvil: mi sorpresa fué imponderable, pues creí que se me escapaba mi existencia; y como mi movimiento me habia hecho confundir los objetos, imaginaba que todo se habia desordenado.

Tentéme, pues, la cabeza, la frente, los ojos, y fuí palpando todo mi cuerpo, y entonces me pareció que mi mano era el órgano principal de mi existencia: las sensaciones que percibia en esta parte eran tan distintas y tan completas, y el goce que me comunicaban tan perfecto respecto del placer que me habian causado la luz y los sonidos, que puse todo mi conato en gozar de los placeres que me proporcionaba esta parte sólida de mi ser, con lo que sentí que mis ideas tomaban profundidad y realidad.

Todo cuanto palpaba en mí parecia que daba á mi mano sensacion por sensacion, y cada tacto producia en mi alma una idea duplicada.

No tardé en echar de ver que esta facultad de sentir residia en todas las partes de mi ser; con lo que conocí bien pronto que era limitada mi existencia que al principio me habia parecido inmensa.

Miré con atencion mi cuerpo: túvele por un volúmen enorme, y tan grande que cuantos objetos habia visto hasta entonces, me parecieron en comparacion suya unos puntos luminosos: examinéle por largo tiempo, mirándole con placer y siguiendo con la vista á la mano cuyos movimientos observaba. Ofrecieronseme sobre esto ideas bien estrañas: creia que el movimiento de mi mano era una especie de existencia fugitiva, una sucesion de cosas semejantes; acerquéla á mis ojos, y me pareció mayor que todo mi cuerpo, é hizo desaparecer de mi vista un infinito número de objetos.

Empecé con esto á sospechar que habia alguna ilusion en las sensaciones que recibia por los ojos: yo habia visto distintamente que mi mano no era mas que una pequeña parte de

mi cuerpo, y no podia comprender que en un instante se hubiese aumentado tanto que debiese parecerme de un grandor desmesurado; resolví pues, no fiarme de otro sentido que del tacto que no me habia engañado hasta entonces, y mirar con precaucion todos los demas modos de sentir y de ser.

Esta reserva me fué muy útil. Habiendo vuelto á echar á andar, yendo caminando con la cabeza levantada y mirando al cielo, tropecé ligeramente en una palma; lleno de asombro puse la mano en este cuerpo extraño que juzgué tal, porque no me volvió sensacion por sensacion; retíreme de él con una especie de horror, y conocí por la primera vez que habia alguna cosa fuera de mí.

Mas inquieto con este nuevo descubrimiento que lo habia estado con ninguno de los anteriores, me costó trabajo afirmarme en él, y en fuerza de las reflexiones que hice sobre semejante acontecimiento, me persuadí á que debia juzgar de los objetos exteriores del mismo modo que lo habia hecho de las partes de mi cuerpo, y que el tacto era el único sentido que podia asegurarme de su existencia.

Procuré, pues, tocar cuanto veia, y así quise tocar el sol, tiré á abrazar el horizonte; pero no encontré mas que el vacío de los aires.

A cada prueba que hacia, caia en una nueva sorpresa, porque pareciéndome que todos los objetos estaban igualmente cercanos á mí, á cada instante me veia burlado queriendo tocarlos. Así solo despues de haber hecho infinitas tentativas, fue cuando aprendí á servirme de mi vista para guiar mi mano; pero como ésta me daba ideas totalmente diferentes de las impresiones que recibia de aquella, mis sensaciones no eran acordes entre sí, los juicios que formaba acerca de ellas eran imperfectos, y el total de mi ser no era todavía para mí mismo mas que una existencia en confuso.

Habia estado y estaba profundamente ocupado en pensar en mí, en conocer lo que yo era, ó lo que podia ser; mas las contrariedades que acababa de esperimentar me desalentaron: cuanto mas reflexionaba, mas dudas se me ofrecian; cansado de tanta incertidumbre, y fatigado de los movimientos de mi alma, sintiendo que mis piernas me sostenian débilmente, me senté, y me hallé así en una situacion de reposo.

Este estado de tranquilidad comunicó nuevas fuerzas á mis sentidos. Yo estaba á la sombra de un hermoso árbol, del que pendian unos racimos de color bermejo que podia alcanzar sin trabajo; toqué ligeramente uno de ellos, é inmediatamente se separó de la rama, el modo que lo hace el higo cuando está maduro.

Con haber cogido este racimo me imaginaba haber hecho una conquista: me gloriaba de tener la facultad que sentia de poder contener en mi mano todo entero á un ser diferente de mí, y me gozaba en vencer la resistencia de su pesantez, que aunque poco sensible me pareció ser una potencia animada.

Acerquéle á los ojos, y me puse á contemplar su figura y sus colores: el olfato delicioso que exhalaba, me le hizo acercar tanto, que casi le tocaba con los lábios: no me saciaba de inspirar su perfume, ni de gustar los placeres del olfato, conteniendo cuanto podia dentro de mí este aire embalsamado de que me sentia lleno; abrí la boca para exhalarlo, volvíla á abrir para volverle á aspirar, y entonces sentí que poseia un olfato interior, mucho mas fino, mucho mas delicado que el primero; en una palabra, gusté.

¡Qué sabor! ¡qué sensacion tan nueva y tan deliciosa! Los demas sentidos solo me habian proporcionado placeres; pero el gusto me dió el sentimiento del deleite: la intimidad del goce de esta clase me ocasionó la idea de la posesion, y creí que la sustancia de este fruto se habia convertido en la mia, y que yo tenia la facultad de trasformar los seres.

Lisonjeado con esta idea de poder, y llevado del placer que acababa de sentir, cogí sucesivamente diferentes frutos, y no me cansaba de ejercitar mi mano para satisfacer mi gusto; pero una languidez agradable que se fué poco á poco apoderando de mis sentidos, entorpeció mis miembros, y suspendió la actividad de mi alma, cuya inaccion conocí por la lentitud de mis pensamientos, y porque todos los objetos me parecian redondos, y mis sensaciones solo me presentaban imágenes pasageras y mal terminadas: en este estado mis ojos, que de nada me servian, se cerraron, y no siendo ya mi cabeza sostenida por la fuerza de los músculos, me tendí en la yerba para apoyarla.

Todo se borró de mi memoria, todo desapareció para mí, interrumpióse la série de mis pensamientos, y aun perdí el sentimiento de mi existencia: dormí profundamente; pero no sé si duró mucho este sueño, pues no habia formado todavía idea del tiempo, y carecia de medios para medirle: desperté, lo que fué para mí volver á nacer, y lo único que sentí fué que habia dejado de ser.

Esta muerte que acababa de esperimentar, me dió alguna idea de temor, y me hizo sentir que yo no debia existir siempre.

Tambien me infundió inquietud el no saber si habia dejado en el sueño alguna parte de mi ser; y así hice prueba de mis sentidos, y puse á reconocerme.

¡Pero cuál fué mi sorpresa, cuando estando recorriendo con la vista el contorno de mi cuerpo para asegurarme de que nada me faltaba de mi existencia, ví junto á mí una figura semejante á la mia! Túvela por otro yo, y creí que lejos de haber perdido parte alguna interin habia dejado de existir, me habia duplicado. Puse la mano en este nuevo ser. ¡Qué pasmo! No era yo, sino mas que yo, y mejor que yo, de modo que creí que mi existencia iba á dejarme y pasarse toda entera á esta otra mitad de mí mismo.

Sentíla animarse al contacto de mi mano; ví su alma agitarse con mis miradas, y las suyas derramaron en mis venas un nuevo principio de vida; hubiera querido darla todo mi ser; este ardiente deseo completó mi existencia, y sentí nacer en mí un nuevo sentido.

A este tiempo el astro del dia que habia llegado al fin de su carrera ocultó su luz; pero yo apenas advertí que perdia el sentido de la vista; existia demasiado para que dejase de existir, por mas que al mismo tiempo la oscuridad en que me hallaba me recordase la idea de mi primer sueño.

DE LOS SUEÑOS.

La teoría de las facultades del alma será una verdadera ciencia, cuando los hechos sobre que descansa observados con exactitud, hubieren sido registrados y clasificados con cuidado. La accion durante el sueño de los órganos que la sirven y de la voluntad que la dirige, es sobre todo digna de observarse, porque entonces obedece solamente á las leyes de la naturaleza. Así, el psicólogo no debe descuidar el estudio de los sueños, si quiere conocer la naturaleza del principio que los produce. El doctor Abercrombie en sus investigaciones sobre la inteligencia, cita muchos hechos estraordinarios cuya realidad garantiza.

Un sacerdote venido de un pueblo cercano á Edimburgo, pasaba la noche en una posada. Allí, durante su sueño, se le figuró que ardia su casa y que uno de sus hijos corria peligro de muerte. Inmediatamente se levanta y se apresura á dejar la ciudad. Apenas habia salido de los muros, divisa su casa ardiendo, y llega á tiempo de salvar á uno de sus hijos, de tierna edad, que en el desórden cau-

sado por el incendio, se habia quedado en medio de las llamas.

Un presidente del Parlamento de Tolosa, volviendo de Paris á sus hogares, se vió obligado por un accidente á detenerse en una posada de un pueblo. Por la noche se le aparece un viejo: "Yo soy, dice, la sombra pálida y sangrienta, el padre del dueño actual de esta casa; mi hijo me ha asesinado; mi cuerpo descuartizado, ha sido enterrado por este malvado en mi jardin. Descubre el crimen, denuncia al culpable y vengáme." La sombra desaparece. El magistrado asustado con este sueño, que sin embargo, atribuia á los vapores del mismo, se levantó temprano, habla con su jóven huésped, y le interroga diestramente sobre la enfermedad y muerte de su padre; la turbacion del parricida le vende. El presidente finge que no lo echa de ver, supone un negocio, sale, va á buscar al juez y la gendarmería, cavan en el sitio designado y encuentran el cadáver; convencido el asesino, declara su crímen, es entregado á los tribunales, y sufre su castigo.

Un propietario de la ciudad de Benfeldon (Bajo Rhin), cuyas posesiones se hallan á poca distancia de dicha ciudad, creyó ver en sueños, el año de 1819, á un general romano, declararle su nombre y contarle la batalla que se habia dado en aquel sitio, y su muerte. "Cavad, dijo la fantasma, cavad en vuestro jardin y encontrareis mis huesos y mis armas." El nombre del mismo general hallado exactamente en las antigüedades de Alsacia, inspira al propietario la idea de verificar su sueño. Sin embargo, esta empresa no se realizó, y al año siguiente, el mismo dia volvió á aparecer la fantasma y repitió sus instancias, en vista de lo cual, cavaron y hallaron cuanto se habia indicado.

Una señora del pueblo de Isenheim, soñó en 1824 que ardia su casa de campo, y avisó á su marido en medio de la noche. Un cuarto de hora despues llamando fuertemente á la ventana vinieron á dar parte del incendio. El marido, ya desvelado por los temores de su esposa, saltó al instante de la cama, y llegando antes que tomasen cuerpo las llamas, consiguió librar la vida á un pobre criado, que hubiera perecido si tardan cinco minutos.

La víspera del dia en que Enrique II pereció en un torneo, Catalina su esposa le suplicó que no entrase en la liza, porque le habia visto en sueños pálido y cubierto de sangre.

Un mes antes del regicidio de Ravaillac, la reina Médicis soñó que estaba inundada en sangre y dispertó dando un fuerte grito. Preguntándola Enrique IV la causa de su espanto, le contestó habia soñado que le asesinaban. Enrique demasiado crédulo por su desgracia se rió de la vision, diciendo que los sueños no eran mas que mentiras.

Una de mis vecinas, escribe Mr. de Segur, me contaba hace poco que estando malo su hijo, habia esperimentado todas las alarmas y agonías que solo puede sentir y espresar el mas tierno y verdadero de los amores: el amor maternal. Habia pasado dias y noches sin descanso y sin sueño, hasta que al fin el niño se puso mejor; los accidentes cesan y le declaran fuera de peligro. M. de M*** cediendo á las vivas instancias de su familia y de sus amigos, consintió en acostarse y se durmió apaciblemente. De improviso y á la media noche, creyó ver junto á su lecho á su médico que la llama y la dice: "¡Que lucis, desgraciada madre! Dormis y vuestro hijo se muere." Al oir estas palabras salta de la cama dando un penetrante alarido y corre precipitadamente al aposento que habia dejado antes con tanta seguridad; llama espirando á la nodriza, y esta muger, que estaba acostada, le pregunta el motivo de su espanto: "Vuestro hijo, la dice, está quieto descansando sobre mi seno." Estas palabras no pueden sosegar á

una madre aun turbada con tan horrible sueño; toma una luz, se aproxima á la criatura; su palidez, la contraccion de sus facciones, sus ojos vueltos y fijos redoblaban su terror; le arrancan de los brazos de la nodriza, se sienta, procura en vano reanimarle y darle calor; el infeliz muere sobre su regazo.

Cambises turbado por un sueño, decretó la muerte de su hermano, á quien creia haber visto sentado en el trono. Nadie ignora los sueños de Faraon ni de Nabucodonosor, ni los de Bruto, al que un espectro se apareció dos veces para profetizarle su derrota y su muerte. Sila titubeaba marchar contra Roma, y fué animado en un sueño; así los tiranos sueñan de noche con la sangre que han de derramar de dia.

El doctor Abercrombie refiere tambien el suceso de un cajero de una de las principales casas de comercio de Glascou, que no pudiendo establecer la balanza de sus cuentas por mas que meditaba y se fatigaba, lo consiguió al fin por medio de un sueño que le reveló una indiscrecion cometida ya hacia nueve meses. El mismo incrédulo Voltaire tenia algun respeto á los sueños, le parecian el orígen sencillo y natural de las primeras predicciones, y le aconteció soñando componer versos y recitar un canto entero de la *Henriada*, diferente de los conocidos.

Lo que alimenta y alimentará siempre la credulidad, es la curiosidad del porvenir, y esta mina inagotable hará la fortuna de los charlatanes de toda especie. En todos tiempos han sido estimados los astrónomos que estudian la marcha de los cuerpos celestes; pero han sido mejor pagados los astrónomos que los hacian hablar y adivinar. Otra causa entretiene la fe del vulgo en las predicciones y oráculos de sueños. Mil de estas predicciones salen falsas y al instante se olvidan; pero se verifica una sola y queda impresa en la memoria y grabada en la imaginacion; en vano la razon trabaja en borrarla.

LOS TERREMOTOS.

Los sacudimientos que esperimenta el globo que habitamos, son de dos especies: los unos causados por la explosion de los volcanes, no se hacen sentir sino á pequeñas distancias, y solo cuando los volcanes obran, ó antes de su total erupcion. Conmueven la tierra en un cierto espacio, á la manera que, en una explosion de un almacen de pólvora, hay una conmocion que se hace sensible á muchas leguas. Los otros, muy diferentes en sus efectos, se hacen sentir á grandísimas distancias; y sin que se observe ningun volcán ni erupcion, conmueven un largo trecho de terreno. Hay ejemplos de temblores que se han sentido á un mismo tiempo en Inglaterra, en Francia, en Alemania y hasta mas lejos; los que casi siempre van acompañados de un ruido sordo, semejante al de un gran coche que corre con rapidez. Semejantes efectos se atribuyen por lo regular á que los terremotos se hallan interiormente llenos de cavidades, que comunicándose respectivamente y reuniéndose ó partiendo de un centro comun, pueden resentirse en un instante á remotísimas distancias de la conmocion central.

Ciñámonos por ahora á algunas observaciones propias para hacernos conocer cuáles pueden ser las causas de los temblores de tierra.

Todas las materias inflamables y capaces de explosion, particularmente las piritas ferruginosas, producen, por medio de la inflamacion, una grande dilatacion en el aire y en los fluidos aeriformes. Supongamos que á una profundidad considerable, á ciento ó doscientas toesas por ejemplo, se encuentran piritas ú otras materias que por el contacto con el agua llegan á

inflamarse: el aire estremadamente enrarecido por una parte, encerrado y comprimido en el seno de la tierra; y por otra el agua misma reducida á vapor, se esfuerzan en todas direcciones para salir, y si no encuentran por donde hacerlo, causan las mas violentas sacudidas.

No hay términos con que poder espresar cuán funestas son estas esplosiones. De todas las catástrofes que asolan la tierra, no hay ninguna tan formidable, tan destructora y que haga mas inútiles toda prevision y todos los esfuerzos humanos. Cuando los rios, saliendo de su madre, inundan las casas y sumergen provincias enteras, queda todavia algun recurso al desgraciado labrador: puede refugiarse en las montañas, y oponer diques al furor de las aguas; pero en un terremoto todo cuidado es superfluo, toda precaucion imposible. Apenas hay ningun peligro del cual de una manera ó otra no pueda escapar: el rayo no ha jamas consumido ciudades y provincias enteras; la peste puede despoblar las mayores ciudades, mas nunca las destruye enteramente; pero un terremoto se extiende con un poder irresistible á todo un pais, nada puede detenerle; abisma pueblos y Estados sin dejar, por decirlo asi, rastro de lo que habian sido.

EL MAR MUERTO.

Los judíos, que no habian visto el oceano, dieron el nombre de mar á un lago de mediana estension en el cual desemboca el Jordan. Es un lago triste y monótono por sus recuerdos imponentes y terribles, y por el espectáculo de desolacion que ofrece á las miradas. Los libros santos refieren y las ciencias físicas esplican cómo esa tierra de prosperidad y de delicias se convirtió en soledad de espantosa aridez. Gomorra, Sodoma y otros pueblos, que flotaban, por decirlo asi, sobre inmensa mole de aguas subterráneas, minas de azufre y pozos de betun, edificadas ellas mismas con piedras bituminosas, aparecian risueñas en el valle de Siddin. Cierto dia, en que segun las Escrituras habian llegado al colmo sus iniquidades, cayó sobre ellas el rayo, incendiáronse los materiales de sus edificios, comunicóse el fuego á las masas de azufre y de betun, hundióse el suelo, y subiendo las aguas á la superficie, formaron un mar de veinticinco leguas de largo por seis de ancho. Muchos siglos han trascurrido despues de esta catastrofe, y aun quedan vestigios del espantoso incendio, no solo por sus inmensos resultados, sino por la grande esterilidad de aquellos contornos, efecto del calcinamiento de la tierra.

En el seno del mar muerto no vive ningun pez, ningun molusco, ningun crustáceo, y sobrenada en él gran cantidad de betun.

MAR PUTRIDO.

Cuando el viento sopla fuertemente del Este, las aguas del mar de Azof se introducen en un inmenso pantano de cien leguas cuadradas, y cuando por el contrario toma el viento direccion contraria, refluyen las aguas en el mar de Azof, y queda al descubierto un espacio de mas de dos leguas de ancho, cuyas exhalaciones son fétidas y malignas: es el mar pútrido.

LAGOS SUBTERRANEOS.

A veces las islas flotantes cubren enteramente un lago: otras veces las aguas de los lagos que desaparecen, prestan tributo á otros sepultados en el seno de la tierra. Muchos de estos lagos subterráneos están tambien llenos de peces. Los volcanes de los Andes en sus mas terribles erupciones han arrojado inmensa cantidad de agua é infinidad de peces pequeños procedente de espaciosos lagos subterráneos.

VARIEDADES.

CASCADAS DEL CANADA.

Los mas hermosos saltos de agua del universo son sin contradiccion los del Niágara: tal es el nombre dado al rio San Lorenzo entre los lagos Erié y Ontario. El rio, en el punto de la catarata, está separado en dos partes por una isla. La que está contigua con los Estados-Unidos tiene 350 varas de ancho, y la que linda en el Canadá tiene 600; en esta se precipita el agua desde una altura de 162 piés, y en aquella se lanza desde 163 piés. El ruido de las olas se oye a la distancia de mas de dos leguas. Parece que una densa nube cubre constantemente la catarata, y al primer golpe se cree que el agua baja del cielo. De tiempo en tiempo se abre esa nube, y descubre detras del rio los lagos y las selvas. En invierno se hiela el agua encima de la catarata, y cuando la corriente rompe este cristal inmenso, levantanse entonces del fondo del precipicio enormes columnas de hielo, mientras que en lo mas alto de la catarata se forman témpanos y carámbanos caprichosos.

El Autanas, que es el afluente mas considerable del San Lorenzo, ofrece tambien muchas y muy pintorescas cascadas, entre ellas las de Chaudiere. Un rio mucho mas pequeño, el Montmorency, merece particular mencion por una cascada perpendicular de 242 piés de alto.

"Venid á pasar conmigo, esclama Chateaubriand, una noche entre los salvages del Canadá, y junto al famoso Niágara, porque comprendais lo que es la libertad de la naturaleza.

"Es natural á un desgraciado gozarse en las ilusiones de la felicidad, y embeberse en el recuerdo de los placeres pasados. Cuando me da tédio la vida, y conozco que el trato con los hombres destroza mi corazon, vuelvo involuntariamente el rostro, y miro con pesar hácia lo pasado. ¡Hermosas meditaciones! ¡secretos é inefables encantos de una alma que goza de sí misma! en los inmensos desiertos de América es donde he sabido lo que valeis. Cuando en mis viages por entre los indios del Canadá, me vi por primera vez lejos de las moradas europeas, solo, en medio de un océano de selvas, sentí en mi una estraña revolucion. En la especie de delirio que se apoderó de mí, no seguia ningun camino, de árbol en árbol vagaba á derecha é izquierda, diciendo para mí: "Aquí no hay ya camino que seguir, ni ciudades, ni casas estrechas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes, ni leyes sobre todo, ni hombres. ¿Ni hombres? sí, algunos salvages que no se dan pena por ellos ni por mí; algunos que como yo andan errantes, libres, por donde el pensamiento los conduce, que comen cuando quieren, y duermen donde y cuando les place."

inflamarse: el aire estremadamente enrarecido por una parte, encerrado y comprimido en el seno de la tierra; y por otra el agua misma reducida á vapor, se esfuerzan en todas direcciones para salir, y si no encuentran por donde hacerlo, causan las mas violentas sacudidas.

No hay términos con que poder espresar cuán funestas son estas esplosiones. De todas las catástrofes que asolan la tierra, no hay ninguna tan formidable, tan destructora y que haga mas inútiles toda prevision y todos los esfuerzos humanos. Cuando los rios, saliendo de su madre, inundan las casas y sumergen provincias enteras, queda todavia algun recurso al desgraciado labrador: puede refugiarse en las montañas, y oponer diques al furor de las aguas; pero en un terremoto todo cuidado es superfluo, toda precaucion imposible. Apenas hay ningun peligro del cual de una manera ó otra no pueda escapar: el rayo no ha jamas consumido ciudades y provincias enteras; la peste puede despoblar las mayores ciudades, mas nunca las destruye enteramente; pero un terremoto se extiende con un poder irresistible á todo un pais, nada puede detenerle; abisma pueblos y Estados sin dejar, por decirlo asi, rastro de lo que habian sido.

EL MAR MUERTO.

Los judíos, que no habian visto el oceano, dieron el nombre de mar á un lago de mediana estension en el cual desemboca el Jordan. Es un lago triste y monótono por sus recuerdos imponentes y terribles, y por el espectáculo de desolacion que ofrece á las miradas. Los libros santos refieren y las ciencias físicas esplican cómo esa tierra de prosperidad y de delicias se convirtió en soledad de espantosa aridez. Gomorra, Sodoma y otros pueblos, que flotaban, por decirlo asi, sobre inmensa mole de aguas subterráneas, minas de azufre y pozos de betun, edificadas ellas mismas con piedras bituminosas, aparecian risueñas en el valle de Siddin. Cierto dia, en que segun las Escrituras habian llegado al colmo sus iniquidades, cayó sobre ellas el rayo, incendiáronse los materiales de sus edificios, comunicóse el fuego á las masas de azufre y de betun, hundióse el suelo, y subiendo las aguas á la superficie, formaron un mar de veinticinco leguas de largo por seis de ancho. Muchos siglos han trascurrido despues de esta catastrofe, y aun quedan vestigios del espantoso incendio, no solo por sus inmensos resultados, sino por la grande esterilidad de aquellos contornos, efecto del calcinamiento de la tierra.

En el seno del mar muerto no vive ningun pez, ningun molusco, ningun crustáceo, y sobrenada en él gran cantidad de betun.

MAR PUTRIDO.

Cuando el viento sopla fuertemente del Este, las aguas del mar de Azof se introducen en un inmenso pantano de cien leguas cuadradas, y cuando por el contrario toma el viento direccion contraria, refluyen las aguas en el mar de Azof, y queda al descubierto un espacio de mas de dos leguas de ancho, cuyas exhalaciones son fétidas y malignas: es el mar pútrido.

LAGOS SUBTERRANEOS.

A veces las islas flotantes cubren enteramente un lago: otras veces las aguas de los lagos que desaparecen, prestan tributo á otros sepultados en el seno de la tierra. Muchos de estos lagos subterráneos están tambien llenos de peces. Los volcanes de los Andes en sus mas terribles erupciones han arrojado inmensa cantidad de agua é infinidad de peces pequeños procedente de espaciosos lagos subterráneos.

VARIEDADES.

CASCADAS DEL CANADA.

Los mas hermosos saltos de agua del universo son sin contradiccion los del Niágara: tal es el nombre dado al rio San Lorenzo entre los lagos Erié y Ontario. El rio, en el punto de la catarata, está separado en dos partes por una isla. La que está contigua con los Estados-Unidos tiene 350 varas de ancho, y la que linda en el Canadá tiene 600; en esta se precipita el agua desde una altura de 162 piés, y en aquella se lanza desde 163 piés. El ruido de las olas se oye a la distancia de mas de dos leguas. Parece que una densa nube cubre constantemente la catarata, y al primer golpe se cree que el agua baja del cielo. De tiempo en tiempo se abre esa nube, y descubre detras del rio los lagos y las selvas. En invierno se hiela el agua encima de la catarata, y cuando la corriente rompe este cristal inmenso, levantanse entonces del fondo del precipicio enormes columnas de hielo, mientras que en lo mas alto de la catarata se forman témpanos y carámbanos caprichosos.

El Autanas, que es el afluente mas considerable del San Lorenzo, ofrece tambien muchas y muy pintorescas cascadas, entre ellas las de Chaudiere. Un rio mucho mas pequeño, el Montmorency, merece particular mencion por una cascada perpendicular de 242 piés de alto.

"Venid á pasar conmigo, esclama Chateaubriand, una noche entre los salvages del Canadá, y junto al famoso Niágara, porque comprendais lo que es la libertad de la naturaleza.

"Es natural á un desgraciado gozarse en las ilusiones de la felicidad, y embeberse en el recuerdo de los placeres pasados. Cuando me da tédio la vida, y conozco que el trato con los hombres destroza mi corazon, vuelvo involuntariamente el rostro, y miro con pesar hácia lo pasado. ¡Hermosas meditaciones! ¡secretos é inefables encantos de una alma que goza de sí misma! en los inmensos desiertos de América es donde he sabido lo que valeis. Cuando en mis viages por entre los indios del Canadá, me vi por primera vez lejos de las moradas europeas, solo, en medio de un océano de selvas, sentí en mi una estraña revolucion. En la especie de delirio que se apoderó de mí, no seguia ningun camino, de árbol en árbol vagaba á derecha é izquierda, diciendo para mí: "Aquí no hay ya camino que seguir, ni ciudades, ni casas estrechas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes, ni leyes sobre todo, ni hombres. ¿Ni hombres? sí, algunos salvages que no se dan pena por ellos ni por mí; algunos que como yo andan errantes, libres, por donde el pensamiento los conduce, que comen cuando quieren, y duermen donde y cuando les place."

Y para ensayar si por fin me habia repuesto en mis derechos originales, entregábame á mil caprichos que hacian rabiar á mi guia, el cual sin duda me creia loco.

Libre del yugo social, comprendí entonces los encantos de la independencia natural, que dejan muy en zaga los placeres de que le es dado formarse una idea al hombre civil. Conocí entonces por qué ningun salvage no se ha hecho europeo, y por qué muchos europeos se han hecho salvages. Las naciones y sus estatutos mas decantados me parecian juegos de niños; todo eran pigmeos en torno mio, ó por mejor decir, contemplaba con gigantesca mirada el resto de mi raza degenerada.

Vosotros, que quereis escribir para los hombres, trasportaos á los desiertos, convertios por un momento en hijos de la naturaleza, y entonces, y solo entonces, tomad la pluma.

Entre los innumerables goces que esperimenté en mis viages, uno sobretodo ha dejado viva impresion en mi alma.

Dirigíame á la famosa catarata del Niágara, y caminaba al través de las naciones indias que habitan los desiertos al Oeste de las plantaciones americanas. Mis guias eran el sol, una brújula pastoril y un holandés que entendia perfectamente cinco dialectos de los salvajes. Nuestro equipaje consistia en dos caballos, á quienes de noche dejábamos libres por la selva, atándoles antes una campanilla en la cerviz: al principio temí perderlos, pero mi guia me tranquilizó haciéndome observar que por un instinto admirable esos buenos animales no perdian jamas de vista nuestra lumbre.

Cierta tarde, cuando segun cálculo, distábamos solo ocho ó nueve leguas de la catarata, vimos acampados algunos salvages en la márgen de un riachuelo. Nos encaminamos hácia ellos. El holandés les pidió permiso para pasar la noche junto con ellos, lo que nos fué concedido al instante, y nos pusimos al momento á trabajar con ellos. Despues de haber cortado ramas, y plantado estacas, arrancado cortezas para cubrir nuestras moradas, y terminado algunos otros trabajos públicos, dedicóse cada cual á sus negocios particulares. Quité á mi caballo la silla, que me sirvió de almohada durante todo el viage; mi guia dió pienso á nuestras caballerías; y como no era tan delicado como yo, eligió por almohada un tronco de árbol seco. Despues nos sentamos todos en rueda, con las piernas cruzadas al estilo de los sastres, en torno de una grande hoguera para tostar nuestras panojas de maiz, y para preparar la cena. Quedábame todavia un frasco de aguardiente que no sirvió poco para divertir á los salvages. Estos sacaron tambien sus provisiones, y dimos principio á nuestro festin.

Componíase la familia indígena de dos mugeres con dos niños de teta, y de tres guerreros: dos de éstos tendrian de cuarenta á cuarenta y cinco años, aunque parecian mucho mas viejos, y el tercero era un jóven.

Pronto la conversacion se hizo general, mediando algunas palabras de mi parte, y muchos gestos, lenguaje espresivo que los salvages comprenden mucho, y que entre ellos aprendí. Unicamente el jóven guardaba un silencio obstinado, siempre clavados en mí sus ojos. A pesar de las rayas negras, rojas y azules, y de la perla pendiente de su nariz, que le desfiguraba sobremanera, distinguíanse fácilmente la nobleza y la sensibilidad que animaban su semblante. ¡Cuánto sentí que no me amase!... Pareciame leer en su corazon la historia de todos los males con que los europeos han abrumado su patria.

Los dos niños, enteramente desnudos, se habian dormido á nuestros pies junto á la lumbre; sus madres los cogieron y los acostaron sobre pieles con un cuidado delicioso de ver entre esas supuestas bárbaras; la conversacion se acabó gradualmente, y todos nos dormimos en el puesto mismo donde nos encontrábamos.

Tocante á mí, no pude cerrar los ojos; levanté la cabeza, y apoyándome en el codo contemplé á la luz rojiza del fuego moribundo esos indios acostados en torno mio, y abismados en un profundo sueño. Confieso que apenas pude contener mis lágrimas. Cuánto me conmovió tu descanso, interesante jóven salvage! tú, que pareces tan sencible á los males de tu pátria, eres demasiado grande para desconfiar de un estrangero. Europeos, ¡qué leccion para nosotros! Esos mismos salvages á quienes hemos perseguido á sangre y fuego, á quienes nuestra avaricia no dejaria ni algunos piés de tierra para cubrir sus cadáveres, reciben á su enemigo en su cabaña hospitalaria, parten con él su miserable cena, y duermen á su lado el sueño profundo del justo! esas virtudes son tan superiores á nuestras virtudes convencionales, como el alma de esos hombres de la naturaleza es superior á la del hombre social.

Brillaba la luna en el firmamento. Levantéme y fuí á sentarme á alguna distancia para disfrutar de una de esas noches americanas que el pincel del hombre no trazará jamas, y de la cual me he acordado cien veces, siempre con delicia.

Ya la luna descansaba sobre un grupo de nubes, que semejaba á la cumbre de altas montañas coronadas de nieve; estas nubes se iban prolongando y descubrian zonas diáfanas y onduladas, ó se trasformaban en ligeros copos de espuma, en innumerables rebaños errantes por las llanuras azules del horizonte. Pero luego la bóveda aérea parecia trocarse en una playa, en la cual se distinguian las capas horizontales, los pliegues paralelos trazados al parecer por el flujo y reflujo regular de los mares. A poco una ráfaga de viento desgarraba ese velo, y se formaban en el cielo grandes zonas como de algodon blanquísimo, tan suave á la vista, que no era posible dudar de su elasticidad, de su blandura.

Ni era menos encantadora la escena terrestre. El riachuelo que serpenteaba á mis piés, parecia una faja azul, sembrada de diamantes y cortada transversalmente por toques negruzcos. A la otra parte del rio, en una vasta pradera natural, los rayos de la luna, brillantes é inmóviles, formaban un campo de plata. Y en torno mio todo era silencio y reposo, fuera de la caida de algunas hojas, de alguna ráfaga súbita, y de los gemidos raros é interrumpidos del autillo: pero, á lo lejos, resonaba por intervalos la magestuosa catarata del Niágara, cuyo ruido, en la calma de la noche, se prolongaba de desierto en desierto, y se extinguia al través de las selvas solitarias.

La grandeza, la asombrosa melancolía de ese cuadro, no son para espresarse en idioma humano: los mas hermosos noches de Europa no nos darian de él ni una idea siquiera. En medio de nuestros campos cultivados, en vano la imaginacion procura estenderse, pues en todas partes encuentra habitaciones humanas; pero en aquellos paises desiertos, el alma se goza al perderse en un océano de eternas selvas; se complace en andar errante á la luz de las estrellas por las orillas de lagos inmensos, en detenerse junto al abismo bramador de las terribles cataratas, en seguir esas enormes masas de agua que ruedan con estrépito, y en mezclarse y confundirse, por decirlo así, con toda una naturaleza salvage y sublime.

Esos goces son demasiado vivos, y somos tan débiles que los placeres mas refinados se nos hacen dolorosos, como si la naturaleza temiese que olvidásemos nuestra condicion de hombres. Absorto en mi existencia, ó por mejor decir, existiendo todo yo fuera de mí mismo, sin sensaciones ni pensamientos distintos, y arrobado en uno de esos éxtasis, que sin duda son un

preludio de la felicidad mental que acaso nos espera en la otra vida, de repente tuve que volver el pensamiento á ésta, pues me sentí indispuesto. Conocí que era forzoso abandonar mis meditaciones; volví á mi puesto, me eché junto á los salvages, y luego se apoderó de mí un sueño profundo.

Cuando desperté al amanecer del dia siguiente, ví que todos estaban dispuestos ya para la marcha. Mi guia habia ido á pienso á los caballos; los guerreros se habian armado, y sus mugeres se ocupaban en reunir el bagaje que consistia en pieles, en maiz, y en carne de oso. Levantéme, y sacando un paco de pólvora, balas, tabaco y una cajita, lo distribuí entre esos hombres de la naturaleza, que al parecer quedaron contentos de mi generosidad. Nos separamos en seguida, no sin muestras de enternecimiento y de pesar. Todos, hasta el jóven indio, que estrechó cordialmente la mano que yo le tendí, nos despedimos con el corazon conmovido. Los salvages se encaminaron hácia el norte, y nosotros hácia el oeste. Los guerreros se adelantaron dando el grito de marcha, y luego los siguieron sus mugeres, cargadas con el bagaje y con los niños, quienes iban envueltos en pieles á la espalda de sus madres, y se volvian sonriendo para mirarnos. Por algun tiempo no quise perder de vista esa marcha tierna y maternal, hasta que la tropa entera hubo desaparecido lentamente por entre los árboles de la selva.

Buenos salvages, que me disteis hospitalidad, y á quienes sin duda no volveré á ver, séame dado pagaros aquí un tributo de reconocimiento. ¡Ojalá disfruteis por largo tiempo de vuestra preciosa independencia en vuestras hermosas soledades, donde mis votos por vuestra felicidad no cesarán de seguiros! Inseparables amigos, ¿en qué rincon de vuestros inmensos desiertos habitais al presente! ¿Vivís siempre juntos, y siempre felices? ¿hablais alguna vez del estrangero de la selva? ¿deseais saber en qué punto del globo habita, anhelais por su felicidad desde las márgenes de vuestros rios solitarios? Generosos amigos, mucho se ha trocado mi suerte despues de la noche que pasé á vuestro lado; pero al menos fuera un consuelo para mí, desde esas regiones en que habito perseguido de los hombres de mi pais, si supiese que mi nombre, en los remotos confines del universo, en el fondo de alguna soledad ignorada, ó acaso junto á la maravillosa catarata del Niágara, es pronunciado con enternecimiento por algunos pobres indios.

EL HOMBRE.

Todo anuncia en el hombre al soberano de la tierra; todo aun por lo esterior manifiesta su superioridad sobre todos los vivientes: se sostiene derecho; su actitud es la de quien manda: su cabeza se dirige al cielo, y presenta una faz augusta, en la que está impreso el carácter de su dignidad, y en cuya fisonomía está retratada el alma: la excelencia de su naturaleza se deja ver por entre los órganos materiales, y anima con un fuego divino las facciones de su cara. Su aire magestuoso, su andar firme y gallardo anuncian su nobleza, y su elevada clase: no toca en la tierra sino con los extremos mas distantes, ni la vé sino de lejos y como con desden, y no le han sido dados los brazos para servir de pilares á la masa de su cuerpo, ni las manos para hollar la tierra, y perder con la continua friccion la delicadeza del tacto de que son el principal órgano; sino que aquellas y éstos han sido destinados para mas nobles usos, para ejecutar las órdenes de la voluntad, coger las cosas distantes, apartar los

obstáculos, evitar los encuentros y el choque de lo que podria perjudicarle, abrazar y retener lo que le puede agradar y ponerlo en proporcion de que lo perciban los demas sentidos.

Cuando el alma está tranquila, todas las partes de la cara se mantienen tambien en serenidad, y su proporcion, su union y su conjunto indican suficientemente la dulce armonía de los pensamientos, correspondiendo así con la calma interior que goza el alma; pero cuando está agitada se convierte el rostro en una pintura viva en que se expresan las pasiones con no menos delicadeza que energía, y en la que cada movimiento del alma es representado por medio de un rasgo particular, y cada accion por medio de un carácter cuya impresion viva y pronta, anticipándose á la voluntad, descubre y manifiesta esteriormente con signos patéticos los móviles de nuestras secretas imaginaciones.

Los ojos son la parte de la cara en que principalmente se pintan y dan á conocer nuestras internas inquietudes: este órgano es por el que se explica el alma mas que por otro alguno, y parece que toca en ella y participa de todos sus movimientos: él expresa sus mas vehementes pasiones y mas violentas conmociones, igualmente que sus movimientos mas dulces y sus sentimientos mas delicados: él las manifiesta con la mayor fidelidad, tales como acaban de escitarse en el alma; las comunica á otro por medio de emanaciones veloces que infunden en ella el fuego, la accion y la imágen de la que las despide: de modo que recibe y refleja á un mismo tiempo la luz del pensamiento y el calor del sentimiento, y es el espejo del espíritu, y la lengua de la inteligencia.

LA NATURALEZA INCULTA.

Contemplemos aquellas desiertas regiones, aquellos tristes paises en que jamas ha fijado el hombre su habitacion, y las veremos en todos los parajes elevados cubiertas, ó mas bien erizadas, de bosques espesos y sombríos, de árboles, unos sin corteza y sin copa, encorvados, abiertos, y cayéndose en fuerza de su vejez, y otros en mayor número caidos al pié de éstos, que se van pudriendo sobre montones de otros ya podridos, y sofocan y sepultan las plantas que empiezan á nacer. La naturaleza, que en cualquiera otra parte brilla ostentando una juventud lozana, parece haber llegado en estos terrenos á su lánguida decrepitud; y la tierra abrumada con el peso, y sepultada, digámoslo así, bajo las ruinas de sus producciones, en vez de ofrecer un verdor floreciente, solo presenta un espacio cubierto de escombros, atravesado de árboles viejos, cargados de plantas parásitas, de muzgos y de agaricos, frutos impuros de la putrefaccion; veremos en todos los sitios bajos abundancia de aguas muertas y corrompidas por falta de conductos y de direccion; terrenos cenagosos, que no siendo sólidos ni líquidos, no pueden transitarse, y son igualmente inútiles para los habitantes de la tierra que para los de las aguas; pantanos, que cubiertos de plantas acuáticas y fétidas, solo prestan alimento á insectos venenosos, y abrigo á animales inmundos. Entre estos cenagales infectos que ocupan los terrenos bajos, y los bosques decrépitos que cubren los elevados, se estienden páramos y tierras eriales que en nada se parecen á nuestras praderas, y en donde las malas yerbas superan y sofocan á las buenas; no están estos sitios cubiertos de aquella yerba fina que parece el vello de la tierra, ni de aquella pelicilla que esmaltándolo anuncia su brillante fecundidad, sino tan solo de vegetales agrestes, de yerbas toscas y espinosas, de tal modo enlazadas entre sí, que mas bien parece que se mantienen asidas unas á otras que prendidas en la tierra, y que secándose y renaciendo sucesivamente unas encima de otras, forman una broza de muchos piés de grueso.

En estos silvestres lugares no se encuentra camino, senda ni vestigio alguno de la accion del ser inteligente. Obligado el hombre, si quiere recorrerlos, á seguir la senda de las fieras, precisado á velar continuamente para evitar ser pasto de ellas, aterrado de sus rugidos, y pasmado del silencio mismo de tan vastas soledades, retrocede y dice: ¡Cuán horrible es, y cuán amortiguada está la naturaleza inculta! Yo solo soy quien puede hermosearla y vivificarla. Desequemos estos pantanos, animemos estas aguas muertas, dándolas curso, hagámos con ellas arroyos y canales, hagámos uso del elemento activo y devorador, que oculto en las entrañas de los cuerpos, hemos sabido sacar por nuestra propia industria, pongamos fuego á esta broza inútil, á estos bosques seculares y casi consumidos, y acabemos de destruir con el hierro lo que el fuego no ha podido aniquilar. Hace esto el hombre, y bien pronto en lugar de juncos y del nenúfar, de que el sapo componia su veneno, se ven brotar el ranúnculo, el trébol, y las yerbas dulces y saludables; rebaños de ganados hutellan esta tierra antes intransitable, hallan en ella una sustancia abundante y un pasto siempre verde, y se multiplican por generaciones continuadas. El hombre, valiéndose de estos nuevos auxilios, consuma su obra, unce el buey, emplea sus fuerzas y el peso de su masa en arar la tierra que rejuvenece con la cultura, y sale de entre sus manos una naturaleza nueva.

LAS MAREAS.

El mar, tan maravilloso por su propia estension, por lo salobre de sus aguas, por los fenómenos de la fosforescencia que dan á sus olas el brillo del fuego, por sus hielos enormes, por sus corrientes, y por su poblacion inmensa, no llama menos nuestra atencion por sus mareas. Llámanse así las oscilaciones que hacen variar el nivel de sus aguas cuatro veces al dia, dos cuando se levantan é invaden mugiendo las costas, y otras dos cuando se retiran y dejan en seco largo trecho de arena. A este doble movimiento se ha dado el nombre de flujo y reflujo, á cuyo fenómeno no están sujetos los mares interiores: por esto, antes de Alejandro el Grande, ignoraron los griegos la existencia de las mareas. ¡Cuál debió de ser el asombro de los navegantes griegos y de su gefe, cuando de órden de aquel conquistador descendieron el Indo hasta su desembocadura en el grande Océano! De repente, cuando estaban acampados en la orilla, avanza el mar con un furor espantoso, cubre las tiendas, sumerge caballos y jinetes, y amenaza destruirlo todo. Bien es verdad que aquella marea fué terrible por otras causas que produjeron el *Boro*, fenómeno semejante al Prororoca que vamos á descubrir.

EL PRORROROCA.

Al hablar de la Amazona, hemos dicho que este rio, al entrar en el mar, rechaza tan impetuosamente las aguas del Atlántico, que sin mezclarse con ellas corre por su seno durante muchas leguas. Sin embargo, la marea se experimenta hasta en Obidos, es decir, unas 175 leguas mas arriba del desembocadero. En los tres dias mas cercanos á las lunas llenas y nuevas, época de las mas altas mareas, el flujo, en vez de efectuarse en seis horas, tiene lugar en uno ó dos minutos. Los indios llaman á este fenómeno el Prororoca, y el ruido que le acompaña se oye desde la distancia de algunas leguas.

LAGOS TEMIBLES.

El de Huron tiene una bahía siempre cargada de nubes eléctricas: ningun viagero la ha atravesado sin oir los estampidos del trueno.

Un grande pantano de Portugal, deja oir mugidos formidables al acercarse la borrasca.

El lago de Loch-Lemond en Escocia, y el de Vester en Suecia, esperimentan conmociones violentas en tiempo bonancible.

El de Kestin en Brandeburgo forma hervideros en calma, y levanta torbellinos que sumergen las barcas de los pobres pescadores.

Un lago de Bohemia, cerca de Boleslau, da explosiones que levantan en los aires masas de hielo de muchos quintales de peso.

LAGOS QUE DESAPARECEN.

Muchos son los lagos que se evaporan en verano; pero otros hay, mas curiosos y mas admirables, que teniendo comunicacion con subterráneos les prestan de tiempo en tiempo el tributo de sus aguas. Bajo este respeto es famoso el lago de Czirnitz en la Carniola: no pocas veces, en un mismo año, se suceden en su madre ejercitándose en sus tareas el pescador, el cazador, el labrador y el segador. Tiene cinco leguas de circunferencia en los años secos, y ocho en los húmedos. En épocas irregulares desaparecen repentinamente sus aguas por unas cuarenta aberturas de su alveo, y entonces saltan en seco luchando con la muerte los peces. Al cabo de algun tiempo vuelve á llenarse.

ISLAS FLOTANTES.

Dáse este nombre á unas verdaderas islas que sobrenadan en el agua por su poco peso específico. En otro tiempo eran citadas como las mas asombrosas maravillas de la naturaleza: mas en el dia, habiéndose reconocido su materia ligera, compuesta casi toda de tegidos y raices de árboles que sostienen una capa de cieno vegetal, es fácil esplicar ese fenómeno que se ha hecho ya comun. El lago de Saint-Omer, las lagunas de Comacchio, las de Irlanda y Escocia, y el lago de Gerdau en Prusia, presentan varias islas flotantes. Algunas de estas llegan al fin á semejanza de lo que la mitología griega cuenta de la isla de Delos.

LAGO DE TITICACA.

Este lago, célebre en la historia de los Incas, está situado en el Alto-Peru, provincia de la Paz. Tiene mas de cien leguas de circunferencia. Sus aguas son amargas; y de su seno sale un rio, el Desaguadero, que va á perderse en otro lago salado no muy distante. El de Titicaca recibió nombre de una de sus islas, en la cual Manocapac, el legislador del Perú, pretendió haber recibido su mision del cielo, y donde despues se levantó un templo cubierto de oro. Dícese que al tiempo de la conquista, los naturales tiraron al lago muchos objetos macizos de este metal, y entre ellos la grande cadena de oro que tenia doscientas treinta y tres varas de largo. Hace algunos años se formó una compañía inglesa para sacar este lago; pero hasta el presente no se ha puesta en obra esta empresa colosal.

GRUTAS.

LABERINTOS Y CAVERNAS.

La gruta de Antiparos, en el archipiélago de la Grecia ha sido reputada por mucho tiempo la mas hermosa del mundo, ya por su magnitud, ya tambien por el conjunto de preciosidades que encierra. Una caverna rústica os invita á entrar; pero luego se os presentan horribles precipicios, á los cuales se baja deslizándose por medio de cuerdas, y se llega por fin á la entrada de la gruta, que se encuentra á 300 brazas de profundidad, y tiene 40 de alto y 50 de ancho. Turnefort, célebre botánico que ha dado una descripcion de esta gruta, creyó haber visto en ella un jardin de cristal,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y pretendió haber adquirido una prueba completa de la vegetacion de las piedras.

Las grutas de Arey en las cercanías de Vernanton (Yonne) disputan la primacía á la de Antiparos. Compónense de muchas salas que se comunican por medio de corredores estrechos y muy bajos. Una de ellas contiene un lago, cuya profundidad es desconocida todavía, pero todas ellas están adornadas con estalácticas ondulosas, con cascadas inmóviles, columnatas, tubos que reproducen los mas ligeros sonidos. Así estas estalácticas, como las estalagmitas de Antiparos, deben su orígen á aguas impregnadas de materias calcáreas, de las cuáles las primeras quedan suspendidas de la bóveda á modo de carámbanos, mientras que las segundas caen en tierra, representando vasos, vegetales y animales. Y como no se presenta en esas grutas mas que con antorchas, sus hermosas concreciones calcáreas, parecen cristal de roca.

Los modernos han tomado por monumento de la arquitectura naciente una linda obra de la naturaleza, el laberinto, cueva inmensa que, á favor de mil revueltas parecidas á calles subterráneas, se prolonga por debajo de una colina del monte Ida. Es probable que los moradores de Creta regularizaron esa obra colosal de la naturaleza: en el dia solo los murciélagos van á buscar en ella un asilo.

En la Carniola, las cavernas de Adelsberg son célebres por sus bellezas pintorescas, y por haberse descubierto en ellas el *Proteus anguinus*, animal singularísimo que vive en el agua, completamente privado de luz, y lleva á la vez pulmones y branquias. Dos son las cavernas de Adelsberg, la de la Magdalena, y la grande caverna, descubierta pocos años ha. Llégase á las salas subterráneas siguiendo un corredor oscuro y bajo; y en una de ellas hay una cúpula inmensa, cuya bóveda y paredes se descubren apenas á la luz de las antorchas. Otra sala, tambien con cúpula, es llamada el Pequeño-Templo, y de ella se pasa á la del Torneo, que es oval, y cuyas paredes forman anfiteatro. Encuéntranse despues otros corredores y cavernas, cada cual notable bajo uno ó otro aspecto. Levántase en una un grueso pilar que al golpearlo dá un sonido parecido al tañido de una gruesa campana; en otra hay una columna naturalmente acanalada. Descúbrese despues el *Telon*, colosal y hermosísima estalácticа formada por la piedra calcárea que baja formando muchas ondulaciones elegantes, y pliegues graciosísimos. En general los corredores de esas cavernas son bastante anchos para pasar tres personas de frente.

LA OCEANIA.

La Oceanía, que forma en el dia la quinta parte del mundo, debe ser considerada como la mas inmensa maravilla del universo. Es un laberinto de islas, que se estiende en una línea de mas de tres mil leguas, islas esalbonadas al Sur y al Norte por medio de otras cadenas secundarias; todo ello restos acaso de un antiguo mundo en parte sumergido. La mitología de las islas de Sandwich afirma que Etua-Rahui, cansado de su muger O-ie-Paipad, la tiró contra nuestro globo: rompióse en mil pedazos, y cada fragmento formó una de las islas del mar Pacífico. El tronco del cuerpo se aplastó sin duda al Este, y formó la América. La disposicion de todas estas islas, la desigual profundidad del mar, los bancos de arena, las peñas á flor de agua que en la Oceanía se encuentran, todo parece apoyar la opinion de los que creen con Buache que las cadenas de montañas se continuán debajo las olas del Océano.

Casi todo el mar pacífico está sembrado de masas de coral, sobre todo los estrechos ó brazos de mar que separan las numerosas islas de la Polinesia y de la Australia.

VARIEDADES.

LOS ESTADOS-UNIDOS.

La primera idea que se presenta al ánimo del viajador europeo cuando despliega delante de él sus magnificencias el suelo americano, es que el nuevo mundo, descubierto por Colon, es tambien una tierra nueva salida de manos del Criador. Comparada con la vieja Europa, le ofrece la América una vegetacion tan abundante y tan rica, sus paisages se diseñan con tanta grandeza y vivacidad, sus vastos lagos y sus magestuosos rios tienen un carácter tan bello y tan sublime, que uno está tentado á creer que un nuevo Edeu acaba de levantarse del seno del Océano. Esa creacion repentina y sólida de la república de los Estados-Unidos; la rapidez con que ha conquistado su independencia, su riqueza y su poder; el continuo y prodigioso acrecentamiento de su poblacion y de su prosperidad, escitan en nosotros grande asombro y nos dan la idea de un pais donde la vida ha de ser mas vigorosa, y donde las leyes del progreso y de la perfectibilidad han de dar resultados mas prontos y mas duraderos. El hilerés que inspiran las bellezas naturales y la civilizacion en América ha subido de punto de algunos años á esta parte, y por tanto, muchos viageros, cansados de las perspectivas monotonas del mundo antiguo, que no ofrecen atractivo á su curiosidad, vuelven sus miradas hácia un suelo virgen en el cual se renuevan incesantemente las escenas mas magníficas.

La descripcion de los Estados-Unidos exige un órden de ideas enteramente opuesto al que es neces ario para apreciar las bellezas de los demas paises.

En el mundo antiguo alguna ruina de lo pasado constituye el alma, el centro de atraccion de todo cuadro; en sus escursiones evita el artista lo moderno y escoge sus puntos de vista, de manera que haga resaltar principalmente en sus diseños la catedral ó el castillo ilustrado por la historia ó por su misma antigüedad: en cada paisage nos vienen á la mente las mismas ideas, desechamos las que tienen conexion con los objetos que nos rodean, y únicamente queremos alimentarnos de leyendas y recuerdos históricos. Lo contrario nos sucede en América, pues al visitarla todas nuestras ideas tienden al porvenir. Y lo propio sucede al americano; cuando sigue el curso de sus inmensos rios, su espíritu se lanza constantemente hácia lo futuro: en vez de divertirse mirando unos valles cuyo aspecto es idéntico al que ofrecieron ayer, y en los cuales viven propietarios y colonos que son los mismos de ayer, está pensando en lo que podrá ser mañana ese valle que entraña una vegetacion virginal y vigorosa, en ese vertiente estará bien situada una aldea; el hacha resonará en medio de esas selvas; los molinos, los puentes, los canales, los caminos de hierro animarán las márgenes de ese rio que aho-

ra corre en medio de juncos y de flores salvages. Ese grabado, dice, que me pinta la aldea de ayer, miente, porque la aldea de ayer se ha convertido hoy en ciudad, y acaso mañana se doblará el número de sus habitantes y dará otro mentís el grabado de hoy. En vez de informarse de la antigüedad de una poblacion, siéntase junto al hogar con el lápiz en una mano, y con un pliego de papel en la otra, y esté calculando lo que será con mucho de aquí á diez años, hasta donde se estenderá, cuánto valdrá el terreno de sus cercanías, y si será mejor emplear los capitales en acciones de un canal ó de un camino de hierro. Repitamos, pues, que en América el observador solo ve en los objetos esteriores sus relaciones posibles con el porvenir, y en Europa sus relaciones con lo pasado.

Washington es la grande ciudad federal de los Estados-Unidos, para constituirla centro del gobierno, perfectamente independiente de todos los Estados, se erigió en distrito bajo el nombre de Colombia una estension de ocho millas cuadradas en la cual está fundada la poblacion. Fué concebida esta bajo un plan gigantesco; pero como por su posicion no es susceptible de ser ciudad comercial, existe simplemente como sede del gobierno y como morada de los funcionarios públicos. Lo que en ella llama mas la atencion, es una grande y magnífica avenida que conduce á una colina en la cual se ha levantado un suntuoso monumento de mármol blanco: esa grande escalinata, y esa rampa sobebia, guian al Capitolio. Frontero de este edificio, al opuesto remate de la avenida, se descubre el palacio del presidente, llamado comunmente la Casa blanca.

Al hablar de la civilizacion de los Estados-Unidos, uno de los fenómenos mas admirables que llama nuestra atencion es la desaparicion rápida de la raza cobriza.

Cuando los europeos arribaron á las playas americanas, encontraron en ellas poblaciones numerosas y algunas veces formidables. Los indígenas, restos de una civilizacion antigua, cuyo dogma primitivo habian perdido, conservaban sin embargo unas nosiones, unas costumbres y unas tradiciones que, si bien no eran suficientes para conducirlos á una organizacion social mas adelantada, tenian bastante poder para ser conservadas por mucho tiempo.

Carecian en verdad de su prodigiosa actividad antigua, pero conservaban todavía un resto del movimiento de las edades anteriores, al modo de esos proyectiles que, muertos ya, sustraidos á la influencia de la fuerza que los lanzó, continúan sin embargo por algun tiempo su curso al través del espacio.

Proveer para sus necesidades materiales era para esos pobres indios el único afanco, necesidades poco numerosas entonces y fáciles de satisfacer. Un suelo vasto y fértil, cortado por rios y lagos abundantes en pesca, costas de grande estension, selvas tan antiguas como el mundo, tales eran sus recursos para acallar sus necesidades diarias.

Y ademas del cultivo del maiz y de la pesca, una caza fácil en los bosques ó en la pradera los abastecia abundantemente de carne para la manutencion, y de pieles para garantir sus hijos del rigor de las estaciones: nada mas pedian entonces. Muy luego sin contacto con los europeos, les hizo sentir nuevas necesidades sin darles medios de satisfacerlas. Antes nada les faltaba para su felicidad; imprevisores para el dia siguiente, pasaban la vida sin contar los dias, sin que las fatigas de la caza y los peligros de la guerra, fuesen para ellos otra cosa que episodios que llenaban un punto de su existencia sin comprometer su seguridad. Despues todo se trocó para el indio. Necesitaba armas de fuego, municiones, instrumentos de caza y de pesca, telas de los europeos, objetos de lujo; amaba con pasion el aguardiente, ese licor de fuego, como le llamaban ellos, que debia enervar y diezmar su raza de generacion en generacion, con un furor que las mas encarnizadas guer-

ras. Los despojos de los animales no fueron ya para él simples vestidos, sino objetos de comercio para trocarlos por licores y fusiles, y la dificultad de poder procurárselos era cada dia mayor. Los animales salvages eran cada dia menos numerosos, y con el ruido de las ciudades levantadas de repente en sus mismas moradas, se internaron en lo mas profundo, . . . y fué forzoso seguirlos. Las fatigas iban en aumento á medida que los recursos faltaban; la miseria, el hambre, la intemperie, las privaciones, he aquí los enemigos terribles ante quienes iban sucumbiendo unos pueblos en otro tiempo afortunados. ¡Cuántas madres, cuántos hijos no pudieron soportar tantas correrías, y perecieron en el corazon de las selvas! . . . ¡Qué de valientes guerreros, qué de atrevidos cazadores perdieron la vida en los combates que tenian que sostener contra las naciones cuyo territorio atravesaban! El Hudson, ese rio tan animado ahora, en cuyas márgenes se levantan en el dia cien pueblos como el de Wets-point, quintas suntuosas, monumentos como esa columna levantada á la memoria del polaco Kosciusko, que á ejemplo de Lafayette combatió por la independencia americana: el Hudson arrastró millares de cadáveres, y se tiñó con sangre de los desdichados indios. Y demas de todos esos males, de tiempo en tiempo les fué preciso luchar contra los europeos, para quienes quedaba siempre el campo; y entonces no tenian otro remedio que abandonar el puesto, dar un adios á los restos de su nacion, tomar consigo los huesos de sus padres, única patria que les concedian ya, y llevar á otra parte su miseria y su desesperacion.

En la actualidad, cuando la poblacion europea comienza á acercarse al desierto ocupado por una nacion salvage, el gobierno de los Estados-Unidos envia comunmente á esta una embajada solemne; los blancos reunen á los indios en una vasta llanura, y despues de haber comido y bebido juntos les dicen: "¡Qué haceis en el pais de vuestros padres! En breve tendreis que desenterrar sus huesos para vivir en él. ¡No hay bosques, lagos y praderas mas allá de estos sitios! Al otro lado de esas montañas que rayan con el horizonte, mas allá de ese lago que linda con vuestro territorio, se encuentran vastas comarcas en que abundan los animales salvages: vendednos vuestras tierras é idos á vivir felices en aquellas." Y diciendo esto les enseñan armas de fuego, vestidos de lana, licores de aguardiente, collares de vidrio, brazaletes de estaño, pendientes y espejos. Las mugeres y los niños, deseando poseer esos objetos preciosos, instigan á los guerreros para que tenga lugar la venta. Si aun con esto vacilan, se les insinúa que no les queda otro camino que acceder, y que muy luego el gobierno de los Estados-Unidos será impotente para garantirles el goce de sus derechos. Entonces se alejan silenciosos, y van á habitar nuevos desiertos para que al cabo de diez años les arrojen tambien de ellos los blancos. He aquí de qué modo adquieren los americanos á vil precio provincias enteras que los mas ricos monarcas de Europa no podrian pagar. Colocado el viagero en la cima del monte Holioke, ¡no le parecen de un valor inestimable esas márgenes riquísimas bañadas por el Connecticut! ¡No forma un paisage el mas pintoresco, el mas animado, todo cuanto se ofrece á su vista! Pues bien: esa tierra encantadora no les ha costado á los blancos mas que la voluntad de poseerla: verdad es que tambien han vivificado esos paisages, que les han dado los atractivos del cultivo, que han derramado sobre de ellos el tinte inefable y consolador de la civilizacion: verdad es que esto es una nueva tierra comparada con la de los pantanos y selvas gigantescas de otro tiempo; pero todos los prodigios del arte no son capaces de hacer olvidar unas usurpaciones atroces.

¡Y son tantos los prodigios del arte

que se descubren en los Estados-Unidos! . . . Crúzanse en todas direcciones los canales, los buques de vapor que surcan las corrientes, los caminos de hierro que han cortado las distancias de una manera prodigiosa. El que escribe estas líneas se ha trasladado en pocos minutos de Little-Falls á Utica, entre cuyos puntos media la distancia de quince millas. No bien se tiene tiempo de pensar que uno está de viage cuando vuelan los coches sobre los carriles de hierro, y en un abrir de ojos la distancia está ya franqueada. La vida que se pasa en los Estados-Unidos es toda de actividad, de cálculo, de abstraccion de sí mismo cuando se meditan operaciones, y de arrojo y mero positivismo cuando se ponen en planta.

ARNOLDO DE MELCHTAT.

EPISODIO HISTÓRICO.

La hermosa época de la historia suiza, aquella que precede y sigue inmediatamente á la emancipacion de los cantones, nos muestra los bailios imperiales del Austria, en rebelion con los pastores de Tualdstetten. Estos pastores, hombres apacibles, unidos á los emperadores, y naturalmente dispuestos á dejarse gobernar segun una costumbre antigua, estaban por otra parte ansiosos de obtener sus fueros, y se conceptuaban incapaces de permanecer mucho tiempo bajo el ominoso yugo de bailios crueles y disolutos. Así esta libertad que conquistaron casi respetuosamente y á su pesar, no tenia á sus ojos mas que el derecho de sustraer á la injuria ó á la rapacidad de los señores austriacos, el honor de sus mugeres y el patrimonio de sus hijos. De aquí aquel carácter de rectitud, de justicia, y al mismo tiempo de heróica firmeza, que distingue la resistencia y la victoria de estos pastores; de aquí tambien los durables beneficios de una revolucion, que arreglada tan pronto como cumplida, no deja subsistir á su lado en lugar de ambiciones rivales, mas que una compacta falange de hombres libres.

En la noche del miércoles, antes de S. Martin, en el mes de Noviembre de 1507, Furst, Melchtat y Stauffacher, llevaron cada uno diez hombres honrados de su pais que les habian abierto lealmente su corazon. Cuando estos treinta y tres hombres valerosos, llenos de sentimiento por su libertad hereditaria y por su eterna alianza, unidos por la amistad mas íntima por los peligros del tiempo, se encontraron reunidos en Grutli, no tuvieron miedo ni del rey Alberto, ni del poder del Austria. En aquella noche, con el corazon conmovido y dándose todos las manos, he aquí lo que prometieron: "En esta empresa ninguno de entre ellos negaria segun sus propias ideas, ni abandonaria á los otros; vivirian y moririan en esta amistad. Todos mantendrian, segun el consejo comun, al pueblo inocente y oprimido de los valles, en los antiguos derechos de su libertad, de manera que todos los suizos gozarian para siempre los frutos de esta union. No guiarian á los condes de Habsburgo, de cualquier manera que fuese, sus bienes, sus derechos ó sus siervos; los gobernadores, su comitiva, sus criados y sus soldados mercenarios no perderian una gota de sangre; pero la libertad que habian recibido de sus antepasados, quisieron conservarla intacta y trasmitirla á sus nietos."

Habiendo tomado todos esta firme resolucion y en el pensamiento que de su éxito dependia probablemente el destino de toda su posteridad, cada uno de ellos miraba á su amigo con semblante confiado y le estrechaba cordialmente la mano. Entonces Furst, Stauffacher y Melchtat, con los brazos levantados al cielo, juran en nombre de Dios, que ha creado á los emperadores y á los aldeanos de la misma raza, defender juntos la libertad como

hombres. Los treinta, al oir esto, levantaron la mano y prestaron en nombre de Dios y de los santos este mismo juramento. Caminaban de acuerdo respecto á la manera de ejecutar su proyecto: por lo pronto todos regresaron á sus cabañas, se callaron y cuidaron de sus rebaños.

La insolencia de los bailios no conocia ya límites. Tan pronto irritaban gratuitamente con despreciativos sarcasmos el honrado orgullo de los montañeses, tan pronto abusaban de sus derechos imponiendo sentencias inicuas.

Un dia en que Enrique Auderhalden de Melchtat se hallaba en la labor con su hijo Arnoldo, llegó un mensagero de Laudenberg, baile de Sarnem, y le pidió su magnífica yunta de bueyes. Viendo estas honradas gentes tan inusitada arbitrariedad, y esperando sacar partido en términos conciliatorios, el viejo Enrique preguntó que por qué causa se le pedian sus bueyes, y suplicó que al menos le dejasen terminar los surcos que quedaban por hacer en la tierra.

—Si el labrador quiere cultivar su campo, que tire él mismo del arado.

Entonces Arnoldo se lanzó sobre estos hombres arbitrarios, y con su palo rompió dos dedos al soldado que los escoltaba; en seguida, para huir de la venganza del baile se fugó á las montañas. Este jóven labrador es el mismo que hace poco vimos en Grutli alzar la mano entre Furst y Stauffacher, bajo el nombre—desde entonces inmortal—de Melchtat.

Esta es la escena que Mr. Lugardon, de Ginebra, ha trasladado al lienzo.

PEDRO PABLO RUBENS.

I.

La historia de las artes cuenta en su gran catálogo infinidad de hombres eminentes: todos han contribuido mas ó menos á dejar consignado un nombre que respetará la posteridad; pero son muy pocos los que han logrado despertar la admiracion universal. Rafael, Miguel-Angel, Velazquez, Murillo, Van-Dick, Rubens. . . Detengámonos. No hay duda que existe cierta analogía seductora, entre la deslumbrante riqueza del pincel de este artista, y la magnificencia real de que se vió cercado durante su vida. Pablo Rubens vivió en las principales cortes de Europa; tuvo íntimas relaciones con las primeras dignidades del mundo y hasta con sus monarcas, y de aquí su gran facilidad en reproducir con la fecundidad que le caracteriza, los magníficos ropages, los pomposos ornamentos y los admirables adornos que ha multiplicado su inimitable pincel. Ni el estudio, ni las vigilias, hubieran podido suministrarle aquel caudal de profundos conocimientos, que adquirió con sus frecuentes viages y con sus repetidas embajadas. Rubens es uno de los pocos pintores que han sido felices, atravesando el período de su carrera artística; pudo libremente, sin luchas de ninguna clase, satisfacer todos sus deseos, y nunca se presentó á sus ojos mas que el bello cuadro de la naturaleza que solicitaba reproducir.

El papel de Rubens en la historia de las artes es de la mas alta importancia, no por los numerosos y buenos discípulos que ha tenido, los cuales bastarian para el cimiento de su gloria; en la historia de la pintura tiene su nombre otro título, un título independiente del mérito de sus discípulos y del número de sus obras. . . Rubens es gefe de una escuela que ha cambiado y renovado la faz de las artes.

Es cierto que estudió con especial cuidado y afícion las escuelas romana, florentina y veneciana; pero creemos—y tal vez nos atrevemos á decir mucho—que de esta misma perseverancia en la observacion asidua de distintas escuelas, nace su estilo esclusivo, que no pertenece al romano, ni al florenti-

no, ni al veneciano. Adivinó, sorprendió los secretos del arte y se sirvió de ellos para encontrar el suyo propio: lo que le enseñaron sus primeros maestros, desaparece al contemplar la individualidad de su escuela.

Tal vez haya quien nos pregunte en lo que consiste la individualidad de Rubens; de qué modo se separa de la escuela italiana. Rubens ha sido el primero que ha buscado la grandeza y la belleza esterior, en el idealismo de la parte armoniosa y santa de la figura humana; Rubens ha sido el primero que ha querido sacar de la realidad tomada en sí misma y por ella misma, todo cuanto podia contener de seductor y magestuoso.

Para conmover, para admirar, no tuvo precision de recurrir á la mirada angelical de Rafael, ni á sus actitudes, tan distantes del mundo real, ni á sus facciones, tan puras y divinizadas que no podrian descender á la vida humana sin una manifiesta profanacion. Rubens se contenta con la naturaleza que tiene delante de sus ojos, llena de savia y de energía, llena de movimiento y de placer, y lejos de corregir lo que en un principio le parecia exuberante á irregular, exagera lógicamente y en provecho de una idea el carácter del modelo. No obstante, Rubens vió, como Rafael, las figuras italianas, vivió, como él, en el campo de Roma; pero sin duda llegó á comprender que Rafael habia agotado los recursos de la espresion ideal, acaso sintió que no alcanzaria ninguna gloria siguiendo sus huellas en un camino tan frecuentado: prefirió abrir una nueva senda y transitar por ella con completa libertad.

La escuela romana se habia entregado enteramente á la pureza de los contornos, á la armonía de las líneas, sacrificando con gusto á las exigencias del dibujo, tal como ella lo habia concebido, los caprichos de la luz, los accidentes, los episodios revelados por una observacion atenta, pero que tenia cierto carácter de mezquindad. Rubens entonces toma un método opuesto; en vez de someter el color á la forma, escoge en el modelo lo que halla mas inmediatamente pintoresco, esto es, el color, y para hacer este carácter mas sensible y poderoso, exagera á costa de la forma, pero sin separarse nunca de una lógica admirable que él únicamente posee, puesto que Rubens inventa para producir un efecto dado, siempre inteligible y real.

Si la pintura italiana es casta y santa, la pintura de Rubens es singularmente atrevida, pues observa á la naturaleza y la reproduce bajo el prisma de la realidad; pero la realidad que nos presenta se asemeja tan poco á las trivialidades de la vida usual, que es mas bien un objeto de estudio y admiracion que una provocacion lasciva y desordenada. Hay mucha verdad en aquellas carnes palpitantes llenas de sangre y de vida, cierta cosa grande y elevada, superior á nuestra naturaleza... Rafael idealizó el órden, Rubens idealizó el movimiento.

Si de estas consideraciones puramente estéticas descendemos á intereses mas inmediatos, Rubens es tambien un digno asunto de reflexiones y de estudio: no hay mas remedio que remontarnos á su época para comprender y seguir la reaccion pintoresca de la restauracion: solo pensando en Rubens es como se comprende el origen de la escuela inglesa; y por último, aun cuando Rubens no sirviese para esplicar el símbolo en derredor del cual se reanudan las mas lisonjeras esperanzas acerca de la historia de las artes, su sacaria un gran provecho estudiándole, no solo como grande artista, como un hombre estraordinariamente hábil en la ejecucion de una pintura, sino tambien por una individualidad constante y por su perseverancia en no haber obedecido nunca mas que á sus propias inspiraciones.

II

LA DECLARACION.

Pedro Pablo Rubens nació en Colonia el 29 de Junio de 1577; su familia, que era noble, vino á establecerse en Amberes en la época de la coronacion del emperador Cárlos V. Juan Rubens, su padre, católico ardiente, despues de haber ejercido en esta ciudad las primeras magistraturas, se ausentó de allí al cabo de algunos años para huir de las turbulencias religiosas, y regresó á Colonia con su esposa, en cuya poblacion compró una casa, en la cual María de Médicis debia espirar el año de 1634. La madre de Rubens, Doña María Pipelingo, tuvo siete hijos, siendo Pedro Pablo el menor de todos ellos. En un principio le destinaron al estudio del foro, y ya se habia señalado por sus progresivos adelantos, cuando murió su padre en 1587. La desconsolada viuda volvió con él á Amberes, donde el jóven Pedro Pablo terminó sus estudios de filosofía con notable aprovechamiento, pues hablaba y escribia en latin con tanta facilidad y pureza, como pudiera hacerlo con su lengua materna.

Colocóle su madre en calidad de page en casa de la condesa de Lalain, á cuya señora debió consideraciones muy especiales.

Paseábase un dia por el jardin con dicha señora, y habiendo llegado esta á un banco de piedra donde tomó asiento, dijo á Pedro Pablo:

—Rubens, siéntate á mi lado, que quiero hacerte una pregunta.

El jóven se acercó con escesiva timidez, y obedeció á la condesa.

—¿Qué tenia que preguntarme?

—Hace algun tiempo que observo en tu fisonomía, prosiguió la condesa de Lalain, la espresion del mas vivo pesar. ¿Qué te falta? ¿Tienes alguna queja de mí? ¿No es de tu gusto el empleo de page que tienes en mi casa?

—Señora, respondió Rubens, mi buena madre se ha empeñado en dar un giro opuesto á mis naturales inclinaciones, y de aquí proviene la profunda tristeza que notais en mí. Solo muy amables mientras he estado á vuestro servicio, no he hallado mas que motivos para espresaros mi gran reconocimiento, en vista de las singulares atenciones con que os dignais distinguirme; y se aumenta mi pesar al conocer que nunca podré hacerme acreedor á tan espresivas manifestaciones.

—¿Por qué, hijo mio? preguntó la condesa con su acostumbrada amabilidad.

—Porque la carrera que me han obligado á emprender no es de mi agrado, y no puede ser agradecido el hombre á quien contrarian sus inclinaciones. Sin embargo, señora, yo dejaria de ser ingrato con vos, si vos os propusiérais abrirme la senda por la cual deseo transitar: si venciendo las preocupaciones de mi madre la convenciérais de lo mal que hace, obligándome á aceptar lo que yo no puedo acoger benignamente.

—Bien, dijo la duquesa sonriendo, revélame tus inclinaciones, y cuenta desde luego con mi apoyo.

—¿De veras, señora? esclamó el jóven enagenado de contento. ¡Me dais palabra? ... ¡Qué feliz soy!

—Sepamos, hijo mio.

—Pues bien, señora; la naturaleza se ha presentado á mis ojos con todos sus encantos: yo he visto el mar ensoberbecido, furioso, amenazando sepultarme en su abismo, y lejos de aterrarme me ha parecido hermoso: miro al hombre dominado por las mas indignas pasiones, y al examinar su desagradable fisonomía, esclamo: "¡Qué hermosa cabeza para un cuadro!" Veo la muger espirando, y al paso que los otros huyen, yo me aproximo y digo: "Esta lúgubre espresion la puede reproducir el pincel de un buen artista!" Creo haberos confesado que ambiciono ser pintor.

La condesa sonrió, le apretó la mano; el jóven besó la de la condesa, quien se alejó del jardin diciendo:

—Cuenta con mi apoyo y cooperacion.

Y Pedro Pablo lloró de gozo. La condesa habló á Doña María Pipelingo, y no sabemos lo que dijeron am-

bas; pero la historia dice, que á los tres dias de este suceso la condesa entró en el famoso taller de pintura de Adan Van-Ort, y vió á su page muy afanado dibujando una boca y una oreja.

III.

ADAN VAN-ORT.

Habia trascurrido cerca de un año: en uno de los mas hermosos dias de Octubre, se celebraba en Amberes la festividad de San Rafael: la condesa de Lalain se llamaba Rafaela, y nada mas natural que solemnizar el aniversario de uno de los primeros títulos de Flandes. Serian las diez de la mañana cuando nuestra amable condesa presidia—al lado de su esposo—la mesa espléndida que se habia preparado para dar un brillante almuerzo á todas aquellas personas hácia las cuales concedia la condesa una distincion especial. Todos estaban ya sentados y habia dado principio el almuerzo, cuando dijo la condesa por lo bajo á su esposo:

—Mucho me estraño, querido esposo, que Rubens no haya venido.

—Aun no tarda, respondió el conde.

Con efecto, al poco rato apareció un criado anunciando á D. Pedro Pablo Rubens. Instantáneamente se presentó el antiguo page ciñendo á su cuerpo un riquísimo vestido, y sosteniendo en su mano, con una gracia especial, un chambergo de anchas alas con una magnífica pluma blanca, cuyo estremo superior besaba suavemente la alfombra del comedor. En la mano izquierda llevaba un papel de cartulina enrollado.

—Os echábamos de menos, amable jóven, dijo la condesa sonriendo al aparecido mancebo.

—Lo que me anunciais me complace sobremanera, respondió Rubens, porque justifica el singular aprecio que me profesan en vuestra morada, pues siempre se echa de menos aquello que se desea.

Los demas convidados hicieron iguales demostraciones de atencion y complacencia, y fueron estrechándose las distancias á fin de dar cabida en el banquete al jóven pintor. Sin embargo, este, antes de tomar asiento, y despues de haber entregado el sombrero á un criado, desenrolló el papel que llevaba en la otra mano, y mostró á los ojos de la condesa la bella imágen del arcangel San Rafael, dibujada con una inteligencia estraordinaria.

—Muy bien, caballero, dijo la condesa; os doy la mas cumplida enhorabuena por vuestros visibles adelantos.

—Señora condesa, dijo el antiguo pagecillo inclinando la cabeza, recibid esa pequeñez, tributo de mi escaso ingenio; pero al mismo tiempo, como una verdadera espresion de los primeros pasos dados por vuestro page en la carrera de las artes. Vos habeis sido mi protectora, aquella buena señora que logró vencer las preocupaciones de mi madre, que se negaba á dejarme emprender una profesion que me encanta, y en la cual tengo la arrogancia de presentir mi futura felicidad.

(*Continuará.*)

MOISES EN EL OREB.

SONETO.

Del sur en el desierto caloroso
Penetró fatigado el israelita;
Devoradora sed su lábio agita,
Y corre en busca de agua presuroso.
Fuentes halló en Edom y halló reposo
Aquesta tribu errante y aun proscrita;
Hoy de dolor su corazon palpita,
Suspira triste ó llora silencioso.
Miró Moisés de su querida gente
El terrible dolor que padecia
Por falta de agua y el calor ardiente:
Sube al Oreb en la mitad del dia,
Hiere un peñasco que brotó un torrente
Y hace el pueblo á Jehová plegaria pia.

RAFAEL GONZALEZ PAEZ.

VARIEDADES.

PEDRO PABLO RUBENS.

III.

ADAN VAN-ORT.

(CONCLUYE.)

La condesa recibió el significativo agasajo de su protegido, y dió gracias por el recuerdo. Al pié de la imágen decia: *Tributo de afecto y reconocimiento que hace á la noble señora condesa de Lalain, su mejor amigo y humilde servidor, Pedro Pablo Rubens.* La condesa leyó sonriendo satisfactoriamente la dedicatoria, é inclinó la cabeza repetidas veces mientras leia. Luego soltó la preciada estampa y suplicó á su page que se sentara. La condesa de Lalain contó este dia en el número de los mas felices de su vida. Un corazon sensible y generoso se compadece estraordinariamente con estas sencillas manifestaciones que nacen del alma. ¿Quién duda que esta noble señora estaria diciendo silenciosamente: "Si este jóven llega á ser un célebre pintor, á mí me lo deberá!" Y esta sola reflexion bastaba para llenar su alma de júbilo y placer.

Terminó el almuerzo, y todos pasaron á la sala principal. La condesa iba siempre al lado de su dichoso protegido. Sin embargo, Rubens clavó sus ojos sobre la lujosa péndola que estaba en la sala; la esfera señalaba la una menos algunos minutos, y el pobre jóven se acordó con pesar de que no era dia de precepto; que los talleres estaban abiertos; que su maestro era un hombre intolerante y cruel con sus discípulos, y que en la situacion de aprendizage en que se encontraba le era de todo punto imposible poder disponer de su tiempo.

Nuestros lectores sabrán el rigor de los artistas de aquellos tiempos: á pesar de la categoría que disfrutaba Pedro Pablo en la sociedad por su nacimiento y demas cualidades, no podia sustraerse á la rigidez de la disciplina que los profesores imponian á sus discípulos indistintamente. Antes, pues, que recibir una reprension y verse castigado, prefirió Rubens ausentarse de casa de la condesa y acudir presuroso á su taller.

La condesa, lejos de desconocer lo que su page le esponia en disculpa de su ausencia, accedió á ella con notable sentimiento, y Pedro Pablo partió prometiendo asistir al concierto que se celebraba en su casa aquella misma noche.

Llegó Rubens al taller de Adan Van-Ort, hombre de estraordinaria habilidad en su arte, pero disipado y tirano. Entró el jóven en su cuarto de estudio, y al punto le rodearon casi todos los discípulos preguntándole dónde habia estado, á la vez que le participaban, con cierto temor, que el maestro habia preguntado por él repetidas veces, que estaba embriagado, y le

aconsejaban que se marchara si no quería esperimentar los terribles consecuencias de su mal reprimida cólera. Rubens contestó:

—He faltado, porque he tenido que dar cumplimiento á un deber sagrado.

—¡Huye! esclamó uno de los compañeros.

—Yo no huyo, respondió Pedro Pablo con dignidad. Los criminales son los que huyen, y yo no lo soy.

Rubens se apartó de sus camaradas, y llamó á la puerta del cuarto de estudio de su maestro.

—¿Puedo pasar adelante?

—Si señor, contestó con voz bronca Van-Ort.

Y Rubens se puso grave y sereno en la presencia de su maestro, el cual comenzó á reprenderle con una aspereza insultada y brutal, á punto de obligar al jóven aprendiz á interrumpir á su maestro, para decirle que moderase su juicio y se abstuviera de apostrofarle de una manera tan poco digna de un hombre que profesaba el sublime arte de la pintura.

Adan Van-Ort, que se vió reconvenido con tanta dignidad y fuerza de razon, dió riendas á su enfurecimiento, y hasta se atrevió á tirarle una Biblia con láminas que tenia sobre la mesa; pero afortunadamente la embriaguez no le permitió hacer certera la puntería, y el sagrado libro pasó volando por encima de la cabeza del jóven aprendiz, el cual, viendo que su maestro se preparaba para un nuevo desacato, salió del aposento y dejó encerrado á su atrio antagonista, temeroso de que le siguiera. Rubens se alejaba para siempre del taller, mientras que Van-Ort gritaba y daba fuertes puñetazos en la puerta para que le abriesen.

Pedro Pablo contó á su madre lo que habia sucedido por la noche refirió esta misma anécdota á la condesa, quien aplaudió su resolucion, ofreciéndole buscarle otro maestro mas digno de su aplicacion y demas escelentes cualidades

IV.

LA SORPRESA.

Ocho dias despues de este acontecimiento, se hallaba Rubens, merced á las recomendaciones de la condesa de Lalain, en el taller de Otto Venio, pintor que no tenia rival en aquella época. Cuatro años estuvo á su lado, al cabo de los cuales pudo, sin trabas de ninguna especie, trabajar bajo sus propias inspiraciones. Otto Venio escribió una carta muy atenta á la condesa de Lalain, en que la decia que desde aquel momento declaraba pintor á su protegido D. Pedro Pablo Rubens, á la vez que vaticinaba que seria con el tiempo uno de los primeros artistas del mundo civilizado.

La condesa de Lalain, orgullosa y satisfecha con los progresos de su protegido, tuvo una conferencia con él, y le preguntó lo que deseaba. El jóven manifestó sus deseos de pasar á Italia, y la condesa de Lalain le proporcionó acto continuo cartas de recomendacion de los archiduques Alberto é Isabel.

El dia 20 de Mayo de 1600, se despedia Rubens de su madre y de la condesa de Lalain, y salia de Amberes lleno de entusiasmo, para visitar á Venecia y estudiar en ella las obras del Ticiano, el Veronés y el Tintoreto.

Hallándose en Mántua, en la misma casa donde se hospedaba vivia un caballero á quien Rubens no conocia, pero al cual miraba incesantemente, y de una manera particular. Reparólo el caballero, y deseando saber el objeto de tan repetida observacion, le dijo un dia:

—Caballero, yo no tengo el gusto de conoceros.

—Ni yo á vos tampoco, le contestó Rubens.

—¿Por qué me mirais tanto?

—Os lo diré, amigo mio. Porque teneis una fisonomía espresiva; porque vuestra cabeza es una de aquellas que yo tomaria por modelo para mis mas privilegiadas concepciones.

—¿Sois pintor?

—Si señor.

—¿Quereis retratarme?

—No deseaba otra cosa, respondió Pedro Pablo con regocijo.

Un mes despues preguntaba el caballero el precio de su retrato, y Rubens le contestaba:

—El consentimiento de dejarme sacar una copia para llevarla conmigo.

—Concedido, amigo mio.

Y apretándole la mano, se alejó diciendo:

—Os pagaré.

Trascurrieron dos dias, y entró en el aposento de Rubens este mismo caballero; el jóven pintor estaba dormido, pero despertó al ruido que hizo la puerta.

—¿Qué quereis? preguntó Rubens incorporándose.

—Tomad, le dijo el amigo.

Y le dió un pliego. Rubens rompió la cubierta y halló una credencial del duque de Mántua, en la que le concedia el honor de ser su pintor de cámara, al mismo tiempo que le daba el título de gentil-hombre.

—Esplicadme, caballero, esclamó Rubens.

—Somos compañeros, le dijo el amigo abrazándole dulcemente. Os he pagado conforme merecia.

—¿Quién sois?

—Un gentil-hombre del duque; éste ha visto mi retrato, he hablado de vos, y el duque os quiere conocer.

—Si, pasaré á darle las gracias por tamaña honra, y á vos otro abrazo por tan inesperado favor.

Se abrazaron otra vez. A las doce de aquel mismo dia, Rubens y el gentil-hombre entraban en el palacio del duque de Mántua.

Con su variada erudicion y con la finura de sus modales, conquistó el aprecio del duque, á punto de darle la honorífica comision de pasar á España para ofrecer al rey Felipe III una magnífica carroza y un tiro de seis caballos napolitanos. A su regreso de esta mision pidió permiso al duque, y pasó á Roma para estudiar las obras maestras de los primeros pintores del mundo.

V.

LA CARTA INESPERADA.

El archiduque Alberto le mandó hacer tres cuadros para adornar la capilla de Santa Elena, y al cabo de algunos meses partió para Florencia donde el gran duque le dispensó la acogida mas satisfactoria, pidiéndole un retrato para colocarle en la galería de los pintores célebres. En Florencia estudió las obras maestras de escultura antigua. Despues de haber pintado algunos cuadros para el gran duque, se dirigió á Bolonia y seguidamente regresó á Venecia impulsado por la singular predileccion que tenia hácia los coristas de aquella escuela. Despues de haber hecho graves y severos estudios en las galerías de esta ciudad, partió á emprender el camino hácia Roma, y no bien hubo llegado á la ciudad eterna, cuando el papa le mandó pintar un cuadro para ponerlo en su oratorio de Monte-Cavallo. Los cardenales Chigi, Rospigliosi, el condestable Colonna, la princesa de Escalamare y los hermanos del Oratorio, imitaron el ejemplo del santo padre.

Aun no habia visitado á Milan ni á Génova, y quiso pasar á estas dos poblaciones á fin de completar sus estudios. En Milan dibujó la *Cena* de Leonardo, y conocido con anticipacion en Génova por sus famosas pinturas, fué colmado de honores por la nobleza. La belleza y benignidad del clima, le decidieron á prolongar allí su residencia, durante la cual, coleccionó los planos de los mas hermosos palacios que encierra, y los mandó grabar cuando regresó á Flandes.

Escribió Rubens á su madre, ponderándole la belleza del país que habitaba, y aconsejándole que pasase á él para hacerle compañía, cuando recibió una carta que abrió instantánea-

mente y leyó estas terribles palabras:

"Venid á Amberes volando si queréis recibir la última bendicion de vuestra madre.

LA CONDESA DE LALAIN"

Rubens rompió llorando la carta que estaba escribiendo, y se puso inmediatamente en camino con direccion á Amberes. Habia mandado un criado, delante para que se anticipara y anunciara su llegada; pero le faltarian dos leguas que andar para entrar en Amberes, cuando vió venir á su criado, triste y ciñendo un luto rigoroso.

—¡Mi madre ha espirado ya! esclamó Rubens dolorosamente; y apeándose del carruage que le conducia, salió al encuentro de su criado, el cual confirmó con sus palabras el triste presentimiento del jóven pintor.

Pedro Pablo se separó del camino y penetró en lo mas profundo de un bosque sombrío, se quitó el chambergo, hincó la rodilla en tierra, y dirigió al Eterno una sentida plegaria por el alma de su difunta madre. Dos horas mas tarde, visitaba el cementerio de Amberes, y lloraba desconsolado delante de la tumba que encerraba los restos mortales de la que le dió el ser.

Se propuso en seguida levantar á su madre un magnífico mausoleo, cuyo epitafio compuso él mismo.

VI.

CONCLUSION.

En Amberes, fué Rubens colmado de continuos homenages y singulares manifestaciones; preparábanse ya á partir para Italia, cuando el archiduque y su esposa le llamaron á Bruselas, á cuyo llamamiento acudió al instante, y allí le concedieron una pension y le dieron la llave de chambelan; sin embargo, obtuvo del príncipe el permiso de vivir en Amberes. Compró en esta capital una casa espaciosa, y reedificó parte de ella á la romana, formando al propio tiempo una coleccion de pinturas y de antigüedades, con lo que dió á su morada toda la apariencia de una residencia real. El año de 1610 contrajo esponsales con Isabel Braut, sobrina de la muger de su hermano mayor, Felipe Rubens, secretario de la ciudad de Amberes, y el archiduque le concedió la estraordinaria honra de tener sobre la fuente bautismal su primer hijo, al cual le dió su nombre.

Rubens se contemplaba dichoso; la suerte le sonreia á cada paso: de manera que unos elogios tan universales, y unas demostraciones tan espontáneas y sinceras, hacian impotentes las envidias de Abrahan Janssens y de Vincesclas Zoerberger, émulos suyos en el sublime arte de la pintura.

El archiduque le mandó pintar una *Sacra familia* para su oratorio, y admitido en la cofradía de San Ildefonso, ejecutó para la capilla de la órden una obra maestra en su género, esto es, una *virgen sobre un trono de oro, dando la casulla á San Ildefonso*, sin haber querido recibir de ella retribucion alguna.

Despues de haber enriquecido á su patria con innumerables producciones suyas, dió á conocer su talento en un género de trabajos, hácia el cual no le consideraban apto. Los jesuitas de Amberes habian adquirido cierta cantidad de mármoles negros, blancos y jaspeados, que habian cogido los españoles á un corsario argelino, y que iban destinados á la construccion de una mezquita; pero los jesuitas quisieron edificar con ellos una iglesia.

Rubens dió los planos del edificio y pintó treinta y seis cielos rasos. (*)

María de Médicis puso los ojos en este pintor, cuya reputacion habia llegado á ser europea, y en su consecuencia, le llamó á Paris el año de 1620. Luego que recibió las órdenes de la reina, partió para Amberes, y acabó en el espacio de veinte meses, veinticuatro composiciones, que contienen, bajo una forma alegórica, toda la historia de la reina: María le mandó pintar una série igual acerca de la vida de Enrique IV: comenzó los bosquejos; mas estas obras no fueron terminadas, porque sobrevinieron nuevas reyertas entre la reina y su hijo.

(*) *Desgraciadamente un rayo devoró estas obras en* 1718.

Durante su residencia en Paris conoció al duque de Buckingan, favorito de Cárlos I, quien le hizo presente los deseos que tenia de reanudar las relaciones y la amistad de las coronas de España y de Inglaterra, y le rogó que para este efecto desplegase toda su influencia cerca de la archiduquesa Isabel. De vuelta á Bruselas, obrando en un todo conforme á las órdenes de Isabel, sostuvo una correspondencia diplomática con el duque.

El año de 1626, tuvo el fatal sentimiento de perder á su esposa, y á fin de distraer el pesar, resolvió recorrer la Holanda, y visitar los principales y mas célebres monumentos. Continuó su viage hasta el Haya, no atravesando una ciudad sin penetrar en los talleres y sin dejar en ellos testimonios de su estraordinaria generosidad. Pero es de suponer, que el verdadero objeto de su viage fué sondear los estados generales del Haya, como Isabel se lo habia encargado.

Nuestro rey Felipe IV, informado de sus relaciones con Buckingan, le mandó llamar para conferenciar acerca de la reconciliacion de las dos coronas. Partió con el consentimiento de Isabel, y llegó á Madrid en el mes de Setiembre de 1627. Despues de varias entrevistas, en las que Felipe tuvo lugar de apreciar, así como el Duque de Olivares, los talentos y la penetracion del embajador, Rubens fué nombrado secretario del consejo privado de Isabel. En fin, despues de diez y ocho meses de residencia en la corte de España, recibió sus instrucciones y sus credenciales para Londres, al mismo tiempo que una sortija enriquecida de diamantes, y seis caballos andaluces; pasó á Bruselas para confiar su mision á la archiduquesa, y desde este punto se embarcó para Inglaterra.

Buckingan habia fallecido; pero tuvo la destreza de relacionarse con el canciller y logró lo que solicitaba, puesto que no trascurrió mucho tiempo sin que el rey deseara verle. Le interrogó acerca de los motivos de su viage, y le mandó hacer su retrato: mientras que le retrataba hablaron largamente respecto á las dificultades que separaban las dos coronas, y Rubens entonces se esplicó con mas claridad, y le trasmitió sus instrucciones: al cabo de dos meses de negociaciones se entablaron las bases del tratado de paz. El rey de la Gran Bretaña, para atestiguarle su reconocimiento, le hizo caballero, y ennobleció mas sus armas, añadiendo á ellas un cuartel con un leon, y en pleno parlamento sacó la espada y se la dió á Rubens, le regaló ademas el diamante que llevaba en su sortija, y una banda, tambien esmaltada de diamantes. Regresó Rubens á España, donde fué nombrado gentilhombre de cámara del rey, y secretario del consejo de estado de los Paises Bajos, y por último, volvió colmado de bienes y de honores á Amberes, donde se casó con Elena Forment, célebre por sus riquezas, por su nacimiento y su hermosura.

Dedicóse á su pintura, y durante un largo período, no la abandonó mas que una vez á invitacion de la archiduquesa, que le dió una mision secreta cerca de los Estados de Holanda. Mientras la desempeñaba, supo que habia muerto su protectora la condesa de Lalain.

Por los años de 1634, esperimentó violentos ataques de gota, que se fueron aumentando en términos, que durante los dos últimos años de su vida, no podia ya sostener el pincel. Falleció el dia 30 de Mayo de 1640. Su viuda le hizo levantar un mausoleo en la iglesia de San Jacobo en Amberes, en cuya capilla existe un cuadro maravilloso por su efecto.

Sus compatriotas y admiradores

elevaron una estátua á su memoria en Amberes.

SUPLICIO DE JUANA GREY.

Comenzaba el sol á aparecer en el horizonte, y á penetrar sus rayos por los vidrios de las ventanas de una habitacion baja situada en la calle de Guil-Hall en Lóndres. En este momento se hizo sentir la gruesa y desabrida voz de un hombre, que desde lo alto de una escalera que conducia al piso superior, escitaba la tavicidad de cuatro ó cinco criados que estaban visitándose. Cuando conoció debian haber concluido, bajó aquel hombre que parecia ser su amo. Uno de los criados le presentó un hacha que examinó detenidamente; echó una mirada en derredor, y preguntó bruscamente si no estaba Fairy. Al mismo tiempo llegó este, saludó al que poco antes habia preguntado por él, y mostró una hacha que traia afilada y brillante; presentándose como se ofrece un subalterno al exámen de un superior é inteligente á la vez, no obstante que conservaba el esterior de una persona confiada en sí misma. Despues de considerarle atentamente su amo ó maestro, le dijo con muestras de satisfaccion:

—Perfectamente, Fairy; tu continente corresponde á la mision que hoy te destina á cumplir la Providencia; pero medita en lo que te resta que hacer. Yo creo que no estarás pesaroso de haberte apartado de Edimburgo para venir á Lóndres, y de haber trocado la cortesana y curtida piel de los lores escoceses, por el delicado cutis de los señores de Inglaterra.

—Yo agradezco mucho que os hayais acordado de mí, señor Jack, y confieso haceis mas de lo que me teniais ofrecido, y mas tambien de lo que yo me prometia.

—Voy á ser franco: aunque seguramente mis deseos son de que asciendas y prosperes, basta que seas recomendado de lord Murray; sin embargo, no te hubiera encomendado la ejecucion de hoy en Tyburn, si no tuviera que hacer yo en la torre. Sabes tú que no acontece todos los dias la gloria de separar la cabeza del tronco en un mismo dia, y sobre un mismo tajo, al abuelo, al padre y al marido de una reina.

—Pardiez! repuso Fairy, que aun habeis reservado la mejor parte, os habeis guardado para vos la reina.

—¡Bah! replicó Jack con cierta sonrisa que denotaba su indiferencia; una muchacha de diez y siete años que se morirá antes de que la toquen. Si no fuera por la vanidad de derramar la sangre real. . . . me seria enojosa; qué diablo. . . una mugar al fin.

—Pero decidme; ¿por qué la separan de su familia, y por qué se verifica la ejecucion de su sentencia en el interior de la torre?

—Porque tienen miedo de que su juventud y su belleza interesen demasiado al pueblo.

—Y si es culpable, ¿por qué se han de interesar?

—Porque aun hay muchos que creen son mas legítimos sus derechos que los de nuestra reina María Tudor, y quien piensa tambien que si no son preferentes, no debe por lo menos ser víctima de la ambicion de su abuelo, que la ha instigado y puesto en el caso de proclamarse reina.

—Al diablo si comprendo nigo, repuso Fairy; y me parece que si lady Juana Grey tiene derechos al trono de Inglaterra, nuestra reina, la bella María Estuard, los tiene tambien, y muy fundados.

—Iguales son exactamente, replicó Jack, con sola la diferencia de que María es hija de un rey estrangero, mientras que Juana es de pura sangre inglesa.

—Tan embrollada es esa historia como una madeja de algodon irlandés,

replicó Fairy; no quiero romperme la cabeza en comprenderla, solo encomiendo á la luz de mi hacha el aclararla para mí y para la reina María Tudor.

—Magníficamente discurres, no negarás eres escocés, y escocés de los que hieren brutalmente y sin saber por qué.

—¡Pues bien! supuesto que aun nos queda una hora antes de cumplir nuestro deber, esplicadme por qué á lady Juana la ha condenado el parlamento cuando ya la habia reconocido.

—Escucha, pues, dijo Jack, y vosotros tambien, añadió dirigiéndose á los que presenciaron esta escena; voy á probaros que el cetro de los reyes es como el hacha del verdugo, que solo se posee para matar ó para morir. Cuando falleció el santo rey Enrique VIII, dejó tres hijos: nuestro buen soberano, que murió hace seis meses, Eduardo VI, y sus dos hermanas la reina María y la princesa Isabel. La primera es hija de Catalina de Aragon, y la segunda de Ana Bolena, á quien yo tuve el honor de decapitar con mis propias manos. Desde luego parece indudable que debian suceder á Eduardo su hermana María y despues Isabel; pero aconteció que su padre Enrique VIII, habiendo sometido la legalidad de sus matrimonios á la deliberacion del parlamento, este declaró los dos últimos ilegítimos, y por consiguiente incapaces á sus hijas de sucederle. Así es como veis que despues de la muerte de Eduardo no tiene heredero inmediato el trono.

—Eso está bien, dijo Fairy; pero no comprendo todavía cómo por eso tiene Juana mas derechos que nuestra María Estuard.

—Es muy sencillo, repuso Jack. Si Enrique hubiera sucumbido sin hijos ó si estos hubieran muerto ó esturieran declarados ilegítimos, como sucede, ¿á quién corresponderia el trono?

—¡Toma! repuso Fairy, á Margarita de Inglaterra, hermana inmediata de Enrique.

—Y despues, añadió Jack, á María de Inglaterra, su hermana menor, ¿no es cierto?

—¡Pues bien! esclamó Fairy.

—¡Pues bueno! repuso Jack; ¿quién representa hoy los derechos de Margarita, hermana de Enrique VIII?

—¡Pardiez! esclamó Fairy encantado de este descubrimiento; nuestra reina María Estuard, nieta de Margarita, la que casó con nuestro rey Jacobo IV y tuvo á Jacobo V, que es el padre de nuestra María: así es que la reina de Escocia es tambien la verdadera reina de Inglaterra, pues que desciende de la hermana mayor del rey Enrique.

—Dices bien; pero está declarada como estrangera, como hija de Escocia, mientras que lady Juana, hija menor de María, hermana de Enrique VIII, es inglesa por todos cuatro costados.

—¡Y cómo ha de ser eso? repuso Fairy; la princesa María casó con Luis XII rey de Francia.

—Es verdad, continuó Jack; pero cuando enviudó regresó á Inglaterra y se volvió á casar con el duque de Suffolk, á quien hoy te toca hacer la gracia. De este enlace tuvo una hija que se desposó con lord Enrique Grey, que tambien te pertenece, y de este matrimonio nació lady Juana Grey, que me reservo yo, y que es la muger del jóven Dudley, á quien te recomiendo particularmente.

—Entonces, si la calidad de estrangera escluye totalmente del trono de Inglaterra á María Estuard, no me parecen tampoco incontestables por la misma razon los de lady Juana.

—¡Precisamente esa es la cuestion! esclamó de nuevo Jack. Mientras que los partidarios y adictos de Juana la proclamaban reina, María Tudor, hija mayor de Enrique VIII, ha hecho entender al parlamento que el acta por la que estaba declarada ilegítima, é incapacitada por tanto de subir al trono, habia sido adoptada á influencia de la mas execrable iniquidad: la han re-

conocido como apto para suceder á su padre; y auxiliado en lógico razonamiento con un ejército de 40,000 bayonetas, ha probado suficientemente que ella sola era la que tenia razon, y que lady Juana era una usurpadora y criminal.

—Y por eso la condenan á muerte? dijo Fairy.

—Por eso y no obstante, que es ese rejeturio de duque quien lo ha hecho todo; hasta la declaracion de Eduardo VI, que designaba á lady Juana por su heredera.

—Y no habia tambien otra de Enrique VIII, en favor de María Estuard, para en el caso en que su sucesor Eduardo muriese sin hijos?

—Ciertamente, pero que lo medite bien, pues que lady Grey poseia un título parecido, y mas le vale permanecer en la pobre Escocia, porque si no...

—¡Bah! esclamó Fairy, aprovechad la ocasion, que no sucede lo que hoy todos los dias; no se encuentran á cada paso en el trono reinas que se complazcan en condenar á muerte á sus rivales y parientes.

Diciendo esto se separaron: tres criados acompañaron á Fairy, que se dirigió á Tiburn, y uno solo siguió á Jack á la torre.

Cuando llegó la tarde, Fairy fué el que primero regresó; su continente era firme, sereno, y parecia como satisfecho de sí mismo. Preguntó por su maestro Jack, y se admiró de que aun no hubiese vuelto. Discurriendo sobre lo que motivaria tan prolongada ausencia, concluyó por decir que era urgente reemplazarle, porque estaba ya torpe y viejo. Mientras tanto disponian la mesa, en la que sirvieron una enorme marmita rebosando un guisado de tasajos de carne que hacia sentir su fragancia envuelta en los vapores que despedia. Cuando mas entretenidos estaban haciendo alarde de sus toscas oportunidades, abrió la puerta y se presentó Jack pálido, triste y profundamente preocupado. El criado que le acompañaba venia como él, trémulo. Despues que pasó del umbral de la puerta, sacó de debajo de la capa su pesada cuchilla, y levantándola por encima de su cabeza la arrojó con toda su prodigiosa fuerza á la pared que tenia enfrente, donde penetró, vibrando por largo tiempo el cabo ó mango como si la sostuviera una mano convulsiva.

—¡Maldicion, esclamó; qué infamia!...

El mas grande silencio reemplazó á la alegría de los que le miraban, rodeándole todos y queriendo informarse de lo que producia aquel acceso de desesperacion, pero nada respondió, y solo repetia ocultando el rostro con las manos:

—¡Sí; lo que he hecho es infame, infame!

En seguida tomó un jarro de cerveza, lo apuró de un solo trago, y dijo: —Comamos.

Se sentó á la mesa; todos le consideraban con una curiosidad que reprimia la sombría espresion de su semblante. Comia tristemente, y bebió de la misma suerte; despues se detuvo, apoyó la cabeza entre sus manos, sus facciones se iban calmando poco á poco de la alteracion que esperimentaban, y Fairy se aventuró á decirle:

—Y bien, señor Jack, ¿qué tenia?

—Fairy, le contestó con acento alterado, lo que he hecho es una maldad! Imaginate que llegué á la prision, y me introdujeron en la sala donde habia de cumplirse la sentencia; el tajo estaba ya dispuesto, y tres soldados guardaban cada puerta; mas apenas habiamos llegado, cuando se apareció una muger: esta muger era la princesa Isabel.

—¿La princesa Isabel? esclamó Fairy.

—La misma, que su hermana María Tudor tiene encerrada en la torre, no obstante que nadie la acusa.

(Continuará.)

VARIEDADES.

SUPLICIO
DE JUANA GREY.

(CONCLUYE.)

—Y fué por acaso á considerar la suerte que la amenazaba?

—No sé, repuso Jack; estuvo examinando largo rato aquella estancia; despues se acercó á mí y tambien me examinó con atencion, en seguida sacudió fuertemente los ropas del suelo con el pié y preguntó:—¿Está muy profunda esta sala?—Los ayes de un niño, le contesté, no llegan á oidos de su madre.—¿Y desaparece fácilmente de estas piedras la sangre que se derrama en ellas? añadió, y repliqué:—Algunas pintas de agua bastan para que se borren todas las manchas. Se sonrió, y olvidándose de los que la mirábamos, apoyó una mano en el tajo y comenzó sus reflexiones, porque poco á poco se precipitó de tal manera que hablaba consigo misma; mas no pude entender ni una sola palabra de las que dijo. Al punto ordenó á un soldado la guiara al encierro de lady Juana, y salió. La entrevista debió ser larga, pues que hasta despues de una hora no vino un oficial que nos encargó estuviéramos prontos; casi al mismo tiempo apareció lady Juana Grey. Mucho habia oido hablar de su belleza, pero nunca me habia figurado fuese una muger tan hermosa, tan jóven y tan noble, ni que se presentara tan serena y resignada en tan cruda prueba. Acompañábanla dos sacerdotes católicos, uno de ellos enviado por la reina á fin de convertirla á la verdadera fe, y para ayudarla y disponerla á sobrellevar la muerte, mas no consiguiendo nada con sus exhortaciones, la dirigió una arenga fulminando los mas implacables anatemas para intimidar su conciencia á vista del fatal instrumento que debia cortar el hilo de sus dias. Le mostraba el tajo sobre que rodaria su cabeza, le pintaba lo mas vivamente que le era posible los tormentos del suplicio; tomó de mis manos la cuchilla, y blandiéndola de manera que el reflejo de la luz la hacia brillar siniestramente á sus ojos, la conminaba con amenazas horribles y con la certidumbre de la eterna condenacion. Todos los que presenciaban aquel espectáculo se estremecian, temblaban, solo ella tranquila, serena y completamente resignada, parecia tan sorda como una estátua y como si no comprendiera nada.

—Yo creo, dijo lady Juana, que el peso respectivo de las faltas de cada criatura, sea por sí solo el que haga inclinar mas ó menos la balanza de la justicia divina, y que no alivia ni agrava la consideracion de los pecados, las plegarias ni las maldiciones de los hombres. A Dios se recomiendan las almas como se recomienda un acusado

á sus jueces, pero no se le seduce ni se le compra; esto es lo que la corte de Roma ignora ó pretende ignorar. Dispensadme, pues, ya, de escuchar por mas tiempo vuestras exhortaciones. El sacerdote se retiró entonces esclamando:—¡Mueres infeliz en la impenitencia final y eterna condenacion! La maldijo y sañó. Juana sonrió tristemente, y volviéndose hácia el oficial que mandaba la escolta, sacó una carta del pecho y le dijo:—¿Quereis entregar mi última despedida á mi hermana?—Señora, contestó el oficial, la pondré en sus manos aunque ignore su contenido, y no obstante la órden que tengo de la reina María para impedir estralimite la prision ningun papel escrito de vuestro puño.—Podeis enterraros de su contenido si gustais, repuso lady Juana. El oficial la abrió y se mostró vacilante.—¿Encontrais algo de culpable en el postrero adios que da una muger á su hermana en el instante de sucumbir? ¿Temeis acaso que una cosa tan simple escite la ira de vuestra reina?—No creo, señora, contestó el oficial receloso, que pueda atraerme responsabilidad, ni que encierre criminalidad de ningun género, porque es muy reducida; pero no sabria dar razon de su contenido, porque tan corta como es, está escrita en caracteres para mí desconocidos.—Sí, dijo tristemente lady Grey, es un último homenage á mi culto, un adios á mis últimas inclinaciones: sí, he escrito esa carta en un idioma estrangero y muerto tambien, como estaré yo dentro de breves instantes.

Es el mismo idioma que se hablaba en la bella Grecia, que coronaba sus hijas para embellecerlas mas; en el idioma que se refiere, y en que aprendí yo el sacrificio de Ifigenia sobre el mismo altar que erigió la ambicion de su padre. Bien, llamad á sir Tomas, obispo de nuestra iglesia de Inglaterra, y encerrado como yo en esta torre, él podrá leeros esa carta. Un soldado fué á llamar á sir Tomas, y mientras tanto Juana se paseaba lentamente á lo largo de la sala de la ejecucion; á poco se detuvo como sorprendida, al ver aparecer al teniente-conserje de la torre.—Y bien, esclamó, que... no pasó adelante, porque el recien llegado comprendió donde iba á parar la pregunta que le dirigia, y esclamó algun tanto conmovido y con cierto acento de solemnidad:—Todo acabó, señora.—¡Todo! repitió ella; despues añadió, han sucumbido.....—Como héroes, dijo el teniente.—El duque? esclamó Juana Grey.—Con desden y valentia.—Mi padre.—Sereno y con admirable resignacion.—¿Y Dudley? —Dudley, sonriendo y señalando al cielo.—Ya voy; voy, esclamó lady Juana, cayendo de rodillas, á reunirme para siempre contigo, mi Dudley.

—Ciertamente que han sucumbido como valientes, dijo Fairy con acento conmovido: ¿y despues?

—Llegó sir Tomas, repuso Jack; tomó la carta y la leyó en inglés y en alta voz: ¡Misericordia divina! nada tan hermoso como esta carta. La desventurada é ilustre jóven se compadecia de su hermana; iba ella á sucumbir, y procuraba infundir resignacion y esperanza en el ánimo de los que debian sobrevivirla; lady Juana iba á morir, y al mismo tiempo perdonaba; ella era la víctima y pedia al cielo gracia para sus verdugos. Fairy: era desgarrador el cuadro que presentaba aquella interesante criatura que ofrecia á mi cuchilla su garganta, y que se mostraba en medio de aquel impotente y lúgubre aparato, rodeada de soldados, con un sacerdote en hábitos pontificales, yo, carceleros y otra porcion de hombres que debiamos ya tener el corazon petrificado, y que sin embargo rodaban nuestras lágrimas cual las de un niño castigado por la blanda mano de su madre, mientras que ella permanecia serena y brillaba en su rostro la espresion de la mas completa tranquilidad.

—¿Y despues? esclamó Fairy.

—Despues fui quien desaté el broche de su gargantilla; mis manos cortaron sus frescos cabellos. Por mi alma Fairy que temblaba como un mandria; me dirigia con bondad la palabra, me faltaban las fuerzas, tenia oprimido el corazon, y cuando todo estaba dispuesto, pregunté tres veces seguidas por el hacha sin notar que la tenia junto á mi. Se detuvo como para darme tiempo á que la hallara, y conociendo sin duda mi turbacion, dijo ella misma:

—¡Dios sea bendito! vale mas morir que matar. En seguida se arrodilló, calculé el espacio que habia de medir la cuchilla, y levantándola en alto di un golpe y herí, pero cobardemente, cerrando los ojos y volviendo la cabeza.....

—Pero cayó, dijo Fairy

—No, repuso Jack, mi pulso temblaba, y aquella delicada garganta, tan flexible como la de un cisne, no la trunchó esa hacha del primer golpe y me fué preciso secundar. ¡Maldicion! sí, una infamia es el suplicio de tan bella é inocente criatura. Estaba yo trastornado, y cuando nos quedamos solos, ocupados en lavar la sangre y guardar el tajo y demas utensillios que habian servido á la operacion, entró la princesa Isabel, echó una mirada en torno de aquella fatal estancia, y dijo:

—Bien, ¡ya no existe!—Escucha, Fairy, si es cierto lo que dicen de que la reina María Tudor se halla enferma y amenazada de muerte, y le sucediese en el trono la princesa Isabel, anulando el acta de declaracion de su ilegitimidad, será necesario tambien que en aquella misma estancia y sobre el mismo tajo se derrame la sangre real, la sangre de una muger, y el tal suceso diera, Fairy, yo te juro que primero me cortaria la mano que cumplir otra vez mi terrible deber.

—¿Me cederiais la vez? preguntó Fairy.

—Sí, y sobre dado á ti no deshonrar tu profesion como yo la he deshonrado hoy!

Veinte años despues de estos acontecimientos y de esta conversacion, cuando Isabel hizo decapitar á María Estuard, Fairy, el verdugo, tuvo tambien necesidad de sacudir dos golpes para separar la cabeza del tronco de aquella hermosa muger.

MONSANT.

I.

El tiempo y los hombres estamos pasando un periodo de crisis. Mientras que el progreso liberal y el socialismo de Lamennais adelanta en el Mediodia de la Europa por medio de las guerras civiles, los inviernos nos parecen mas crudos, y las estaciones se hacen mas desiguales: con la gigantesca industria que crea sus máquinas de vapor en todas las combinaciones del mecanismo, van desapareciendo los bosques, y las minas de carbon metálico se van agotando. Todavia no entran en el cálculo político esas prodigalidades del dia, y esa indiferencia culpable para con los siglos futuros, que son tanto mas criminales, cuanto hace mas de cien años predijo Colbert la ruina de Francia por esta causa, y es de creer verán las naciones cuitas cumplirse la profecía de aquel grande hombre á medida que se multipliquen los caminos de hierro.

La desamortizacion de los inmensos bienes del clero ha contribuido poderosamente en España, á esa devastacion fatal en que se han empleado los capitales, convirtiendo los grandes bosques en viñedos y praderas, haciendo acopios de maderas y abaratando la leña por uno ó dos años; utilidad momentánea y parcial que redunda en perjuicio y despues en esterminio de una fuente de riqueza general.

Durante los diez últimos años, hemos visto destruir el magnífico arbolado de Monsant en Cataluña, y no du-

damos habrá sido lo mismo en otros puntos de la Península. La sierra, desnuda en toda su superficie, inspira tristeza al país que ya empieza á sentir los funestos efectos de la tala mencionada, y el combustible vegetal será reemplazado pronto por el mineral que habrá de ser trasportado de muy lejos.

Es preciso ver las rocas de Monsant para formarse una idea del grandioso y sorprendente punto de perspectiva que ofrece al curioso, cuyas miradas pueden divagar desde las cumbres del Pirineo á las playas de Mallorca y hasta los puertos del Maestrazgo. Enormes peñascos de forma caprichosa, valles profundos, grietas y abismos en el corazon del monte, varias ermitas en su recinto y vertientes, las ruinas de la Cartuja de Scala-Dei, de que nos ocuparemos en un artículo especial, al Mediodía de su falda, dan á la sierra cierta semejanza con los desiertos de la Tabaida. Empero ya no existen las encinas gigantescas, los colosales pinos, uno de los cuales llamado el abad, tenia cerca de cuarenta palmos de corona en 1837, época en que fué cortado, y los impenetrables matorrales de madroños y bojes; el fuego y el hierro han devastado por espacio de muchas leguas las lomas; los ciervos y los corzos, antes numerosas en la comarca, han abandonado el asilo que ha destruido la mano del hombre, ha disminuido la raza que se encuentra refugiada en los desiertos del Cardo, cerca de Tortosa. Monsant es una continuacion de las cordilleras meridionales del Pirineo, una mole calcárea que las revoluciones físicas han sobrepuesto, cortado y redondeado en el país. Parece una águila tendida cuyas alas estuviesen recogidas por un lado, y cuyas plumas figurasen los cerros, entre los cuales hay un sin número de pequeños valles muy sombríos, algunos llenos todavía de maleza.

Enumerar una por una las maravillas naturales del monte, fuera harto prolijo, pues si el reino mineral contiene canteras del rico jaspe y de granito, él anima, cria con mano pródiga víveras magnitud extraordinaria, y el vejetal mas de mil especies y arbustos, plantas ó yerbas de mucha estima.

Una de las curiosidades de Monsat, y al mismo tiempo objeto de cierta supersticion en el país, es una cueva que llaman santa, grieta húmeda situada en la falda del monte, y al pié del pico mas culminante, á cuatro mil piés sobre el nivel del mar, cuyas sinuosidades están llenas de estalactitas hermosas, de peñascos de figura fantástica y de relieves en todas direcciones que la agua ha formado con el tiempo. En 1845 reparamos estaba casi enjuta la cueva, era el 25 de Setiembre.

Tiene mas de dos mil piés de tránsito, y á veces cuarenta de altura, y creemos han sido interceptados algunos agujeros que daban entrada á otras subdivisiones de la caverna. El piso es de piedra, y en los fondos de greda muy fina. Las cristalizaciones mas primorosas han sido arrancadas para servir de ornamento de museos, y apenas hay un palmo que no se recienta del pico de los curiosos. Todavía recordamos que siendo niños nos llevó la calaverada de penetrar sin luz en la cueva, y al pisar entre tinieblas su suelo inundado de agua, se le antojó á mi compañero divisar á un gigante con un solo ojo en la frente como el de Simbad, y al dar el grito de alarma, hulmos, no sin tropezar, dando sendos porrazos por ser la entrada estrecha y de pendiente resbaladiza. Tampoco hemos olvidado la romería que hicimos en aquella sierra en 1842, en compañía de varias señoras que tuvieron la amable condescendencia de entrar en la cueva Santa, caso raro entre ellas; pero con el firme propósito de no volver á verla ni de lejos, voto cuyo cumplimiento ha sido bien triste para una de aquellas.

Otra de las maravillas es una peña ó morro del ramal que mira hácia el Mediodía, llamada *la Martorella*, situada encima de la pequeña poblacion nueva

de Scala-Dei, y no por tener particularidad alguna en su esterior, sino por ser el punto de apoyo á los vapores del Ebro y ser en ella donde empiezan á menudo las tempestades de la comarca por una nube blanca y diminuta cuyas siniestras intenciones conocen desde luego los campesinos. Una sola vez hemos sido testigos de aquel estraordinario fenómeno que creemos era en 1826. Es en efecto un espectáculo magnífico, ver formarse uno á sus piés un átomo de vapores que en menos de dos horas ha de inundar las llanuras y amedrentar con el rayo. Desde lo alto se ve el firmamento azul, sin mancha, iluminado por el grande astro; y en lo bajo cae la lluvia sin interrupcion sobre hojas y flores, los barrancos se convierten en rios caudalosos, los pantanos parecen lagos; fuertes nogales y viejas encinas arrancadas por el huracán son arrastradas por la corriente; las ramas dobladas que prueban de levantarse, vuelven á caer bajo el peso de las gotas; aquella naturaleza en lágrimas con los rugidos del temporal es el grande luto que entristece, porque ese desequilibrio de estaciones y las frecuentes tormentas que de pocos años á esta parte se van sucediendo tienen consternado al país, pues destruyen los plantios y sembrados, hunde las casas y se llevan la tierra vegetal.

En una cueva próxima á Margalef fluye un betun untuoso, negruzco, de olor fuerte, que creemos es el verdadero petroleo ó aceite de roca. La cordillera en su material se compone de una capa de roca calcárea, cuyo corte aparece indudable en el estremo contiguo á la sierra de la Elena, separada por el rio de Ulldemolins de Monsant; en efecto, los mismos relieves, su espesor, las fajas y color son idénticos en ambos lados, y es una prueba clara de que el fondo de aquella última poblacion fué un estanque cuyo desagüe se verificó con la ruptura de la estrecha garganta de la roca que hoy dia nos lo indica. Debajo las masas calcáreas siguen varias capas desiguales de tierra calburada, on la cual se encuentran las canteras que hemos referido; y una de ellas, de precioso jaspe, está cerca de la ermita de San Juan del Cedolá, llamada así por las grandes peñas, en catalan codols, que desprendidas de lo alto del monte rodean el santuario tan celebrado en esta comarca. La línea de division entre las capas primitivas y el monte, desde Norte á Mediodía la forma el rio Ciurana, y en apoyo de nuestra opinion es la observacion que hemos hecho de que del lado de Monsant nunca se han encontrado hinojos marinos como en las cordilleras fronterizas, lo cual corrobora lo de la traslacion diluvial de la mole á aquel sitio.

Pero en reemplazo del hinojo, ¡cuánta riqueza no ofrece el reino vegetal! En el estremo oriental, talado enteramente se encuentran algunos arbustos y varias plantas de buen aroma: pero la parte mas pintoresca es la que mira entre Norte y Poniente. Todavía se conservan allí pinos y encinas; los matorrales están formados de espinos, sabinas y enebros; entre su espesura se encuentra la ruda, la dulcamara con su flor violada; la cicuta con manchas negras en el tallo, y el acónito de flor azul. La cicuta, cuando es tierna, si se frota con las manos despide un olor parecido al de la orina del gato. Vecina de la cicuta está la fresera de flor blanca, la rubia, la manzanilla hedionda y el milen, rama de olor desagradable. Tambien son abundantes en el monte la tarmica, que produce el estornudo, el contuerso, el espliego, la angélica de grata fragancia; el beleño negro de tallo velloso, cuya flor parece manchada de vino y cuyo sabor dulce engaña al paladar encubriendo su veneno; la clemátida-vitalba, yerba de pordioseros, cuyas hojas frescas ulcerán la piel; la verbena, el gordolobo, el helecho sombrío, el torongil, el romero, la pimpinela, la yerba mora, la lechuga ponzoñosa, la digital, el torvisco, la laureola, el yaro, la granza,

el rosal silvestre, el geranio, la centaura, la genciana, la polígala, la salvia, el laurel, la gayuba, cuyo fruto fruto embriaga, el arrayan y el cedro que hemos visto en una finca propia de D. José Dalmau de Cornudella. Una fuente que hay no lejos de la Morera está rodeada de mirtos, y otra en el corazon del monte llena de eléboros. Tambien hemos encontrado en la sierra el cipino cervino, el espanta lobos, la globularia, la cinoglosa, el apio de perro, la sarcanera, la escabiosa, la escorzonera, el grosellero negro, el brusco, la imperatoria, el marrubio, la prenela, el cantueso, la altuserna, el mezereon, el ranúnculo, la celidonea, la carioflada, la agrimonia, la filipendula, la consolida, &c, &c, &c. La mayor parte florecen en Mayo, y hemos visto recoger las mieses en Setiembre algunos años.

Del reino animal encierra su recinto víboras de dos piés de longitud, que creemos es el máximum reptil. La mordedura de la víbora es tan venenosa, que ha habido ejemplos de haber muerto no pocos á las dos horas, y todos los dias hay desgracias entre leñadores, pastores y el ganado. Conocemos un labriego de Cornudella que llevó un dia hasta el último extremo de la economía el cálculo de la codicia. Mordido en el pié en Monsant por una víbora, despues de cogida esta y machacada sobre la herida, que se cree ser el mejor antídoto, regresaba á la villa de una distancia de una legua, y por haberse roto un costal de trigo, llevó la paciencia de irlo recogiendo grano á grano por el camino hasta media fanega; y hagámonos cargo, de que ademas del dolor de la herida, cuando llegó á casa tenia el pié muy hinchado, agarrotada la pierna, vascas, vómito, en una palabra, el veneno obrando ya en todo su organismo.

Las águilas que se crian en el monte son blancas y pequeñas; en cambio son de primera magnitud los buitres, como que uno muerto en 1846 tenia doce piés del estremo de una ala al de la otra. Los gavilanes tambien son pequeños, hay algunos buhos, cuervos y grajos; corzos, ciervos y lobos, casi han desaparecido del todo.

II.

Es fundada la opinion de la traslacion diluviana de la cordillera de Monsant, cuyas masas calcáreas están hoy dia sobrepuestas encima de capas de arcillas y fajas de cuarzo que tampoco creo primitivas; los cartujos, cuyos conocimientos en geología y botánica eran bastante profundos, habian hecho varias observaciones en apoyo de la teoría de los sacudimientos é inundaciones gigantescas que conserva la tradicion, y cuya esplanacion ha dado fama inmerecida á un elegante escritor del siglo pasado.

La poblacion de la sierra fué en el siglo XI. y á buen seguro los monges de San Bruno principiaron el desmonte de la comarca, que al presente se ha convertido en tala universal. En aquella época de barbarie, bajo el imperio del feudalismo, cuando todavía el islamismo ocupaba una parte considerable de la Península, era una lugure ó vocacion cristiana alzarse en un desierto, cuya posesion pertenecia al vencedor de una lucha religiosa y por lo mismo sangrienta, y no solo hablamos por los conventos de los discípulos de San Bernardo y otros fundadores, sino por las comunidades del bello sexo, que algunos años despues la aparicion por las soledades de las selvas y montes, erguestas á deprorables vejuriosos, y sobre todo buscando asilos ascéticos en los parages en que por precision debian estar con mayor cuidado, para velar por su seguridad material que no la espiritual, pues dicen: no anda el diablo en los montes.

Los restos de aquellos tiempos de penitencia se ven en las ruinas de las ermitas ó santuarios de San Bartolomé, San Antonio, Santa Bárbara, Santa Magdalena y San Juan, llamado vulgarmente del Codolá, de los cuales algunos existen todavía. Sabiendo desde el valle que ocupa la cartuja de Scala-Dei, á mano derecha estaba la ermita que fundó el obispo de Urgel D. Andrés Capilla, y por dicho motivo se llamaba del obispo, cuyos alrededores son pintorescos por formar el monte una media luna de montecillos, un anfiteatro encima el desierto. Desde la ermita se divisan las aguas verduzcas del Ebro, y las aguas de Monsant reunidas en aquel punto con artificio, forman dos arroyos copiosos que se reunen en un acueducto magnífico que las conduce al fondo del valle. El santuario de San Antonio de Montealto, á la izquierda de la cartoja, tambien está destruido. El de Nuestra Señora estaba situado sobre los picos orientales de la sierra, desde donde se descubren las ciudades de Lérida y Tarragona, los Pirineos, las Baleares, y las riberas del Ebro. Los robles flamencos que ocupaban la loma meridional del santuario han sido cortados, las praderas están incultas, y el nuevo propietario ha convertido la iglesia en establo. Debajo del mencionado se halla todavía el de la penitente Magdalena, que la revolucion ha respetado, la capilla es espaciosa, los adornos ricos y amena la posicion que ocupa. A la misma falda se encuentran las de San Bartolomé, y Santa Bárbara, al otro lado y en el término de Cornudella la de San Juan, que es muy hermosa, no solo por su situacion pintoresca en medio de enormes peñas desgajadas, de la cima del monte, sino por las preciosas pinturas y ornamentos que posee. Está rodeada de cipreses, y es lugar de romería mas frecuentado de la comarca. El dia 10 de Mayo de 1844, se desgajó del monte una mole que rodó hácia el santuario, que se calcula pesaria veintemil quintales. A medio cuarto de legua de la villa de la Morera está la gran finca llamada de Bou-repós, que fué convento de monjas de la órden del Cister, y hoy dia pertenece al Señor D. Gerónimo Merelo. Antes de la revolucion era una granja dependiente de Scala-Dei y un recreo del prior de aquella Cartoja. Cerca de Gratallops hay la iglesia de la Virgen del Consuelo, y para no seguir en tan minuciosos detalles, las faldas de Monsant, contienen veinte y nueve villas; con mas de treinta alquerías y casitas de labor. Desde Albarca hasta el Ebro en forma de franja divide la provincia de Tarragona de la de Lérida, y acarrea en dos cauces aguas copiosas que van á morir en el Ebro cerca de Vinebre.

En 1810 una division francesa mandada por el duque de Taranto, pasó por Monsant, con direccion á Tortosa. No creemos pueda ocupar otra página en la historia.

Los que desde niños hemos recorrido aquellas crestas, vagado en sus bosques y penetrado en las grutas de Monsant, nos preguntamos, ¿en qué consiste ese desencantamiento supersticioso de los recreos silvestres, y ese indiferentismo material en un siglo tan positivo? La naturaleza, ese gran libro de la verdad, ha sido olvidado; todos aprendemos á leer á fuerza de tiempo, páginas que el hombre escribe como las concibe, esto es, aprisa y sin objeto; el arte imprime y no edifica; el vapor ha sido aplicado á la economía animal, y todos necesitamos muchos años de meditacion para comprender algo de tanto como se escribe. A buen seguro aquellos que la juiciosa antigüedad apellidó con el nombre de sábios, no soñaron jamas que pudiese constituir un estado en la sociedad el oficio de escribir rasgos inconexos de una imaginacion ardiente.

Los que hemos pasado parte de la vida lejos del gran mundo, los que hemos hurgueado esas moles inmensas del globo terráqueo, somos capaces de sentir la impresion de la naturaleza virgen que deja para el porvenir la huella eterna del aislamiento, un recuerdo de paz y de dulzura que se mezcla con los demas recuerdos, aumentando la dicha de unos y disminu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yendo la amargura de los otros. Nos hemos incrustado en las rendijas de la montaña, como el camanero en la catedral de Pavía; su ambiente nos es necesario; nos encontramos como muchos en las grandes poblaciones, y es que formamos parte integrante de ese mundo mudo, compuesto de piedras y bosques.

Durante el último otoño, mientras que la guerra civil ardía á nuestros piés, estuvimos contemplando los famosos sepulcros improvisados por los cristianos fugitivos de la primera invasion de los africanos. A no ser por una cruz tosca, trabajada groseramente en la cara interna de las losas, no hubiéramos atinado á quién podian pertenecer aquellas tumbas que una mano cuidadosa abrió en aquellas soledades impenetrables entonces. Una de ellas nos recibió durante un fuerte aguacero que cayó en la mañana del 2 de Octubre, y vivos y muertos estuvimos en la cueva que encontró la casualidad hace pocos años.

Habia oido contar á varios monjes del encanto que produce la compañía de un difunto en una cueva y durante una tempestad, especialmente cuando está acostumbrada la imaginacion á retrogradar á los siglos pasados. Me habia burlado de aquella supersticion pueril, porque no habia sido capaz de sentirla. Recostado á la sazon sobre una peña que sirviera de almohada al difunto, fijos mis miradas en la bruma que la lluvia amontonaba á la entrada de la gruta, cuanto mas me engolfaba en los recuerdos de aquella época, otro tanto se apoderaba de mí esa melancolía tranquila, que la naturaleza nos pinta en las lluvias del invierno en que las gotas caen suavemente unas tras otras; la ilusion de los sentidos pasaba al corazon, y me sorprendia la noche mudo é inmóvil cual me dejara la mañana. Entonces, á favor de la oscuridad, oí azotar la lluvia las hojas de los acebos y madroños, el viento que silvaba entre las ramas espesas de los matorrales; sentí la humedad de la atmósfera que penetraba cruelmente en mi cuerpo, y me quedé completamente desvanecida la insolacion espiritual á la fuerza de las impresiones materiales. Al otro dia el descubrimiento de una rica cantera de jaspe muy cerca de la capilla de San Juan, me hizo olvidar la ilusion y la fuga; mas tarde una visita de los guerrilleros de Villella y Borja, me hizo olvidar la cantera, y otro dia despues no me acordé de los caudillos carlistas oyendo á la Rossi en la Norma, sentado en uno de los magníficos sillones del gran teatro del Liceo en Barcelona.

En la Cueva santa leí hace ocho dias los partes telegráficos que anunciaban la caida de la dinastía de Orleans del trono de Julio, y para juzgar acerca el desenlace de las jornadas de Febrero, abrí el libro de las Armonías del señor Alfonso de Lamartine, hoy dia actor principal del gran drama.

Dichosos los que habitaron las soledades de Montsant, en los siglos pasados, lejos del bullicio y de las luchas.

El alma del viagero se eleva al pensar en ello hasta las ideas mas sublimes, porque se ve arrastrada por dulces ensueños. El silencio tiene allí armonías misteriosas; fórmanse nubes y ruegan tempestades á los piés del observador, el cielo y la tierra se tocan, y el hombre se convierte en ángel. Allí se siente rodeado de un ambiente balsámico y puro que apenas respira; las aromas de las flores y la suavidad de la atmósfera, sosiegan las palpitaciones del corazon; se adormecen los recuerdos, el cuerpo material parece se evapora, y el hombre cree en Dios, porque entrevee un porvenir de felicidad mas allá del horizonte azul.

Marzo, 1848.—S. S.

VARIEDADES.

FRANCISCO PETRARCA.

Los gibelinos y los güelfos asolaban la Italia, y estos partidos, entregados á la mas espantosa division, hacian surgir nuevas facciones que aumentaban la desolacion, uniéndose á la guerra general tantas guerras parciales como ciudades contaba la Italia. Los florentinos, gibelinos, se dividian en su poblacion en *blancos* y *negros* que se desterraban alternativamente. Arezzo fué el lugar destinado para punto de destierro de la familia de Petrarca, y en él nació Francisco en la noche del 20 de Julio de 1304, en ocasion que su padre y otros blancos intentaron infructuosamente sorprender á Florencia. Aun no habia cumplido Petrarca los diez años, cuando le llevó su padre al condado de Aviñon, donde Clemente V acababa de trasladar su pontifical residencia. Desde este punto envióle su padre á Montpellier, á fin de que estudiase la teología y el derecho, ciencias que en esta época se conceptuaban como indispensables, pero á las que el jóven Petrarca no manifestaba la mayor inclinacion, prefiriendo á este estudio el de Ciceron y Virgilio. Su padre, lejos de animarle en este género de literatura, arrojó un dia al fuego los libros favoritos del adolescente, cuya imaginacion precoz se habia exaltado á la edad de diez años al ver la fuente de Valclusa. Pero un genio, verdaderamente llamado tal, que se entusiasma y admira las bellezas de la naturaleza, no se desanima nunca, y por eso Petrarca, si bien fué sabio por obediencia, no dejó sin embargo de ser poeta. Enviáronle despues á la Universidad de Bolonia, donde adquirió la amistad de Cino de Pistoia, cuyos versos le habian grangeado una gran reputacion literaria, y este distinguido poeta corrigió y alentó los primeros ensayos de su amigo Petrarca.

A la edad de veinte años se quedó Francisco sin padre ni madre y pasó otra vez á Aviñon, donde no tardó mucho en conocer que por la infidelidad de su tutor, él y su hermano Gerardo tenian apenas con qué subsistir. A pesar de este desgraciado incidente, Francisco Petrarca halló su consuelo componiendo versos latinos, que fueron los primeros cimientos de su venidera celebridad, y los que le valieron la amistad de personas muy respetables, entre ellas la de Santiago Colona, y la de su hermano Juan el cardenal.

El 6 de Abril de 1327, lunes santo, á las seis de la mañana, vió por primera vez en la iglesia de Santa Clara en Aviñon, á Laura, esposa de Hugo de Sade, jóven muy distinguido por su nacimiento y fortuna, pero de carácter imperioso y con el que acibaraba la vida interior de su esposa. Laura tenia veinte años cuando Petrarca la conoció; era rubia y sus hermosos

ojos espresaban la pureza de su alma, la inocencia de sus pensamientos, y cierta tristeza de un espíritu elevado que el deber coloca y sostiene en la opresion. El fatal encuentro de Laura decidió la suerte de Petrarca, quien solo buscaba momentos para seguirla á todas partes. El uso autorizaba la publicidad de este amor, que el juicio de Laura y los celos de su marido redujeron á un platonismo que Petrarca maldecia continuamente; y no pudiendo verla mas que por incidencia, ni hablarla, la sacrificó su gusto por la soledad: la sociedad de Aviñon, tan brillante entonces porque los papas habian establecido allí su corte, se apresuró á rendir homenage á sus grandes y variados conocimientos, así como á su talento, conocido ya por sus poesías latinas, aun cuando sus versos italianos llegarian bien pronto á hacerle mas célebre en toda la Europa.

Sus frecuentes triunfos como escritor no mitigaban sus cuitas de amante, y resolvió dejar á Aviñon para viajar por tierras lejanas; pero Petrarca no podia vivir tan separado de Laura y de Valclusa: volvió á Provenza, y su amor, las gracias, las virtudes de Laura y las aguas que riegan aquel delicioso pais, le inspiraron aquellos sonetos, aquellas *canzoni*, objetos de la admiracion de su siglo y de los que despues vinieron. He aquí algunos traducidos por D. Alberto Lista.

¿Dónde cogió el amor, ó de qué vena,
El oro fino de su trenza hermosa?
¿En qué espinas halló la tierna rosa
Del rostro ó en qué prados la azucena?

¿Dónde las blancas perlas, con que enfrena
La voz suave, honesta y amorosa?
¿Dónde la frente bella y espaciosa
Mas que el primer albor pura y serena?

¿De cuál esfera en la celeste cumbre
Bajó el dulce canto, que destila
Al pecho ansioso regalada calma?

¿Y de qué sol tomó la ardiente lumbre
De aquellos ojos que la paz tranquila
Para siempre arrojaron de mi alma?

Cuando el planeta que embellece el dia
Vuelve á la casa del rosado Toro,
Y entre las puntas de encendido oro
Vivificante ardor al suelo envia;

No á la faz solo de la tierra fria
Da en bellas flores nítido decoro,
Mas de la vida celestial tesoro
Lleva del centro á la mansion umbria.

Así mi hermoso sol su luz me ofrece:
Me mira, y ya en mi seno derramando
De dulce y blando amor llama halagüeña.

Mas ¡ay! mi lábio tímido enmudece,
Y aquel precioso fuego malogrado,
Pierde su fruto en la estacion risueña.

Cuando Febo en los piélagos de Atlante
Templa su ardor y el aire se oscurece,
Quejas doy de mi mal, que entonces crece,
A la alba luna, al cielo rutilante.

Mi dolor encanto, simple é ignorante,
A amor, que en los rendidos se ensangrece,
Al adormido mundo, que enmudece,
Y al dueño esquivo de mi pecho amante.

De mis cansados ojos hurto el sueño:
Triste suspiro y lamentable lloro
En mi rostro y mis lábios halla el dia.

En tanto el alba, su esplendor risueño
Difunde hasta el cenit, y el sol que adoro
No amanece á templar la pena mia.

Todos los sentimientos que forman al poeta, existen en el alma de Petrarca.

Las disensiones de Italia, el abandono de Roma, le afectaron profundamente, y en 1335 pintó en versos latinos, dedicados á Benito XII, los males de la patria y el deseo de que Roma recobrase su soberanía. Esta composicion hizo que el pontífice nombrase á su autor, que habia recibido las primeras órdenes, canónigo de Lombez. Petrarca se aprovechó de este favor, que le proporcionaba poder visitar la Italia; mas al poco tiempo regresó á su casa de Valclusa, y en ella escribió la historia de Roma y el poema titulado el *Africa*.

En un torneo al cual asistió el emperador, por hallarse de paso en Aviñon, preguntó quién era entre las damas que le rodeaban, una que se llamaba Laura; y habiéndola conocido, solicitó cortesmente el permiso de besar unos ojos tan célebres por los versos de Petrarca.

Encargaron al célebre poeta la ardua comision de negociar la paz, entre muchos príncipes y repúblicas en que se dividia la Italia. Enviado por Visconti, señor de Milan, á Mántua, cerca del emperador Cárlos IV, si bien es verdad que no logró el objeto de su mision, tambien es cierto que recibió personalmente de este soberano la acogida mas satisfactoria, y entre otros títulos honrosos el diploma de conde palatino.

Amado y respetado de todos por la lealtad de su carácter, proclamado el genio mas eminente de la época, durante su residencia en la Provenza, le invitaron para que pasara á Roma á coronarse como el primero de los poetas de su siglo. Emprendió su marcha á esta ciudad; pasó por Nápoles, donde por espacio de tres dias consecutivos sufrió un exámen sobre la historia, la literatura y la filosofía, por el sabio rey Roberto de Anjeu, quien encantado de las respuestas de su examinado, se despojó de sus insignias reales, y le rogó que las aceptase á fin de que las ciñera en el acto solemne de su coronacion de poeta.

El dia de pascua, 8 de Abril de 1341, subió Petrarca al capitolio y recibió la corona de laurel, que seguidamente depositó en el altar de San Pedro, teniendo para ello que atravesar una multitud, cuyas aclamaciones espresaban el entusiasmo de que se hallaba poseida.

Fué encargado por la ciudad de Roma, para que solicitase de Clemente VI llevase á dicha capital la silla santa: tambien en diferentes ocasiones verificó ciertas importantes negociaciones, que siempre tenian por objeto la pacificacion de Italia, y pasó y repasó los Alpes con mucha frecuencia.

Hallábase en Verona en 1348, cuando recibió la funesta noticia de que el 6 de Abril del mismo año habia fallecido Laura: es decir, el mismo dia y á la misma hora en que la vió por primera vez, siendo Petrarca á quien debemos el conocimiento de tan estraña coincidencia. Aunque Laura tenia mas de cuarenta años cuando murió, y habia sido madre de once hijos, no perdió ninguno de sus atractivos á los ojos de Petrarca, y prosiguió admirando sus encantos y cantando solamente á ella: este amor que nadie ignoró cuando publicó su *canzoniere* y los escritos contemporáneos, ilustraron el nombre de Laura, quien á pesar de su conducta ejemplar, fué acaso demasiado sensible á los padecimientos del enamorado poeta. Sin embargo, la pasion de Petrarca no le preservó de ciertos estravíos juveniles, pues parece que sustentó relaciones muy íntimas con una muger de oscuro linage, de la cual tuvo un hijo que vivió muy pocos años, y una hija que no separó de su lado hasta que la dejó casada.

Predispuesto con la muerte de Laura á las mas graves meditaciones, pasó á Roma y resolvió vivir con la regularidad que le imponia la posesion de los beneficios que habia recibido, mas á título de poeta que de clérigo. Primero se retiró á Venecia, y allí vivió en un magnífico palacio: solo interrumpia sus ejercicios religiosos para entregarse á los estudios, y ya era sexagenario cuando comenzó á aprender el griego, que le enseñaba Pilato de Tesalónica, que Boccacio, el mas querido de sus amigos, le habia hecho conocer.

Posteriormente se estableció en Argua, donde el 18 de Julio de 1374 le encontraron muerto en su biblioteca, á los setenta años de edad. Todos los habitantes de Pádua concurrieron á sus pomposas exequias, siendo sentida y llorada su muerte por todos los hombres ilustres, contemporáneos de sus triunfos literarios, de los cuales habia sido amigo y bienhechor. Su yerno, Barsano, mandó erigir á su memoria un suntuoso mausoleo.

Con genio, talento, amor al estudio y al retiro, nadie se admirará de que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Petrarca haya producido obras tan eminentes; pero tambien se observará la admiracion que inspiraron á sus mismos émulos, y los grandes honores que proporcionaron á su autor: esta justicia tan rara hácia los hombres grandes, acaso la debió Petrarca menos á su talento que á la bondad de su carácter, que conquistaba amigos y protectores en todas partes.

Prodigando su tiempo y su dinero para adquirir manuscritos griegos y latinos, reanimó el gusto hácia las obras de los antiguos. Su estremada sobriedad, su aversion á todo género de licencia, no le hicieron sin embargo enemigo de los placeres: su carácter alegre y jovial formaba las delicias de las reuniones donde se encontraba: era hombre probo, buen ciudadano, fiel y generoso con la amistad. La piedad en sus últimos años, exaltó mas todavía las nobles inclinaciones de su alma: austero y severo consigo mismo, era indulgente y tolerante con los demas. Las obras latinas que Petrarca consideraba como un título glorioso para la posteridad, forman 1200 páginas en fólio que hoy no se leen, y á continuacion se encuentran 80 poesías en lengua toscana, poco estimadas por su autor, pero que tambien contribuyeron á su inmortalidad: se reducen á sonetos y otras piezas de mediana estension, que puso por título: *Canzoni y Trionfi*. La *vida* y la *muerte* de Laura, las dividen en dos partes con el título de *Canzoniere*. Mientras mas se lee á Petrarca, mas se admiran aquellas poesías inspiradas por el corazon. Las mejores ediciones de las obras de este poeta italiano, son la publicada en Biagioli, con comentarios (1822) y la de Buttura, impresa en el establecimiento de Didot.

¡POBRE LUCIA!

¡De qué proviene tu tristeza, mi querida Lucía! ¿Es la ausencia de Madrid y de tu madre lo que así te afecta? En los quince dias que hace que tu madre consintió en que vinieras conmigo al campo, residencia habitual de tu buena tía, he sorprendido casi siempre bañados en llanto tus ojos. Dime, hija mia, qué te disgusta; ¿tienes alguna pena que te atormente, ó te fastidia este género de vida apartada y solitaria?

—¡Fastidiarme! ¡ha podido siquiera imaginarlo vd., tan buena para mí, y tan condescendente y previsora para satisfacer hasta mis deseos mas triviales!

—Bien, prosiguió la señora Brígida; ya tenemos una causa menos que nos haga dudar; pero si no es eso, entonces me ocultas un pesar secreto y yo creo que tu silencio me lo revela.... ¿Proviene de la privacion de los placeres de la corte?

—Los placeres de Madrid, mi querida tía, son muy reducidos para una familia como la nuestra, de fortuna y nacimiento tan modesto.

—A nada tengo ya á que atribuirlo como no sea á la ausencia de tu madre...

—Mucho la amo..... pero vd. la reemplaza tan esmeradamente....

—Eres, niña, bondadosa y lisonjera.

—No, mejor diga vd. sobrina agradecida.

—Ahora, querida mia, no se me alcanza en una jóven como tú, mas que un objeto que pueda causarte pesadumbre. Tú has venido aquí para hacerme compañía, mientras que en Madrid quizás ha quedado alguien..... ¿eh! ¿no es esto?

—Cómo, tía mia, eso es suponer...

—Yo no supongo nada, sino que me atreveria á jurarlo.

—Ahora me convenzo de que debia á vd. haberlo confesado todo.

—No hubieras hecho mal; pero lo harás ahora.

Lucía, acercando tímidamente su silla á la de Brígida, comenzó con acento entrecortado y conmovido á decirla:

—Ya sabe vd. que rara vez la juventud elegante de Madrid, penetra por las calles de nuestro humilde y apartado barrio de San Francisco; pero sin embargo, mi madre me daba consejos y me precavia contra su seduccion, cuando obligada por los negocios de su comercio de confiteria, me dejaba sola en la tienda. Casi siempre me despedia diciéndome estas palabras: "Desconfia de las galanterías y requiebros que te dirijan los que vengan con pretesto de comprar pastillas ó yemas, porque desgraciadas de las muchachas crédulas que les prestan oidos. Yo siempre prometia no escuchar nada."

—¡Ah! Lucía, Lucía, ya adivino que no has sido fiel á tu promesa.

—¡Oh! tía mia, no me riña vd.; mi madre tenia razon considerándolos en general..., pero siempre tambien es fuerza que haya alguna escepcion.

—Sí, y no hay muchacha que no piense haber tropezado con una.

—¡Oh! Arabel lo es en efecto.

—¿Cómo! ¿se llama Arabel?

—Sí, el señor Luis Cárlos Arabel, de quien al principio desconfiaba, pero que despues se espresó con tanta sinceridad y respetuosa ternura.

—¿Y tanto respeto no le impedia el escoger los momentos que estabas sola?

—Me prometia incesantemente dirigirse á mi madre; pero me decia tambien, que antes era conveniente tuviéramos ocasion de conocernos y de estudiar mútuamente nuestros caractéres en estas furtivas entrevistas. En fin, antes de pedir mi mano queria asegurarse de que yo le amaba... aunque no sé yo en verdad cómo queria adquirir esa seguridad.

—Yo sí lo sé muy bien, dijo á media voz la señora Brígida; y añadió con alguna inquietud: ¿Esas entrevistas á lo menos se verificarian en la tienda misma, al mostrador?

—Sí, tía mia, y esto le causaba disgusto, porque cuando entraba algun comprador era preciso interrumpir nuestra conversacion; pero pocos dias antes de llegar vd. á Madrid, sabiendo que mi madre debia el próximo domingo salir á misa y hacer algunas visitas, me exigió que le recibiese.

—¿En tu cuarto?

—¡Oh! no señora; abajo en la trastienda: se trataba, me dijo, de una entrevista decisiva para nuestro porvenir.

—¿Y esta entrevista!

—No llegó á verificarse; llegó vd. la víspera.

—¡Ah! respiro, dijo para sí la señora Brígida.

—Debia haber sido el domingo que vd. me trajo aquí.

—Mi buen ángel me guió sin duda, y ya conocerás que en esta ocasion fuí yo el tuyo.

—Ciertamente, tía mia, que tuve un gusto muy grande en venirme con vd. á pasar algun tiempo; pero me atormenta el sentimiento de no haber advertido á Luis de mi ausencia, y de la causa que retrasaba esta importante entrevista: me calificará de poco atento, ó de algo mas quizás, de indiferente; porque como no le he presentado á mi madre y no tiene motivo plausible para informarse de mí, no sabrá dónde me hallo, y esto debe causarle mucha pena.

—No pases cuidado, tranquilízate, porque no dudes que lo soportara mejor que piensas; ¿y sabes tú dónde vive?

—Nunca me lo ha dicho; pero un dia, sin que lo advirtiese, se le cayó del bolsillo del pecho de su levita una tarjeta que tenia escrito: *Calle del Príncipe* número—"—

—Calle del Príncipe número—"—yo me acordaré.

—¿Vais á escribirle que estoy con vos aquí?

—No, precisamente escribirle, no; pero el jueves, cuando te acompañe á Madrid para restituirte al seno de tu madre, puede que vaya á visitar á tu señor don Luis.

—¡De veras, tía! sí, qué buena es vd.

—¡Eh! yo no sé si á tí te desagradará despues.

—A mí no, y solo me ocurre si se enfadará por haber confiado á vd. todo, cuando no queria que de nada se enterase nadie, ni mi madre.

—Tranquilízate, mi Lucía; aunque así fuera no se atreveria á quejarse; pero ahora dejemos esta conversacion: el dia está muy hermoso, y si tú parece dame el brazo y bajaremos al pueblo á dar un paseo.

—Bueno; iremos por la plaza de la iglesia.

—Como quieras, así de paso hablaremos al señor cura, que me aconsejará acerca de lo que preocupa ahora mi ánimo, mientras que tú te entretienes mirando á las mozas bailar.

—Y en tomar parte en sus danzas, si me da vd. permiso; y para que no crean que me quiero distinguir de ellas, no me pongo otro vestido ni la mantilla tampoco; no me parece que llovera porque no se ve nube alguna.

—Bien, como quieras; pero dame la mia, que no es regular á mis años arrojarme por el pueblo con la cabeza desnuda. Bien, ahora vámonos.

Dejémoslas emprender su espedicion, y mientras tanto en Madrid veremos si el amante de la cándida jóven está tan afligido como supone; mas para esto debemos remontarnos á algunos dias antes de la época de la salida de ella, tan oportunamente determinada por su tia.

II.

Don Luis Cárlos Arabel, uno de los jóvenes de mas gusto y mas elegantes de la corte, hacia ya algun tiempo que era el adorador que mejor acogida y mas atenciones merecia de la encantadora Engracia de N. . . . Esta señora reunia á un talento cultivado, que habia producido bellísimas composiciones poéticas que la conquistaron una reputacion literaria, ademas de sus dotes personales y de su hermosura, una considerable fortuna de que era absoluta poseedora, adquirida por la prematura muerte de un esposo convertido en admirador de aquella musa, y que murió en tal presuncion, como tambien en la que poseia su amor.

Deslumbrada por los homenages que prodigaba Arabel á su belleza, le otorgó Engracia su mano para la época en que terminasen los lutos de su viudez, y acabase igualmente la composicion de una novela que tenia comenzada, porque habia calculado que estas dos épocas coincidirian; pero como Luis la viera, no obstante sus atractivos, mas ocupada de su renombre literario y de su riqueza que de su persona, determinó, para hacer mas verdadera la distancia que tenia que salvar hasta su felicidad conyugal, ocuparse aun de algunas amorosas aventuras, aunque veladas de oscuridad y misterio, y una de ellas era la que habia empeñado con Lucía, cuya inocente calificaba de pasion ardiente y sincera lo que era solo un pasatiempo.

Rica, linda y muy solicitada, era, puede decirse, hasta cierto punto Engracia, una notabilidad importante, un poder de Madrid en reducida, pero absoluta soberanía, y en esta posicion tenia espias á su servicio, es decir, á sus espensas, y estaba al corriente de la intriga que mantenia su futuro en el apartado cuartel de San Francisco: del contratiempo que habia esperimentado, precisamente cuando habia conseguido una cita tan incautamente convenida, y del abandono de la sorte de su bella amada, conducida por una anciana pariente suya.

Si esta infidelidad intencional hubiese tenido por objeto alguna hermosura de las que pasean por el Prado muellemente reclinadas en su carretela, quizá no le perdonara Engracia con tanta facilidad; pero un amor como quien dice en el barrio de la Paloma, ó mas bien un capricho, y cuando sobre todo habia tenido un desenlace tan desventurado, no merecia la pena de arrugar el ceño y mostrarse

séria, sino que pensó que el ridículo satisfaria á su venganza, limitándose por entonces á referir á Arabel su desgraciada intriga, como episodio de la novela que la ocupaba.

Pero añadió la maligna Engracia: Yo no sé ahora cómo proseguir, porque por mas que pienso no atino á qué causa atribuir el eclipse de este astro, ó mejor dicho, su rápida desaparicion. ¿Quién será ese Mentor que bajo el disfraz de campesina Minerva ha preservado á mi heroina de la seduccion? ¿ó bien que otro ariante mas diestro y afortunado ha sustraido del paterno mostrador á su amada! ¿Qué piensa vd. de este Arabel, quiere vd. darme un consejo?

Esta celosilla venganza no dejó de lisonjear secretamente el amor propio de don Luis, que no mostró mayor confusion que la que conviene á un jóven de nuestra época, sobre todo, cuando la suprema elegancia ha consumado su impasibilidad y aplomo en todas ocasiones y la entera confianza de sí mismo.

—No seré yo ciertamente el que cometa la indiscrecion de aconsejar á persona tan instruida. . . .

—Querrá vd. decir tan bien instruida.

—Como vd. guste; pero supuesto que desea saber mi dictámen, yo daria en el presente caso un giro particular al desenlace.

—Veamos.

—Yo comenzaria por no cuidarme de esa chiquilla, objeto de un capricho pasagero, para que interviniese un personage mucho mas interesante, al que el jóven ama con pasion, y el que deberia vengarse noblemente de un insigne de error.

—¡Ah! ¿y cuál seria esa noble venganza?

—La inmediata fijacion del dia del matrimonio dentro del mas breve término posible.

—¡Oh! no soy tan vengativa, dijo Engracia sonriendo.

Pero sin embargo, fué tan elocuente el amor de Luis y tan apasionado, que acabó por convencerse de que era este el medio mas á propósito de curar sus ligerezas, y en atencion á ello fijó la siguiente semana para la ceremonia que debia enlazarlos. Esto pasaba dos dias antes de prescribir la cantidad de tiempo que el uso y la costumbre determina para los lutos.

—En seguida añadió Amigo mio, me ha dejado vd. la eleccion del dia, y ahora quisiera tambien hacer lo mismo con el sitio en que haya de verificarse. Las gentes de forma acostumbran, recibida la bendicion nupcial en la iglesia de eleccion ó de derecho, marcharse al campo ó encerrarse en su casa todo el dia, por evitar las visitas molestas y felicitaciones, que en semejante ocasion se reducen á satisfacer una curiosidad muchas veces maligna, y á servir de espectáculo á los ociosos: mucho mas nosotros que somos personas tan conocidas; yo quisiera adoptar un medio mas espedito, que concilia todos los estremos, y que me parece mejor que hacerlo secretamente como otros que lo reservan tanto como si fuera un delito el casarse: ademas que la mala intencion de algunas personas las induce á lanzar sus observaciones sobre la actualidad de los despossdos; y diré mas, hasta sobre la existencia anterior y conducta de las personas.

—De todas maneras no podrian menos de ser para vd. favorables.

Ignoro si Arabel lo pensaba sinceramente; pero en cuanto á la linda viuda quizá tendria sus razones para desconfiar de esta asercion.

—No, contestó ella; su aprobacion seria hasta cierto punto para mí una contrariedad, una especie de profanacion de nuestra felicidad, y la creeria mancillada por la parte que en ella pudieran interesarse los indiferentes. Sabe vd. que á pocas leguas de aquí poseo una quinta cerca del pueblo de H..., donde podemos casarnos sin dificultad de ninguna especie, porque el dinero allana todos los inconvenientes; de esta manera se verificará nuestra union

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

sin aparato, sin un millar de testigos, y solo, todo lo mas, delante de algunas gentes honradas del campo, cuya benevolencia es segura y sincera para con las personas de superior condicion. ¿No es cierto que nada tiene vd. que oponer á mis deseos?

—Para mí, es una órden un deseo de vd.

—Es muy justo, porque aun no soy esposa.

—¡Oh! bajo ese aspecto nunca tendrá vd. en mí un rival.

Consiguiente á este convenio se determinó que únicamente saldrian de Madrid los testigos necesarios y una íntima amiga de Engracia, que por aficion á los contrastes tuvo mucho cuidado en escoger de una figura y de un talento poco aventajado.

Todo dispuesto algunos dias despues, segun los deseos de Engracia, para frustrar con su campestre himeneo la curiosidad y la maledicencia de los muchísimos desocupados de Madrid, partió el carruage de la linda poetisa conduciendo con ella á su futuro, á la posesion que en muy escasas ocasiones habia ocupado para entregarse á sus estudios literarios. Naturalmente fué este el asunto de la conversacion durante el camino y el tiempo empleado en el desayuno, que precedió á la ceremonia.

—Sí, decia Engracia; en estos amenos lugares he pasado momentos de soledad en que me creia dichosa con las creaciones á que me lanzaba mi fantasía; pero en adelante añadió con la mas dulce sonrisa, espero que la felicidad no será para mí alma una halagüeña ficcion, sino una realidad seductora. Ahora, amigo mio, como la muger autora nunca ve satisfechos sus deseos, confieso me queda el sentimiento de no haber terminado la novela que con instancia reclama la coleccion de mis obras; mas es fuerza tener paciencia, porque las lunas de miel no son las mas productivas para la literatura, ademas de que su asunto me agrada mucho y quiero tratarlo concienzudamente, porque tiene alguna relacion con vd. mismo; tambien porque lo que al principio no era mas que un pasatiempo convirtióse despues en objeto digno de una composicion, y puedo asegurar ya su rodeos, que efectivamente la linda confitería y su misteriosa desaparicion, han sido los objetos que para escribirla me han inspirado.

—¿Y puede vd., Engracia, pensar aun?

—¡Oh! nada tema vd., no es esto una reconvencion; ademas de que no he concedido indulto pleno al delincuente... No, yo me he entretenido con este tema como con otro cualquiera imaginario; pero me falta un desenlace rápido y natural, para lo que yo desearia que apareciese la jóven por algun accidente dramático, ¿cuál?

—Es posible, querida mia, se ocupe vd. de cosas semejantes, cuando nuestra mútua felicidad debia absorver todos nuestros pensamientos!

(*Continuará.*)

EL SACRIFICIO DE JESUS.

SONETO.

Con crueles ligaduras amarrado,
Y en sus hombros cargando el vil madero,
Al Calvario dirige el Cordero,
A redimir al mundo del pecado.
Por el pueblo escogido, va arrastrado,
Con su sangre marcando aquel sendero,
Manifestando el rostro, verdadero
Dolor, por verlo así tan humillado.
El pueblo por Jesus beneficiado
Y que colmado fué con sus favores,
Olvidados estonces y olvidado
Los paga con insultos y dolores.
Jesus, que siempre fué la mansedumbre,
Lo perdona, y espira en la alta cumbre.

Abril 18 de 1851.—*J. M. P. V.*

VARIEDADES.

¡POBRE LUCIA!

II.

CONCLUYE.

—Es cierto, tiene vd. razon, Luis; estos momentos debemos consagrarlos con abstraccion de todo, á nosotros mismos, en que nos importe que digan: *Que es el egoismo personificado*; pero me parece que siento un coche; serán los testigos; vamos á su encuentro, y nos iremos de seguida á la iglesia.

Salieron efectivamente, pero no sin que Engracia echara una mirada á su espejo para asegurarse de que el viage no habia causado la menor alteracion en su apostura de boda, no obstante no tenia que temer el exámen escrutador de los elegantes y reguladores de la moda; con satisfaccion vió que su trage conservaba toda su graciosa elegancia, y que las plumas de su sombrero ondulaban maravillosamente. Luis habia adoptado para la ceremonia un trage de mañana sencillo y de buen gusto, que le parecio en consonancia con el local de la solemnidad.

III.

Mientras estaban en la iglesia, llegaban delante del modesto templo situado en una gran plaza decorada de árboles corpulentos, dos personas de quien hemos hecho mencion al principio de esta verdadera historia.

—Tia, hoy me parece que veo en este sitio mas gente que de costumbre.

—Tambien me lo parece á mí, para ser dia de labor, añadió la señora Brígida.

Ambas dirigieron á un tiempo la vista hácia la iglesia.—Será, continuó la tia, algun bautismo ó boda lo que así llame la atencion.

—¡Una boda! debe eso de ser muy agradable; ¿quiere vd., tia, que entremos?

—¿Y te parece bien entrar así en la iglesia! si vinieras convenientemente vestida...

—¡Ah! ¡cuánto lo siento! yo quisiera verlo, porque debe la novia estar muy hermosa: dicen que la felicidad embellece.

—¿Y suspiras pensando en su felicidad!

—No es porque la tenga envidia, sino que yo me digo: Ya llegará un dia en que Luis y yo...

—¡Pobre Lucia! dijo la señora Brígida suspirando tambien; ¿y si no llegase ese dia?

—¡Oh, tia mia, moriria de pena!

—No digas eso, niña; ¿y tu madre, y tu buena tia?

—Sí, es verdad, es una locura hablar así; porque ¿cómo es posible que suceda tal cosa!... ¡Habia Luis de engañar á una pobre muchacha dán-

dola una esperanza mentida! ¡Cuánto siento que se haya frustrado la entrevista que debíamos tener, y en la que dijo se fijaría nuestro porvenir! . . . Yo estoy persuadida de que ahora estaría mas tranquila.

—¡Eres una inocente! esclamó la señora Brígida con una sonrisa que trató de disimular.

En seguida, para distraerse de sus ideas se dirigió á un jóven aldeano, que en el traje ordinario de su ocupacion, parecia, en defecto de otra tarea, esperar como los demas, á que salieran los que se hallaban dentro de la iglesia.

—¿Qué es eso, Tomás? preguntó la señora Brígida.

—Dicen que una boda, pero una boda de señores.

—¿Y quiénes son?

—Nadie conoce al novio, ni se le ha visto nunca por aquí; pero ella es una señora que se llama . . . es una que tiene la posesion de esa gran casa que está arriba del camino, y se llama, se llama la señora . . .

—Sí, la señora Engracia de N. . . .

—Eso es, es una que dicen la tenemucho en Madrid; pero como yo no sé leer, . . .

—Sí, la ciñan como una de las mas elegantes señoras y notables poetisas.

—Yo no sé si es de esas elegantes y poetisas; pero no han dicho que viene muy bien hecha, muy bien vestida, que está muy bonita, y yo he venido para verla.

—Mira, ya que hemos llegado aquí, dijo la tia á la sobrina, aguardemos para verlos salir. Vamos juntas á las gradas, y de esa manera, cuando salgan, los veremos mas á gusto.

Efectivamente, una aldeana fue la primera que con una silla de la sala salió de la iglesia anunciando que se había concluido la ceremonia, y en pos de ella, junto á las gradas para considerarlos á su salida. Las mirabas de todas se dirigieron al vestíbulo de la iglesia, así como las de Lucía, que no era la que menos tributo tenia que pagar á su curiosidad.

De repente apareció la dichosa pareja, y Lucía no se atrevia á dar crédito á sus ojos; apenas podia persuadirse de la profundidad de su desventura, y volviendo la vista hácia su tia con dolorosa asombro, á inclinada su cabeza por el peso de una y lo terrible é inesperado del golpe esclamó:

—Es posible, Luis!

Escuchadas estas palabras por Engracia no necesito de mas aclaraciones y como mujer astuta antes que todo, esclamó: *He aquí desenlace de mi novela.* Y al mismo tiempo echó sobre la pobre niña una mirada compasiva y desdeñosa. Luis, presa de una emocion inesperada fijó á la desventurada Lucía con aparente indiferencia, y la ahorró el afan, solo á considerar los brillantes vestidos de los novios, no se cuida de que allí mismo tambien podia contemplar un culpable y una víctima.

Un rato despues otra ceremonia de un género muy opuesto escitaba tambien la curiosidad de los aldeanos; en lugar de rosas blancas miraban paños fúnebres, en vez de los coches de posados, un féretro. Una alma inocente y cándida había sucumbido bajo la pérdida de un golpe que no podia comprender, y todos los habitantes de H... esclamaban:

—¡Pobre Lucía!

Yo sombrío se olvida aquí:

No hay humana felicidad sin lágrimas, no hay dichas sin desventuras.

VIAGE A SUECIA.

(*)

V. La mañana siguiente al horizonte no brumaba, y nuestro vapor navega-

(*) *Copia del Album del vizconde de Arlincourt.*

ba apaciblemente bajo un cielo azul y sobre una mar tranquila; los rostros de los pasageros estaban risueños, íbamos á llegar á Reval. Esta ciudad se alza en forma de anfiteatro á la orilla del mar, y su parte superior, llamada la *medas nevranja*, está edificada sobre una roca, desde la que hay una vista admirable. La tradicion de aquella inmensa roca un origen poético. El gigante Kalew, que habitaba las orillas del golfo de Finlandia, murió, y sus hijos, en número de veinte, le erigieron un túmulo digno de él, y procedieron de su desolada madre fueron á buscar enormes rocas para construirle un soberbio monumento. La media naranja tenia un aspecto imponente, cuando la contristada viuda, llevando tambien un inmenso pedazo de granito al mausoleo de Kalew, se detuvo un instante para llorar. Hallábase sola en el fondo del valle de Jerkull, y entregada á sus dolorosos recuerdos, dejó caer la roca y dió libre curso á su desesperacion, llorando tanto, y tan largo tiempo, que á poco el valle se llenó de agua. Un lago, el lago superior, ocupa el sitio de los pastos, y la viuda del gigante, víctima de las olas á que habia dado origen, y que sus gemidos agitaban, y avalzada por una agitacion que iba en aumento, pereció, en fin, ahogada, . . . en sus lágrimas.

Desembarcado en Reval, *fui* á visitar la iglesia de San Nicolás, edificada en el siglo XV, la cual encierra cosas curiosas, y con particularidad el cadaver del duque de Croy (*) lo que merece mas atencion es lo siguiente. El duque de Croy, que habia nacido en 1650, era uno de los generales mas distinguidos del célebre Pedro el Grande, el cual le dió el mando supremo de su ejército en Narva. El duque rehusó este honroso cargo con el pretesto que las tropas rusas obedecerian con repugnancia á un estrangero, y se dejaron vencer: pero Pedro el Grande insistió. En fin, el duque de Croy, obligado á someterse á la voluntad imperial, fué abandonado por sus soldados, como lo habia previsto, y completamente derrotado, pues Cárlos XII y los suecos consiguieron una victoria completa, y el duque fué hecho prisionero. Conducido á Reval, y puesto en libertad bajo palabra de honor, estuvo allí un gran rato, y aunque no recibia de Cárlos XII mas que una modesta pension, no se hablaba mas que de sus enormes gastos y desórdenes. Se aseguraba que en las numerosas orgías que presidia tenia la singular facultad de desemborracharse cuando los demas convidados estaban embriagados como muertos. Para ello le bastaba desembarazarse de su ancha peluca á lo Luis XIV, y en el momento los vapores del vino, saliendo de los poros de su cráneo como un vapor espeso y baquico, le dejaban la cabeza sana y libre en términos de poder comenzar de nuevo á beber. El rey de Suecia, que no solamente se habia apoderado del duque, sino de sus tropas, habia dado libertad á los soldados conservando solo á los principales gefes. El duque de Croy amontonó deudas sobre deudas, y murió en 1702 sin haberlas pagado. Se preparaban á enterrarle, cuando la familia N. llman, y otros acreedores reunidos, se opusieron á sus funerales, para lo que les concedia derecho una antigua ley sueca, que condena á los deudores á ser privados del honor de la sepultura. En consecuencia, el cadáver del duque fue depositado sin pompa en una humilde bóveda, esperando que alguno de sus parientes le hiciese el favor de sacarle de aquel sitio. Pero ninguno de los Croys de aquella época tuvo esta consideracion para el ilustre difunto, que fué olvidado en su rincon por espacio de 118 años (*). Al

(*) *Walter-Scott nos afirma positivamente que la familia de Croy desciende de Quintin Durward.*

(*) *El emperador de Rusia ofreció pagar la mitad de las deudas del*

cabo de este tiempo, el marqués de Paulicci, gobernador de Reval, hallando que la penitencia mortuoria duraba demasiado, quiso ponerle término, y mandó el entierro definitivo del general de Pedro el Grande. Hizo sacar al duque de Croy de su féretro provisional... pero ¡oh sorpresa! estaba en un estado de conservacion, que parecia maravilloso. Su traje estaba intacto: se hubiera podido creer que aun vivia. No obstante, era imposible, á pesar de esta rara circunstancia, mirarle como un santo y canonizarle, pues no habia muerto de ningun modo en estado de gracia, y hubiera sido un escándalo exponer los maravillosos restos á la veneracion de los fieles. Sin embargo, el marqués de Paulicci no pudo resistir al deseo de ofrecerle á la curiosidad pública. Por tanto, el vencido en Narva fué colocado en la iglesia de San Nicolás, bajo una urna de cristal en un lecho lujosamente adornado.

Hace veintidos años que la muchedumbre se reune en derredor de este singular sepulcro, y el sacristan, que lo muestra á los curiosos, saca una buena renta: el arrumado ha hecho su fortuna.

Causábame repugnancia ver traficar así, con una rareza sepulcral, y me acerqué á ella con asco: el célebre muerto se presentó en efecto delante de mí, no solo en huesos, sino en carne, á pesar de no haber sido embalsamado. El duque de Croy, cuyas facciones no estan de ningun modo desfiguradas, conserva aun su vestido de terciopelo carmesí, la balona de encajes, las medias de seda y la camisa con que fué *depositado* en el féretro, hace ya ciento cuarenta años. El viejo sacristan de San Nicolás lo muestra con orgullo á los estranjeros, y cuando se quiere colmarle de alegría, no hay mas que dirigirle estas palabras:

—Es pasmosa la semejanza que teneis al duque de Croy.

—¡No es verdad! responde lleno de gozo y entusiasmo; y con efecto, la costumbre de vivir con el cadáver del que él llama su *amado bienhechor*, le han identificado con él en cierto modo. *¡Los que se juntan se parecen!* es ya un proverbio: así el sacristan se lisonjea en algun modo de no ser mas que una misma cosa con el duque. ¡Qué triste unidad!

No obstante, nada hay menos respetuoso que el modo de tratar su ataud y sus restos. Sacude los brazos, las piernas y la cabeza del muerto, sin respeto ni piedad, sin ceremonia ni moderacion, y con la mas reprensible irreverencia. Nada le importa que se grite, que se ria ó carcajadas sin respetar la muerte ni lo sagrado del lugar, con tal que en seguida se saque el bolsillo. Pagad bien, y todo irá á las mil maravillas.

Habia sucedido recientemente una graciosa aventura en aquella misma iglesia de San Nicolás. Hela aquí: Inés, bella jóven de Reval, tenia por amante á un mancebo llamado Dmitri. Un dia, ambos amantes se paseaban juntos en las orillas del golfo, cerca de las ruinas del antiguo convento de Santa Brígida.

—Dmitri, dijo la hermosa, teneis fama de inconstante; verdad es que me jurais un amor eterno, pero lo mismo habeis hecho con otras muchas.

—No, Inés mia, sois tú eres la dueña de mi corazon.

—¡Ah! ¡si dejases de amarme!

—Si yo dejase de amarte, que Dios me castigue en el momento; que me quite la juventud y la vida, que no tenga piedad de mí, que me reduzca al estado del duque de Croy.

—¡Qué idea tan horrible! ¡Callad!

—¡Inés! ¿Tú dudas de mi amor? pues bien, quiero tranquilizarte; vé mañana por la noche á la iglesia de San Nicolás, y allí, al pié del altar, juraré solemnemente casarme contigo

duque de Croy, con tal que su familia consintiese en hacerle enterrar; pero ella, segun dicen, lo rehusó.

¡Quedarás así satisfecha! ... Dios oirá mi juramento.

—Iré, respondió la jóven.

Al dia siguiente, á la hora convenida, Inés se encaminó á la iglesia y llegó llena de amor y de esperanza, habiéndose procurado antes los medios de introducirse en el templo; pero entró y solo halló tinieblas y silencio, al llegar á la primera cita.

—¡Cómo! ¡No ha venido aún! dijo la jóven turbada; ¿si habrá cambiado de pensamiento! ...

Agitada con sombríos pensamientos, se arrodilló y se dirigió á Dios, esperando al amante adorado. Puesta en la tierra, no era al cielo á quien pedia, pero al menos á él era á quien rogaba.

Pasóse la hora sin que Dmitri llegase, y la desconsolada niña se levantó con espasmos de inquietud y vértigos de terror.

—Ya no me ama, se decia á sí misma; me ha engañado y se burla de mí. ¡Dios castigará al pérfido!

En este momento percibió en una de las estremidades de la iglesia, una luz viva y rojiza que salia al través de las hendiduras de una puerta. Abrióse esta, y vió una sacristana donde habia una estufa: ¿quién habrá encendido fuego á esta hora! .... ¿Con qué objeto! ¿Para quién!

Inés corrió hácia el sitio misterioso; su corazon latia con fuerza. Abrió la puerta con precaucion, y vió un hombre sentado en un ancho sillon enfrente de la estufa, que con la espalda vuelta se estaba calentando.

—¡El es! ¡Mi Dmitri! dijo Inés; y se acercó pálida y turbada; sus pasos apenas tocaban el pavimento, ni casi sabian ruido.

—Aquí estoy, amado mio, dijo en voz baja; ¿pero por qué este fuego!

Al decir estas palabras, se acercó y dió un espantoso grito. Dmitri, el bello Dmitri, habia cambiado de forma y de aspecto, y se hallaba en el estado de un cadáver, en el estado de el del duque de Croy, y así convertido en una momia delante de ella, estaba sentado y se calentaba á la estufa. ¡Desdichada Inés! El horror se pintaba en su rostro, y recordó con espanto las palabras de su amante en las ruinas de Santa Brígida.

—"Si yo ceso de amarte, que el cielo me reduzca al estado del duque de Croy."

—¡Ay Dios mio, Dios mio! esclamó; es así como debia volverte á hallar! Dmitri, eres tú. ...

La desventurada amante queria reunir todas sus fuerzas y acercarse mas; pero un negro velo oscureció sus ojos, y la pareció que el cadáver se removia, y que oia el crujido de los huesos; la miraba .... y se reia. ... helada de espanto, loca y dando gritos inarticulados, huyó como un relámpago, atravesó la iglesia á pesar de los obstáculos y de la oscuridad, y llegó á la puerta. Un hombre la cerró el paso.

—¡Inés! esclamó; era Dmitri.

La asombrada jóven cayó en los brazos de su amante, el cual no comprendia nada del espantoso estado en que la encontraba. ¡Qué delirio! ¿Qué era lo que ella decia!

—¡El duque de Croy! ... está allí sentado, y se calienta en una estufa...

—¿Qué escucho!

—Ha resucitado.

—¡El duque!

—Y le he tomado por vos.

Inés estaba casi desmayada. Dmitri la llevó en sus brazos, y despues de haberla dejado en su casa, corrió á la de un magistrado.

—El duque de Croy, le dijo, ha resucitado esta noche.

—¡Vamos! Estais loco.

—Venid, ¿e vereis por vos mismo cómo se calienta en la sacristía despues de haber encendido la estufa.

Dirigióse el magistrado á la iglesia; llegó al lugar en que reposaba siempre el ilustre difunto, vió el lecho vacío, y entrando en seguida en la sacristía, hallóse con el cadáver.

—¡Quién va! dijo una voz ronca, y el

magistrado cayó de espaldas, no dudando que el resucitado era el que le dirigia la temible pregunta, y creyó morirse en el acto. Felizmente Dmitri le seguia á corta distancia, y se apresuró á socorrerle: le levantó y preguntole.

—Si. . . . el duque sentado. . . . cerca del fuego!. . . esto es inaudito. . . . el muerto se calienta.

En esto se presentó el sacristan, y todo se esplicó sin prodigio.

—Vos aquí! dijo el magistrado.

—Sí: cerca de mi querido bienhechor.

—¿Pero qué haciais con él?

—Le calentaba.

—¿Para qué?

—Era preciso secarle porque el tiempo está muy húmedo. El duque estaba mojado sobre su lecho, y no solo sus vestidos se echaban á perder, juro que hasta su misma figura se alteraba. Por eso he encendido fuego y caliento á mi querido bienhechor.

El sacristan habia ido á buscar leña para su estufa, en el momento en que Inés apercibió al duque, y él era el que volviendo con su provision y oyendo á alguno acercarse, habia gritado: ¡Quien va! Este hecho, como puede suponerse, fué despues referido largo tiempo con numerosos comentarios.

Al dia siguiente, caballos de posta me conducian al castillo de Kolk, donde me esperaban amables amigos. El general Brevern me acompañaba. Dimos de paso una mirada á las ruinas de Santa Brígida, y recogí en el curso del camino muchas leyendas sobre el pais; he aquí algunas.

Uxkull era uno de los mas poderosos señores y de los mas belicosos caballeros en la edad media. Habitaba una fortaleza cercana de Reval, de la cual huyó de sus esclavos temeroso del castigo de una falta grave que cometiera. Uxkull siguió á su esclavo, pero este se habia refugiado en la ciudad libre de Reval, y nadie tenia el derecho de apoderarse de él sin autorizacion; pero Uxkull era de aquellos hombres feroces y atrevidos que ningun obstáculo detiene, y que ningun riesgo hace retroceder. Ostentando su altanería entró en la ciudad, se apoderó de su esclavo, y él mismo y con su misma espada le cortó la cabeza, antes que los magistrados tuviesen tiempo de hacerle sus justas reclamaciones. La espada de Uxkull cortaba admirablemente.

Conmuévese la ciudad; el soberbio caballero habia violado las leyes divinas y humanas. Nada habia respetado, ni el sagrado derecho de asilo, ni la autoridad legal, ni las costumbres del pais, ni los fueros de la ciudad. Reval debia ser vengada.

¡Mas cómo apoderarse del arrogante guerrero! ¡Cómo lograr que abandonase su fuerte castillo! ¡Cómo prenderle y castigarle! Habia en la ciudad una bella y noble dama, á la cual rendia sus homenages.

El orgulloso Uxkull, aunque no habia hecho ningun progreso en su corazon, tenia la costumbre de creer siempre seguro el triunfo. Una noche le entregaron un billete.

"Querido Uxkull: largo tiempo he combatido y ocultado mis sentimientos por vos; pero al fin triunfais, yo os amo, y lo que es mas, os lo confieso. Venid esta noche á Reval, yo misma os abriré en secreto la puerta pequeña de mi casa, cerca de la de Steinbock, venid; contaré las horas con la impaciencia del amor."

Esta carta mal redactada y peor escrita, nada tenia de elegante ni de ingeniosa. Este no era un mensage de amor en buena regla, pues le faltaban una multitud de medias tintas y delicadezas, las transiciones no eran buscadas con miramiento, su estilo era crudo y la declaracion repentina. Una dama de alto rango no podia descarriarse de tal modo. . . . pero Uxkull, con su carácter presumido, no dudó de que el billete pudiera ser fingido, se habria sonrojado de pensar que una muger dejase de responder á su llamamiento; así se adornó con la mayor elegancia, y apenas llegó la noche llamó á la inmediata puerta.

¡Oh traicion! apenas habia puesto la mano sobre la aldaba. . . . cuando muchos hombres armados se arrojaron sobre él, y hecho prisionero y cargado de cadenas, quedó en poder de la ciudad indignada que iba por fin á vengarse. Apenas llegó á noticia de los nobles del pais la prision de Uxkull por medio de un pérfido lazo, tomaron las armas y reclamaron el prisionero. Los magistrados de la ciudad respondieron con audacia que no debian recibir órdenes de nadie, y en seguida Reval se vió cercada. Los sitiadores tenian en su favor el valor y la fuerza; los sitiados tenian el derecho y la justicia: ¡derecho y justicia! palabras vanas, entonces como hoy dia; la razon era del mas fuerte.

Era muy natural que los magistrados de Reval serian necesariamente vencidos, la ciudad tomada por asalto, y que la espada triunfara. No importa, la ciudad vengará su agravio. La trompeta ha resonado bajo los muros, y se intima la rendicion.

—Abrid las puertas en el instante! gritó un heraldo. Los magistrados respondieron: *Estó bien*, lo que equivalia á la palabra *sí*. Fueron en busca de las llaves de la fortaleza, y los portadores condujeron á Uxkull á la plataforma que dominaba la antigua puerta gótica llamada *Schmiede-Pforff*.

—Caballero, gritaron los defensores: en el momento se pondrán las llaves en vuestras manos: aguardad algunos instantes, en tanto os ofrecemos la cabeza de Uxkull. Habiéndolo condenado la justicia, nosotros ejecutamos la sentencia.

Al mismo tiempo el cautivo caballero fué degollado á la vista de los sitiadores, y la ciudad les abrió sus puertas (*).

(*) *En Reval conoce el buen Alejandro de Uxkull, gentil-hombre del emperador y descendiente del famoso caballero de quien hablamos.*

Ciertamente habia un valor inmenso en desafiar así un ejército triunfante, en el momento mismo en que se rendia á discrecion; pero este valor salvó á Reval. Los nobles que la sitiaban conocian muy bien que su hermano de armas habia estado muy lejos de hallarse sin culpa en el suceso que habia ocasionado su muerte, y no podian menos de admirar la intrepidez con que los magistrados de la ciudad habian pronunciado la condenacion del culpado, y ejecutado la sentencia con riesgo de un castigo horrible.

Ninguna venganza se tomó, y solo se dió órden, en expiacion de la muerte de Uxkull, que la puerta de Schmiede-Pforff, donde habia perecido el célebre caballero, se condenase y tapiase para siempre. Con efecto, así subsistió hasta el reinado de Catalina II, que la hizo abrir.

La cuchilla del verdugo que cortó la cabeza de Uxkull, se conserva en Reval en el museo nacional. En la hoja de la cuchilla, se leen dos versos que dicen:

No fué muerto por venganza,
Sino por voluntad del cielo.

En el siglo XV habia en las cercanías de Reval una familia noble y opulenta, que se distinguia con el apellido de Scheremberg: una de las poderosas damas de esta ilustre casa, habia reunido cierto dia en su castillo una numerosa asamblea. En el fondo del salon donde el festin se celebraba, habia una inmensa sala tan inmensa como pequeña. ¡Era obra de la castellana!

—¡Noble señora! dijo uno de los convidados; ¡qué magnífica es esta casa!

—Sí, murmuró una voz envidiosa; ¡es muy bella, pero no muy duradera!

Oyólo la castellana, que orgullosa y altanera como Uxkull, se creia privilegiada en todo y para todo, y su felicidad le parecia una gracia debida de

justicia, del mismo modo que su fortuna un derecho inatacable.

—Duradera! repitió alzando su soberbia frente. Tan sólida y tan durable como lo es y será la estufa construida aquí para mí y para toda mi descendencia. Todo en mi casa es *eterno*.

En el mismo instante salió una carcajada informal de la magnífica estufa que ella señalaba con el dedo, un crujimiento espantoso la sucedió, y la estufa se rajó y cayó á pedazos.

Palideció la señora de Scheremberg, y en aquel mismo año la afligió una série continua de desastres y desgracias, pues su fortuna se desmoronó, y su estufa y su orgullo como su fortuna.

Murió sin dejar siquiera con qué pagar sus funerales, y algunos amigos cartularios le pagaron un modesto entierro. En cuanto á sus descendientes, no pudieron recobrar el antiguo esplendor de los Scheremberg, y la familia ha permanecido siempre pobre.

Al volver á Reval fuí á ver al gobernador de la plaza Patkull, pues deseaba conocerlo, porque me refirieron una historia singular que pertenece á su familia. El gobernador, que es de una talla muy alta, tenia entre sus abuelos un guerrero gigantesco y excesivamente orgulloso con su alta estatura. Ocurriósele un dia colgar del techo una enorme lámpara de cristal sin servirse de escalera ni taburete, y sin empinarse siquiera sobre las puntas de los piés; encantado de esta obra maestra, depositó una suma considerable en un establecimiento público, con órden de no entregarla sino á uno de sus descendientes que llevase el apellido de Patkull y que pudiese quitar la araña de su lugar sin escalera ni taburete. Ningun Patkull se ha hallado desde aquella época con una estatura bastante aventajada para poder descolgar la araña y cumplir el estravagante deseo de su altísimo ascendiente.

¡Y el dinero! El cristal pende aun del techo y la suma aguarda al gigante.

Lo siento por Reval; pero todas sus crónicas inducen á creer que la vanidad era allí en otro tiempo la base fundamental del carácter de sus buenos habitantes. ¡Líbreme Dios de pensar que es ahora así! pero yo no juzgo, sólo refiero.

EL REYEZUELO.

El reyezuelo es el mas diminuto de nuestros pájaros. Los hay de muchas clases, y así se les da diferentes nombres, segun tambien las diferencias poco perceptibles ó al menos poco notables que existen en su especie. Su pico es delgado, corto y un poco comprimido, los agujeros de su nariz cubiertos de una plumilla muy fina, su lengua cartilaginosa muy puntiaguda, áspera por su estremo y las alas cortas. El color del fondo de su pluma es verde con algun tanto oscuro; pechuga y garganta pajiza, y el vientre blanco tirando á pardo. Por un contraste bastante notable el reyezuelo fabrica su nido en la tierra, en el corazon de algun enmarañado jaral y entre hojas secas, y lo hace con plumon, y tan pequeño, que fácilmente se oculta á los ojos de los mas prácticos y perspicaces. Los ingleses le llaman *chif-chaff*, cuyo nombre reproduce con bastante exactitud el ruido que produce su gorjeo. En Francia se le designa bajo el de *tip-tap*, tambien por una imitacion de su canto, cuyos sonidos repite siete ó ocho veces y con la mas grande precipitacion y volubilidad, y en España le designan con el nombre de *reyezuelo*.

VARIEDADES.

JOSÉ ZORRILLA.

¿No es notable que, como la historia de la humanidad dentro del sistema de Vico, giren dentro de un mismo círculo la mayor parte de las biografías de poetas! Sus padres siguen todos el axioma de Platon, que escluia de su república á los soñadores. Quieren que sus hijos tomen parte en las maniobras activas de la nave social, echando mano, ya á los cables, ya al timon, ya al silbo del mando, mientras los poetas, teniendo mas placer en consultar las estrellas sobre el rumbo del buque, como el Chatterton de Alfredo de Vigny, pasan su infancia contemplativa en choque con las miras domésticas, y si salen á voces maldecidos y muy á menudo maltratados vencen casi siempre.

La vida de D. José Zorrilla ofrece un ejemplo notable de los triunfos que la imaginacion filial compra muy caro contra el dictámen paterno.

Habiendo nacido en Valladolid el 21 de Enero de 1817 de D. José Zorrilla, magistrado de la chancillería, y de Doña Nicomedes Moral, vivió en su infancia desde la ciudad natal á Burgos y á Sevilla, donde su padre estuvo empleado. Nombrado éste en 1827 alcalde de casa y corte, fué á Madrid en donde tuvo tambien un cargo elevado en el ramo de policía. Colocó á su hijo en el Seminario real de los nobles, vasto establecimiento que estaba al cuidado de los jesuitas, y dotado de grandes privilegios por el rey. En él se daba una educacion sólida y brillante, á los primogénitos de las primeras familias del Estado. Zorrilla estudió en su compañía hasta 1833 las humanidades, la filosofía, las matemáticas, las lenguas, el dibujo, la música, y demas conveniente al desarrollo de su rica imaginacion.

Como á la salida del colegio no viviera ya su padre en Madrid, se incorporó á él en una pequeña villa de Castilla la Vieja, donde estaba confinado de real órden con prohibicion de acercarse á la corte y á los sitios reales.

Muere luego Fernando VII, y su testamento suscita la guerra civil. ¡Dejará el antiguo magistrado á su hijo por defender sus principios políticos? Lo quiere con ardor; pero es vencido por su deber de familia. Tres años permanece en su oscuro retiro, atento al estudio de las leyes que sigue su hijo en las universidades de Toledo y de Valladolid. ¡Sacrificio inútil! Los áridos campos de la jurisprudencia desagradan al poeta naciente que está engalanado con los perfumes literarios que ha traido del colegio de los jesuitas. Cáensele de las manos los códigos latinos y castellanos por deleitarse con el *Romancero*, D. Quijote ú los dramas de Calderon. Cediendo á las reiteradas amonestaciones de su padre, se levanta para ir á la cátedra de derecho civil, y segun va andando, ya se

para delante de un baile de gitanos, ya le arrastra un soldado viejo que cuenta una batalla, ya se descarria en pos de dos estrellas, ya le embebe un canto en las leyendas de los moros y de los árabes, ya le representa una ruina la España antigua y los compañeros del Cid.... De esta suerte nuestro estudiante de leyes, concluyendo por sentarse sobre una piedra, dibuja los caprichos de un arabesco durante la esplicacion del derecho, ó bosqueja un romance en verso de una disertacion sobre los *fueros*.

En suma, sabia de memoria al fin del año todas las tradiciones de Toledo; pero el árido estudio desapareció de él al soplo de la poesía, como una nube de polvo al del levante.

Sucedió, pues, lo que era inevitable. El padre, deseoso de que su hijo fuera un gran jurisconsulto; y el hijo, arrastrado de sus inclinaciones naturales, se irritaron el uno contra el otro hasta indisponerse entre si. Tal fué el único proceso capaz de interesar al jóven Zorrilla, y este como aquel desplegaron igual energía, creyendo litigar cada uno *pro domo sua*.

—Si no te gusta la carrera de leyes, dijo el padre, toma la azada y ve á cerdar nuestras viñas.

—Ya que mi padre, se dijo á si mismo el hijo, me ha dado una educacion contraria á sus proyectos, prefiero sacar de ella el partido que me conviene, á aprovecharla en nuevos estudios contrarios á mi aficion.

No era del todo disparatado el razonamiento, si no hubiese mediado la desobediencia que por desgracia llegó hasta la imitacion del mismo pródigo.

Un dia nuestro poeta, apurada su paciencia, sale de la casa paterna y mira al horizonte por el lado de Valladolid. Como las brujas de *Macbeth*, le llaman en coro las leyendas de la antigua ciudad. Aparecen á sus ojos los monumentos góticos y bizantinos de un modo deslumbrador.... En el centro se representan las fiestas de la corte con sus cabalgadas de señoras y de hidalgos. Zorrilla no puede contenerse ya: ve una yegua que pacia en el prado de un primo suyo, y la monta en pelo y sin estribos. Dirige un suspiro y una lágrima hácia el albergue de su infancia, aquella casa cara á su corazon, pero que tiene á sus ojos la forma de un código monstruoso que es preciso hojear dia y noche.... Ya le teneis andando para Valladolid en su carcel, aguijando con el talon, mientras la aguija á él mismo la musa que monta en grupa y galopa con él....

Leida la infancia de Jaime Callot, fácil será imaginar las aventuras de nuestro poeta, cuya narracion no se nos permite, pues tambien halló este el camino de la gloria en una carreta de gitanos errantes.

¡La gloria! Sin ella no podia justificarse. Su padre, arrebatado de su retiro por sus enemigos, una vez que no contaba ya con su hijo, empeña secretamente su fortuna y pasa al campo de D. Cárlos. Aquí sus amigos se convirtieron en adversarios suyos por la inflexibilidad de sus principios, y emigró á Francia antes del convenio de Vergara. Entonces se presentó á su hijo la ocasion de un noble desquite....

Zorrilla se estrenó en la poesía por medio de un rasgo de maestro, *el Sepulcro de Figaro*. Habiéndole dado á conocer esta obra, vierte á torrentes su númen, publica volúmenes sobre volúmenes, populariza su nombre en España y en América y se halla contrahecho por los libreros estrangeros, discutido y admirado por todos los críticos de la Europa, y sobrepuesto, en fin, á sus rivales en la edad en que estos eran todavía desconocidos. Su fama llega hasta su padre desterrado, que en un principio la contempla con enfado, sintiendo que un talento que hubiera dominado en el foro, se emplee acaso en locas rimas y en caprichos impíos ó escandalosos. Abre con repugnancia ó tal vez con cólera los libros de su hijo, y ¿qué halla en cada página de ellos? ¡Oh sorpresa! Los principios religiosos mas sólidos y mas puros, las heróicas memorias por las que ha sacrificado su propia vida, las tradiciones de la gloria y fe españolas, animadas en narraciones tiernas y cantadas en estrofas armoniosas.... Bendice los versos que habia maldecido, aplaude, llora y aun hace mas, pues llama y abraza á su hijo.

Zorrilla abriga entonces con su nombre amado el sospechoso de su padre, sirviendo de egida al proscrito su reputacion. Le facilita la vuelta á España y la restitucion de sus empleos, honores y servicios, hasta los prestados á D. Cárlos.

Admirable dia para los dos, y venganza digna de ambos.

Ocurrió en 1845 la entrada del padre, quien, reunido con el hijo en seguida, se fué á su suelo natal Torrequemada. En breve el segundo presenta al primero la muger con quien está enlazado, y todos tres pasan juntos los veranos de 1847 y 1848. ¡Por qué duró tan poco esa gran dicha! Preguntádselo á la Providencia. En Setiembre de 1849 murió el padre de Zorrilla, sofocado por la gota, sin que hubiese podido desempeñar sus bienes gravados por la desgracia y el destierro. Indicó sábiamente á su hijo los medios que le sugeria la ley para salvar su fortuna; pero el noble poeta, temeroso de esponer un nombre sin mancha en medio de los litigios, aceptó á ojos cerrados todas las deudas, y dejó á los acreedores su herencia entera.

Quisieron sus amigos resarcirle con alguno de aquellos beneficios simples que dispensan los gobiernos á los escritores que en servicio de ellos emplean su pluma. Mas habiendo jurado Zorrilla á su padre que jamas tomaria partido contra los campeones de D. Cárlos, cumplió religiosamente su promesa y conservó toda su independencia literaria fuera de las regiones políticas.

Las obras poéticas de Zorrilla forman 26 tomos que comprenden casi 200.00 versos. Un númen tan fecundo recuerda á Calderon y Lope de Vega. Sus obras han producido grandes sumas á los editores y á los contrafactores. M. Baudry ha reimpreso en Francia sus tres cuartas partes, é inundado así la Europa y la América. Los asuntos principales son las tradiciones históricas y religiosas de la España y del Oriente. Acaba el autor de fijarse en Paris, para revisar, completar y publicar por si mismo, á manera de M. de Lamartine, una edicion que será la única reconocida por él. El *Mundo Pintoresco*, honrado con sus mas preciosas confianzas, publicará los episodios suyos inéditos. He aquí la continuacion de sus

FRAGMENTOS

DEL LIBRO X DE GRANADA, POEMA ORIENTAL DE D. JOSE ZORRILLA.

IV.

¡Qué hermosas son las noches de Granada!
¡Cuánto placer la atmósfra respira!
¡Con qué rumor tan grato perfumada
Susurra el aura que en sus huertos gira!
Su misteriosa soledad, poblada
De árabes genios, languidez inspira,
Y no encierran los senos de su sombra
El vago miedo que en la noche asombra.

El canto de los pájaros cancros
Que anidan en sus bosques, embeboce:
El ruido de sus árboles sonoros
Y de sus frescas aguas, adormece;
De la brisa en los pliegues sucolores
Vagabundo el espíritu se mece;
Todo reposa allí bajo el imperio
De un oriental incógnito misterio.

Encantada ciudad cuyas historias
Piden del rey profeta el harpa de oro;
Sultana del Genil, cuyas memorias
Evoco á solas y en silencio adoro;
Alcázar oriental de cuyas glorias
Envidioso está el mundo, bien el moro
Dijo al decir que la mansion divina
Está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal de tu estrellado cielo
Se ve la faz de Dios que centellea:
No hay quien detrás de su flotante velo
La omnipotencia de su ser no vea:
No hay quien escrita en tu fecundo suelo
La realidad de su poder no lea:
No hay quien contemple tu nocturna calma
Sin alzarle un altar dentro del alma.

¡Tierra de bendicion! ¿quién no te adora?
¡Tierra de amor, en que el placer se anida,
En tus dulces recuerdos se atesora
Toda la gloria de mi inquieta vida!
¿Quién de ti, si te ve, no se enamora?
¿Quién tus noches espléndidas olvida?
Bien hizo el que á tus piés por no perderte
Peleando tenaz buscó la muerte.

Es una noche azul de primavera,
Millones de lucientes luminares
Dan tibia luz á la terrestre esfera;
De flores aromáticas millares
Alfombran ya la tierra, y la ligera
Brisa en su régia estancia de Comares
Introduce sus vírgenes olores
A través de sus áureos miradores.

Sobre cojin morisco reclinada,
Los piés doblados sobre escasa alfombra,
Yace la que de la árabe Granada
Al fin sultana sin rival se nombra.
Rico dosel de seda estrelada
Da á su lánguida faz templada sombra,
Y pantalla chinesca en su penumbra
Guarda el mechero que el salon alumbra.

En la azucena pálida de Loja:
Es de Alí-Athar la tímida gacela:
Es la muger que trémula cual hoja
De triste sauce, duda, ama y recela.
Moraima es cuyo ánimo acongoja
Pesar secreto que la tiene en vela,
Es la sultana de cabellos de oro
Que el alma hechiza del monarca moro.

Kaci, su negro y perspicaz Nubiano
Yace á sus piés con languidez tendido;
La frente apoya sobre la ancha mano,
Fatigado tal vez, tal vez dormido;
Mas la mirada fija del enano
Y la abierta nariz y atento oido
Al que su instinto y lealtad comprende
Advierten que sagaz á todo atiende.

En el oscuro camarin, formado
Por la maciza fábrica del muro,
Y en donde se abre el agimez dorado
Que da aire y luz al aposento oscuro
Al estilo de oriente fabricado,
Contempla el cielo otra muger; su duro
Contorno sobre el cielo se destaca,
Pues fuera del balcon el cuerpo saca.

Es Aija la despótica sultana,
El genio protector del islamismo,
Que desde aquella arábiga ventana
Mide del porvenir el hondo abismo.
Genio tenaz, encarnacion humana
De la fé, del valor y el heroismo,
Genio que á parecer en otra era
Méntir á los horóscopos hiciera.

Con el rumor del bosque confundidos
Que sombrea la torre de Comares,
Trae el aura fugaz á sus oidos
Del bullicioso pueblo los cantares.
A sus vasallos quiere entretenidos
Tener el moro rey en sus hogares,
Y el mal que sus horóscopos predicen
Cantando olvidan y á su rey bendicen.

José Zorrilla.

UN ARTISTA.

I.

El Judío.

—¡Ricardo! ¿es posible que nunca dejeis el cincel de la mano? Yo creo que aun en sueños no haceis otra cosa que delirar con nuestras estátuas; y á fe que nuestra aplicacion os sirve bien poco: siempre matándoos por trabajar, y sin embargo, jamas podemos salir de la miseria en que ya va por tres años en que nos vemos sumidos.

—Callad, buena Mónica; tal vez no está lejos el dia que alumbre nuestra fortuna.

—¡Y si en tanto nos morimos de necesidad!

—La Providencia asiste al desgraciado, y por lo mismo no ha de abandonarnos á merced de nuestra infanda suerte. Ademas, por muchas sombras que empañen el horizonte de nuestro porvenir, yo he de atropellar por medio de ellas, y han de desaparecer ante la antorcha refulgente del genio. Tengo en mi mente una santa inspiracion que nadie será capaz de arrebatarme, y esa inspiracion ha de elevarme un dia tanto sobre los demas seres, que al través de la nube de gloria que me circunde, tan solo Dios ha de alcanzar á comprender lo sublime de mis ideas.

—Estais loco: vagais por el ilusorio pais de las ideas, y no recordais las calamidades presentes que os agobian.

—Es verdad; pero diez dias corren muy presto, y pasados que sean, estará ya mi Crucifijo concluido. Delarch lo verá: no podrá menos de admirarlo; y entonces... entonces alcanzaré un nombre célebre que me distinga entre los principales artistas, una posicion que honre mi mérito, y una corona tal vez... ¡Oh! Mónica, á los veinte años delira el corazon con esperanzas de gloria; á los veinte años hierve en el pecho un entusiasmo que nos agita..... que nos arrebata..... ¡Oh! no daria yo mis ilusiones de artista por los goces que un potentado disfruta en su palacio.

—Bien dicen, que la juventud es la fuente de las ilusiones.

—¡Y esas ilusiones son tan hermosas!

—¡Ricardo! ¿Y las realidades que os rodean? ¿y la enfermedad de vuestro padre!

—¡Oh Mónica! Mi padre... mi padre... teneis razon..... está enfermo..... es necesario que yo busque dinero y que compre el medicamento que ha de darle la vida; ¿pero de dónde lo saco? ¿quién me lo presta? Soy nuevo en esta ciudad, y por lo mismo no cuento en ella con ningun amigo de quien poder valerme; ademas, carezco en el dia de reputacion artística, y nadie querrá pagar mi trabajo adelantado. ¡Oh Vírgen Santa! ¡Ver un hijo padecer á su padre, y no poderle suministrar por su pobreza el único remedio que le daria la salud!

—No os aflijais tanto, hijo mio; tal vez se nos ocurra algun medio...

—Ninguno, Mónica. Si mi Crucifijo estuviese acabado, tendrian presto fin nuestras angustias; porque yo me lanzaria con él á los piés de M. Delarch, que dicen aprecia tanto á los artistas, y le diria: Toma el fruto de mis tareas; ahí teneis la obra que tantas horas me ha robado..... guardadlo para vos; pero dadme en este momento treinta libras que necesito para dar la vida á mi padre. ¡Oh! Estoy muy seguro que el mérito de mi obra ablandaria su corazon, por mas duro y empedernido que fuera.

—Pero esas palabras son vanas; sus situaciones apuradas; la actividad y las obras son las únicas que pueden proporcionar un remedio.

—Y bien, ¡qué quereis de mí! decidme que la sangre de mis venas puede volverle la salud, y me vereis rasgarlas hasta verter la última gota que contengan.

—Escuchad. ¡Si una idea que me ocurre pudiera salvarnos!

—Hablad presto.

—¿No recordais los ofrecimientos que os hizo aquel judío prestamista, al despedirse de vos en nuestra quinta?

—Sí, y bien...

—Tal vez si ocurriésemos á él....

—¿Y cómo encontrarle?

—Le ví entrar dias pasados en una casa inmediata á la nuestra.

—¡Oh Mónica! Dios sin duda os ha inspirado en este momento. Id pronto en busca de Ezequiel, que, ó ha de ser un ingrato, ó al recordar mis favores ha de socorrer mi necesidad.

Un cuarto de hora habia pasado desde que Mónica habia salido en busca del judío, cuando se le vió volver alborozada: ¡somos felices!... esclamó, lanzándose en los brazos del jóven artista y rebozando de alegría. Ezequiel viene.... ya está en la escalera. ¡Oh! Dios ha oido nuestras súplicas.

—Salud, jóven, dijo con afectacion el judío, dirigiéndose á Ricardo, y estendiendo al mismo tiempo una escudriñadora mirada al miserable aposento en que se hallaba.

—Salud, Ezequiel, respondió con dulzura el jóven artista.

—Sin duda tendreis alguna cosa que mandarme, cuando me habeis mandado llamar.

—Seguramente; pero ántes quisiera preguntaros si recordais haberme visto en alguna ocasion.

—Yo... no..., como ve uno tantas fisonomías, le es difícil retener ninguna en la memoria. Os habré prestado alguna vez dinero; y entonces....

—No es eso. Cuando veníais á Burdeos, ¿no recordais una casa de campo en que se os hospedó una noche de grande tempestad? Era la mia.

—Sí, es verdad, una remota idea conservo de eso, dijo el judío afectando indiferencia; pero, jóven, añadió á continuacion, en este momento me aguarda un quehacer improbo, por lo que si teneis algo que decirme, estimaria que despacháseis cuanto ántes.

—Sí..., sí..., nada mas justo, añadió Ricardo disimulando su amargura y palideciendo su rostro. ¡Oh ingratos hombres! murmuró despues entre sí, ¡qué presto olvidais los beneficios que se os hacen! Es el caso que tengo á mi padre enfermo.

—¡Y bien?

—Le amo tanto, que sacrificaria mi existencia por libertar la suya, y....

—Necesitais dinero, ¿no es verdad?

—Con treinta libras le doy la salud, ó le pierdo para siempre.

—¿Teneis alhajas?

—Ninguna. ¡Me engaño! una, sí; pero que ahora tal vez no reputareis por tal.

—De ese modo, ¿cómo quereis?...

—Atended. La alhaja de que os hablo es un Crucifijo que todavía está por concluir; pero un Crucifijo que pasados diez dias podrá valerme el oro suficiente con que satisfacer cien veces el pequeño préstamo que os demando.

—Eso es nada para mí.

—Ademas, Ezequiel, mi eterna gratitud.... mi amor....

—¡Bah, bah! Cuando el perro tiene hambre, no se satisface por cierto con las simples caricias de su amo. No faltaba otra cosa, sino que fuese á fiarme en la palabra de un mozo, y en una mala escultura que todavía está por concluir; porque ¿cómo puede ser buena una obra trabajada por un artista novel, sin esperiencia ni reputacion?...

—Ezequiel, esclamó Ricardo interrumpiéndole; os he llamado para pediros un favor, y no para que me insulteis.

—No es insulto la verdad.

—¡Judío! Callad vuestra lengua.

—¡Esto mas! Quedad con Dios, jóven, no quiero hacer caso de las palabras que os dicta una imaginacion loca y desenfrenada.

—¡Oh! no.... no os ireis, esclamó el artista lanzándose sollozante á sus piés. Perdonadme si os he ultrajado en mi locura. Me habeis dicho que era mi obra mala, y para un artista que funda en ella sus esperanzas, esto es mas cruel que si le arrancaran á pedazos el corazon.

—Vaya, ¡dejaisme paso?

—¡Y mi padre! ¡y mi padre! gritó Ricardo con acento sollozante. ¡Oh! yo no puedo verlo morir.... ¿no ois cuán se lamenta? ¡Oh! ¡piedad de mí, Ezequiel! En vuestra mano está salvarle.... Treinta libras.... treinta libras tan solo, y pedidme en cambio lo que querais; llevaos mis cinceles en prenda, llevaos todo lo que poseo; pero dadme las treinta libras.

—Me importunais demasiado con vuestras impertinencias; ea, hacedme paso, ó de lo contrario, presto á mis gritos haré acudir quien sepa castigar tamaña insolencia.

—Pasad, pasad.... prorumpió el jóven con una sonrisa de desesperacion; corazon empedernido, abandonad la casa del pobre y dejadle perecer en su miseria. ¡Oh rabia! ¡Y el cielo no vibra un rayo que confunda la impasibilidad de esos hombres sin sentimientos! ¡Y no se hunde el sitio en que fijo la planta! ¡Oh! casi me hace dudar en este momento de su justicia!—¡Cruel! ¡Y se ha ido! esclamó con dolor despues de haber visto salir al judío de su aposento, se ha ido sin atender á mis ruegos, sin atender á los sollozos de mi padre moribundo. Un hombre que pudiera dar la vida á otro hombre, tan solo con echar la mano á su repleto bolsillo, ha querido mejor guardar un remordimiento en el corazon, que sacar de la gaveta una cantidad miserable en comparacion de sus tesoros. Pues bien, ¡inhumano! añadió como herido de una repentina idea; yo te arrancaré la cantidad que me haz negado, y ¡ay de tí si opusieres resistencia, porque mi puñal es demasiado agudo para que puedas resistirle!

II.

La Cárcel.

Los primeros albores de la mañana comenzaban apenas á fulgurar en el Oriente, y un jóven se miraba reclinado en una de las ventanas de su prision. Este jóven era Ricardo, el cual se veia privado de su libertad hacia ya veinte dias. Tenia la frente posada en su diestra, y la terrible calma que manifestaba su semblante era un seguro indicio de la agitacion oculta que oprimia su pecho. Varias veces tendió su vista hácia las sombras que se hundieran en el ocaso, llevándole una noche de las contadas de su existencia: varias veces quiso tambien desplegar los labios, creyendo hallaria consuelo en contarse á sí mismo sus desgracias; pero estos arrebatos eran tan solo momentáneos, y volvia muy presto á sumergirse en la abyeccion primera. Así pasó el jóven las primeras horas del alba, y así hubiera pasado tal vez toda la mañana, si un ruido parecido al que forma un cerrojo al descorrerse, no le hubiera hecho levantar la cabeza y dirigir la vista hácia la puerta que acababa de abrirse. Un hombre de unos cuarenta años, de tez morena y ojos hundidos, de barba poblada y de estenuadas carnes, fué el que vino á interrumpir el silencio que reinaba en aquel aposento. Al ver el preso que se le acercaba, y que en la espresion de su semblante parecia querer hablarle, aunque aparentaba no atreverse por alguna consideracion, interpretó aquel silencio de un modo siniestro, y creyendo adivinar su venida, esclamó dirigiéndole una centellante mirada:

—Verdugo, ¡vienes ya por ventura á reclamar tu víctima?

El recien venido, conociendo el motivo que le hacia hablar de tal modo, se sonrió cual si no hiciera caso de tan brusca salutacion, y dando á su templada voz el acento mas dulce que le fué posible:

—No, jóven, le dijo; vengo tan solo á preguntarte si puedo seros útil en alguna cosa.

—¡Ah! ¡serme útil! murmuró el preso con abatimiento, ¿quién sois pues?

—Vuestro carcelero.

—¿Y desde cuándo un carcelero se conduele de sus presos?

—Jóven, entre los hierros y los cerrojos de las prisiones, puede tambien hallarse un corazon sensible.

—Es decir....

—Que yo, como vos, tuve tambien un padre á quien amaba de todo corazon, y á quien por librar de las garras de la muerte, me ví obligado como vos á ser criminal. Pero esto no viene al caso; ved si puedo seros útil, repito, y con tal que no me pidais vuestra libertad, porque me seria imposible proporcionárosla, pedidme lo que gusteis.

—¡Hombre generoso! esclamó Ricardo; venid á los brazos del que de hoy mas se dirá vuestro mejor amigo. Tambien yo he idolatrado á mi padre, tambien yo espuse mi vida por salvar

la suya, logré lo segundo, y por lo mismo nada me importa que haya de rodar mi cabeza sobre un cadalso.

—Y sin embargo, es muy amable la vida cuando corren los primeros dias de la juventud.

—No lo es para el que ve en ello tan solo un horrible caos de amargura. No lo es, para el que hallándose dotado de una alma noble y entusiasta, y de un corazon enérgico y emprendedor, tiene que humillarse raquítico bajo la mano del destino, sin que pueda jamas desde tan humilde asiento dar vuelo á las ardientes alas de su imaginacion. Sí, amigo mio, tú no sabes lo que sufre una alma que no tiene la fortuna de ser comprendida por los demas seres que la rodean, una imaginacion de artista que se sublima anhelante de gloria y que ve inutilizados sus esfuerzos: ¡oh! para ese la vida es un martirio, una desesperacion continua, y que cesa tan solo al llamarle la muerte desde la honda mansion del no ser.

—No os entiendo.

—¡Oh! Bien se conoce que jamas ha llegado á turbar la calma de vuestro pecho ese anhelo de un nombre que tantas veces ha perturbado mis sueños, esa fantasma de gloria que persigue al hombre tenaz é incansable, fascinando su vista con los mágicos fulgores que despide. Ahora mismo, amigo; en este momento en que debiera consagrarme tan solo á la oracion y olvidarme para siempre de esos deseos . . . ¡lo creereis! tiemblo al pensar en la muerte, porque no me es dado descender á la tumba con la frente ceñida de una corona. ¡Ah! si vos quisiérais, esclamó, cogiendo entre sus manos la derecha del carcelero, tal vez el lauro que por tanto tiempo he suspirado, llegará á ornar mi lecho funerario.

—No llego á comprenderos, repitió; pero podeis hablar á quien desea serviros.

—Escuchad, pues. Tres dias me restan de vida, y este es el tiempo que necesito para acabar mi última obra, obra ¡ay de mí! que no quisiera dejar sin concluir. Id á casa de mi padre; traedme el Crucifijo que se halla en mi mesa, y traed tambien mis cinceles. Esta es la única gracia que os pido.

—¡Jóven! ¿quereis suicidaros con el cincel?

—¡Suicidarme delante del Crucifijo! No, amigo mio; no temais que el artista se olvide de que ante todo es cristiano. Id á mi casa, y si veis llorar á mi padre, decidle que su hijo llora tambien; pero de alegría por verle mejor. No le digais, por el cielo, que estoy condenado á muerte.

El carcelero, al oir estas últimas palabras del jóven, perdió el color súbitamente, y dando un abrazo á su jóven protegido, salió apresurado de tan miserable estancia.

III.

El Crucifijo.

El sol estaba muy cerca de la mitad de su carrera, cuando ya el pueblo de Burdeos se hallaba reunido á las puertas de la cárcel esperando dos cosas; que el relox anunciase las doce, y como consecuencia precisa que el reo saliese á su destino.

La multitud impaciente se agolpaba en rededor del patíbulo, deseosa de contemplar de cerca al jóven sentenciado que en aquellos últimos dias había sido el objeto de todas las conversaciones. El pueblo había oido ensalzar las virtudes del reo, y el buen comportamiento que había tenido con su padre, y no podia menos que condolerse de la suerte del jóven, reprobando la sentencia del tribunal, demasiado cruel en su concepto. Todos tomaban parte en las conversaciones populares de aquellos dias, y todos ensalzaban á su modo las prendas del jóven artista. Los ancianos consideraban como disculpable su arrebato, y tanto mas cuanto era un perro judío, como ellos decian, el objeto de su furor.

(Continuará.)

VARIEDADES.

UN ARTISTA.

III.

EL CRUCIFIJO.

(CONCLUYE.)

Las viejas decian que había sido un buen hijo, y que un escesivo amor filial no debia castigarse tan cruelmente. Las jóvenes alababan en Ricardo el amor que había mostrado en varias ocasiones, y sentian la pérdida de un jóven de tantas esperanzas. Las muchachas se condolian al saber que era un esbelto jóven el que iba muy pronto á finar la carrera de sus dias; finalmente, entre los muchos que hablaban, no faltó alguno que creyese que Dios no consentiria la muerte de un muchacho de tan bellas prendas, cuando un judío maldito (y lo decian por Ezequiel) era la causa de su sentencia.

Cual suele alzarse del fondo de los mares un sordo murmullo, producido por el viento tempestuoso que comienza á agitar la superficie de las ondas, así del centro de aquella muchedumbre, en la parte que todos hablaban, algunos reian, y los mas rumiaban impacientes por la tardanza del reo, se dejaba sentir un confuso susurro de voces que se perdia á lo lejos. Sonaron en este momento las doce, y el pueblo, como si hubiera sido tocado de un resorte mágico, enmudeció súbitamente; las puertas de la cárcel se abrieron, y la triste comitiva apareció en la calle.

—¡Qué sereno va! decian unos al mirar el paso seguro de Ricardo.

—Es que no le remuerde la conciencia, murmuraban algunas viejas.

—Y es muy buen mozo. . . ¡qué lástima! añadian las jóvenes.

—¡Por vida de mi abuelo! decian no pocos mozos; ¿merece la muerte de un judío la pena de quitar á un cristiano la vida?

Entre tanto marchaba el pobre Ricardo al patíbulo, fijos los ojos en el Crucifijo, su obra; Crucifijo que había legado á los hermanos de la caridad que le acompañaban, habiéndosele otorgado la gracia de que aquella divina imágen, bendecida ya por el obispo, le consolase en su agonía. ¡Oh! ¡cuán terrible era entonces la situacion del desgraciado jóven! Sentia su paso trémulo, y se veia forzado á apearentar fuerza y energía; tenia los ojos hinchados de lágrimas, y una fuerza superior le decia: *No te muestres apocado, derrita ese llanto el fondo de tu corazon; pero no lo viertas esponiéndolo á la befa de una muchedumbre que no se cuidará de enjugarlo.* Mi[illegible] raba en torno un pueblo que [illegible] que miraba, que se reia, [illegible] taba el capricho, y él [illegible]

nar los suspiros que ahogaban su pecho: un pueblo que mañana volverá otra vez á contemplar ese magnífico planeta que rige al universo, y que mañana danzaria y reiria tambien sin curarse del infeliz que habia dejado la mansion de los vivos. Cuando así discurria lanzaba del pecho oprimido un suspiro imposible de contener, suspiro dirigido desde el fondo de su corazon al corazon de su padre.

Absorto en estas ideas, continuaba el reo su marcha sin curarse del gentío que le circundaba, aunque dirigiendo maquinalmente y de vez en cuando sus miradas á la muchedumbre, cuando de repente helada la sangre en sus venas y fijos los ojos de luz, se paró súbitamente, no pudiendo sostenerse en pié. Era una imágen espantosa la que le sobrecogia, la vista del patíbulo que se alzaba á unos cuarenta pasos de distancia, y que se erguia en pié como para recibir á su nuevo huésped. En aquel momento esperimentó una sensacion espantosa, como si le arrancaran á pedazos el alma y el corazon.

¡Pobre Ricardo! Ya estás en el patíbulo; ya cuentas el último instante de tu vida; despídete de las ilusiones mundanas; no pienses ya en los laureles que deslumbran tu vista en medio del tumulto de las ciudades; son tan mentidos los goces de la vida, que no deben llorarse al despedirse de ellos. Pon tu sola confianza en ese Dios que asienta su trono sobre las bóvedas del cielo, en ese Dios que te depara una corona mas duradera que la que el mundo habiera podido ceñir á tu frente. Adios, Ricardo: las puertas de la eternidad ruedan ya sobre sus quicios para darte entrada, la muerte te reclama desde la fosa de tu sepulcro, y el ángel de los muertos aletea ya en torno de tus cabellos, esperando el alma que ha de conducir á la mansion de los vivos.

—Escuche... —El sacerdote, que hasta entonces habia rodeado al reo, concluida la misa, le dió su bendicion á restan de vida, y el último adios del que abandona para siempre el mundo; y el jóven que le escuchaba reverente, murmuraba en tanto el postrer rezo del que está en agonía.

Adios, hermanos mios, gritó Ricardo con esforzado aliento. Adios, hasta la eternidad. . . —y ¡oh pasmo! al ir á abrazar al Crucifijo, los brazos del Redentor ciñeron el cuello del sentenciado. . .

¡Milagro. . . . milagro! . . . gritaron los que rodeaban el patíbulo; milagro, repitió á lo lejos un continuo vocerío que se perdia en los estremos de la anchurosa plaza; que se salve, gritaron todos á la vez. . . es inocente. Y hombres, mugeres, ancianos, chicos, todos mezclados en turbulenta confusion, se lanzaban al patíbulo, atropellando por medio de la tropa que le guarnecia con ánimo de comprar la libertad del reo, aun cuando hubiera de ser á costa de sus vidas.

La voz del pueblo es la voz de Dios, dice el célebre autor del *Solitario*. Gritar la muchedumbre por la libertad del reo, lanzarse al patíbulo y salvar á Ricardo, conduciéndole en andas por las calles de Burdeos, todo fué obra de un momento. En vano los soldados querian poner órden, asegurando que ellos conducirian al sentenciado á la cárcel, hasta tanto que el tribunal resolviese su libertad; en vano la caballería caracoleaba por medio de la muchedumbre, haciendo paso y atemorizando la alborotada plebe; el torrente se habia desatado, y era sobrada locura querer oponer dique á su atropellador empuje.

El pueblo, pues, logró lo que anhelaba, y el jóven artista salvó una vida que ya contaba en su último suspiro. Pocos dias despues de acontecido este suceso, Ricardo y su anciano padre seguian el camino de Inglaterra; y algunos años mas tarde, el nombre de Ricardo se elevaba hasta la altura del de los mas distinguidos artistas.

Respecto del abrazo que el Crucifijo dió al sentenciado, todavía para el vulgo de aquellas cercanías, aunque al

través de tan luengos años, pasa por un milagro de los mas solemnes. No obstante, las crónicas de aquellos tiempos aseguran tan solo que en aquel suceso no tuvo el cielo intervencion ninguna, y que si el Crucifijo abrazó al reo, fué porque al tenderle los brazos tocó maquinalmente un resorte que lo hizo poner en movimiento. El lector puede adoptar de estas opiniones la que mejor le parezca, en la inteligencia de que yo lo he contado como lo he oido contar.

RAMON DE SATORRES.

(*Entreacto.*)

A MARIA.

PLEGARIA.

Aparta de tus ojos la nube perfumada
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
Donde la paz, la vida y el paraiso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;
Tu, flor del paraiso y de los astros luz,
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
Por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres, ¡oh María! un faro de esperanza
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
Y hácia tu luz bendita desfallecido avanza
El náufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela, ¡oh Madre augusta! tu soplo sobera-(no
La destrozada vela de mi infeliz batel,
Enséñale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazon en él.

JOSE ZORRILLA.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

La palabra filosófica, ... 1
Economía doméstica. — Método para borrar lo escrito, . . . 3
Hermoso barniz negro líquido para botas y zapatos, . . . id.
Método para obtener hielo, en cualquier tiempo, para usos culinarios, ... id.
Remedio infalible contra las chinches, ... id.
Remedio para las fluxiones de los ojos, ... id.
Ven al desierto (poesía), . . . 4
Eterizacion, ... 5
Idem, ... 9
Modo de preservar telas de lana de la picadura de los insectos, 6
Método para hacer impermeable el calzado, ... id.
Modo de pulimentar los instrumentos y adornos de cobre, . id.
Composicion de la tinta de que se valen los ingleses en lugar de la de China, ... 7
Medio de preservar las habitaciones de la humedad, . . . id.
El iris (poesía), ... 8
Catedral de México 10
Cementerio de Pisa . . . . . id.
Proverbios y refranes . . . . id.
Modo de pulir el hierro y el acero, id.
El tabaco, remedio contra el arsénico, ... 11
El reo de muerte (poesía) . . . id.
El arte y los artistas italianos, . 13
Idem idem 17
Para quitar las manchas de la caoba en los muebles, ... 15
Aceite para limpiar los muebles, id.
Modo curioso de platear el marfil, id.
Modo de blanquear estampas y libros impresos . . . . . id.
Otro método, ... id.
El dia sin sol (poesía), ... 16
Epitafios, ... id.
La hija de Cualco, ... 20
La confesion de un buscador de oro, ... 21
Idem idem , ... 25
Modo de limpiar toda clase de metales 23
Pasta de caoba, ... id.
Método para restaurar colgaduras, alfombras, sillas, &c. . . . id.
Idem para limpiar medias de seda de color , ... id.
Los hombres iguales, ... 24
El genio , ... 27
Pensamientos sueltos, ... 28
Tecnología de la música, . . . 29
Para un álbum (poesía), ... 30
Erupcion del Vesubio, ... 31
Los Misterios de la inquisicion . 33
Artículo remitido sobre el Cólera-Morbus 35
Elixir anti-colérico. — Modo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prepararlo, ... id.
Método curativo observado en Atzcapotzalco durante la epidemia, 36
Artículo 1.° —¿Qué es la civilizacion? 37
Idem idem idem 41
Idem idem idem 46
Idem idem idem 49
Columnas monumentales.—Italia, Francia, Islas británicas, Tirol, Rusia, ... 39
El alma desterrada.—Leyenda, . id.
Idem idem idem 42
Armonías que ha establecido Dios en las aguas que rodean nuestro globo, ... 40
Idem idem idem 50
Idem idem idem 55
Idem idem idem 59
Idem idem idem 63
Idem idem idem 66
Idem idem idem 70
Idem idem idem 74
Poesía, ... 47
A una nube (poesía), ... 48
Literatura religiosa.—El Santo Bálsamo 51
Idem idem idem 56
Idem idem idem 60
Artículo 2.° 53
Idem idem 57
Idem idem 61
Artículo 3.° 65
Idem idem 69
Idem idem 73
Idem idem 77
Idem idem 81
Artículo 4.° y último 85
Historia natural.—La perdiz . 67
Idem idem idem 71
Breve noticia del martirio y milagros de Santa Filomena virgen y mártir, ... 76
Idem idem idem 78
Idem idem idem 82
Viages en Italia.—Pisa 79
Idem idem idem 83
Idem idem idem 87
La flor y el corazon, ... 91
Lo que tapa una mesa . . . . . id.
La religion considerada como la base de la civilizacion, . . . 97
Idem idem idem 105
Idem idem idem 113
Idem idem idem 121
Idem idem idem 129
Idem idem idem 138
Idem idem idem 145
Idem idem idem 154
Sí ó no.—Capítulo I, ... 98
Idem idem 249
Idem idem 156
Idem idem 165
Idem idem 170
Idem idem 191
Idem idem 198
Idem idem 206
Idem idem 212
Idem idem 223
Idem idem 230
Filósofos y reformadores.—Filósofos.—Montaigne, ... 103
Pascal, ... 104
Reglas de educacion y decoro para las señoritas.—Parte moral en las jóvenes 107
Adornos y cualidades esteriores . 108
Ambicion mugeril, ... id.
Diversiones, ... 114
Hermosura . . . . . id.
Alabanzas . . . . . id.
Celos, ... 115
Ademanes . . . . . id.
Modas, ... id.
Modales, ... id.
Coquetería, ... 123
Ostentacion de saber, ... 124
Deberes religiosos, ... id.
Lord Byron.—Art. I.° — § I, . 109
Idem idem idem 116
Idem idem idem 122
Idem idem idem 130
Idem idem idem 172
Idem idem idem 179
Revista bibliográfica.—Las violetas.—Poesías de la señorita doña Dolores Cabrera y Heredia, 125
Revista de Paris 126
Idem idem 133
Idem idem 138
Los grajos (poesía) 128
Mis rarezas (poesía), ... 131
Estudios de viages.—La Mezquita, ... 136
Idem idem idem 151
El campo-santo (poesía), . . . id.
Don Alberto Lista, ... 143
Idem idem idem 146
Idem idem idem 154
Idem idem idem 162
Pio IV 159
Tabla de las notabilidades de la vida 167
Influencia de las doctrinas sobre la sociedad 161
Idem idem idem 169
Idem idem idem 177
Idem idem idem 186
Idem idem idem 193
Idem idem idem 202
Idem idem idem 209
Idem idem idem 217
Idem idem idem 225
Remitido.—A una flor (poesía) . 174
Jerusalén, ... 181
Idem 186
Fábula.—Bienes prometidos . . 183
El saber no ocupar lugar, . . . 188
Fantasía.—Una ilusion 195
Idem idem, ... 204
Ariosto, ... 215
Idem, ... 219
A Ricarda (poesía), ... 220
Sueños y presentimientos, . . . 221
Casamiento mudo . . . . . id.
Ya voló, ... 222
Ir por lana y volver trasquilado . 227
La muger.—Sensibilidad, inteligencia, carácter é inclinaciones de la muger.—Mugeres de distintos paises 233
Ausencias causan olvido, ... 235
Bosquejo sobre la poesía inglesa, 238
Causa contra Juana de Arco doncella de Orleans, ... 242
Idem idem idem, ... 249
Idem idem idem, ... 257
Discurso pronunciado por Don Francisco Martinez de la Rosa, 243
Idem idem idem, ... 252
Jenny Lind, carga anglo-americana 246
Guillermo Tell 261
Idem idem, ... 265
Idem idem, ... 273
Idem idem 281
Idem idem, ... 289
Idem idem, ... 297
Comida improvisada 268
Idem idem, ... 276
Idem idem, ... 285
Viages y aventuras de Luis Felipe, 293
Idem idem idem, ... 301
Idem idem idem, ... 305
Un desafío, ... 304
El hombre en su creacion . . . 306
De los sueños, ... 309
Los terremotos 311
El mar muerto 312
Mar pútrido . . . . . id.
Lagos subterráneos . . . . . id.
Cascadas del Canadá 313
El hombre, ... 316
La naturaleza inculta, ... 317
Las mareas, ... 318
El Prorotoca, ... id.
Lagos temibles . . . . . id.
Lagos que desaparecen 319
Islas flotantes, ... id.
Lago de Titicaca, ... id.
Grutas, laberintos y cavernas, . id.
La Occasion 320
Los Estados-Unidos 322
Arnoldo de Melchtat 324
Pedro Pablo Rubens 325
Idem idem idem, ... 329
Moisés en el Oreb (poesía) . . 328
Suplicio de Juana Grey, . . . 334
Idem idem idem, ... 337
Monsant 339
Francisco Petrarca 346
¡Pobre Lucía! 348
Idem idem, ... 353
El sacrificio de Jesus (poesía) . 352
Viage á Suecia 354
El Reyezuelo, ... 360
José Zorrilla 361
Un artista, ... 364
Idem idem, ... 369
A María (poesía), ... 371
Mosaico, ... 104
Idem, ... 128
Idem, ... 134
Idem, ... 144
Idem, ... 152
Idem, ... 160
Idem, ... 168
Idem, ... 176
Idem, ... 184

BELLO SEXO.

De la misma manera que las flores son mas ó menos bellas y despiden mas ó menos fragancia, segun es el cultivo que reciben, así vosotras, bellas niñas, que sois como las flores de este suelo, sereis mas ó menos interesantes y queridas, segun la educacion que recibiéreis, segun abrais ó no vuestro corazon á las virtudes.

Si existiesen realmente esas magas de que os hablaron en tantos y tan variados cuentos cuando érais mas pequeñitas, y teniendo poder para trasformaros en lo que quisiéseis, se os presentase una que os diera á escoger entre ser hermosos lirios ó áridas zarzas, doradas mariposas ó sucios gusanos, ¿cuál de vosotras no preferiria ser lo primero? ¡Es tan dulce ser buena y querida! ¡Es tan triste ser mala y despreciada! Pues bien, en vuestras manos está ser mucho mas hermosas que los lirios, ser mas queridas que las mariposas, porque está en vuestra mano ser buenas y embellecer vuestro corazon sensible; y una niña virtuosa, un corazon sencillo é inocente, mas bellos son, no solamente que el lirio con su vestido blanco y que las mariposas con sus alitas de oro, si no que las estrellas del cielo, que el arco-iris de las nubes y que el mismo sol que presta luz á los astros y al iris colores. Por eso Dios ama á la niña virtuosa mas que al sol, á las estrellas y á los arco-iris, que no tienen, como ella, una alma para conocerle y un corazon para amarle; y los ángeles la estiman y protejen como á una hermana, y sus padres y todos cuantos la rodean y conocen la quieren tambien mas que á los lirios y á las mariposas, cuya belleza solo dura un dia.

Haced, pues ¡oh niñas! por ser buenas, y procurad embellecer vuestro corazon y vuestro entendimiento: haced por manera que logreis grangearos el amor de Dios, el cariño de sus ángeles y el aprecio de vuestros semejantes.

¿No habeis oido alguna vez dentro de vosotras como una voz interior, la voz de vuestro custodio que os aplaude, por decirlo así, cuando haceis una buena accion y que os da á entender que la niña mas dichosa es aquella que es mas amada? Pues si deseais serlo, como no dudo que lo querreis, grabad hondamente en vuestra memoria y seguid con docilidad los consejos que vais á leer. Ellos son los que dió una madre á sus hijas, y fácilmente conoceréis que una madre que amaba á sus hijas solo debia aconsejarles y prescribirles lo que podian practicar: ellos son los que por medio de la naturaleza ó de sus santos grabó Dios en todos los corazones, y Dios, que es la suma bondad y el mejor amigo de los niños, tan solo puede querer lo que hace la felicidad de sus criaturas.

La belleza del rostro se pierde tal vez con los años, cual se desvanecen los colores de un vestido, ó como se empaña la brillantez de una joya, al paso que la hermosura del alma va siempre en aumento: aquella es un don del cielo, la otra puede adquirirse con la aplicacion y la obediencia; ¿cuál de vosotras pues no querrá tenerla?

Venid pues á mí, bellas jóvenes, y yo os la daré. Venid á mí, y sin ser maga, sin mas auxilio que mi amor y un poco de docilidad por vuestra parte, trasformaré vuestro corazon, y haré que sea mas hermoso que cuanto hay de mas bello en el cielo y en la tierra. Venid á escuchar mis lecciones, y así como el rocío da lozanía y brillantez á las yerbas, sobre las cuales derrama sus perlas, ellas darán vigor á vuestra alma, y le comunicarán esa hermosura encantadora y permanente que tan solo puede compararse con la de los serafines.—J. Russo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL MENDIGO.

En la puerta de la catedral de San Juan de Leon de Francia, veíase hace tiempo un mendigo que constantemente, hacia veinticinco años, iba á sentarse todos los dias en el mismo sitio. Tan acostumbrados estaban los fieles á verle allí, que les parecia en cierto modo como que formaba parte del ornato de la fachada de la santa basílica, como las estatuas de piedra encajadas en los nichos de la gótica portada. Juan Luis era su nombre. Trasluciase en sus harapos un reflejo de dignidad que revelaba una educacion superior á la que generalmente acompaña á la miseria: así era que, en medio de aquella clientela abandonada por las poblaciones, que cada iglesia acoge bajo sus alas maternales, gozaba el pobre viejo de cierta consideracion, consolidada ademas por su equidad en la repartícion de las limosnas, única beneficencia del pobre con respecto al pobre, y por su celo en sosegar las contiendas que se suscitaban á veces entre sus compañeros de miseria. Su vida y sus desgracias eran un misterio para todo el mundo: solamente se sabia que Juan Luis era católico. En el momento de las ceremonias religiosas, cuando la oracion se alzaba ferviente hácia el cielo con el perfume de las flores y el incienso de los jóvenes levitas; cuando los piadosos cánticos resonaban bajo la ancha bóveda de la gótica nave; cuando la voz grave y melodiosa del órgano sostenia el solemne coro de los fieles, el viejo mendigo se sentia impulsado á confundir su oracion con la de la Iglesia. El indecible encanto que ofrecia el adusto y sombrío aspecto de la antigua catedral; el fantástico reflejo del sol al trasluz de los pintados vidrios; la sombra de los pilares, alzados hacia siglos como un símbolo de la eternidad de la religion; el altar elevado sobre numerosas gradas, y que le aparecia en la profundidad de la nave resplandeciente con la luz de los cirios y el esmalte de las flores; todo inspiraba al viejo mendigo una inefable admiracion: copiosas lágrimas surcaban las hondas arrugas de su rostro. Una gran desgracia ó un profundo remordimiento parecia agitar su alma. En los tiempos de la primitiva Iglesia todos le hubieran tomado por un criminal condenado á desterrarse de la asamblea de los fieles, y á pasar, silenciosa sombra, por medio de los vivos.

Un anciano sacerdote iba todas las mañanas á San Juan á decir misa: daba bastantes limosnas, y entre los pobres instalados á la puerta de la antigua catedral, Juan Luis habia llegado á ser para el objeto de una especie de afectuosa predileccion.

Un dia no acudió Juan Luis á su acostumbrado sitio: el cura Sorel, deseoso de no privarle de su limosna diaria, busca la casa del mendigo, y ¡cuál es su sorpresa al hallar, en vez de un miserable zaquizamí, una habitacion suntuosa, y en un rincon, en medio de todos aquellos objetos de lujo, inventados por el rico feliz, un montoncillo de paja en que yacia tendido el pobre viejo!...

La presencia del sacerdote reanimó al anciano, quien, con voz llena de gratitud, esclamó:—Cómo os dignais, señor cura, acordaros de un desgraciado!

—Amigo mio, respondió el cura Sorel; un sacerdote no olvida mas que á los dichosos de la tierra. Veia á saber si necesitábais algun socorro.

—Ya no necesito nada, respondió el mendigo: mi muerte se acerca... ¡solo mi conciencia no está tranquila!

—¡Vuestra conciencia! ¿Teneis acaso alguna culpa que expiar?

—Un crímen, un enorme crímen, del que toda mi vida ha sido una cruel é inútil expiacion: ¡un crímen imperdonable!

—¡Un crímen imperdonable! no los hay, esclamó el sacerdote con entusiasmo. Dudar de la misericordia divina, seria una blasfemia mas horrible que vuestro crímen mismo. La religion tiende sus brazos al arrepentimiento. Hermano mio: poned vuestra confianza en Dios; y si habeis pecado mucho, mucho os será perdonado, porque el pecador que se arrepiente, tiene mas derecho todavía á la misericordia divina, que el hombre que nunca ha pecado.

—¡Pues bien! dijo el mendigo despues de algunos esfuerzos; vais á oir una historia horrible; pero no es á un sacerdote á quien quiero confiársela, sino á un hombre que me tiende una mano amiga en este momento fatal: porque es menester que sepais que soy indigno de los sacramentos y de las oraciones de la Iglesia. ¡Oh! sin embargo... añadió, y un rayo de esperanza brilló sobre su pálido semblante: sin embargo, cuando me hayais oido como hombre, si creeis poder bendecirme como sacerdote... os obedeceré... y me ayudareis á morir.

"Soy hijo de un pobre viñador de Borgoña, honrado con el aprecio del señor de nuestro pueblo, con lo cual, desde mi niñez, me recogieron en el palacio del señor conde y me destinaron para ayuda de cámara de su hijo. La educacion que me dieron, mis rápidos progresos en el estudio, y sobre todo, la bondad de mis amos, me elevaron á la clase de secretario. Acababa yo de cumplir veinte años, cuando estalló la revolucion. Seducida por las ideas del dia, no tardó mi ambicion en despreciar la situacion precaria y dependiente en que me hallaba. Desde París, el furor de los revolucionarios cundió en breve á las provincias: el señor conde, temiendo ser preso en su palacio, despidió á sus criados, y fué con su familia á refugiarse en Leon, esperando, en medio de aquella gran poblacion, escapar por el olvido al cadalso. Considerado como un hijo de la casa, yo le seguí. Reinaba entonces el terror en todo su auge, y nadie sabia el secreto del retiro de mis amos. La confiscacion habia devorado sus bienes; pero poco se les importaba: todos estaban reunidos, tranquilos, y nadie los conocia: animados de una fe viva en la divina Providencia, esperaban un porvenir mejor. ¡Vana esperanza! La única persona que podia revelar su secreto y arrancarlos de su asilo, tuvo la villanía de denunciarlos. Este delator, soy yo.

"El padre, la madre, dos hijas, ángeles de hermosura y de inocencia, y un niño de diez años, fueron sepultados juntos en un calabozo. El mas frívolo pretesto bastaba entonces para enviar al inocente á la muerte: sin embargo, el acusador público no acertaba á hallar un motivo para perseguir á aquella noble y hermosa familia... pero hubo un hombre iniciado en los mas íntimos secretos del hogar doméstico, que envenenó las mas sencillas circunstancias de su vida, é inventó el crímen de conspiracion contra la república. Este calumniador, soy yo!

"Pronunciése la fatal sentencia: solo el niño fué perdonado. ¡Pobre huérfano, destinado á llorar á toda su familia y á maldecir á su asesino, si llegaba algun dia á conocerle!

"Resignada, y consolándose con sus virtudes, aquella desventurada familia aguardaba la muerte en la cárcel. Ocurrió casualmente un olvido en la órden de las ejecuciones, y si un hombre, impaciente de enriquecerse con algunos despojos, no se hubiese presentado á perseguirlos, se libertaban del cadalso, pues pasaba esto la víspera del 9 termidor. Pero aquel hombre acudió al tribunal revolucionario é hizo rectificar el error: la recompensa de su celo fué un certificado de civismo. Este revelador, soy yo!

"Aquella misma tarde, el carro (*) fatal llevó á la muerte á aquella noble familia. El padre, cargada la frente de un profundo dolor, ocultaba en sus brazos la mas jóven de sus hijas; la madre, muger firme y cristiana, estrechaba sobre su pecho á su hija mayor, y todos, confundiendo sus recuerdos, sus lágrimas, sus esperanzas, repetian las oraciones de los difuntos. Como era tarde, el verdugo, causado de su trabajo, habia confiado á uno de sus ayudantes aquella terrible ejecucion; poco acostumbrado á la horrible faena, imploró el asistente el ayuda de un transeunte: un hombre de buena voluntad se prestó á ayudarle en su horrible ministerio... Este transeunte que se hizo verdugo, soy yo!

"Y el premio de tamos crímenes allí le tenia! Todas esas riquezas pertenecieron á mis antiguos amos, y todavia me parecen cubiertas de su sangre: por espacio de veinticinco años he estado aquí encerrado con ellas, para que los crueles remordimientos, que á cada instante reaviva su vista en mi alma, diesen principio á mi expiacion. Entre los hombres he querido pasar por un miserable mendigo, y cubierto de andrajos sufrir, una despues de otra, todas las humillaciones de la pobreza. La caridad pública me dotó con un puesto á la puerta de la iglesia donde he pasado tantos años: pero el recuerdo de mi crímen era tan punzante, que desesperando de la bondad divina, jamas osé implorar los consuelos de la religion ni manchar el santuario con mi presencia. ¡Oh! ¡cuán largo y profundo ha sido mi arrepentimiento! pero tambien, ¡cuán impotente! Señor cura, creeis que puedo esperar mi perdon de Dios?

—Hijo mio, vuestro crímen es espantoso; sus circunstancias sobre todo son atroces; los huérfanos privados de sus padres por la revolucion, comprenden mejor que nadie los padecimientos de vuestras víctimas. Una vida entera pasada en las lágrimas no es demasiado para espiar tanta maldad; pero los tesoros de la misericordia divina son inmensos. Merced á vuestro arrepentimiento, tened confianza en la inagotable bondad de Dios.

Como animado de una vida nueva, levantóse entonces el anciano mendigo, y dirigiéndose hácia un cuadro.—Ved, padre mio, la imágen de mis víctimas, dijo descorriendo el crespon que le cubria. ¿Creeis que no impedirán que lleguen mis oraciones hasta Dios?

A aquel espectáculo, el cura Sorel de Valriant deja escapar estas palabras:

—Mi padre! ¡mi madre!

El recuerdo de aquella horrible catástrofe, la presencia del asesino, la vista de aquellos objetos que habian pertenecido á sus padres, desgarran el alma del sacerdote, el cual cediendo á un desmayo involuntario, se deja caer sobre una silla. La cabeza apoyada en sus manos, derrama copiosas lágrimas: una profunda herida acababa de abrirse en su corazon.

El anciano mendigo aterrado, sin atreverse á alzar los ojos al hijo de sus amos, al juez terrible é irritado que le debia su cólera mas bien que el perdon, besaba y regaba con su llanto los piés del sacerdote, repitiendo con voz desesperada: ¡Amo mio! ¡Amo mio!

El eclesiástico pugnaba, sin mirarle, por comprimir su dolor.

Y el mendigo exclamaba:—Sí, soy un asesino, un monstruo, un infame.... Señor cura, disponed de mi vida: ¿que he de hacer para vengaros?

—¡Vengarme! responde el sacerdote volviendo en sí al oir esta palabra: ¡vengarme, desgraciado!

—¿No decia yo bien que mi crímen era imperdonable? Bien sabia yo que la religion misma me rechazaria con horror: el arrepentimiento no es nada para un criminal de mi especie. ¿No hay perdon para mí, no es verdad? ¿No hay perdon para mí?

Estas últimas palabras, pronunciadas con voz que desgarraba las entrañas, recuerdan al sacerdote su mision y sus deberes: la lucha entre el dolor filial y el ejercicio del poder sagrado cesa al punto. La flaqueza humana habia reclamando un momento las lágrimas del afligido, la religion restaura el alma enérgica del sacerdote. Coje el crucifijo, prenda de su padre, que se halla en poder de aquel desgraciado, y dice con voz sonora y profundamente conmovida:

—Cristiano, ¿es sincero tu arrepentimiento?

—Sí, padre mio.

—¿Te inspira tu crímen un horror profundo?

—Sí, padre, sí.

—Dios, inmolado sobre esta cruz por los hombres, te perdona.

Entonces el sacerdote estendió una mano sobre la cabeza del penitente, y alzando en la otra el signo sagrado de nuestra redencion, hace descender la clemencia divina sobre el asesino de toda su familia.

Vuelta la cara hácia el suelo, el viejo mendigo estaba inmóvil á los piés del eclesiástico. Tiende éste la mano para levantarle ¡estaba muerto!

(*) *En Francia los reos de muerte van al suplicio en un carro ó carreta, á que llaman* tombereau.

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

II.

FE RELGIOSA.

La fuente de la verdad es única, como la verdad misma. Los que se obstinen en buscar otro manantial para divertir la sed que les acose, podrán, sí, fabricar cisternas, segun la espresion de Jeremías, donde recojan á duras penas el agua del cielo, terrosa ya y degenerada, pero no abrirse manantiales nuevos.

A menudo se nos habla de la fe y de la razon, como de dos antorchas: en nuestro concepto es inexacta esta espresion, en cuanto supone dos orígenes de luz distintos. Podrá la luz atravesar por fanales mas ó menos groseros, reflejarse en superficies mas ó menos tersas; pero la luz verdadera, la luz viva, viene siempre de arriba; acá abajo no tenemos mas luz que esta que sacamos del seno de los cuerpos para disipar las sombras á algunos pasos en derredor nuestro, y que un soplo enciende y otro apaga. Esta es la razon: para contentarnos con ella es preciso resignarnos á sempiterna noche, ó á vivir en las entrañas de la tierra; pero como el hombre aborrece naturalmente las tinieblas, ingrato con la fe que de tiempo inmemorial posee, como los pueblos meridionales con el sol que cada dia les visita, presume que la luz reside en su en-

tendimiento mismo, en este espejo que Dios le ha dado para reflejar la luz increada y hacerle levantar los ojos hácia arriba; y tomando el don por adquisicion propia, á interceptando con su mano los rayos que producen el reflejo, contempla muy ufano su razon, sin que las tinieblas en que queda una y otra vez, le escarmienten de su necio empeño.

Escusado será advertir que no hablamos aquí de la fe como virtud teologal, ni aun como revelacion en cuanto se limita esta palabra á la ley de Moisés ó á la de Jesucristo, sino de la fe como vida del entendimiento, como primer principio de todo conocimiento humano. Tan imposible fuera á la razon individual dirigirse por sí sola, como al hombre engendrarse á sí mismo. Los entendimientos tienen tambien, como los séres, una generacion, al estremo de la cual está la fe, como al estremo de la cadena de los séres está Dios. La fe puede llamarse la razon de las razones, como Dios el ser de los seres.

Por mas que se apure el abismo de las negaciones, el entendimiento llega á una afirmacion; necesita creer, necesita fijar un eje al cual atar el primer eslabon de la cadena de sus pensamientos. La fe ó la afirmacion, que son una misma cosa en este sentido, es la condicion de existencia de todo pensamiento; y si una alma pudiera suicidarse, no comprendemos otro modo que el de cerrarse á toda fe y perderse en una duda sin límites. Pero el escepticismo verdadero es una quimera, porque el escéptico debe creer al menos en su razon, que le sugiere el escepticismo: su razon es su fe, y en su estrecho círculo de conocimiento voltea sobre sí misma, como se adorara á sí mismo el ateo que llegara á perder la idea de toda causa primera.

Las verdades en el órden intelectual, como las existencias en el órden físico, se eslabonan visiblemente y vienen á parar á un punto mismo, que es el que llamamos á la vez Ser Supremo y Verdad Suprema. Si no queremos llegar hasta él, nos detendremos en un punto mas bajo, en una atmósfera mas crasa; atribuiremos nuestro orígen á un ser menos grande é inmaterial, ó repossará nuestra razon en una region menos elevada; seremos, en una palabra, idólatras y crédulos, ya que no religiosos ni creyentes; pero la fe y la adoracion, la dependencia intelectual y física jamas podremos rehusarla á un ser estraño, ya que nosotros mismos conocemos que no son patrimonio nuestro la vida y la verdad.

Desde este punto eterno, centro de la creacion, parten divergentes, como rayos de esplendor, todas las verdades; y nuestra razon no es, no, la luz á la cual debamos examinarlas; debe mirar solo su procedencia, y cerciorada de que es Dios su punto de partida, cerrar otra vez los ojos. La fe es la luz, los ojos son la razon; y así como de ambas cosas se necesita para ver, así deben concurrir la razon y la fe para que sea *razonable el holocausto de nuestros entendimientos*, y sean preservados de todo engaño, así como de rebeldía.

Concretado el nombre de fe á la única genuina y saludable que engendró la ley, revelada primero á Adan, promulgada luego en el Sinaí, y cumplida por fin en el Calvario, se ha creido que las falsas religiones no eran mas que aberraciones de la razon, concediendo en esto una especie de triunfo á los incrédulos y racionalistas, que cuentan así por suyos numerosos pueblos guiados por su misma efímera luz, por mas que honren poco su sistema los estravíos en que cayeron aquellos. En nuestro concepto, no puede decirse con mayor razon de los gentiles el que carecieran de fe, porque era errónea su creencia, que el que carecieran de Dios, porque no le adoraban con el debido culto. Nunca estará por de mas hacer ver que el racionalismo, como el ateismo, son una monstruosidad que solo está, no diré en el corazon, sino en los labios del que los profesa. La fe, aunque alterada por la infiel trasmision, ó descompuesta en el prisma de las pasiones, era la que presidia en las naciones idólatras,

fe en sus divinidades, fe en sus sacerdotes, fe en los agueros, fe en la naturaleza insensible, fe en todo, menos en su razon, que en vano les mostraba lo absurdo de sus creencias; creencias que si unas veces halagaban su corazon depravado, les imponian otras durísimos sacrificios. Eran sus dogmas destellos de una luz primitiva, centellas separadas del foco y que iban estinguiéndose una tras otra, pero no tanto por el soplo helado de la razon, como por el viento impetuoso de las pasiones. Tal vez un impostor astuto ó reformador atrevido recogia con ansia estas centellas, para encender con ellas un fuego profano que hacia mirar luego como bajado del cielo; tal vez un soñador entusiasta, de los que tanto abunda el Oriente, acababa por persuadir á su entendimiento lo que habia delirado su imaginacion, y con sus mentidas inspiraciones engañaba á los pueblos, siendo él propio la primera víctima de su engaño. de ámbas clases creemos que los hubo entre los autores de las falsas religiones; pero siempre será cierto que los pueblos veian en ellos unos seres superiores, mediadores y representantes de la divinidad, bajando el cuello á un yugo de fe tanto mas duro cuanto mas cuestionable era su orígen, pues la fe errónea é ilegítima degenera en supersticion, así como la usurpacion se apoya casi siempre en la tiranía.

Los filósofos fueron los primeros que enseñaron á los pueblos á sacudir el yugo con las armas de la razon, y sin embargo de lo degradante de este y de las luces y tal vez buenas intenciones de aquellos, puede dudarse si su aparicion produjo mas daños que bienes á la humanidad. Por un Sócrates, que bebiendo la cicuta predicó mudamente la paz de la virtud y la inmortalidad del alma; por un Platon, cuyo ojo penetrante veia desde la altura de Sunio el albor naciente del cristianismo; hubo mil y mil sofistas, que profanando la razon hicieron de ella una pasion mas, y que destruyendo los templos sin construir nada en su lugar, se divirtieron en apagar las débiles centellas que guiaban aun á las sociedades, y en cortar los flojos lazos que las unian. La época de los filósofos fué para Grecia y para Roma la época de las revueltas y de los tiranos; la razon se convino con la supersticion, sin no dejar existentes mas que sus males y errores, temiendo en dote otros tantos; perdióse toda idea de verdad y de virtud; y estremece el cuadro que hubiera presentado el mundo bajo el imperio romano, si hubiera tardado algo mas en aparecer el cristianismo. El preparar á este el camino, fué tal vez el único bien que produjeron sin saberlo los filósofos de la antigüedad, aunque para nosotros, que creemos en los destinos inmortales de nuestra religion, no con menos presteza á su aparicion se hubieran derrumbado los ídolos de sus altares sin la primera sacudida que les habian dado los sofistas griegos.

Solo Dios podia reparar la humanidad, y solo Dios podia ilustrarla: la razon del hombre era tan impotente para esclarecernos, como su sangre para redimirnos. A Dios solo debiamos creer, y su Verbo divino, su *palabra*, fué el promulgador visible de esta ley sublime, por la cual se reservaba esclusivamente el dominio sobre nuestra razon, ó nos daba, por decirlo así, una razon nueva. No podia la mente humana subir á mayor altura, que refundiéndose en cierto modo en la de Dios, quien viendo la debilidad de sus alas, la elevó é hizo penetrar de repente en el santuario mas recóndito de su gloria, para mostrarle los tesoros de su grandeza. Tales son los misterios: ¿y el hombre se queja de ignorar el camino por donde llegó allá, y reputa tinieblas su luz vivísima, porque sus ojos carnales no pueden sostenerla! No comprendemos cómo hay quien vea una sujecion impuesta en el acto de abrirnos Dios sus arcanos y dejarnos espaciar por el mar inmenso de su sabiduría: sujecion fuera, si se hubiera mantenido inaccesible, encerrando nuestra alma en el estrecho círculo de los sentidos. Creer en Dios, es mas que saber, porque no hay fuen-

te de ciencia comparable. Con igual motivo podriamos quejarnos de la creacion, que de la revelacion, pues si esta supone anterior ignorancia, aquella supone la nada anteriormente.

La humildad es el sentimiento justo de la inferioridad, así como el envilecimiento es un esceso de sujecion debida: la fe, por tanto, humilla al hombre, mas no le envilece; sujeta su entendimiento al Criador, mas le exime del dominio de las criaturas y de su propia falibilidad: su dependencia de Dios, y de solo Dios, es la mayor de las grandezas. Y para librarle del riesgo de engañarse y de ser engañado, tomando por voz divina la que no lo fuere, y dejar al mismo tiempo su raton con independencia bastante para hacer de la fe un acto meritorio, estableció Jesucristo un órgano visible para trasmitir su voz, constituyó la iglesia, que no es cuerpo intermedio entre Dios y el hombre; es Dios mismo, en cuanto la voz es una misma cosa con los labios: institucion admirable que así concilia la seguridad del hombre con su independencia, y que entrega en brazos de la fé la razon que ha conquistado!

Cuando esta sencilla y grandiosa doctrina, que revelando al hombre el orígen de su existencia y de su pensamiento le muestra el término al cual deben ir á parar, no tuviera otro apoyo de su veracidad, que la prontitud, ó mas bien instantaneidad con que se propagó, bastaria para que reconociéramos en ella el espíritu de Dios, así como su mano en lo súbito de la creacion. La razon humana descubre lentamente las verdades, y las propaga mas lentamente: modifica, pero no crea, y si llega á cerrar los ojos á la fe, reteniendo las especies que recibió cuando despierta, las contiene bajo una forma mas ó menos estravagante: de aquí se ve con cuánta propiedad se llaman sueños sus teorías, en cuanto son restos de verdades aglomeradas en monstruoso conjunto. Y sin duda para manifestar esta diversidad, permitió Dios que al lado de su obra se desarrollara la de los hombres; permitió que se desmembraran de su naciente iglesia, y la acosaran sectas innumerables y poderosísimas, hijas del racionalismo filosófico de Atenas y de Alejandría: el filosofismo se envolvió con el disfraz de cristiano para socavar mejor los cimientos del cristianismo; pero este, despues de una lucha mas terrible mil veces que la que sostuvo contra la idolatría, triunfó del orgullo de la razon como de las prevenciones de una fe errónea y estraviada.

Los pueblos nuevos tienen mas fe, mas vida en el entendimiento, como mas robustez en su existencia: su espíritu, no adulterado aún, refleja mejor la luz que se le comunica. La supersticion de los pueblos septentrionales era á la del imperio romano que invadieron, lo que la ignorancia de un niño á la árida decrepitud de un viejo; y así cuando plugo á Dios llamarlos para formar con ellos una sociedad nueva, hija esclusiva del cristianismo, brilló la fe sobre aquellas naciones vírgenes con un esplendor tan puro, que nunca pudo lograr entre los degradados romanos del imperio bizantino; siendo notable que de la raza romana salieron los herejes de los ocho primeros siglos de la iglesia, de la raza bárbara ninguno. Largos siglos dominó la fe en aquellas sociedades que ignoraban, por decirlo así, que la tuvieran, pues creian no tanto por dictámen de su razon, como por necesidad de su espíritu, y porque otra cosa no juzgaban posible, sin ser por esto su fe menos verdadera, sino mas perfecta, como no dejara de ser vida la de un hombre que no comprendiera la muerte. Mucho se ha zaherido la sutileza é inutilidad de ciertas disputas escolásticas entonces en boga; pero nosotros, sin negarla, vemos en ello un síntoma feliz para la vida intelectual de aquellas generaciones, cuyo círculo disputable, del que necesita siempre el espíritu humano para mantener su actividad, estrechado mas y mas por la fe, se veia reducido á jugar sobre palabras, porque estaban fuera de su alcance las cosas. Y si alguna vez estos, que podemos

llamar tornos del espíritu pasaban algo mas allá del límite vedado, se debian en gran parte sus estravíos al peripateticismo, á este monumento filosófico, resto de un mundo antiguo, ya del todo arruinado, que en los siglos de fe habia quedado en pié por una estraña anomalía, y que con una especie de fe solo inferior á la divina, era tambien acatado. Ahora, por cierto, si se atiende á las materias ventiladas, no adolecen de ridículez ni de vacuidad nuestras disputas: en el seno de los palacios, al pié de los altares, en las escuelas, en las calles, donde quiera se ha trabado la lucha, y el mundo todo es un campo de batalla: grande es el vuelo que ha tomado en este siglo el espíritu humano, si su grandeza, como la de la tempestad, es en proporcion de lo que destruye. Tal vez no se ha notado bastante esta diferencia entre la fe y la razon, entre la ciencia de Dios y la del hombre; la primera es positiva y afirma, la segunda es ciencia negativa y se mide por lo que ignora ó lo que duda. El espíritu humano sabe tanto mas, cuanto mas de lleno le ilumina la fe, así como la luna se nos presenta mas ó menos llena conforme la parte que vemos de su hemisferio iluminado por el sol.

No hay mayor enemigo de la fe, segun observó ya Bacon, que la ciencia incompleta; pues no divisando mas que puntos aislados sin el lazo que los une, hechos sueltos cuya relacion y conjunto se esfuerza vanamente en adivinar, encuentra en aquellos huecos, si no los llena la fe, otros tantos abismos en que naufraga sin remedio su razon. Por esto fue irreligiosa por lo general, como incompleta, la ciencia del siglo pasado, aun prescindiendo de las malas pasiones de los que como arma la esgrimian; por esto indispensablemente va volviéndose religiosa la nuestra conforme se va completando; por esto, en fin, nunca puede pasarse sin fe la ciencia humana, porque acá en la tierra nunca llegará á su complemento.

Empezó el exámen y la duda en el órden científico: lejos de nosotros el condenarla absolutamente, ni de pedir inviolabilidad para alguna autoridad humana al par de la divina; pero orgulloso el espíritu con lo que en este campo creyó haber conquistado, es decir, destruido, se elevó de este mundo que *entregó Dios á las disputas de los hombres*, á otro inaccesible, y no bastándole las fuerzas para llegar á él, creyó mas cómodo negar su existencia. Ya desde el principio habia peleado la heregía contra la fe, oponiéndole caprichosas cortapisas por entre las cuales no dejaba pasar de su luz sino lo que queria, obligándola á tomar las formas que imaginaba; ya el protestantismo desde el siglo XVI habia roto la cadena que liga á Dios con los hombres, y la razon de estos con su razon suprema, dejando sueltos todos los anillos en medio de una anarquía intelectual, que en vano pretendia remediar fijando un nuevo centro de autoridad y un eje, aunque mucho mas bajo, en el cual terminaran eslabonadas las razones individuales: ambos sistemas destruian la fe, la heregía, quebrantando su indivisible unidad, el protestantismo socavándola por sus cimientos; pero ambos hipócrita ó sinceramente mandaban aun en su nombre, y valiéndose del elemento anárquico para destruir, usaban de principios de unidad y gobierno para apoyar el suyo. Débil al par que degradante debia ser esta ilegítima autoridad, y la razon no tardó en destruirla, proclamándose francamente á sí misma, y llevando al último estremo la negacion, en medio de la cual ella sola dominaba como sobre un campo de ruinas. La incredulidad en el órden intelectual, y la anarquía en el social, tal fué en el último siglo el reinado de la razon; y cuando los revolucionarios franceses quisieron personificar en una divinidad su idea dominante, no encontraron otro nombre que darle, que aquel tan hermoso y acariciado por los filósofos de aquella generacion, y padron ya para las venideras, de sangre, de crímen y de locura.

(Se continuará.)

BELLO SEXO.

Lo que es para el mundo el sol al nacer de las últimas sombras de Dios, es la belleza de la mujer virtuosa para el adorno de una casa.
Eclesiástico, c. XXVI, v. 21.

La mujer prudente edifica su casa: la necia una la ya edificada destruirá con sus manos.
Prov., c. XIV, v. 1.

DE LA VERDADERA BELLEZA DE UNA NIÑA Y DE LAS DOTES QUE LA CONSTITUYEN.

Encontrareis muchísimas niñas que pasan los años preciosos de su infancia en estudiar la manera de componer su rostro, malgastando horas enteras delante de un espejo, al paso que miran con la mayor indiferencia el cultivo de la mente y del corazon, y el adornar el alma de virtudes mas estimables y preciosas á los ojos de los hombres que las flores, las gasas y los diamantes. Guardaos, hijas mias, de seguir sus huellas.

No repruebo el que procureis componer vuestro esterior, y mucho menos el que os presenteis aseadas delante de los demas, pero sí que hagais de ello la ocupacion principal de vuestra vida.

La muger no ha nacido para ser como una flor, que se destina al adorno de un salon, y que debe agostarse en un jarro de porcelana: otros y muy elevados son sus destinos en el mundo, y por consiguiente y antes que todo debe atender á su cumplimiento.

Las gracias físicas son pasageras como la belleza de las plantas, y ¡ay de la niña que al desvanecerse aquellas echa de ver que para conservarlas y aumentarlas descuidó el adornar su interior y enriquecerlo de gracias morales! Entonces conocerá, cual si despertase de un sueño engañoso, que su existencia ha sido como la de la rosa, que tiene un enjambre de mariposas que la festejan mientras conserva sus bellos colores, y á la cual todas desprecian y abandonan cuando está marchita, y que las largas horas perdidas delante del espejo, mas bien que para su provecho, sirvieron tan sólo para halagar su necia vanidad, y dar pié á los aduladores á que alabasen en ella lo único que tenia digno de elogio, su fútil gusto en adornarse.

Porque os quiero, hijas mias, como puede querer una madre á los pedazos de su corazon; porque mi única ambicion es que os hagais dignas del aprecio de los demas, como hasta ahora lo sois del mio, os encargo con toda mi alma que

cuideis de la belleza moral con preferencia á la física. ¿Creeis que si conocierse que la hermosura del rostro y no la del corazon debia hacer vuestra felicidad, no cuidaria mas de entretejer guirnaldas para adornar vuestras sienes, que de reunir sabios consejos para embellecer vuestro espíritu? Por la satisfaccion que esperimentais vosotras en vestir y engalanar vuestras muñequitas, podeis adivinar en parte la que tiene una madre en formar y embellecer el corazon de sus hijas; y digo el corazon y no el rostro, porque seria poneros al nivel de las muñecas, que no pueden amar ni aprender, ocuparme en adornar vuestro esterior y descuidar la única hermosura que nunca se pierde, la hermosura del alma. ¡No permita Dios que la necia vanidad ciegue á ninguna madre hasta tal punto! ¡No permita el cielo que pueda decirse nunca de ninguna de vosotras lo que del busto de la fábula:

Dijo la zorra al busto
Despues de olerlo:
"Tu cabeza es hermosa
Pero sin seso!"

¡No permita Dios que seais jamas el escarnio de los mismos que os ofrecen mentidos inciensos!

Si nunca debiéseis salir de esta edad venturosa, omitiria por inútiles los saludables consejos que vais á leer en las lecciones siguientes; mas como dentro de algunos años debeis presentaros en el mundo que, mas que un jardin, segun le llaman muchos, es un laberinto en el cual es muy fácil estraviarse sin un guia; por esto deseo que os prevengais con tiempo para entrar en él con el entendimiento y el corazon ya formados, á fin de que ni os dejeis halagar por los obsequios de las personas frívolas que tanto abundan en la sociedad, ni seais la burla de las que están dotadas de buenos sentimientos.

A vuestra edad debe considerarse la vida como un largo y peligroso viage, para el cual son necesarios grandes preparativos; y así como el peregrino al emprender su romería se abstiene de todo lo que puede serle útil en el camino, y hace acópio de provisiones y de ropa, y graba en la memoria los consejos de los que han hecho antes que él aquella travesía, de la misma manera debeis vosotras no desechar nada de lo que puede serviros en el viage de la vida, aun cuan no veais su utilidad por de pronto. "Nada desprecies por insignificante que te parezca, dice un refran indio, pues muchas pajas detienen un elefante." El hombre del campo edifica una casa para él y sus hijos con las piedras que encuentra en los caminos, bien así como el prudente labra su felicidad con los preceptos que recogió en su infancia.

No me cansaré de repetirlo: la muger tiene altos destinos que llenar sea cual fuere el estado á que Dios la llame, y por lo tanto fuerza es que se disponga á cumplirlos debidamente desde la niñez; fuerza es que derrame desde sus primeros años en su corazon las simientes que deben producir con el tiempo hermosos y sazonados frutos; fuerza es, en suma, que comience desde muy temprano á formar esa belleza del alma que debe sobrevivir á la del rostro.

Tal vez os parecerán demasiado graves para vuestra edad mis avisos; pero aun cuando así fuese, ellos serán como esas semillas que tardan mucho en echar raices y en nacer, pero que dan en la estacion oportuna el fruto deseado.

Ya no haré mas que daros á conocer las dotes que debeis procurar adquirir, y los defectos que debeis evitar; yo no haré mas que indicaros las flores que embellecen el espíritu y el corazon, y los vicios que los afean: deber vuestro es escoger entre unas y otros. ¡Felices vosotras si ni uno solo de mis consejos desdeñais por humilde! Como la niña fatua recoge y pone en su cabellera todos los adornos que le vienen á mano, vosotras, como prudentes, recoged y grabad en vuestra memoria las lecciones todas que os voy á dar.—*J. Rubio.*

CONSEJOS PARA HACER FORTUNA.

POR FRANKLIN.

Franklin, que desde simple cajista de imprenta llegó á ser grande hombre de estado y filósofo notabilísimo, decia á sus conciudadanos, hace ya cerca de un siglo:

"Si alguno de vosotros dijese que puede llegar á ser rico de otro modo que por medio del trabajo y de la economía, nadie le prestaría oido; es un empanzonador."

Estas palabras del venerable patriarca de la libertad americana, son hoy dia especialmente de la oportunidad mas clásica. Nunca como hoy para procurar que lleguen á los oidos de todo el mundo, por el órgano de Franklin, las lecciones de la razon y de la sabiduría.

El camino de la fortuna, segun el antiguo impresor de Boston, es tan sabido como el del mercado. "Todo depende de estas tres palabras sacramentales: *trabajo, órden y economía*; es decir, de no disipar el *tiempo* ni el *dinero*, sino de hacer de ellos el mejor uso posible. Sin trabajo, sin órden y sin economía, nada se consigue; con ello, todo.

I.

TRABAJO.

1. Huir la ociosidad, que ocasiona las enfermedades y acorta en mucho la vida.—La *ociosidad*, como el *moho*, gasta mas que el trabajo.—La llave está relocciente en tanto que se hace uso de ella.—La ociosidad la convierte todo en difícil: el trabajo todo lo facilita.—La haraganería camina con tanta lentitud, que la sigue inmediatamente la pobreza.—La actividad es madre de la prosperidad. Sin trabajo no hay provecho.

2. Haz un uso muy prudente del tiempo.—El que ame la existencia, no desperdicia el tiempo, porque esta es la tela de que está hecha la vida. Si es el tiempo el mas precioso de los bienes, la pérdida del tiempo debe ser la mayor de las prodigalidades.—El tiempo perdido no se recobra jamas. Por mucho que sea el tiempo, siempre resulta que es corto.

3. No debe darse al sueño mas tiempo del necesario.—Zorra que duerme, no roba gallinas.—Tiempo tendremos de dormir en el ataud.—El que se levanta tarde va arrastrando todo el dia, y comienza apenas á trabajar por la noche.—Mas vale dominar los trabajos, que ser dominado por ellos.—El acostarse temprano y el madrugar, procura salud, riqueza y sabiduría.

4. Es menester no dormirse con la esperanza de mejores tiempos.—La actividad no ocasiona disgustos.—Quien vive de esperanzas, muere de hambre.—Hoy, es preferible á mañana.—No difieras á mañana lo que puedas hacer hoy.—Trabaja en tanto que dura el dia de hoy; porque no sabes qué es lo que podrá impedírtelo mañana.—El hombre mira á la puerta del hombre laborioso, pero no se atreve á entrar.—Tampoco la traspasarán los alguaciles ni curiales, porque la actividad satisface las deudas, en tanto que la holgazanería las aumenta.—Toma tus útiles sin mitones, ya sabes que gato con guantes no caza.—Quizas tengas los brazos en estremo débiles y haya demasiado que hacer, pero tente con firmeza y verás milagros, porque á la larga, las gotas de agua oradan la piedra.—Con paciencia corta el raton el cable.—Los golpes pequeños echan por tierra las mas corpulentas encinas.

II.

AMOR AL ÓRDEN.

Independientemente del amor al trabajo, necesitamos ademas de estabilidad, de órden, de cuidado, y vigilar nuestros negocios con nuestra propia vista, sin fiarnos tanto en la de los demas, porque nadie ha visto aunque medre mucho un árbol ó una familia que cambie de lugar muy á menudo.—Tres mudanzas perjudican mas que un incendio.—Guarda tu tienda y ella te guardará.—Si quieres que tu labor se haga, ve allá, y si no quieres que se haga, envia á otro.—El ojo del amo ejecuta mas trabajo que las dos manos.—La falta de cuidado perjudica mas que la falta de ciencia.—No vigilar á los trabajadores es lo mismo que entregarles la bolsa abierta.—El cuidado que uno se tome de sí mismo es el que fructifica mas, porque es evidente, si quieres tener un servidor fiel y que te complazca, sírvete á tí mismo.—Los grandes males suelen tener muchas veces su orígen en los pequeños descuidos.—Por un clavo se pierde una herradura; por una herradura se pierde un caballo. Por un caballo se pierde un caballero; porque llega su enemigo y lo mata: y todo por no cuidarse del clavo de la herradura.

III.

LA ECONOMÍA ES EL COMPLEMENTO INDISPENSABLE DEL AMOR AL TRABAJO Y AL ÓRDEN.

1. El que quiera llegar á ser rico, necesita poner tanto cuidado en guardar como en ganar.—A cocina grasa, testamento magro.—La América no ha llegado á enriquecer á Europa, porque sus gastos han escedido siempre á los ingresos.

2. Deja á un lado los locos dispendios, y no tendrás tanto porque quejarte de lo fatal del tiempo, de lo grave de los impuestos y de las cargas que sobre tí gravitan, porque las mugeres y el vino, el juego y la mala fe, convierten en pequeñas las riquezas y en grandes las necesidades.—Mas que dos hijos cuesta alimentar un vicio.

3. Desconfia de los gastos pequeños.—Los arroyos chicos forman los grandes rios.—Una ligera hendadura basta para echar á peque un gran navío.—Compra lo que no te sea útil, y dentro de poco tendrás que mal vender lo que te sea necesario.—Reflexiona bien antes de aprovecharte de lo que vean vender barato.—Las ventas á menos precio han solido arruinar á muchos.—Es gran locura emplear el dinero en comprar un arrepentimiento.

4. Grú y raso, escarlata y terciopelos apagan la lumbre del hogar: lejos de constituir las necesidades de la vida, apenas forman las comodidades.—Por estas y otras semejantes estravagancias, se ven las personas de cuenteno reducidas á pobreza y obligadas á pedir prestado á los que menospreciaban antes, pero que viven á fuerza de actividad y economía; lo que prueba que un labrador puesto de pié es mas grande que un magnate hincado de rodillas.—Donde se saca y no se mete, el fin se halla; y al ver secos los pozos es cuando se aprecia el valor del agua.—Antes de los antojos debe consultarse la bolsa.—El orgullo es un medicamento que grita tan alto como la necesidad, y con mucho mas descoco.—El pobre que remeda al rico es tan loco como la rana, que se infla para igualar el tamaño del buey.—Los navíos grandes pueden aventurarse algo, pero los botes no deben apartarse de la orilla.—Ademas, las locuras de este género se ven muy pronto castigadas; porque el orgullo que come

de vanidad, cena de menosprecio.—El orgullo se desayuna con la abundancia, come con la pobreza y cena con la vergüenza.

5. Evita las deudas.—Si quieres saber cuál es el valor del dinero, ve y pídelo prestado.—El dinero engendra dinero.—los hijos que engendra, se reproducen mas fácilmente aún y así sucesivamente.—Cuanto mas se multiplican las imposiciones mas se acrecen, y cuanto mas pronto se consiguo sacar utilidad de ellas.—El que disipa un duro, destruye todo cuanto podia producir este duro, y hasta centenares de reales.—El buen pagador es dueño de la bolsa de los demas.—El que tiene fama de pagar con puntualidad y exactitud en el plazo convenido, puede, en todo tiempo, gozar del dinero que tengan disponible sus amigos, tendrá apreciabilísimo en ocasiones.—Adquirir deudas, es lo mismo que hacer á los demas árbitros de nuestras acciones.—Un seco vacío se tiene muy mal en pié.—El que compra fiado, paga no solo el valor del objeto que compra, si que tambien una prima de fianza por la esposicion que corre el vendedor; el que compra al contado la evita ó puede evitarla.—La cuaresma es sumamente corta para quien tiene que pagar en la pascua.—Procurad mejor acostaros sin cenar, que levantarse con una deuda.

6. Debe mirarse para en adelante, en tanto que es uno jóven y está en buena salud.—El sol de la mañana no brilla todo el dia.—Ganad cuanto podais y guardad lo que ganeis: he aquí la piedra que convertirá en oro vuestro plomo.—El que prodiga sin fruto por valor de veinte reales de su tiempo, pierde veinte reales con tanto talento como si los arrojara al mar.—El que pierde veinte reales, pierde no solo estos veinte reales, sino ademas todo el provecho que hubiera podido sacar de ellos, empleándolos en cualquier industria, lo que, en el espacio que media entre la juventud y la edad provecta, puede ascender á una suma considerable.—Gastad al dia dos tercios menos de la ganancia neta que obtengais.—La independencia, con mucha ó poca fortuna, es una suerte feliz y coloca al hombre que la posee al nivel de los mas poderosos.

IV.

DEL MODO DE CONDUCIRSE Y DE LA RELIGION.

Si bien son cualidades escelentes la actividad, la prudencia y la economía, nos serian de todo punto inútiles sin la bendicion del cielo; impetra por lo tanto con humildad esta bendicion, y no dejes de ser caritativo para los que lo necesiten.—consuélalos y ayúdalos.—Por último, daremos el siguiente buen consejo á los que quieran enriquecerse: La esperiencia pasce una escuela que cuesta cara, pero que es la única en que pueden instruirse los inespertos.—Franklin tiene mucha razon al decir que se puede dar un buen consejo, pero no buena conducta. No obstante, téngase presente esto: Quien no sabe ser aconsejado, no puede ser socorrido; y demas, que si no prestais oido á la razon, no dejará de daros sobre los dedos.—La religion hace desear la vida, no por el placer de respirar, sino por el de hacer bien. La naturaleza entera obedece las leyes de Dios, centro y modelo de toda perfeccion. Debemos dedicarnos á reconocer esta divina perfeccion, esta bondad infinita, para arreglar á ella nuestra conducta, invocarla, para seguir sus inspiraciones.—La templanza es la mejor enas que uno se puede procurar.—De entre las deudas, la mas sagrada es la del reconocimiento.—Es necesario dedicarse menos á adquirir las cualidades que no se han recibido de la naturaleza, que á libertarse de los vicios y defectos que se tengan.—Dios está en nosotros; por do quiera, el hombre que sigue sus inspiraciones, se eleva, se engrandece, desde el humilde pastor hasta el hombre de estado, bienhechor de la humanidad.—Uno y otro atraviesan la vida, haciendo el bien y combatiendo el mal.—*A. D.*

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

FE RELIGIOSA.

(CONCLUSION.)

Pero todavía faltaba un paso mas que dar: la razon habia producido la nada, y ella misma podia muy bien no ser otra cosa que la nada. ¿Por qué habia de existir ella sola en el caos universal? ¿Qué centelluntre mas tenia de su existencia, que de la de cuanto le rodeaba? ¿Dónde estribar los piés? ¿Dónde contarse? Debia acabar por negarse á sí misma desesperadamente, como aquellos salvajes que despues de haber pegado fuego á su ciudad se arrojaban por último á las llamas. La incredulidad terminó en el escepticismo; pero el escepticismo tampoco puede ser estable en el entendimiento, porque se destruye á sí propio: no le queda mas recurso que refugiarse en el corazon con el nombre de indiferencia, materializando en cuanto le es dable el espíritu, y sofocando todo pensamiento con la actividad de las pasiones. Tal es, pues, la fatal escala que desciende la razon abandonada de la fe; tal es la monstruosa generacion de la mentira: el error produjo la incredulidad, esta el escepticismo, el escepticismo la indiferencia; y este, que es realmente un progreso en el mal, podemos mirarlo como un bien en cuanto se va acercando mas á su término, porque el error, seguido en todas sus lógicas consecuencias, es un círculo que por último viene á parar otra vez á la verdad. El que duda, en efecto está mas cercano de creer que el que niega, y el que huye de la discusion con un necio *¿qué me importa!* si bien mas degradado confiesa tácitamente que en la region del entendimiento la fe no puede sufrir enemigos, que solo del corazon pueden levantarse los infectos vapores que la oscurecian, que es preciso creer en una palabra, ó aniquilar el espíritu, en cuanto está en la mano del hombre aniquilarle á fuerza de embrutecimiento y de goces materiales. Cuando reina la indiferencia, ya no se traba la lucha entre la razon y la fe, sino entre la fe y las pasiones; ya no se dice *esto no es verdadero*, sino *esto no me conviene*: mas como semejante argumento prueba muy poco acerca de la realidad de una cosa, y el entendimiento jamas olvidadizo del todo, tarde ó temprano disipa la verdad la densa niebla, y muestra que *solo es conveniente lo verdadero.*

Cuando la fe brilla con toda su luz y calor, todas las pasiones, intereses y pasiones, pues siendo tal la naturaleza del corazon, que se lanza á lo que como bien se le presenta, ilustrado por la fe acerca del valor verdadero de las cosas, no pudiera menos de apetecer siempre el bien moral, de suerte que con una fe siempre viva seria imposible el pecado. Las faltas de la voluntad van acompañadas siempre de un error práctico en el entendimiento; error culpable porque es efecto de las pasiones. Así una fe sin obras se llama muerta; como una centella oculta entre cenizas, podreis estinguirla, pero no quitarle sus cua-

lidades inherentes, el calor y la luz. Cuando un error formado lentamente por el hálito corrompido de las pasiones ha usurpado á la fe el dominio del hombre, no digais que ha sido vencida y desalojada, sino que habia ya desaparecido, dejando vacío el trono en castigo de la prolongada rebeldía de la voluntad. No hay ningun apóstata que no haya muerto la fe en su corazon antes de renegarla con los labios.

Estas reflexiones que nos muestra el imperio de la verdad sobre el corazon humano, nos tranquilizan tambien acerca del término de esta letal indiferencia que embarga á nuestras sociedades, y que ha convertido á la Europa en un vasto bazar ó en un harem voluptuoso. Cada dia se nos ponderan los adelantos industriales, los descubrimientos científicos, el movimiento comercial, los refinamientos de civilizacion que debe á nuestra época la humanidad; pero ¿qué mucho, si se ha encarcelado dentro de este círculo al espíritu humano, si se estudia la materia, se goza la materia, se esplota en todos sentidos la materia? No parece sino que á toda costa se trata de ahogar el pensamiento, ora con el ruido de las máquinas, ora con el humo embriagador de los placeres; pero nunca tal vez se habia manifestado aquel tan vivo, tan inquieto, tan turbulento: su agitacion se parece á las convulsiones del animal á quien se privara del aire necesario á su respiracion. Difícil será á la edad futura, y lo es acaso para muchos de la actual, el comprender el carácter de este siglo, el conciliar tanto bienestar físico, con tanto malestar intelectual; tanto materialismo en las costumbres, con tantas ansias y vacío en el corazon; tanta frialdad, con tanta exaltacion; tantos goces, con tantos padecimientos, y por último, esta mezcla de indolencia y agitacion, de pueril letargo y de febril delirio que le acosa: pero todo se esplica en nuestro concepto diciendo que se han dividido el dominio del siglo el escepticismo y la indiferencia; esta risueña, indolente, egoista, vuelta de frente al mundo material, perdido el otro en las regiones del pensamiento, anhelante, desconsolado, presa de la misma desesperacion, del que rodaba, sin poder hallar fondo, de abismo en abismo. He aquí en gran parte los hijos de este siglo, escépticos ó indiferentes conforme su edad, sus ocupaciones y la naturaleza de su alma; los primeros, hombres de estudio y jóvenes particularmente; los segundos, hombres de mundo y de negocios; aunque mas á menudo alternan ambos males en un mismo individuo á horas y en casos distintos. La materia goza y canta sobre sus tesoros, el espíritu gime sediento de verdad; pero francamente nos estremecen mas aquellas risas y alegrías que estos lamentos, y si algo nos hace esperar en la salud del enfermo, son sus ayes y quejidos.

Sea como fuere, aun en lo presente, tan lamentable como es, vemos un bien, y es que la razon queda herida de muerte cuando árbitra y legisladora. Todas sus transacciones con la fe, todos sus sistemas ó tenidos más ó menos especiosos y estables, todos los puntos intermedios y principios de autoridad que entre Dios y la nada habian pretendido fijarse, todos han caducado ya, y ha sido reconocida su ineficacia. En un punto convienen la fe y el escepticismo en la nulidad de la razon; aquella para alumbrarla, este para condenarla á cautiverio eterno. El que con ella se encuentra mal hallado, no tiene mas recurso que renunciarse á la fe; pero el que niega la entrada á uno solo de sus rayos, encierra su remedio en la oscuridad. Por esto nos parece que se equivocan acerca de las necesidades y exigencias del tiempo los que aun en defensa de la verdad hacen gala de un espíritu harto racionalizador, y nos quitan á su conocimiento por caminos tal vez los mas inconocos, pero largos y arriesgados: este siglo será cansado de razon. La grande alternativa que se agita es fe ó escepticismo, luz ó tinieblas, todo ó nada.

Hasta aquí nos ocupó la *fe religiosa*, y no es culpa nuestra si á menudo se rozó el hilo del discurso con otras clases de fe que no miran especialmente á la religion, porque las verdades de todo género se eslabonan. Tal vez desarrollaremos en un plan mas vasto algunos puntos que nos ha impedido ampliar la necesidad de pasar á otras materias.

LA MUERTE DE EVA.

ESCENA BIBLICA.

> Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra, de la que fuiste tomado; porque polvo eres, y en polvo te convertirás.
> Y llamó Adan á su muger de nombre Eva, por cuanto era madre de todos los vivientes.
> *Génesis, III.* 19. 20.

I

Jóven todavía, el mundo nadaba en una atmósfera de pureza y de alegría. Estaba entonando su primer himno: abria á los ojos del Señor las flores que de él habia recibido; amaba y se exaltaba delante del Señor. La colina no se encorvaba todavía bajo los fuegos del volcan: el árbol no temblaba de frio, el viento continuado no atravesaba las vastas soledades. Un aura blanda y serena bañaba por todas partes la tierra, que parecia, de lejos, esmaltada y prendida como para una boda, un trono digno de Jehová; y de cerca, una vírgen sentada con su velo en el dintel de su casa, aguardando á su esposo en un silencio lleno de venturas.

II

En la creacion, mil y mil voces partian unidas de intencion y tendian todas á elevarse hácia el Señor, que aunque ya no se manifestaba, todavía hácia descender su sombra sobre las alturas, y desde ellas se estendia sobre el espacio habitado. El universo vivia de la adoracion: nunca habia pensado en decir: "Mis rodillas están cansadas de doblarse, mis manos de elevarse hácia el cielo." Y si en virtud de la terrible sentencia pronunciada en el Edem, la fertilidad no le venia ya mas que con el trabajo, por la tarde, terminada su faena, tendia la vista sereno, lleno de esperanza, hácia el lado del Oriente, donde dormia el paraiso cerrado á los hombres, guardado por el ángel.

III

El mundo era jóven todavía, pero Adan era viejo, y Eva estaba condenada á un fin poco distante. Adan se acercaba á la tierra de donde habia salido, y ya Eva iba á volver á ella. Una mañana en que penetraba en el recinto del altar, vióse rodeada de un vivo resplandor. bajó la cabeza, hizo oracion y dijo: —"Señor, aguardo vuestra voluntad." Una voz singularmente sonora gritó á sus oidos:—"Muger, abre los ojos y mira. ¡Me conoces! ¡Soy de tu raza?" Miró, y vió un ángel cuya frente rodeaba una corona de siete estrellas, con

las alas tendidas, y vestido de una túnica de color oscuro. Eva respondió.—"Estabas á mi lado cuando fuí creada: venistes á mí sonriendo, y yo al instante te tendí los brazos, aun antes de saber quien yo era: tú me llamaste tu hermana. Pero ¡oh santo mensagero! tú siempre te has quedado el mismo, y yo no he comprendido por espacio de mucho tiempo que cada dia porque yo debe gracias al Señor, me envejecia mas y mas. Aguardo su voluntad.

IV.

El ángel le respondió.—"¿Te acuerdas de la prediccion? Vivir padeciendo y apagarte en fin, como el sol se apaga por la tarde al parecer. La primera entre las mugeres, tú sufrirás el castigo de tu culpa. Todo lo que has amado, conocido y palpado desaparecerá de ante tus ojos, date prisa á ver lo que te rodea, porque dentro de tres dias se cerrarán tus ojos, y luego comparecerás delante de tu Criador.

V.

Eva se dió muchos golpes de pechos invocando las oraciones del ángel por ella.—"Santo mensagero, le dijo, si debo volver á tomar el camino del Edén, mueve á compasion á tu hermano que guarda sus puertas; pídele que baje aquella espada de fuego con que nos amenazó!" Sin hablar palabra indicó el ángel á Eva el altar, y desapareció, y ella creyó que acaso la oracion le habria obtenido el perdon que pedia. De vuelta en su retiro, tendióse en el suelo, y dijo.—"Ya es llegado mi fin: Jehová me lo ha anunciado: dentro de tres dias ya no estare entre vosotros." Adan se cubrió de polvo y cruzó las manos sobre su frente venerable.

VI.

Cuando le pareció que Eva se habia dormido, levantóse el anciano y llamando á sus cuatro últimos hijos, todos jóvenes y robustos, los únicos que habia conservado á su lado, les dijo.—"Id sin tomar descanso, sin enjugaros el sudor, sin bañaros en los rios, id á buscar á los hijos del primer hombre, á los que edifican ciudades, á los que trafican con ganados, los que labran surcos; llamadlos gritando en la direccion de sus moradas: "¡Hermanos! ¡hermanos! ¡nuestra madre comun va á morir! ¡venid, venid á recibir su bendicion!"

VII.

Todos los hijos prestaron el oido atento al grito de dolor de los mancebos. Enoc dejó su ciudad, Seth la suya, Tubalcain sus obras de bronce, uno dejó su arco, otro abandonó el arado; todos se ciñeron la cuerda á la cintura y se pusieron en camino. Reuniéronse á toda prisa en los caminos, en las selvas, y cuando estuvieron reunidos formaban el estruendo de las olas del mar. Enajenado en su dolor, Adan no los oia llegar. Evanam, el mas jóven de sus hijos, le tiró por el vestido, diciendole.—"¡Padre, aquí están!" Levantóse el anciano y salió á recibir á su prole: al verlo, todos se arrodillaron sin dejar sus báculos, todos se agolparon á su redador para tocar el borde de su túnica; pero él meneó tristemente la cabeza, y dijo.—"Guardad vuestros besos para la que va á dejaros."

VIII.

Pocas horas despues despertóse Eva, y habiéndose incorporado, se apoyó sobre el codo, llamando á Evanam.—"Madre, dijo el niño, ¿por qué dejas tu blando lecho de musgo?—Quiero respirar el aire de la mañana.—Pero ya va á llegar la noche. ¡Ya! ¡con que ya no mido con la vista la carrera del tiempo? Ahora estoy como cuando nací: todo lo miro con asombro, casi sin ver nada: todo es nuevo para mí.—Madre, prepárate, ahí están tus hijos.—Ya lo sé; el Espíritu Santo me ha visitado en sueños y me ha dado esa dulce nueva.

Evanam, tú el mas jóven, tú eres quien sostiene á la mas anciana de la tierra... Vamos, Evanam."

IX.

Cuando se presentó Eva, todos quedaron en un sombrío silencio; parecia que el dolor, los padecimientos se habian revelado por primera vez, y que todos los hombres nuevos sobre la tierra, veian en el ejemplo de su madre comun la triste herencia que iban á dejar á sus hijos. Al punto se arrodillaron para recibir la bendicion de adios: de pié, en medio de aquellas frentes inclinadas, Eva aparecia semejante al anciano pastor que agobiado bajo el peso de sus males, guarda todavía y protege á sus ovejas. Caian sus cabellos sobre sus espaldas, plateados como los rayos de la luna: su brazo estendido sobre todas aquellas cabezas reclamaba la atencion, y su serena mirada, el respeto. Hizo oracion y dije:—"Todos seais bienvenidos: vuestro aspecto ha refrescado mi corazon y regocijado mis ojos. Hijos, voy á morir: me buscareis y ya no me hallareis: muchas veces os direis en vuestro corazon: Aquí venia á sentarse: pero ya no volveré á tomar asiento bajo vuestro techo, ni á la sombra de vuestros árboles.

X.

"Seré como el humo que se desvanece, como el ruido que cesa, como la ceniza, único vestigio de una palmera abrasada. Me buscareis mucho tiempo, hasta el dia en que los vuestros os buscarán tambien. Y sin embargo, nací inmortal: mi culpa os ha perdido. ¡Ah! yo no puedo contaros las delicias del paraiso: desde que nos fué vedado entrar en él, su recuerdo se ha borrado para nosotros. Acaso iré allá de donde he venido, y donde os esperaré con leche y frutas." Seth preguntó.—"¿La muerte, oh madre, no es inmovilidad?—Sí, hijo mio. ¿Con que quedarás como Abel, como Abel que duerme siempre, y nunca nos ha respondido!"

XI.

Apenas Seth hubo nombrado á Abel, estremecióse Eva y pareció que no podia tenerse en pié. Sus mejillas se colorearon como dos rosas: sus rodillas se encorvaron maquinalmente como dos ramas que van á caer una sobre otra: y señaló con la mano izquierda una loma poco distante. Todos entendieron aquel mudo lenguaje: cogiéronla en sus brazos cruzados, y la llevaron á la sepultura de Abel, donde Dios habia hecho brotar las flores mas hermosas y la yerba mas verde. Porque aquella era la última mansion del justo, y cuando un ángel toma que posarse en la tierra, dirige su vuelo hácia aquella sepultura.

XII.

Eva quedó con la cabeza inclinada. Cuando todos los que la rodeaban se afligian con la idea de su pérdida, ella no pensaba mas que en su hijo querido, arrebatado tan prematuramente á su ternura.—"Aquí, murmuró, aquí está; ¡nosotros lo depositamos aquí, nosotros mismos! ¡Oh víctima querida! caiste temiendo en la mano los dones que iban á ofrecer. El Señor te halló tan puro, que quiso atraerte á su regazo; entonces, no es verdad, Adan? corrieron de nuestros ojos muchas gotas de agua, que hemos llamado lágrimas, y conocimos que estos ojos no nos han sido dados únicamente para ver."

XIII.

Como estas palabras inspiraron á todos sus hijos un profundo abatimiento, Eva, que tenia ya poco tiempo que pasar con ellos y les debia sus consejos, levantó la cabeza, y enseñándoles las riquezas que se estendian en derredor de ellos multiplicadas en un vasto horizonte, les dijo. "Ved esa tierra, jóven, fresca, abundante; vuestra mision es conservarla en esa constante juventud, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luego ir á descansar: una parte de la obra de Dios queda aquí, la otra se va. Sostenedme, á fin de que yo pueda admirar aún tantas maravillas. ¡Oh! todo eso nació conmigo: el mundo y yo emanamos juntos, al mismo tiempo, de la mano de Dios.

XIV.

"Pero vosotros, hijos mios, vosotros no estais en el mismo caso: la debilidad fué el primer signo de vuestro nacimiento: del mismo modo los árboles se han reproducido débiles; vosotros habeis tenido necesidad de crecer, y ellos de echar raices! Ya los seres que proceden de nosotros están sujetos á padecer; ¿lo estarán á lo menos á amarse? No quiero prever.... Ayudaos constantemente; levantad al caido; ofreced vuestros frutos al que tiene hambre, agua en la palma de la mano al que tiene sed: aunque habiteis paises distantes, no os mireis nunca como estrangeros unos á otros. ¡Ah! ojalá pudiese yo quedar eternamente sobre la tierra, á fin de que mis hijos reconociesen siempre por mi su origen comun!"

XV.

Empezaba ya en tanto la noche á dejar caer su velo sobre la tierra; todavía se estendia la luz en largos rayados que culebaban el cielo por el lado del Occidente, tiñendo los rios y las cimas de los árboles de un color de fuego reflejado en todas partes. Eva fue quien hizo admirar aquella dulce serenidad á su piadosa familia: respiraba con delicia los últimos olores que debian hacer ondular sus cabellos diciendo:—"Si alguna vez llega para la creacion la noche de la eternidad, ojalá sea esa noche tan serena como esta! Así como el agua va suavemente á mojar la arena de la orilla, del mismo modo sea llevado el hombre blandamente á los piés de su Criador."

XVI.

Pero de repente sobrevino una gran mudanza. Los rayos de luz en que los hombres fijaban su vista, se retiraron como recogidos todos á la vez por una poderosa mano. Un calor desconocido pesó sobre el aire; sombríos y gigantescos nubarrones se acumularon como negras rocas suspendidas sobre la tierra, y próximas á desplomarse sobre ella. Los vientos, retenidos hasta entonces por Jehová, se precipitaron retumbando al través del mundo, y barrieron su superficie. Un estrépito nunca oido resonó de súbito: todo lo que vivia prorumpió en amargos y angustiosos alaridos. Los relámpagos volvieron al horizonte una viva claridad; el rayo fué á rodar por lo profundo de los valles, y recorrió con ansia la tierra que no conocia.

XVII.

Pálidos y consternados, los hijos de Eva se apiñaban entre sí, esperando en silencio al principio la severa manifestacion de Dios: luego empezaron á murmurar, en vista de aquella fuchia de los elementos desconocida para ellos.—"¡Qué estruendo! decian, ¡qué estremendo ¡qué noche tan profunda! ¿Qué fuegos son esos? ¿Por qué acaba de caer ese alto cedro! Nunca hemos visto ni oido cosa semejante. Apenas podemos distinguir nuestra voz.... ¡Oh Señor! ¿Nos heriréis tambien á nosotros? ¿vais tambien á precipitarnos delante de vuestro rostro? Por ventura ¿hemos nacido mas que para sufrir? Apenas podemos respirar, el temor embarga nuestros corazones, ¿por qué, Señor, por qué olvidais que somos vuestros hijos?"

XVIII.

Eva, aunque próxima ya á exhalar el último suspiro, oyó aquellos murmullos, aquellas palabras de duda. Alzó los ojos al cielo, y no vió en él mas que

la tempestad; por todas partes reinaba el desórden. Entonces suspiró profundamente, y dijo:—"Esas revueltas en su alma y en la naturaleza me presagian muchos males: la prediccion se cumplirá. Los hombres estarán algun dia divididos entre sí, no se reconocerán unos á otros en la noche de su odio; no responderán al nombre de hermano mas que con la amenaza. Yo sembré el mal, y mi primogénito recogió el fruto de aquella fatal semilla. Mi descarrio no será estéril: el seno de la muger ha concebido; del mismo modo su culpa concebirá. La serpiente no morirá conmigo." Dicho esto, murió Eva llena de dolor.

XIX.

Todos sus hijos, dislocados de sus temores por la muerte de su madre, oraban junto á ella. De pronto se rasgan las nubes, brota el relámpago en el horizonte, cae el rayo con estruendo.... Y á aquel tremendo resplandor se vió á lo lejos, muy á lo lejos, un hombre que huia, con el pelo erizado, con los vestidos en desórden, perseguido por la tempestad....

XX.

Y aquel hombre era Caiin!!....

BOLONIAS.

POR D. RAMON CAMPOAMOR.

CORTA ES LA VIDA.

Paróse, una voz sentida
cierto viajero escuchando,
y vió una ave que, rendida
al pié de un árbol, piando
triste exhalaba la vida.
Y al ver que al árbol querido
mirando desde la grama,
alzuba el postrer gemido
hácia la flexible rama
do aun columpiaba su nido:
—"He aquí," dijo en su sorpresa,
"la imágen de la fortuna:
vagando sin ley alguna,
al oir hallamos la huesa
al mismo pié de la cuna."
Y alejándose al momento,
por templar su mal no escaso,
añadió en su pensamiento:
—"¡Cuánto las separa!—¡Un paso!
¿Y qué media entre ambas!—¡Viento!"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

QUIEN VIVE OLVIDA.

Que la dicha si es colmada,
si nada turba el contento,
suele trocarse en tormento,
porque cansa al corazon
siempre una misma pasion,
siempre un mismo sentimiento.
EL CONDE DE REVILLAJIGEDO.

EL.
¡Cuánto amor, Adela mia,
aquí un dia
me juraste y te juré!
ADELA.
Por cierto que fué en Noviembre,
y en Diciembre
me olvidaste y te olvidé.
EL.
Allí grabé con pasion
la espresion
de que *vivir es amar*.
ADELA.
Bajo espresion tan traidora,
gruta ahora,
que *vivir es olvidar*.
EL.
Aun por tí mi amor se inflama,
porque el que ama
nunca olvida, si ama bien.
ADELA.
No hagas de tu amor alarde,
que, aunque tarde,
á gran amor gran desden.
EL.
Entre estas ramas, ¡ay triste!
me dijiste
"No te olvidaré jamas."
ADELA.
No acerté, en mi error profundo,
que en el mundo
quien mas vive, olvida mas.
EL.
¿Cuándo con locos estremos
volveremos
á amar con tan ciego ardor?
ADELA.
Nunca, pues ya hemos sabido
que el olvido
sigue, cual sombra, al amor.

EL.
¡Tiempos felices aquellos
en que, bellos,
vivir era idolatrar.
ADELA.
¡Quién entonces (¡pena fiera!)
nos dijera
que vivir es olvidar!

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

II.

FE POLITICA.

Despues de las verdades del órden religioso, no las hay mas importantes y dignas de exámen, que las del órden social y político, en cuanto regulan nuestros deberes como ciudadanos, afectan la humanidad en estos grandes cuerpos que se llaman naciones, y establecen en la tierra una paz y unidad, reflejo y preludio de las del cielo, ó presentan en ella una imágen de la region del desórden y del espanto. Despues de fijado el punto de partida y el término de nuestra peregrinacion, elevados siempre en él los ojos, el primer objeto de nuestra atencion es naturalmente la caravana á la cual debemos marchar unidos, cuidando de no estraviarnos del camino en medio de la general confusion: sin dar tampoco tanta importancia á estas cuestiones, que aspiremos á conquistar y á plantar nuestras tiendas en los paises que como viageros no hacemos mas atravesar.

Sin embargo, este órden, aunque puramente humano, estriba en una base divina, que toda la sagacidad de los políticos y las teorías de los filósofos hubieran sido inhábiles para descubrir sin la revelacion. Las sociedades que de ella carecieron no sabian de dónde venian, ni adónde iban: ¿cómo habian de regular su marcha? Si algun punto se ha estudiado en este siglo, es sin duda el cambio que en la vida social y política de los pueblos introdujo el cristianismo, y la constitucion y existencia nueva que les dió, y que á pesar del empirismo filosófico y del trastorno revolucionario subsiste todavía. Si las naciones no son mas que grandes individuos, la política no es en su esencia otra cosa que la moral de las naciones. Bajo este concepto hay mucho fijo y eterno en política; y en este campo que tan vago y oscuro se nos presenta á primera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vista, hay marcados muchos rastros de sendero indeclinable, del cual no se puede salir sin deslizarse en un abismo. Sin mas código que el Evangelio, compuso Bossuet un cuerpo de política cristiana.

Dios nos concedió la razon para el conocimiento de las verdades y la conciencia para el conocimiento de los deberes, y entrambas para suplir el hueco que en puntos menos necesarios ó elevados nos dejó la revelacion, y para guiarnos en el palenque que esta reservó abierto á la actividad de nuestro espíritu y á los deseos del corazon humano. La conciencia, pues, y la conviccion de cada cual, para de todo bastardo elemento que la oscurezca, es la que acaba de trazarnos el sendero político que las verdades morales y reveladas señalan acá y acullá como grandes piedras miliarias, y con á trechos ciñen y encanjonan, pero que generalmente dejan abierto en mil direcciones. Por tanto, la fe política no es *una* que una conviccion arraigada y sostenida por una buena intencion acerca de las ventajas de un sistema ó medida de gobierno; y en este sentido no escluye el error ni la variacion, pues partiendo de un principio humano, versa sobre un objeto humano tambien y variable, no escluye ni aun la accion lenta de las pasiones sobre el entendimiento que llegan á alterar; escluye solo una pasion calculada y en lucha con la conviccion, un interes egoista, y en suma, cuanto es hipócrita, doblado y mentiroso.

Así, pues, la política en la parte que tiene de eterno, de fijo, de invariable, en los deberes de la moral ó en los principios constitutivos de la sociedad, debe ser objeto de una fe tan eterna é invariable como la religiosa; en la parte que se adapta á las necesidades accidentales y al giro voluble de los siglos, á las formas de gobierno, al ejercicio del poder, á las teorías sucesivamente dominantes, nuestra fe será mas ó menos prudente ó justificada, segun se adapte mejor á las lecciones de la esperiencia, al conocimiento del corazon humano, especialmente en la generacion contemporánea, á ciertas analogías mas ó menos visibles, que existan entre la sociedad eterna y las temporales, entre el órden del universo y el de un Estado; pero será siempre una fe meramente humana. En el segundo sentido podemos muy bien ser escépticos en política irreprensiblemente; en el primero de ningun modo. La primera fe no tiene analogía alguna con la segunda, pues pertenece á un órden enteramente distinto; antes bien suele ser tanto mas imperiosa en sujetar su entendimiento á sistema ó autoridad humana el que es mas débil á la divina, y el ojo acostumbrado á la luz viviente de las verdades eternas, no encontrará á menudo sino oscuridad en las mezquinas é incompletas que se venden por tales en la tierra. De ahí se ve cuán perjudicial y erróneo sea asociar institucion alguna humana, por mas respetable que por su naturaleza y por la tradicion se nos presente, á las cosas de órden sobrenatural é invariable, ó que se apoyen unas en otra las dos clases de fe que hemos distinguido; acaba el mundo que dar que sea y cae la humana y arrastra en su caida á su divina hermana, que en ella se hubiera sostenido eternamente. Creia Lamennais en Dios y en la inocencia con una fe demasiado individual, vió desde el 1830 que *los reyes se iban*, y temió que con ellos se fuera Dios; ha visto luego la revolucion tumultuosa, y la coacion sostenida profanando á Dios é invocándole como Dios de las revoluciones. Creamos en el órden sobrenatural, pero separémos y guardemos nuestras creencias, y distinguir lo que debemos sacrificar, de lo que no, ya decirlo así, inmaculable, y en el calor de la lucha obstinémonos, si preciso fuere, á nuestros enemigos lo menos importante, para salvar lo mas precioso, como nos la cabeza en que se envuelve.

Y en efecto, no son las cuestiones de formas políticas tan trascendentales que nos sea indispensable tomar acerca de ellas nuestro partido, pues en este

caso resultaria una especie de acusacion contra Dios, que las ha abandonado á nuestras teorías y disputas. Para resolverlas nos dió mas datos de los que se cree ó de los que se quiere creer, en la moral y en la revelacion; y la luz con que alumbran seria bastante para llevarnos á un mismo término feliz, cualquiera que fuese el camino que tomáramos. El grande error del dia consiste en dar harto valor á las instituciones y harto poco á las costumbres, harto á las leyes y harto poco á las voluntades; y el resultado infalible de esta situacion es la anarquía si triunfan estas, el despotismo si aquellas. Dadnos moralidad y habrá buena fe; dadnos buena fe, y ayudada algun tanto con la esperiencia de lo pasado y con el conocimiento de lo presente, habrá concordia y unanimidad las mas veces en estas cuestiones de palabras, ó por mejor decir, de intereses, que ensangrientan ó las naciones.

Hay empero una fe política que podemos llamar práctica, necesaria indispensablemente para la conservacion de las sociedades. Existe en todas ellas un poder supremo, ora en un hombre, ora en un consejo, ora en una asamblea, último juez de toda diension é identificado con el principio de verdad y justicia, alma, por decirlo así, de aquel cuerpo, Dios político de aquella limitada esfera. Inventense las formas que se quieran, siempre encontraremos en un Estado el centro de unidad, el límite mas allá del cual no se concede apelacion, la autoridad que prácticamente hemos de juzgar por tanto infalible é impecable, y á quien hemos de prestar nuestra fe política, es decir, obediencia, mientras no contraríe sus preceptos otra fe mas elevada. Esplicado en este sentido el *derecho divino*, no vemos lo que haya de absurdo ni de opresor en dicho sistema, ni lo que pueda oponerle en cara la *inviolabilidad constitucional*, fundada prácticamente en el mismo principio de la impegabilidad del soberano.

Cuanto mas se acerque, pues, á la realidad, ora en sí, ora en el concepto de los pueblos, esta ficcion legal á la cual, si ha de existir órden, deben forzosamente prestarse, es decir, cuanto mas acompañada vaya la obediencia con la voluntad de fe política en el entendimiento, tanto mejor será la condicion, así de los gobernantes como de los gobernados. No nos entrometeremos en pesar la suma de males y bienes que reunian en su tiempo nuestros antepasados, comparada con la nuestra; pero cuando otra ventaja no tuviesen que la fe política, en cuyos brazos descansaban, bastaria para inclinar la balanza en favor suyo. Serian tan desgraciados como querais, pero no lo sentian; y un mal no sentido vale tanto como un mal no existente. Y á los males que sentian resignábanse como á cosa irremediable, ó esperaban su remedio del tiempo ó de sus instancias, y rara vez en engañada su esperanza. Hasta en los siglos feudales, en la infancia de la civilizacion, los pueblos bárbaros, como se les llama, de humor áspero y violento, de hábitos guerreros y de fogosas pasiones, avezados á decidir por la fuerza sus cuestiones particulares, rara vez intervenian en las políticas; y si alzaban alguna vez bandera de insurreccion, victoreaban con ella misma á su soberano con alguna mas sinceridad que ahora, ó á lo mas cambiaban de dueño. No tenian *vida política*, pero tenian *fe*, como llamaban con admirable instinto á la obediencia que prometian, y creian lo mejor sujetar sus entendimientos al mismo que habia de mandar en sus acciones. Y guardanos de separar entrambas cosas que rara vez obedece la voluntad lo que el entendimiento no cree. Solo preguntaremos á los que juzgan saludable y necesario esponer el gobierno á la fiscalizacion de los gobernados, y erigir en juez moral al que ha de ser juzgado prácticamente, si creen ó no en la necesidad de una autoridad definitiva, de un poder supremo, que sea irresponsable, y de una obediencia que no penda del capricho de la voluntad de cada cual. En este caso ó el poder desaparecerá, ó pesará sobre la voluntad un yugo que

rechaza el entendimiento, situacion tan poco duradera como de un malestar inconcebible. Se dirá que en el sistema representativo queda el poder supremo irresponsable, y sólo resta la censura en los consejeros: á lo cual responderemos simplemente que en los años que lleva aquel sistema desde su aparicion, no hemos visto mudarse alguno ahorcado, y sí destronados muchos reyes, y muchas sociedades desquiciadas. Cuenta que aquí no hacemos sino lamentar el mal que está á la vista, pero no indicamos su remedio: cuanto mas que lo creemos duradero como encarnado en los ánimos, y que lejos de ser efecto de las instituciones, es su causa, y sobrevivirá á ellas mismas, porque la fe no se manda como una ley, ni se establece en un dia.

En un siglo razonador por escelencia, que suavizó las costumbres hasta enervarlas, evitó las batallas hasta envilecerse y condenó la fuerza material bajo todos aspectos, estraño parecerá que se haya proclamado esta como razon suprema. ¿Qué es lo que colocada en efecto sobre el jefe del Estado? La revolucion: ¿cómo exigirle la responsabilidad? Por la revolucion, es decir, por la violencia. La violencia es una arma tan terrible en los gobiernos cual medio de represion, como en los gobernados cual medio de ataque. Cuando los pueblos no ven un padre, sino un dueño en su soberano, no está muy distante este de no ver en ellos hijos, sino esclavos. Pero la violencia no es un estado durable, y si de las entrañas de la revolucion ha de nacer un gobierno, cualquiera que sea su forma, debe correr por el mismo círculo: así que la fe política es tan indispensablemente vida de las sociedades, como la fe metafísica vida del entendimiento.

Las mismas revoluciones cuando, regateando aun, se estrenan, se obran con cierta fe terrible de mejora, fe que si ha de medirse por las víctimas que ha hecho inmolar, reconoce muy pocas que iguales en el órden humano. Engañarían el que en las revoluciones verdaderas quisiera espliearlo todo por motivos de corrupcion, de egoismo ó de venganza: mucho habia de ello, en los gefes especialmente; pero la corrupcion cunde, el egoismo acobarda ó trata de conservar lo conquistado, la venganza no se ensaña sino contra personas ó clases determinadas; mas ¿cómo esplicar el vigor salvaje, el desprendimiento, abnegacion y hasta heroismo, el espíritu de ferocidad y de destruccion iluminada que caracteriza á las masas revolucionarias, y que presta á la revolucion francesa del siglo pasado esa grandiosidad que, aun abominándola, admiramos? Y es que cuanto se hace con fe, aunque estraviada, tiene algo de grande y sobrehumano, aunque sea la destruccion; por esto son tan terribles las escenas que ofrece el fanatismo, y las del egoismo tan miserables. El fanatismo revolucionario, al par que el incrédulo, aniquilaba entonces los entendimientos y alucinaba los corazones con nunca vista tiranía, y los arrastraba contentos al suplicio en nombre del mismo ídolo que se habian forjado. De la misma suerte que los pueblos que no creen ser los sacerdotes consultan á los hechiceros, indagan á sus tribunos cuando desconfian de sus monarcas.

Pero la fe en las revoluciones pasa muy pronto; los seducidos se espantan de su propia obra, los ganancioses intentan abogarlas para salvar lo adquirido, los descontentos sienten mas su malestar y se despierta su codicia á la vista del botin de los otros. Así como la incredulidad degenera en escepticismo, así el egoismo reemplaza muy pronto á las pasiones revolucionarias. Entonces continúa la revolucion, pero ya no con pretesto del bien comun, sino en pro de ambiciones particulares: lucha que no por mas mezquina es menos desastrosa.

EL BARDO IRLANDES.

LITERATURA.

I.

Cuando la oscura noche desciende sobre las márgenes de Antrim y las grandes columnas basálticas de la Calzada de los Gigantes, parecen de lejos los rayos de la luna que se proyectan en las espumosas aguas del mar del Norte, una voz triste y melancólica suspira en los ecos de aquellas solitarias playas. ¿Es por ventura el lastimero canto de un ave estrangera estraviada en aquellas riberas, y que lamenta los árboles y las fecundas semillas de la patria? Esa trémula y blanda armonía que se mezcla á las frescas brisas de la tarde y se pierde en los lejanos valles, ¿es la voz de un espíritu, ó el rumor del viento que suspira deslizándose en los intervalos de la gigantesca columnata de lavas?

II.

Es la voz de un hijo de la verde Erin, la voz santa del poeta que gime en el silencio de la noche. Como el Bardo antiguo sentado en los peñascos que vienen á cubrir de cuando en cuando las espumosas olas del mar, y estrechando á su pecho el harpa gálica que regocijaba antiguamente los ecos de la Irlanda, cuenta en melodiosas palabras las cosas pasadas y las miserias presentes de la noble tierra donde la sombría y fanática Albion ha hecho germinar la miseria y la esclavitud. ¡Oh! ¡la miseria en tus fértiles entrañas, noble madre de tantos valientes! ¡la esclavitud para tí, hermosa y noble Erin! ¡para tí, cuyo libre frente se alzaba entre las naciones radiante con el signo sagrado de la Redencion, y cargada de los laureles de cien batallas!

III.

¡Ah! así lo quiso el Señor en aquellos tiempos ya lejanos, en que el rey anjovino, acompañado de sus barones normandos, de férreo coselete y poderosa espada, fué á reclamar como suyo todo el territorio que se estiende desde el cabo Malin hasta el cabo Clear, desde las fértiles orillas del Shannon hasta las agrestes costas de Antrim. ¡Desolacion! ¡desolacion! ¡Y un pontífice romano, un sajon, á cuyos padres habian oprimido los normandos, fué el que te entregó al furor de los normandos, á tí, mi querida Irlanda! ¡Oh Adriano, siervo de los siervos de Dios, perdónete el Señor aquel sangriento breve que, en un momento de error, dirigiste á Enrique de Anjó, diciéndole: "¡Toma la Hibernia con sus pueblos; te los doy por el tributo de San Pedro! ..."

IV.

¡Como el Hijo del Hombre fué vendido por el apóstol infiel, así, noble Erin, fuiste entregada por el padre comun de los fieles, tú tan religiosa y tan tierna! Y tú tambien debias llevar tu cruz en este mundo; debias ser hollada por groseros soldados, espuesta á las injurias del populacho, y debias empapar muchas veces tus labios pálidos y moribundos en el cáliz de amargura. Así fuiste elegida para una segunda expiacion, y en medio de

tus padecimientos alzaste al cielo tus ojos húmedos, buscando en él valor y esperanza.

V.

¡Ah! ¡cuántas veces, desde aquellos dias de luto, ha llorado la Iglesia por tí, cuya voz suplicante, desgraciada Irlanda, se alzaba hácia ella desde el fondo del abismo de males en que fuisteis sumergida! Sus lágrimas se han mezclado á tu llanto; sus oraciones han subido con las tuyas hasta el trono del Eterno, y un pensamiento de porvenir ha caido sobre tu frente pálida, como un templado rayo del sol de primavera hace germinar la aromática flor en la cima de tus nevados montes.

VI.

Y sin embargo, la Irlanda no cayó, como el verde pino bajo el hacha del leñador; antes bien se levantó palpitando de ira cuando los caballos de los normados relincharon en sus valles, cuando las banderas enemigas se desplegaron sobre sus colinas. Fué preciso que uno de tus hijos, de fuerte y nervudo brazo, se rebelase contra su madre, para que doblases la rodilla ante un soberano. ¡Oh mi Irlanda querida! ¡Eterno oprobio sobre tu nombre, rey de Laghenagh, Dermot, hijo de Morrogh! tu cuya voz sacrílega llamó al estrangero en tu ayuda, porque demasiado débil contra un valeroso rival, no había en tu clan bastantes espadas que se desembainasen por tí. ¡Oh cobarde! . . .

VII.

No, la Irlanda no bajó sin gloria al profundo abismo de la desgracia: muchos de sus bizarros hijos murieron por ella, y muchas veces tambien, ante su espada victoriosa, vió huir al inglés despavorido; muchas veces un grito de cólera y de libertad resonó en los ecos de sus montañas; muchas veces la voz de su pueblo rugió como el Océano al acercarse la tempestad, y entonces, Albion, tus orgullosos lores, los infieles y corrompidos ministros de tu fe muerta, tus codiciosos mercaderes, tus soldados mercenarios, temblaron. . . . ¡Ya creian ver el arpa irlandesa sobre las antiguas almenas de la torre de Lóndres acompañando un canto de muerte!

VIII.

Albion, ¡qué has hecho de tu hermana, la hermosa y noble Erin! La has cojido por su larga cabellera; la has herido en el rostro ó en el corazon; has bebido su sangre; has saboreado sus lágrimas; te has reido de sus gritos de desesperacion; has contemplado con ojos secos y frios la lepra de su miseria. Y cuando, olvidando tus crímenes y tus crueldades, la pobre Erin te pedia merced, y procuraba darte un nombre de amor, tú le respondiste con palabras de odio; añadiste largos y pesados eslabones á la cadena de hierro con que abrumaste sus miembros quebrantados por el tormento; fuiste insensible á infortunios, cuya relacion hace llorar á las naciones mas lejanas, y riéndote como Satanás en medio del lujo falaz que te rodea, pediste oro! ¡Oro para tus nobles señores, para tus altaneros representantes, cuya conciencia tiene un precio como las especias de la India! ¡Oro para tí que envejeces y tiemblas sobre un monton de oro!. . . .

IX.

¡Oh Albion! tú serás derribada de tu carro como el impío Antioco; serás azotada como Heliodoro, llorarás solitaria en el seno de los mares, como Venecia, que fué grande y cruel cual tú. El Señor tomará en compasion á los que has hecho tan desgraciados; el viento de su cólera soplará sobre tí, dispersará tus escuadras, llenará tu seno de un misterioso terror; tu imperiosa voz llegará á ser mas impotente que el leve soplo del viento que agita apenas los marchitos pétalos de las flores. . . . Y nadie te compadecerá; ninguna plegaria se alzará por tí al cielo irritado. No habrá eco para tus lamentos, y una voz injuriosa te perseguirá por do quiera en tus dias sin sol, en tus noches brumosas, gritando por todo el mundo:—Albion, Albion, ¿qué has hecho de tu hermana, la hermosa y noble Erin!

X.

¡Perdon, perdon, Señor! Si estas amargas palabras salen de la boca del poeta, como las irritadas olas de los torrentes que van á hinchar las aguas del Shannon, es porque ama tiernamente á su madre, y porque su madre ha llorado tanto!. . . . es porque la queja no consuela, es porque la paciencia no sana al corazon que sufre. . . . es porque hay miserias demasiado grandes para tus criaturas. . . . Pero ¿por qué dudar, oh Dios mio, de tu justicia y de tu bondad! tú no perdonarás sino á los que perdonan. . . . ¡Pues bien! ¡Prospere Albion, pero sea libre Erin! ¡Oh! tu perdonarás, Señor, si una voz irlandesa clama hácia tí: ¡Dios guarde á la Inglaterra! Padre nuestro que estás en los cielos, ten compasion de la Irlanda católica y resignada; pon en la balanza de tu justicia sus lágrimas y sus miserias, y haz que desciendan sobre sus colinas sereños dias. . . . ¡Amen! ¡Amen!

XI.

Y ahora, oh madre de los santos y de los héroes, tu querida Irlanda, tu poeta que canta en la sombra de las noches tu cólera y tus esperanzas, te pide á los ecos de las playas de Antrim; ven á visitarle en sus sueños de porvenir; ven como una benéfica aparicion á realizar su pensamiento de amor y de sacrificio. . . . ¡Oh! no eres tú, madre mia, no eres tú la que arrodillada en la ribera, imploras al Señor tu Dios por tus tristes hijos! ¡No eres tú aquella, cuyas manos cargadas de cadenas estrechan todavía sobre tu corazon la cruz del Salvador! ¡Salve, noble madre mia!

XII.

¡Oh! ¡Cuán hermosa eres todavía, amor mio, en tu sombrío velo! ¡qué viva y santa esperanza brilla en tus ojos azules que buscan en el cielo un refugio para tu miseria! La brisa agita tu larga cabellera, y las olas espumantes del Océano vienen á mojar los pliegues de tu blanca falda. Una cuenta y arrebatadora armonía te rodea, porque el infortunio es sagrado. . . . La palidez de tu frente atestigua tus largos padecimientos, pero ¡qué deliciosa sonrisa vierte á través de tus labios! . . . ¡No son las mejores palabras de un himno de esperanza las que me dictas, con voz enternecida, á los acentos de mi arpa, hasta el momento en que el sol, descendiendo sobre estas playas, acaba el sueño del poeta! Entonces toda desaparece ¡ay! escepto tu dolor, y las últimas vibraciones de su voz van á llevar á los mas lejanos ecos estas palabras que oirá el Señor. . . . ¡Irlanda! ¡Irlanda! . . . ¡Dios te proteja!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DOLORAS.

POR DON RAMON CAMPOAMOR.

VANIDAD DE LA HERMOSURA.

A OCTAVIA.

Ni amor canto, ni hermosura,
porque esta es un vano alivio,
y ademas
aquel una sombra oscura.
OCTAVIA.
¿No es mas que sombra el cariño?
—*Nada mas.*

Esas flores con que ufana
tu frente se diviniza,
ya verás
cual son ceniza mañana.
OCTAVIA.
¿Nada mas son que ceniza!
—*Nada mas.*

Y en tu contento no escaso,
¿qué dirás que es un contento,
que dirás!
OCTAVIA.
¿Nada mas que viento acaso!
—¡Nada mas, niña, que viento.
nada mas!

En la edad de las pasiones,
á vueltas de mil enojos,
hallarás
aire, sombras é ilusiones:
¡nada mas, luz de mis ojos,
nada mas!

PROXIMIDAD DEL BIEN.

En el tiempo en que el mundo informe estaba
crió el Señor, cuando por dicha estrema
el paraíso terrenal formaba,
un fruto que del mal era el emblema,
y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adan al mismo lado
el Señor colocó del bien el fruto;
pero Adan nunca el bien halló ofuscado,
porque es del hombre mísero atributo
huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era
puso Dios escondido, y muy lejano,
pero Adan lo encontraba donde quiera,
abandonando en su falaz quimera
por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ah! siempre el hombre en su ilusion maldita
su misma dicha en despreciar se empeña,
y al seguirle tenaz, tenaz la evita,
y aunque en su mismo corazon palpita
lejos, muy lejos, con afan la sueña!....

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

II.

FE POLITICA.

(CONCLUSION.)

Y si no son los intereses y ambiciones particulares, digasenos ¿cuál otro es en el dia el objeto ostensible de la lucha política? ¿Es acaso un cambio de dinastía, un cambio de leyes fundamentales, un cambio de gobierno? No; todos los partidos beligerantes acatan ó muestran acatar á una misma reina, una misma constitucion y un mismo régimen; y sin embargo se habla de trastornos, como si nos asediaran enemigos invisibles, y embarga todos los espíritus un malestar indefinible, y para muchos esta agitacion sorda es presagio de grandes males. No es todo en efecto vocería de partido ó ilusion de espíritus sombríos; el peligro y el mal existen, pero no agudo sino crónico; no nos amenaza ya el frenético delirio del fanatismo revolucionario, sino la repugnante agonía producida por la gangrena. Hay dos especies de anarquía, y no definiremos cuál sea mas terrible; la una, obra de pasiones desencadenadas, violenta como ellas; la otra, obra del egoismo y degeneramiento social y de la extincion de toda noble creencia y sentimiento. En nuestros temores siempre tenemos vuelta la vista á la Francia de 1793, y nunca la fijamos en la Polonia de 1772; y sin embargo aquella volvió á la vida de su espantosa crisis, y esta se disolvió en el sepulcro.

Cuando los principios cesan de ser revolucionarios y la revolucion continúa, bien se ve que no está en los entendimientos sino en los corazones, y que ya no hay fe sino intereses en ella. Aplaudimos, como el que mas, el saludable cambio de ideas verificado de algunos años acá, y el descrédito en que por lo general han caido las teorías disolventes; pero al ver el poco influjo que tienen las ideas sobre los hechos, desarrollándose unas y otros en sentido opuesto; al ver que se eslabonan los desórdenes y se acumulan las ruinas al arrullo de las declamaciones de órden y conservacion, formamos una idea bien triste de la buena fe de los partidos, bastante desengañados para no creer en lo que obran, mas no bastante sinceros y desprendidos para obrar como creen. Empeñan á los mas en la empezada senda intereses mas ó menos personales, mas ó menos declarados, adquiridos ó por adquirir, bastante cortos de vista para no ver sino el peligro próximo que puede amenazarles, y no el gran peligro social que tarde ó temprano les envolverá por esta senda en la comun ruina: tiéndense otros cansados en mitad del camino con estúpida indiferencia, sin fuerzas para pasar adelante ni para volver atrás; cuales, se retiran desesperanzados y se atrin-

cheran en la vida doméstica, huyendo de la tormenta que tal vez provocaron; cuales se guardan para mejores tiempos; mas ora, sean los intereses ó el cansancio, la timidez ó el desaliento los que produzcan inaccion, condescendencia y tal vez complicidad con la revolucion entre los hombres mas desengañados, lo cierto es que estos sentimientos mas ó menos honrosos y justificados, indican un hecho mismo, la falta de fe, falta de fe en la revolucion, y, digámoslo tambien, falta de fe en la reparacion. Por esto no es cumplido nuestro gozo á vista de los numerosos desertores de las filas revolucionarias; son soldados que se retiran á sus casas y no al campo opuesto, soldados que no recluta la buena causa, sino la indiferencia y el egoismo.

Comprendemos muy bien que á vista de la impotencia ó mala fe de los partidos, á vista de su inconsecuencia en los principios, de la violencia en sus actos, y de las faltas y escesos de todo género en que han incurrido, rehuse todo corazon recto y todo espíritu elevado partir con ellos la responsabilidad, y alistarse bajo una bandera falsa ó errónea en su lema, ó manchada por los abusos; y no solo lo comprendemos, sino que no comprendemos lo contrario. No es lo mismo en nuestro concepto tener fe en un principio, que tenerla en un partido; pues aunque cada partido proclame su principio, lo alteran de tal modo las cuestiones personales, que lo convierten en pasion en los momentos de efervescencia, y en los de sosiego y sangre fria no es para muchos sino una asociacion de comercio, en que á pérdidas y ganancias comunes juegan su fortuna. Y así como en ningunas épocas ó lugares suele haber menos religion que aquellos en que coexisten multitud de religiones, así la conviccion, así la fe política está ordinariamente en razon inversa del número de partidos que se jactan de tenerla. No en los partidos, sino sobre los partidos ha de colocarse nuestra fe; que no deja de existir la verdad, por mas que se vea controvertida y profanada, ni deja de hallarla todo el que quiera elevarse á una region superior para gozar de su luz, interceptada á los combatientes por la polvareda misma que levantan.

Para hallar empero la verdad y creer en ella, es preciso separar las cosas de las personas, los principios de los abusos que vician su esencia; pues no existiendo ninguno libre de tacha en su uso y aplicacion, y mucho menos en los actos de sus secuaces, perderiamos toda idea de bien, y nuestro corazon se cerraria no solo á toda esperanza, sino á toda creencia de mejora posible. La historia misma, que en todos los siglos y bajo cualesquiera instituciones no nos presenta sino calamidades y delitos, seria para nosotros fuente de universal escepticismo. En todos tiempos y lugares siempre hallareis en el hombre esa criatura degradada del Edén, ese compuesto de errores y pasiones que inficiona cuanto toca, y que conociendo su pequeñez busca asirse á una verdad ó á un sentimiento noble, para hacerlo servir de instrumento y de escudo á sus corrompidos deseos. Para ahogarlos y prevenirlos no conocemos mas que un código, y este es el Evangelio; para ordenarlos, supuesto que existen, en menor daño de la sociedad, y reprimir los que la perjudiquen, hay muchos códigos, tantos como instituciones políticas. Si consideramos, pues, á estas como una segunda revelacion, digámoslo así, como un segundo Evangelio que haga á todos y á cada uno de los hombres perfectos y felices, caducará con el desengaño nuestra fe en ellas, por lo mismo que es exagerada. Nosotros por el contrario, creemos tanto menos en la parte variable y humana de la política, cuanto mas creemos en la eterna y sobrenatural; graduamos la bondad de las instituciones por su conformidad con la moralidad y religion; y profanos como

somos acerca de las teorías del poder y profundidades del derecho político, diriamos solo á nuestros regeneradores: Nada comprendemos de vuestros bellos sistemas, pero habeis tendido á aflojar la una y á debilitar la otra; por esto solo ha sido errada vuestra marcha.

En cuanto á las instituciones mismas, es tal la analogía que concede Dios á cada una con el pueblo ó con el siglo á que la ha destinado; suenan tan alto las lecciones de la esperiencia, que sin duda, si pudiera abstraerse cada cual de sus intereses y pasiones, seria resuelto el problema en unánime sentido. Quitad estas y aquellos, y esas cuestiones políticas, que tan graves é interesantes se nos presentan, se vuelven mas ridículas y vacías á nuestros ojos, que las de los sofistas griegos ó de los escolásticos de la edad media. No es la existencia política de tanto influjo é importancia como se afecta creer acerca de la suerte de un pueblo, ni sus abstractas teorías tienen aplicacion inmediata, ó éxito por lo menos, si se prescinde de la opinion y existencia social; y esta, no son las instituciones, sino el espíritu del siglo quien la crea. Ponga cada cual la mano sobre su pecho, y pregúntese si es tanta como aparenta la conviccion que de sus ideas tiene, y si suena en sus adentros la voz de su conciencia tan fuerte y decisiva como su voz esterior en medio de la gritería de los partidos; y en caso afirmativo grite enhorabuena, que en toda disputa solo pediriamos á nuestros adversarios, ya que no fe verdadera, al menos buena fe, medio seguro de alcanzar la primera, y el error no nos asustaria tanto si fuera consigo mismo consecuente. La verdad nunca huye del que la busca con ánimo sincero; y si es innato en el hombre respetar al de buena fe, aunque enemigo, y así lo proclaman los mismos partidos en el calor de su choque, teórica si no prácticamente, no es porque el error sea en sí respetable, sino porque la aurora de la verdad brilla ya en aquellas personas, porque son catecúmenos de la verdad.

Reconocemos que las almas de cierto temple corren riesgo de dejarse alucinar por una mal entendida firmeza, y de inmolar la verdad conocida y el fruto del desengaño á compromisos anteriores, y mas en una época en que se mueven á todo viento las opiniones, y en que son tan frecuentes é interesadas las mudanzas. Pero la obstinacion fundada en el orgullo escluye la fe política, tanto como la veleidad dirigida por intereses. Nada hay tan perpetuo como la prevencion en el entendimiento y el rencor y venganza en el corazon, y sin embargo ni la una es fe, ni la otra es constancia: antes bien la fe política cambia muchas veces y debe cambiar con las circunstancias, pues lo que ayer era útil, hoy á menudo seria peligroso. Sea, pues, efecto de circunstancias, sea efecto de desengaños, no deben rehuir los hombres honrados y sinceros de manifestar á voz en grito su cambio de fe, aceptando en todo caso como espiacion la mas severa de su error, las esplicaciones poco favorables que pudieran darse á su conducta; pero no hay que temer en este punto, que ni siempre los intereses van tan acordes con el desengaño, que este pueda creerse interesado, ni Dios, que odia tanto la traicion como la pertinacia, ha permitido que hasta en la opinion de los hombres los apóstatas se confundieran con los convertidos.

Reine, pues, la buena fe, y nos entenderemos; y la reconciliacion será solida y verdadera, y tras la reconciliacion vendrá la única reparacion posible á todos los males, cualquiera que sea su fecha y su autor. Nuestra fe en la reparacion se funda en la de Dios, que hizo *curables á las naciones:* en cuanto á nuestra esperanza, parécese al faro que en noche tenebrosa se presenta al navegante, ora como radiante hoguera que se va acercando, ora como luz imperceptible próxima á desaparecer.

UNA BENDICION PAPAL.

Urbi et Orbi.

Entramos en la magnífica iglesia de San Pedro dos horas antes de comenzarse los oficios, y ya una multitud incalculable llenaba la mayor parte del inmenso edificio. Ya las guardias suizas, con su pintoresco trage y armas de la edad media, se hallaban colocadas en dos filas á lo largo de la nave principal, que estaba enteramente despejada para dejar libre el paso á la comitiva del Papa. Habian levantado con maderos cubiertos de ricos tapices una tribuna en el trascoro para los músicos, y colocado el número de banquetas suficientes para las personas de la corte pontifical, entre la silla de San Pedro y el altar mayor. A los dos lados de este se habian construido dos anfiteatros esclusivamente para las señoras, y á los que se entraba con billete que da el *Maestro de la Cámara*, es decir el mayordomo mayor del Papa. Sucesivamente van llegando las congregaciones de penitentes blancos, de penitentes negros, en número de trescientos aproximadamente. A las once todas las miradas se fijan sobre la capilla de la *Pietá*, inmediata á la puerta principal. Alzase la enorme cortina que cubre la puerta; ábrense sus dos hojas de bronce y penetra por ella la guardia suiza, de gran uniforme, al compás de armoniosas músicas; siguen los prelados que llevan la cruz y los candeleros, pues ni en Francia ni en Italia se usan ciriales, precediendo el cuerpo de monseñores, de auditores de la Rota, de camareros y demás miembros de la corte pontificia; siguen despues los canónigos de San Pedro y de San Juan de Letran, despues dos obispos griegos y un patriarca armenio, con hábitos pontificales, abriendo la marcha del cuerpo episcopal estos tres ancianos con su mitra en forma de corona, guarnecida de piedras preciosas con sus magníficos ornamentos orientales, distintos de los de la Iglesia latina, con su venerable barba blanca, y su cabellera flotando sobre la espalda, con su aire de majestad y grandeza que inspira respeto. Siguen los veintiocho arzobispos y obispos de todas naciones, con mitra dorada y capas ricamente bordadas.

Vienen despues cuarenta y dos cardenales revestidos, segun sus títulos de diáconos, sacerdotes ó obispos, de la dalmática, casulla ó capa, y todos con brillantes mitras. En fin, el soberano Pontífice, con la tiara en la cabeza y los mas ricos ornamentos, entra llevado en una magnífica silla sobre unas andas cubiertas de terciopelo encarnado recamado de oro. Dos grandes abanicos de pluma en unas varas doradas de seis piés de altura, dan sombra á su cabeza, llevados por dos prelados. Los guardias de corps rodeaban la silla del Papa. Cerraban la brillante comitiva el senador y los conservadores con sus vestidos de la edad media, rodeados de sus pages y guardias particulares. Seguia inmediatamente el cuerpo diplomático con sus brillantes uniformes, y todos los príncipes y duques romanos. Nada mas brillante y majestuoso é imponente, que la entrada del venerable gefe del cristianismo en medio de esta pompa incomparable en el mas grande y bello templo del mundo.

Dobla la rodilla el soberano Pontífice delante del altar mirando á la puerta principal del templo, por estar construido el altar, segun el uso de la primitiva Iglesia, vuelto al Oriente. Hace una corta oracion y comienza la misa, que dura con la música de la capilla y todo solo cincuenta y cinco minutos. El decano del sacro-colegio se coloca á la derecha del Pontífice, el primer cardenal presbítero á su izquierda con casulla, y los siete cardenales diáconos con dalmáticas detrás de él. Poco despues el hombre dos veces rey, ceñida la frente con su triple corona, marchaba á sentarse en un espléndido trono, y desde él, alzando la vista al cielo y con los brazos levantados, entona con voz firme y clara el himno divino: *Gloria á Dios en los cielos, y paz á los hombres en la tierra!!!* . . .

La misa va á concluirse: el Papa, despues de consumir en el altar el pan eucarístico, vuelve á colocarse en el trono, y el primer cardenal diácono le trae el sagrado cáliz. El Papa, puesto en pié, bebe de él, y el decano de los cardenales presbíteros acaba de consumir en el altar lo que resta en el cáliz, y termina en lugar del Papa la misa.

Terminada esta, todo el mundo sale apresuradamente del templo á situarse fuera, porque el padre comun de los fieles debia ser llevado procesionalmente á la tribuna esterior, para dar desde allí la solemne bendicion URBI ET ORBI.

Cerca de ochenta mil espectadores ocupan la magnífica é inmensa plaza del Vaticano. Regimientos de infantería, escuadrones de caballería con banderas y estandartes desplegados, forman en batalla alrededor del obelisco de Sesostris, frente á la Basílica; las galerías de la doble é inmensa columnata se cubren de innumerables grupos de hombres, mugeres y niños; en todos los balcones, en todas las ventanas, sobre todos los techos de las casas inmediatas se ven agrupadas un enjambre de cabezas.

Aquello es ver una aglomeracion, un hacinamiento de seres vivientes que produce el efecto de una verdadera Babilonia. Ni los poderosos príncipes y duques, cuyos pechos resplandecen con la rica pedrería de sus condecoraciones, ni el cuerpo diplomático, ni las hermosas damas francesas é inglesas adornadas elegantísimamente, son las figuras que llaman mas la atencion en este indescribible cuadro. Son, sí, los pobres peregrinos que han acudido de las provincias inmediatas, las mugeres de todas las poblaciones de los Estados romanos, cada una con el trage pintoresco y gracioso de su pais, peinadas las unas simple y sencillamente con sus ricas y pobladas trenzas negras, donde brillan flores de plata ó las doradas cabezas de los alfileres, cubiertas otras de un blanquísimo velo aplastado sobre la frente, estas con corpiño de terciopelo escarlata que marcan voluptuosas formas, vestidas aquellas con anchas y flotantes ropas á manera de las antiguas estátuas, sus majestuosos modelos, y todas bellas, hermosas, graciosísimas, ostentando el tipo que concedió el cielo solo á las hijas de su querida Italia, unos ojos elocuentes siempre á espresar el amor, una boca dulce y encantadora, una talla real y un modo de andar airoso y lleno de magestad que recuerda las Cetarias y Cornelias.

Mil confusos rumores se levantan de ese torbellino humano, y mil sonidos armoniosos pueblan á la vez el aire á los voces de la gente se mezcla el ruido de los coches, el redoble de los tambores, las sinfonías de las músicas y la atronadora vibracion de las campanas de San Pedro.

A una señal desaparece todo este inmenso ruido, y sucede un silencio sepulcral, el silencio de la media noche en medio de un desierto.

¡Pio IX se ha presentado en el balcon de la Basílica!

El Papa, colocado en medio de la tribuna, en la silla gestoria, en que ha sido llevado en hombros de ocho prelados, está sentado en medio de un obispo que lleva en la mano una palmatoria con una luz, y otro obispo que tiene de-

lante de él abierto un libro en donde está escrita la fórmula de la bendicion.

Al pronunciar estas palabras, *Urbi et Orbi*, en medio de una larga oracion dividida en cuatro períodos, el santísimo anciano se levanta de su silla, y con la mano trémula designa tres cruces sobre el pueblo, despues alza los brazos al firmamento, y se vuelve á los puntos cardinales del cielo, y replegando sus manos despues sobre el pecho, se sienta. El Papa estaba visiblemente conmovido y algunos de los que estaban á nuestro lado aseguraban que corrian lágrimas por sus mejillas. ¡Qué mucho que fuese cierto! Estar allí sobre el balcon del templo mas bello del mundo; dominar desde lo alto del aire una multitud postrada en su presencia; saber que en aquella misma hora todo el mundo católico se inclina bajo su mano; sentirse el mas augusto, el mas verdaderamente poderoso entre todos los hombres; manifestarse al pueblo en toda su gloria al sonido de las trompetas y al estruendo de los cañones, como Dios en el Sinaí en medio de relámpagos y rayos, y despues volver la vista á sí mismo, y encontrarse tan débil, tan pobre y tan perecedero como los demas mortales en comparacion de Dios, debe de ser una de esas emociones que afectan al corazon mas fuerte, y yo comprendo, ¡oh Pio IX, que llorásees el dia que yo recibí vuestra bendicion, confundido entre ochenta mil almas que doblaron las rodillas á vuestra presencia!!!

Inmenso, profundo era el silencio de tan innumerable concurrencia; comprendian todos que alguna cosa divina pasaba en los aires, y que el espíritu del Altísimo animaba las palabras del anciano. Descendian estas sobre la arrodillada muchedumbre lentas y sonoras en medio del universal silencio. Ningun ruido se elevaba en el aire donde resonaban, mas que el relincho de algun caballo y la perpétua armonía de las dos fuentes de la plaza, que se oian murmurar en la mitad del dia y en medio de la multitud, como en las noches silenciosas se oyen resonar las cascadas en el desierto.

A la hora en que el cañon de Sant-Angelo anuncia la beadicion papal, todos los habitantes de los contornos vecinos se prosternan para recibir esta bendicion, que se dirige hácia los cuatro puntos del cielo, y sobre todos los horizontes.

El Papa se retira. Desde la misma tribuna, un cardenal arroja al pueblo billetes impresos, donde se espresa el número de años de indulgencia que su Santidad concede á todos los que han presenciado esta ceremonia, de que es difícil formarse una idea sin haberla visto.—José Muñoz Maldonado.

CONSEJOS MORALES.

AMOR FILIAL.

La carrera de tus acciones empieza en tu familia, porque tu primer gimnasio de virtud es el hogar paterno. ¿Qué diremos de los que pretenden amar á la patria, de los que hacen alarde de su heroismo y faltan al alto deber de la piedad filial?

Apenas la inteligencia del niño se abre á la idea del deber, cuando ya la naturaleza le grita: "Ama á tus padres!"

El instinto del amor filial es tan poderoso, que no se necesita, á lo que creo ningun esfuerzo para conservarle toda la vida. Sin embargo, no hay instinto honrado que no tenga necesidad de la sancion de nuestra voluntad y que no se destruya sin ella. El amor á nuestros padres necesita ser cultivado con una firme resolucion.

El que se precia de amar á Dios, á la humanidad, á su patria, ¿cómo no ha de mostrar un respeto sin límites á aquellos por quienes es criatura de Dios, hombre, ciudadano? . . . . . .

. . . . . .

¡Baldon eterno al que se constituye rígido censor de algun defecto de sus padres! ¿Y por quién empezaremos á practicar la caridad, si no usamos de ella con un padre, con una madre?

Lector mio, abre con frecuencia tu alma á este pensamiento triste, pero fecundo en enseñanza de paciencia y de compasion: "Esas cabezas canas que están ahí delante de mí, ¿quién sabe si pronto no dormirán en la sepultura?" ¡Ah! ¡mientras tienes la dicha de verlas, honralas y búscales consuelos á aquellos males de la ancianidad, cuyo número es tan grande!

Sus muchos años los hacen ya propender demasiado á la tristeza: jamas contribuyas á entristecerlos. Haz que tus modos con ellos, tu conducta en el trato doméstico, sean siempre tan amables, que baste tu vista para reanimarlos y ponerlos contentos. Cada sonrisa que hagas asomarse á sus venerables labios, cada alegría que exites en su corazon, serán para ellos el mas saludable de los placeres.

AMOR FRATERNAL.

. . . .Para practicar bien con todos los hombres la ciencia divina de la caridad, es preciso hacer aprendizaje de ella en familia. ¡Qué inefable dulzura no hay en este pensamiento! "Somos hijos de una misma madre." Haber bebido recien venidos á este mundo, los mismos objetos que venerar y amar entre todos, ¡qué dulzura no es tambien! Esa comunidad de sangre y la conformidad de un gran número de hábitos entre hermanos y hermanas, producen naturalmente una poderosa simpatía, que solo un espantoso egoismo puede destruir.

Si quieres ser un buen hermano, abstente del egoismo: propónte todos los dias ser generoso en las relaciones fraternales; que todos tus hermanos, que todas tus hermanas vean que sus intereses te son tan caros como los tuyos. Si uno de ellos comete una falta, sé indulgente con el culpado, no solo como lo serias con otro, sino mas aún. Regocíjate de sus virtudes, imítalas y escítalas á perseverar en ellas con tu ejemplo; haz de modo que tengan que bendecir á la Providencia de tenerte por hermano.

La intimidad del hogar doméstico nunca debe hacerte olvidar ser atento con tus hermanas; sé todavía mas delicado en tus tratos con tus hermanas. Su sexo está dotado de una gracia eficacísima, don celestial de que usan habitualmente para derramar una dulce serenidad en la casa, para desterrar de ella el mal humor y moderar las reconvenciones que á veces oyen salir de boca de un padre ó de una madre. Honra en tus hermanas el suave encanto de las virtudes mugeriles, regocíjate de la influencia que ejercen sobre tu alma para suavizarla, y pues que la naturaleza las ha hecho mas débiles y mas sensibles que tú, está por lo mismo tanto mas atento á consolarlas en sus aflicciones, á no afligirlas, á manifestarles constantemente respeto y amor. . . .

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HEROICIDAD DE LAS MUGERES.

En todas las circunstancias críticas las mugeres muestran un valor admirable. Mr. Sigisbé en su célebre poema *El mérito de las mugeres*, recuerda la época del Terror en Francia, una de las mas desgraciadas de la humanidad, y refiere una multitud de hechos heróicos, con que las mugeres se ilustraron en esos dias difíciles, favoreciendo, defendiendo, consolando á los proscritos, á quienes les tenian los lazos de la naturaleza, del corazon ó del himeneo, y cuanto no podian mas, muriendo con ellos. Nosotros no trascribiremos aquí todas las anécdotas que refiere, no porque no merezcan todas ser citadas y leidas con un interés general, sino por no ser demasiado largos. Nos contentaremos, pues, con entresacar las mas interesantes, que aunque pocas, bastarán para probar la bondad de este sexo angelical, sin cuyas virtudes el mundo seria una morada bien depravada y bien triste.

Madama Lefort, en uno de los departamentos del Occidente, temblaba por su marido, preso como conspirador. Compra, pues, el permiso de verle; vuela á la prision con vestidos dobles, le hace disfrazar y le fuerza á salir así de su encierro, y á dejarla en su lugar. La fortuna la favorece: su esposo huye, y al dia siguiente el representante del pueblo, encuentra en lugar de éste á Madama Lefort. *¿Qué has hecho, desgraciada?* la dice aquel con un tono amenazador. *Mi deber*, le responde Madama Lefort; *haz el tuyo.*

Igual estratagema se vió en Lion, cuando esta denodada ciudad, forzada á entregarse á sus vencedores, se halló teatro de las mas bárbaras ejecuciones. Uno de sus habitantes iba á ser preso su muger que lo sabe, corre á él, le da su dinero y sus joyas, le obliga á huir y se cubre con los vestidos del fugitivo. Los esbirros llegan, preguntan por este, y la muger que se presenta en su lugar y vestida como él, es conducida al tribunal de sangre. El error es conocido bien pronto. Progúntasela por su marido. *Le he hecho huir*, dice, *y me glorifico de haber expuesto mi vida por salvar la suya.* Se le representa la imágen del suplicio, si no revela el camino que ha tomado: *llevadme al patíbulo*, responde, *estoy pronta á marchar á él.—Mas la patria te impone el deber de esta revelacion.—La patria no manda ultrajar á la naturaleza.*

Mr. Davaux, teniente general de Riom, habia sido preso en esta ciudad, para ser conducido á Paris. Era un anciano abrumado por los años y las enfermedades. Madama Davaux previó la suerte que amenazaba á su marido, y determinó sufrirla con él. Se lanza, pues, en el carro que conducia á Paris los presos de los departamentos: la encierran con ellos, y perece algunos meses despues sobre el cadalso al lado de su marido y abrazada de él.

Mademoiselle Murili, presa en la calle de Sevres, se inmoló por su cuñada. Habia bajado al patio con los otros presos para oir la lista de los ajusados. Su nombre suena: la jóven se presenta, mas hace notar que el nombre de bautismo que se cita no es suyo, y que por consecuencia no es ella á quien se llama. Preguntada por la persona designada (era su cuñada), guarda silencio. Conminasela para que revele el parage donde ésta se oculta. *No deseo la muerte*, responde; *mas la prefiero mil veces al oprobio de salvarme á espensas de otra: estoy pronta á seguiros.*

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

III.

FE LITERARIA.

No hay cosa de que hagamos uso mas frecuente en los actos de la vida y en toda suerte de conocimientos, que de la fe moral, ora en el dicho de nuestros semejantes, ora en la esencia misma de las cosas que rara vez penetramos. Todo cuanto no entra directamente por los sentidos, ó no se deduce de un modo inmediato de los axiomas ó primeros principios innatos en nuestra razon, puede llamarse objeto de fe, en una acepcion mas ó menos lata; y hasta en las materias físicas, las mas sujetas á los sentidos, confesamos que la naturaleza tiene tambien sus arcanos, y arcano es la misma facultad de sentir. La fe, por tanto, es en todas materias el complemento de la razon, supliendo con sus alas lo que esta no alcanza con sus pesos, y así tiene mas necesidad de fe humana quien tiene la razon menos expedita ó cultivada, y debe creer mas el que menos sabe. Pero como no hay ciencia, aun de las mas exactas y tangibles, que no sea inapeable, forma la fe el fondo y la base de todas ellas; y las hipótesis mas ingeniosas, los mas luminosos sistemas, no son mas que dogmas interinos, digámoslo así, para los cuales nos piden fe sus autores, si no queremos rodar de duda en duda y de abismo en abismo.

La misma literatura, producto de la imaginacion, facultad la mas libre de nuestro espíritu, que no solo se cierne en su vuelo sobre todo lo criado, sino que crea á menudo; que no solo domina lo existente, sino que estiende su accion á todo lo posible, ni es tan libre que no encuentre un límite cual es el de la posibilidad ó verosimilitud misma, ni tan independiente y creadora que no necesite de la fe en su apoyo; antes bien la necesita á proporcion de lo que se levanta sobre la esfera de los sentidos. Tan cierto es esto, que en el lenguaje moderno se han hecho inseparables los nombres de fe y poesía, porque no ha y entusiasmo sin fe, ni poesía sin entusiasmo; y así se reconocen por mas poéticos aquellos siglos y aquellos pueblos que se gobernaban por la fe mas bien que por la razon fria, y se confiesa que la poesía se evapora, cual precioso aroma, de aquel corazon del cual huyó la fe, ó llamemos *ilusiones*.

Mas ¿en quién debe fiar la imaginacion esta fe que le presta sus alas? ¿acaso en la autoridad cuando prescinde de ella por su naturaleza, tendiendo siempre á la originalidad? ¿acaso en las cosas mismas que á sabiendas inventa, adorando en cierto modo sus hechuras? No, seguramente; pero tiene fe en cierto tipo, en cierto modelo infinito, al cual bien sabe que jamás llegará, pero al

cual se esfuerza en conformar en lo posible sus creaciones; y este tipo, ó falta de otra palabra, pues que atendida la variedad de la idea pudiera apellidarse de mil modos, lo llamaremos belleza. A ella, bien ó mal entendida, tiende siempre la imaginacion, como tiende el corazon al bien, como á la verdad el entendimiento.

Pero el primer constitutivo de la belleza es el órden y concierto, es decir, conveniencia de las cualidades de un objeto, de suerte que en nada repugnen la existencia. Todo lo imposible es monstruoso, todo lo bello debe ser verdadero ó posible, ya que la verdad en su sentido mas abstracto prescinde de la realidad y se confunde con la verosimilitud. He aquí soltada en nuestro concepto la contradictoria disputa de si la poesía ó creacion literaria reside en la ficcion ó en la verdad: ficcion será respecto de lo real, pero verdad respecto de lo posible. Llamábanla ficcion los antiguos, que tenian mas limitadas ideas del origen y destino del hombre, y no conocian otro mundo que el de los sentidos; pero nosotros consideramos que en la idealizacion de las cosas, contemplándolas no como son, sino como pudieran y tal vez debieran ser, hay mas verdad porque hay mas concierto y mas belleza, porque todo defecto es un desórden, un principio de muerte, un falseamiento de la esencia de un objeto. La imaginacion no se eleva de la tierra sino porque está mal contenta en su estrecha esfera y se encarga de reconstruir todo lo trastornado y degenerado; es una memoria vaga de una existencia primitiva y mas perfecta, preludio de otra mejor y mas duradera.

La belleza no es, pues, la realidad, pero sí la verdad absoluta ó relativa, existente ó posible; y como todas las facultades de nuestro espíritu prueban un objeto del cual derivan, y en el cual, digámoslo así, se sacie nuestra imaginacion nunca satisfecha, no menos que nuestro corazon, no menos que nuestro entendimiento, demuestra la existencia de una belleza infinita é increada, origen y término de nuestras creaciones. Así nuestras facultades cada cual por su camino vienen á parar en un mismo punto, y prueban á su manera al Hacedor, en quien es uno mismo el nombre de bien, de verdad y de belleza suma que le da cada una de ellas, y cuanto mas se acercan estas á su fuente, mayor es la vida que gozan. Ciencia, amor y poesía, son dones que á menudo profanamos, ó ídolos ficticios á quienes damos este nombre; pero comprendidos en su verdad y pureza, solo de Dios pueden emanar y á él solo tenerle por último objeto.

La imaginacion es una facultad que como las demas puede extraviarse, siendo muy posible que lo que contempla como belleza, en sí no lo sea; pero siempre será cierto que aquella belleza la mira como verdad, que tiene fe en ella; de otro modo no se abalanzaria á abrazarla, ni la escogeria por módulo de sus concepciones. En su creacion hay algo semejante á la del hombre por Dios; este, no conociendo nada igual á sí mismo, hizo al rey de las criaturas á su imágen y semejanza; la imaginacion crea tambien á semejanza de lo mejor que en su esfera conoce; solo que en el primer caso la criatura como finita debia quedar precisamente muy inferior á su Criador, y en el segundo casi siempre vale mas que el Criador la criatura.

Bajo este concepto no andaba tan descarriado cual parece á primera vista el que colocaba la poesía en la imitacion, que no deja de serlo por mas que el original nos sea desconocido y difícil á veces de señalar. No hay facultad que en su desarrollo y movimiento sea mas independiente de nosotros mismos que la imaginacion, ni en la cual valga tan poco el estudio y el cultivo; el entendimiento se forma, pero la imaginacion nace; y si las ideas de aquel se llaman *adquisiciones*, no se halló otro nombre mas propio para las de esta, que el de *inspiraciones*, como que bajaban de lo alto.

Todo lo dicho manifiesta cuánta parte debe tener la fe sobre la imaginacion, como facultad que mas distante está de la fria razon y del alcance de los sentidos. El escepticismo no destruye menos toda belleza que toda verdad; y cuanto mas vasta es la esfera de creencia en que gira la imaginacion, tanto mas bellezas y relaciones y armonía descubre, y tanto mas rica es de poesía. Nada hace al caso lo justificado ó erróneo de la fe: los pueblos bárbaros, las creencias supersticiosas encierran mas poesía que todas las sociedades cultas, que todas las observaciones filosóficas. Juzgar que se puede separar el culto de la belleza de la fe en ella, admirarla y contrahacerla, y por otra parte decirla ilusion, es la mayor de las ilusiones; y si de ejemplo necesitáramos, bastaria dar una ojeada al estado en que ha quedado la literatura en manos de nuestros desencantados poetas. Toda la hermosura de formas, sin una alma, sin una fe que las vivifique, no será mas que la hermosura de un cadáver. La poesía es un sacerdocio, no una secta filosófica: cree y no discute, vivifica y no mata.

Nada hay en la literatura que no indique esta tendencia á confundir la belleza con la verdad, y á persuadirse de un objeto antes de cantarlo. ¿Qué otra cosa es el colorido uniforme que baña comunmente las obras de escritores contemporáneos ó compatriotas, cualesquiera que sean la diversidad de su genio, sino el reflejo de las ideas ó creencias de su época y de su pais? ¿Qué otra cosa es el influjo que en las concepciones literarias posee todo cuanto nos rodea en lo esterior, y que en lo interior ejerce la naturaleza de nuestros sentimientos ó la situacion de ánimo que en aquel momento nos afecta? ¡Por qué, si no, se reputan mejores aquellas inspiraciones que salen de lo mas profundo del corazon, ó han pesado sobre nuestro espíritu mas largo tiempo? ¿Por qué, aun cuando queremos salir de nuestra habitual esfera, ó trasmigrar, por decirlo así, á otro cuerpo, necesitamos poseernos de la nueva situacion, y colocarnos bien en aquel punto de vista, conformándonos con la virtud hipotética? Y los preceptos que determinan las formas, la propiedad de caracteres, la propiedad de imá-

genes, la propiedad de estilo, ¿qué otra cosa son sino leyes de verdad, proporcion y concierto, á que estamos obligados á sujetar nuestras creaciones?

Así, pues, como la esfera de la imaginacion es vasta á proporcion de lo que se cree, la perfeccion y originalidad de sus obras está en razon de la intensidad con que se cree. El genio tiene fe en la belleza misma; pero siendo su fe elevada, ni puede creerla encarnada en algunas formas y circunscrita á un punto, ni se conceptúa capaz de crearla artificialmente de la nada. Las imaginaciones rústicas adoptan en algun sistema ó en algun hombre privilegiado, confundiéndolos con la belleza misma y abdicándose á sí propias: las imaginaciones que en nada creen sino en sí, se lanzan á producir la belleza por medios artificiales, y esperan fecundizar la nada, como el que intentara crear por medio de operaciones químicas: las unas pueden llamarse supersticiosas, las otras impías en literatura, y estos extremos sobradas veces suelen andar unidos.

Los sistemas y autoridades cuando ganan excesivo crédito, lo roban á la belleza misma, y son otros tantos pesos atados á las alas de la imaginacion para impedir el remonte de su vuelo; y así se aumenta el número de preceptos á medida de lo que decae la fe en la belleza, como crece el fárrago de leyes con la corrupcion de costumbres. Nunca como ahora se había disputado con tanto ensañamiento acerca de las reglas, nunca se había dado tanta importancia á los hombres y á las escuelas, nunca se había puesto tan en boga el furor de la imitacion: todo esto produce ideas mezquinas, obras pálidas, parecidas de lo mismo que se quiere imitar, todo esto rebaja la literatura al rango de manufactura, y no está lejos el dia en que pueda tejerse un poema como una tela, sin que entre en ello por nada la cabeza. Los sistemas son tan fatales á la literatura, como los partidos á la política, como las sectas á la religion: pues circunscribiendo la esfera inmensa de la belleza á un círculo reducido ó personificándola en algun modelo creado, la hacemos responsable de su estrechez misma, ó de las faltas de que jamás carece su supuesto tipo. Reflejando la belleza de una en otra concepcion, pierde todo el brillo é intensidad de su luz; pierden su vigor y lozanía los sentimientos trasplantados á otro corazon que aquel en que brotaron; pierden su vida las imaginaciones, porque pierden la espontaneidad de su direccion y la verdad de su esencia, siendo tantas las causas que en su desarrollo influyen, que acaso no haya dos parecidas sobre la tierra. Y no solo los sistemas vician lo presente y esterilizan el porvenir, sino que contaminan hasta lo pasado, evocando, por decirlo así, á los muertos para hacerlos tomar parte en sus rencillas y combates, desfigurando sus inmortales obras para hacerlas entrar en su molde, y explicando lo que la fe concibió por el frio análisis ó por gratuitas teorías.

EL INCIENSO.

HISTORIA NATURAL.

El incienso es una sustancia resinosa, que se quema comunmente en las iglesias para purificar el aire y honrar á la Divinidad. Su olor no se parece á ninguno otro, es aromático, penetrante y suave: inspira ó recuerda ideas religiosas.

Los botánicos han ignorado por espacio de mucho tiempo cuál es el árbol de donde emana esta preciosa resina. Lineo aseguró sin pruebas, que el que la daba era el enebro de Licia; pero Roxburg ha averiguado, de un modo positivo, que el que suministra el verdadero incienso al comercio es la *brossvalia dentada*, árbol de la India.

Resulta de las noticias que tomó Bruce en su viage á Abisinia, que el incienso se produce en el reino de Adel, en las costas del estrecho de Bab-el-Mandeb; de aquí se lleva á Moka, donde lo compran los árabes y los ingleses de la India, quienes lo envian luego á Europa, ya por el Egipto y la Turquía, ya por el Cabo de Buena Esperanza.

El incienso es una sustancia seca, compacta y quebradiza, de un color pálido ó blanecuzco, apenas semitransparente, harinosa por fuera, brillante por dentro, de un sabor medianamente acre y amargo. Al instante que se echa en la lumbre, arde, exhala un vapor oloroso, y alza una viva llama, que es difícil apagar. El verdadero incienso es raro: varias resinas perfumadas que emanan de diferentes especies de pinos, se venden bajo este nombre.

El uso de los perfumes, y sobre todo del incienso, es antiquísimo en los países del Oriente: el de los países de Sabá es el que mas estiman los judíos. Presentar el incienso era un cargo propio de los sacerdotes israelitas, quienes todos los dias por mañana y tarde entraban en el santuario á quemar perfumes. El dia de la expiacion solemne cogian una cucharada de incienso, y la echaban á la lumbre en el momento en que entraban en el santuario, á fin de que la nube que se exhalaba del incensario les impidiese considerar el arca con demasiada curiosidad. Dios los amenaza de muerte si desatienden esta ceremonia. Los simples levitas no pueden tocar el incensario. Coré, Datan y Abiron recibieron un terrible castigo por haber querido arrogarse este honor.

Muchas veces se habla del incienso en las santas Escrituras. La reina de Sabá envió incienso á Salomon con ricos presentes. Isaías predicó que los extrangeros irian á tributar sus homenajes á Dios en su templo, y llevarian á él oro é incienso: los Magos se lo ofrecen á Jesus niño, como una señal de respeto.

Como queda dicho al principio de este artículo, el incienso es para los fieles un perfume y un símbolo. Si solo se quisiese quemando incienso purificar las iglesias, se pondria este perfume en braseros, sin ninguna ceremonia; pero no es así: el celebrante es el que *inciensa* el altar y los dones sagrados, y el que pronuncia oraciones relativas á la accion que ejecuta. Estas oraciones atestiguan además que el incienso es no solo un homenaje tributado á Dios, mas tambien una imágen de la pureza de nuestros deseos y del buen olor que debe exhalar nuestra conducta: tal es la idea que han tenido todos los padres y todos los autores que de ellas han hablado. ¿Y cuál es el cristiano que no se ha imaginado en momentos de fervor, que sus plegarias subian al trono del Eterno con las aromáticas nubes del incienso?

Como la incensacion es una señal de honor, en varios paises se incensaba antiguamente, y se incensa todavía á los reyes y á los grandes. Pero la vanidad de los hombres se mezcla desgraciadamente en todo, y esta incensacion se ha convertido muchas veces en un derecho honorífico, en una pretension feudal, y en un orígen de desavenencias entre la autoridad civil y la eclesiástica; pero este abuso nada prueba contra el uso del incienso.

Los incensarios de los antiguos hebreos eran muy diferentes de los nuestros. No estaban pendientes de gruesas cadenas: eran unas especies de hornillos ó simplemente unas bandejas de oro.

Uno de los incensarios mas grandes y magníficos que existen acaso en toda la cristiandad, es el de la catedral de Santiago, en España, del que ha dicho con propiedad un poeta moderno:

Que de nave á nave vuela.

LA GUIRNALDA.

Dar pretendo á la mas bella,
que menos sepa de amores,
una guirnalda de flores,
y mi corazon con ella.

Niñas de los ojos bellos,
al triunfo optad las primeras,
si al par contais hechiceras
las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos alifios
con ella á ser coronadas,
hermosas como las hadas
con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo
será esa guirnalda hermosa,
que al aire ondea graciosa,
mintiendo el iris del cielo.

Listadas de azul y grana
sus bellas flores nacieron;
jamas las Gracias tejeron
tan peregrina guirnalda.

Ved las auras amorosas
¡cómo vagando la mecen!
ved ¡que conformes parecen
entre los lirios las rosas!

Con los azares distinto
junta el clavel su carmin,
y entre jazmin y jazmin,
salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda
concuerdan con dulce agrado
con el matiz mas nevado
la mas subida esmeralda!

Y cuán gallardas las flores
dan, con gentil movimiento,
capullos y hojas al viento,
frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,
aspira al don soberano,
levante airosa la mano,
y ciña su sien con ella.

Mas cuide no se la ciña
sin ser de beldad modelo,
para pagará, vive el cielo,
su inadvertencia de niña.

Que nadie el don halagüeño
sin causa podrá alcanzarlo,
pues se deshace al tocarlo,
como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma
ganar en la lid podria . . .
Mas cesa, esperanza mia,
no así me inquietes el alma.

Que no hay derecho á ella alguna,
al recordar mis amores,
otras legítimas flores
que las que les dió la aurora.

Esa florida guirnalda,
ya de pomada de olvidos,
ha de hechizarme los ojos
sobre la tez de niña cepalda.

Venid, venid, peregrinas,
matando, niñas, de amores.
Justo es que goceis las flores
alguna vez sin espinas.

Y no direis que inhumano
vuestro placer no prevengo,
cuando por vosotras tengo
llena de heridas la mano.

¡Y á quién, al verla, no asombra
esa guirnalda gentil,
tan vaga, aérea y sutil,
que, opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la trasparencia
afrenta, así desplegada,
de aire y matices formada,
lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mias,
tiene su verde frescura,
y tan fresca su verdura
como el Abril de mis dias.

Aun no ajaron sus colores
del céfiro los arrullos,
ni el huracán sus capullos,
ni las abejas sus flores.

Y con tenue movimiento,
jamás tocaron sus galas
ni del ruiseñor las alas,
ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,
se ostenta con pompa suma,
tan fresca como la espuma,
tan suave como la rosa.

Y fresca y suave y pura,
sobre los aires flotando,
desde hoy la desesperando
la reina de la hermosura.

Por esto si alguna bella
merece el don soberano,
levante airosa la mano
y ciña su sien con ella.

CAMPOAMOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HEROICIDAD DE LAS MUGERES.

[CONTINUA.]

Madama Clavière, muger de un ministro republicano, se expuso mil veces á ser arrestada por las gestiones que hizo para salvar á su marido preso. Este, desdeñando comparecer ante el sangriento tribunal, donde le esperaban sus enemigos, se traspasó el corazon, pronunciando estos versos de Voltaire.

Les crimineles tremblans sont traînés au supplice;
Les mortels généreux disposent de leur sort:

Madama Clavière recibe esta nueva, ordena sus negocios, consuela á sus hijos y se quita la vida con la tranquilidad de Sócrates.

El mariscal de Mouchy es conducido á la cárcel de Luxemburgo. Apenas está dentro, su muger llega: el carcelero le advierte que el arresto no se entiende con ella. *Pues que mi marido está preso*, responde, *yo lo estoy tambien*. El mariscal es conducido al tribunal; su muger le acompaña. El acusador público le advierte que no hay contra ella decreto de comparecencia. *Pues que mi marido ha sido llamado*, dice, *yo lo soy tambien*. En fin, aquel recibe la sentencia de muerte: la mariscala monta con él en el carro fatal. Al llegar al patíbulo, el verdugo le dice que ella no está condenada. *Pues que mi marido ha sido condenado, yo lo soy tambien*. Esta fué su única respuesta.

Si el himeneo en estos tiempos horribles hizo tanto por los desgraciados, se deja conocer que el amor mas exaltado, mas impetuoso, no le cedió en generosidad. La querida de un negociante de Tolosa dió un ejemplo memorable de ello.

La comision revolucionaria de esta ciudad habia condenado á su amante. Era de noche cuando se pronunció la sentencia, y la ejecucion se suspendió para el dia siguiente. La triste amiga lo sabe, y se dispone á aprovecharse de esta dilacion para arrancarle á sus verdugos. Una casa no habitada se hallaba pegada al lúgar donde estaba el preso: la compra, vuela á ella acompañada de una criada segura, y practican en la pared una abertura bastante grande para dar salida á aquel. Mas los alrededores estaban llenos de guardias, ¿cómo robarlo á sus ojos? Un disfraz militar, que la prevenida amante habia llevado consigo, favorece su evacion. Vestida con uniforme de gendarma, ella misma le guia por entre los centinelas, atraviesan así la ciudad sin ser conocidos, y pasan por la plaza misma, donde se levantaba ya el instrumento que debia arrebatar una vida que el amor supo conservar.

La hermana de un librero de Paris, llamado Getey, se halla presente cuando el tribunal revolucionario pronunció contra su hermano la sentencia de muerte; y gritó: *¡viva el rey!* en el recinto mismo del tribunal. Era su intencion perecer con él, mas no pudo lograr este triste consuelo, pues que su muerte fué diferida hasta el dia siguiente.

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

III.

FE LITERARIA.

(CONCLUSION.)

No seremos nosotros quienes neguemos ni la existencia de preceptos, ni la necesidad de la crítica, ni la senda de observacion á genios ilustres y á profundos observadores; pero si negáramos que constituyan estas cosas un elemento extraño que limite la independencia de la imaginacion, ó que sirvan de guia á su camino. En las concepciones literarias no reconocemos mas reglas que las que sean condiciones de existencia y nazcan de las entrañas mismas del asunto; y siendo los asuntos infinitos, é infinitos los modos de tratarlos, dicho está que fuerza podrán tener preceptos universales. La crítica no es mas que el juicio formado sobre la conveniencia ó desconveniencia de aquellas cualidades, y decide acerca de la verdad relativa de la produccion, mas bien que acerca de la absoluta; así es que todo buen crítico debe colocarse bajo el punto de vista del escritor juzgado. En cuanto á la autoridad de los literatos que nos precedieron y al respeto á ellos debido, parécenos que será mas cumplido el homenaje, si atribuimos á la fuerza de imaginacion, mas bien que al apoyo de las reglas, la altura á que se elevaron, y su ejemplo sirve mejor para inflamarnos la sangre, que para darnos esfuerzo y brio con que atribuirnosla. No debe olvidarse que la literatura no es una ciencia en la cual se vaya ganando terreno palmo á palmo, y cuyos adelantos se calculen con los pasados; sino un arte cuyas producciones son por sí solas aisladas y completas, con su principio y con su término, no es un camino en el cual queden impresas las huellas de los que nos precedieron, pudiendo descansar en él á trechos para plantar grandes piedras miliarias, sino un espacio inmenso en el que no vuela, y no se anda, sin quedar en el mismo algunos del vuelo. Las ciencias son una herencia que progresivamente se aumenta y se trasmite; la literatura es un don puramente individual, que nace y muere con su dueño. Y cuenta con atender demasiado á las cuestiones de escuelas y sistemas, porque todo el tiempo

que gustamos en definir la direccion que seguimos, ó en rastrear la que otros han seguido, perdemos de vista á la belleza, objeto y término de ella.

No se toma que nuestros principios, estableciendo una especie de fanatismo en la inspiracion y un desprecio de toda autoridad y regla, tiendan á rebajar el estudio y á destruir el arte, escudando con el pretexto de original cualquier estravío y monstruosidad. Cuanta mas fe se tiene en una idea, mas limadas y perfectas son las formas con que se la reviste, así como adornamos de las mas ricas joyas á la efigie que mas veneramos. Sucede en esto lo que con las ideas bien concebidas, á las cuales sigue de por sí la espresion mas exacta. Los sistemas, vaciando en su molde las producciones, dispensan de mucho trabajo, y á la sombra de sus códigos y entre la confusion de la lucha pueden abrigarse muchas medianías; pero cuando uno es literato porque piensa, y no piensa en cómo ha de ser literato, cuando no pregunta á la moda dónde está la belleza, sino que la señala, la conciencia de su trabajo suele estar en proporcion de la fe que tiene en la idea y en la estabilidad de su belleza.

En otros tiempos, cuando la literatura era reina en su esfera, y daba leyes al gusto y á la opinion en vez de recibirlas, eran regias tambien sus obras en solidez y magestad. El literato recibia el sello de su siglo sin buscarlo y aun sin conocerlo, pues se imprimia sobre sus ideas y sentimientos, pero ejercia á su vez sobre el siglo con sus producciones un influjo mucho mas activo y marcado. Estudiaba mas sus obras y no tanto á sus lectores, consultaba menos á la sociedad que á su imaginacion, aspiraba á la belleza, los aplausos los dejaba al acaso, y producia tanto mas efecto cuanto menos se esforzaba en producirlo. Aquella fe viva, aquel culto desinteresado le inspiraban mejor que todos los reclamos de periódicos, que las mas brillantes proposiciones de un editor. En vez del incienso anticipado de los anuncios, respiraba por largo tiempo el polvo de sus libros, vivia años enteros de una sola idea, y todo lo que veia y sentia durante aquel periodo, lo referia á ella; investigaba la creacion entera, y todo le parecia poco para adornar aquella idea querida; sepultábase en el silencio de su estudio, como los astrólogos y alquimistas de la edad media en las entrañas de la tierra, y al cabo de prolongadas vigilias y de misterioso trabajo volvia á la faz del mundo con su obra inmortal en la mano, clamando: "La hallé, la hallé," como Arquimedes. Ni les importaba acumular obras como el viagero que en las llanuras de la Mancha ve desde el principio de su jornada el pueblo en que ha de dormir aquella noche, desde su juventud primera veia tal vez el blanco al cual habia de dirigir los esfuerzos de toda su vida; trabajaba como las abejas, sin pensar en sí gozaria el fruto de su trabajo, ni se apresuraba á publicarlo; ¿no habia producido ya? ¿No gozaba contemplando su produccion? ¿Qué mérito podia añadirle el que la vieran y aplaudieran los otros? Y además, todo no moria con él: quedaba su obra, quedaba una posteridad para admirarla, y ni aun comprendia que una vez admirada pudiera

ser olvidada por la generacion siguiente, ni que estuviera sujeta la belleza al giro de los siglos. Sin hablar de los tiempos anteriores á la invencion de la imprenta, en que la nombradía andaba perezosa y lenta al par de la pluma de los escribientes, ¡cuántas obras aun despues no salieron póstumas, cuántas no quedaron inéditas! Dícese que ahora se escribe mas abundantemente; dígase que se imprime mas, que *todo se imprime*; pues sumando lo inédito y lo impreso, no sé si cuenta á favor nuestro la balanza. En una palabra, los literatos antiguos aspiraban á la celebridad, los nuestros á la popularidad: medítese bien el sentido de estas dos palabras, y se hallará la diferencia que los separa.

Se ha dicho que los grandes genios no sabian lo que producian: lo sabian, sí; lo que no sabian ó no curaban era lo que dirian de ellos los demás. La fe en la belleza, al paso que les llenaba de noble orgullo emancipándoles del juicio ageno, los restringia saludablemente reconociéndose instrumentos de un impulso, de un *número* superior. Pero cuanto menos se creian dueños de la idea, tanto mas ponian de lo suyo el estudio del arte y la perfeccion de las formas. Once años trabajó Virgilio en su Eneida, y algunas leves incorrecciones fueron causa bastante para que legara á las llamas su inmortal poema, y Virgilio no era cristiano, no podia conocer mas humildad que la que infunde la fe en el arte. ¿Se comprende esto en medio de una literatura de fragmentos, en un tiempo en que cada novel autor se cree obligado á dar al público los primeros apuntes de su obra?

Varias son las causas de la decadencia de la literatura, decadencia que en vano procuramos ocultar con el clamoreo de los vítores y disputas, y con los trages, mas deslumbrantes y refinados que ricos, con que la engalanamos; pero todas vienen á reducirse á una misma, á la extincion de fe, á la carencia de originalidad. Asentamos que la mejor literatura era la que mas se acercaba á la verdad, la que mas espontáneamente nacia del alma y carácter del autor: júzguese ahora de la bondad de la moderna en general por su expontaneidad.

El escepticismo por una parte, el materialismo ó positivismo por otra, han estinguido toda idea de bien, de verdad y de belleza; y el poeta, encontrando su alma vacía, pregunta á los otros su imaginacion, en vez de vivir en sí, vive en ellos y para ellos, acecha tras cada esquina lo que dicen de su primera obra antes de escribir la segunda, explota por el último alcance el estado del gusto y de la opinion, como el comerciante la alza y baja de los fondos para dirigir sus especulaciones, abre una tienda donde despacha sus géneros á gusto de los consumidores, y una coleccion de sus obras dispuesta por fechas sería tan seguro garante de la moda de sus respectivas épocas, como una coleccion de figurines. Si quiere dar verdad á sus composiciones, tropieza con la realidad y la escoge por tema: ¿qué importa la belleza, si es un retrato y se trata solo de lo parecido? Si al contrario, busca la belleza ideal, su imaginacion, sin auxilio del corazon ni del entendimiento, seco el uno y sin luz el otro, no alcanza

á producir sino un amor ficticio que infunde una conmocion galvánica, pero no vida á sus creaciones; y gracias si al resentirse á lo pasado como mas poético, sus ojos inficionados no alteran los objetos y le hacen calumniar lo que intentaba celebrar. Así se arrastra por lo general nuestra literatura entre mezquinas copias de lo presente y entre monstruosas adulteraciones de lo pasado, entre insulsos y cínicos cuadros de costumbres y entre ampulosas y descabelladas leyendas, entre la chocheez de la corrupcion y el delirio de la fiebre, no sabiendo ser elevada sin tocar en hipócrita y declamadora, ni verdadera sin rayar en frívola y descarada.

Pocas pero honrosas excepciones hacemos en favor de ciertos escritores ilustres que, vindicando á este siglo de la incapacidad de producir genios, no hacen sino mas culpables á sus contemporáneos. Hablábamos aquí de esa literatura de consumo que abastece los folletines y los teatros, que anda siempre pegada á las esquinas, que se ha constituido en oficio permanente. La poesía, dejando de ser inspiracion, no es ya mas que un arte; y el genio, *de llama divina* como se le llamaba, ha bajado á ser capital, cuyos réditos no tardarán en ser calculados tan matemáticamente como los de un banco. No hablemos ya de la gloria póstuma, en la cual hacen bien al menos en no confiar, pero ni aun esta ruidosa y de circunstancias, en nada se aprecia sino en cuanto sirve para realzar el crédito de la fábrica y dar salida á sus manufacturas. Así se prodigan los elogios y distinciones como monedas de poca ley y valor, y se echan á los rapaces y principiantes para que se las disputen. En medio de esta instabilidad continua, de esta helada indiferencia, de esta desacorde gritería de miles y miles de voces, ¿quién sabrá guardar dentro de su corazon el entusiasmo? ¿Quién confiará bastante en su voz para dejarse oir? ¿Quién aceptará por recompensa una gloria tan envilecida, ó esperará en una fama duradera? ¿Quién sabrá resistirse á tantas sensaciones por una parte, y á tantos desengaños por otra? ¿Quién aislarse dentro de sí mismo para rendir en el silencio de su corazon, generoso culto á la desconocida belleza? No seamos rigurosos con esta generacion, y compadezcamos al jóven de genio que en ella se abrigue, que acaso le valiera mas haber nacido durante la irrupcion de los bárbaros ó en las tinieblas del siglo X.

¿Qué estudio puede caber en el que trabaja á sueldo y á destajo? ¿Qué lima y perfeccion en lo que ya se sabe que no ha de servir mañana? Cada cual se apresura á producir antes que pase la moda de su artefacto, y aun así á menudo llega tarde; los frutos se cogen en agraz, por temor de que otro los robe, los principiantes siguen sus cursos y aprenden á versificar á costa del público; el público es su maestro. La misma facilidad de saber nos hace superficiales. La multitud de recursos nos embaraza, y aun los escritores mas concienzudos ceden á la tentacion ó á la necesidad de la época, improvisando y corriendo. Las obras, incompletas aún, nos son arrebatadas de las manos por una corriente ineluctable, que mucho tememos no sea la del Leteo. Será aprension nuestra; pero á vista de los montones de volúmenes que este siglo ha lanzado, en muchos de los cuales reconocemos con todo muy buenas prendas y muy dulces encantos, nos sobrecoge el mismo pensamiento desconsolador que asaltó á Jerjes á vista de su ejército de dos millones, antes de pasar á la Grecia: ¿vivirá alguno de estos de aquí á cien años?

Antes de concluir indicaremos, aunque muy de paso porque nos reservamos exponerla con mas extension, otra causa íntimamente ligada con la decadencia de la literatura, y es la decadencia de la religiosa. Hemos dicho que los siglos de fe eran tambien los de poesía, y siendo esto cierto aun respecto de las falsas creencias, ¿cuánto mas lo será respecto de la cristiana, que descubriendo al hombre la verdad, le señala el camino de la belleza? El cristianismo vino á regenerar todas las facultades humanas, y con una sola palabra descifró el enigma y calmó las ansias del corazon, del entendimiento, de la imaginacion, que se agitaban afanosos por falta de objeto en quien saciarse. Las que fueron verdades para el entendimiento, fueron bellezas para la imaginacion; y la naturaleza espiritualista y el sello sobrenatural que llevaban las ideas, contribuyeron no poco á realzar su poesía. Así se ha reconocido en este siglo, apenas serenado algun tanto la tormenta que en el pasado sufrió el cristianismo; y algunos, para quienes sus dogmas habian dejado de ser verdades, quisieron cantar sus bellezas; pero sus himnos han sido una profanacion mueva, y una fuente además de extravío y de mal gusto literario; porque de mal gusto es todo lo falso. La imaginacion es muy libre para lanzarse á esta ó aquella belleza; pero una vez escogida no puede desfigurarla; puede vivir en un orbe cualquiera, pero debe conformarse á las leyes de aquel en que vive. No es preciso que un poeta cante las bellezas religiosas por mas que sean las superiores y fuente de todas, y aun algunos abrigaron una imaginacion gentílica en una alma muy cristiana, sin que por esto faltara belleza á sus obras, pues habia en ellas verdad relativa; pero entrando en la esfera de la religion, la imaginacion debe ser extricta y ortodoxamente religiosa, sin poder apartarse de la verdad so pretesto de mejorarla. No puede haber belleza donde hay contradiccion, y la hay mucha en estas monstruosas adulteraciones del dogma cristiano que vemos á cada paso en los modernos poetas; porque si no creen, están de sobra los homenajes; y si creen, son sacrílegas las restricciones.

No diremos lo mismo con respecto á la literatura excéptica, pues en ella puede haber poesía, puede haber belleza, puede haber verdad respecto á la situacion en que el hombre se coloque. Byron, Goethe, Foscolo, ¿quién les negará el título de poetas? En aquella estrepitosa alegría y melancolía profunda, en aquella amenazadora serenidad y en aquellos martirios del corazon, en aquel caos de abyeccion y grandeza, hay una belleza, satánica si se quiere, pero indeleble; ahora bien, colocad al hombre de espaldas á la luz, apagad la anter-

cha de la revelacion, y habrá tambien en aquel cuadro una revelacion asombrosa. Además, es tal la naturaleza del espíritu, que mientras dé señas de vida vive con él la poesía, porque aspira siempre á la belleza; y sus gemidos, sus delirios, su sed inextinguible, su continua protesta contra los sentidos, nunca dejarán de ser alto y sublime asunto. Solo una cosa puede matar el espíritu y la poesía con su traidor beleño, y es la indiferencia, ó sea el materialismo.

En estos tres artículos hemos intentado probar que la fe es vida de la razon, vida de las sociedades, vida de la imaginacion; que entendida en su recto y genuino sentido, solo de Dios puede derivar en los tres órdenes religioso, político y literario; y que si de él la extraviamos debemos colocarla en algun principio humano, sujetándola á un dominio mas degradante y menos seguro. Ignoramos si hemos logrado nuestro propósito, pero al menos se comprenderá que lo hayamos escogido por tema de nuestro trabajo lo que es en nuestro concepto la explicacion y la base del universo.

José María Quadrado.

LA VENGANZA CRISTIANA.

El que posee la humildad cristiana no se afana porque sea testigo el mundo del bien que hace, y aun por decirlo así, se la oculta á sí mismo, bastándole que lo sepa Dios. La persona que ha sido capaz de la accion que vamos á referir, se ha guardado muy bien por consiguiente de jactarse de ella; pero por fortuna la indiscrecion de un hombre que casi se habia comprometido á guardarla en silencio, nos permite comunicar al público un hecho tan honroso para la religion.

La señora condesa de***, de camino para su palacio situado en Provenza, se detuvo algunos dias en Lion. Dedicada constantemente á aliviar las miserias humanas, su primer cuidado fué ir á visitar el hospital. Mientras visitaba una de las salas, llamó particularmente su atencion un anciano que mezclaba de cuando en cuando á los gritos que le arrancaba el dolor, horribles imprecaciones, y la condesa supó, por uno de los que la acompañaban, que lo que hacia que fuese tan grande la desesperacion de aquel hombre, era sobre todo la espantosa miseria á que su enfermedad debia reducir á su familia. Habiendo cesado en aquel momento la crisis del enfermo, la condesa, con ánimo de darle algun socorro, se acercó á su cabecera y le preguntó su nombre.—"Juan Michelin," respondió el anciano. La condesa se puso pálida al oir este nombre.—"¿De qué tierra sois?" prosiguió con visible agitacion.—"De Santa Perina en Provenza," dijo el enfermo. Al oir este nombre, la condesa, como herida del rayo, cae desmayada en los brazos de la persona que la acompañaba, y cuando volvió en sí ya se hallaba en la estancia de una de las religiosas adonde la habian llevado. En vano la preguntaron cómo el nombre de aquel enfermo habia podido producir sobre ella una impresion tan violenta; pues á nada quiso responder, y habiendo mandado llamar á uno de los limosneros, le recomendó con mucho empeño que se ocupase de un modo especial en la salvacion de aquel hombre. Dió una suma para que se le asistiese en un cuarto separado de los demás, pidió las señas de su familia, y salió dejando á todos entregados á la mas viva curiosidad, viéndola de aquella suerte manifestar tanto horror y tanta compasion por aquel hombre.

La familia del enfermo era numerosa, y se hallaba reducida al último grado de la miseria. No solo se ocupó la condesa de*** en atender á sus necesidades presentes, sino que tambien cuidó de asegurarle para lo sucesivo recursos que no podian menos de ser una grave carga para ella, pues no era muy rica. Tres nietecillos de Juan Michelin, huérfanos desvalidos, entraron de aprendices en un buen taller, merced á la benéfica señora, y no salieron de casa de su maestro sino cuando ya estuvieron en estado de ganarse su vida.

¿Quién era aquel desdichado cuyo nombre habia producido un efecto tan terrible sobre la condesa de*** y sin embargo habia provocado tan particularmente su generosidad?

En el momento en que el cadalso de 1793 estaba alzado sobre toda la superficie de la Francia contra todos los grandes nombres ó las grandes virtudes, la familia del marqués de*** habia logrado sustraerse á todas las pesquisas de los emisarios de Robespierre, y habia hallado un asilo seguro en la casa de uno de sus antiguos colonos, Antonio Michelin de Santa Perina; pero habiendo muerto este honrado labrador, su hijo Juan, seducido por la esperanza de llegar á ser propietario del rico depósito que el marqués de*** habia confiado á su padre, fué inmediatamente á delatar á sus huéspedes, y cuando se sustanció su causa, el fué el principal testigo acusador. El padre, la madre y los dos hijos subieron al patíbulo. De toda aquella familia solo fué perdonado un solo miembro, una señorita de diez y seis años, contra la cual el feroz Juan Michelin provocó cinco meses despues una nueva acusacion que por fortuna no ocasionó mas que una prision de pocos meses para la noble huérfana.

Juan Michelin, cargado con los ricos despojos del marqués de***, se vió precisado á sustraerse al furor y á la execracion de sus compatriotas, que sabian todo lo que la familia de aquel malvado debia á sus víctimas. Pasó á Lion y se dedicó al comercio: pero el cielo no debia permitir que semejante hombre pudiese prosperar. Dos años despues ya no le quedaba nada del tesoro de sus bienhechores, y al fin se vió reducido á ejercer el oficio de mozo de cordel.

La condesa de*** es la hija del marqués de***. Así la ha ensañado la religion á vengarse del verdugo de su familia y de su propio perseguidor.

CONSEJOS MORALES.

QUE SE DEBE HONRAR A LA MUGER.

El cansado mentando y vil es el genio de los hombres vulgares; es un demonio que va desenfrenado por todas partes calumniando contra el linage humano, para reducirlo á rerse de la virtud y á hollarla con desprecio.... ¡Cómo ese vergonzoso genio de la mediania, que aborrece toda cosa excelente, no habia de ser el enemigo mortal de las virtudes de la muger, y no habia de pugnar por envilecerla!

En todos los siglos se ha afanado por pintarla despreciable; por no ver en ella mas que envidia, artificio, inconstancia, vanidad; por sofocarle el fuego sagrado de la amistad y de la incorruptibilidad del amor. Toda muger de alguna virtud se consideró desde entonces como una excepcion; pero los generosos instintos de la humanidad protegieron á la muger. El cristiano la realzó proscribiendo la poligamia y los amores deshonestos, y presentando, despues del Hombre-Dios, como la primera de las criaturas humanas, encima de todos los santos y aun de los ángeles, á una muger.

La sociedad moderna ha sentido circular en su seno algo de aquel noble espíritu. En el seno de la barbarie, la caballería se orabelleció con el puro culto del amor; y nosotros, cristianos civilizados, hijos de la caballería, no consideramos como bien nacido y bien criado al que honra al sexo de la dulzura, de las virtudes domésticas y de las gracias....

Huye de los que, en la muger, no saben honrar á su madre; arroja y pisa los libros que la degradan prodigando la licencia; consérvate digno por tu no ble aprecio á la dignidad de la muger, de proteger á la que te dió la vida, de proteger algun dia tal vez á aquella á quien hayas dado el sagrado título de madre de tus hijos.

VALOR

¡Valor, valor siempre valor! ¡No hay virtud sino á esta condicion! Valor para vencer tu egoismo y ser humano; valor para vencer tu indolencia y avanzar en todas las sendas honrosas del estudio; valor para defender á la patria y proteger á nuestros semejantes en todas ocasion; valor para resistir á los malos ejemplos y á las injustas befas; valor para soportar las calumniadades, las penas y todo linage de angustias, sin miserables lamentos; valor para aspirar á una perfeccion que no se puede alcanzar en la tierra, pero á la que es preciso aspirar, segun las sublimes palabras del Evangelio, si no queremos perder toda nobleza de alma....

Vivir con el corazon desprendido de las prosperidades despreciables, es á los ojos de muchos un precepto demasiado duro é imposible de cumplir; pero es cierto ciertísimo que si en la ocasion no se sabe ser indiferente á esas prosperidades, no se sabrá vivir ni morir dignamente....

DESTINO DE LA MUJER.

En medio de los quebrantos y pesares de que va acompañada la frágil y brevísima existencia del hombre, y como para calmar un tanto su continua agitacion y padecer, ha depositado Dios en nuestro corazon fecundos y dulcísimos gérmenes de esperanza, de suave placer y de íntimo y profundo contento: nuestra alma siente, es verdad, acerbamente lo agudo del dolor, y parece mas dispuesta á experimentar las punzantes impresiones del mal, que las delicadas emociones del bien; pero no obstante lo fugaz y perecedero de las segundas y la perpetuidad de las primeras, hay siempre en el hombre un fondo inagotable de consuelo y de felicidad, cuando su imaginacion vivaz y creadora se eleva hasta las sublimes ideas de lo bello y de lo infinito, y cuando su corazon, no gastado ni empedernido por la accion mortífera del tiempo, de los desengaños y de las creencias materiales late con fuerte pero sosegado movimiento por todas aquellas nobilísimas y magnánimas pasiones que engrandecieron á la humanidad é ilustraron la historia con altos hechos y preclarísimos ejemplos. Ciertamente no es comun en nuestra vida semejante estado, ni es obra tampoco fácil conseguirle por do quiera se ve impresa, así en el mundo físico como en el social la terrible huella del dolor y del mal, y una lucha continua y desconsoladora existe en la naturaleza y en el hombre, que no acabará hasta la consumacion de los siglos, porque ella es la ley providencial del mundo.

Mas aunque imperfecta y desigual de suyo, no está tan desprovista de medios y recursos la organizacion del hombre, que se halle condenada como por fatalidad irrevocable á sucumbir siempre en la incesante pelea del bien y del mal, entonces no habria ni gloria ni baldon para la humanidad, que si bien miserable y decaida hoy, es árbitra aun de concebir y ejecutar lo bello y lo grande: todavía en el tristísimo y oscuro cuadro de su historia aparecen á veces figuras majestuosas, colores brillantes y ráfagas de vivísima y esplendente luz, que recreando dulcísimamente nuestra deslumbrada vista, llevan al alma el reposo y el contento, el sentimiento de lo infinito y la veneracion de todo lo que es noble y ideal; mas arrastrado el hombre por las necesidades materiales de su existencia, ocupado su corazon por pasiones mundanales y de efímero precio, y en continua agitacion y tormento su alma, olvida con lamentable y tristísima facilidad su destino moral, y corre desasosegado y presuroso

tras livianos placeres y borrascosas impresiones, que en su fatigada vida apenas dejan otra huella que la del tiempo deplorablemente perdido, si ya no le acibaran dolorosos y funestísimos recuerdos: solo un esfuerzo poderoso y continuo de su organizacion moral es capaz de levantar el ánimo del hombre hácia todo lo bello y lo grande, y conducirle con tranquilo paso por la senda del bien y de dulces y sólidos placeres: cuando en su alma llegan á arraigarse profundamente las convicciones que le llevan á tan seguro y lisonjero resultado, bien puede tenerse por completamente dichoso y creer firmemente que su vida en el mundo no pasará ociosa y estérilmente para la humanidad. Mas entre los sentimientos que en mayor grado pueden contribuir á hacer tranquila y grata la existencia del hombre, á excitar su mente al culto de lo bello y de lo grande, y á mantener en su corazon las impresiones mas dulces y poéticas, descuella sin duda aquella misteriosa pasion con que las naciones modernas, ilustradas por la antorcha del cristianismo y formadas por las costumbres de los pueblos germánicos, miraron á la mujer, rindiéndola una especie de adoracion: tan poderoso fué el influjo de este sentimiento, que sin él no podrian concebirse las páginas mas brillantes de la historia moderna ni los mas gloriosos hechos de la humanidad. ¡Y qué fenómeno tan singular! La civilizacion y la grandeza de los pueblos siguieron en todos los períodos históricos la condicion social de la mujer: las naciones orientales yacieron y yacen actualmente en la degradacion y en el envilecimiento, y la mujer se encuentra en estos países envilecida y degradada: en ellos no se consideró ni se considera á la mujer sino como un instrumento de goces y placeres sensuales, como un objeto material y grosero, y el hombre vivió y vive hoy embrutecido, sin conocer las mas íntimas y dulces emociones del alma: por el contrario los pueblos modernos, excitados por sentimientos poéticos é ideales de deferencia y de cariño á la mujer, ejecutaron las proezas mas singulares y las mas bellas acciones de su historia. El influjo de las mujeres sobre la civilizacion y la grandeza de las naciones es tan eficaz y misterioso, que de la condicion social de las primeras puede deducirse con certidumbre la condicion social de las segundas: esta importancia no podria comprenderse si no se meditase que la buena organizacion del Estado pende de la buena organizacion de la familia, y que la mujer es la cabeza verdadera de esta: allí, donde la mujer es considerada de una manera poética y respetuosa por el hombre, donde las leyes, de acuerdo con el Evangelio, han santificado el matrimonio, haciendo eterna é inviolable la union de los esposos, allí hay familia y moralidad pública: allí ejerce la mujer un influjo notable sobre las costumbres y la civilizacion: mas donde las instituciones y los hábitos dieron rienda suelta á las pasiones sensuales del hombre, la mujer no es sino un objeto de placer material, y la familia y la moralidad pública son imposibles: esto explica en gran parte la diversa condicion social de los pueblos orientales y europeos. En los primeros la mujer es-

tá despreciada y envilecida, mientras en los segundos recibe por do quiera el homenaje y el respeto, preside á todas las fiestas y diversiones, y es, por decirlo así, la poesía de la vida. Puesta con tales prerogativas al frente de la familia, forma el corazon de sus hijos é imprime el sello de su carácter y su genio á cuanto la rodea dentro del recinto de su casa: así la educacion moral, aquella que es la mas importante y duradera, es dada en Europa por la mujer, mientras el hombre, á imitacion de los ciudadanos de las repúblicas antiguas, se entrega exclusivamente á los negocios públicos ó al ejercicio de su profesion.

Mas el resultado de esta condicion social de la mujer debe no solo estudiarse en su relacion con el estado, sino en relacion con la felicidad y bienestar del individuo. Bajo este punto de vista ejerce la mujer una influencia misteriosa y admirable.

Ella anima la imaginacion del jóven, despierta su númen poético, y por una especie de invisible impulso le lleva á tener una idea alta de sí mismo, y le conduce á las empresas mas gloriosas. El influjo de las mujeres sobre el corazon de los jóvenes en las naciones modernas, es mas poderoso todavía que el que ejercian segun la poesía griega aquellos dioses tutelares que guiaban los pasos de los mortales privilegiados. Así se explican las proezas de los siglos caballerescos, y el sello altamente poético que el culto de la mujer ha impreso en la literatura de los pueblos modernos.

Cuando la muger pasa de las ilusiones y de los sueños de la edad juvenil á la realidad de esposa y de madre, su condicion es menos brillante, pero no menos benéfica é importante: ella regulariza y da tranquilidad á la vida del hombre, calma la agitacion y pesares de su corazon, le consuela en sus infortunios y desengaños, y hace grata y dulcísima su existencia. Así desde que nace hasta que muere, el hombre ve en la muger una especie de númen tutelar, y el ser débil y delicado en la apariencia, da al hombre la educacion física y moral, y es el sostén y el consuelo de su variado y borrascoso vida.

Estas importancia de la mujer, y la diferencia de opiniones sobre cuál debe ser su educacion y su destino, nos obligan á consagrar á este exámen algunas reflexiones.

En nuestro concepto, la cuestion puede resolverse fácilmente estudiando la organizacion de la muger y las cualidades que en ella predominan: la mas sábia educacion es la que sigue las indicaciones de la naturaleza, es decir aquellas leyes esenciales que dió la Providencia á cada uno de los seres creados.

La organizacion física de la mujer es de suyo mas débil y delicada que la del hombre, y esta circunstancia y la singular belleza de sus formas, demuestran á las claras que no ha nacido para los trabajos corporales ni para sobrellevar las fuerzas del hombre: su organizacion intelectual es tambien conocidamente inferior á la de este, y si mujeres ha habido, que como madama

Staël, madama Rolland, ó Carlota Corday, ostentaron la fuerza de concepcion ó la energía de carácter propias de los hombres mas grandes, son excepciones honrosísimas que prueban la ley general: en efecto, el entendimiento y la razon de la mujer es muy débil, porque toda la vitalidad y la fuerza de su existencia está concentrada en su corazon: así la organizacion de la mujer, infinitamente inferior á la del hombre en la parte física é intelectual, es muy superior á la de este en la parte moral: la mujer es todo sentimiento, todo pasion, todo imaginacion; en sus primeros años dedica toda su existencia á sus padres y hermanos; jóven ya, vive ó muere por el amor, y esposa y madre no tiene otra idea ni otro pensamiento que sus hijos y su esposo: la vanidad misma, esta pasion tan poderosa sobre su alma, es casi siempre hija de su amor, del deseo de agradar y hacerse interesante al hombre: así toda la vida de la mujer es amor y cariño, que si bien varía de objeto segun la edad, es sin embargo uno é inagotable.

Esta brevísima idea de la organizacion de la mujer resuelve la controversia sobre cuál debe ser su educacion y su destino: el Estado y el padre de familias no tienen mas que seguir las indicaciones de la naturaleza: así pues, no deben empeñarse en ejercitar sus fuerzas ni en cultivar mucho su entendimiento: este deseo mostrado por modernos sectarios de querer casi igualar al hombre la mujer, es tan ridículo y absurdo, como el antiguo sistema de educacion, que la creia solo apta para mecánicas y groseras ocupaciones, y veia peligros en que supiera leer y escribir: la mujer ha nacido para ser la compañera inseparable del hombre, y si de nada le sirven los estudios profundos ni la erudicion exterior, de que tampoco es susceptible, realzará sin embargo sus bellas dotes un entendimiento regularmente cultivado: mas en lo que debe haber un gran esmero, y lo que debe constituir la buena educacion de la mujer, es la parte moral de su organizacion: todo lo que contribuya á mantener siempre vivo y poderoso el sentimiento innato del pudor, á fortalecer su piedad y cariño naturales, á darle una idea de la santidad de sus deberes, y á excitar sus cualidades poéticas, será muy conveniente para su educacion: en la mujer, lo que la hace valer y respetar, es su corazon y su imaginacion, y cuanto se encamine á dar mayor vida á estas dos partes tan importantes de su ser, ayudará á dar mayor realce y esplendor á sus bellísimas cualidades: así la música, el dibujo, el cultivo de las bellas artes, pueden alterar provechosamente en la mujer con las ocupaciones domésticas, si en ello se tiene la prudencia necesaria, para que jamás se pierda el sentimiento del pudor y del recogimiento, ni se fomente la vanidad ni se despierten peligrosas pasiones: bajo tal sistema, la mujer vivirá contenta y dichosa, extenderá el encanto y la felicidad sobre cuanto le rodea, y cumplirá su destino de hacer grata y dulce la existencia del hombre sobre la tierra.

FERMIN GONZALO MORON.

UN CLAUSTRO.

Fiat pax in virtute tua.

I.

A muchos mundanos se les oye hablar ligeramente de los monasterios, acusar á los claustros de ser otros tantos asilos abiertos á la holganza, á pueriles y ridículas tareas, á virtudes negativas, á inclinaciones anti-sociales. Pero ¿se ha reflexionado bastante sobre la vida conventual? ¿Se la ha estudiado? ¿Se ha comprendido?

¡Oh incrédulos de la tierra! Arrojad, arrojad con desden á los santos protectores de vuestro hogar doméstico, á las fiestas patronales de las familias, á aquellos dulces banquetes presididos por un patriarca, abiertos por la oracion, santificados por la oracion, cerrados por la oracion, ¡oh políticos de la plaza! preferid las orgías del café y las agitaciones públicas y los placeres tan perniciosos del teatro desde que el teatro se ha propuesto por objeto destruir la moral popular, devastar el corazon de la juventud continuando desheredándoos de unas sublime patrimonio, pero permitidnos á lo menos que proclamemos vuestros errores, que los lamentemos, que gimamos con todas las almas que se han conservado puras en el contagio.

II.

Ahora, desgraciadamente ya se acabó aquella continua intervencion de la religion en los actos de la vida privada, en el ajuar de nuestras casas; ya no hay en ellas pilas de agua bendita, Crucifijos, relicarios suspendidos á la cabecera; ya se acabaron aquellas cristianas armonías que hablaban al alma por la tarde y que respondian á nuestras secretas é íntimas armonías; ya se acabaron aquellos cánticos entonados en coro, junto al hogar, aquellos villancicos que duraban desde el primer domingo de Adviento hasta la Epifanía; ya se acabaron aquellas oraciones recitadas por el cabeza de la casa por mañana y tarde, y repetidas por los niños y los criados... pero yo conozco un sitio donde las costumbres católicas se han conservado tales cuales las practicó la sociedad de la edad media. Ese sitio es el claustro.

III.

¡Ah! ¿sabeis lo que es un claustro? Hoy que el espíritu de familia está muerto ó moribundo, es la familia perfeccionada, es la imágen de aquellas

existencias colectivas de la edad media, de aquellas piadosas asociaciones que ha matado sin remision el individualismo de nuestra época; es la imágen de una cosa santa, la familia. En los siglos en que la fe católica estaba identificada con la existencia social, el claustro podia hasta cierto punto considerarse como un producto sin motivos, como un efecto sin causa. En el siglo XIX, los monasterios son la cosa mas venerable y consoladora que puede concebirse; los mas santos nidos donde se puede vivir, pensar y morir. El árbol de la religion, atarantado por el hacha del filósofo, no brota en la calle, en los senderos de la vida social actual mas que ramos canijos y miserables, débil, privado de corteza, roido de llagas y de ulceras, muerto en su superficie, tiene sin embargo flores en su tronco, flores bellas, suaves, olorosas todavía; pero necesitan otro aire que el de nuestra época para abrirse, y ese aire le hallan en el claustro.

¿Qué siglo vió almas tan desoladas como las nuestras, dolores tan inagotables, alegrías tan estériles, corazones tan desalentados, tan oprimidos, tan llenos de desengaños? Aquí, posiciones sociales trastornadas por la codicia y la ambicion; allí, increibles padecimientos, sobre todo para los que no encuentran ya nada aquí en la tierra, nada en las existencias actuales que sea conforme á sus melancolías, á sus afectos, á sus ternuras, á sus tendencias hácia el infinito. No, jamás la edad media comprendería nuestras aflicciones y nuestras calamidades. Aquellos hombres del siglo XIII concibo que pudiesen bastarles la vida del mundo, la religion entonces era la obra comun; para las organizaciones espiritualistas de nuestro tiempo, ¿es llevadera una sociedad como nos la han hecho?

Una mansion aislada donde pobres vírgenes viven en el recogimiento y la oracion, he aquí el arca de salvacion y de paz para esos corazones dolientes que siempre son numerosos en los siglos semejantes al nuestro. Así pues, yo comprendo el claustro en la edad media; en el siglo XIX le miro como una necesidad, como una consecuencia de nuestro estado social. ¿No hay en los palacios y casas grandes, estufas donde el jardinero guarda durante el invierno sus plantas mas raras? ¿No hay en nuestras bibliotecas un hueco particular, tapado con un cristal y una cortina, donde colocamos nuestros volúmenes mas preciosos? ¿No hay en nuestros muebles un rincon escogido donde escondemos nuestras mas ricas joyas? Ese santuario, siempre abierto para recibir lo mas selecto del linaje humano, es el claustro.

¡Oh! ¡cuán nuevas y limpias, cuán cándidas y aromáticas son esas almas que no ha rozado el mundo! ¡Esas almas creen profundamente en el bien, la idea del mal no las inquieta siquiera; y en frente de todo lo que no es virtud empieza su incredulidad! Yo he tenido la dicha de verlas de cerca á esas piadosas cenobitas, ángeles encarnados, seres excepcionales y privilegiados, medio divinizados, cuya existencia toda entera consiste en buenas obras, en recogimiento, en esperanzas y en meditaciones. Sí, esos seres son de una naturaleza diferente de la nuestra; el sonido de su voz no se parece á nuestro acento, su mirada no se parece á nuestra mirada: sentados en una region mas cercana al cielo que esta en que rastreamos, casi han sacudido de sí enteramente la naturaleza material para hacerse espíritus. A no ser por esa cortesa corporal de que no han podido despojarse, cualquiera los tomaria por verdaderos ángeles bajados temporalmente á la tierra para velar sobre su destino.

El claustro es la última imágen viva de la familia, de la sociedad, pensamiento realizadas á los ojos de Dios.

¡Cuán amantes y dulces de condicion, cuán serenas y afectuosas son todas esas piadosas vírgenes sometidas á la inflexibilidad de la regla monástica! En el claustro, cada cual continúa la obra de Dios: la madre priora llama á las religiosas sus hijas: todas estas son hermanas; han olvidado todas las cosas del mundo, hasta su nombre propio y aquellas frias denominaciones de que el ceremonial ha recargado el vocabulario social; todas han recibido, desde el momento de su entrada en la santa casa, un nombre conocido en el cielo; todas se aman, todas son iguales entre sí, siempre hablan de sí mismas en plural para recordarse mútuamente que un ángel participa de su vida y forma la mitad de su ser.

Las religiosas no experimentan nada de lo que hace amarga y penosa la existencia en el mundo: desprendidas de los bienes de la tierra, no poseyendo nada, caminando todas de frente en la misma senda, tendiendo todas al mismo fin, abdicando toda individualidad, todo sentimiento personal, confundiendo todos sus pensamientos en un pensamiento comun, no conocen ni la ambicion que ninguna satisfaccion comprime ni satisface, ni el odio que aleja toda felicidad, ni la vanidad que causa tantos acerbos dolores, ni los remordimientos que solo las culpas cometidas engendran, ni el desaliento, hijo de la indiferencia sistemática en punto á religion. Siempre resignadas, tímidas, sumisas, obedientes, ninguna resignacion, ninguna obediencia les pesan, porque han pedido y aceptado voluntariamente sus deberes.

Id, id á buscar en la domesticidad mundana aquella abnegacion de los intereses materiales, aquel celo sin límites, aquella docilidad pasiva, que distinguen á esas buenas criaturas, llamadas en los comunidades de mujeres, tornera y mandaderas, que son las habituales mediadoras entre los seres del monasterio y los seres de la sociedad; no los hallareis. Cosas son esas que solo la religion da, que rehusa aun al mismo sacerdote que, colocado en el mundo, contrae en él necesariamente algunos vínculos, cosas que reserva solo al claustro.

En punto á monasterios, no me gustan los términos medios. Quedaos en el mundo, en todas partes se puede uno salvar; pero si el mundo no es bastante infinito para vuestro idealismo, vuestras ternuras, vuestras contemplaciones, llamad á la puerta del claustro mas austero. Allí, la familia segun los hom-

bres, no os turbará vuestra paz; allí ningun rumor mundano, ningun eco del popular bullicio irán á arrancar un suspiro de distraccion ó de enojo á vuestros labios entreabiertos para la oracion.

IV.

Así es que si hay una órden que yo respeto y amo con todo mi corazon sobre todas, es la del monte Carmelo, es aquella órden santa cuyo orígen asciende, dicen, al profeta Elías, y que la bienaventurada Teresa reformó y constituyó en la regla que la rige actualmente. ¡Antigua y venerable montaña, velada por un pasado sublime, augusta y primera razon de todas las órdenes monásticas, sagrada colina de Oriente, tan amada por San Juan de la Cruz, cuán gratas al Señor son tus flores, cuán dulces y halagüeñas para las almas vírgenes!

La órden del Carmelo, la mas santa, la mas ilustre de las órdenes, es la única que realiza plenamente aquella vida excepcional que comprendemos que no puede ser jamás ni demasiado celeste, ni demasiado austera, ni demasiado extraña á las cosas de la tierra. Allí están las privaciones sin fin, la abnegacion sin fin de los intereses perecederos, la oracion sin fin, la rigidez, las mortificaciones, las humilldades sin fin: allí reina el cilicio con todas sus asperezas; allí reina la pieldad con todas sus puras é intesantes iniciaciones; el ayuno perpetuo con todas sus inflexibilidades. ¿Sabeis cuál es la obra principal de las religiosas carmelitas?... Rezar, y rezar dia y noche por aquellos cuyo corazon está cerrado á la oracion, sufrir por los felices, contribuir con sus lustancias con sus fervientes súplicas á salvar almas que no se ocupan en el cuidado de su salvacion. ¿Hay muchas obras mas meritorias y mas pias en la tierra?

V.

¡Respeto, pues, respeto al claustro! Para esas vírgenes que sufren, nada es tormento; para esas vírgenes que hacen oracion, ningun instante del dia es de huelga ú ociosidad; y cuando el corazon ha cesado de cantar, todavía las manos piensan en los pobres. Hay árboles que no dan frutos visibles, apropiados á nuestros pasajeros apetitos de la tierra, pero que se limitan á producir todos los años flores que embalsaman la ribera, que beben, absorven y neutralizan los olores insalubres, las exhalaciones mefíticas; tales son los claustros en general, tal es la santa órden del monte Carmelo en particular.

¡Respeto, respeto, pues, y paz al claustro, asilo de poesía, de misteriosas iniciaciones, especie de purgatorio terrestre donde las almas formadas para el cielo van á prepararse á la eterna presencia de Dios!

ESTADO DE LA RELIGION EN EL MUNDO.

Hace veinte siglos que no habia mas religion en la tierra que la pagana y la judaica, la cual habia disminuido considerablemente desde la cautividad de Babilonia. La distincion mas esencial entre la religion de los judíos y la de los gentiles, consistia en que los primeros adoraban á un solo Dios, de quien habian recibido, por medio de los profetas, libros y escritos que contenian los preceptos que habian de observar, y los ritos que habian de practicar para complacerle, mientras que los gentiles, aunque reconocian un Ser Supremo, tributaban adoracion á una infinidad de dioses imaginarios y de objetos materiales, por no tener libros en que la voluntad de Dios estuviese manifestada. La religion tomó un nuevo aspecto con la venida de un Mesías mandado del cielo para enseñar á los hombres una vida eterna en gloria, y mostrarles el camino de conseguirla. Los judíos rehusaron admitir á aquel Dios celestial, por venir en pobreza y oscuridad, en lugar de aquel poder y majestad con que creian debia venir revestido; pero los gentiles, que no tenian profecías ni circunstancias anunciadas con la venida de un legislador espiritual, examinaron solo la pureza de la doctrina, y hallando que la del Evangelio tenia mas derecho á su aprobacion que ninguna otra, la fueron abrazando, hasta venir á ser universal en todo el imperio romano, que comprendia entonces toda la Europa con parte del Asia y Africa. Dos lenguas eran entonces las predominantes del imperio, la griega y la latina, y pronto comenzaron las disensiones entre las dos liturgias, envolviendo disputas que despues de dos siglos causaron una division, mas en la ceremonia que en la sustancia.

Enervada en parte la eficacia de la religion cristiana en Asia por la subversion del imperio romano, con el cual estaba identificada, mucho mas por la negligencia de los ministros griegos y latinos, y mas que todo por la ignorancia y superticion grosera del pueblo, estaba expuesta á cualquier choque que le opusiera un hombre atrevido. Mahoma observó la ocasion, y estando dotado de todas las cualidades que debe poseer un impostor, se presentó al público y declaró su mision. El atrevido árabe no tenia talentos ni influencia para predicar una religion diferente; pero tenia sagacidad bastante para descubrir abusos, resolucion para atacarlos, impudencia para proclamarse profeta, y fanatismo para sostener sus soñadas revelaciones. Lejos el apóstol de la Meca de las metropolitanas griega y latina, tuvo tiempo para diseminar su doctrina por gran parte del Asia sin contradiccion alguna; y cuando se consideró poderoso por el crecido número de prosélitos, tomó el sistema de propagacion seguido

muchos siglos antes por Moisés, Josué y David. En lugar de ministros de paz enviados á predicar la ley á naciones extranjeras, á pié, con una sola túnica y sin mas fuerza que la de la palabra y el ejemplo, como habian hecho los apóstoles del Evangelio, Mahoma marchaba al frente de ejércitos irresistibles proponiendo á los pueblos la dura alternativa del Alcorán ó del tributo, de la esclavitud ó la muerte; por este medio quedó extendida su ley por casi toda el Asia, llevada despues por sus emires al Africa, por los tenientes del califa á España, y por los turcos á la Grecia.

La religion cristiana continuó por varios siglos reducida á la parte occidental del imperio romano bajo el carácter distintivo de la iglesia latina, y en gran parte del Oriente y Norte de Europa bajo el nombre de la iglesia griega, hasta que por el descubrimiento del cabo de Buena-Esperanza fué llevado el Evangelio á las costas de Asia por los portugueses, y promulgado en el Nuevo-Mundo por la navegacion y conquistas de los españoles.

A este mismo tiempo se preparaba una nueva division en la iglesia latina, con los predicadores de la heregía de Lutero y otros gefes de ella. Por desgracia intervinieron intereses políticos los mas complicados, ocasionando guerras civiles y persecuciones crueles, las que produjeron un rompimiento eterno entre la Iglesia romana y las varias sectas que protestaron contra las decretales pontificias. Estas diferencias religiosas tenian un carácter tan político, que era un dicho muy comun que si Felipe II de España se hubiera hecho protestante, Holanda é Inglaterra se habrian reconciliado inmediatamente con el Papa, y á esto se debe atribuir la anomalía de un cisma irreconciliable entre dos iglesias que profesan el mismo Credo sin variar una coma, y los mismos artículos de fe, á excepcion de uno ó dos.

Así, pues, hallamos el presente estado de religion dividido en *judíos, cristianos, mahometanos y paganos*. Entre los judíos no hay division con respecto á sus artículos de fe, ni interpretacion de las profecías, aunque tengan en cada nacion un ritual particular. Los cristianos están divididos en griegos, católicos y protestantes, y estos últimos están subdivididos en sectas numerosas, entre las que hay enemistad no menor que la que todos ellos profesan á los católicos. Los mahometanos se dividen en dos sectas: 1.° la secta de Omar, seguida por los árabes, turcos y africanos: 2.° La secta de Alí, seguida por los mahometanos de Persia y de la India, y en honor de estas dos clases debemos observar que no hay el menor odio ni persecucion entre los que profesan el Alcorán. Los paganos se dividen: 1.° En indostanes, sianeses y chinos. 2.° En paganos que reconociendo un Ser Supremo, le adoran bajo formas materiales y groseras, como el sol, el fuego, rios, animales &c. 3.° Paganos con una idea perfecta de Dios y de sus atributos, y ciegamente engañados por sus fetises, shamanes y agoreros miserables, tienen lugares consagrados á los viles insectos que adoran, y algunas ceremonias religiosas como los africanos é isleños del Mar Pacífico. 4.° Paganos que no tienen idea clara de divinidad alguna, lugares de adoracion ni ceremonias religiosas, como los indios pampas y patagones en el Sur y otras varias tribus en el Norte de América.

La tabla siguiente da una idea la mas exacta que hemos podido deducir de las varias relaciones hechas por los mas sabios escritores sobre este particular.

Habitantes del mundo, setecientos sesenta millones. 760

CREENCIAS.

Judíos, cuatro millones	4
Cristianos griegos, setenta millones	70
Católicos romanos, ciento treinta y cinco millones.	135
Protestantes, ciento treinta y un millones	131
Mahometanos, ciento y diez millones.	110
Paganos, trescientos diez millones	310
TOTAL.	760

Cuadro ciertamente consolador, y cuyas dimensiones va extendiendo cada dia prodigiosamente Dios. La voz de los apóstoles, que resonó un dia en todo el universo, vuelve á sonar de un modo poderoso en nuestro siglo en todas las partes del mundo. La sangre de los misioneros de la Cruz ha corrido y está empapando la tierra de la Cochinchina, de la China, de Tonkin y de la Corea: allí está el altar donde se continúa de una manera sangrienta el sacrificio de Jesucristo, allí se atraen inmensas bendiciones sobre todo el catolicismo, y particularmente sobre esos paises áridos hasta el presente para la fe católica, y que van á ser fecundados por la gracia. Ya las puertas eternamente cerradas se entreabren, y no es solo la civilizacion europea la que va á entrar por ellas, sino otra cosa mas poderosa, mas permanente y eterna, la Cruz y la palabra de Jesucristo. En otro tiempo las legiones de Roma recorrian vencedoras el universo, y abrian por todas partes esos grandes caminos por donde la Cruz triunfante ha pasado para ir hasta las extremidades de la tierra: hoy es el cañon de la heregía, la Inglaterra, la que nos abre los caminos de estas regiones; y cuando la puerta se abre para el error, la verdad sabrá penetrar bien por ellas, muy pronto veremos la Cruz llevada á las almas que gimen en *las tinieblas y en las sombras de la muerte*, veremos la sangre de nuestros misioneros producir nuevos cristianos, y esta simiente de eternidad manifestarse por frutos de eternidad. Hay signos que no podemos interpretar de una manera completa, pero que indican que el espíritu de Dios va á pasar por allí, y que va á consumarse en aquellos paises una gran renovacion. Los hombres de la China van á ser nuestros hermanos, y la iglesia los adopta por sus hijos.

En la Oceanía todas las maravillas hechas en otro tiempo por los misioneros del Paraguay se renuevan bajo una influencia toda cristiana, episcopal y apostólica. Hombres groseros, de aspecto y costumbres salvajes, horribles hasta el punto de devorar á sus semejantes y alimentarse de sangre humana se convierten hoy en sumisos como corderos; dóciles á la palabra se dejan conducir como niños, y lo son en realidad, porque los pueblos ignorantes de todo se hallan en una verdadera infancia: empero la palabra de Jesucristo ha penetrado en sus corazones, les ha dado el instinto de la verdad, y con esta palabra la dulce caridad se ha insinuado en sus almas, y el instinto feroz que los inspiraba se ha trocado por una dulzura evangélica; marchan por el camino de la civilizacion conducidos por la religion; y cuando la influencia cristiana es combatida en esos países, es por la heregía, ó por el espíritu de impiedad ó de irreligion; pero Jesucristo triunfa, la Cruz se pasea al través de este nuevo Océano, y todas sus islas llevan sobre sí la marca del signo santo de la Cruz.

En Africa se ha hecho una tentativa para civilizar los negros; atraerlos á la verdad; hacerlos conocer la dignidad del hombre que proclama el Evangelio; probarles que son hombres como nosotros, que tienen un alma para amar, una inteligencia para comprender, y que en Jesucristo no hay distincion entre hombres libres y esclavos, blancos y negros, sino que todos somos hermanos regenerados por él, porque su preciosa sangre todo lo salvó, todo lo santificó.

En Argel, si los ejércitos franceses han triunfado y arrancado á los bárbaros ese país, de quien habian hecho un inmenso calabozo para atormentar á los cristianos que cautivaban en sus atrevidas piraterías, aun no han sido sus armas bastante poderosas para plantar en él la civilizacion. El cristianismo solo le humanizará, y mas han adelantado en poco tiempo para la causa de la verdad los trapenses y las hermanas de la caridad, que han marchado á aquellos abrasadores climas, que las legiones de Luis Felipe; porque es preciso que sea la palabra y no el acero el que mueva los corazones.

La América del Norte se halla dividida en sus creencias como en su estado político, y las sectas se destruyen allí por sus subdivisiones mismas, de modo que la victoria, el triunfo definitivo está reservado á la comunion que no se divide jamás. Solo el catolicismo no se fracciona allí, porque es inmutable, porque tiene una base eterna, y así crece y se extiende todos los dias, y muy pronto absorberá todas esas particulas, todas esas fracciones que diariamente van desmembrándose en torno suyo, y concluirá por sepultarlas en su unidad.

Lo que sucede hoy en Inglaterra es providencial, y da grandes y consoladoras esperanzas á los corazones llenos de fe. Cincuenta años hace cuando una terrible tempestad revolucionaria descargó sobre la Francia, cuando un furioso aquilon destruyó los templos, derribó los altares, proscribió el culto y barrió hasta las ideas religiosas y morales; la tempestad llevó la simiente de la verdad á la Inglaterra. Así el grano arrebatado por el viento va á caer sobre una roca desecada sobre que hay una poca de tierra, y prende en ella, y se arraiga, y se convierte en frondoso árbol. Esta tierra árida, seca, era la Inglaterra, donde la simiente del cielo ha dado ya admirables frutos, donde una generacion educada por los sacerdotes franceses emigrados ha creido, y ha llegado ya á emancipar á los católicos, donde diariamente se ven desertar de las filas del protestantismo numerosas familias para pasar á la Iglesia católica. Sí, nosotros nos atrevemos á profetizarlo: la Inglaterra, donde tantos prodigios de fe y de caridad ha obrado Dios, la Inglaterra, patria otro tiempo de tantos santos, donde tan esplendente se mostró el culto del catolicismo, volverá á ser otra vez hija fiel de la Iglesia de Dios.

Con tales caractéres de vida se presenta el porvenir del cristianismo; la voz de nuevos apóstoles resuena por todas partes, la Cruz va avanzando en sus conquistas hasta los últimos confines de la tierra teñida en la sangre de los discípulos de Jesús. La Cruz ha prendido con hondas raices en la tierra, la vemos brillar en lo alto de las torres, en medio de los caminos y plazas públicas, presidiendo en los tribunales y en las asambleas populares, resplandeciendo en el pecho de los valientes escapados del peligro de la guerra, protegiendo la cabaña del pobre, honrando la casa de los ricos, cubriendo el sepulcro de nuestros abuelos, hasta que resplandezca triunfante de los siglos en el último dia del juicio en manos de la víctima del Gólgotha, entre los abrasados escombros y humeantes ruinas del mundo.

LA ASUNCION DE MARIA.

(SU FESTIVIDAD EN 15 DE AGOSTO.)

Si la culpa de una mujer privó á la humanidad de su primitiva pureza, de la vida eterna y de las delicias del paraíso terrenal, una mujer tambien debia redimir á la humanidad de la muerte y del pecado.—personificados en la Virgen María los padecimientos de la tierra, debian levantar como ella sus cabezas desoladas, y á la madre del dolor debia suceder la madre de exaltacion. Recogida por el primer hombre aquella consoladora profecía en que Dios, aun castigando, revelaba su amor paternal, atravesó los siglos como una blanca estrella que prometia la aurora: siempre brilló encima de las tinieblas que las generaciones condensaban en derredor de sí, hasta el dia en que la aurora de la redencion, cuyo mensaje era, vino á resplandecer sobre el mundo.

Conocida es aquella vision celestial que tuvo en los tiempos antiguos san Juan Evangelista, cuando gozando de las dulzuras de un santo retiro en la is-

la de Patmos, y conversando con Dios, fué arrebatado en éxtasis, y vió aparecer en el cielo un signo prodigioso. Aquel signo era una mujer rodeada de luz y de gloria, que tenía la luna bajo sus piés y llevaba en su cabeza una corona de doce estrellas.

¡Hermosa figura de la Vírgen María, que sola entre todas las mujeres, fué rodeada del sol de la pureza! La luna que está bajo sus piés es el símbolo del mundo, del cual es la protectora, y la corona de doce estrellas representa los doce misterios que consagraron su vida.

Su inmaculada Concepcion. Cuando despues de haber existido por toda la eternidad en la mente de Dios, fué concebida en las entrañas de su madre Ana, esposa de Joaquin, y entonces no recibió la mancha del pecado original, porque segun la hermosa expresion del cardenal Pedro Damien, debia servir á Dios como de un lecho de descanso, despues del pecado del ángel y del hombre.

Su Navidad, de que se regocija toda la tierra, como de una primera revelacion de la gracia: *su Presentacion á Dios* en el templo, tres años despues de su nacimiento, y la consagracion de su tierno corazon como un inocente altar. *Su Casamiento* á la edad de quince años con un justo, el carpintero José. Aquella misteriosa *Anunciacion* que introdujo tanta turbacion y tanta alegría en su casto corazon. *Su Visitacion* á su parienta Isabel cuando despues de haber salvado las montañas de Judea con fervor, entró en casa de la santa, que exclamó, al verla: "¡De dónde me viene la dicha de que la madre de mi Señor se digne visitarme!" *Su Alumbramiento* en el pesebre de Belén, y la contemplacion estática de lo que pasaba en ella. *Su Purificacion* cuarenta dias despues de haber parido al Hijo de Dios, no porque fuese obligacion de ella, pues habia conservado siempre la pureza, sino porque queria obedecer la ley. *Su Pasion* en la de su hijo, y los siete dolores que traspasaron su corazon. *Su Muerte*, ó por mejor decir, su dulce letargo, que fué el preludio de un sublime despertamiento. *Su Asuncion*, cuando depositada apenas en la sepultura de Getsemaní, fué trasportada al cielo en las alas de los ángeles. Y en fin, *su Coronacion* en el cielo en medio de las santas falanges que cantaban su gloria.

Estos dos últimos misterios son los que la iglesia ha querido consagrar instituyendo una fiesta anual, que al principio se celebró el 18 de Enero, y luego se fijó definitivamente el 15 de Agosto: esta fiesta subsiste desde los primeros tiempos de la iglesia, á la cual la han trasmitido sus pastores con el sagrado depósito de la fe. Una serie no interrumpida de pasajes claros y terminantes de los Padres mas respetados, da testimonio del orígen y conservacion de aquella memorable festividad, la primera de todas las que celebra la iglesia en honor de la Vírgen.

La festividad de la Asuncion se celebraba con gran solemnidad antes del siglo X en la iglesia latina y en la iglesia griega: el emperador Constantino Porfirogeneto describe la gran procesion con que la corte y el clero de Constantinopla solemnizaban la fiesta del *descanso* ó Asuncion de la bienaventurada Vírgen María. El emperador Mauricio mandó en 602 que se celebrase el descanso de la Santa Vírgen, determinando, en virtud de una ley, la traslacion de la festividad, del mes de Enero al mes de Agosto, autorizada ya por muchos obispos. Los capitulares redactadas en Aquisgran en 817, bajo el reinado de Luis el Bueno, fijan esta festividad en el dia 18 antes de las calendas de Setiembre, esto es, en el 15 de Agosto; pero esta traslacion tardó mucho en recibirse en algunas iglesias.

En los antiguos devocionarios esta fiesta se llama indiferentemente *Asuncion*, el *tránsito* ó el *descanso de la Santa Vírgen María.*

Es la primera de todas las fiestas de la Vírgen, porque es la consumacion de todos los misterios de su admirable vida. Allí es donde comienza su verdadera gloria, y donde reciben su merecida corona todas las virtudes que veneramos simplemente en sus otras fiestas.

¡Cuál no debió ser, en efecto, la alegría de los ángeles, de los serafines y de todos los moradores del cielo, al contemplar la divina hermosura de que acababa de ser revestida María!—"¡Quién es esta, decian, que sube del desierto, llena de delicias y apoyada en su amado?"

¡Recompensa completa de los méritos de su larga vida, de su constante fidelidad á las gracias del Señor, de los fervientes desvelos que le prodigó durante su peregrinacion por la tierra, de sus padecimientos al pié de la Cruz, y de los largos años de espera que siguieron á ellos!

Pero tambien ¡cuál no habia sido la ternura del hijo hácia su madre!—"Vos me habeis, le dijo, servido mas que todos los demás en mi estado de humillacion, y yo os haré participar mas que á todos los demás de mi gloria; yo he recibido de vos mi humanidad, y yo os comunicaré las riquezas de mi vida inmortal."

Así la mujer se alza y quebranta la cabeza de la serpiente.

Cuando la Vírgen se hallaba sobre la tierra, sus súplicas, sus oraciones tenian sin duda una gran eficacia, y eran superiores á las de Abrahan, de Job y de Elías; ahora que se halla sentada sobre el trono levantado á su humildad, ¡cuán grande, cuán poderosa debe ser su intercesion!

"Teneis derecho de aproximaros á Dios con confianza, dice San Bernardo, porque teneis la madre por abogada cerca del hijo, y al hijo por mediador cerca del padre. La madre enseña al hijo el pecho que le alimentó, y el hijo presenta al padre sus llagas y el costado abierto por el hierro de la lanza."

Ved aquí cuáles son las recomendaciones de la Iglesia para corresponder á sus miras—Dar gracias por lo que su misericordia ha hecho en la Asuncion á favor de la santísima Vírgen.—Practicar las virtudes de que ella nos dió ejemplo.—Implorar la divina misericordia por su poderosísima intercesion.

LOS DOS ALELIES.

Altivo doble alelí,
Orgulloso con su brillo,
A humilde alelí sencillo
Imprudente hablaba así:

—

Mira el lujo con que ostento
En mi flor pétalos mil,
Engalanando el pensil,
Del que soy bello ornamento.

—

La hermosa con blanca mano
Toma un ramo de mi flor,
La embalsamo con mi olor
Y en su pecho brillo ufano.

—

De todos fija la vista,
Y me cuida con esmero
Desde el simple jardinero
Hasta el preciado florista.

—

Confundido tú á un rincon,
Y entregado á oscuro olvido,
Ni siquiera has atraido
Miradas de compasion.

—

Modesto, pero sensible
El provocado alelí,
Al verse tratado así
Repuso en tono apacible:

—

Tu infundada vanidad
Merece trato algo duro;
Mas solo el lenguaje puro
Oirás de la verdad.

—

Adquiriste el esplendor
Cambiando por la semilla
Oropel de cascarilla,
Brillante, mas sin valor.

—

Y si de él haces alarde
Ante el sol de la mañana,
Pasó cual la sombra vana
Y no existe por la tarde.

—

Gozaste celebridad
Que contigo ha de morir;
Yo consigo porvenir
Dejando posteridad.

—

Tu soberbia está fundada
En el brillante ropaje
Desnudándote del traje,
¿Qué hallan en tu fondo? Nada.

—

—Justamente aplicaria
El diálogo que refiero
A muchos hombres del dia;
Follaje, palabrería,
Y en fondo de ideas.... cero.

BAEZA.

ESTELA,

ó

PELIGROS DE LA LECTURA DE LAS NOVELAS.

Cuando se recomienda á los jóvenes que consagren sus horas de recreo á la lectura de obras inocentes é instructivas, y se procura precaverlos de los peligros que acarrea siempre la lectura de las novelas, la inexperiencia de su edad, el atractivo de las invenciones y la inquieta curiosidad que los devora, los hace cerrar el oido á estos prudentes consejos, y sin curarse de ellos en lo mas mínimo, se abrevan hasta las heces del veneno que se quiere apartar de sus labios. Por muy lastimosa que sea esta ceguedad, las causas que la producen pueden á lo menos hacerla comprender; y cuando la juventud, triste víctima de sus errores, se ha precipitado de caida en caida hasta el fondo del abismo, cuando crueles desengaños han cegado en su corazon la fuente de las ilusiones, y viene llorando á hacer una tardía confesion de su arrogancia y de su imprudencia, ¡oh! entonces ¿quién no compadecerá su extravío y sus desgracias? ¿Y quién no se apresurará á enjugar sus lágrimas, iniciándola en un género de felicidad inalterable y puro que empezó por desdeñar?

Pero lo que explican la edad, la inexperiencia y el ímpetu de las pasiones, ¿cómo concebirlo en la conducta de los padres? Algunos hay que ni siquiera aguardan al momento en que se han de desarrollar las inclinaciones viciosas de sus hijos, y que fomentan y aceleran el vuelo de las pasiones; otros dan continuo pábulo con estúpida impaciencia al foco volcánico cuya explosion debe destruir para siempre el reposo de su vida y la felicidad de sus cansados años. Y sin embargo, continuamente tienen á la vista mil ejemplos de las desgracias causadas por la lectura de las novelas; saben que esa lectura obceca el entendimiento extraviando el corazon; saben que las novelas sustituyen á la vida real y positiva una vida ideal y fantástica, y que no pueden producir otro efecto mas que el prestigio y la seduccion. ¡Pues bien! á pesar de todas las lecciones de la experiencia y de la razon, pondrán en manos de sus hijos aquellas mismas novelas que han hecho naufragar tantas virtudes juveniles. ¡Insensatos! pero si la suerte de sus hijos no excita bastante su desvelo y su ternura, piensan á lo menos en la suerte que á ellos mismos los espera, y cumplan sus deberes á lo menos por interés.

Vivia no ha mucho tiempo en un pequeño pueblo de provincia un honrado padre de familia, el cual quedó viudo despues de seis años de la union mas feliz; gozaba del aprecio general, y en todos los pueblos circunvecinos se le citaba como el modelo de los esposos y de los padres. Excepto el dolor que le causó la muerte de su mujer, nada igualaba á su ternura hácia su hija Estela, y este sentimiento le habia impedido formar nuevos vínculos, aunque era todavía muy jóven. El bello carácter y las felices disposiciones de Estela justificaban el cariño que le profesaba su padre: todo anunciaba que seria el consuelo y el orgullo de su ancianidad. Los años se deslizaban dulcemente en medio de los desvelos prodigados á su infancia, y la jóven Estela crecia en gracias y en virtudes; el padre se engreia de las prendas de su hija, creia ver en ella á la esposa que habia perdido, y su dolor iba mitigándose poco á poco, hallándola cada dia mas perfecta.

Ya habia llegado entre tanto la hora de la adolescencia, crítico momento en que debian ser mas constantes y asiduos que nunca los cuidados y la vigilancia del padre, porque no basta haber custodiado la infancia de una niña y haber inculcado sanos principios en su corazon: es preciso tambien acudir en su ayuda en el momento en que una vida nueva se desarrolla á sus ojos, en el momento en que se entabla la lucha entre la conciencia del bien y el sentimiento confuso, indefinido, oscuro todavía, del error y del mal. Ahora bien, el padre de Estela no supo comprender esta verdad, é hizo disiparse por su culpa sus pasados desvelos y las esperanzas que habia formado para el porvenir. Un dia, hallándola mas triste y pensativa de lo acostumbrado, quiso probar á distraerla, y no halló para ello medio mejor que el de hacerle leer una novela, muy inocente, decia él, en la forma y el fondo.—"Además, discurria aquel obcecado padre, mi amada Estela tiene bastante juicio y sensatez para separar la ficcion de la verdad, y para no tomar con seriedad las aventuras quiméricas y las frases sentimentales de que están llenas las novelas; esta lectura desarrollará su inteligencia, y le hará conocer mejor el mundo en que va á entrar."

¡Desgraciado padre! ¿creeis que se aprende en las novelas á conocer el mundo y los hombres? En ellas todo es falso, los hombres como las cosas; la naturaleza no se muestra mas que al trasluz de un prisma engañador, y cuando un jóven se halla trasportado de repente lejos de aquella belleza ideal y de aquella brillante fantasmagoria al mundo real y en medio de la sociedad positiva, la extraña desproporcion que observa, le inspira en breve una invencible aversion á sus relaciones y á sus deberes. La jóven Estela, despues de haber leido aquella primera novela, pidió otra á su padre, que no opuso dificultad alguna en confiársela, y á esta sucedieron otras varias. No tardaron en manifestarse los frutos de aquellas lecturas: aquella niña, antes tan tímida y modesta, gustaba de tener largas conversaciones misteriosas con otras locuillas de su

edad: observábase en sus ademanes y en su voz un no sé qué de afectado y de solemne; desatendia sus ordinarias ocupaciones; estaba siempre seria y melancólica; en una palabra, todo su prurito era hacer el papel de una heroina. Sencilla antes y modesta en el vestir, habíase hecho coqueta y vana en demasía. En vano buscaba el padre á su hija, empezando ya á apercibirse de la enorme falta que habia cometido; pero ya era tarde, el mal ya estaba hecho. Hizo desaparecer todas aquellas novelas que habian alterado el candor de un alma tan bella; esperó que su hija olvidaria con el tiempo todas las necedades y todas las locuras que habia bebido en sus libros, y que volveria á mostrarse siempre digna de su virtuosa madre y de él. ¡Desventurado! su hija estaba perdida para siempre.

Todas las precauciones que tomó para destruir hasta el recuerdo de las novelas, fueron inútiles. Estela empleaba todo su ingenio en proporcionarse continuamente otras nuevas, burlando la vigilancia de su padre, y cuando por la noche la creia retirada en su estancia, estaba ella devorando en silencio las novelas que le daban sus amigas. Mas de una vez no temió comprometerse aceptando libros detestables de manos de jóvenes que trataban de empezar por corromperla, para seducirla luego mas fácilmente.

El padre estaba desesperado de ver á su hija rebelde á sus consejos, ella antes tan respetuosa y tan tierna. ¡Ah! cuántas veces exclamó sollozando:—"¡Desgraciada madre! ¿por qué nos fuiste arrebatada tan pronto! Tú hubieras sabido mejor que yo dirigir su juventud, tú hubieras hablado á su corazon, y mi hija se hubiera corregido, y su perdicion no me causaria hoy un dolor mas cruel todavía que el que desgarró mi alma cuando vino la muerte á herirte en mis brazos!" Estela entraba entonces en los diez y ocho años.

Un rayo de esperanza brilló entonces á los ojos del desgraciado padre: un jóven, nacido en el mismo pueblo, de una familia de comerciantes, honrado y laborioso, pidió la mano de Estela, y el pobre padre creyó que estableciendo á su hija, los cuidados de la casa, los tiernos desvelos de la maternidad imprimirian otra direccion á sus ideas. Sonreia de antemano á las gracias de sus nietezuelos que dividirian con su madre toda su ternura, y cuyas inocentes caricias le recompensarian de todas sus inquietudes y penas pasadas: en un momento se desvanecieron estos dulces sueños. Estela se encogió de hombros con desden cuando su padre le propuso por marido al jóven Bernardo, y declaró que por nada en el mundo consentiria en ser la esposa de un lugareño soez, que no tenia la menor delicadeza de sentimientos ni de modales: que aquel hombre no la comprenderia, que ella tenia una sensibilidad demasiado exquisita y un alma demasiado elevada; que nunca se casaria sino con un hombre que simpatizase con ella, que despreciase como ella una vida prosáica y vulgar, y cuyo noble y exaltado carácter fuese su orgullo y su alegria.

Toda ilusion, toda esperanza quedaban para siempre cerradas á aquel tierno padre, quien conoció que la cabeza de su hija estaba enteramente trastornada, y que no tardaria su corazon en extraviarse, una negra tristeza se apoderó de él, y su salud declinó rápidamente. Estela le prodigaba los cuidados que reclamaba su situacion, aliviaba sus padecimientos físicos, pero no queria comprender aquellos tormentos morales, aquellas crueles angustias que desgarraban su corazon paternal. En vano clavaba en ella sus ojos mates, hundidos en sus órbitas; en vano se exhalaban de su pecho deseado largos suspiros; Estela compadecia sus dolores, lloraba sus males, pero las lágrimas que vertia no eran las que esperaba su padre. El desgraciado, todavia en la flor de su edad, luchaba contra el mal que le devoraba lentamente, y la enfermedad se prolongaba.

En estas crueles circunstancias, un oficialito, pariente lejano de la familia, fué á pasar algunos dias de licencia en casa del padre de Estela. Su intrépido continente, su tono breve y decisivo, su rara arrogancia hicieron una viva impresion sobre la novelesca doncella; las relaciones de sus campañas, de los peligros verdaderos ó supuestos que habia corrido, inflamaron su imaginacion juvenil, y luego, cuando contaba las magnificencias de la capital, las pompas de los teatros, de los bailes, de los paseos, escuchábale ella pendiente de sus labios, palpitándole el pecho. ¡Oh! qué diferencia tan inmensa establecia su imaginacion entre el brillante oficial y el hombre Bernardo que habia osado aspirar á su mano! Creia ya, en fin, tener delante de sí uno de aquellos seres maravillosos, uno de aquellos héroes de dulce lenguaje, cuyo modelo le habian pintado las novelas; creíase la mujer mas feliz del mundo. El oficialito, acostumbrado á aquella clase de victorias, conoció en breve la flaqueza de Estela; aduló sus gustos, exaltó su imaginacion, habló á su alma, prodigó los rendimientos y las promesas, y sedujo á Estela.—Ocho dias despues volvió el seductor á su regimiento.

Llegué yo una noche al pequeño pueblo de***; una fúnebre comitiva se dirigia al cementerio de la parroquia: mas de quinientas personas seguian el ataud. Pregunté á una anciana, sentada delante de su puerta, y á quien los años impedian agregarse al séquito, la causa de una afluencia tan extraordinaria.—"¡Ve V., me dijo, aquella sepultura que se abre junto á la gran cruz? Va á recibir á la madre y al hijo. ¡Pobre Estela! Hace algunos meses la propusimos por modelo á nuestras hijas, pero se dice que las novelas la han perdido: cometió una falta, y el arrepentimiento y el dolor la han conducido al sepulcro.—¡Cuál no será, exclamé, la desesperacion de su pobre madre!—Por fortuna, me respondió, su madre murió hace mucho tiempo.—¿Y su padre?—Su padre se ha vuelto loco."

Al dia siguiente fuí á pasearme por el cementerio, reflexionando sobre el triste espectáculo de que la casualidad me habia hecho ser testigo: de repente, un hombre alto y delgado, jóven á juzgar por su porte, pero de rostro pálido y descarnado, escala la tapia sin mirar que la puerta estaba abierta de par en par. Vile rondar un buen rato por entre las sepulturas, luego pararse delante de un túmulo cubierto de una densa vegetacion: arrodillóse sobre él, y alzando los ojos al cielo, exclamaba:—¡Oh esposa mia! ¿por qué no morí contigo quince años antes? Parecia que ya no tenia fuerzas para sostenerse: llegóse en seguida, arrastrándose sobre sus rodillas, á la huesa que yo llenar el dia antes: todo su cuerpo temblaba, como si alguna terrible vision hubiera pasado delante de él: oíle lanzar un lastimero y débil quejido; acudí volando.... el desgraciado padre de Estela acababa de expirar sobre la tumba de su hija.

E. C

MUDANZAS

INTRODUCIDAS POR EL CRISTIANISMO

EN LA CONDICION DE LAS MUJERES.

En el dia de la solemne prueba en que Dios quiso ver si el hombre sabia resistir al demonio, la mujer fué quien, con sus seducciones, le hizo perder las eternas felicidades prometidas á su obediencia: entonces cayó con el hombre, pero mas bajo que él, porque era la causa de su caida. Quedó degradada, envilecida, y fué el símbolo de la naturaleza sensual. El hombre la empleó como su criada y su esclava; sirvióse de ella como de un juguete para su voluptuoso recreo. Veámosla en el Oriente: ¡cuán humilde y miserable es su destino! su amo y señor le da apenas una parte en el fastin conyugal que debe repartir con otras cinco ó seis esposas. Para él, la libertad y la independencia; para él, el trabajo y sus goces, la vida agitada, las nobles pasiones, el placer, fama y gloria; para ella, la reclusion, la soledad y el fastidio del serrallo, para ella el vacío del corazon: vivirá desconocida, invisible á todos los ojos; no tendrá un nombre; no será madre mas que para dar la vida á hijos que no la conocerán, y á quienes en breve olvidará ella tambien.

Cuando la humanidad se adelanta de la India y de la Persia hácia las regiones mas libres del Occidente, hácia aquellos sitios donde la fatalidad física pesaba tan gravemente sobre ella, en las orillas del Ganges y del Eufrates se

debilita, y deja alzarse delante de ella la libertad humana; cuando el hombre empieza á emanciparse de la naturaleza, y reclama contra ella los derechos que ha recibido de Dios, escasamente admite á la mujer á participar de su emancipacion: todavía se la compra como se compra una fanega de tierra y el gineceo reemplaza al serrallo: sin embargo, tambien ella empieza á salir de su degradacion.

En la Grecia, donde el hombre, juntamente orador y guerrero, no hace mas que pasar de un combate á otro, no puede ir á buscar sus placeres en la muelle y voluptuosa vida del Asia. El amor de una mujer basta á su corazon que llenan ya otras tantas pasiones, y como á cada instante le llaman á la plaza pública los intereses políticos, preciso es que deje á la que ha tomado por esposa envejecer sobre la cuna de sus hijos: así es que allí la mujer sabe lo que es ser madre, y de siente sola con su marido en el hogar doméstico; pero esto fué todo lo que pudo hacer por la mujer la antigüedad pagana.

La Grecia, maestra del arte y de la belleza, había amado á la mujer como á una cosa bella que temia marchitar. En Roma, ciudad de soldados que no conocian ni querian conocer mas que la guerra, pueblos de bronce cuyo corazon jamás se ablandó ante la hermosura de una mujer, la esposa no tuvo mas mérito que el de dar al Estado robustos guerreros. Allí se la ve sola en la casa conyugal, pero debajo del padre de familia, *in manum viri*; si quiere, podrá colerla, porque es su hacienda; si bebe vino, roba las llaves ó comete adulterio, le será permitido darle muerte sin jueces, sin testigos. Si á lo menos la mujer hubiera podido conservar aquel puesto en el hogar doméstico, acaso algun dia hubiera llegado á suavizar aquella dura ley; pero, pronto se le disputó una mujer extranjera.

No hubo ya hombre ni mujer que pudiese levantar en Roma una frente casta. La antigua matrona se convirtió, ó en la Mesalina del poeta ó en la gran prostituta del Apocalipse, que, cubierta de púrpura y de escarlata, prendida con joyas de oro, piedras preciosas y perlas, tiene en sus manos una copa de oro, llena de abominaciones y de inmundicias, adonde los hombres van á embriagarse con el vino de la prostitucion. Instrumento de aquella desenfrenada corrupcion, la mujer recibió por castigo de ella el desprecio de aquellos mismos para cuyos vergonzosos placeres servia; temian degradarse elevando hasta ellos aquel ser degradado, y fué preciso, para que se viesen algunas uniones legales, que Augusto y sus sucesores diesen premios al matrimonio (*).

(*) *Ley Julia, dada 17 años antes de J. C. decretaba el matrimonio, y recompensaba la concesion de ciertos privilegios á los que le contrataban. Para multiplicar las uniones legales, Augusto llegó hasta permitir á los patricios que se casasen con hijas de libertos.*

Pero al fin apareció en el cielo un gran prodigio. "Yo ví, dice el discípulo querido, yo ví una mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus plantas y en la cabeza una corona de doce estrellas: luego un inmenso dragon que tenia tres cabezas y diez cuernos, y siete diademas sobre sus siete cabezas, se paró delante de ella para devorar al hijo que iba á concebir; pero el ejército de los ángeles bajó del cielo, y hubo una gran pelea, y el demonio, vencido segunda vez, fué precipitado al abismo. Cristo se había hecho carne para enseñar mejor á los hombres á domar el demonio de la carne. El, el Dios fuerte, eterno, infinito, bajó al seno de una vírgen: por el solo esfuerzo de su omnipotente voluntad, hubiera podido tomar aquel cuerpo mortal; pero para que quedase borrada la culpa de Eva, para que se levantase la mujer que tanto había bajado, se necesitaba nada menos que el que una de ellas apareciese al mundo como la madre de Dios, y resplandeciente con todas las glorias de su hijo. Por María, la mujer recobró su dignidad."

EL EXPATRIADO.

¡Guie Dios al pobre expatriado que va errante en la tierra!

Atravesé los pueblos y me miraron; los miré tambien y no nos reconocimos. El expatriado se halla solo en todas partes.

Cuando al caer la tarde veia elevarse desde un hondo valle el humo de alguna choza, me decia á mí mismo: ¡feliz el que de noche puede sentarse junto á su hogar rodeado de los suyos! El expatriado se halla solo en todas partes.

¿A dónde van esas nubes impelidas por la tempestad? . . . y ¿qué importa saber á dónde van á parar? El expatriado se halla solo en todas partes.

¡Que frondosos son estos árboles, qué bellas estas flores! Pero no son las flores ni los árboles de mi patria: nada me dicen al corazon. El expatriado se halla solo en todas partes.

Este arroyo corre con dulce murmullo; pero su murmullo no es el que oia yo en mi infancia: nada recuerda á mi alma. El expatriado se halla solo en todas partes.

Estos cantos son armoniosos; pero la tristeza y la alegria que suscitan no son ni mis tristezas ni mis alegrias. El expatriado se halla solo en todas partes.

Me preguntaron ¿por qué lloraba? y cuando la dije nada lloro, porque no me comprendieron. El expatriado se halla solo en todas partes.

Ví ancianos rodeados de niños, como el olivo de sus retoños; pero ninguno de aquellos chicos me llamaba su hermano. El expatriado se halla solo en todas partes.

Ví muchachas que se reian con una sonrisa tan pura como el céfiro de la mañana, al ver el objeto que su amor había elegido por su esposo; pero ni una siquiera se sonrió por mí. El expatriado se halla solo en todas partes.

En la patria únicamente se encuentran amigos, esposas, padres y hermanos. ¡Infeliz expatriado! enjuga tu llanto: todos nos hallamos en este mundo expatriados como tú, todos vemos pasar y desaparecer padres, hermanos, esposas y amigos.

Nuestra patria no está aquí en la tierra, y en vano la busca el hombre en este mundo, pues lo que cree su patria es solamente la yácima de una noche.

¡Guie Dios al pobre expatriado que va errante en la tierra!

LA PROFESION.

CANTICO SAGRADO.

I.

Fragantes nubes de aromoso incienso
Cubren la nave de la vasta iglesia;
Dulces sonidos despidiendo el órgano,
De sácra melodía el aire puebla;
Y las hijas de Dios sus puras voces
En armónico coro al cielo elevan,
En tanto que una jóven ora humilde,
De santa devocion el alma llena.

II.

"¡Que horizonte tan hermoso
"Se abre á la casta doncella
"Que toma á Dios por esposo,
"Siguiendo siempre su huella!
"De Jesus la imágen bella
"Vé en todas partes brillar,
"Y manso á sus piés se estrella
"De las pasiones el mar!

III.

Ricos vestidos, espléndidas joyas
Realzan de la jóven la belleza;
Y su frente purísima sostiene
De brillantes magnífica diadema.
Mas pronto dejará las ricas galas,
Viendo caer su rúbia cabellera,
Como las hojas de encendida rosa
Cuando su furia el aquilon despliega.

IV.

"La que muere en estos muros
"Alza gozosa su vuelo,
"Y mil arcángeles puros
"La suben al almo cielo.
"Flotando el aire su vuelo,
"Llega al trono del Señor,
"Y con inefable anhelo
"Oye su acento de amor!

V.

Arrodillada en el sagrado mármol,
Lágrimas tristes por su rostro ruedan,
Y su despide con doliente voz
¡Ay! de los deudos que en el mundo deja.
Llora su madre y la gentil novicia
A la Vírgen María recomienda;
Su padre la bendice cariñoso,
Y su hermanita prosternada ruega.

VI.

"Consuelo del indigente,
"Amparo del afligido,
"Serás, vírgen inocente,
"A quien Dios ha bendecido,
"Con el pobre y el herido
"Ejerce la caridad,
"Y de tu esposo querido
"Piensa en la suma bondad!"

VII.

El velo cubre el virginal semblante
De la esposa de Dios cándida y bella,
Como un sudario, y en las altas bóvedas
Tañido funeral lento resuena.
Mas el lúgubre son pronto se apaga;
Desierto el templo y silencioso queda,
Y entre la Vírgen y el mezquino mundo
Se alza gigante una muralla eterna.—T

AULO SILIO.

I.

"Mas Jesús decia: Padre mio, perdónales, que no sabea lo que hacen."
San Lucas.

La noche hacia ya tiempo que habia extendido sus negras alas sobre el horizonte de Roma, y la luna acababa de ocultar su plateado disco sumergiendo los campos del Lacio en sombras impenetrables, cuando un jóven de aventajada estatura y gallardo andar se dirigia á grandes pasos á la via-apia, por medio de unas hazas incultas y pedregosas era Aulo Silio descendiente de una de las mas nobles familias de Roma y único vástago de ella. Dotado de imaginacion volcánica, robustecida por la continuada lectura de los poetas griegos y latinos, se habia formado una inmensidad de ilusiones irrealizables en la sociedad en que vivia.

Introducida la secta de Epicuro, ahogada la libertad en Roma por Augusto, y prostituido por Tiberio aquel emporio en otro tiempo de las virtudes republicanas, se convirtió en una cloaca inmunda de los mas bajos vicios. La adulacion, la molicie, la prodigalidad, la incontinencia, y sobre todo la maldita sed de riquezas ocupaban todas las clases del estado, y Caton ó el destructor de Catilina se hubieran avergonzado de ser romanos si hubiesen despertado de su feliz sueño. Imperaban á la sazon Diocleciano y Maximiano Herculeo, y eran cesares Constantino Cloro y Galerio Maximiano. Orgulloso este último con las victorias que obtuviera de los persas, no pudiendo tolerar que los cristianos ayunasen al mismo tiempo que él celebraba con bacanales sus triunfos, por supersticion y crueldad hizo con violentas instancias que el viejo y débil Diocleciano diese aquellos edictos furiosos contra los fieles, edictos que segun la expresion del gran Constantino estaban escritos con plumas

bañadas en sangre. La iglesia de Nicomedia fué arrasada, profanados los vasos sagrados y quemados todos los libros al rayar la aurora del dia destinado á las fiestas terminales, y esta fué la señal para que todo el imperio se convirtiese en un lago de sangre.

Por eso Aulo que aun conservaba su corazon puro, vivia fastidiado en medio de aquellas escenas de horrores y de corrupcion. Refugióse por último al amor creyéndole su único recurso; pero golpes que resonaron en lo profundo de su corazon, fué lo que recibió en medio de las quimeras que se habia forjado: mil veces creyó encontrar el tipo ideal que se creara, y mil veces tambien sufrió un desengaño cruel. Desesperado al fin, abandonó aquella sociedad corrompida, y se alzó dedicando todos sus cuidados á su madre ya anciana, y reduciendo todas sus diversiones á leer la epopeya sublime de Homero, ó á llorar con Dido y con el desterrado Ovidio. Jóven en las pasiones y viejo en las ideas, era un anacronismo entre aquel pueblo, una rosa en medio de un cenagal.

En la tarde de la noche á que me refiero, salió á visitar la fuente Egeria y á contemplar el suntuoso sepulcro de Cecilia Metele; pero despues mirando la tumba vinieron á su mente las ideas que inspiran los que mueren, y sumergido en ellas estuvo, hasta que un sucio murciélago salió del mausoleo, y con su sordo zumbido le sacó de su letargo, conoció entonces que era tarde y se apresuró á retirarse.

Al atravesar aquellos campos abandonados, descubrió al escaso resplandor de las estrellas varios bultos que salian al parecer de la tierra, y que se perdian á poco en la oscuridad. Agitada su fantasía con tan rara aparicion, se acercó cautelosamente al sitio donde la tierra daba paso á estos seres, y descubrió la boca de una caverna (1) por donde salieron dos mujeres al tiempo que llegaba.

La una alta y gruesa mostraba en su pausado modo de andar que ya habia pasado la primavera de la vida, la otra mas pequeña y mas airosa tenia movimientos mas ligeros, y su talle era flexible como la palma de Delos. Un velo espeso cubria el rostro de ambas.

Aulo Silio permaneció inmóvil; era aquella aparicion tan nueva, pasó tan rápidamente, que no hallaba en su imaginacion á que atribuirla; pero luego que salió de este estado de sorpresa, siguió como por instinto las dos mujeres que ya casi se perdian en la oscuridad.

Mil pensamientos bullian en su cabeza mientras las veia á lo lejos como dos fantasmas. Unas veces creia exaltado con Homero que eran Circe y su hija Proserpina que salian del reino de Plutón, otras que eran dos genios, ya en fin, dos estátuas griegas que se habian puesto en movimiento, tal vez *Niobe* y *su hija* (1). Pero estas suposiciones la razon las fué desechando sucesivamente. Un acontecimiento imprevisto cambió todas sus ideas.

(1) *Las catacumbas de San Sebastian que se hallan en este sitio y que servian de iglesia á los primitivos cristianos.*

Tocaban las mujeres los linderos de la via-apia cuando fueron detenidas por dos hombres que saltaron de un sepulcro y las arrastraron violentamente consigo. Silio oyó sus ahogados gemidos y voló á socorrerlas: de un golpe derribó á uno de los raptores, que no esperaban tal contrario, y apoderándose de su espada puso en fuga al otro despues de una ligera resistencia.

Las mujeres luego que se repusieron del susto, le dijeron con un tono dulcísimo: Dios y su Madre os premien.

Aulo se ofreció á servirles de custodia hasta la ciudad, y aceptaron con agrado. En seguida entablaron plática durante el camino, y el romano encontró tanta sabiduría en las palabras de la madre (pues así la llamaba la mas pequeña) y tanto candor en la hija, que dudaba si eran humanos aquellos seres, aun despues de haberles visto llorar.

—Creo que son pretorianos (decia el jóven) los que os han asaltado sin duda para robaros: siento mucho haber dejado impune su delito.

—La venganza (contestó la madre) nos la prohibe Dios: él mismo dió el ejemplo pidiendo á su padre celestial por los que acababan de crucificarle y lo estaban befando.

—Tambien podrán arrepentirse (añadió la hija) y Dios es misericordioso.

Estas palabras sencillas penetraron el corazon del jóven romano.—¿Qué Dios prohibe la venganza?..... (decia en sus adentros).—¿Qué Dios rogó por los mismos que le estaban crucificando?..... ¿Cuál es el Dios de la misericordia?..... Ninguno conozco con estos atributos.

Sumergido en tales pensamientos, llegó á Roma y á la casa de las mujeres que se despidieron de él llenas de agradecimiento.

Aulo Silio se retiró á su habitacion ocupado por ideas que hasta entonces jamás le habian ocurrido.

La esperanza de hallar aquel ser puro y bello que tanto buscara, volvió á renacer en su alma. Las palabras de la madre le admiraban; pero las de la hija llegaban á su corazon: no la habia visto, mas en aquel cuerpo airoso y gallardo no podia haber una cabeza mal formada, y solo una boca linda podia despedir sonidos tan armoniosos. Así sueñan los enamorados.

Pensativo, filosófico, pero mas animado llegó á su casa, y aquella noche estuvo algunos ratos menos triste que las otras.

(1) *Este grupo ha sido descubierto en el siglo pasado, y el sabio anticuario Winckelman dice que es una de las mejores obras de los artistas griegos.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

> «No es bajo el ramaje de los bosques, ni sobre los céspedes de las fuentes, donde se presenta la virtud con su mayor poder: se precisa ocultarla en la oscuridad de las prisiones y entre los arroyos de sangre y de lágrimas.
> *Chateaubriand. Genio del cristianismo.*

Pasáronse ocho dias sin que Aulo Silio hubiese vuelto á ver á la madre ó la hija, y tambien le habia sido imposible encontrar la casa donde las dejó la noche que las salvó.

De nuevo le entró el desaliento, y las brillantes esperanzas que se habian refrescado en su alma se marchitaron poco á poco—Nueva hoja seca y caida del árbol de su corazon.

El noveno dia salió deseando respirar el aire libre, y al atravesar por junto al teatro de Marcelo vió un inmenso gentío que cubria la entrada del suntuoso palacio de la Justicia edificado por Augusto. Se dirigió allí por curiosidad, y poco á poco fué arrastrado por la turba hasta que se halló en una sala espaciosísima; en el extremo opuesto á donde estaba el jóven Silio, se levantaba un trono en cuyo centro habia un rico asiento de marfil terminando por la estátua de Temis, diosa de la equidad, de la paz y de la ley. El pretor estaba sentado en esta silla, y á su derecha los sacrificadores y un pedestal con la estátua de Diocleciano: á su izquierda centuriones y soldados: delante azotes, grillos, esposas, uñas de hierro y cadenas, una máquina de tormento, una hoguera pequeña ó hornillo, infinitos instrumentos de suplicio y muchos verdugos. Lo restante de la sala lo ocupaba el pueblo.

Aulo oyó preguntar al magistrado:

—¿Cuáles son vuestros nombres?

Una voz de mujer dulcísima y no de conocida para el poeta, respondió:

—Gliceria y mi hija Sara.

La sangre del jóven romano se agolpó á su corazon al oir esta voz; en el instante Aulo se abre paso al través de la multitud, y llega hasta una baranda de hierro que separaba al pueblo del tribunal: allí mira al redefor con ojos desencajados, y ve en medio de los verdugos á las dos mujeres que salvó en la vía apia, pero ambas sin velo, cargadas de cadenas y en un traje distinto.

Si dulce y respetuosa se habia representado el poeta á la madre, aun lo era mas su noble figura, y el rostro de la hija sobrepujaba en candor y belleza á cuantos creó su imaginacion: la tez del jazmin es menos delicada y fresca que

su cútis; su boca era una granada entreabierta, y sus ojos los de una gacela; brillaba en sus mejillas el sonrosado color de la virginidad y en su alma frente la inocencia purísima: era hermosa como Ester.

Madre é hija llevaban túnicas azules, coturnos y mantos negros (1).

Aulo Silio al verlas quedó inmóvil y como fascinado.

El juez siguió la interrogacion dirigiéndose á ambas.

—¿Teniais noticia de los edictos que se han publicado contra los cristianos?

—La teniamos, contestaron madre é hija con entereza.

—Pues entonces, ó sacrificad á los dioses, ó vais á ser atormentadas.

—Nosotras no sacrificamos (contestan) sino á Dios uno y trino que crió el cielo y la tierra y murió por salvarnos. Este nos dará valor para que suframos los tormentos.

El pretor entonces manda preparar la tortura y que la sufran Gliceria y Sara. Los verdugos obedecen y se apoderan de ambas; extienden sin piedad aquellos cuerpos delicados sobre el férreo caballete y dan un impulso bárbaro á las ruedas. Los débiles miembros de Gliceria y Sara crujen de un modo horroroso, y las lágrimas se deslizan con abundancia por sus rostros contraidos y desfigurados por agudísimos dolores.

Aulo Silio lloraba tambien, y la cólera brillaba en sus ojos, que brotaban sangre casi.

—Sacrificad, dijo el juez algo conmovido.

—Solo á Dios verdadero que murió por salvarnos, respondieron entre ahogados suspiros; pero en medio del dolor sus ojos se elevaban al cielo con una expresion divina.

Irritado el pretor con esta constancia, manda que les den nuevos tormentos. Los verdugos rodean con un borceguí de bronce el pequeño pié de Sara, y lo comprimen fuertemente sin cuidarse de sus gritos; á su madre que la animaba la golpean con azotes de abrojos puntiagudos.

Silio estaba fuertemente conmovido y agitado por diversas ideas, pero al ver oprimir tan sin piedad aquel pié donoso que él hubiera puesto sobre su corazon y aquella resistencia tan heróica en seres débiles, no duda mas; salta la baranda de hierro, derriba la estatua de Diocleciano que hacia de Dios, derrama el incienso, vuelca los flameros, y dice:

—La religion que da ese valor á seres tan débiles, es la verdadera; las demás son adulaciones, creaciones de los hombres, mentiras. Martirizadme, soy cristiano.

No era ya aquel jóven mustio que atravesaba las calles de Roma con los ojos bajos: era Natan reprendiendo á David, Moisés derribando el becerro de

(1) *El traje de los mártires.*

oro y rompiendo colérica las tablas de la ley. Sus ojos estaban animados de un fuego divino, y parecia que su cabeza despedia rayos de luz.

Los soldados luego que se repusieron de la sorpresa y terror que les inspiró accion tan atrevida é imprevista, se arrojaron á él y le maniatan. Gliceria y Sara dieron gracias á Dios por la conversion de aquel jóven, y el pretor mandó que retirasen á los tres cristianos y los condujesen á la cárcel Mamertina hasta que la clemencia del emperador determinase si habian de ser quemados ó arrojados á las fieras.

III.

Camina en paz, bendita alma, que ya has llegado al término por tí tan deseado.—*Fr. Luis de Leon.*

Ya habian pasado tres dias despues del juicio que he referido, y tambien el dia anterior se habia celebrado la comida libre, el cuarto por la mañana el pueblo esperaba impaciente en las puertas de la cárcel Mamertina. Aquellos umbrales los habian pasado otras veces reyes para seguir el carro triunfal de los cónsules y emperadores, ejércitos enteros arrastrando cadenas, ahora seres débiles para ir á recibir el martirio.

Giran las robustas puertas rechinando sobre sus goznes de bronce, y el pueblo da paso á una larga comitiva. Marchaban delante los patricios romanos en yeguas negras como la noche sin luna, con cascos rematados por una loba de metal, con relumbrantes corazas y largas espadas de Iberia, seguíalos la infantería precedida de un centurion y de un águila, y despues entre apesadas filas de soldados mercenarios iba Aulo Silio cargado de cadenas, y detrás de él Gliceria y Sara casi arrastrándose por lo maltratado de sus miembros. Sus rostros, aunque marchitos por los dolores, conservaban su hermosura y una sobrenatural alegría brillaba en ellos.

Ambas mujeres animaban al jóven romano, que marchaba contento á dar su vida por una religion que hacia cuatro dias habia abrazado, y que tenia entusiasmada su alma.—¡Es tan dulce tambien cuando se acerca el momento de salir de esta vida miserable y llena de espinas, oir hablar de otra, y de otra mas feliz!!!

Un nuevo golpe le esperaba al catecúmeno, mas terrible casi que la muerte. Cuando se acercaba la fúnebre comitiva al lugar del sacrificio, una mujer anciana, desgreñada, los ojos desencajados y que apenas se sostenia en sus débiles piernas, se dirige al jóven romano al través de la multitud y se abraza con él á pesar de los soldados que lo quisieron impedir.

—¡Hijo mio! decia entre sollozos, ya te encontré, ¿dónde has estado?... ¿No has venido á ver á tu anciana madre? Te he buscado á pesar de mi flaqueza y no te he hallado. ¿Qué tienes?.....¡Dímelo!.....¿Por qué no me abrazas?.....

Observa entonces la desolada madre las cadenas que sujetaban las manos de su hijo, mira los soldados que le rodean, y calla por un momento; luego sigue

—¿Pero qué es esto?...¿Tú entre cadenas?...¿Tú rodeado de soldados?...¡tú!... que eres tan bueno!!!... ¿Qué has hecho?... ¿No me respondes?...¿llorus?

—Madre mia, soy cristiano.

—Tú serás lo que quieras, pero por qué estas cadenas? Soltadle, que es mi hijo, Aulo Silio (y cubria el rostro del jóven de besos y de lágrimas).

Aulo no queria dar á su madre, á lo que mas amaba en el mundo, la terrible noticia. Un pretoriano descubrió la verdad con brutal lenguaje.

La madre entonces se abraza mas estrechamente con su hijo, y grita:

—No, no, él sacrificará á los dioses, no quiere que muera su madre, y si él muriese, yo le seguiria. Quitadle las cadenas (añadió con imperio).

Silio estaba inmóvil con el corazon traspasado de dolor tan intenso y fatigoso, que no podia llorar: no sentia su muerte; pero su madre estaba allí, anciana, desvalida... Casi dudó su alma, poco firme todavia en la fe. Esta misma sin embargo le consoló: recordó que Jesucristo murió clavado en un madero por salvar al hombre, que su Madre Santísima al pié de la cruz contempló á su Hijo dar el último suspiro entre mil tormentos, y que el Salvador vió las penosas angustias de su Madre y la sufrió por el hombre.

Esta reflexion le mantuvo firme. Los soldados en tanto cansados de las exclamaciones de aquella vieja, la separaron bárbaramente de su hijo, y á este le hicieron andar á empellones.

La madre se desmayó al retirarla de Aulo Silio, y no pudiendo su débil salud resistir á las sensaciones tan fuertes que habia sufrido, cayó en un delirio espantoso. Unas mujeres cristianas la condujeron en brazos á su casa.

Silio empujado por los verdugos andaba dejándose el corazon atrás: solo el que consoló á Job pudo animarse con el bálsamo de la misericordia sus dolores: tambien Sara y Gliceria le alentaron con sus dulcísimas palabras, parecidas á las armonías de los ángeles.

Llegan al fin al lugar del suplicio donde una hoguera les aguardaba, su rojiza llama alumbrada por el sol y destacándose en una atmósfera pura y azulera horrible.

Los tres cristianos se pusieron de rodillas y pronunciaron una breve plegaria. Los verdugos les intimaron por última vez que sacrificasen á los dioses, y ellos por respuesta se aproximaron á la hoguera. El centurion entonces hizo una señal, y los sayones precipitaron en el fuego á Aulo Silio, Gliceria y Sara. Las llamas hajaron al principio, dejando descubiertos los mártires, que estaban de rodillas con la vista en la region de los bienaventurados, á poco el humo y el fuego los ocultaron para nunca mas parecer.

La gloria se abrió y recibió en su seno las tres almas coronadas de estos dichosos mortales.

J. Jiménez Serrano.

BONNIVARD PRISIONERO.

Malograda la empresa de Bonnivard cuando quiso dar la libertad á Génova, ese caudillo fué preso y encerrado en Chillon. Atáronle allá por medio del cuerpo con una cadena, cuyo extremo estaba clavado en un pilar: seis años pasó de esta manera sin poder adelantar sus pasos mas de lo que le permitia lo largo de la cadena, condenado á echarse siempre en el mismo lugar, girando constantemente en torno del pilar cual fiera enjaulada. En esa larga noche, no interrumpida por ningun dia, cuyo silencio turbaba únicamente el ruido de las olas del lago; durante seis años, durante esa eternidad, no dió un grito, no exhaló una queja, sino cuando el cielo desencadenaba el huracán, cuando la tempestad levantaba las olas, cuando la lluvia y el viento azotaban los muros de su cárcel; porque entonces su voz se perdia en la grande voz de la naturaleza; porque entonces solo Dios podia distinguir sus gritos y sus sollozos, y sus carceleros, que nunca habian podido complacerse en su desesperacion, al dia siguiente lo encontraban tranquilo y resignado, porque ya la tempestad se habia calmado en su corazon, como en la naturaleza. A no haber sido así, mil veces se hubiera destrozado la cabeza contra el pilar, mil veces se hubiera ahogado con la cadena: á no haber sido así, no hubiera podido aguardar el dia en que un gran tumulto derribó las puertas de su cárcel y multitud de voces clamaron á la vez:

—¡Ya estás libre, Bonnivard!

—¿Y Génova?

—¡Libre tambien!

VISITA AL CEMENTERIO.

¿Ves, hijo mio, aquella santa cruz? Es el reverenciado símbolo de nuestra redencion, es el único blason de esta morada. Aquí desaparece toda gloria vana y terrestre; todo se nivela con la guadaña de la muerte: así el mausoleo de mármol como la sencilla losa tienen por remate una cruz; pues el que durante su vida tuvo dudas, cree y se arrepiente en la hora de la muerte, y entonces coloca su frente debajo de la cruz de Jesucristo, único escudo contra el castigo celestial.

Aquí todos reposan con la misma tranquilidad; y sin embargo, el aspecto de su último asilo es diferente! Mira aquel sepulcro guarecido por sabellos y trémulos álamos; escucha los pájaros cuyo gorjeo parece un himno á las virtudes de la que allá descansa.... Aparta esa rama.... lee.... *Aquí yace una buena madre*.... ¡Una buena madre! ¡Cuántas bendiciones encierran estas palabras! ¡Sin duda ha dejado piadosos hijos que la lloren, que ruegen á Dios por su alma!.... ¡Arrodíllate, hijo mio! así es como debes dirgir tu oracion al Eterno.

ELEGIA.

Tú que elevando la tranquila frente
Marchas de luto y de silencio llena,
Y tu estrellado velo
Tiendes, ¡oh noche! en majestad serena
Por el fulgente cielo;
Dulce concede plácida acogida
En tu regazo blando
Al que cansado de arrastrar su vida,
Bajo el peso fatal que su alma agobia
Respira sollozando.
Todo es reposo en tí: por blandas flores
Aquí el arroyo su cristal desata,
Contemplando en su curso perezoso
Tu carro adormecido y silencioso
Coronado de sombras y de plata.

Y mas allá.... ¡qué lúgubre gemido
Tu hondo silencio á quebrantar se atreve!
¿Será tal vez que el viento que escondido
Manso susurra entre la rama leve,
Depuesto ya su furibundo ceño?
¿O la tímida vírgen que suspira,
O el eco plañidor de infausto sueño?
Mas no.... un sepulcro solitario miro.
El genio del dolor el himno canta,
Que al fuerte eleva y al feliz espanta.
¡Salud, paz del sepulcro! en tu hondo seno
Sorda enmudece la profana lira,
Horror no causa el espantoso trueno,
Y la voz del placer helada espira.
¿Quién en tu abismo cóncavo se esconde?
Al inspirado son del plectro mio
Rompe el silencio del sepulcro fondo,
Eternidad, responde.

Purpúrea faja retiñó sangrienta
La tibia luna, y su esplendor cubria

Con fuego misterioso;
El rayo cruza el aire; brama el trueno;
Y ella en su curso lento parecia
Mancha de sangre sobre azul sereno.
Con sonante fragor rómpese en tanto
La losa sepulcral, y en el momento
Mi vista se hunde en su profundo asiento.
Lo que entonces veia, dígalo el llanto
Y el concertado son del triste canto.

Bella como entre nácares llevada
Pálida reina de la noche umbrosa,
Que de blancos jazmines coronada
En la trémula fuente se reposa,
Ví en el cóncavo seno de la tumba
Una beldad que en plácido desmayo
Estar me parecia,
Como la rosa que perece en Mayo
Al espirar el moribundo dia.
¿Quién con su aliento emponzoñado pudo
Helar el seno que antes palpitaba,
Ajar el blanco lustre en que brillaba,
Y cortar de su vida el bello nudo?
Esto dije y lanzando hondo gemido
Un eco me responde
"Quien la beldad en el abismo esconde
"Es quien en luto y destruccion se goza,
"Y en el yermado campo de la vida
"Emponzoñado sella
"Con dura planta inextinguible huella.
"Tú que el silencio del sepulcro rompes,
"Alza la frente y mira
"Cómo espantoso en el espacio gira."

Pavoroso estampido
Rueda sonando entonce en occidente,
Las alas agitando
Hórrido monstruo la nublosa frente,
Pálida y sola ostenta
En medio al aire infecto que respira,
Y en el suelo su sombra delineando

Entre las nubes espantoso gira,
Cual negro torbellino
De horrores precursor, hiende la esfera,
Que en luto tiñe su fatal carrera.
Como tormenta muda,
El silencio pasa,
Fatídico esplendor de ardiente rayo,
Que nace y muere, y cuando mira abrasa.

¿Pero qué acento dulce y melodioso
Como el último son de arpa que gime,
Hiere mi pecho que el dolor oprime
Con eco misterioso?
Allí un ciprés . . . su solitaria rama
Que el viento suave mece
Con la nocturna llama
Y al vapor de la tumba se alza y crece.
¡Una lira también! . . . ¿por qué tus cuerdas
¡Ay! mudas yacen, y la voz del viento
Solo susurra en ellas
Con monótono acento
Al pálido brillar de las estrellas?
Y tú que silencioso y reclinado
Sobre la rama fúnebre suspiras,
¿Eres el Genio de la noche airado
Que los vapores de la muerte aspiras?
Y si eres un mortal, ¿por qué do crece
Mustio ciprés y solitaria rosa
Que el viento de la tumba solo mece,
Tu vacilante planta se reposa?
—¡Lloro infeliz á mi perdida esposa!

Un rayo entonces la tranquila luna
Lanzó por entre el fúnebre ramaje
Luciendo desmayado,
En su pálida frente se retrata:
Al deslizar callado,
Orla parece de luciente plata,
O de nieve sutil copo escarchado
Al dudoso brillar con que le hiere
¿No miro que el laurel sacro le ciñe,

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que verde fue, pero marchito muere!
Claro y luciente acero
Brilla á su lado: en tersos resplandores
Refleja en el guerrero
El lustre y sacro honor de sus mayores.
—Hijo del canto! La callada lira
¿Por qué dada al olvido
Tan solo lanza funeral gemido,
Y no los himnos del dolor suspira?

Alto prócer de Iberia,
Al funesto gemir dado tan solo,
¿El plectro romperás que te dió Apolo,
La frente humillarás al infortunio
Que tu seno devora?
La musa, es el dolor; vate el que llora.
Cuando en torno á su frente laureada,
Nube espantosa pálida se mece,
Y del rayo humeante acompañada
El mortal que la mira se estremece,
Entonces mas seguro
Alza la voz, y el sublimado acento
Lleva sonando el viento
Hasta el abismo oscuro
El abismo le escucha ensordecido
La destruccion le inspira:
La destruccion tambien suene en tu lira.
¿Por qué lanza tu pecho hondo gemido?
—"No goza ya la luz del claro dia
"El dulce encanto de la musa mia.
"Mis dedos ¡ay! las cuerdas ya no hieren,
"Ni ya los vientos mi cantar elevan:
"Ella murió."—La tumba es el destino
Así las sombras de la noche mueren;
Así los rios á la mar se llevan
En su fatal camino. . .
Probó á cantar; pero la voz helada
Murió en el pecho frio,
Y con sordo gemir solo responde
Al destemplado son del canto mio,

JUAN DONOSO CORTÉS.

HEROICIDAD DE LAS MUJERES.

Una viuda, en la flor de la edad, desplegó por su amante encarcelado en uno de los departamentos del norte, una energía que no tuvo un éxito tan feliz. A la primera noticia de la prision de aquel, corre á solicitar su libertad; mas sus ruegos son repelidos: pide la gracia de verle, ó de ser encerrada con él; niégasela todo; vuela en fin á la ventana de la prision, que daba sobre la calle, allí espera el momento de verle, y la fortuna oye sus votos. Todos los dias, á todas horas viene allí á consolar á su amigo, arrostrando la lluvia, el viento y las centinelas, peores que todas las injurias de los elementos. Mas un dia, en el momento que llega ¡qué espectáculo se ofrece á sus ojos! Un carro que parte para el suplicio, y su amante en él con otras muchas víctimas. A la vista de estos objetos se precipita sobre los caballos, quiere detenerlos y llama al pueblo á su socorro, pidiéndole que impida la muerte del objeto de su amor. Los satélites la cogen, mas ella, aunque en vano, trabaja por desasirse de entre sus manos para volar hácia el desgraciado, que la arrebatan siempre relenida por ellos, les echa en cara su cobarde obediencia á los tigres que los mandan, y les pide que la hagan participar de la suerte de lo que mas ama. En fin, al querer aquellos alejarla, toma el sable de uno de ellos y se traspasa el corazon. Su sangre corre; la multitud se conmueve, los soldados se detienen asombrados; el amante se desmaya y sus compañeros de infortunio olvidan el golpe que los espera, para no ocuparse sino de la situacion de este desventurado. Entre tanto los municipales acuden y hacen levantar el cadáver. El carro homicida llega á su fatal destino, los condenados espiran bajo la hacha cruel, y la memoria del suicidio de esta amante magnánima va á perderse en los torrentes de sangre, que cada dia vió correr en los terribles dias de la Revolucion francesa.

Madama C....r probó tambien su amor á Mr. Boyer, muriendo con él. Los dos estaban presos en Paris. Un dia Mr. Boyer es citado como testigo ante el tribunal; sus compañeros de desgracia conocieron que no le volverian á ver, y todos fijaron los ojos sobre su amante, que al parecer muy tranquila se encerró en su cuarto para escribir. Uno de los amigos de esta, temiendo que su tranquilidad aparente no ocultase un proyecto siniestro, espió sus pasos é interceptó una carta que escribia al acusador público. Esta carta le reveló todo lo que se pasaba en esta alma abnegada. Madama C....r hacia en ella votos por la vuelta de la monarquía, que era lo mismo que pedir la muerte. Ella la esperaba; mas viendo que no se cumplian sus deseos, temió que su carta no hubiese llegado á quien la dirigia, y escribió otra, tomando bien sus medidas para evitar la suerte de la anterior. Entre tanto sus amigos la ocultaban los diarios, porque su amante se hallaba en la lista de los ajusticiados; pero ella les decia: *Yo sé que no existe; no me ocultéis nada, tengo valor.* Habiendo en fin confesado que lo habia perdido todo, recibió este último golpe con la mayor firmeza, y se retiró segunda vez á su cuarto. Allí volvió á leer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todas las cartas de su amigo, se hizo una cintura de ellas y pasó el resto de la noche ocupada en llorarle. Al dia siguiente se vistió con una compostura estudiada, y á la hora del desayuno, estando en la mesa con sus amigos, como oyese el son de la campana: *A mi es á quien llama*, exclamó con gozo: *adios amigos mios; soy feliz, pues que voy á seguirle*. Dicho esto, cortó sus hermosos cabellos y los repartió entre sus amigos, luego dió al uno una sortija, al otro un collar, y se separó de ellos despues de haberles pedido que echasen algunas veces una mirada sobre sus dádivas. Presentada al tribunal, y preguntada si habia escrito la carta por la que se le hacia comparecer ante él: *Si, crueles*, respondió, *yo soy la que os la ha dirigido: habeis asesinado á mi amante; asesinadme á mi tambien: os presento mi cabeza*. Llegada al cadalso, exclamó: *Aquí es donde ha perecido ayer á la misma hora: veo su sangre; verdugo, ven y mezcla con ella la de su amante*. Despues de haber pronunciado estas palabras, tendió el cuello al hierro asesino, repitiendo hasta el último momento el nombre que adoraba.

La ternura fraternal inspiró tambien sacrificios dignos de ser citados al lado de los del amor y del himeneo.

Despues de la rendicion de Leon, una jovencita entró desesperada en la sala del tribunal revolucionario gritando: *De mi familia solo me quedaban mis hermanos, y acaban de hacerlos arcabucear; ordenad, por Dios, que perezca yo con ellos*. Abrazaba las rodillas de los jueces, dirigiéndoles esta súplica, y viéndola desechada corrió á arrojarse en el Ródano.

Casi toda la Francia se habia convertido en una arena sangrienta, en que todos los sentimientos se disputaban el honor peligroso de servir al infortunio; pero la piedad filial, consagrándose á su defensa, adquirió un nuevo grado de interés por el contraste del heroismo con la juventud y la inocencia.

Mademoiselle Dellegrace dió un admirable testimonio de amor filial. Su padre, enviado desde los calabozos de Leon á una de las cárceles de Paris, partió para esta ciudad. La jóven Dellegrace, que no se habia separado de él jamas, pidió al conductor que la admitiese en el carro donde iba el autor de sus dias. Sus ruegos fueron inútiles; ¿mas el corazon conoce acaso obstáculos? Aunque de una constitucion débil, hizo el camino á pié, siguiendo mas de cien leguas el triste carruaje, y no alejándose de él sino para ir á preparar en todas las ciudades por donde pasaba, la comida para su padre, y para proporcionarle una cobertura que facilitase su sueño en los diversos calabozos que le aguardaban. Llegado aquel á la cárcel de Paris, esta hija admirable, acostumbrada á mover á los carceleros, no desesperó de desarmar á los opresores. Todas las mañanas por espacio de tres meses iba á implorar á los principales miembros de la junta de salud pública, y al fin consiguió vencerlos. Triunfante volvia con su padre á Leon, orgullosa de haberlo salvado; mas el cielo no la permitió gozar de su obra. Cayó enferma en el camino, consumida de fatiga, perdió la vida, despues de haber conservado la del que le habia dado el ser.

El rasgo de la jóven Bois-Berenger es tambien admirable. Su padre, su madre y su hermana habian sido procesados; ella sola parecia olvidada por los asesinos de su familia. ¡Cuántas lágrimas le costó esta funesta preferencia! En su desesperacion exclamaba: *¡Estoy pues condenada á sobrevivirlos! ¡No moriremos juntos!* Se arrancaba los cabellos, abrazaba á su padre, á su madre y á su hermana, las hablaba en sus lágrimas repitiendo con amargura: *¡No moriremos juntos!* Por fin el decreto tan deseado llega. Desde entonces se acaban sus pesares y sus lágrimas, y no se explica sino con trasportes de gozo. Abraza de nuevo á sus padres, diciendo: *¡Moriremos juntos!* Se habria dicho que tenia en sus manos la libertad de estos y la suya. Se adorna como en un dia de fiesta, corta ella misma las trenzas de su bella cabellera, y al salir para el cadalso estrechaba entre sus brazos á su desgraciada madre, cuyo abatimiento era su sola pena. Ella sostuvo hasta el cadalso su espíritu desmayado. *Consolaos*, le decia, *consolaos; ¿no soy feliz! No llevais el menor pesar á la tumba: toda vuestra familia os acompaña, y vais á recibir la recompensa que merecen vuestras virtudes.*

Hubo muchas mujeres á quienes la humanidad sola excitó á este noble desprecio de la vida, que otras mostraron por adhesion á lazos sagrados.

El célebre Condorcet se veia perseguido en esta época espantosa. Una de sus amigas le hizo la proposicion de ocultarle, mas él rehusó, diciendo: *No estariais fuera de la ley.—Y qué*, replicó aquella, *¿estoy fuera de la humanidad?* Esta respuesta no movió al filósofo, y algunos dias despues se le halló muerto por sus propias manos en una aldea de las cercanías de Paris.

Madama Le Jay fué mas feliz, pues recogió á Mr. Doulcet de Pontecoulant, y su celo fué tan ingenioso, que logró salvar la vida de este y la suya.

La sobrina de un sacristan de Bruselas tuvo la misma dicha, socorriendo á un francés que se habia refugiado en esta ciudad en aquellos dias sanguinarios. Era despues de la batalla de Fleurus, cuando las tropas francesas entraron en la Bélgica. El refugiado huia, temiendo ser cogido en Bruselas; una muchacha, que estaba sentada en una puerta, movida por solo el interés que inspira un desgraciado, le detiene, diciéndole: *Sois perdido si vais mas lejos.*—Si retrocedo, *lo soy tambien.—Pues bien, entrad aquí.*—El francés acepta, y la muchacha despues de haberle dicho que le recibia en casa de un tio que no le permitiria salvarle si sabia á quien recibia, le condujo á una troje donde le ocultó. Apenas empieza á oscurecer, la suerte lleva allí unos soldados que hacen cama de la troje. La muchacha los siguió, sin que ellos la advirtieran, y así que los vió dormidos, fué á sacar al francés oculto en este lugar poco seguro, mas cuando este salia, uno de los soldados se despierta y le coge por la mano. A este movimiento la muchacha se lanza entre ellos, diciendo: *Soltadme, soy yo que vengo. . . .* No tuvo necesidad de acabar; el soldado engañado por el acento mujeril, soltó al francés. La libertadora condujo á este á su propio cuarto; tomó allí las llaves de la iglesia, y le llevó á ella á la luz de una

lámpara. En la iglesia habia una capilla que los destrozos de la guerra habian despojado de sus adornos, y detrás del altar se hallaba una trampa difícil de conocer. Luego que la muchacha la levantó, *ved aquí*, dijo al fugitivo, *esta escalera oscura; es la de una bóveda que encierra los restos de una familia ilustre. Es probable que no se os sospeche en este lugar. Tened valor para permanecer en él hasta que se presente un momento favorable á vuestra evasion.* El fugitivo desciende con confianza. ¡Oh sorpresa! los primeros objetos que descubre á la claridad de la lámpara son las armas de su familia, originaria de este país! Reconoce los sepulcros de sus abuelos, los saluda con respeto, y abraza con ternura estos mármoles queridos. La jóven le deja en medio de estas impresiones. La dulzura de estas, y sobre todo, la esperanza de volver á ver una esposa á quien adoraba, le hicieron olvidar por algun tiempo el horror de su situacion; pero habiéndose pasado dos dias, y no viendo venir á su libertadora, no sabia qué imaginar. Unas veces temia que esta hubiese sido víctima de sus servicios, otras que le hubiese olvidado. La necesidad de la hambre se juntaba á estas ideas aterradoras, y solo se le presentaba ante sus ojos la imágen de una muerte mas horrible que la que habia evitado. Sus fuerzas le abandonan y cae casi sin conocimiento sobre el féretro de uno de sus mayores. En esto se siente una voz: era la de la sensible jóven que le llamaba; el prisionero desfallecido por el gozo y por la debilidad, no puede responderle. La jóven le cree muerto y deja caer la trampa llorando. Espantado el desgraciado, hace un esfuerzo y da un grito. Su libertadora le oye, abre de nuevo, y corre á él. Se apresura á ofrecerle alimentos, le explica la causa de su tardanza, y le asegura que ha tomado sus medidas para que en adelante no experimente iguales necesidades. Apenas se separa de él, un ruido de armas hiere sus oidos; vuelve á entrar precipitadamente en la bóveda con él, recomendándole que guarde silencio. Era en efecto gente armada, que el sacristan, acusado de haber ocultado un proscrito en la iglesia, ó ignorando la imprudencia de su sobrina, conducia, para que hiciese su visita. Nada escapó á los ojos de los satélites, visitáronlo todo y pasaron tambien sobre la trampa fatal. ¡Qué momento para los dos cautivos! cada paso que conmovia aquella, resonaba en su corazon, y les parecia que les anunciaba su último momento. Al fin el ruido se aleja poco á poco, y acaba por disiparse enteramente. La jóven sale todavía inquieta, registra la iglesia, y hallando una profunda soledad, vuelve á tranquilizar al francés y se retira. Los dias siguientes le trajo exactamente su alimento, y el proscrito permaneció así por largo tiempo en este subterráneo, bajo la custodia de su cuidadosa libertadora. Así que se presentó un momento de tranquilidad, esta se lo advirtió, y el preso dejó su asilo, diciendo un tierno y respetuoso adios á los manes de sus mayores que le habian protegido, y fué á juntarse con una esposa cuya presencia y amor le hicieron mas apreciable el beneficio de su generosa libertadora.

EL SUICIDIO.

MORAL RELIGIOSA.

En medio de las miserias de estos tiempos, una hay que se alza mas grande y mas triste que las demás, y que agita al mundo con un profundo sentimiento de desolacion y espanto; una hay que entre tantas voces avezadas á la blasfemia, alza una voz sangrienta y fúnebre para pedirnos oraciones y lágrimas. Esa miseria no es mas que una idea; pero esa idea fatal trabaja á la sociedad como una plaga, y donde quiera señala su presencia con una lastimosa catástrofe. Esa miseria, en fin, es el suicidio!. . . . ¡Oh! ¿comprende bien el lector toda la osadía, todo el delirio, todo el acerbo dolor que encierra en sí esta palabra?. . . . ¿Comprende que una criatura de Dios, dotada de toda su razon, poseedora de toda su libertad providencial, ose dirigir su mano contra sí misma y se arranque una vida que no ha podido darse?. . . . ¡La vida, este breve momento que acaso no le ha sido concedido al hombre, peregrino en esta tierra, mas que para buscar en ella el camino de su patria celeste y eterna! ¡La vida, que aun en los principios de la mas triste filosofía, es á lo menos un misterioso fenómeno, cuya solucion no le ha sido dado al hombre descubrir, y que siempre le estará encubierta!

Y sin embargo, no son ya solamente los grandes dolores los que obcecados por una culpable desesperacion, van á pedir á la sepultura que Dios adelante para ellos la hora del juicio: no son ya solamente las almas marchitadas por vivísimos padecimientos las que de tarde en tarde se arrancan violentamente de la tierra con la insensata esperanza de refugiarse en un mundo mejor, de dormirse en un lecho de espinas para despertarse en un lecho de flores. No: el suicidio, en su sombría y desabrida abnegacion, en su sacrílega conviccion de la nada, llama indistintamente á la muerte desde los espléndidos palacios y desde las mas humildes viviendas, y así ha devorado sucesivamente y como por pasatiempo una multitud de existencias que empezaban risueñas y hermosas, y que hubieran acabado puras y honradas. Su pensamiento abrasador se apodera á la vez de la juventud poética y novelesca, de la edad madura atenta á negocios de interés, de la vejez codiciosa de robarle al tiempo algunas horas .... Abramos un momento sus fúnebres anales.

Y ante todas cosas, rechacemos con toda la energía de la razon ese miserable precepto, que no ha podido salir mas que de cabezas sin luces y sin fe, de que es preciso correr un velo sobre esos tristes excesos de la humanidad delirante.

¡No, no, caigan todas las claridades de la religion sobre los errores del hombre, toda la justicia del cielo sobre los crímenes de la tierra! Esos doctores, consternados en vista de la vanidad de su ciencia, dicen que el hombre, semejante á los animales, se deja arrastrar á la necesidad material de la imitacion, y que hablarle del suicidio es inspirarle la idea de cometerlo. . . . ¡Orgullosos blasfemadores de la omnipotencia de Dios y de la majestad del hombre! ¿ignorais que si hay en el hombre bastante poder para honrar el error y cometer el crímen, hay tambien en él una fuerza divina que lo impulsa hácia la verdad y le hace inclinar la frente ante las austeras leyes de la virtud? Pero no es este el momento de considerar la cuestion bajo el punto de vista fisiológico: apresurémonos á decir solamente que no reconocemos de modo alguno el suicidio como una enfermedad. . . . ¡Absurda irrision! ¡No, no; lo que puede contener los progresos del mal no es la palabra muerta de Haller y de Bichat, sino la palabra viva de un Bossuet ó de un Fenelon!

Demasiado cierto es; de algun tiempo á esta parte no se oye hablar mas que de nuevas y continuas pruebas de ese extraño desaliento que se ha apoderado de nuestra época, pruebas dolorosas y sangrientas de la insuficiencia de las instituciones humanas y del culpable abandono de las santas enseñanzas de la religion. Ya un jóven poeta, dudando del porvenir, desencantado de lo presente, despierta de su ensueño de gloria, y se corona de flores para dormirse en la muerte; ya una tímida virgen, ó exaltada insensata, ó amante infeliz, dice un eterno á Dios á la vida. Ese que sucumbe ahí á una frenética é inexplicable desesperacion, es un hombre honrado en el pueblo, dotado de toda la felicidad que le es dado al hombre obtener en esta tierra, donde no hay mas realidad que la esperanza, mas virtud que la caridad, mas certidumbre que la fe. Mas allá un anciano, cuya vida fué irreprensible, segun las ideas mundanas, se presenta de repente y cubierto de su sangre delante de su Dios, cuya voz ha pronto á llamarlo. Y para colmo de dolor y de escándalo, ¿no se ha visto aun á la misma infancia, olvidando sus alegres juegos, su cándida y hermosa inocencia, entregarse á los negros vapores de esa cruel melancolía que abruma la inteligencia bajo sus ideas de muerte? ¡Tente, niño! ¿Es posible que ninguna voz amiga te haya enseñado á hacer oracion, cuando al salir de la cuna pronunciabas con voz balbuciente el dulce nombre de madre? ¡Ah! Lloremos, lloremos por ese niño, porque seguramente no puede ser responsable de su crímen ni á los ojos indulgentes de Dios ni á los de los hombres, cuyo funesto abandono ha dejado marchitarse en su naciente capullo la flor que el sol de la infancia debia bañar de fulgidos colores! Tu sangre ¡oh niño! no caerá sobre tu cabeza, pero ¡ay de los que no han derramado en tu tierno corazon la idea de Dios y del porvenir!

Hay quien dice, que ya en varias épocas de la historia el suicidio ha aparecido en el mundo con todos los síntomas de una enfermedad: esta opinion anda muy valida, sobre todo entre los que quisieran animalizar á la especie humana. Pero ¿se ha explicado siempre bien la casualidad de ese fenómeno histórico? La secta estoica habia cundido muchísimo en Roma hácia los últimos años de la república y en tiempo de los emperadores: entonces sin duda era frecuente el suicidio; pero ¿es razonable atribuir el principio determinante de esta funesta manía á las desgracias del imperio, á la tiranía de los emperadores? Cierto que mas de un tirano cruel se sentó en el sangriento trono de Constantinopla, y que jamás abrumaron á las naciones mayores desgracias que en los borrascosos dias del Bajo Imperio. ¿Pues en qué consiste que en esta última época el suicidio no aparece sino muy rara vez, y como un acto espontáneo, aislado, que excita el horror general? ¿En qué? En que el cristianismo habia reemplazado á la filosofía pagana, y que entonces los desgraciados podian concebir una esperanza mas dulce que la sombría y amarga idea de la nada. Si se investigasen sucesivamente, con arreglo á estos principios racionales, las causas reales de los suicidios que en tiempos mas cercanos á nosotros han afligido y espantado de repente nuestras poblaciones con su al parecer inexplicable frecuencia, se hallarian, si no las mismas razones para explicarlos, á lo menos razones igualmente plausibles para atribuirlos á otros principios que el de una vana imitacion.

Pero ¿á qué fin rodear inútilmente esta dolorosa cuestion de dificultades que no ofrecen su solucion? Las verdaderas causas de los suicidios que se renuevan en el dia con tan dolorosa rapidez, son justamente morales y sociales. Examinando bajo estos dos puntos de vista los hechos desastrosos que nos inspiran estas reflexiones, pronto se reconoce que las causas sociales que los han determinado no son mas que una deduccion lógica de causas morales anteriores y predominantes.

¿A dónde va la sociedad? ¿á dónde irá á descargar la tempestad las nubes amenazadoras que oscurecen el cielo? Por todas partes los mismos signos precursores providenciales de un porvenir terrible pero desconocido, inspiran los mismos temores y dictan las mismas dudas; y es porque todo reposa hoy dia entre nosotros sobre principios puramente humanos, y porque ninguna direccion superior se revela á los espíritus pervertidos de las masas y aun de los poderes arrastrados por la poderosa atraccion de las ideas generales, á una esfera de actividad donde á cada instante se manifiesta su insuficiencia. Digasenos en qué época las revoluciones políticas han dejado en pos de sí una serie mas larga de miasmas, de desengaños, de irritantes causas de desórden y de confusion. Los momentos de calma aparente en la sociedad son cabalmente aquellos en que se manifiestan con mas energía los peligros y los males de nuestra situacion: entonces los tristes ojos del hombre, presa de los dolores de

lo pasado y de los temores del porvenir, contempla los restos de los náufragos que han arrojado á la costa las olas del océano, y penetra con horror en el negro cráter, humeante todavía, del volcan en cuyo seno no está encadenada para siempre la ardiente lava por alguna mano poderosa, de modo que nuestra paz encubre todas las agitaciones de la guerra, y nuestra prosperidad facticia todas las crueles realidades de la ruina y de la miseria. Un órden aparente ha regulado el desórden; pero hay en el fondo de las cosas un principio intelectual mas poderoso que los hechos, que mantiene una sorda fermentacion donde parece que la fuerza y la violencia comprimen con mas eficacia ese tempestuoso elemento del porvenir y de una vida social abandonada á los caprichos de la imaginacion de los hombres.

Si de estos hechos generales se desciende al exámen de los hechos particulares que de ellos se deducen naturalmente, se verá que las condiciones sociales de la vida privada son igualmente tristes y alarmantes: se verá que un órden social falaz no puede engendrar mas que desengaños, y que despues de haber llamado hácia sí todas las ambiciones y todas las ideas, cierra la carrera á esas ambiciones delirantes, y rechaza al fondo del corazon esas ideas de las que el mismo sin embargo, por un inconcebible progreso de contradiccion y de error, ha recibido la fuerza y la vida. Entonces, en el mundo de esta suerte trastornado, no hay ya ni principio ni fin: la tristeza y el hastío de una vida que se consume en esfuerzos impotentes nacen como esas plantas enfermas que seca el sol en el desierto. Entonces en este mundo el poeta que ha soñado la gloria, dice un lúgubre á Dios á su sueño, el artesano, á quien la mentida apariencia de una igualdad imposible ha venido a desengañar en medio de su sol do orgullo, se encuentra jadeando y dolorido bajo el techo que cubre su miseria. Entonces en este mundo todas las clases, todas las edades, todos los sexos experimentan las mismas amarguras, aunque en circunstancias diferentes: una sombría desesperacion se apodera simultáneamente de todos los corazones vacíos y escarmentados, y no parece sino que una densa y fúnebre nube se desarrolla encima del hombre como una inmensa mortaja que oculta la vista del cielo. La esperanza muerta sobre la tierra no se despierta en él en un pensamiento de mortal porvenir, y entonces el suicidio encierra toda la filosofía de la historia.

Pero esas agitaciones, esos desengaños, esos dolores ¿no son la obra del hombre que los culpa en su desesperacion para maldecir su existencia y pronunciar sobre sí mismo el anatema de la sangre? ¿Cuál poderosa causa ha dominado á esas causas? ¿Cuál voz armoniosa y pura ha sido sofocada para que esa voz falta hablase tan alto en el mundo? Hemos dicho poco ha, echando una mirada sobre la historia, que el cristianismo destruyó en el mundo romano los principios materialistas de la filosofía estoica, y puso fin por consiguiente á

las violentas preocupaciones de aquella filosofía, que enseñando á despreciar la vida, convertiria el suicidio en una accion lógica y virtuosa. Una reaccion opuesta se ha verificado en el mundo, y ese cristianismo tan poderoso sobre las ideas se halla en el dia combatido por una filosofía mas estéril y mas triste que el estoicismo, pero que produce resultados idénticos, porque los fines del hombre están limitados por dos principios, de donde emanan todas las combinaciones posibles de su inteligencia, la verdad y el error.

Sí, del olvido de la religion es de donde nacen todos los males sociales, y solo ella puede curarlos. La religion santa de Cristo, que asiste al primer dia del hombre, como la tierna madre que vela junto á la cuna de su hijo recien nacido, que le acompaña en todos los demás dias que cuenta en la tierra, y que lo ayuda en su hora postrera á pasar á una vida sin borrascas y sin dolores.—la religion lo defenderia contra esa fatal desesperacion que lo impele al suicidio porque ella sola tiene realidades para todas las esperanzas y consuelos para todas las penas. Y tal es la sublimidad de su divina esencia, que aveza con el hombre á quien ciega la prosperidad, no reserva sus dulzuras y sus palabras consoladoras mas que para el que llora y sufre. Ella diria al poeta, cuya alma desengañada huye de un porvenir descolorido á sus ojos, que el pensamiento inmortal debe elevarse encima de este mundo perecedero, y que la gloria que dan los hombres no es mas que un vano reflejo de su orgullo: ella le diria que mas allá de este mundo, cuyos aplausos codicia, hay un mundo de eterna armonía, donde la fe guarda un puesto al talento que se ha empapado en sus inspiraciones, que se ha animado con sus virtudes. Ella diria á la vírgen cuyas esperanzas ha frustrado una pasion humana, que existe un amor puro y sublime que no conoces las lágrimas ni las amarguras. Ella diria al hombre á quien el hastío ha conducido lentamente á buscar en la tumba una sensacion nueva y desconocida, que no habia nacido para la efímera felicidad de este mundo, y que hay en la virtud una felicidad y un deleite que no viene á turbar ningun remordimiento, que ningun cansancio sorprende en el camino de la vida. Ella diria al anciano que su dia está próximo y que Dios no lo ha llamado antes á su seno porque la prueba á que nos somete no es la misma para todos . . . ella diria á todos los que sufren: llamad la oracion á vuestros ardientes labios, y se apagará vuestra sed, y cesarán vuestros dolores. Un instante de fe y de arrepentimiento os promete una eternidad de esperanza y de ventura: no destrozeis con un crímen ese inmenso porvenir, en el que os es posible entrar libres y gozosos como un esclavo que de repente ve rota su cadena, sin que una duda cruel venga á derramar un invencible horror sobre vuestros últimos momentos.

Y nosotros á quienes ha sido dado caminar hasta ahora en el recto sendero de la fe, nosotros á quienes sostiene una santa esperanza en medio de las borrascas y de los dolores de este siglo, no abandonemos á nuestros hermanos extraviados; oremos por los que sucumben y sostengámos á los que titubean.

LA INOCENCIA.

A ADITA DE CINCO AÑOS.

En un capullo encerradas
duermen las modestas flores
sin sufrir por rocadas
de las abejas jaspeadas
los agudos aguijones.

Mas luego que en el verjel
abren su cáliz de fuego,
la abeja se clava en él,
y la flor pierde su miel
para perderse ella luego.

En el verjel de la vida
tú también, niña querida,
sin recelo puedes dormir,
que nadie te puede herir
en tu candor guarecida.

Y en tanto que la maldad
y la doblez y el orgullo
infestan la sociedad,
tú te abrigas con tu edad
cual la flor con su capullo.

Dichosa tú, niña hermosa,
que entre las farsas y engaños
de esta sociedad mohosa,
tienes para ser dichosa
un corazon de cinco años!

Sin el desengaño austero
que trague el desliz del mundo,
hasta juzgas verdadero
el llanto del heredero
á los piés del moribundo.

Esperanzas mil y mil
te acarician sin cesar;
son las flores de tu abril
que juntas van á formar
de tu inocencia un pensil.

¡Oh! quien esa fe tuviera,
esa ilusion, esa nube,
que ya remonta á otra esfera,
do solo engañado sube
el inocente que espera!

En mis sueños de abril
tambien, cual tú ves, yo ví
un gran porvenir que avanza,
sin saber que un no ó un sí
pueden matar la esperanza.

Tambien, cual yo ví, verás
un porvenir á lo lejos
se acercará mas y mas,
te hallarán sus reflejos. . . .
y nunca lo alcanzarás.

Y cansada de esperar
de ver que es fantasma vano
la que te viene á halagar,
no te podrás engañar
con los goces de mañana.

Que mañanas de pesares
con monótono desliz,
cual las olas en los mares
verás llegar á millares,
sin hallar una feliz.

En esta tierra aterida
suplica al cielo, querida,
que tu tierna edad dilate,
y que solo te arrebate
la inocencia con la vida.

Que al menos si place al cielo
negarte felicidad
en esta tierra de velo,
te deje corrido el velo
con que cubre esta verdad.

RUBIO Y FONTIBRE.

EL TURBION DE NIEVE.

(NOVELA RUSA.)

A fines del año de 1811, tan memorable en la historia rusa, vivia cerca de Nonacadowo un excelente señor, cuya hospitalidad era célebre en todas las inmediaciones. Diariamente iban sus vecinos á su quinta, unos á comer y beber, otros á jugar al boston con su mujer, y algunos, los mas, por ver á su hija María, cuyo pálido y melancólico semblante y airoso talle cautivaba todas las voluntades. María tenia entonces diez y siete años; sabíase que debia poseer algun dia ricos estados, y muchas personas de cuenta pensaban en ella para sus hijos.

Habia leido María una multitud de novelas francesas, y por natural efecto de tales lecturas, no tardó en abrir su alma á amorosos devaneos, dando oido á los tiernos arrullos de un pobre abanderado que habia ido con licencia á pasar algunos dias con su familia. Escusado es decir que el jóven por su parte estaba perdido de amores por María, y habiendo advertido los padres de la niña aquella mutua inclinacion, trataron al oficial aun peor de lo que se trata á un cesante, y prohibieron á María que no pensase jamás en casarse con él.

Escribíanse sin embargo los dos amantes, y se daban misteriosas citas en el cercano pinar, junto á las ruinosas tapias de una antigua capilla. Allí lamentando el rigor del destino, se juraban un amor eterno y formaban toda especie de proyectos novelescos; hasta que por último, á fuerza de cartas y de entrevistas á solas, llegaron á tomar una resolucion decisiva. "Una vez que no podemos vivir el uno sin el otro, se dijeron, y que una voluntad cruel contraria nuestra ventura, es necesario que destruyamos los obstáculos que nos oponen." El jóven oficial fué el primero que apuntó esta idea, que inmediatamente aceptó la exaltada imaginacion de María.

Pasaba esto á principios de invierno: las citas eran ya imposibles, pero la correspondencia empezó á ser cada vez mas activa. En todas sus cartas conjuraba Wladimiro á su amada que se abandonase á él y le diese en secreto su hermosa mano, que pasarian algun tiempo escondidos y despues se echarian á los piés de los padres de María, que conmovidos sin duda en vista de tanta constancia, dirian á los jóvenes esposos: "Hijos, os perdonamos; venid á nuestros brazos."

Aunque aprobaba de todo punto este proyecto María, sin embargo, titubeaba en llevarlo á ejecucion. Propúsole su amante diferentes planes de evasion, y en fin, aceptó uno: María debia pretextar cierto dia un fuerte dolor de cabeza, retirarse á su cuarto á la hora de cenar, y con su doncella, que estaba en el secreto, bajar por una escalera falsa al jardin, en cuya puerta encontrarian un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trineo que la conduciria á cinco verstas de la quinta, á la iglesia de Dechadrido, donde los aguardaria Wladimiro.

Toda la noche que precedió al dia decisivo, estuvo María en movimiento: preparó su equipaje, sus vestidos y sus alhajas; luego escribió una larga carta á una de sus amigas, y otra á sus padres, en que les decia á Dios en los términos mas expresivos; imputaba á su violenta pasion el paso que iba á dar, y concluia asegurándoles que el instante en que pudiese volver á arrojarse á sus piés y obtener su perdon, seria para ella el mas feliz de su vida. Despues de haber cerrado las dos cartas con un sello que representaba dos corazones inflamados y tenia un lema análogo á las circunstancias, se tendió vestida en su cama y se quedó dormida; pero no tardó en despertarse despavorida y como sofocada por horrorosos ensueños: le parecia que en el momento de salir para la iglesia, su padre la arrebataba con mano airada y la precipitaba en un tenebroso abismo; luego veia delante de sí á su futuro esposo, que pálido y ensangrentado, con moribunda voz la conjuraba que se uniese á él sin tardanza. Levantóse á la mañana mas descolorida que de costumbre y con un verdadero dolor de cabeza; sus padres le hacen mil preguntas con tierno interés, y aquellas cariñosas preguntas le despedazan el corazon. Procuró tranquilizarlos, mostrarse alegre, y no pudo conseguirlo; al anochecer sintió su alma cruelmente opresa al considerar que aquel era el último dia que iba á pasar bajo el techo paterno, y en silencio, llena de dolor, se despidia tristemente de todo cuanto la rodeaba. Cuando sirvieron la mesa, manifestó con voz trémula que tenia que retirarse, y dió las buenas noches á sus padres, que la abrazaron, dándole como de costumbre su bendicion. La pobre niña estaba á punto de prorumpir en lágrimas, y así, apenas llegó á su cuarto se echó en una silla y estuvo mucho tiempo llorando amargamente. Su doncella le suplicó que se sosegase, que cobrase su aliento: todo estaba pronto; dentro de media hora María iba á abandonar la casa de su padre y á decir un eterno á Dios á su serena vida de soltera. Descargó en aquel momento un súbito turbion de nieve; el viento zumbaba y hacia retemblar las puertas y las ventanas; siniestro presagio para la imprudente fugitiva!

Pronto quedó todo en reposo dentro de la quinta. María se envuelve bien en una capa de pieles, toma la cajita de sus joyas, y baja seguida de su doncella, que llevaba parte de sus ropas. Continuaba entre tanto el turbion; el viento silbaba con violencia, cual si quisiera detener á la jóven culpable, que con trabajo llegó á la extremidad del jardin donde la esperaba el trineo; los caballos, traspasados de frio, manoteaban impacientes, y el cochero de Wladimiro hacia los mayores esfuerzos por contenerlos. Ayudó á María y á su doncella á subir, cogió las riendas y partió á todo correr.

Dejémosle continuar su camino, y veamos qué es entretanto del jóven abanderado. (*La conclusion en el número inmediato.*)

EL PULPITO.

Borrascoso y turbulento es el piélago que recorremos, oscuro y nublado está el horizonte de nuestra pátria; volvemos la vista á sus pueblos, y los vemos esquilmados, repasamos la historia y nos afligimos con la idea de lo pasado, y por do quier que fijemos nuestros ojos, hallamos un vacío que nos desconsuela. ¡Ah! no pasemos adelante con recuerdos que contristan nuestro corazon, no. Una melancolía dulce y risueña baña nuestros sentidos, el porvenir. Sí, tendremos un venturoso porvenir, que el sol de la paz ha empezado á brillar con esplendidez en la pátria de Fr. Luis de Leon y de Cervantes. Y ante su deslumbradora carroza va el genio de las creencias y de la propagacion de las letras y las artes, con la faz risueña y sonrosada.

De las *creencias* decimos porque sin ellas no habria sociedad, el santuario de la justicia se veria manchado por criminales y asquerosas manos, el amor filial se perderia quedándose convertido en odio implacable, y no habria fidelidad ni serian validas las palabras de los hombres. Si las *creencias* solas pueden sostener el edificio de la consolidacion de los paises, por desgracia se han debilitado estas en España, y por eso nos vemos abrumados continuamente de los desastres que produce su falta. Es de absoluta necesidad *el culto exterior*. ¿Y si este no existiese, no se habria borrado de nuestra frágil memoria hasta la idea de la Divinidad! Es indudable que así sucederia.

La *literatura sagrada* acogerá benignamente el asunto de que vamos á tratar. ¡Cuán grato nos es el ver esas dos hermosas palabras unidas! *Literatura*..., jardin ameno en que brillan y sobresalen las rosas y las claveles, delicioso grato que encanta mi imaginacion. *Sagrada*..., epiteto que lo da majestad, sencillez y grato reposo para las almas pensadoras, y lo ofrece ameno y pintoresco campo en donde escoger.

El *pulpito* no se conoció en la mas remota antigüedad, como se ha dicho por algunos: se establecieron los ídolos á la aventura, y el pueblo ilusionado con las novedades, los acogió y les tributó elegantes homenajes supersticiosos de consiguiente entonces se hizo la religion un deber preciso. Cuando el divino Maestro vino al mundo y dió á conocer sus verdaderas y sacrosantas doctrinas, eligió el medio de convertir á las masas populares al cristianismo, arengándolas desde un punto mas elevado que el que ocupan los oyentes. Es-

te es el origen del *púlpito*. ¿Puede ser mas satisfactorio? ¿Puede ser mas glorioso? El Salvador de los hombres recorria las aldeas con los piés descalzos, arrostrando todos los peligros y todas las amarguras posibles, por enseñar á sus semejantes las celestiales máximas.

Esta fué la cuna del *púlpito*, cuna ilustre á la par que grandiosa. Doce discípulos del Salvador, los apóstoles, sufrieron tambien resignados las persecuciones mas terribles por hacer la felicidad de mayor número de fieles. De este modo se fué extendiendo gradualmente en las iglesias la predicacion. Hasta aquí nos ha guiado para trazar estas mal-arregladas líneas la historia sagrada; ahora nos conduce la literatura. Fácilmente se pronuncia un discurso; pero es menester amoldarlo á las reglas que nos dicta el arte, y á la naturaleza autorizada ya por la experiencia. El discurso es pronunciado por un sacerdote para exhortar á los fieles ó convertir á los sectarios; esto se llama sermon.

Lo primero que debe tener presente el buen predicador, es que las personas que le van á escuchar son generalmente de poca instruccion y de escasos conocimientos; por consiguiente su lenguaje debe ser sencillo, claro y conciso. Predicadores hay que están en la firme conviccion de que solo dando desaforados gritos se conmueve el auditorio: se engañan. Los pensamientos nobles bien explicados con sonora y clara voz, y adornados con buenas palabras segun lo exijan las situaciones, son los que conmueven el corazon humano. Debe reunir el lenguaje de estas oraciones á la sencillez la sublimidad, puesto que los asuntos de que trata son bíblicos y merecen ser explicados con dignidad. Sabidas son ya de todos las partes del discurso, y en el de que nos ocupamos el exordio debe estar apoyado sobre algun punto doctrinal y no muy largo. La proposicion será algun pasaje de la historia sagrada, narrándolo con sencillez y tal como esté en el texto. La confirmacion y refutacion no existen en esta clase de discursos, pues que no hay quien contradiga al orador. Sin embargo, este suele algunas veces hacerse él mismo las objeciones, contestándolas sucesivamente, para que los oyentes queden mas convencidos de la verdad que expone. Una y última parte del discurso resta solo que enumerar. El epílogo es el resorte del predicador en el luce todas sus dotes oratorias, brilla su elocuencia, emplea el ingenio en todo su esplendor, y en esta parte halla acogida la imaginacion poética: epílogo debe ser una ferviente súplica dirigida á los oyentes, ó bien para enseñarles el verdadero camino de la virtud, ó bien para convertir á la religion cristiana á los infieles y mostrarles la hermosa senda de la religion de Cristo.

Quede de una vez consignado que el *pálpito* ha sido, es y será el cimiento mas firme sobre que descansa la consolidacion de las *creencias sagradas* en nuestra patria, y ya que carezcamos de tantas cosas, trabajemos al menos por tener RELIGION.—

EL TURBON DE NIEVE.

(CONCLUYE.)

Wladimiro no habia tenido un momento de sosiego en todo el dia; primeramente habia ido á casa del cura para concertar con él la ceremonia de la boda, luego á ver á unos vecinos para llevarlos á la iglesia como testigos. El primero á quien se dirigió era un capitan retirado, que aceptó gustoso la proposicion que le hizo Wladimiro, diciendo que le recordaba sus calaveradas de muchacho; convidóle á comer, y le prometió proporcionarle otros dos testigos, en efecto, por la tarde llegaron un alférez y un jóven que acababa de entrar en un regimiento de lanceros; ambos declararon que estaban prontos, no solo de servir de testigos á Wladimiro, sino á exponer sus vidas por ayudarlo á su empresa. Wladimiro les dió un abrazo y se volvió á su casa á hacer los últimos preparativos. Despues de haber enviado á su fiel Miguel con el trineo á la puerta del jardin de su amada, tomó para sí otro mas ligero, tirado por un solo caballo, y se encaminó á Dschadrino, á donde debia llegar María pocas horas despues: conocia muy bien el camino, y no creia tardar en el arriba de veinte minutos.

Apenas salió á campo raso, rompió la tormenta y empezó á cegarle el turbion de nieve, que en un momento cubrió el camino y rodeó el horizonte, con un velo tan sombrío, que no dejaba distinguir ni el cielo ni la tierra. Wladimiro conoció que habia perdido el camino, y trató de volver á él; pero su caballo caia de un barranco en otro, y á cada instante volcaba el trineo. Mas de media hora hacia que estaba andando el jóven oficial, y aun no habia llegado al Dschadrino; el terreno era á cada paso mas quebrado, la nieve caia cada vez con mas violencia, la noche se iba haciendo mas y mas sombría, y el caballo empezaba á estar cansadísimo.

Reconoció Wladimiro que de nuevo se habia equivocado de camino. Paróse, procuró coordinar sus ideas y creyó que debia torcer hácia la derecha; así anduvo durante una hora mas, sin distinguir una sola habitacion, dando tumbos, cayendo y levantándose á cada instante, y procurando reanimar el ardor de su caballo, que apenas podia tenerse en pié.

Al cabo distinguió á alguna distancia una línea negra, hácia la cual se dirigió, y llegado que hubo, reconoció que era un bosque.—"¡Loado sea Dios! exclamó, ahora ya estoy cerca del término de mi viaje," y avanzó en la direccion del bosque, esperando encontrar su verdadero camino. Pronto en efecto llegó á un camino real, ancho y llano, guarecido del viento por los árboles, y donde ya podia andar el caballo con mas brio: tambien Wladimiro cobró algun aliento, y dió treguas á su mortal angustia; pero ello era que andaba, andaba sin cesar hácia adelante, y no veia la aldea, y no podia llegar al fin del bosque. Enton-

ces vió con espanto que se hallaba en un sitio que le era totalmente desconocido. La desesperacion se apodera de él, y emprende furioso á latigazos con el pobre caballo, que haciendo un último esfuerzo, arranca á galope; pero no tarda en aflojar el paso, pues estaba realmente quebrantado.

Pocos instantes despues salió Wladimiro de aquel largo bosque; pero por mas que se desojó mirando á todos lados, no pudo distinguir la aldea de Dschadrino. Era ya cerca de media noche; las lágrimas se le saltaban involuntariamente de los ojos, y el infeliz seguia andando sin saber á dónde iba. Empezaba entre tanto á calmarse la tormenta, las nubes se disiparon, despejóse el cielo, y el jóven abanderado vió delante de sí una ancha llanura nevada, en cuyo centro se alzaba una miserable aldea, compuesta de cuatro ó cinco chozas. Dirigióse hácia la que estaba mas cerca y llamó á una ventana; pocos minutos despues acercóse á ella un anciano de luenga barba cana, y le dijo:—¿Qué se te ofrece?—¿Estoy lejos todavía de Dschadrino?—¡De Dschadrino!—Sí, sí: ¿es muy lejos de aquí?—No mucho: diez verstas poco mas ó menos. Al oir estas palabras hizo un ademan de desesperacion, y quedó inmóvil como un hombre herido del rayo.

—¿Pues de dónde vienes? repuso el anciano. Sin responder á esta pregunta, díjole Wladimiro si podria proporcionarle caballos para ir á Dschadrino.—¿Dónde quieres que los busque? respondió el aldeano.—Pero, replicó Waldemiro, ¿podrás al menos darme una guia? Pagaré generosamente.—Aguarda, dijo el anciano, voy á enviarte mi hijo; allá te entenderás tú con él," y dicho esto, desapareció el viejo. Algunos minutos despues, llamó de nuevo Wladimiro á la ventana.—¿Qué mas ocurre? preguntó el anciano.—¿Viene ó no viene tu hijo?—Se está vistiendo, y va á venir; si tienes frio entra á calentarte.—No, no, gracias; que venga tu hijo cuanto antes.

Abrióse la puerta, y salió un jóven que llevaba en la mano un garrote, con el que sondeaba á derecha é izquierda la nieve que cubria el camino. "¿Qué hora es? preguntó Wladimiro.—No tardará en amanecer," respondió el patan. Wladimiro estaba como fuera de sí.

Cuando llegaron á Dschadrino empezaba á rayar el dia y á oirse el canto de los gallos. La iglesia estaba cerrada, el jóven abanderado pagó á su guia y fué corriendo á la casa del cura. ¿Qué noticias iba á recibir? Pero volvamos á los buenos habitantes de Nenaradowo, y veamos lo que por allí pasa. A la mañana siguiente entraron los padres de María en el comedor, donde ya estaba servido el té, y enviaron á un criado á saber cómo estaba su hija: el criado volvió con la noticia de que la señorita habia pasado mala noche, pero que ya estaba mejor é iba á bajar. En efecto, poco despues entró en el comedor, y se llegó á sus padres para besarles la mano.

—¿Cómo te sientes, hija mia? le dijo su padre.

—Estoy mejor, respondió María.

—Sin duda el calor de la estufa sería lo que te incomodó ayer.

—Puede ser.

Por la tarde cayó María enferma; el médico, que á toda prisa enviaron á llamar, declaró que tenia mucha calentura, y por espacio de mas de quince dias la pobre niña estuvo, por decirlo así, á las puertas del sepulcro.

Nadie sabia en la quinta la resolucion que habia tomado de huir de casa de sus padres; habia quemado las cartas que tenia escritas, y su doncella no habia desplegado los labios sobre aquella aventura; el cura y los testigos habian sido tambien muy discretos, y por buenos motivos, y en fin, hasta el cochero mismo habia hablado muy poco en las tabernas. Así quedó guardado el secreto entre una media docena de cómplices; pero María lo reveló en parte en el delirio de la calentura, diciendo cosas tan singulares, que su madre, sentada á la cabecera de su cama, la creyó perdidamente enamorada de Wladimiro, y atribuyó á la violencia de aquel amor la enfermedad de su hija. Habló de ello á su marido y á algunos amigos, quienes declararon que era una inhumanidad desesperar mas tiempo á la enamorada doncella, y que al fin y al cabo la pobreza de su amado no era un vicio tan imperdonable.

Cuando empezó María á recobrar sus fuerzas, resolvieron sus padres escribir á Wladimiro, anunciándole que consentian que se casase con su hija; pero ¡cuál fué su sorpresa al recibir una respuesta incomprensible, en que Wladimiro decia que nunca mas pondria los piés en su quinta, y que la muerte era ya su única esperanza! Pocos dias despues supieron que habia salido para el ejército. Pasaba esto en 1812.

Durante mucho tiempo no se atrevieron á manifestar á María sus padres esta novedad, y ella por su parte tampoco hablaba nunca de Wladimiro; pero como un dia leyese su nombre entre los de los que mas se habian distinguido en la batalla de Borodino y habian sido gravemente heridos, cayó desmayada; este accidente no tuvo por dicha consecuencia ninguna de gravedad.

Murió su padre poco tiempo despues, dejándole un caudal que no podia consolarla de tan dolorosa pérdida; madre é hija abandonaron la quinta que les recordaba tan tristes memorias, y se retiraron á otro gobierno.

Allí su juventud y sus riquezas le atrajeron nuevos pretendientes; pero María no dió á ninguno la menor esperanza, sin embargo de que su madre la instaba á elegir un esposo, en cuyo caso menealia María la cabeza con ademan triste, y no respondia palabra. Wladimiro habia muerto, y parecia que su memoria era sagrada para María, que conservaba cuidadosa cuanto de él habia recibido, piezas de música, versos y dibujos. Todos admiraban semejante constancia y esperaban con curiosa impaciencia el que debia vencer la fidelidad de aquella nueva Artemisa.

Acababa de terminar la guerra gloriosamente; nuestros soldados volvian en

triunfo á sus hogares, en medio de una multitud entusiasta de sus triunfos y anhelosa de verlos. Por todas partes resonaban músicas militares; los oficiales á quienes habian visto salir á campaña sin pelo de barba, volvian con rostro viril y cubierto el pecho de condecoraciones.

Las mujeres rusas estaban en aquel momento incomparables: á su natural frialdad habia sucedido una verdadera exaltacion, y saludaban con gritos de alborozo á los batallones que entraban en sus pueblos á tambor batiente y banderas desplegadas. No presenció María las solemnes funciones que entonces animaban las grandes ciudades, pero no era menor el entusiasmo en los caseríos y en las aldeas. En esta, la llegada de un oficial era un gran suceso; recibíasele en triunfo, y todos á porfía le daban las mas insignes pruebas de interés y afecto.

Ya hemos dicho que María, á pesar de su desvío, estaba rodeada de pretendientes; pero todos hubieron de abdicar su esperanza cuando vieron introducido en casa de la jóven heredera á un coronel de húsares, llamado Burmin, que llevaba en el ojal la cruz de San Jorge, y tenia, en opinion de las damas del distrito, una palidez muy interesante. Era hombre como de hasta veintiseis años, y se hallaba á la sazon visitando unas haciendas que poseia inmediatas á las de María, á fin de descansar de sus fatigas y curarse de sus heridas. María le recibió con particular agrado; con el no era reservada ni silenciosa como con los demás: hubiera sido injusto decir que ejercia con él alguna *coquetería;* pero el poeta, adivinando su conducta, hubiera tenido derecho para preguntar: *¿Se amor non è, che dunque è quel* (*)?

Era Burmin realmente un jóven muy amable, y estaba dotado cabalmente de aquellas prendas del alma que mas cautivan á las mujeres. Su conducta con María era sencilla y natural; pero sus ojos y su corazon parecia que la seguian en todos sus movimientos y estaban pendientes de todas sus palabras. Burmin mostraba ser de un carácter suave y reservado; sin embargo, se aseguraba que habia tenido una vida bastante borrascosa, cosa que no le perjudicaba cerca de María, dispuesta, como todas las mujeres, á perdonar aquellas travesuras que anuncian un alma ardiente. No era solo la ameno y dulce conversacion del jóven coronel, sus palideces, sus heridas, lo que interesaba á María; una tambien y mas que todo su silencio: no podia ocultarse á sí misma que

(*) *El verso completo dice:*

Se amor non è, che dunque ch'io sento?

y es el último de aquel bellísimo y celebrado soneto, que empieza:

Pace non trovo, e non ho da far guerra,

sobre el que tanto se ha disputado entre los eruditos españoles é italianos, sosteniendo los primeros que Petrarca tradujo en él á nuestro poeta valenciano del siglo XIII Mosen Jordi; y los segundos que Mosen Jordi fué el traductor: lo que, puesta á un lado toda parcialidad nacional, nos parece por varias razones lo mas probable. (N. DE LA R.)

aquel hombre le interesaba mucho, y con su perspicacia y su experiencia bien debia él haber advertido el efecto que producia. ¿Por qué pues no se habia aun echado á los piés de María, para declararle su amor? ¿Qué motivo le detenia? ¿Deteníale acaso aquella timidez inseparable del verdadero amor, ó la prudencia de un maestro consumado en galanteos? Despues de haberlo pensado mucho, María declaró que semejante circunspeccion no podia atribuirse sino á timidez, y determinó animar ella misma al jóven coronel á fuerza de agasajos; yo entrevia en su imaginacion los incidentes mas novelescos y esperaba impaciente el desenlace.

Pronto obtuvieron sus ardides mujeriles el éxito que deseaba; Burmin se mostraba cada dia mas pensativo, y sus negros ojos se clavaban en María con tal ardor, que no podia estar lejano el momento decisivo. Los vecinos hablaban de la boda de la heredera como de cosa decidida, y su madre la deseaba como el que mas. Un dia que estaba sentada sola en su habitacion, sumamente ocupada en buscar el porvenir en una combinacion de naipes, entró Burmin y le preguntó dónde estaba María.—"En el jardin, respondió la madre; vaya V. á buscarla, que yo espero aquí." Burmin bajó al jardin, y la buena madre se decia al verle salir: "Espero en Dios que hoy se decidirá todo."

Encontró Burmin á María sentada junto á un estanque, con un libro en la mano, como una verdadera heroina de novela. Despues de haberle dirigido algunas palabras, cortó ella de intento la conversacion y bajó la cabeza, con el fin de poner confuso al jóven coronel y de llegar así mas pronto á una explicacion; y en efecto, Burmin, no sabiendo cómo salir del paso y recobrar su ordinaria actitud, rompió la valla y declaró á María que buscaba hacia tiempo una ocasion propicia para abrirle su pecho, y que la suplicaba se dignase concederle algunos instantes de atencion; María cerró su libro y bajó los ojos.

—Ye la amo á V., María, dijo Burmin, la amo con pasion. (Al oir esto se ruborizó la doncella é inclina la cabeza un poco mas.) He cometido una grande imprudencia dejándome llevar de la dulce costumbre de ver, de oir á V. todos los dias, y ahora ya no puedo resistir á mi destino. Su memoria de V., su imágen adorada serán el tormento y la felicidad de mi vida. Me queda, sin embargo, un gran deber que cumplir; tengo que revelar á V. un secreto fatal que pone entre nosotros un obstáculo insuperable.

María le mira sobresaltada.

—Estoy casado, prosiguió Burmin, casado hace tres años, y ni se quién es mi mujer, ni dónde está, ni si jamás volveré á verla.

—¡Qué dice V.! exclamó María. ¡Qué cosa tan singular! Continué V. le suplico. Luego le contaré á V. lo que á mí tambien me pasa.... Hable V.

—A principios de 1812, repuso Burmin, fuí á unirme con mi regimiento en Wilna. Al llegar de noche y muy tarde á la casa de postas, mandé que en-

ganchaban los caballos al momento. En el mismo instante empezó á caer un turbion de nieve, con lo que el maestro de postas y su gente me aconsejaron que esperase á que pasara. Al principio cedí á su consejo; pero luego, impaciente por seguir mi camino, me resolví á arrostrarlo todo é ir adelante. El postillon, por acortar algunas versts de camino, quiso atravesar un rio enlazado de hielo, pero erró el sendero, y pronto nos encontramos en una llanada que no conocia; por fortuna vi brillar á lo lejos una luz, y le mandé que se dirigiese hácia ella. Llegamos á una aldea donde vi la iglesia iluminada, las puertas abiertas de par en par, y algunos trineos, ante los cuales se paseaban varias personas. "Por aquí, por aquí," gritaron algunas voces.

Llegueme adonde parecia que me llamaban, y entonces me dijo un desconocido:—"Pero hombre, ¿cómo has tardado tanto? La novia se ha desmayado, el cura no sabe qué hacer, y ya íbamos á retirarnos. Ea, date prisa." Apeéme de mi kibitka embozando en mi capa, y entré en la iglesia. Una jóven estaba sentada á la sombra de un pilar, en un banco, mientras otra, de pié delante de ella, le frotaba las sienes. "¡Loado sea Dios, exclamó la última, que por fin habeis llegado! mi pobre señorita se iba á morir. . ." El sacerdote me dijo: ¿Quiere V. que empiece?—Sí, le respondí sin saber lo que me decia. Ayudaron á la jóven enferma á levantarse, y me pareció bastante linda. Arrastrado por una incomprensible é imperdonable ligereza, me encaminé al altar. El cura dió algunos pasos; los testigos y la doncella no estaban ocupados mas que en asistir á la novia; un momento despues estábamos casados.—"Abrazaos," nos dijeron. Mi esposa vuelve hácia mí su pálido rostro, voy á abrazarla, cuando de repente: "¡Dios mio, no es él!" exclama y cae sin sentido. Los testigos me miran, y yo salgo de la iglesia, monto en mi carruaje y me alejo á todo el galope de los caballos."

—¡Cielo santo! exclamó María, y ¿no sabe V. lo que ha sido de su mujer?

—Ni siquiera sé, respondió Burmin, el nombre del pueblo en que me pasó la aventura que acabo de referir á V. Yo daba entonces tan poca importancia á ese sacrilegio, que me dormí pocos instantes despues de haber salido de la iglesia, y no me desperté hasta el dia siguiente, cuando ya habia mudado tres veces de caballos. El criado que me acompañaba murió durante la campaña, de modo que ninguna esperanza me queda de volver á ver á la infeliz á quien tan indignamente engañé entonces, y que hoy se venga de mí de un modo tan cruel.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó María cogiéndole una mano, ¿era que era V.! ¿Y es posible que no me haya reconocido antes?. . . .

Burmin se puso pálido y cayó á los piés de su amada.—Pouschkin.

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

[SU FESTIVIDAD EN 16 DE JULIO.]

Los que han osado poner en duda la devocion de la primitiva Iglesia al culto de la divina Madre del Salvador, suponiéndole erradamente nacido en las tinieblas de la llamada edad media, no han comprendido la índole del corazon humano, ni conocido la historia del cristianismo, como sabiamente demuestra San Bernardo. No han comprendido, decimos, la índole del corazon humano, porque de otra suerte es imposible que hubiesen desconocido su irresistible tendencia á amar lo que es esencialmente amable, y á venerar lo que de todo punto es digno de veneracion. ¿Y qué cosa hay en el mundo mas digno de amor que la maternidad, mas digno de veneracion que la *virtud*? Aun cuando no enseñase la Iglesia el culto de la Vírgen Madre, los hombres le hubieran activado, le hubieran instituido y profesado. No conocen, decimos, la historia del cristianismo, pues ignoran que el culto de María Santísima data, como lo prueban irrecusables testimonios escritos, no menos que la unánime tradicion de los pueblos, de la época misma en que aun vivia en la tierra aquella gran Señora en carne mortal.

Hácia la misma época tal vez, y de todos modos en una época muy poco posterior, recibia ya la Reina de los ángeles un ferviente culto en las magníficas soledades del monte Carmelo. La historia no señala el momento en que principió este culto; pero la tradicion, mas respetable que la historia, porque esta es obra de un hombre[1] y aquella lo es de un pueblo, la tradicion, repetimos, le hace ascender á la primera mitad del primer siglo de nuestra era. Y en efecto, ¿por qué hubiera tardado mas en difundirse esa clara luz en Oriente que en Occidente? A estos testimonios de la tradicion y de la razon, añade otros tambien la historia, que ciertamente para las almas de poca fe tendrian mas fuerza que aquellos. Refieren los cronistas de la primera cruzada que cuando llegaron á Palestina hacia ya *muchos siglos* que florecian en aquella Iglesia los padres carmelitas, conservándose, á pesar del furor de los sarracenos, encarcelados en las cavernas del monte Carmelo, de donde tomaron su nombre. Estos padres profesaban una pública y especial devocion á la beatísima Vírgen en aquellos mismos santos lugares donde labró nuestra redencion la sangre preciosa de su Divino Hijo! ¡Tierna y venerable devocion!

Aquel gran rey que la Iglesia ha colocado en el catálogo de sus santos y que la Francia agradecida bendice en el de sus héroes y civilizadores, san Luis, sublime caudillo de aquella primera cruzada, prendado no menos de la esclavitud que de la penitente vida de aquellos ermitaños del monte Carmelo, los persuadió á que se trasladasen con él á Francia, como en efecto lo hicieron algunos, fijando su primer establecimiento á una legua de Marsella, en una *ermita* llamada el *Aigallades*. Declarôse por su protector el piadosísimo monar-

ca, y los extendió por otras muchas partes de sus estados, mientras algunos de ellos resolvieron embarcarse para Italia, España, Inglaterra y otras naciones. En esta última es donde la Divina Providencia les tenia destinado un hombre que por su extraordinario ingenio y rara santidad habia de dar en breve grandísimo esplendor á su órden.

Simon Stock, noble inglés, habia tenido una infancia maravillosa. A los doce años de su edad fue consagrado por el espíritu de Dios á un desierto, sustentábase de raices y de yerbas; una clara fuentecilla le ofrecia el agua para apagar su sed; su cama, su celda y su oratorio se reducian á la concavidad de un viejo tronco, donde solo podia estar en pié, tan estrecho que no podia revolverse á ninguno lado, y de aquí se le dió el sobrenombre de *Stock*, que en inglés quiere decir *tronco de árbol*. Su continuo ejercicio era la oracion, con la cual se purificó tanto aquella alma, que los ángeles cuya pureza igualaba, casi nunca le abandonaban en aquella soledad. Al mismo paso que su asombrosa penitencia, crecia tambien la tierna devocion que casi desde la cuna habia profesado á la Santísima Vírgen, y aseguran los autores de su vida que casi todos los dias le visitaba esta Señora en su desierto, donde era tan íntima y tan familiar su conversacion con Dios, que las espirituales consuelos de su alma parecian autores y precursores de las dulzuras del cielo.

Treinta y tres años llevaba Simon de aquella angelical vida, cuando noticioso del arribo de los padres carmelitas á Inglaterra, fué á abrazar su instituto inmediatamente, cumpliendo así la voluntad revelada de la Santísima Vírgen, que quiso desde entonces dar una gran prueba de su especial proteccion á aquella dichosa órden, consagrándole por expreso mandamiento el mas querido y fiel de todos sus siervos.

Admitido Simon entre los religiosos del Cármen, no echó menos la compañía de los ángeles que gozaba en el desierto. Apenas hizo la profesion religiosa, quiso emprender una piadosa peregrinacion: primeramente visitó descalzo los Santos lugares, y luego recorrió toda Inglaterra, difundiendo por toda ella aquel fuego divino que inflamó su corazon durante su estática residencia de seis años en las sagradas cumbres del Cármelo.

Elevado al cargo de superior general por unánime consentimiento de sus hermanos, fué tal el fervor de su devocion á la protectora de su órden, que mereció de esta dulcísima Reina de los ángeles el mismo singular favor que ya habia dispensado en Toledo á nuestro bienaventurado San Ildefonso. Dice la historia que un dia se le apareció la Vírgen rodeada de innumerable multitud de espíritus celestiales, con un escapulario en la mano, y alargándoselo al santo, le dijo estas dulces palabras: «Recibe, amado hijo mio, este escapulario para ti y para tu órden, en prenda de mi especial benevolencia y proteccion, que sirva de privilegio á todos los carmelitas. Por esta librea se han de conocer *mis hijos y mis siervos. Ecce signum salutis.* En él te entrego una señal de predestinacion, y una como escritura de paz y de alianza eterna, con tal que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. El que tuviese la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno, y por singular misericórdia de mi querido Hijo gozará de la bienaventuranza.»

Apenas se publicó en el mundo una devocion de tanto consuelo y provecho, al punto se alistaron en la ínclita cofradía los reyes como los pueblos. El dulce escapulario *signum salutis* defendió como una misteriosa armada los pechos de los fieles. Siete grandes pontífices autorizaron aquella devocion, y tan viva es hoy en todo el orbe cristiano, señaladamente en España, á pesar de las calamidades de los tiempos, como cuando descendió la Vírgen á dar el escapulario á Simon. Por eso la fiesta que se celebra en este dia suele llamarse en algunas partes la fiesta del Escapulario.

ALIX,

LEYENDA ALEMANA.

PERSONAS.

OLTOCAR DE ALTENA, conde de Franconia.
ULRICO, estudiante.
ALIX, su querida.
MANSFELD.
SALADO.
ENRIQUE FRINTZLAR.
BANUNCIO DE BIZANCIO.
} Conjurados.
MUSIUS, judío.
MUZENIS, enviado de la Sublime Puerta.
CONJURADOS, CONDOTTIERI, PAJES.

I.

La escena pasa en Nuremberg, en casa de ULRICO, y representa una salita con dos ventanas que dan sobre un emparrado: en el fondo, á la derecha, habrá una escalerilla de caracol, muy oscura, que va á perderse en el techo. ALIX está haciendo labor junto á una ventana. Entra ULRICO.

ALIX. [*Levantándose.*] ¿Con que...
ULRICO. Pronto, pronto, hermosa conspiradora.
ALIX. ¿Cuándo?
ULRICO. Pronto.
ALIX. Pues, la respuesta de siempre. [*Vuelve á sentarse y coge su labor.*]
ULRICO. ¿No te he dicho que aguardo esta noche á Mansfeld?
ALIX. ¡Qué sé yo!
ULRICO. Sí, esta noche vuelve de Praga. Aunque no le conoces, recíbele bien, Alix, es mi mejor amigo, una alma austera y buena, un alma antigua con la ternura cristiana.
ALIX. No digas mas, si trae á esta tierra valor, sea bien venido. Me gusta todo lo nuevo.
ULRICO. [*Sonriéndose.*] Estás enfadada, Alix, de algunos dias á esta parte, y á fe que no tienes razon; se trata de un negocio de vida ó muerte para toda una ciudad, para todo un pueblo, y esta hermosa niña ve en ello un motivo para ponerme mala cara!
ALIX. Sí, estoy enfadada porque todos tus conjurados son unos cobardes.

Esta ciudad de Nurmberg está poblada de miserables; no hay en toda la Franconia mas que un hombre, y ese es el conde, que ha osado jugarnos en lo que vale cuanto os ha sobyugado con un puñado de bandidos italianos, y os hace humillar la frente hasta el arroyo con solo miraros. Diez años ha que me hace sufrir esa afrenta: diez años hace, ¡dios! que os trata como á sus perros, con un látigo y un silbato; por mi vida que no comprendo cómo son estos hombres. Lo que es yo, solo de oirle pasar cantando y silbando por en medio del gentío que se calla y le abre paso, me rugen de vergüenza; no sé cómo sois por vida mia que no lo sois. ¿No va ya para un año que estais conspirando, y que vuelves todas las noches con el mismo estribillo en los labios, *pronto*! ¡Y ese se llama hombres! ¡Vaya unos hombres! Si me hubiérais dejado conspirar sola á mi modo, hace un año que á todos hubiera libertado del yugo la mano de esta hermosa niña que te pone pasla cara.

Ulrico. ¿De veras?

Alix. Le hubiera aguardado abajo, á la puerta, á su vuelta de la caza; con una mano hubiera asido la rienda de su caballo, y con la otra le hubiera clavado un cuchillo en el corazon. El dia menos pensado me exaltarán á tal punto el hastío y la indignacion, que haré lo que ya hubiera debido hacer: y puede que sea mañana, sin ir mas lejos, Ulrico, si vuelves á mirarme con esa sonrisa de desden.

Ulrico. Bien, pero reflexiona un poco. Nunca has querido ver al conde: suponganos que en el momento de ir á herirle te sorprenda la expresion de su rostro, ó que te mueva á compasion su mirada tierna ó altiva; ¿has pensado en esto? Como todas las mujeres, te representas el objeto de tu odio bajo un aspecto singular y horrible; apostaria á que con solo ver en el conde facciones humanas, al hallarle con un hombre de buena presencia, en lugar del monstruo que te imaginas, te sentirias enternecida y temblaria tu linda mano.

Alix. ¿Se te figura, eh? Ya lo veras.

Ulrico. Con que segun eso, Alix, aborreces al conde, ese sentimiento de odio ocupa todo tu corazon. Con tal que el conde muera, todo va bien. Ya no me amas.

Alix. Te amo todavía, Ulrico; pero me siento á punto de despreciarte, y por eso quisiera morir esta noche. Pero tú que hablas de honor, ¿dónde está el tuyo? Que no te lleguen al alma la ignominia de tu patria y tu propia ignominia; que vean sin cólera á ese infame conde poner una mano insolente en la honra, en las libertades, en las vidas de sus conciudadanos, creo que te lo perdonaria; pero ese conde ha hecho

morir á tus dos hermanos, pero yo he engañado, he abandonado por ti á mi madre, desolada por la muerte de sus dos hijos, y la infeliz ha muerto maldiciéndome. Venga á mis hermanos, y mi madre me perdonará; esto es todo lo que deseo. Además, me lo has prometido; de otra suerte ¿viviria yo acaso? ¿Tienes memoria á lo menos? Hace un año, el dia en que murió mi madre del dolor que yo le habia causado, harto comprendí que no me quedaba ya paz ni ventura que esperar en este mundo ni en el otro; entonces se me ocurrió el pensamiento de matar al asesino de mis hermanos y de romper al mismo tiempo el yugo de la Franconia. Yo conocia muy bien á mi madre; todo se lo hubiera perdonado al vengador de sus hijos, y además era una noble mujer que no podia sufrir la ignominia ni en su casa ni en su patria. Acordábame de que ella misma habia armado la mano de sus hijos para la rebelion. . . . Sí, estoy segura de que su alma habria volado al encuentro de la mia, si yo hubiese cumplido lo que aquel dia se me pasó por la imaginacion. . . Pero me dijiste que tú te encargabas de ello, que para tan grande hombre se necesitaban hombres; parecias como inspirado por una súbita revelacion; tus ojos brotaban chispas, tus labios temblaban al pronunciar nobles palabras, y te creí; consentí en vivir, en poner en tus manos, entonces muy queridas, el cuidado de libertar á mi patria de su miseria y de libertarme á mí de mis remordimientos. Un año hace de esto, Ulrico, y sin embargo, ¿qué has hecho? Tu ardor en vez de aumentar parece que se va apagando; de un mes á esta parte ni siquiera me atrevo á hablarte de nuestros proyectos; tanto es lo que temo encontrar en mi amante un cobarde ó un traidor.

Ulrico. (*Sonriéndose.*) Paciencia, hermosa mia.

Alix. ¡Siempre lo mismo! ¡siempre esa sonrisa! . . . Mira, una sola cosa tengo que decirte, y luego haz lo que quieras.

Ulrico. Habla, habla.

Alix. El conde me ha escrito.

Ulrico. ¿A tí? ¿el conde? Tú sueñas.

Alix. Hace dos horas, cuando pasaba por la plaza, estaba yo sentada aquí donde estoy ahora, cuando cayó á mis piés un bolsillo lleno de florines con este billete. Lee.

Ulrico. (*Leyendo el billete.*) "Hermosa niña, si gustais de ser condesa señora por un par de horas, contad para ello conmigo.—Otocar." ¡Lenguaje propio de un corazon respetuoso y enamorado! ¿Le has respondido?

Alix. ¿Estás loco? Pero. . . . ¿qué tienes? nunca te he visto así; nunca he visto en tí esa calma y esa sonrisa.

(*Dan la siete en una iglesia cercana. Ulrico cuenta las horas; al dar la sétima se levanta.*)

ULRICO. (*Cogiendo la mano de Alix.*) Ves en mi esta calma y esta sonrisa, amor mio, porque la aurora del dia de mañana alumbrará la tumba del conde ó la mia.

ALIX. ¡Cómo! ¿qué dices?

ULRICO. He querido, hija mia, evitarte las inquietudes de semejantes momentos; he querido, por tí como por mí, que fuesen lo mas breves posible. Media hora nos queda: á las siete y media voy á reunirme con mis amigos. Mañana seremos libres: esta noche muerto el conde.

ALIX. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿esta noche! ¡tan pronto! ¿Estás seguro de tus amigos? . . . esta noche. . . pues si ya es de noche. . . . ¿con que es ahora mismo? . . .

ULRICO. No tengas cuidado. Alix, todos están pronto y son fieles. No se trataba únicamente de matar á un hombre, sino de sublevar á un pueblo, y esto es lo que nos ha costado tiempo. Todas las ciudades en que tiene gobernadores el conde, Furth, Bamberg, Wurtsburgo, Anspac, harán á la hora señalada lo que vamos á hacer nosotros. Mañana la Franconia se despertará libre en su lecho de esclava; mi patria muerta resucitará á la luz del sol sacudiendo su rota cadena. ¡Felices los que van á verlo! Si mi mente concibe, Alix, dos espectáculos igualmente espantosos y dignos de las miradas de Dios, el uno es la creacion de un mundo, y el otro la resurreccion de un pueblo.

ALIX. (*Echándose en sus brazos.*) ¡Oh Ulrico! ¡oh amado mio! (*Le obliga á sentarse, y se sienta á sus pies.*) Ahora que pienso en ello, tú eres su jefe, tú, el mas jóven de todos. Sin tí, nada se haria. . . . ¡Ah! ¡qué feliz soy! Miro, voy á decirte una cosa en secreto—eres gallardo como un rey, eres bizarro como un emperador. . . , pero oyé lo que va á suceder, mañana serás conocido y admirado de todos. de las mujeres tambien. No habrá nadie que no te repita lo mismo que yo te digo sola hoy: acuérdate de que yo te lo he dicho antes que ellas, antes que todos: ¿no es verdad, Ulrico?

ULRICO. Sí, sí, hermosa.

ALIX. En primer lugar, si amases á otra, te engañaria, y muy fácilmente. Tú has estudiado á los hombres, Ulrico; eres digno de ser el caudillo de una nacion, eres un sabio y un filósofo, pero no conoces á las mujeres: te engañarian como á un niño.

ULRICO. (*Riéndose.*) Hola, ¿y qué sabes tú? ¿Con que tú me has engañado?

ALIX. Mucho que sí. Ahora mismo, por ejemplo, te estoy engañando, porque me rio, esto te hace sonreirte, y no conoces que tengo ganas de llorar... Habla, habla para aturdirme; pero si tú no estuvieras ahí, no habria mas que llorar.

ULRICO. Alix, ¿no has deseado con toda tu alma que llegase por fin esta hora que ya ha llegado?

ALIX. ¡Pobre de mí, verdad es! (*Llora.*) Perdónamo, perdónamo.

ULRICO. ¿Que te perdone, ángel mio!

ALIX. Sí, muera, ya te habré dado la muerte. Por mí, por mi insensato odio tu has lanzado á esa terrible empresa.

ULRICO. Y eso mas tengo que agradecerte, hermosa mia. Es cierto, y me acuerdo de ello, que antes que iluminase mi alma tu generosa cólera, no me atrevia á levantar mi pensamiento á esta santa conjuracion; ahora, ya viva, ya muera, dejaré, merced á tí, un nombre que los oprimidos pronunciarán en voz baja con amor y los tiranos con espanto. Gracias, Alix mia; por lo demás, no te hagas tristes ilusiones; tengo fundadas esperanzas de sobrevivir al conde.

ALIX. ¿Lo esperas? . . . No, no me engañas, no lo esperas. . . ¡Dios mio! ¡si no hubiera sido posible olvidar mis odios! . . . Hay en los arrabales, á la orilla del rio, casitas solitarias en el fondo de los jardines; ¡allí hubiéramos podido vivir felices años y años, sin saber tan siquiera si hay tiranos en el mundo! . . . La desgracia ha sido que viviéramos aquí, en esta plaza, por donde él pasa continuamente. . . . Esa fatal idea se me representaba un dia y otro; mi cabeza ardia. . . . mi pobre corazon está lleno de tempestades. Ulrico, tengo ideas horribles; no sé si todas las mujeres sufren los tormentos que sufro yo. . . . No puedo dejarme todos mis pensamientos; tengo algunos espantosos. . . ¡Ah! ¿no es que no todas las mujeres arrastran como yo el peso de la maldicion de sus madres!

ULRICO. No pienses en eso, yo te lo ruego.

ALIX. Hablemos de cosas alegres. ¿Te acuerdas de la tarde en que nos vimos por primera vez?

ULRICO. Me acuerdo muy bien. Fué en las orillas del estrecho lago que llaman la Alberca de las Garzas; el sol desaparecia á la derecha, detrás de la colina de Werm. Tú bajabas la colina dando el brazo á tu madre.

ALIX. Yo bajaba la colina dando el brazo á mi madre, y tú subias por el mismo sendero. Cuando te hiciste á un lado metiéndote entre las viñas para dejarnos pasar, mi madre me dijo: Ese jóven es respetuoso con los ancianos; su ancianidad será feliz.

ULRICO. Sí, y luego me senté en el sitio mismo en que os habia hallado, y allí me quedé hasta la noche. Al dia siguiente, tuve buen cuidado de volver á la misma hora y os encontré de nuevo; tu madre me reconoció

ció y me saludó; pero tú hiciste como que no me reconocias.

ALIX. Hice como que no te reconocia, porque te amaba.

(*Llaman á la puerta. Alix va á abrir, entra Mansfeld.*)

ULRICO. ¡Mansfeld! ¡Loado sea Dios que te trae á tiempo! Esta noche se da el golpe.

MANSFELD. ¡Loado sea Dios! (*Alix ha vuelto á tomar su labor.*) ¿Quien es esa niña?

ULRICO. Alix. ¿No has recibido las cartas en que te hablaba de ella?

MANSFELD. No la creia tan jóven.

ULRICO. Es valiente como un leon. Sus ojos azules brillan como relámpagos cuando habla de sus hermanos.

MANSFELD. ¿Es tu mujer, no es así? ¿Su madre vive con vosotros?

ULRICO. Su madre ha muerto.

MANSFELD. La niña hubiera hecho mejor en quedarse al lado de su madre.

ULRICO. ¡Mansfeld!

MANSFELD. Mejor hubiera hecho en quedarse al lado de su madre, y en no vengar á sus hermanos.

ULRICO. Mansfeld, mírala.

MANSFELD. Sí, está dotada de belleza y de energía; pero no me gusta ver al lado del que camina al martirio una imágen tan dulce de la vida.

ALIX. (*Acercándose de pronto.*) Eso seria bueno, señor Mansfeld, si yo no hubiera de seguirle.

MANSFELD. Bien respondido, Alix. Venga esa mano. ¿Qué ruido es ese?

Tumulto de gente en la plaza. Ruido de caballos: cesa de repente, y en medio del silencio se oye silbar una cuartina.

ULRICO. Es el conde que vuelve de la caza.

MANSFELD. ¡A ese extremo de impudencia ha llegado! ¡En su ciudad natal! ¡El miserable abofetea á su madre! ¡Y ni una sola ventana se abre para responder á su provocacion de palafrenero! Ulrico, te has engañado. Ya es tarde ó todavía no es tiempo.

ULRICO. Las nubes se apiñan antes de lanzar el rayo. Paciencia. (*Para la cabalgata por delante de la casa. Alix se precipita á la ventana.*) ¿Qué haces, Alix? ¿No has jurado evitar la vista de ese hombre?

ALIX. Ahora ya puedo mirarle, puesto que va á morir. Quiero verle una vez.

ULRICO. ¿Levanta la vista? Dime si alza los ojos sobre tí.

ALIX. (*A la ventana.*) ¡Qué pálido está! Parece la estatua de su sepulcro. ¿Es posible que sea jóven todavía? ¡Hace tanto tiempo que practica el mal! No, no levanta la vista; va entretenido con sus galgos; ahora se vuelve... ¡Vírgen María, qué mirada!.... (*Se retira de la ventana toda trémula, y cae sobre una silla.*) (*Continuará.*)

OLIVERIO CROMWELL.

Nació este grande ambicioso el último año del siglo XVI, en el condado de Huntington en Inglaterra, de una familia ilustre y muy acomodada; pero Oliveros, que era el hermano segundo, solo heredó un escaso caudal. Enviado por sus padres á la universidad, progresó poquísimo en los estudios; dióse á todos los vicios, y disipó en el mayor desenfreno una buena parte de su patrimonio.

Pasaba esto en una de aquellas épocas en que la historia y la filosofía no estudiarán jamás demasiado; épocas de transicion, de renovacion, de inmenso trabajo intelectual y al mismo tiempo de terribles violencias, de inauditos escándalos, manifestaciones exteriores de aquella dolorosa elaboracion interna, de aquel vivo forcer de las ideas, como el humo, las piedras y los rios de lava que expide el volcán revelan la rugiente combustion de su cráter. El despotismo monárquico habia llegado en la hoy tan libre Inglaterra á un grado tal, que solo pudiera hallarse su igual en los mas degenerados pueblos orientales; y todavía la comparacion es desventajosa para estos, porque á lo ménos no hay ejemplo de que ni aun á los mas dóciles asiáticos se les haya impuesto en virtud de un simple decreto, hoy una religion, mañana otra, luego la primera, despues la segunda, y todo por uno y muchos motivos comprobados de un tirano. Si estos hechos no nos fuesen atestiguados por tantos escritores y no estuviesen tan recientes, la mas cándida credulidad se resistiria á darles crédito. Pues esto es en sustancia lo que sucedió en Inglaterra á principios del siglo XVI; este el miserable espectáculo que dió al mundo la grande, la soberbia Albion bajo el reino del tirano Enrique VIII. Prendada de una hermosa, quiso esta repudiar á su noble, á su virtuosísima esposa Catalina de Aragon; la Iglesia de Roma, cuyas protectoras alas cobijan todas las desgracias, defendió los legítimos derechos de aquella reina desgraciada. Enrique VIII rompió con la Igle-

sin de Roma, y *decretó* que su pueblo rompiese tambien con ella, que renegase de la antigua fe de sus padres, que horrorizase la abominable heregía de Lutero, y ¡oh mengua! ¡oh baldon! su pueblo renegó de la antigua fe de sus padres, y abrazó, porque se lo mandaba el rey, la abominable heregía de Lutero! Y Catalina de Aragon espiró en un infame cadalso. ¿A qué recordar aquí las sangrientas bacanales con que escandalizó Inglaterra al mundo en aquellos primeros años de su divorcio con la Iglesia católica! el asesinato legal del gran Tomás Moro, el suplicio de las cuatro esposas del tirano, la destruccion vándala de los antiguos monumentos religiosos, luego la sombría reaccion suscitada por la reina María, luego en fin los atentados de la reina Isabel;

> Reina, no, mas loba
> libidinosa y fiera,
> madre de muchos y de muchos nuera!

Isabel hizo morir en un afrentoso patíbulo á la hermosa cuanto desventurada María Estuardo: así acostumbraron ella y su padre al pueblo inglés á derramar sangre real, y de esta sangre, como de una fatal semilla, nació el execrable delirio que puso bajo el hacha de un verdugo la cabeza del justo é infeliz Carlos I. Dios habia apartado sus ojos de aquella nacion herida de insensatez, de orgullo y de error.

Luchaba Carlos animosamente contra las pretensiones invasoras de los cortesos populares, mientras seguia Cromwell en la universidad la relajada vida que antes dijimos. De pronto, ya fuese artificio, ya sincero fanatismo (lo primero probablemente), reformó en un todo su conducta de libertino estragado, jugador intrépido, disipador y espadachin, é hízose el mas rígido de los *puritanos*; así llamaban entonces á los que tenian ó afectaban un exagerado celo por la pureza de la religion y de las costumbres. Con el mismo ardor con que se habia dado al vicio, se dió entonces á la devocion. La casualidad y la intriga le valieron ser elegido individuo del *parlamento largo*, aquel parlamento sacrílego y regicida que levantó el estandarte de la rebelion contra Carlos I, le hizo una guerra inicua, y acabó por condenarle á muerte.

Cromwell no habia nacido orador, ni poseia ninguna de las cualidades que se requieren para distinguirse en esta carrera; tenia una figura muy desgarbada, sumo desaliño en su traje, mala voz, elocuencia trivial, oscura y difícultosa. Así fué que nunca se distinguió en el parlamento mas que por la ciega violencia de sus imaginaciones para llevar las cosas al extremo contra el partido del rey. El mismo hubo de conocer que su fuerza no estaba allí, y con aquel instinto peculiar á las grandes inteligencias, abrazó la profesion militar.

Cuarenta y tres años tenia cuando la abrazó. Ardia entonces la guerra en todo su encono entre los ejércitos del rey y los del parlamento. Tenia sobre

estos la primera autoridad el célebre Fairfax, gran soldado, pero político débil é indeciso. Cromwell se apoderó de todo su confianza, y al cabo de poco tiempo fué el alma del ejército; sus extraordinarias disposiciones militares justificaban plenamente. Habia empezado por levantar á sus expensas un regimiento; poco despues fué nombrado teniente general de caballería, y á su valor y á sus consejos se debieron sin disputa las grandes triunfos de Marston-Moor (1644) y de Naseby (1645), que acarrearon la ruina del partido realista. Desde entonces empezó Cromwell á pensar seriamente en dominar á su patria, ó lo menos solo desde entonces empezó á revelar en su conducta pública este ambicioso pensamiento; y como habia muchos hombres en el parlamento que sospechaban de sus intenciones y se manifestaban dispuestos á oponerse vigorosamente á ellas, Cromwell *expurgó* (este es el nombre que se dió á aquel atentado, y que ha consagrado la historia) expurgó aquella asamblea, es decir, arrojó de ella á mano armada á los individuos que le eran hostiles, y con los pocos pero muy seguros que le quedaban, hizo condenar á muerte al desgraciado Carlos I (1640), que fué una de las sentencias mas inicuas en el fondo é irregulares en la forma, de que hacen mencion los anales del mundo. En seguida disolvió Cromwell en persona con unos cuantos soldados aquel criminal parlamento, despues de haber proclamado la república, cuyo jefe se constituyó á sí propio bajo el título de protector: desde esta época reinó cual soberano absoluto sobre Inglaterra, y fuerza es reconocer que su reinado fué muy glorioso, cuando todas las potencias reconocieron su autoridad y solicitaron su alianza; murió en 1658. Su hijo Ricardo Cromwell fué reconocido en sucesor en el Protectorado, pero enteramente desprovisto de capacidad y de energía, ejerció su autoridad algunos meses y abdicó espontáneamente en 1659 á consecuencia de algunos tumultos, y por haber sabido que se acercaba Carlos II, hijo del rey mártir. Hasta su muerte, acaecida en 1712, vivió en la mas completa oscuridad.

Cromwell debió su prodigiosa fortuna tanto á su profundo disimulo, ó sea á su refinada hipocresía, como á su indisputable talento, á su valor á toda prueba y á su infatigable actividad. La historia, juzgando por los resultados, le da con razon el título de grande hombre; la moral, considerando su vida privada, los móviles de sus acciones, y en suma, todo lo que inmediatamente toca á la jurisdicion de la conciencia, fulmina sobre él, con no menos razon, el solemne anatema con que estigmatiza á los hipócritas, á los impíos, á los traidores y á los regicidas. En buen hora, repetimos, los llame el mundo *grandes hombres*: otro nombre les dará sin duda en su altísima mente el que dijo estas palabras ¡ay! harto desatendidas: *¡Mi reino no es de este mundo!*

LA LEY DE GRACIA.

Hácia el tiempo en que apareció el Redentor, estaban las naciones en la espectativa de algun personaje famoso.

"Una opinion antigua y constante, dice Suetonio, esparcida en el Oriente, anunciaba que en la Judea aparecería un hombre destinado á alcanzar el imperio del mundo."

Tácito refiere el mismo hecho casi con las mismas palabras. Segun este historiador:

"La mayor parte de los judíos estaban convencidos, segun cierto oráculo conservado en los antiguos libros de sus sacerdotes, que por aquel tiempo (en la época de Vespasiano) prevaleceria el Oriente, y que un hombre nacido en la Judea reinaria en el mundo."

Josefo, hablando de la ruina de Jerusalen, refiere que los que principalmente ocasionó el levantamiento de los judíos contra los romanos fué una oscura profecía que les anunciaba que hácia aquella época *se alzaria entre ellos un hombre y sehuguaria al universo.*

Tambien el Nuevo Testamento ofrece señales de esta esperanza tan comun entre los hijos de Israel: las turbas que ocurren al desierto preguntan á S. Juan Bautista si es él *el gran Mesías*, el *Cristo de Dios*, tan largo tiempo esperado. Los discípulos de Emaús se llenan de tristeza al reconocer que Jesus *no es el hombre que ha de redimir á Israel*. Las setenta semanas de Daniel, los cuatrocientos noventa años despues de la reconstruccion del templo se habian ya cumplido. Finalmente, Orígenes, despues de referir estas tradiciones judaicas, añade que muchos de ellos reconocieron en Jesucristo al libertador prometido en los profetas.

El cielo sin embargo prepara los caminos del Hijo del hombre. Las naciones, largo tiempo desunidas por sus costumbres, su gobierno y su lengua, mantenianse en enemistad mutua y hereditaria; mas de repente cesa el estruendo de las armas y los pueblos todos, reconciliados ó sometidos, se funden, por decirlo así, en el gran pueblo romano.

Por un lado la religion y las costumbres habian llegado á aquel grado de corrupcion que produce forzosamente un cambio en la marcha de los negocios humanos; por otro, empezaban ya á difundirse los dogmas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma: así se iban abriendo las vías á la doctrina evangélica, siendo ya universal la lengua llamada á propagarla.

El imperio romano componíase de naciones, salvajes las unas, cultas las otras, generalmente muy desgraciadas. Los medios de salvacion que el cielo les procura, eran para las primeras la humildad y sencillez de Cristo, para las segundas sus luminosas virtudes morales, para todas en fin su gran caridad y misericordia. Y eran estos medios tan eficaces, que dos siglos despues del Mesías decia Tertuliano á los jueces de Roma:

"De ayer somos y ya todo lo ocupamos: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, palacio, senado y foro: tan solo os dejamos vuestros templos. *Sola vobis relinquimus templa.*"

A la grandeza de los anuncios naturales se juntaba el deslumbramiento de los prodigios. Los verdaderos oráculos, mudos desde largo tiempo en Jerusalen, recobraron su voz y las falsas sibilas enmudecieron. Una nueva estrella despuntaba en Oriente: Gabriel desciende á la morada de María, y un coro de espíritus entona en las alturas del cielo durante la noche *gloria á Dios, paz á los hombres!* Difúndese de repente el rumor del nacimiento del Salvador en la Judea: cuéntase que no nació en la púrpura, sino en el asilo de la indigencia; que no ha sido anunciado á grandes y potentados, sino que los ángeles lo han mostrado á los mas humildes y sencillos; que no han sido los dichosos del mundo los que en torno de su cuna se han reunido, sino los pobres, declarándose así con la primera accion de su vida amparo y Dios de los desgraciados.

Lleno de gracia y de verdad aparece Cristo en medio de los hombres, y arrastrando en pos de su huella á las gentes con la sola autoridad y dulzura de su palabra. Para inculcar sus preceptos escoge el apólogo ó la parábola, que fácilmente se graban en el espíritu del pueblo. Andando por los campos daba sus lecciones; viendo las florecillas de los llanuras exhortaba á sus discípulos á esperar en la Providencia que sostiene á las plantas y alimenta á las aves viendo los frutos de la tierra, les instruia en el modo de juzgar á los hombres por sus obras. Preséntanle un niño y recomienda la inocencia; encuéntrase entre pastores y se da á sí mismo el título de *pastor de las almas*, y se representa llevando sobre sus hombros la oveja descarriada. Los que observan sus preceptos y los que los desprecian son comparados á dos hombres que construyen dos casas, el uno sobre la dura roca y el otro sobre arena movediza: segun los intérpretes, mientras se explicaba de aquella manera mostraba á las turbas que le oian un caserío floreciente en el tope de una colina, y á su falda

unas cabañas destruidas por una tempestad. Al pedir agua á la mujer Samaritana, le pinta su doctrina bajo la hermosa imágen de un manantial de agua viva.

Los mas violentos enemigos de Jesucristo no osaron jamás decir mal de su persona. Celso, Juliano, Volusiano, confesaban sus milagros, y cuenta Porfiro que los mismos oráculos de los paganos le apellidaban hombre ilustre por su piedad. Tiberio quiso colocarle en la gerarquía de los dioses; segun Lampidio, Adriano le erigió templos, y Alejandro Severo le reverenciaba juntamente con las imágenes de las almas santas, entre Orfeo y Abraham. No hubo en la antigüedad filósofo alguno en quien no se descubrieran vicios; los mismos patriarcas tuvieron sus debilidades, y solo Cristo vivió sin mancilla. El hombre Dios es la mas espléndida copia de la soberana belleza que reside sobre el trono de los cielos. Puro y santo como el tabernáculo del Señor, respiraba solo el amor de Dios y de los hombres, infinitamente superior á la vana gloria del mundo, cumplia El, arrostrando miserias y dolores, la grande obra de nuestra salvacion, obligando á los hombres con el ascendiente de sus virtudes á abrazar su doctrina y á imitar una vida que no le daba de su grado tenian que admirar.

Amaba y comprendia la amistad: el hombre á quien sacó de la tumba, Lázaro, era su amigo; su mas grande milagro fué un tributo al mas sublime sentimiento de la vida.

El amor de la patria brilló en él un modelo. Desde lo alto de una colina donde la mirada sobre la ciudad de Jerusalen, condenada por sus crímenes á una horrible destruccion, y no puede contener sus lágrimas: *vió la ciudad*, dice el apóstol, *y lloró*.

No fué menos notable su tolerancia cuando sus discípulos le pedian que hiciese llover fuego del cielo sobre la ciudad de Samaria, que le rehusó la hospitalidad: *¡no sabeis lo que pedis!* les respondió indignado.

¡Ah! si son atributos de la divinidad la moral mas pura y el corazon mas tierno, y una vida dedicada á combatir el error y á aliviar los males de los hombres, ¿quién podrá negar la divinidad de Jesucristo? Modelo de todas las virtudes, la amistad le contempla dormido sobre el pecho de Juan, ó, haciendo al discípulo hijo de su propia madre; la caridad lo admira en la sentencia de la mujer adúltera; por todas partes le encuentra la piedad bendiciendo las lágrimas del desgraciado; su inocencia y su candor resultan en su amor á la infancia; la fuerza de su alma brilla en medio de los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un legado de misericordia!

ALIX,

LEYENDA ALEMANA.

[CONTINUA.]

ULRICO. Querida mia, su vista te ha hecho daño.

ALIX. No es nada. Estaba yo mirando la gualdrapa carmesí de su caballo, cuando sentí de pronto su mirada fija en mí.

ULRICO. Mirada y billete, Alix, todo lo pagará de una vez.

MANSFELD. (*Que se ha quedado pensativo.*) Ulrico, ¡ay de los pueblos que no practican la ingratitud! El padre de ese hombre habia merecido bien de su patria, no era como todos nosotros, mas que el ciudadano de una ciudad libre, solo que era el mas rico. En un año de escasez suma gastó su caudal en dar de comer á Nuremberg y á toda la Franconia; á no ser por él, todos nuestros padres se hubieran muerto de hambre. Por salvarlos vendió todas las tierras que poseia en Suevia y en Livonia, y agradecidos nuestros padres le dieron ciertos privilegios, y le edificaron ese castillo desde el cual su hijo exige ahora violentamente todos los atrasos de nuestra deuda. La gratitud de los pueblos, amigo, es un crímen para con la libertad: la raza de los grandes ciudadanos deberia condenarse al destierro como la de los grandes criminales. *Summa injuria, summum jus.* Supongo que no serán hombres de este país los que sirven de cortesanos á ese déspota.

ULRICO. Los mas son italianos capitanes de su guardia.

MANSFELD. Sí, la Italia es la que lo ha perdido. Seis años ha vivido en medio de aquellos cultos piratas y de aquellos feroces comediantes á quienes los italianos llaman sus príncipes. Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aunque yo era todavía muy niño: lo mismo que una virgen se sonrojaba al dirigirnos algunas palabras afables; era delicado y enfermizo. Un dia salvó á riesgo de su vida á un muchacho que se estaba ahogando en el Pegnitz, y mientras la madre lo besaba las manos sin poder pronunciar una palabra, prorumpió en sollozos y fué corriendo á ocultar su turbacion. Grande impresion me hizo aquella escena. Aquella juvenil promesa.

ULRICO. Ahora hace llorar á las madres y sonrojarse á las doncellas; ahora tiene una cara impasible en que la sangre no deja mancha, y que la crápula no puede ajar, ni aun sé si el brillo de una daga que amena-

zase su garganta lasturia á labrar un pliegue en su máscara italiana. En fin, pronto lo veré.

MANSFELD. ¿Tu le vas á herir?

ULRICO. Yo. Todos nuestros amigos lo ignoran aun, pues he querido guardar este secreto hasta el último momento. A las siete y media nos aguardan en las ruinas de San Estéban para concertar las medidas supremas.

MANSFELD. El conde es suspicaz y está bien guardado.

ULRICO. Lo sé. Sé tambien que su jubon está forrado de láminas de acero, pero guardo allá arriba en una cajita, como una joya sin igual, un talisman delante del cual desaparecerán todos los obstáculos, y es una carta de nuestro antiguo maestro el doctor Staumer, dirigida al conde. Staumer se hallaba moribundo en Viena, hace cinco meses, cuando el conde le mandó llamar con toda urgencia; el conde padece un mal interior que le roe el pecho, mal que tambien padeció su padre, y de que le curó Staumer. Staumer era un dios para él, al mismo tiempo recibí la noticia de la muerte del doctor, y una carta en la que me recomienda al conde como el mejor de sus discípulos. Delante del médico, claro está que se abrirá el jubon de las chapas de acero con un mismo golpe le curaré á él de sus males y á nosotros de los nuestros.

MANSFELD. Bien, pero ya se hace de noche; ¿no es este el momento de la cita?

ULRICO. Sí, vamos. (*Se vuelve hácia Alix, que se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en las manos.*) Esa emocion le ha quebrantado. Ya no la veré mas ni dormir ni velar.

MANSFELD. Ven.

ULRICO. (*Mirando á Alix con ternura.*) Volveré para tomar la carta.

MANSFELD. Mejor harias en tomarla ahora.

ULRICO. No, volveré, es mas seguro. Vamos. (*Vanse.*)

II.

Una estancia subterránea en las ruinas del convento de San Estéban, en la que hay varias filoras de asiento de piedra, y un púlpito en frente de los asientos; encima del púlpito un crucifijo de medio relieve esculpido en la pared. La escena está iluminada por tres hinchadas en angellos de hierro sujetas á las paredes. Como hasta veinte conjurados, algunos de ellos enmascarados, ocupan una parte de los asientos van llegando otros nuevos, y sentándose despues de haber dado el santo á un hombre que está de pie á la puerta con una espada, desenvainada en la mano. Entran Ulrico y Mansfeld.

MANSFELD. ¿Quiénes son esos tres que llevan capuchas blancas como la tuya? ¿Los otros jefes? (*Continuará.*)

CRISTÓBAL COLON.

Colon ha descubierto un mundo, ha venido y por su parte ha dado la América á la Europa. ¡Oh cuán grande y bello destino el de aquellos hombres que pueden decirse á sí mismos en el lecho mortuorio.—Mi vida no ha sido inútil, ni yo he sido una carga inútil sobre la tierra; poeta, he consolado á los hombres con mis versos; hombre de estado, he servido á mi patria con la política; soldado, la he defendido con mis armas. Aun mejor que todo eso. ¡Feliz el que puede decirse: he dado á mis conciudadanos un buen telar para hilar el algodon; les he enseñado el medio de conservar el pescado haciéndolo secar al humo! No hay servicios pequeños hechos á la causa de la humanidad. La Holanda ha levantado una estatua de bronce al marinero que le enseñó á cercar el arenque! ¡Dichosos aquellos que han sido útiles á sus semejantes! ellos han llenado todo su destino acá abajo, pueden morir en paz, tienen para sí el reconocimiento de los hombres y el descanso en el cielo.

Pero hallarse como Cristóbal Colon, pobre y sin techo y sin pan, perdido entre la multitud, y sobre la orilla del mar contemplativo y diciendo: ¡Hay allá lejos un mundo que me pertenece! Y en medio de esto buscar por toda la Europa un rey que quisiera aceptar este mundo que él daba en cambio de algunos buques; ver á todos los reinos del siglo torcer la esta proposicion, compadeciendo á su autor, estar enclavado en la orilla por falta de una tabla para partir, y pensar que es posible morir llevándose consigo á la tumba todo un mundo: una cerrazon es la mas alta y mas soberana posicion en que jamas se ha encontrado un hombre de genio. Así sin embargo empezó su carrera Cristóbal Colon.

Había nacido en Génova el año de 1441, en el momento en que iba á empezar ese maravilloso siglo XVI, que fué á hablar con propiedad el primer extremo de la inteligencia europea. Hay quien dice que su familia era de baja esfera, otros por el contrario, que era de un origen noble; ¿mas qué importa?

¡qué mas da á hombres que adquieren tanta gloria un apellido mas ó menos! Ellos son toda su familia, y son al mismo tiempo su presente y su porvenir. Lo que sí es cierto es, que los padres de Cristóbal Colon eran pobres y habian perdido sus bienes en la guerra. Los primeros estudios de Cristóbal Colon fueron estudios literarios, estudió las leyes civiles y los poetas, y tomó de memoria escritos de mérito, de modo que iba á ser un literato, cuando vió un dia el mar, y desde aquel dia se apoderó de la mar, desde aquel dia dejó los libros de los hombres para leer en el cielo, ese libro de Dios. Y vedle ahí que emprende todos los viajes, que aparta á todas las playas conocidas, que sigue el curso de todas las estrellas, que se aplica á comprender esta tierra que se le habia dicho ser enteramente redonda, que sabia lo que era, y de la cual sin embargo solo se conocia media superficie. Metida una vez semejante idea en tal cabeza, la idea debia tomar cuerpo. Esta idea le perseguia de dia y de noche por tierra y por mar, siempre la llevaba consigo. Habíasele un dia de la brújula, admirable aguja imantizada, que siempre se dirige al Norte, y acababa de ser descubierta; Cristóbal Colon comprendió que con la ayuda de la brújula el navegante podria en adelante alejarse de la tierra sin temer nunca perder la estrella conductora en el cielo. Este fué ya un primer paso para el descubrimiento. ¡Mas cuánto camino nos queda que andar!

En otra ocasion Pedro Correo, pariente de su mujer, trajo para Cristóbal Colon un pedazo de madera hallado en alta mar, de una forma rara y muy nueva. Este pedazo de madera fué para Cristóbal Colon como una especie de revelacion súbita, y desde aquel dia no dudó ya del descubrimiento: tan cierto es que un hombre de genio saca provecho de todas las cosas. Ahora restaba solamente partir.

¡Empero cómo habia de partir? ¿Dónde hallaria el buque que debia conducirle á ese mundo que le llamaba? Primero propuso Cristóbal Colon la América como una adquisicion á la república de Genova su patria. Los genoveses le ofrecia con desprecio. Repulsado por los genoveses, ofreció Colon su mundo á Juan II, rey de Portugal. Al cabo se dió oidos á su oferta; pero antes se enviaron otros navegantes encargados de quitar á Cristóbal Colon el universo que proponia al rey de Portugal. La expedicion se frustró porque el piloto no tenia confianza en sus operaciones. Regresó tratando á Colon de visionario. Este enfadado partió para Londres, y no habiendo adelantado nada en Londres volvió á Portugal, que no le fué mas favorable que la Inglaterra. Durante cinco años anduvo así errante por caminos y puertos, de corte en corte, devorado por los pesares, desgraciado y desesperado. Por fin, un dia en el momento en que iba á partir de España, donde estaba su última esperanza, para no volver mas, la reina Isabel le despachó un correo, anunciándole que la reina daba crédito á lo que aseguraba Cristóbal Colon. Esta reina Isabel era

mas bien que mujer, un grande hombre, y estaba entonces ocupada en reconquistar la España de los moros, que por espacio de quinientos años dominaban las hermosas provincias de Andalucía, de Castilla, de Navarra, de Aragon. Toda España quedó al fin libre de ellos. ¡Qué reina y qué mujer! dirigir, y con buen tino, dos tan grandes empresas á un mismo tiempo; la libertad de España y el descubrimiento del Nuevo Mundo! Perteneció al siglo de las inteligencias, y supo comprender á Cristóbal Colon; por lo demás tratábase solo de confiar á ese genio algunos buques para que lo llevasen á aquellas playas desconocidas. El 19 de Abril de 1492 fué cuando Cristóbal Colon firmó su tratado con la reina Isabel. En este tratado la reina le reconocia como virey de todas las tierras, islas y mares por descubrir. Hecho esto el 2 de Agosto del mismo año, en el puerto de España que llaman Palos, tres buques que llevaban noventa hombres se hicieron á la vela para América. Esta escuadra habia ya perdido la tierra de vista, y causó grande admiracion á los marineros de la flota no ver otra cosa mas que el agua y el cielo, y siempre el cielo, nunca un navío ni un árbol. Entre tanto Colon enteramente dedicado á su descubrimiento, fija la vista en la brújula, consultaba los vientos é interrogaba al cielo. Nueve dias iban pasados en alta mar, y ya los marineros temian no volver á ver mas la España. Sin embargo, se adelanta siempre, y siempre sin ver otra cosa que agua y cielo. Unicamente se habia hallado un tronco de un mástil de navío, se habia visto una ráfaga de fuego ocultarse en el mar. Se esperaba con impaciencia la tierra, mas no aparecia. ¡Cristóbal Colon seguia siempre su derrotero!

No obstante, los marineros pasaban ya del temor á las quejas. Aguardaron todavía algunos dias; pero no habiendo descubierto nada, insistieron por las vueltas á España. Gritaron *¡á España!* y se quejaron de sus jefes. Cristóbal Colon procuraba templarles y tranquilizarles con su ejemplo y sus discursos, ya hablándoles de las tierras que iban á descubrir, ya amenazándoles con la ira del rey y la indignacion de España si retrocedian antes de haber acabado su viaje. Por este medio contenia algun tiempo las quejas; pero no tardaban mucho en volver á empezar. Se formaban grupos sobre el puente del navío, se acusaba en alta voz al almirante, conspirando contra él y amenazando su vida. Decian que era preciso deshacerse de él y regresar á España, sin continuar mas al lado de un hombre que los llevaba á su perdicion. Cristóbal Colon siempre entregado á sus estudios, escuchaba las amenazas, y entonces le era preciso dejar su brújula y su estrella para presentarse en medio de los descontentos y contener el tumulto unas veces con ruegos, otras con amenazas. Una vez hizo Colon que el vigía gritase: "tierra, tierra!" A este grito toda la tripulacion corre al puente, buscando la tierra y creyendo verla. Cristóbal Colon gana así dos dias de sumision y de respeto. Mas la tierra no se llegó á

ver, ó mas bien desapareció, porque era solo una nube, y entonces los marineros se reprendieron con mas fuerza. Cristóbal Colon reunió la tripulacion y manifestó que dentro de una hora la tierra que ellos creian se hallaria á la distancia de setecientas millas por lo menos de la Inglaterra. Añadió que iba á cambiar de rumbo y seguir el vuelo de los pájaros, el ejemplo de los portugueses, que de esta manera han hecho todos sus descubrimientos. Y en efecto, muchos pájaros desconocidos hendian los aires, un olor fuerte á tierra llegaba hasta los barcos: un dia pasó cerca del buque una planta cultivada por la mano del hombre, se percibió una rama de espino cargada de fruto; el viento era fresco: en fin, estaba la tierra. ¡Colon era dueño de ella! No la veia aún, mas allí estaba á no dudarlo. Informó de ello á los marineros.—Velad toda la noche, les dijo, veréis la tierra mañana al despuntar el dia. Al primero que la divise le daré una chupa de terciopelo, y le prometo en nombre del rey diez mil maravedís de plata. Diciembre el 8 mantendrian despiertos toda la noche. En fin, el 12 de Octubre de 1492, despues de una navegacion de treinta y cinco dias, Cristóbal Colon descubrió el Nuevo Mundo. A la vista de este los marineros cantaron la *Salve*. Saludaron con las armas la tierra prometida y tan deseada. Colon pasó á una barca llevando el estandarte real, y puso el primero el pié sobre aquella tierra, de la cual era el segundo creador. Al punto los marineros de rodillas y bañados los ojos en lágrimas, le pidieron perdon de su sublevacion proclamándole vice-almirante. Así fue descubierto el Nuevo Mundo.

Se necesitaria un volúmen entero para referir la historia de este descubrimiento, que no es un descubrimiento sino una revolucion.

Cristóbal Colon, abrumado de pesares, privado de su protectora la reina Isabel, rendido á las fatigas del camino y del cuerpo, murió en Valladolid el 20 de Mayo de 1506, ó los sesenta y cinco años de edad. Habia dejado dispuesto que se colocase en su sepultura las cadenas de que volvió cargado por órden del rey en su segundo viaje.

Jamás hubo hombre mas favorecido por la naturaleza. Su cuerpo era completamente digno de albergar una alma tan bella. Tenia los ojos azules y rasgados; su apostura estaba llena de nobleza; era elocuente, afable y festivo, sobrio y moderado en todas las cosas. Tenia todos los jéneros de valor. No obstante sus largos viajes y sus estudios astronómicos, no habia dejado de cultivar las bellas letras, y la poesía fué con frecuencia todo su consuelo en las penas de la vida. Hacia versos latinos, que era toda la pasion de aquella época. Decir que creia en Dios como un completo creyente, lo considero inútil; pues la creencia es el solo principio de las grandes cosas.

ALIX,

LEYENDA ALEMANA.

[CONTINUA.]

Ulrico. Sí. Ese que está mas cerca de nosotros, el mas gordo, es el síndico del gremio de los roperos, maese Enrique Fritelar, con el contramos al comercio por nuestro. Es rico y tiene dos hijas hermosísimas, por ambas razones es enemigo del conde.

Mansfeld. ¿Y ese que está encorvado en su asiento, con las rodillas casi en la boca?

Ulrico. Es el banquero Munius.

Mansfeld. ¡Un judío!

Ulrico. Sí, un judío, pero aborrece al conde, su maestro en punto á usura. Munius nos da todo el barrio de los judíos. El tercero, aquel largo y flaco, es una especie de aventurero, capitan mato de todos los pillos de la ciudad; le hemos enganchado para que no este contra nosotros; es un maton de mala especie, pero bueno para un golpe de mano. Conño que morirá en la lid con la mayor parte de su cuadrilla. Se llama Ramuncio de Bizancio.

Mansfeld. ¿De Bizancio? No me suena bien ese nombre. ¿Y quién es aquel personaje que está allá apartado de todos, y tiene á su espalda dos espectros inmóviles?

Ulrico. Salado, un estudiante mala cabeza, pero de buen corazon. No se quiénes son sus dos acólitos.

(*Ya han entrado todos los conjurados, y está cerrada la puerta.*)

Ulrico. (*Subiendo al púlpito.*) Amigos, si hay entre vosotros alguno que sienta en esta hora decisiva flaquear su corazon ó temblar el menor escrúpulo en su conciencia, que lo diga ingenuamente, yo juro que se respetará su vida, y que solo por pura precaucion se le retendrá prisionero en esta estancia hasta mañana. Mas vale ser débil que traidor; pensadlo bien. (*Nadie responde.*) (*Silencio.*) Ahora, en nombre de todos vosotros, yo, vuestro jefe libremente elegido, declaro traidor á cualquiera de los presentes que en el momento del peligro fuese mas en las palabras que en las obras, y doy poderes á todos y á cada uno de nosotros para herirle de muerte como á un traidor.

Los conjurados. ¡Amen!

Ulrico. Ya sabeis que nuestros hermanos de Furth, de Wurtsburgo, de Bamberg, fiados en nuestro empeño, van á levantarse esta noche y á arrojar de sus ciudades á los gobernadores del conde. Si demorásemos nuestra empresa un solo dia, los venderiamos cobardemente entregándolos á una muerte segura; vamos pues á consumar esta noche el grande acto para el que fraternalmente nos hemos conjurado.

Todos. ¡Amen!

Ulrico. Diga ahora cada jefe lo que ha resuelto hacer; luego hablaré yo por los estudiantes y por mí.

(*Enrique Fritzlar sube al púlpito y se queda pensativo, con los manos cruzadas sobre su enorme barrigon.*)

Salado. (*Gritando.*) ¡Mas alto! que no se oye.

Fritzlar. (*Desdeñoso y solemne.*) Dignos hermanos mios. . . .

Salado. ¡Bien, muy bien!

Fritzlar. A todo el mundo es notorio que maese Salado, por otro nombre Agua-botellas, me está siempre acosando con sus impertinencias, resentido de que lleva seis meses de rondar por debajo de las ventanas de mis hijas, sin lograr obtener de ellas el mas leve favor.

Salado. Una sola palabra va á confundiros, buen hombre. Vuestras amables hijas, de un padre hermoso vástagos mas hermosos todavía, como dice Placo, me echaron la otra noche, no ya un ramillete, sino todo un arbusto en flor; ¡ah!

Fritzlar. Sí, ¡con el tiesto! Parece que os olvidais del tiesto, amiguito.

Salado. Un arbusto no prende en la palma de la mano; diciendo arbusto, creo que se sub entiende suficientemente el tiesto. El tiesto era un favor mas.

Ulrico. ¡Señores!

Fritzlar. Por mi parte cumpliré lo que he prometido. En cuanto se abran las puertas del castillo, y ni un minuto antes, tocará rebato la campana mayor; los gremios armados se reunirán en la plaza del Mercado, y los síndicos en el ayuntamiento, donde redactaremos una exposicion al emperador, para implorar su proteccion y reconocer su señorío mediante la conservacion de nuestros fueros.

Salado. Excelente, pero contradictorio.

Fritzlar. (*Animándose.*) Sin embargo, no quiero ocultarlo: si Enrique Fritzlar conserva voz y voto en el ayuntamiento, la ciudad de Nuremberg decretará su primera ley de policía contra esa clase turbulenta de mozos insolentes que so pretexto de dedicarse á estudios cuya importancia dista mucho de compensar los inconvenientes que la residencia. . . . (*Murmullos en una parte del auditorio.*)

Salado. ¡Dejadle! ¡dejadle! le desafio á que concluya su frase; prosigue, pozo de ciencia. (*Fritzlar baja del púlpito en medio de una risa general.*)

Munius. (*Desde su asiento humildemente.*) Dignos señores, tengo tan poco que decir. . .

Salado. ¡Al púlpito!

Munius. Solo dos palabras.

Salado. Ni una sola. Al púlpito.

Munius. (*Subiendo al púlpito.*) Diré una sola palabra.

Salado. Pues decidla.

Munius. ¡Así se me caiga un ojo de la cara á cada mentira que diga! Mis hermanos y yo marcharémos al socorro de los bizarros estudiantes y de los valerosos gremios de la respetable ciudad de Nuremberg; pero así me caiga muerto aquí mismo, y antes dos veces que una, si no sale de mis labios la pura verdad; somos unos pobres infelices que nos quedamos á perecer con nuestros pobres hijos, si en el tumulto nos saquean nuestras pobres casas.

Salado. ¡*Thesaurus linguae!* ¡tesoro de elocuencia! ¡*Et veritatis!* y de verdad. Proseguid, virgen de Sion.

Munius. Esa es la razon porque desearíamos que se nos asegurase una buena proteccion para nuestras casas, mientras estemos ausentes.

Ranucio de Bizancio. (*Con voz estentórea.*) Eso corre de mi cuenta. (*Se precipita al púlpito, del cual baja Munius precipitadamente. Ranucio prosigue.*) De mi cuenta corre, digo, velar con mi gente sobre las casas de los judíos; mi propósito además es estar un poco á la mira de todo. Pienso cubrirme de gloria de piés á cabeza desde que empiece la danza hasta que salga el sol. Mi plan es sencillísimo; hele aquí en dos palabras: coloco á ciento de mis leones á espaldas del castillo; apenas adviertan que hay tumulto en el interior, se precipitan, acuchillan á la guarnicion y derriban las tapias en los fosos. Otros ciento de mis perros de presa, desparramados con disciplina por el barrio de los judíos, se irán presentando sucesivamente á las puertas de todas las casas, que se habrá cuidado de dejar abiertas de par en par, para que las recorran militarmente y se aseguren de que todo está tranquilo, y en especial de que las mujeres obtienen el debido respeto. Entre tanto yo, al frente de doscientos héroes, flor y nata de mi gente, me precipito en persona sobre los cuatro ángulos de la ciudad, con una tea encendida en una mano y esta espada en la otra. Como he batallado un poco por esos mundos y he asistido á mas de una toma de ciudad, en que, por decirlo así, nadábamos

hombres y caballos en sangre hasta las rodillas, no hay temor que me falte resolucion. Es preciso espumar la olla mientras está hirviendo; tal era la opinion de mi abuela, tal es tambien la mia. Amigos ó enemigos, á nadie reconozco. ¿Es este ó aquel? ¿Qué se yo! ¿Se llama de un modo ó se llama de otro? Lo ignoro. En tales momentos, el hombre no es hombre, es el filo de una espada. ¡Peguen luego á ese asno! ¡Ub tajo á ese judaño! Zus! zus! á mí, Ranuncio! Ranuncio! cierra! pilla! mata! saqueo! saqueo!

Muchas voces. ¡Fuera ese bárbaro!

Ranucio. (*Limpiándose el sudor de la frente.*) ¡Cómo! ¿Qué dicen esos mercachifles?

Los conjurados. Id muy poramala con vuestros leones y vuestros héroes!

Ranucio. Hablemos claro, señores, y sepamos en qué quedamos. ¿Vamos á pelear ó no? ¿Es costumbre batirse con almohadas y monjiles de viuda? Yo creia que íbamos á pelear.

Ulrico. Señores, Ranuncio es un soldado. Se ha explicado mal: lo que ha querido decir es que será inexorable con los partidarios del conde.

Ranucio. Por supuesto.

Munius. Si la gente del capitan Ranucio entra en nuestro barrio, nosotros nos quedaremos en él para defender á nuestras mujeres y nuestras haciendas.

Ranucio. Judío, el que insulta á mi gente me insulta á mí!

Munius. Señores, señores, es un ladronzuo. Me está debiendo doscientos florines, que me ha sacado sobre hipotecas falsas.

Ranucio. Judío, eres un aleve traidor.

Munius. Sale á robar de noche por las calles.

Ranucio. Hay que convenir que esto es insoportable. (*Desenvaina su espada y baja del pulpito.*

Ulrico. (*Poniéndose delante.*) Ranucio, y tú, judío, ¿queréis perdernos con vuestras miserables rencillas? ¿Pensais ahora? ¿Pensais en la hora en que estamos? Judío, mala lengua; yo te respondo de tus bienes sobre mi honor. Ya me entiendes, Ranucio; hay muchos modos de hacer traicion, y la mayor para con la libertad es un crímen cometido en su nombre, que villanin cubierto con su escudo. Ranucio, abraza al judío.

Ranucio. Olvidemos lo pasado, digno Munius. (*Le abraza.*)

Munius. ¡Socorro! ¡que me ahoga!

Ranucio. Te engañas, Munius, en órden á la significacion de mi abrazo.

Mansfeld. (*En voz baja á Ulrico.*) Créeme, mejor haríamos en dejarlo é irnos á vivir lejos de aquí.

(*Continuará.*)

EL CUADRO DEL FRAILE.

Pocos hombres han alcanzado mas aplausos, gloria y caudal que el pintor flamenco Pedro Pablo Rubens, artista célebre ya á la edad en que otros no son todavía mas que unos verdaderos niños. Solicitado con ansia por los mas grandes príncipes, que cubrian de oro sus obras maestras y se disputaban el honor de fijarle en su corte, vió luego tributar á la nobleza de su carácter, á sus altos conocimientos los mas lisonjeros testimonios. El duque Buckingham, habiendo hecho saber á Rubens todo el dolor que le causaba la desavenencia ocurrida entre las cortes de Inglaterra y de España, le encargó que comunicase sus designos de reconciliacion á la infanta Doña Isabel, viuda del archiduque Alberto. Rubens pasó á Bruselas á ver á esta princesa, logró en breve el objeto de su negociacion, y ganó tanto terreno en la privanza de la infanta, que esta le envió cerca del rey de España, Felipe IV, con comision de proponer medios de paz y de recibir las instrucciones del monarca. Felipe IV, admirado del mérito de Rubens, le nombró caballero y secretario de su consejo privado. Volvió Rubens á Bruselas á dar cuenta á la infanta Doña Isabel de los resultados de su mision, luego pasó á Inglaterra con las instrucciones del rey católico y ajustó la paz á gusto de las dos potencias. El rey Carlos I colmó de honras á Pedro Pablo Rubens, le confirió sus órdenes, y le armó caballero, en pleno parlamento, la espada que llevaba ceñida, para darsela al ilustre negociador. Volvió este en fin á España, donde le dió el rey la llave de gentilhombre de cámara y le nombró secretario del consejo de estado en los Paises Bajos. Un año antes se habia casado con Elena Forment, doncella de rara hermosura, de alta cuna, y que á los tres meses de matrimonio le habia dado un hijo.

Justamente engreido con tanta felicidad y con una posicion que solo debia á su propio mérito, Rubens se habia rodeado de fausto, y nunca iba sin una brillante comitiva, numerosa y digna de un príncipe. Sus discípulos, que le habian acostumbrado á una especie de culto, le acompañaban siempre y le formaban un noble séquito; de esta suerte iba Rubens, durante sus viajes, de claustro en claustro y de iglesia en iglesia, visitando las obras maestras que contenian aquellos edificios, porque en la época de que hablamos, las artes, inspiradas por la religion, recibian del clero poderosos estímulos. Mas de un artista que hubiera muerto pobre y desconocido, debió su gloria y su bienestar

á la generosa ayuda que le ofreció el clero del siglo XVII, y como decia el mismo Rubens, la protección de un fraile valia, para un pintor, tanto como la de un rey.

Un dia Rubens, recorriendo las cercanías de Madrid, entró en un convento de regla muy austera, y reparó, no sin sorpresa, en el pobre y humilde coro del monasterio, un cuadro que revelaba el talento mas sublime. Aquella pintura representaba la muerte de un fraile. Rubens llamó á sus discípulos, les enseñó el cuadro y todos participaron de su admiracion.

—¿Y quién puede ser el autor de esa obra? preguntó Van-Dick, el discípulo favorito de Rubens.

—Habia un nombre escrito al pié del cuadro, pero le han borrado, respondió Van-Tulden.

Envió Rubens un recado al prior para suplicarle que bajase á hablarle, y habiéndolo este hecho así, preguntó el pintor al lanciano fraile el nombre del artista á quien debia su admiracion.

Cruzó el prior los brazos, sonrió tristemente y respondió —El pintor no pertenece ya á este mundo.

—¡Ha muerto! exclamó Rubens, ¡ha muerto! y nadie le ha conocido hasta ahora, nadie ha repetido con admiracion su nombre, que deberia ser inmortal, su nombre ante el cual se eclipsaria acaso el mio, y sin embargo, añadió el artista con noble orgullo, sin embargo, padre mio, yo soy Pedro Pablo Rubens.

Al oir este nombre, animóse con una expresion singular el pálido rostro del prior. Sus ojos centellearon, y fijó en Rubens una mirada en que se revelaba algo mas que una vana curiosidad: pero aquella exaltacion no duró mas que un momento. Bajó el fraile los ojos, cruzó sobre el pecho sus brazos, que habia levantado al cielo en un momento de entusiasmo, y repitió:

—El artista no pertenece ya á este mundo.

—Su nombre, padre mio, decidme su nombre, para que yo pueda anunciarlo al universo y darle la gloria que merece! y Rubens, Van-Dick, Diepsembeck, Jacobo Jordaens, Justo Van-Nuel, Van-Tulden, sus discípulos, casi iba á decir sus rivales, rodeaban al prior, y le suplicaban con empeño que les nombrase el autor de aquel cuadro.

El fraile temblaba: un sudor frio caia de su frente sobre sus mejillas enjutas, y sus labios se contraian convulsamente, como prontos á revelar el misterio cuyo secreto poseia.

—¡Su nombre! ¡su nombre! repitió Rubens.

Hizo el fraile con la mano un solemne ademan.

—Escuchadme, dijo, me habeis comprendido mal. Os he dicho que el autor de este cuadro no pertenece ya á este mundo, pero no he querido decir por eso que haya muerto.

—Vive, vive! ¡oh! ¡hacednosle conocer! ¡decidnos quién es!

—Ya ha renunciado á las cosas de la tierra: está en un claustro, es fraile.

—¡Fraile, padre mio! ¡fraile! ¡Oh! Decidme en qué convento, porque es preciso que salga de él. Cuando Dios imprime en la frente de un hombre el sello del genio, ese hombre no tiene derecho para sepultarse en la soledad. Dios le ha dado una mision sublime, y es preciso que la cumpla. Nombradme el claustro donde se oculta, y yo iré á sacarle de él y á mostrar la gloria que le espera! Si me repele haré que nuestro santo padre el papa le mande volver al mundo y tomar de nuevo los pinceles. El papa me estima, padre mio: el papa escuchará mi voz.

—No os diré ni su nombre, ni el claustro donde se ha refugiado, replicó el fraile con tono resuelto.

—El papa os mandará que lo hagais, exclamó Rubens exasperado.

—¡Escuchadme, dijo el fraile, escuchadme en nombre del cielo! ¿Pensais que ese hombre antes de abandonar el mundo, antes de renunciar á las riquezas y á la gloria, no ha luchado recisamente contra semejante resolucion? ¿Creeis que no ha necesitado amargos desengaños, crueles dolores para reconocer, en fin, golpeándose el pecho, que todo en este mundo no es mas que vanidad? Dejadle, dejadle pues morir en el asilo que ha hallado contra el mundo y sus desesperaciones. Por lo demás de nada servirian vuestros esfuerzos: saldria victorioso de esa tentacion, añadió haciendo la señal de la cruz, porque Dios no le retirará su ayuda. Dios que en su misericordia se ha dignado llamarle á sí, no le arrojará de su presencia.

—Pero, padre mio, considerad que renuncia á la inmortalidad.

—La inmortalidad es nada en presencia de la eternidad.

Y el fraile se bajó la capucha sobre la frente y mudó de conversacion: de modo que no pudo Rubens insistir mas.

Salió del claustro el célebre flamenco con su brillante séquito de discípulos y todos volvieron á Madrid pensativos y silenciosos.

El prior, de vuelta en su celda, se hincó de rodillas de vuelta sobre la estera que le servia de cama, y dirigió á Dios una ferviente oracion: luego cogió un manojo de pinceles, una caja de colores y un caballete que estaban en un rincon de la celda, y los tiró al rio que pasaba por debajo de su ventana: largo rato contempló con melancolía el agua que se llevaba aquellos objetos.

Luego que hubieron desaparecido, volvió á hacer oracion arrodillado sobre su estera y delante de su crucifijo de madera.

ALIX,

LEYENDA ALEMANA.

[CONTINUA.]

ULRICO. Ya es tarde. Está seguro, amigo, de que todas estas mezquinas discusiones desaparecerán muy pronto ante el sentimiento de un deber comun y de un peligro presente.

SOLADO. (*Desde su asiento.*) Señores y hermanos mios.....

FRITZLAR. ¡Al pulpito!

SALADO. Es inútil. Solo voy á dirigiros algunas palabras para vuestra utilidad.

FRITZLAR. ¡Al pulpito! ¡al pulpito!!

SALADO. Con mucho gusto. (*Sube al pulpito seguido de los dos enmascarados que no se han apartado de él un momento en toda la sesion.*) Hermanos mios, si hay alguna cosa capaz de conturbar un espíritu valeroso, es sin duda la imágen de una muerte cercana, sobre todo cuando esa muerte se presenta escoltada con el horrendo aparato de una refinada tortura. Mi flaca humanidad se estremece á pesar mio, cuando al considerarnos á todos vosotros, los que estais presentes, me digo: ¡Ah! todos esos rostros, de los cuales la mayor parte me son familiares, unos ovalados, otros redondos, todos animados por los colores de la salud, serán todos dentro de algunos instantes caras igualmente lívidas, todas igualmente contractadas por la sorpresa de una muerte violenta. (*Murmullos.*) He ahí una porcion de seres vivos y bien conformados, que acaban de cenar sosegadamente con sus familias, que andan y que dirigieren, cuyos órganos todos, en fin, disfrutan de un movimiento sano y regular, y que mañana por la mañana estarán todos uniformemente tendidos sobre el polvo, masas inertes y tristes de ver, aun para los ojos de sus mas próximos allegados. (*Murmullos mas violentos.*) De un solo revés, todas esas cabezas habrán caido de encima de todos esos cuellos! (*¡Basta! ¡basta!*) Los dientes apretados, las bocas horriblemente entreabiertas, los músculos encogidos, los ojos vidriosos ó sanguinolentos, todas habrán rodado confundidas con troncos agitados por espantosas convulsiones sobre la yerba húmeda con el nocturno rocío, al canto matinal de las avecillas. ¡Sobrevive tal vez la sensibilidad á la degollacion! (*Tempestad de gritos: ¡Fuera! ¡Fuera!*)

MANSFELD. ¿Qué es eso? ¿Habeis perdido la cabeza?

SALADO. No señor, pero la perderé muy en breve, lo mismo que vos la vuestra. No me sorprende ciertamente la impaciencia de los valientes que me interrumpen, y les perdono que hayan interpretado mal mis intenciones. Ecsasamente habia llegado al fin del primer tercio de mi exordio, despues de haber aludido á la miserable suerte que nos aguarda, proponíame por medio de una brusca transicion, demostrar la grandeza del hombre que sabe domar sus mas vivos instintos, y sojuzgarlos con el freno de los sentimientos generosos; parecíame oportuno presentar con fuertes colores el cuadro de nuestros peligros, á fin de realzar tanto mas el valor de los que los arrostran; plan por cierto tan bueno como otro cualquiera; pero pues no quereis escucharme, punto concluido.

FRITZLAR. ¡Es un traidor! ¡Los dos descarnecidos que le acompañan son espías del conde!

SALADO. Ahí os esperaba yo, ¡oh rencoroso síndico! Estos dos hombres son en efecto reclutas de mi mano. Mucho tiempo ha que me parecia de desear que hubiera en nuestra sociedad dos individuos por lo menos, cuya fidelidad no fuese dudosa, y los he hallado por fin, hermanos mios, y aquí os los presento. Vanamente atormentarian y descuartizarian á estos dos caballeros por arrancarles una sílaba sola tocante á nuestra conspiracion, y no tengo rebozo en decir que estoy mas seguro de ellos que de ninguno de vosotros y aun de mí mismo; verdad es que disfrutan el discreto privilegio de ser sordo-mudos de nacimiento. (*Risas y murmullos. Salado baja triunfalmente del púlpito, al cual sube Ulrico.*)

ULRICO. ¿Es esta una asamblea de hombres que preparan la libertad á su patria ante los ojos del Dios vivo, ó estamos en la antesala del tirano entre bufones que bromean y lacayos que disputan? Uno hay aquí entre todos debemos sonrojarnos, porque movido á compasion de nosotros, movido á compasion de nuestras madres, de nuestras hermanas, de nuestros hijos, ha resuelto sacrificarse solo, tomar sobre sí el acto decisivo de la lucha, que es la muerte del conde, y no dejar á los otros mas que el peligro secundario de matar ó de hacer merced de la vida á hombres privados de su jefe. Solo eso, ya le sirva bien,

ya le rueda su manto, tiene que morir precisamente. Tanto como vosotros, acaso mas que vosotros, estaba apegado á la vida con dulces y poderosos cimientos... ¡Y este es el estímulo que le damos en su hora suprema! Por cima de todo dolor á nuestros corazones, ruega él su corazon con su propia mano... ¡Y este es el á Dios que damos á la generosa víctima! ¡Oh, amigos! yo conozco á esa víctima: junto á ella estaba hace un momento; tenia fuerte su mano y la sentia temblar. ¡Temblaba mucho de miedo! No, pero sufria: su alma estaba traspasada de dolor; oyendo en tales momentos vuestras indignas disputas, dudaba de vuestra sagrada causa, dudaba de su sangre que va á derramar por ella... ¡Oyais blasfemar en torno de un amigo moribundo! Estais al pié de su lecho de agonía... os tiendo la mano, os digo por mi voz: amigos mios, apartad de mis lábios ese cáliz demasiado amargo. ¡Dad misericordia de mi alma, devolvedle la fe! ¡No me dejeis morir desesperado, morir sin creer en los hombres porque muero, sin creer en la patria, en la libertad, en la santa fraternidad humana! Amigos, hermanos, escuchadme una vez que no volveremos á oirle ya mas; si tenéis un corazon, vosotros, todos los que estais presentes, yo os lo suplico de rodillas, pidamos perdon á Dios de haber infundido en este solemne hora dudas tan impías en el alma de un mártir. (*Se arrodilla.*)

Los conjurados. (*Arrodillándose.*) ¡Viva Ulrico! ¡Muera el conde! ¡Viva la patria!

Ulrico. Gracias, gracias por ello. Ya es llegada la hora: ¿no hay aquí ningun sacerdote? (*Se adelanta un sacerdote hasta el pié del púlpito.*) Padre mio, esta noche va á morir el conde Otocar de Ahena, falsamente llamado conde soberano de Francosia. Con la violencia nos ha robado la libertad que nos diera Dios; con la violencia le arrebatarémos, en nombre de Dios, lo que nos ha robado. Vuestro puesto, padre mio, no está en la lid, toda la noche haréis oracion delante de ese crucifijo por el alma del conde, pues si es un acto impío dejarse despojar de la santa libertad que se ha recibido del cielo, tambien la vida es cosa santa, y debemos arrodillarnos delante de Dios cuando matamos, aunque sea á un tirano. Al mismo tiempo, padre mio, pediréis á Dios por el que va á herir al conde.

El, sacerdote. ¿Quién es, hijo mio?

(*Estremecimiento y murmullos entre los conjurados.*)

Ulrico. (*Se arrodilla y hace oraciones; luego levantándose.*) Yo.

Salado. ¡Bravo!

Ulrico. Mis amigos rodean el castillo, y al primer grito de alarma forzarán

la guardia. Bueno seria que uno de vosotros tuviese el arrojo de entrar detrás de mí para dar la señal desde dentro. ¿Quién me seguirá?

Mansfeld. Yo.

Salado. Señor forastero, yo os saludo.

Ulrico. Amigos mios, ahora á vuestros puestos. Si dentro de un cuarto de hora no estoy en el castillo, llamadme traidor. Ven, Mansfeld.

(*Los conjurados se dispersan.*)

Salado. (*Corriendo detrás de él.*) Mal me has tratado en tu filípica, pero no importa; permiteme que te dé un abrazo.

Ulrico. (*Rechazándole.*) Déjame.

Salado. ¡No? pues te arrepentirás como hoy Dios te perdonará las uñas que será un gusto. (*Vase.*)

III

El cuarto de Ulrico. Entran Ulrico y Mansfeld. Alix se levanta como sobresaltada y permanece en pie toda trémula, apoyada en el respaldo de un sillon. Ulrico se acerca á ella, la mira un momento en silencio, y luego la besa en la frente muy conmovido.

Alix. ¡Ya ha llegado el momento!

Ulrico. Mansfeld irá conmigo. Nos ayudaremos uno á otro, y Dios nos ayudará. Nada temas.

Alix. ¡A qué hora?

Ulrico. Ahora mismo. Vamos, hermosa mia, si quieres que concluya mi valor, no tiembles. (*A Mansfeld.*) Voy arriba á tomar la capa de Stanmer. (*Sube por la escalera de caracol, y desaparece.*)

Mansfeld. Alix, valor, en nombre de Dios. De una sola lágrima de una mujer suele depender, hija mia, el honor de un hombre y á veces el destino de un pueblo. (*Alix coge, sin responder, la mano de Mansfeld; en el mismo instante se oye un grito en la estancia superior, y Ulrico baja la escalera corriendo, pálido y desencajado.*)

Alix. Dios mio, ¿qué es eso? Ulrico ¿qué tienes?

Ulrico. La carta!... ¡No encuentro la carta!... ¡La caja está vacía!...

Alix. ¿Alguno ha entrado aquí. Di, ¿quién ha venido? habrás dejado la puerta abierta al salir, desgraciado!...

Ulrico. ¡Es posible!... Pero no, no me acuerdo, y luego ¿con qué interes pueden haber hecho ese robo? ¿No has acudido á todo el mundo la existencia de esa carta! ¿Quién puede haberla cogido? ¡Has buscado bien?

Alix. ¡Si he buscado! Te digo que la caja está vacía. ¡Misericordia de Dios! ¡No hay remedio, no hay remedio! ¡Y cómo acercarme ahora al

conde! ¿Qué pretexto? ¡Qué medio queda! Me recibirá en medio de su guardia, con su coraza en el pecho. Es imposible... ¡soy perdido!!!

MANSFELD. ¿Dónde estaba la llave de la caja?

ULRICO. Colgada de mi cuello, en esta cadena; ¡han forzado la cerradura!

MANSFELD. ¡Es extraño! ¿Y á nadie habias confiado el secreto de esta carta?

ULRICO. ¡A nadie! jamás. Alix, ¿has salido esta tarde?

ALIX. Un instante solamente; en cuanto he tenido tiempo para llegar á Santa Clara, encender una vela y volver. Además, estoy segura de haber cerrado la puerta.

ULRICO. ¡Dios mio! (*Se llega corriendo á una de las ventanas.*) ¿Quién ha roto este vidrio? ¿Le has roto tú?

ALIX. ¿Un vidrio roto? No lo habia visto. No, estoy segura de que no lo he roto.

MANSFELD. Y por aquí afuera están tronchadas algunas ramas de la parra. Alguno ha entrado y ha salido por aquí.

ULRICO. Sí, eso es... mientras has estado fuera. ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Y yo que he prometido... que he jurado!... De seguro no me creerán; dirán que he faltado á mi palabra, que he quebrantado mi juramento, que he tenido miedo. ¿Y qué hago, qué puedo hacer ahora? (*Se retuerce los brazos desesperado.*)

MANSFELD. No hay mas que una cosa que hacer, avisar á los conjurados sin perder ni un instante. A lo menos salvemos sus cabezas.

ULRICO. ¿Y á los de Ratisbona? ¿Y á los de Wurtsburgo? ¿Y á toda la Franconia le avisarás tambien? Vivo el conde, su levantamiento no servirá mas que para designarle víctimas. ¡Se han fiado en mi palabra de honor, y por ello van á morir! ¡Oh miserable, miserable de mí! Y la verdad es que los vendo en efecto... yo hubiera debido tener dispuestos varios medios... ¡Dios mio! ¡He vendido á mis hermanos! Cuando hablen de tí, pobre mozo, no te compararán á Bruto, no; te llamarán Judas! (*Se cubre el rostro con las manos.*) Mira cómo te vengo, Alix mia... ¡Ah! razon tenias en despreciarme... ¿Quién sabrá siquiera si ha existido nunca tal carta? He mentido, amigos mios, nunca he tenido esa carta... Mira, Mansfeld, ven... Dime lo que quieras... Es preciso acabar con este infierno que tengo en la cabeza. (*Desencaja violentamente la daga.*)

ALIX. (*Deteniéndole la mano.*) Dámela. Ve á reunirte con tus amigos, y estad todos prontos. Yo mataré al conde.

ULRICO. ¡Estás loca, Alix!

(*Continuará.*)

LAS CATACUMBAS.

Nadie hay que no haya oido hablar de esas galerías subterráneas, cuyas ramificaciones multiplicadas hasta lo infinito, se extienden hasta fuera de las murallas de la antigua capital del mundo, se prolongan á distancias que todavía no se han podido medir, y la envuelven por todas partes con su red casi intrincada. Su orígen se pierde en la noche de los tiempos, y la opinion mas verosímil es que fueron abiertas desde la fundacion de la Roma pagana, para la extraccion de pucelana, especie de tierra volcánica que se empleaba y se emplea hoy todavía en la construccion de sus edificios; y no es necesario decir que aquellos duros trabajos eran el destino de los esclavos y de aquellos cuya pobreza los habia reducido á la clase mas ínfima de la sociedad. Luego que la Roma cristiana apareció en el mundo para ser perseguida por la otra, aquellos pobres, aquellos esclavos á quienes habia recibido en su seno, y cuya caridad y doctrinas sublimes habian modado su corazon borrando su ignominia, dieron á conocer á sus hermanos las aberturas por donde se penetraba á aquellas grutas, así como sus profundas sinuosidades, donde podrian hallar abrigo seguro é inaccesible. En efecto, como en tiempo de los Césares solo proseguian los trabajos en ciertos puntos y de distancia en distancia, la mayor parte de aquellas inmensas cavernas habian dejado de ser frecuentadas, habiéndose perdido hasta su rastro.

Los cristianos se aprovecharon de este descubrimiento, primero para ocultar en las cuevas sus muertos, cuyos despojos no querian fuesen profanados mezclándolos con los de los paganos; despues para ocultarse ellos mismos cuando la persecucion les obligó á ello, y ahondando algunas veces en la toba de otras galerías debajo de las canteras de pucelana, ensanchando en otros puntos cuando lo creyeron necesario las antiguas escavaciones, las acomodaban de este modo al doble uso de sus sepulturas y sus reuniones. Allí donde el terreno presentaba mas solidez, hicieron para las ceremonias del culto vastas salas de distintas dimensiones, pudiendo ser consideradas como la cuna subterránea de la arquitectura cristiana esas capillas mas ó menos espaciosas.

La mayor parte de los cementerios los establecieron á alguna distancia de las murallas, y á distancias mas ó menos apartadas. Comparativamente hay un número muy corto sobre la márgen derecha del Tíber, en los flancos del monte Janículo y en las campiñas inmediatas; pero son mas comunes á la otra parte de Roma bajo los campos y las mamelas de esa vasta llanura que se alza entre el recinto de la ciudad y los montes.

Las grutas del Vaticano son innegablemente uno de los establecimientos subterráneos mas antiguos: es probable que su orígen sea anterior á la muerte

de San Pedro, y que subo á algunos años antes del exterminio de los cristianos mandado por Neron, "el primero, dice Tertuliano, que ensangrentó la fe naciente," y con fuese crucificado el príncipe de los apóstoles sobre el mismo Vaticano, ora en la pendiente del Janículo, en el sitio en que está situada la iglesia *de Montorio*, los documentos mas antiguos y seguros están conformes acerca de este punto, esto es, "que su cuerpo fué sepultado en aquellas grutas."

Partiendo del Vaticano se encuentra cerca de la via Aurelia otro cementerio, cuya antigüedad no es muy grande, y donde fueron enterrados Proceso y Martiniano, carceleros de San Pedro en la prision Mamertina, convertidos por él, martirizados un año despues, y que hoy reposan en la gran basílica Vaticana, junto á su *confesion*. A alguna distancia de ese cementerio, y tambien sobre la via Aurelia, se hallaba el del mártir Calepodio, cuyo cadáver fué sacado del Tiber y enterrado en aquel sitio por disposicion del papa Calixto, su amigo. Tambien allí fué enterrado un tierno mártir de catorce años (san Pancracio), cuyo nombre volveremos á encontrar cuando los que sufrieron martirio durante Diocleciano. A alguna distancia de allí, en las cercanías del Tiber, y cerca de la via Portuesa, están las grutas de Pancracio, afamadas desde el siglo IV porque recibió las reliquias de muchos mártires, y cuyo sagrario, perdido hacia mucho tiempo, fué encontrado en el siglo XVI.

Despues de salir de las grutas Porcenas y pasar el Tiber, se llega á las inmediaciones de la puerta Ostia, donde están situados los cementerios de los santos Félix y Adaucto, de San Ciriaco, San Timoteo de Antioquía y S. Zenon, los cuales forman, por decirlo así, un cinturon de catacumbas en derredor del sitio en que habia sido colocado el cuerpo de San Pablo. El cementerio de Lucina (*), al cual se habia confiado este precioso tesoro, era muy conocido y frecuentado aun en tiempo de las persecuciones.

Los subterráneos que acabamos de recorrer forman una línea que se extiende desde el sepulcro de San Pedro al de San Pablo, y encierra á casi la mitad de Roma.

Tomando por punto de partida la region del Vaticano, hallamos otra línea

(*) *Lucina era una mujer cristiana, célebre en los tiempos de las primeras persecuciones por el heroismo de su caridad para con sus hermanos. Esta caridad la habia demostrado, sobre todo, cuando el martirio de Proceso y de Marciniano, y he aquí lo que acerca de esto dicen sus actas: "Proceso y Marciniano fueron conducidos á las afueras de Roma, y en la via llamada Aurelíana les cortaron la cabeza. La bienaventurada Lucina, viendo lo que se preparaba, los habia seguido con su familia y hasta que estuvieron cerca del acueducto donde fueron los perros. Entonces la santísima Lucina recogió los cadáveres, los embalsamó con preciosos aromas, y les dió sepultura en una cantería de mármol que poseia no muy lejos."*

de cementerios antiguos, que forma por la parte opuesta un gran semicírculo al rededor de la ciudad santa. En la via Flaminiana, que se abria á corta distancia del mausoleo de Augusto, ocultaba un montecillo la gruta sepulcral del mártir San Valentino. Desde allí hasta la via Salara, parece casi interrumpida la Roma subterránea, y en este último camino las célebres catacumbas de santa Priscila son, por decirlo así, el centro de otras muchas grutas que bajo nombres diferentes solo forman con ellas un inmenso grupo de galerías fúnebres. La historia habla de tres ilustres cristianas llamadas así; la primera, mujer de Aquila, discípulo de San Pablo; la segunda mujer de Pánico Pudens, que dió hospitalidad á San Pedro; la tercera contemporánea del papa San Marcelo, á principios del siglo IV. Tal vez esta trabajó por sí sola en el engrandecimiento de aquel cementerio, pues las actas de santa Pudenciana y santa Práxedes hacen mencion de haber sepultado á varios cristianos en las catacumbas de Priscila, á lo menos siglo y medio antes. Así es que su orígen se remonta á los tiempos apostólicos.

Allí estaba el sepulcro de la primera familia cristiana de Roma, de la que la historia nos presenta como tal y cuyos nombres conocemos hasta la tercera generacion. Se compone del senador Pánico Pudens, de Priscila su esposa, su hijo é hijastra, Pudens el menor y Sabinela, los hijos de este, Timoteo y Novato, Pudenciana y Práxedes. En casa de Pudens se reunieron los cristianos en un principio para asistir á los sagrados misterios, para recibir la comunion de las manos de Pedro, á quien habia dado hospitalidad. Parece que en las dependencias de su casa habia establecido aquella noble y santa familia un cementerio provisional, en el cual depositaba los cuerpos de los mártires hasta que pudiesen ser conducidos en secreto al gran cementerio de la via Salara. Durante cerca de tres siglos bajaron muchísimos cristianos á aquella morada de la muerte que les habia preparado la misma Priscila, que cuando viva habia convertido su casa en asilo de los fieles confesores de la fe!

Dejando la via Salara, se encuentra cerca de la via Nomentana el cementerio de Santa Inés, esa tierna mártir de la fe y del pudor, cuya interesante historia así como su maravillosa aparicion tienen un lugar distinguido en nuestros relatos. Otros muchos cementerios cuya numeracion seria muy larga, estaban sembrados acá y allá en los caminos que partiendo de Roma se prolongaban entre la puerta Nomentana y la puerta Capena, entre otros en la via Tiburtina, la casa en que fueron sepultados los cuerpos de San Lorenzo y Santa Ciriaca, y en la cual vienen á desembocar otros muchos subterráneos en la via Labicana, las grandes catacumbas de los santos Pedro y Marcelino; cerca de la via Latina, tan ilustre por sus sepulcros paganos, el cementerio de Servilíano y Simplicio, que debe contarse entre los mas antiguos. En fin, estas dos grandes líneas de subterráneos que acabamos de recorrer y cada una de las

cuales rodea casi la mitad de Roma partiendo del Vaticano, vienen á juntarse hácia el sudeste de la ciudad, donde desembocan en esa via Apia llamada la Reina de los caminos. Allí, en medio de las sepulturas de las familias mas grandes de Roma, está situado el cementerio de San Calixto. Engrandecido y restaurado por el papa cuyo nombre lleva, ya existia hácia mediados del siglo II, y hay algun motivo para creer que habia sido empezado en el primero por esa Lucina que habia cuidado de dar sepultura á San Pablo. Se hace subir á ciento setenta y cuatro mil mártires cuyos cadáveres han sido colocados allí en la sucesion de los tiempos. Efectivamente era bastante extenso para recibir mayor número de muertos.

Al lado de este cementerio, y casi al mismo nivel, se hallaba y existe todavía un subterráneo semicircular, el único á que se dió en aquellos antiguos tiempos el nombre de *catacumbas* (sitio inmediato á las tumbas) ó el de *catacumbes* (sitio bajo y profundo) con el cual se conocen hoy todos esos cementerios.

Algunos autores han pensado que este subterráneo era un monumento primitivamente pagano, que despues fué abandonado. Sea lo que fuere, presentaba en su cavidad una iglesia materialmente perfecta, y mucho mas espaciosa que la mayor parte de las capillas que podian hacerse en las canteras de la campiña romana. Por otra parte, su situacion cerca de la via Apia era favorable, pues los cristianos que frecuentaban aquellas catacumbas podian con mas facilidad que sobre otros puntos alejar las sospechas, como que sus idas y venidas podian confundirse con las de aquellos que por motivos de curiosidad ó afecto iban á visitar aquellos sepulcros tan famosos situados á los lados de aquel gran camino. Estas diversas circunstancias y el singular acaecimiento que desde el siglo I habia santificado aquel asilo subterráneo, habian determinado á los papas á convertirlo en albergue suyo en los tiempos de persecucion, y en el curso de los siglos II y III, muchas veces la convirtieron en catedral y centro de su gobierno.

Llegábase allí como hoy por dos rampas formadas hácia la via Apia, la una y la otra por la parte de la via Ardeatina. Desde luego se presenta un departamento que dicen era de los papas, y un poco mas abajo se abre la puerta de la basílica, alumbrada en otro tiempo por cuatro claraboyas largas y estrechas. En un rincon de esta iglesia se elevaba la silla pontifical construida de mármol, existiendo incrustado en la pared un banco circular tambien de mármol. En medio está un altar antiguo sobre un pozo, cuyo orificio se puede ver por un agujero abierto en la misma base del altar, y forman una especie de cinturon doce sepulcros arqueados, hechos en la pared (en otro tiempo habia catorce), y colocados en una misma línea horizontal en la circunferencia interior de la iglesia.

ALIX,

LEYENDA ALEMANA.

[CONTINUA.]

ALIX. Quedarias deshonrado, tú lo has dicho; serias un infame, y yo no quiero que lo seas, y quiero vengar á mis hermanos. Hace un momento abrí tu Biblia: Dios mismo me puso delante de los ojos la historia de Judit. Lo que ella hizo por su pueblo, voy yo á hacerlo por el mio. El billete que me trió esta mañana el conde, me bastará para entrar.

ULRICO. No, no, no puedo resistir á esa idea.

ALIX. Pues qué ¿no queda todo lo mismo? ¿Creias acaso haberme engañado? Bien sabia yo que era imposible que sobrevivieses á tu empresa: ¿no habiamos por consiguiente de morir ambos esta noche? ¿Qué importa lo demás? Déjame partir, amado mio.

ULRICO. ¡Qué horrible, qué horrible pensamiento! Mansfeld ¿creeis que debo consentirlo?

MANSFELD. Debes.

ULRICO. Pues bien, Alix. . . ¡ah! ¿por qué te he conocido? ¿por qué te he amado?

ALIX. El tiempo vuela, déjame salvar tu honor.

ULRICO. ¿Pero será posible, Dios mio, que no haya otro medio?

MANSFELD. No lo hay.

ULRICO. Pues bien, que vaya. . . Un instante solamente, concededme un instante. . . Si encontrase esa carta. . . voy á ver. . . no os pido mas que un minuto. (*Sube precipitadamente la escalera.*)

MANSFELD. Antes dudo de vos, Alix; perdonadme. Si quereis creerme, partid sin volverle á ver.

ALIX. Sí, amigo, sí, teneis razon. . . pero sin embargo tendria que. . . Estoy tan descompuesta. . . y necesito parecer hermosa á ese conde. ¡Ah! conozco aquí cerca á una vieja judía que trafica en ropas y galas.... Entraré un momento á su casa. Adios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MANSFELD. (*Se inclina y besa la mano á Alix.*) Adios. (*Vase.*) Quisiera que me tragara la tierra antes de que bajo ese desgraciado. (*Baja Ulrica.*)

ULRICO. Nada, nada, ¿dónde está Alix?

MANSFELD. Se ha ido.

ULRICO. ¿Se ha ido? ¡Cómo! ¿Y tú la has dejado salir?

MANSFELD. Yo le he rogado que se vaya.

ULRICO. Si ella por sí no hubiera tenido valor. . . Has hecho mal, Mansfeld, muy mal. Necesito hablarla, quiero volverla á ver.

MANSFELD. Ulrico, sé hombre.

ULRICO. No la disuadiré, pero quiero volverla á ver. . . ¿Por dónde ha ido? Mansfeld, amigo mio, dímelo por Dios.

MANSFELD. No lo sé.

ULRICO. Cuidado, Mansfeld, mira que estoy decidido á volverla á ver. Voy corriendo al castillo y la aguardaré á la puerta.

MANSFELD. No lo harás.

ULRICO. Lo haré, por mi honor que lo haré. Tú no has amado nunca, Mansfeld, cuando crees posible que me separe de ella así! ¡Preciso es que la hayan hecho salir por fuerza! . . . Pero loado sea Dios, nunca tendrá valor. . . volverá, estoy seguro de que volverá.

MANSFELD. No.

ULRICO. Pues bien, yo iré á buscarla.

MANSFELD. Ulrico, ahora sí que verdaderamente vas á ser traidor.

ULRICO. Te engañas, ya te lo he dicho. Tú crees que voy á detenerla, á disuadirla. . . y no, no quiero mas que verla y abrazarla por última vez. Tú no comprendes nada.

MANSFELD. Si la vuelves á ver, no la dejarás concluir.

ULRICO. Pues bien, sí, tienes razon, la mataré, me mataré en seguida, y suceda lo que suceda. No quiero que sea del conde. Seré un traidor. . . ¿Qué me importa? La amo, soy su amante. . . sería un miserable si la entregase á otro. Déjame pasar.

MANSFELD. Ulrico, ¿con que es decir que cuando hablabas de libertad y de patria, mentias descaradamente?

ULRICO. ¡Ah, cruel, cruel! Bien sabes que yo estaba decidido á morir y á perderla; pero echarla en los brazos de otro. . . no puedo. . . ese sacrificio es superior á mis fuerzas. . . Solo de pensar en ello me parece que se me hiela el corazon. No puedo explicarte cómo la amo; toda la sangre de mis venas está llena de ella. ¡Comprende lo que te digo! Se me figura que su abrasado aliento corre por mis huesos y los quema. En fin, la amo como un insensato. . . ¡Déjame pasar!

MANSFELD. No.

ULRICO. ¡Ira de Dios! Déjame pasar, Mansfeld.

MANSFELD. No. (*Desenvaina su espada.*)

ULRICO. (*Cogiendo su espada de encima de la mesa.*) ¡Ah! ¡no quieres! ¡no quieres!

MANSFELD. La traicion no pasará por esta puerta mientras yo viva.

ULRICO. Pues muere. (*Riñen. Mansfeld cae atravesado el pecho de una estocada. Ulrico empuja el cadáver con el pié, y se precipita fuera de la estancia.*)

IV.

Una sala en el castillo del Reichsveste, residencia del conde. En medio de la sala una mesa cubierta de vajilla de oro. El conde está acabando de cenar.

OTOCAR DE ALTENA, MUZEDIN, *enviado de la Sublime Puerta*, PAJES, *un* CAPITAN *de la guardia italiana.*

OTOCAR. Sin lisonja, señor Muzedin, hablais el aleman como un verdadero purista. ¿Con que os volveis á Constantinopla? Si tenais por allá algun médico que entienda de dolencias del pecho, hacedme el obsequio de enviármele. Uno tenia yo muy sabio que asistió perfectamente á mi padre; pero me dicen que se ha muerto, lo cual me quita toda confianza en él.

MUZEDIN. Lo comprendo.

OTOCAR. ¿Lo comprendeis? Hay cierta delicadeza en vuestra respuesta. Otro hubiera dicho, sin duda, pues que se ha muerto. Vos os limitais á decir lo comprendo, expresion delicada, matiz de lenguaje. Poseeis muy á fondo el aleman, lo repito.

MUZEDIN. Vuestra alteza me favorece demasiado.

OTOCAR. No, ciertamente que no. ¿Y decís que el emperador os ha recibido muy bien?

MUZEDIN. Bastante bien.

OTOCAR. ¡Bastante bien, nada mas! Otro matiz de lenguaje. La diplomacia no vive mas que de matices, señor Muzedin. Un matiz es política vale por un cañonazo. Por un matiz mal comprendido ó mal expresado, el mundo se conmueve y los pueblos se destrozan sin piedad.

MUZEDIN. Dios engrandece.

OTOCAR. Y los hombres son pequeños, y... veis que no hago mas que completar vuestro pensamiento, y justo es que me permitais alimentar mi conservacion con las migajas de la vuestra. Preciso es confesaros que esta es la cena mas agradable de que conservo memoria; excelente idea habeis tenido en apartaros un poco de vuestro camino para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

venir á verme. Yo vivo muy solitario, á causa de la penuria de hombres de ingenio que se advierte de algunos años á esta parte; así es que me veis con tanta boca abierta cuando hablais, como si oyese á un ciego. ¿Queríais oirme, señor Muzedin, que años atrás estuve á punto de ceñirme el turbante?

MUZEDIN. ¿El turbante?

OTOCAR. El turbante. No precisamente á causa del turbante en sí mismo, sino á causa de las mujeres. ¿Cuántas mujeres teneis, mi apreciable huésped?

MUZEDIN. Sesenta, señor serenísimo.

OTOCAR. ¿Nada mas que sesenta? Mil y ciento tenia Salomon, si no me es infiel la memoria. Salomon era prudente y sabio; con menos lo fueran otros.

MUZEDIN. ¿Y efectivamente V. A. ha estado á punto de ceñirse el turbante?

OTOCAR. Era un tris estuvo, señor Muzedin; formábame en mi imaginacion una idea deliciosísima de vuestros serrallos; representábame bajo un cielo siempre puro y en medio de aromáticos jardines, grandes pajareras de alambre de oro llenas de canoros pajarillos, fuentes murmuradoras y mujeres lánguidas de ojos rasgados, tamaños como puertas. Veíame á mí propio lujosamente vestido en medio de aquel agradable caos. ¿Gustais de que os ofrezca un sorbete?

MUZEDIN. ¿Y [illegible] cuadro tan vivo que me trasporta á las orillas del Bósforo, no os decidió, señor conde?

OTOCAR. Lo pensé bien, y ví que no hubiera sido feliz toda mi vida la hubiera pasado en codiciar los serrallos de mis vecinos, y me hubiera acarreado mil disgustos. En este pais tenemos un precepto que dice: Es preciso contentarse con lo que se tiene y pasarse sin lo ajeno; precepto que yo practico al reves. Poco me importa pasarme sin lo que tengo; pero lo que no tengo es para mí lo necesario.

MUZEDIN. Je, je, je!

OTOCAR. ¿Os reis? Mucho lo celebro. El que logra hacer reir á un hombre de talento, tiene alguna probabilidad de no ser enteramente un bruto.

MUZEDIN. Sin duda.

OTOCAR. Gracias por la lisonja. Hay en vez de [illegible] que recuerda al griego del Bajo Imperio; sabeis adular con maña. Yo comparo á los aduladores delicados con los rosales que nos halagan naturalmente con sus perfumes, sin dar señal de advertirlo.

MUZEDIN. En efecto, en efecto.

OTOCAR. ¿No es así? De esta suerte, señor Muzedin, paso yo la vida formulando en máximas mas ó menos felices todas las cosas que he observado. ¿Os sorprende lo que digo? Veo que os formábais de mí la idea de un tirano brutal y absolutamente iliterato; pero habreis de saber que yo ejerzo la tiranía por una razon filosófica. Por donde quiera he hallado en la naturaleza una ley inmutable, á saber, el derecho del fuerte sobre el débil. Los árboles grandes ahogan á los pequeños, el leon reina en las selvas por el derecho de sus garras y de sus músculos sin pares. La naturaleza dice á los fuertes: Vuestro es el dominio; el que se siente fuerte y no le toma, es un necio. El último de los pinches de mi cocina que se quejan de mi despotismo, aplasta, á cada paso que da, á millares de seres vivos que hacen retumbar sus imperceptibles reinos con gritos de dolor y de maldicion contra aquel infame pinche que es su tirano. Tened por cierto que existen en el mas ruin hormiguero de cuantos se ven á flor de tierra, rimeros de volúmenes en que se consigna gravemente que en tal año de la fundacion del susodicho hormiguero, la mitad de un pueblo libre pereció víctima de la brutal invasion de un déspota desconocido, y ese año no es mas que el minuto en que la pata de un barrendero se apoyó allí por casualidad. Tal es el órden de la naturaleza. Cada grada de la escala infinita de los seres pesa sobre la grada siguiente. Observad bien lo que os voy á decir, señor Muzedin; ¿dónde empieza la opresion? ¿dónde acaba? Haberme creado, sin dejarme la eleccion de ser ó de no ser, parécemе que constituye ya un abuso inaudito de poder. La opresion es el consejo que nos dan todas las voces del universo, la exhortacion que se trasmiten las víctimas de escalon en escalon. Si mañana uno mas fuerte que yo me derribase de mi solio soberano y se sentase en él en mi lugar, mis últimas palabras serian, que el pícaro tiene razon. ¿Qué teneis que decir á esto, señor Muzedin?

MUZEDIN. Nada, á fe mia.

OTOCAR. Pues á fe mia que hay muchas cosas sin embargo que se pudieran objetar á lo que digo, sin ser un pozo de ciencia; pero vos prefeririais, bien lo veo, pasar toda vuestra vida por un asno, á quebrantar por un momento las leyes de la cortesía. (*A un paje que entra.*) ¿Qué hay?

EL PAJE. Señor, cuatro desconocidos, que se dicen vecinos de Nuremberg, solicitan licencia para revelar á V. A. secretos de vida ó muerte.

OTOCAR. Que entre primero el de mas edad. (*Vase el paje.*) Señor extranjero, podeis quedaros; vuestro ingenio curioso y observador hallará aquí tal vez en qué entretenerse. (*Entra Enrique Fritzlar pálido y trémulo.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OTOCAR. Me parece que conozco esa cara. ¿Quién sois?

FRITZLAR. Noble conde, yo me llamo Enrique Fritzlar.

OTOCAR. Ya caigo. Teneis dos hijas; os felicito, porque son muy lindas. ¿Qué me quereis?

FRITZLAR. Señor conde, vengo á arrojarme á las misericordiosas plantas de V. A. Vuestra vida está en peligro: una conspiracion urdida contra la persona sagrada de V. A. va á estallar esta misma noche; los rebeldes se reunen ya á las puertas de la ciudad. Todos vuestros gobernadores van á ser atacados en vuestras fortalezas.

OTOCAR. ¡Esta noche! ¿Estais seguro de lo que decis, buen hombre?

FRITZLAR. Respondo de ello con mi cabeza, señor.

OTOCAR. Escucha, Azo. (*Habla al oido al capitan de la guardia, que sale al momento*). Ahora, maese Fritzlar, ¿me direis de qué especie de pillos se compone la cuadrilla?

FRITZLAR. En su mayor parte de estudiantes, señor. Sus dos principales caudillos son Salada y Ulrico, dos perdidos, en particular el primero.

OTOCAR. ¡Ulrico! De ese no me sorprendo. ¿Y quiénes son los demás jefes?

FRITZLAR. Los jefes secundarios son Ranucio de Bizancio y el judío Munius.

OTOCAR. ¿Y cómo estais tan bien instruido de todo, maese síndico?

FRITZLAR. Señor, beso humildemente los piés de V. A. ¡Dignese conservar un padre á las dos pobres niñas en que ha tenido la real bondad de fijar los ojos!

OTOCAR. Ya, ya, bien está. ¿Vos vivis en frente de San Egidio, no es verdad? Iré á probar vuestra cerveza uno de estos dias. Soltad mi mano, buen Fritzlar. Saludad por mí á aquellas niñas. (*Sale Fritzlar con el paje*).

MUZEDIN. (*Levantando las manos*). ¡Alá!

OTOCAR. De poco os asombrais, señor Muzedin. (*Entra Munius conducido por el paje*).

MUNIUS. Noble príncipe, serenísimo burgravo, vedme á vuestros piés.

OTOCAR. ¡Por mi vida que esto es el fiel Munius!

MUNIUS. Señor, se conspira contra V. A.

OTOCAR. Ya le sé. ¿Quiénes son los jefes?

MUNIUS. El primero, el mas encarnizado de todos, es el capitan Ranucio: en segunda línea figuran el estudiante Ulrico y el ropero Fritzlar.

OTOCAR. Modesto sois, Munius, no gustais de cítaros. . . . ¿En cuánto evaluais vuestra cabeza, aquí entre nosotros, en confianza, amigo mio?

MUNIUS. ¡Mi cabeza, señor! Por Abrahám y todos los santos patriarcas. . . . os protesto que solo por una mera casualidad he sabido. . . . ¡Mi cabeza! . . . no puedo calcular. . . .

OTOCAR. Modestia, pura modestia por vuestra parte. Yo la taso en trescientos mil florines de oro. ¡Ah de mi guardia! que me pongan á buen recaudo estos trescientos mil florines, quiero decir, este excelente Munius. (*Los guardias se llevan al judío.*)

MUZEDIN. ¡Alá, Alá!

OTOCAR. No os arranqueis ni un solo pelo de las barbas con esta ocasion, mi amado Muzedin, ó creeré que las cosas mas sencillas os dejan estupefacto, ó en otros términos, que sois en un todo extraño al conocimiento del corazon humano, de que yo os consideraba tan profundamente imbuido. (*Entra Ranucio de Bizancio*). ¿Quién es ese zángano?

RANUCIO. Señor, beso las augustas suelas de los pantuflos de V. A.

OTOCAR. Mis pantuflos os lo devuelven, capitan. ¿No se llama Ranucio el hijo de vuestro padre?

RANUCIO. Ranucio de Bizancio. ¿Es posible que me quepa la honorífica felicidad de ser conocido de V. A.?

OTOCAR. La felicidad es mia, señor Ranucio, y el honor es de entrambos. Me gustan los hombres que ciñen espada, y me honro con su trato.

RANUCIO. Temia, señor, que Munius hubiese procurado desconceptuarme en el ánimo de V. A.

OTOCAR. Error, señor caballero.

RANUCIO. Es mi enemigo, y por eso lo creí. Ese perro infiel, ayudado por dos locos, el estudiante Ulrico y el ropero Fritzlar, debia esta noche asesinar á V. A. y pegar fuego á Nuremberg.

OTOCAR. En verdad os agradezco el aviso. Sois un leal servidor.

RANUCIO. ¡No señor, soy un gran culpable!

OTOCAR. ¿Es posible! ¿De quién fiarse, si de vos no? Si la franqueza que respira en ese rostro militar, si las líneas leales de esa mano musculosa no son mas que apariencias, dígoos, Ranucio, que toda ciencia de observacion es vana, y que mi mano izquierda debe desconfiar de mi mano derecha.

RANUCIO. Señor, yo era uno de los cabezas de la conjuracion.

OTOCAR. No, no, por la santa cruz! ¡Os burlais de mi credulidad! ó si es cierto lo que decis, ya no me resta mas que velarme el rostro con mi manto, como el emperador César, y exclamar: *¡Tu quoque!*

RANUCIO. Señor, yo tengo mis defectos: me gusta el peligro.

OTOCAR. Ese es el defecto del leon, camarada.

RANUCIO. Cuando ruje la tempestad, donde yo me refugiaria con preferencia es en la copa de aquellos árboles gigantescos que van á perderse entre las nubes: tal es mi temperamento; y por eso, mientras que otros no veian en la conspiracion mas que un medio de sacarse de botin,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yo veia en ella únicamente la ocasion de arrostrar mil veces la muerte en pocos instantes.

OTOCAR. ¡Esto se llama un valiente!

RANUCIO. A mí se me habian reservado naturalmente, serenísimo señor, las mas arriesgadas pruebas de la empresa: yo debia sostener el choque de vuestra guardia, precipitarme espada en mano en lo mas recio de la pelea, y no titubeo en decirlo, medirme en ella cuerpo á cuerpo con V. A. mismo.

OTOCAR. Por mi vida que me haréis sentir la pérdida de esa ocasion de ganar gloria. ¡Y por qué extraña casualidad, hermano, habeis en la hora del peligro doblegado vuestros impetuosos instintos bajo la ley del deber?

RANUCIO. Señor, en primer lugar me daba vergüenza pelear á las órdenes de un impuro judío contra el mas noble príncipe de la cristiandad; luego, representándome la desolacion en que iba á sepultar á esta ciudad, la sangre corriendo á torrentes por las calles, los clamores de las mujeres y de los niños, y en general todos los horrores que iban á salir de esa nueva caja de Pandora, á saber, la vaina de mi espada, sentí conmoverse mi corazon . . . Acaso V. A. verá en esto una flaqueza.

OTOCAR. No por cierto; no veo en ello mas que una varonil generosidad.

RANUCIO. Entonces resolví proceder me á V. A. solo y desarmado.

OTOCAR. Esa confianza acaba de pintaros.

RANUCIO. Creo no haber hecho mas que cumplir con mi obligacion; así es que nada pediré en cambio á V. A., mas que un tercio en la confiscacion de los bienes de Munina y de sus cómplices.

OTOCAR. ¿Un tercio os bastará?

RANUCIO. Soy hombre que me contento con poco: en retribucion de esa dádiva, tengo á la disposicion de V. A. una lista en que he inscrito desde el primero hasta el último, los nombres de los rebeldes.

MUZEDIN. ¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

OTOCAR. ¿Habeis nacido ayer, buen Muzedin? (*A Ranucio*). Vamos, amigo mio, ¿es eso todo lo que teneis que pedirme? Nada me ocultais; ya veis además que soy hombre ingenuo y sin malicia; yo tomo las cosas como vienen, sin buscar en ellas lo que no está á la vista; así es que si os esperais á verme adivinar vuestros secretos deseos para satisfacerlos, os llevais chasco. Deponed pues toda delicadeza y explicaos libremente.

RANUCIO. Señor, no quiero ni un aliller mas.

OTOCAR. Ya lo oís, Muzedin. ¿Acaso os imaginábais que el cielo, al distribuir

á Ranucio tantas eminentes cualidades, habia omitido el desinterés? Nada de eso. Este tesoro de virtudes está completo, y he aquí la razon por qué, buen Muzedin, como es práctica constante que un príncipe haga á su huésped un presente de rato é inestimable valor, como vos sois mi huésped, y como en fin no conozco objeto mas precioso en mis dominios ni en toda la tierra, que ese modelo de perfecciones que lleva por nombre Ranucio, os lo regalo.

RANUCIO. ¡Misericordia! (*Se arrodilla.*)

OTOCAR. Le reintegro con vuestra ayuda en su feudo de Bizancio, con una sola condicion, y es que tan luego como lleguéis, le hagais empalar, no solo en su calidad de dos veces traidor, sino por chancero de mala laya, que se figura que está tratando con un ganso cuando habla conmigo. Que aparten de mi vista á esa miserable. (*Se llevan á Ranucio desmayado*). Reponeos, buen Muzedin. El trabajo casi ignominioso de ciertos experimentos no desalienta á un verdadero amigo de la ciencia: el hombre estudioso se acerca sin repugnancia al fétido vaso en cuyo fondo se está elaborando una verdad, así como busca sin horror en las entrañas de los mas impuros reptiles los secretos que la naturaleza se deja arrancar por el genio. Por esta razon, como hombres de estado y filósofos, que somos juntamente, continuemos impávidos descifrando en esos pálidos rostros humanos el libro de la humana perversidad, y contemos sonriéndonos la infinita variedad de las caretas con que pueda revestirse la traicion para engañar á los demás y para engañarse á sí misma.

MUZEDIN. ¿Y á qué fin, señor, estudiar una ciencia que entristece al hombre y le hace peor?

OTOCAR. Hablais como un padre de la Iglesia, señor turco, pero olvidais que es fuerza vivir en medio de esa canalla. (*Entra Salado*). Mirad á ese. ¿quién no se engañaria? Apenas ha llegado á la edad en que se desconfia de los hombres, y ya los vende: si apenas á esa edad se engaña á las mujeres, y el engaña á los hombres. ¿Qué edad tiene, donce!

SALADO. Veinticinco años, señor.

OTOCAR. ¿Y qué vienes á hacer aquí?

SALADO. Noble señor, permitid que me acerque suplicante. . .

OTOCAR. Ya se lo que me vas á decir. Vete. Esta sala apesta á traicion: basta ya. ¡Tienes una madre! vete con ella. Tienes cara de niño y te trato como á niño; pero no pronuncies ni una palabra de traicion, ó te trataré como á hombre. Vamos á ver, tú eres un calavera. ¿Tienes deudas, no es verdad? ¿Querias matar á tus acreedores en el motin,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no es esto? ¡Y luego, al llegar el momento, te ha faltado valor, y ahora vienes á denunciar á tus amigos para que yo pague á tus acreedores?

SALADO. Señor, tengo acreedores, no lo puedo negar; pero no los aborrezco bastante para matarlos, ni les profeso bastante afecto para pagarlos: me son indiferentes. Mi historia es esta: habiéndome metido por casualidad en medio de la asamblea de los conjurados, fingí, para que no me matasen, adherirme á su causa, y ahora vengo á poner en manos de V. A. todos los hilos de tan execrable trama.

OTOCAR. Bien, bien, vete; todo lo sé.

SALADO. No lo creo, señor conde. Ciertos pormenores no son conocidos mas que de un cortísimo número de los nuestros, y uno de ellos, sin ir mas lejos, es el modo como se debe asesinar á V. A.

OTOCAR. Sí, ya lo sé: en medio del combate.

SALADO. No señor, uno de los conjurados ha discurrido un arbitrio para herir á V. A. cuando esté sentado en su mismo solio, y esa será cabalmente la señal del ataque.

OTOCAR. ¿Uno de los conjurados?

SALADO. Un estudiante.

OTOCAR. ¡Ulrico?

SALADO. No, Salado.

OTOCAR. Ya conozco ese nombre; ¿y cómo piensa hacerlo?

SALADO. Así. *(Hiere violentamente al conde en el pecho: vese un cuchillo clavado en el jubon. El conde cae con la violencia del empuje, pero se levanta al momento, y el cuchillo cae en el suelo. Muzedin, los guardias y los pajes se han precipitado sobre Salado.)*

OTOCAR. No le hagais daño.

SALADO. ¡Cómo diablos, señor conde! ¡Aun estais vivo? ¡Luego es decir que llevais un colchon de cañamigo encima del estómago?

OTOCAR. No le hagais daño, pero que le tengan bien custodiado. Despejad.

SALADO. Podeis jactaros de ser mas difícil de traspasar que una viga. Si cogen á Ulrico, que le digan lo que he hecho; esto es todo lo que pido y buenas noches. *(Se lo llevan).*

MUZEDIN. ¿Qué piensa de ese V. A.?

OTOCAR. ¡Hum!...

MUZEDIN. ¿Qué pensais hacer de él, señor?

OTOCAR. Le haré cortar la cabeza mañana temprano. Por lo demás, no os hagais ilusiones, Muzedin; yo entiendo mucho de fisonomías y la de ese perillan es la de un libertino tronera á quien el tedio impulsa á buscar emociones extraordinarias; su accion es mas bien la apuesta

de un loco estrafalario, que no el sacrificio heróico de un ciudadano; se ha propuesto matarme por no suicidarse. De que la virtud sea una locura no resulta que la locura sea una virtud; me holgará de poder enseñaros, como término de comparacion, ese Ulrico cuyo nombre han pronunciado titubeando nuestros tres traidores; allí veriais un noble semblante varonil; varias veces he encontrado su mirada á mi paso, mirada llena de una cólera franca y leal, que no se tomaba el trabajo de ocultarse, y tanto me ha interesado, que no he podido menos de preguntar su nombre. Es preciso que sepais, señor Muzedin, que yo tambien soy hombre asaz difícil de divertir, por haber apurado ya muchos placeres; tengo momentos de fastidio: no siempre estais vos ahí: tengo, digo, instantes de tedio, en que desearia á este pueblo de Franconia menos resignacion y un asiento menos pacífico á mi solio soberano; pues bien, cuando me exaspera demasiado el disgusto de no sentir bajo mi pié mas que un cadáver inerte, evoco la imágen de mi Ulrico, y me parece entonces que late un corazon en el pecho del cadáver, que ese cadáver se mueve, y que va á reanimarse terrible; así me distraigo.

UN PAJE. *(Entrando.)* Señor, el estudiante Ulrico solicita revelar en el acto á V. A. el secreto de una conjuracion.

MUZEDIN. ¡Alá Kerim!

OTOCAR. ¡Ulrico! ¡Ulrico! ¿Estás seguro?

EL PAJE. Ahí está.

MUZEDIN. Pensativo ha quedado V. A.

OTOCAR. Debe tener algun arma oculta. ¿Lo han registrado?

ULRICO. *[Precipitándose en la sala.]* No, no tengo armas, señor, nada temais. Dejadme hablaros sin testigos. Por mi honor, por mi alma os juro que no traigo malos intentos.

OTOCAR. En mi vida he experimentado igual sorpresa. Dejadnos, señores. Ya lo veis, Muzedin; cuando se trata de los hombres, el desprecio y la duda siempre se quedan cortos. Hasta mañana, mi aprociado huésped. *[Retiranse Muzedin, los guardias y los pajes].*

OTOCAR, ULRICO.

OTOCAR. Habla ahora, mancebo, habla; da á ese rostro, en el que tantas veces han debido fijar pensativas sus dulces miradas las madres, las hermanas, las vírgenes, al pasar por junto á tí; da á ese rostro y al que le ha formado un odioso mentís; habla, engaña, vende, reniega: ya te escucho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ULRICO. Señor, á nadie vengo á vender sino á mí mismo; vedme á vuestros piés; confieso que soy vuestro mortal enemigo. Hace un año estoy conspirando dia y noche vuestra ruina y vuestra muerte; quitadme la vida, señor; pero no me quiteis mas que la vida, y mis últimas palabras saludarán en vos á un enemigo generoso.

OTOCAR. No te hagas el magnánimo; confiesa que eres un cobarde.

ULRICO. No lo confesaré, señor, porque no es verdad. Si Dios no me hubiera impuesto una prueba mas dolorosa que los tormentos del cuerpo, ni vos ni yo estaríamos con vida á estas horas. Señor, tomad mi vida, pero sed generoso: si es preciso envilecerme todavía mas; si queréis que os entregue uno á uno todos mis cómplices, lo haré; pero no me quiteis mas que la vida. . . tened compasion de mi alma. Si os acordais, señor, de haber amado á un ser vivo, aun cuando sea á un perro, tened compasion de mí.

OTOCAR. ¿Hay una mujer de por medio? El dia que entra el amor en un corazon, el honor hace su hatillo. ¡Hay una mujer de por medio, eh?

ULRICO. Escuchadme, señor. Yo tenia una carta del doctor Staumer, que me recomendaba á V. A. como el mas hábil de sus discípulos; con ella debia presentarme esta noche en el castillo; naturalmente hubiérais abierto vuestra coraza para exponer al exámen del médico vuestro pecho enfermo, y en aquel momento os hubiera clavado un cuchillo en el corazon.

OTOCAR. Remedio infalible.

ULRICO. Esa carta me ha sido robada esta misma noche. Ya no me quedaba ningun medio de penetrar hasta V. A.; iba á faltar á mis solemnes juramentos. . . cuando una mujer se ha ofrecido á reemplazarme, y en el primer impulso de la desesperacion he aceptado. . .

OTOCAR. ¿Una mujer?

ULRICO. Una mujer á quien habeis escrito dos palabras de amor. Esta noche debe entregarse á vos y mataros.

OTOCAR. ¿Es una niña morena que veo á veces de lejos á su ventana en la plaza del mercado?

ULRICO. Alix es, sí, señor.

OTOCAR. ¿Y es tu querida? ¿La amas?

ULRICO. Señor, ya lo veis.

OTOCAR. ¿Y te has arrepentido de tu sacrificio?

ULRICO. He corrido por toda la ciudad sin poder encontraros.

OTOCAR. Y has venido aquí. Bien; y ahora ¿qué me pides?

ULRICO. Justicia para mí y respeto para ella.

OTOCAR. Ulrico, ¿sabes lo que haces? Eras el jefe de la conjuracion, tú eres el que ha encendido la hoguera y vienes á entregarme la sangre con que voy á apagarla.

ULRICO. Señor, tened compasion de mí, respetadla.

OTOCAR. ¿Es tu primer amor?

ULRICO. Desde el primer dia en que la ví, me pareció que habia bebido un filtro; desde entonces dejé de pertenecerme á mí mismo. He creido amar á mi patria, y á ella era á quien amaba; he creido aborreceros, y era que la amaba.

OTOCAR. No, por mi honor que no te alucinabas; tú habias nacido virtuoso, pero hay un momento en la vida, Ulrico, en que toda la suma de futuro heroismo que hay en el corazon se llama amor y pertenece á una mujer. ¿Ese seria tu primer amor, no es verdad?

ULRICO. Sí señor, sí, no quiero negarlo. Cuando su mano toca la mia, me parece que un dardo de fuego traspasa mi cuerpo.

OTOCAR. ¿Y te ama ella lo mismo?

ULRICO. Por mí dejó á su madre.

OTOCAR. ¡Ah! ¡nunca has sido engañado, di?

ULRICO. No, jamás. La traicion es un arte que nadie me ha enseñado, aunque le practico tan bien; naturalmente le tenia yo en el alma. [*Se cubre el rostro con las manos y llora.*] Dispensadme, señor, mi corazon se hace pedazos.

OTOCAR. Ahora que pienso en ello ¿dónde estaba esa carta de Staumer?

ULRICO. En una cajita, en mi casa. Alguno ha entrado sin duda por la ventana, y ha forzado la cerradura mientras Alix habia ido un momento á Santa Clara. . . . La puerta estaba pisoteada y habia un vidrio roto, que es lo que me ha hecho descubrir el robo.

OTOCAR. No está mal discurrido.

ULRICO. Señor, protesto que no os engaño.

OTOCAR. No digo eso. (*A un paje que entra.*) ¿Qué hay?

EL PAJE. Ahí está una jóven que trae este billete para V. A.

ULRICO. Ella es, señor. Tened compasion de mí.

OTOCAR. Que entre la jóven. Ulrico, ponte detrás de ese tapiz. (*Designándole una tapicería que oculta una puerta á sus espaldas.*) ¿Llevas algun arma?

ULRICO. No. . . ¿por qué? ¿qué meditais, señor?

OTOCAR. Toma mi daga. . . puede que te sirva; escóndete. (*Ulrico se esconde detrás del tapiz. Entra Alix.*)

OTOCAR. Acercaos, hermosa niña; miradme cara á cara. ¿De qué color son vuestros ojos? Por mi vida que me deslumbran como si fueran soles.

ALIX. Señor, no me trateis con desprecio; no soy lo que imaginais.

OTOCAR. Por Dios que lo creia; pero si me engañé tanto peor, porque sois singularmente hermosa, aunque mas bien, tanto mejor, pues al veros entrar, dije para mí: al fuego de esos ojos hechiceros va á derretir toda mi vajilla de oro.

ALIX. No es eso, señor, lo que vengo á pediros.

OTOCAR. ¿Pues qué me vais á pedir? Porque en verdad que mi vajilla es la mas preciosa prenda que poseo. Acaso no la habreis mirado bien.

ALIX. Quiero que me escucheis sin burlaros, porque lo que tengo que deciros puede excitar compasion ó horror, pero desden no.

OTOCAR. Os escucho como si tuviera el peligroso honor de ser vuestro confesor.

ALIX. Mucho tiempo hace, señor, que vuestro nombre empezó á conturbar mi espíritu: todos los años os han aborrecido mortalmente; todos los dias os oia nombrar con terror, á tal punto que hacia la señal de la cruz cuando delante de mí se hablaba de V. A. Hace dos años, mis hermanos perecieron por órden vuestra; desde aquel momento, mi imaginacion ha estado invencible mente fija en vos, vos érais el pensamiento constante de mis vigilias, el sueño de mis noches, vuestra imágen aborrecida agitaba todas las horas de mi vida. Nunca quise miraros, por miedo de reavivar aun mas la importunidad de aquella vision; en fin, mi odio llegó á ser tan vivo que resolví perderos, y para ello derramé toda mi cólera en el corazon de un mancebo que me amaba, y era un estudiante llamado Ulrico. Hostigado sin tregua por mí, ha reunido contra V. A. los hilos de una poderosa conspiracion, de la que iba á ser víctima esta noche. Ulrico debia penetrar hasta vos por medio de una carta del doctor Staumer, y asesinaros . . . Pues bien, esta tarde yo he robado vilmente esa carta, y me he propuesto para reemplazar á mi amante. ¿Me comprendeis, señor?

OTOCAR. ¿Pues no? comprendo que viendo la muerte de Ulrico no menos segura que la mia, has preferido salvar la vida de tu amante á perderme, y vienes á pedirme su perdon.

ALIX. ¡No señor, no! La verdad es que cuando os ví pasar esta tarde, comprendí una terrible verdad. . . adiviné el secreto de todas las borrascas de mi alma. . . reconocí que si vos moriais, ¡yo no podria vivir, y que de dos años á esta parte, con todo el ardor de mi soñado odio, señor conde, os amaba! [*Se oye detrás del tapiz un grito sordo, y luego el sonido de un cuerpo que cae al suelo.*]

OTOCAR. Ved, hermosa niña, lo que pasa detrás de ese tapiz. [*Alix levanta el tapiz, y al ver á Ulrico bañado en su sangre, cae desmayada.*] ¡Hola! [*Entran los guardias.*] Llevad á uno de los subterráneos de mi capilla á ese cadáver y á esa mujer desmayada; depositadlos uno junto á otro, y tapiad la puerta.—OCTAVIO FEUILLET.

SAN PEDRO DE ROMA.

BELLAS ARTES.

San Pedro de Roma es uno de aquellos edificios gigantes que resumen en sí, no un siglo ó una época, sino una civilizacion entera; uno de aquellos edificios tan superiores á las obras ordinarias de los hombres, que al verlos está uno por preguntar si un artífice mas poderoso no ha sido su arquitecto; uno de aquellos edificios destinados, como las Pirámides y el Coliseo, á ver con ojos impasibles acumularse en rededor de ellos las revoluciones y las ruinas, sin que el tiempo ni las revoluciones puedan destruirlos; uno de aquellos edificios tales que despues de su construccion, Dios ha podido decir al genio de la humanidad: No irás mas allá.

Construido durante dos siglos, y en época del remordimiento de todas las artes, no hay en la tierra un solo monumento que haya pasado por tantas modificaciones como San Pedro de Roma: la historia del arte toda entera está escrita en su arquitectura, en sus pinturas y en sus estatuas. Es casi imposible dar con la palabra escrita una idea de aquella iglesia. Para apreciar bien lo que vale San Pedro de Roma, es preciso haberlo visitado; es preciso, al llegar á la ciudad eterna, haber visto de lejos su gigantesco cimborrio, que se alza en los aires como si lo sostuviera la mano de los genios; es preciso, antes de entrar en su recinto, haber recorrido aquella inmensa y magnífica columnata que forma su ingreso y para conocer todas las maravillas que encierra su interior, seria preciso examinarlas diariamente por espacio de muchos años. El artículo que vamos á dar sobre San Pedro de Roma, contendrá la historia del edificio y los principales detalles de su arquitectura; pero no nos lisonjeamos de escribir sobre este asunto el trabajo completo, que exigiria muchos volúmenes y una vida entera.

La iglesia de San Pedro está situada en la extremidad noroeste de la ciudad de Roma, allende el Tiber, al pié del monte Vaticano, hácia el sitio donde se hallaban los jardines de Neron y la antigua via triunfal. Por los años de 323 de la era cristiana, Constantino el Grande hizo edificar en aquella plaza una iglesia considerable que se alzaba sobre las reliquias de san Pedro y de san Pablo; pero aunque aquella iglesia se reconstruyó muchas veces, aunque era de una rica arquitectura y ostentaba con profusion soberbios adornos, ya desde principios del siglo XV no estaba en armonía con el Vaticano y con los demás monumentos que el genio del renacimiento erigia en diferentes puntos

de Roma. El proyecto de construirla de nuevo sobre bases enteramente distintas había ocupado ya al papa Nicolao V, hombre de grandes empresas, sabio en la arquitectura y de espíritu muy elevado. Y no solo había formado proyectos en la capilla situada detrás del altar mayor de la antigua basílica, había empezado á construir lo que se llama la *tribuna* en Italia, y nosotros llamaremos el hemiciclo. Bernardo Roselini había dado los dibujos del nuevo templo, y ya se elevaba la construccion á cuatro ó cinco piés por el nivel del suelo cuando murió Nicolao V, con lo que pronto cayeron en olvido el proyecto y las construcciones. Sucedió esto á mediados del siglo XV.

A principios del XVI, Julio II, aquel grande hombre de pensamiento y de ejecucion, aquel papa que fué el protector asiduo de todas las artes, al mismo tiempo que con su palabra hacia temblar al mundo, aquel poderoso ingenio que la Providencia envió expresamente para presidir á un siglo en el que debian brillar tantos grandes ingenios; Julio II quiso hacerse construir una sepultura, porque en medio de sus inauditas grandezas, y bajo la tiara del soberano pontífice, siempre tenia delante de sus ojos la idea de la muerte, esa idea que nunca deben abandonar el flaco y el fuerte. Basta nombrar el artista que eligió para ejecutar aquella sepultura, para dar justamente una idea de la sagacidad de su gusto y de la belleza del proyecto que fué presentado: aquel artista era Miguel Angel. Miguel Angel, buscando un terreno para la sepultura que iba á construir, halló la *Tribuna* de Nicolao V, y propuso al papa terminar aquella construccion y cubrirla por una suma de cien mil escudos romanos.—*Doscientos mil daré si es preciso*, respondió el papa muy contento, é inmediatamente encargó á dos célebres arquitectos de su tiempo, Julian de San Gallo y el Bramante, que examinasen el local é hiciesen los dibujos.

Muchas veces una idea conduce á otra: esta despertó en el ánimo de Julio II el gran proyecto de la reconstruccion de San Pedro, y ya no se pensó en la tribuna de Nicolao V mas que para adoptar en su totalidad el plan de que ella había sido una pequeña parte. Julio II consultó á los mas hábiles arquitectos de su siglo, pero en realidad la competencia se estuvo solamente entre Julian de San Gallo y el Bramante: este último salió vencedor, y entre un gran número de proyectos que propuso, el papa designó uno con arreglo al cual se principió el edificio. Pasó esto en el año de 1503, y esta es verdaderamente la época de que data la construccion de San Pedro.

El dibujo de Bramante, adoptado por Julio II, se llevó á ejecucion con una osadía y una impetuosidad de que solo el artista y el pontífice eran capaces. Demolida completamente la antigua basílica, puso Julio II la primera piedra de la nueva en el sitio donde está el pilar de la *Santa Verónica*. Pronto se alzaron los pilares de la media naranja: hiciéronse los cuatro grandes arcos y se terminó el hemiciclo del fondo; pero las proporciones del plan de Bramante

no estaban bien combinadas, de modo que el solo peso de las bóvedas hizo flaquear por todas partes sus sostenes, y que todavía no tenia el edificio, en la parte destinada á sostener la cúpula, ni la mitad de su elevacion, ni la cuarta parte de su carga, y ya amenazaba ruina. El Bramante murió bastante á tiempo para no asistir á la caida de su obra y á la mudanza de sus proyectos. Sucediéronle San Gallo, el hermano Giocondo de Verona y Rafael, quienes solo pensaron en los medios de reparar el trabajo de Bramante y en reforzar los pilares que sostenian la bóveda. Dos de ellos murieron demasiado pronto para seguir esta obra: el hermano Giocondo se fué de Roma; en fin, en 1546, Paulo III, sucesor de Julio II, confió el cargo de terminar la obra de San Pedro al artista á quien debiera habérsele encomendado desde el principio, á Miguel Angel.

Tenia este entonces sesenta y dos años, pero su genio no había perdido nada de su energía ni de su grandeza: semejante á Moisés, cuya estatua es su obra maestra, no debia sentir en manera alguna la debilidad que los años traen en pos de sí, y hasta el dia de su muerte sus contemporáneos hubieran podido creerlo inmortal. Empezó Miguel Angel por examinar el modelo de madera que habian dejado sus predecesores, lo criticó con una gran rapidez de juicio y demostró que ocasionaria un enorme gasto de dinero y de tiempo. En quince dias hizo un nuevo dibujo que entrechaba los planes ya formados y reducia la iglesia á la forma de una cruz griega (*) añadió majestad á toda la disposicion general, é imaginó una nueva cúpula que debia ser aun mas alta que la primera. La idea de esta cúpula está en una expresion del célebre artista. Paseábanse con él varios amigos cerca del Panteon, y le hacian admirar las proporciones de aquel gigantesco edificio.—*Algun dia*, dijo, *elevaré yo en los aires esa mole que está apoyada en el suelo.* Este proyecto debia realizarse.

Paulo III quedó tan satisfecho de los dibujos de Miguel Angel, que expidió un breve para impedir que se alterase nunca en ellos cosa alguna, bajo penas muy graves, y para señalar al arquitecto una pension de seiscientos escudos mientras trabajase en la basílica. Miguel Angel rehusó esta pension, y durante los diez y siete últimos años de su vida trabajó sin emolumentos en una obra que había enriquecido á todos sus predecesores. Reforzó por tercera vez todos los pilares de la cúpula, y coronó sus arcos con un cornisamiento tan rico como bien proporcionado.

Pero la construccion de la iglesia de San Pedro no debia acabarse ni en su vida ni en la de Paulo III; Santiago Dellaporta fué quien puso la última piedra de la cúpula en 1587, bajo el pontificado de Sixto V. Diez y ocho años

(*) *Es decir que las cuatro naves hubieran sido del mismo tamaño.*

después, Paulo V fue exaltado al solio pontificio y quiso tener la gloria de acabar el edificio en que sus predecesores se ocupaban hacia un siglo. Nombró para el cargo de arquitecto de San Pedro á Carlos Maderna, lombardo. Carlos Maderna terminó la obra de Miguel Angel; pero las mudanzas que tuvo que hacer en ella son demasiado importantes para que las pasemos por alto.

Es opinion bastante admitida que en la concepcion general de su proyecto, y dominado por el pensamiento de la unidad de que queria hacer resultar la impresion de grandeza á que aspiraba, Miguel Angel se habia olvidado un poco de introducir en su conjunto ciertas partes, cuyo empleo reclama imperiosamente la liturgia cristiana: así por ejemplo, no habia designado en el interior ningun sitio para el coro de los canónigos, para la sacristía &c. . . . y el exterior del monumento no podia prestarse á las adiciones que hubieran exigido estos accesorios. Estas consideraciones parecieron tan terminantes, que el papa Paulo V resolvió dar al plan del edificio una extension que no podia dársele sino por el lado del brazo occidental de la cruz griega, es decir, por el lado de la entrada que no estaba terminado, y donde habia plena libertad para extenderse.

Carlos Maderna llevó á ejecucion las ideas del soberano pontífice: alargó con tres arcos, de la misma altura, de la misma disposicion y de la misma elevacion de bóvedas que los de Miguel Angel, la parte oriental de la cruz griega, y presentó un dibujo del pórtico enteramente nuevo, atendido que Miguel Angel, en el suyo, habia olvidado el sitio desde donde el papa, con arreglo á los ritos mas antiguos, debia dar al pueblo de Roma y á todo el universo la bendicion conocida bajo este nombre. *Urbi et orbi.*

De estas alteraciones, tal vez indispensables y de las que en todo caso no se debe acusar á Carlos Maderna, ha resultado un defecto grave. San Pedro de Roma no tiene aquella *unidad* que habia querido darle Miguel Angel: la longitud de la nave mayor perjudica al efecto de la media naranja. Al entrar en la iglesia, experimenta uno dos impresiones diferentes, la una que nace de la grandeza de la nave oriental, la otra de la grandeza de la cúpula. San Pedro de Roma no está únicamente en aquella milagrosa cúpula: la obra de Miguel Angel ha quedado, pero su pensamiento ha desaparecido: mas á pesar de todo esto, el trabajo de Carlos Maderna tiene tanta majestad, y la iglesia es tan admirable en todas sus partes, que pronto se olvida aquel defecto que domina el todo: además, la verdadera desgracia de aquella basílica consiste en haberse tardado mas de un siglo en terminarla. Durante este tiempo, el gusto habia experimentado tales mudanzas, que hubiera sido imposible, aun cuando se hubiera intentado, conservarle totalmente su primitiva arquitectura. En 1614 se acabaron todos los trabajos y la iglesia se abrió al pueblo de Roma, tal, con muy corta diferencia, cual puede verse hoy.

Despues de haber dado la historia de la iglesia de San Pedro, conviene dar la de la plaza que la precede y la de la columnata que se ha construido al rededor de aquella plaza, ya que los dos monumentos se han confundido á punto de no formar mas que uno solo. El papa Alejandro VII fué quien á mediados del siglo XVII, concibió la idea de decorar de un modo tan grande como magnífico los ingresos á la basílica del Vaticano, proyecto que comunicó al caballero Bernino, á quien encomendó su ejecucion. Comenzáronse en breve los pórticos de la plaza de san Pedro, es decir, aquella famosa columnata que hubiera bastado ella sola para inmortalizar el nombre del Bernino, bajo el cual es tan conocida como bajo el de san Pedro. Desde las vastas empresas de los emperadores romanos, en las que iban á sumergirse las riquezas del universo, jamás la arquitectura habia producido nada tan grande ni tan suntuoso, y aun acaso es permitido dudar que el imperio romano haya ofrecido jamás, en la decoracion de ningun edificio, un conjunto tan rico y tan completo. La primera dificultad que ofrecia aquella concepcion era hacer una plaza cuyas dimensiones estuviesen en una razonable proporcion con el monumento para el cual se hacia, cosa en que el Bernino tuvo un acierto singular. La segunda era establecer una relacion proporcional entre las galerías y el templo, tal que aquellas dos cosas no se perjudicasen mutuamente. Era preciso conservarle al templo toda su grandeza, sin que al mismo tiempo el templo, con la inmensidad de su mole, hiciese parecer demasiado chicos los pórticos que iban á servirle de ingreso, y ciertamente puede decirse que el Bernino dió con el punto medio tan perfectamente, que en vano la imaginacion buscaria entre aquellos dos objetos otras proporciones y mas cabal armonía.

La columnata de san Pedro, empezada en 1661, está formada por dos grandes pórticos de cincuenta y seis pies de ancho: cuatro hileras de columnas dóricas forman en cada columnata tres calles, de las cuales la de en medio es bastante ancha para que puedan pasar por ella dos coches. Las columnas tienen cuarenta pies de altura, contando los capiteles y las bases: sostienen un cornisamento dórico coronado por una balaustrada, sobre la cual han colocado estatuas de santos y santas. Estas figuras tienen quince pies y medio con sus bases, y dan al total de la galería setenta y cinco de altura sobre el pavimento de la plaza.

Lástima es que el papa Alejandro VII no redujera á esta columnata los ornatos que queria añadir á la iglesia de san Pedro, pero hizo construir bajo la cúpula de Miguel Angel y sobre el altar mayor un *baldaquino* (*) que el

(*) *Llámase así un dosel puesto sobre columnas, encima del altar mayor. La institucion de esta pieza de arquitectura asciende á las primeras basílicas. Antiguamente se le daba el nombre de* copon.

Bernino recibió encargo de ejecutar. Este ingenioso artista luchó en vano contra la dificultad que ofrecia el encerrar un pequeño edificio en otro mas grande, sin que salte á los ojos el mal gusto de la alianza. El baldaquino de san Pedro es la mas grande obra de bronce que se conoce: el dosel ó coronamiento está colocado sobre cuatro grandes columnas retorcidas compuestas, que tienen cuarenta piés de elevacion. La altura del monumento entero, desde el pavimento de la iglesia hasta lo alto de la cruz que lo corona, es de ciento veintidos piés. Las esculturas de que está cubierto son de suma riqueza; pero ya lo hemos dicho, por mas magnífica que sea esta obra, es imposible verla sin sentir que Alejandro VII se haya creido obligado á hacerla construir. Esta es además una de las principales razones que hacen que el interior de San Pedro carezca de una verdadera unidad.

En medio de la plaza de san Pedro se alza un grande obelisco de granito rojo coronado por una cruz: el papa Sixto V lo hizo trasladar á aquel sitio mucho antes de que se pensase en construir la columnata de Bernino. A ambos lados del obelisco brotan dos majestuosas fuentes que completan ricamente la decoracion, ya se las considere durante el dia cuando los rayos del sol, quebrados en sus aguas, forman en ellas brillantes iris, ya se vaya durante la noche á contemplar en ellas la blanca imágen de la luna, y á buscar las piadosas meditaciones que hace nacer su perpétuo murmullo.

El interior de la basílica de san Pedro está decorado con una profusion de ornatos que es preciso renunciar á describir. Vense en él las sepulturas de todos los papas que se han sucedido en el trono pontificio desde la construccion de la célebre basílica. Grupos de mármol, debidos al cincel de los Miguel Angel, de los Berninos, de los Canovas, de los Thorwaldsen, llenan las numerosas capillas dispuestas en las naves: copias en mosáico de los mejores cuadros de los principales maestros de Italia, resplandecen por todos lados y dan al espectador encantado la seguridad de que aquellos dechados de las artes no perecerán: frescos de Giotto y de los pintores del renacimiento adornan el pórtico: en fin, la iglesia de san Pedro es no solo la mas bella de todas las catedrales, sino tambien el mas completo de todos los museos.

Cuando se piensa que San Pedro y su famosa columnata no es mas que una parte de aquel inmenso monumento que se llama el Vaticano, y que contiene palacios, iglesias, una ciudad entera dentro de otra ciudad, la admiracion llega á su colmo y se reconoce todo el poder y toda la majestad que animaban el genio de los soberanos pontífices. Roma ha sido la madre de los pueblos, no solo guiándoles á las sendas de la salvacion eterna, mas tambien haciendo renacer entre ellos las artes y la civilizacion.

EL LÁBARO.

HISTORIA DE LA PRIMITIVA IGLESIA.

Si algo prueba la divinidad de una religion, es seguramente su rápida difusion por el universo, cuando sus predicadores no tienen á su favor nada de lo que el mundo admira, ni el brillo de las riquezas, ni el poder del talento, y que caminan entre el fuego de las persecuciones, sin poder nunca contar con el dia de mañana, y teniendo siempre á la vista los instrumentos del suplicio que los espera. Declarándose discípulos del *maestro*, debian esperarse á participar de sus padecimientos en la tierra, pues les estaba prometida la gloria del cielo; y así como todas sus profecías se habian cumplido en él, era preciso que tambien en ellos tuviesen cabal cumplimiento. ¡Cuántas veces la semilla sembrada por Jesucristo, en el momento en que echaba algunas raíces, ha sido arrebatada por los vientos, sin ser jamás destruida! ¡Cuántas veces las tempestades han conmovido hasta sus cimientos aquella Iglesia que no moriria! . . .

Las persecuciones empezaron primeramente por los judíos, *porque no comprendieron el Verbo*. Estéban el diácono recibe la primera corona, luego Santiago el mayor y Santiago el Menor. Todavía no entraban los Césares en la lucha: los cristianos eran tan poco numerosos, que una provincia con sus ódios bastaba para el combate. Pronto aquellos pocos hombres fueron unos gigantes, y los emperadores se alzaron contra ellos con todo el poderío romano. Antes del primer edicto de la destruccion, la virgen Tecla muere degollada en el anfiteatro de Iconio. Neron corona la ciudad imperial de una diadema de llamas, y acusa á los cristianos de aquel incendio; tan temibles le pare-

cian ya, que se necesitaba este gran pretexto para entregarlos á los verdugos. Los dos principales mártires son: Pablo, decapitado como ciudadano romano, y Pedro, crucificado cabeza abajo en el monte Janículo. Entonces en los juegos públicos se echan cristianos á las fieras, y en los jardines y en las plazas públicas por la noche sus cuerpos inflamados sirven de antorchas á los paseantes. Apenas empiezan á cerrarse las primeras llagas de la Iglesia, cuando Domiciano, el hermano de Tito, de aquel á quien los pueblos llamaron *las delicias del género humano*, renueva los edictos de Neron. El apóstol Juan es metido en una caldera de aceite hirviendo, y luego desterrado á Patmos: el cónsul *Acilio Glabrion* es ajusticiado, como *Flavio Clemente*, sobrino de Vespaciano, que salia del consulado. Al principio de la tercera persecucion, la mujer de este último heroe *Flavia Domitila*, es quemada en su palacio, donde degollan á toda su servidumbre. *Evaristo*, cuarto sucesor de san Pedro; Simeon, segundo obispo de Jerusalen; Ignacio, tercer obispo de Antioquía, perecieron en tiempo de Trajano. Solo esto los principales para que se vea qué grandes hombres contaba ya el cristianismo entre los mártires.

Desde las miserables cabañas del pobre á quien emancipaba, la religion habia penetrado en los palacios de los grandes y de los emperadores: desde el ignorante que la habia aceptado como un rayo en las tinieblas de la vida, habia subido hasta los retóricos y los filósofos, que se creian á sí propios su propia luz, su propia sabiduría. Las persecuciones solo sirven para difundirla mas y mas: nueve han pasado ya sobre ellas: torrentes de sangre han corrido; pero así como las márgenes de un gran rio se hermosean con las fecundas plantas que fertilizan, así tambien de aquellos torrentes de sangre brotan las mas bellas flores del cielo que se abren para las brisas perfumadas á par los vientos de la tempestad: nuevas cristianas que caminan al martirio ó al triunfo. Aureliano muere ya no se ejecutan sino á muy varios intervalos los edictos sanguinarios; durante los reinados de Tácito, Probo, Caro, Carino y Numeriano, la Iglesia recupera nuevas fuerzas que le eran muy necesarias, porque *la era de los martirios* va á empezar con Diocleciano. Este, aunque vencido en Margo, en Mesia, ve á su rival Carino asesinado por un tribuno en medio de su victoria, y queda solo dueño del Imperio; él, hijo de un liberto, pero tan grande hombre como Augusto. Prudente y de carácter moderado, no piensa mas que en formar un nuevo imperio con su sagaz política: pero los neoplatónicos de la secta eclesiástica, siempre propensos á la persecucion, tenian gran crédito con Maximino Hercules, á quien á pesar de su ignorancia y de sus vicios, Diocleciano habia asociado á su poder, y mas particularmente cerca de Maximio su sobrino, y del pastor Galerio, elevado al título de César. Por medio de sus obras y en las escuelas, los filósofos excitan al emperador á acabar de una vez con los cristianos: se hace hablar á los oráculos, todos los restos del paganismo se ponen en movimiento, y hasta un juez, Hiocles, gobernador de Alejandría, entra en la lucha, y compone un violento escrito contra los cristianos.

Entonces se oyo en el mundo un inmenso grito de dolor al que responde el canto de los ángeles que bajan á confortar á los mártires con palmas cogidas en las infinitas llanuras de los cielos. La Iglesia, recien salida de las catacumbas y de los subterráneos, vuelve á ellos entonada para salvar las cosas sagradas de la profanacion, y conservarse algunos miembros. ¡Ah! ¡cuántas vergonzosas desercciones hubo en aquellos amargos dias! Y tambien ¡cuántos maravillosos valores se revelaron en los tormentos que inventó la tiranía! Pero una mano cuyos golpes son inesperados hiere á Diocleciano: Galerio y Maximino le obligan á abdicar con Maximiano. Pronto Dios llama al infame Galerio al cadalso de su justicia por espacio de diez y ocho meses una fiera le devora todo su cuerpo no es mas que una hedionda llaga, y al fin expira en Sárdica en medio de los mas atroces dolores, confesando en cierto modo sus crímenes con un edicto en favor de los cristianos, mas no por eso cesó la persecucion.

Pero en los tesoros de su bondad Dios reserva un salvador. Constantino marcha contra el tirano Majencio en dos batallas en Turin y en Verona, derrota dos huestes de cincuenta y ochenta mil hombres cada una, y avanza hácia Roma, donde aun le falta vencer un ejército formidable y superior al suyo: sus tropas están rendidas de cansancio, y las que va á atacar, todas de refresco y muy decididas, no se dejarán arrollar á las puertas de su capital sino despues de inauditos esfuerzos de valor. Esta es la única esperanza de Majencio: aquella batalla será solemne, ¡y qué altos pensamientos hallen en aquel momento en la cabeza de los dos emperadores! Centuriones, tribunos y soldados, todos caminan pensativos por las solitarias llanuras de las campiñas de Roma. Eran las doce del dia: el peso de las armas hacia mas insoportable el peso del calor, ... cuando de repente encima del sol, en el límpido azul de un cielo sin nube alguna, aparece una cruz al rededor de la cual están escritas en luminosos caracteres estas cuatro palabras *In hoc signo vinces* (por este signo vencerás). Todo el ejército es testigo de este prodigio que contuplica sus fuerzas.

A la noche siguiente el Hijo de Dios, llevando en la mano el mismo signo, se aparece en un sueño al emperador y le manda que haga una imágen de aquel signo para que le sirva de estandarte en las batallas: apenas se despierta, ejecuta el emperador esta órden: tal fué el origen de la enseña conocida con el nombre de *Lábaro*, y cuya forma era la siguiente. Una larga pica bamizada de oro tenia un travesaño en forma de cruz: en lo alto habia una corona de oro y de piedras preciosas que encerraba el símbolo del nombre de Cristo,

las dos primeras letras X y P.—una banderola de púrpura tejida de oro y de pedrerías pendia al través de la cruz: encima de esta banderola y debajo del monograma, estaban representados de oro los bustos del emperador y de sus hijos. Constantino dirigió entre sus guardias cincuenta hombres de los mas valientes y piadosos, que recibieron el cargo de llevar alternativamente aquella sagrada enseña.

Fué esta como el rayo para el tirano. Dióse la batalla junto al puente Milvio, donde á pesar de las promesas de victoria hechas por todos los oráculos, Majencio vió rotas sus tropas, y huyó con ellas por el puente de barcas que habia construido de modo que pudiese partirse por en medio quitando algunas clavijas de hierro, y para tender una celada á sus enemigos. Esta fué la causa de su perdida: las barcas se hundieron, y Majencio y una parte de su ejército desaparecieron en las olas. El Tiber arrojó su cuerpo á la playa; cortósele la cabeza y se llevó á Roma, que abrió sus puertas al vencedor en medio de las aclamaciones del triunfo. El emperador quiso que en todas partes figurase el monograma en los emblemas de su victoria. La estatua que se le erigió en una plaza pública, tenia por lanza una larga cruz en la mano; Constantino hizo poner en su base esta inscripcion: *Con este saludable signo, verdadera enseña de valor, he libertado vuestra ciudad del yugo del tirano y he restablecido al senado y al pueblo romano en su antiguo esplendor.*

Con aquel grande hombre la religion subió al trono del mundo. Ya la lucha estaba casi acabada, la prueba del martirio llegaba á su fin; los dias de ventura prometida tenian su cumplimiento. Todo queda explicado con aquel singular símbolo del Lábaro, que los filosófos cristianos hubieran debido poner en relieve, en vez de perderse en miserables sutilezas para responder á las objeciones contra la autenticidad de aquel prodigio, que verdadero, no añade mas que gloria á la gloria del cristianismo, y falso, no puede en manera alguna hacer mella en su verdad, apoyada en principios incontestables. ¿Qué emblema mas magnífico y poético hubieran podido hallar los egipcios, por ejemplo, acostumbrados á pintar los hechos por medio de imágenes?... Es pues por lo menos un mito sublime aquella cruz que aparece en los cielos encima del sol, despues de haber estado escondida por espacio de mas de trescientos años en las catacumbas y en las prisiones.

LOS CARMELITAS.

Segun piadosas tradiciones, que aunque refutadas por la ciencia histórica, no dejan de tener un carácter eminentemente religioso, el instituto de las carmelitas es en cierta manera de una antigüedad bíblica, siendo preciso remontarse hasta los tiempos de los profetas para descubrir su orígen. Sus verdaderos fundadores son, conforme á esas mismas tradiciones, Elías y Eliseo, y la verdadera cuna de este establecimiento, si hemos de creer á los analistas de la órden, es el monte Carmelo, una de las cimas del Líbano en la Palestina, cadenas de montañas que forma la frontera meridional del país de Galilea. Tambien se dice que los fieles visitan allí con veneracion una gruta que pasa por haber sido habitada por el profeta Elías.

Sin duda no se sigue de aquí que debemos creer á la letra data de tiempos tan remotos la institucion propiamente dicha de los carmelitas; pero estudiando el espíritu austero y santo de esta órden religiosa, ¿seria tan difícil hallar en los antiguos yermos del monte Carmelo en Siria el tipo venerable del Carmelo místico, instituido por el cristianismo para honrar á la santísima Virgen, madre de las vírgenes? ¿No podemos creer que fatigados de la vida licenciosa del siglo, y despreciando voluntariamente el lujo de las ciudades para vivir en comunicacion con Dios, hayan tomado los cristianos que pasaron sus dias en la soledad por modelo al santo profeta Elías, que huyó en otro tiempo de la corrupcion de Israell para presentarse á esta creencia que sonrie á la poesía tanto como á la piedad, no se necesita á nuestro parecer gran esfuerzo de imaginacion.

El mundo, prendado con tanto ardor de los bienes de la tierra, tan indiferente, tan frio, tan desdeñoso para con los del cielo, tiene la desgracia de no querer comprender estas cosas que pertenecen al dominio de la fe, y se desquita de su funesta ignorancia con burlas y sarcasmos. ¡Oh! ¡cuán diferente seria su lenguaje, si movido de la gracia divina pudiese formar una idea exacta de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la inefable ventura de que en medio de la austeridad y toda especie de mortificaciones está acompañada constantemente la vida religiosa, objeto de su desden y sus calumnias!

El divino Redentor habia dicho "Mi reino no es de este mundo," y no contento con formular esta verdad augusta, quiso sellarla con su preciosa sangre, y que esta sangre, derramada gota á gota por la salvacion del mundo, nos trazase, por decirlo así, el único camino que puede llevarnos á ese otro mundo donde está situado el reino eterno que ha prometido á los justos. Los preceptos de su sublime doctrina no tuvieron mas objeto que este, y mientras que todas las acciones de su vida mortal desde su nacimiento hasta su muerte eran un verdadero modelo de la perfeccion cristiana, su pobreza, su resignacion, sus humillaciones, los sufrimientos y las angustias de su muerte, eran una leccion muy alta, así como los azotes que recibió, la hiel que le dieron á beber en la cruz, las espinas con que la coronaron, y otras mil circunstancias de su divino sacrificio, ofrecian otros tantos símbolos elocuentes de los deberes que iba á imponer al mundo el regenerado. Era una cosa muy clara que para conformarse con su ley, para corresponder á su inmenso amor, para merecer en fin las magníficas recompensas prometidas á sus escogidos, seria preciso, segun lo permite lo débil de nuestra naturaleza, imitar en todo el ejemplo que nos habia dado el Hombre-Dios.

De este principio de santificacion, principio que forma la base de todas las virtudes evangélicas, emanan las reglas de las diversas órdenes religiosas, y cuanto mas austeras, cuanto mas conformes son estas reglas con el espíritu de penitencia enseñado por el divino Maestro, tanto mas se acercan á la perfeccion del celestial modelo las almas que se someten á ellas.

Y he aquí como volvemos á la órden del Carmelo, que se distinguió en todos tiempos por el riguroso régimen puesto en vigor en sus monasterios, y sobre el cual vamos á consignar algunos detalles que probablemente servirán de edificacion á nuestros lectores. Y no ya vamos á hablar de vagas tradiciones sacadas de la noche de los antiguos tiempos, ni citar esas crónicas sin fundamento que la burlona impiedad relega al número de las fábulas, sino á recordar hechos que no porque tengan mucho de maravillosos pueden ser puestos en duda.

Segun la docta y piadosa coleccion de los bolandistas, no nació la órden de los carmelitas hasta fines del siglo XII, en cuya época Bertoldo de Calabria, valeroso caballero de Godofredo de Bouillon, fué á establecerse con muchos de sus camaradas al monte Carmelo, fundando en él una asociacion de cenobitas, á la cual Alberto, patriarca de Jerusalen, dió una regla que entre otras cosas obligaba á los religiosos á permanecer en sus celdas, á entregarse á la oracion dia y noche, y á no tener nada que fuese de su propiedad particular.

Tambien debian aquellos piadosos cenobitas consagrarse á la penitencia, abstenerse de comer carne en todo tiempo, observar el mas riguroso ayuno, y guardar un silencio casi absoluto. Su traje consistia en una túnica oscura con un manto blanco, á imitacion del que Elías arrojó á su discípulo Eliseo al subir á los cielos.

Así empezaron los carmelitas, y continuaron del mismo modo hasta el siglo XIII, en cuya época, arrojados de la Tierra Santa por las persecuciones, vinieron á refugiarse en el Occidente. Poco tiempo despues poseian colonias de su órden en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, y considerando su nueva posicion el papa Inocencio IV, modificó su regla en muchos puntos, empero manteniendo la primitiva severidad de sus estatutos.

Desde entonces nadie se ocupó de los carmelitas hasta mediados del siglo XV en que Juan Soreth, vigésimosesto general de la Orden, creyendo en una cosa indigna que las órdenes mendicantes tuviesen doncellas que seguian sus reglas propias, y que únicamente no las hubiese en la órden del Carmelo, obtuvo del papa Nicolás V los privilegios necesarios para crear esta nueva institucion, y fundó cinco casas para las carmelitas.

El cielo no tardó en colmar de nuevos favores á los religiosos del monte Carmelo una jóven á quien han colocado sus muchos y grandes méritos en el rango de las santas mas célebres, Teresa de Cepeda decimos, animada de esa voluntad fuerte y poderosa que solo se adquiere con el amor á Dios, emprendió la reforma radical de la órden de los carmelitas en España, su patria, y con solo citar su nombre, el nombre de santa Teresa, damos á nuestros lectores una gran idea de la virtud y perfeccion cristianas. Tomó el velo á los veintidos años en un monasterio de Avila, y enteramente consagrada desde entonces á Jesus crucificado, solo abrigó un pensamiento, el de llegar á conocer á su excelente maestro por medio de la oracion, y aprender de este modo lo que debia hacer para ser digna de él. "Parecia, como dice uno de sus panegiristas, parecia que los libros de la eternidad se habian abierto para ella. Llegó á entender con la mayor claridad las grandezas adorables del Verbo hecho hombre, las inagotables riquezas de su sabiduría, los tesoros maravillosos de su gracia, la diferencia de su conducta y la impresion que causa á las almas que le están sometidas. De este modo la tierra era para ella un lugar de destierro, y conversando con el cielo allí es adonde ella misma se hacia superior á todas las cosas sensibles, veia hacer á Dios como origen de perfeccion y belleza, le consideraba como fuente de todo bien, le miraba como principio de verdad y bondad, se abismaba en la contemplacion de su inmensa majestad, ya en raptos, trasportes y éxtasis en que su cuerpo aparecia como suspendido é inmóvil, ya acudiendo á las reflexiones, por medio de las cuales se unia su espíritu á Dios, no dejando á sus sentidos casi ningun uso."

¡Poderoso y admirable efecto de la oracion! Teresa aprendió á descender de la grandeza de Dios al desprecio de todas las cosas mundanas, comprendió que la cruz es el signo de la alianza inefable que une á las vírgenes con Jesucristo, y por último, gracias á la oracion, ella, débil mujer, adquirió fuerza suficiente para abrazar una serie de mortificaciones que los hombres habian considerado con espanto.

Dispuesta así, Teresa se ocupó con ardor de la realizacion del piadoso proyecto que Dios habia puesto en su corazon, y la reforma de su órden segun la regla primitiva fué el constante objeto de sus deseos y trabajos. Grandes obstáculos fueron á querer paralizar sus esfuerzos, pues en aquella obra de reforma, como dice Fenelon, no se trataba de sembrar, de arrancar, de cultivar tiernas plantas, sino de doblegar los troncos duros y tortuosos de grandes árboles. Era preciso que Teresa hiciese frente á la vez á las contradicciones de los superiores de la órden, sus propios directores, los obispos y los magistrados de todas las poblaciones que recorria, casi siempre agobiada de enfermedades, arrostrando el rigor de las estaciones, los desaires del mundo y toda clase de peligros, sin que por esto dejara de esperar en silencio en el que nunca engaña á las almas confiadas y que aguardan siempre la realizacion de sus divinas promesas.

Al fin, despues de mil contratiempos de diferente índole, la fe, ese poder maravilloso que trasporta las montañas, fué á coronar los trabajos de la infatigable Teresa; todas las dificultades desaparecieron, y secundada por los Antonio de Jesús y los Juan de la Cruz, hombres verdaderamente evangélicos con que el cielo habia enriquecido á España en el siglo XVI, logró que volviese á florecer la antigua piedad en la cima del Cármelo, que iba á regar con sus sudores.

Santa Teresa consagró toda su vida (desde 1511 hasta 1582) á esta obra, que constituye su gloria al propio tiempo que la de la religion. Treinta y dos monasterios alzados en las principales poblaciones de España, fueron obra de sus manos, y tuvo el placer de verlos aumentarse y producir abundante cosecha antes de morir, ó mas bien antes de ir á contemplar por una eternidad y cara á cara el divino objeto de su santo cariño, de aquel á quien en sus raptos de piedad no cesaba de repetir: *¡ó sufrir, Señor, ó morir.*

Ahora para juzgar acerca de la austeridad de las reglas prescritas á los carmelitas por su admirable reformadora, penetremos un momento en los monasterios de estas heroínas de la piedad. Allí es donde se ven milagros de mortificacion, privaciones y voluntario sufrimiento; allí jóvenes delicadas y muchas veces debilitadas por una abstinencia sin descanso y largas enfermedades, andan con los piés descalzos, porque Teresa lo habia mandado y les daba el ejemplo. ¡Mirad con qué celo, con cuánta humildad obedecen las órdenes que

reciben! Intentarian lo imposible si les mandasen lo imposible, porque la voz del superior, ha dicho la reformadora, es la voz de Dios, pero estos sacrificios son nada aun. Oid, oid los golpes de las disciplinas que caen sobre los miembros delicados y débiles de aquellas valerosas vírgenes; la sangre corre, pero no vierten una lágrima; el dolor no puede arrancarles un murmullo, y ya veis cómo la mayor parte de ellas solicitan apresuradas el permiso de volver á empuñar la disciplina que acaban de enrojecer con su sangre. Compárese el estoicismo de los antiguos filósofos, esa virtud de parada, de estentacion y fanfarronería, con la dulce y humilde resignacion de las carmelitas, y se comprenderá la inmensa diferencia que separa la filosofía de los hombres de la ciencia de Dios.

Dirijámonos á esos modestos claustros en que reina la calma mas religiosa, y no temamos que allí se consuma el tiempo como en nuestro mundo en conversaciones ociosas ó maldicientes. Las hijas de Teresa deben guardar completo silencio, y se impondria el castigo mas severo á la que infringiese lo mandado en este punto por la superiora. ¡Cuánto ingenio no despliegan tambien esas vírgenes cristianas en reunir al mérito de la pobreza el del sufrimiento! Considerad sus vestidos, y no veréis en ellos rastro alguno de la coquetería mundana; al contrario, con los ojos de la fe descubrireis una coquetería oculta, una coquetería cuyo refinamiento purifica el alma en vez de corromperla, en una palabra, un adorno de sencillez y mortificacion infinitamente grato á los ojos de Dios. Bajo aquel traje de tela grosera y vil, las hijas del Cármelo llevan cilicios, molestos por los nudos y aun algunas veces tambien por las espinas de que están provistos. Tal es el lujo que reina en el traje de las carmelitas, tales son los cuidados, las atenciones infinitesimas que emplean para agradar á Jesús, muerto por nosotros en una cruz. Si dirigimos la vista á los brillantes y ricos trajes de las mujeres del siglo, si consideramos los motivos vanidosos ú no culpables de este esmero en vestirse, ¡qué reflexiones tan tristes nos asaltan al ver este contraste!

A pesar de tanta rigidez, la órden del Cármelo, honrada con las bendiciones del cielo, prosperó rápidamente proporcionándose á España, Italia, Francia, los Paises Bajos, todas las provincias de la cristiandad.

Todas estas venerables instituciones han nacido en el seno del catolicismo, que era el único que podia ser el principio de su existencia, y así nada les faltaba para que fuesen lo mismo que las demas órdenes consagradas á la oracion y la vida contemplativa, objeto de los sarcasmos de los herejes y los incrédulos. De aquí tantos ataques odiosos y llenos de mala fé, en los cuales se les acusa, entre otras cosas, de ociosos inútiles y aun perjudiciales para la so-

ciedad, porque nuestro siglo, tan ocupado en industrias materiales, el que pone todo su cuidado en las máquinas de vapor, el que antes que todo quiere saber cuánto le producirá cada cosa, nuestro siglo, decimos, no deja de repetir necia mente las mismas acusaciones. Incapaz de apreciar los triunfos que la religion obtiene contra la naturaleza, solo ve en esos retiros sagrados, abiertos á la virtud, la inocencia y el arrepentimiento, monumentos absurdos del fanatismo y de la imbecilidad de nuestros abuelos. ¡Así es como desbarra la sabiduría humana cuando no nos ilumina la antorcha de la fe! ¿Y qué, en tiempos tan criminales, tan infelices como el nuestro, las piadosas reacciones de las hijas del Carmelo y demás religiosas serian inútiles para desarmar al cielo irritado, para consolar á la tierra presa de la desolacion? ¡No debemos felicitarnos, por el contrario, puesto que hay seres inocentes y puros, vírgenes de cuerpo y de alma, ángeles terrestres que resueltas á seguir al Cordero hasta por los senderos mas ásperos de la penitencia, no solo piden por sus hermanos, interponiéndose, por decirlo así, entre Dios y nosotros, sino que tambien consienten en espiar las faltas y los extravíos de la multitud? ¿Cómo no reconocer, admirar y venerar el noble heroísmo que encierra la vida solitaria y de mortificacion de las carmelitas? ¿Despues de la muerte de los santos mártires, hay nada mas interesante ni mas prodigioso que esa vida desprendida de todos los intereses mundanos, esa vida llena de privaciones y voluntariamente humillada, esa existencia en cierto modo *anonadada*, segun la bella expresion de un escritor de talento? Desgraciados, lastimosos los que no pueden comprender esto! Esos hombres ciegos marchan por mal camino, y su mente no puede concebir el consuelo y la hospitalidad que encierran los muros del Carmelo: pero no sucede lo mismo á aquellos cuyo corazon se siente animado del sentimiento religioso. A sus ojos esos humildes monasterios que se elevan en medio de las pasiones desencadenadas del siglo, se parecen á esas pacíficas islas llenas de verdura que, en seno de los mares ofrecen á los pobres náufragos un refugio seguro contra las olas y las tempestades.

LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS.

LAS TRES IGLESIAS.

LOS QUE PELEAN.—LOS QUE EXPIAN.—LOS QUE TRIUNFAN.

¡Felices los muertos que mueren en el Señor!—Apocal.

I.

Mueren en un suelo de proscripcion. Como las hojas que una primavera ve nacer y que arrebatan los vientos de otoño, todos los dias el soplo de la muerte se los lleva y aclara sus filas; pero pronto sucede una nueva generacion, los huecos se llenan, y siempre la gran selva del linaje humano se ofrece, vigorosa y entera, á los golpes de la muerte, ese implacable leñador, y parece desafiar los esfuerzos de su hacha. Todavía no ha llegado la hora señalada por los eternos decretos, en que la tierra, reina del espacio y tan preciada de su hermosura, volverá á caer deshecha en un rincon del caos. Entre tanto, las generaciones nacen y mueren, y los desgraciados riegan con su llanto el ingrato suelo que los vió nacer y que debe recibirlos en su seno.

¡Oh! ¡vosotros los que triunfais en el cielo, rogad por nosotros!

Ya abandonaron el suelo de proscripcion. Ninguno de ellos ha dejado en él su huella, y su memoria se ha ido borrando poco á poco, como el surco de un astro que se apaga ó como la estela del barco sobre las aguas. Todos han bebido al paso en el torrente de amargura que emana del árbol maldito: todos han arrastrado esta carga de padecimientos y miseria bajo la cual gemimos. Rodando, como nosotros, de seducciones y de peligros, mas de una vez tropezaron en el áspero sendero: mas de una vez se sintieron abrumados bajo el antiguo anatema, y cuando la fe les mandaba fijar sin cesar sus ojos en el cielo, la concupiscencia ¡ay! inclinaba sus deseos hácia la tierra. Y con harta frecuencia contrastaron al Dios que los protegia, prestando el oido á las pérfidas insinuaciones de la carne, del mundo y del demonio: como Jonatás, se apartaron un momento del campo de batalla para untar su vara en el arroyo de miel. . . Y por eso lloran y gimen en su abrasada cárcel.

¡Nosotros que todavía podemos merecer, roguemos por ellos!

Ya abandonaron el suelo de proscripcion. Este mundo fué para ellos una

palestra en la que pelearon valerosamente. A fuerza de perseverancia y de valor, domaron á sus formidables enemigos, llegaron triunfantes al término de la carrera, y la muerte no fué para ellos mas que el tránsito á las alegrías de la victoria. Y mas de una vez sin embargo se sintieron agobiados bajo el peso de la antigua maldicion, y tal vez se inclinaron hácia el abismo donde veian á tantos otros perderse. Mas de una vez sintieron el vergonzoso aguijon de la concupiscencia, ó el impuro hálito del leon *rugiente*; pero bebieron en la idea del cielo un valor sobrehumano, y apoyados sobre la cruz, treparon con el sudor de su frente el angosto sendero que conduce á la fidelidad; ó si acaso pagaron tributo á las flaquezas de la humanidad, si alguna caida cortó su generosa carrera, ¡cuántas veces lavaron en las amargas aguas de la penitencia aquellas *ligeras* manchas! ¡con cuánta severidad pagaron las deudas contraidas con Dios! Y por eso fueron hallados dignos de *entrar á la presencia del Cordero sin mancilla*.

¡Gloria á ellos en las alturas de los cielos!

II.

¡Oh desgraciados hijos de Adan! ¡cuán doloroso espectáculo ofrece vuestra gran familia, siempre en lucha con las potencias del infierno! Esa felicidad que buscais con una ansia siempre burlada, no es mas que un recuerdo de vuestra grandeza primitiva, el eco de una voz celestial que se pierde entre ruinas; una realidad os queda, el dolor. ¡Oh! esa no se os puede escapar, esa os sigue desde la cuna hasta la sepultura. Todo tiene para vosotros su lado triste; el luto os rodea como un inmenso crespon, y la alegria no ilumina sino á raros intervalos vuestro sombrio horizonte, semejante á aquellos relámpagos que no interrumpen un momento la densa noche mas que para sumergirlo todo luego en una oscuridad mas profunda. ¿Por qué, pues, os obstinais en seguir ese fantasma que se os escapa siempre? Hijos de los hombres, alzad los ojos; solo el astro de la esperanza puede alumbraros y conduciros allá arriba en aquellas regiones eternas donde os han precedido vuestros hermanos y adonde os llama Dios, es donde mora la verdadera felicidad. Pero para alcanzarla es preciso pelear, es preciso sufrir. . .

¡Oh! ¡vosotros los que triunfais en el cielo, rogad por nosotros!

Allí están sumergidos en un abismo de fuego y atormentados por horribles martirios. ¡Oh! si nos fuera dado oir sus amargos gritos, ¿á qué alma no enternecería su suerte? ¿quién podria rehusar una gota de agua á su sed, y no afanarse por aplacar á fuerza de oraciones y de buenas obras al indignado Señor que los trata con tanta severidad? Pero todavía sus gritos no son de rabia, ni su dolor raya en la desesperacion; no se qué dulce melancolía se mezcla á sus gemidos, se conoce que no está escrito sobre la puerta de esa horrible prision: *Dejad aquí toda esperanza*. Sí, la esperanza, celeste mensajera, guarda su divino bálsamo en el fondo del amargo cáliz de que se abrevan; una brillante perspectiva les aparece mas allá del horizonte inflamado que los rodea. Algun dia verán cara á cara al que desean, á aquel hácia quien tienden sus ardientes suspiros, algun dia entrarán en aquella ciudad radiante de hermosura, hácia la cual se abalanzan con ímpetu. . . Pero entre tanto, sufren cruelmente y ruegan á sus hermanos de destierro que abrevien su martirio.

¡Nosotros que todavía podemos merecer, roguemos por ellos!

Mas allá de los brillantes globos que giran sobre nuestras cabezas, habitan los alcázares del Rey de gloria. Los soles creados no señalan allí los dias ni las noches; el tiempo no mide allí la vida con sus avaras manos. Ni *la muerte*, ni *el luto*, ni *los gritos*, ni *el dolor* tienen entrada en aquellas sublimes regiones, donde solo reinan una luz sin sombra, la vida en toda su plenitud, la felicidad con todas sus delicias; apenas pueden comprender que los dias tan breves de su destierro hayan producido una cosecha tan abundante de gloria, y su gratitud se exhala en torrentes de amor en el seno del Dios tan magnífico y tan grande en sus promesas. Sin embargo, en su venturosa morada no olvidan á sus hermanos de destierro: á todas horas los excitan, los llaman, les muestran la corona reservada á los que pelean con valor.

¡Gloria á ellos en las alturas de los cielos!

III.

Su suerte es incierta, caminan rodeados de una densa polvareda que levantan sus plantas. Su horizonte es oscuro, su luz es pálida y dudosa: la esperanza va siempre mezclada para ellos de inseguridad, y la alegría de tristeza. Algunos han dicho: ¿Hay un Dios? ¿qué hallaremos al otro lado del desierto que poblamos por algunos dias? Nadie lo sabe. . . Y se durmieron en un culpable sueño cuando era preciso orar y velar. Muchos prefirieron las falaces dulzuras del destierro al amargo maná de la esperanza. Otros, pero en corto número, fijaron su mirada en la cruz, y caminaron con valor á la luz de aquel astro austero, hácia el término señalado de lejos á sus ojos empañados en llanto. ¿Cuántos llegaron sin tropiezo al cabo de la carrera? Solo Dios lo sabe; pero ¡ah! ¡cuántos se extravian y desfallecen! . .

¡Oh! vosotros los que triunfais en el cielo, rogad por ellos!

Toda incertidumbre ha desaparecido de su vista: han tocado el límite que separa al tiempo de la eternidad, y la irrevocable sentencia ha caido sobre ellos. Almas fieles, ¿por qué esos gritos de angustia y esos amargos lamentos? Dejad pasar algunos dias de dolor, y poseereis en fin y para siempre ese bien tan apetecible, objeto de todos vuestros deseos. Pero ¡ay! ¡cuán largos son esos dias que los separan de la eterna belleza que conocen demasiado pa-

ra no desearla con ardor, y sufrir, sufrir horriblemente por su ausencia harto prolongada! ¡Cuán dura cosa es abalanzarse con irresistible ímpetu hácia un objeto tan halagueño, y caer sudando bajo la privacion y el dolor! ¡Y luego, nuestros ligeros padecimientos pueden siquiera dar una idea de los indecibles tormentos que los devoran! *Tened compasion de nosotros, tened compasion de nosotros*, exclaman: *¡oh! vosotros á lo ménos que nos amábais en la tierra, porque la mano del Señor ha probado sus iras en nosotros!*

¡Nosotros, que todavía podemos merecer, roguemos por ellos!

Todo enigma está explicado, todo velo está descorrido ante sus ojos satisfechos. Ellos penetran con delicia en las sublimes profundidades ocultas á nuestras débiles miradas: ya acabaron aquellos misterios infinitos que envuelven nuestra razon oscurecida y nuestros sentidos estúpidos: todo se ha despejado y embellecido para ellos á los rayos de la verdad eterna. Ya son señores de los cielos, de los espacios, de las estrellas, ¿y lo creeriamos? esas bellezas que arroban nuestros ojos deslumbrados, que medio comprendidas nos proporcionan ya tan dulces goces, son la infinitamente menor parte de su inagotable felicidad. Ellos contemplan, disfrutan, saborean con delicia la belleza increada: por ella y en ella descubren, pero en su primitiva pureza, todas las bellezas creadas. Y nada, ¡oh delicioso pensamiento! ¡oh colmo del delirio! nada podrá alterar jamás aquel sentimiento mio, lleno, inagotable, infinito de la hermosura suprema; nada, ni aun la eternidad!

¡Gloria á ellos en las alturas de los cielos!

IV.

Pero su vida de destierro será breve. Cada instante se lleva una porcion de su sustancia mortal, flacos edificios que mina insensiblemente la mano del tiempo. Todos, cada cual siguiendo su direccion y en su senda, tienden á la eternidad, con la rapidez de los arroyos que se precipitan en sentidos diversos hácia el Océano, solo que la hora fatal que debe entregarlos á sus eternos destinos permanece desconocida: la muerte, que siempre tiene suspendida su guadaña sobre las cabezas de todos, avanza con callados pasos, y siempre, inquietos peregrinos, deben estar con los lomos ceñidos y las sandalias en los piés, prontos á partir. Y por esto importa poco que su vida sea larga ó corta, ilustre ó desconocida, risueña ó triste, pues que la muerte debe pasar su rasero sobre todo, pues que el tiempo se lleva con la misma rapidez las penas y las alegrías, pues que la vida mas larga no es mas que un punto imperceptible en la eternidad.

¡Oh! ¡vosotros los que triunfais en el cielo, rogad por ellos!

El término de sus padecimientos está fijado, pero acaso ignoran cuándo se abrirán delante de ellos las puertas de sus ardientes hornos. Arrastrados por

la impetuosidad de sus deseos, con una rapidez á que no iguala la de la flecha, se estrellan á cada instante contra las paredes de su cárcel, semejantes al águila cautiva que se lanza á volar esperando romper las rejas de su jaula. ¡Inútiles esfuerzos! Todo se lo volverán, hasta el último óbolo, al severo acreedor á quien debemos cuenta y ante quien *no puede entrar nada que esté manchado*. Un mar de azufre y de betun, inextinguibles ardores, violentos deseos, la mas cruel privacion, y sobre todo el apartamiento de su Dios, todo esto los abruma sin tregua y á la par hasta el dia señalado por la misericordia, y que solo nuestras oraciones y nuestras obras pías pueden acelerar.

¡Nosotros que todavía podemos merecer, roguemos y sufrimos por ellos!

Su felicidad no acabará. Mil millones de siglos se habrán sucedido en el abismo de la eternidad; todos los cielos, todos los espacios, todos los mundos habrán pasado, antes de que su ventura haya sufrido la mas leve alteracion ó dado un paso hácia su fin: ni siquiera hay para ellos sucesion de felicidad, continuacion, duracion de existencia: todo se pierde en la posesion presente del soberano bien, posesion completa, sin nubes, sin restriccion, sin límite, y que se resume en esta deliciosa palabra: ¡Eternidad! ¡Eternidad! ¡Eternidad! ¡Oh misterio inexorable para nuestros entendimientos limitados! ¡Oh sublime plenitud de contento, de paz y de delicia! Revelanos solamente un rayo de tu misteriosa belleza; deja penetrar hasta nosotros un reflejo de tu inefable esplendor, para que los pobres viajeros de la tierra cobren alientos, para que nunca se dejen vencer por las tentaciones ó la debilidad, y antes bien caminen con paso firme hácia el término donde los aguardan sus hermanos.

¡Gloria á ellos en las alturas de los cielos!

¿Quién los ayudará á vencer las tentaciones y los lazos? ¿quién tenderá á su debilidad una mano propicia, reanimará su valor exánimo y sus fuerzas agotadas? Vosotros solos, venturosos moradores de la ciudad santa, podeis guiarnos y sostenernos en este peligroso viaje. ¡Ah! si la celestial morada ofrece hoy vuestras frentes al felíneo nuevamente habeis arribado al puerto, olvidando á los que habeis dejado luchando con las olas y las tempestades! Acordad de vuestros dias aciagos, de vuestras horas de angustia, de vuestras amargas vicisitudes: acordaos del peso de miseria que habeis arrastrado antes que nosotros, y que acaso tantas veces os infundió el desaliento en el corazon. Derramad sobre nosotros un poco de esa fuerza que os prodigó el cielo, y abreviad ó mitigad al ménos para nosotros las fatigas de esta triste destierro. Somos miembros de vuestra gran familia, y tambien nuestros puestos están señalados en vuestras gloriosas filas.

¡Oh! ¡vosotros los que triunfais en el cielo, rogad por nosotros!

¿Quién hará descender á esos horribles braseros los consuelos de la esperanza? ¿quién derramará el rocío á esas abrasadas gargantas? ¿quién arrancará

de sus cadenas á esos desgraciados cautivos? Nosotros, nosotros, aunque somos tan débiles, aunque somos tan impotentes para asegurar nuestra propia felicidad. Su suerte cabía en nuestras manos. ¡Ah! si nos fuera dado abreviar los padecimientos de los que amamos sobre la tierra, ¿á qué sacrificios no nos resolveríamos muchas veces por salvar de la enfermedad ó de la amargura á nuestros parientes, á nuestros hermanos, á nuestros amigos? Y sin embargo, esas pobres almas que gimen en aquellos lugares de tormentos, son las que nos han dado en este mundo, son nuestros parientes, nuestros hermanos, nuestros amigos. ¡Y qué hay que hacer para consolarlos, para evitarles acaso largos años de martirio? Rezar, sufrir por ellos, ofrecer al Dios de justicia las débiles buenas obras que el nos inspira, en compensacion de los pecados que tan cruelmente expian aquellos desventurados.

¡Nosotros que todavía podemos merecer, roguemos por ellos!

Nada puede aumentar su felicidad. Todas las facultades del alma, todos los sentimientos del corazon, todos los sentidos del cuerpo tienen su género de goce y de delicia. Y aunque hay *mas de una morada en la casa del Padre celestial*, todavía es cierto que todos los elegidos de aquella gran ciudad están en el colmo de la ventura, pues que ninguno de ellos desea ni puede desear una felicidad mas completa. Si pudiera alcanzarlos alguna tristeza, seria ver á sus hermanos de destierro extraviarse ó desfallecer en el camino... Si algun deseo pudiera turbar su quietud, seria el de verlos cobrar el aliento, y caminar con paso firme siguiendo sus huellas. Nosotros pues que *tenemos sobre nuestras cabezas tantos testigos, volemos al combate que nos proponen, fijando los ojos en Jesucristo, el autor y el consumador de nuestra fe.* Nuestros hermanos nos contemplan, nos excitan, nos esperan.

¡Gloria á ellos en las alturas de los cielos!

V.

Y Dios abrazaba con su amor esa inmensa familia, dispersa todavía, pero que debia reunirse en él. Centro y principio del ser, llamaba á esos tenues arroyuelos escapados de su manantial, como atrae el Océano todas las aguas derivadas de su seno. Y los cantos de júbilo de los unos, como los gritos de dolor y los gemidos de los otros, subian á él como un solo concierto, porque su misericordia cobijaba bajo sus alas á todos aquellos hijos de su poderío, cuya felicidad deseaba. Yo veia acercarse la hora en que caerian las parcelas de muros que separan á los miembros de la gran familia. Y las voces de los elegidos repetian en el cielo: *¡Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* mientras que las voces del destierro repetian humildes y suplicantes: *¡Felices los muertos que mueren en el Señor!*

DE MARÍA Y DE SU CULTO.

¡Ave, maris stella!
Himno.

I.

La milagrosa predicacion de Jesús comenzó en las inteligencias una revolucion inaudita, que pronto completaron su muerte y su cruz legada á sus discípulos. Aquella profunda conmocion sacó al mundo de su letargo: los hombres levantaron la cabeza y tendieron la vista al Oriente. Todas las naciones rastreaban quebrantadas bajo el yugo de los romanos, cansados por su parte de la gloria y sin creencia en sus divinidades. El universo, aunque deslumbrado por las pompas del imperio, esperaba sin embargo algo mas poderoso que la antigua Roma, la gran divinidad de la época, rayo que amenazaba siempre y hería de muerte al menor grito de emancipacion. el mundo sufria bajo el yugo de Roma como Prometeo entre las garras del buitre. Grandes tinieblas pesaban sobre la humanidad, si una mano divina no ahuyentaba las unas y no tocaba á la otra. Alzóse pues la religion cristiana como un sol cuyos beneficios mayor se apresuraron todos á buscar, y los que se quedaron en la sombra no pudieron menos de fijar en él sus miradas, siquiera para blasfemar y maldecir.

¡Qué melodía tan deliciosa la de aquella divina voz que descendió primero sobre los pobres y dió sus perfumes á las encrucijadas, como el sinsonte y la mirla! Aquel era el eco de la voz del Hijo de María, Hombre-Dios, síntesis viva de todo poder moral y de toda flaqueza física, viniendo á sanarlo y fortificarlo todo, purificándolo al mismo tiempo. El primer altar que la gratitud hizo erigir al lado de los suyos, fue el de su madre, flor hermosa y duradera, nacida de un tallo desecado. El espíritu del Señor se posó sobre ella.

¡cáliz maravilloso elegido de toda eternidad! Como Jesús era el tipo del hombre en todos los grados de la vida, María fué el modelo de la mujer, de esta suerte el cristianismo abrazó desde su origen á la sociedad entera. Tal es la idea que desenvolveremos en la segunda parte de este artículo, titulada la *Imitacion de María:* ahora vamos simplemente á recordar los hechos.

Se cree generalmente que la santa Virgen murió el año 48, despues de haber podido ver los milagros hechos en nombre de su hijo, la primera persecucion de Jerusalen, los dos caminos de los apóstoles y su separacion, en el año 36, para predicar el Evangelio por todo el mundo. Los prestigios mágicos de Simon y de Apolonio de Tiana, en Capadocia, habian llegado hasta ella. La mayor parte de los verdugos de su hijo habian muerto en la infamia: Pilatos se mató como Judas. Habia lamentado la desgracia de los judíos, ya cuando en Mesopotamia ó Lacia, Babilonia pereciera mas de cincuenta mil, ya en tiempo del hambre ocasionada por Agabo; pero todavía tuvo el dolor de ver al morir la persecucion de Herodes Agripa, que hizo degollar al obispo de Jerusalen, Santiago el Mayor. Durante la vida de María, todos los fieles le habian profesado una gran veneracion; siempre se le consideró como el tabernáculo vivo del Señor; pero despues de su muerte se empezó en la Judea á tributarle un culto que á pesar de las herejías y de las persecuciones, se ha conservado como el del mismo Cristo.

Hasta el cuarto siglo ninguna voz interrumpió el himno de sus alabanzas: solo entonces empezaron á aparecer los hombres llamados *Antidicomerianitas*, contradictores de María y que atacaron su virginidad; pero Dios le suscitó uno de aquellos poderosos defensores que triunfan igualmente con la elocuencia de la palabra y la santidad de la vida. El error cundia principalmente por la Arabia, donde al fin lo destruyó San Epifanio, escribiendo á todos los fieles de aquella provincia una carta admirable por su elocuencia y fuerza de raciocinio.

En la misma época pasó de la Tracia y de la alta Escitia al mismo país un error enteramente opuesto, mezcla del cristianismo y de las fiestas paganas, error que cundió principalmente entre las mujeres. En el mes mas hermoso del año y por espacio de muchos dias, adornaban magníficamente un carro en el que estaba puesta una imágen de la Virgen, y ofrecian á esta tortas llamadas en griego *Collyrides*, de donde los partidarios de aquella secta tomaron el nombre de *Collyridianos:* tomaban su parte de aquellas tortas como una comunion, y adoraban á la Virgen como una divinidad. San Epifanio impugnó jamás este nuevo error, cuya idolatría hizo patente. "María, dice, simple criatura mortal, nacida de Ana y de Joaquin, segun el curso ordinario de la naturaleza, debe ser honrada, pero no adorada." Y porque las mujeres se habian establecido principalmente sacerdotisas de aquella superticion, anuncia que en el cristianismo se les quitará la parte en el sacerdocio que tenian en todas las otras religiones: es de advertir que en la primitiva Iglesia habia diaconisas, &c. Solo ha quedado de esto una distincion puramente nominal de canonesas; pero ¿por qué ha de prescribir para el porvenir la prohibicion que se juzgó necesaria en tiempo de San Epifanio?

En el quinto siglo nació la heregía de Nestorio, que atacó mas la divinidad de Jesucristo que la inviolabilidad de la Virgen. El sacerdote Anastasio, *syncelo* [*] del obispo Nestorio, habia dicho que la santa Virgen no era madre de Dios, sino de un hombre, instrumento de la divinidad, cuasi que la llevaba, y la elocuencia de Nestorio sostuvo esta heregía. San Cirilo, obispo de Alejandría, se alzó contra el obispo de Constantinopla; pero Nestorio tuvo sus dias de triunfo: abusó momentáneamente de su poder y de la autoridad de su talento, sucumbió luego, fué desposeido, confinado en un monasterio, y en fin, desterrado. Murió despues de increibles aflicciones, lleno de miseria y de calamidades.

A pesar de los *contradictores*, puede decirse que el culto de la santa Vírgen se estableció fácilmente en el mundo. Intimamente enlazada á la divinidad de Cristo, donde quiera que Cristo fué reconocido, su madre fué venerada, pero no de un modo tan uniforme como en el dia. Por ejemplo, no siempre se ha creido en su asuncion. San Adaman, escritor del siglo VII, compuso una descripcion de los santos lugares, sobre la relacion de Arculfo, obispo de la Galia, que habia hecho el viaje de Jerusalen, y describiendo una iglesia del valle de Josafat donde se enseñaba el sepulcro vacío de la santa Vírgen, "no se sabe, dice, en qué tiempo, por quién ni cómo fué sacado su cuerpo de esta sepultura, ni en qué sitio espera la resurreccion." Entonces se creia solamente que la santa Vírgen habia muerto en Jerusalen, contra la tradicion que la hace morir en Efeso, en una edad muy avanzada. Pero en pleno concilio general, Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, sostuvo en 1215 como una creencia canónica la asuncion corporal de María.

Esta fiesta y la de la inmaculada Concepcion excitaron siempre algunas dudas: esta última no empezó hasta el decimo siglo. Al tiempo de la cuestion de Abelardo, es decir, el año de 1140, con corta diferencia, se hace generalmente ascender la famosa carta de San Bernardo á los canónigos de Leon de Francia, relativa á la fiesta de la Concepcion, recientemente introducida en su diócesis: en ella dice, que es quitar á Jesucristo su prerogativa singular darcela á su madre, y que por consiguiente es disminuir la gloria de la Vírgen en vez de acrecentarla. El privilegio de ser concebido sin la mancha original se ha reservado para solo aquel que debia santificar á todos los demás. A pe-

[*] *Compañero de celda—syn—junto,* Kells.—*Celda en griego.*

sar de san Bernardo, la iglesia adoptó esta creencia, porque vemos en 1521 que la facultad de teología de París, entre otras proposiciones de Lutero, censuró esta: *La contradictoria de esta proposicion, la santa Virgen fué concebida sin pecado original, no está desechada.*

Estas disputas raras y sin embargo importantes, este acrecentamiento de las fiestas de la Vírgen, manifiestan cuál fué siempre para ella la veneracion de los fieles. Los escritos de Pedro Damien, que vivia en el siglo XI, nos hacen saber que el pequeño oficio de la santa Vírgen estaba ya establecido en su tiempo; que el sábado estaba consagrado porque el Señor descansó este dia, y que por consiguiente era muy justo y conveniente dedicarlo á la santa Vírgen, en quien descansó la sabiduría para el misterio de la encarnacion. San Ulderico de Augsburgo recitaba en el décimo siglo este oficio. Pedro Damien lo recomendó á todos los frailes, contando con este motivo cosas bastante particulares, como por ejemplo el suceso de un clérigo de Nevers, que hallándose ya para expirar, fué visitado por la santa Vírgen, que para recompensarle de haber sido fiel en decir todos los dias su oficio, hizo caer en su boca leche de sus divinos pechos, y lo sanó al punto. El papa Urbano, en el concilio de Clermont, en 1096, mandó que se recitase este oficio, que ya se imponian voluntariamente gran número de fieles y de congregaciones.

Puede pues decirse que desde los primeros siglos hasta nuestros dias, nunca se ha interrumpido el culto de María, y aun tambien que no ha sido realmente atacado mas que por el protestantismo, que no ha podido arrancarlo de nuestras costumbres. Su influencia se ha hecho sentir tanto sobre las naciones en masa, como sobre los individuos separadamente: ha llegado á formar parte inherente y esencial de la religion, como la mujer de la humanidad; de la humanidad, cuyo nombre siquiera no existia antes de Cristo, y que no ha empezado sino como él, á sentirse en todos sus miembros, en todo su ser vivificado.

El dia se abre y se cierra al nombre de María: si anuncia las fatigas del dia, tambien anuncia el descanso de la noche: si habla de las duras necesidades de la vida, tambien inspira valor para soportarlas, cuando nos enseña desde lo alto del cielo con su hijo en los brazos, el lugar de confortamiento y de paz á donde no se puede llegar sino pasando por el agua y el fuego, segun las palabras de las santas letras. ¿Y qué cosa mas poética que esa voz matinal que despierta á los campos al salir el sol, cuando canta la alondra, cuando las flores despidon sus primeros perfumes, y aquella otra voz consoladora de la tarde que llama á la familia á reunirse al rededor del rústico hogar ó de la mesa que repara las fuerzas de los trabajadores? A la hora de la salutacion angélica, al primer toque de la campana en las ciudades y en los campos, entre los grandes como entre los pequeños, todo rumor cesa, todo movimiento se suspende para rezar ú oir como una santa inspiracion.

Para el catolicismo, María es la religion, la Iglesia personificada. Si como está escrito, las puertas del infierno no han de prevalecer jamás contra ella, seguro es que no cesará el culto de María. Aurora resplandeciente, subió del desierto, hermosa y pura como el sol. Imágen sagrada del cristianismo, asienta sus piés sobre la luna, encima de los mundos, y se corona de estrellas. Algunas nubes se alzan alrededor, pero ninguna encubre sus divinas miradas. No hay un reino, no hay una ciudad, no hay una aldea que no consagre altares á María y proclame maravillosos ejemplos de su proteccion.

Nuestros mas dulces recuerdos, los mas empapados en el bálsamo de las flores y de las sensaciones angélicas, vienen todos de aquellas fiestas de la Vírgen que encantaban nuestras imaginaciones infantiles, y de las oraciones que nuestras madres nos enseñaban por la noche, dirigidas á la Reina de los Angeles, y que hacian que nuestras madres nos fuesen mas sagradas, porque ellas eran la primera imágen que teníamos para representarnos á María. ¡Oh! María está en todas las madres como en las vírgenes, y la religion de la familia seria menos cordial, llegaria menos al alma, sin el culto de la que es la salud de los enfermos y el consuelo de los afligidos. ¡Culto poderoso que se apropia á la familia aislada como á la humanidad entera! María es la sencilla esposa de José adornada de las mas preciosas virtudes domésticas, la rosa misteriosa, la azucena entre las espinas; pero es al mismo tiempo la estrella de la mañana que brilla sobre el universo, el camino que conduce al cielo, la aurora del sol de justicia, la puerta del cielo; es, sobre todo, la mujer fuerte, la que quebrantó la cabeza de la serpiente y rompió la imágen de la antigua esclavitud del linaje humano. Compadece todos los dolores porque todos los ha probado: santifica todas las alegrías y mezcla á ellas una santa melancolía, porque todas sus alegrías en la tierra consistieron en una sublime resignacion, desde aquella en que el ángel le reveló su mision de sacrificio y de gloria, hasta la que debió sentir al volver á ver á su hijo resucitado, pero que la abandonaba para volver al seno de su Padre. Ni una sola, pues, dejó de tener alguna amargura, como las que nos vienen aquí en la tierra, á nosotros, pobres viajeros que caminamos debajo de la nube, semejantes al hebreo en el desierto.

¡Salve, flor de las vírgenes, reina de los cielos, arca de la alianza, símbolo eterno de una religion de maravillas y de beneficios!

¡Salve, madre de misericordia, santuario del casto y piadoso amor de nuestras floridas primaveras, vida, dulzura, esperanza!

¡Salve, salve! todos los gemidos que suben de esta tierra, conmueven tu corazon, y tu mano misteriosa viene á enjugar el llanto de los pobres desterrados que te invocan en este valle de lágrimas.

¡Estrella de los mares, brilla siempre sobre nuestro cielo tempestuoso!

¡Dios te salve, oh dulce Vírgen María!

DE MARÍA Y DE SU IMITACION.

Como paloma escondida
Entre verdura frondosa,
¿Por qué te escondes, mi vida,
Por qué te escondes, hermosa!
El Cantar de los Cantares.

Hemos hablado en la primera parte de María y de su culto; vamos ahora á tratar de su imitacion. Como un rayo del sol atraviesa por un cristal, así el niño divino salió del vientre de la Vírgen que debia reunir en sí el contraste de todas las maravillas y de todas las humildades, todos los dolores, todas las alegrías y todas las glorias.

Esta brillante y suave imágen de la sagrada concepcion es una piadosa tradicion fundada en el sentimiento de que todo debió ser maravilloso y privilegiado en María, á causa de la necesidad de explicar á la infancia, curiosa é insaciable, lo que excede á toda inteligencia: tal á lo menos nos ha sido trasmitida, y estas *ilustraciones* de los misterios no se borran. Existe un antiguo poema español, incompleto por desgracia, escrito en el siglo XV por Iñigo López de Mendoza, dedicado á su madre doña Juana de Cartagena, obra absolutamente desconocida en el dia, pero de que hemos visto una copia manuscrita en la biblioteca real de París, en que está presentada esta imágen con admirable belleza. Dice el arcángel Gabriel á María:

Tú quedarás tan entera
Del prenyado del infante,
Cual queda la vidriera
Cuando en ella reverbera
El sol y pasa adelante.
Que la deje en aquell son
Que la falló cuando vino,
Pues así sin corrupcion
Serás de la encarnacion
D'aqueste Verbo divino.

Algun dia daremos cabal noticia de este curioso poema, titulado *Vita Christi*. Pero volviendo á nuestro asunto, ¿qué cosa mas bella, mas grande, mas prodigiosa pudiéramos presentar á la edad de la razon, y aun al siglo mismo, que la inefable sencillez de las escrituras, aquellas cuatro ó cinco páginas del texto evangélico en que se contiene toda la historia de María? Nada mejor pudiéramos hacer que copiarlas aquí, si no estuviesen en la memoria de todos: cada cual la recordará á medida que saquemos de ellas las consecuencias nuevas que emanarán perpetuamente de aquel manantial inagotable. Hemos manifestado el culto, la *devocion* á María, que fué el patrimonio de la edad pasada: sepamos conquistar sin perder nada de nuestra herencia: no quitemos ni una flor á los altares de María, pero conozcamos mejor las flores místicas, gracias de su alma, y que la nuestra debe cultivar en lo sucesivo. Ahora que las mujeres esperan haber nacido en una era nueva, ó que tienen á lo menos el presentimiento confuso de mas altos destinos, no olviden que María es siempre su tipo, su dechado, que la imitacion de María debe ser inmortal como la de Jesús. ¿Y qué le falta á esa nueva Eva, á esa madre de los vivos, madre de dolor, mujer oscura y glorificada, á esa mujer en quien se reunen, dice el autor del *Genio del cristianismo*, los dos estados mas divinos de la mujer, la vírgen y la madre? ¿Así como es el modelo de la madre, sea pues el modelo de la vírgen esa dulce y modesta María que se desconoce á sí misma, que reza y se oculta en el templo, enamora á sus padres, toma sus lecciones, y crece serena y pronta sin embargo á recibir al ángel que ha de venir á visitarla.

Aquel ángel verdadero para ella no debia ser un mortal, y si osáramos añadir á la razon justísima y bien conocida que queria que la madre de Dios, la esposa del Espíritu Santo fuese tan pura y singular entre todas las criaturas, diríamos que si María no nos ha ofrecido un modelo de amante, es porque fué madre muy jóven: no tenia mas que quince años cuando la salutacion angélica y la maternidad absorvió su vida. ¿No se encierra en esto una admirable leccion? Pero es madre, y desde este instante la mujer queda completa: ninguna podrá decir que esa madre es demasiado perfecta, demasiado amante, que vive demasiado retirada del resto del mundo y consagrada solo á su hijo. El hijo es la esencia misma de la mujer, una vez madre, su vida propia acabó, ya no vive mas que por renacimiento. Y por eso, si hay indulgencia y disculpas para las otras mujeres, cualesquiera que puedan ser las apariencias, si no se les debe juzgar sin conocer la profundidad y la ilacion de las causas que han podido precipitarlas en el abismo, no se concibe que nada pueda absolver á las madres que olvidan sus deberes, á las que quieren vivir por sí mismas, tener sus penas, sus felicidades independientes del ser á quien han debido trasmitir con su vida toda su vida, so pena de ser mas criminales que las que los ahogan en la cuna. Jesucristo tomó la defensa de la mujer adúltera y de la Magdalena, pero no vemos que fuesen madres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tenemos además en María, como esposa, una maravilla de la que todavía no se ha considerado mas que un aspecto. Sin duda era preciso que fuese la esposa virgen, porque debia ser madre divinamente; pero después de esta alta prerogativa, hay tambien el lado accesible y hecho para nosotros: hay, creemos, la solucion de un gran problema de este siglo, que no haremos mas que indicar.

¡Cuanto no se disputa en el dia sobre el matrimonio! ¡qué de manifiestos! ¡qué de acusaciones! ¡qué de alegatos en pró y en contra! todos con alguna parte de razon tal vez, pero sin conducir á nada, porque se colocan, unos en el punto de vista exclusivamente social, otros en el punto de vista exclusivamente natural, muy pocos en el punto de vista religioso. De este modo los argumentos se cruzan, cada uno dice su verdad sin hacerse cargo de la de su adversario: todos pelean sin entenderse, porque separan tres cosas que deben ser inseparables, y si alguna de ellas llega á faltar por la inevitable imperfeccion de nuestra condicion, allí está á lo menos la religion, la religion siempre pura, sublime, perfecta para conciliarlo, acordarlo, armonizarlo todo. ¡Cuánto tiempo se disputará todavía en nombre de la naturaleza y de la sociedad, como si no fuera esencialmente natural ser social, como si las leyes sociales no envolviesen en sí necesariamente las de la naturaleza! ¿No teneis hace diez y ocho siglos un modelo de la union conyugal? Empezad á estudiarlo. Superior al uso establecido y que todavía no suscitaba ninguna oposicion, la union de María y de José se consideraba como una excepcion: ahora que buscais algo mejor de lo que teneis, considerad que esa excepcion debe ser la regla, y que la perfeccion consiste en acercarse á ella mas y mas. No olvideis que todo está allí, y no busqueis por otros caminos el medio de resolver ese gran problema de la sumision y de la libertad, de la felicidad del uno y de la dignidad del otro, de la vida social y de la vida íntima. Meditad estas cosas. María, niña al salir del templo y de las manos de sus padres, necesita un arrimo, un guia, un defensor de su juventud y de toda su vida: esto es lo que el mundo le impone, cualesquiera que puedan ser los votos de su corazon. Acepta pues un Señor delante del mundo, y de esta suerte satisface á la ley social: es la mujer sumisa: obedece á José. José la lleva á donde quiere, á Jerusalen, á Egipto, á Belen, donde no hay posadas para su pobreza: vuelve á llevarla á su casa, donde ella le sirve con arreglo á su situacion; pero aun en aquella casa hay un santuario donde no puede penetrar el ojo del mundo y que no pertenece mas que á María. Allí es libre y señora: allí ya no tiene señor. José es allí el sumiso: allí espera la hora y la voluntad de su amiga: José debe agradar siempre, merecer siempre para recibir siempre. Y ved tambien la esposa de los Cantares, ¡tan cierto es que todo se halla en los libros sagrados! El esposo la llama su hermana y su paloma tanto como su amada; y recordad como una vez lo deja á la puerta y lo obliga á irse, porque se ha lavado los piés y no quiere mancharlos para ir á abrirle.

María debia permanecer siempre virgen, es cierto; pero aquí no consideramos el hecho particular, sino el principio; principio fecundo cuanto sagrado é inalienable, que sirve á cada mujer segun la suerte en que se halla. En virtud de él, la mujer mas sumisa y mas fiel se pertenece siempre y por consiguiente puede darse siempre. Es el admirable grano de arena opuesto á los antojos y á los arrebatos del hombre. Hasta aquí llegarás, pero no irás mas allá.

María y José son el modelo de los casados.

Esta religiosa teoría del matrimonio podria desarrollarse mucho mas; aquí solo queremos indicarla.

Si decis que esta libertad negativa no puede satisfacer á todo; que con ella todavía puede faltar mucho, todavía puede ser la cadena harto pesada y dura, responderemos, como ya queda prevenido, que para eso está ahí la religion: ahí está para llenar muchos vacíos, para sostener á los que desfallecen, para dar fuerzas y conducir al fin, que no es por cierto la felicidad en este mundo. Sí, es preciso arrastrar esa cadena; esa cadena no es eterna, y el mismo Dios cuida de romperla cuando es tiempo. Todo se arreglará algun dia, y los que no están hoy bien librados pueden emplazarse para la vida venidera.

Sin embargo, aunque siguiendo la ley de resignacion para los males de esta vida, necesariamente incompleta, no cesemos de buscar las mejoras y de tender ardientemente al progreso. La mina es profunda y riquísima; jamás hallaremos sus límites. ¡Oh! ¡vosotras, mujeres que habeis recibido el don del *talento* que hace valer, que comprendeis el vínculo íntimo de la familia y de la sociedad y las maravillosas relaciones de lo visible y de lo invisible; vosotras que teneis verdades para difundir, no menos que felicidad que dar; vosotras á quienes devora un generoso zelo, y que en el ardor de vuestra alma inmensa bastariais á todo, á los mas tiernos desvelos como á los mas sublimes sacrificios: mujeres raras y privilegiadas, que apareceis en cada siglo para abrir la marcha, ilustrar y guiar á vuestras hermanas; salid de las filas, enseñadnos la blanca bandera, seguid la estrella y no desmaye vuestro valor! ¡Tened confianza en María! Por largo tiempo os ha dicho el hombre como Cristo á su madre: "Mujer, ¿qué hay de comun entre tí y yo? ¡No he de cumplir las obras del Altísimo!" Pero esa María, humillada aquí y tantas veces escondida y silenciosa, es la misma á quien la inspiracion eleva de repente al mas sublime lirismo. Exalza y magnifica al Señor que ha consumado en ella grandes cosas: palpita de júbilo porque todos los siglos la llamarán grande y bienaventurada. Nada temais, bastante glorificada será la pobre y tímida María. María recibe los homenajes de los reyes lo mismo que los de los pastores. A peticion suya hace el Señor su primer milagro, y llena de confian-

za en el prodigio, exclama dirigiéndose á los que la esperan: "Haced todo lo que él os diga."

Desde lo alto de la cruz Jesús la confia á su discípulo amado, y confia este á ella. *Mujer, ese es tu hijo. Hijo, esa es tu madre.* La fe de la Iglesia ha hecho extensivas estas palabras á todo el linaje humano: este todo entero ha sido dado á la adopcion de María, que es ciertamente en toda la fuerza y en el sentido mas inmenso de la expresion, *Mater dolorosa*.

Después de los tres dias del mas grande dolor, en el dia de la resurreccion, Cristo se aparece á ella la primera. Luego que Cristo ha subido á los cielos, va María al cenáculo con los apóstoles: preside aquel primer concilio donde los milagrosos pescadores, los que van á llegar á ser pescadores de hombres con su palabra sellada con su sangre, esperan al Espíritu Santo, de que ya ella está henchida. Su martirio será el del amor. De él vive y de él muere, consumida por el deseo de volver á ver á su adorado, á su Señor, á su hijo, á su Dios y á su todo. ¡Ah! no pidais ninguna otra cosa á María durante los dias harto largos de su destierro: ama y no hace mas que amar: es mujer y es madre, y no tiene mas que un solo pensamiento. En vano posee todos los dones: posee mas que todos los demás la sabiduría inspirada, la fuerza en la dulzura, la virtud de los milagros, la inteligencia del cielo y de la tierra; pero el corazon puede mas que todo y María no sabe mas que amar hasta morir.

Y tal será siempre la condicion de las mujeres en el dolor, cualesquiera que sean sus facultades, su aspiracion á la vida y á la gloria: siempre se les podrá hacer morir por el corazon.

Pero el que hiere porque puede sanar, el que pierde y resucita, el que es el único que sabe lo que hace dando la vida ó la muerte, el Redentor, compadece en fin las lágrimas de su mas tierna y noble criatura, que es su madre al mismo tiempo: la llama á sí, y se complace en manifestármosla en la gloria. Apenas la muerte osa tocarla: la sepultura no tiene derechos sobre ella. . . , los ángeles la arrebatan resplandeciente á los cielos. *Assumpta est Maria in cælum.*

EL PERRO DEL MONTE SAN BERNARDO.

El monte de S. Bernardo, uno de los que componen los Alpes, es una de las montañas mas altas que conocemos, pues se eleva nada menos que 10.600 piés sobre el nivel del mar. En la cumbre de uno de los picos de esa montaña un virtuoso cenobita llamado Bernardo de Menthon, archidiácono de Aoste, fundó un hospicio en el año 962, hospicio que subsiste todavía para gloria de su fundador y alivio de la humanidad.

El que no lo haya sufrido, no puede formar idea del frio que reina en el monte S. Bernardo durante una gran parte del año; es tal, que los cadáveres no pueden corromperse, y despues de algun tiempo pasan al estado de momias.

El hospicio del monte S. Bernardo se halla en el borde de un lago cuyas aguas se desprenden á 7.300 piés de altura, y picos gigantescos y grandes montones de hielo rodean el santo edificio. Los religiosos que lo habitan han asociado á sus penosas tareas cierto número de perros, dotados de un instinto maravilloso y que están destinados á recorrer los sitios menos accesibles para descubrir las huellas de los viajeros extraviados. Si el hombre vive aun, el perro le anima con sus caricias y corre precipitadamente en busca de los religiosos, á los cuales atrae con sus aullidos hasta el sitio en que yace el cuerpo del infortunado. Los religiosos lo sacan del precipicio y lo trasportan al hospital, donde le cuidan y alimentan gratuitamente hasta que se halla en estado de continuar su camino.

En 1840, entre los perros del monte S. Bernardo habia uno que aventajaba á sus compañeros en inteligencia, y los otros perros como rindiendo homenaje á su superioridad, le obedecian como pudieran obedecer á sus amos. Aquel perro, llamado *Diamante* á causa de sus maravillosas cualidades, solo con el ascendiente de su instinto se habia hecho rey de sus compañeros, y con un movimiento de cabeza les distribuia órdenes para tal ó cual punto, sin que los buenos de los animales pensasen nunca en sustraerse á aquella autoridad singular. Tenia *Diamante* dos modos de aullar, uno para advertir á los religiosos que necesitaba su auxilio, y otro para convocar á su tropa, haciéndolos volver de las diferentes direcciones á que los enviaba. Confiados los religiosos en la alta inteligencia de *Diamante*, no tenian que cuidar de los perros, porque sabian que jamás se apartarian de las órdenes que les daba, ni descuidarian un minuto la vigilancia de que estaban encargados.

Una noche en que el cielo estaba sombrío y cargado de nubes, los prolongados aullidos de *Diamante* advirtieron á los religiosos que algunos infelices sepultados en la nieve reclamaban prontos socorros. Muchos de ellos, guiados por el perro y provistos de faroles, corrieron tan presto como los malos caminos podian permitirlo, y á unos cuatrocientos pasos del hospicio descubrieron sepultados en la nieve á un hombre y una mujer privados de sentido. Gracias á los cordiales que habian llevado consigo, esperaban volver á la vida á aquellos desgraciados; pero viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, y que la intensidad del frio agravaba el miserable estado de los viajeros, resolvieron trasportarlos al hospicio, en la esperanza de que el calor de una buena cama renovaria en ellos la circulacion de la sangre.

Cuando se iban á poner en marcha, *Diamante* hizo los mayores esfuerzos para detener á los religiosos, y antes, mientras prodigaban sus auxilios á los

dos viajeros, no habia hecho mas que ladrar y saltar al rededor de los que no hacian otro oficio que el de espectadores; pero ninguno hizo caso, y todos se dirigieron hácia el hospicio, sin cuidarse de las advertencias del perro.

¿Habia descubierto *Diamante* una nueva víctima? No, porque los religiosos habian registrado en todas partes sin descubrir nada. Pero yo no sé qué cosa decia á *Diamante* que habia todavía en la nieve un ser que sufria. No era el olfato, porque el frio debia necesariamente paralizar este sentido: ¿qué era pues?

La mujer á quien se encontró cerca del viajero llevaba la gorra de un niño, y de la faltriquera de su delantal salia el cuello de una botellita cubierta de mimbre, con que en Alemania se suele dar de beber en el campo á los niños de dos ó tres años. ¿Dedujo el perro por la gorra y la botella que debia ir con los viajeros un niño? Esto seria muy extraordinario, y nosotros no nos atrevemos á asegurarlo; pero el hecho es que *Diamante* no queria alejarse porque sospechaba habia otra víctima, y no se engañaba.

Cuando el viajero y su mujer cayeron agobiados por el frio, lucharon largo tiempo contra la desgracia que les amenazaba; pero poco despues procuró salir del golfo de nieve en que veia aproximarse la muerte, y ayudada de su marido, á quien ella ayudaba á su vez, uno y otro anduvieron cincuenta pasos arrastrándose de rodillas, y he aquí cómo se explica que el pobre niño no hubiese sido hallado con su padre y su madre.

Viendo *Diamante* que ocupados los religiosos con los dos viajeros no querian oirle, se lanzó solo en busca de la tierna criatura, y no tardó en descubrirla tendida sobre la nieve y sin movimiento alguno. Al momento se acostó lo mas cerca que pudo del niño, que apenas tenia tres años, y con la ayuda de sus patas consiguió colocarle sobre el vientre: entonces lo envolvió lo mejor que pudo con sus cuatro patas y su larga cola, y se puso á lamerle en todo el cuerpo, y esto por mucho tiempo, hasta que al fin conoció que el niño hacia algunos movimientos. El perro redobló entonces sus cuidados y sus caricias, y cuando vió que el niño se hallaba en perfecto conocimiento, lo puso en tierra, se echó sobre el vientre, se encogió cuanto pudo, y con sus ademanes y su pantomima invitó al niño á que montase en su espalda. Este lo hizo así, se puso á horcajadas sobre *Diamante*, y con los dos bracitos rodeó el cuello del robusto animal, que trasportó de aquel modo hasta el hospicio su preciosa carga, llegando en el momento mismo en que los viajeros, que acababan de recobrar sus sentidos, lloraban la suerte de su niño, á quien no esperaban volver á abrazar.

¡Juzgad lo acariciado, festejado y besado que seria *Diamante!* Y el bueno del animal recibia todas las felicitaciones, todas las demostraciones de gratitud con una modestia que aumentaba el precio de su accion. Lo que habia

hecho era tan natural en él! ¿No era su ejercicio y su mision arrebatar á la muerte los desgraciados? Pues bien, habia cumplido con su deber y habia llenado su mision, sin que se le debiese por ello cosa alguna. Esto parecian decir sus ojos, clavados con ternura en el niño, que jugaba con sus largas orejas.

Diamante debe haber muerto ya, porque era muy viejo; los religiosos del monte de S. Bernardo le habrán enterrado, no faltando al menos una lápida sencilla que recuerde la inteligencia y la filantropía de aquel pobre perro.

SOBRE LOS MILAGROS.

Ya hemos visto que los milagros abundaban entre los cristianos, y los hemos contado sencillamente sin presentar otras pruebas que el relato de los que fueron testigos de ellos, ó el de las santas víctimas que en medio de los tormentos y los suplicios los veian descender sobre ellas, ya como un socorro que afirmaba su valor, ya como precursor de esa vida bienaventurada y eterna que debia premiar su combate y sacrificio. Empero hemos reflexionado que en los infortunados tiempos en que vivimos, las narraciones que insertamos para edificacion de los fieles, pueden caer en manos de incrédulos que acostumbrados á negar todo lo que es superior á su comprension, podrian convertirlos en motivo de escandalosa rechifla. Así pues, debiendo hablar aquí de un santo cuya vida fué una serie no interrumpida de hechos milagrosos, nos creemos en el deber, considerándolo bajo un punto de vista general, de tratar brevemente la cuestion de los milagros, porque no se necesita mucho para ilustrarla y resolverla.

Hemos observado que no existe en el mundo ningun pueblo, ya civilizado, ya bárbaro, ni una horda de salvajes aun entre las mas embrutecidas, cuyas tradiciones religiosas no estén acompañadas de milagros (*). En efecto, los caracteres puramente *naturales y humanos* en ningun caso pueden probar otra cosa sino una mision puramente humana. Para probar otra cosa es preciso elevarse sobre el hombre, puesto que se trata de Dios, y establecer su mision por medio de caracteres sobrehumanos.

"Los milagros falsos prueban los que son verdaderos," ha dicho Pascal con

(*) Entre los que han fundado religiones, Mahoma es el único que no ha pretendido la calidad de hacer milagros; pero esta misma excepcion prueba la regla, pues sabiendo muy bien sus sectarios que los milagros eran condicion necesaria de toda mision divina, le han atribuido millares despues de su muerte.

muchísima razon; y por milagros falsos es preciso entender, no solo esos prestigios aparentes efectuados con mas ó menos destreza por la supercheria de los falsos taumaturgos, sino tambien todo lo extraordinario y sobrehumano que en esta especie pueden producir los *genios malignos* segun el grado de poder que les haya sido otorgado. Ahora bien, los testimonios que ya nos han dado acerca de esto, y la sagrada Escritura, y las confesiones de los talentos mas grandes de la antigüedad, no son los únicos que podemos traer en apoyo de ese poder que tienen los demonios. Muchos escritores modernos lo han conocido y atestiguado, y entre ellos algunos que pertenecen al filosofismo anticristiano.

Ahora es preciso decir de las *revelaciones* lo que Pascal ha dicho de los milagros: si se sostiene que todas son falsas, se cae en un absurdo, no siendo comprensible para nosotros el falso *absoluto*, que es una pura nada: si se sostiene que todas son verídicas, aunque muchas veces contradictorias, tambien este es un absurdo, porque la verdad infinita no puede ponerse en contradiccion consigo misma. De consiguiente solo hay una revelacion que pueda ser verdadera, y en esta *única* revelacion están las *verdaderos* milagros.

Admitida esta revelacion, tambien es preciso admitir por necesidad que está contenida en los libros sagrados de los judíos y cristianos, á menos que no se pruebe se halla en otra parte, lo cual nadie ha intentado todavía. Los milagros (sin hablar de los demás caracteres que pertenecen exclusivamente á esta doble revelacion, la una de las cuales se desprende de la otra); los milagros, decimos, están, por lo que respecta á los judíos, tan identificados con el orígen y con las leyes políticas, civiles y religiosas de ese pueblo en todos los sucesos que componen su historia, que si los rechazais, todos vienen á tierra á un mismo tiempo, y entonces es preciso poner en duda hasta la existencia de ese mismo pueblo y negar la de todos los pueblos que tienen relacion con esta existencia y cuyos pocos anales nos han reservado sus libros.

En cuanto á los milagros de Jesucristo, ya hemos dicho que "por un acuerdo que no tiene ejemplo, sus mayores enemigos, paganos, judíos, filósofos, apóstatas, todos se vieron obligados á confesarlos desde los primeros siglos, atribuyéndolos á la magia, á intervencion de los demonios y al poder de un nombre misterioso que habia arrebatado del templo de Jerusalen, sin conocer que estos milagros tienen tal carácter de santidad, que es preciso rechazarlos ó conocer que provienen de Dios."

Sentado esto, no hay que disputar, y sin entrar aquí en detalles que no tendrian fin, como que los milagros se convirtieron despues de Jesucristo en una condicion necesaria para el establecimiento y estabilidad de su religion, no hay uno que no deba ser creido *sin exámen* por todo cristiano desde el momento en que la Iglesia lo examina y afirma, y así sucederá hasta el fin de los siglos.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	PAG.
Bello sexo,	3
Idem,	12
El mendigo,	4
Las tres formas de la fe.—Fe religiosa,	7
Idem idem idem,	17
Fe política,	25
Idem idem,	33
Fe literaria,	41
Idem idem,	49
Consejos para hacer fortuna,	14
La muerte de Eva,	19
Dolores, por D. Ramon Campoamor.—Corta es la vida,	23
Quien vive olvida,	24
Vanidad de la hermosura.—A Octavia,	32
Proximidad del bien,	Id.
El bardo irlandes.—Literatura,	29
Una bendicion papal,	36
Consejos morales,	38
Heroicidad de las mujeres,	40
Idem idem,	48
Idem idem,	72
Idem idem,	101
El incienso,	45
La guirnalda, poesía,	46
Venganza cristiana,	54
Consejos morales,	56
Destino de la mujer,	57

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un claustro, ... 61
Esperanza.—Moral religiosa, ... 65
Amor y fe, ... 67
Bellas letras, poesía moral por doña Josefa Massanes.—La decrepitud, ... 70
Estado de la religion en el mundo, ... 73
La Asuncion de María, ... 77
Los dos aldeas, ... 80
Estela, ó peligros de la lectura de las novelas, ... 81
Mudanzas introducidas por el cristianismo en la condicion de las mujeres, ... 85
El expatriado, ... 87
La profecía, cántico sagrado, ... 88
Aulo Silio, ... 89
Bonnivard prisionero, ... 96
Visita al cementerio, ... Id.
Elegía, por el Excmo. Sr. marqués de Valdegamas D. Juan Donoso Cortés, ... 97
El suicidio.—Moral religiosa, ... 105
La inocencia, poesía, ... 110
El turbion de nieve, novela rusa, ... 111
Idem idem, ... 115
El púlpito, ... 113
Nuestra Señora del Cármen, ... 121
Alix, leyenda alemana, ... 123
Idem idem, ... 135
Idem idem, ... 141
Idem idem, ... 148
Idem idem, ... 157
Cristóbal Colon, ... 187
Oliverio Cromwell, ... 123
La ley de gracia, ... 132
El cuadro del fraile, ... 145
Las catacumbas, ... 153
San Pedro de Roma.—Bellas artes, ... 171
El Lábaro, historia de la primitiva Iglesia, ... 177
Los carmelitas, ... 181
La conmemoracion de los difuntos, ... 187
De María y de su culto, ... 193
Idem y de su imitacion, ... 198
El perro del monte S. Bernardo, ... 202
Sobre los milagros, ... 205

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

